

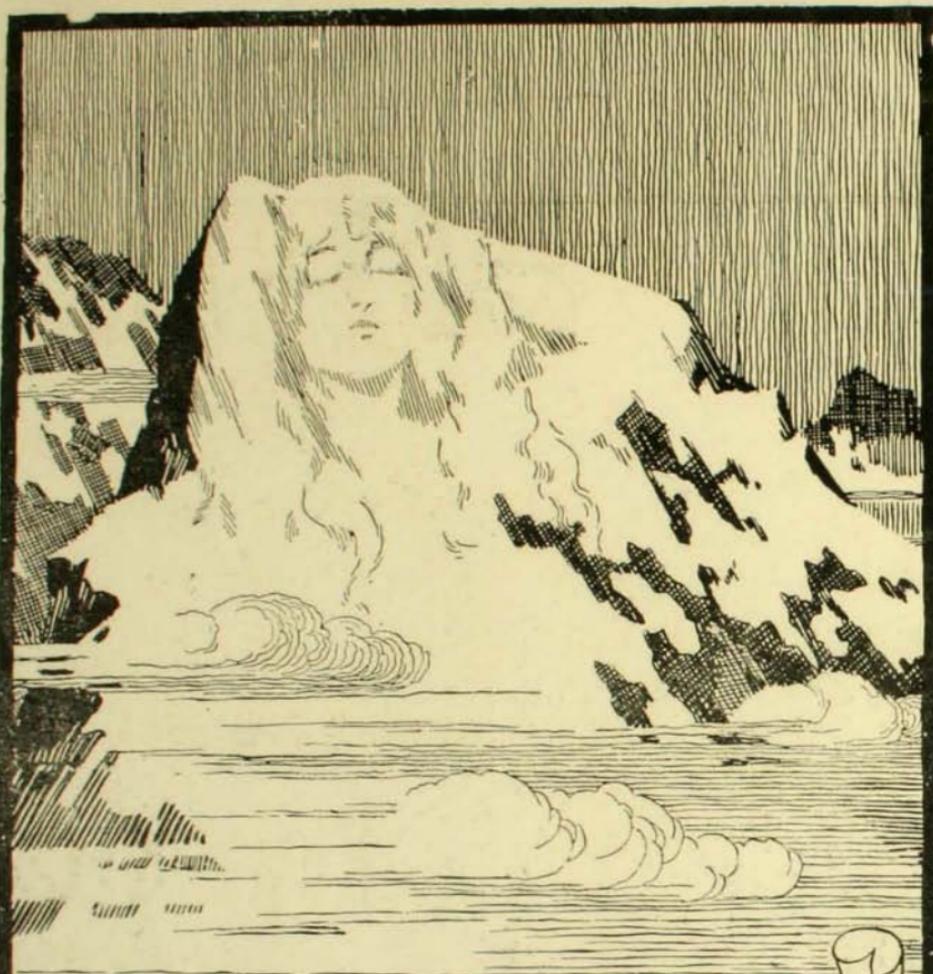
PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

Julio
de 1920

PRECIO:
2 PESOS





Nada hay que funda las nieves perpetuas de los Andes.
Nada hay que substituya a las Tabletas Bayer de Aspirina.

No acepte Ud. otras. El tubo original contiene 20 y la Cruz Bayer aparece tanto en la caja, en el rotulo y en la tapa de este, como en cada una de las tabletas.



5

¿Se ha fijado usted qué enorme porcentaje
de automóviles van equipados con neumáticos

“GOODYEAR”?

Esto se debe a que su calidad es insuperable y a que sus fabricantes no omiten sacrificios para mantener su buena reputación.

DISTRIBUIDORES PARA CHILE:

Graham, Rowe & Co.

SANTIAGO, VALPARAISO

Bandera 275

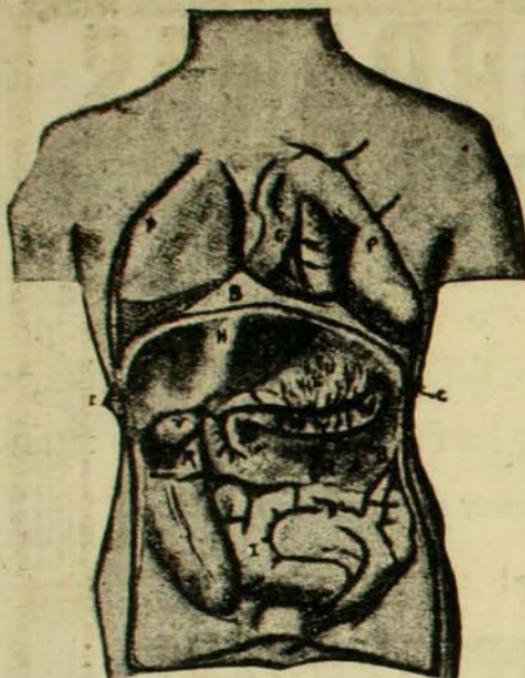
Cochrane 819

ANTOFAGASTA

CONCEPCION



EL INTERIOR DE NUESTRO CUERPO



PP, pulmones.—C, corazón.—D, diafragma.—H, hígado.—E, estómago.—CC, costillas.—V, vesícula biliar.—R, riñones.—B, bazo.—I, intestinos.

Generalmente conocemos de una manera muy imperfecta el interior de nuestro cuerpo y dejamos al médico el cuidado de ver, cuando estamos enfermos, si se ha desviado alguno de nuestros órganos y la razón por la cual funciona mal. Aparte de esto, como el paciente es quien mejor puede ayudar al médico a formar el diagnóstico indicándole los sitios donde siente padecimiento, ocioso es decir la importancia que tiene el conocimiento de la verdadera localización de los órganos principales del cuerpo.

Bajo este punto de vista, el conocimiento de nuestra anatomía es transcendental y puede contribuir mucho a la curación. Tan es así que en las escuelas y en los cuarteles del extranjero empieza ya a enseñarse con mi-

uciosidad la anatomía interna humana.

Los profanos se figuran que tienen el corazón bastante más a la izquierda del sitio donde en realidad se encuentra, y el hígado mucho más abajo. Cuanto al estómago, a los riñones, al bazo, etc., nos contentamos generalmente con ideas bastante vagas acerca de sus domicilios respectivos.

Acercas del estómago, por ejemplo, hay las nociones más equivocadas y contradictorias. Aun en bastantes libros de texto de anatomía figura este importantísimo órgano en situación distinta de la que real y positivamente ocupa en el cuerpo. Uno de nuestros grabados indica con toda claridad esa diferencia notable.

Para contribuir al mejor conocimiento de los órganos, publicamos el grabado que acompaña a este artículo, en el cual se ve en perspectiva el interior de la caja torácica.

Los pulmones P P se supone que están recogidos hacia arriba por medio de ganchos para que dejen ver el corazón C, que en realidad envuelven por completo, lo cual no es precisamente la forma en que hay costumbre de representarlos. Separados de ellos por el diafragma D se ven el hígado H y el estómago E, uno al lado del otro. Más abajo, por encima de los intestinos I, están los riñones R y el bazo B.

Si la naturaleza ha colocado así todos estos órganos, señalando a cada uno un espacio determinado, es indudablemente para que permanezcan allí y para que funcionen cómodamente realizando sus delicadas funciones y no para que se los comprima unos contra otros.

Conviene que se fijen en esto último las señoras, tan aficionadas a apretarse el corsé. Examinando nuestro grabado, pueden darse cuenta de que la menor presión ejercida sobre la caja torácica se hace con detrimento del organismo; y muchas se oprimen exageradamente, porque la cintura que debía de medir de 70 a 75 centímetros, llega a no tener más que 50 centímetros o menos, en virtud de la presión del corsé.

ALMORRANAS

Las Almorranas o varices anales, son debidas a la mala circulación de la sangre.

Como es una de las afecciones mas generalizadas, pocas personas ignorán que triste enfermedad constituyen las Almorranas ; pero como a uno no le gusta hablar de estos padecimientos, hasta con su mismo médico, se sabe mucho menos que existe desde algunos años un medicamento

el ELIXIR de VIRGINIE NYRDAHL

que las cura radicalmente y sin ningun peligro.

Esta medicación es prescrita por el Cuerpo Medical del mundo entero a causa de su acción energica sobre el sistema venoso, y de su sabor delicioso que gusta a los enfermos.

Un folleto explicativo de 150 Paginas sobre la enfermedad y su tratamiento es mandado gratuitamente a quien se dirige a :

PRODUCTOS NYRDAHL, Casilla 1495, VALPARAISO

De Venta en todas las Boticas y Farmacias.

LAS DULZURAS DE LA MUERTE

¿A quién no le interesa conocer "a que sabe" el morirse?

He aquí algunos curiosos relatos de personas que estuvieron a punto de pasar a mejor vida, y se quedaron en ésta.

Arnoldo Siegrits, que estuvo a punto de hacerse pedruzco cayendo de una altura de 700 metros, en los Alpes, y fué salvado por las ramas de unos árboles, dice:

"Estuve mucho tiempo cayendo, el suficiente para considerar cuanto me rodeaba y pensar muchas cosas. Comprendía que me iba a matar, pero ni sentía miedo, ni pena, ni molestia. Me atrevo a decir que si hubiera visto posibilidad de luchar por la vida, habría sentido verdadero terror. Después empecé a sentir un éxtasis de felicidad. Había sucedido, los ligaduras de la carne y entrado en el reino de la inmortalidad. Todos los problemas de la existencia humana parecíanme absolutamente claros. Comprendía exactamente cómo deben vivir los hombres para evitar tristezas, pobreza y miserias. Poseía el secreto de la felicidad perfecta. Si pudiera volver otra vez al mundo,—me decía a mí mismo—podría hacer más bien a la humanidad que haya podido hacerle cualquier filósofo. Parecía que sonaba en mis oídos una deliciosa armonía, como si el sol, las montañas y los bosques cantaran en torno mío"

RECORTE ESTO

Maravillosa preparación para el catarro, sordera catarral y zumbidos de cabeza.

Si Ud. sabe de alguien a quien molesten los zumbidos de cabeza o la sordera catarral, recorte este párrafo y dégelo, con lo que muy bien puede ser le libre de sordera total. Molestias como el catarro, la sordera catarral y el zumbido de cabeza, "provienen de enfermedades constitucionales; las pomadas, rociaduras, inhalaciones, etc., podrán, quizá, contemperizar con el mal, pero rara vez o nunca remediarlo con permanencia. Porque esto es así, se ha empleado mucho tiempo en perfeccionar un tónico puro, benigno y, sin embargo, efectivo, que arrojé prontamente hasta la última traza del veneno catarral del sistema. La receta eficaz que eventualmente se formuló, sigue a continuación en forma tan inteligible, que cualquiera la puede usar sin sucasa con poco costo.

Pídale a su boticario un pomito de *Parmentia* (Doble Fuerza); téveselo a casa y añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado; bátalo hasta disolverlo y tómese una cucharada de las de postre, cuatro veces al día.

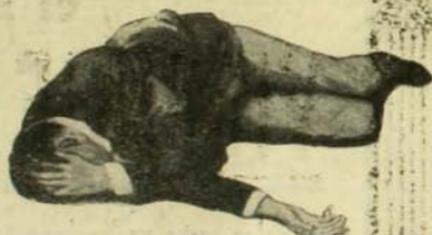
El alivio de los molestos zumbidos de cabeza, de la jaqueca, del esturper y de la confusión de ideas debe empezarse con la primera dosis, y el oído aclarándose a medida que el sistema se vigoriza por la acción tónica del tratamiento. La pérdida de olfato, la potadura mucosa al fondo de la garganta, son, asimismo, síntomas que demuestran la presencia del veneno catarral, y que a menudo ceden al gran efecto de este tratamiento. Siendo causados por el catarro casi el noventa por ciento de todos los males de oídos, mucha gente se lo tiene que curar por este sencillísimo tratamiento casero.

Toda persona que sufre zumbidos de cabeza, sordera catarral o catarro en cualquier forma, debe hacer una prueba con esta mixtura.

Al pasar entre el ranaje, Siegrist iba rebotando de árbol en árbol, pero a veces se dio cuenta de que tropezaba con algo. Estuvo varios días entre la vida y la muerte, y asegura que no sentía la menor molestia y gozaba de una deliciosa sensación de descanso. Sólo cuando empezó a recobrar la salud notó dolores y sufrimiento.

Otro testigo es uno que ha estado a punto de morir helado en el Sañ Bernárd. Vea el lector cómo explica las que él creía sus últimas sensaciones: "Desde el instante que dejé de luchar me encontré libre de toda molestia. Tenía las manos y los pies helados y no podía moverme ni sentía nada, pero conservé la vista largo tiempo y observaba cómo caían los grandes copos de nieve con intensa alegría. Estos fueron los instantes más deliciosos de mi vida. Yo pensaba: espero que no vendrá nadie a molestarme. Por último, empezaron a cerrármese los ojos y caí en un profundo sueño lleno de deliciosas visiones".

El profesor Metchnikoff ha dado también su testimonio, demostrando, como los demás, que el último trance no tiene nada de temoso para el que pasa por él. Hay muchas sufer-



madades y accidentes—dice el célebre doctor—en los que la proximidad de la muerte no despierta ninguna sensación, penosa. Durante la crisis de una fiebre intermitente, cuando mi temperatura bajó bruscamente de 44 grados a menos de la normal, experimenté yo una sensación de debilidad extraordinaria, sin duda semejante a la que anuncia el último momento.

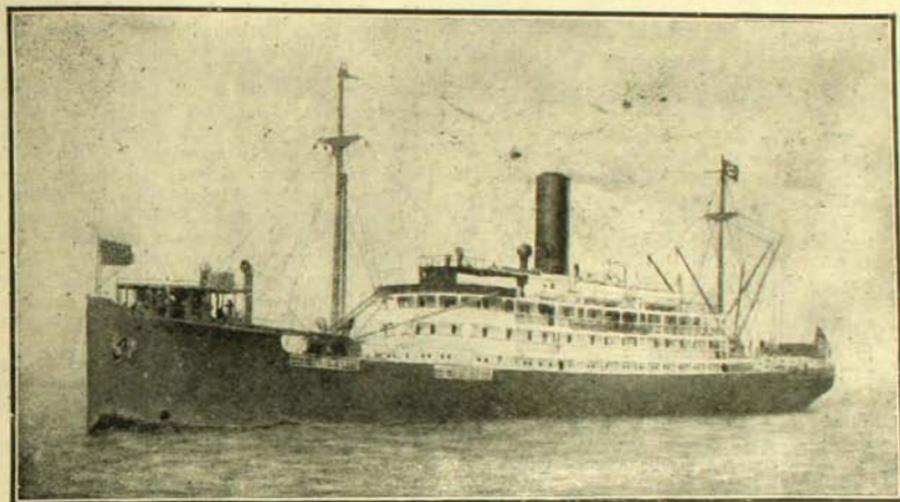
Otro testimonio es el de un chauffeur que, llevando una velocidad de 180 kilómetros por hora, durante las pruebas para el campeonato de la Sarthe, tuvo la desgracia de que se estropease el volante de su máquina, y después que el automóvil atravesó campos, huertas y arroyos a toda velocidad, chocó contra una piedra, y el infeliz fué despedido y quedó sin conocimiento. He aquí cómo se explica nuestro hombre:

"Mis sensaciones eran de deliciosa paz, tales como jamás las he experimentado, ni aun remotamente, cuando estaba sano. No sentía dolores, ni molestias, ni inconvenientes. Mi mente parecía invulnerable a la fatiga, y las más difíciles cuestiones que anteriormente me habían preocupado, aparecían ahora per-

"GRACE LINE"

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO

POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

**"Santa Ana", "Santa Luisa"
"Santa Teresa" y "Santa Elisa"**

*Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase*

SALIDAS DE VALPARAISO

"SANTA LUISA"	EL SABADO	7 DE AGOSTO	A LA 1 P. M.
"SANTA TERESA"	" "	21 " AGOSTO	A LA 1 P. M.
"SANTA ANA"	" "	4 " SEPTIEMBRE	A LA 1 P. M.

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.

fectamente claras. Hallábame enteramente libre de penas y de desgracias. El hecho de que estuviera muriéndome no me parecía terrible, como me lo había parecido mientras estaba bueno y sano; al contrario, me llenaba de felicidad. Sentía que los dolores, los trabajos, las ansiedades y la felicidad habían pasado para siempre. Sólo cuando empecé a volver en mí, con asombro de todo el mundo, comencé a saber de nuevo lo que significan el dolor y la desgracia. Siempre miraré aquellos momentos en que me creía moribundo como los más felices de mi vida".

EL COCHE

Su origen y su historia

El primer vehículo empleado por el hombre fué sin duda el trineo, que por simple evolución pasó a ser una caja montada sobre un rodillo, y luego un coche sobre dos ruedas.

Es muy difícil, casi imposible, decir con seguridad qué pueblo fué el que primero construyó vehículos con ruedas. Hay quien afirma, no sin algún fundamento, que fueron los etíopes, mientras la mayor parte de los que se han ocupado del asunto se declaran por egipcios. Lo que sí puede asegurarse es que los carruajes más antiguos de que se tiene noticia eran egipcios.

Griegos y romanos tuvieron también coches de dos y cuatro ruedas. En los libros clásicos se habla con frecuencia de la "hamaka", coche griego que en las bodas se empleaba pa-

DISPEPSIA CAUSADA POR ESTOMAGO ACIDO

El peligroso ácido hidroclórico se forma en el estómago, agría y fermenta los alimentos que comemos y arruina la digestión. Cómo prevenirlo.

Alimento indigesto retenido en el estómago se fermenta o se echa a perder como alimento dejado al aire libre, dice una autoridad bien conocida. Declara que de diez casos de indigestión, nueve son causados por ácidos en exceso, significando que hay un exceso de ácido hidroclórico en el estómago, el cual está retardando o impidiendo la digestión completa y está causando fermentación del alimento en el estómago. Todo lo que comemos se agría en el estómago del mismo modo que se agrían los desperdicios de comida en una lata, formando fluidos acres y gas, el cual infla el estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, ventosidad, dolor de cabeza o náusea.

En tales casos es muy buen plan hacer a un lado todos los digestivos auxiliares y en lugar de ellos conseguir con cualquier droguista un frasco de Magnesía Divina y tomar dos pastillas en un cuarto de vaso de agua caliente, precisamente después de comer. Esto instantáneamente neutralizará el peligroso y perjudicial ácido que se ha formado en su estómago y usted encontrará que si toma una copa de Magnesía Divina en este modo, inmediatamente después de la comida, entonces usted puede comer casi todo y saborearlo sin que siga ningún dolor o molestia.

Pruebe este plan, como lo que quiera en su próxima comida y vea si no es éste el mejor consejo que Ud. haya tenido en cuidado del estómago.

ra llevar a la novia y al novio. Los coches romanos eran de diversas clases. Había el "cisio", especie de charrette tirado generalmente por mulas; el "carpentio", del que hacían uso las personas más elevadas; el "pilento", casi siempre destinado a las mujeres; la "carruca", de cuatro ruedas; el "covino", parecido a una tartana, y muchos otros. Tenían también los romanos sus coches de plaza, que Suetonio llama "meritoria vehicula", y la afición de ir en pies ajenos llegó a tal grado, que en la ley Julia, cuarenta y cinco años antes de Cristo, hubo de prohibirse la circulación de carros de transporte por las calles de Roma, desde las diez de la mañana hasta la puesta del sol, para que no estorbasen el paso a los carruajes de lujo.

Del aspecto de aquellos coches antiguos pueden darnos una idea los que aún se emplean en los países cuya civilización permanece en un estado estacionario. Uno de los más singulares es el que, tirado por bueyes cebús, encuentra el viajero en las calles de Birmania. En el norte de la India se usa el "ekka", especie de calesa sumamente incómoda, arrastrada por un caballo feo y flacucho. Otro coche indio, el "rekla", lleva un toldo inmenso que resguarda del sol a los viajeros, al conductor y hasta a la yunta de bueyes que tira el carruaje.

En Turquía y los países vecinos se hace uso desde tiempo inmemorial de unos grandes coches, muy cargados de adornos y tirados también por bueyes.

En la Europa occidental no se emplearon coches hasta la edad moderna. Atribúyese su introducción a un alemán en el siglo XVI, y parece que en un principio sólo se empleaban para viajar. Eran los tales carruajes, más que verdaderos coches, algo así como cofres de gran tamaño montados sobre ruedas, y el viajero tenía que ir en ellos tumbado.

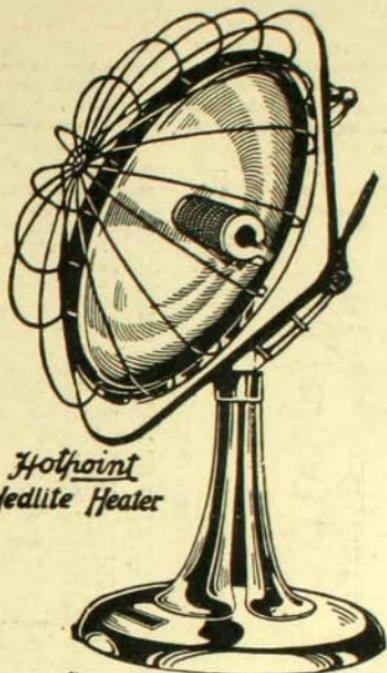
Felipe II ya tuvo que reprimir el incremento que los coches iban tomando, en la época, expidiendo al efecto una pragmática.

Otro tanto hicieron Felipe III y IV, dando todos idéntico resultado, y aun peor, pues con las prohibiciones se inventaban formas nuevas de carruajes y se excitaba el deseo de ir en coche.

Llegó a haber, por el motivo antedicho, gran variedad de coches, que tomaban los nombres de carrozas, coches, calesas, estufas, furgones, etc.

No se distinguían por su ligereza y esbeltez sino, por el contrario, su conjunto era pesado y algo toscos, habiendo algunos, sin embargo, muy bien contruidos, y sobre todo muy bien acondicionados interiormente, forrados de ricas telas; cubríanlos unas cortinas que, cuando se cerraban, no permitían ver nada de dentro a fuera, ni de fuera a dentro. El uso de los cristales no empezó hasta 1625.

Barriónuevo dice en su "Diario de Avisos": "Este día (4 de julio) sacó el marqués de Toral cuatro vidrios en su coche de dos caballos, que fué la primera vez que se habían visto vidrieras en los coches, y la gente iba a ver cuándo se quebrantaban con el movimiento".



*Hotpoint
Hedlite Heater*

"Warms as the Sun warms"

RADIADOR ELECTRICO

que puede ser conectado a cualquier tomacorriente, proporcionando la mejor calefacción al más bajo costo.

Tan pronto se le da corriente, empieza a radiar un calor agradable, inodoro y sano, sin viciar el aire de la pieza.

Está contrapesado de tal modo, que si fuese volcado, asume una posición tal, que siempre el elemento de calor queda hacia arriba, evitando así todo peligro de incendio.

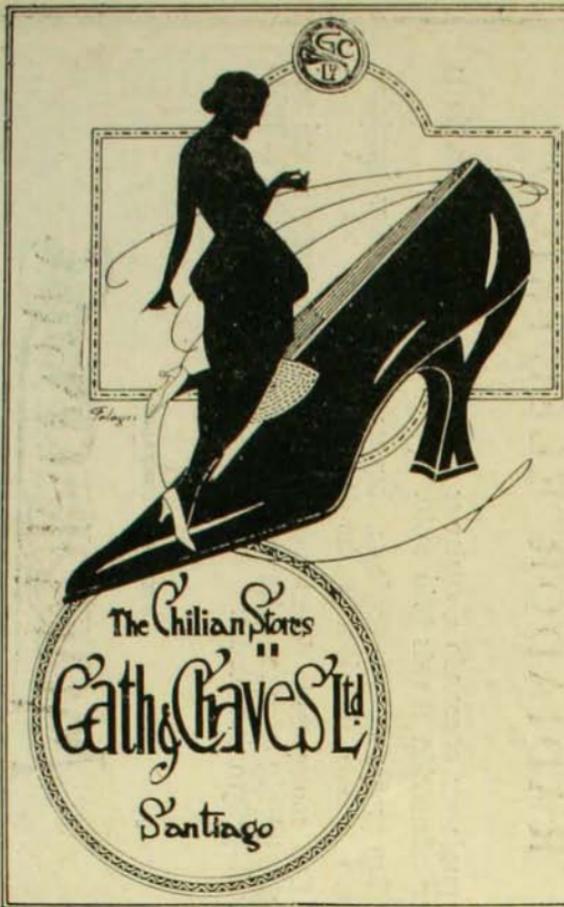
AGENTES GENERALES:

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO.

SANTIAGO

HEMOS RECIBIDO NUEVOS ESTILOS DE LAMPARAS ELECTRICAS, PENDIENTES Y DE MESA



ZAPATERIA SEÑORAS
Calzado Suizo "BALLY" (Mar-
ca Cruz) de nuestra exclusividad

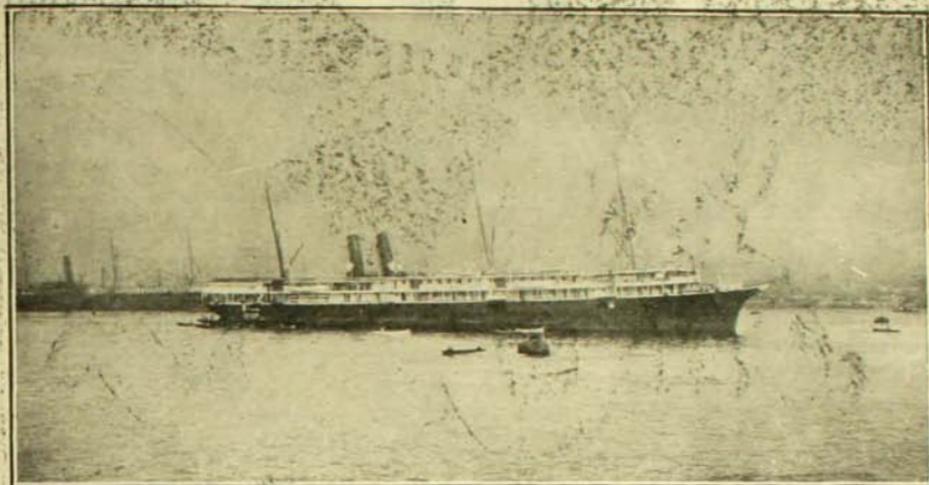


Invitamos a nuestra distinguida clientela a examinar nuestro espléndido surtido de esta famosa marca que hemos recibido últimamente, cuyos nuevos modelos son tan hermosos, originales y elegantes que superan ventajosamente a cuantos se han recibido antes.

Nuestro departamento Zapatería Señoras (Tercer Piso) luce, pues el más severo conjunto de calzado femenino de alta moda.

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 395



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10,000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores

“HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso, también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendidos por los vapores que salen de Valparaíso los Sábados a las 4 de la tarde.

PROXIMAS SALIDAS:

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

SALIDAS DE AGOSTO:

- “RENAICO” para New York, el 4 de agosto.
- “CACHAPOAL” para Pimentel, el 7 de agosto.
- “IMPERIAL” para Cristóbal, el 11 de agosto.
- “PALENA” para Cristóbal, el 18 de agosto.
- “MAIPO” para Pimentel, el 21 de agosto.
- “AYSEN” para Cristóbal, el 25 de agosto.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co.; en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 52.

ONTRE PLAZA.
Director-Gerente.



Lea estos certificados:

DEL DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Especialista en enfermedades de niños.
DR. MARCIAL GUZMAN Z.—Consultas de 1½ a 4½ P. M.—Monjitas 345.—Teléfono 2667.—Septiembre 19 de 1916.
 Tiene el agrado de felicitarle por la oportunidad de darnos un alimento que reemplaza con grandes beneficios a sus similares extranjeros y que está perfectamente indicado en los niños, mayores de tres meses, y en especial en los que está contraindicada la alimentación lacteada.

MARCIAL GUZMAN Z.

DEL DR. EUGENIO CIENFUEGOS B.—Médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".

EUGENIO CIENFUEGOS B.—Rosas 1267.—Santiago, marzo 16 de 1916.—Empleo el "ALIMENTO MEYER" en la generalidad de los casos en que es menester agregar los farináceos a la alimentación de los lactantes.

Su composición, su gusto agradable, su fresca preparación y su bajo precio, me hacen preferirlo a los alimentos extranjeros análogos.

Dr. CIENFUEGOS, médico del Patronato de la Infancia y del Policlínico "Manuel Arriarán".



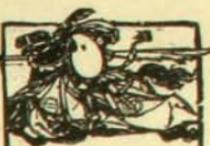
**ALIMENTO
 MEYER
 ES EL
 MEJOR**

NUESTRA PORTADA

Nuestra portada es de Néstor de la Torre, joven pintor decadente de la España moderna, que es un original de la paleta muy discutido por los rutinarios del arte. Tiene gran talento para "ustilizar", podría decirse, las chulas que le sirven de modelos. En cuanto a la fractura, sus cuadros parecen formados por mosaicos, como puede advertirse especialmente en el abanico de la manola de la derecha, que hace un garboso dengue a un invisible cortejante audaz.

SUMARIO

	Págs.
DOÑA INES ECHEVERRIA DE LARRAIN	1
LA REVOLUCION DE BOLIVIA	5
LA VAJILLA DE PLATA Y SU USO, H. D. A.	10
EL FALLECIMIENTO DE LA EMPERATRIZ EUGENIA	14
UN PROCEÑO MUY PARISIENSE, André Rouveyre	18
VIDA SOCIAL	21
EL ANIVERSARIO DE ESTADOS UNIDOS	26
EL 14 DE JULIO	32
LA TRISTEZA NACIONAL, Ricardo Valdés	37
LAS ESTATUILLAS DE JUAN RENE GAUGUIN, Ga- briel Mouney	39
LA GRAN COMIDA DE LAS SOMBRAS, Cuento por Rachilde	43
EL MES TEATRAL	47
EXTRANJEROS A FRANCIA QUE ESCRIBEN EN FRANCES, Eugenio Labarca	51
EN EL AVENTINO, (Notas de viajes), C. Silva Vildósola	55
EL ANIVERSARIO DE BELGICA	58
AJEDREZ, Alberto Conejeros S.	59
PAGINA INFANTIL	62
EL VERDADERO VALOR DE JACK DEMPSEY, Jacques Mortane	63
LA FRANCESA MAS BELLA	68
EL ENAMORADO DE PERLA WHITE, Clement Vantel	69
VERSOS, Carlos Acuña	72
LA CONSERVACION DEL AFECTO, N. Novoa V.	73
HUMORISTAS EXTRANJEROS	86
LA DANZA DE LOS ALBATROS	90



Señora Inés Echeverría de Larrain (Iris).

Doña Ines Echeverría de Larrain

Semblanza por El Curioso Impertinente

No se me escapa que hay suma pretensión en intentar siquiera bosquejar la prismática silueta de doña Inés Echeverría de Larrain, tan complicada como parece su gentilísima persona y tan complicada como es su notable personalidad literaria. Ella misma, en cierta ocasión, me ha dicho que el propio Juan de Armaza, que con tanto talento

hizo últimamente siluetas políticas y literarias, no pudo dar nunca con las líneas que hubieran enuadrado el verdadero espíritu de esta señora. Comprendo, pues, la magnitud de mi audacia; pero arredrarse ante ello sería igual que si Rembert o Salcido se resistieran a retratar bellezas, temerosos de achicar los ojos o de torcerles la boca levemente. ¡Qué

hacerle! Pienso que la buena intención de los fotógrafos y la circunstancia de tener a los modelos ante el lente, hacen presumir que las retratadas tengan siquiera parecido. Y ya es algo.

No quiere decir esto que yo tenga ante mí vista a doña Inés Echeverría de Larraín. Nó; pero en múltiples ocasiones la he tenido. Y es esta señora de aquellas que no se olvidan. ¿Por qué? ¿Por su figura? ¿Por su talento? Por una y otra cosa; pero, especialmente, por su talento. Es, sin duda alguna, la mujer que en Santiago lo posee en más alto grado. Y talento peligroso, se dice, en el sentido de que maneja la frase y la ironía con certeza de flecha, en que usa del idioma,—de los idiomas, mejor,—como de floretes florentinos, y en que nada la arredra para lanzar una palabra cruel en caso de que sea merecida. Y no les falta razón a quienes esto dicen. Hasta ella misma lo reconoce, si bien se excusa con sus doctrinas sobre los ancestrales y culpa de ello a la herencia que arrastra de una distinguida señora aficionada al epigrama, que cincuenta años atrás levantaba ronchas en Santiago. Yo, por mis propios oídos, he escuchado a doña Inés Echeverría expresarse en forma lapidaria de no pocas personas; pero he de advertir que en casi toda ocasión he estado plenamente de acuerdo con sus juicios. ¿Debido a qué? A que ella ve con ojo clínico lo que los demás no sabemos advertir. Tiene esta señora los ojos del espíritu más desarrollados que los de su cara,—broma que ella misma ha hecho en más de un caso,—de modo que no necesita de los impertinentes ya clásicos que le clava a usted para reconocerle en la calle o en el teatro, para saber a ciencia cierta si usted la admira de veras, si usted la quiere mal, si usted le envidia su marido, su auto o su casa... Rara vez se equivoca y no sabe guardarse sus opiniones. Por eso se ha disgustado con amigas que no lo son tanto, con admiradores no tan desinteresados, con críticos no bien sinceros, con jueces no ecuanímenes, con notarios apasionados; en fin, con todo aquel en quien cree descubrir ella careta, porque no le conviene lucir su propia cara. Se me dirá: "¿Y si se equivoca?" Estimo que será la primera en desdecirse. No sólo lo estimo, sino que sé que cuando se ha dejado llevar injustamente

de sus entusiasmos en contra, ha sido ella quien lo ha advertido antes que nadie y se ha arrepentido privada y públicamente.

Las características del talento de doña Inés Echeverría de Larraín, son: observación agudísima, inquietud espiritual y valentía a toda prueba. La suma de esas condiciones la ha hecho ilustre dentro de las escritoras. Sus novelas, sus impresiones y sus conferencias, a han exaltado al primer sitio entre la media docena de mujeres de letras con que cuenta Chile. Y su nombre ha repercutido, además, en el extranjero. Sus largas permanencias en Europa, sus viajes a Oriente han contribuido a que su fama se esparza a la vez que su ingenio ha adquirido todos los matices explotables. Y el hecho de que publicara "Entre deux Mondes" en francés y de que usara como pseudónimo el de Inés Bello, llamando así la atención sobre su ascendiente, el ilustre don Andrés, ha sido también parte a que Rostand y D'Annunzio y la madame de Thèbes, la estimaran de su familia espiritual. La vida diplomática en que acompañó a su marido años atrás y que le permite relatar anécdotas de personajes, comenzando por el propio ex-kaiser; su parentesco con Rebeca Matte, situada en los grandes círculos artísticos del viejo mundo; su fortuna y otras mil circunstancias largas de enumerar, hacen en conjunto de doña Inés Echeverría una de las señoras que más han tomado de otros medios, experiencias que traernos a Santiago. Y aunque ella nunca se ha sentido a gusto entre nosotros y alardea de no preocuparla lo que a nosotros hace, con sus artículos de prensa ha contribuido, consciente o inconscientemente, a sacudirnos algo del polvo colonial de que ella tanto y con tanta razón ha renegado.

Presidió doña Inés Echeverría el Círculo de Lectura, hoy muerto, y del cual arranca más de una de las actuales instituciones femeninas; auspició la idea del Club de Señoras, hasta que se fundó, y fué la primera gran señora que ocupó la tribuna para dar conferencias, no sólo dentro de las corporaciones nombradas, sino también en el Palacio de Bellas Artes y en el Ateneo de Santiago.

Tanto sus conferencias como sus artículos, sus libros como su frases, han levantado polvareda. De este orden se cuentan anécdotas tras anécdotas sabrosas que han conseguido

que la teman aquellos que sólo la ven de lejos. De cerca, no es posible sino celebrar, en casi todos sus momentos, y es tan especial su simpatía, su chispa, su ingenio, que llama no sólo a la admiración, sino también a excusarla lo que pudiéramos llamar sus dolorosas ligerezas. Yo vengo de verla pocos días hace, y he sentido toda la fuerza con que ella subyuga. He ido a visitarla a su nueva residencia de la Avenida del Salvador, al palacio de campo donde se ha refugiado en los suyos y en sí misma. Porque nadie ignora que la genial escritora ática se ha eclipsado desde hace algún tiempo. Ya no honra la prensa con sus coreados artículos a favor ni en contra de nadie; no frecuenta la sociedad ni tampoco los círculos intelectuales. Suele divisársela solamente en el teatro, absorba ante el drama o las danzas. “¿Qué le pasa a Iris?”, se ha preguntado medio mundo, echando de menos la elegancia de su silueta amañada, y sus características personales inconfundibles.

Y ella misma ha dado la clave de su ausencia. Se ha ido huyendo de las gentes tontas y de las gentes malas; asqueada de la chismografía, no quiere saber nada de nada; cansada de que las gentes insulsas le roben su tiempo y hostigada de que pretendan robarle su tranquilidad, su preciosa tranquilidad, ha dejado su residencia de la Alameda. Y allá, en su quinta, durante el año pasado y lo que va corrido de éste, ha estado felicísima, animando todo un barrio, concurriendo a la iglesia lugareña,—del cura de la cual cuenta Iris anécdotas como de tanto otro sacerdote, comenzando por su hermano, el bondadosísimo don Julio Echeverría,—desprendida de las miserias de aquí abajo y viviendo horas trascendentales entre la naturaleza, clavada su pupila de artista inquieta, en la masa grandiosamente elocuente de los Andes. Y como feliz resultado de esta vida tan a su gusto, Iris ha prometido darnos luego una novela de lo más interesante.

¿Es posible que Iris, dotada como está, de espíritu movido, anecdótico y epigramático, se sienta feliz lejos de los demás...? Sí, es muy posible, porque, realmente, rara vez estará sola. Ella misma dice que su retiro distante la ha servido para aquilatar la fuerza de los afectos: “Hasta aquí me han seguido,—insi-

núa picarescamente,—el amor y la amistad”. Es natural, entonces, que sean muchos en golpear a su puerta. ¿Pero no sería natural también que, segura como está Iris de sus actuales visitantes, previniera al portero de que abra confiadamente y de que no le examine a usted antes a través del ojo de la llave... Pues no, señor; se ha olvidado ella de prevenirlo y le someten a usted ante la verja del Salvador al mismo análisis que ante la puerta férrea de las Delicias. Si es usted gente de paz, entra.

Yo encuentro algo peligroso este sistema. ¿No puede el portero, acaso, equivocarse...? Iris piensa seguramente que sí; pero convencida como está de que entre la servidumbre suele haber no sólo la fidelidad del perro, sino también intuición y entendimiento mayores que entre las gentes cultivadas, está más segura guardada por un doméstico no tonto, que por cualquier gran señor de sólo buenas intenciones. De esta inversión de valores, Iris no culpa a nadie. Persuadida está de que venimos heredando un alma más o menos primitiva, más o menos experimentada, y de que no elige esa alma cuna de oro ni coronada de blasones para situarse. Sitúase donde encaja bien, a ciegas respecto de lo material, y cuidando sólo poder desenvolverse dentro del mecanismo físico que le tocara animar, impulsar...

Iris, por lo tanto, está teósofa. De ahí cierto mayor espíritu de excusa, de comprensión ante las ajenas pequeñeces que revela hoy hasta en su charla; y de ahí también su preferencia, su vivo interés, por la llamada “aristocracia anémica”. No la interesan ni nombre, ni fortuna, ni inteligencia aún: a todo eso prefiere en la actualidad lo que se diría un alma bien puesta.

—

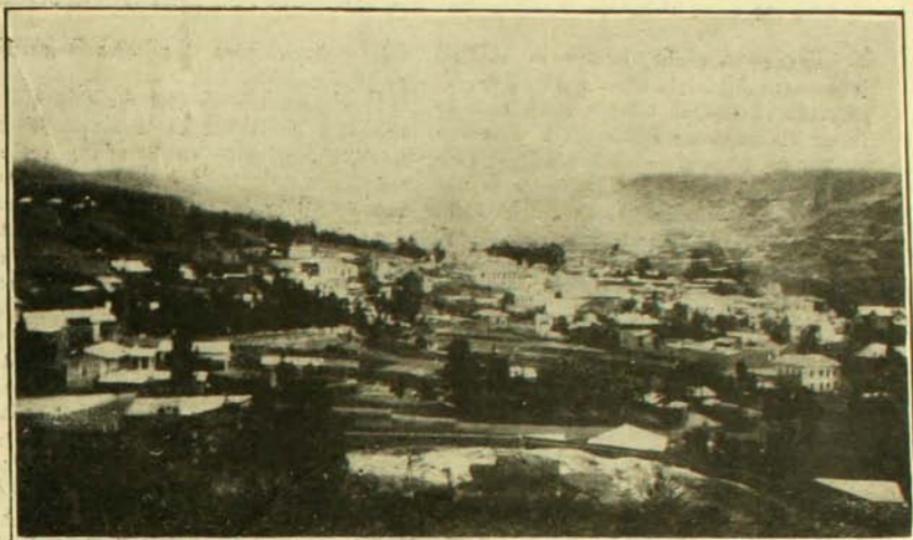
Estamos en el parque de su quinta, bajo un castaño monstruo. Al frente, surge el edificio de entre el bosque como el cuello de un cisne desde el agua. A nuestra espalda, los Andes, trágicos, pavorosos, incendiados al roce del sol, que les da un abrazo de posesión frenética. Comienzan a alejarse los labriegos, eafda la cabeza, cansados... Las campanas dan las siete horas... Poco a poco va invadién-

dolo todo ese ruido particular, "el silencio que habla" de que se hace preceder la reina noche. Callamos unos momentos... De pronto me quedé mirando a doña Inés Echeverría. Ante el crepúsculo insinuado por toda la naturaleza que piensa ya en dormirse, es una nota de primavera vestida como está de blanco, flexible y ligera como "la pajarita de las nieves", a que la comparara su gran amigo el Marqués de Dosfuentes, fresca de es-

piritu como en sus mejores momentos... Mirándola, "realmente,—pienso,—le ha hecho bien la relativa soledad: bajo ese cielo tan amplio, sobre esa tierra fértil, frente a esa cordillera magnífica, por cierto que nadie,—ni aun Iris,—puede sentirse prisionero". Y en cambio, serán ésas tal vez por hermosas y por vastas, las únicas limitaciones a que pueda someterse el espíritu de alto vuelo que imprime carácter excepcional a esta señora.



Iris en su biblioteca.



Vista panorámica de La Paz.

La revolución de Bolivia

Progreso de esa República.—El general Montes.—Sus ideas.—El Partido Liberal.—
Hombres de Gobierno.—Tendencia internacional.—La personalidad de Gu-
tierrez Guerra.

Ha estallado un movimiento revolucionario en la vecina República de Bolivia. La lectura de esta corta frase no admirará a muchos, quienes encontrarán natural y lógico que la patria de Melgarejo se convulsione nuevamente. Nos hemos familiarizado de tal manera con la idea de estos cambios violentos de regimenes en algunas Repúblicas sudamericanas, que no es raro el mirarlos como cosa sabida o como noticia de pequeña importancia.

Sin embargo, para quien ha conocido la Bolivia moderna, no puede menos de significar una sorpresa, el hecho de verla víctima de un movimiento revolucionario.

Hace ya muchos años que el imponente altiplano, coloreado y enriquecido por el co-

bre, el estaño y el wolfram, se deslizaba calmado y seguro por un camino de franco progreso.

Nada hacia esperar, en medio del bienestar presente, una interrupción de la vida cívica de ese país.

Las diversas presidencias del general don Ismael Montes habían sabido robustecer las viejas energías y crear nuevas, encaminadas en órdenes de alto interés. Si bien es cierto que el general Montes ha sido tildado de tirano y que sus actos como hombre de Gobierno son ardientemente discutidos en Bolivia, también es exacto que nadie podría negar los inmensos beneficios que para su patria acumuló este estadista. La creación del Banco de la Nación Boliviana, con la ayuda

de capitales franceses, cambió en absoluto el orden financiero de aquella República. El poder de emisión de billetes, antes concedido sin las garantías suficientes a los diversos Bancos, trajo como consecuencia el abuso del crédito, la desvalorización de la moneda y la crisis financiera. El general Montes fundó el Banco de la Nación, hiriendo sin duda numerosísimos intereses, pero asegurando para siempre la estabilidad de la moneda, el control de la vida financiera y el afianzamiento de la seriedad en las operaciones bancarias. Desde la creación de esta importante institución de crédito, han acudido a Bolivia numerosos capitales extranjeros y la vida económica, que antes presentaba los zigzags de la inseguridad, se perfiló con las líneas severas de las garantías y de las grandes empresas.

El general Montes no lleva su enérgico carácter hasta olvidarse de que los hombres no lo pueden todo por sí mismo, y durante sus presidencias ha tenido siempre el talento de rodearse de los hombres de estudio, de consultarlos y de vivir en continua sociedad con

ellos, por más que esos caballeros estuvieren totalmente alejados de la política. José Gutiérrez Guerra, el Presidente que acaba de caer, y el joven hacendista Tejada, eran consultados permanentemente por el general Montes en materia de cuestiones financieras.

José Gutiérrez Guerra era un banquero de sólidos conocimientos y de ojo avizor en orden a los negocios. Vivía sin mezclarse en las luchas internas, y fueron su amistad con Montes, nacida al abrigo de sus conocimientos económicos, y la habilidad que en él descubriera el Presidente, lo que impulsó a éste a levantar y apoyar la candidatura de Gu-

tierrez Guerra para la primera magistratura de la República.

Tejada era uno de esos ejemplos que dan una idea de lo que es la actual juventud boliviana. Educado en Europa y especializado en la Hacienda Pública, vivía totalmente entregado al estudio, esforzándose con todas sus energías para dar a la patria el mayor realce posible dentro de su esfera de conocimientos. Como Tejada, hay en Bolivia una pléyade de hombres que apenas sobrepasan la treintena y que trabajan con increíble tesón por la prosperidad de la República. Algunos estudian sociología, otros

cuestiones de derecho puro, otros industrias, otros organización y administración pública, etc. Se nota en Bolivia una potente aspiración por llevar a la patria al sitio que le corresponde.

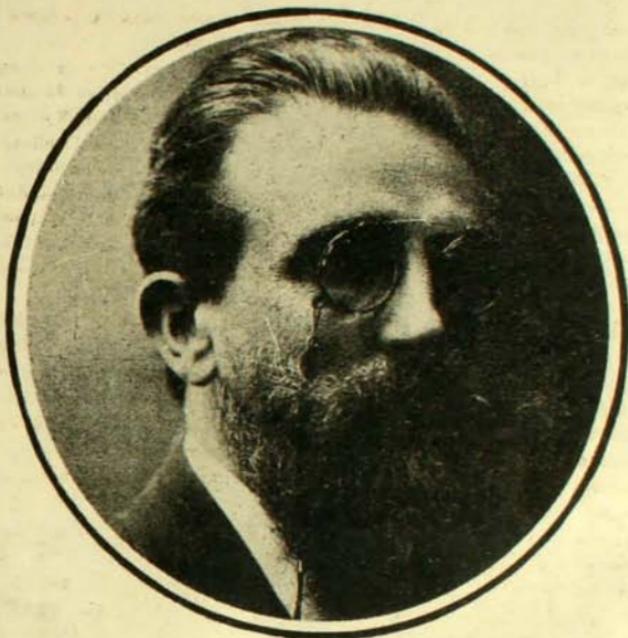
El general Montes formó, por empuje de la instrucción alemana, el Ejército actual, que es simplemente admirable. La actividad que los jefes desarrollan en el estudio de la táctica y en la preparación de los soldados, es algo que sorprende. Día a día, se ven pasar por las calles de La Paz

los regimientos que van a los alrededores a hacer ejercicios. Constantemente, se sabe la partida de militares que van a hacer reconocimientos prácticos y a estudiar en el terreno los problemas de la guerra. Entre estos jefes, se distingue por su inteligencia y gran amor al estudio, el coronel Díaz de Medina.

La instrucción, que antes los bolivianos recibían casi en su totalidad en Chile, desde los establecimientos secundarios, se ha desarrollado florecientemente en Bolivia, gracias al establecimiento central pedagógico, regentado en un principio por técnicos belgas. Este núcleo difundidor de las luces de la in-



Don Bautista Saavdra, jefe del movimiento revolucionario que asumió la Presidencia provisoria.



Don José Gutiérrez Guerra, el Presidente de Bolivia derrocado.

teligencia, trabaja con especial actividad, estudiando todos los problemas que se refieren a la instrucción pública boliviana y llevando a todos los extremos de la dilatada altiplanicie los resultados de sus investigaciones.

Sería largo y demoroso seguir enumerando las diversas actividades que ponen en evidencia las fuerzas vitales de Bolivia, así como también la energía que desarrollan sus hijos para el engrandecimiento de su tierra. Bástenos lo ya apuntado para darnos una idea del trabajo que allí se hace.

Los bolivianos conocen lo que poseen y saben que el día que la línea férrea llegue hasta el Valle de Yungas y cruce el territorio del interior, o sea, aquel que deslinda con el Brasil, la República boliviana será uno de los países más importantes de Sud América, rival de la riqueza de la Argentina y de los lusitanos de este continente. Por eso, luchan con tesón, por eso ahorran dine-

ro, por eso son abnegados, sobrios y orgullosos.

Casi todo este esfuerzo nacional colectivo se ha realizado bajo el Gobierno del Partido Liberal, que cuenta entre sus filas con las gentes más ricas y más influyentes del país. Parecía que ese Gobierno, cimentado sobre la base de tan alto espíritu cívico y que había contribuido a hacer de aquella Bolivia, cuyos cambios continuos de tiranos traían a la memoria al Imperio Bizantino, un país de sólidas instituciones y de noble pureza de ideales, no habría de caer jamás.

Sin embargo, las pasiones que se desarrollan al abrigo de viejos rencores internacionales no habían sido sofocadas por aquellas gentes de buen criterio y de recto entender. El litoral de Antofagasta era como una llaga abierta que se disimulaba bajo las elegantes ropas de la diplomacia y de la culta sociedad.

Nosotros lo sabemos bien. El que estas líneas escribe conversó en alguna ocasión, francamente, con un periodista que es en La Paz popular y simpático en todos los medios. Y aquel hombre dijo: "No se engañe usted por las apariencias. La mayor parte de los bolivianos no se consolarán jamás con la pérdida de sus costas y en el fondo de sus almas se levanta siempre una oración que tiene los matices de la súplica, de la protesta y hasta del insulto."

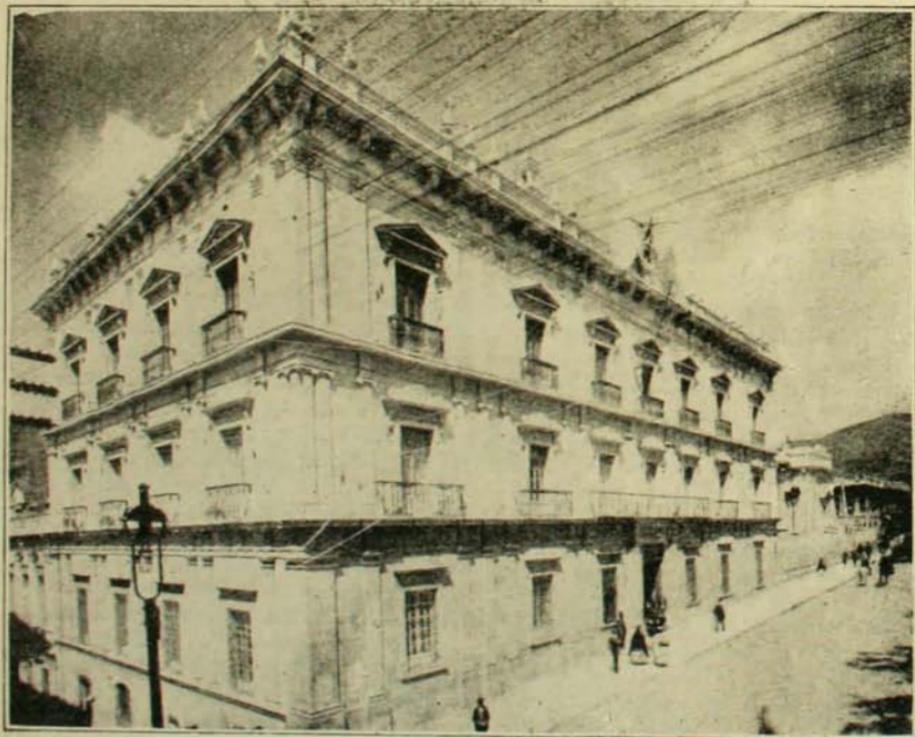
Como acaece en todas las actividades humanas, el floreciente Partido Liberal tubo de despertar celos de aquellos que o no pertenecían a él o que dentro de él no habían logrado lucir sus cualidades. Y lentamente, fué formándose el Partido Republicano, encabezado por los señores Saavedra, Escalier y Carrasco. El primero de éstos es una personalidad de segundo orden, el otro no vive en su patria y el tercero ha sido servidor del

general Montes, mientras sus ambiciones no le arrastraron más allá, y en seguida, enemigo del mismo, cuando el Presidente vió en ellas un peligro para la tranquilidad nacional.

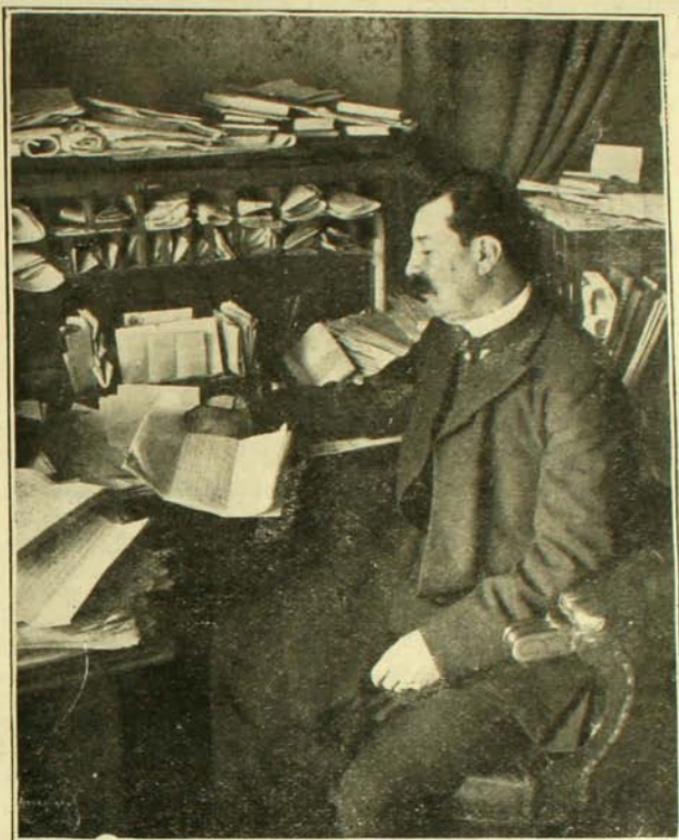
Estos elementos empuñaron el único estandarte que podía destruir la sólida organización del viejo Gobierno, aquel que cobijaba el rencor contra Chile, aquel que acavichaba, precisamente, los términos de la odiosa oración que ya hemos trascrito.

No necesitamos hacer historia antigua para recordar a nuestros lectores toda la actividad violenta gastada por el Partido Republicano contra nuestro país desde que la guerra europea llegó a su término. Mal interpretados los ideales que surgen en la actualidad de la Liga de las Naciones, el Partido Republicano creyó ver en ello un emblema de sus aspiraciones.

El Gobierno de Gutiérrez Guerra estudió



Palacio de Gobierno en La Paz.



El ex-Presidente don Ismael Montes.

con altivez y con patriotismo la manera de solucionar la vieja cuestión del Pacífico, de acuerdo con los intereses nacionales. Llegó a trazar una línea definida que era altamente ventajosa para Bolivia y que la independizaba, como al corazón de un cruzado, de bajos adulos y de inútiles rencores.

Estas altas concepciones no llegan a las masas, donde se anidan las pasiones bajas de la envidia y del odio, y naturalmente, ese Gobierno no fué comprendido, como no lo ha sido jamás ninguno que se levante por sobre la capacidad rudimentaria de la mayoría, inepta para penetrarse de las conveniencias que le tocan más de cerca. Tardíamente la historia da su veredicto.

Una y otra, la ambición y la envidia de la plebe y de los que aspiran a ser dirigentes, han concuado con un Gobierno que habría sido, seguramente, el porvenir de Bolivia y la garantía de justicia y paz en Sud América.

La mejor gente de esa tierra áspera, en la cual brillan los metales bajo el fulgor del cielo más hermoso y más puro que se conozca, será alejada de las labores públicas. Se pemorará la tradición y la prosperidad no podrá menos que confesar que Gutiérrez Guerra ha caído llevando en sus manos el estandarte de la caballería, que implica el perdón, la generosidad y el progreso.

De la Vida Privada Antigua

La vajilla de plata y su uso

Por H. D. A.

No son las grandes líneas ni los sentimientos esenciales los que diferencian tanto la fisonomía del presente de la fisonomía del pasado; el contraste se produce con mayor relieve en los detalles, en las minuciosidades del hogar, la indumentaria, el modo de estar en un salón, de sentarse, de comer...

Sobre todo de comer.

Si pudiéramos echar una ligera mirada sobre una mesa chilena de otro tiempo y viéramos una de esas largas familias de entonces, dispuesta por riguroso orden de edades, servirse en maciza vajilla de plata labrada innumerables manjares, de una manera enteramente desconocida ahora, ciertamente que hasta los más negados a la evocación histórica comprenderían la incalculable distancia que nos separa de aquella buena época.

En primer lugar, llamaría la atención la ausencia del tenedor y su insperado reemplazo con los dedos.

El tenedor es un utensilio relativamente moderno. La antigüedad clásica lo desconoció y a Europa fué introducido, allá en el siglo once, por una princesa bizantina que estuvo en Venecia. Considerado mollicie pecaminosa, mereció elocuentes condenaciones de San Pedro Damiano; más a pesar de todo, hizo su camino y en 1600 era común en casi todas las clases sociales de Italia. De allí pasó a España, después a Francia; los últimos en acep-

tarlo fueron los maestros de la etiqueta moderna, los ingleses. Los españoles los aventajaron mucho y el Marqués de Dos Fuentes, que comía el pollo con la mano, no ignoraría, como buen historiador, que en El Arte de Cisoria, escrita por su compatriota el de Villena, en pleno siglo XV, se habla de la broca y el tridente, mediante cuyas dos puntas "podíase comer vianda adobada sin untarse las manos y con la otra punta moras o nueces, confites o jengibre verde, e otros lutuarios".

"Los rudos soldados de la Conquista—dice un historiador—muchos de ellos veteranos de los tercios que guerrebaban en Italia, trajeron el tenedor a Chile y es curioso considerar que cuando Santiago era poco más que una aldea pajiza, sus moradores usaban tenedor de palta y comían con más limpieza y señorío que sus contemporáneos de casi toda Europa. Sugiérenos esta observación algunas notas recogidas en inventarios de testamentarias antiguas. De ellas resulta que durante el siglo XVII, entre 15 familias, 7 usaban tenedor y entre 27 del XVIII, sólo 7 no lo usaban".

Las familias mejor provistas de vajilla durante ese período de la Colonia eran: el Mayorazgo don Juan de Dios de la Cerda, don José Montt y Rivera, don Diego Mesías, Conde de Sierra Bella, don Francisco Javier Larraín, el Oidor don Juan H. Suárez Tres Palacios, don Juan Nico-

lás Prieto, Cura de Copiapó, don Luis Vergara, el Obispo González Melgarejo, el etc., etc.

Presidente don Ambrosio de Benavides,

Para suplir la escasez de cubiertos, se ha bñadoptado un ceremonial severo que resulta curiosísimo.

Como un pequeño cuadro holandés de costumbres, el **Catón Cristiano**, colección de oraciones y preceptos de urbanidad, destinado a las escuelas, nos introduce al interior de las familias coloniales, dándonos detalles precisos sobre las reglas del buen comer.

El capítulo V, que trata "de la limpieza de la mesa", se inicia: "Si hubiere de comer en la mesa de su padre, sea en pie y **destocado**; si por ser mayor le diere asiento y **manda que se cubra**, tome lugar humilde y si dicen que bendiga la mesa, **ridá: Benedicte Domine, haec tua dona...**" Por donde se ve que el sombrero era de costumbre en la comida.

¿Cuándo empezó a dejar de usarse? Un pasaje de las Memorias del Duque de Luynes, citado por Sainte-Beuve, habla de que en Francia, en 1788, se había introducido el uso de descubrirse cuando se tenía el honor de comer a la mesa del Rey, y que el Duque de Borgoña y otros personajes estaban empezando a imponer a sus invitados el mismo hábito para darse importancia.

Sigamos con el **Catón Cristiano**.

"Procure antes de sentarse, lavarse las manos y las narices, porque una vez puesto a la mesa no conviene hacer nada de esto". A este fin los comedores de antaño consultaban, junto a los trineos y como mueble indispensable, un pequeño lavatorio a la pared. Recordamos haberlo visto, por cierto sin uso ya, en una casa de campo antigua que había pertenecido a los Marqueses de Larraín. "La sal u otra cualquiera cosa de comunidad la tomará con la punta del cuchillo. La fruta que tiene cáscara la mondrá primero: el hueso de ella o la carne no lo roa, que es de perros; ni dé golpes para sacar la

médula, que es de go'osos". La indicación de moralidad se topa aquí con el precepto urbano. "Mientras parten la comida, re a otro cuchillo o cosa que tiene punta, no sea por ella y límpielo primero. No tome, para echar de un plato en otro, las viandas con la mano, ni para darlas a otro, sino en plato o punta de cuchillo".

Y lo más sabroso del caso:

"**No tome lo que ha de comer más que con tres dedos...**" ¡Oh relatividad de las cosas humanas, exclamaba Diderot, justicia más acá de los Pirineos, injusticia más allá! Estos tres dedos con los cuales se ha de comer en buena etiqueta, siendo malísima si se emplean más de tres, muestran en miniatura el mismo caso que desconsolaba al escéptico. Por lo demás, Luis XIV, aquel Sol de la perfecta cortesía, cuando no comía de antel algo, tornaba sin pesar, a la costumbre de sentarse calado el chapeo y coger a dedos los manjares que solía servirse en el mismo plato con alguna princesa.

La escasez de vajilla impuso al principio esta costumbre y el **Catón Cristiano** la reglamenta con toda seiredad: "Si otro come en su plato, tome solamete ned la parte que le cabe, medidamente; y el pan, una vez mordido, o cosa que de él sacare, no asegunde con ella... Si otro está bebiendo en él (vaso) aguarde que acabe de hacerlo para hacer... Excútese cuanto pudiere el hablar a la mesa, **quitar el sombrero**, vaguear con la mirada, etc., etc."

Estos cánones, tomados del célebre humanista Erasmo, eran el manual de urbanidad más en boga durante el Renacimiento y en sus rincipios fueron educados nuestros abuelos de la Colonia.

Los viajeros antiguos dan testimonio del resultado...

Para la vajilla sólo tienen elogios y no poco asombro: Vancouver, viniendo de Valparaíso a Santiago, el año 1791, describe una posada donde hubo de alojarse: "El interior—dice—aún más que el exterior, denunciaba la pobreza de sus

habitantes, pues apenas si se encuentran ahí los objetos más indispensables. Una mesa sucia, un escabel, una cama crucifijos componían todo el amueblado, el que, como se ve, estaba compuesto en gran parte de símbolos de la Religión. Lo que más atrajo nuestra atención fué que no sólo los propietarios de la choza tomaban habitualmente el mate,—infusión de yerba del Paraguay—sino que, con gran sorpresa nuestra, los pocos utensilios de que se servían para los usos domésticos más comunes, eran de plata”.

La abundancia de este metal debida a la riqueza minera, y la corporación de los plateros coloniales ricos y acreditados, explican en parte esta extraña magnificencia; y por otro lado la escasez de porcelanas, lozas y cristales, la cual llegaba a tal punto, que un vaso de vidrio ordinario era más escaso que uno de plata.

El mismo viajero, recibido en la capital con grandes agasajos por el Presidente don Ambrosio O'Higgins, se refiere no sin cierto desdén a la mesa: “A las dos volvimos a Palacio, donde el Presidente nos esperaba a comer. Nos sirvieron en una mesa mal asentada, que no correspondía absolutamente a la magnificencia del servicio, todo vajilla de plata”.

En esa vajilla espléndida, labrada y repujada como para reyes, los magnates españoles y las grandes señoras de la sociedad criolla comían con una abundancia y una mala educación que corrían parejas.

—A principios del siglo XIV, estuvo entre nosotros Mrs. Mary Graham, inglesa distinguida, viuda de un capitán de buque y amiga de Lord Cochrane. Llegada a Santiago, hospedóse en casa de uno de los comerciantes más ricos de su época, don José Antonio Pérez de Cotapos. Graham, muy agradecida a la hospitalidad, pero implacable observadora, anotaba diariamente en su cuaderno los usos y costumbres del país: “La comida—dice

el primer día de su llegada—fué más copiosa de lo que en nuestros hábitos permitiría el buen gusto; pero todos los manjares estaban bien preparados, aunque con exceso de ajo y aceite. (La influencia de España dominaba directamente todavía). Sirvióse el pescado entre los últimos platos. Todos los guisos fueron servidos en la misma mesa y era difícil resistir a las apremiantes y repetidas invitaciones a tomar de cuanto había. Se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle a alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo y a nadie se le hace escrúpulo servirle a uno con el cuchillo o cuchara con que ha estado comiendo, o tomar algo directamente de la fuente, sin intervención de platos”.

Ciertamente la buena señora que hacía de dueña de casa no sospechaba cuán “chockín” aparecía su amabilidad a los ojos de su correcta huésped. Don Vicente Pérez Rosales ha tratado el mismo punto con el simpático buen humor que le es propio; su relato en este punto tiene algo de comedia anticuada y señorial: “...a poco de principiar la comida—dice—la dueña de casa buscaba solícita en su propio plato o en el de aceitunas, que nunca hacía falta en la mesa, un apetitoso bocado y elevándolo con su propio tenedor, se lo ofrecía con gracioso ademán al convidado, quien, haciendo con presteza otro tanto con el suyo devolvía a la dama la fineza con un cortés saludo. Cuando se servía algún guiso o alguna notable confección culinaria, al momento el dueño de casa se acordaba de aquel de sus amigos o parientes que más gustaba del bocado y en el acto, colocado en una fuente con tapa un buen trozo del apetitoso manjar, cubierto con una añascada y limpia servilleta, caminaba para la casa del favorecido. Pero esto era nada en comparación del recado que acompañaba al obsequio, recado que era,

es y será la quintaesencia de todas las finuras: "Mando a Ud. ese bocado porque me estaba gustando".

En Valparaíso, la señora Graham hubo de pasar, no sin repugnancia bien visible, por las horas caudinas de una comida en la clase media. Esquivó el cuerpo muchos días, previniendo el rato que se la esperaba; pero al fin debió ceder y sin duda lo hizo pensando en la página de su Diario donde describiría minuciosamente el acto. "...La madre—tomo I, pág. 231—estaba sola en el estrado, reclinada en unos cojines; delante de ella tenía una mesita baja y redonda en la cual se había extendido un mantel de algodón muy poco limpia. La hijas entraban sólo para servir a su madre, pues comían en la cocina, junto al fuego; a nosotras nos dispusieron asientos junto a la mesa de la señora. El primer guiso que apareció fué una pequeña fuente de barro que contenía médula cocida, invitándonos a untar en ella el pan que a cada cual se le había dado; la anciana señora dió el ejemplo y aún llegó a pasarle con sus dedos unos pedacitos bien sopeados a Miss H., quien trató de pasárselos a un perrillo detrás de ella. Yo, que no estaba tan cerca, escapé mejor; por lo demás, como no me disgusta realmente la médula, unté mi pan diligentemente y lo comí con gusto... Después de este "aperitivo", se nos puso delante

una gran fuente de "charqueán", carne fresca de buey muy hervida, pedazos de "charqui" o carne seca de buey, rebanadas de lengua seca y tomates, calabazas, papas y otras legumbres cocidas en la misma fuente. La dueña de casa comenzó inmediatamente a comer en la fuente, con los dedos, invitándonos a que hiciéramos lo mismo; pero una de sus hijas nos trajo sendos platos y un tenedor, diciendo que ella sabía que ésa era la costumbre nuestra... No obstante, la buena señora persistió en ponernos en el plato los pedazos más delicados, con su pulgar e índice..."

La vajilla de plata, las fuentes labradas como joyeles, los platos marcos, los cubiertos repujados y cincelados han ido desapareciendo rápidamente del uso y ahora son contadas las familias opulentas que poseen entre sus colecciones algunas buenas piezas de servicio antiguo. El hierro y la loza ordinaria los han reemplazado en las clases inferiores y la porcelana en las otras, sin contar la cristalería barata o cara y los cubiertos de metales comunes, difundidos principalmente por la industria alemana, hasta en las últimas capas sociales. Pérdida sensible, sin duda, para los enamorados de lo pintoresco; pero de la cual será fácil consolarse recordando un poco el uso que los graves abuelos hacían de esos nobilísimos utensilios...



EL FALLECIMIENTO DE LA EMPERATRIZ EUGENIA



Retrato de Winterhalter, al poco tiempo de casarse la Emperatriz.

Uno de los últimos retratos de la ilustre anciana.

Hoy que ha muerto la ex-Emperatriz de le dedicó Martínez Olmedilla, no hace muchos franceses, reproducimos el artículo que cho cuando Eugenia de Montijo volvió a su país natal:

“La Emperatriz Eugenia ha vuelto a su patria después de larga ausencia. Ninguna ocasión más propicia para rememorar la interesante figura de la ilustre anciana, cuyo nombre va unido a un mundo de recuerdos enlazados con episodios imborrables de la historia contemporánea.

Todos hemos, visto con admiración ra-

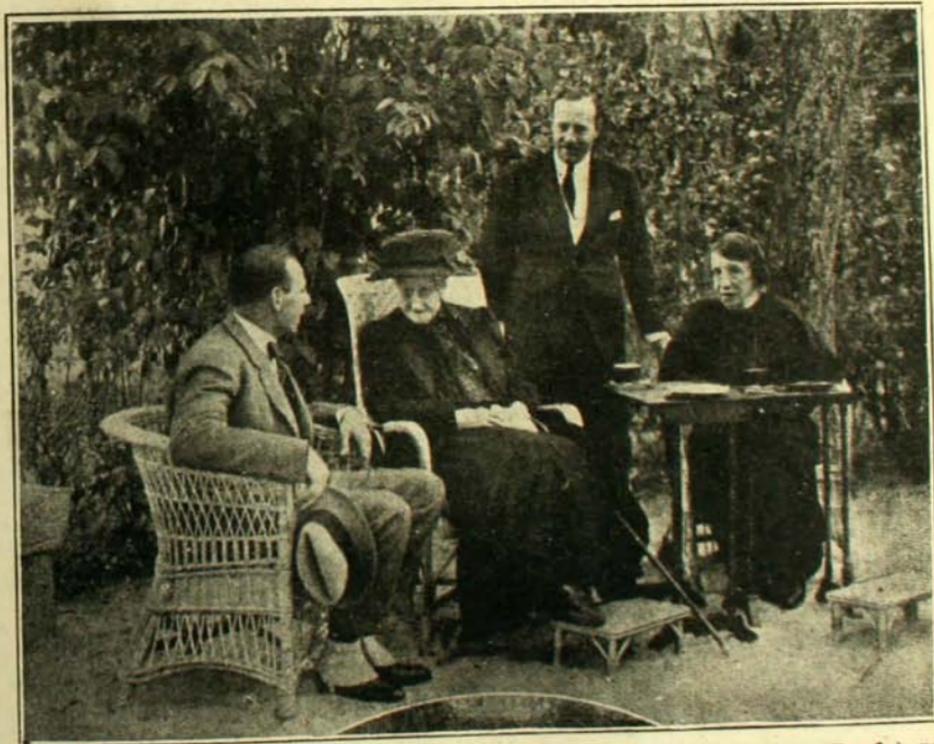
yana en el asombro el retrato que Winterhalter hizo de la condesa de Teba a poco de unirse con Napoleón III; no me refiero al que la presenta con traje de corte, luciendo manto y corona, sino al otro, más graciosamente femenino, en el que no tiene la egregia dama otra diadema que la de su hermosura. Si alguna mujer ha merecido encumbrarse por fueros de su belleza, esa mujer fué, sin disputa, Eugenia de Montijo. Bajo la gran pamela que ensombrece su rostro, de facciones correctísimas, fulgen dominadores los ojos, estu-

pendos ojos, en los que parecen fundirse las miradas de Afrodita y de Minerva. El escote exagerado muestra el busto, que hoy se nos antoja incorrecto por tener los hombros escurridos, en forma de "botella de champán", pero que ella puso de moda, con ser un defecto suyo, acaso el único de su cuerpo impecable. Y las manos maravillosas, de virgen de Tiépolo, jugueteando en la falda con unas rosas que envidian los colores de su rostro.

Cuando Napoleón conoció a la bellísima española, era aún Presidente de la República francesa. Una pasión absorbente, innarrable, apoderóse del alma de aquel hombre, que había heredado del ogro de Córcega las grandes ambiciones, aunque no los recursos para darles cima. Deseó aquella mujer, y se propuso hacerla suya. Quiso, ante todo, deslumbrarla con alardes de po-

der. Acaso el golpe de Estado del 2 de Diciembre obedeciese, más que a íntimas condiciones del Bonaparte, al afán de adquirir mayor prestigio ante los ojos divinos de la divina Eugenia...

Pero Eugenia sonreía siempre, no desdenosa, pero tampoco deslumbrada. ¿Era un Emperador quien la adoraba? Tanto mejor. Sólo que para ser correspondido, hacía imprescindible un pequeño trámite: la Vicaría... Pues ¡sea! Si París valía una misa para el monarca bearnés, Eugenia de Montijo valía una bendición para las ansias imperiales. La vetusta mole de Nuestra Señora, en cuyas ojivas prendió un poeta la silvestre hermosura de Esmeralda, engalanóse para recibir otra hermosura que venía de allende las fronteras a compartir el solio con el Emperador de los franceses.



La Emperatriz Eugenia en el Palacio de los Duques de Tomames, en Carabanchel (España), poco tiempo antes de su muerte.

Una era de florecimiento comenzó entonces para Francia. La felicidad que reinaba en las Tullerías pareció irradiar a todo el Estado. Sucediábanse las fiestas palatinas. Los "lunes de la Emperatriz" hicieron época. Un plantel de belleza célebres rodeó a Eugenia, que, segura de sí misma, no temía las comparaciones. Otro cuadro famoso de Winterhalter, la representa rodeada de sus damas, y en verdad que el conjunto eclipsa al de aquel Jardín del Amor, inmortalizado por Rubens.

Y Bonaparte, cada vez más enamorado, ideaba proyectos para ofrendar laureles a su ídolo. Poeta, hubiérase remontado a las cumbres del genio. Hombre de ciencia, leudriñara hasta lo incognoscible. Se llamaba Napoleón, y los lauros que ofreciese a la amadísima tenían que estar tintos con sangre. La campaña de Crimea llevó hasta Sebastopol, triunfadoras, las águilas del Imperio. Las luchas contra los austriacos cubrierónle de gloria en Solferino.

Más no todo eran alardes belicicosos. También se laboraba en tareas de paz... El barón Haussmann transformaba el viejo París en la urbe maravillosa que es y será cerebro del mundo. Dos Exposiciones universales hicieron desfilar por la capital de Francia representantes de los más ignotos países. Cruzóse el territorio de vías férreas, base de prosperidad. Los hilos del telégrafo tendiéronse por doquier. Inusitado desarrollo crematístico fué complemento de tales bienandanzas... En la Exposición de 1867, culminando la gloria del segundo Imperio, celebróse en las Tullerías una fiesta suntuosa en honor de los Soberanos extranjeros. Confundido entre los concurrentes, como uno de tantos, estuvo Bismarek, que, con sonrisa de zorro, ya aflaba las uñas...

No había nubes en el horizonte imperial. Las bombas de Orsini fueron una salva en loor de Bonaparte. Europa y el Viejo Mundo eran poco para él, y quiso intervenir en América. ¿Por qué no habían de tener los mejicanos un Imperio hechura suya? Y allá fué el infeliz Maxi-

miliano, el mártir de Querétaro, que pagó con la vida el delito de haberse prestado a satisfacer las ambiciones ajenas. Este incidente trágico fué el principio del fin. La inauguración del canal de Suez señala el último resplandor napoleónico. Pocos meses más tarde, Prusia invadió a Francia. Descaecido de ánimo y de salud, empujado por sus ministros y por su misma esposa, el Emperador se puso al frente del ejército. La estrella de Solferino se había eclipsado. Desastre tras desastre, vino la derrota de Sedán...

Un día París, amotinado, rodeaba, amenazador las Tullerías. El pueblo, el eterno inconsciente, gritaba: "¡Abajo el Imperio!", con la misma energía que en los días felices había gritado: "¡Viva el Emperador!" La egregia española sorprendióse al oír los aullidos de la plebe. ¿Qué era aquello? Pero se imponía una resolución rápida, y ninguna más eficaz que la de huir del peligro inminente. Una puerta excusada franqueó el paso a dos mujeres que se recataban el rostro. Humilde "fiacre" las condujo al domicilio de un dentista norteamericano, que facilitó la fuga. Antes de salir de París, la Soberana caída pudo enviar a su madre, la anciana condesa de Montijo, que en Madrid desfallecía de ansiedad, un lacónico telegrama: **Je part. ¡Courage! Eugenie.**

Aún era poco. Napoleón, vejado y escarnejado hasta por sus mismos partidarios, moría en el destierro. El Príncipe imperial, única ilusión de la Emperatriz caída, ganoso de demostrar que era digno de su progenie, marchaba a Zululandia como oficial del ejército inglés. Y allá sumbió a manos de los indígenas... La pobre madre tuvo el triste valor de visitar su tumba poco meses más tarde...

Eugenia de Guzmán, que disfrutó de todas las grandezas, ha sufrido todos los dolores. Cayó desde muy alto, con lo que el golpe fué mortal para su orgullo. Vióse sin el amparo de su esposo y sin el amor de su único hijo, cuya muerte hizo imposible todo intento de Restauración. Su naturaleza privilegiada, dotándola de longevidad poco

El fallecimiento de la Emperatriz Eugenia

frecuente, la ha permitido asistir a la gran convulsión europea, epílogo de aquella que hizo de su persona la primera víctima... Y por si todo esto no bastara; si al volver a España ha pasado por la plaza del Angel,

deseosa de dirigir una mirada a su antiguo palacio, habrá tenido una lágrima de dolor viendo que fué derruido para erigir en su solar hidalgo un establecimiento mercantil. Sic transit...''



La Emperatriz Eugenia, retrato de Winterha ter.

Un proceso muy Parisiense

Por Andre Rouveyre

La señora viuda de Catulle-Méndes, conocida escritora francesa, intentaba poco antes de la guerra un ruidoso proceso al sutilísimo dibujante André Rouveyre por una caricatura que juzgaba ofensiva. ¿Tiene derecho el artista de interpretar como quiere el rostro de una mujer? Esto es lo que acaban de examinar los Tribunales, condenando al exquisito artista que no se da por vencido. Como epílogo a los animadísimos comentarios que este proceso despierta en el público parisienst, el señor Rouveyre publicó una ingeniosa réplica. Con ella publicamos algunos de los más notorios y originales dibujos que inserta una revista de París.



André Rouveyre (Busto en bronce de Bourdelle)

Para acusarme ante los Tribunales, Mme. Mendés escogió jueces que toda persona de buen sentido rechazaría tratándose de asunto tan delicado y que requiere no poca sensibilidad, tacto y buen gusto. Bien puede ser que los "felinos" del bu-

levar du Palais sean excelentes distribuidores automáticos, cuando de sancionar el código se trata. Pero si fuera este el único fin que se persigue, bastaría con una máquina parlante; ¿para qué inmovilizar a tantos y tan excelentes ciudadanos habiendo infinidad de trabajos mucho más apremiantes que reclaman brazos?

Cualquiera pensará que el deber de los magistrados es mitigar los rigores de la jurisprudencia siguiendo la evolución de las costumbres. Acaban de demostrarnos, una vez más, la caducidad de su función, que se limita a la más perfecta pasividad.

Estuve presente en el proceso seguido contra mí por Mme. Catulle-Méndes. El presidente Sevin, al leer sus considerandos y mi condena, parecía sentirse muy satisfecho de su obra. No veo por qué, tratándose de cosa tan mediocre.

Todo el mundo está de acuerdo, tanto en Francia como en los lugares de América en donde ella estuvo, que Mme. Mendés tiene una gran debilidad por todo lo teatral. Claro está que en eso no hay nada censurable. Pero cuando tal afición se exhibe con tan inverosímil complacencia, causa risa su empeño de enfadarse porque un simple dibujo la representa en otra forma que no sea en miniatura. Tengo para mí que, si la vanidad puede, legítimamente en una mujer, buscar la lisonja, es ir muy lejos también el querer imponerla a



Henri Bergson



Gabriel d'Annunzio



Augusto Rodin



Anatole France



Sarah Bernhardt



Maurice Barrés



E.-A. Bourdelle



Octave Mirbeau



Laurent Tailhade

quien no quiere alabar. Y no hay jueces, por exclusivamente galantes que sean, como los del primer Tribunal, que me obliguen a representar a Mme. Mendés, con los ojos agrandados por el carbón hasta las orejas, con un mohín de enfado en la boca y contemplando una rosa, en actitud extática, beatífica, como quien mira un espejo preferido.

Por centenas se cuentan los "artistas" y los fotógrafos que han reproducido esa actitud, para darle gusto a usted, señora, y nosotros aplaudimos: "¡Bravo, bravo, muy bonito!"

¡Muy bien... pero basta ya!

En suma, lo único que Mme. Mendés buscaba era hacer ruido y pregonar su nombre: mi dibujo, obscuramente contenido en mis obras cuyo reducido dominio

apenas cuenta unos cuantos aficionados; mi dibujo, repito, ha sido ya reproducido en innumerables ejemplares y comentado en los diarios.

Mme. Mendés es demasiado sutil para aceptar que se le diga que ella no había previsto semejante resultado de su algarada. Ella ha sacrificado toda molestia en cambio de una extensa publicidad.

Son tan pocos los placeres que en la tierra encontramos, que ¿por qué le hemos de regatear a ella el que prefiere?

Por eso he querido, personalmente, y a manera de galantería, sacrificar la defensa tenaz de la probidad de mi carácter y de mi obras que bulle sin embargo, en mi corazón; y que el sustituto Sevestre, a pesar de su fallo riguroso en contra mía, se ha visto en el caso de proclamar.



Rémy de Gourmont, Emile Verhaeren.

GENERAL MOTORS



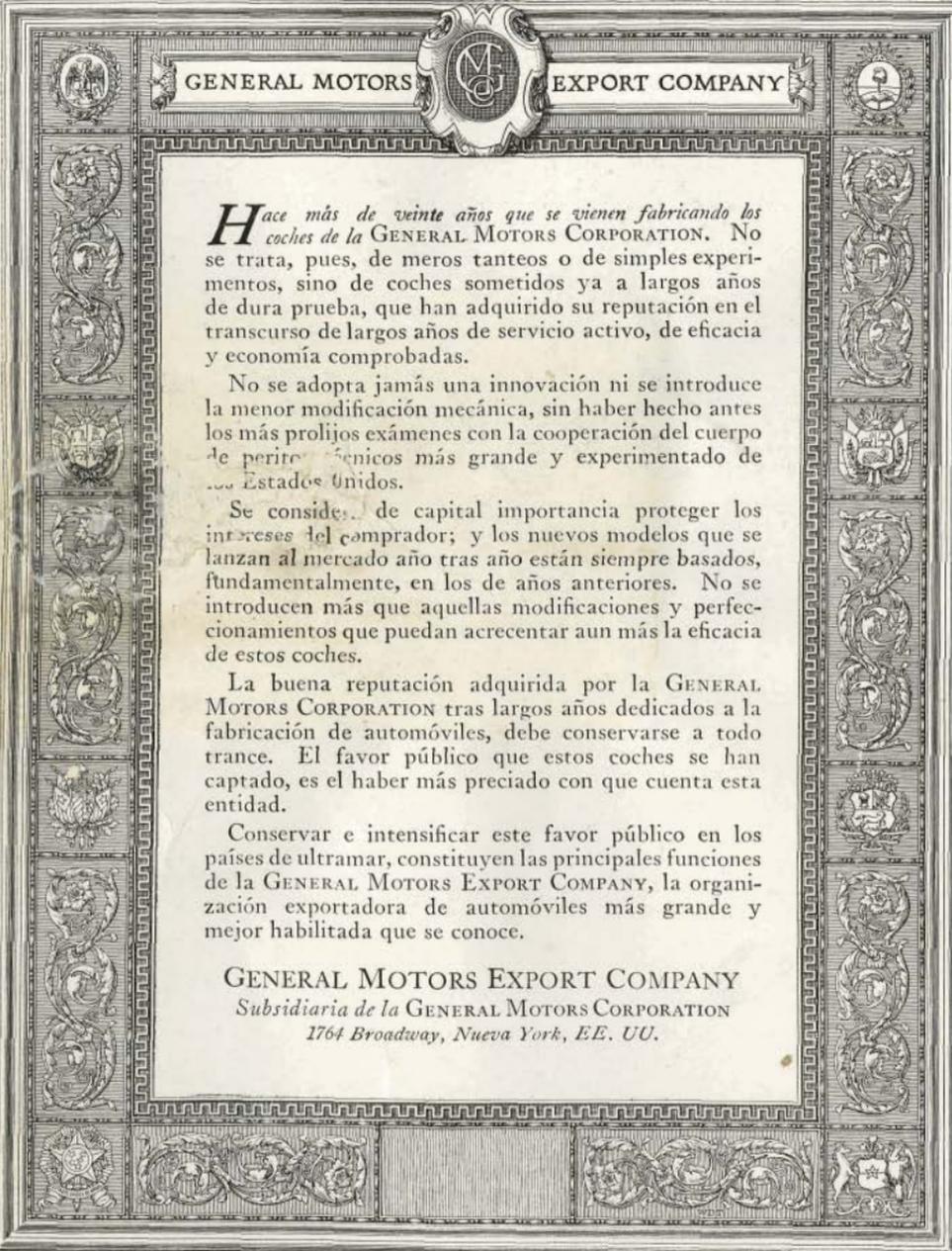
EXPORT COMPANY



El OAKLAND

presta el servicio más satisfactorio y económico aun en las condiciones más desfavorables. Su sencillez, resistencia, seguridad, economía y elegancia, son cualidades que lo recomiendan a todo automovilista que desee un coche bien construido, bonito y barato.

Oakland



GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

*H*ace más de veinte años que se vienen fabricando los coches de la GENERAL MOTORS CORPORATION. No se trata, pues, de meros tanteos o de simples experimentos, sino de coches sometidos ya a largos años de dura prueba, que han adquirido su reputación en el transcurso de largos años de servicio activo, de eficacia y economía comprobadas.

No se adopta jamás una innovación ni se introduce la menor modificación mecánica, sin haber hecho antes los más prolijos exámenes con la cooperación del cuerpo de peritos mecánicos más grande y experimentado de los Estados Unidos.

Se considera de capital importancia proteger los intereses del comprador; y los nuevos modelos que se lanzan al mercado año tras año están siempre basados, fundamentalmente, en los de años anteriores. No se introducen más que aquellas modificaciones y perfeccionamientos que puedan acrecentar aun más la eficacia de estos coches.

La buena reputación adquirida por la GENERAL MOTORS CORPORATION tras largos años dedicados a la fabricación de automóviles, debe conservarse a todo trance. El favor público que estos coches se han captado, es el haber máspreciado con que cuenta esta entidad.

Conservar e intensificar este favor público en los países de ultramar, constituyen las principales funciones de la GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY, la organización exportadora de automóviles más grande y mejor habilitada que se conoce.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, E.E. UU.

VIDA SOCIAL



Señora Adriana Balmaceda de García de la Huerta, cuyo repentino fallecimiento ocurrido el lunes 5 del presente, conmovió a nuestra sociedad.



El candidato de la Alianza Liberal a la Presidencia de la República, don Arturo Alessandri, en su casa habitación, rodeado de amigos y correligionarios políticos.



El candidato de la Unión Nacional, don Luis Barros Borgoño, acompañado de varios de los dirigentes de su candidatura a la Presidencia de la República.



Asistentes al té ofrecido por el Club de Señoras al ex-Ministro en la República Argentina, don Emiliano Figueroa Larraín.





Durante el banquete con que la colonia francesa celebró el 14 de julio en el Teatro Politeama.



Durante el baile ofrecido por el Embajador de Estados Unidos, Mr. Shea, en el Palacio del Club Hípico, para el aniversario de su país.

El Aniversario de Estados Unidos



Mr. Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos.

El aniversario patrio de Estados Unidos, tiene para nosotros un significado especialmente grato, pues si en general estas repúblicas del Sur han reconocido a su hermana del Norte, la primacía en el camino de la Independencia, (no sin algunas vicisitudes diplomáticas), Chile siente hacia ella afinidades que le vienen de un pasado étnico remoto, puesto en luz por el gran investigador de nuestra raza.

La reciente influencia de la cultura yanqui en nuestra tierra, con su espíritu tan vigorosamente original, ha venido a ponerle un sello de actualidad a este parentesco lejano y a influir saludablemente en nuestra idiosincrasia nacional. Puede afirmarse hoy que, de todas las naciones extranjeras con las cuales cultivamos relaciones estrechas, Estados Unidos es la que está más profundamente unida a nuestro interés, y a nuestro carácter; y esto sin solicitudes interesadas de amistad ni sombra de proteccionismos, que no deseamos ni necesitamos, sino como el acuerdo de dos buenos amigos, semejantes por la importancia, y el poder materiales pero que en el fondo reconocen



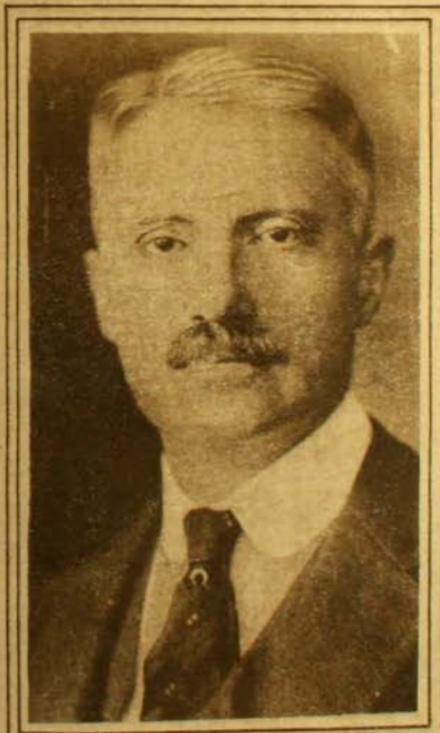
Mrs. Edith Bollin, viuda de Mr. Norman Galt, actual esposa de Mr. Wilson.

sus afinidades y la mutua conveniencia de marchar en armonía.

Aprovechamos esta ocasión para presentar al distinguido representante de la gran República en Chile, señor Shea, y al personal de su Embajada, nuestro cordial y afectuoso saludo.



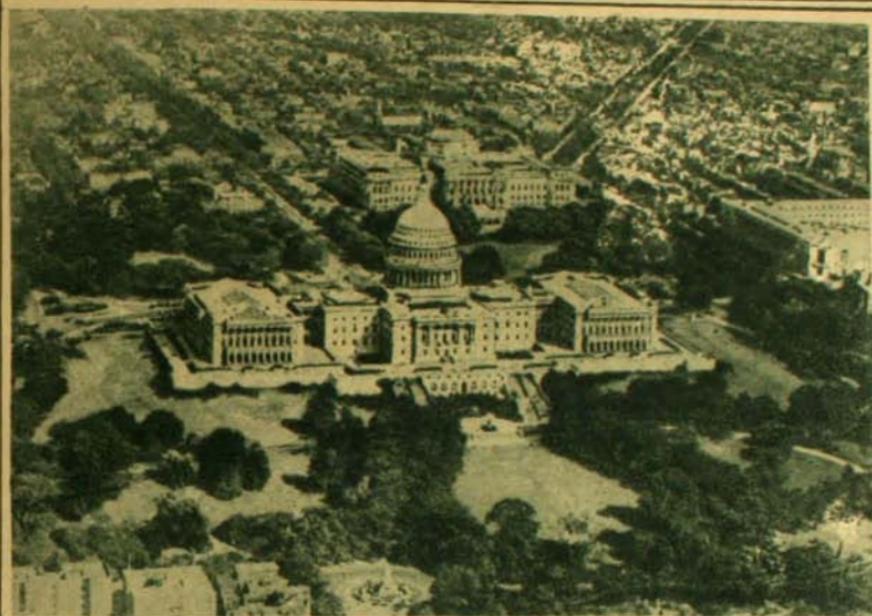
La campana de la Libertad, que existió en Filadelfia. Fue tocada en la proclamación de la independencia.



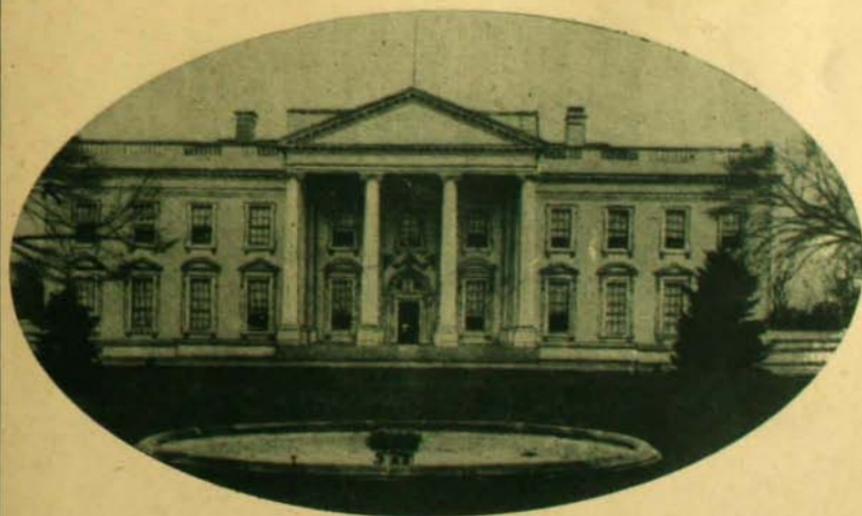
El secretario de Estado Mr. Bainbridge Colby.



Una reunión solemne del Senado norteamericano en Washington



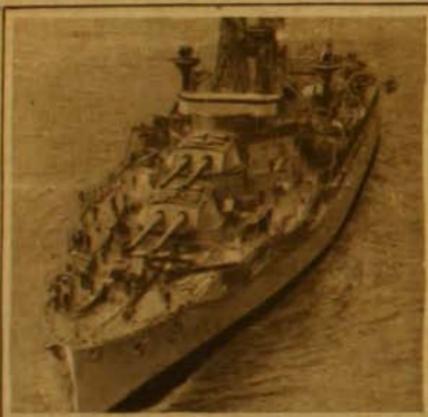
El Capitolio de Washington. Vista tomada desde un aeroplano del servicio militar.



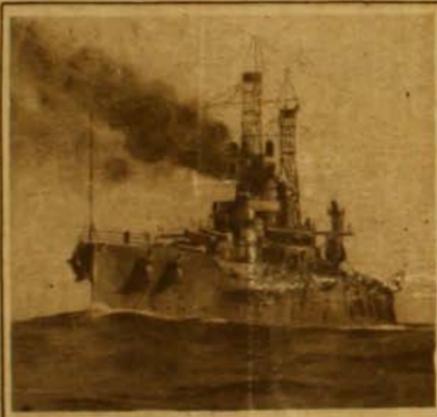
La "Casa Blanca", residencia de los Presidentes de Estados Unidos.



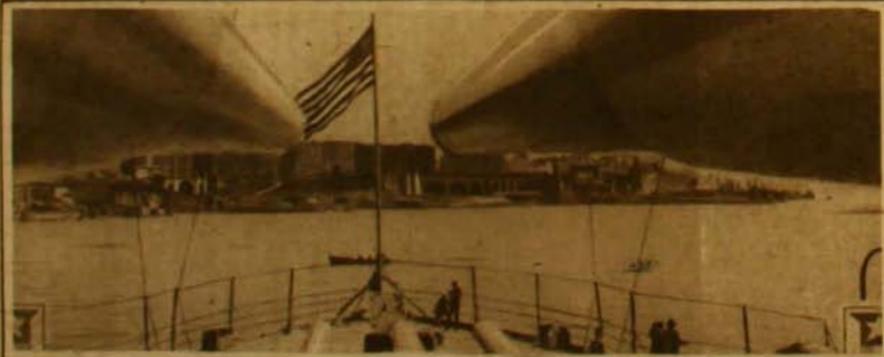
El dreadnought "New Hampshire" disparando con todos los cañones de un costado



El acorazado "Texas".



El dreadnought "Arkansas" navegando.



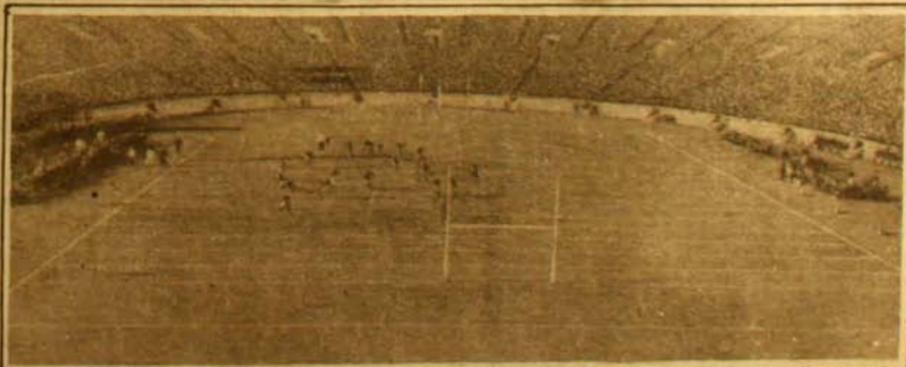
Interesante fotografía tomada desde el puente del acorazado "Mississippi" bajo los dos grandes cañones de proa.



La gran estación central de Nueva York. El mariscal Foch y el general norteamericano Pershing, en París.



El edificio "Flat-Iron", de la Avenida Broadway, en Nueva York, uno de los más altos de la gran ciudad. Interior del Palacio de las Repúblicas americanas en Washington.



Un gran match de football en el estadio de New-Haven (Conn.) al que asistieron 63,000 espectadores. Es una hermosa demostración del espíritu deportivo de los yanquis.

EL 14 DE JULIO



El Presidente Deschanel saluda a una simpática alsaciana, durante la visita que hizo a las provincias liberadas.

LAS GRANDES MUJERES DE FRANCIA



Madame Deschanel, esposa del Presidente de Francia.



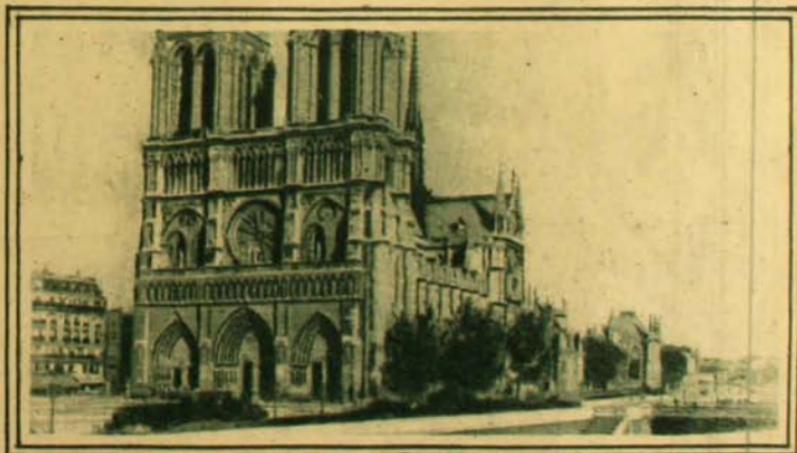
Madame Ernest Carnot, presidenta de la Asociación de Señoras Francesas.



Madame Pérouse, presidenta de la Unión de Mujeres de Francia.



La condesa de Haussonville, presidenta del Comité de Señoras de la Sociedad de Socorros a los heridos militares.



La célebre Catedral Notre Dame de París.



Excmo. señor Henry Lefeuve Méaulle, Ministro de Francia en Chile.

(Foto. especial para ZIG-ZAG.)



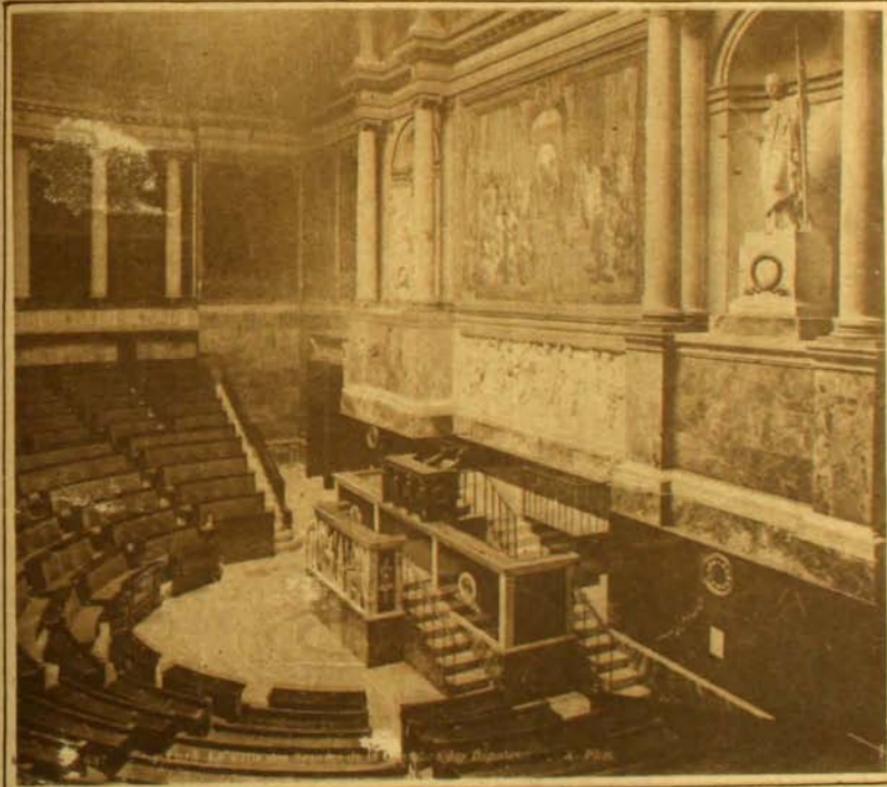
M. Alejandro Millerand,
jefe del Gabinete francés.



El mariscal Foch, gene-
ralísimo de la victoria.



M. Viviani, ex-Premier
francés y notable político
que dará conferencias en
Buenos Aires.



La sala de sesiones de la Cámara de Diputados de Francia.



El Gabinete francés que preside M. Millerand, reunido en consejo.



Jefes democráticos.—El mariscal Joffre conversa amigablemente con un territorial que había sido su ordenanza.

El ex-Ministro Malvy comparece ante el Senado constituido en alta Corte de Justicia. Los grandes culpables no escapan en Francia a la ley republicana.



El gran Clemenceau cumple con sus deberes republicanos durante una elección.

El culto por los héroes en Francia. El general Hirschaner condecora las banderas de tres gloriosos regimientos.



Por _____
Ricardo Valdes

La tristeza nacional es tema que ha preocupado a algunos psicólogos criollos y que chocea siempre a los observadores forasteros.

Los chilenos somos tristes. No cuesta cerciorarse de mi aserto. Basta advertir en la primera esquina a las personas que esperan carro y que, a juzgar por su silencio y la actitud abrumadores, parecen agobiados por una desgracia irreparable; o sentarse a una mesa de banquete, donde cada ciudadano se muestra como compulsado por la fuerza a la conversación con los vecinos, mientras la influencia del alcohol no comunica una alegría de artificio a tan inconfortables comensales; o presenciar un desfile cívico en honor de algún acontecimiento, recogido y silencioso cual acompañamiento de un difunto de parentesco en primer grado.

Hasta la fiesta de los estudiantes tiene mo-

mentos de una tristeza incomprensible en los muchachos que forman la farándula.

Y fluye, espontánea, esta pregunta: ¿Por qué somos así, tan tristes, los chilenos?

Muchas y variadas son las razones de la apatía de nuestro público.

En la tristeza de las clases populares influye la mezcla de raza indígena, denotada por el tipo.

El indio americano, desde el Canadá hasta Magallanes, es triste, supersticioso y fatalista. Descoñolados resuenan sus cantares, como aquel que entonaba un minero aimará de la alta planicie:

“El tucuquere canta
Y el indio muere...
Dicen que no es cierto;
Pero así sucede...”

La misma música de la cueca de zapateado movimiento, es melancólica, si se la escucha a la distancia. Antes de aproximarse al rancho del suburbio, donde cantan desentonadamente, el visitante no puede definir si domina espíritu de jerga o ánimo de duelo: la remolienda y el "velorio" arrancan de las cantadoras los mismos ayes lastimeros.

Muchos nacionales de antigua cepa hispánica descienden de los vascos, que son sobrios y tranquilos; ésta es una causal atendible de la quietud de carácter del chileno aristocrático.

Somos, además, habitantes de una nación montañosa y el horizonte de nuestras visuales está siempre limitado por altas y riscosas cordilleras que dan la impresión del encierro de una raza entre muros infranqueables. Esto desanima. La montaña hizo sentirse muy aislados a los primitivos pobladores del país y la soledad apena el ánimo del hombre, sociable por esencia, con la natural influencia en sus descendientes.

También se atribuye, y con justicia, nuestra falta de alegría a las comidas excesivas y embotadoras del espíritu por penosas digestiones.

El cóndor del escudo patrio representa bien este gusto chileno por la sobre alimentación. Es sabido como el ave que cierne majestuosa en el espacio a alturas que el águila no alcanza, queda ahita y abotagada hasta no

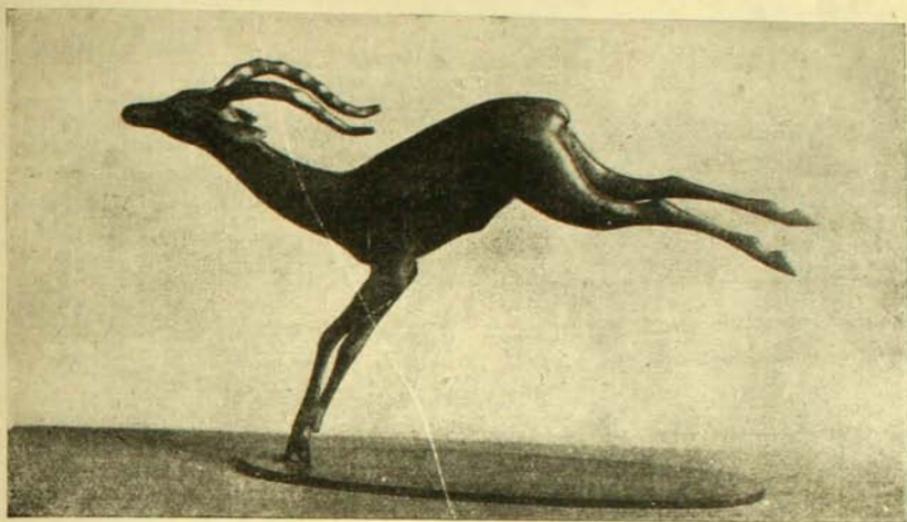
poder usar sus potentes alas, tras carniceros festines.

Existe otro motivo de tristeza criolla. Es la inseguridad económica. Me bastará decir, para apoyar esta opinión, que habíamos el único país civilizado careciente de moneda estable. En Chile nadie sabe lo que tiene, en relación con la fortuna universal. El haber privado de un millón de pesos, que representaba setenta mil libras esterlinas, al cambio de 17 peniques, a principios de año, se redujo a cincuenta mil libras esterlinas, en una treinta por ciento, a once peniques, por diciembre del mismo año de gracia. Los tipos erráticos entristecen a los habitantes de un país, obligados a sacar cuentas adversas a cada baja.

Otra causa de preocupación considerable es la movilidad de nuestro suelo. Los que hemos sufrido la impresión de un terremoto y no padecemos de la pérdida de la memoria, común en nuestros compatriotas, experimentamos inquietud ante los avisos reiterados que la naturaleza nos envía, de que vivimos sobre una costra de tierra no definitivamente constituida.

Terremotos cambiales y terremotos sísmicos, en combinación con gobiernos... parlamentarios y municipalidades desastrosas, son factores para tornar neurasténico, ¡qué diablos!, al pueblo mejor forjado para las luchas de la vida.





Las Estatuillas de Juan René Gauguin

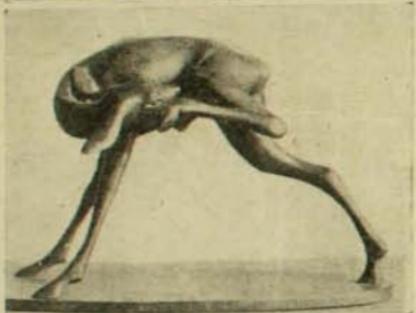
Por Gabriel Mourey

(Traducido especialmente para "Pacífico Magazine")

La tan rara y delicada alegría que se siente al encontrarse repentinamente en presencia de una personalidad artística desconocida momentos antes, de entrar en contacto y familiarizarse con ella, me ha sido dada sentir la recientemente; quiero decir, durante la demasiado corta estada que hice en Dinamarca en la última primavera.

Aconsejado por un amigo, visité las nuevas galerías de Dansk Kusthandel. En salas de altas ventanas, con pequeños cristales extrañamente decorados, de una manera a la vez muy moderna y muy "antigua Dinamarca", más bien dicho, "antigua Holanda", divisé a través de los vidrios verdosos, sobre estantes y mesitas, un pueblo viviente de figuras de bronce. Figuras que gesticulaban, se animaban con movimientos de prodigiosa verdad, de gracia nueva, exquisita y fuerte al mismo tiempo. Y el autor de estas creaciones,

cuya contemplación me embelesaba, llevaba uno de los nombres más gloriosos del arte moderno francés, el nombre del maestro, que con Cézanne, ha ejercido sobre las jóvenes generaciones artísticas del universo civilizado la más fecunda influencia. Se llamaba Juan René Gauguin, y era hijo del pintor de Pont-Aven y de Tahití, sobre cuya vida acaba de proporcionarnos apasionadas luces la colección de cartas piadosamente publicadas por el doctor Victor Segalen. Con eso sólo se acrecentó al instante para mí el interés de tales obritas. Quise, en seguida, ver rastros de alguna influencia atávica, pero fué en vano, porque entre el arte de Juan René Gauguin y el de Pablo Gauguin no existe ningún lazo, ninguna analogía. La manera con que aquél practica y concibe el arte estatuario no tiene nada que ver con la manera con que éste lo concebía y lo practicaba. Tanto como es el hijo



de apasionado por la verdad estricta, lo era el padre por las transformaciones decorativas. Mientras el uno se aplica a una ejecución completa, acabada, el otro buscaba el efec-

to ilusorio e ingenuo; el uno es tan dinámico como el otro estático.

Nada es más aventurado en escultura que fijar el movimiento; y nada es también más difícil. Podrían probarlo así muchos ejemplos. Es, pues, una maravilla que Juan René Gauguin lo haya logrado con tanta suerte y con tan poco, por no decir nada, de desfallecimientos; y que habiendo hecho del hombre y del animal en plena acción su motivo de estudio favorito, haya llegado con tanta precisión y exactitud a no inmovilizar, a no quitar la flexibilidad a los gestos, por más vivos y rápidos que sean.

Examinad atentamente esas figuras de corzos, de cuervos, de antílopes, de gacelas saltando, brincando, corriendo; y examinad esos hombres que danzan. No hay ninguna cuyo movimiento sea suspendido, interrumpido, parado por el bronce; ninguna cuyo movimiento no se continúe, haya cesado de ser, haya concluido de animar las formas de un ritmo irresistible e inconsciente, y donde no sean sensibles las modulaciones sucesivas del gesto, las modulaciones que han precedido con las que seguirán a ese momento. Por esta facultad excepcional de modelar el movimiento, Juan René Gauguin se acerca directamente a los japoneses; pero... cosa extraña, a los dios japoneses más que a los escultores, porque es generalmente en sus grabados más que en sus bronceos donde los japoneses son insuperables para producir la movilidad de los seres vivos.

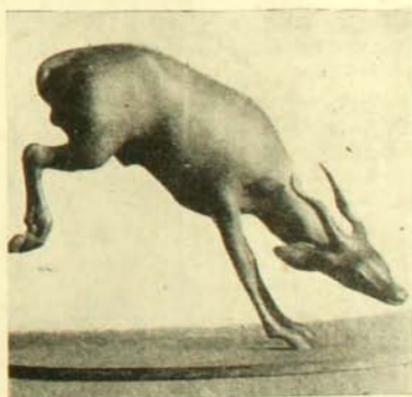
Las figuras de animales hechas por Gauguin me hacen recordar, a causa de su elegancia, de su realismo sutil, a los animales de los maestros italianos del siglo XV, Paolo Ucello, Pisanello, los Bellini. Las encuentro animadas de la misma pasión, atenta y enternecida, de la vida; las veo selladas con el mismo sentimiento tan profundo y tan probo, de la belleza delicada de las cosas, del mismo respeto por la verdad. Descubro en ellas, en fin, tanto en la manera como son ejecutadas como en la base de las impresiones de que son síntesis, esa suerte de admiración cándida, de exaltación ingenua, que da a las producciones de aquella época atractivo penetrante e irresistible.

¡Cuánto me agrada, por otra parte, que Juan Renée Gauguín use para expresarse de un lenguaje plástico tan pulido, tan puro y tan lacónico como el suyo, y donde, sin haber dejado nada al azar no hay detalle que quite la espontaneidad de la emoción primera. Estamos lejos aquí del impresionismo plástico de un Medardo Rosso o de un Troubetzkoi, de esas indicaciones sumarias e incompletas en que se complacen tantos escultores contemporáneos, sea por impotencia, sea por temor.

La técnica de Gauguín no se detiene en bagatelas inútiles, dice todo lo esencial y no descuida ninguno de los elementos indispensables para el efecto, pero sin insistir. Todo cuanto es necesario está expresado, cuanto es característico está formulado, pero finamente, sutilmente, con distinción y tacto supremos.

Estos cuerpos de animales viven de su propia vida y de la vida particular, esa especie de vida estética, que el artista les ha agregado de sus manos. Las gacelas que se lamen las patas, que se apuntalan sobre las delanteras mientras levantan las posteriores; esos ciervos que caminan, aquellas garzas que saltan, aquel otro ciervo lanzado a toda velocidad, todo ese mundo, en sus inflexiones, en sus tensiones, en sus lanzamientos, en sus abandonos de sus miembros tan elegante y tan frío, es una armonía de ritmos en que todo el ser de aspecto tan frágil, tan liviano, se adorna de fuerza y de belleza; sí, a cada cual de estas figuras las anima una personalidad inconfundible. Prodúcese el deseo de guardarlas entre nuestras manos, de acariciarlas entre nuestros dedos. ¡Qué nerviosos son! ¡Qué flexibles, qué suaves al tacto! Son chiches exquisitos, sin que aleanee Gauguín a gustar del artificio.

Lo que he dicho de sus estatuas de animales se aplica también a sus estatuas humanas, aunque en la concepción de la forma, en la manifestación del movimiento, como asimismo en la ejecución, existen grandes diferencias entre éstas y aquéllas. Cuando interpreta celoso las formas de animales, nos parece exclusivamente objetivo de la verdad; en cambio, cuando trata de reproducir la figura humana, es deliberadamente subjetiva su labor. Al que ponía tan encantadora gra-



vedad, tan ingenuo candor, al modelar la anatomía minúscula de los animales; al que trataba sus modelos con tanto respeto, hélo aquí empleando desenvoltura, humorismo, fuerza de



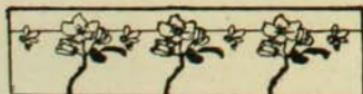
imaginación cómica, satírica, casi caricatural, en la gesticulación de esas muñecas humanas, semejantes a títeres faunescos. Nunca pierde Gauguin, por supuesto, el sentido del movimiento exacto, del gesto seguro. Es un apasionado de la verdad. Para él nada parece existir fuera de la naturaleza. Ninguna

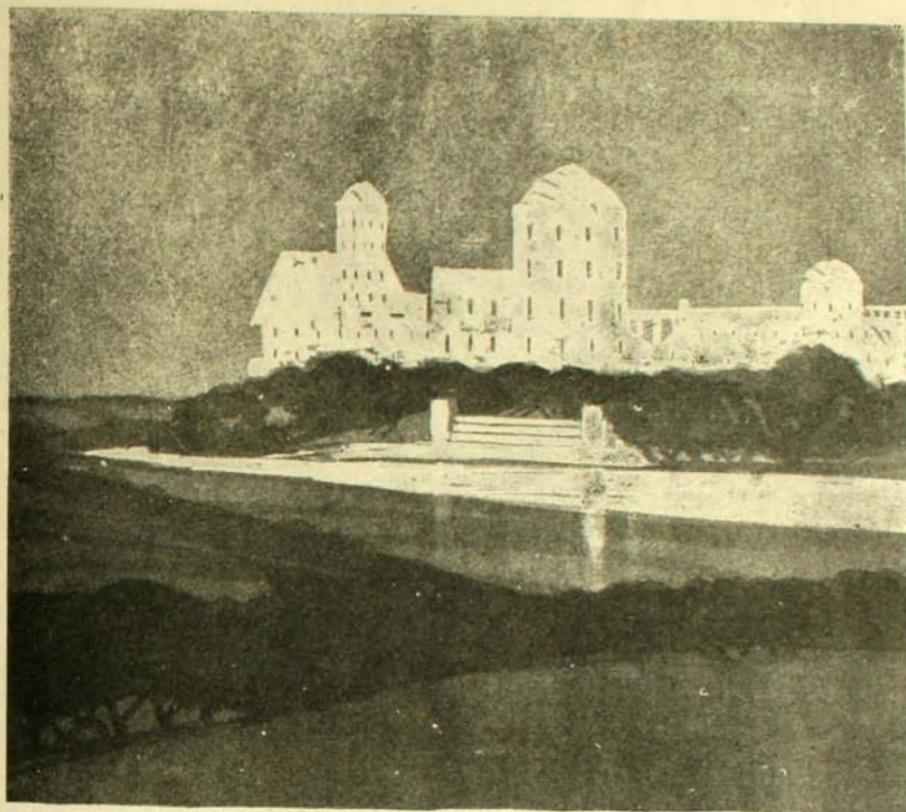
escuela le obsesiona, ni siquiera le guía. Tanto hay en él de espontaneidad, que parece ignorar o haber olvidado la historia del arte. Su virtuosidad es por eso enteramente primitiva, deliciosamente ingenua. El mismo es muy joven aún: no tiene cuarenta años.

Me habría gustado conocerle, a fin de que me hubiera mostrado otras de sus obras. Las circunstancias no lo han querido. No importa: conservo el exquisito recuerdo de los instantes que pasé en la sala de altas ventanas con pequeños cristales, delante de las fi-



guras salidas de las manos de Gauguin, y no me ha sido necesario más para adquirir la certeza de que el artista que las ha creado es digno del nombre querido y glorioso que lleva.





La gran comida de las sombras

(SOCIALISMO)

Cuento por Rachilde

Rachilde es el pseudónimo de Margarita Eymery. Conocida del mundo entero, se impuso desde los 18 años como novelista extraña, psicóloga y atrevida. Ha tratado la amoralidad con la independencia de un hombre y ha hecho obra de arte y de crítica altas. Es la esposa de Alfred Vallette, antiguo director de EL MERCURIO de Francia, y, a pesar de su hermosura notable, de su falta de prejuicios y de la admiración que la ha cercado, ha sido esposa modelo junto con literata eminente.

Con precauciones de hombre que conoce el tuál, que le había ya servido para envolver el valor de las menores cosas, abrió el vagabun- pan; peló una cebolla, una hermosa cebolla, do su pequeño cucurucho de sal. Lo depositó y comenzó su comida. Acostado boca abasobre el pañuelo a cuadros, su mantel habi- jo, las piernas sumergidas en la hierba, la ge-

rra echada hacia la nuca, mojaba la cebolla en la sal, la mordiscaba delicadamente y engullía enormes pedazos de miga. En cuanto a la corteza, la frotaba con aire muy religioso, pues tenía la idea fija de hacer durar la cebolla tanto como el pan.

Era un día de Junio, con tiempo despejado y en pleno campo.

Al borde del mantel, del pañuelo estirado, se distinguía una selva de matojos verdes, selva llena de insectos bulliciosos, bellicosos, como en armas; fieras minúsculas, pulgones parduzcos, hormigas rojas, moscas de larga trompa, toda una muchedumbre de bichejos voraces con esqueletos metálicos.

El primer grano de sal que cayó entre ellos, los puso en revolución; se ofendieron y desaparecieron.

Más allá de la selva de matojos, monstruosos vistos de tan cerca, se superponía otra, destacándose sobre el horizonte, en la claridad pura del cielo, selva esta hecha de verdaderos árboles, que la lejanía de unas cuantas leguas convertía en juguetes.

En medio de estos bosques, verdes y frondosos, se levantaba un castillo, encima de una colina de césped, un castillo gigantesco que debía tener las proporciones de un cuartel, a juzgar por la multiplicidad absurda de sus ventanas, un colosal edificio, rodeado de jardines y terrazas que llegaban hasta el río, un río ancho y caudaloso.

Entre la selva de las hierbas monstruosas y el bosque de los árboles miniaturas, aquella corriente de agua lejana era como un simple hilo de plata.

La atmósfera tranquila bañaba todo ello de una belleza que daba ganas de llorar.

El hombre terminaba su cebolla.

—Deben ser las doce,—pensó en voz alta.

Para responderle, sonó una campana; no una grave campana de iglesia, sino una campanita tintineante, imperiosa, agria, loca, sin contar sus campanadas, balanceándose a todo vuelo.

—¡Eh?—profririó el hombre, sorprendido.

El gran silencio fué turbado por aquel campaneo como un estaque es súbitamente trastornado por el canto de sus ranas.

—¡Ah, ah!—pensó el hombre—se conoce que van a comer en el castillo. Y añadió

encogiéndose de hombros:—¡Lo que deban atacarse!

No era un mal hombre; pero sus frecuentes contactos con los cuarteles y las cárceles le habían comunicado el odio a los grandes edificios, y particularmente a los que no sirven para nada.

Mientras ingería su cebolla con apetito, feliz de su libertad y de su perpetuo vagar, que le dejaban dueño de todos sus actos, suministrándole la cantidad de legumbres crudas necesaria a su robusto estómago, entre vió el festín de allá arriba, supuso el número de platos, imaginó su suntuosa ordenación (¡pues no hay uno de esos ricachos que acabe por la sopa!), su variedad, las fuentes de plata sobredorada, los manteles calados y el vino, el vino sobre todo, corriendo a mares, como aquel río.

Tuvo un gesto de cólera, y concluyó:

—¡Qué hato de ladrones, esos ricos!

Acabado su almuerzo, doblado el pañuelo a cuadros, el resto de la sal guardado cuidadosamente en el bolsillo, se levantó, buscó su garrote, ejecutó con él un formidable molinete, y murmurando:—¡Si fuésemos a ver!—partió con paso agresivo.

Por otra parte, nada mejor podía hacer. Lo mismo le daba dirigirse a un lado que a otro.

Le fué preciso buscar un puente; luego, atravesado el río, tropezó con las verjas solapadas que defendían los bosques y el parque. Por fin, encontró una brecha en el muro, que escaló jurando y maldiciendo, como si trepase a un asalto.

Al llegar ante la terraza de honor del castillo, casi se sintió aplastado por su mole. Experimentó frío en los huesos, ese frío singular que no puede evitarse en presencia de las grandes cosas muertas.

Bajo sus pies se abrían anchos carriles, que iban desde la terraza hasta la entrada del parque, anchos carriles cubiertos de musgo que atestiguaban que los últimos coches que habían pasado, singularmente lentos y pesados, rodaban ahora lejos de la casa.

Los macizos desguarnecidos de flores, los inmensos terraplenes vacíos y taciturnos, las grandes ventanas abriendo sus fauces desden-

tadas para aspirar el sol, las terrazas grises de li-
quenez indicaban la negli-
gencia de los empleados,
una especie de reto a los
pobres, como si tan fuertes
fueran en este lugar que
no temieran dejarse abor-
dar familiarmente y pare-
cer rústicos.

Subió, el garrote en la
mano, la gorra sobre los
ojos, con expresión un tan-
to siniestra.

Sentado en un escalón
de la terraza, un viejo mal
vestido podaba el rosal de
un tiesto. A su alrededor,
se escalonaban otros tiestos;
alelíos comunes, una ca-
léndula pálida, un jacinto
blanco, quebradizo, tardío,
con el aspecto de muchacha
flaca, en camisa.

Las treinta y seis bocas
enormes del castillo gigan-
te parecían ahora abrirse
exclusivamente para tragar
esos tiestos.

Como el viejo no parecía
adusto, el vagabundo se
quitó la gorra:

—Ud. dispense amigo,—
dijo,—pero hace un calor de todos los demo-
nios. ¿Me permitiría pedirle un vaso de vino?

El viejo sonrió:

—De aguapié, sí, buen hombre—respondió
con acento paternal, satisfecho de hablar con
alguien,—de aguapié... que aquí no se bebe
vino desde hace mucho tiempo.

Y charlaron mientras apuraban, de pie en
la terraza, dos vasitos de aguapié. Era, por
fin, el gran reparto.

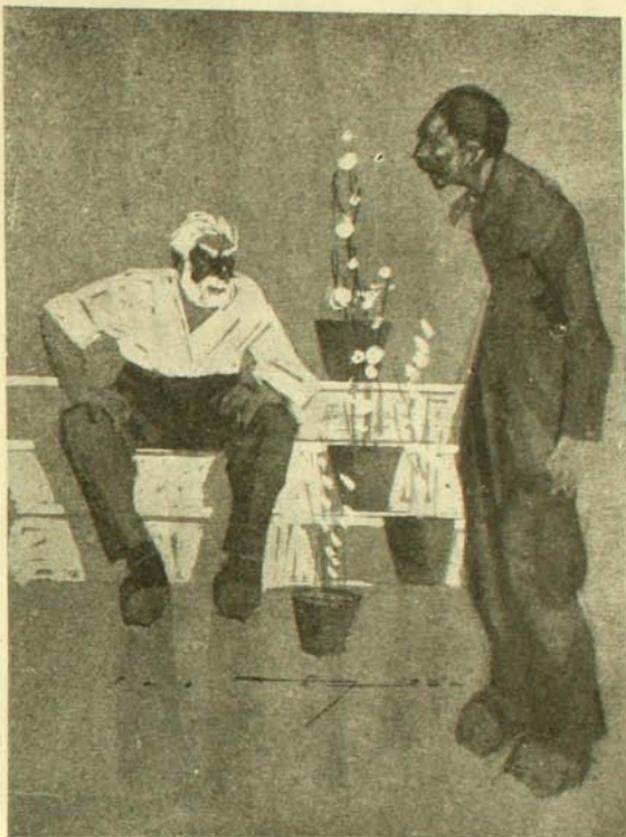
—¿Y los amos están ausentes?—preguntó
el vagabundo.

El viejo se echó a reír:

—¿Los amos? ¡Si no los hay!

—¿Y la campana de hace rato, la campana
de almuerzo?—replicó creyendo se burlaban
de él tratándolo así de alejarlo.

—No, hijo mío; aquí no queda más que
una hija loca que se empeña en no vender,
dejando que todo se desmorone. Yo la sir-
vo porque ya soy demasiado viejo para bus-



car otra ocupación. Además, el trabajo no es
mucho, con una señorita de 80 años, que só-
lo puede tomar copas de leche, y eso a cucha-
raditas. ¿Vino? Ya, ya; sólo de olerlo se pon-
dría enferma. Yo tampoco lo gasto. Espero,
para eso, cobrar mis salarios atrasados. ¡Ah!
¿La campana de las doce? La señorita es
sorda, pero quiere que se toque de todos mo-
dos. Una antigua costumbre. Es muy ma-
nática. Le produce satisfacción verme tirar
de la cuerda; ésta se mueve casi al lado de
ella, allá arriba, y se figura que oye. No baja-
nunca, no sale, vive en la buhardilla. En el
comedor no hay nunca nadie...

El vagabundo acabó su vaso de aguapié
sin decir palabra, se limpió la boca con la
manga y se fué balbuceando un ¡gracias!, al-
go confuso.

Y todo el día le tuvo pensativo aquella
gran comida de las sombras en el gran come-
dor del castillo muerto.

Henri Bordeaux entra a la Academia Francesa

Las puertas sagradas de la Academia Francesa acaban de abrirse para un literato cuya producción nos es particularmente familiar: para Henri Bordeaux. En efecto, este escritor ha penetrado en todas las esferas sociales de Chile, con ese pasaporte que consigna en la filiación moral estas condiciones: investigación sutil, gran conocimiento de la psicología humana, interpretación elevada y sana de los sentimientos, soplo de aliento y de esperanza.

Los inmortales no siempre lo han sido, y en cambio, Taine, Chateaubriand y otros, rechazados de la augusta corporación, ocupan en el mundo de las letras la más alta de las situaciones, y sus espíritus planean aún sobre los nuestros, dirigiéndolos y derramando sobre ellos el elixir inestimable de su inspiración o de sus conceptos.

En todo caso, cualquiera que sea el valor que representa el verde uniforme ornado de palmas y el brillante espadín, emblema de la noble defensa de las nobles causas, ello es que al vestirlo parece que la consideración del mundo intelectual se posara con respeto y admiración sobre esos seres que tienen derecho a llevarlo.

Si para alguien estaba preparado uno de esos sillones de la Academia Francesa, en que reposan los atildados del estilo, los conservadores de la tradición y los adalides de las causas respetables, era para Henri Bordeaux, espíritu sereno y ponderado, de sensibilidad casi infantil, soldado de las ideas que sostienen el estado social actual, enemigo del divorcio, defensor de la institución matrimonial, pregonador incansable de la resignación y de la humildad.

Después de "La Peur de Vivre", de "Les Roquevillard", de "Une Honnête Femme" y otras obras que le dieron gloria, ha agregado, últimamente, los recuerdos y observaciones recogidas por el comandante Bordeaux en las horas angustiosas de Verdun, Flandes y los Vosges.



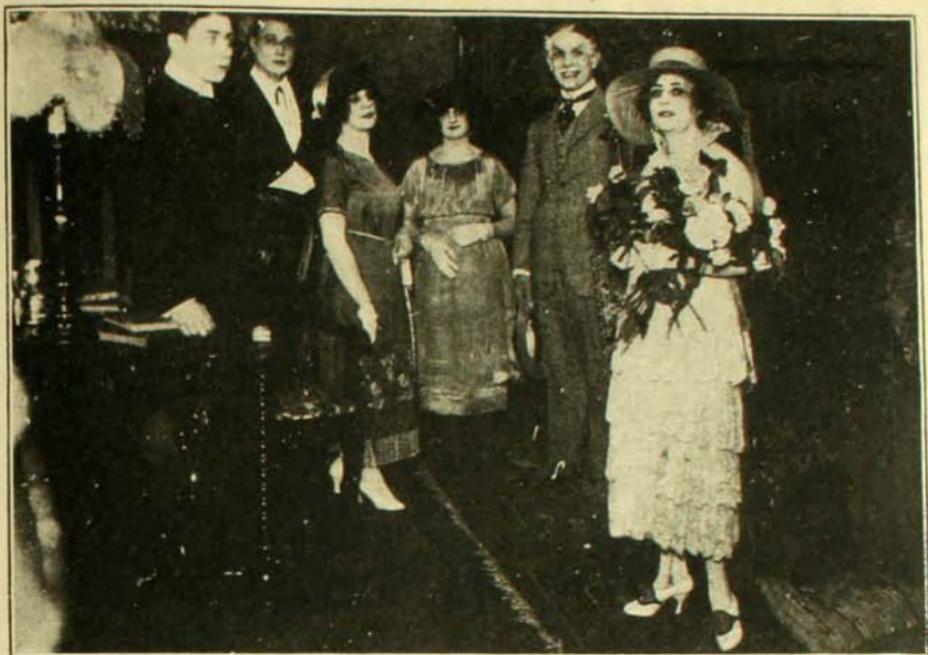
Henri Bordeaux

Sus teorías sobre la resignación y sus conceptos sobre la virtud se reproducen en este nuevo marco y resaltan más brillantemente en el campo de verdadera sangre roja y de visible abnegación, que en el mundo de fantasía y de análisis psicológico.

"El fuerte de Vaux", "La vida heroica de Guynemer", etc., forman el canto de los dolores que importa la victoria, y el credo de alta nobleza que de ella se desprende.

La Academia Francesa ha llamado a Bordeaux a su seno para que forme en las filas de los que se han distinguido en la defensa del honor familiar, del honor íntimo y del honor patrio.

N.



Artistas argentinos, intérpretes de "La Serpiente", de Moock.

EL MES TEATRAL

La compañía Huguenet-Sergine nos ha traído una nota de verdadero arte dramático en medio de este mar de espectáculos frívolos o mediocres, de tonadillas, zapateos, prestidigitaciones y conjuntos nacionales de espléndida voluntad, pero que dejan muchísimo que desear. Félix Huguenet, el director y primer actor, es un artista que trabaja a conciencia, estudioso de los detalles, sobrio y natural, que da calor de humanidad a todos sus tipos, de bien diferente naturaleza y psicología, como el magistrado de *La Robe Rouge*, el simpático protagonista de *La Souris d'Hotel*, el marido de *Le Voile Déchiré*, de Pierre Wolff, y el desencantado filósofo de *Los Fantoques*, del mismo autor. Sus caracterizaciones son completas. Mme. Vera Sergine lo secunda en su labor con admirable acierto; es una actriz de atrayente figura,

de voz cálida y llena de inflexiones y con unos grandes ojos tristes que conmueven. Su labor ha sido múltiple y ha sabido captarse por entero la voluntad del público con sus delicadas interpretaciones de la adorable ingenua de *Los Fantoques*, de la apasionada y sufriente Micheline de *El Velo Desgarrado* y de la atormentada mujer del pueblo de *La Robe Rouge*. Duvernay, Mlle. Colomb y demás elementos hacen un conjunto muy homogéneo y agradable, que por lo general viste bien y que presenta las obras bien ensayadas y decoradas. El repertorio, por otra parte, lo juzgamos seleccionado con inteligencia, y las funciones de abono han estado combinadas con acierto, pasando de la alta comedia dramática al simpático *vaudevil* sin importancia ni trascendencia. *Montmartre*, *L'Homme qui assassina*, *Le Bois Sacré* y mu-



Vera Sergine.

Mario Padín, en el que figuran artistas chilenos en su mayoría, como Isaura Gutiérrez, Juma Joven que tiene un espléndido porvenir en nuestra escena; Elena Puelma, la celebrada característica; Arturo Bühler, el popular actor cómico; Pedro Sienna, selecto temperamento artístico, y varios otros. Esta compañía nos ha dado y con ce: algunas obras nacionales, la primera de las cuales fué "El Musgo", alta comedia en tres actos, de N. Yáñez Silva, que había estrenado últimamente "El alma de la fuerza", con no muy buen resultado. En "El Musgo", alrededor de un argumento casi vulgar, en el que hay un matrimonio desavenido, por incomprensión de ella y por timidez de él, desavenencia que trata de ahondar en su beneficio un antiguo novio que ha vuelto prestigiado por una cicatriz que recibiera en los campos de batalla, Yáñez Silva ha tejido una comedia muy interesante y muy teatral, de efectos bien estudiados y sin literatura. Antonio, el marido, es un personaje trazado con vibrante realidad y que habla humanamente y con emoción. Nos gustaría que este autor abando-

chas otras obras han pasado por el cartel con agrado del público y esmeradamente presentadas.

—En el Teatro Comedia reapareció, con mayor éxito, si cabe, que hace tres años, la elegante tonadillera española Paquita Escribano, que nuestra sociedad aplaudió con entusiasmo en su anterior temporada, conservando un grato recuerdo de sus finas creaciones de "Agua que no has de beber", "Maniquí parisién", "Tango fatal", "Mala entraña" y "Los ojos de Estanislao", canciones de música ligera y amable, que a pesar de sus excesivas repeticiones se escuchan siempre con agrado. Paquita Escribano es una artista sencilla y distinguida, de simpatía muy comunicativa y de voz bien entonada; así no es raro que haya logrado imponerse a todos los públicos. Sin ser una belleza, cuenta con unos ojos muy expresivos y se sonríe con discreción. Su presentación es lujosa en trajes y decorado, y el repertorio ha ganado en el tiempo que hemos pasado sin verla.

—En el Teatro Santiago ha actuado, con menos éxito del que se merece, el conjunto



Félix Higuenet.



María Padín, La actriz del Santiago.

nara definitivamente los triviales recursos de las flores marchitas, o frescas, que restan méritos a su obra. En el teatro moderno no se puede ya nombrar siquiera la palabra pétalo sin que el público se sonría compasivamente.

A continuación, Mario nos dió a conocer



N. Yáñez Silva, autor de "El Musgo".



Armando Moock.

"Los Precursores", drama en tres actos, de Guillermo Bianchi (Shanty), que ocurre en la región salitrera del norte, y en el que se tratan cuestiones sociales paralelamente con un tema sentimental. El protagonista es un muchacho ingeniero, que cae apuñaleado por los mismos que iba a defender, al creérsele traidor de su causa. La obra llega fácilmente



Isaura Gutiérrez, dama joven del Santiago.

te al público, y a pesar de tener algunos diálogos un poco flojos, arranca aplausos en sus parlamentos, discretamente revolucionarios. Cuando esta crónica aparezca, tal vez haya subido a escena otro estreno chileno: "La vida rota", de René Hurtado Boñe, cuyo argumento, interesante y original, conocemos. Esta obra está destinada al éxito por su cor-



Paquita Escríbano en la intimidad.

te moderno y su sobria factura. Sabemos de varias obras que Mario tiene por estrenar, como "La vida errante", novela dramática, en tres jornadas, de Yáñez Silva; "Las aguas muertas", drama en tres actos, de Víctor Domingo Silva; "El fallo de Salomón", de Carlos Cariola; "El heredero", de Carlos Prieto; "El saber vivir", de Roxane; y "El velo caído", traducción de Carlos Acuña, hecha con gran acierto. Bueno sería que el público correspondiera al esfuerzo de un director serio como Mario y que trabaje mucho por el desarrollo de nuestro teatro. Fuera de las obras nacionales, han desfilado por el cartel del Santiago, adaptaciones de vodeviles franceses y obras cómicas argentinas.

—En el Unión Central, la Petite Imperio ha venido a reemplazar a La Maravillita, y la verdad es que esta diminuta artista es otra maravillita. Le hemos visto unos bailes, zapateos, imitaciones y tonadillas, hechos con mucha gracia y desplante. Es una pareja muy simpática la de estas dos chicas, que han traído una nota nueva a nuestros espectáculos.

—No sería justo terminar esta crónica, sin consignar un entusiasta aplauso al autor dramático chileno Armando Moeck, que tan bellos triunfos ha obtenido últimamente en Buenos Aires, con sus estrenos de "La serpiente" y "Cuando venga el amor", obras que se han venido repitiendo desde su estreno, llevando a la fecha más de cuarenta representaciones cada una. Moeck ha hecho en menos de un año lo que muchos autores no habían conseguido en cinco ni diez: imponerse



René Hurtado Borne.

a! público extranjero y llegar a ser solicitado por las empresas. Las obras de Moeck tienen ya su público en la capital argentina, y estas altamente halagador para todos los que miramos ilusionadamente el teatro nacional.

K. MARIN.

Extranjeros a Francia que escriben en francés

Por EUGENIO LABARCA

ESCRITORES DE EUROPA Y DE AMÉRICA QUE GUSTAN DEL FRANCÉS.—ALGUNOS CHILENOS.—VIEJOS LITERATOS DE LA MISMA AFICIÓN.—UNA HEROINA DE GOETHE.—DEFENSA DE LOS DE MÁS IDIOMAS.—ARGUMENTO DE UN ACADEMICO CORRESPONDIENTE.



Enrique Heine.

El grito de ¡Vive la France!, lanzado en el mes que corre y que parece dividir a Julio en dos porciones semejantes al albor y al eco de un mismo entusiasmo, hace que se fije y hasta que se deleite nuestra atención en cuanto con la Francia se relaciona.

Evocadas las proezas anejas a la toma de la Bastilla, álzanse en serie los distingos de la raza gálica, y es difícil prescindir de la sugestión que ejerce cada cual de sus modalidades. Más aún: parece que mayor se hace la fuerza de atracción del espíritu francés a medida que se analiza más y más, y parece a la vez que nos cogiera algo así como

el vicio de querer imitar su *sprit*, su *charme*, su *cachet*, su *chic*, en los actos generales de nuestro vivir diario y, principalmente, en lo que atañe a las cosas del espíritu propiamente tal.

No es posible afirmar que logremos en toda ocasión semejarnos siquiera al modelo; pero el hecho solo de elegirlo significa la supremacía que ejerce. Supremacía indudable y puesta de relieve no únicamente por los tantos y tantos que en cualquier orden de acti-



Francisco Contreras



Gabriel D'Annunzio

critica cuando no se les ridiculiza. Y en eso se hace mal. Basta ver que desde antiguo no sólo los franceses han escrito en francés, para perdonar la honradez que hay en seguir las inclinaciones fuertes, para persuadirse de que el manejo de una lengua extranjera suee ser una de esas inclinaciones, para creer que su uso puede ser para muchos fácil, cuando no atrayente, por las mismas dificultades que presenta, y para excusar, en fin, a aquellos que han desertado de su idioma por sentir que su modo espiritual encaja mejor en el idioma del vecino.

Y aun cuando más no sea por dar variedad a lo que se escribe, suele usarse también de vez en cuando indistintamente de más de una lengua. Taine escribía cartas familiares en inglés tanto como en francés, mezclando a unas y otras giros en griego; y Benjamín Constant pensaba que los idiomas extranjeros rejuvenecen los pensamientos. Sea como se quiera, el hecho es que el francés ha sugestionado siempre en forma tal, que no ha habido hombre de letras de paso por París que no haya sentido la tentación de lanzar un libro en el idioma de Verlaine. ¿Por ampliar su público, acaso...? No sería raro; pero, ¿qué pecado habría en ello si así fuera?

vidades la evidencian, sino también por los otros muchos que la censuran. En literatura, por ejemplo, el mayor trabajo de los críticos españoles y americanos de hoy día, consiste en repetir una y mil veces que por favor cultivemos nuestra propia personalidad y no persistamos en imitar a los franceses en sus temas, en sus modos artísticos, en sus detalles y en sus complicaciones. Vana palabrería: los más continúan matizando nuestro galimatías con términos genuinamente franceses; creando almas que pudieran flotar sobre el Sena separadas de sus cuerpos; hilvanando escenas y componiendo situaciones que pudieran firmar un Bourget niño o un Lorrain enteramente loco.

Por cierto que entre la avalancha de imitadores que sólo han caído bien los defectos, encontramos varias excepciones cuyo espíritu, expuesto en francés o en español, tiene alto interés universal, y que han hecho bien por eso mismo en tentar de hacerse leer más allá de nosotros. A ellos también se les



Benjamín Constant

¿No es preferible darse directamente a los públicos extraños, que no mal traducido o peor interpretado por cualquier admirador dotado sólo de buena voluntad? Feliz, pues, aquel que se expresa en hablas variadas.

Es la fortuna que han alcanzado los escandinavos y los rusos, algunos italianos actuales, como D'Annunzio y Nicomede; belgas, como Maeterlink y Verhaeren; y así, tantas otras eminencias leídas y estimadas en París con olvido absoluto de que no se trata de escritores nacionales. Y hasta Chile ha conseguido hacerse representar allá en igual forma, gracias al esfuerzo de Iris, de Francisco Contreras, de Joaquín Edwards, de Vicente Huidobro y de algún otro.

En América es tal vez más corriente el caso de escritoras que de escritores afortunados al francés. Ya hemos citado a Iris, que entre nosotros ha experimentado dicha atracción; otro tanto sucedió a la bien recordada Shade, y pudiéramos agregar aún el nombre de Marcelle Auclair, que, aunque francesa de nacimiento, nos pertenece por educación y por adopción. Y al correr de la pluma, mirando hacia otros países, surgen las personalidades de Adelaida Móniz de Sou-



José María Heredia, (Escultura de Trigueros).

za, poetisa brasilera, y de María Delfina Bunge de Gálvez, argentina. Ambas prefieren la lengua de Madame de Noilles a las suyas respectivas, y si de la última conocemos composiciones en español, es porque del francés las traducen su marido, el novelista Manuel Gálvez, o Alfonso Storni, cuyo espíritu se apuesta a maravilla al de la autora de "La Nouvelle Moisson".

Ejemplos son éstos que encuentran su poderoso ascendiente en los que en épocas anteriores han ofrecido el cubano Heredia y el griego Moreas; en aquella devoción de Henrique Heine por la Francia del siglo pasado, devoción que le malquistó con algunos y que en otros dió lugar a la frase irónica con que se le designaba: "Ruisseñor alemán, cuyo nido es la peluca de Vo'taire"; en la conversión de la condesa de Ségur, autora de cuentos para niños a estilo de Charles Perrault, rusa de nacimiento e hija nada menos que de aquel glorioso general Rostophine que prefirió quemar por sus propias manos su antiquísimo castillo de Moscú, antes que entregarlo al ataque de los napoleónicas.

Saint-Beuve, en sus "Causeries du Lundi", nos ofrece el estudio de una falange de extranjeros que escribían en otros tiempos en francés, y que asimilaron en tal grado el espíritu reinante en París, que hubieran merecido la gracia de ser miembros del Instituto. Cuentan entre ellos los ingleses Ho-



Marcelle Auclair.



Maurice Maeterlinck y su esposa.

racio Walpoë y Antonio Hamilton; el abate italiano Galiani, el príncipe de Ligne, el barón Besenval y no pocas mujeres que frecuentaban los salones literarios antes en boga y cuyo **charme** iba proclamando bien claro donde había sido adquirido.

¿Por qué seducía a unas y a otros el francés...? ¿Qué difícil es explicarlo! Más bien dicho, no vale la pena perder palabras en procurar hacerlo, y si es mejor mirar el hecho mismo, rendirse ante él y conformarse ante la evidencia de que el francés despierta celos entre los idiomas. Ya sabrán a su vez los demás idiomas el por qué.

Es esto tanta verdad, que se ha hecho necesario defender las demás lenguas. Entre nosotros mismos ha habido un eminente académico que, alarmado ante el avance de los barbarismos y de los galicismos en especial, ha recordado el argumento de que en "Wilhelm Meister" se sirvió Goethe para probar cómo es de poco precisa, de poco rotunda, de nada convincente ni sincera, la lengua de los franceses. En dicha novela, la heroína está vacilante, desconfiada, comienza a dudar, a ver que ya no la quieren como era querida, y tiene,—según el autor,—la comprobación del engaño, cuando recibe del amante una carta en francés. "Me escribe en francés,—reflexiona la pobre,—en francés, porque así puede decirse tanto sin decir nada".

Es imposible negar el buen espíritu que guió a nuestro académico. ¿A qué refutarle...? Tarde llegaríamos a decirle que la gracia del

francés está precisamente en esa su gracia de expresar no sólo lo rotundo, lo definitivo, lo convincente, sino en facilitar también la expresión precisa de los términos medios y de los términos cuartos, si así pudiera decirse; en esa su riqueza de **nuances**, como llama ellos mismos los diversos grados que en orden de entusiasmo o de menosprecio hacia los seres y hacia las cosas, serán por una eternidad patrimonio legítimo de los descendientes del Cid, así como de los descendientes de Roncesvalles.

No es raro, entonces, que, sin que signifique desprecio ni siquiera indiferencia hacia el idioma nativo, más de alguna persona extranjera a Francia, haya confiado su inquietud espiritual al francés, y la haya dado en palabras que, en todo caso, no acusan inferioridad en relación con las otras lenguas.

Revela el hecho un apenas leve pecado de sinceridad, consistente en seguirse a sí mismo y en seguir las seducciones de un idioma que, en general, conquista, arrastra y va incrustándose poco a poco y más y más a medida que las gentes se hacen más perceptivas y emocionales.



Emile Verhaeren.

EN EL AVENTINO

(Notas de viaje)



Roma, 1920.

Son escasos los visitantes que suben al Aventino. Hay ahí una Roma con mucho polvo en el verano y mucho barro en el invierno, que no ha sido aderezada para la comodidad de los turistas. Acaso por eso la amámbamos e íbamos con frecuencia a vagar por sus soledades, donde no nos salían al paso los guías, ni nos envolvían las columnas de

viajeros que las empresas, de excursiones empujan por entre las ruinas más célebres.

En aquellas tardes de otoño, nuestros pasos se dirigían hacia la Villa de los Caballeros de Malta, para buscar en la terraza de su jardín solitario una paz que nos revelaba el alma de Roma mejor que los libros y las inscripciones. Caía la

tarde dorada; temblaban de frío los árboles, amenazados por el invierno; se acortaban los crepúsculos; en la tristeza de la estación se sentía la indefinible melancolía, majestuosa y severa, de esta ciudad donde todas las horas solemnes de la humanidad han quedado marcadas.

El viejo jardín de los Caballeros de Malta tiene una poesía infinita, la poesía de los jardines que no han sido removidos por lar-



go tiempo, arbustos que se refuerzan con gruesos troncos enanos, árboles que han crecido en su bella forma natural, flores que parecen silvestres, bancos de mármol que tienen hojas secas de varios otoños entre las alas de los grifos que los sostienen, caminos en que crece la hierbecilla obscura que ablanda las piedras.

Desde la terraza, la vista sobre Roma es bellísima en las tardes, y cuando el sol se oculta, la cúpula de San Pedro flota en el espacio como una visión, como la sola cosa viva entre tanta ruina.

Hice en el Aventino una amistad, la de un mendigo que todos los días estaba en la puerta del Priorato de Malta y parecía formar parte del muro enmohecido contra el cual se apoyaba. Era un viejo alto y fornido, envuelto en una especie de manto que habría sido negro y que con los años, el sol y la lluvia, había tomado ese color indefinido de las telas raídas, calvas, penetradas de polvo, sos-

tenidas por una milagrosa resistencia de los hilos de la urdimbre. Cubría su cabeza un gran sombrero, cuya ala ancha le caía sobre el rostro, y tenía en la mano un bastón que parecía un báculo.

Al acercarse un visitante, se descubría con un gallardo movimiento y dejaba al aire la cabeza redonda, la frente abovedada, la nariz aguileña, la boca de labios delgados, las mejillas rapadas, secas, flácidas, cayendo en pliegues sobre un cuello ancho y cobrizo. El cuerpo recto, la expresión altiva del rostro, el perfil de ave de rapiña, la lentitud majestuosa de sus gestos, la capa, que se hubiera dicho una toga venida a menos, todo le daba un aire de romano antiguo en harapos, como si un artista lo hubiera vestido para simbolizar una Roma orgullosa aún en su miseria y decadencia.

Raras veces hablaba. Señalaba en la puerta el agujero a través del cual se ve en el fondo la cúpula de San Pedro, esperaba que el viajero prorrumpiera en exclamaciones de asombro ante la belleza de la aparición y luego tiraba la cuerda de la campana para anunciar al guardián que había un visitante.

No estaba triste, tenía una serenidad enigmática. Guardaba sin mirarla las monedas que los viajeros dejaban en su mano y saludaba con la activa cortesía de un castellano que recibe a un huésped.

En su vieja alma de romano todo había muerto, menos el orgullo de raza, y seguramente aquellos extranjeros que venían de tierras ignotas, que hablaban lenguas rudas, le parecerían bárbaros inferiores a su propia estirpe. Un día oí que conversaba con unos alemanes que le hacían preguntas y parecían confrontar sus respuestas con las indicaciones de Baedeker. Cuando entraron, el viejo, que era ya mi amigo, dijo con desprecio:

—¡Hacen unas preguntas...! Uno de ellos quería saber quién era ahora el Gran Maestro de Malta, y otro decía que era un príncipe alemán.

Le observé que, realmente y según mis noticias, había un alemán Gran Maestro de Malta, que se llamaba el príncipe de Thun y Hohenstein, y me replicó:

—¡Oh, pero eso es muy distinto...! Eso

tiene el mismo nombre, pero no es la misma cosa.

Y añadió con un gran suspiro:

—Ahora... todo se acabó...

En el fondo de su mente obscurecida había todavía un concepto de la antigua caballería, que acaso le habían comunicado las nobles piedras en que se apoyaba, o el escudo de Malta que coronaba la puerta, o la vecindad del jardín abandonado que exhalaba un perfume de majestad desvanecida.

Un día le pregunté su nombre. Se llamaba Marco Sabini y acaso porque su figura me había parecido siempre la estatua ruinosa de un romano antiguo, se me antojó que alguna vez había tropezado en la historia con un Marco Sabino, general, senador o tribuno.

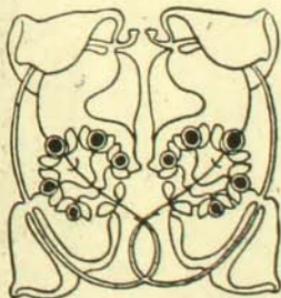
Imaginación o realidad, fantasía con vagos fundamentos de verdad, aquel hombre llegó a ser para mí como un resto de la raza romana antigua, erguido entre el asalto de las ondas de la vida moderna, última colum-

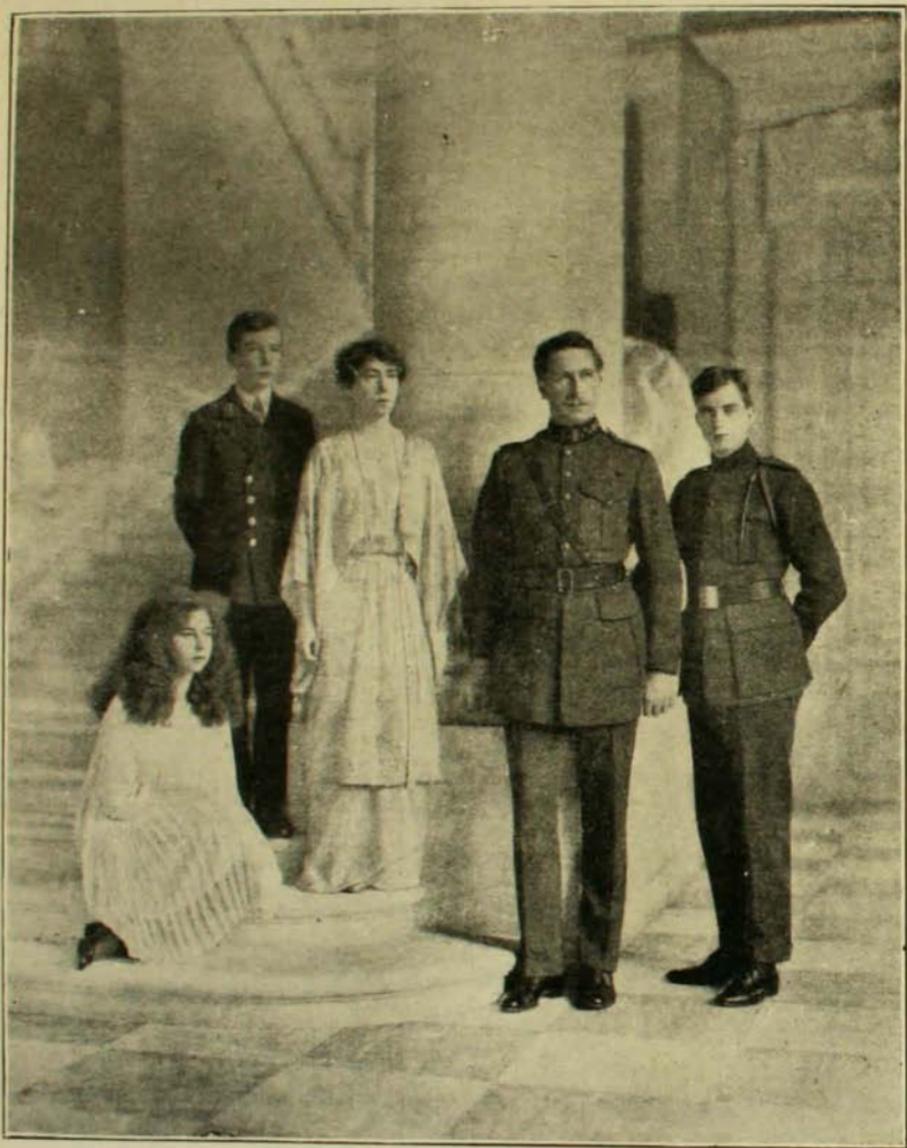
na rota y desplomada de un gran templo ha largo tiempo derruido.

Al pasar a su lado, lo saludaba con respeto y a veces me detenía a hablar con él. No le agradaba conversar. Tenía el silencio de los orgullosos. Mendigaba, o mejor dicho, recibía monedas de los visitantes, pero era evidente que en su conciencia había debido verificarse un proceso, mediante el cual podía sentirse el último caballero de Malta apostado como centinela a la puerta del Priorato y encargado de cobrar una contribución a los bárbaros.

Tras de mí lo sentía bajar del Aventino en la penumbra del crepúsculo; sus pasos y el golpe de su bastón resonaban en la soledad del camino; su grave y erguida silueta se dibujaba sombríamente sobre la vía polvorosa, contra los muros parduzcos, y la cabeza echada atrás tenía un movimiento de supremo desdén y rígida altivez.

C. SILVA VILDOSOLA.





Una reciente fotografía de la familia real de Bélgica. El Príncipe heredero, Leopoldo, tiene 19 años, el Príncipe Carlos 17 y la Princesa María José, 14.



Ajedrecistas que tomaron parte en el campeonato de San Sebastián, en 1911.

AJEDREZ

Por Alberto Conejeros S.

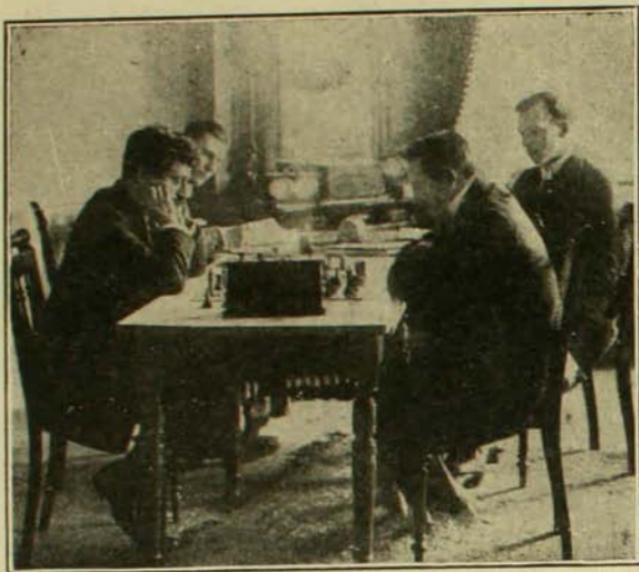
Ciertamente que vale más pasar algunas horas, moviendo pedazos de madera, de cartón o de hueso, que invertir ese tiempo en calumniar al prójimo; pero salvo error, creo que el hombre inteligente tiene en la vida otras funciones y otros deberes distintos del juego y de la maledicencia. El calumniador es un infame; pero el jugador es un ser inútil y todos tenemos una tarea honrada para hacer: los que renuncian a ella son desertores y no encontraría ningún inconveniente a que, como tales fuesen fusilados.—A. Delvaux.
Yo lo odio y huyo de él, porque no es bastante juego y nos divierte demasiado seriamente, y meavergüenzo de dedicar a él la atención que bastaría para algo bueno.—Montaigne.

No podríamos menos que encontrarles razón a los que así piensan, si la única aspiración de nuestra vida fuera el convertirnos en máquinas de aprovechar el tiempo o si después de satisfechas las necesidades materiales de la existencia y de haber cumplido los deberes que tenemos para con nuestros semejantes, no nos quedara un sobrante de energías que poder dirigir hacia otro orden de cosas que, haciéndonos olvidar las preocupaciones y zozobra de la vida ordinaria, nos la hiciera más fácil y hermosa.

En cuanto a lo que dice Montaigne, prefiero contestarle con el fragmento de una carta que Mme. de Sévigné le dirige a su hija: "... es el más hermoso y el más racional de todos los juegos: el azar no interviene en él: uno se censura y se aplaude; se tiene la

felicidad en la cabeza... Vos me decís del ajedrez, hija mía, lo que yo he pensado con frecuencia: nada hallo tan a propósito para abatir el orgullo; este juego pone en evidencia la miseria y los límites del espíritu; creo que sería muy útil a quien le gustasen estas reflexiones, pero también esta previsión, esta penetración, esta prudencia, esta exactitud en defenderse, esta habilidad en atacar, el feliz éxito en el buen proceder; todo ello encanta y da una satisfacción interior que podría muy bien acrecentar el orgullo. Considerándole por este aspecto, no estoy todavía bien libre de este defecto, y quiero estar más persuadida de mi imbecilidad."

Dejemos que los filósofos, moralistas y escritores den sus opiniones en pro o en contra de este interesante juego y nosotros contem-



Dr. Lasker, campeón del mundo en su match con el Dr. Tarrasch, año 1908.

témoslos, con considerarlo, como un juego en su esencia, como un arte en su forma y como una ciencia en su exposición: es un juego, es decir, una ocupación secundaria, no necesaria para la vida del hombre; su fin es el goce, su medio la inteligencia, y su carácter una lucha; en él la voluntad, aguijoneada por el amor propio, obliga a la inteligencia a sostener una lucha para que la sensibilidad sea impresionada con los incidentes de la contienda. No le pidamos a este juego sino lo que él nos puede dar: distracción y que nos haga sentir el goce que produce la belleza en cualquiera de sus formas; no le exijamos más de lo que le exigimos a la escultura, a la pintura, a la poesía o a la música; no le pidamos provecho material, ya que es verdadero descanso para el alma, el trabajo en que no se mezcla el interés del lucro, ni la prosa cansadora de la vida práctica.

Junto con las acusaciones anteriores se ha hecho al ajedrez, la de que no hay método más radical de matar el tiempo, ni de sustraerlo a todo germen útil, haciendo que sus adeptos se apasionen en tal forma, que se hacen inútiles para contribuir al bienestar de sí mismo y de sus semejantes. Para contestar a esta acusación sólo bastará aducir hechos: el ajedrez no fué un estorbo para el

reinado de soberanos como: Felipe II, Carlomagno, Francisco I, Enrique IV, Luis XV, Napoleón I, Luis Felipe, Napoleón III, Pablo I de Rusia, Jorge III de Inglaterra, Carlos XII de Suecia, Murat de Nápoles; ni para los éxitos y victorias de políticos y guerreros como: Don Juan de Austria, el príncipe de Conde, Sully, Robespierre, Ney, Thiers, Bismarck, Moltke; ni les quitó tiempo ni energías a filósofos y escritores como: Balmes, Larra, Bernardin de Saint-Pierre, Diderot, Rousseau, Voltaire, Alfred de Musset, Leiniz, Klopstock, Schiller, Goethe, Tolstoy, Water Scott, Ibsen; ni disminuyó la inspiración de pintores como Madrazo y Meissonnier; de músicos como Schumann y Mendelssohn; de escultores como Lequesne; ni siquiera fascinó al matemático Euler, que calculó el valor numérico de las piezas durante el juego.

No faltará algún lector que piense que poco me ha faltado para poner a Noé jugando ajedrez en el arca, en los aburridores días del diluvio, o a algunos de los profetas de Israel, entretenido en el desierto, resolviendo problemas de ajedrez.

Para dar más veracidad a mis palabras, incluyo en el presente artículo, una partida de Napoleón I en Santa Elena, en el año

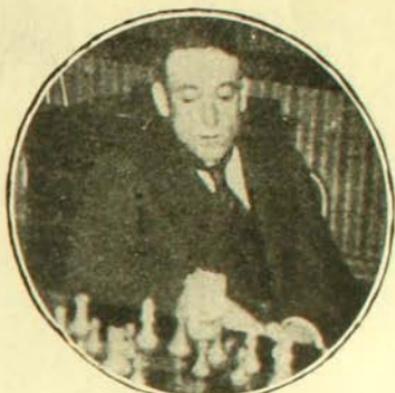
1820 y una de J. J. Rousseau con el príncipe de Conti.

Napoleón I.

- 1) P 4 R
- 2) C 3 A R
- 3) P 4 D
- 4) C X C
- 5) A 4 A
- 6) P 3 A D
- 7) 0 - 0
- 8) P 4 A R
- 9) R c T
- 10) A X P A jaq.
- 11) P X D
- 12) A X C
- 13) D 3 C
- 14) T 8 A jaq.
- 15) A 5 C jaq.
- 16) A X A jaq.
- 17) D 7 A jaq.
- 18) D 8 A jaq. Mate.

General Bertrand.

- P 4 R
- C 3 A D
- C X P
- P X C
- A 4 A
- D 2 R
- D 4 R
- P X P A jaq.
- P X P C
- R c D (1)
- P X T (D)
- A 2 R (2)
- P 4 T D
- A X T
- A 2
- R X A
- R c D



Señor Rolando Illa.

En el artículo anterior di algunas noticias respecto a los jugadores santiaguinos y ahora quisiera nombrar siquiera a los penquista. Antes haré un paréntesis para nombrar a los señores Raúl Otero Baeza y Ramón Araya Novoa, dos distinguidos aficionados de esta capital, que, a más de su entusiasmo y preparación, poseen una numerosa y escogida biblioteca de ajedrez.

Desde hac algunos años, los aficionados de Concepción, por medio de desafíos por correspondencia, vienen conquistando la reputación de profundos conocedores del juego y de verdaderos analistas. Los jugadores que siempre han sostenido estos matches han sido los señores: Otto Jungue, Arturo Jungue, Esteban S. Iturra, Esteban Iturra P., Julio Sáez, Daniel Prieto, y algunos otros que como el doctor Rosenberg, son de reconocida competencia.

J. J. Rousseau.

- 1) P 4 R
- 2) C 3 A R
- 3) A 4 A
- 4) P 3 A D
- 5) 0 - 0
- 6) P 4 D
- 7) A 5 C R
- 8) A 4 T R
- 9) C X P C
- 10) D 5 T jaq.
- 11) A X P C
- 12) P 4 A R
- 13) P 5 A
- 14) R c T
- 15) A X

El príncipe de Conti.

- P 4 R
- C 3 A D
- A 4 A
- D 2 D
- P 3 D
- A 3 C D
- P 3 A R ? (C 3 A) habría sido mejor.
- P 4 C R
- P X C
- R c A
- D 2 C
- P X P D
- P X P A jaq.
- P X P C
- P X T (D)

se rinden las negras creyendo tener perdido el juego, debían haberlo continuado con

- D (cT) X P A
- D 3 C ganando.

- 16) P 6 A
- 16)
- 17) A X D

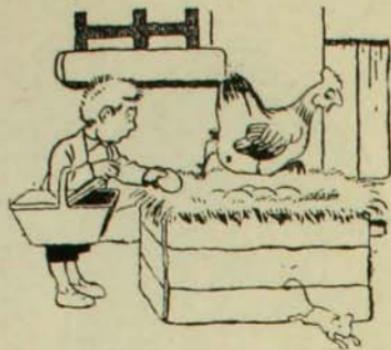
(1) si a la 10) R X A. 11) P X D. y si jaq. el Rey se mueve y las blancas juegan A X P. habiendo ganado la Dama.

(2) si a la 12) T X A. las blancas juegan D 3 C amenazando D X T y amenazando ganar la Dama por A 2 C.

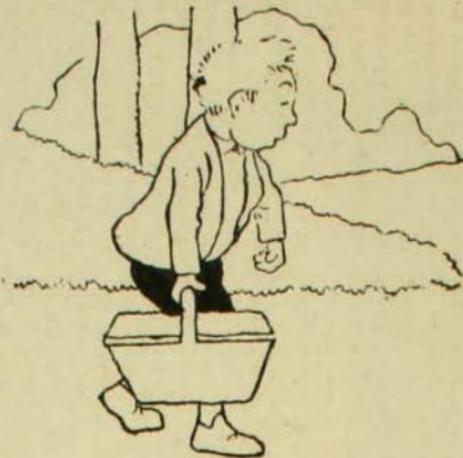


E. señor Benito H. Villegas, uno de los primeros ajedrecistas argentinos en una partida amistosa en el Club de Ajedrez de Rosario, (Argentina) 1919.

No le luce lo robado por ser asaz confiado



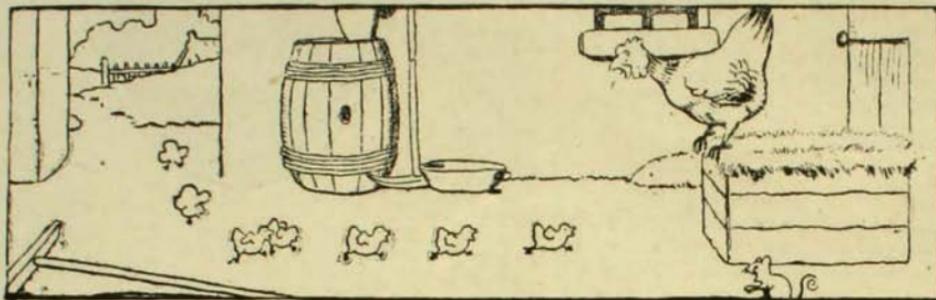
A una clueca roba Armando los huevos que está empollando.



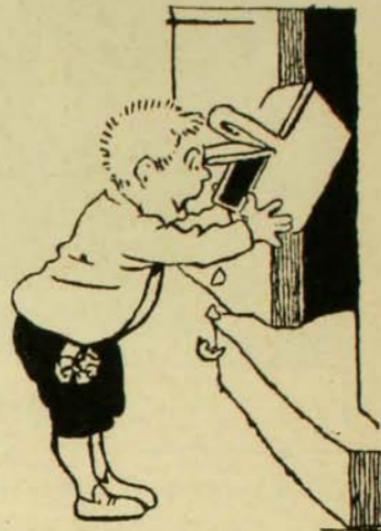
Con un paso redoblaado alegre marcha y confiado.



Los pollos, tras la eclosión, se ansentan del cascarón.



En tanto con alegría la gallina ve a su cría.



Llega Armando al desvario al ver el cesto vacío.

El verdadero valor de Jack Dempsey

Por JACQUES MORTANE
(De "La Vie au Grand Air")

Jack Dempsey, es el punto de interrogación del box.

Desde que se trata de oponerlo a Jorge Carpentier, todos los sportsmen ansían saber datos de él.

A cualquier americano le preguntan ansiosamente. ¿Qué opina Ud. de Jack Dempsey?

Lo que recuerda la caricatura hecha por



El campeón del mundo Jack Dempsey, en su hogar.



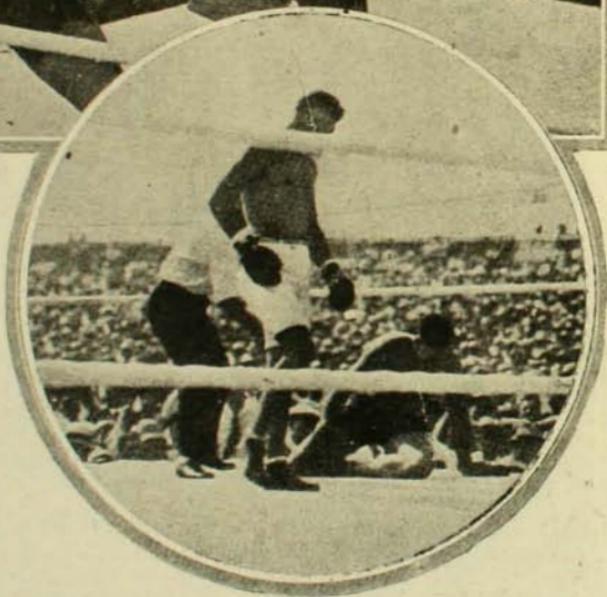
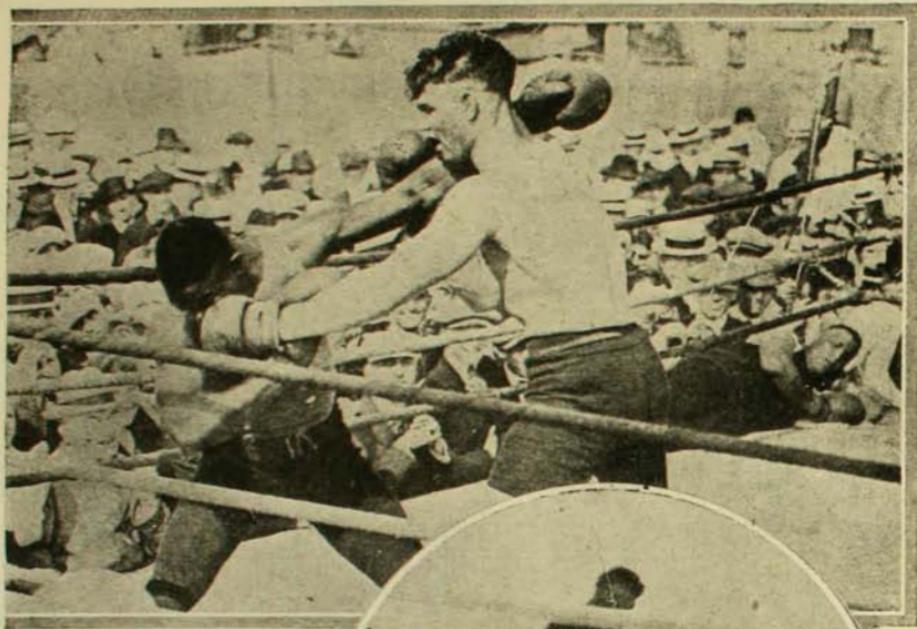
Dempsey en plena campaña.

Huard, en tiempo de la guerra del Transvaal. "¡Mi hijo, que conoce al inglés, no tiene confianza alguna en lord Kitchener!"

Os aseguro lealmente que no son muchos los yanquis que pueden hablar seriamente del actual campeón del mundo.

Jack Dempsey, ha tenido la suerte de ser opuesto a una especie de elefante inhábil, de 115 kilos de peso, y 1 m. 98 de altura, que habría estado más en su lugar en la galería de fenómenos en Barnum que en el ring.

Este Jess Willard había encontrado un Jack Johnson, decrépito y lo había batido al vigésimo sexto round. Esto fué en 1915. Desde esta época



hasta el 4 de Julio de 1919, no había vuelto a ponerse los guantes más que para un match sin decisión contra Frank Moran, en 1916. Tal era el campeón del mundo que Dempsey tenía la misión de vencer. Tuvo éxito; pero la ignorancia de Jess Willard, honrado con el título oficial, ¿basta para probar el valor de su vencedor?

¡Ah! ¿Dónde están los campeones mundiales de antaño: Sullivan, Corbett, Fitzsimmons, Jeffries? ¿Cómo trataron al hada del box para ser reemplazados por los Burns, Johnson y Willard?

Además, es perfectamente admisible entre estas dos categorías una separación recta y precisa. Los cuatro primeros han luchado de verdad, no han conocido los fines lucrativos de hoy día y sabían boxear. Jeffries se retiró del ring sin poner en juego su título. Lo cedió y Tommy Burns lo recogió al pasar. Paso en silencio el negocio hecho por el veterano Jeffries

1. Un entrenamiento de Dempsey en público.—2. En el match con Willard.

cuando aceptó la revancha al negro Jack Johnson.

En otro tiempo los campeones se imponían por victorias ciertas. Ahora cualquier hombre macizo, descubierta por un entrenador hábil, puede llegar a ser una estrella. Algunos matches fáciles, después la

caída, luego el silencio: el campeón aprendiz vuelve a su oficio manual, que no debía haber abandonado, o bien se convierte en un abonado a las tabernas, pues le repugna a él, que habría podido conocer la gloria, volver a comenzar con sus camaradas menos gordos, menos altos, pero más felices.

Jorge Carpentier es digno de la edad de oro del pugilismo. Es a lo menos un boxeador. Se ha impuesto por su ciencia y,—ventaja considerable, secreto de todo su valor,—ha pasado por todas las categorías del box, desde la de peso mosca. Ha crecido, ha aumentado en peso, pero ha conservado siempre su rapidez, su flexibilidad y su agilidad. Ha llegado a ser más potente, teniendo la misma vivacidad. Además, a pesar de su juventud (va a cumplir 26 años), tiene tras sí una carrera de quince años.

¿Y Dempsey?

Si hemos de decir la verdad, la opinión no puede serle muy favorable, precisamente a causa de la rapidez de sus éxitos, lo que a primera vista puede parecer paradójal.

1915: Vence a Kid Hancock (knockout), 1 round.

A Billy Murphy (knockout), 1 round.

A Chief Gordon (knockout), 7 rounds.

A Johnny Person (knockout), 7 rounds.

A Anamas Campbell (knockout), 3 rounds.

A Joe Lyons (knockout), 9 rounds.

A Fred Woods (knockout), 4 rounds.

A Johnny Sudenberg (por puntos), 10 rounds.

A Terry Keller (por puntos), 10 rounds.

A Andy Anderson (por puntos), 10 rounds.

Vencido por Jack Downez (por puntos), 4 rounds.

Contra Jack Downey (match nulo), 4 rounds.

Contra Johnny Sudenberg (match nulo), 10 rounds.

1916: Vence a Geo Copelin (knockout), 7 rounds.

A Andy Mally (knockout), 3 rounds.

A Gillian (knockout) 1 round.

A Jack Downey (knockout), 2 rounds.

A Black Bearbat (knockout), 1 round.

A Jim Johnson (knockout), 1 round.

A Geo Christian (knockout), 1 round.

A Jack Cohen (knockout), 4 rounds.

A Joe Bonds (knockout), 10 rounds.

A Dan Ketchell (knockout), 5 rounds.

A Bob York (knockout), 4 rounds.

A Bert Kenny (por puntos), 10 rounds.

A John Johnson (por puntos), 10 rounds.
Contra Andy Mally (match nulo), 20 rounds.

1917: Vencido por Jim Flynn (knockout), 1 round.

Vence a Willie Mehan (por puntos), 4 rounds.

Vence a Al Norton (knockout), 1 round.

Contra Willie Mehan (match nulo), 4 rounds.

Vence a Charlie Miller (knockout), 1

Vence a Bob Mac Allister (por puntos), 4 rounds.

Vence a Gunboat Smith (por puntos), 4 rounds.

Vence a Carl Morris (por puntos), 4 rounds.

1918: Vence a Jack Mat Carty (knockout), 1 round.

Vence a Bob Devere (knockout), 1 round.

Vence a Porky Flynn (knockout), 1 round.

Vence a Fred Fulton (knockout), 1 round.

Vencido por Willie Mehan (por puntos), 4 rounds.

Vence a Terry Keller (knockout), 5 rounds.

Vence a Battling Levinsky (knockout), 3 rounds.

Vence a Bat Porky Flynn (knockout), 1 round.

Contra Billy Miske (sin decisión), 6 rounds.

Vence a Gunboat Smith (knockout), 2 rounds.

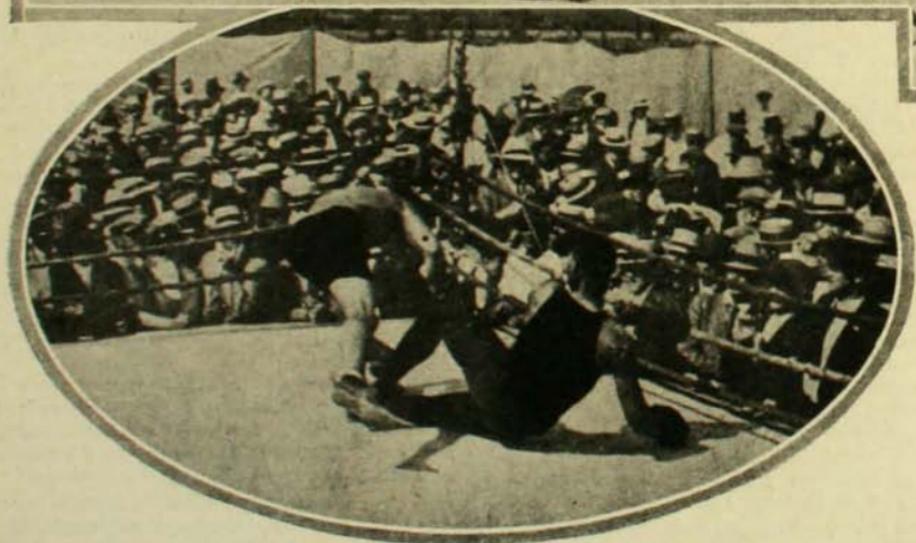
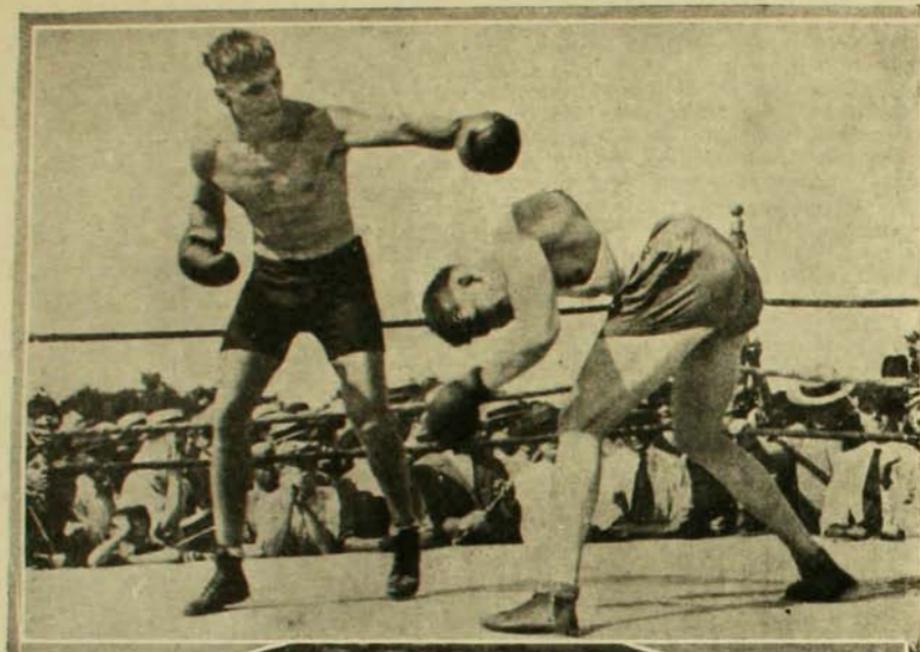
1919: Vence a Tommy Mionee (knockout), 3 rounds.

Vence a Jess Willard (knockout), 3 rounds.

Jack Dempsey ha peleado, pues, 47 veces en las que ha obtenido: 30 victorias por knockout, 9 por puntos, 4 matches nulos, 1 sin decisión, 2 derrotas por puntos, 1 por knockout.

Las víctimas de Jack Dempsey son casi todas desconocidas, excepto Gunboat Smith, batido por Dempsey en 1917, por puntos en 4 rounds, mientras que Carpentier lo había vencido fácilmente por knockout, en el mismo número de rounds, en Londres. Sé, sin embargo, que en 1918, Dempsey venció a Gunboat Smith en dos rounds, pero hacía ya mucho tiempo que el vencido no se preocupaba del box.

En lo que se refiere a Battling Levinsky, puesto knockout al tercer round, notemos que este boxeador, por otra parte formidable, no es más que de peso medio. Fred



Dempsey entrenándose antes de un match con Willard.

Fulton sostuvo siempre que se le pegó en el momento en que creía que Dempsey iba a darle la mano. ¡Su vencedor jamás le concedió la revancha!

Se ha asegurado que Willie Mehan era

un boxeador de tercer orden.

Jack Dempsey, sin embargo, lo estima como cabal adversario, puesto que lo venció por puntos en 4 rounds, y después tuvo un match nulo con él en 1916. Lo conocía, sabía

lo que valía; no podemos, pues, creer los rumores que circularon después de la derrota del campeón actual, vencido por puntos, en 4 rounds, por el mismo Mehan (1918). Se ha pretendido que Dempsey no se había entrenado. Pensamos lo contrario; de otra manera sería un pugilista ruin.

¿Qué nos falta? ¿El campeonato del mundo? ¿Esta parodia con aquel pellejo hinchado que era Jess Willard?

Dempsey no ha alcanzado 20 rounds más que una sola vez en toda su carrera.

Y fué para un match nulo con Andy Mally a quien había anteriormente vencido por knockout en 3 rounds ¿No conocéis a Andy Mally? ; Yo tampoco!

El campeón no ha alcanzado a 10 rounds más que 7 veces.

Carpentier venció a Wells en 73 segundos y a Beckett en 74, pero ha probado, sobre todo antes de ser de peso pesado, que las largas peleas lo encontraban tan apto al fin como al principio.

Si se prolonga la lucha entre Dempsey y

él, ¿podrá el americano seguir el aire de la pelea? Lo dudo. Demos la medida de los dos rivales:

	Jack Dempsey	Georges Carpentier
Peso	85 kilos	77 kilos
Altura	1 m. 79	1 m. 76
Pecho	1 m. 10	1 m. 02
Cintura	0 m. 85	0 m. 74
Biceps ex.	0 m. 36	0 m. 31
Biceps re.	0 m. 39	0 m. 33
Muslo	0 m. 58	0 m. 57
Pantorrilla.	0 m. 45	0 m. 38
Cuello	0 m. 44	0 m. 38

Dempsey nació el 16 de junio de 1895; boxea desde 1915.

Tal será el adversario de Carpentier. Creemos sinceramente que nuestro representado lo vencerá, como Jim Flynn, a los pocos golpes.

Este optimismo, parecerá quizás exagerado, pero preguntad a Beckett, si no participa de él.



Antes de ser campeón del mundo. —De izquierda a derecha: Ihe Dorgán, el campeón Jack Dempsey, su entrenador Jack Kearns y Tex Rickard, organizador del match por el campeonato mundial.

LA FRANCESA MAS BELLA . .



Inés Lauret que ganó el premio en el concurso de belleza organizado por el diario "Le Journal" de Paris.
(En la playa de Biarritz, su pueblo natal).



La señorita Inés Lauret, en la playa de Biarritz.



PAGINA CINEMATOGRAFICA

EL ENAMORADO DE PERLA WHITE

Por CLEMENT VAUTEL

(Traducido especialmente para Pacific Magazine).

Siempre he tenido el hábito de coleccionar toda clase de enamorados, mariposas atravesadas no por alfileres sino por la flecha de Eros, y he llenado con ellos una vitrina.

Es una colección preciosa y original. He aquí, para muestra, algunos espécimens ya empolvados por el tiempo: el enamorado de Mme. de Longueville; el enamorado de María Antonieta, tipo harto común; el de la Gioconda, muy imaginativo y algo sádico; el de Eva Lavallière, que ha terminado por

entrar a los Trapenses; y el enamorado de Marcelle Irven, conforme con ser un paciente abonado del Odeón. Todas estas mariposas están clavadas... en mi vitrina.

Y, para fortuna de mi colección, acabo de descubrir una variedad verdaderamente nueva: el enamorado de Perla White, la estrella americana de la pantalla.

El tal enamorado es una mariposa nocturna o, por lo menos, sólo deja verse en las



sitios oscuros... La plena luz le deslumbraba y es por eso tal vez que frecuenta asiduamente los cinemas. Y es verdaderamente el más extraño de los enamorados: su caso reclama el estudio de los analistas de la pasión.

—Considere Ud.,—me ha dicho este sér curioso,— que yo no me parezco al adulator banal de una mujer viva, de una mujer pintada o esculpida, ni tampoco de una mujer sumergida largo tiempo en el pasado... Yo no soy ni Werther, ni Pígmalión, ni Mr. Pierre de Nolhae. Amo a una mujer que a la vez que criatura real es una imágen; que en el mismo momento aparece ante mis miradas y está separada de mí por el Océano; que reúne en sí los atractivos de la belleza física y el encanto misterioso de lo inapre-

hensible; que existe y que no existe, que contemplo sin cesar y que jamás he visto... Compadézcame: aquella a quien yo amo es como la Salamandra, delciosa y diabólica, y se estira voluptuosamente en las llamas. Perla White es más temible, mucho más temible aún, porque es hija de la luz y no del fuego.

El pobre hombre suspiró:

—Amo una apariencia, un rayo de luz... Pues Perla White está en ese rayo que interrumpe la obscuridad de la sala. Ahí está ella, más rubia que Efebo, y no envía, sin embargo, a los que la aman, más que un rayo frío y engañoso.

Hablábamos así en el Fil's Palace durante un entreaeto. El enamorado de Perla White tenía la mirada inquieta y vaga y dolorosa

de los nictógrafos: evidentemente, tan singular personaje había nacido para vivir entre las sombras, ya que ahí volvía a encontrar a su fantasma adorado.

Por fin terminó el extracto y la sala volvió a la obscuridad. Fantástico, metódico, tembloroso, cambiante, apareció Chaplin sobre la pantalla. Yo me puse a reír.

El enamorado de Perla White me interrumpió con voz ahogada:

—¿Eso le divierte?... Yo odio a ese tipo.

—¿Por qué?

—Porque ocupa su sitio luminoso.

—¡Vaya con su idea!

—Sí, mi amigo, yo me desespero ante la idea de que un sér habite el mismo país fantástico que ella y...

—¡Pero vaya!

—Mire, es que yo no pienso más que en eso. Supóngase que Ud. ama a una mujer que sólo de vez en cuando aparece en la ventana de un palacio inaccesible. ¿Qué diría Ud. si de repente apareciera en la misma ventana la cara de Chaplin? ¿No aborrecería Ud. también a ese hombre que osa acercarse donde ella pasa como una visión ideal, y que todavía se permite hacer muecas donde ella sonríe como... en fin, como sonríe Perla White?

—Es que tal aventura no me sucederá jamás.

—Así se lo deseo. Mire Ud. que lo más atroz de un amor así es el horror de los celos. Estar enamorado de una aparición y sentirse celoso de los fantasmas que comparten esa vida...

—Pero parece que Ud. no supiera que hay una Perla White de carne y hueso.

—¿Dónde?

—Yo no sé, pero existe...

—Ella no está en parte alguna, señor, y, sin embargo, está en todas partes.

—Sin embargo...

—Estoy enamorado de una diosa. Si lo estuviera, siquiera, de la Venus de'Ille de que ha hablado Próspero Merimée, la tendría en mármol y pudiera asirla, palpar-

la... asirla hasta morir. Pero Perla White es inmaterial, es una ilusión, un miraje, un reflejo... Y es horrible amar sólo un reflejo... Calle, mírela, héla ahí...

Sobre la sábana el texto anunciaba el episodio número 28 de "La Reina de las Máscaras Malva". Perla White, con su carita de poupée anglo-sajona de fisonomía trasparente, aparecía en aquel subterráneo en que el terrible doctor Misterio la había encerrado al final del episodio número 27. Una sonrisa ingénuo pasaba por sus labios infantiles y sus ojos como de porcelana se esforzaban en aparentar una desesperación melodramática.

—Míre que es bella, murmuró mi vecino.

—Demasiado rubia, demasiado blanca y, sobre todo, demasiado lejana, repliqué cruelmente. Eso no es una mujer, es una...

—Una diosa, se lo he dicho... Y mire al doctor Misterio; mire cómo le mantiene ella a la distancia, cómo le domina a pesar de que la tiene atada, encadenada... ¿Qué irá a pasar?... ¡Ah! parece que ese hombre joven que viene ahí va a libertarla. Con qué ganas iría yo, si pudiera... Ya tumbó a Misterio y le amarró... Así, así, aprieta al miserable, apriétale sin compasión... ¡Salvada, Dios mío, salvada!... ¡Ay! pero ella se deja abrazar... ¡Oh!, y se dan un beso! Un beso en la boca y delante de mí. Es demasiado... No, no, no, yo no permito éso!

El enamorado de Perla White se erguía en su asiento, frenético. Buscó en su bolsillo y...

Se sintió una detonación seca. El loco había disparado un tiro de revólver en la dirección de la pantalla.

Pero Perla White, demasiado blonda, demasiado blanca y demasiado lejana, continuaba dándose con el vencedor del doctor Misterio un beso interminable, beso de veinte metros, por lo menos.

Lo aprehendieron al enamorado de la hija de la luz, mientras lanzaba gritos inarticulados.



Carlos Acuña.

ORACION AL MAR

Con las plantas desnudas,
sangrientas de vagar
por caminos hostiles,
a ti me llevo, oh Mar;
a mi cuerpo llagado
hazle el bien de tu sal,
refréscale de espumas
para siempre jamás;
un latigazo de ola
mi frente partirá!

En la roca homicida,
el agua verde irá
tífíndose en la sangre
que mi sien hilará.
Y en mi bella agonía
las gaviotas serán
monjas de hier, morir
que me amortajarán!

Por tus rutas enormes,
en que una huella no hay
de las proras humanas,
mi espíritu errará;
y, bajo los crepúsculos
o en la noche lunar,
te amaré para siempre,
por una eternidad.

Me enredaré en las algas,
seguiré el huracán,
flotará en los reflejos
de la luz sideral.

Y cuando nadie cruce
por la playa fatal,
sobre la húmeda arena
mi alma descansará.

¡DE CARA AL SOL!

Que se tueste mi carne
en tu hoguera encendida;
con los brazos abiertos,
yo te recibo, ¡oh Sol!
Haz esplendor de yemas
y botones mis huertos;
purifica mi savia
en tu ardiente crisol.

Pon en mis surcos nuevos
la semilla divina,
generosa de gérmenes,
hambrienta de vivir;
haz de mi sangre un vino
fragante y vigoroso
que alborote mis venas
en una ansia viril.

Con los brazos abiertos,
con el pecho desnudo,
te ofrezco como un vaso
mi humilde corazón;
¡Llévalo de tu fuerza,
de tu cálida flama;
lénalo y que desborde
de lealtad y de amor!

CARLOS ACUÑA.

CONFERENCIA

de don Nicolás Novoa Valdés,
sobre "La Conservación del
afecto", leída en el Club de Señoras

En este mismo sitio, tuve el año pasado la satisfacción de exponer las ideas que abrigó acerca de la manera como debe considerarse ese único sentimiento que ordena y manda, a pesar de los seres humanos, todas las actividades, y que se llama amor.

Los conceptos que me permitiré emitir en la presente conferencia no son otra cosa que la continuación de aquellos que antes esbozara.

Lo único que yo desearía en estos momentos, es que se reprodujera la vibración que, naciendo de la concurrencia, me invadió a mí mismo en la ocasión pasada a que vengo refiriéndome.

No es fácil sentir el calor indispensable para abordar estos temas que nacen del alma y van a ella, sin que aquellos que oyen expongan al exterior su sensibilidad, y sin que aquellos que no la tienen, imaginen al menos poseerla por algunos instantes.

A mi modesto entender, lo que hoy diré es, con mucho, más importante que aquello que ya he dicho anteriormente. Entonces concluí con esta frase: "Vivir sin amor es vivir sin vida". Estas palabras sencillas indican precisamente el valor que yo atribuyo a ese sentimiento. Ahora debo ocuparme de la conservación del amor, o sea, de la conservación de la vida misma, entendiéndose por vida, no la vegetativa ni funcional fisiológica, sino que aquella que tiene el imponderable mérito de colorearlo todo, de cambiar la significación de las cosas, de abrir horizontes insospechados y de regular en una forma fatal el pensamiento, las apreciaciones, la estima y, en fin, el concierto todo de las energías humanas, en un orden brillante, lleno de las más hondas satisfacciones y que se irisa al través de las lágrimas con tonos que nunca sofáramos.

Trataré de la conservación de este cálido capital de sentimientos. El que alguna vez lo tuvo, o el que lo tiene, conoce su precio y sabe que al perderlo, desaparece toda aquella nobleza, todo aquel espíritu de sacrificio y de abnegación de que nos creíamos capaces, y sabe también que si la pobreza material es dolorosa, la miseria moral es horrible.

Aquellos que aspiran a obtener esta, que podré llamar con razón gracia del cielo, cosecharán hoy el mayor provecho, porque sabrán de antemano cómo se conserva aquello que constituye el fundamento de todos los anhelos.

No exagero al hablar como lo hago. Si los que me escuchan son sinceros y no tratan, por respeto humano o por vulgar escepticismo, de mentirse a sus propias personas estoy cierto de que, ya sea en forma de esperanza, o en forma de estado potencial actual, o en forma de dulce recuerdo, flota en todo ellos, estremeciendo el alma a pesar suyo, el sentimiento del amor.

Yo siento mucho no poder explayarme en la demostración del inmenso valor del sentimiento afectivo. Lo hice apenas en la conferencia pasada; hoy no tendré tiempo de ocuparme de ello, y hay que pensar que las ideas y las palabras a este respecto acuden a mi mente y a mi garganta en una cantidad capaz de formar volúmenes y con la fuerza arrebatadora de la evidencia misma. Debo, pues, ya que no puedo llevar el convencimiento al espíritu de los que me oyen, suponer que así lo estiman, que sienten que vivir sin amor es vivir sin vida, y para tener la seguridad de ello no quiero exigir otra cosa que no sea el que se observen a sí mismos con entereza y con serenidad y que piensen conmigo, mirando su verdad indivi-

dual. "No ha habido en mi vida otro momento que se presente en mis recuerdos con más fuerza, que aquel en que el mundo desapareció para mí, oculto por una extraña ceguera, durante la cual di mi vida, mi existencia y todo cuanto tengo y cuanto soy".

Si en este pensamiento hay sinceridad, no necesito de más palabras al respecto y puedo comenzar mi alocución.

Como en todas las cosas humanas, en la mayoría de los casos sólo se aprecia el valor de lo que se posee después de que se pierde. Cuando la misión del ser querido desaparece entre las brumas que forman las separaciones, los alejamientos, las dificultades mismas que ha creado la pasión, y hasta muchas veces, el odio que suele originar la lucha del amor, sólo entonces, se le justiprecia, se le admira y se comprende. Al mirar vacío y desierto el corazón, vemos cuánto calor y cuánta vida nos aportaba aquel que dejamos marchar por nuestra propia culpa y por nuestra propia responsabilidad.

Ese es el momento doloroso en que todas las cosas parecen no valer nada, en que la vida se presenta sin objeto, en que vamos de un lado para otro, mendigando una sonrisa afectuosa que no vale la millonésima parte de las que antes fuéramos a raudales; en que comienza a fructificar en el fondo del alma ese escueto espíritu del escepticismo y del sentido práctico, que da una sombra pobre y raleada, que no puede jamás compararse con el encanto de aquella que nos diera ese árbol frondoso que conocimos cubierto de flores y entre cuyas ramas se deslizaba a veces la brisa del afecto susurrando tonalidades que aún enternecen, y, a veces, chocaba violento el huracán de los celos y de la desconfianza, produciendo la agitación y la desarmonía entre las hojas vibrantes, como si todo estuviera animado de nueva vida, de nueva fuerza, de una potencia desconocida hasta entonces por la naturaleza.

Solos y abandonados, sentimos en esos momentos un extraño malestar que parece consumir lentamente todo lo que más estimábamos en materia de valía en nuestro espíritu. Es un lento agonizar, es un morir viviendo, somos cadáveres ambulantes que vamos

por esos mundos de Dios, con una considerable porción de amargura que nos hace encontrarlo todo inestimable, vacío y hasta hostil. Los árboles no tienen color, las flores no tienen perfume, las frases no tienen ingenio, la gracia misma es desagradable y pesada. Odiamos, en verdad y ese odio no es otra cosa que la falta de la base de la vida, del aroma que todo lo embellece, de la luz que todo lo colora, del sentimiento matriz de la vida, en una palabra: del amor.

Es, pues, necesario, que aquel que encontró esta piedra filosofal, sepa conservarla; sepa conservarla, no de los ataques de los demás, sino que del ataque de sí mismo.

Es cosa curiosa que la mayoría de los seres traten, en cuanto sea posible, de destruir su ídolo, de sacrificarlo y de hacer pedazos el altar que le erigieran en el fondo de su alma.

Parece inexacto lo que acabo de decir, y, sin embargo, es verdadero hasta la saciedad.

Voy a tratar de explicar este fenómeno en la forma más clara que me sea posible.

Dicen algunos autores que han tratado estas complejas materias, que todo ser humano, y más aún, todo ser, en cualquier orden que se le coloque, nace con un conglomerado de perfecciones y de imperfecciones. Sin que su voluntad sea parte a querer ni su conciencia a percibir, aquel ser forja en su primera edad la imagen de un individuo que posee las cualidades contrarias a las propias para completarse y dar, dentro del matrimonio, el mejor fruto posible. En una palabra: llegada cierta edad, se forja en el alma lo que románticamente conocemos bajo el nombre de "ideal".

Dicha imagen no existe de una manera precisa y clara en la mente ni en la conciencia, sino que reside en toda la persona y por eso ella es una aspiración, aunque parezca contradictorio, tan vaga como potente.

Se observa que en cierta época de la vida, las mujeres se colorean, se embellecen y parece que tuvieran una luz interior que transparentara su cutis y sus ojos.

A la correspondiente edad, los hombres empalidecen, ojeraz circundan los ojos sombríos y soñadores.

Esta es la época del ideal.

Ambos, hombres y mujeres, vagan por los campos, comulgando con todo lo que es vida y lo que es afecto; las hojas muertas hablan para ellos, las hojas vivas cristalizan los ojos, el cantar de las aves tiene armonías que, desgraciadamente, no comprendemos ya a nuestros años. Todo es vago, estamos tristes porque no estamos alegres, y estamos melancólicos porque hay esperanzas. Todo es vago, pero es de tal manera fuerte, que no existe poder humano, ni el de los padres, ni el de las necesidades de la vida, ni el de la razón, ni el de la clausura monacal, ni el de la clausura carcelaria, capaz de dominar.

Aman en Cristo las hermanas, aman en el vicio los reos y aman en la naturaleza los seres libres.

Vese, pues, cuál es la fuerza del ideal.

¡Asemos ahora a la vida real y activa.

Es casi imposible que un ser encuentre en su vida la totalidad de aquello que llaman el alma hermana. Encontrará algo semejante, algo parecido y lo revestirá con la capa de oro y de rocío de su ensueño.

¿Qué acontece, entonces? Para el que ama, éste es "su ideal", su único ideal, aunque en verdad su naturaleza sabe que no lo es así.

Cada defecto, cada error, en una palabra, causa disconformidad del ser viviente con la fórmula que creó la naturaleza amorosa, constituye un desencanto para el que adora.

Es como si un náufrago creyera librar la vida,—porque no es otra cosa el amor satisfecho, que la vida misma,—tomándose de un año a fuerte, y notara que es débil, que se fractura, que no sirve, que el agua está ya al nivel de los labios amoratados y que se aproxima la asfixia y la muerte.

En el caso del enamorado esta desesperación produce un reflejo contra la persona amada. Se estima estafado, engañado, defraudado y envuelve al ser querido en una densa capa de odiosidad y de responsabilidades, de la cual el sujeto no es merecedor.

Su ideal tenía como característica la lealtad, y lo primero que aparece en la vida real es el extraño equívoco; su ideal tenía un alma generosa y el presente trae ante sus ojos un ser con ribetes de egoísmo; su ideal iba a adorarle hasta la locura, y si es verdad,

que el ser amado le ha dado todo, el apasionado observa que de la imagen verdadera se desprende una especie de efluvo afectivo que envuelve el mundo entero. Y entonces, en la desesperación, se repite aquel desgraciado ser: "No puedo amarla, es egoísta, me engañaba, no me comprende, quiere a todos lo mismo que a mí. Es una miserable, una coqueta, una casquivana". Y ahí tenemos el ídolo quebrado, pisoteado, envilecido, con desmedro de una sola persona, que es el autor de esta catástrofe, y que tendrá que amasar con lágrimas la mezcla necesaria para juntar todos aquellos trozos dispersos.

Y sólo quedan en el fondo del alma los recuerdos amargos, y se borran, como por encanto, las horas en que el alma bebó el alma, en que el ser amado pasó con los ojos clavados en la nada a una vida que nadie sabe qué es ni dónde está; pero que sí se sabe que existe.

Cruces son e injustos los que aman. Son las injusticias y las crueldades las que van debilitando la fuerza del amor. Y lo peor es que este fenómeno es natural y justo dentro de las condiciones humanas; pero debemos mirar inteligentemente para defendernos de las fuerzas ciegas de la existencia y saber guardar a nuestro lado la fuente de toda vida, de toda fuerza y de toda alegría, por más que ella no sea tan mansa, ni tan cristalina, ni tan rumorosa como la soñáramos antaño. Si ella apaga nuestra sed, guardémosla, defendamos su pureza, no la enturbiamos evitemos esa hora dantesca en la cual, extenuados en el desierto, no tengamos otra cosa que el falso miraje, cuyo descubrimiento produce el rechinar de dientes, la fiebre y la locura final.

Tenemos, pues, que la base, en la mayoría de los casos del derrumbe de la felicidad en el amor, se origina en el lento desprestigio que nosotros mismos hacemos del objeto de nuestras ternuras y que nace del desequilibrio entre el ideal psico-fisiológico y la realidad misma.

Se desprende de lo dicho, que la primera base para mantenerse al abrigo de los sentimientos se encuentra en la entrega incondicional, sin análisis ni discusión, respecto de la persona que la recibe.

Cuando se ama, es decir, cuando verdaderamente se siente que la vida se radica en el corazón de otra persona, es necesario cerrar absolutamente los ojos, negar los defectos que ella puede tener, adornarla de nuestros más bellos deseos, o sea, identificarla con el verdadero ideal que en el fondo llevamos.

La verdad en estos casos es inútil, porque aunque ella se presente tal cual es, continuaremos rindiendo culto al ser amado y sólo llegaremos a ser indiferentes, después de haber dejado en el camino los jirones de toda nuestra sensibilidad, perdida ya para siempre.

Y entonces nos encontraremos en el caso ya expuesto, en que el despecho íntimo será nuestra única pasión, y en que llamaremos a voces a aquel ser que reputáramos indigno de nuestro afecto. Y hay algo aún peor; aunque ese ser viniera a nuestro llamado angustiados, nuestra alma no respondería a los antiguos sentimientos. Sería como un agua que no apaga la sed, como un fuego que ni siquiera entibia, como un anhelo que se rompe frente a su realización. Y a la vista de nuestra impotencia para sentir, del derrumbe de nuestras ternuras, del deshojarse de nuestras más bellas flores, vendría la mayor parte de las desesperaciones, aquella que debió haber experimentado el maldito judío al oír la frase bíblica: "Anda, anda, anda, y no te detengas jamás".

La segunda causa de la sequedad de almas que fueron se debe a la desconfianza, y en ella entran en gran parte aquellos delirios del espíritu llamados celos.

No quiero tratar de los celos que nacen del amor propio, porque ellos indican que el pecho que los abriga no es capaz de producir un verdadero amor. Al hablar de estos peligrosos sentimientos, me refiero a aquellos que encierran el terror de la pérdida del objeto amado, del miedo a la soledad futura y la poca fe en el amor que somos capaces de inspirar.

Desde el momento en que brotan los celos en un corazón que ama y con ellos se alza un telón que descubre todo el espanto del posible olvido, se origina la reac-

ción natural, o sea, el sentimiento de defensa contra ese porvenir de horror y de miseria. El enamorado trata entonces, naturalmente, de ganar la delantera, de olvidar antes de que lo olviden, como único medio de evitar la situación dolorosa del futuro.

Y comienza el ahogar de sentimientos, el desprestigiar a la persona amada, el profetizar palabras duras para el ser querido, el demostrarse indiferente y fuerte de espíritu y por fin, el creerse, en forma engañosa, semi libre de la dulce cadena que le ata.

Este estado de ánimo trae instantáneamente, como una reacción química, dos fenómenos:

Primero: la más honda amargura en el propio ser que alimenta los sentimientos; y segunda: la disminución del sentimiento amoroso en la persona contra la cual recaen los celos.

En efecto, el ser despechado se siente pronto miserable, injusto y débil. Comprende que su amor es mayor que sus fuerzas para escapar del peligro; no encuentra medio de volver a la estimación del ser querido, lucha, se desespera, se angustia y las más de las veces, concluye por bajar cientos de escalones en el nivel moral. Lo que antes era un crimen, ahora lo acepta; lo que fué intolerable, es dulce. Y va hacia el ser amado, diciéndose a sí mismo: "No puedo, no sé, qué importa; si me quieren, pasaré por cuanto me haga doblar la cabeza". Todo es confuso, todo es como un destrozo y en el fondo no queda más que la melancolía amarga que deja el ataque al ídolo. Es necesario pensar que cuando golpeamos al ser idolatrado, nos golpeamos a nosotros mismos.

El efecto que la hostilidad y el insulto que nacen de la desconfianza producen en el ser amado cuando éste corresponde bien, es casi imborrable. La trizadura es doble, se ha producido en el celoso y en el celado. Se necesitan muchas humillaciones, muchas súplicas, muchas entregas, muchas lágrimas, para recobrar la mirada apasionada, el decir franco y abierto, en una palabra, el alma viva y ardiente del ofendido, no porque ello haya herido su amor propio, sino porque ha disminuído el valor del ser a quien se creía incapaz de una felonía moral.

Tanto es verdad, que nunca los celos con-

ducen a ahogar el sentimiento, sino que no hacen otra cosa que entorpecer la clara luz del afecto, lo que llevado por ellos a los extremos, causa una desesperación incompatible con la existencia. La certeza de Otelo respecto a la falta de Desdémona era tal, que lo llevó a quitarla la vida. Inmediatamente que la pobre criatura, pálida y muda, se envolvió en las sombras de la muerte, el asesino vió proyectarse sobre su torpe corazón la luz de la verdad y se abrazó al ser inanimado pidiendo un beso, un último beso a aquel cuerpo que, pesado y frío, se escapaba de sus brazos.

Así son las verdades a que conducen los celos. Los sentimientos se proyectan sobre ellas y éstas son o dejan de serlo, no a la luz de la lógica, sino que según la forma en que se sienten.

El que ama debe confiar. Sin la confianza es absolutamente imposible mantener un sentimiento. El que se sienta feliz dentro de un afecto y vea a veces que se encuentra pobre de fe, debe reaccionar instantáneamente, porque la fe es al amor lo que el aire a la vida.

Cuando vosotras, seres especialmente delicados y especialmente sensibles, os creáis defraudadas en la entrega que hicisteis de vuestros sentimientos, volveos sordas y mudas, coged con vuestras manos, animadas del extraño temblor que pone en ellas la debilidad de vuestro sexo y el poder de vuestra pasión, al objeto amado; hundidle en vuestro seno palpitante y dejadle ahí dormir, como un tesoro, que es vuestra propia vida y vuestro propio valor.

No hay que temer al engaño. Si existe de verdad, en forma que sea capaz de herir substancialmente la fidelidad del afecto, se presentará, más tarde o más temprano, en una forma indiscutible tal, que será capaz de concluir para siempre y en un solo momento, con todo el fuego de nuestra pasión. No tenemos por qué desprestigiar a los seres amados, no tenemos por qué sufrir la cobarde angustia de los celos; si el objeto de nuestras ternuras no es digno de ellas, la verdad se presentará un día en forma irrefutable. Hay cosas que no pueden ocultarse; el fruto de la maleza madura en cierta época, por

más que la planta se deslice hipócritamente entre los árboles generosos.

En ocasión pasada hablé de Sthendal como escritor, ahora quiero considerarlo como hombre, porque estaba dotado de un temperamento amatorio exquisito y porque existe, con respecto a él, una anécdota que servirá para precisar estas ideas.

Sthendal fué un hombre sombrío y melancólico. Le comprendieron muy pocos de sus amigos. Tal vez si no hubiera escrito aquellas obras que le revelan como uno de los más hondos conocedores del alma femenina, no habría pasado de ser un excéntrico. Fué intendente general de las tropas de Napoleón durante la campaña de Italia, fué durante largos años cónsul en Milán y fué un mudo visitante de los salones más cultos de París. Pero sobre todas estas cosas, fué un enamorado. Era feo, francamente feo, pero era tan intensa su vida interior, que los destellos de ella cautivaban aun a través de su silencio. El epitafio que se grabó sobre su tumba, que el viajero encuentra en Italia, es realmente una biografía en tres palabras. Dice: "Aquí reposa... Bale (Sthendal, su seudónimo); vivió, amó y escribió."

Este hombre, sobre el cual no necesito después de lo dicho, agregar una palabra más, amaba en la forma en que saben sentir los que ven con clara inteligencia lo que esa pasión significa. Durante el tiempo en que desempeñó las funciones consulares a que vengo haciendo referencia, entregó totalmente su vida a una distinguida dama de la alta sociedad milanese.

Era ella el todo para Sthendal, y ella correspondía la honda pasión del escritor con la fuerza de quien puede y comprende. Sin embargo, no faltaban rumores callejeros que hicieran llegar a los oídos del cónsul especies poco favorables a la reputación de su dama. A pesar de ello, el hermoso cielo de Italia continuaba fecundando el centelleo eterno de esta bellísima pasión. Y Sthendal amaba ciego, sordo y mudo, concentrando en sí todas las actividades de que es capaz un organismo inteligente y sensible. Era aquélla una adoración que se cernía como un ave vigorosa de anchas alas sobre la tierra baja y miserable.

Era tal el encanto de aquel hombre feo, que por él concibió una pasión la criada de la señora milanesa, y más de una vez tuvo Sthendal que rechazar con mano impía los humildes ofrecimientos de aquella infeliz mujer.

En las almas bajas se levantan huracanes de venganza y de odio que llevan a los mayores extravíos. Al verse desdeñada en esa forma, la mala mujer dijo un día a Sthendal: "Venga usted a tal hora, para comunicarle algo que será de suma importancia para la vida de usted."

Impulsado por la curiosidad y sin imaginarse lo que se le preparaba, el escritor, con el corazón abierto y sin reticencias, llegó a la cita.

Se levantó una cortina y Sthendal pudo ver al objeto de su pasión en amoroso discreto con un valet de chambre.

Todo esto lo ha referido la misma víctima, el propio Sthendal.

Es de imaginarse la impresión de aquel ser especialmente sensible. El lo ha dicho en dos palabras: 'Mori sin agonizar'.

Es esta expresión la más clara que puede verse para explicar lo que torpemente he querido demostrar a ustedes. El engaño no debe perseguirse, él se encarga de demostrarse por sí mismo.

Naturalmente que al tratar sobre esta materia dejo de lado los espíritus coquetos, esos que se aman a sí mismos y ante los cuales no puede quemarse mejor incienso que el de los celos y el de la desesperación. Yo estoy hablando a las almas honradas y no a los seres casquivanos que cometen crímenes de sentimientos con la misma inocencia con que los niños arrancan las alas a un insecto.

Estimo que desde el momento en que los celos nacen en un afecto, éste está disminuido, arrastrado y salpicado. Si no es posible mantener la fe en el amor, es preferible consumirse en el mismo, antes que humillarse y descender a la disputa vulgar, a la sospecha vergonzosa, a la repulsión que causa la propia dignidad herida.

Bourget, en su célebre novela titulada "Un Coeur de Femme", ha expuesto un caso perfecto del amor elevado que, encontrándose frente a un rival victorioso, se retira sangrando antes de oponer el violento estallido

o la cobarde presión, al objeto de un cariño de largos años que ha sido y es el único motivo de existencia de un hombre ya maduro, que ve morir la esperanza junto con la fuerza de su juventud:

El amante clarividente y sincero se despidió de la amada en una carta que dice como sigue:

"Amiga mía: He querido, para escribir lo que mi ser íntimo me exige, y lo que debo escribirte, volver a este pequeño departamento de Passy, que en tiempos más felices tú llamabas nuestro **chez-nous**. Jamás te oí pronunciar esas dos palabras al parecer sencillas sin que mi corazón se agitara. Resumían tan tiernamente lo que fué mi único sueño, mi esperanza sagrada a través de tantos años y que la constituía esta quimera de vivir contigo siempre una vida ostensible en la cual tú hubieras llevado mi nombre y que me hubiera permitido tenerte en cada momento cerca de mí, prodigándome las dulzuras de una presencia que, por sí misma, era la compensación de las tristezas de mi pasado, el dulcificarse de todas mis penas, una línea infinita de felicidad... Y héme aquí, sin embargo, solo, en este asilo donde tú no dirás jamás "chez-nous", mirando estos objetos mudos, de los cuales cada uno es para mí tan vivo como un ser; la tapicería sobre la muralla, con su cálido paisaje de árboles y de campanario, esta baja estantería con los libros que leíamos juntos, estos antiguos vasos que yo adornaba con flores para recibirte. El amante a quien la muerte ha separado de su amada y que va a abrazarse de la reja de su tumba, no tiene en el alma mayor melancolía que aquella que yo yo mismo experimento en esta hora en que llegné como un peregrino a una tumba, a aquella de nuestro pasado común; ni hay en el alma de él mayor melancolía ni mayor ternura. Descaría tanto que un poco de todo eso surgiese para ti de estas páginas que leerás en un momento en el cual yo estaré muy lejos de París, muy lejos de este asilo, adorado y misterioso. Yo querría que tú guardaras de mí, no la la imagen del hombre que ayer te ha hablado tan extrañamente, sino que aquella del amigo que piensa en ti como yo te evoco en este instante, piadosamente, dulcemente, con un reconocimiento

inexpresable por lo que has querido darme de tu corazón, y que es la única porción de felicidad que he recibido aquí en la tierra. Tú has sabido engrandecerla de tal manera, que aún hoy y en esta agonía en la cual me debato, no puedo encontrar otra cosa para decirte, pensando en esos momentos en que me dejaste amarte, en que tú me amaste, que gracias, desde el fondo de mi alma, gracias, y aún más gracias."

Hablando sobre el momento en que Enrique se dió cuenta del nuevo y verdadero amor que asaltaba el corazón de Julieta, dice: "Si yo no hubiera oído tu grito de ayer, si yo no hubiera visto tus lágrimas cuando creíste en el fatal resultado de nuestro duelo...; pero yo he visto esas lágrimas y yo he oído ese grito, y si yo parto, es porque he sentido ante esa expresión de tu nuevo amor que yo no podía mirar frente a frente ese sentimiento. Si tú hubieras luchado o hubieras cedido, yo lo habría adivinado en tus tristezas y en tus alegrías, en tus movimientos hacia mí y en tus silencios y yo no soy más que un hombre, un hombre que te ama con todo su corazón, con todas sus fuerzas, con todo su ser, que tú también has amado y a quien tú no puedes, no debes exigir una energía sobrenatural."

Después de expresar el escritor la imposibilidad de la existencia frente a las dudas y a los celos, dice:

"Adiós, amiga mía. Adiós a ti, que eras la estrella de mi cielo, de ese rincón único sin nubes en ese cielo tan sombrío. Adiós a ti, que me has permitido vivir cuando me encontraba ya al final de mis fuerzas y gracias a quien, hoy lo puedo decir, he conocido la felicidad. No temas ninguna resolución desesperada de un hombre que se va de ti con el alma llena de ti, para que seas feliz y para no ser causa jamás de una sola lágrima".

La carta concluye en la forma siguiente:

"Siento el corazón tan enfermo, tan profundamente herido y sangrante; pero la ausencia se encargará de curarme y no dejará subsistir otra cosa que la esencia inmortal de un sentimiento que se resume en estas simples palabras: "Se feliz, aun lejos de mí, aun sin mí... Una vez más, adiós, amiga mía, acuérdate de que te he amado. ¿Qué más

puedo agregar sino la vieja frase tan emocionante de los humildes, observa que te la digo desde el fondo de mi alma: Dios te guarde, único amor mío."

No basta, sin embargo, la idealización del ser a quien se ama, ni la fe absoluta en él; es necesario, para conservarse feliz, otra condición, y ésta es el silencio.

No dejará de llamar la atención el hecho de que se aconseje suprimir la palabra, que parece ser el vínculo que mejor condujera la vibración íntima de un alma que sale de sí misma para depositarse en otra. Sin embargo, ello es tan verdadero, que creo fácilmente poder demostrarlo.

El silencio en la pasión tiene dos fases: una que podríamos llamar positiva y la otra negativa.

Analicemos el primer punto, o sea el silencio como cualidad de acción en el amor.

Mientras más alto y absorbente es el sentimiento que nos ocupa, menos apta es nuestra inteligencia para expresarlo. La palabra lo disminuirá siempre y serán eternamente empuñecedoras las explicaciones. Maeterlinck, en "El Tesoro de los Humildes", nos ha dicho algo al respecto; pero, con perdón de mi distinguido auditorio, debo declarar que no es fácil penetrar al ilustre escritor belga, y que yo, como hombre más terrenal, estoy cerca de todos los espíritus y por ende puedo hablarles al oído, en nuestro propio idioma, con mayores probabilidades de llevar a ellos la verdad.

Supongamos que una persona cualquiera deseara explicarnos lo que significa la obscuridad. Podría emplear numerosísimas frases, armoniosas, sugestivas, y casi impregnadas de la obscuridad misma, pero nada llegaría a impresionarnos como el hecho de encontrarnos efectivamente dentro de un recinto totalmente obscuro.

En esa nada se experimentarían extrañas vibraciones, pavores indescriptos, alocuciones fantásticas que, seguramente, si bien se asemejarían a la descripción de aquel que habló, serían de tal manera superiores, de tal manera diferentes, que el sabio parlante desaparecería en absoluto, para dar lugar a las sensaciones de la persona que experimenta.

Como las ondas negras de la misteriosa

obscuridad que no tiene principio ni limite, así la pasión brota de gérmenes indefinibles y proyecta luces tenebrosas que son tan palpables y tan potentes como las fuerzas físicas mismas. El hombre que adora, guarda silencio, porque no puede hablar y tampoco lo necesita. Vosotras, deliciosas mujeres, sabéis como llegan, sin palabras, esas manifestaciones fervientes que inflaman el éter, cómo enternecen y dulcifican el alma el silencio de los ojos lacrimosos, cómo llega hasta el fondo del espíritu el inquieto temblor de las manos frías que oprimen las vuestras llenas de vida y de vigor de defensa.

Un amigo mío me ha dicho una cosa: las palabras sirven para expresar lo que no se siente. Tal vez si tenga razón en el sentido de que por mucha sinceridad que se tenga en el fondo del alma, jamás los vocablos del idioma lograrán apreciar nuestras ideas y que la mayor parte de las veces nos traicionarán de una manera irremediable, porque sus falsos conceptos quedarán grabados en nuestra memoria como axiomas, y será difícil poder restablecer con hechos la exactitud misma de lo que el alma grita con tanta nitidez.

Conozco el caso de dos seres que se aman en silencio hasta la adoración. Nunca hablaron, y a pesar de sus mutuas dudas, se buscaron en cada instante y en cada momento con el alma henchida de la esperanza de lo absoluto, de la unión eterna, incomparable, que preside el sol de una primavera y la continuación más allá de los seres mismos.

Uno debía partir; ese encanto delicioso de la entrega sencilla, sin adornos literarios, en que la misma pasión torna tímido al más audaz, debió romperse. Se concluirían las miradas angustiosas que traen afuera el tesoro íntimo de lo que más ocultamos en nuestra alma, desaparecerá para siempre las palabras entrecortadas; los adioses que parecen que no son, en que se turban las manos y los pasos frente a una puerta; ese estado en que se vive besando con la caricia íntima el ensueño que casi no ha nacido porque no ha visto la luz, en que se estremece el ser humano en cada instante por una sonrisa, por un gesto de melancolía, por nada, porque sí, porque el alma se desborda y porque parece que el cuerpo y el espíritu fueran una

sola llaga desprovista de toda defensa y que se hiere con el aire, con el éter, con el suspiro.

Ambos guardaban silencio. La partida era inevitable. Habría sido imposible cristalizar con palabras la torturante vibración. Nunca se habían hablado y, sin embargo, la unión espiritual era ya antigua e intensa.

El diálogo fué tan breve y al parecer tan superficial como hondo era en realidad. Yo no conozco una declaración más precisa, más fácil y más sincera.

Las lágrimas de ella comenzaron a rodar primero lentamente, después una convulsión íntima llegó hasta la garganta y pareció que los ojos lanzaban su agua amarga en ondas que correspondían a extraños sacudimientos que experimentaba visiblemente el ser entero.

¿Qué tiene usted? ¿Por qué llora usted? preguntó él, en la exaltación suprema.

Una voz ronca, semi moribunda, que tenía algo del que implora, del que se conforma y del que agoniza, respondió sencillamente:

—Me ha hecho usted tanto daño.

Tal vez estos pequeños vocablos no habrían hecho impresión alguna en quien no tiene ojos en el alma, pero para quien sabe, siente y conoce, lo es todo. El daño, sí, señoras, el daño mortal, el daño delicioso, el daño con que se vive muriendo y con que se muere viviendo.

Probablemente un volumen entero no habría dado a esas sencillas palabras el relieve con que supieron adornarlas las bellas lágrimas caídas de los bellos ojos.

Tengo algo de confesor y muchos espíritus, sin que yo los busque, vienen a mí. La relación de lo que dejo dicho vibra en mi alma hasta el día de hoy y siempre me repito que ése fué el romance del silencio, el romance de las sensaciones que se cambian, el romance de los que mueren con algo beatífico en la mirada y que al rendir su alma sólo saben decir: "Adiós, algo me llama".

Si el silencio explica sobreponiéndose más allá de la inteligencia, también, posee la gran virtud de evitar las palabras doloridas, que hieren al ser amado, precisamente, porque nunca podrán precisar lo que se experimenta en el fondo del espíritu.

De nada valen las reminiscencias cuando nuestro amor está más allá de ellas; de na-

da va en los análisis químicos cuando sabemos de más lo que tenemos dentro del corazón, de nada valen las amenazas ni las imploraciones cuando no se puede responder a ellas; los hechos son lo que son, se sienten como son y es inútil que el lenguaje pretenda torcerlos.

La protesta, la duda o el dolor que se cubren con el manto del silencio, son respetables y producen en las almas que los ven con los ojos del espíritu, una inmensa atracción y, a veces, a pesar de que no haya falta de que acusarse, una especie de recordimiento.

Bordeaux ha escrito una novela sencilla que tal vez todas ustedes conozcan. Se llama "Una mujer honrada". A mi entender, nunca pudo hacerse más simplemente una tan hermosa apoteosis del silencio, como aquella que encierra esa obra.

Se trata de una mujer enamorada de su esposo, y en cuya alma no alcanzan siquiera a dibujarse las inquietudes ni las dudas. Ama porque sí, no ve horizonte alguno fuera de su amor, cree en la fidelidad de él como en la luz del sol. Y entre la satisfacción que aquel amor le produce y el reflejo que de él se proyecta sobre sus hijos, se mece dulcemente su vida, como el nido de una ave incauta y colorida en una primavera calma y aromática.

Un día, el marido falta y ella guarda silencio. El horizonte se ha ensombrecido. Llegó la noche para esa alma.

El marido mira ese silencio con estupor. ¿Conoce ella su falta? ¿No la conoce? ¿Son otros los motivos de esa palidez serena, como la de las estatuas griegas? ¿Quién lo sabe?

Y el hombre siente deseos de justificarse, a veces, de arrodillarse otras y de pedir perdón de morir porque no puede vivir al lado de la eterna acusación, de insultarla porque estima que es injusta y cruel, de efectuar, en fin, todos los actos insensatos de que es capaz un espíritu sin control.

Y ella, pálida siempre, sonríe sin risa; mira sin fulgor; acaricia sin tibieza y permanece siempre augusta en su silencio, respetable en su dolor y enigmática en su marmórea actitud.

La obra se desarrolla al través de esta situación tan adorada como interesante.

Probablemente una palabra de ella, lo ha-

bria perdido todo, porque hubiera roto el cauce de las acusaciones con que se defiende el que falta y quiere, egoísta, conservar su tesoro.

En una casa de campo, y en el verano, él, vencido, sufriente y sin vida se arrodilla ante la estatua que, sin llorar, parece que efectivamente sollozara.

Coloca su cabeza sobre las rodillas de la mujer amada y, si mis recuerdos no me traicionan, dice solamente: ¿Me v-ste?

—Sí, responde ella.

—Perdóname, hice mal; pero he sufrido mucho, y te adoro, y te adoro más que antes, más que nunca, como jamás pude imaginarme.

Juntas las lágrimas, juntos los brazos, juntos los labios, concluye esa novela en que el silencio, que es la única manifestación verdadera del amor, asegura para una mujer honrada la eterna felicidad de un hombre liviano y un tanto donjuanesco.

Jamás nos habremos de arrepentir de haber sufrido para nuestro interior, aún con la ignorancia del ser querido. Los eslabones que saben conservar con mayor firmeza y con más fuerte seguridad el afecto que constituye nuestra vida, están formados del silencio, de lágrimas y de abnegación.

Son éstas las cualidades positivas del silencio dentro del amor. Las negativas son más sencillas de expresar, pues consisten en la abstención del relato de hechos o de sentimientos que, en momentos de dolor, pueden herir a la persona amada, creando en el fondo de ella esa reacción en contra nuestra a que nos referimos en la primera parte de esta conferencia.

El silencio ayuda en forma poco conocida la conservación del respeto que debemos a nuestro ideal y mientras más guardamos en el fondo de nuestra alma el secreto de nuestro amor, más grande y más hermoso aparecerá ante nuestros propios ojos.

El silencio habla por sí mismo, el silencio preserva, el silencio ennoblece. En una palabra, el silencio es la llave dorada con que guardamos el tesoro de nuestro afecto y de nuestra pasión.

Tal vez si después de oídas estas palabras se me diga que me he preocupado mucho del estudio del afecto subjetivo y que me he ol-

vidado del amor objetivo, o sea de la mejor manera de conseguirla ser amado.

Yo tengo para mí que el que recibe no obtiene ni la milésima parte de la felicidad que consigue el que da. Esta verdad la siento yo en forma axiomática, de modo que considero deleznable preocuparse de despertar pasiones. Ser amado es cosa que halaga la vanidad y el amor propio y que rara vez, representa un perfeccionamiento espiritual, ni una sensación que satisfaga y llene una vida entera. Los consejos que a este respecto pudieran darse son además perfectamente inútiles, porque la razón de un sentimiento existe en nuestras condiciones personales, muy difícilmente modificables en forma trascendental.

Yo me he referido a la conservación de la felicidad que significa dar la vida por otro, tener un motivo para existir, un sol que entibie nuestra indiferencia e ilumine las cosas para que las veamos con su verdadero valor. Si esta pasión, este sentimiento son correspondidos, la felicidad es aún mayor, pero en todo caso no se debe a causas que pudieran determinarse, sino que a las razones superiores, inmutables, que rigen el acercamiento de los seres. Todo cuanto se haga para causar un acercamiento entre dos personas que, según las leyes naturales, no deben amarse, será inútil. Querer producir un efecto de fondo en materia de ternuras, sin que los designios supremos de la naturaleza lo permitan, es como intentar suprimir la ley de la caída de los cuerpos o la de causa-efecto.

Cuando se tuercen estos inmutables reglamentos, se obtiene casi siempre un ser monstruoso, o, más bien dicho, un afecto cerebral, sin límites perfectamente definidos, que no alcanzará a producir una mediana satisfacción en el ser que lo inspiró.

Las leyes que rigen los afectos y las fatales aproximaciones de los seres, se estudian hoy apasionadamente; pero no sería posible ni siquiera esbozar en esta ocasión, la línea de estas investigaciones, de por sí harto confusas y complicadas. Sin embargo, nadie puede dudar, aunque no disponga sino de un cerebro pequeño, de que la pasión está regida por reglas inmutables e infinitas, y por eso cuando el vulgo quiere analizar las causas de su sentimiento o del que produce, se

ve envuelto en tan terrible caos que concluye por decir: Yo quiero porque sí, y soy tan indigno de ser querido que si despierto algún efecto es también porque sí.

Yo siento en el ambiente una objeción clara y precisa: se nos habla de la conservación del afecto, se nos dice que sólo en él podremos encontrar la felicidad, que todo lo demás es poco digno de atención y más o menos superficial. ¿Cuál será, entonces, la vida de ciertas personas que, segadas a determinada edad, no pueden ni deben conservar ni fomentar un amor? Estos infelices tendrán necesariamente que ver morir la existencia espiritual antes de rendir el último tributo a la tierra. La ancianidad resulta un suplicio dantesco.

Voy a contestar estas objeciones.

Toda felicidad se produce en este mundo porque la persona que la experimenta la necesita y es apta para recibirla, o sea, para ser más claro, la sensación del amor es la satisfacción de una necesidad psico-fisiológica. Bajando en la escala de las cosas humanas, podría decirse que la felicidad de comer se encuentra en la satisfacción del apetito. La felicidad del amor se encuentra en la satisfacción de la necesidad de querer. Así, si este deseo de amar desaparece, la felicidad del ser humano no se encuentra en la pasión, porque la causa de esa dicha ha desaparecido y porque no hay efecto sin causa.

Decía antes que la pasión era un sol que cambiaba el color de las cosas y el valor de ellas. Puesto este astro maravilloso, desaparecen las tonalidades especiales que él diera a la naturaleza toda, y entonces el valle, y la montaña y los seres se cubren de otro color diferente. La ancianidad no siente la fuerza del amor, la ancianidad ve el significado de todo cuanto lo rodea al través de esa su parcial insensibilidad y por ende, la vida entera aparece para ella como al través de una nueva pantalla.

Esta es cosa que la observan hasta los niños. No hay criatura que no considere a su padre como un absurdo sentimental que es imposible entender, y si le respeta, es sólo

por el brillo de sus canas. Por la contraria, los padres, puesto ya el sol, parecen olvidar completamente lo que fueron y se espantan con sagrado turbamiento ante los movimientos pasionales de sus hijos. Las frases: "Este muchacho está loco", "esta niña va por mal camino", "quién entiende a los jóvenes de hoy", son perfectamente corrientes. Y no lo son menos estas otras: "Pero mamá, usted no entiende de estas cosas", "qué sabe mi papá", "qué señora más odiosa, y no se convence nunca".

Todo ello explicable: la juventud y la ancianidad miran el mundo con cristal de diferentes colores.

El amor nace de una fuerza íntima que todo ser lleva, y ante la cual toda lucha es imposible. Esta fuerza consiste en el instinto de perpetuación de la especie; ella se manifiesta por la belleza, por la generosidad, por la ternura, por el libérrimo pensamiento. Cuando el ser ha cumplido con esta misión, o mejor dicho, ha pasado ya por esa jornada de la vida, pierde todo lo que era necesario para ese deber que le impone la naturaleza, acuden las arrugas, se marchita la fisonomía y parece que algo, como una hoja seca, se ha desprendido de ese tronco todavía vigoroso.

Pero entonces nace otra obligación: la de conservar lo que se ha producido, y la naturaleza torna al hombre de libre en paca-to, de valeroso en tibio, de generoso en egoísta, de liberal en conservador, o sea, le da todas las facultades necesarias para luchar en la defensa y mantenimiento de sus hijos y de su hogar. Pero no es sólo eso: lo imposibilita, además, para descuidar las obligaciones que ahora tiene, impide que ese hombre que se debe a la conservación de los suyos, pueda, por caprichosa adoración, seguir en las viejas andanzas. ¡Qué sería de nuestros hogares si los padres sexagenarios, temblaran ante una rosa y lloraran ante los encantos de un brote de quince años! Y para impedirlo, la naturaleza les va restando belleza, gracia, y les torna el orden de ideas, que es lo más importante. Ellos no piensan sino en los hijos que están a su alrededor, en el porvenir de su familia, en el dinero que juntaron y, más aún, en el futuro

de la patria, pues su espíritu conservador llega a abarcarlo todo.

Así, el amor nada significa para ellos, la conservación del afecto sonará en sus oídos como una hermosa música que comprenderán, pero que no les hará vibrar.

La gran sabia, les ha dado otra felicidad: la conservación, felicidad que se obtiene porque es la satisfacción de otro apetito nuevo, de otra necesidad nueva, hasta entonces desconocida.

Si se observa el reino animal, se encontrará la comprobación fehaciente de lo que vengo diciendo. Sólo superviven al amor los que necesitan conservar el fruto de ese sentimiento, o que deben seguir experimentándolo para la conservación de la especie.

El esposo de la abeja muere después de su luna de miel, asesinado por su propia esposa, porque ha cumplido su deber en este mundo y no se le necesita para el cuidado de la prole. Lo mismo pasa en ciertas familias de arañas y lo mismo acontece entre las hormigas.

En una palabra, distinguidas señoras, se vive siempre para cumplir un deber; la satisfacción de él, es lo que constituye la felicidad. Así, mientras la naturaleza nos ha impuesto la obligación de amar, es menester cumplirla en la forma más noble y más elevada, guardar el afecto como un dulce tesoro que tiene un valor único e irremplazable. Más tarde, cuando nazcan las obligaciones de conservar, nos será imposible encontrar verdadera satisfacción en otra cosa que en el cumplimiento de ese deber. No lleva a ningún fin beber cuando se tiene apetito, ni menos comer cuando se está sediento.

Es necesario grabarse en la mente la idea de que los deberes son, dentro de la realidad, iguales a la necesidad y de que la vida natural es nuestro único motor, ante el cual toda oposición será débil y nos llevará al agotamiento y a la muerte de nosotros mismos.

Contestada la objeción que se pudiera formular a este convencimiento mío, de que la vida reside hasta la edad plena en el amor, puedo seguir manifestando otras ideas que tienen íntima conexión con este problema.

Es curioso ver cómo la humanidad se preocupa hondamente de la enseñanza moral de sus hijos en los órdenes de relativa importancia, y olvida la preparación de los seres en el orden afectivo, desconociendo completamente esta mi majadería, que lo es tal porque tengo el convencimiento de mi sinceridad, es decir, de que la felicidad consiste en amar, en amar y en amar siempre, con el corazón noble y puro.

Yo creo que el espíritu es una especie de tabernáculo de seda y oro que aguarda perfumado y silencioso la entrada trascendental del ser que ha de reclinarse en aquellos cojines de delicadeza y de ternura, que, más o menos, a cada uno nos ha dado la naturaleza.

Si el ser prometido, si el alma de nuestra alma, si la felicidad de nuestra felicidad, encuentra el templo profano, desgarradas las telas, marchitos los matices, no entrará en él y se retirará. De esa manera, el hombre errabundo albergará dentro de sí mismo el vacío, la soledad y el abandono. Sin fuerzas para su acción, sentirá lentamente cómo el altar se cubre de telas de araña y cómo los grillos entonan un himno estridente que dice: "Solo marcharás, solo vivirás, seca el alma y fría la frente, verás llegar tus últimos días sin otro recuerdo que la profanación que cometiste, que la trágica orgía que celebraste y en la cual cayeron las imágenes y se rasgó para siempre el velo de la esperanza."

Es este exquisito cuidado en la conservación de la pureza del alma lo que, desgraciadamente, nuestros padres no nos han enseñado. Se nos educa en el horror a la mentira, en el espanto por la calumnia, en el respeto por la propiedad ajena, en el amor por nuestros descendientes; pero jamás se nos habla de nuestro espíritu con relación al amor. Es verdaderamente extraordinario que ni a los hombres ni a las mujeres se nos forme desde pequeños en la idea de que el afecto es la función principal de la vida. Jamás se dice a los primeros: "Cuida tu alma, no emplees tu cariño en las vanas cosas, no s'embres la desgracia en los hogares, no tronches con tus dedos musculosos el lirio virginal, porque ello profanará el templo, secará la eterna fuente de tus únicas verdaderas de-

licias y te atraerá una desgracia cuyo sabor amargo surgirá aún en el momento de tu agonía."

Ni se dice a las mujeres: "No utilices tus bellos ojos, ni el dulce perfume de tu corazón en atraerte las miradas y el afecto de los más. No siegues las energías de esos hombres vigorosos con una mirada prometedora o con una sonrisa coqueta. Acuérdate de que ellos también tienen lágrimas y compenéttrate de que una mirada de amor puede significar la muerte física o la muerte moral de un ser destinado a altos fines".

Nada de esto se nos enseña, somos verdaderos salvajes del espíritu y marchamos por esos mundos de Dios, los unos con un puñal, las otras con un sutil veneno, sembrando la desgracia y el dolor en la más atroz de las inocencias.

Tanto ello es así, que el mundo felicita y celebra con torpe sonrisa y con abundantes libaciones al Don Juan que, al beber su copa, lleva en ella la loca desesperación de un hombre y la deshonra de una familia.

Así también, las mujeres festejan a aquella dama encantadora, de elegancia exquisita, de decir cautivador, de mirada ignota, que engarza entre los tules de su vestido la seriedad, el porvenir, las energías de los veinte hombres que la persiguen presas de un extraño sortilegio.

Y los unos y los otros son reyes y reinas de las sociedades; y las almas puras y buenas, inconscientes por falta de educación, se estrechan y se agrupan para ver pasar a estos atroces criminales y dicen: "Qué bella es, qué encanto respira su persona, es una diosa"; y para él dicen: "Qué interesante, qué tipo admirable de hombre, qué simpática cautivadora". Y la manada de los pobres inconscientes se une para llegar rápidamente a tomar con toda fuerza entre sus dedos el puñal de doble filo, ya rojo en sangre, que ha de romperles las manos.

No sé, señoras, si me he expresado claramente; pero creo que, en todo caso, he tratado de pintar un cuadro que tiene la curiosa cualidad de ser invisible, a pesar de que está en todas partes, en muchos corazones y tal vez, si es el fantasma eterno de algunos hogares.

Por ello, es necesario preparar primero el espíritu de los que amamos, para que ellos amen y sean felices, y después hacerles comprender que es menester conservar el ídolo hasta donde sea necesario, porque él constituye la base única de una felicidad amplia, tranquila y duradera.

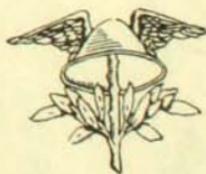
Y dispongámonos a amar con nobleza y lealtad, y cuando lo hayamos conseguido, no destruyamos esa honda felicidad dando oídos a los sentimientos mezquinos que nacen de nuestro pobre corazón, tan lleno de flaquezas y tan dispuesto a marchar por el erróneo camino.

Debe ser inmensamente bello sentarse a la sombra del árbol de la ancianidad, pudiendo aspirar en la brisa que viene de tiempos lejanos los perfumes de nuestros buenos amo-

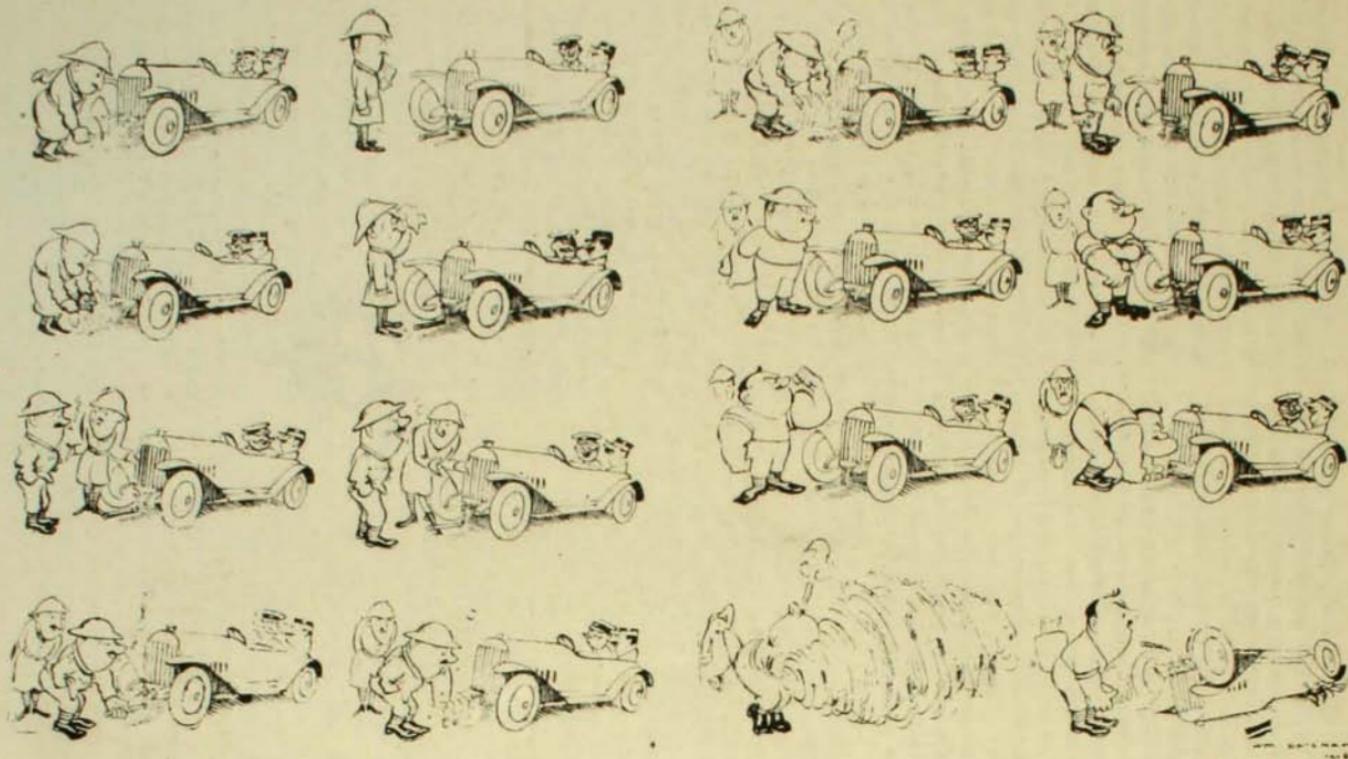
res, de nuestra delicadeza, de nuestros sacrificios por el ser amado. Yo creo que así se espera tranquilo la noche y que el sueño eterno vendrá dulce sobre nosotros.

Las gentes campesinas que al rayar el alba nos encuentren cerrados los ojos y la cabeza recostada sobre el milenar tronco, dirán: "Pobre viejo, qué dulce sonrisa se desprende de sus labios rígidos; parece que en la muerte viviera todavía algo que no es de esta tierra."

Y ese homenaje póstumo no será otra cosa que el culto, que aun los hombres sencillos rinden al que supo amar, al que supo conservar afectuoso y perfumado el templo de su alma, al que al morir expiró diciendo: "Gracias, amor; tú has sido mi vida, yo te bendigo."



LOS HUMORISTAS EXTRANJEROS



Una página del caricaturista norteamericano H. M. Bateman.



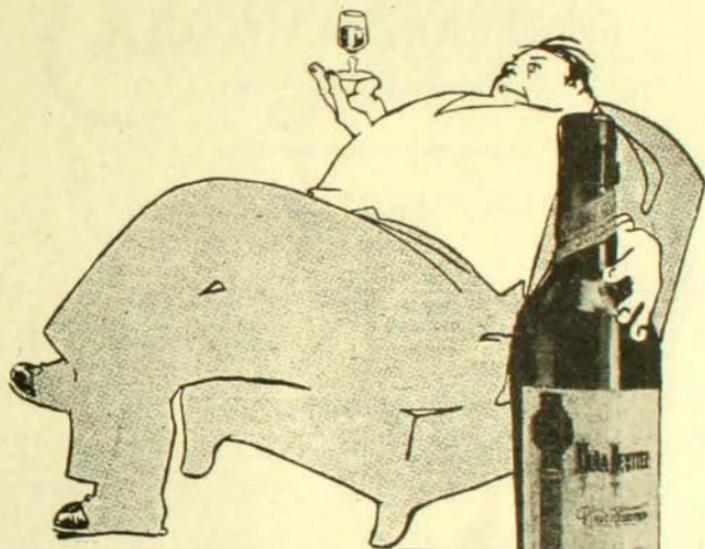
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%

Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.o Piso

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

Fratelli Castagnetto

FABRICANTES DE ROPA BLANCA bordada y cosida a mano.

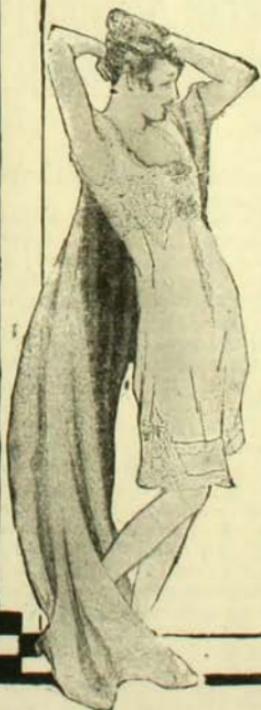
Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimen-

tado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

AGRADECEREMOS PIDA DATOS, muestras y precios a otras partes y los compare con los nuestros y se convencerá de la GRAN VENTAJA de los artículos de nuestra fabricación.

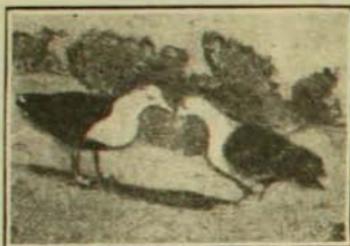
ATENDEMOS GRATUITAMENTE PEDIDOS DE NUESTRO CATALOGO



LA DANZA DE LOS ALBATROS

Entre los animales más o menos sociables, los que ofrecen particularidades más sugestivas en su vida íntima son los pájaros, comprendidos con los niños y las flores, entre los seres de mayor atractivo poético.

Aparte de su singular naturaleza estética,



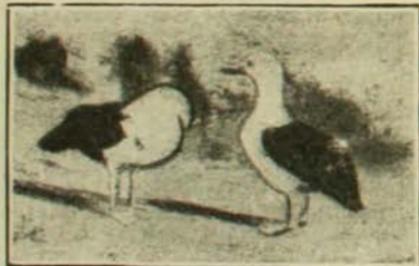
Primer tiempo.

la vida de la generalidad de las aves, aun las de aquellas cruces y de rapiña, suele ser apacible y armoniosa, caracterizándose la de algunas especies por costumbres y aptitudes interesantísimas.

Que entre las aves en general está muy difundida y arraigada la afición al arte, es cosa muy sabida. ¿Qué artista lírico logra superar en gorgoritos y florituras musicales a algunos seres alados muy conocidos?

Como el canto, también las artes coreográficas son muy cultivadas por las aves. Hay muchas especies de éstas que bailan; pero, indudablemente, la más singular de las aves danzarinas es el albatros, cuyos singulares ejercicios coreográficos han sido observados y apreciados minuciosamente por un naturalista en las islas Hawái, donde el interesante palmípedo abunda.

Entre los movimientos más característicos de la danza de los albatros que el observador ha podido determinar, figuran los siguientes:



Segundo tiempo.

cuando una pareja de estas aves se dispone a bailar, se aproximan el uno al otro, y después de una profunda reverencia, cada uno de ellos da una vuelta en torno de su compañero, fórmula galante muy generalizada entre los palmípedos y que ha culminado en las

prácticas donjuanescas del gallo. A renglón seguido, cruzan los albatros sus picos, lo que puede equivaler al ceremonioso saludo de una cuadrilla, y luego, de repente, mientras la hembra, en actitud ruborosa, esconde su cabeza bajo el ala, el macho, en gesto trágico, lanza un grito especial. La hembra, candorosa y agradecida, descubre entonces su cabeza, y ambos alzan el pico al aire tanto como pueden, y mientras se entregan a suaves contorneos sobre sus graciosas patitas, dejan oír un extraño y característico canto que marca el ritmo de la curiosísima danza.

Esta es la última figura de la danza, que, como se ve, tiene algo de pantomima amorosa digna de ser glosada por las "troupes" coreográficas que han llevado a los escenarios las interpretaciones más caprichosas y exóticas. Pero los albatros son bailarines incansables; así es que, terminado el número, sin esperar a que se les pida el "bis", vuelven a saludarse y a cruzar sus picos como al principio y reanudan la danza, y así repetidamente, siempre con mayor calor y entusiasmo, hasta que se sienten rendidos, que suele serlo después de una prolongada sesión, ten-



Tercer tiempo.

gan o no tengan público de su especie interesados en el espectáculo.

A veces, los albatros introducen en su baile una pequeña variante: uno de ellos, sin dejar de bailar, levanta del suelo una brizna de hierba y se la ofrece a su compañero, el cual, en vez de aceptar, recoge también una hierbecilla y devuelve fineza por fineza.

Esta interesante mímica tiene otras muchas variantes, todas ellas encaminadas a demostrar el estado de ánimo pasional de los flamantes palmípedos.

Lo más singular de esta costumbre de los albatros es que, mientras los avestruces, las avutardas y todas las demás aves que bailan lo hacen solamente en la época de sus amores, estas aves marinas se entregan a las delicias de la danza todos los días del año, y aun no poca noches, puesto que cuando hay luna llena, se las ve frecuentemente dedicadas al mismo ejercicio. El espectáculo que en una noche serena ofrecen unos cuantos centenares de parejas de albatros danzando a más y mejor en la desierta playa, es de lo más extraño que puede imaginarse.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción
Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LÍNEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACÍFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMÁS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes

"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de hierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANELAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90'
ZUNCHOS para cajones 1/2" 5/8" y 3/4"

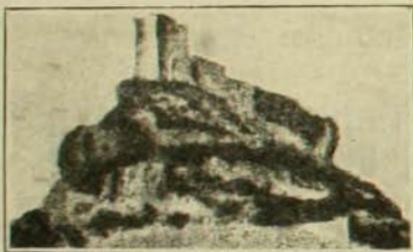
La terrible humillación de un emperador

Ir a Canossa

“Ir a Canossa” es una frase que ha llegado a tomar carta de naturaleza en el lenguaje, que se usa mucho en política y que tiene un origen curioso y rigurosamente histórico.

Cuando Gregorio VII quiso emancipar a la Iglesia de la autoridad laica, en la creencia de que en el mundo sólo la Iglesia podía ocupar el puesto de guía y de poder moderador, formó un proyecto de teocracia universal, por el que todos los reinos cristianos quedaban agrupados en un vasto imperio católico, presidido por el Sumo Pontífice. La autoridad del Papa venía a ser de este modo, con respecto al poder real, lo que el sol con respecto a la luna, que no hace más que reflejar la luz que de aquel astro recibe. Los reyes, recibiendo de Dios su autoridad, debían, por razón natural, humillarse ante el representante de Dios en la tierra.

Para convertir en realidad su plan, co-



Aspecto actual del castillo de Canossa.

menzó Gregorio VII por imponer al clero la más severa disciplina, prohibiéndole, entre otras cosas, que aceptase de ningún soberano la investidura de los bienes de la Iglesia, e impidiendo, además, a los laicos conceder esta investidura, bajo pena de excomunión.

El emperador contra el Papa

No había contado el Pontífice con que el imperio alemán opinaba de un modo diametralmente opuesto. Los sucesores de Carlomagno entendían tener el derecho de dominar al Papa, de ser ellos los verdaderos jefes de la cristiandad, de gobernar a su gusto sobre los prelados del país. A la primera intimación de Gregorio VII, el emperador Enrique IV contestó despachando con malos modos a los embajadores pontificios.

El Papa invitó al emperador a que fuese a justificarse ante un sínodo, y como respuesta, Enrique IV convocó en Worms un sínodo alemán, en el que se atrevió a deponer al Pontífice, acusándole de perturbador. La sentencia llegó al Papa, hallándose el sínodo pontificio reunido en San Juan de Letrán. Gregorio VII contestó excomulgando solemnemente

al emperador y relevando a sus súbditos del juramento de fidelidad.

La excomunión

Una excomunión era en aquellos tiempos una pena terrible.

No sólo privaba al excomulgado de los sacramentos, sino que prohibía a todos los católicos hablar, comer o vivir con el réprobo. La ciudad y la provincia donde vivía, quedaban en entredicho; las iglesias se cerraban, celebrándose las bodas y los bautizos sobre las tumbas en vez de ante los altares; se interrumpía el comercio, los notarios suprimían de todos los documentos el nombre del príncipe excomulgado, y éste quedaba, en fin, reducido a la soledad y a las tinieblas, de que era un acertado símbolo los cirios apagados al final de la ceremonia, después de leído el anatema.

Gregorio VII no había obrado a la ligera. Conocía muy bien la autoridad que tenía sobre la Iglesia.

La excomunión pronto empezó a surtir efecto. Los amigos y los partidarios de Enrique IV le abandonaban poco a poco; los obispos alemanes que entre ellos figuraban, marcharon humildemente a Roma obedeciendo un orden papal, y en la dieta de Tíbur se acordó la deposición del emperador y el nombramiento de otro.

La terrible expiación

Enrique, vencido, aniquilado, solicitó el perdón del Papa. Este se lo otorgó; pero, ¡a qué precio!

Pocos días antes de la Navidad de 1076, el ha poco poderoso emperador, sin escolta ni más compañía que la de su mujer, Berta, y su hijo, todavía niño, salía de Spira, en dirección a Roma. Para pasar los Alpes, hubo de reclamar los auxilios de su suegra, Adelaïda, margravinga de Suiza, que sólo se lo concedió a cambio de una provincia entera de la Borgoña.

Aquel invierno fué sumamente crudo. Los Alpes estaban cubiertos de nieve, y cuando los viajeros llegaron a lo alto de la vertiente italiana, creyeron que les sería imposible el descenso. Por fin, tumbados sobre pieles de vaca, el emperador y la emperatriz se dejaron deslizar por las pendientes heladas, y después de pasar los más espantosos peligros, pudieron llegar a Turín. Más de una vez durante aquellas terribles jornadas, Enrique IV llevó a hombros a su mujer y a su hijo.

El Papa se encontraba entonces con la célebre condesa Matilde, en la fortaleza de Canossa, situada en las abruptas gargantas del Apenino, no lejos de Reggio.

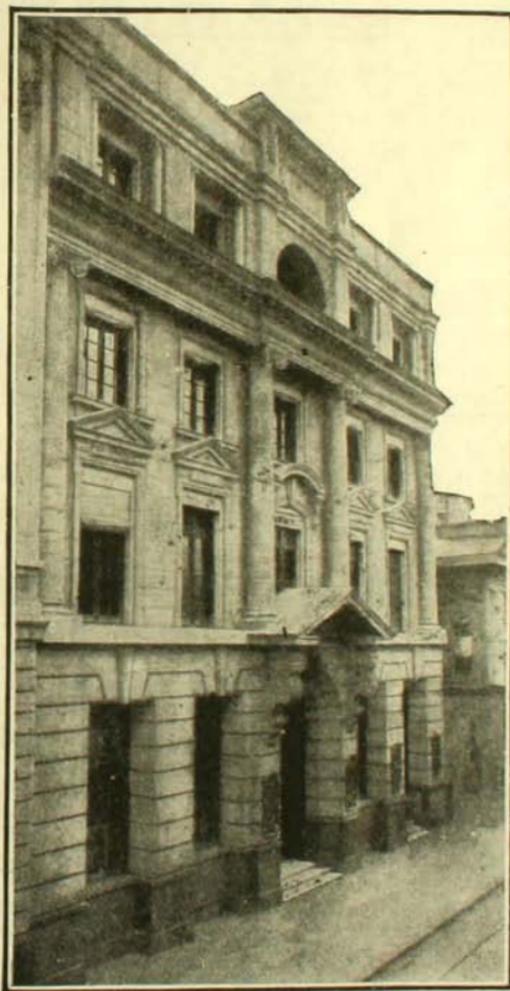
Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — SANTIAGO: Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO.	£ 4.000.000
CAPITAL SUSCRITO.	" 3.000.000
CAPITAL PAGADO.	" 1.800.000
FONDO DE RESERVA.	" 2.100.000



SUCURSALES:

FRANCIA.—París, 16 rue Halévy.

BELGICA.—Amberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL.—Lisboa, 32 Rue Aurea.

ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.—Agencia en New York, 51 Wall Street.

ARGENTINA.—Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2122, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY.—Asunción.

URUGUAY.—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Rio Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Río de Janeiro, Manaus, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba, y Victoria, Porto Alegre.

Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras. Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

Rodeado de triple muralla, el castillo aparecía mudo y formidable a los ojos del emperador excomulgado.

Este llamó, y en las almenas aparecieron algunos soldados preguntándole qué buscaba. Enrique se dió a conocer y pidió ver al Papa. Poco después, contestaba el Pontífice diciendo que ante todo tenía que entregarle las insignias del poder imperial.

Enrique tuvo que enviar por ellas, y cuando llegaron, volvió al castillo con algunos criados que llevaban varios cofres que contenían la corona, la espada cubierta de pedrería, el cetro, adornado con un Espíritu Santo de esmalte, y el globo imperial teniendo como submontada el símbolo de nuestra redención, el mismo símbolo en cuyo nombre iba a ser humillado el monarca.

Apoderáronse los soldados de las insignias, y dejaron unos momentos solo al emperador; pero volvieron pronto con una nueva orden: "¡Que Enrique haga penitencia!"

Y la penitencia comenzó.

El emperador, descalzo, cubierto con un sayal de lana, fué conducido al segundo recinto, y allí se le dejó durante tres días, de rodillas y en el más absoluto ayuno.

La nieve cubría el suelo; el cierzo helado soplabá furioso entre las murallas. Enrique, temblando de frío y medio muerto de hambre, pedía perdón con gemidos.

Al acercarse la noche del tercer día, la altivez del emperador, tanto tiempo humillada, tuvo un arranque de soberbia indignación. —¡El perdón o la muerte!—gritó.

—El Papa comprende que ha llevado las cosas demasiado lejos. Las noticias de la humildad de Enrique IV y de sus terribles sufrimientos en los Alpes, han llegado ya a Alemania y se han escaqueado por la cristiandad. Los alemanes empiezan a resentirse del tratado dado a su soberano; por todas partes, aun en la misma Italia, renacen las simpatías en favor del emperador. Gregorio VII, inquieto, cede, y anuncia a Enrique IV que se da por satisfecho con la penitencia hecha.

El perdón

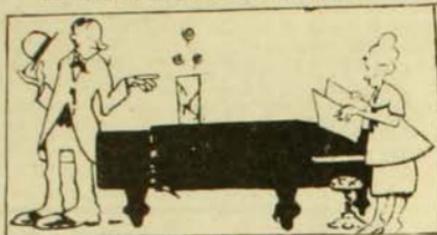
Al día siguiente, el emperador, vestido siempre con su sayal de lana, cruza los dos recintos fortificados del castillo, y delante de la puerta de la capilla baja, se tiende en cruz sobre la nieve.

El Papa se presenta vestido de pontifical, y escucha a Enrique IV llamar pidiendo gracia y perdón, "con acento que hizo asomar las lágrimas a los ojos de los presentes"—dicen los historiadores.

Entonces el Papa declara al emperador desligado del anatema, y tomándole de la mano lo conduce ante el altar, y allí cambian el ásculo de paz.

El emperador y los alemanes no olvidaron nunca aquella terrible humillación de Enrique IV en Canossa. Renació la guerra entre el papado y el imperio, con una aspereza rencorosa que jamás había tenido. Esto influyó mucho en el triunfo de la reforma en Alemania.

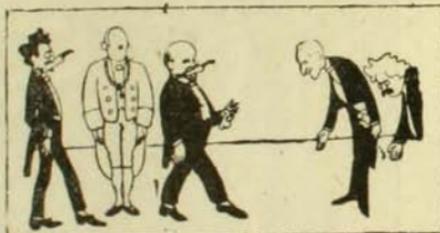
LA CARICATURA EXTRANJERA



Ella.—Ahora, amado mío, voy a tocarte "La oración de una Virgen".

El.—Muy bien, amor mío! Y mientras tanto, yo voy a darme una vuelta por ahí... (De "La Baionette".—París.)

La próxima gala en el Eliseo



El ujier.—¡Sus Exceñencias Lenin y Trotsky! (De "L'Humanité".—París.)



La Alemania republicana proyecta sobre la tapia la misma sombra que la Alemania imperial. (Del "Daily Graphic".—Londres.)

"LA VALPARAISO"

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000.000.00
Capital Pagado. 1.000.000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etehegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon John

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDA-
DES DE LA REPUBLICA

LAS DIVINIDADES INDIAS

Por E. Reyes Prósper

El elefante está representado por el dios Polear, divinidad india que preside los matrimonios; es protectora de los viajeros, y los indios le dirigen sus plegarias con mucha frecuencia, viéndose sus imágenes no sólo en los templos sino en muchas calles y hasta debajo de algunos árboles en la proximidad de los



caminos. Le invocan también al comenzar cualquier trabajo o al proponerse la resolución de los asuntos más diversos, porque, según ellos, si no practicasen este requisito indispensable, perderían la memoria y no podrían acabar con bien ninguna empresa.

Ofrece el ídolo la particularidad de que tiene en una de las cuatro manos un gran fragmento de uno de sus colmillos, pues según la Mitología india, se arrancó el dios mencionado una de sus defensas, y la introdujo en el estómago de un gigante no menos endiablado que el dios que contendía con él."

Y ahora que se hizo referencia a los "colmillos del elefante", debo hacer que se note que es un absurdo de más de la marca, que en el lenguaje corriente se llame colmillos de elefante a sus "dos dientes de la mandíbula superior, que carecen de raíces, se prolongan extraordinariamente fuera de la boca, y son los que se utilizan dándonos el marfil; "los elefantes carecen de colmillos."

Se representa la 3.ª encarnación del Dios Viçhnú por un hombre con cabeza de jabalí



y en la 4.ª encarnación se le ve en forma de hombre y león; pero si la forma de jabalí es reconocible y clasificable, no es así la de león, que hace preciso que se adivine lo que los ídolos trataron de imitar.

Otras veces se ve a Viçhnú montado sobre "Anoumar, rey de los monos", gran auxiliar

suyo, no permitiendo lo imperfecto de la representación saber a qué especie de monos se refiere la Mitología.

Es grotesca por demás la fig. de la 10.ª encarnación de Viçhnú, que los indios dan a conocer por un ídolo con cabeza de caballo y cuerpo de hombre con un escudo pequeño y redondo en una mano y un alfanje en la otra.

Lleva al cuello el dios, en éste y otros modos de representarle, un distintivo que pudo ser origen de los mal llamados "boas", que las señoras usan como adornos y abrigo. El dios espantajo, con cabeza de rocin, es el que ha de acabar con los seres humanos en el día del juicio.

El Dios de la Virtud se ofrece bajo la forma de un toro, en el cual se ve que se trata del "cebú".

Maravilla la serie de aves que se han utilizado en la Mitología de los indios.

Dejando a un lado como poco atractiva la representación de Viçhnú montado sobre un milano, es graciosa y ridícula la forma del



dios del Amor, del Cupido indio. Cabaiga sobre un lorito ensilado, y el arco y las flechas están adornados de flores.

Disparatado sobre toda ponderación es el aspecto del dios vencedor del gigante Scuraparma, que aparece sentado sobre un pavo real, bastante desfigurado por cierto.

"Sari", semi dios a quien se dedicó el sábado, descansa sobre un cuervo difícil de clasificar, y no se puede asignar sitio en la escala zoológica a las dos "culebras con orejas" que le rodean. A este semidiós le temen mucho los indios, y lo extraño, dadas sus cataduras, es que no les teman a todos, pues como ven los lectores, todas estas divinidades parecen visiones o delirios de un cerebro visiblemente perturbado.

En una de las luchas de Viçhnú con los malignos gigantes, que tanto intervienen en la vida de los dioses indios, después de trabajar la friolera de 1000 años, lograron los enemigos del dios hundir una montaña en el fondo del mar; pero Viçhnú, no parándose en barras, se transformó en tortuga y elevó el monte otra vez sobre el nivel de las aguas.

Se representa esta segunda encarnación de

INSUPERABLE



PURO DE OLIVAS

LAS DIVINIDADES INDIAS

Vichnú bajo la forma de un hombre cuya parte inferior del cuerpo es el de una tortuga, que aunque muy estrambóticamente desfigurada, permite reconocer en ella a la *Chelonina imbricata* o tortuga Carey.

Debe observarse que las piezas del espalda y peto de la tortuga Carey no obedecen a la forma de las que se encuentran en los ídolos, y no deja de sorprender, por su notoria inexactitud, la forma de las patas, que afectan otra muy distinta en el natural, más adaptada al modo habitual de locomoción del quelonio.

En la 9.ª encarnación, Vichnú toma la forma de un pastor que venció a la serpiente Calengan, en la que puede reconocerse a la serpiente de los anteojos (*Naja tripudians* Merr), conocida con el nombre vulgar referido, porque la mancha que tiene en el cuello simula unos quevedos y es la serpiente venenosa que los juglares domesticaban hasta cierto punto, haciéndola practicar diversos ejercicios.

Al dios vencedor de esta serpiente, unas veces se le representa con la serpiente enroscada, otras bailando sobre ella y pisándola. También en esta encarnación Vichnú adoraba los animales con los sonos de una flauta, habilidad que del mismo modo se atribuyó al Orfeo de la Mitología griega.

El Orfeo indio puede verse en los ídolos,

de pie tocando la flauta, y a sus pies, inmóviles escuchando sus primores musicales, al tigre real de la India, un cebú y la serpiente Calengan, en la que se distingue perfectamente, como hemos indicado, la *Naja tripudians* Merr.

Bajo esta forma es un dios popular muy querido en la India, por más que su conducta moral fuera tan discutible, que aseguran sus devotos que tuvo 7 mujeres, y la friolera de 16.000 concubinas.

También la Clase de los Peces tiene su representación en estas variadas metamorfosis de Vichnú, pues en su 1.ª encarnación, para salvar del diluvio al Noé indio, adoptó la forma de un pez cuyo lugar en la clasificación es difícil que se consigne. Dejo de citar otra porción de formas animales, como vacas, caballos, elefantes blancos, asnos, etc., que también constituyen notables auxiliares, transformaciones o atributos de tan singulares dioses.

Debe advertirse que el color de estas divinidades en la parte que semeja a los seres humanos es también extraordinario, pues su cara, manos, brazos, pies, piernas, todas las partes desnudas ofrecen color azul muchas veces, y otros matices no menos extraños a la coloración de la piel humana.

La diosa de la miseria va montada sobre un pollino y su color es verde.

EL ENCARECIMIENTO DE LA SERVIDUMBRE



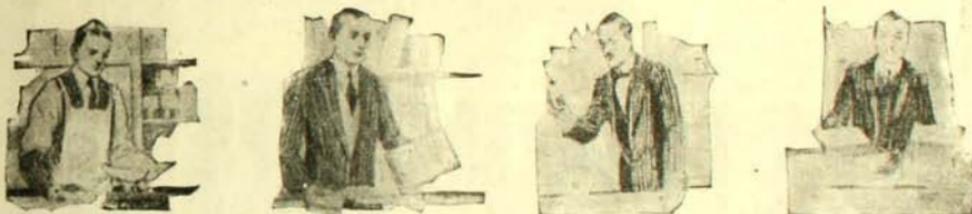
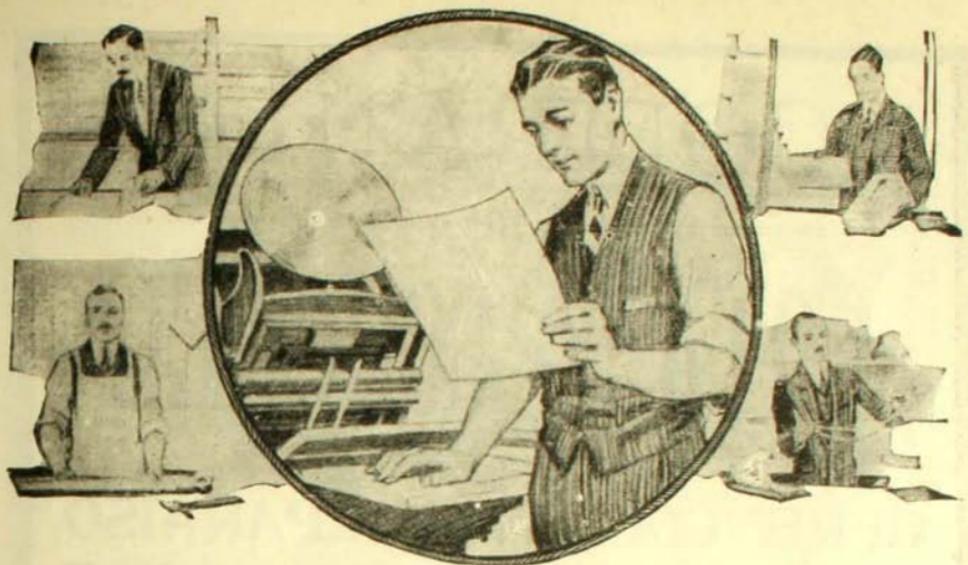
—Chico, perdona una pregunta indiscreta: Esa que está contigo, ¿no era la antigua criada?

—Sí. Pero ahora es mi mujer. De este modo gasto menos aunque no me sirva de más.—(De Scarpetti, en "Numero"—Turín).

LA ENFERMEDAD DE MODA



La portera.—¡A ver si esto de la encefalitis es un pretexto para no pagar la casa...! (De J. J. Rousseau, en "Le Lire"—París.)



EL HOMBRE EN EL CENTRO ES UN VENDEDOR EXPERTO

Señor comerciante: Ud. sabe el tiempo que pierden sus vendedores, explicando al público las cualidades de sus artículos.

Hay que contestar toda clase de preguntas: "¿Es fresca?" "¿Qué ancho tiene?" "¿Se encoge?" "¿Es lavable?" Una pregunta tras la otra, por cada uno de los clientes.

Ocupe a un impresor. Páguete al vendedor para que venda y al impresor para que imprima la cantidad de cosas, que sus compradores necesitan saber respecto a sus artículos.

Por ejemplo, una faja impresa en cada paquete cuesta mucho menos que la explicación verbal

SOC. IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO

SANTIAGO
Galería Alessandri 20

VALPARAISO
Calle Prat, Núm. 269

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE

FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

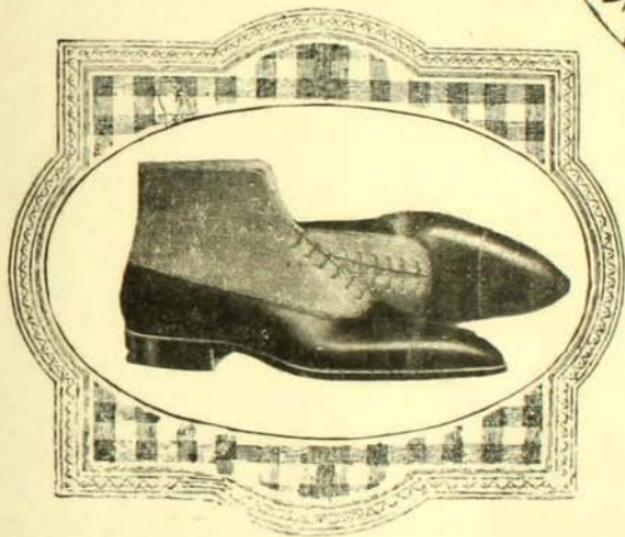
AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANCA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853

Artigas



LO MEJOR EN CALZADO NACIONAL

M. ARTIGAS y Cía.

235 AHUMADA 239

CASILLA 2970

Próximamente trasladaremos nuestros almacenes a Ahumada, esq. Agustinas



es
lo que su cabello
está necesitando
para recobrar
la salud, la belleza y la vida.

Principie Ud. a poner en práctica el sencillo tratamiento que siguen hoy millares de damas ciudadosas: todas las mañanas, antes de peinarse, moje una esponja o una toalla suave en DANDERINA y frótese bien la superficie del pelo; inmediatamente notará Ud. que éste queda limpio, brillante y sedoso. Si todos los días repite tal aplicación, dentro de poco tiempo la hermosura, lozanía y docilidad de su cabellera se habrán duplicado. DANDERINA, además, es el mejor tónico que existe y el único remedio verdaderamente infalible para la caspa y la calvicie. Por tanto, su uso constante le mantendrá el cabello vigoroso y sano. Hoy mismo compre un frasco de DANDERINA y hoy mismo principie el tratamiento. "Mañana" es siempre tarde cuando se trata de una cosa tan importante como salvar el cabello.

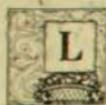
AGOSTO
de 1920

PACIFICO

PRECIO
2 PESOS

MAGAZINE





A VIDA DE SOCIEDAD ofrece múltiples e incomparables encantos, pero, al mismo tiempo, requiere que nuestra energía física e intelectual se halle siempre despierta, y supone un continuo y grave desgaste del sistema nervioso, del cerebro y del organismo en general. Esa es la razón por la cual, después de un día de visitas, de un paseo, de un baile o de cualquiera otra fiesta social semejante, solemos experi-

mentar violentos dolores de cabeza y sentirnos fatigados, tristes, enfermizos, con el cerebro embotado y sin deseos de trabajar, ni fuerzas para seguir gozando de los placeres sociales.

Nada hay más conveniente y agradable en estos casos que tomar dos TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA (tubo de etiqueta roja con la Cruz Bayer,) pues en menos de DIEZ MINUTOS desaparece por completo el dolor de cabeza, cesan el cansancio y el malestar, se apacigua el sistema nervioso, se despeja el cerebro y nos sentimos otra vez alegres, sanos y llenos de energía.

Además de esto, las TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEINA son el remedio supremo para los dolores de toda clase, los resfriados, la influenza, el malestar causado por los excesos alcohólicos, el reumatismo, la gota, las neuralgias y los cólicos que sufren las damas durante el proceso fisiológico mensual.



¿Se ha fijado usted qué enorme porcentaje
de automóviles van equipados con neumáticos

“GOODYEAR”?

Esto se debe a que su calidad es insuperable y a que sus fabricantes no omiten sacrificios para mantener su buena reputación.

DISTRIBUIDORES PARA CHILE:

Graham, Rowe & Co.

SANTIAGO, VALPARAISO

Bandera 275

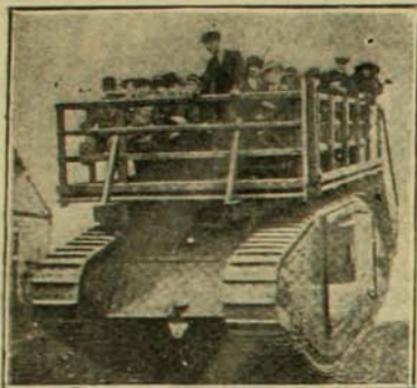
Cochrane 819

ANTOFAGASTA

CONCEPCION



UNA NUEVA DIVERSION



Han desaparecido los tanques de los campos de batalla; poco después de terminada la guerra, fueron desartillados y se pensó en darles un empleo más útil a la humanidad que el destrozar enemigos y aplastar cuanto se opusiese a su paso. Pasaron, pues, los tanques, con muy buen acuerdo, a ser tractores de maquinaria agrícola, apisonadores de caminos y otros empleos análogos, y de este hecho ya he-

ACIDOS PELIGROSOS EN EL ESTÓMAGO QUE ARRUINAN LA DIGESTION

Generalmente, dispepsia, indigestión, etc., son causados por estómago ácido. Un especialista dice lo que se puede comer y cómo prevenirlo.

Dispepsia, indigestión, catarro en el estómago, gastritis y prácticamente todas las formas de desórdenes del estómago son causadas en la mayor parte de los casos por un exceso de ácido hidrocórico constituido en el estómago. Se dice que nueve casos de diez que sufren de indigestión, tienen estómago ácido. Ellos, por lo tanto, deben evitar el comer alimentos en su naturaleza ácidos o los cuales, por acción química en el estómago, desarrollan acidez. O ellos pueden evitar dietas desagradables y comer casi todo lo que gusten, razonablemente, si simplemente neutralizaran el ácido excesivo en el estómago tomando dos pastillas de Magnesia Divina en un cuarto de vaso de agua caliente después de las comidas.

Probablemente no hay medio mejor, más seguro y más digno de confianza para conservar el estómago puro y libre de ácidos peligrosos que Magnesia Divina. Se usa extensamente para este fin. No tiene acción directa en el estómago y no es un digestivo de alimentos, pero sólo dos pastillas tomadas en agua, neutralizarán todo el ácido excesivo que pueda estar presente en su estómago y evita su formación. Neutralización de ácido en el estómago con Magnesia Divina elimina la causa completa del mal del estómago y su comida se digerirá naturalmente y saludablemente sin la necesidad de medicinas para el estómago o digestión artificial.

Si Ud. sufre del estómago consiga un frasco de Magnesia Divina con algún buen droguista y pruebe este plan. Como lo que quiera en su próxima comida y vea si no e síste el mejor consejo que ha tenido sobre "lo que se puede comer y evitar indigestión".

PARA CURAR LA SORDERA CATTARRAL Y LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Las personas que padecen de sordera catarral y zumbidos de cabeza, se alegrarán de saber que esta aflictiva molestia suele curarse prontamente en casa con un remedio interno que, en muchos casos, ha efectuado curaciones completas, donde fracasaron otros tratamientos. Pacientes que apenas oían, recobraron el oído al extremo de poder oír el tic-tac de un reloj puesto a siete u ocho pulgadas del oído. Por lo tanto, si Ud. sabe de alguien que padezca de zumbidos de cabeza o sordera catarral, corte este parrafito y dáselo, con lo que, sin ser milagro, tal vez le evite volverse totalmente sordo. El remedio puede prepararse en casa, y es como sigue:

Pídale a su boticario un frasco con una onza de *Parmento* (Doble Fuerza); lléveselo a casa y añada: 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado; bátalo hasta disolverlo y tómese una cucharada de las de postre cuatro veces al día.

Parmento se usa en esta forma no sólo para reducir por acción tónica la inflamación de las Trompas de Eustaquio, igualando así la presión del aire sobre el tímpano, sino también para corregir cualquier exceso de secreciones en el oído medio y sus resultados son casi siempre rápidos y efectivos.

Cualquiera que tenga catarro, no importa en qué forma, debe probar esta preparación.

mos dado cuenta varias veces en esta revista.

Hoy reproducimos una fotografía de un tanque con el nuevo uso a que ha sido destinado. Empieza por ser una simple diversión. A un gran tanque se le ha puesto encima una plataforma de madera con asientos transversales y una barandilla alrededor, y el público más o menos cómodamente sentado, viendo las revoluciones de las ruedas de oruga, atravesando baches y salvando pequeños obstáculos, se hace la ilusión de que está en pleno campo de batalla atacando a un enemigo imaginario. Una nueva diversión para ferias.

Se les ha olvidado el llevar un cañón y soltar de vez en cuando un disparo para que la ilusión sea completa, pero no tardará mucho en hacerse en la nueva diversión que se practica en el Southend Kursaal en Inglaterra, cuyos explotadores están ganando muy buenos chelines con la modificación hecha en el tanque de guerra.

ALMORRANAS

Las Almorranas o varices anales, son debidas a la mala circulación de la sangre.

Como es una de las afecciones mas generalizadas, pocas personas ignorán que triste enfermedad constituyen las Almorranas ; pero como a uno no le gusta hablar de estos padecimientos, hasta con su mismo médico, se sabe mucho menos que existe desde algunos años un medicamento

el **ELIXIR** de
VIRGINIE NYRDAHL

que las cura radicalmente y sin ningun peligro

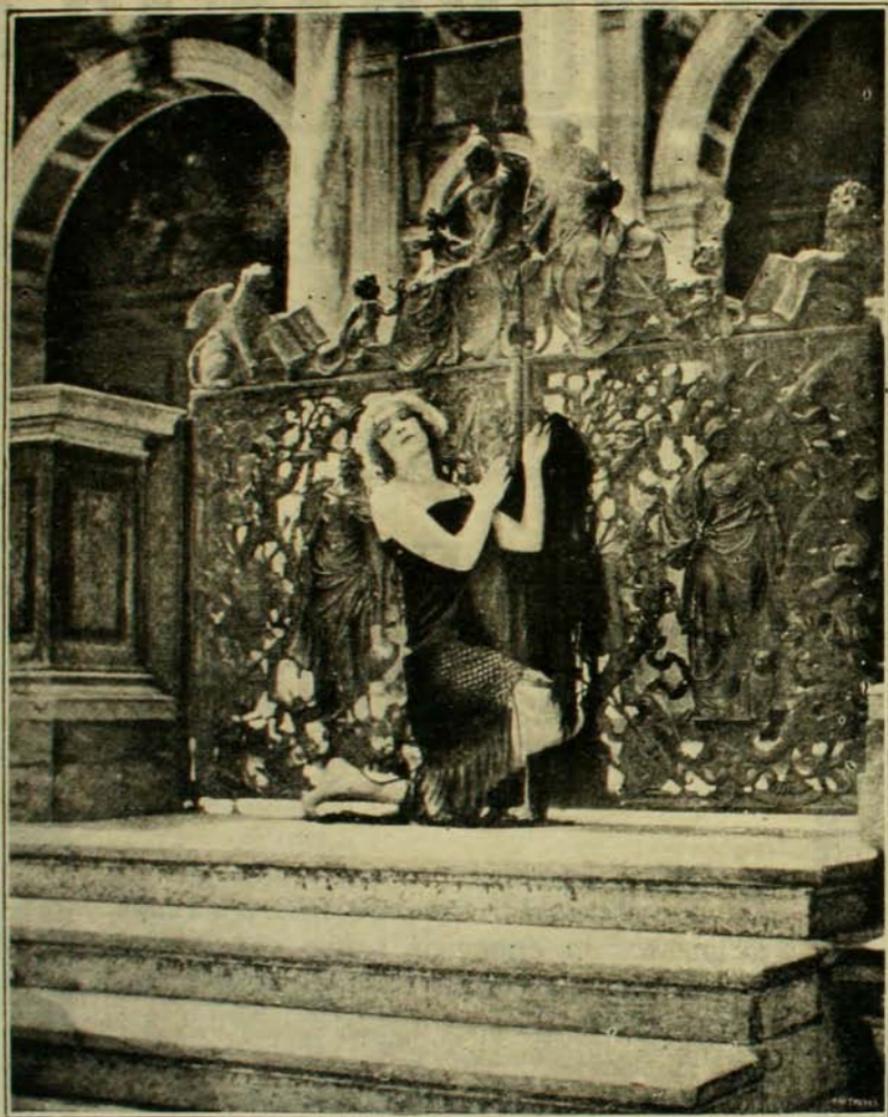
Esta medicación es prescrita por el Cuerpo Medical del mundo entero a causa de su acción energica sobre el sistema venoso, y de su sabor delicioso que gusta a los enfermos.

Un folleto explicativo de 150 Paginas sobre la enfermedad y su tratamiento es mandado gratuitamente a quien se dirige a :

PRODUCTOS NYRDAHL, Casilla 1495, VALPARAISO

De Venta en todas las Boticas y Farmacias.

UN DISCUTIDO CASO DE MORALIDAD PUBLICA
EN VENECIA.

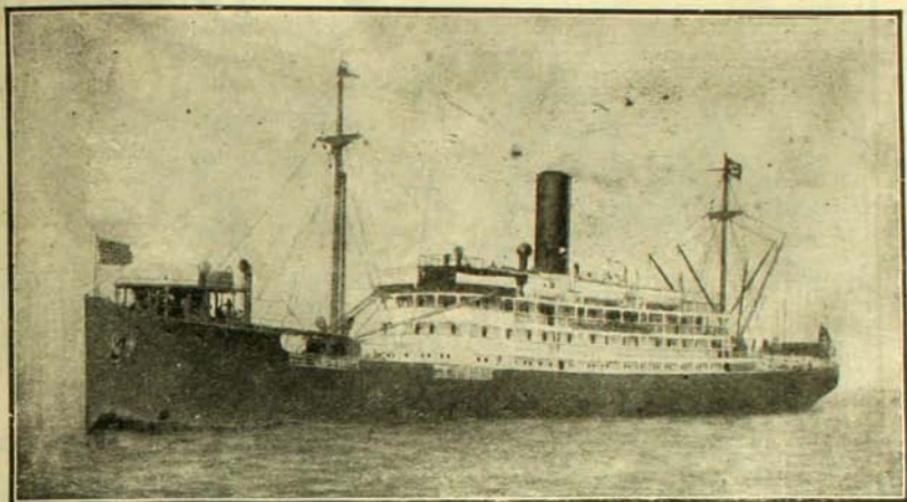


Una danzarina rusa, Tamara Swirskaya, poco después del mediodía, apareció una tarde en la Plaza de San Marcos de Venecia y se hizo tomar la fotografía que publicamos. Con este motivo se trabó una agria polémica entre dos diarios venecianos, a causa de que uno no sólo acusaba de inmoral la fotografía, sino que manifestaba la inconveniencia de escoger los monumentos públicos como fondo de fotografías alegres.

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO
POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”

*Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase*

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.



LEA ESTE CERTIFICADO

Del Dr. Roberto Aguirre Luco.—Profesor de la Facultad, Médico de la Protectora de la Infancia.—Cirujano de la Escuela Militar.

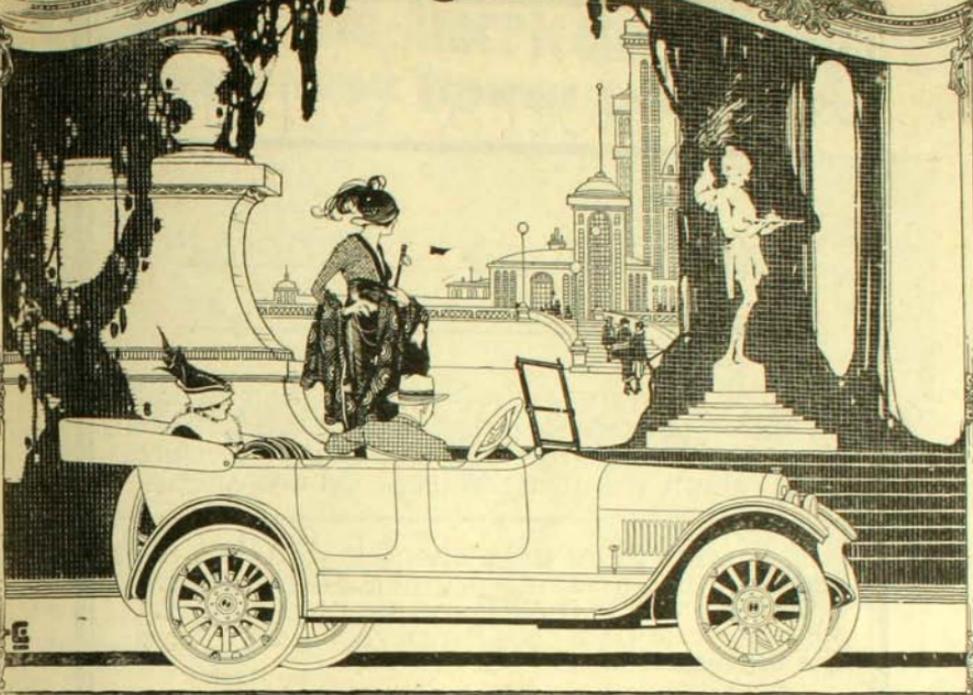
Dr. Roberto Aguirre Luco.—Enfermedades de Niños.—Santo Domingo 401.—De 1 a 3.—Santiago, 24 de septiembre de 1915.—No tengo inconveniente en certificar, después de haber ensayado el ALIMENTO MEYER, que es un preparado muy recomendable en la alimentación de los niños.

Su composición y la facilidad para obtenerlo más fresco que sus similares extranjeros hacen preferirlo en las indicaciones del médico.

Dr. Aguirre Luco, Profesor de la Facultad.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

BUICK



ALGUIEN ha dicho que cada *Buick* que se pone en circulación, abre el camino para la venta de muchos otros.

Es ésta una manera peculiar de decir que la seguridad y solidez del *Buick* lo imponen a simple vista.

Ello explica la demanda cada vez mayor que tiene el *Buick* en todas partes, lo mismo que las bondades de este coche explican su gran popularidad entre quienes lo guían.

Para catálogos de los nuevos modelos a sus únicos

MORRISON Y CIA

VALPARAISO

SANTIAGO

Primavera = Verano

Novedades para Señoras en nuestro tercer piso

Con el mayor esplendor se han iniciado las exhibiciones de las preciosas Novedades en Trajes y Sombreros Adornados para Señoras, en el recién inaugurado local del ensanche - del tercer piso -

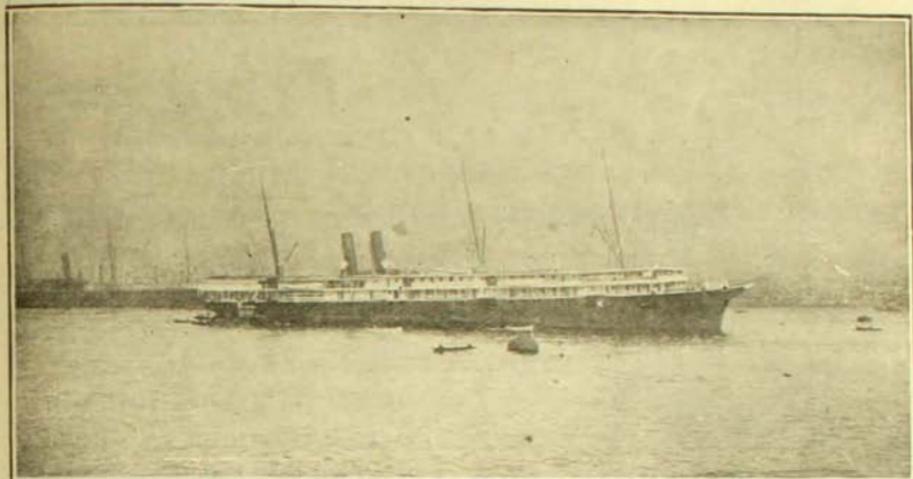
La distinguida clientela de esta Casa podrá admirar en estas primicias del arte de vestir, el genio de las más famosas modistas parisienses, que para cada temporada hacen derroche del más delicado gusto.

Gath &
haves



Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

“HUASCO”-“AYSEN”-“PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

SALIDAS DE SEPTIEMBRE:

- “MAPOCHO”, para Pimentel, el 4 de Septiembre.
- “HUASCO”, para Cristóbal, el 8 de Septiembre.
- “IMPERIAL”, para Cristóbal, el 15 de Septiembre.
- “CACHAPOAL”, para Pimentel, el 18 de Septiembre.
- “PALENA”, para Cristóbal, el 29 de Septiembre.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balearce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 52.

ONTERE PLAZA.
Director-Gerente.

:: S U M A R I O ::

	Págs.
DOÑA SOFIA EASTMAN DE HUNEEUS, por La Dama Duende.	85
ANIVERSARIO DEL ECUADOR.	88
UN PRECIOSO DOCUMENTO HISTORICO.	91
FRATERNIDAD DE LA CARNE Y DEL ESPIRITU, por Eugenio Labarca.	95
EL MES TEATRAL, por K. Marín.	98
LA NOVELA "EL ROTO", por Nicolás Novoa Valdés.	101
UNA REINA SIMPATICA A SU PUEBLO, por Roger de Flor.	107
LA CARRERA DE YATES POR LA COPA AMERICA.	112
LAS MARAVILLAS DE LA FOTOGRAFIA ARTISTICA, por Oliver Brand.	113
ROMAN CALVO, EL SHERLOCK HOLMES CHILENO.—LA SEÑORITA DE LA CHARCE, por Miguel de Fuenzalida.	123
ANTE EL FERETRO DE RODO.	139
COMO SE MIDE LA INTELIGENCIA.	145
LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES EN CHILE, por Alfredo Aldunate Echeverría.	155
LOS JARDINES DE BIRON, por Leonce Bénédite.	163
EN LA INTIMIDAD, por Vieille-Amie.	167
DE PASTOR A ARTISTA CELEBRE.	174
LA PRIMERA DIPLOMATICA.	176
LAS ELECCIONES EN ALEMANIA.	178
EL FIN DE LAS TELEFONISTAS.	182
LA ACUARELA MAS CARA DEL MUNDO	184

NUESTRA PORTADA:

BAJO LA PARRA.—Cuadro de Mongrell.



DOÑA SOFIA EASTMAN DE HUNEEUS

Por LA DAMA DUENDE

Hojebaba, en días pasados, una revista española y en ella me encontré con estas líneas que pretendían servir de original receta para uso de quienes intentamos esbozar en unos cuantos rasgos la personalidad moral de nuestros contemporáneos: "Para que una semblanza sea curiosa es preciso una gran perspicacia espiritual para penetrar en las almas, viveza extraordinaria de comprensión para ver el lado débil, ridículo, doloroso o trágico de las cosas, y brillantez, amenidad y rapidez para dar la impresión de lo observado". Juzgue el lector de mi desconsuelo, al encontrar que tal definición no es sino una forma un poco retórica o un mucho conceptuosa de decir en dos palabras con la elocuencia viva de las verdades demostrables: "Para que una semblanza sea curiosa, es necesario ser un gran escritor".

Pensaba yo declinar o honor que PACIFICO me confería al solicitar mi contribución para la galería espiritual femenina que tan brillantemente ha inaugurado, cuando quiso la fortuna darme ánimo y consuelo en las

bellas palabras de un poeta: "La esencia sentimental del hombre es lo primero en el mundo psicológico".—"Ni se crea—continúa—que una cosa sea bien humana hasta que ha pasado a sentimiento, hasta que llega a lo vivo inconsciente de nuestras entrañas".

¿Serán tan cortos de vista los ojos de mi alma—me pregunté en seguida—que no hayan sido capaces de percibir la esencia sentimental de una mujer a quien tanto y de

tan largo tiempo conozco, y tan formidable la inepticia de mi sensibilidad, que sintiendo yo una grande admiración por quien es digna de todas las admiraciones, no logre penetrar en la sensibilidad del' quien me lea?

Y he aquí, amigo lector, la razón por la que no he retrocedido ante la personalidad espiritual de la actual Presidenta de la Cruz Roja de las Mujeres de Chile.



Señora Soña Eastman de Huneeus

Incluso algunos que tratan de cerca a doña Soña Eastman de Huneeus, y se colocan respecto a ella en una posición de simpatía

para reconocerle una rara perfección moral, un grande espíritu de trabajo y extraordinarias aptitudes de organización, ignoran que esta dama, alta, esbelta, de porte distinguido, de ademanes sobrios, de actitudes reservadas y tal vez frías; que sonríe a menudo discretamente como sonrían aquellos que sólo desean callar y que se les respete su paz interior; que mira con unos ojos azules que pudieran ser los de un niño, porque tienen expresiones ingenuas, crédulas y sinceras, pero que a menudo se posan sobre las personas y objetos, muy distraídos, como los de una lady algo indiferente a quien le hubieran recomendado ser turista, ignoran, repito, que bajo estas apariencias se oculta un alma capaz de remontar el vuelo hasta necerse en los cielos purísimos de un idealismo que, muchas veces, alcanza a ser romántico, y una mujer apasionada que, como amiga, está dispuesta a todos los sacrificios, menos al de la verdad, y que, como madre y esposa tiernísima, llega hasta las formas más exquisitas y perfectas con que pueda ofrecerse la sensibilidad humana.

Una mujer, como doña Sofía Eastman de Huneeus, que a todas sus empresas espirituales aporta un inmenso capital de elevación, de nobleza, de generosidad sin límites; que en toda circunstancia contempla la condición humana desde puntos de vista desinteresados y piadosos, tiene, por fuerza, que imponerse con una superioridad que nace principalmente del corazón.

Así hemos visto como, providencialmente, sin duda, su nombre ha podido sintetizar en estos días el sublime estremecimiento del alma de la mujer chilena, que, por encima de todas las barreras, de todas las distancias y de todos los prejuicios, se ha levantado una y formidable para desplegarse al viento de los entusiasmos patrióticos, como una nueva bandera que quería flamear, besándolo, al lado de nuestro tricolor.

En lo heroico de la voluntad, en lo recio de su fe, en el ardor de apostolado que pone en sus empresas sociales, en los sostenidos entusiasmos de su patriotismo, en su resistencia e impenetrabilidad a las pequeñeces y mezquindades, en lo inquebrantable de su constancia, esta admirable mujer, a quien hemos visto a la cabeza de ese maravilloso

recatamiento femenino, nos da derecho para proclamarla, en justicia, como la mayor posibilidad de heroína que actualmente tiene "La Cruz Roja".

¿Que suena distante la clarinada guerrera y que este juicio, alejado del terreno de las comprobaciones, corre, por lo tanto, todos los riesgos de una anticipación—argüirá el desconfiado lector? Y, sin embargo, insisto en sostenerlo. Porque no en balde se ha observado muy inteligentemente que aquello que somos los humanos, lo somos por el espíritu.

Mujer que tuvo la desgracia de perder un hijo—lo que equivale en el corazón femenino a huella de dolor imperecedero—acaso el fondo de su alma—profundamente, hondamente, sinceramente religiosa—sea algo nostálgico y añorante. No me ha sorprendido, por lo tanto, que, creyendo en la vida y ejercitando en ella unas facultades constructivas como si la vida fuera inacabable, sea doña Sofía Eastman de Huneeus una de las pocas mujeres felices—en las que todo concurre para darles derecho a considerarse absolutamente dichosas—que hable con una simpatía que a ratos hasta parece ternura, de la muerte, sosteniendo que nada vale lo que pasa por nuestra existencia si no sirve para disponernos a ese momento definitivo y único.

Su hermosa alma, asentada en la roca firme de las verdades imperecederas, asocia el recuerdo de la muerte a sus más raras y preciadas emociones.

Contábame una vez, en la intimidad, que deseosa de recoger las primicias de cera y miel de unos panales que para su entretenimiento había instalado en una residencia campestre que posee, se levantó con sus hijos en las primeras horas de una mañana estival que prometía ser radiante —"Si no hubiera sido porque mis trabajadores habrían podido creerme víctima de una perturbación, yo me hubiera arrodillado en pleno campo, sobre al tierra desnuda, para adorar más reverentemente a Dios que con la vibración divina de la luz, exaltaba mi corazón llevándolo hacia El, en ese alboroc glorioso..." Y con sencillas palabras me fué narrando, en seguida, cómo mientras el oriente se teñía con las transparencias de la aurora, y sus ojos arrobados, alocinados por el misterio, con-

templaban el lento despertar del paisaje, en lo íntimo de su alma, una voz, henchida de sinceridad clamaba fervorosamente como el versículo de un himno en el cual un corazón hubiera vaciado todas sus ansias: "¡Señor, hazme morir lejos de la vida rumorosa e incesante! ¡Señor, haz que la hora de mi muerte sea la de un tal amanecer!"

Y yo me acuerdo que callé, sin hacerle advertir que con esa aspiración se delataba como vástago de la clara estirpe de aquellos espíritus a quienes el mundo les pertenece cuando el sol se levanta.

Cultivadora de las artes y amante de las bellas letras, es doña Sofía Eastman de Huneeus una ejecutante distinguida que, ante el piano, puede fácilmente convencernos de que la música es una forma perfecta de comunicación con las cosas eternas.

En un tiempo estuvo a la cabeza del Círculo de Lectura, coincidiendo su presidencia con la época de mayor florecimiento y mejor orientación de esta sociedad cultural, hoy desaparecida.

En la actualidad todas sus mejores actividades convergen hacia "La Cruz Roja".

Si alguna vez, en son de modesta visitante, fuera yo a golpear a ese refugio de todas las miserias y de todos los dolores, y con caridad franciscana me pidieran una impresión sobre mi visita, yo, glosando la idea de un guerrero que fué un héroe y un místico, me atrevería a poner sobre mi firma: "La actual Presidenta de la Cruz Roja de las Mujeres de Chile es un alma capaz de mantenerse sobre las cimas a las cuales muchos de los humanos solemos llegar únicamente por instantes".





El Presidente de la República (x) en un acto oficial

ANIVERSARIO DEL - ECUADOR

10 de Agosto

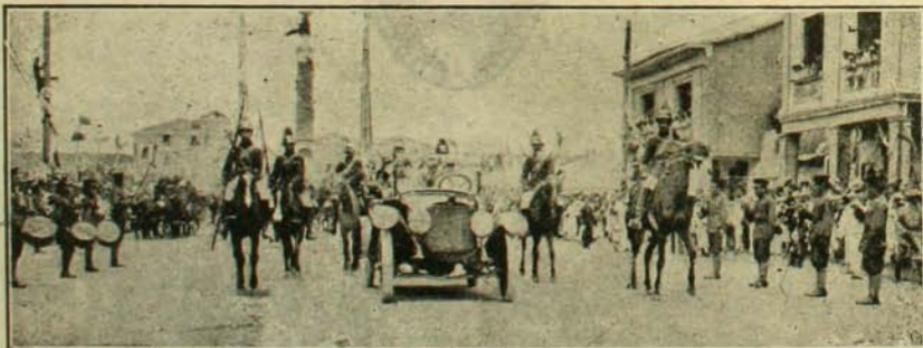
Como un homenaje a la República del Ecuador, dedicamos algunas páginas de nuestra revista a recordar algunos aspectos gráficos de la nación hermana.

La amistad tradicional que nos une a la patria de Montalvo, hace que en Chile, tanto el Gobierno como el pueblo com-



Excmo. Sr. Dr. don A. Baquerizo Moreno, Presidente de la República del Ecuador, que acaba de terminar su período

partan como propios los acontecimientos de la vida ecuatoriana. Es así como todos los años, en la fecha del aniversario nacional de la independencia del Ecuador, el pueblo chileno conmemora con manifestaciones públicas un día tan grato para el país amigo. En el pasado 10 de agosto, un gran desfile patriótico en que estaban representadas todas las clases sociales, y las actividades enteras de la capital, recorrió las calles de Santiago, llevando enlazadas las banderas de los dos países para ir a hacer un público homenaje frente a la Le-



El coche del Presidente y su escolta en una ceremonia pública, en Guayaquil

BELLEZAS ECUATORIANAS



Señorita Iris Durand



Señorita Aída Durand

gación del Ecuador.

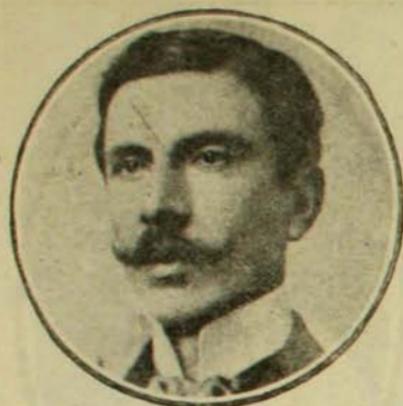
En el Club de la Unión, nuestro primer centro social, representantes del Gobierno y de la "élite" santiaguina ofrecieron un banquete al Encargado de Negocios, señor Bustamante, y en los establecimientos de enseñanza, los alumnos, que son los chilenos de mañana, oyeron de sus maestros hermosas palabras fraternales para el Ecuador. La amistad de los dos países reposa así sobre una base de sentimientos reales profundamente infundidos en el alma chilena. No han sido extraños a ellos los go-



Señora Lola Lasso Ch. de Uribe

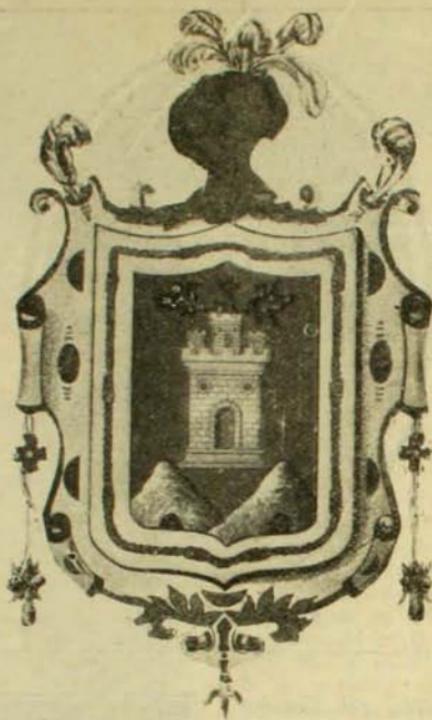
bernantes de ambos países que han orientado tradicionalmente su política exterior hacia el acercamiento mutuo; ni el paso por la representación diplomática en Santiago de figuras prestigiosas de la nación hermana como los Ministros señores Elizalde, Tobar, Aguirre Aparicio y otros que han ocupado después en su país el Ministerio de Negocios Extranjeros, llevando en sus programas de gobierno la amistad ecuatoriano-chilena como atención preferente.

Es de esperar que estos simpáticos vínculos de confraterni-



Señor Augusto Aguirre Aparicio, Ministro de Relaciones del Ecuador.

dad se robustezcan todavía más, basados en un intercambio comercial más activo, al que están llamados los dos países por la diferencia de los productos de su economía nacional. Compañías comerciales y de navegación con capitales ecuatorianos y chilenos pueden desarrollar una política económica que producirá en el futuro magní-



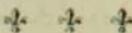
Escudo de armas de la muy noble y leal ciudad de San Francisco de Quito. El mismo que le fué otorgado por el Emperador Carlos V, según Real Cédula fechada en 1541.



El Banco del Ecuador, en Guayaquil



Parque de la Independencia y Palacio de Gobierno



UN PRECIOSO DOCUMENTO - - HISTORICO - -

Los fondos con que Chile hizo la expedición libertadora del Perú

En los momentos actuales, en que el Perú se arma para agredirnos y ha sentado el principio de la anulación de la responsabilidad de los pueblos en la política internacional, cobra vigoroso interés el reproducción del documento en que don Bernardo O'Higgins, Director Supremo de Chile, propicia el empuje textualmente allí se dice.

Los sacrificios de sangre y de dinero que Chile hizo en aquella ocasión y en otras posteriores de la historia, no hallaron jamás un sentimiento de gratitud en el corazón peruano, que ha persistido siempre en ser nuestro jurado enemigo de todos los momentos. La comunicación oficial que reproducimos fué dirigida a la señora doña Teresa Alderete viuda de don Julián Pizarro.

EL GOBIERNO SUPREMO ha llenado ya de su parte el voto unánime de los ciudadanos. En la reunión general, que se tuvo el mes de Diciembre del año anterior en el Palacio Directorial, hice presente el cuadro de nuestra situación, manifesté que si bien el Estado se ha cubierto de gloria, esta se ha comprado con sacrificios generosos, vidas apreciables han terminado; y consumidas las rentas fiscales, sobre la propiedad particular puede dar la última mano a la grande obra de nuestra libertad. Como esta sería vacilante mientras en Lima se tuviese el despotismo, se resolvió entonces una expedición libertadora de nuestros hermanos en el Perú; y al modo que las provincias amigas oblaban los últimos restos de su antigua riqueza para dar eterna muerte a la tiranía de Chile, el Senado, los vecinos todos en aquella reunión augusta, renovaron las ofertas de un absoluto desprendimiento de haberes, para la expedición de consuno con el Ejército Unido. Dieronse entonces las bases, y se nombró una comisión de vecinos bien conceptuados para que en justa proporción de las fortunas, de anteriores derramas, y de lo que cada uno daría al enemigo de grado, ó por fuerza; formase un re-

2
 téo para un empréstito general. Se han hecho las listas, y revisadas detenidamente se aprobaron por el Senado.

Yo me prometo la mas puntual entrega, para que cada prestamista no pierda por la coaccion el mérito que adquirirá con la deferencia, y brevedad. Si es deber del hombre en sociedad sacrificar lo mas estimable en las necesidades extraordinarias del Estado; si este se ha solemnizado en una promesa jurada, y aceptada; si este empréstito será probablemente el último servicio pecunario que exigirá la Patria; si siempre fué prudencia desprenderse de una parte para no perder el todo; si la libertad del Perú, asegurando la nuestra, vá á revivir el comercio, aumentar el tráfico, dar salida á los frutos, y proporcionar reciprocas mercedes; solo el que esté poseído de un frio egoísmo, ó no sepa calcular sus intereses, podrá entorpecer la entrega de la moderada cuota que se le ha asignado. Ninguna Republica fué libre, sin que hasta las matronas se desprendiesen de sus preseas. La reina Isabel, empeñando sus alhajas para esclavizar la America, nos debe estimular al desprendimiento de las nuestras para libertarnos; y Fernando 7. aumentando la miseria de España con extraordinarias contribuciones, y gravando pesadamente ambos ciegos para una expedicion homicida, nos incita á cualesquiera sacrificios, para que la emancipacion del Perú inutilize sus planes. Se acerca el dia venturoso en que la Patria, libre de enemigos, llamará unos á los premios, y otros á la re-

8.

conciliacion general. Entonces preguntando á todos ¿ qué habeis hecho por mi? recordará el militar su vida expuesta, y su sangre derramada; el funcionario publico su interrumpido reposo, y sus tareas; el labrador, y el artesano sus trabajos, y sus privaciones, y hasta la Iglesia recordara las preces, y oblaciones de sus Ministros; pero el propietario, el vecino pacifico alegará sus donativos voluntarios, y este empréstito con que se corona el magestuoso edificio. Solo enmudecerán en ese dia los que, adoptando una hipocresia politica, nada han querido aventurar por una suerte feliz.

Estas y otras consideraciones, se han tenido presentes para esperar que cuantos querian ver el desendo termino de esta guerra justa de nuestra parte, se apresuraran á realizar el empréstito asignado. Sin esto se paralizaria la expedicion proyectada, suspirada por nuestros hermanos del Perú, y que debe zarpar con brevedad. V. que toma tanto interes para que se logre su objeto, y resultados, se adquirirá un distinguido mérito entregando *325 pesos* en la Tesoreria de la Casa de Moneda dentro de *ochó* dias, improrogables, bajo el recibo impreso que le dará la comision encargada del rateo. Allí vá á quedar la cantidad distribuida en arcas de tres llaves, que guardarán como un deposito sagrado los mismos comisionados, para que todos los prestamistas sepan, que no se invierte en otro objeto que el de la expedicion. Puede V. estar seguro de que esa cantidad le sera religiosamente devuelta dentro de

historia artística de la Península la literatura de ambos, puede deberse, más bien, a la publicación que de la obra de los dos hermanos hizo conjuntamente el hijo de Lupercio de Argensoa.

A los Goncourt les han conocido nuestros padres; nosotros mismos hemos leído sus obras encantadoras un tanto artificiales, y hemos admirado el ejemplo de fraternidad que dieron en toda la línea. Hasta hoy circulan anécdotas que prueban cómo se quisieron, cómo pensaron al uniso-

no y cómo llegaron a identificarse en una sola persona, puede decirse. André Theuriet, en sus "Souvenirs des Vertes Saisons" refiere que en cierta oportunidad narra Julio de Goncourt no sé qué escena a que había asistido solamente él. Detiéndose un instante en el relato, aprovecha Edmundo la ocasión, y continúa la evocación de los hechos cual si también hubiera sido testigo presencial, todo en primera persona: "Yo ésto, yo aquello". Cedíanse siempre la palabra el uno al otro y a la larga no se sabía cuál de los dos había actuado de protagonista, de observador o de lo que fuera en relación con la charla que en medias matizaban y mantenían, como si se tratara de un sér invisible situado entre ellos dos.

Los Margueritte, como los Goncourt, también comenzaron juntos su labor literaria; pero, poco a poco, fueron distanciándose, más que como personas, como espíritus. Sus conceptos diferentes sobre aspectos trascendentales les alejaron paulatinamente, y la política, la eterna malbaratadora de los hogares, les dió el golpe de gracia que no les permitió unir ya más sus talentos, y que les lanzó aparte al uno del otro, como quien divide las alas de un ave extraña y seductora. Y, en verdad, Paul ni Victor, separados, lucie-



Serafin y Joaquín Alvarez Quintero.

ron fuerzas suficientes para alzarse en el vuelo definitivo.

El caso más simpático en el sentido de fraternidad real es, sin lugar a dudas, el de Serafin y Joaquín Alvarez Quintero. Es de presumir que nunca se separarán. Sus biógrafos y sus íntimos cuentan cómo se avienen, cómo se auxilian y, sobre todo, cómo se complementan. En el complemento debe estar el secreto y ellos mismos lo han comprendido así. Andan por ahí estas frases arrancadas a un

discurso que los hermanos andaluces pronunciaron en los Juegos Florales de Sevilla de 1910: "Si lo que producen nuestros dos espíritus al chocar y al unirse fuera por dicha alguna vez algo semejante al fuego y a la luz, podríamos compararnos a los carbones de un arco voltaico, que aislados el uno del otro son materia inerte; pero que al más leve contacto dan la chispa, que es luz y es fuego. Mas ¡ay! que como está muy lejos de tal belleza lo que al choque de nuestros espíritus nace, hemos de reducir nuestra comparación a otros términos muy distintos, aunque la comparación sea plebeya; en lugar de ser dos carbones somos dos gitanos, que jamás se reúnen para nada bueno. Dicho sea ésto en un sentido puramente literario".

Y, a propósito de anécdotas, recuerdo haber leído que estaban los Quintero en una reunión, para una de cuyas asistentes se solicitó un cantar, ateniéndose al siguiente pie forzado:

"Esa raya que Anita
tiene en el pelo..."

Y sin comunicarse, pues estaban hasta en distintos corrillos, Serafin y Joaquín admi-

raron a los concurrentes por haber escrito idénticos versos:

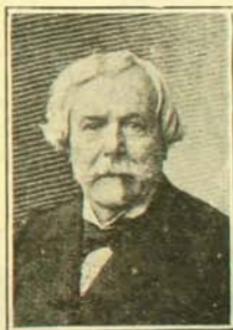
Es una veredita
para ir al cielo''.

Probaron así cómo circulan entre ellos las indudables cuanto inaprehensibles corrientes simpáticas. Han sido muchos en atestiguar la forma en que pasó; pero puede que sea fantasía. En todo caso, basta remitirse a lo que ellos mismos han expresado para convenirse de que Joaquín y Serafín Alvarez Quintero constituyen una razón social inseparable en las letras españolas.

Los Goncourt, los Marguerite, los Quintero, han disfrutado por mitades legítimas la gloria que en colaboración han consigui-

do. Y, en cambio, casos hay en que una notabilidad literaria ha tenido un hermano apenas mediocre, si bien de idénticas inclinaciones. A Alfredo de Musset y a Alfonso Daudet les sucedió así.

En efecto, Paul de Musset y Ernesto Daudet también fueron escritores. Sin fortuna, por cierto. Acaso las páginas que con mayor interés se han leído del uno y del otro, sean aquellas en que han evocado al hermano eminente, realizándolo con el relieve del cariño unido al de la admiración. Si no les alcanzaron, pues, en talento o en esa suma de condiciones indispensables para triunfar, fueron, por lo menos, dignos de ellos por generosos y es acaso debido a su lealtad que hayan pasado de cuerpo entero a la historia literaria aquellos sus hermanos superiores.



Edmond de Goncourt.



Carlos Cariola.

EL MES TEATRAL

Por K. MARIN



Juan Guzman C.

Dos compañías nacionales, la de Enrique Báguena y la de Arturo Mario, (ya que a esta última podemos considerarla como nacional, puesto que cuenta con un extenso repertorio de obras chilenas), se han dedicado a poner en escena obras dramáticas de autores nuestros; y aun cuando el público no ha respondido a este esfuerzo por levantar el nivel de nuestra literatura teatral, han podido estrenarse durante el mes, naturalmente, sin poder sostenerse como debieran en el cartel, más de una docena de obras de diversos géneros, que analizaremos brevemente.

Carlos Cariola, el ya popular autor festivo, que trabaja tesoneramente por el teatro cómico, estrenó "El Fallo de Salomón", vodevil en tres actos, de argumento disparatado si se quiere, pero con mucha gracia. Escenas bien cortadas y tipos secundarios buscados con acierto para dar realce al personaje central, muestran a un autor que se conoce muy bien los medios para llegar fácilmente al público. Así ha conseguido hacer una obra sin trascendentalismo ninguno, pero que deleita al público y que ha logrado llegar a las treinta representaciones.

A cevedo Hernández, el reverso de la medalla de Cariola, que persigue el teatro de

tesis, serio, demasiado serio tal vez, nos dió "Irredentos", drama sombrío de huelgas fracasadas, de proletarios oprimidos, de apóstoles de la causa obrera incomprensidos y de muchachas ultrajadas. Todo esto escrito con energía, pero sin el necesario matiz de un personaje o una escena alegre o de distinto tono, que diera el claro-oscuro, no convenció al público, y apenas si se reprizó. Además el autor sintetiza la idea de la obra en la frase final en que establece que todos los pueblos son irredentos por su incomprensión y su ignorancia. Nos parece un poco audaz y equivocada la afirmación, ya que la redención en la obra fracasa por la traición de un compañero.

Julio Argain Mateluna, alentado por los éxitos de Cariola, le siguió las aguas con "Entre ponerle y no ponerle", vodevil deshilvanado y de menos eficacia para el público que "El Fallo"; tiene, sí, alegría y situaciones explotadas con pericia teatral, que hacen olvidar los recursos ingeniosos de que se

ha valido Argain para hacer reír

"Vidas Inútiles", comedia de costumbres de la clase más humilde, es el título de una obra de Juan Ibarra Reyes, joven actor de la compañía Mario, que debutaba como autor. El triunfo fué franco.

El ambiente de conven-



La Argentinita.



Nicanor de la Sotta.



Víctor Domingo Silva.

tillo, pintado con maestría y con tipos de realce. Es una obra dolorosa y verdadera, que sólo merece el reparo de algunas escenas prolongadas innecesariamente. De la Sotta creó un personaje, un borracho, con admirable acierto.

Este mismo actor, Nicanor de la Sotta, nos dió a conocer una producción costumbrista en 3 actos, llamada "Pueblo chico, infierno grande", con un pequeño tema sentimental y muchas escenas episódicas, cómicas. La obra resultó.

Arturo Mario tiene actualmente en ensayo varias obras de autores chilenos, como "Aguas muertas" de Víctor Domingo Silva, "El Silencio" de Juan Guzmán Crucega, y "Misericordia", comedia dramática en dos actos de Armando Moock. Conocemos esta obra y la juzgamos perfecta; su estreno será sensacional.

Enrique Bágüena, en el Victoria de Valparaíso, ha reprisado todas las obras nacionales de su repertorio, y ha estrenado "Aves sin nido" de Fabio Castro Garín, comedia muy hermosa. Este actor pondrá luego en escena "Adiós que me voy llorando", sainete de Cariola y "Amo y Señor", comedia en 3 actos de Germán Luco Crucega.

En el Comedia, la gentil tonadillera Paquita Eseribano, hizo su agosto con una

temporada espléndida. Creemos, sin embargo, que Paquita durante su permanencia en Santiago, ha perdido en figura y en voz; tal vez sea esto por efecto de la comparación con otras artistas del género, como María Tubau, que con menos nombre y menos réclame, se impuso al público por la gracia y la distinción de su trabajo.

A reemplazar a la Eseribano, llega al Comedia La Argentinita, tonadillera y bailarina, que al decir de la crítica argentina, en las dos cosas sabe desenvolverse con éxito. Debuta el 10 de septiembre.

En seguida se anuncia la venida de la compañía de verso Lola Membrives, artista eminente, que también canta tonadillas. Como se ve, el género de las cancioncitas seduce a todos los artistas: no nos extrañaría mucho que don Fernando Díaz de Mendoza llegara este año con la novedad de que al final de un estreno de Benavente, nos soltará "Maniquí Parisiense" o "Agua que no has de beber"...

Y a propósito de don Fernando, a fines de octubre nos visitará la Compañía María Guerrero, en la que figuran nuestros



Juan Ibarra R.

conocidos Pepita Díaz y Santiago Artigas. Esta compañía pondrá en escena un drama en 3 actos de Antonio Bórquez Solar, que obtuvo premio hace dos años en el Concurso Díaz Mendoza.

El teatro lírico nacional también ha tenido su auge con motivo de la entusiasta formación de un brillante conjunto, en el que figuran las seguras y bien timbradas voces de las señoras Julia Giordano, soprano lírica, Natalia Díaz, de potentes agudos, Blanca Paredes; Mercier, Jorge Quinteros, Valencia y Muzzio como tenores; el barítono Carlos Puelma de tan agradable voz, Saxton y el simpático artista múltiple Lautaro García, una de las mejores voces de bajo absoluto que hemos tenido. Cuenta este conjunto chileno con un buen repertorio para hacer la jira de provincias, que sin duda será un magnífico triunfo.

Y como si esto fuera poco, en la compañía lírica italiana que nos visitará este año, tendremos ocasión de aplaudir cariñosamente en el Municipal, al célebre barítono chileno Manuel Núñez, que después de tesonero trabajo, logró imponerse definitivamente en los teatros de Europa. Es de aplaudir este acierto del señor Salvati, que nos dará oportunidad de conocer y ovacionar al compatriota artista, que se ha formado debido a su solo esfuerzo.

Unánimes han sido los aplausos tributados en el Comedia a la tonadillera infantil Mariña Bührle, de nueve años, que interpreta las tonadillas con graciosa intención. Esta diminuta artista llena de simpatía y de desplante, es una bella promesa para la escena nacional, y será con el tiempo una inteligente intérprete de las damitas jóvenes del teatro chileno.



Mariña Bührle.

LA NOVELA "EL ROTO"

IMPRESIONES

Por N. NOVOA VALDES



Joaquín Edwards Bello

Para juzgar el libro del día creo que es necesario despojarse un poco del criterio personal, mirar con relativo desdén las opiniones de los rivales en literatura, de los misoneístas cuando se trata de una obra que encierra ideas avanzadas y de los librepensadores cuando haya de criticarse un libro tradicionalista. Despojados de todo lo que pueda encerrar un prejuicio, ha menester oír la opinión general culta para encontrarse en condiciones de dar una idea exacta de la impresión que la nueva obra ha causado dentro del medio social.

Barcey, el crítico cuya pluma coincidió siempre, en sus opiniones, con el criterio de sus contemporáneos, decía que no era virtud su rara visión, porque ella no constituía otra cosa que una máquina fotográfica de buena lente que reproducía con fidelidad aquello que se desarrollaba dentro de su foco.

Para juzgar, pues, a Joaquín Edwards Bello, no hemos de tomar en cuenta sino que la sensación general, lo que el mundo dice y que él mismo tal vez ignora, porque vanidosos son los artistas y se necesita valor para herirles frente a frente, diciéndoles la verdad.

"El Inútil", "El Monstruo", "Tres Meses en Río de Janeiro", "La Tragedia del Titanic", eran obras que acusaban la existencia de un escritor nacional. "El Roto" ha confirmado esta idea, y sin temor a que mi juicio se estime de exagerado, declaro que este último libro consagra a Joaquín Edwards Bello como al literato de más vigor, de más flexibilidad que tiene y que ha tenido Chile hasta ahora.

El colorido del tradicional Blest Gana, nuestro viejo novelista, empalidece al lado del joven Edwards, quien con una riquísima

paleta y con un vocabulario muy poco común, nos hierde los sentidos como si efectivamente estuviéramos actuando dentro de la cruda realidad de sus cuadros.

No quiero decir con esto que sean olvidados Barrios, Santiván, Maluenda, Labarca, y tantos otros escritores de valía que cuenta el país. Ellos tienen cualidades que tal vez no posee Edwards Bello, como se irá viendo en el curso de este artículo; pero la línea general, la resultante de la obra de Edwards, tiene un especial relieve, que le coloca por sobre los ya mencionados.

Las geniales falsedades y los maravillosos descuidos de la escultura de Rodin producen una vibración artística superior a la causada por el detalle, perfección y cuidado inimitables de las obras clásicas. Acusaremos a Edwards como reo de muchos defectos, pero ello no quita que su obra sea poderosa, y esta opinión tampoco resta valor a las perfecciones de los literatos ya citados.

La energía del adjetivo en Edwards Bello es algo que sorprende y esta cualidad no es de aquellas que se forman ni con el cuidado ni con el tesón; es ése un mérito con el cual se nace, que revela al escritor de cepa, al literato de fibra.

La fluidez del estilo no admite parangón. Usando de una frase vulgar, podría decirse que "El Roto" se lee solo. La persona que, sin pertenecer a ninguna escuela literaria y sin guardar prejuicios en este orden de cosas, toma ese libro, no lo deja hasta darle fin. Po-

s.b.amente protestará a veces, se molestará en otras ocasiones, encontrará en el camino espigas y vegetación que no son de su agrado; pero marchará a pesar de todo hasta finiquitar el recorrido de la colorida pradera que Joaquín Edwards ha sabido presentarle ante sus ojos.

Yo no sé el método que este joven autor usa para la confección de sus libros, pero me imagino que no debe ser ninguno y que su pluma corre como las aguas torrentosas, sin guardarse de la forma tersa de su superficie, modelándose siempre por los ríscos y piedras que ha de salvar.

Joaquín Edwards es tan talentoso como descuidado. Su libro está lleno de defectos imperdonables en un escritor de su talla. Para muestra, citaremos sólo un párrafo: "...y la chiquilla se quedó tumbada en el mismo sitio, sollozó unos momentos y después se quedó como muerta, sin moverse y con los ojos abiertos, mirando fijamente con una expresión desoladora. A las seis de la tarde, el prostíbulo había quedado..."

Tenemos un breve párrafo en que el verbo *quedarse* se usa tres veces.

Otro ejemplo: "... Cuando Clorinda pensaba en el porvenir de sus hijos, se llevaba las manos a la cabeza con desaliento. Veía con miedo las inclinaciones de Violeta, tan distinta de ella, con ese barniz sutil de aristocracia..."

He aquí otro párrafo en que la palabra *con* se repite en desmedro de la armonía y belleza del lenguaje.

Sinceramente, y aunque parezca contradictorio, yo no me atrevería a aconsejar a Joaquín Edwards que cuidara su estilo. Tal vez si este trabajo de minucia limitara el vuelo de su fuerza y le tornara amañado con pérdida de esa admirable frescura que constituye su mérito principal. A pesar de todo, no puedo menos, a fuer de hombre imparcial, que anotar este defecto tan corriente entre aquellos que forman entre los novicios del arte.

Por eso me admira que Blasco Ibáñez, en la carta que sirve de prólogo al libro, proclame a Edwards Bello como el mejor novelista de América. Ni tanto ni tan poco. No hay que olvidarse de que este continente además de muchas plumas que no enumero por-

que no he de molestarme la memoria, posee un Rodríguez Larreta, cuya perfección en el manejo del idioma ha puesto en jaque a los más grandes literatos de la Madre Patria, y al cual, con todo su desprecio de europeo, no pretenderá compararse el propio don Vicente Blasco Ibáñez.

Luego después, y ello no me asombra porque el señor Blasco Ibáñez al escribir su carta, sólo había leído un fragmento del libro, declara que el autor de "El Roto" es un **novelista**. La obra de que me ocupo no ha sido nunca una novela. Es sólo una colección de cuadros que el autor pretende haber fotografiado. Estos cuadros son admirables, si se quiere; pero en ningún caso podrían llegar a constituir lo que se llama realmente una novela y cuando mucho podrían ser titulados "álbum de vistas admirablemente coloridas e hijas de un talento poco común".

El señor Edwards Bello, como hombre que traslada las situaciones al papel, no puede tener imaginación, porque ambas cosas forman términos contradictorios, y es la imaginación la esencial cualidad del novelista.

"El Roto" no tiene argumento, no tiene nudo, no tiene interés como trama, no es por lo tanto una novela. Tal vez podría decirse que las novelas de hoy son diferentes a las de antaño y que la trama constituye una cosa pueril. Yo protesto contra esta aseveración y compruebo mi dicho con los nombres del mismo Blasco Ibáñez, de Bourget, de Claude Farrère, de Anatole France, de Felipe Trigo, de D'Annunzio, de Dostoyevski, de Mereskovsky, etc., etc.

Pudiera ser que más tarde Joaquín Edwards Bello desarrollara algo de imaginación y se convirtiera en un novelista. Por ahora es solamente un temperamento rico que ama las cosas nuevas y que se ve envuelto por el torbellino modificador de todo lo actual. Su talento, abierto a todas las ideas de revolución contemporánea, las abriga, les da vida y color, sin tiempo para reposar la obra que las ha de vestir. Este reposo habría dado como fruto una verdadera novela de tesis y no un agrupamiento desigual y casi incoherente de una serie de cuadros.

Al término de la obra véase que Edwards trata de rematar en un fin que justifique ese título de novela; pero, a pesar de sus esfuer-

zos, no lo consigue, pues no existe resolución de problema ni desenvolvimiento de trama que pudiera llamarse tal.

Tanto ello es así, que el autor, después de haberse dejado llevar por su temperamento, o antes de iniciar su trabajo, cuando las ideas estaban en su cabeza agrupadas confusamente, no pudo encontrar síntesis apropiada para titular su libro. Le llamó "El Roto", como pudo haberle llamado cualquiera otra cosa, pues el tal roto no se encuentra en ninguno de los numerosos capítulos que constituyen la obra. Decimos esto porque queremos más bien imaginar que ha sido el aturdimiento el que ha llevado al joven autor a escoger este título, antes de suponer que ese nombre que atrae a todo chileno hubiera sido empleado con fines especulativos.

En efecto, el mismo señor Edwards Bello se encarga, en una pequeña digresión, de describir el carácter del roto, carácter que no se encuentra en ninguno de los personajes del libro. No es el tipo del roto chileno, el del marinero, que se vuelve croupier, como Fernando, ni el del que cita una frase de Franklin, ni tampoco es el roto chileno el hijo de la prostitución, sino que es el descendiente de los fuertes labradores de nuestros campos, del alma noble y cada día más orgullosa de nuestros obreros. Cualquiera persona que medianamente conozca nuestro país ha de protestar contra la odiosa aseveración de que nuestro pueblo es el producto de las pocilgas y de las casas de juego. Parece que el señor Edwards Bello no conoce su patria o que está empeñado en denigrarla.

Esa miseria que lanza al mundo hijos sin padre no es propia sólo, tanto aquí como en el orbe entero, de los bajos fondos sociales, sino que también se encuentra en los medios aristocráticos.

Para pintar el tipo corriente del habitante de cualquier país, no se puede, sin faltar a la verdad, a la observación y a la honradez psicológica, presentar a un sujeto que es el fruto de cierta corrupción tolerada y de la infamia de algún ser más o menos patológico.

Ya que en el curso de este artículo llegamos a hablar de observación, vale la pena detenerse un momento para estudiar el valor de ella que contiene "El Roto".

Los tipos o caracteres que nos presenta

Edwards Bello, no son, a mi parecer, otra cosa que el compuesto de diversos individuos sin que ninguno de ellos llegue a formar esa línea recta y sin titubeaciones que permite decir al lector: "Yo he visto alguna vez ese sujeto". Los personajes me dan la idea de esos cuadros que hacen los chicos con rompecabezas, o sea, tipos fraccionados, compuestos de diversos caracteres, que hacen imposible la idea global de la psicología única. Fernando aparece a veces un roto viajado; otra, el producto de cierta cultura mefítica; otras, un ser de buenos sentimientos que aspira a una vida tranquila y burguesa, y, por fin, otras, un ser brutal que no es más que carne y lujuria. El lector se pregunta: ¿y quién es Fernando?

El aristócrata dueño de un garito es un personaje excepcional, perfectamente excepcional en nuestra sociedad. Puede ser que alguna vez haya existido, pero en todo caso, no es fiel presentar como tipo de nuestra alta sociedad a una mezcla de apache y de barón linajudo. Ese señor se fracciona en dos, y su conjunto es absolutamente falso ante los ojos, no digo de un hijo de Chile, sino que de cualquier extranjero que haya pasado tres o cuatro meses en nuestra tierra.

No me atrevería a hablar de Esmeraldo. Su actuación es tan vaga y difusa que casi desaparece en medio del enjambre de corrupción que danza desde la primera hoja hasta la última el baile más extraño que haya podido concebir un cerebro normal. Por lo demás, me resta fuerzas el hecho de ignorar esos medios de escalofrío, como los llama el propio autor, y, en consecuencia, no conocer tampoco a los pobres hijos que de ellos nacen.

No es de extrañar que los caracteres sean un tanto borrosos en esta obra, pues, a diferencia de los novelistas, el señor Edwards Bello no ha querido hacer resaltar ninguno de los tipos creados por él. La obra es como un cuadro en que no existiera un segundo plano y en que todo figurara en el primero.

Para colocar sus escenas, Edwards Bello describe con prolijidad los barrios en que éstas han de desarrollarse. Parece que conociera tanto el medio social de Santiago como el plano de la ciudad. Sitúa la calle de la Maestranza al lado de la línea férrea, don-

de en verdad existe la de Matucana, y llega a decir que la agrupación de caldererías y otras industrias en metales ha dado ese nombre a la referida arteria. ¡Como si la viéramos!

En una palabra, "El Roto" no es una novela, porque no tiene trama, ni héroe, ni continuidad de línea psicológica en los caracteres descritos, y, por fin, su título no corresponde a la obra, como es muy natural, ya que sería difícil encontrar alguno que pudiera responder a una serie de cuadros que se unen con esfuerzo y que en la mayor parte de las veces no tienen por qué coexistir el uno al lado del otro.

Para terminar este punto de análisis vamos a demostrar con un ejemplo preciso esa incoherencia de la obra, que nace del deseo del autor de confeccionar algo determinado y del hecho mismo del libro, que resulta perfectamente diverso a lo que Edwards se propone.

En la nota referente al prólogo, que encierra la síntesis de aquello que Edwards ha querido realizar, dice: "El Roto" es la novela del bajo pueblo de Chile: el roto es el minero, el huaso, el soldado, el bandido; lo más interesante y simpático que tiene mi tierra; es el producto del indio y del español fundidos en la epopeya de Arauco; es el pueblo americano, fuerte y fatalista, muy semejante en toda la América española, desde "el pelao de Méjico" hasta el criollo de las provincias argentinas".

Yo desafío a quienquiera que haya leído este libro a que me indique en cuál de sus páginas se encuentra el minero, el huaso, el soldado o el bandido. Si esos, según las propias palabras del autor, forman al roto, es claro que éste no aparece en ninguna parte de la obra.

Si los hijos de la miseria y de la corrupción constituyen para el señor Edwards lo más simpático que tiene su tierra, ¿qué podría decir de los demás?

Nada se encuentra en la obra que indique un pueblo fuerte, muy por el contrario, lo que el autor ha pintado es sólo una raza que desfallece minada por las más horribles plagas y enfermedades y por los más espantosos vicios, que nace del lenocinio y que arranca brutalmente la virginidad a las don-

cellas en los barrios más apartados y repugnantes.

Creo que esa semejanza de nuestro roto con los demás criollos de América, despertará protestas en "el pelao mejicano" y en el gaucho argentino, porque esos pueblos saben lo que valen y no gustan de ser desprestigiados por los demás, ni menos de desprestigiarse a sí mismos.

Llama la atención en la obra del señor Edwards, hombre aristócrata y refinado, su entrañable amor por las descripciones de los medios inmundos y de las vidas más abyectas. Dícese que las viejas razas tradicionales suelen degenerar y que la exquisita comodidad que ofrecen, durante generaciones de generaciones, los palacios, asigna, en ciertos casos, el gusto por las cosas bajas y plebeyas. No es mi ánimo creerlo así en este ejemplo, pero no puedo separar de mi espíritu la suspensión y espanto, como dijo el poeta, que experimento al ver el deleite con que Edwards revuelve la poeilga inmunda de las mujeres que, sin Dios ni ley, se asemejan a los criminales, cuando no lo son efectivamente.

El medio que con colorido maestro nos ha descrito el autor de "El Roto", no caracteriza una sociedad determinada, porque, con mayores o menores diferencias, **La Gloria** se encuentra en Santiago, en la Boca de Buenos Aires, en los arrabales de París y en los barrios de marineros de Londres.

Para individualizar al roto chileno, pudo haber encontrado millones de otros rasgos y matices que lo hubieran retratado verdaderamente, sin necesidad de ir a entintar la p'uma en ese barrial común a la miseria mundial.

Si Edwards no ha imaginado para presentar al roto otro cuadro que el de la abyección, es ciertamente porque su naturaleza le ha impedido ver algo más allá. Ese es el tema que a él le agrada, ese es el que le gusta estudiar y en nombre de lo que él llama sinceridad, se harta de horrores y de lupanares. En la "La cuna de Esmeraldo", dice: El Penseur de Rodin en Buenos Aires no piensa ni ná. Es una estafa. ¿Cómo va a pensar en

esa flamante y bulliciosa plaza del Congreso? ¿Qué hace, pues? —Está haciendo la digestión. La sexualidad ha tenido también siempre para este joven autor un atractivo ineludible. Recuerdo que en su obra "El Monstruo" después de pasar por una serie de ideas y descripciones más o menos escabrosas, se detiene en la iglesia de Santo Domingo a mirar al Arcángel San Miguel y le encuentra pantorrillas de cocota.

No soy médico ni cosa que se le parezca, pero a los ojos de cualquier profano todos estos detalles van indicando una obsesión. Tal vez si la mentalidad del señor Edwards Bello fuera un caso interesante para un psiquiatra. Asevero esto sin intención de ofender y si se quiere con la de perdonar, pues, juzgada la obra bajo otro concepto, podría aparecer como encerrando el deseo de denigrar a sus hermanos o como el fruto de un sér vicioso; cosas ambas que ni por un instante puedo pensar de este joven y brillante escritor.

Cuando el señor Edwards toma la pluma todo aparece para él envuelto en una bruma pestilente, hasta llegar al insulto de las cosas más sagradas. Así, se refiere al hecho del nacimiento llamándolo "nauseabunda maternidad". No es sitio esto ni momento para discutir la propiedad científica de ese adjetivo, pero sí lo es para manifestar que no implica sinceridad el olvido de los sentimientos que son caros hasta para los animales. Respetemos, al menos, a nuestras madres y cubramos con una tierna resignación las miserias y dolores que no tienen remedio y de las cuales hemos brotado a la luz de la existencia.

Comprendo que se exhiban los males posibles de curar para atenderlos, pero no puedo hacer lo mismo con la exposición de aquellos defectos inherentes a la naturaleza, que además de irremediables, constituyen un insulto.

El detalle de estas 246 páginas de vicio y de miseria, no necesita ser analizado. Cual-

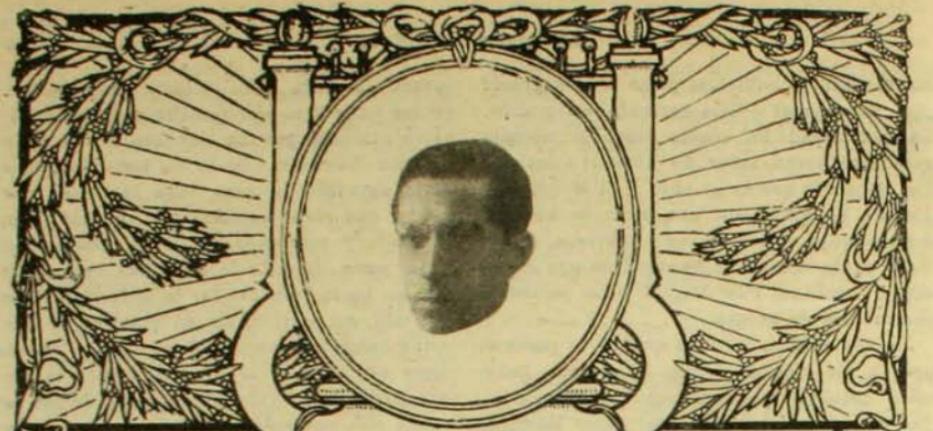
quiera que haya leído el libro tiene todavía en las narices el olor pestilente de los cadáveres atacados por las chinches. La obra de Joaquín Edwards, usando los términos que a él le agradan, es como llaga cancerosa que corroe una carne cubierta por el cutis tibio, brillante y sonrosado, de joven adolescente.

La parte literaria lo embellece todo; pero ello no basta para ocultar la abyección de lo que allí, sin motivo, sin fin práctico, se describe hasta la saciedad. Zola, uno de los mejores estilistas de la Francia, dedicó la mayor parte de su vida a la pintura de las escenas más nauseabundas. A pesar de su gloria y de su talento, Zola se esfuma. Este es un hecho que está a la vista de todos, y la razón de él brota de las condiciones humanas. Para vivir necesitamos de cierta juventud y de ciertas esperanzas. Sin ellas, el vigor y la acción se apagan y se mueren; entonces será inútil presentar ante nuestros ojos las llagas purulentas. Muerto el entusiasmo, todo lo demás periclitá y se concluye. Más puede una Marsellesa, un Sermón de la Montaña, que inculcan la fe y el amor, que la exposición de la pestilente e interminable cadena de nuestras podredumbres.

Es doloroso tener que hablar en la forma que lo hemos hecho, pero el señor Edwards Bello comienza por predicarnos la sinceridad. Y hemos sido fieles a ella. Ojalá que las brillantes condiciones del autor de "El Roto" se destaquen en su próxima obra en marco más útil y más bello.

Estoy cierto de que Joaquín Edwards, escribiendo más reposadamente, dirigiendo su corazón hacia los sentimientos nobles y cuidando de no aparecer, como a veces lo hace, estampando frases que son casi iguales a las ya dichas por otros, producirá un trabajo de arte y de tesis que hará época en los anales de nuestra literatura y de nuestro mejoramiento social.





Angel Cruchaga Santa María.

LOS NUEVOS DIAS

Reconstruyo la vida y soy todo pureza
para que tú recibas mi claridad de infante.
De todos los abismos me salvó la tristeza.
Creí amargar el mundo en un instante.

He de buscar más luz en los árboles puros
y en las aves que tiemblan en la paz de sus nidos;
inundaré de gracia mis sentidos oscuros;
serán como los malos ángeles redimidos....!

Reconstruyo la vida, suavizo mi tormento
y sonrío en tu amor como un fruto soleado
que se encanta en la leve maravilla del viento.
Y es una terca angustia cada antiguo pecado.

Fuí débil y sombrío antes de que vieras;
no supe que la vida era un santuario eterno,
y me hicieron llorar gloriosas cabelleras,
y ahora tú me salvas del infierno.

Mi agradecimiento cantará como un ciego
letanías de sol en tu alabanza.
Vivirás como en un círculo de fuego
más allá de la última esperanza.

LA ORACION ENTRISTECIDA

La noche es como un cuervo de pupilas de oro.
En ella te recuerdo y sólo sé llorar.
Y no encuentro tu voz que me bese los ojos.
Nunca tendré más sombra, ni en el juicio Final.

¡Miras las alamedas opacas del Otoño!
¡Qué pájaro del cielo ha cantado en tu paz!
Los jazmines perfuman el llanto de mis ojos.
En esta noche te he querido más.

Angel Cruchaga Santa María.
(1920)

GENERAL MOTORS



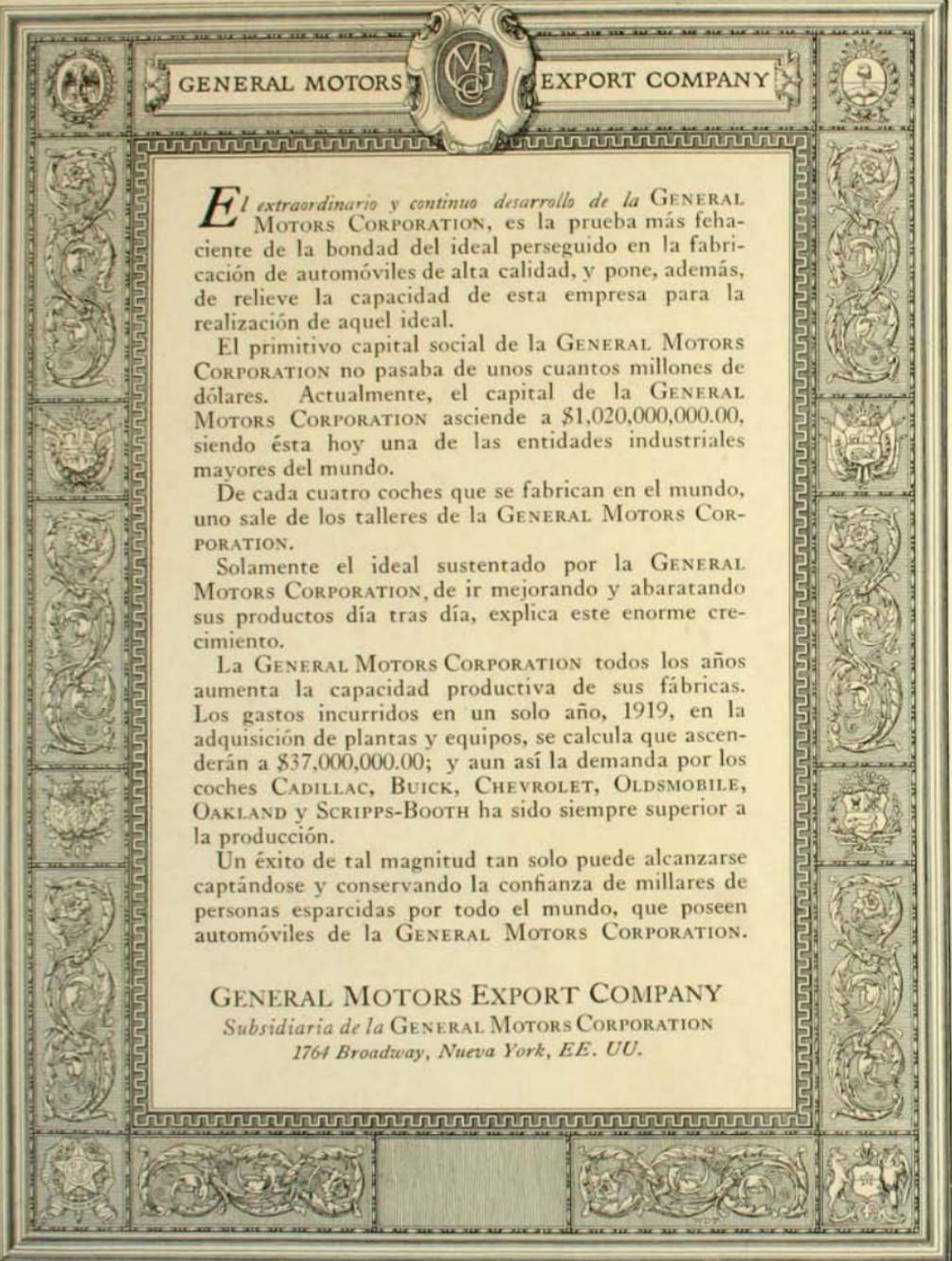
EXPORT COMPANY



La marca BUICK en el radiador

de un automóvil distingue el producto de una organización que por espacio de casi veinte años ha sostenido una reputación intachable como fabricantes, en grande escala, de automóviles que, por el servicio satisfactorio que prestan, gozan de universal renombre.





GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

*E*l extraordinario y continuo desarrollo de la GENERAL MOTORS CORPORATION, es la prueba más fehaciente de la bondad del ideal perseguido en la fabricación de automóviles de alta calidad, y pone, además, de relieve la capacidad de esta empresa para la realización de aquel ideal.

El primitivo capital social de la GENERAL MOTORS CORPORATION no pasaba de unos cuantos millones de dólares. Actualmente, el capital de la GENERAL MOTORS CORPORATION asciende a \$1,020,000,000.00, siendo ésta hoy una de las entidades industriales mayores del mundo.

De cada cuatro coches que se fabrican en el mundo, uno sale de los talleres de la GENERAL MOTORS CORPORATION.

Solamente el ideal sustentado por la GENERAL MOTORS CORPORATION, de ir mejorando y abaratando sus productos día tras día, explica este enorme crecimiento.

La GENERAL MOTORS CORPORATION todos los años aumenta la capacidad productiva de sus fábricas. Los gastos incurridos en un solo año, 1919, en la adquisición de plantas y equipos, se calcula que ascenderán a \$37,000,000.00; y aun así la demanda por los coches CADILLAC, BUICK, CHEVROLET, OLDSMOBILE, OAKLAND y SCRIPPS-BOOTH ha sido siempre superior a la producción.

Un éxito de tal magnitud tan solo puede alcanzarse captándose y conservando la confianza de millares de personas esparcidas por todo el mundo, que poseen automóviles de la GENERAL MOTORS CORPORATION.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, EE. UU.

Una reina simpática a su pueblo

María de Rumania: hé aquí una soberana que cuenta con todas las simpatías, mejor dicho con el amor de su pueblo. Aunque su país está tan vecino de la propaganda bolchevique, la masa popular rumana no ha aprendido a odiar a su Reina. Cuenta un cronista que en una ocasión, durante una gran manifestación socialista en Bucarest, el desfile se cruzó con el carruaje de la soberana que se dirigía desde su residencia de la Villa de Cotroceni, por el boulevard Elisabeta, hacia una recepción en el Palacio Real. Aunque el coche no llevaba escolta, ningún incidente se produjo; por el contrario, casi todos los manifes-



La Reina en uniforme de Presidenta de la Cruz Roja de Rumania.



Una reciente fotografía de la Reina con firma autógrafa.



La Reina en traje nacional.



La Reina María y una de sus hermosas hijas en las carreras de Auteuil, últimamente.

tantes se descubrieron y la Reina pasó sonriente, correspondiendo al saludo.

Bien es verdad que María de Rumania merece este amor de su pueblo. Ella se ha prodigado, especialmente en los días de la gran guerra no sólo como un símbolo de piedad por su abnegada actuación en la Cruz Roja sino como encarnación de las aspiraciones políticas y de las reivindicaciones nacionales.

Se sabe el rol importante que le tocó desempeñar, después de la muerte del viejo Rey Carlos, su suegro, en la decisión que colocó a Rumania en favor de los aliados. Del ardiente espíritu que guiaba las simpatías internacionales de la Reina, nació la publicación de este libro de hermoso título sugestivo, que habla más que nada del espíritu cívico de la soberana: "A mí pueblo. Del alma mía a la suya".

En esta obra, María de Rumania glorifica el sacrificio heroico de sus soldados, que ella fué a confortar y a asistir personalmente en las ambulancias del campo de batalla. He aquí un fragmento: "Me parece verlos todavía, en sus lechos de dolor, unos al lado de los otros; sus ojos se encuentran con los míos, me siguen, me penetran. Nunca había sentido antes la emoción de estas miradas fijas sobre mí que me atraviesan el corazón; las siento pesar sobre él como un gran fardo de angustia que soporto penosamente. Me inclino hacia los que desfallecen, estrecho las manos que se me tienden, toco sus frentes enardecidas por la fiebre, escucho las palabras que murmuran. Son siempre las mismas, los mismos votos los que me siguen, entré los heridos: "Dios haga que llegue a ser la Emperatriz de todos los rumanos".

“Estas palabras son tanto más conmovedoras cuanto que acaba de pronunciarlas un herido que ha dado su vida por el sueño que ellos desean ver realizado en mí. Y me siento empujéncida y humilde a esa estoica resignación; mis ojos se llenan de lágrimas y siento la necesidad de dar gracias a Dios por la inmensidad de esta fe. ¿Por qué he sido electa yo para representar tamaño ideal? ¿Por qué me eligen como símbolo? ¿Y por qué mi gloria debe alimentarse de la sangre de ellos?”

Eran entonces los días en que la esperanza cantaba en todos los corazones; pero después vinieron los malos tiempos; Rumania invadida, la Corte transportada a Jassy; el Ejército empeñado en la línea del Sereth en una lucha desesperada por la defensa del pequeño territorio en que se resumía todo el patrimonio nacional.

Y en la heroica defensa la Reina María encarnó, como siempre, el espíritu de su pueblo; y, cuando, con su uniforme blanco de enfermera se inclinaba sobre los heridos en las ambulancias y les confortaba imponiendo las regias manos sobre sus frentes ardidas, un coro de roncadas voces se elevaba: “Dios te guarde y te proteja a fin de que llegues a ser la Emperatriz de todos los rumanos”.

“Dios quiera, dice la soberana en el emocionado libro citado, que la sangre de tantos héroes humildes no se haya vertido en vano, y que, en la hora de la liberación suprema, un eco del canto de victoria llegue a lo ignoto donde reposan, para que así puedan participar de la gloria que les faltó en vida”.

Para dar una idea de las simpatías de que la Reina goza entre su pueblo, escribíe



La Reina felicita al sportman M. de Saint-Alary, dueño de un caballo ganador en las carreras



La Reina aclamada por su pueblo en Campia-Turdei.

un cronista italiano que visitó Rumania no hace mucho, bastaría esta anécdota. En cierta ocasión, un gacetillero venido de no sé dónde, aprovechándose de la libertad de imprenta que hay en el país balcánico,

escribió en un periódico algo contra la Reina María. Fué tal la indignación pública contra el difamador que, a pesar de que la policía no se preocupó de molestarlo, el periodista en cuestión hubo de ocul-



La Reina con su lebré favorito en el parque de su villa de Cotroceni.



La Reina se hace explicar el mecanismo de un aparato para filmar.

tarse hasta salir del territorio, temeroso de sufrir de manos del pueblo el duro castigo que su culpa merecía.

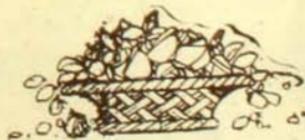
El rumano es generalmente apático, las más veces resignado. Menos en los que a la Reina concierne. El no tolera que alguien ose extender una sombra sobre los ojos de admiración con que él contempla a su soberana:

—¡No tocar a la Reina!, parece ser su lema.

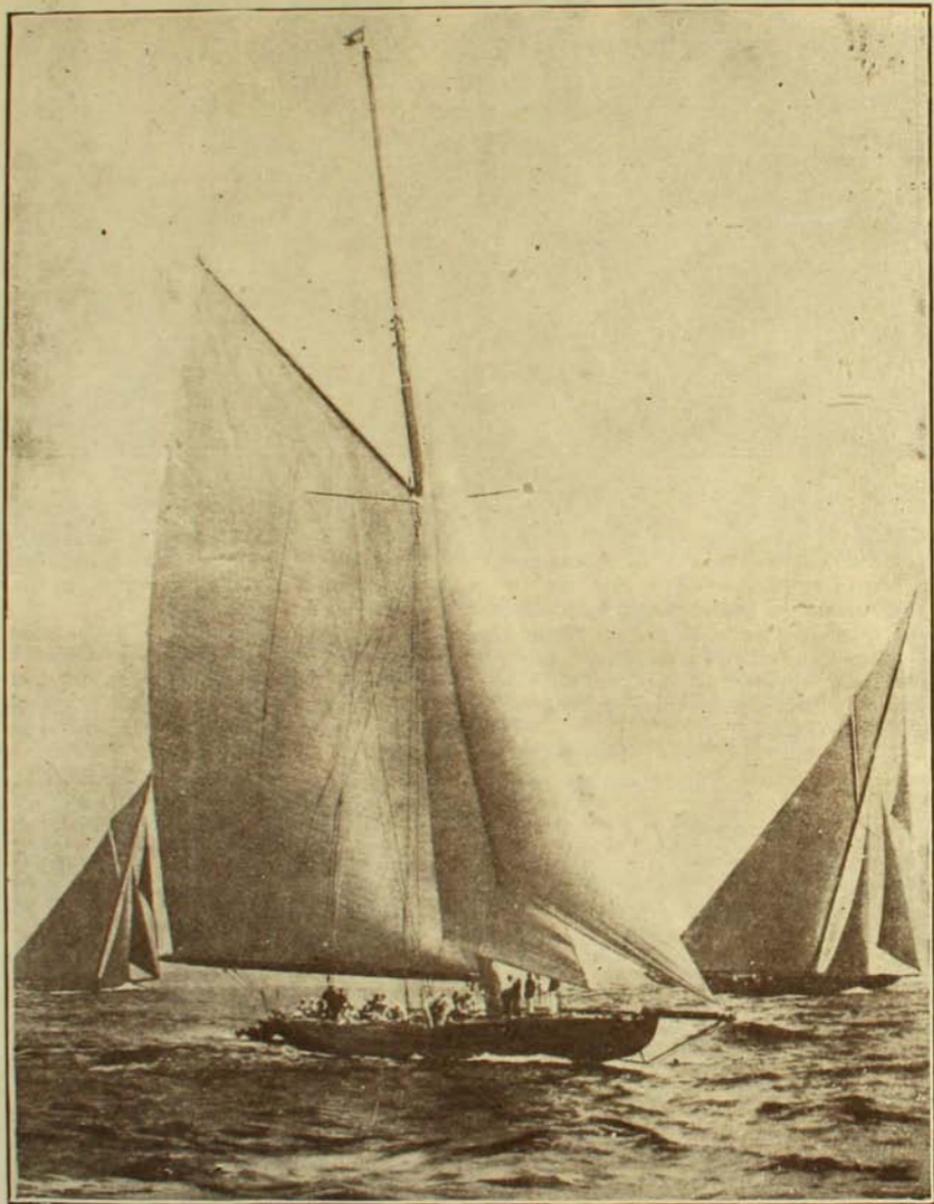
María de Rumania ha estado últimamente en París donde su clásica belleza, que nada ha perdido con la madurez, ha llamado vivamente la atención.

El objeto de su viaje a la Ville Lumière fué asistir, estrictamente de incógnito a la representación en la Ópera de un cuento fantástico de que es autora, y que se llama "The Lily of Life" (El Lirio de la Vida).

ROGER DE FLOR



LA CARRERA DE YATES POR LA COPA AMERICA



En el grabado aparecen los yates que ocuparon los primeros lugares en el mismo orden de llegada en la gran carrera internacional de Nueva York. 1.º el Resolute (yanqui). 2.º El Shamrock IV, (inglés), de Sir Thomas Liptón, que ha disputado la Copa durante 21 años, y 3.º el yate norteamericano Vanitie.

LAS MARAVILLAS DE LA FOTOGRAFIA ARTISTICA

Eminentes cultivadores extranjeros: Puyó y Demachy.—Sus cuadros.—
Recuerdo de don Luis Navarrete.—Los triunfos fotográficos del Dr.
Denis Lay.—Recorriendo la colección de don Paulino Alfonso.
—Cúspide de la fotografía artística.—La suprema paz del
arte.

Por OLIVER BRAND

Los admirables progresos de la fotografía en los últimos años han elevado esta antigua industria a la categoría de un arte con medios de expresión propios, ricos y flexibles que dejan en libertad de manifestarse la personalidad del artista. Este debe enfocar siempre en el cerebro antes de hacerlo en el lente de la cámara obscura; pero muchas veces el vidrio despulido y la placa gelatinosa le revelan aspectos inesperados de la naturaleza que ha querido reproducir, agrupan, armonizan, unen o separan y, para decirlo con una sola palabra, interpretan los distintos elementos del cuadro plástico visto en el natural.

El dominio de este arte moderno exige larga práctica y espíritu de minuciosa disciplina científica, fuera de la visión estética y del sentimiento poético del verdadero artista y esa operación de apretar un botoncillo, tan simple a primera vista y al alcance de cualquiera, constituye la puerta de entrada a todo un mundo vasto, sorprendente y no sin sus misterios maravillosos.

En Europa existen especialistas que han conagrado su existencia al estudio de la fotografía artística, llegando a conseguir los efectos más extraordinarios y separándose, como los pintores, por diversas escuelas: hay fotógrafos a lo Van Dyck, a lo Rembrandt, a lo Reynolds, a lo Gustave Doré, cuyos positivos de luces y sombras sabiamente com-

binados rivalizan con los modelos de sus grandes maestros. Tenemos a la vista un imponente volumen, como los que se ven en los Museos, que nos ha facilitado un distinguido aficionado santiaguino, en el cual Demachy y Puyó, dos célebres magos de la cámara negra, exponen largamente sus teorías, poco inteligibles para el profano, y ofrecen algunas reproducciones de sus trabajos mejores, dibujos, al carbón, al pastel, a la acuarela y aún al óleo, tan perfectamente imitados que necesitan llevar una advertencia al pie para no tomarlos por cuadros auténticos de alguna firma famosa. He aquí algunos, tomados al azar:

“Las Lavanderas”, por C. Puyó: al margen de un arroyo pacífico, ondulante hasta larga distancia, con árboles a las orillas y armonioso juego de sombras y claridades sobre las aguas, una alegre hembra de mujeres se inclinan, tocadas de blanco las cabezas y las manos sobre la ropa estrujada. La imprecisión de esta nota realista se combina admirablemente con la poesía romántica del sitio, indefinidamente prolongado hasta perderse en toques luminosos al fondo del arroyo y del bosque.

“Estío”, del mismo autor, nos muestra una figura clara, algo fantástica, con un primer término de vigoroso claro oscuro, destacada contra maticos de árboles lóbregos. Es exquisita de naturalidad y movimiento



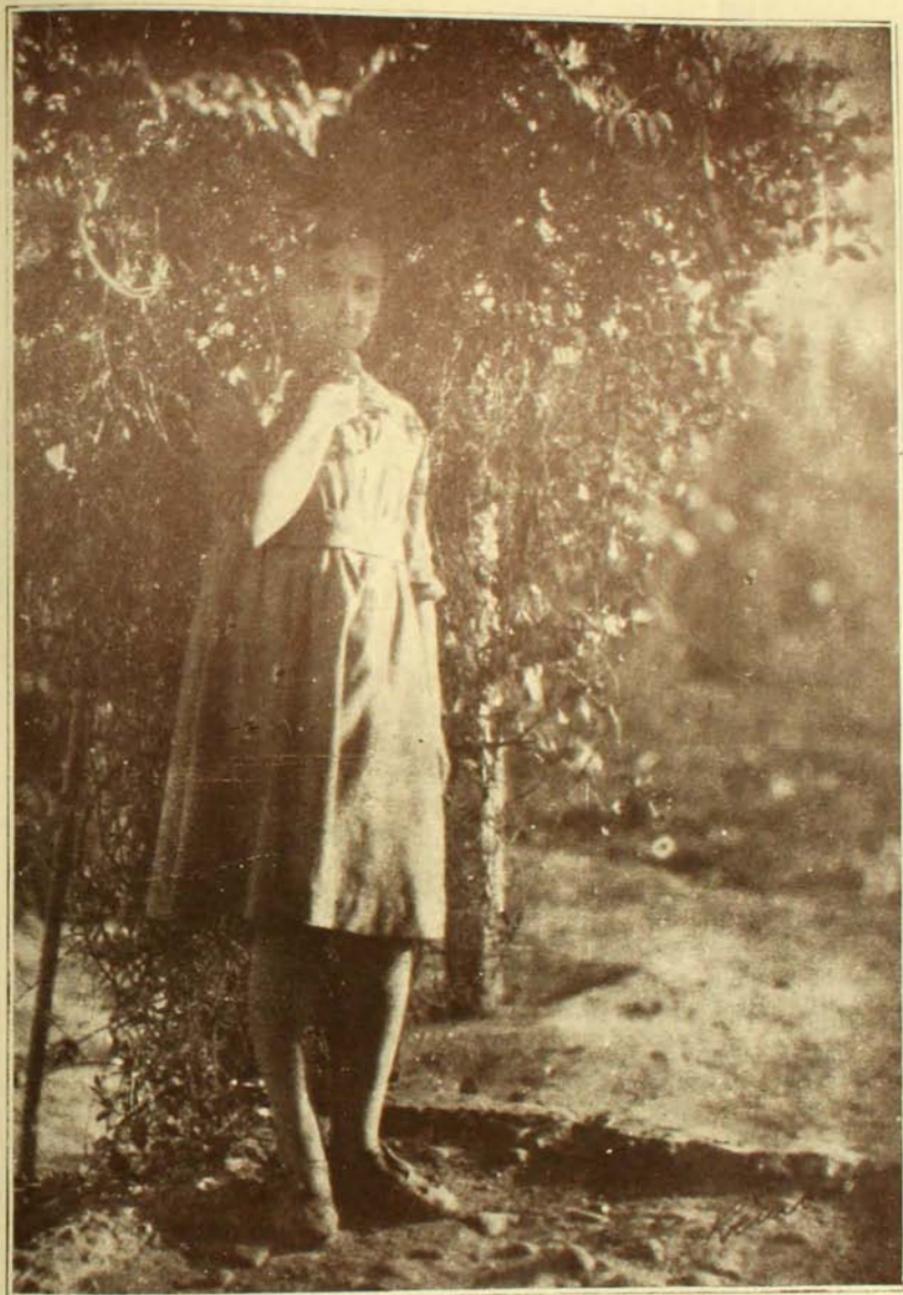
Señora Clara S. de Alfonso. Magnífico ejemplar de lo que podría llamarse la escuela clásica en fotografía artística: los griegos habían retratado de esta manera. (Por don Paulino Alfonso).

esa muchacha que lleva brazados de flores en los brazos y en la cabeza y aparece como sorprendida súbitamente y en actitud de expectación. La misma habilidad para esfumar los contornos aleja aquí la prosa precisa de la fotografía para darnos la impresión de un dibujo al carbón hecho por un pastelista delicado.

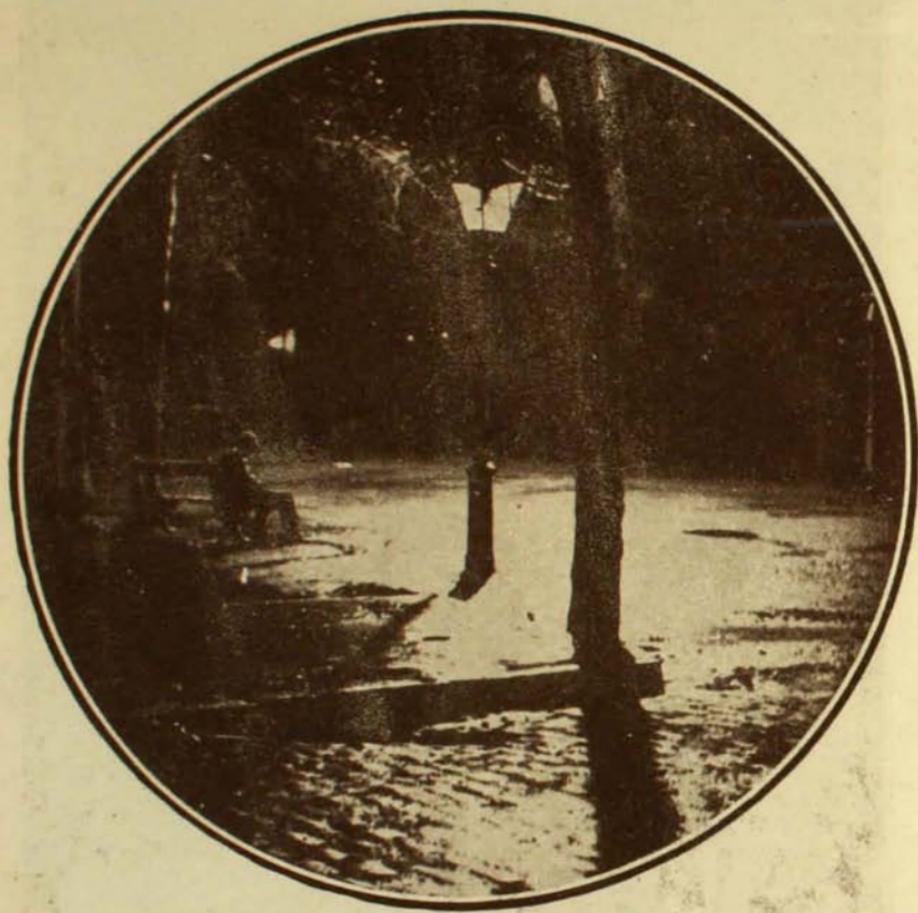
“En el Pinar”, por Demachy, vemos un camino en la montaña, uno de esos senderos serpenteantes que trepan hacia las altas claridades de la cima, junto a un bosque negro, carbonizado casi; y más abajo una sola silueta serena, caídos los brazos, nimbada de luz. Parece una fantasía, algo suaviza-

da, de Doré, una evocación de la selva legendaria, sin la menor nota falsa, con la justa proporción de poesía y realidad que pide la armonía. Los toques blancos intensos la harían considerar un agua fuerte de la mejor época alemana.

“Efecto de contra-luz”. Demachy nos ofrece en esta muchacha, que no es hermosa, y sin embargo tiene profundo interés, una prueba heroica de esa fotografía contra la luz que se consideraba imposible y que ahora, gracias al perfeccionamiento de los medios técnicos, produce los más bellos y raros ejemplares artísticos. Es un dibujo al carbón perfecto, un estudio lleno de intensi-



En esta figura, entre flores, el estilo generalmente austero del señor Alfonso, se anima con una sonrisa llena de gracia pintoresca.



"Nocturne", por el doctor don Juan Denis Lay. Cé libre vista premiada en un concurso y que los peritos consideraban imposible, necesitando ver el ne ativo para convencerse.

dad y simpatía digno de figurar junto a cualquier original de buena firma.

Estos cuatro ejemplares de fotografía artística nos pueden dar idea de lo mejor que se ve en los talleres europeos: Demachy y Puyó son considerados maestros en su arte.

Entre nosotros, hemos tenido y tenemos algunos eminentes cultivadores del noble arte fotográfico.

Todos los aficionados recuerdan a don Luis Navarrete, quien, descansando de sus estudios económico-sociales y tras haber escrito para "El Mercurio" alguno de sus editoriales llamados a orientar el criterio na-

cional, se encerraba en la cámara obscura y trabajaba horas y horas como un químico que tuviera mucho de mago. De esas largas sesiones salían negativos y positivos inspirados en las obras maestras de la pintura, especialmente de su autor predilecto, el pintor Reynolds, en cuyo estilo nos ha dejado muestras serenas y distinguidas. Cultivó con predilección el retrato e hizo Van-Dycks que se tomarían por reproducciones tomadas de algún museo flamenco: por ejemplo, el conocido retrato de Laroche, otro de una de sus hijitas, preciosa creatura cogida en mística actitud, y otras caras esbozadas y



"Estío", por Puyó. Es delicioso el contraste de la figura clara y juvenil con el fondo lóbrego del bosque.



Parque Forestal de noche. El doctor Denis Lay nos ofrece aquí otro ejemplo atrevido de la difícil fotografía nocturna, que él domina como un maestro.

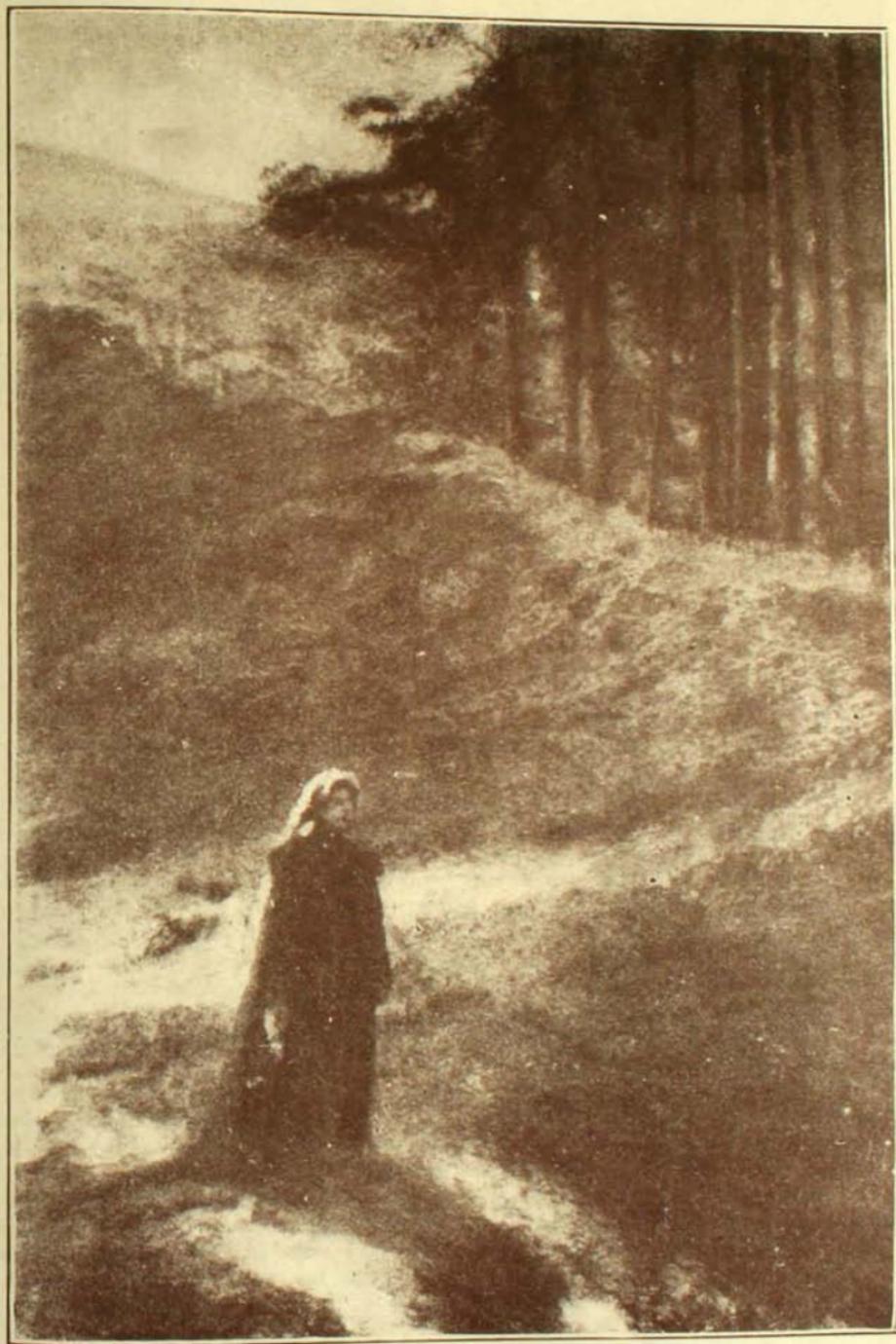
misteriosas, sumergidas en una penumbra leonardesca.

Durante algunos concursos que años atrás iniciaron empresas periodísticas, se hizo notar por la nitidez de sus copias el doctor don Juan Denis-Lay, otro temperamento de artista, de diversa inspiración, que a sus ocupaciones profesionales ha añadido las preocupaciones de la cámara obscura. El señor Denis quedó en aquel tiempo como un campeón y cierta vez hubo de efectuar un viaje a Valparaíso, llevando sus placas para probar que no tenían toque ni retoque, tales eran de sorprendentes los efectos conseguidos mediante su máquina hábilmente dispuesta. Acompañamos a este artículo reproducciones de dos de sus mejores "cuadros": se podrá ver en ellos la poesía fuerte y profunda que puede encontrarse en la simple realidad, sólo con tener

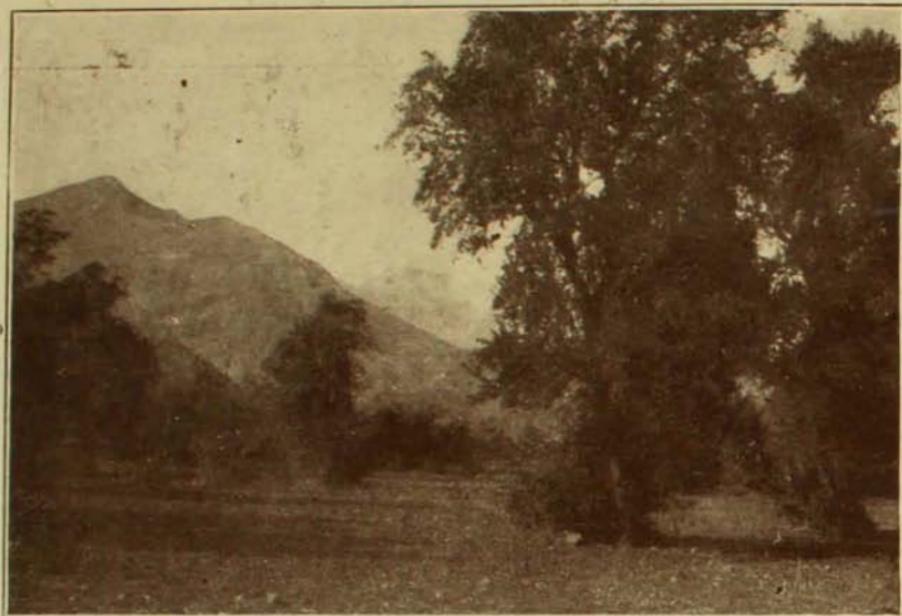
ojo para descubrirla. En especial ese muchacho que ómita de noche, bajo la lluvia, en un banco de la Alameda, con su figura borrosa bajo los árboles helados y los golpes de luz en el suelo húmedo, constituye un verdadero "tour de force", digno de primera medalla. Su estilo se caracteriza por la sobriedad, la nitidez y la fuerza, dentro de cierta tendencia romántica.

No así don Paulino Alfonso.

El señor Alfonso, jurista para el mundo exterior, artista de gusto purísimo y extraordinariamente seguro para quienes lo conocen de cerca, antiguo político de nota y que, con su sincera y valerosa honradez, causó más de algún disgusto y no pocos temores a sus colegas del Congreso, es en la intimidad un pintor que no siguió su vocación, un dibujante escrupuloso hasta la imposibilidad y "last, but not least", un fotógrafo eximio



“En el Pinar”, por Demachy. Fantasía que parece un carbón en el estilo de Gustave Doré.



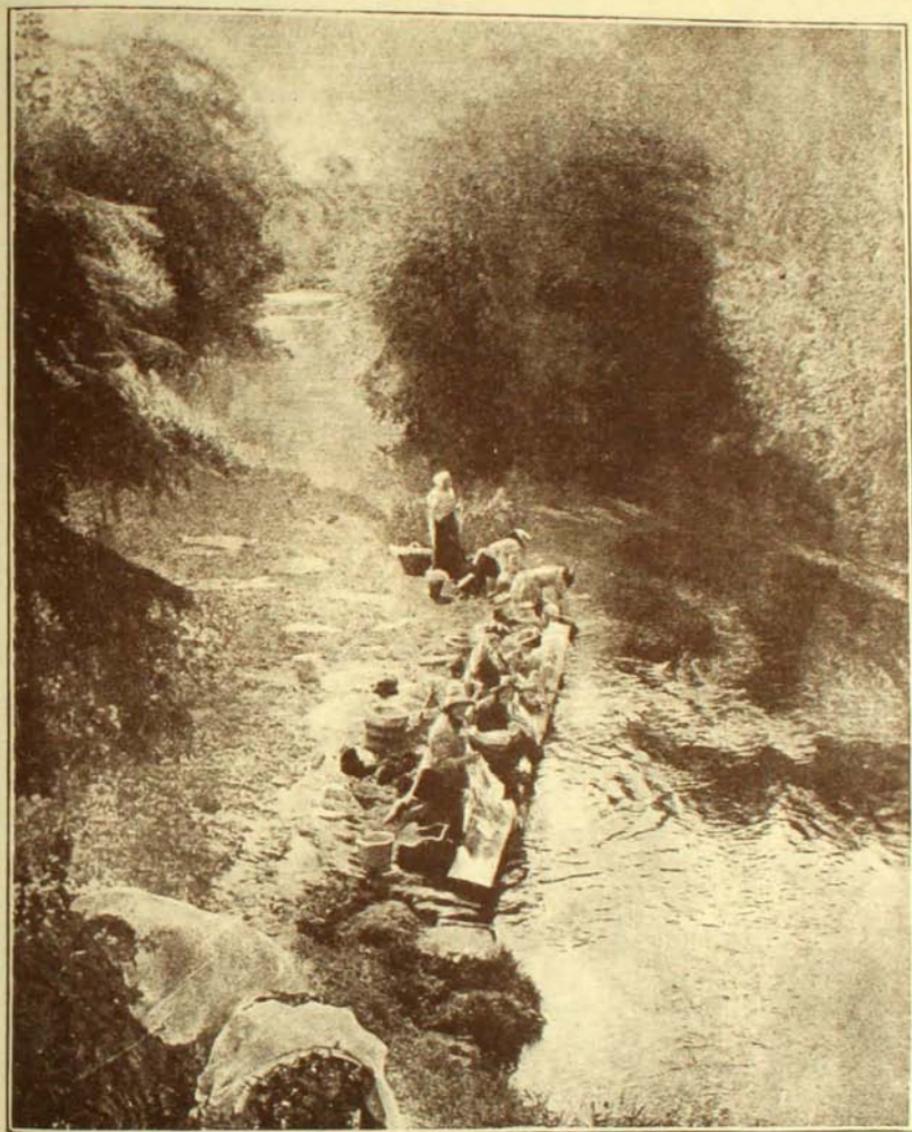
"Paisaje", por el doctor Denis Lay. Son de admirar la pureza de corte y la noble serenidad de líneas de este cuadro fotográfico.

y de riguroso corte clásico. Si se puede hablar de escuela clásica, griega, en fotografía, si estas dos palabras no detonan demasiado al juntarse, podría decirse que don Paulino Alfonso constituye su primer representante y su maestro.

Ningún adorno, ninguna disposición preconcebida, nada concebido al efecto artificial en sus figuras ni en sus paisajes: allí está solamente una verdad desnuda como la Venus de Milo o el Apolo de Belvedere. Es un lente cristalino que enfoca los elementos de la realidad, arrancándoles su esencial virtual, poniendo de relieve esa línea única donde está el alma, el carácter, la personalidad, yendo directamente a la esencia oculta de las cosas y los seres.

Algunas de sus fotografías parecen estatuas. Conocemos las de don Crecente Errázuriz, modelo magnífico de un magnífico artista; cabeza tallada en piedra que la luz hace mármol. Hemos visto algunos de sus paisajes de líneas severas, donde la unidad ordena la variedad y le da sentido y son

populares muchos de sus retratos. Durante varias sesiones, en su casa, el señor Alfonso nos mostró los distintos tonos de su Album: uno, que será precioso documento biográfico para el futuro, donde aparece don Julio Zegers desde mozo gentil hasta anciano heroico, pasando por los distintos periodos de su existencia llena de combates y animada por uno de los temperamentos más vivos y una de las inteligencias más luminosas de esta tierra. Es un desfile emocionante el de aquellos rostros en las distintas edades, la juventud triunfadora, la madurez reflexiva, la ancianidad viril, maliciosa, con destellos de las pasadas victorias y cicatrices de las terribles luchas, hasta terminar en la inmovilidad final de la muerte. En otro volumen aparecen hombres públicos diversos, don Diego Barros Arana en su escritorio de sabio investigador, tan vivo que se le creería ver levantarse con su interminable figura de árbol encorvado, el Presidente Riesco y muchos otros altos magistrados más, en espera de la resurrección histórica. Dos



“Las lavanderas”.—La producción no alcanza a dar la perspectiva profunda y alegre de este cuadro rural, con sus aguas y sus árboles sombreados.—Pu.º

enormes tomos contienen a Chile y Santiago en 1906, con sus pampas, sus cordilleras, sus bosques, sus lagos, sus mares, sus campos pintorescos y sus recuerdos gloriosos, los monumentos públicos y los grandes paseos urbanos, aspectos de la ciudad desde

el Cerro, todo un panorama nacional esquemático y completo. Pero la joya y el tesoro de su colección, su núcleo central y el motivo de su vida fotográfica, como lo fué de toda su vida, es el Album donde conserva los retratos de su esposa. Al abriarnos sus

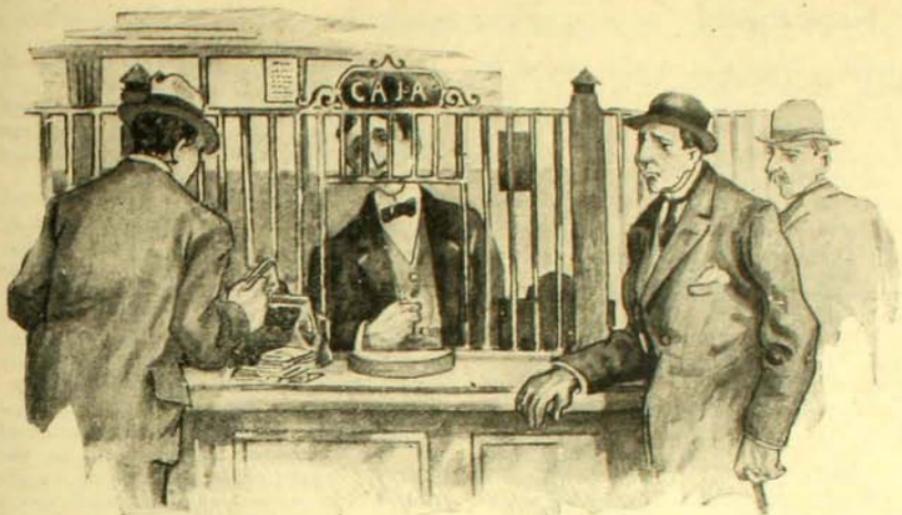
páginas el señor Alfonso oficia como un sacerdote en una ceremonia litúrgica; y tiene verdaderamente algo de sagrado ese recuerdo plástico de una perfección física e ideal sobrecogedoras. Nada más puro, más clásico, más griego que esos rostros en sus distintas expresiones y esas actitudes llenas de inmensa serenidad y de una armonía absoluta. Cada aspecto es el único, el definitivo; no se podría cambiar una línea en los cuadros ni recortarlos más allá ni más acá. Satisface inmediata y completamente el espíritu. Lo hacen reposar, abriéndole nuevos horizontes, a medida que la contemplación se prolonga. Como todo arte superior,

tienen aquellas composiciones algo de la naturaleza del infinito, un rayo de la divina paz. Imposible más gloriosa resurrección ni más perfecta y perdurable vida para una bienamada muerta.

El arte fotográfico alcanza en este volumen su cima y, llegados a ella, sólo podemos volvernos atrás y mirar, no sin asombro, el campo recorrido, el camino sorprendente, lleno de altibajos que ha hecho este procedimiento mecánico, curiosidad científica al principio, luego admirable documento de la verdad y por último soberano instrumento de belleza.



"Contra luz". Espléndida cabeza retratada por Demsey, nitida como un boceto clásico.



ROMÁN CALVO EL SHERLOCK HOLMES CHILENO.

LA SEÑORITA DE LA CHARCE

Por MIGUEL DE FUENZALIDA

I

Por varios meses había perdido de vista a Román Calvo, cuando una noche, a hora ya bastante avanzada, hizo irrupción en mi casa como una tromba

—Te he esperado inútilmente, todos estos días, me dijo sin darse siquiera tiempo para respirar y dejándose caer sobre una silla.

Román es siempre lo imprevisible. Quedé atónito.

—¿Tú esperarme? ¿Para qué?

—Desde que te has convertido en mi corredor, repuso irónicamente, ya no tengo tranquilidad para nada... En cuanto se produce un misterio, un crimen sensacional, ya te estoy viendo venir... Sin embargo, lo confieso, esta vez me he equivocado... Esas gentes nada quieren conmigo.

Miré a Calvo de hito en hito. No acababa de entenderle.

—¿A qué asunto misterioso te refieres? ¿Qué gentes son esas?

—Ignoras, pues, lo del robo de Los Queñes.

Me encogí de hombros.

—Se trata de algo tan vulgar, dije encendiendo un cigarrillo. Un incidente como otros muchos en épocas de agio y timbirimba...

—¿Así te parece?, pues, mira lo que es la naturaleza humana... Hace tiempo que no hago policía, al menos por mi gusto. Me has oído quejarme en varias ocasiones de tu oficiosa intervención en esta clase de asuntos... y ahora por el contrario, ardo en deseos de meter mi nariz en eso que te parece tan vulgar... Ha vuelto a ser el Román Calvo de otros tiempos:

siento el fuego sagrado de la caza al criminal. Tarde o temprano tenía que sucederme.

—¡Magnífico! exclamé; lo que sí me asombra es que haya venido a provocarme esta saludable reacción en un caso tan destituido de misterio, igual o muy parecido a tantos otros que leemos en los diarios casi todos los días... Es cierto que esta vez hay en el negocio ciertos perfiles romancescos, pero esa no es por cierto tu especialidad.

—Ya lo creo que no es mi especialidad... La señorita Eugenia me tiene sin cuidado ¡Pobre niña!

—Entonces conoces algún detalle ignorado.

—Cuanto sé lo he leído en los diarios.

—¿Crees tener la pista del ladrón?

—Confesarás que desde mi viejo rancho de Apoquindo ello no es fácil ni aún para mí, dijo Román poniéndose de pie... Con todo algo hay de lo que dices, pero no es lo principal... Perseguir ladrones es oficio de carabineros; yo, esta vez, voy tras de lo que es más profundo que el misterio mismo. He resuelto en mi vida problemas casi insolubles, pero siquiera estaban planeados...

—¿Qué quieres decir?

—A su tiempo me entenderás... Por ahora voy a limitarme a hacerte a mi modo la relación de los hechos... Puede que al oírlos de mi boca no sigas calificando de vulgar el robo de Los Queñes.

—Lo peor de este negocio, comenzó el gran detective, es lo que yo califico de su **horrorosa** sencillez, lo que tú has llamado su vulgaridad... Lorenzo Maldonado era el empleado de confianza en la oficina en Santiago, de la "Chilian Minning and Railway Co.", poderosa corporación norteamericana que ha comenzado a explotar un inmenso depósito de cobres de baja ley en las cordilleras de Curicó. Todo el mundo conviene en que la reputación de Maldonado era excelente; sus jefes no se cansaban de recomendarle; además era un hijo modelo, único sostén de su madre y de dos hermanas solteras; su vida era perfectamente ordenada y correcta; su sueldo bastaba ampliamente a sus escasas necesidades y se le creía dueño de algunas economías. Iba a contraer matrimonio con una señorita cumplida y a más de eso propietaria de una valiosa hijuela en Curicó... El gran mundo de Santiago había concluido por abrir de par en par sus puertas a ese joven lleno de porvenir, hon-

rado y laborioso. He ahí el retrato de nuestro ladrón...

—El gran mundo no sabía, interrumpí, que ese joven especulaba en la bolsa con dineros que no eran suyos... ¿Negarás el hecho?

—Como he de negarlo, si es evidente, continuó Román... Busco sí el móvil de tan extraña conducta... Ningún hombre en la situación de Maldonado se lanza en aventuras tan inmorales y peligrosas como esa sin una causa. Sigamos nuestro cuento. Todos los sábados, Maldonado salía de Santiago en el primer tren de la mañana para llevar al mineral de Los Queñes una gruesa suma destinada al pago de los trabajadores. Su jornada habitual nos es conocida por los relatos de los periódicos: bajaba en la estación de Curicó y se dirigía primero que todo al Banco a cobrar el cheque nunea inferior a cien mil pesos que traía desde la Oficina de Santiago. Como el tren para Los Queñes no parte hasta las dos de la tarde, Maldonado acostumbraba a dejar su maletín con el dinero cobrado en poder del propio cajero del Banco que lo guardaba en la caja de fierro y emprendía una excursión que para los habitantes de Curicó era un misterio...

—Ya no es un misterio...

—Efectivamente ya no lo es... Nuestro hombre estaba enamorado y comprometido para casarse con la señorita Eugenia de la Charee, hija de padres franceses establecidos en Chile hace muchos años. La niña vive con su madre que es viuda y con su hermano Raúl en la hacienda de Los Perales a legua y media de Curicó. Lorenzo Maldonado la conoció en los baños de Cauquenes. Parece que el futuro cuñado Raúl de la Charee, su íntimo amigo desde el colegio, hizo cuanto pudo por favorecer estos amores que encontraron una obstinada oposición por parte de la madre de la señorita Eugenia. Esta actitud de la señora de la Charee ha sido muy comentada y para los más continúa siendo inexplicable... Lorenzo era lo que se llama un buen partido...

—En efecto, observé, dentro de las ideas chilenas; pero los franceses piensan de otro modo: ellos buscan en el matrimonio ante todo la equivalencia de las fortunas; la familia de la Charee es bastante rica, mientras que Maldonado apenas poseía otra cosa que su sueldo y su buena conducta. En el Club todos los amigos de Lorenzo afirman que el vehemente deseo de ha-

cerse rico para ponerse al nivel de su novia fué la causa principal de la caída de ese pobre joven: ha pecado por amor... Esa es la parte romántica e interesante del negocio...

Román torció el gesto...

—En efecto, dijo, no hay nada más lógico ni más claro... Es lo desesperante en el robo de Los Queñes: todo él parece un silogismo del texto de filosofía del padre Ginebra... No suele ser así la vida...

—Lo cómico es tu empeño en buscarle obscuridades y misterios...

—Puede ser... pero sigamos... Maldonado se veía con su novia todos los sábados a ocultas de la suegra, en las casas del fundo de doña Domitila Pérez Izquierdo, madrina de nuestro hombre... Cosa rara en un pueblo de provincia, esta maniobra se prolongó por varios meses sin que nadie llegara a saberlo. Por otra parte, la señorita Eugenia iba a cumplir muy pronto los veintiún años y estaba resuelta a casarse sin el consentimiento de su madre. Pertenece a una familia en que la energía se puede decirse hereditaria, sobre todo en las mujeres. Una de sus antepasadas, Filis de la Charce, cuando la invasión del Delfinado por el duque de Saboya, en tiempo de Luis XIV, montó a caballo y se puso al frente de las milicias provinciales para detener al enemigo. Una estatua recuerda a aquella heroína en el pueblecito de Nyons...

—No conocía el dato...

—Otra dama de la Charce dió muerte a su marido, con su propia mano en la época de la revolución. Fué un caso trágico y digno de no ser olvidado. Hércules de la Charce, casó con su prima Pamela de la Charce. Era un d'Antignan, personaje duro, egoísta, sumido en los vicios y ávido de dinero que, haciendo traición a sus antecedentes y al nombre que llevaba, se convirtió en uno de los más furiosos jacobinos de Avignon. Pero sus violencias y su entusiasmo revolucionario eran simple cálculo. En la terrible catástrofe que ensangrentaba a su país encontró el medio de reparar el descalabro de su fortuna, y supo maniobrar con tal habilidad que logró rescatar, comprándolos en asienados y a vil precio los bienes territoriales de su familia que el mismo dilapidara antes en escandalosas orgías... Pues bien, el día que tomó posesión del viejo castillo tan indignamente recuperado, su mujer le co-sió a puñaladas... Como comprenderás la

noble dama subió a la guillotina... "Sólo con sangre podía ser borrada la mancha que ese miserable ha arrojado sobre nuestro nombre", exclamó la señora de la Charce ante el tribunal revolucionario.

—¡Qué mujer!

—Dí más bien: ¡Qué mujeres!

—Entonces tú piensas que...

—No... No pienso nada de lo que imaginas... Las historias que acabo de referirte nada tienen que ver con el vulgarísimo robo de Los Queñes... Se refieren, como ves, sólo a la familia de la señorita Eugenia, raza fuerte, atrevida, dispuesta a los mayores crímenes y a las acciones más sublimes, de una energía indomable y casi salvaje... Por de pronto, una cosa prueban esas historias: que la novia de Lorenzo Maldonado era muy capaz de casarse con él a despecho de su madre, en cuanto la ley se lo hubiera permitido...

—Así, al menos, se deduce de lo que en la prensa se ha publicado.

—En efecto. Decíamos que todos los sábados, nuestro hombre, después de dejar al cuidado del cajero del Banco de Curicó los fondos que debía llevar a Los Queñes, se iba a caballo, tomando senderos extrañados a la casa del fundo de su madrina. Allí le esperaba su prometida. Después de almorzo, volvía al pueblo con igual sigilo para tomar el tren de las dos con destino al mineral. El día del robo las cosas pasaron de otra manera... Maldonado llegó al Banco dando muestras de gran apresuramiento pocos minutos después de las once. Dijo al cajero que llevara el dinero desde luego porque no pensaba regresar al pueblo. Como los sábados hay bastante público en la oficina, muchas personas fueron testigos de la entrega de los fondos (unos ciento enarenta mil pesos, según entiendo). Maldonado los puso personalmente en el maletín y subió a caballo como tenía de costumbre. Un cuarto de hora más tarde, no Tránsito Flores, quinilino del fundo El Almendro, le abrió la puerta de trancas que conduce a los potreros de la hacienda. Era ese el camino que el prudente galán seguía todas las semanas para escapar a miradas indiscretas, hasta llegar a las casas de su madrina... Flores es el último ser humano que haya visto a Maldonado... La señorita de la Charce le esperó inútilmente. El tren de Los Queñes partió sin él y por supuesto sin el dinero... Todas las pesquisas

para encontrar al prófugo fueron infructuosas: se había esfumado como una sombra...

Salvo este detalle, el trabajo de la policía fué bastante fácil. El cajero del Banco y cuantos se encontraban en la oficina cuando Maldonado llegó a cobrar su cheque, estuvieron contestes en recordar su apresuramiento y turbación de esa mañana. Había llegado pálido, jadeante, inquieto y salió a todo galope. Más de alguno, sin conocer bastante la buena reputación del personaje, llegó a concebir sospechas... Sólo la señorita Eugenia de la Charee se obstinó al principio en defender al prófugo. Su madre, indignada, la amenazó con expulsarla de su casa, pero todo fué inútil contra su desesperada convicción, hasta que las pesquisas practicadas en Santiago, vinieron a hacer plena luz sobre el asunto. Desde el invierno último, Lorenzo Maldonado se había entregado a las peligrosas especulaciones de bolsa, y él, que no tenía otra fortuna que su sueldo, había liquidado en diferentes negocios desgraciados, pérdidas por más de ciento cincuenta mil pesos... Su corredor, acaso el más antiguo y respetable de Santiago, ha exhibido el detalle de esas operaciones.

Cuando la señorita Eugenia suyo esta circunstancia que deshonoraba definitivamente al hombre que había sido su novio, supo mostrarse digna nieta de aquellas damas de la Charee cuyas historias te he referido... "No quiero, dijo, oír más el nombre de ese miserable. Mi madre tenía razón: su amor era codicia, como acaba de demostrarlo".

—¿Continuarás ahora sosteniendo que el robo de Los Queñes es cosa vulgar?, concluyó Román, mirándome con rara fijeza.

—Hay en él mucho de romántico, lo confieso, repuse, pero tampoco negarás que no es de tu competencia... Lo que falta al acontecimiento es el misterio...

—Te he dicho que es peor que un misterio...

Román Calvo se irguió sobre su minúscula estatura con soberbio ademán.

—¡Por Dios!... Esto no quedará así, dijo con tono firme y resuelto. Es preciso que me acompañes a Curicó... Lee esa carta.

El extraordinario personaje puso en mis manos una esquila escrita en elegantísimo papel gris perla y que contenía sólo unas pocas palabras trazadas con esos caracteres gruesos y angulosos que la moda ha

impuesto a las mujeres del gran mundo.

Allí leí lo siguiente:

"Las Taguas, 17 de octubre de 1919.— Señor don Román Calvo.—Apoquindo.

Señor mío:

He recibido su carta y no tengo inconveniente para recibirle el miércoles a las once de la mañana en las casas del fundo de doña Domitila Pérez Izquierdo. Puede acompañarse del señor Fuenzalida.

Le saluda muy atentamente.—Eugenia de la Charee".

—Estilo comercial... sequedad absoluta... más orgullo que el de don Rodrigo en la horea... No parece muy amable la señorita, dije adoptando el tono de un investigador experimentado y agudo.

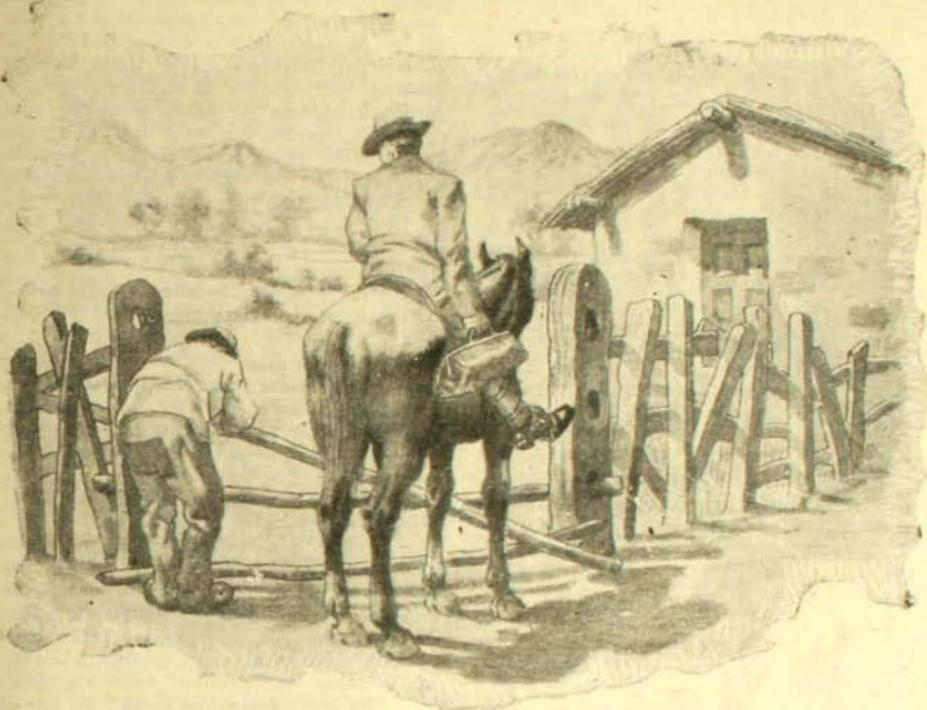
—Cuántas veces te he advertido que la investigación policial no es tu fuerte, me dijo Román, riendo... Sobre todo es peligroso juzgar de las mujeres por cuatro letras. Esas creaturas no se dejan conocer a veces ni después de muchos meses de trato. Deja, pues, en paz a la señorita de la Charee... Cuento sí con que me acompañes. Te espero el miércoles a las siete y media de la mañana en la estación Alameda.

Me incliné en señal de asentimiento. Román Calvo hace de mí lo que quieras.

II

Todos esos días me devané los sesos tratando de adivinar el secreto de la inesperada conducta de Román y de sus extrañas reticencias. ¿Qué podía seducirle en aquel negocio? Un empleado infiel que se fuga por haber perdido en la bolsa poco más de cien mil pesos que no eran suyos... El caso en sí mismo era bien poco interesante. Presentaba, es cierto, el sabor romántico de esos amores contrariados, de esas excursiones misteriosas y caballerescas... Pero el galán semi heroico había puesto a su novelesca aventura el vulgarísimo remate de una estafa sin novedad ni ingenio...

¿Era acaso la señorita de la Charee lo que atraía y sugestionaba a Román Calvo? Hasta entonces nunca le vi ganoso de penetrar en los enmarañados laberintos de la psicología femenina. Esas viejas historias de los tiempos de Luis XIV y de la revolución, esa mujer que se pone a la cabeza de hombres armados para rechazar al



invasor, esa otra que mata a su marido para vengar el honor de una raza patricia, podían ser interesantes en sí mismas, pero nada tenía que ver con lo ocurrido en Curicó.

Renuncié, como siempre, a penetrar en el fondo del problema, y el miércoles de la cita me dirigí a la estación, resuelto a ver venir los acontecimientos con la filosófica conformidad de otras veces.

Román paseaba por el andén su pequeña y mal trajeada persona.

—Nunca dudé que vendrías, me dijo... Vamos a ver quién es esa señorita.

No habló más del asunto en todo el viaje. Después de hojear rápidamente los periódicos, se puso a mirar el campo con actitud distraída.

En Rancagua me invitó a comer algunos sandwiches regados con una copa de Oporto.

—No tendremos tiempo de almorzar en Curicó, me dijo: el tren llega a las once y nuestra cita es a las once y media. El viaje desde la estación hasta el fundo de los Perales es cosa de un cuarto de hora

en automóvil y de veinte minutos a caballo, tomando por el atajo que seguía ese pobre Maldonado. Las entrevistas del galán y de la dama pueden haber sido muy tiernas pero no muy largas. La cuenta es fácil; entre el cobro del cheque y el viaje a caballo, unos enarenta minutos a lo menos y en seguida cerca de media hora de regreso: con almuerzo y todo, no permanecía en casa de la señora Domitila ni siquiera dos horas... Es poco para un amante tan apasionado.

—¿Qué quieres concluir de todo eso? le pregunté con cierta curiosidad.

—Nada, absolutamente nada... Hae'a la cuenta de nuestra excursión y por eso vamos a llevar algo de comer para el camino... La lacónica esquila de la señorita de la Charce no dice una palabra de almuerzo.

No volvió a despegar los labios hasta que hubimos atravesado el estero de Chimbarongo.

—Ahí tienes los cerrillos de Teno... deséubrete, Miguel...

—¿Crees acaso en las fábulas que se re-

fieren de esas lomas vulgarísimas? ¡Un hombre como tú! Te confieso que siempre me ha parecido absurda la tradición que ve en esta llanura sembrada aquí y allá de insignificantes montículos un campo estratégico para salteadores de caminos.

—Dí más bien que no son teatrales, repuso Román con alguna viveza, pero nada conozco más adecuado para una campaña de guerrillas: ocultan sin estorbar la libertad de los movimientos... No hay bosque ni desfiladero que llene esta doble condición. Alguna cosa podría referirte de esos cerrillos, pero lo dejaremos para más tarde; recuerda que en pocos minutos vamos a conocer a la señorita de la Charee...

Por segunda vez aquella mañana, Calvo mencionaba a la novia del infeliz Maldonado. ¡Por qué le preocupaba tanto esa mujer?

Al bajar del tren en la estación de Curicó, vimos venir hasta nosotros un joven alto, rubio, de formas angulosas, rostro alargado, nariz aguileña, ojos claros y poco expresivos, verdadero tipo de esas viejas razas feudales que va siendo raro encontrar en toda su pureza primitiva. Vestía con corrección, exenta de refinamiento, un traje de campo color cáscara claro y llevaba sobre su frente alta y huesosa un amplio sombrero de paño gris.

Saludó a Román con la benévola cortesía del hombre del gran mundo.

—Supongo, dijo, que tengo el gusto de conocer al señor Calvo.

—A las órdenes de usted, repuso mi amigo con la despreocupación y negligencia que le eran habituales... Le presento a Miguel Funczalida. ¡El señor de la Charee, no es así?

El aludido se inclinó.

Subimos los tres en un automóvil bastante viejo y cubierto de polvo. Desde que echamos a andar, comenzó a apoderarse de mi ánimo un malestar casi indefinible. Nuestra situación distaba en efecto de ser cómoda. Aquel personaje seco, altivo, que imponía con su aristocrática impasibilidad, no miraba sin duda con buenos ojos la ofensiva intromisión de dos desconocidos en aquel incidente algo humillante en que por burla cruel del destino hallábase mezclado el ilustre nombre de la Charee. Que todo aquello cayera lo más pronto posible en el olvido más profundo era cuanto esa gente debía desear, y nosotros íbamos a revolver de nuevo la triste historia.

Tuve siempre a Calvo por hombre muy

hábil, pero las dificultades de la presente empresa eran de un orden nuevo... ¿Cómo iba a interrogar a esos estirados patricios? ¿Qué forma daría a sus investigaciones sin humillar ni ofender?

Román parecía no darse siquiera cuenta de los escollos del momento. Por algunos minutos guardó silencio. En seguida, mientras liaba un cigarrillo, hizo al señor de la Charee una pregunta indiferente sobre el probable rendimiento de las cosechas, que el otro contestó con concisión y brevedad desesoperante.

—¿Será la señorita de la Charee como su hermano? fué la pregunta que me formulé.

—Usted extrañará que me interese por asuntos agrícolas, dijo el gran detective, casi con candor... pero es mi pecado... No puedo vivir sin preguntar... Con esto y la memoria que tengo he llegado a saber tantas cosas que parece increíble... No se moleste pues de mi impertinencia...

Raul de la Charee se dignó sonreír.

—En este país, continuó Román, desdénan demasiado la memoria y el conocimiento de los hechos: todo lo dan a la dialéctica... Tanto los alumnos del Instituto como los de San Ignacio están convencidos de que el gran problema de la vida consiste en probar con argumentos... Es una pretensión necia. Yo no he hecho jamás un silogismo: las cosas son o no son; cuando uno las ignora, toda la lógica del mundo está de más, por que nada sucede con lógica... Es lo que me desconcierta en el negocio de su pobre amigo Maldonado...

Nuestro huésped ensayó otra sonrisa...

—No comprendo, dijo con mucha suavidad...

El hombre parecía interrogar.

—Ustedes se educaron juntos, continuó Román, y se conocieron bastante... El tenía talento y fué sin duda un buen alumno de filosofía.

—No tanto, repuso el señor de la Charee; él quería ser médico y yo abogado; siempre discutimos el viento...

—Pero como suele acontecer a los niños, él ni siquiera inició los estudios de medicina y usted abandonó al tercer año los de derecho porque la muerte de su padre le obligó a venirse al campo para cuidar de su fundo.

—¿Sabía usted eso? dijo la Charee con no fingido asombroso.

—¿Ya lo creo! No hago política sin averiguarlo previamente todo hasta lo que

parece inútil. Por eso pierda usted cuidado... No he de molestarle con preguntas. Por ejemplo: este camino por donde vamos es vecinal y sólo sirve dos fundos: el primero a cinco minutos de aquí es el de Los Perales de doña Domitila Pérez Izquierdo, que es adonde vamos; más allá y en la misma dirección se encuentran Las Taguas el fundo de ustedes; hemos dejado a la derecha el camino de Curicó a Los Queñes que bordea aquellos cerros montuosos donde pueden verse los cortes del ferrocarril construido por los norteamericanos; la carretera de Santiago queda a la izquierda y a unas quince cuadras de aquí; un callejón plantado con álamos une las casas de los Perales con el camino de los Queñes... ¿Quiere que le haga un plano de todo?

—¿Ha vivido usted en Curicó?

—Estos potreros de la derecha son los del fundo El Almendro, prosiguió Román, como si no hubiera oído la pregunta. Aquella casa que blanquea entre los maitenes es la de ño Tránsito Flores, el inquilino que daba paso todos los sábados al prófugo cuya pista seguimos... ¿Supongo que usted, señor de la Charce, le habrá interrogado?

El otro se limitó a contestar con un signo negativo.

—La verdad, no vale la pena... Me llamó la atención en un principio que Maldonado siguiera el día de su desaparición el mismo camino que acostumbraba... Pero ello se explica con la misma inflexible lógica que distingue todos los detalles de este suceso... Claro está que él no pensó ni por un momento ganar la cordillera por el camino de los Queñes siempre traficado por gentes del mineral que le conocían. Se ha dirigido pues más al norte hacia el cajón de Tinguiririca, famoso asilo de salteadores y montoneros en otros tiempos... Seguramente habrá algún camino o senda que desde el Almendro conduce a esas montuosas serranías...

—Camino propiamente no hay, dijo la Charce; pero atravesando los potreros del fondo de la hacienda de las Taguas, es fácil ganar las cordilleras de Chimbarongo por los cerrillos de Teno...

—He ahí otro nombre célebre en los anales del crimen, continuó Román con mucha calma; todo pues se enquadra y explica maravillosamente. Lógico, muy lógico, portentosamente lógico... Veo que casi es inútil que hayamos venido.

Apenas Calvo había pronunciado estas palabras, el automóvil giró bruscamente hacia la izquierda y penetró en un angosto callejón bordeado de viejísimos álamos a cuyo extremo se divisaba un vasto edificio de corredores de antiguo estilo.

—Los Perales... Hemos llegado, dijo la Charce, saliendo al fin de su altivo e indolente mutismo.

III

La imaginación, esa loca que todos llevamos dentro, suele jugarlos chascos muy divertidos. Las románticas historias que Calvo me refiriera acerca de la familia de la Charce y cuanto había oído sobre la actitud de la señorita Eugenia en el desagradable suceso que nos llevaba a verla, concluyeron por despertar en mi alma una ardiente curiosidad por conocer a aquella niña. Había, pues, acabado por forjarme de ella un retrato físico y moral casi completo.

Era sin duda una mujer alta y esbelta como su hermano, de acentuado perfil aristocrático, espaciosa frente, ojos imperiosos, nariz aguilina, labios delgados, andar garboso y altivo... ¿Cómo concebir de otra suerte a la heredera de esa Filis de la Charce, de esa amazona de los tiempos de Luis XIV, que a caballo y haciendo chasquear el látigo, condujera a las milicias del Delfinado contra el duque de Saboya?

Así, cuando me encontré frente a la genuina y legítima señorita Eugenia, experimenté un verdadero desencanto. Nada más femenino y suave que la persona que tenía delante. Pequeña y algo gruesa, sus formas mórvidas y su andar de rata casera, gracioso y menudo, si algo evocaban era a esas francesitas de la burguesía de provincia que no tienen por cierto el tipo de heroínas de novela.

Un pelo castaño muy liso, peinado sin arte en gruesos bandeaux, servía de marco a un rostro redondeado, albo y fresco. Sus ojos, grandes y oscuros, más dulces que provocadores, su pequeña nariz de corte francés clásico, unos labios gruesos, pero bien dibujados, simpáticos hoyuelos en las mejillas y en la barba, manos y pies finísimos, un talle no desprovisto de esbeltez, tales eran los encantos de la novia del infeliz Maldonado.

Mujeres como esas no suelen provocar pasiones muy violentas, pero, yo no sé por qué, poseen cierto atractivo misterioso

sobre el corazón ya que no sobre los sentidos. Por instinto, creemos encontrar en ellas el perfecto equilibrio, la bondad innata del alma, la imagen de las virtudes domésticas, el ideal de una compañera suave y afectuosa. Los que no buscan en la mujer una reina de salón, una satisfacción de la vanidad, la belleza imponente y deslumbradora, se aficionan con facilidad de personitas como esas, que sólo provocan en la generalidad una mirada simpática y casi indiferente. La señorita de la Charce trajo involuntariamente a mi memoria la imagen de otra Eugenia immortalizada por Balzac en la mejor de sus novelas: Eugenia Grandet...

Nos esperaba en el corredor de la casa sentada sobre una silla de mimbre, y nos recibió con la urbanidad afable, pero un poco encogida de la colegiala bien educada pero sin gran práctica del mundo.

Era sin duda una excelente muchacha, ingenua y sencilla. Conversando con ella un par de minutos se adivinaba que tenía gancho, como suele decirse. La tarea de Román iba a ser mucho más fácil con ella que con su hermano.

Sin más preámbulos, el gran detective abordó la cuestión.

—Tengo que pedirle mil excusas, señorita, la dijo con dulzura extraña en él. Vengo a perturbarla en su vida, a evocar recuerdos dolorosos, y créame que sin causas muy poderosas no lo haría...

Los suaves y grandes ojos de la señorita Eugenia se cubrieron de lágrimas, pero ella permaneció en silencio.

—¿Querría usted tener la bondad de contestar algunas preguntas?, continuó Román.

—Sí, señor, pregunte usted, balbuceó ella, mirando a su hermano.

—Si estorbo, dijo Raúl de la Charce un tanto indeciso.

—De ninguna manera, repuso Calvo, sin mucho entusiasmo. La señora madre de usted no veía con buenos ojos su próximo matrimonio con el señor Maldonado. ¿No es así?

Ella inclinó la cabeza tristemente. Después, como haciendo un esfuerzo, dijo sin levantar los ojos:

—Es muy triste que esta desgracia que ha caído sobre nosotros haya sido causa de que todo el mundo hable de mi mamá... Usted no la conoce, señor: es una santa. Me quiere tanto, tanto, que yo soy para ella lo mejor y más deseable que hay en el mundo. La gente que no sabe esto, ha ima-

ginado mil tonterías para explicar su conducta. Mi mamá no pensó jamás en que Lorenzo fuera pobre o rico. Creo que cualquier pretendiente mío habría tenido que sufrir la misma oposición. Ella cree con toda sinceridad que nadie me merece, no porque yo sea rica y de buena familia, sino porque me encuentra linda, buena, superior a todas las mujeres de este mundo; porque según ella nadie es digno de mí... ¡Pobre mamá! ¡Me quiere tanto! Sufre sólo con la idea de que alguna vez me separe de ella, de que yo sea de un hombre que no me quiera ni me comprenda...

—No es cosa rara en el mundo ese egoísmo maternal, dijo Román...

—No le dé, por Dios, ese nombre tan feo, dijo la señorita Eugenia, casi sollozando. Yo no tengo a nadie más que a mi mamá en el mundo, y con ella lo tengo todo... Yo también la quiero con toda el alma... Si me atrevía a contrariarla, era porque estaba segura de que cuando conociera a Lorenzo iba a quererlo también como a un hijo. Parecía tan noble y tan bueno... Nunca salió de sus labios una palabra de queja para con mi mamá... Al contrario, la defendía siempre... Tiene razón, decía, yo no la merezco a usted, y si yo fuera su madre, tampoco encontraría un hombre digno de mi Eugenia... ¡Cómo pudo hacer una cosa tan mala! ¡Debió volverse loco!

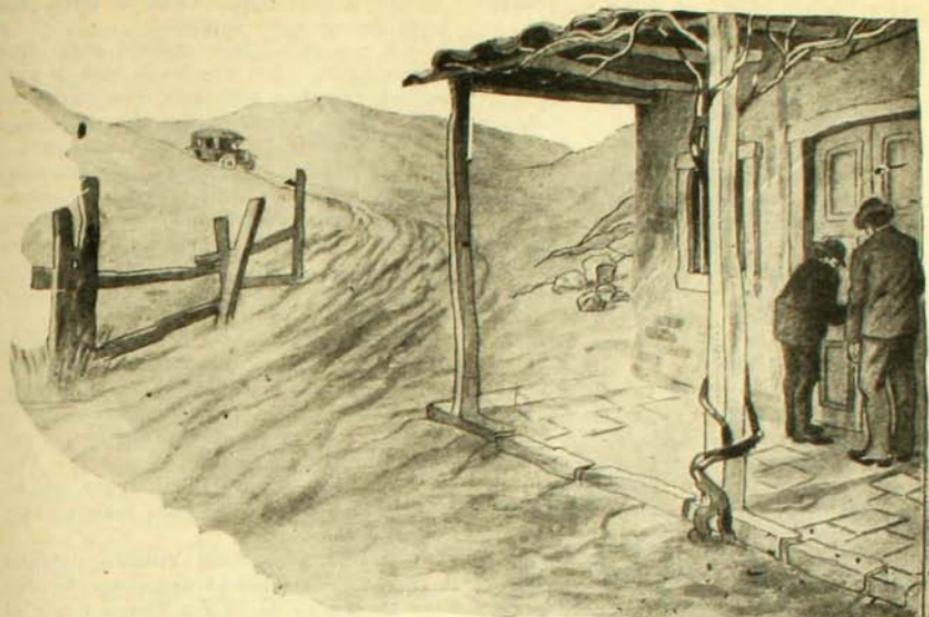
La señorita de la Charce se me iba entrando por el corazón como Pedro por su casa. Habría dado a todas las Amazonas y heroínas del Delfinado por ese tierno corazóncito que tenía al frente sobre una vulgar silla de mimbre.

Aparentemente reflexivo y socarrón como siempre, Román Calvo trataba de disminuir también su emoción haciendo girar sus pulgares con la vista fija en el suelo.

Raúl de la Charce no estaba menos conmovido; pero inflexible en su papel de gran señor frío y sereno, se alejó discretamente por el corredor, con las manos cruzadas a la espalda.

—Usted y su hermano esperaban aquí todos los sábados a Lorenzo... ¿No es así?

—Tampoco conocen los periodistas a mi hermano, cuando lo pintan como lo han hecho, dijo la señorita Eugenia... El es también bueno y noble... Es cierto que quería mucho a Lorenzo; pero, usted lo ha visto... Es tan orgulloso, tan gentil hombre, como dicen en Francia... Cuando le oí decir que en su opinión Lorenzo me ha-



ría feliz, creí tocar una estrella con la mano, porque él, como mi mamá, no encontraba hombre bastante bueno para mí. El sabía, por supuesto, todo lo que había entre nosotros, pero nunca se dió por entendido, ni delante de mi mamá ni delante de nadie. Tiene todas las tradiciones y altiveces de un caballero francés, esclavo del honor, de la dignidad, de las formas... Doña Domitila era la única persona con quien yo conversaba de Lorenzo... Mi hermano nunca ni siquiera me acompañó hasta aquí, aunque estoy segura de que deseaba que me casara con Lorenzo...

No era esa por cierto, la señorita de la Charce que habíamos ido a buscar. Me pareció que el propio Román se sentía un tanto desorientado.

El gran detective aventuró no obstante otra pregunta.

—Pero su hermano hablaría de usted con Lorenzo, dijo... Eran muy amigos...

La señorita Eugenia sonrió al través de sus lágrimas.

—Quien sabe, dijo, con sencillez encantadora. Para ser franca, creo que hablarían algunas veces. Ellos se querían mucho, eran muy amigos y se encontraban en Curicó, en Santiago y hasta en los Queñes. Raúl iba con él al mineral a veces. Pe-

ro como tiene la manía de aparecer serio, reservado y frío, no me imagino que yo haya sido el tema de sus conversaciones.

Román permaneció silencioso, mirando al suelo. Ella, inquieta, anhelosa, levantó sus ojos hacia él, y, venciendo su timidez, aventuró temblando una pregunta...

—¿Puedo tener alguna esperanza?

Román Calvo dejó esa pregunta sin respuesta.

IV

Raúl de la Charce nos llevó de nuevo en su automóvil a Curicó. Llegamos a la estación pocos minutos antes de la partida del tren expreso a Santiago que sale de allí a las dos veinticinco. Tomamos los boletos y nos despedimos de nuestro obsesivo anfitrión.

Apenas el señor de la Charce hubo abandonado la estación, Calvo, con aire preocupado me dijo rápidamente:

—¿Te molestaría que alojáramos aquí esta noche?

Aquello me sorprendió.

—¿El objeto?

—Una tontería que a confesártela me dejarías solo...

Llegué a imaginar que el gran detective deseaba completar esas investigaciones cu-

yo verdadero objeto no podía comprender.

—¡Conforme!, le dije.

—Vas a creer que soy un loco, dijo Román, pero hay algo que me retiene en Curicó, y, ya que has prometido acompañarme, voy a decírtelo. Conoces mi afición a la entomología... Pues bien, los alrededores de esta ciudad son hasta cierto punto célebres en los anales de esa ciencia. Mi profesor de historia natural fué el famoso Percival Glynn, un inglés excéntrico que pasó la vida recorriendo el mundo entero en busca de cucarachas. Durante la semana daba lecciones para ganarse la vida, y los sábados salía en compañía de sus hijos a excursionar por las breñas de la cordillera. Es preciso ser entomólogo para comprender la fuerza de esa manía. Pero vas a darte cuenta de ella. Así como un filatélico vendería su alma al diablo por conseguir un sello raro que no posee, un entomólogo no retrocede tampoco ante ningún sacrificio cuando se trata de completar su colección. Mr. Glynn era de esos. Llegó, sin embargo, el momento en que los alrededores de Santiago ya no le reservaban sorpresas, y entonces tuvo una inspiración extraña: la de irse a vivir en algún sitio de las cordilleras. Hay puntos de éstas que se recomiendan por la gran variedad de bichos que las pueblan: tal es el caso del valle del alto Choapa en Illapel, de la sierra de Pemehue en la provincia de Bío-Bío, y también de estos cerros de los Queñes entre el Teno y el Lontué.

Mr. Glynn se decidió por esta zona; pero, como carecía de bienes de fortuna, arbitró un curioso medio para conciliar sus deseos con sus posibles. El camino de los Queñes era en aquel tiempo bastante frecuentado, no sólo por arrieros que iban y venían de la otra banda, sino también por los numerosos pasajeros que frecuentaban los célebres baños del Peñón en el alto valle del Teno. Mr. Glynn se hizo edificar una modesta casita a medio camino entre Curicó y los baños y allí ganaba su vida dando de almorzar a los pasajeros... Todo fué muy bien durante algún tiempo, pero el automóvil vino a dar al traste con el negocio del entomologista hostelero... El viaje a los baños que era antes cuestión de nueve horas se hace hoy en tres; nadie tuvo por qué detenerse en el camino, y Mr. Glynn quedó arruinado... ¡Pobre viejo! Pasó sus últimos años de profesor de inglés en Temuco.

—¿Y a qué asunto viene la larga historia de ese viejo chillado?

—A que yo soy tan chillado como él y me ha venido a las mientes la idea de evocar su recuerdo buscando coleópteros en esas mismas serranías que fueron teatro de sus últimas hazañas entomológicas... Pero... aguarda: es preciso que hagamos siquiera el ademán de partir... Cuando llegue el tren nos subiremos al primer carro que nos toque en suerte... Después bajamos por el otro lado y nos quedaremos esperando algunos minutos entre aquellos carros de carga... ¿Entiendes?

Una sospecha terrible comenzó a trabajarme la cabeza... ¿Estaría Román Calvo en sus cinco sentidos? Sus acciones de una semana a esa parte tenían tal sello de extravagancia y novedad que era el caso de ponerse a pensar lo peor... Por desgracia, los acontecimientos que se siguieron no fueron como para tranquilizarme ni mucho menos.

En efecto. Verificada nuestra extraña maniobra, Román tomó tranquilamente conmigo el camino de la vía férrea hacia el sur de la estación; entró en el pueblo por una callejuela casi desierta y se detuvo ante una tienda de mercaderías surtidas. Allí compró un enorme quitasol de algodón blanco con forro verde y un grueso bastón de camino. En una botica cereana adquirió igualmente un frasco de boca ancha donde introdujo unos algodones empapados en un líquido fétido. Después me pidió que lo esperara un momento mientras él despachaba cierto negocio en la trastienda.

Eran más de las tres y media cuando le vi reaparecer.

—¡En route!, me dijo alegremente. Aquí está nuestro carruaje.

Un automóvil Ford casi tan viejo y polvoriento como el de la familia de la Charce nos esperaba a la puerta de la botica.

Salimos a buena marcha; pero, contra lo que yo esperaba, no tomamos el camino de los Queñes sino el de Poleura. Sin embargo, diez cuadras más allá del pueblo torcimos hacia el norte, y luego nos encontramos caminando hacia la cordillera.

—Vamos bien, dijo Román.

Por unos veinte minutos atravesamos los callejones que sirven los campos de riego al oriente de Curicó, hasta que por otro desecho llegamos al camino de los Queñes.

Estas maniobras comenzaron a darme que pensar y, lo confieso, llegué a temer

por mi propia seguridad. Iban a dar las cuatro, en tres horas más cerraría la noche, y heme aquí solo en viaje hacia las serranías de la cordillera llevado por un chauffeur como Calvo, cuya competencia como conductor de vehículos y cuya sensatez me eran igualmente sospechosas.

Salimos luego de la zona habitada y nos engolfamos por el cajón del Teno. A nuestra izquierda el pedregoso cauce del río y a nuestra derecha cerros cubiertos de bosques... Nada más que eso: ni campos de cultivo, ni siquiera ranchos... La soledad encogió el alma.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!, exclamaba Román a cada rato. No hay peor vecindad que la del hombre para los insectos... Aquí debe haber maravillas entomológicas... Mr. Glynn supo escoger el lugar de su residencia... Uno que otro pasajero para comer y pagar en su hotelucho y miles de deliciosas bestezuelas al alcance de su paraguas...

A cada momento la soledad iba siendo más inquietante. A la verdad deseaba ardentemente ver el término de aquella insensata expedición.

Por fin, tras de una puntilla que se avanzaba sobre el río, apareció una quebrada selvática, una especie de abra cubierta de matorrales en cuyo fondo vimos una casa de corredores, cubierta de tejas verdosas por la humedad... Aquello estaba completamente desierto... Sin duda ese edificio no era habitado desde muchos años atrás.

—Te presento la casa de Mr. Glynn, la célebre posada de nuestro entomólogo y hostelero, me dijo Román, con tono solemne... Antes que se ponga el sol podemos dar una batida por estos matorrales. Los insectos que encontremos no serían ni siquiera larvas en la época en que pudieron temer el entusiasmo científico de mi maestro... Con todo... Siempre la naturaleza es la misma... Quiero encarnarme por algunos minutos en el recuerdo inolvidable de Percival Glynn, y si hallo algún bicho no descrito, llevará su nombre...

Y, con gran sorpresa mía, Román abrió su paraguas y le puso extendido a los pies de un arbusto. En seguida, como presa de un extraño furor, comenzó a dar tremebundos palos en el ramaje con su bastón.

Entonces sí que me convení de que me la había con un loco.

Después de algunos segundos de aque-

lla absurda paliza, Román se inclinó sobre el paraguas abierto, y, empuñando con una mano el frasco que trajera de Curicó, empezó a recoger con la otra lo que yo imaginé serían las basuras que cayeran del arbusto al choque de los furiosos bastonazos que le propinara.

Al fin se incorporó triunfante.

—Mira, me dijo pasándome el frasco.

Y, con gran sorpresa mía, vi allí dentro un sinnúmero de bichos de todas formas y colores que, envenenados por las emana-



ciones del líquido que empapaba el algodón, iban cayendo muertos o por lo menos inmóviles en su cárcel de cristal.

—No hay manera más eficaz de cazar coleópteros... dijo mi amigo, ahora vamos a otro árbol.

Repitió la misma operación varias veces en diversos puntos de la quebrada, y ya iba a ponerse el sol cuando, urgido por mis instancias, se resignó a volver al automóvil.

Pero, cuando nos acercamos a la anti-gua y ruinosa casa en que habitara Mr. Glynn, se detuvo.

—Quisiera conocer ese que fué santuario de la ciencia, murmuró.

Dimos una vuelta completa al edificio, pero su única puerta, aunque muy vieja y casi podrida, estaba cerrada con llave. Román examinó la chapa con mucha atención.

—Es ordinaria, dijo, y nada costará abrirla.

Y, como un ladrón vulgar, sacó del bolsillo una ganzúa, la hizo girar un momento y la puerta quedó abierta.

Recorrimos varias piezas, todas cubiertas de polvo y telarañas pero sin un solo mueble... Nada había allí que recordara al excéntrico sabio.

—Los insectos se han vengado de él, observó Román... Hay aquí tantos que bien pudieran enriquecer un museo de historia natural.

Por fin, en una pieza de las principales había algo más que la soledad y el vacío: una mesa de madera blanca, coja y sucia, y sobre otra mesilla situada en un rincón algo que tenía el aspecto de un instrumento científico. Al principio creí que era un estereoscopio de los que sirven para entretener a los niños pero Román me sacó de mi error.

—Es un bináscopo, dijo, un antejo binocular que sirve para observar los insectos prodigiosamente aumentados.

Diciendo esto encendió un cabo de vela que allí había y aplicó los ojos sobre los oculares del instrumento.

—Mira, me dijo; es interesante.

Quedé maravillado. Sobre un fondo gris, se destacaba brillante y gigantesco, un coleóptero tal como jamás encontró naturalista alguno ni en las más profundas y exuberantes soledades de los trópicos. Sobre sus élitros despedían metálicos fulgores todos los colores del arco iris. Su tamaño era sencillamente prodigioso.

No me cansaba de mirar aquel verdadero portento de la naturaleza.

—Es lisa y llanamente el Curis Bella, me decía Román entre tanto; es un encarnado tan lindo poco común en Chile... Si tan raro y hermoso te parece es porque lo ves aumentado cincuenta diámetros... Cuestión de tamaño... Así suelen juzgar los hombres de lo bello.

Volví la cabeza para replicarle y entonces noté con espanto que Román tenía enarbolada sobre mi cabeza una pesadísima

barreta en actitud de despedazarme el cráneo.

—¡Te has vuelto loco! exclamé, dando un salto atrás.

Román se echó a reír ruidosamente.

—¡Pierde cuidado! ¿Creías que iba a coger coleópteros sobre tu cabeza...? Es hora ya de que regresemos a Curicó.

—Mira como Mr. Glynn se dejó olvidado el bináscopo, dijo Román en el camino... Tentado estuve por traérmelo, pero a nadie menos que a mí es permitido ser ladrón.

Y no pronunció una palabra más hasta que concluimos de comer en un miserable hotelucho de Curicó.

—Vas a permitirme que me ausente por una hora larga, me dijo entonces... Tengo que hacer una visita y no conviene que salgamos juntos.

Era media noche cuando regresó. Yo me había acostado ya, pero él se sentó con mucha calma junto a la mesa y empezó a examinar silenciosamente con un lente los bichos que contenía su frasco entomológico.

Cuando desperté, al día siguiente, él estaba vestido.

—¿En qué tren partiremos?, pregunté.

—En ninguno, repuso con soberbio desdén... He encontrado aquí verdaderas curiosidades... Si quieres, regresas solo... Yo volveré esta tarde o mañana al camino de los Queñes; he resuelto apoderarme del bináscopo y con legítimo derecho de propiedad... Para ello es preciso que esperemos algo.

Me resigné... Aquellas extrañas manobras me tenían muy intrigado.

El día transeurrió aburrido y sin incidentes. No habían dado las cinco de la tarde, cuando Calvo me llamó desde el patio.

—Ya es hora, dijo brevemente... Vamos por el bináscopo.

Y quieras que no, me metió en el automóvil de la víspera.

Comenzaba a obscurecer cuando llegamos a la casa de Mr. Glynn. Con gran sorpresa noté que había junto a la puerta varios caballos ensillados y otro automóvil.

Dos señores muy graves con todas las características de autoridades de provincia, un oficial y cuatro soldados de policía salieron a nuestro encuentro.

—¿Se han cumplido fielmente mis instrucciones?, preguntó Calvo al oficial.

—Al pie de la letra.

—Entonces a la cocina.

Todos penetramos a la última pieza de la casa.

—Aquí dijo Román, pasando una barreta a uno de los soldados. Levante el cuarto y quinto ladrillo de la tercera fila... Esos mismos...

Todos nos mirábamos asombrados y perplejos.

Cumplida aquella orden, mi extraordinario amigo se inclinó sobre el suelo y, después de revolver la tierra por un momento, extrajo un objeto oblongo cubierto de polvo...

—Es el maletín del pobre Maldonado, dijo con sublime sencillez... Abralo, señor juez, y compruebe si se encuentran en él los ciento cuarenta y tres mil quinientos sesenta y cinco pesos, robados a la Chilian Mining and Railway Company...

Bajo las temblorosas manos del magistrado, se escaparon del abierto maletín muchos fajos de billetes.

—Ahora, a la sala grande de la derecha, continuó el imperturbable detective, sin dejar transparentar la menor emoción.

Era la sala del binóscopo.

—La tarea será aquí más larga, dijo Román calmamente. Mientras el señor juez cuenta ese dinero, van los guardianes a sacar esas tres filas de ladrillos, comenzando desde este punto y concluyendo en este otro.

Y con su bastón señaló en el suelo un largo rectángulo.

Iba ya a terminarse el trabajo, cuando el juez se incorporó.

La suma está justa, exclamó... Es usted un hombre admirable.

—¿Justa?, dijo Calvo... Bien lo presumía... Ahí está, pues, lo robado y aquí el presunto ladrón...

Y atacando él mismo con la barreta la tierra húmeda que dejaron en descubierta los ladrillos extraídos, dejó ver a nuestros ojos horrorizados un cadáver ya en vías de descomposición...

—Aquí está el cadáver de Lorenzo Maldonado, exclamó con una solemnidad que no le era habitual... Aquí está el cadáver de un hombre honrado, víctima del más alevoso de los crímenes... Quién le haya conocido puede reconocerle...

Todos se inclinaron ávidamente sobre el fúnebre despojo.

—¡La justicia le vengará!, exclamó el juez con acento melodramático.

—No, dijo Román, no le vengará... El autor de este crimen está muy lejos de vuestra justicia... Ella no puede alcanzarle... La mano de Dios le ampara... ¡Así lo quiere Román Calvo...! Buscadle, añadió con tono sarcástico, buseadle y no le encontraréis. ¡Yo lo juro...!

Pero el juez de Curicó es todo un hombre: mirando a Román con aire de profundo misterio, dejó escapar lentamente estas palabras:

—¡Ah! Ya entiendo... Una venganza... de honor...

Todos nos estremecimos... Una baja; una inmoble sospecha atravesó por nuestros cerebros, y un nombre adorable y purísimo comenzó a flotar en aquella estancia trágica y sangrienta.

Román miró al juez con un gesto de fiera acorralada.

—Me obliga usted a hablar, dijo con rabia, pero no pronunciaré el nombre del asesino: un deber sagrado me lo impide... No: no se trata de una venganza de honor... El robo ha sido el móvil de este atroz homicidio, y lo que hay en esta pieza está indicando quién es, o mejor dicho, qué es el matador... ¿Tendría el señor juez la bondad de examinar el cráneo de la víctima?

El magistrado se inclinó sobre el cadáver.

—Tiene el hueso occipital fracturado, dijo incorporándose.

—Descúbrale ahora el pecho, continuó Calvo impassible.

El juez no pudo evitar que una exclamación saliera de su garganta...

—¡Santo Dios! Una profunda herida de daga entre la cuarta y la quinta costilla... La muerte ha debido ser instantánea...

—¡Dubois!, gritó el oficial de policía.

—¡Dubois!, repetimos todos.

—Sí, señores, dijo Román, un discípulo, un émulo de Dubois... Todos ustedes recuerdan el cobarde y alevoso sistema de aquel asesino célebre. Se introducía furtivamente en el escritorio de algún comerciante que trabajaba solitario después de la partida de sus empleados. Con un pretexto cualquiera, conseguía que su víctima escribiera una carta... y entonces, rá-

pidas y seguramente le derribaba desvanecido con un golpe de laque; la daga hacía entonces su oficio sobre aquel cuerpo insensible... Pero aquí Lorenzo Maldonado no ha escrito carta alguna... El criminal usó de otro medio... Héle aquí... Veán ustedes ese aparato...

Y señaló con el dedo el binóscopo...

Uno a uno, todos los circunstantes contemplaron la prodigiosa visión.

—Mientras el infeliz se extasiaba así, el otro lo aturdió, dijo Román.

—Quien ha cometido ese crimen, afirmó con convicción profunda, es un entomólogo... Sólo a un entomólogo pudo ocurrírsele semejante cosa.

—Es evidente, exclamaron todos haciendo coro al juez.

Sólo Román guardó silencio.

—Quien quiera que sea, dijo después de un momento, está ahora muy lejos del alcance de la justicia... El no puede volver la vida al pobre Maldonado... la vindicta social es imposible... el dinero robado está en manos del juez... la honra de la víctima a salvo... No hay utilidad ninguna en perseguir lo que no puede ser perseguido, y el nombre del asesino quedará para siempre como un secreto entre Dios, él y yo...

V

Como era de preverlo, las pesquisas de la justicia resultaron completamente inútiles.

Por muchos meses luché en vano por arrancar de labios de Román la clave de aquel misterio prodigioso.

Una tarde del mes pasado logré sacarlo de su aislamiento para llevarle al teatro. Iba ya a comenzar la representación, cuando penetré en un palco, acompañada de una señora de edad madura y de un joven muy elegante y distinguido, nuestra antigua conocida la señorita de la Charee...

El rostro de Román Calvo se puso densamente pálido.

—Es ella... me dijo, muy bajo; pobre niña: es joven y nacida para amar y ser amada... Dios la bendecirá con el olvido. Merece ser feliz y lo será...

Reconocí en el compañero de la señorita Eugenia a uno de los más brillantes partidos de la alta sociedad de Santiago, un joven rico, de gran corazón, de alma bella, a quien todos pronosticaban un espléndido porvenir...

—Sin duda ya se aman, murmuró Román, ¡Dios los haga felices!

Permaneció meditabundo durante toda la representación, y, luego que salimos, me tomó del brazo con nerviosidad extraña en él...

—Ven, me dijo, tomaremos una cerveza en el Richmond... Tengo necesidad de referírtelo todo...

Se comprenderá la avidez con que lo escuché...

—Desde el primer momento, me dijo, vi casi claro en ese negocio... De allí mi vehemente deseo de mezclarme en él: era para mí casi un deber de conciencia... Había que salvar el honor del muerto y que evitar el castigo del matador... Sin mi intervención, acaso hubiera sido posible lo primero, pero no lo segundo.

Es inútil ponderar la necesidad de la policía. Bastaban los datos publicados por los diarios para comprender que la explicación que corría de los sucesos era absurda. Maldonado venía perdiendo dinero en la Bolsa desde catorce meses antes del suceso y todas sus cuentas fueron siempre religiosamente canceladas a su vencimiento... El dinero que supusieron había robado no era por tanto para pagar lo que ya estaba pagado... ¿Cómo no vieron eso?

—Se pudo suponer que tenía algún medio de procurarse siquiera momentáneamente las sumas necesarias...

—Nada autorizaba dicha suposición... Pero hay otro detalle más significativo... Cuantos le trataban aseguran haberle visto siempre alegre, tranquilo, confiado... Un joven de su posición y de sus esperanzas que poco a poco ve derrumbarse su porvenir es natural que se muestre preocupado. Sólo una vez lo estubo: la mañana misma del crimen... Es cierto que entonces también tenía que cancelar una nueva pérdida de unos quince mil pesos... Ello no era para llevar a una pérdida definitiva a quien ganaba un sueldo de más de treinta mil e iba a casarse con una niña bastante rica...

Es además muy raro que alguien cometa una acción tan infame y peligrosa como jugar lo ajeno sino es arrastrado por una necesidad imperiosa o por el vicio... No era éste, por cierto, el caso de Maldonado... Su situación era excelente y tenía por delante un bello porvenir... Tampoco necesitaba enriquecerse para casarse: la señorita de la Charee, esa encantadora y

avasionada niña que, bajo sus formas suaves y amables oculta las energías de una raza de mujeres heroicas, estaba resuelta a ser su mujer de todas maneras... ¿Vas viendo el absurdo? A mí me golpeó, desde el primer momento con fuerza irresistible.

—El hecho es que jugaba a la Bolsa...

—Con dinero que no era suyo porque él no lo tenía, y que no había robado porque no se divisa dónde pudo robarlo, y porque no estaba en la situación ni en el estado de ánimo que hacen los ladrones... Por consiguiente, jugaba lisa y llanamente por cuenta ajena... por complacer a alguien que por una u otra circunstancia no podía o no quería figurar en la Bolsa...

—En todo caso ello no es muy correcto.

—¿Por qué? Supón que el tercer individuo en cuestión no vivía en Santiago, o que ría evitar los reproches de una esposa o de una madre... Supón, además, que Maldonado debía a ese individuo consideraciones muy especiales. Todo ello es más sensato que el sistema de los periódicos y de la policía.

El azoramiento y turbación de Maldonado la mañana en que desapareció, me dieron también mucho que pensar. No pudo ser causada por la perspectiva de una pérdida de quince mil pesos: tenía más de nueve mil a su haber en el Banco y acciones de Antofagasta por valor de otros diez mil; sus economías de 2 años... Si había recibido malas noticias eran de otra naturaleza: él estaba muy enamorado... Ya comprendes de qué lado pudo venir el golpe.

—Sin embargo, la señorita de la Charce



le esperaba ese día tan llena de cariño y de ilusiones como siempre.

—Justo... y eso fué precisamente lo que averiguamos de ella misma. Era un dato precioso... Luego, alguien le dió una noticia falsa con el objeto de tenderle un lazo... ¿Quién pudo ser ese alguien...? Tú mismo vas a nombrarle...

—¡Raúl de la Charce!, exclamé horrorizado...

—¡Tú lo has dicho! ¡Raúl de la Charce! Sólo un hombre pudo disponer del afecto y de la abnegación de Lorenzo Maldonado, hasta el punto de hacerlo intermediario de su detestable manía de jugar en la Bolsa, manía que le llevará hasta el borde de la ruina... Sólo él también pudo darle ve-

rosimilmente una noticia capaz de trastornarle en la forma en que todos le vieron en la mañana de aquel sábado trágico... ¿Ves ahora claro? ¿Comprendes que dirigiera yo mis investigaciones hacia ese lado? Por dos caminos distintos, en Raúl de la Charee vinieron a converger todas mis sospechas... Tuve luego de ello la prueba evidente. El indigno hermano de la señorita Eugenia no especulaba sólo en la Bolsa. Más que agricultor era traficante en ganado. Compraba piños enteros a los arrieros argentinos para revenderlos en la feria de Curicó. Sus negociaciones en ese terreno tampoco fueron siempre muy felices, como suele ocurrir a los hombres demasiado ávidos de dinero... So pretexto de examinar las cuentas de la Chilian Mining and Railway Co., me impuse en el Banco de Curicó del movimiento de fondos bastante considerable del señor de la Charee... A cada pérdida de Maldonado en Santiago corresponde un giro, casi por igual suma, de la Charee en Curicó... No se trataba en estas ocasiones de compras de ganado como tú comprendes...

Todo lo vi, pues, claro, con tanta mayor razón, cuanto que la familia de la señorita Eugenia, si ha producido nobles y heroicas mujeres, no es escasa de innobles bandidos: aquel jacobino muerto por su mujer durante la revolución no me dejará mentir, y podría citarte otros ejemplos...

Lo más difícil era averiguar el sitio mismo de la emboscada... Juré encontrarlo, y, como es natural, mis investigaciones se dirigieron de preferencia a esas cordilleras desiertas, donde había residido mi antiguo maestro Mr. Percival Glynn... El camino que tomó Maldonado la mañana de su muerte, sólo conduce a campos de cultivo muy poblados y a esa solitaria serranía... Allí había que buscar, y una sola ojeada a la puerta de la antigua y ruinosa casa que habitara el excéntrico entomólogo, bastó para convencerme de que había sido el teatro del crimen. La habían adoptado una cerradura vieja y mohosa pero recientemente colocada... Quisieron impedir que alguien, por mera curiosidad penetrara a aquel recinto por tantos años abandonado, y al cual verosíblemente nadie en mucho tiempo tendría interés en entrar.

En la sala del erimen, no sólo el bináscopo llamó mi atención. Una gruesa capa de polvo cubría la mesa coja, las sillas y

el alféizar de las ventanas, pero el pavimento estaba casi limpio... Lo habían barrido para hacer desaparecer los vestigios de una remoción reciente... Las junturas algo más húmedas de algunos ladrillos me mostraron el sitio preciso donde estaba enterrado el cadáver... Fuí menos afortunado en lo que respecta al maletín, porque no supuse que lo hubieran ocultado allí mismo; aunque ningún escondite más cómodo e inaccesible que esta casa, para una gruesa suma de dinero en billetes chiecos que era peligroso llevar a un Banco, o guardar consigo.

Hice ante Dios mi examen de conciencia... Aquella encantadora señorita de la Charee me perturbaba con su recuerdo... Bastante desgracia era la suya de haber perdido a su novio en forma tan cruel... El castigo del asesino iba en seguida a arrojar sobre su nombre una mancha indeleble. Pronto mi resolución estuvo formada. Esa misma noche escribí al juez y a la policía de Curicó para que hicieran custodiar la casa siniestra, y al señor de la Charee ofreciéndole no denunciarle si devolvía el producto de su robo y con él el honor de su víctima.

Esa misma tarde recibí la respuesta del miserable por el correo de Curicó... Con letras de imprenta toscamente trazadas a pluma, esa respuesta contenía sólo estas palabras:

“Cocina. Cuarto y quinto ladrillo de la tercera fila del fondo”.

—¿Y el entomólogo?, pregunté con avidez.

Román sonrió tristemente.

—Hice cuanto pude por sugerirte esa idea imbécil... Los entomólogos no asesinan sino a los cucarachos. Mr. Glynn hizo admirar seguramente a la Charee, cuando éste era niño, las maravillas del bináscopo... Con aquella imaginación para el crimen propia de los cerebros europeos, el asesino recordó aquellas impresiones y compró ocultamente un aparato del mismo género... Nada más fácil que inducir a su víctima a contemplarlo...

¡Pero un entomólogo...! ¡Qué cosa más ridícula...! Perdona que te haya embaucado con esa mentira inocente... Ella salvó el honor y la felicidad de una niña digna de gozar de todas las prosperidades de la tierra... A Raúl de la Charee que lo castigue Dios...

ANTE EL FÉRETRO DE RODÓ

Debido a especial deferencia hacia "Pacífico Magazine" de parte de la señora Delia Matte de Izquierdo, Presidenta del Club de Señoras, nos es dado publicar en seguida la magistral oración fúnebre que el notable poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín, pronunció ante el Pórtico de la Universidad de Montevideo, en circunstancias en que todo un pueblo acompañaba hasta su tumba al más alto pensador de la América actual. Dicha oración fué enviada especialmente por su autor al Club de Señoras de Santiago y nos es particularmente grato insertarla, no sólo por tratarse de una pieza maestra, sino porque da de cuerpo entero las figuras de Rodó y de Zorrilla de San Martín, lámpara el uno y destello el otro, para no pocos espíritus chilenos.

Señores:

Es éste el momento solemne en que la Universidad de Montevideo, después de haber recibido el cuerpo de nuestro hermano José Enrique Rodó, y después de haber pasado toda la noche a su lado con el pueblo, a la luz de las antorchas y de las estrellas, va a entregárselo a vosotros, a todos y a cada uno de vosotros, al pueblo del Uruguay, para que, envuelto en la bandera de la patria, lo llevéis, formando cortejo, a su última morada, y lo dejéis en su casa de la ciudad silente; en la que viven nuestros inmortales.

El Presidente de la República, señores, presidirá nuestro cortejo; él, que, hoy más que nunca, quiere llamarse el primero entre los iguales acompañará con nosotros esos despojos, y será su mano la que encenderá por

el pueblo la lámpara que alumbrará su recuerdo en la clave del arco sepulcral.

Ni la Universidad ha querido entregar, ni el Presidente recoger con nosotros esos despojos en completo silencio, por más que nada hubiera sido quizás tan elocuente como el que nos rodea, y ha sido a mí a quien ha cabido

el honor de buscar en mí mismo sus palabras; en mí mismo, en esa región silenciosa de alma en que, según frase del propio Rodó, "se ahonda en los sentimientos humanos hasta anular toda discordia individual, y se llega a la profundidad remotísima de las afinidades y los estímulos primarios y a las honduras de la vida elemental, en donde todo habla un solo y transparente idioma, cuyo recuerdo despertará en la conciencia de los hombres, a la evocación de la armoniosa teurgia".

Al pensar, señores, respetuoso de mí mis-



Don José Enrique Rodó

mo, en la alta representación en que os dirijo la palabra, yo quiero creer que el Presidente de la Nación, al acordarse de mí para que sea su voz, me ha delegado, por razones afectivas que me conmueven, el ejercicio de la más alta de sus atribuciones, de la que, a través de todas las modificaciones o reformas institucionales, permanece intacta en él, y le imprime su carácter: la que se refiere al cultivo de las relaciones exteriores de la nación; la que pone a esta en contacto con aquellos que no están dentro de sus fronteras, ni bajo la jurisdicción de sus leyes, ni bajo el imperio de sus jueces; con los hombres que generalmente suelen ser llamados extranjeros.

Ese hombre muerto, señores, cuyos despojos hemos seguido hasta aquí, y vamos a llevar a su sepulcro; ese, cuya sombra estamos viendo a través de los colores nacionales que envuelven su féretro, como si estuviera en las azules profundidades del mar, ése no está ya dentro de nuestras fronteras; como Ariel, el genio del aire, que fué prisionero del mago, ha sido puesto en libertad; vive en la ciudad remota, en esa región, de que él mismo nos hablaba, "en que se aspira el frescor de lo infinito, y se contempla el original de todas las cosas, y se embebe el alma en la lumbre de eternidad".

Ese ausente... ¿es entonces un extranjero entre nosotros?

A contestar lo que todos vosotros estáis diciendo en estos momentos, señores; a decirlo por mi boca, en nombre de todos y cada uno de vosotros, y, más aún, del ser orgánico vivo que vosotros constituís con él, de la nación, de la persona uruguaya, a eso ha venido el Presidente de la República; a decir que, aunque habitante de esa región desconocida en que discurren las divinas sombras coronadas, José Enrique Rodó no es ni puede ser un extranjero para nosotros; es tan ciudadano de nuestra tierra y de nuestro tiempo como lo es de su cielo y de su eternidad. Más aún que a formar o acrecentar su gloria, por lo tanto, el Presidente ha venido a recoger, reverente y agradecido, lo que él nos envía y que nos es necesaria.

Sí, señores; no es necesaria. Está ya dicho, pero es preciso recordarlo ahora, que las patrias más aún que de sus hijos vivos

se forman de sus grandes hijos muertos.

"¿Qué inglés que nosotros hayamos hecho nuestro Shakespeare. El imperio de la India Shakespeare, qué millón de ingleses no daríamos antes que desprendernos de ese rústico de la aldea de Stratford?... Si se nos llegase a preguntar ¿queréis abandonar vuestro imperio de la India o vuestro Shakespeare? ¿Preferiríais no haber tenido nunca un imperio de la India o no haber tenido un Shakespeare?... Con o sin imperio de la India, nosotros no podemos prescindir de nuestro Shakespeare. El imperio de la India se irá de todos modos cualquier día; pero este Shakespeare no se va; permanecerá siempre con nosotros".

Los orientales, señores, no podremos ya pasarnos sin nuestro Rodó; cuando él nació, creció enormemente nuestra población; el permanecerá siempre con nosotros; ni él ni nuestra tierra podrán ya desaparecer, mientras haya hombres en el planeta que hablen en lengua castellana.

¿Qué es? ¿Qué fué? ¿Qué obra hizo ese hombre para que así lo levantemos en alto?

No es este el momento, señores, de las biografías ni de los juicios críticos. Al citar el nombre enorme de Shakespeare, yo no he querido adelantarme al porvenir. Yo estoy viviendo y quiero vivir sólo en el presente. Rodó, para nosotros, es, en este momento, un hecho. un hecho que esplende a la luz de este glorioso día de sol, y que no puede negarse sin negar al mismo sol. ¿Quién no siente, en efecto, esa sonante aclamación al nombre de Rodó, y al de su patria, que nos lleva de los cuatro vientos del espíritu humano? No podríamos, sin arrebatar al celoso tiempo sus derechos, afirmar que no cuenta nuestra América con un hombre de letras de la talla de Rodó; pero sí podemos afirmar, porque está a la vista, que jamás una aclamación semejante a la que estamos oyendo se ha levantado en torno de la memoria de un hombre americano. Ese nombre, señores, es ya dueño del espacio. Todo hace creer firmemente que lo será también del tiempo, y debemos ser nosotros los que primero lo creamos.

Junto con los ruidos del mar, cuando Rodó regresaba a su patria callado para siempre, nos ha llegado ese acorde universal de las

humanas lenguas, que aún resuena en el viento, y recorre el mundo en sus ráfagas sonoras. Nuestro noble embajador, el fiel conductor de sus despojos, nos contaba ayer cómo Italia, la generosa Italia, despidió a nuestro muerto en italiano, cubriéndolo de flores; Gabriel Hanotaux, intérprete del alma fortísima de Francia, apóstol de su fraternidad con América, lo saludó en francés, al sentirlo pasar por el océano; el hermano Brasil, concentrado en Río Janeiro, lo ha aclamado en portugués...; nosotros, señores, nosotros lo llamamos, lo estamos llamando en castellano... pero con nuestro acento inconfundible, con el de uno de los de la gran familia hispánica esparcida por el mundo, con el mismo, que él no puede confundir entre millares, con que lo llamaba su madre, y en que le enseñó el nombre de Dios; con el mismo en que cambió sus primeras impresiones con los amigos de la infancia, y habló con la expresiva naturaleza que lo rodeaba, con el cielo, con los pájaros nativos, con las verdes colinas melodiosas de nuestra tierra. Y esa, esa lengua en que lo estamos llamando, esa fué la materia prima con que él construyó su obra, el maravilloso instrumento en que hizo vibrar las armonías de su luminoso espíritu.

Porque es eso, señores, las armonías de las palabras que habló, lo que constituye la quintaesencia quizá de esa gloria que estamos recogiendo. Rodó fué el vidente de sí mismo y el pensador intenso que todos reconocen; fué el anhelo apóstol de las armonías morales fundadas en amor; fué, para las juventudes, sobre todo, para las de la familia americana en particular, el ejemplar maestro de los idealismos y las abnegaciones y las caridades; pero fué, ante todo y sobre todo, y más que todo, el artífice inimitable de su verbo; él enriqueció nuestra lengua castellana, no propiamente con nuevas voces, pero con una nueva voz; en la suya, en su voz personal, se formaron sonoridades no escuchadas aún, nuevos ritmos de la prosa castellana, que brotaban de su esencia, como nuevas revelaciones de sus tesoros y de su vida perdurable.

No es ahora el momento, señores, de penetrar demasiado en la sutil distinción en

tre la forma y la sustancia; en sí es o no es exacta aquella interesante doctrina filosófica según la cual "sustancia" es aquello de que una cosa está hecha, y "forma" es la cosa misma con exclusión de la sustancia; pero, para precisar mi concepto sobre la quintaesencia de la gloria de Rodó, queremos recordar la profunda frase de Montaigne: "Homero, dice el pensador francés, Platón, Virgilio, Horacio, el mismo Moisés, considerado como escritor, no exceden a otros publicistas sino en sus locuciones y sus imágenes".

Rodó, señores, como cincelador de su verbo, ha sido el representante más genuino de la dignidad de las letras; de esa función de alma que podríamos llamar **reproducción espiritual**, ley recóndita de las grandes almas, mezcla de supremo egoísmo y de abnegación suprema, en que el hombre se ama a sí mismo en su propio verbo, y se reparte a sus hermanos, convertido en pan del alma. Es esa, señores, la operación que más enaltece a la criatura humana, porque es la que más nos hace ver en su frente el sello del Creador, la que más acerca al hombre a la divina esencia según el sublime dogma cristiano; a ese Dios Uno y Múltiple que se ve y se ama a sí mismo en su propio Verbo, y se envuelve en las formas perfectas para redimir los mundos.

El, ese nuestro pensador dormido, se miró y se oyó a sí propio con suprema intensidad; incineró su espíritu hasta encontrar, en las cenizas ardientes, la palabra esperada, la que brota de la esencia misma de la idea, y es la sustancia musical de que está formado el pensamiento. La palabra, señores, materia prima del arte literario, el soberano entre las artes, se forja y se lamina como el oro, se pule como el diamante, se hace sonar como el más noble y expresivo de los instrumentos musicales en que puede resonar el acento humano. Y esa es la causa, señores, por que los compatriotas de Rodó recogemos su gloria como gloria propia, y como esperanza, y como estímulo de nuestra misión entre los pueblos: porque esa palabra, materia prima de ese artífice muerto, fué nuestra palabra; es esta, nuestro verbo, nuestra propia sustancia la que, forjada, lamina-

da y hecha instrumento de belleza y de amor entre los hombres, es, en estos momentos, núcleo de conglomeración de millones de almas generosas, que se sienten tanto más hermanas cuanto más se reconocen en la palabra y en el acento del escritor uruguayo que glorifica como cosa propia, sin reserva alguna. Es esa palabra, por consiguiente, la que puede hacernos concebir la esperanza, no sé si debo llamarla ilusión, de que esta nuestra patria de Rodó, bien puede tener como misión, según lo proclamó nuestro Presidente Brum, en ocasión solemne, la de contribuir eficazmente a la consecución del común ideal de paz democrática en el mundo, en América sobre todo; a la conglomeración, por la belleza y el amor, de la gran familia americana primero; de la latina, de la romana mejor dicho, después; de la humanidad, por fin, de toda la familia humana.

Yo creo firmemente, señores, que, en este anhelo mío de reclamar, en nombre del Presidente de la Nación y de la Universidad de Montevideo la gloria de Rodó para su patria uruguaya, rindiendo a nuestro hermano muerto el homenaje en la tierra que puede ser más grato a su sombra. La gloria humana, señores, los triunfos, las aclamaciones que hieren nuestros oídos, no siempre nos dan felicidad; ellas dejan siempre en el alma de los hombres grandes un dejo de tristeza, un residuo de melancolía. La creación del genio español, que dió como supremo estímulo en la tierra al heroísmo del caballero andante el amor de Du'cinea, es por eso la creación humana por excelencia. Para que nos sean gratos nuestros triunfos sobre la tierra, es necesario que sepamos que hay alguien a nuestro lado a quien alegramos con nuestros triunfos, y a cuyos pies podemos depositar nuestros laureles. Se alza en la primera juventud la imagen de la mujer amada; pero ese estímulo de gloria pasa con la juventud y con sus fuertes ilusiones. La patria, en cambio, señores, ella no pasa; ella es lo solo que tiene algo de eternidad en el tiempo; ella nos inspira, nos estimula con su mirada luminosa, nos dice que son suyos los laureles nuestros, y que ella los recibirá siempre con alegría en sus dos manos, mirándonos a los ojos.

La ciencia no tiene patria, decían un día a Pasteur, el genio francés del siglo que pasó,

el navegante en una gota de agua, el vidente explorador del mundo inmutamente pequeño.

«No, la ciencia no tiene patria, contestaba él; pero los sabios sí.

El arte de nuestro Rodó no tuvo, no tiene patria; pero todo si la tuvo. El amó la suya, la nuestra, con amor supremo y exclusivo; ella fué el estímulo de aquel hombre, especie de anacoreta pensativo, que, si excluimos ese amor a la madre, que fué para él como una ermita sagrada de refugio, y la amada a quien consagra sus últimas ternuras, no tuvo otros estímulos en su vida sobria y solitaria. Será del mundo entero, señores, del mundo que habla castellano sobre todo, el nuevo pensamiento y la forma plástica e intangible en que Rodó encicló su pensamiento; pero su corazón, todo su corazón, toda su gloria, será siempre de su patria.

No le rendiría, no, no le rendiría mi tributo completo, si, en las palabras mías que pronuncio al lado de su cuerpo inerte, no se sintiera el vibrar también de un corazón. Amar y admirar al mismo tiempo, es un doble placer del alma humana. Porque se puede amar sin admirar, y también se admira sin amar. Yo, señores, que he amado y he admirado al mismo tiempo a ese hermano glorioso ya callado para siempre, no puedo limitarme a traerlos el eco sólo de mi admiración. No importa que hable en este sitio en nombre y representación del Presidente de la República, mi amigo, a quien también he dado mi afecto desde los años de su juventud no muy distante; también él tiene en el pecho un corazón, y en éste, como supremo estímulo, el amor sagrado de la patria. Si él hubiera creído que su intérprete en este momento, debía ser una entidad meramente protocolar, es decir, inexpresiva, él no hubiera pensado en mí para discernirme el honor de su representación; él sabe que, entre las muchas cosas que yo ignoro, desgraciadamente, está la de ser inexpresivo.

Yo evoco, pues, no sólo con admiración sino con ternura, el recuerdo de ese Rodó que se nos ha muerto... ¡Se nos ha muerto cuando tanto esperábamos de él!

Así como hay hombres que no necesitan

aguardar a que caiga la noche para haber terminado su jornada, así hay otros a quienes anochece en la mitad del día... A nuestro Rodó le ha anochecido en la mitad del día... ¡en la mitad del día!

¡Quedaba tanto, señores, en ese fuerte cerebro que ya no vibra, y en ese corazón que ya no late! Yo quiero poner el oído en él, y me parece percibir la vibración de algo de lo mucho que ahí existía y que no nació: la semblanza de nuestro Artigas, que él había soñado como compañera inseparable de la de Bolívar, es el primer acorde muerto que oigo sonar como una queja; estaba ya formada, resonaba triunfante en aquel claustro, ya cerrado para siempre. Era el grande homenaje a la patria concentrada en su fundador, a quien él amaba y reverenciaba entre todos los héroes... ¡No pudo ser! ¡No se oye!

Evoquemos también, señores, para dar un objeto sensible a nuestro doloroso recuerdo, evoquemos el de su persona, que, en este momento, pasa silenciosa entre nosotros. Rodó era así, como lo estáis viendo en vuestra memoria. Un distraído, un taciturno, un aparecido. Los grandes hombres, los que tienen secretos que revelarnos, los videntes de sí mismos, son eso generalmente: están ausentes en todas partes... Un distraído, un silencioso... pero siempre un gentil hombre, eso sí, señores, siempre un caballero. Pero, un alma abierta a todas las noblezas verdaderas que son las virtudes: a todas las tolerancias y a todos los perdones, y a todas las caridades. Esa eiritmia maravillosa que todos hallan en su pensamiento y en su estilo no era otra cosa: la revelación de las altas armonías de su alma, todo luz y todo bondad.

Si aquí cupiera el recuerdo concreto de alguna de sus horas, yo os traería, señores, el de una de las grandes de su vida de que fui testigo: de aquella en que juntos representamos a nuestro país, y llevamos un mensaje a nuestros hermanos chilenos, cuando ellos conmemoraban el centenario de su independencia. Bien se sentía ya desde entonces, allí como en todas partes, el alborar, en la frente de ese mi grande amigo, de la mañana de este día de definitivos res-

plandores. Yo puedo y debo repetir lo que yo mismo oía, lo que oían mis propios oídos, cuando, en el desfile, en medio de aquel pueblo, de otras dignas y suntuosas embajadas, pasaba la nuestra menos numerosa...—Es la embajada del Uruguay, —decían los hombres y las mujeres... ¡Cuál es Rodó? ¡Cuál es Rodó?

No era de reconocerse, en verdad, bajo la envoltura de aquel cuerpo que parecía esconderse en sí mismo; pero bien lo reconocieron, señores, bien supieron cuál era Rodó, cuando, en la tribuna de aquel parlamento, el representante del Uruguay pronunció aquella magistral oración que conocemos, y que fué la nota más alta en aquel concierto de voces americanas, todas altas y todas perdurables.

Un silencioso... un desterrado... ¡Qué poco de los goces de la vida nos pidió a nosotros aquel hombre austero, en cambio de lo que para nosotros, para su patria construyó con sus mejores horas, incinerando su vida entera! Rodó tuvo más dolores y tristezas que goces y alegrías a su paso por la tierra, señores. Es que tenía que resplandecer, y, aun en la naturaleza, los cuerpos que más resplandecen son los más calcinados, los más quemados. El diamante es un carbón. Como el cirio al arder, señores, el hombre superior, el que raya en el genio sobre todo, brilla quemándose, consumiéndose y derramando lágrimas. Rodó fué eso señores: una ofrenda. Se dijera que, ya de algún tiempo atrás sentía en su carne enferma el frío del mármol de su futura estatua. Le llegó, por fin, al corazón, y allá, en tierra amiga pero remota, se quedó frío, todo frío, todo de mármol...

Y bien, ¡oh muerte, buena muerte, amiga muerte! Venimos a recoger tu obra. Pero ¿y dónde está aquí tu aguijón, dónde tu victoria? como dice el libro santo.

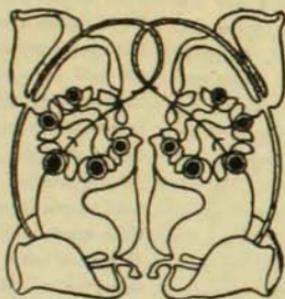
La muerte, señores, como la noche, es la grande amiga de los astros. Sobre el fondo obscuro, en todo su esplendor, más nítida que nunca, brilla por la estrella de José Enrique Rodó...

¡Y todas las miradas se dirigen hacia arri-

ba, hacia la esperanza, hacia la eterna luz!

Vamos, señores, al sepulcro, acompañando al Presidente de la República que representa la Nación. Nuestros corazones doblarán.

Nuestros oídos oirán pasar por las alturas remotísimas el verso alado de Homero: "Ven, recibe tu recompensa, y queda exento para siempre de tu condición de mortal".





Un inmigrante inglés examinado en el Gabinete de Investigación Antropológica de Ellis Island (New York). Mostró gran torpeza en armar el tablero Seguin, invirtiendo en cuatro pruebas desde 45 segundos a cuarenta y medio minutos. Un adulto normal no tarda una o veinte segundos en realizar la operación.

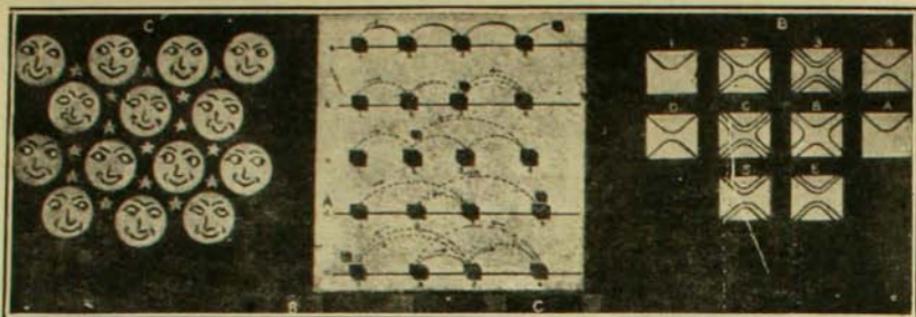
CÓMO SE MIDE LA INTELIGENCIA

Triunfar en la lucha por la vida puede ser, en muchos casos, característica de un signo favorable. Pero, descartado el factor suerte, es cierto que tal victoria supone siempre cerebro vigoroso, receptibilidad fácil, fuerza de atención, buena memoria, claro juicio, cierta inadecuación a las sugerencias perjudiciales y voluntad recia: todo aquello, en suma, que vemos ausente en el fracasado, en el vencido social, y que, en unión de otras cualidades de menor importancia, constituyen lo que llamamos inteligencia. Su calidad y cantidad hállase en gran parte determinada por la herencia. De modo que podemos sintetizar la cuestión en estos términos: descontando las influencias del medio ambiente y de las circunstancias favorables, el individuo, considerado mentalmente, es lo que fueron sus progenitores o alguno de sus antepasados. Tendrá, pues, propensión a experimentar las mismas emociones que ellos experimentaron,

a obedecer a los mismos impulsos e inclinaciones. De ahí que la delincuencia habitual sea, en realidad, una enfermedad heredada, y de ahí también que nos parezca excelente la ley que en ciertos países, en los Estados Unidos, por ejemplo, condena a reclusión perpetua a los criminales reincidentes.

La tendencia al delito puede coexistir con un claro intelecto, cual se advierte estudiando los anales criminológicos, y es en extremo difícil de descubrir. En cambio, la ciencia criminológica posee ya medios eficaces y prácticos de averiguar la potencia intelectual, esto es, la aptitud para pensar, razonar, juzgar y adaptarse a las exigencias sociales circundantes, armonizando totalmente con ellas de conformidad con las leyes y las costumbres establecidas.

El método de investigación del grado de inteligencia, viene aplicándose con gran éxito por el Departamento de inmigración de los Estados Unidos, y tiene por objeto elimi-



Prueba de la luna.—Consiste en 14 dibujos burlescos de la luna, dispuestos en dos filas de cuatro y dos filas de tres. Los ojos de cuatro figuras miran hacia la izquierda; otras en diferentes direcciones. Colócase al examinado a la izquierda del tablero, ordenándole que señale las figuras que están mirando en dicha dirección.

Prueba del cubo.—Consiste en señalar con un pequeño cubo de madera y a la voz de mando, la situación y el color de otros cubos colocados en un tablero, siguiendo las líneas trazadas en un modelo. Los cubos están pintados con los colores rojo, azul, verde y amarillo. Las líneas curvas indican la dirección de los movimientos.

Prueba del sobre.—Análoga a la de las ramas, que aparece en otra página, y consiste en hacer la comparación de los dibujos, encontrando la analogía entre los dibujos iguales. Hay sobres muy parecidos, pero desiguales en realidad, y por tanto, fáciles de confundir a primera vista.

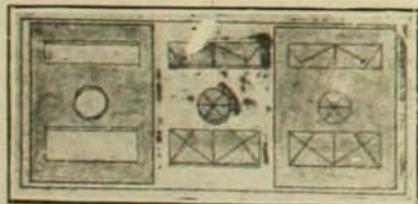
nar a aquellos individuos, hombres o mujeres, llegados a Nueva York en el incesante rebaño que los países pobres de Europa envían a América poco aptos para el trabajo perfecto de su insuficiencia mental, y, en consecuencia carga probable del Estado, a sostener en cárceles, asilos y hospitales. También es utilísima la aplicación del sistema y suele llevarse a cabo, en oficinas, talleres y toda empresa industrial, en cuanto merced a él se averigua la inteligencia y, por tanto, la probable aptitud del presunto empleado u obrero.

El procedimiento ideado por el doctor Ezra K. Sprague, consiste en someter al sujeto a una escala de preguntas y pequeños actos a realizar ante los encargados del examen. La formación de la escala, graduada

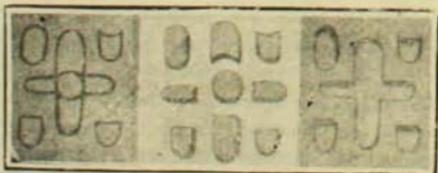
por edades, exigió largos años de trabajo experimental y práctico sobre millares de inmigrantes de múltiples nacionalidades y de edades diversas. Observóse, por ejemplo, que gran número de niños de ocho años podían contar retrocediendo desde 20 a 1; que otros muchos podían repetir cinco números elegidos al azar por el examinador. Y así se dedujo que el citado ejercicio debía considerarse fácil para todo niño de ocho años.

Si examinamos la escala inserta en el presente artículo, veremos que ciertas cuestiones son aplicables a cualquiera edad comprendida entre la primera infancia y los trece años, aunque pueda someterse a la prueba de las mismas a adolescentes ya casi formados.

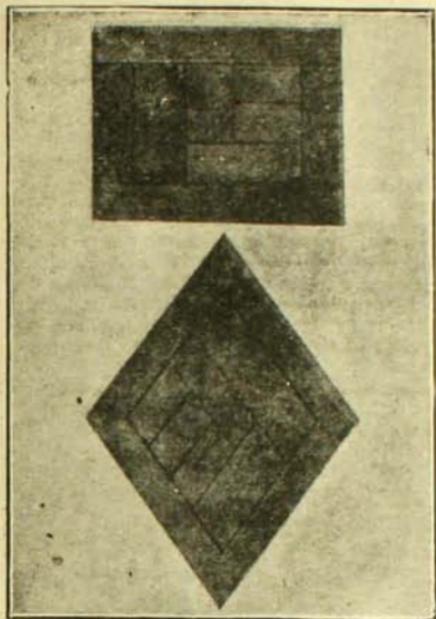
En otros términos: a los propósitos del examen, los trece años son el desarrollo máximo o adulto, por lo que a la escala se refiere.



Prueba llamada del imbecil.—Es un vulgar rompecabezas, tan fácil que un niño inteligente de 6 años puede montar las piezas con escasos errores.



Diversos modelos de rompecabezas fáciles.



Prueba del mosaico.—Consiste en seis piezas de madera, cortadas en diagonal o en recta, y que han de ser colocadas en el bastidor de manera que ajusten perfectamente. Es prueba difícil, si el sujeto se emociona; de ahí su utilidad para apreciar también el grado de excitabilidad nerviosa de un individuo.

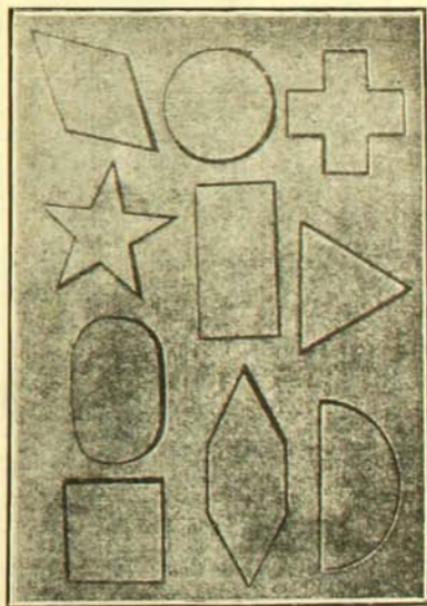
La edad mental de un individuo es el punto de la escala para él infranqueable. Suponiendo, verbigracia, que un hombre de cuarenta años puede hacer solamente lo que realizaría un niño de nueve, diremos que el hombre no tiene mentalmente sino esos nueve años. Los casos de cerebros retardados o cristalizados en la niñez son, en efecto, numerosísimos, aun en las razas más civilizadas, y de ello ofrecen frecuentes pruebas las grandes aglomeraciones humanas. El público de los teatros, de las plazas de toros, de los cines, de todo espectáculo, en suma, integra buena copia de esos casos de anormalidad cerebral. Son el "Vicente" que va con la gente, los fáciles de guiar y de sugestionar, la carne de cañón de las revueltas populares.

La personalidad es algo enteramente distinto de la capacidad intelectual. Así, un individuo de hermosa figura, agradable, pulcro, distinguido de modales, se nos puede revelar enteramente desprovisto de sesos o con es-

casa inteligencia a poco que rasquemos la superficie. Por tal razón los examinadores de Ellis Island, despreciando todo lo que es puramente externo y por tanto engañoso, van al fondo del individuo, probándole sobre la inflexible escala graduada.

El examen se verifica en condiciones expresamente preceptuosas por el Reglamento. En una habitación silenciosa y bien ventilada, a temperatura de 22 a 24 grados y sin más público que los tres examinadores y e intérprete si el inmigrante no sabe el idioma inglés, comienza la prueba. Son momentos solemnes. Del resultado depende el porvenir de un individuo; su ingreso en la gran colmena norteamericana, donde puede hallar la fortuna como término de sus esfuerzos, o su expulsión inmediata como **undesiderable**, como carga inútil del Estado.

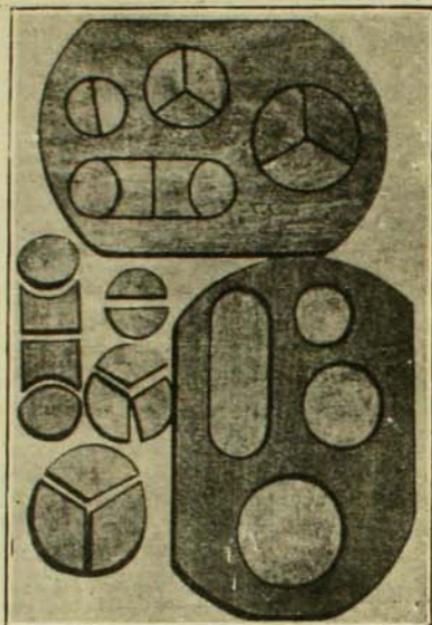
Prepárase debidamente el examinado, haciéndole tomar un baño y saborear una comida abundante y sana. Durante la prueba, los examinadores interrogan con amabilidad, ordenan con dulzura, sin dar la más leve muestra de impaciencia, sin hacer ver al



Prueba del tablero Seguin.—Son figuras geométricas hechas con trocitos de madera que hay que ajustar en poco tiempo en los huecos correspondientes al tablero.

sujeto sometido a prueba, que ha cometido error. En toda contestación o en todo acto, se tienen en cuenta el temor y la tensión mental del examinado, y cuando la prueba ofrece dudas se repite varios días hasta tener la certeza del juicio sobre la capacidad o incapacidad del individuo.

Además de la prueba de la escala, se practica la llamada de los "rompecabezas", si bien ha de advertirse que no se trata de verdaderos juegos de puzzle, sino de simples ejercicios de paciencia y de reflexión, de dificultades sabiamente graduada y adaptada a las diversas fases del desarrollo mental hasta la edad adulta. Cualquier individuo normal mayor de trece años puede salir airoso de la prueba con solo un poco de ingenuidad nativa, de imaginación constructora, de sentido de la forma y de sentido común. Ni un ápice más, en suma de lo que un individuo de mentalidad ordinaria puede poseer. He aquí, ahora, la escala de Ezra Sprague, destinada a evidenciar los defectos mentales de un individuo iletrado.



Tablero Carn'st.—Rompe-cabezas para probar la viveza de imaginación y el sentido de las dimensiones. Dos modelos.

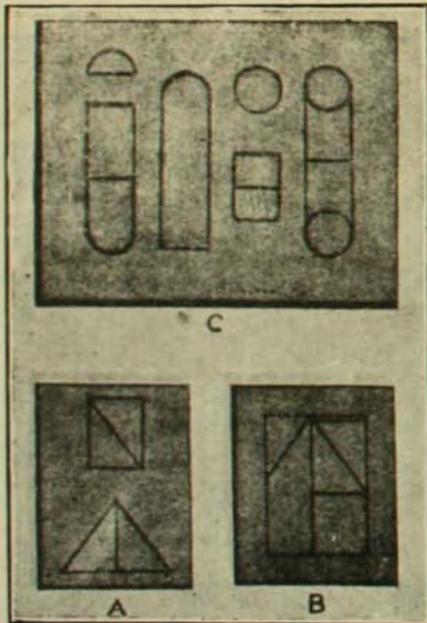
Un individuo normal debe ser capaz:

A los tres años:

- 1.—De reconocer los juguetes y otros objetos sencillos.
- 2.—De señalar el oído, la nariz o las labios, cuando se le pregunte u ordene hacerlo.
- 3.—De repetir dos cifras numéricas, por ejemplo, 7 y 5, con el examinador.
- 4.—De reconocer en un álbum de los llamados de niños aquellos objetos que le son familiares.
- 5.—De decir su nombre y apellidos cuando se le preguntan.

A los cuatro años:

- 1.—De colocar algunas piezas en el tablero Seguin. (Véase el dibujo correspondiente).
- 2.—De imitar la línea a en la prueba del cubo. (Véase el dibujo).
- 3.—De repetir de memoria tres números, como 7, 9, 5.



Pruebas finales. — A, tablero Fernald; B, tablero Gwyn. C, tablero Kempf. Rompecabezas bastante difíciles, compuestos de piezas a ajustar sobre su dificultad, son pruebas finales.

- 4.—De reconocer un anillo, un lápiz, un zapato, un sombrero, etc.
- 5.—De saber si es niño o niña.
- 5.—Repetir de memoria cuatro cifras, por ejemplo: 9, 3, 7, 4.
- 6.—Contar de prisa desde 1 a 20.
- 7.—Completar la acción representada en los dibujos del caballo.

A los cinco años:

- 1.—De colocar todas las piezas en el tablero Seguin, en tres minutos.
- 2.—De seguir la línea b en la prueba del cubo.
- 3.—De contar los dedos que el examinador levante ante él.
- 4.—De copiar dos figuras geométricas sencillas, por ejemplo, un cuadrado y un círculo.
- 5.—De obedecer dos órdenes simultáneas, por ejemplo: cierra la puerta y dame el lápiz.

A los seis años:

- 1.—Hacer la prueba llamada del imbécil en cinco minutos, con menos de seis errores. (Véase el dibujo correspondiente).
- 2.—Trazar la línea c de la prueba del cubo.
- 3.—Construir una estructura con cuatro tarugos, después de ver el modelo durante veinticinco segundos.
- 4.—Saber cuál es su mano o su oído derecho o izquierdo.
- 5.—Decir sin vacilaciones su edad.
- 6.—Ejecutar tres mandatos, ordenados al mismo tiempo, por ejemplo: abre la puerta, tráeme el libro y cierra la ventana.
- 7.—Saber para qué sirven los animales domésticos que le son familiares.

A los siete años:

(Si han recibido instrucción, además de los ejercicios que siguen, copiar una frase de diez palabras).

- 1.—Hacer la prueba geográfica en cinco minutos.
- 2.—Hacer la prueba del imbécil con más facilidad.
- 3.—Armar la estructura indicada para los seis años, empleando cinco taruguitos.
- 4.—Copiar el mosaico con un lápiz.

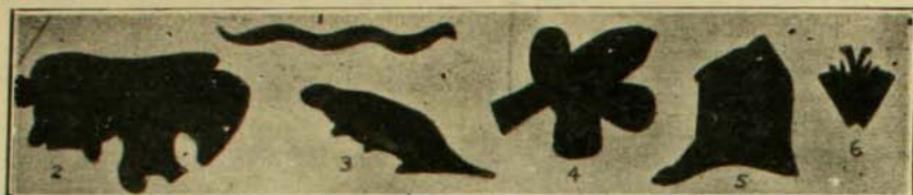
A los ocho años:

(Si ha recibido instrucción, además de los ejercicios abajo indicados, escribir al dictado una frase de diez palabras).

- 1.—De hacer la prueba de la armadura Healy en cinco minutos.
- 2.—Hacer la línea d en la prueba del cubo.
- 3.—Contar desde 20 a 1, sin más de dos errores.
- 4.—Explicar la diferencia que hay entre la leche y el agua, el caballo y la vaca, o



Prueba del perfil.—Consiste en colocar en cinco minutos todas las piezas de madera, copiando el modelo dibujado.



Prueba del borrón de tinta.—Pregúntase al examinado: ¿A qué se parece este borrón y qué le recuerda usted? Las respuestas deben evidenciar en el individuo sentido común y un poco de imaginación. Así podría, desde luego, conceptuarse un deficiente mental, quien dijese que la figura 1 se parece a un árbol o a una estrella, y dotado, por el contrario, de buen sentido, al que viere entre las figuras 4, 5 y 6, una hoja de árbol, una gorra y un paraguas o una mariposa, respectivamente.

entre otros objetos que sean familiares.

5.—Repetir de memoria cinco cifras, por ejemplo: 7, 3, 5, 9, 2.

6.—Reconocer los colores rojo, azul, verde y amarillo.

A los nueve años:

(Si ha recibido instrucción, además de los ejercicios abajo indicados, construir una oración usando los sustantivos **hombre** y **perro**. Exponer las cualidades opuestas a bueno, justo, blanco, listo, alto, bajo.)

- 1.—Hacer la prueba del mosaico en cinco minutos.
- 2.—Colocar los trozos en el dibujo de los caballos en cinco minutos.
- 3.—Colocar las piezas en el tablero Seguin en veinte segundos.
- 4.—Decir la fecha del mes con diferencia de tres días a partir de la en que se verifica el examen, y el día de la semana correspondiente.
- 5.—Decir los días de la semana en su orden natural y saber la hora del reloj.
- 6.—Colocar cinco cubos, del mismo tamaño y color, con peso de 9, 12, 15, 18 y 21 gramos por el orden de sus pesos. De cada tres ensayos, dos deben ser exactos.

A los diez años:

(Si ha recibido instrucción, además de los ejercicios abajo mencionados, construir una frase que no sea inferior a diez palabras, empleando los sustantivos **hombre**, **perro** y

escopeta. La respuesta ha de envolver algún pensamiento. Se considerará contestación deficiente, haciendo suponer pobreza cerebral, cualquier contestación análoga a ésta: "Ayer vi un hombre, un perro y una escopeta").

1.—Hacer la prueba Moron en cinco minutos.

2.—Realizar la prueba de comparación visual.

3.—Designar los meses del año.

4.—Sumar cifras iguales y desiguales, por ejemplo: 6 más 6, igual?; 6 más 5, igual?; y más 5, igual?; 5 más 4, igual?; y así hasta 8 más 8 y 8 más 7.

5.—Sumar dos números, uno de los cuales va aumentando, como, por ejemplo: 7 y 1, igual?; 7 y 2, igual?; 7 y 3, igual?, etc., hasta 7 y 8.

6.—Decir los días de la semana en orden invertido.

A los once años:

(Si ha recibido instrucción, además de los ejercicios abajo mencionados, construir una frase empleando los sustantivos **hombre**, **perro**, **escopeta** y **liebre**, de modo que cada uno de ellos desempeñe una parte activa).

1.—Trazar la línea e de la prueba del cubo sin ser mostrada, hasta cinco veces. (Véase el dibujo correspondiente).

2.—Repetir de memoria seis cifras, por ejemplo: 6, 9, 2, 5, 7, 3.

3.—En un cuento sencillo con cinco detalles salientes, repetir por lo menos tres.

4.—Explicar la diferencia entre el hielo y

cristal, la pata del caballo, de la vaca y del perro, o entre otros objetos que sean familiares al niño examinado.

- 5.—Hacer un relato inteligente de los que hacerces del niño durante el año anterior.
- 6.—Hacer la resta de pequeñas cantidades, por ejemplo: 10 menos 3, 7 menos 2, etc.

A los doce años:

(Si ha recibido instrucción, además de los ejercicios abajo indicados, hacerle dar la tabla de multiplicación, desde 4 hasta multiplicar por 8 inclusive).

- 1.—Hacer la prueba Caruist en cinco minutos.
- 2.—Señalar absurdos como los siguientes: "Un hombre iba por la calle blandiendo un bastón muy grande, con las manos en los bolsillos". "Ayer descubrió la policía un hombre cortado en diez pedazos; se cree que se trata de un suicidio".
- 3.—Dar contestación adecuada a preguntas como la siguiente: "Yo soy más alto que mi hermano y mi hermano es más alto que mi padre. ¿Cuál de nosotros es más alto?"
- 4.—Dar solución a preguntas como la que sigue: "Un hombre que iba paseando por un bosque vió algo que

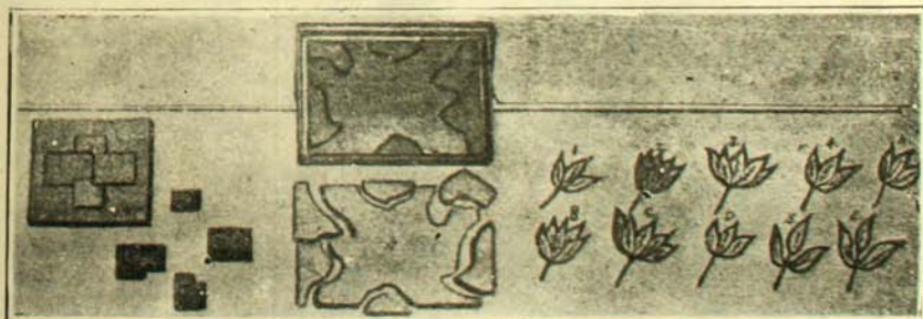
colgaba de un árbol. Lleno de espanto echó a correr hacia el pueblo más próximo y avisó a la policía:—¿Qué había visto ese hombre?"

- 5.—Practicar algunas operaciones de resta con números simples tomando la cantidad 20 como punto de partida, por ejemplo: 20 céntimos menos 4, ¿igual?
- 6.—Repartir 20 manzanas, o 20 fichas, en cuatro montones iguales y decir cuántas manzanas y cuántas fichas habrá en cada montón.

A los trece años y de esta edad en adelante:

(Si han recibido instrucción se investigará el grado que ésta alcanza, improvisándose preguntas que tiendan a mostrar hasta qué punto aprovechó el niño las lecciones y si sabe todo lo que debe saber.)

- 1.—Hacer la prueba del perfil en diez minutos.
- 2.—Reunir las piezas del rompecabezas del marco en diez minutos. Todas las piezas están cortadas verticalmente y son paralelas entre sí.
- 3.—Ejecutar cuatro mandatos, expuestos por un examinador en una misma ordenación, por ejemplo: "Cierre usted la puerta, abra aquella ventana, tome un palillero y tráigame un vaso de agua".



Prueba de Morón.—Debe ser hecha sin dificultad por un niño de diez años. Consiste en unir en cruz las cuatro piezas separadas.—Prueba geográfica. Consiste en un vulgar rompecabezas geográfico; debe ser acertado sin dificultad por un niño de siete años, si es de mentalidad normal.—Prueba de comparación. Consiste en dos series de ramas de árbol, dispuestas en cinco pares distribuidas admirablemente. El examinador señala una ramita y ordena al examinado, que indique otra exactamente igual en forma y número de hojas.

- 4.—Resolver pequeños problemas de lógica, como, por ejemplo: "Mi cabeza es para mi sombrero, como mis manos son para mis..." (Guantes).
- 5.—Dar idea de lo que es la justicia, la compasión, la bondad, la verdad y la felicidad.
- 6.—Combinar factores en sumas como la siguiente: "¿Cuántas extremidades reúnen un caballo y un hombre, cuántas un caballo, un hombre y una gallina, cuántas dos caballos, un hombre y dos gallinas?"
- 5.—Dar cuenta con claridad y perfecta coherencia de la técnica del oficio desempeñado con anterioridad.
- 6.—Dado al examinado un punto cualquiera sobre cuestiones que le sean familiares, hacerle que discurra sobre dicho punto, con objeto de apreciar su aptitud para el raciocinio. Esta prueba no habrá de ser larga, para evitar la fatiga.
- 7.—Obligarle a hacer la prueba de la mancha de tinta.

Pruebas finales para adultos:

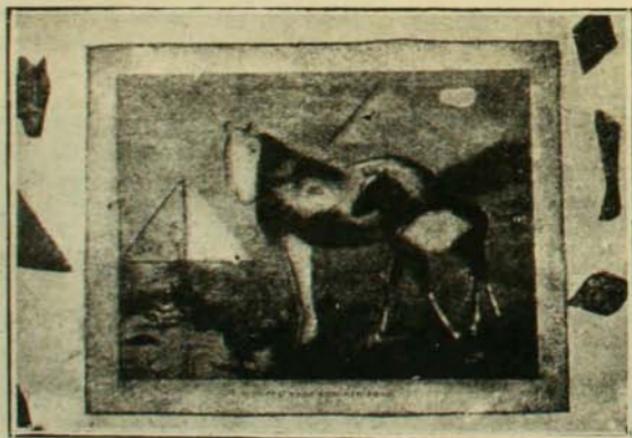
(Se someterá a estas pruebas a aquellos individuos que, con arreglo a las pruebas precedentes, resulten subnormales, pero no inferiores a la mentalidad de los siete años).

- 1.—Poner las cinco piezas dentro del tablero Gwyn, tres veces en cuarenta y cinco segundos.
- 2.—Poner las piezas en el tablero Kempf, en tres minutos.
- 3.—Poner las piezas en el tablero Fernald en cinco minutos.
- 4.—Contar sesenta puntos, cada uno de un octavo de pulgada de diámetro, dispuestos en diez líneas paralelas.

Las pruebas finales para adultos se hacen un día o dos después del primer examen, con objeto de poner en claro si el individuo hizo todo lo que podía, o si los resultados deficientes del examen se debieron al cansancio mental, al temor o a la falta de atención.

La simple lectura de la escala de ejercicios que antecede bastará para dar idea de su importancia en el terreno de la observación. Sometiendo a ella las autoridades de Nueva York millares y millares de inmigrantes, han conseguido disminuir de un modo considerable la importación de degenerados, idiotas, mentecatos y, en general, de individuos de mentalidad deficiente, fácil y triste levadura de crimen, segura presa de la miseria, del vicio y de los hospitales.

La elección científica hecha por el Departamento de Inmigración norteamericano es, en lo que respecta a imbéciles, degenerados y mentecatos, en absoluto rigurosa, señalando a la policía a los casos observados o reembarcándolos sin contemplaciones, a juicio de los funcionarios superiores de dicha oficina. Todo individuo examinado mentalmente queda registrado y fichado, y si su deficiencia mental no es tan absoluta que lo convierta en



Prueba del caballo.—Consiste en colocar sobre el cuadro, en cinco minutos, las piezas separadas, si se trata de un niño; en dos, si se trata de un adulto.



Una inmigrante sometida a la prueba del cubo en el Gabinete de Investigación Antropológica de Ellis Island, Nueva York. La examinada no pudo realizar el movimiento indicado por la línea D, mostrando su gran insuficiencia mental. Era madre de tres hijos, uno de ellos deficiente mental, y los otros dos, aunque se mostraron normales, podían transmitir por la línea materna la deficiencia mental y las tendencias neuropáticas. Los cuatro fueron obligados a reembarcar para Europa.

peligroso o inútil, puede obtener el permiso de vecindad en el territorio de los Estados Unidos. Los dueños de fábricas, talleres, directores de empresas, jefes de oficinas, etc., pueden solicitar en cualquier época del Departamento referido los datos correspondientes al inmigrante que solicita trabajo.

Del escrupuloso modo con que se practica el sistema en los Estados Unidos hab'ará con elocuencia el siguiente caso: Cierta día, durante el mes de junio del año pasado, sospechóse en una oficina de Nueva York que el empleado A. H. de veinte años de edad y extranjero, era un deficiente mental, en vista de que sumaba muy medianamente. El jefe de la oficina se dirigió al registro correspondiente en el Departamento de Inmigración y se averiguó que, en efecto, A. H. había sido considerado como defectuoso o pobre de intelecto; la prueba del cubo, trazado de la línea d, hab'ía resultado difícil para él, y ha-

bía cometido errores contando en sentido inverso desde 20 a 1. No satisfecho el jefe, le sometió nuevamente a la prueba de la escala Ezra K. Sprague, obteniendo el resultado siguiente: el empleado A. H. hizo todos los ejercicios correspondientes a los siete años; únicamente el ejercicio número 6 del grupo correspondiente a los ocho años, el 5 del correspondiente a los nueve años, los números 2 y 3 de los diez años y el número 6 del correspondiente a los once años. Ahora bien: como hay seis ejercicios en el año superior a aquel en que el examinado operó sin error y como practicó sin equivocaciones cinco de los ejercicios de varios años sobre las pruebas correspondientes a los siete años, quedó registrado como un individuo con mentalidad de siete y $\frac{5}{6}$, y aún resultó muy favorablemente calificado. En las pruebas finales realizadas al día siguiente, sabía bastante bien del número 1. Y en cuanto a los restantes puntos del ejer-

cio, quedó a tan bajo nivel que no obstante corresponderle la clasificación definitiva de mentalidad de ocho años y 1/6, avisado el Departamento de Inmigración y comprobado el caso, se expidió inmediatamente pasaporte para Europa al extrajero A. H., no obstante ser un joven en extremo agradable, de buenas costumbres, cortés y de excelente constitución física.

Parécenos que la lectura del presente ar-

tículo acompañado de abundante documentación gráfica, habrá de ser de indudable utilidad en las familias, cuando se trate de averiguar el grado de inteligencia de alguno de sus individuos, antes de dedicarlo a estudios, y no menos útil en colegios, escuelas y talleres, ya que, aplicados los preceptos científicos de este sistema verdaderamente notable para sondear la capacidad intelectual, se obtendrán indudables beneficios.





Don Joaquín Prieto.



Don Manuel Bulnes.

De ALFREDO ALDUNATE ECHEVERRIA.

L A S E L E C C I O N E S P R E S I D E N C I A L E S E N C H I L E

Hasta 1896, nunca habíamos tenido en Chile luchas electorales propiamente dichas para la designación de los Presidentes de la República. Este hecho no significa, como lo han sostenido algunos, que hubiera dominado un sistema en que los mandatarios salientes hayan designado a sus sucesores. Del estudio de nuestra historia política se desprende que los Gobiernos anteriores a 1891 habían sido apoyados por una fuerte base parlamentaria y que, en consecuencia, ha existido siempre un partido o agrupación de partidos con la influencia necesaria para imponer un candidato que llegaba a las urnas sin

contradictor posible. Y, si bien es cierto que el juego de las ambiciones personales se desarrollaba algunas veces alrededor del Presidente en ejercicio, podemos afirmar, que esto sucedía porque su influencia era muy grande y la preferencia que éste demostrara, era un elemento muy poderoso para obtener el apoyo del partido de Gobierno.

Así, en 1841 vemos que la designación de don Manuel Bulnes resultó de un acuerdo o transacción de todos los partidos, a la que fué ajeno el Presidente Prieto, quien había insinuado la idea de que se eligiera a su primer Ministro don Manuel Antonio Tocornal.

Don Manuel Montt tampoco llegó a la presidencia por influencias de su antecesor. Bienes hubiera indicado a un militar y sus candidatos pudieron ser los generales Cruz, Godoy o Aidunite. El señor Montt fué elegido por un movimiento de reacción en contra del militarismo que había ocasionado dolorosas hecatombes en las demás Repúblicas hermanas.

Durante el decenio de Montt se pudo haber pensado que don Antonio Varas sería el continuador de su Gobierno. Sin embargo, sabemos que éste tuvo un gesto de patriotismo al eliminar su persona, a fin de que los partidos pudieran designar libremente un candidato, como que, en realidad, se proclamó a don José Joaquín Pérez a pesar de las influencias que el círculo de la intimidad del Presidente, hizo valer en favor de don Silvestre Ochagavía.

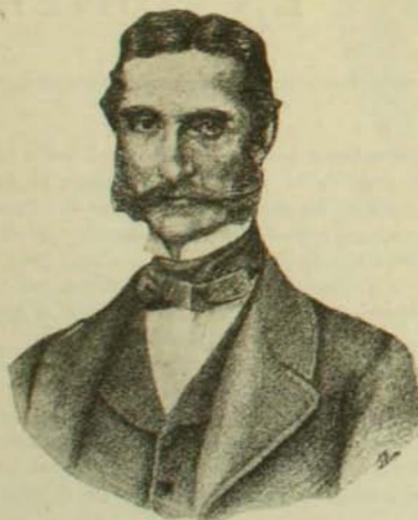
En 1861, el Presidente Pérez había manifestado sus inclinaciones por la candidatura de don Alvaro Covarrubias; la evolución de los partidos no le favoreció, y, por una parte la fusión Liberal-Conservadora llevó a las urnas a don Federico Errázuriz Zañartu y la Alianza Radical-Montt-varista a don José Tomás de Urmeneta, habiendo resultado 226 electores por el primero y 66 por el segundo. En aquella ocasión no hubo reclamaciones de



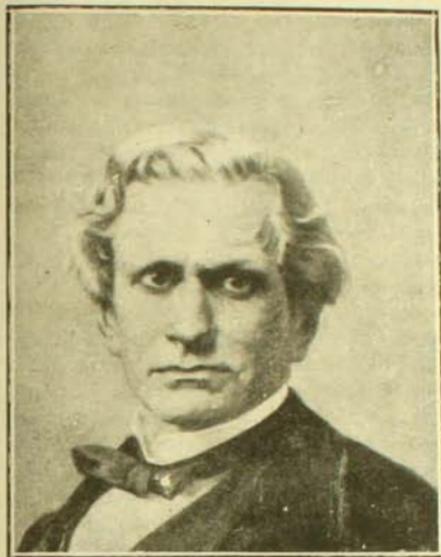
Don Manuel Montt.

importancia, pero sí, la proclamación de Errázuriz fué sometida a votación en el Congreso Pleno. Cinco años más tarde se pensó que podía producirse la intervención del Presidente en favor de don Eulogio Altamirano, quien había sido su Ministro durante los cinco años de su Gobierno. Sin embargo, el partido Liberal celebró en 1875 una memorable Convención, en la que se proclamó la candidatura de don Aníbal Pinto. El popular escritor don Benjamín Vielña Mackenna levantó bandera de oposición, reuniendo a un grupo de sus amigos con el nombre de Partido Liberal Democrático y lanzándose, apoyado por los conservadores, en una campaña de propaganda política por todo el país. Sus esfuerzos fueron inútiles, por la superioridad electoral con que contaba su contendor, y, Vielña Mackenna, días antes del señalado para la elección, debió comunicar a sus partidarios una consigna de abstencionismo a la que sólo faltaron sus fieles electores de Coquimbo y Pinto resultó proclamado por 292 votos contra 6 y algunos en blanco.

El año 1881 se encontraba el país en plena guerra contra el Perú y Bolivia, y, como es natural en estos casos, las actividades de la política interna eran cosa secundaria. El



Don Manuel Antonio Tocornal.



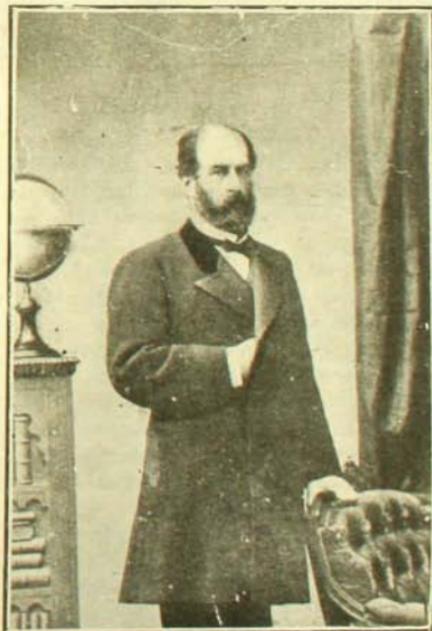
Don Antonio Varas.

nuevo Presidente debía ser un liberal. La oposición conservadora y algunos independientes trataron de empujar la candidatura del general don Manuel Baquedano, lo que no parecía difícil ante el prestigio que le daban sus victorias militares. El partido Liberal proclamó a don Domingo Santa María, quien obtuvo el sufragio de 275 electores contra 12 que consiguió Baquedano, después del retiro de su candidatura, y 14 que se rebajaron por una dualidad. Debemos afirmar, en honor de la justicia, que el Presidente Pinto no intervino en la elección de Santa María, sin perjuicio de que éste hubiera contado entre las autoridades subalternas con elementos tan poderosos, afiliados al partido de Gobierno, que hicieron imposible toda competencia en su contra.

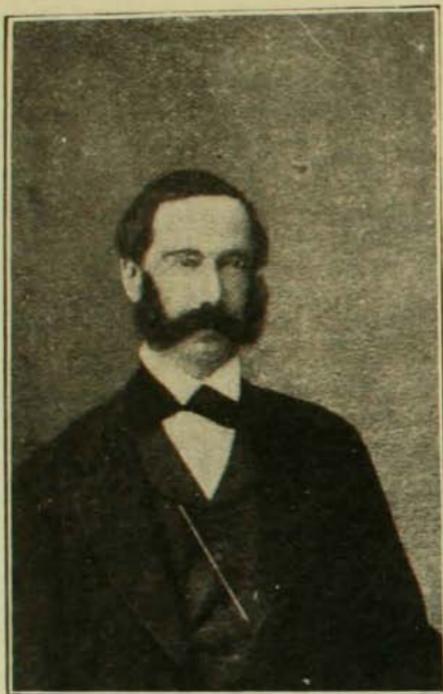
Durante la Presidencia de Santa María se destacaban tres personalidades que trabajaban sus respectivas candidaturas y que buscaban el apoyo del Gobierno: don José Manuel Balmaceda, don Luis Aldunate y don José Francisco Vergara. Los partidos liberales de Gobierno proclamaron al primero y los de oposición celebraron una Convención liberal independiente, donde lucharon los dos últimos, la que terminó con el retiro de Al-

donate y la proclamación de Vergara, político radical que necesitaba el apoyo de los conservadores. En estas condiciones la batalla era imposible y Balmaceda fué elegido por 324 votos contra 6 que obtuvo Vergara en la provincia de Atacama. En el Congreso Pleno hubo un acalorado debate en el que se oyeron las protestas de don Eulogio Altamirano y de don Carlos Walker Martínez, quienes declararon que la elección de Balmaceda no reflejaba la voluntad del pueblo; que la libertad electoral era una necesidad imperiosamente reclamada por la opinión pública y pronosticaron que la intervención oficial llegaría a producir en este país un derramamiento de sangre.

En 1890 los preparativos de la próxima elección presidencial hicieron que estallara una grave crisis política. Los presuntos candidatos se sintieron alarmados por la idea que la presencia de don Enrique Salvador Sanfuentes en el Ministerio del Interior, fuera un anuncio anticipado de la intervención gubernativa en su favor, sin que bastara su caída y su declaración de no ser candidato, para detener, meses más tarde, un conflicto



Don Federico Errázuriz Zañartu.



Don José Tomás Urmeneta.

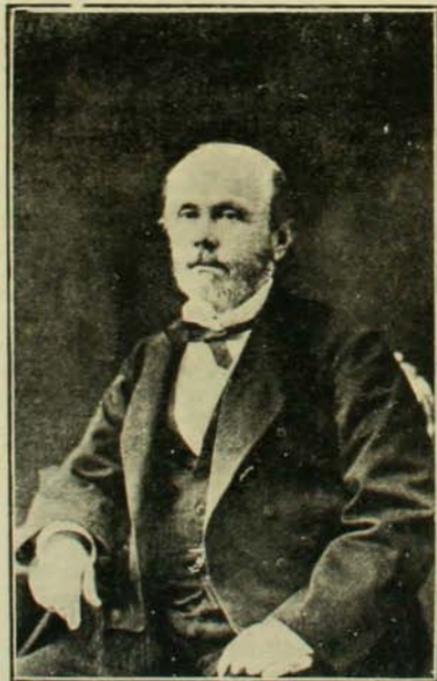
armado entre el Parlamento y el Ejecutivo. En 1891 hubo dos elecciones, una en junio, de la que apareció la unanimidad de los sufragios por don Claudio Vicuña, y, otra en diciembre por la que fué ratificada en el país la designación de don Jorge Montt que había hecho la Junta de Gobierno.

En 1896 tuvo lugar la elección presidencial más interesante que registra nuestra historia. Se presentaba por primera vez una situación de lucha entre dos candidatos que estaban apoyados por fuertes combinaciones políticas y sin que las influencias del Gobierno se hicieran sentir directa o indirectamente en favor de uno u otro de los contendores.

La Alianza Liberal había proclamado la candidatura de don Vicente Reyes, en una Convención que se inauguró con un discurso en el que se invocaba la memoria del Presidente Balmaceda; la Coalición había pro-

clamado la de don Federico Errázuriz, político más joven y batallador que su adversario. Las fuerzas parlamentarias de ambos estaban muy equilibradas y dependían de unas elecciones extraordinarias de senadores que debían efectuarse el 2.º de junio en Santiago y Llanquihue y cuyos resultados podían tener su influencia decisiva en el Congreso Pleno.

La lucha electoral fué muy reñida y sufragaron en julio 143 electores por don Federico Errázuriz y 139 por el señor Reyes; en las elecciones senatoriales resultaron elegidos dos partidarios del primero. En agosto se presentaba una situación muy grave, había numerosas reclamaciones de ambos bandos y aún se llegó a creer que podía ser frustrada la proclamación de Presidente electo si alguna de las combinaciones políticas dejara sin el quorum constitucional al Congreso Pleno. Don Manuel Recabarren, político radical que había concurrido a la Convención que proclamó al candidato señor Errázuriz,



Don Aníbal Pinto.

Las Elecciones Presidenciales en Chile

zuriz, tomó sobre sus hombros la difícil tarea de ofrecer su mediación a los contendores. Después de laboriosas gestiones se suscribió por los dirigentes de ambos bandos el 31 de agosto un compromiso cuyo texto damos a continuación:

1.º—Se encarga a un jurado de seis personas el dar su dictamen sobre las reclamaciones de nulidad que presente don Manuel Recabarren.

2.º—Por asentimiento unánime se designó el siguiente jurado: señores don Eulogio Altamirano (E), Manuel Egidio Ballesteros (R), Carlos Aldunate Solar (E), Ramón Donoso Vergara (R), Eusebio Lillo (R) y Juan Esteban Rodríguez (E).

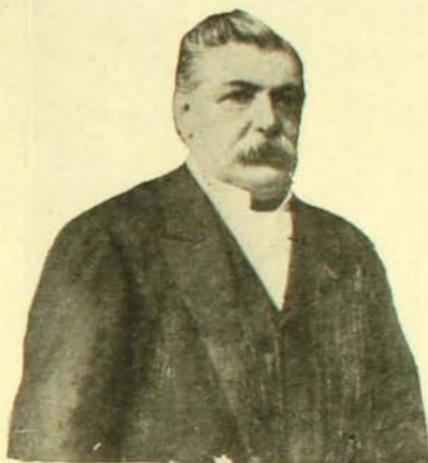
3.º—El dictamen del jurado se referirá sólo al número de electores que hayan tenido competidor, según el cuadro No. 1.

4.º—Declarada la nulidad de un elector se deducirá el voto al candidato que lo hubiera recibido.

5.º—Atenidas las circunstancias se ruega al jurado que ejerza sus funciones en el menor tiempo posible.



Don Benjamín Vicuña Mackenna.

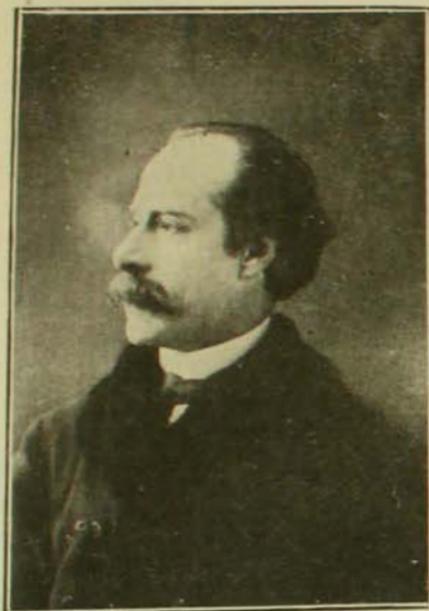


Don Domingo Santa María.

6.º—El fallo de este Tribunal será dado ex aequo et bono”.

El jurado declaró que debía rebajarse cuatro votos a cada candidato y su veredicto sirvió de base para la aceptación o rechazo de las reclamaciones. El Congreso Pleno consideró que ninguno de los candidatos había quedado con la mayoría absoluta de los electores que exige la Constitución y que le correspondía elegir al Presidente de la República entre los ciudadanos que tenían las más altas mayorías, sin que se provocara la más ligera duda sobre la cuestión.

A pesar de que había acuerdo sobre las reclamaciones y sobre las facultades del Congreso Pleno para designar al Presidente, se presentaba aun otra dificultad. Como dijimos, las fuerzas parlamentarias de los candidatos estaban muy equilibradas, casi en empate. Los partidarios del señor Reyes, que tenían mayoría en la Cámara de Diputados, hicieron aprobar en ésta un acuerdo en virtud del cual se consideraba que los parientes inmediatos de los candidatos no podían tomar parte en las votaciones relativas a la elección presidencial, con lo que se inhabilitaba a cuatro deudos del señor Errázuriz. En el Congreso Pleno se desconoció este acuerdo y se aprobó con el voto de las mismas personas a quienes afectaba que los actos relati-



Don José Manuel Balmaceda.

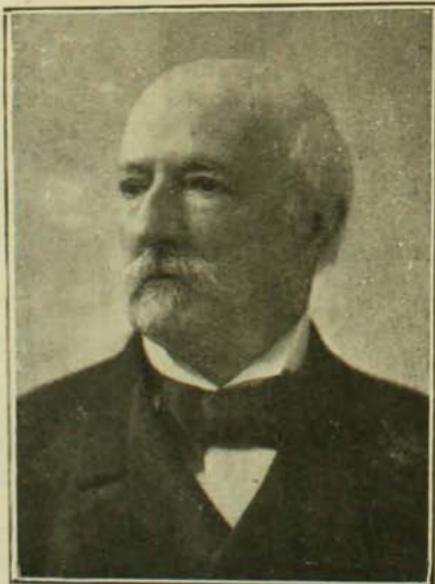
vos a la elección presidencial en que corresponde intervenir al Congreso Pleno, no existen **implicancias ni recusaciones** y así pudo elegirse a don Federico Errázuriz por 62 votos contra 60 que obtuvo el señor Reyes. En esta votación se abstuvo el diputado por Caupeolican don Ladislao Errázuriz, quien había sido uno de los más ardientes sostenedores de la teoría en favor de su derecho a voto.

La campaña presidencial de 1901 no dejó de ser reñida y se caracterizó por los apasionados ataques de que fué víctima don Pedro Montt con motivo de ciertas ideas pacifistas que le atribuían, de parte de un grupo de diputados y periodistas que encabezaban don Eduardo Phillips y don Alfredo Irazábal, lo que contribuyó al triunfo de don Germán Riesco por 172 electores contra 79.

Cinco años más tarde se había producido en el país una fuerte reacción de la opinión pública en contra de los abusos del parlamentarismo que hacía perturbar la marcha del Gobierno con una frecuencia inusitada

de crisis ministeriales. Se reclamaba un mandatario de energías, que restableciera los fueros del Ejecutivo y fué indicado el señor Montt como el hombre necesario para la regeneración administrativa del país, resultando elegido Presidente de la República por 172 votos contra 98 que obtuvo don Fernando Lazcano. Ya que pueda parecer extraño este cambio radical de la opinión pública en favor del candidato vencido en las urnas anteriores, debemos recordar que el señor Montt se había distinguido en el Congreso durante más de treinta años por una actuación sobresaliente de honradas y, enérgicas campañas de fiscalización y que las cuestiones internacionales, que cinco años antes habían sido el arma política de sus adversarios, se encontraban ya satisfactoriamente solucionadas. Además, debemos tomar en cuenta que la circunstancia de haber sido el señor Lazcano un deudo inmediato de los dos Presidentes anteriores, pudo considerarse incompatible con la esencia del sistema republicano de gobierno.

La lucha electoral de 1910 se anticipó por el sensible fallecimiento de don Pedro Montt y encontró a los partidos muy anarquizados.

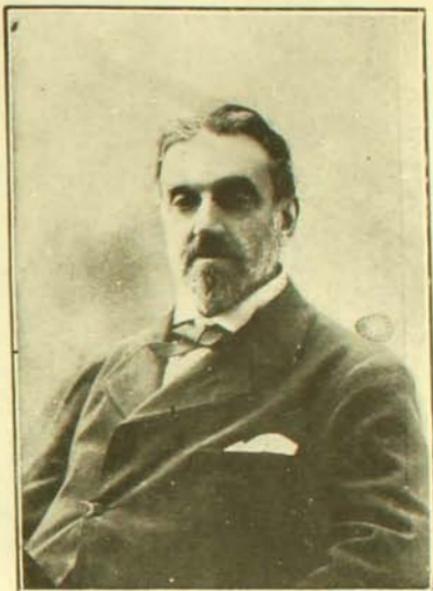


Don Claudio Vicuña.

Don Ramón Barros Luco fué elegido sin competidor como resultado de una Convención en que habian tomado posiciones inexpugnables don Enrique Mac-Iver, don Juan Luis Sanfuentes, don Agustín Edwards y alternativamente don Fernando Lazcano y don Ismael Valdés Valdés. Hubo un momento en que don Enrique Mac-Iver obtuvo la mayoría necesaria de convencionales y antes del escrutinio se produjo el desenlace de todos conocido.

La elección de 1915 se encuentra demasiado reciente para que podamos apreciarla con serenidad. El resultado aparente de las urnas fué de 179 electores por don Juan Luis Sanfuentes y 174 por don Javier Angel Figueroa. El Congreso Pleno, después de una quincena de acalorados debates, resolvió las reclamaciones restando cuatro electores a cada candidato, y, habiéndose estimado, sin contradicción de nadie, que ninguno de los candidatos tenía la mayoría constitucional, se eligió al actual Presidente por 77 votos contra 44.

En conclusión, podemos establecer que la historia de las luchas presidenciales en Chile comienza en 1896, porque en el período anterior se había presentado cada cinco años una fuerte combinación de partidos que es-

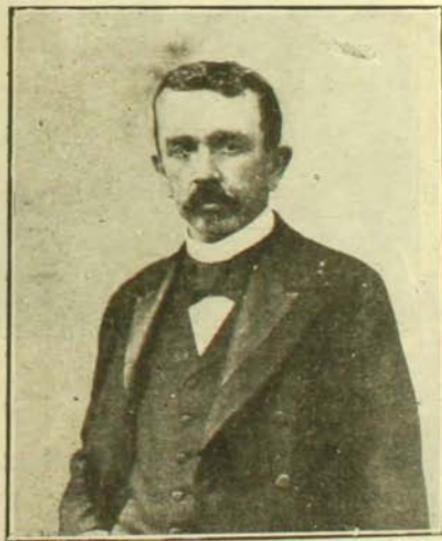


Don Vicente Reyes.

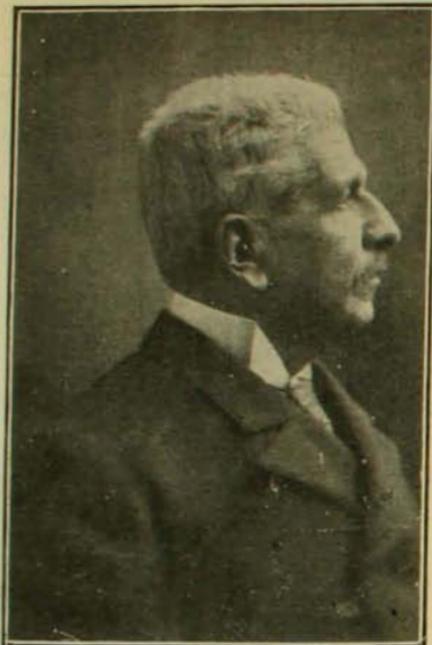
taba en posesión del Gobierno y que contaba con fuerzas electorales suficientes para proclamar un candidato que debía llegar a las urnas sin competidor posible.

Sólo podemos recordar a tres eminentes ciudadanos que hayan sido candidatos presidenciales derrotados en las urnas y debemos reconocer que todos ellos han continuado, después de sus campañas, prestando al país el concurso de sus energías, rodeados del respeto de sus conciudadanos y más de uno ha podido o podría todavía ocupar con gran prestigio el sillón presidencial.

Así hemos visto encanecer en el Senado, dando el austero ejemplo de sus virtudes cívicas, a don Vicente Reyes, cuya derrota se debió más que todo a sus excesivas condiciones de modestia y probidad política, que le impedían mantener en su campaña el mismo ardor con que luchaba su adversario, y, hemos encontrado treinta años más tarde en el fondo de sus cajones sobres, sin abrirse, que contenían subsidios para gastos electorales. Así, también podemos decir que si don Fernando Lazcano no fué elegido Presidente de



Don Federico Errázuriz Echaurren.

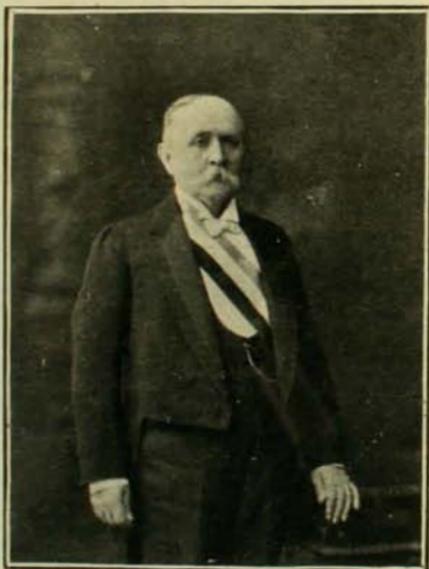


Don Pedro Montt.

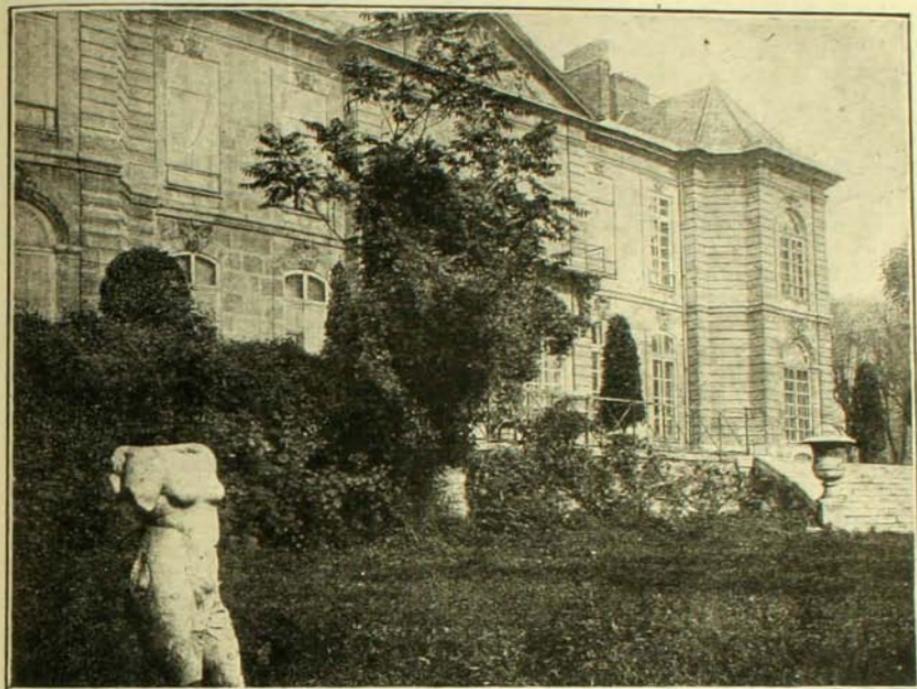
la República, en el año 1906, lo ha podido ser más tarde, porque ha obtenido en todas las convenciones desde 1910 una cuota considerable de sufragios. Y, le vemos todavía como presidente casi vitalicio del Senado, al que pertenece desde tiempo inmemorial. Más aún, ha sido designado vice-presidente del Consejo de Estado y, como tal, es el subrogante constitucional del Presidente de la República para el caso en que, por cualquier motivo, no pudiera entrar en sus funciones el sucesor del señor Sanfuentes en diciembre del presente año. Y, por último, hemos visto a don Javier A. Figueroa, retirado por completo de la actividad política, que ha declinado el honroso ofrecimiento de la Embajada en Washington, pero que ha continuado aplicando en beneficio del país los destellos

de su talento e ilustración como Ministro integrante de la Corte Suprema, ocupando una dignidad que no declinara don Manuel Montt al descender de la Primera Magistratura.

Es de esperar, pues, que en los momentos actuales se desarrollen las actuaciones constitucionales del Congreso Pleno en las mismas condiciones de legalidad y corrección con que se han efectuado anteriormente en las dos ocasiones en que le ha correspondido efectuar la elección de Presidente de la República, por no haber alcanzado, después de falladas las reclamaciones, ninguno de los candidatos la mayoría absoluta de electores que requiere nuestra Carta Fundamental; e, igualmente, es de desear que cualquiera que sea el desenlace de la contienda electoral, veamos que el candidato vencido acepte el peso de los hechos consumados y continúe prestando, desde otras esferas, el concurso de sus energías al engrandecimiento de la Patria.



Don Ramón Barros Luco.



LOS JARDINES DE BIRON

(Traducido especialmente para PACIFICO M AGAZINE)

Por LÉONCE BÉNÉDITE

Los jardines del Hotel Biron han sido célebres en todo tiempo. Y su historia pasada es fértil en anécdotas más o menos picantes. Ya bajo el famoso Mariscal de Biron, que tuvo el privilegio de dar su nombre a la construcción de Peirence de Moras, donde la duquesa del Maine murió después, estos jardines eran renombrados por su buena disposición, sus magníficas terrazas, sus bosques, sus enverjados, sus grutas, sus kioscos o sus pagodas chinas, siguiendo la moda de entonces, consistente en estilo anglo-chinesco que encerraba en espacios estrechos un mundo en

miniatura. Blondel ha dado descripción de estos jardines en su "Arquitectura Francesa", pero los faustos más conocidos de la historia de ellos datan sólo del período del Directorio, época en que los jardines de Biron hicieron competencia al Palais-Royal. Habiendo pasado el Hotel a ser propiedad nacional, fué entregado a empresarios de espectáculos, de conciertos, de juegos, llegando a constituir un nuevo Tivoli que reunía en ciertas ocasiones bajo sus pórticos y avenidas a las mujeres de moda, ataviadas de los trajes más ligeros... Aquellos tiempos



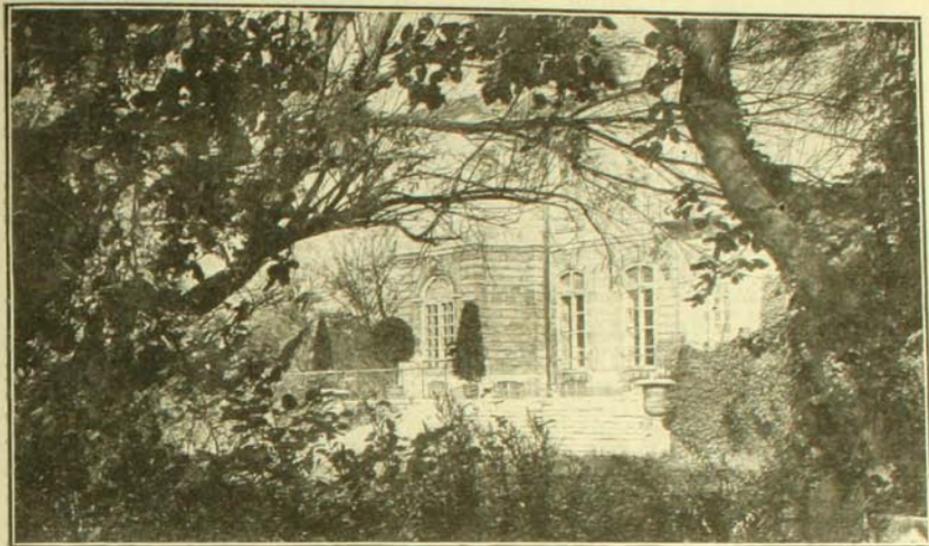
han cambiado: un siglo de austeridad se ha cernido sobre los bosques y ha venido a purificar estos lejanos recuerdos la estada de los penúltimos habitantes del Hotel Biron, las Damas du Sacré-Coeur. Entonces las avenidas del parque dieron lugar a otra clase de meditaciones. El jardín tomó cierto aire de severidad y se convirtió prácticamente en un huerto productivo en toda su mediana extensión. Menoscabados los negocios entre el Estado y la Iglesia, Biron cayó en manos de secuestradores que sin saberlo fueron tal vez los bienhechores del jardín. El gran mérito de ellos consistió en no tocarlo, dejándolo desarrollarse con toda libertad, diríase a su antojo. La naturaleza tomó ligero sus derechos sobre las vanas tentativas de los hombres y hoy reina como dueña absoluta en ese extraordinario cercado, jardín de ensueños, verdadero Paraíso.

Quizá si los arquitectos y los jardineros se hayan escandalizado y hayan pretendido llevar hasta ahí el hacha y la guadaña para dibujar cuadros al gusto de hoy; pero las gentes sencillas que aman los árboles, los matorrales y las flores, sufrirían al verlos torturados por cruidos golpes de geómetras; bendicen, en cambio, aquella feliz negligencia y benéfico abandono, con el temor, sin

embargo, de que algún celo intempestivo venga a destruir el atractivo natural y a disipar el encanto innegable. Porque es verdaderamente un paisaje de encantamiento que parece preparado para alguna Cyteres de Watteau; un paisaje real, a pesar de todo, donde nosotros mismos podemos soñar y divagar, en medio de ese huerto silvestre de boj es centenarios perdidos en la red de yerbas y bajo los tilos en otro tiempo tallados en arcos y bóvedas que hoy han continuado creciendo... Ramos de saúco han brotado por todas partes entre los nudosos troncos de los perales viejos o de los esbeltos, delgados olmos y sicomoros; en primavera, sus flores embalsaman el aire; en verano, atraen multitud de curruacas, pinzones, mirlos blancos y negros, ya que en ese maravilloso jardín donde pulula el trébol de cuatro hojas tan caro a los enamorados, no era posible que faltara un mirlo blanco auténtico.

Por otra parte, los rosales abandonados se





han trepado con entera libertad, enrollando sus espinosas ramas en los manzanos, perales y ciruelos, desconcertados con la invasión y que hacen resaltar en su brillante follaje los pétalos abiertos como llamitas. Además, los caminos están invadidos por toda clase de gramíneas, por trébol, por pequeños fresales salvajes, por todo aquello que era la entretención de los paseos de Rodin, de Rodin vuelto niño... Toda especie de plantas han elegido domicilio en ese inexplorado Edén: copos de nieve, artemisas, toronjiles, que en verano ostentan bajo los árboles un tapiz de flores de oro.

En medio del jardín en la parte que en otro tiempo fué plazuela, levántase una columna corintia. Casi no se ve más que lo alto de las estrias y el capitel. ¿Quién la ha colocado allí y qué significa? Ha perdido ciertamente su primitivo significado religioso en ese gran amontonamiento panteísta. Parece más bien haber servido de pretexto para que la clemátide silvestre trepe y envuelva los macizos con la nieve de sus flores, haciéndola como un plumón blanquizo o una cubierta de escarcha. La clemátide salvaje es la absoluta reina del jardín: invade y abraza todo con sus bejuco flexibles y atrevidos, une los árboles de las avenidas, formando un impenetrable muro de selva virgen, y se balancea con insolencia desde las

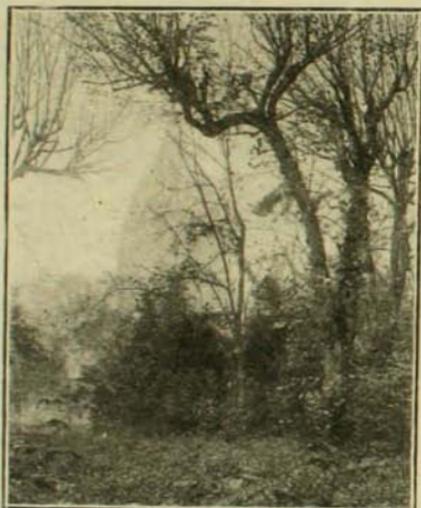
altas ramas donde estenta sus floraciones. Y a derecha e izquierda, los membrillos juegan con los limoneros mediterráneos, colocando grandes frutos de oro entre el follaje espeso. Aquello es el Paraíso, el bosque de Brocéliande, todo lo que podáis imaginar de encantador. No hay nadie que saliendo de la escalinata escultural del Hotel no se detenga encantado y mudo al contemplar aquella exquisita rusticidad de la naturaleza en pleno centro de París. Ni los jardines de Boboli en Florencia, ni los de Giusti en Verona, ni los de Haden en Venecia, ni toda la arquitectura verde de los jardines de España en su magnificencia y belleza, dejan impresión semejante.

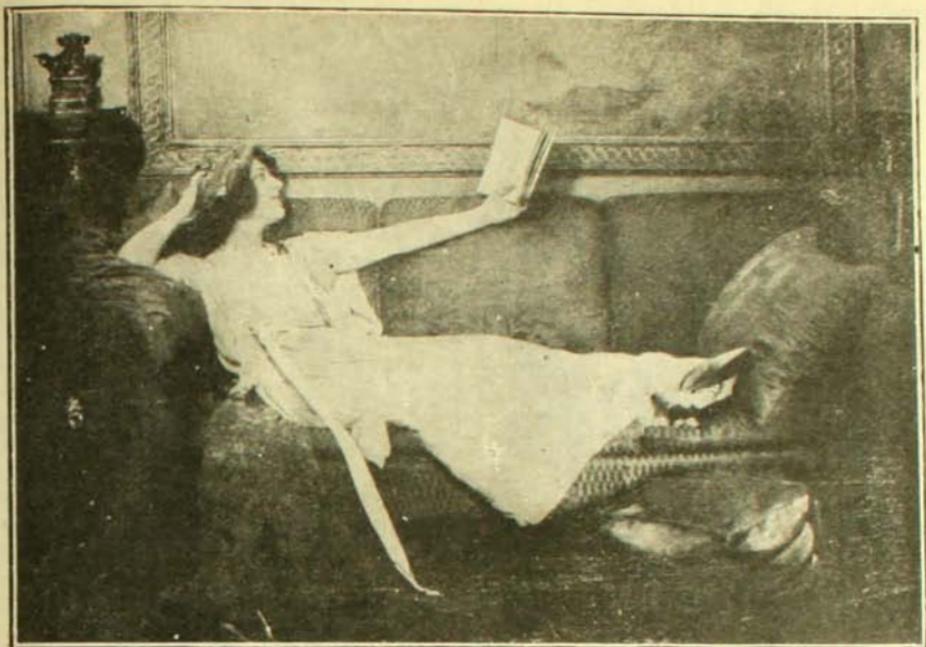
Y hoy el recuerdo de Rodin está estrechamente asociado a aquella fantasmagoría de la naturaleza. Su arte tenía necesidad de esta decoración para el cual parece hecha. ¡Y cómo amaba él su jardín! ¿Qué de veces se le pudo sorprender sentado sobre la grada de una escalinata, anotando en hojas de papel una observación cualquiera tomada bajo el vuelo de los pájaros, a la luz del sol, o entre el follaje. En los últimos días de su vida venía a Biron todos los domingos. Si recibía alguna visita interesante, jamás pensaba en mostrarle sus mármoles; pero nunca olvidaba esta pregunta:

—¿Conoce Ud. mi jardín?, y tomándole del

brazo le hacía dar la vuelta entre muchas explicaciones, tomando aquí o allá un aire de asombro, como si descubriera por primera vez cada humilde florecilla. Quería elevar un templo a Pan, ya que tiene tanto derecho a un culto especial en esos parajes. Y contemplando la prestigiosa Cúpula de los Inválidos, donde el sol da reflejos de oro, de-

cía: "Esto es tan bello como Roma. Y es aún más bello que Roma, pues jamás han tenido ellos cúpula semejante". No olvidaré jamás su arrobamiento de un día de Corpus, cuando junto con las campanadas de San Francisco Javier subieron en el silencio dominical los cánticos procesionales.





EN LA INTIMIDAD

¿PARA QUIÉN SE VISTEN LAS MUJERES?—RESPUESTA QUE A ESTA PREGUNTA DAN VARIAS DISTINGUIDAS SEÑORAS DE SANTIAGO.—MODAS DE VERANO.—CAPAS DE ENCAJE Y DE DIARIO.—VUELTA A LA MODA DE 1830.—VARIOS COMENTARIOS

Por Vieille-Amis

Raras, muy raras son las mujeres que se visten únicamente para ellas mismas y menos raras son aquellas que se visten para las otras mujeres; pero numerosas son las que lo hacen para gustar a los hombres. Digan lo que digan las feministas, la misión de la mujer es atraer los homenajes del sexo fuerte y, en realidad, cuanto pueda acercar a ese fin se pone en acción. A menos de ser excepcional, una mujer condenada a vivir ab-

solutamente sola, no se tomará gran cuidado en su vestir. Es mi opinión y también la de una distinguida señora de Santiago que hace algunos días me decía:

—Ensaye de colocar a una mujer en una isla desierta con todo aquello que necesita para vestirse con elegancia. Al cabo de un año, cuando Ud. vuelva a verla, podrá estar segura de que tendrá en su cuerpo justamente lo necesario para no morir de frío.



Sombrero de paja inglesa brillante, de color rojo obscuro, adornado con cinta estrecha de seda roja coral.

Haga en seguida la prueba de llevar a su lado a algunas otras mujeres. Posiblemente, rivalizarán los ingenios desde un comienzo y, al cabo de cierto tiempo, todas serán indiferentes a la opinión que puedan tener las unas de las otras. Pero coloque Ud. un hombre en medio de todas y entonces todo cambiará. ¿Cuál será aquella que haga la más feliz adquisición para realzar sus encantos? ¿Cuál sabrá sacar el mejor partido de todo? ¿Cuál inventará los refinamientos más exquisitos para atraer las miradas...?

Alentada y sorprendida con esta declaración, he interrogado a varias amigas sobre "para quién se visten las mujeres" y he obtenido respuestas bien curiosas que tienen la particularidad, además, de pertenecer a conocidas señoras de Santiago, con las cuales nos cruzamos en las mañanas por el centro, en las tardes, por los biógrafos y espectáculos, en las noches en el Municipal. Una de ellas, por ejemplo, me ha dicho:

—¿Para quién...? ¿Y Ud. lo pregunta? Pero, únicamente para ellos. No vale la pena hacer frases. Si es cierto, en principio, que la mujer se viste para ella, su objeto inconsciente a veces, pero innato siempre, es el de gustar. Y cuando ella se gusta a sí misma, es porque se encuentra en el momento capaz de obtener los sufragios de la sociedad.

No crea Ud. que la mujer se engalana para hacerse admirar por las otras mujeres. No, ella no pierde su tiempo en esta inútil y mediocre satisfacción. Todos sus secretos, su talento, su gracia, su coquetería, son esclavos de su razón de ser: gustar al hombre para ser amada. Nosotras nos vestimos todas y casi siempre para agradar. Que se muestre una siquiera que, estando segura de la soledad, use lujo y refinamientos rebuscados en su toilette. No, no la hay...

Otras de las señoras con quienes he conversado me han declarado preocuparse de su vestir para llamar la atención de las otras mujeres, únicamente. Una de ellas me ha dicho:

—La mujer, sea morena, rubia, y aún con el cabello plateado, si tiene aire joven, se viste, a mi parecer, para hacerse notar por



Das toilettes últimas de París.

las otras mujeres. Sea cual sea su condición: obrera o gran dama. La necesidad de parecer bonita es innata en ella desde la edad más tierna y todo su arte consiste sobre todo en saberse vestir para eclipsar a la señora X. o a la señorita Z.

Hay quien me ha dicho esto de suma elocuencia:

—La mujer se viste para gustar a “un hombre” y para excitar la envidia de “todas las mujeres”.

Otra señora me ha hecho estas reflexiones.

—Para mi modo de ver, el amor o el orgullo no son el motor secreto que empuja la coquetería femenina. La niña de cinco o seis años que gusta de mirarse y adornarse cubierta de géneros y encajes raros, no piensa todavía en conquistar al elemento masculino. Apenas sueña que al ponerse su vestido nuevo va sólo a admirar a sus amiguitas. La niña tiene, pues, el placer de hacerse bonita, porque encuentra simplemente la satisfacción de un instinto. Tal es así, que esa misma criatura, hecha mujer y abandonada en una isla desierta, encontrará aún el medio de ser coqueta sin tener más que el agua para reflejarse en ella y las flores para adornarse.



Nada hay que tanto favorezca a la mujer como una toca cubierta de flores menudas, que, vistas a distancia, parecen un solo y enorme capullo de rosa.



Armonía de blanco y negro, muy chic.

Es eso más o menos lo que con diferentes frases me ha expresado otra amiga:

—Una mujer verdaderamente mujer tiene siempre cierto culto por su persona. Sería muy mezquino vestirse sólo para despechar a sus hermanas, menos favorecidas en fortuna o atractivos. Y vestirse exclusivamente para los hombres sería propio de espíritus ligeros o poco perspicaces, porque los hombres aprecian las toilettes mucho menos de lo que nos imaginamos. Yo estoy convencida por todo esto que la mujer se viste para su propia satisfacción. Me apoyo en la opinión de Carrillo, que lo demuestra muy bien en “La Psicología de la Moda”, citando el

ejemplo de prisioneras de cárceles que han rasguñado la pintura de los calabozos para fabricar polvos de arroz, y desteñido el rojo de sus blusas para hacer carmín. ¿Qué mejor ejemplo podría demostrarnos que estoy en la verdad?

He consultado también a una soltera de 21 años.

—No hay duda posible, me ha dicho. Toda mujer se viste para ella. Si la vida no le asigna ninguna otra satisfacción, es perfectamente justo que ella se acuerde ésta. Es tan natural vestirse para sí misma, que el vestido más agradable es el que revela cierta personalidad, aquel que hace causa común con la persona que lo lleva. A mí me encanta que mi vestido tiemble conmigo cuando tengo cólera, por ejemplo.

—Yo pienso lo mismo, agregó una muchacha de la misma edad que nos escuchaba. Gusta estar ante el espejo cuando se es bonita y cuando se está elegante. Complácese



Una nueva forma de capa.

ese sentimiento innato que se nos inspira desde pequeñas y que se acentúa más y más a medida de que crecemos. Y creo que más tarde una se viste según su situación social y pecuniaria.

Muchas otras hay que piensan de modo diferente. Agruparé respuestas semejantes de las cuales se desprende que la mujer se viste para "todo el mundo".

—No es solamente para nosotras mismas que nos vestimos, ni para respirar el voluptuoso perfume de nuestro sér. Es para el universo entero, para el hombre que amamos tanto como para el hombre desconocido al cual hacemos al pasar la limosna de una sonrisa, a fin de que se acuerde siempre de aquella que en una tarde de otoño le dejó el alma en los ojos, de aquella que a través de una sonrisa divinamente hermosa lo hizo vivir de modo intenso un instante, lejos de las realidades terrestres.

—¿Para quién...? Un poco para todos. Para gustar algo a los hombres y para contrariar un poco a las mujeres. Y también por deseo de perfeccionar un tanto su persona, procurando acercarse lo más posible a la belleza. Y, además, toda vida es un espectáculo, de modo que una mujer puede vestirse hasta para ser lo más agradable posible o los ojos tristes con que se cruza en su camino.

—A los dieciocho años, para gustar a los hombres; a los treinta, para hacer rabiar a las otras mujeres; a los cincuenta años, para su propio cuidado.

—De los 18 a los 25 años, la mujer vive satisfecha de su propia hermosura, de su juventud, de su gracia; está primorosamente enamorada de sí misma. El instinto de dominio prevalece y quiere imponerse, hacerse un lugar, seducir. Se viste para gustar. De los 25 a los 30, se viste para un hombre. A los 38, desea hacerse notar por las otras mujeres. A los 45, pierde casi siempre la naturalidad, el yo es puesto en juego, y comienza a refaccionar la fachada. ¿Para quién...? Para ella misma. Se viste para gustarse. A los 55 años llega la edad de la abuela y la línea es más sombría. La gracia está en saber envejecer quedándose muy joven. La mujer se viste por corrección, por hábito, y acaso por gozar en su coquetería si una ma-

ñana le dice el nietecito: "¡Oh!, abuelita. ¡Cómo estás de hermosa hoy!"

—¿Para quién se viste la mujer...? Depende de la mujer, según mi opinión. En la vida es fácil encontrar tipos de coquetas que se preocupan de gustar sólo a los hombres; de enamoradas que se visten para un hombre exclusivamente, y de vanidosas que procuran hacerse admirar por las demás mujeres. Todas, la coqueta como la enamorada y ésta como la vanidosa, encuentran en la toilette una doble satisfacción: de una parte, un placer sentimental o de amor propio, y de otra, el de haber ejercitado su gusto.

—Para la mujer en general es un placer estar bien vestida. ¿Cuál es el móvil de este instinto indiscutible? Yo creo haberlo encontrado. La niña, fea o agraciada, lo hace para seducir a los hombres; pero llegada la cuarentena, algo se modificará en esta intención. Ciertamente, querrá gustar todavía, pero estando ya fijada su vida sentimental, la lucha será de mujer a mujer, y obtendrá la victoria aquella cuya toilette sea creación más reciente. Cuando suena la sesentena, se viste para ella misma, no tanto porque haya renunciado a gustar, como porque está habituada a vestir y a preocuparse. Casi no sabe lo que persigue; revela lasitud y resignación. Será ésta la suprema etapa de su elegancia.

Después de que he reunido esta serie de respuestas, llego a pensar que no puede generalizarse sobre el móvil que guía a las mujeres a vestirse con elegancia, con distinción y con características propias. El hecho inmovible es que allá vamos todas tras lo mismo y que quizá si a nosotras mismas no nos confesamos a qué intención obedecemos. Callemos, pues, y conversemos sobre las sorpresas y novedades que se anuncian para el verano. Es más práctico y menos enojoso.

Desde luego, para las carreras, para toda reunión al aire libre, están indicadas las llamadas capas de verano. El abrigo con mangas será sólo para carreras matinales y excursiones en automóvil. Las capas preferidas serán las de encaje, pero acompañando siempre una toilette elegante. Para el tailleur vendrán las de sarga plisada o las de tela escocesa recogidas sencillamente al cuello. Pueden ribetearse con huincha en el bor-



Traje de "taffettas" y "tissu" bordado.

de bajo para obtener un bonito efecto. Veremos también capas de géneros de lana, con cuellos vueltos y aún con chalecos de piquet. Las antiguas capas de seda serán reemplazadas por las de gros. Llevarán pelerina como único adorno y la gracia principal habrá que buscarla en los forros. Estos serán de gasa floreada o de jersey de seda y aún de cretona finísima. Los cuellos serán de regular tamaño en pieles de castor, petit-gris, etc. Si no se tiene piel como para todo el cuello, éste se hará también de gros y se le ribeteará de una banda finísima de cisne, visible apenas.

Las capas de encaje son excesivamente lujosas y están reservadas para la noche, las

grandes carreras, los matrimonios. Las más generales son de Chantilly, y de muy diferentes formas: vuelos de encajes sobrepuestos, de encajes combinados con sedas, con terciopelos y adornados de ramos de flores.

Junto con este entusiasmo por las capas, hay que pensar en el derroche de fuerzas que anima hoy a las costureritas para drapear sedas finas y batistas que han de ser nuestro encanto en el verano. Es tan linda la moda de esta época, con sus colores claros y sus géneros vaporosos... Se ve cómo preparan sorpresas las modistas y cómo guardan el secreto. Sin embargo, he sorprendido indiscreciones entre las privilegiadas y puedo levantar a beneficio de mis lectoras amigas el velo del misterio que envuelve nuestra futura elegancia.

¿La línea? Siempre la misma, es decir,

conjunto de efectos anchos, sobre todo; ancho de arriba sobre las caderas y crinolina por debajo, o en medio de la falda en forma tonneau, encontrando siempre variedad de formas a tal grado que la moda parece hecha para cada una de nosotras.

Las chaquetas traerán la novedad de las mangas aglobadas, sea ligeramente abullonadas en lo alto cuando son cortas, o abullonadas de abajo y cerradas con puño si son largas. Estas son las que pudiéramos llamar novedades antiguas, ya que de puro antiguas vuelven a parecernos nuevas. Mangas de varios vuelos superpuestos se llevarán conjuntamente con vestidos de vuelos. Procuraremos tal vez con una modificación más cualquiera el enanchamiento de los hombros y llegaremos así a orientarnos nuevamente a la moda de 1830.



VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

DE PASTOR A ARTISTA CÉLEBRE

Han llamado grandemente la atención en París, en el Salón de los Artistas Franceses, dos piezas de escultura que de repente han colocado a su autor, a un desconocido hasta aquí, en el pináculo de la gloria.

Todo París desfilia por los Campos Elíseos; los artistas y aficionados, para contemplar, admirar y estudiar las producciones del nuevo maestro; los curiosos, por ver lo que dicen que es único; los elegantes, porque está de moda asombrarse ante las producciones de Pablo Dardé, que tal es el nombre del ya célebre escultor.

De humildísimo origen, Dardé fué pastor. Mientras cuidaba sus ovejas y borregos, tallaba en las rocas de las Cevennes figurillas y caprichos, y en su casa, en las horas de asueto, grababa en zinc con una afilada aguja de hacer calceta. Un día, uno de esos buenos Meeenas que por fortuna



El escultor Dardé tallando su "Fauno"



El Fauno



Dolor eterno

ATENDEMOS
GRATUITAMEN-
TE PEDIDOS DE
NUESTRO CA-
TÁLOGO

Fabricantes de ropa blanca



Fratelli Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

aún no se han agotado, lo mandó a París y se lo recomendó a Armando Dayot y la suerte de Dardé quedó fijada. Dos son las esculturas que ha presentado el artista: la una es un Fauno colosal, un gigante racional posible, de espalda estrecha, con patas de cabra, con enormes manazas y brazos desmesuradamente largos como los de los cuadrumanos.

El dorso, los brazos, nudosos, las manos son un prodigio de escultura. La expresión de la cara, entre dos orejas grandes y puntiagudas, es una maravilla de ironía, de alegría infantil un poco bestial. El pelo es rizado, ondulado, y el conjunto enérgico.

La otra escultura es un trozo delicado

y perfecto. La titula "Eterno dolor", y es una cabeza coronada de serpientes. El artista se ha inspirado en un pasaje del Dante.

Es la cabeza de la mujer, cuya fría e insensible belleza martirizó a muchos corazones masculinos; arrancada del cuerpo, comida por las serpientes, está destinada al infierno. El asunto es curioso más que seductor, y su factura de una perfección, de una maestría sorprendentes.

Parece ser que el Gobierno ha querido comprar el Fauno para colocarlo se cree que en Versalles; pero eso no lo ha podido conseguir por ser un encargo.



OTRO TRIUNFO DEL FEMINISMO

LA PRIMERA DIPLOMÁTICA

Lo que menos podía esperar la humanidad hace una docena de años, era que de la guerra, la más alta, aunque también la más lamentable manifestación externa de la virilidad, iba a surgir un día el triunfo de la mujer en todos los terrenos. Sin

mático, es decir, la representación de un pueblo, de una nacionalidad, encarnada en una respetable matrona o en una elegante y bella dama.

Livonia ha dado el ejemplo en este caso. La señora Austra Osolin Krause, que formaba parte de la delegación de la Cruz Roja letona en Alemania, fué luego designada como representante de la nación letona en la Conferencia de Paz, y tan a satisfacción de sus representados cumplió su cometido, que su nación le ha concedido el cargo de "Encargado de Negocios letones" en Berlín. El ejemplo cundirá, sin duda alguna. No hay motivo ninguno de peso para que una mujer ocupe una cátedra y no pueda ocupar una embajada. Y acaso no está lejos el día en que, al hablarnos los cronistas palatinos de una recepción o un besamanos, nos digan que entre los aristocráticos concurrentes figuraba la bella embajadora de Fartania, a la que acompañaba su gallardo esposo, o la Ministra Plenipotenciaria de Turilandia con sus monísimos hijos.



La señora Austra Osolin-Krause, representante de Livonia en Berlín.

embargo, así ha sido. La guerra nos reveló la mujer soldado, la mujer fabricante de municiones y de aeroplanos, la mujer "chauffeur" y mecánica; la post-guerra nos está revelando en diferentes países la mujer concejal y diputado, la mujer Ministro y, finalmente, hasta la mujer diplo-

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción

Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes

"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de hierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANERAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Elanco
HILO de algodón para coser sacos

HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 80'
ZUNCHOS para cajones 12" 5/8" y 3/4"

LAS ELECCIONES EN ALEMANIA

NOTAS CURIOSAS Y PINTORESCAS



Antes se hacía la propaganda en los talleres.



Hoy, las nuevas leyes llevan la propaganda a las cocinas.



Un centro electoral el día de las elecciones: El elemento femenino está en mayoría.

Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — SANTIAGO: Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO.	£ 4.000.000
CAPITAL SUSCRITO.	" 3.000.000
CAPITAL PAGADO.	" 1.800.000
FONDO DE RESERVA.	" 2.100.000

SUCURSALES:

FRANCIA.—París, 16 rue Halévy.

BELGICA.—Amberes, 22 Place de Meir.

PORTUGAL.—Lisboa, 32 Rue Aurea.

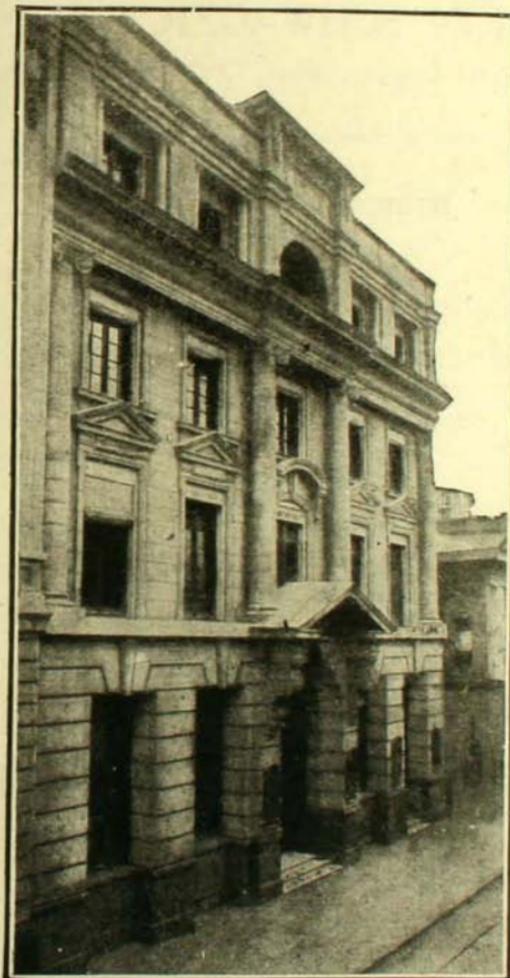
ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.—Agencia en New York, 51 Wall Street.

ARGENTINA.—Buenos Aires, Agencias en Buenos Aires: Barracas al Norte, calle Bernardo Irigoyen 1138, calle Sarmiento 2799, Once de Septiembre, calle Santa Fe 2123, Boca de Riachuelo, calle Almirante Brown 1159. Sucursales en Rosario de Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Tucumán, Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY.—Asunción.

URUGUAY.—Montevideo, Agencias en Montevideo, calle Río Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Rio de Janeiro, Manaos, Santos, Bahía, Sao Paulo, Pará, Pernambuco, Curitiba, y Victoria, Porto Alegre.



Emite y atiende Cartas de Crédito, vende y compra letras de cambio.—Transferencias telegráficas. Compra y venta de valores por cuenta de sus clientes. Guarda valores y documentos en custodia y se encarga al mismo tiempo del cobro de sus dividendos. Cobranzas de Letras. Recibe Depósitos a la vista y a plazo de tres, seis y doce meses. Abre Cuentas Corrientes en moneda corriente, oro, esterlinas y oro americano.

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL-DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

“LA VALPARAISO”

Compañía de Seguros Contra Incendios, Riesgos
Marítimos, Etc.

COCHRANE Núm. 879

VALPARAISO

Capital Suscrito. \$ 2.000.000.00
Capital Pagado. 1.000.000.00

Banqueros:

Banco A. Edwards y Cía.

CONSEJO DIRECTIVO

PRESIDENTE

Don Jorge Etehegaray

VICEPRESIDENTE

Don C. Gordon Jolin

CONSEJEROS

Don Max Fontaine, Don Eduardo Deves, Don Francisco
Sampaio, Don Arturo García, Don José M. Ríos Arias.

GERENTE

Don Ricardo Swett O.

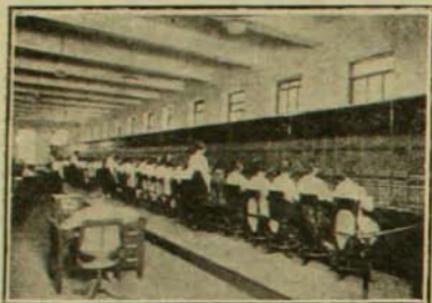
Agentes Generales en Santiago:

JORGE PHILLIPS y Cía.

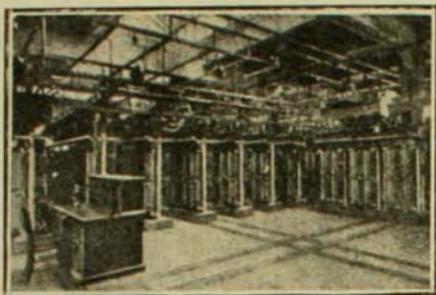
AGUSTINAS 1120

AGENCIAS EN TODAS LAS PRINCIPALES CIUDA-
DES DE LA REPUBLICA

EL FIN DE LAS TELEFONISTAS



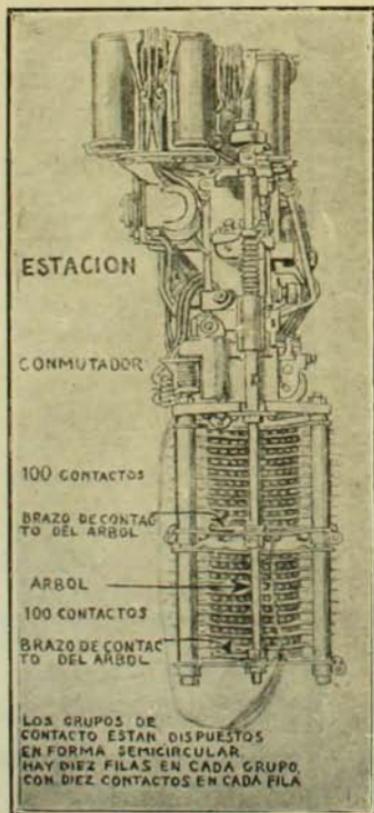
El sistema antiguo: Grandes locales, mucho personal.



El nuevo sistema: Local pequeño, personal innecesario.

Según parece, se estudia en Londres la supresión de las señoritas telefonistas, pensándose en sustituirlas, no con operarios del sexo feo, sino con un sistema automático que permite prescindir de todo intermediario entre los conferenciantes. Cada aparato telefónico tiene un disco con cifras y una aguja giratoria. Para pedir comunicación, el abonado no tiene más que descolgar el receptor y en seguida ir poniendo la aguja sucesivamente en las cifras del número que se desea. El mecanismo hace lo demás, obteniéndose la comunicación en unos cinco segundos. No se trata de un invento nuevo, pues el teléfono automático se usa hace algunos años en los Estados Unidos, en Australia, en Suecia y en algu-

nas ciudades de Inglaterra, entre ellas en Portsmouth, Newport, Darlington y Leeds. En esta última, una sola central basta para siete mil abonados. Aparte del enorme ahorro en molestias y en sueldos, el telé-





El Aceite BAU

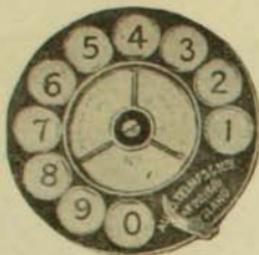
SIEMPRE ES EL PRIMERO

INSUPERABLE





aparato de sobremesa en el sistema automático.



El disco con que el abonado pide el número



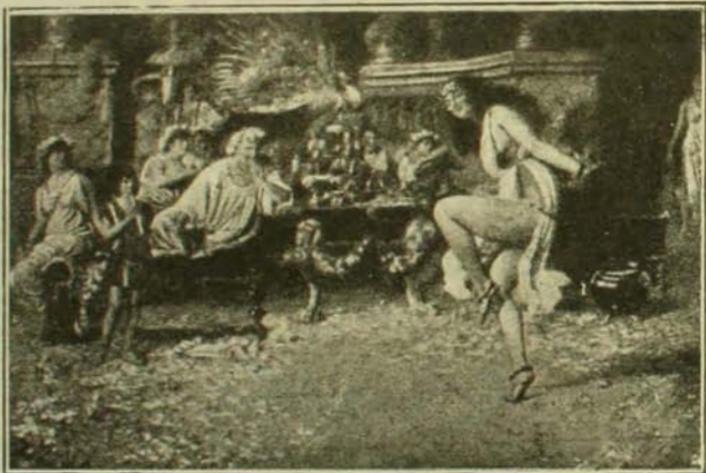
Aparato de pared y modo de pedir el número.

fono sin telefonista tiene la ventaja de economizar espacio, tiempo... y paciencia a los que se sirven de él.

El carbón de piedra cuesta ahora en Italia 600 pesetas; veinte veces más que antes de la guerra.

l

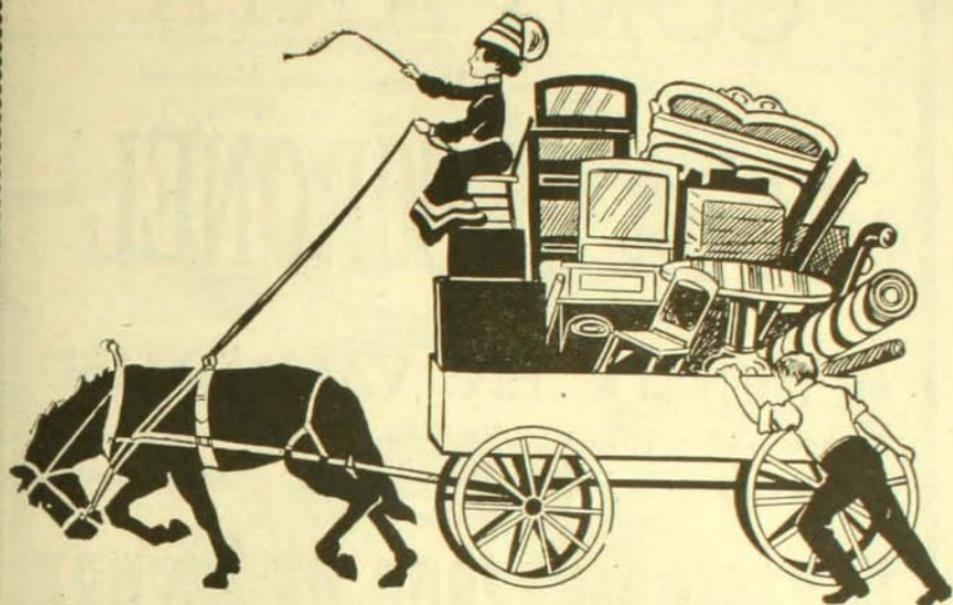
La
acuarela
más
cara
del
mundo



"Triclinio". acuarela de Fortunio Matania, por la que se han pagado en Londres 1.000 libras esterlinas.

Los ingleses tienen merecida fama como acuarelistas, y no cabe negar que la acuarela, tan injustamente abandonada entre nosotros, tiene en la Gran Bretaña muchos y muy notables cultivadores. Se dice que esto es en parte debido a que, en las exposiciones y museos londinenses, exigiendo las nieblas el empleo de cristal para toda clase de cuadros, lucen mucho más las acuarelas que los óleos, en los que el brillo del barniz y el del vidrio restan demasiada visibilidad a la pintura. Sea esta o cualquier otra la causa, el hecho es que la afición a la acuarela es allí tan grande entre los artistas como entre el público. Allí

existe un Instituto Real de Acuarelistas, que anualmente celebra una exposición, y algunos de los cuadritos que en ella se exhiben alcanzan precios que pocas veces se pagan por los lienzos de más mérito. Este año, el artista Fortunio Matania ha presentado una acuarela titulada "Triclinio", representando una escena de banquete en la Roma antigua, y ha tenido la humorada de señalarle en el catálogo el precio de mil libras esterlinas, o sean, al cambio actual, cerca de 24.000 pesos. Lo más notable es que ha encontrado comprador. Seguramente es el precio más alto que se ha alcanzado en este género de pintura.



Las Oficinas de la

SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

UNIVERSO

SANTIAGO

SE HAN TRASLADADO

DE

Galería Alessandri, 20

A

AGUSTINAS, 1250

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE

FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANLERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853

Artigas

LA
MARCA NACIONAL
MAS ACREDITADA

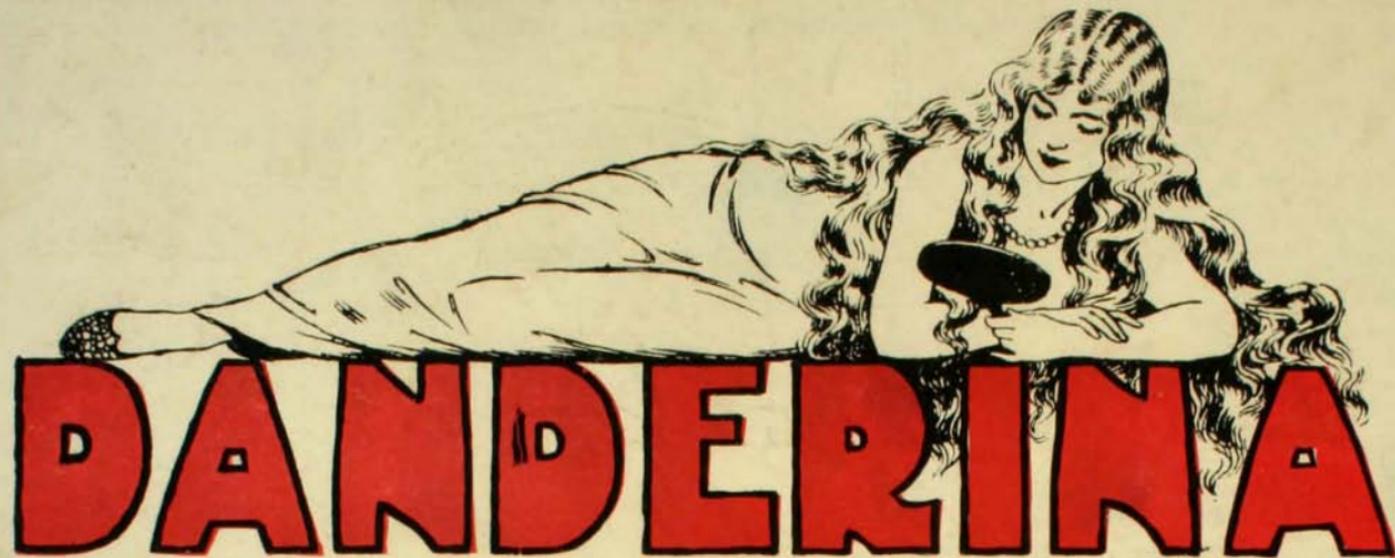


M. ARTIGAS y Cia.

Teléfono 83

Casilla 2970

Ahumada número 201, esquina Agustinas



Si su pelo es opaco, grasoso y rebelde; si le cuesta trabajo arreglarlo; si nota Ud. que se le cae al peinarse; si no ha podido curarse la caspa; si ya hay partes de su cabeza que empiezan a ser calvas, compre inmediatamente un frasco de DANDERINA, y mañana mismo, antes de peinarse, moje una toalla o una esponja en esta preparación y frótese la superficie del pelo. Instantáneamente queda éste limpio, brillante y suave, a la vez que adquiere un admirable aspecto de abundancia. Si continúa repitiendo esta sencilla operación todos los días, y si una o dos veces por semana, moja las yemas de los dedos en DANDERINA y se fricciona bien el pericráneo, dentro de poco tiempo la caspa habrá desaparecido por completo y el pelo no sólo habrá dejado de caerse sino que habrá crecido donde faltaba y aumentado en cantidad, belleza y lozanía.

PACIFICO

MAGAZINE

1^o abono
de 1928

PRECIO
2 PESOS





El espectro del Dolor

y de las enfermedades se interpone entre nosotros y nuestra felicidad como una barrera funesta. Sólo quien logra vencer ese obstáculo, tiene abierto ante sí el camino que conduce al bienestar y al éxito. El medio más poderoso que existe para calmar los dolores de toda clase y para combatir ciertas enfermedades tan comunes y peligrosas como la influenza, la gripe, el dengue, los resfriados, etc., son las **Tabletas Bayer de Aspirina y Fenacetina** (tubo de etiqueta verde con la Cruz Bayer). La combinación científica de la Aspirina, que es el mejor de todos los analgésicos, con un febrífugo y calmante general de tanta eficacia como la Fenacetina, alcanza resultados que no pueden conseguirse con ningún otro medicamento. Por eso, siempre que se trate de aliviar el dolor, reducir la fiebre y calmar la irritabilidad nerviosa, las **Tabletas Bayer de Aspirina y Fenacetina** pueden considerarse como un remedio único e insuperable.



¿Se ha fijado usted qué enorme porcentaje
de automóviles van equipados con neumáticos

“GOODYEAR”?

Esto se debe a que su calidad es insuperable y a que sus fabricantes no omiten sacrificios para mantener su buena reputación.

DISTRIBUIDORES PARA CHILE:

Graham, Rowe & Co.

SANTIAGO,

VALPARAISO

Bandera 275

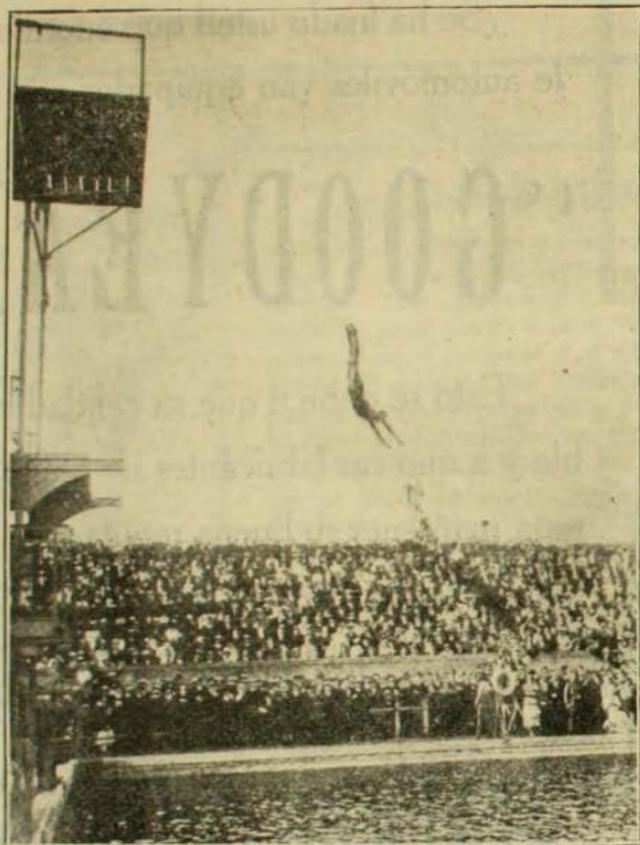
Cochrane 819

ANTOFAGASTA

CONCEPCION



PROEZAS DEL ATLETISMO



El saltador Luber arrojándose al agua desde una altura de quince metros, en el último certamen atlético del Estadio de Berlín.

NICOLAS MAQUIAVELO

Prestigioso hombre de Estado Italiano. Nació en Florencia en 1467 descendiente de una familia ilustre de Toscana.

Desde niño comenzó sus estudios literarios los cuales contribuyeron para que más tarde brillara entre las primeras figuras del Gobierno. Fué su maestro Virgilio Adriano, eminente sabio, que supo educar a su discípulo en la senda del cumplimiento del deber y del trabajo. También recibió Maquiavelo de este maestro todos los principales

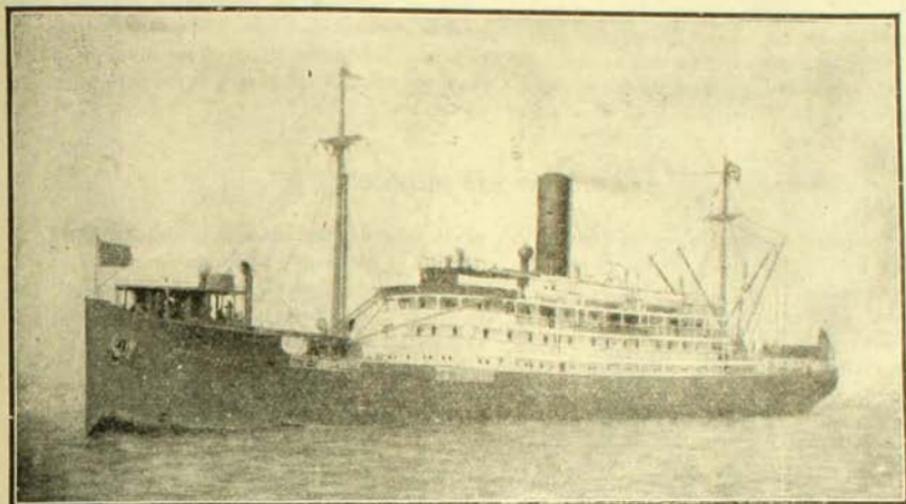
idiomas antiguos y algunos de los orientales.

Terminados sus estudios con estupendo triunfo, fué llamado por las altas autoridades para que ocupase el puesto de Canciller del Consejo de los señores, cargo que Maquiavelo desempeñó con admirable rectitud. Vistas en su labor, las prendas de ilustración que adornaban a este notable florentino, el Gobierno lo designó Secretario de Estado. En este puesto duró muchos años

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO
POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”

Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva ork
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.

y trabajó decididamente por el desarrollo de las letras y toda clase de enseñanzas literarias. En diferentes ocasiones cooperó en las relaciones de su país con el extranjero y al efecto, se distinguió como diplomático, ante algunas de las potencias vecinas. Fué enemigo declarado de la casa de los Médicis, motivo por el cual a la ascensión de éstos en el poder, Maquiavelo fué destituido de los honrosos cargos que poseía, y se retiró de la política activa, hasta la muerte de Lorenzo de Médicis, tiempo en que el Papa León X lo llamó a su lado y lo tuvo como su consultor para los graves problemas del

Estado. Con este pontífice formó Maquiavelo la liga contra Carlos V.

Maquiavelo dejó algunas obras publicadas y entre ellas merecen mención: "La historia de Florencia"; "El príncipe"; "Discurso sobre Tito Livio"; "El arte de la guerra" y otras más. Murió en 1527 y fué enterrado en Santa Croce. En 1869 se celebró en Florencia el centenario del nacimiento de este eminente italiano; se hicieron varios festejos y se colocó una placa conmemorativa en la casa que fué de su familia.

LOS OJOS DE LAS MUJERES

Las miradas de las mujeres se parecen a ciertos rodajes tranquilos en la apariencia, pero formidables.

Pasamos a su lado todos los días quieta, impunemente y sin sospechar nada.

Llega un momento en que hasta nos olvidamos de que aquello está allí. Se va, se viene, se sueña, se habla, se ríe. De pronto nos sentimos sobrecogidos: todo se acabó.

La rueda nos detiene la mirada: nos ha preso.

Nos ha preso, no importa por dónde ni cómo por una parte de nuestro pensamiento que vagaba sin objeto; por una distracción

que hemos tenido, estamos perdidos. Pasaremos completamente por toda la máquina; se apodera de nosotros un encadenamiento de fuerzas misteriosas y en vano luchamos; no hay socorro humano posible.

Vamos a caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia; nuestra tortura, nuestra fortuna, nuestro porvenir, y según que nos hallemos en poder de una criatura malvada o de noble corazón, no saldremos de esa espantosa máquina sino desfigurados por la vergüenza o desfigurados por la pasión.

VICTOR HUGO.

HISTORIAS ANECDOTICAS

Una noche que Eduardo Rostand volvía a su casa, dos encantadoras niñas penetran en su vagón y se sentaron cerca de él.

Con la impetuosidad de la juventud se pusieron a hablar de sus estudios y abriendo su cartera, resolvieron comenzar sus deberes.

Se les había dado un tema eminentemente literario, que consistía en completar algunos versos donde faltaba la última palabra. Laboriosas, buscaban las rimas que se negaban a venir.

Entonces el desconocido viajero se interesó. Dijo las rimas rebeldes y el deber bien pronto quedó terminado.

Llegadas a su destino las dos niñas pidieron al jefe de estación el nombre del señor que les había ayudado tan amablemente.

—¡Cómo! ¡No le conocéis?...

Pero sí es M. Rostand.

Y las niñas, confusas, pero maravilladas,

fueron al otro día las primeras de la clase.

Al conocido arquitecto francés Fontaine, fué un artista que había perdido su fortuna, a solicitarle un favor. A las primeras palabras adivinó aquél el objeto de su visita.

—Estoy muy ocupado—le dijo— me es imposible escucharos; he aquí la llave del cajón de mi escritorio, que está en ese cuarto inmediato; hacédmelo el favor de tomar la cantidad que os haga falta, y que yo no necesito saber, y permítidme acabar mi trabajo.

El artista se conformó con esta exigencia, y cuando después de algún tiempo volvió lleno de alegría y gratitud, a pagar la deuda y dar las gracias a su acreedor:

—Estoy acosado por los negocios—le dijo Mr. Fontaine—tomad la llave, tened la bondad de guardar ese dinero y dispensadme que prosiga mi trabajo.

Tenemos siempre en existencia novedades en

DAMASCO DE SEDA PARA MUEBLES
CORTINAS INGLESAS,

“REPS” Y “POPLIN” PARA CORTINAS ETC.

Estos géneros se encuentran únicamente en nuestros Almacenes Principales.

MORRISON Y CIA

Calle C6chrane

Valparaiso



LA DANZA DE LA MUERTE

En 1860, uno de mis amigos vivía con sus padres y dos hermanas en un grande y viejo caserón cercano de la ciudad de G..., en Baviera. Su cuarto estaba situado junto a un inmenso comedor, en el segundo piso, y tenía una antecámara que daba a un corredor, a cuyo extremo se hallaba la principal escalera.

La mayor de sus hermanas, Berta, tenía un carácter circunspecto; la otra, Juana, era, por el contrario, alegre, travezoela y amante del baile hasta el exceso. Era frecuente en ella, agarrarse a su hermano, y, quieras o no, hacerle valsar hasta que él, entumecido, se caía. Entonces ella reía hasta correrle las lágrimas; y es de advertir que ambos hermanos se querían entrañablemente.

Por aquella época, Juana contrajo en el baile un nefasto constipado, que degeneró en consumción pulmonar; su hermano, estudiaba medicina en la Universidad de Munich. A despecho de las cartas tranquilizadoras que recibía de su hermana, el estudiante vió, con ocasión de unas vacaciones, que la enferme-

dad hacia progresos sensibles. Un día le llamó un despacho, para que, a toda prisa, fuera al lado de su hermana, que se hallaba en la agonía. Tomó el primer tren que le fué posible, y llegó a su casa a la media noche del día siguiente. Llamó con impaciencia a la puerta, y ni saludó al viejo portero. Subió directamente a su cuarto, tiró sobre una silla el sobretodo, y cuando se volvió para dirigirse a la habitación de la paciente, encontróse frente a frente con ésta, quien le sonreía con candor angelical. No aparentaba estar enferma; habían desaparecido de sus mejillas aquellos colores sonrosados que tan penosa impresión le produjeron la última vez que la vió; parecía un poco pálida y nada más. Al buen aspecto de su rostro uníase lo gracioso de su vestido. Cubría su cuerpo una especie de túnica de muselina blanca de amplios pliegues, y unas largas trenzas, caía de sus hombros sobre su pecho...

Sorprendido por la aparición, se dirigió el estudiante hacia ella, y tomándole las manos, le dijo:

—¿Cuán feliz me siento de hallarte en pie, cuando te creía enferma en la cama!

—Estoy perfectamente—le contestó Juana. Y, con efecto: nada denotaba lo contrario, a excepción del tono de su voz, que parecía un poco cavernosa. Era la alegre y bella muchachina de siempre, y si algo de etéreo constataba el hermano, supuso provenía del contraste de sus cabellos de mora y su traje de nieve.

—No sé si debo dar crédito a mis ojos—decía el hermano acariciando a su hermana querida:—esperaba encontrarte mala, y te veo dispuesta para ir al baile.

Juana, con gracioso ademán, y sonriendo, dió unas vueltas de vals sobre sí misma; y luego, repentinamente, agarró a su hermano y le forzó a bailar, a pesar de sus protestas.

Las pesadas botas de viaje metían mucho ruido en el aposento, y tanto por esta circunstancia como por hallarse mareado, suplicó mi amigo a su hermana que le dejase, porque todo rodaba en torno suyo. Acedió Juana; mi amigo se tapó los ojos con las manos, y cuando por un momento desahució los destapó, se encontró solo: su hermana había desaparecido.

Yendo en su busca, se encontró con una

ACIDO EN EL ESTOMAGO AGRIA EL ALIMENTO

Dice que exceso de ácido hidroclórico en el estómago es la causa más frecuente de dispepsia, indigestión y gastritis

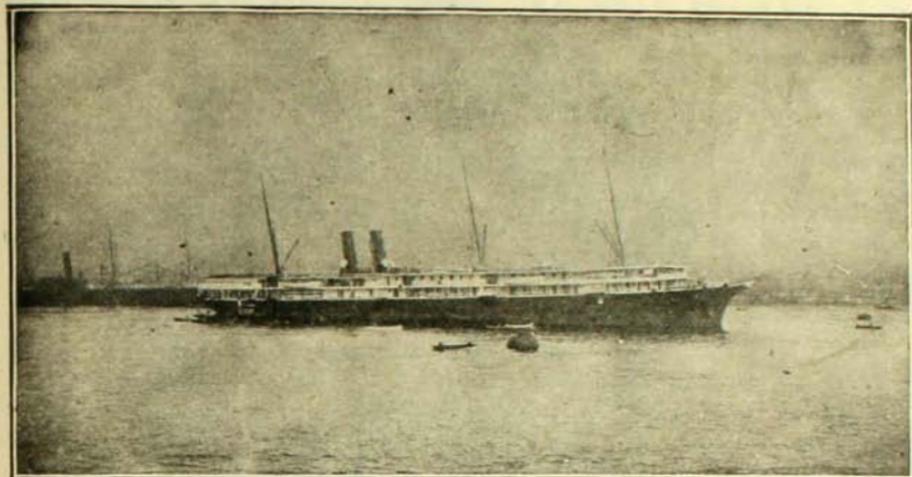
Una autoridad bien conocida manifiesta que enfermedades del estómago, dispepsia e indigestión, son casi siempre debidas a acidez—estómago ácido—y no, como mucha gente cree, a falta de jugos digestivos. Manifiesta que un exceso de ácido hidroclórico, en el estómago retarda la digestión y principia la fermentación de los alimentos. Entonces los alimentos que comemos se agrían en el estómago, del mismo modo que pasaría a los desperdicios en una lata, formando fluidos corrosivos y gas que irrian al estómago como un globo. Entonces sentimos esa sensación pesada y torpe en el pecho, dolor de cabeza fuerte y agudo y eructamos alimentos agrios, gas o agrura severa, venteridad, dolor de cabeza o náusea.

Esta autoridad nos dice que dejemos a un lado los digestivos auxillantes y en lugar de ellos, que consigamos con cualquier droguista un frasco de Magnesia Divina y después de las comidas tomar, en un cuarto de vaso de agua caliente, dos pastillas. Esto purifica el estómago, previene la formación de excesivo ácido y lo habrá acedia, gas o dolor de cabeza.

Id. encontrará que teniendo la precaución de tomar dos pastillas de Magnesia Divina después de una comida, puede comer casi todo y saborearlo sin ningún peligro de que siga dolor o molestia. Este tratamiento simple es completamente inofensivo, muy barato y fácil de tomarse, y es usado por miles de personas que ahora saborean sus comidas sin temor de indigestión.

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

“HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

ONTRE PLAZA.
Director-Gerente.

Hermana de la Caridad: heroica enfermera, que, lámpara en mano, se dirigía a saber la causa de aquel ruido.

—¿Quién sois y qué hacéis aquí?

—Soy... y voy en busca de Juana, de mi hermana.

—¿Juana ha muerto!

—¿Muerto! ¡No, Juana no ha muerto! ¡Ha estado aquí conmigo! ¡Me ha obligado a bailar, para demostrarme que estaba curada...!

—¿El Señor se apiada de nosotros! Su hermana, joven, murió a las seis de esta tarde; yo velaba su cadáver cuando...

No quiso escuchar más mi amigo. Descendió al piso en que estaba el dormitorio de

Juana, y allí la encontró vestida de muselina blanca, con una guirnalda de rosas cinciendo su frente, con las trenzas de su cabello pasando por sus hombros y descansando sobre su pecho, con la sonrisa en los labios, con el rostro tranquilo y pálido, pareciendo dormir el sueño de la felicidad...

—Juana murió diciendo que solo sentía no verte antes de morir... le dijo Berta, entrando y echándose en los brazos de su hermano.

—¿Me ha visto, me ha visto—le contestó éste,—y ha bailado conmigo su última danza: la danza de la muerte!

Dr. FRANZ MARTMANN

HISTORIAS ANECDOTICAS

Viajaba una ocasión Ricardo Wagner de Riga a Dresde. En el camino hizo momentánea amistad con un compañero de coche, y entre ambos se entabló el siguiente diálogo:

—¿Usted que profesión ejerce?

—Yo soy médico, especialista en enfermedades de los oídos? ¿y Ud.?

—Yo músico...

—¿Por su puesto, no será usted partidario de Wagner...?

—Un poco. ¿Por que me lo pregunta usted?

—Por curiosidad, nada más que por curiosidad.

—Y que, ¿trabaja usted mucho?

—Si, señor; sobre todo desde que ese tal Wagner destroza los oídos con su música.

—Que no se entere él por que le va a reclamar a usted la mitad de sus ganancias, ya que tanta clientela le proporciona.

—¿Qué remedio! Se las abonaría...

Siguió un prolongado silencio al cabo del cual el maestro dijo, como para cambiar de conversación:

—¿Tiene usted a mano un marco?

—Si, señor, contestó el médico sacando una moneda de ese valor y entregándosela al maestro.

—Muchas gracias—añadió Wagner, guardando en el bolsillo el marco: hemos liquidado la mitad de los beneficios que debe usted obtener con la práctica de su ciencia. Soy Ricardo Wagner.

~ ~

En viaje desde Gumiel a Valladolid, el rey Felipe III hubo de detenerse en Lerma, en uno de los últimos días de abril del año de 1860. Los caballeros y soldados que formaban su acompañamiento fueron repartidos por la población y alojado según la categoría, en las casas de las personas de su posición, aquellos, y entre los plebellos la soldadesca.

Juan de I'Hermithe, un flamenco que fué ayo del rey en vida de Felipe II, y que a su hijo sirvió algunos años después de la exaltación de éste al trono, fué recibido por un notario en su casa de modo cordial y agradable.

Cuenta I'Hermithe que durmió en la misma alcoba notarial a ruegos de éste y que fué tratado espléndidamente por él durante su corta permanencia en Lerma.

De ella conservó el flamenco grato recuerdo siempre, y la copia de una inscripción que transcribió "ad pedem literem."

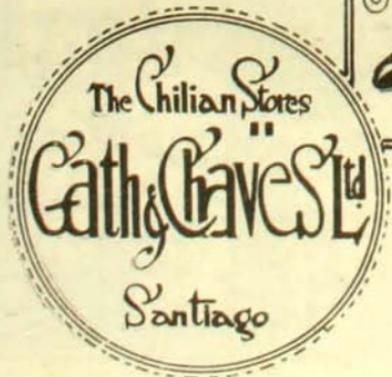
REMEDIO PARA LA SORDERA CATARRAL Y LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si usted sufre de sordera catarral o zumbidos de cabeza, vaya a su boticario y pídale un pomito con una onza de Parmenta (Doble Fuerza), añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar y tómese una cucharadita de las de postre cuatro veces al día.

Esto suele traer pronto alivio a los molestos zumbidos de cabeza; franquear las narices tupidas, aligerar la respiración y hacer que no sigan cayéndole las flemas que el catarro le hace gotear al fondo de la garganta. Es fácil de preparar, barato de conseguir y agradable de tomar; y en suma, digno de que todo el que tenga sordera catarral o zumbidos de cabeza haga la prueba con esta receta.

"HANAN & SON"

CALZADO COMODO, ELEGANTE Y
CHIC. MODELOS NUEVOS EN
"ZAPATERIA SEÑORAS"



Gath & Chaves acaba de recibir una importante remesa de modelos nuevos de la famosa marca "Hanan & Son", aprecia la y reconocida como la mejor del mundo.

Invitamos a nuestra distinguida clientela a examinar este surtido interesantísimo, cuyos modelos que lo forman, son preciosos, tanto por su elegancia exquisita como por lo novedoso de su presentación.

Dice así la curiosa inscripción, que trasladamos sin variar su forma ni disposición:

"El papa... Yo soy uno.

El Rey... Yo obedezco a ese uno.

El caballero... Yo sirvo a estos dos.

El letrado... Yo engañó a estos tres.

El letrado... Yo revuelvo a estos cinco.

El médico... Yo mato a estos cinco.

El teólogo... Yo absuelvo a estos seis.

El labrador... Yo asusto a estos siete.

Dios... Yo alimento a estos ocho.



En viaje el Libertador, del Perú a Bolivia, se encontró en Zapita con el Mariscal Sucre que había salido de la capital al encuentro de su Jefe. Al desmontarse el Mariscal para abrazar al Libertador, se le salió la espada de la vaina y un testigo ocular dijo que lo sucedido era un mal presagio.

Al siguiente día, al darle Sucre un planazo a su asistente, que se le había insolentado, se rompió la espada. "Esto sí que es peor agüero que el de ayer, dijo el testigo; y desde hoy comienza sus desgracias, general." Así lo estaba yo pensando," contestó el Mariscal.

Las crónicas locales y muy especialmente las de la capital del Perú, comentaron el suceso con los aditamentos que las fantasías de las aspersecuciones se complacían en aglomerar al ambiente de antipatía a los colombianos que estaba en gestación en esos países a los cuales Colombia ayudó, con tanta eficacia, a obtener su independencia. Pero a la que más importancia se atribuyó en el rodar de las especies de la crítica, fué a la que la espada salida de la vaina y después rota en las espaldas del asistente del Mariscal, fué la obsequiada por la ciudad de Lima.

Y sea que el Mariscal Sucre, no usara jamás la espada del obsequio hecho en la ciudad de los Incas—o que apenas la usara en alguna que otra parada; y que preseiñamos del buen temp'e que debía tener la hoja por lo costosa—es lo cierto que la buena estrella del Héroe, se eclipsó en Zapita, y que a poco tiempo, el levantamiento de la capital de Bolivia, que lo hizo víctima de mortal herida y el asesinato de Berrueros—que puso fin a su preciosa vida—ratificaron el augurio del subalterno que presencié aque'los hechos. Y que hay agüeros, los hay.

GASTOS DE MILLONARIOS

Rockefeller, que es conocido en el mundo entero por sus cuantiosas donaciones de carácter filantrópico, que ha fundado Universidades, que ha creado el famoso Instituto que lleva su nombre y que está extirpando muchas plagas en el mundo, acaba de obsequiar veinte millones de dólares para fomentar el avance de la medicina.

Henry Clay Frick, uno de los reyes del acero, que acaba de morir, ha dejado a la ciudad de Nueva York su valioso museo de arte, avaluado en treinta millones de dólares, con la casa que lo contiene, avaluada en cinco millones, y además otra suma de quince millones para el mantenimiento de esta casa que pasa a ser ahora de la comunidad. En total ha dejado ciento doce millones, cuatro quintas partes de su fortuna, para fines de utilidad pública.

Las grandes, enormes fortunas irritan generalmente al público e irritarán mientras

haya abyecta miseria, contemporánea de esa fortuna. Pero estos gestos de generosidad inherentes al millonario norteamericano imprimen en las formas privadas de este país un timbre de gloria.

Toda la fortuna de Rockefeller repartida parejamente entre sus conciudadanos, no podría haber hecho el bien ni causado la felicidad que han provocado sus donaciones. El ha agregado salud al mundo, ha reducido la mortalidad, ha prolongado la vida. Y Frick, al dar a la ciudad sus tesoros de arte, no ha hecho sino actuar como el Secretario de bellas artes de la multitud, la cual es ahora dueña de su magnífica colección.

Anotemos con satisfacción que este mismo espíritu filantrópico de la fortuna principia a diseminarse por la América Latina, y se acentúa cada vez más.



Los doctores **LUIS CALVO MACKENNA**, Profesor Extraordinario de Medicina Infantil, Médico del Patronato de la Infancia, etc., y **LUIS CRUCHAGA**, especialista en enfermedades de niños, han obtenido con su uso resultados plenamente satisfactorios:

DR. LUIS CALVO MACKENNA.
—Prof. Extr. de Med. Infantil.—
Amanátegui 51.—Teléfono 2112. —
Santiago.—Santiago, 20. de Noviembre de 1915.—En respuesta a su atenta del 15 próximo pasado, tengo el agrado de decirle que he ensayado en la Clínica de Niños su alimento malteado ("MEYER") y que los resultados obtenidos han sido plenamente satisfactorios en aquellos casos en que estaban indicadas las harinas malteadas.

Lo saluda atentamente su afectísimo S. S.

(Fdo.): Luis Calvo Mackenna.

Del Dr. **LUIS CRUCHAGA T.**—
Especialista en enfermedades de niños.

Dr. LUIS CRUCHAGA T.—Enfermedades de Niños.—Moneda número 824.—Santiago, noviembre 22 de 1915.—El médico que suscribe, certifica que ha usado con muy buenos resultados el "ALIMENTO MEYER" en numerosos casos en que estaba indicada alguna harina en la alimentación.

Dr. LUIS CRUCHAGA.

**ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR**

LA DELEGADA FEMENINA EN LA CONVENCION DE CHICAGO

La novedad de la Convención en su sesión inaugural.

La nota más curiosa de que da cuenta la prensa americana durante la sesión inaugural de la Convención republicana celebrada en Chicago, fué la presencia de la delegada Mrs. Manley F. Fossen, de Minneapolis, Minnesota.

Apenas el senador Lodge hubo terminado su discurso de apertura, Mrs. Fossen se levantó para pedir se procediese al nombramiento de la Comisión de Resoluciones. Pero su voz no era suficientemente fuerte para extenderse a todos los rincones del gran salón, e inmediatamente sonaron gritos de: "¡Más alto! ¡Más alto! ¡Que la lea el secretario!"

Pero Mrs. Fossen no se inmutó. Tan serena e imperturbable como si hubiera estado hablando en el Club Feminista de Minneapolis, siguió leyendo, con una voz un poco más fuerte, hasta terminar.

Luego la señora Fossen se refirió bromeando a este incidente, que demostraba, según ella, hasta qué punto iban desapareciendo ya las diferencias entre hombres y mujeres en la arena política y señaló lo mucho que contribuye a preparar a las mujeres para intervenir eficazmente en la vida pública la creación de clubs y sociedades donde gradualmente vayan acostumbrándose a las contiendas orales. "A mí no me parecía raro en absoluto el verme aquí, en el salón de la Convención, esta mañana, entre los demás delegados. Pero quizás hubiera sido diferente si no hubiera tenido la oportunidad de laborar de manera semejante en la Legislatura de mi propio Estado, donde las mujeres han hecho aprobar 35 proyectos de ley en relación con el trabajo de los niños y demás cuestiones de bienestar social".

UNA AVENTURA LITERARIA

Se han cumplido, recientemente, 24 años de la muerte de Verlaine. Con este motivo se han recordado algunos episodios de su vida. He aquí uno:

Poco antes del fallecimiento de Verlaine, un gran diario parisiense convocó a un concurso de poesía. Formaban el jurado los más notables poetas, presididos por Catulle Mendès. Sin consultar a sus compañeros, adjudicó el premio a una mujer muy linda, a'egre, y más insinuante que inspirada, absteniéndose de leer aquellas copias de ciego.

Se supo después que Paul Verlaine había enviado un poema. Consternación entre los redactores.

—¡Ha concurrido Verlaine! ¿Qué pensará si no se le otorga el premio? Hay que buscar su manuscrito.

Se buscó en el revoltijo de versos recibidos. El manuscrito del pobre Lelian se había perdido.

Entonces a Catulle Mendès se le ocurrió una idea. Escribió a Verlaine diciéndole que su poema era una obra maestra, y la tenía en tal estima, que le rogaba le mandase una copia autógrafa.

Y cuando el pobre poeta envió la copia, el periódico publicó triunfalmente el poema del poeta laureado...

EL SUPRAGIO FEMENINO EN LA ARGENTINA

Bajo la inteligente dirección de un grupo de mujeres realmente impregnadas de cultura intelectual y de ideas avanzadas, el flamante partido Feminista se ha desarrollado en proporciones consoladoras en la gran metrópoli del Sur. ❧ ❧

Por supuesto, las mujeres perdieron su primera batalla. Pero no es eso lo que interesa al caso, sino el hecho de que ellas hayan obtenido la conquista del voto, al cual no le atribuímos nosotros ninguna

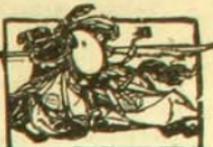
importancia bajo el régimen estatal burgués, pero sí creemos que eso equivale para nuestras mujeres hispanoamericanas, a la supresión del velo, y la abolición del harem entre las mujeres turcas o la supresión del pie de cabra de las mujeres chinas: es siempre una liberación de nuestras esclavas domésticas que acabará poco a poco con los privilegios del sexo fuerte.

NUESTRA PORTADA

Cuadro de
A. Freeman

S U M A R I O

	Págs.
DOÑA LUISA LYNCH DE GORMAZ	199
DEL DIARIO DE UNA SENTIMENTAL, por Ariel.	203
EL CAMPEONATO SUDAMERICANO DE FOOT-BALL.	207
LA ESPERANZA EN LA LUCHA SOCIAL, por N. Novoa Val- dés.	212
DON FRANCISCO DONOSO CARVALLO.	216
CON LOS TAGORE, por Sigfrido del Alba.	217
LOS QUE CUENTAN LOS ESPEJOS DE VERSALLES.	221
LOS FIGURONES, por Hernán Díaz Arrieta.	227
DON FERNANDO LAZCANO, por Ginés de Acantara.	233
ANIVERSARIO DE MEJICO.	235
RECUERDOS DE ANTAÑO, por Alfredo A. Munate Echeve- ría.	239
EL MES TEATRAL, por K. Marín.	246
MARIANO DE CAVIA.	249
TOWYN	253
ROCKEFELLER, EL HOMBRE MAS RICO DEL MUNDO.	259
NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE, por Miguel de Unamuno.	267



DOÑA LUISA LYNCH DE GORMAZ

SEMBLANZA POR EL CURIOSO IMPERTINENTE

En los alrededores de Santiago, en uno de esos barrios apacibles que daa al alma la frescura y la pureza del rocío, y donde el verde perenne de los árboles mantiene vivos el ideal y la ensoñación, se ha refugiado uno de los espíritus más interesantes con que cuenta nuestra sociedad, uno de aquellos cuya polícromía se destaca en medio del molde rutinario y gris de las gentes chilenas, produciendo temblor de espanto entre los misonceistas, confusa extrañeza entre los vulgares y encanto exquisito entre los que abren su alma a todas las sensaciones y que conversan cosas íntimas sin necesidad de lenguaje.

La señora Luisa Lynch de Gormaz vive en Providencia, en un elegante chalet, rodeado de parque, donde no se observa la mano del hombre sino que hasta el punto de presentarlo hermoso, sin arrancar con artificiales refinamientos las bellezas únicas, es decir, las naturales. Una estatua, un exótico recuerdo oriental disimu-

lado entre la vegetación, ponen inmediatamente en el espíritu del visitante, esa impresión de misterio, de viejas cosas vividas en interminables artísticas andanzas, que produce la señora Lynch ante el mortal honrado con su amistad.

La luz cándida y azul que se desprende de sus divinos ojos, y la blanca sonrisa que surge de sus labios con un encanto indescifrable como la de ciertas antiguas pinturas, y el marco de cabellos pjlátados que encierra con línea respetable un rostro joven y terso, forman un conjunto que hace meditar como se piensa ante las aguas, ante los bosques, ante los valles, hermosos hasta la perfección y guardadores colosos de un secreto que casi se adivina, pero que no llega a comprenderse.

Hacer la semblanza de la señora Luisa Lynch de Gormaz es como abrir un arca de perfumado sándalo, dentro de la cual se hayan guardado deliciaísimos tesoros de arte, de vibración y de



Señora Luisa Lynch de Gormaz

cultural. Esta distinguida dama abandonó el país en compañía de su padre, el Almirante don Luis Lynch, a una edad muy temprana, siendo casi una niña, y desde esa época no hizo otra cosa que viajar por el mundo entero civilizado, admirando con su belleza y con su especial distinción a las gentes refinadas y de buen gusto. Baste decir que ha vivido diez y seis años en París, donde casó con el distinguido diplomático y hombre de letras don Carlos Morla Vicuña; cinco o seis años en Estados Unidos, algunos en el Japón, y largas temporadas en el Tirol, en Austria, en Roma, etc. La señora Luisa Lynch tiene albergadas en su alma las dulzuras de los bosques tiroleses, la buena poesía de las cándidas aldeas austriacas, la vida vigorosa de París y la huella inconfundible que deja el roce con el arte y con la sangre.

Durante su primera permanencia en París, y casada ya con el señor Morla, conoció al célebre Rodin. Este genio de la escultura fué el visitante mimado de los salones del Ministro de Chile en Francia. Se interesó vivamente por la belleza de la dueña de casa y decidió inmortalizarla en el mármol.

No estaba lejos, y aunque ello pareciera una pretensión, el artista, de pensar con El Curioso Impertinente al descubrir un extraño misterio en los rasgos fisonómicos de la señora Lynch. A pesar de su deseo de hacer palpitar en una obra maestra aquella hermosura, vacilaba siempre y estudiaba con temaz interés. Los días iban perdiéndose uno tras otro y Rodin confiaba al señor Morla sus incertidumbres para llevar a efecto esa su especial maestría que consiste en poner, diremos, a flor de labios sobre el mármol, los recónditos secretos del tipo genérico o individual.

Debía sonreír mañosamente nuestro Ministro, profundo conocedor del tesoro que la vida le había deparado, al ver los apuros del genio ante el brillo de la perfección. Por fin, un día Rodin se golpeó la frente y declaró que ya había robado su enigma a la hermosa. Y desde entonces posó la señora Lynch ante la mirada escrutadora del escultor, que iba con dedos vibrantes y seguros, modelando la obra con que hoy día se engalana el Museo del Luxemburgo.

París no vibra por parcialidades, la gran ciudad constituye una masa que se agita en conjunto al impulso de los hechos. El célebre busto fué pronto conocido y la población artística francesa desfiló ante él; se ocuparon los diarios de la obra de arte, la crítica entonó un canto de alabanza, en los salones y en los clubes se rumorearon las bellezas de la estatua y de la inspiradora.

Un día cualquiera, Rodin se presentó confuso y atribulado ante el señor Morla. La inmortalidad reclamaba el busto y el artista, con los derechos que da el genio, pretendía recobrarlo: el Gobierno francés había resuelto que se colocara en el citado Luxemburgo.

La elevación de alma del diplomático chileno se demostró una vez más. Prefirió sacarse del fondo de su espíritu la inmensa satisfacción que debía ocasionarle el éxito de su joven esposa y la posesión de una escultura disputada por el Gobierno de la gran República, para hacer con ella una corona y ceñir las sienes del genio.

Y la estatua divina e inmaterial partió para el célebre Museo, dejando en casa de su dueña y musa un vacío que en vano intentó llenar Rodin mediante el obsequio posterior de dos o tres maquettes, hijas de su poderoso talento.

Muerto Rodin, según las leyes del Estado Francés, el busto de la señora Lynch debe pasar al Louvre, para vivir frente a frente a los grandes maestros de la humanidad, la gloria eterna del Arte.

No fué sólo Rodin quien se interesó por la suave belleza de la dama chilena. Boldini también quiso dar a los colores de su paleta la vida extraña e interesante que emanaba de aquel rostro. Lo mismo pensaron Sargent, Bernard y otros.

El interés que despertaba esta belleza chilena en los centros europeos se exteriorizó también en las especiales distinciones de que la hicieron objeto algunos personajes de casas reales.

Como ejemplo de estos casos, citaremos una interesante anécdota.

Ya hemos dicho que los esposos Morla se detuvieron durante una breve temporada en una pequeña y hermosa ciudad austriaca,

cuyo nombre no recordamos en este momento. Debido a las incidencias de la Revolución del 91, el señor Morla no tenía en aquella época ninguna representación diplomática; viajaba como simple particular empapándose en la tranquilidad de los panoramas, en el perfume de las selvas, en la frescura cristalina de los lagos: formaba así el corazón de sus hijos, dejando que las bellas cosas se infiltraran en ellos para tornarlos generosos y buenos.

Se comprenderá bien que aquella familia de turistas chilenos no tenía motivo alguno para despertar la curiosidad de los habitantes de la citada villa. Sin embargo, la belleza y distinción de la señora Lynch inquietaron a ciertas gentes de alto linaje que, por ese entonces, allí se solazaban en tranquila holganza.

Nadie sabía quien era la misteriosa dama que había venido también a esconder su gracia y hermosura en un pequeño rincón de la Europa. Se inquirió sin resultado alguno. Y, por fin, resolvieron aquellas nobles austriacas visitar, sin más antecedentes ni protocolo, a la señora Lynch.

Tal fué la fuerza cautivadora de su persona que, algunos meses más tarde, nuestra compatriota presidía a pedido de sus nuevas amigas un banquete con el cual se festejaba el arribo de la Princesa Estefanía, viuda de Rodolfo de Austria.

Una constante amistad ligó desde ese momento a la Princesa y a la señora Lynch.

En Abazzia, ciudad cercana a Fiume, conoció también la señora Lynch al Duque de los Abruzzos, quien la hizo objeto de todas esas consideraciones que nacen de la respetuosa admiración.

No creemos necesario insistir en los numerosos detalles de interés que contiene la vida de la señora Lynch en Europa, para formar una idea exacta de lo que fué su paso brillante por aquel mundo superior. Los ya anotados dan suficiente realce a la personalidad que hoy describimos.

En los Estados Unidos dejó de existir el señor Morla. La viuda y sus hijos, después de una temporada de vida parisiense, regresaron al lejano terruño ya casi olvidado en medio de las múltiples sensaciones de arte que se presentan en un ambiente de superior cultura.

No fué de extrañar que la señora Lynch causara en Santiago extraordinaria impresión. El bagaje de sus conocimientos había modelado su espíritu en una forma muy diferente al tipo más genuino de nuestra alta sociedad.

Los artistas, hasta entonces mirados en Chile como gente inferior que casi se apróxima a los saltimbanquis, fueron recibidos en casa de la señora Lynch con atenciones que indicaban a las caras cuánto sabía ella apreciar lo que esa raza privilegiada tiene de valer. Los hombres

de ciencia y de letras han sido y continúan siendo los mejores amigos de esta dama. La Pavlowa, Rubinstein, la Sergine Carmen Melis, Blasco Ibáñez, Ferri, Altamira etc., recibieron en la casa de doña Luisa inequívocas demostraciones de distinción, demostraciones que no sólo han debido agradecer las referidas personas, sino que también nos cump'e estimar a todos nosotros, porque ellas han puesto en el espíritu de las celebridades una sensación de cultura para el recuerdo de Chile.

Rubinstein llegó a establecer su tienda de



Busto de la señora Lynch de Gormaz, por Rodín.

artista en el hogar de la señora Lynch. Allí estudiaba, allí dejaba desbocarse esa exquisita fantasía que lo ha erigido en uno de los más grandes intérpretes de la música para piano. Y mientras se desgranaban inquietantes y angustiosas las composiciones de Chopin, la familia Morla oía, oculta en cualquier rincón, la armonía deliciosa de esa ejecución extraordinaria. Si se atrevían a caminar hacia algún lado, era deslizándose en puntillas, con sagrado respeto al artista que había embellecido la morada con el vigor de su arte.

La señora Lynch palpitaba a impulsos de la música y a tal punto pudo llegar su arrobamiento, que en un instante de entusiasmo corrió hacia el ejecutante, sacó de su mano una sortija cuyo valor fluctuaba entre 15 y 20 mil francos y la colocó en el anular de Rubinstein. Nunca tuvo la señora Lynch idea alguna sobre el valor práctico de las cosas.

No pudo menos también de sorprender a nuestra sociedad la alta concepción espiritualista de aquella dama. El vocablo teosofía hirió como una saeta la mente timorata de las gentes. Una religión que las abrazara todas, una idea del más allá compensador por sí mismo, sin premios ni castigos codificados, significaba una teoría absolutamente en pugna con la exclusividad de nuestra fe católica. Al hablar de exclusividad quiere especialmente decir que la teosofía no excluye a ningún otro credo y que el hecho de ser teósofo no significa anticatolicismo.

La sorpresa del primer momento ha des-

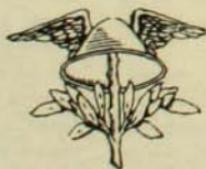
aparecido lentamente y ya nadie se admira de que esa gran idea espiritualista cuente en Chile con numerosos fieles adeptos.

La señora Lynch, en su incansable deseo de evolucionar, ha llegado hoy día a lo que ella llama "la época de la verdad". El valor de todas las cosas está para la dama en "la verdad"; quiere vivir en ella y sólo en ella experimenta la paz y la confianza. Únicamente un espíritu tan superior, con marcada tendencia a la libertad, con carácter fuerte, casi dominante, puede llegar a esta conclusión filosófica dentro de la cual, sin dadas, tienen que existir todas las asperezas y las amarguras que ofrenda la realidad.

El amor a la estricta justicia en los hechos y en las cosas indica también juventud de espíritu. La señora Lynch tiene el alma saturada de esperanzas y por eso no teme sino que ama la verdad presente.

Y allí, lejos del bullicio de la ciudad, rodeada de la naturaleza evocadora, en su casa de Providencia, vive la señora Lynch en medio de los recuerdos de sus viajes por Oriente, de viejas estampas japonesas, que ama con especial predilección, de obras de arte firmadas por exquisitos autores, de riquísimos tapices y cajuelas misteriosas, que huelen a existencias y a sentimientos ignorados por nosotros.

Satisfecha de sí misma, consciente de su cultura y perennemente bella, espera la señora Lynch los días que han de venir trayéndole nuevos soles, nuevas esperanzas, nuevas verdades y nuevos motivos para sonreír afable, dulce, enigmáticamente.



DEL DIARIO DE UNA SENTIMENTAL

Por ARIEL

¿Qué le he pedido yo a la vida...? Un corazón, únicamente un corazón; pero uno que fuera mío, tan íntimamente mío, que no hubiera entre nosotros ni la sombra de una duda; que fuera grande, hondo, dulce; que fuera algo así como una fuente inagotable donde pudiera apagar yo mi inmensa sed de ternura; que fuera blando y suave como un regazo de madre ante mis tormentas y mis agonías, que fuera ante mis caídas misericordioso, y en todo momento casto y suave como beso de estrellas... Un corazón en que percibiera yo los latidos de mi vida como en el mío mismo, que siendo otro, fuera yo, y que siendo yo, fuera él. ¡Ah! es pedir demasiado de la vida.



Sola ante el mar; sola ante la inmensidad desconocida y misteriosa que nos aterra con sus tormentas y nos arrulla con sus murmullos. Momento este de mi vida que podría ser el emblema de toda ella: sola siempre. Sola ante el dolor, ante el amor, ante los celos y las injusticias. ¿No forma todo eso algo así como un mar inmenso y misterioso también, que contemplo también sola?



Caminar... caminar... Y en el largo sendero sombreado de silencio nadie queda atrás que mire ni un instante siquiera la huella de mi paso, ni nadie hay adelante que espere con ternura mi llegada... De las sendas vecinas vienen ecos de risas y de llantos; clamor de luchas, de carreras precipitadas; gritos de agonía, voces de triunfo; silbidos de llamada se cruzan con los de alerta y si en el ambiente gime el dolor, canta tam-

bién la esperanza... Pero yo voy sola por esta mi senda y camino, camino, ¿hacia dónde? ¿para qué? ¿Cómo deseo, ¡oh, Dios mío!, clavar mi cruz en el sendero y acostarme a dormir bajo la sombra!



¿Qué somos cada uno...? Atomo insignificante que rueda entre voces o en silencio entre el misterio del mundo. ¿Y cómo es posible que en un ser tan ínfimo quepa tanta amargura, tanta, tanta inquietud? Yo, por ejemplo. ¿Qué es lo que deseo? ¿Por qué este afán insaciable de algo desconocido y eterno que me tortura el alma? ¿Por qué nada me llena? ¿Por qué mis pobres manos tendidas siempre hacia adelante sólo palpan las sombras...? ¿Qué es lo que busco...? Alguien me llama... ¿Dónde...? ¿Quién...? Todo son las horas del tiempo en el reloj de la eternidad... ¿Qué es ese "no sé qué" indecible que susurra en el viento y que no está en el viento mismo? ¿Qué canta en las claras mañanas y que no está en las mañanas mismas? ¿Qué solloza en los cipreses y ríe en las praderas y tiembla entre las brumas y baja y sube en el azul del río? ¿Qué es? ¿Qué es ese **algo** intranquilo y divino que, estando en todas partes, jamás encuentra mi alma...? ¿Nada! Nadie me responde, y mi pobre ser sigue errante por el camino gris del misterio.



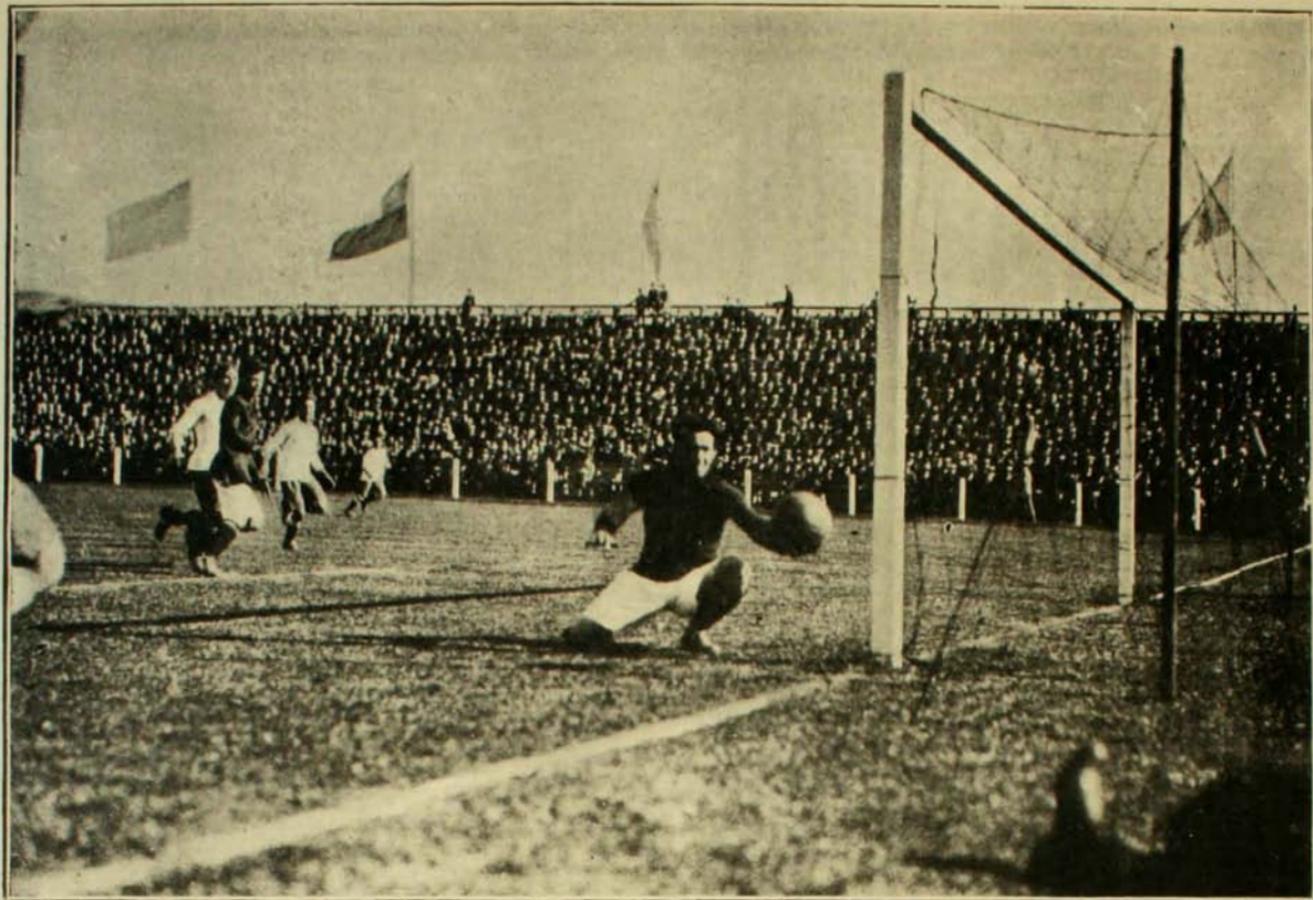
¡Ah! el horrible sacrificio! ¿Cómo estremece aún mi ser hasta romperlo en lágrimas! Jamás creí tener tanto valor. ¡Renunciar, renunciar, Dios mío, a aquello que constituía la esencia misma de mi vida! ¡Y para siempre! ¿No es acaso demasiado...? Sufrir toda una juventud en ardorosa espera, vivir de rodillas ante el puntito azul por donde había de venir la felicidad, verla llegar, por fin; sentirla al alcance de los brazos ávidos de ternura, tenderle los labios sedientos, y tener que volverle el rostro y alejarla para siempre. Y de pie en el sendero, con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma, decirle el supremo adiós sin un ¡ay! sin un gesto que traicionara el desgarramiento cruel. Y ¿ante quién el holocausto...? Ante esa divinidad helada, impasible, silenciosa, que llaman "el deber". Sacrificio consumado en las sombras, en altar sin cirios: desnudo y frío el templo.



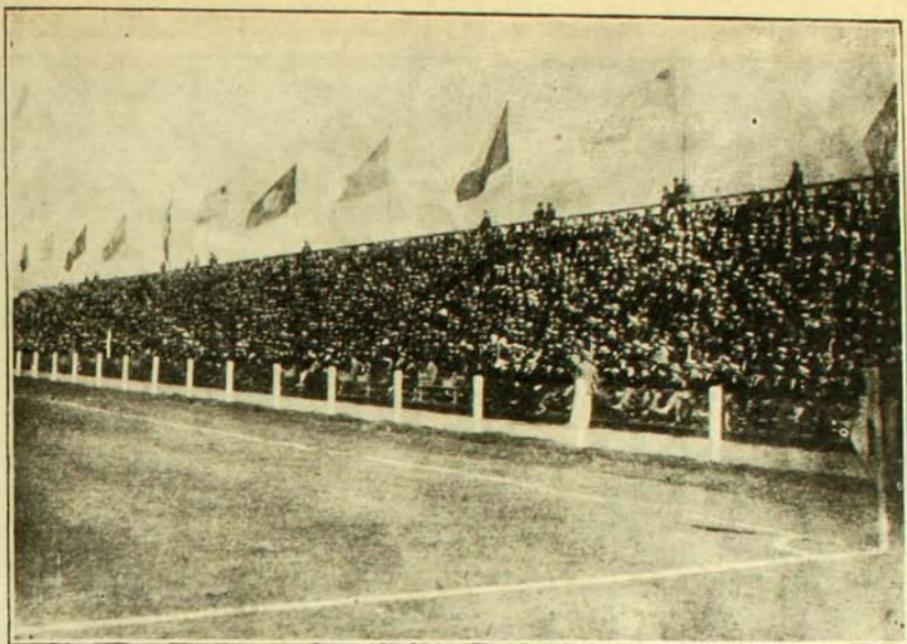
Día de niebla. Nieblas azules, ¿aman ustedes al mar? Como un chal hecho de lágrimas lo envuelven, aprisionándolo, y él, encantado, se entrega a las caricias, rumorea, reza, y se duerme tranquilo, soñando entre los brazos de ustedes. ¿Qué hermoso estás así, mi mar, envuelto todo tú en el velo diáfano de la niebla! Por tus orillas corren nimbos blanquísimos, que se arrastran de roca en roca y que al enredarse entre los riscos pare-

cen jirones de tul desprendidos de la túnica de quizás qué ángel que cruza por tus abismos... ¿Dónde acaba el mar? ¿Dónde comienza el cielo? Niebla, eres como un gran beso fraterno: borras deslindes, destruyes barreras, y tu sonrisa melancólica confunde mejor que nada en uno mismo al universo entero. Aunque sea ilusorio ese lazo de unión, bendita seas. ¿De dónde vienes...? Llegas al nacer el día o al morir la tarde, tan queda, tan silente, que nadie ha percibido el rodaje de tu carro ni el roce de tu veste antes de sentirte a ti misma, envolvente. ¿De dónde vienes? ¿De qué país misterioso? ¿Te has formado acaso de los bostezos del sol o de las lágrimas tenebrosas del corazón de la tierra...? Y cuando te alejas, dime, ¿adónde, adónde vas...? Pasas por el mundo unificándolo íntegro: los seres y las cosas en ti se funden, todo lo ves, todo lo penetras, y sutil y leve, sin dejar huella, partes. ¿Eres blanca, eres azul? Tan diáfana y liviana como eres, no tienes ni color propio: ya pides el suyo a las violetas, ya a los lirios, y aun a las crestas andinas. Siempre eres hermosa. Hermosa como todo lo impreciso, como todo lo imposible, como aquello que se desvanece o huye sin que sepamos hacia adónde ni por qué. Niebla, es por eso tal vez que yo te amo. Ahora te veo correr por las laderas y jugar en la playa como si te animara un ser invisible. ¿Tienes alma, acaso? ¿Sientes amor cuando besas las olas y sufres, dime, cuando abandonas al mar? Yo no sé lo que hay en ti, ni qué misterioso lazo nos liga, pero te quiero, niebla, como a una hermana.





El arquero chileno, Guerrero, baraja un goal



Tribunas desbordantes de público, en el match Chile-Argentina

E L C A M P E O N A T O SUDAMERICANO DE FOOTBALL

Los amantes del football, sport que cada día conquista más adeptos, han tenido en este mes la complacencia de asistir personalmente o de darse cuenta por la prensa del último campeonato sudamericano efectuado en Viña del Mar. Nunca acaso había despertado entre nosotros mayor entusiasmo un torneo deportivo.

Para dar a nuestros lectores una breve reseña de estos importantes matches realizados en América, haremos la historia y el desarrollo que ellos han tenido empezando por el primer campeonato del football sudamericano jugado en 1916.

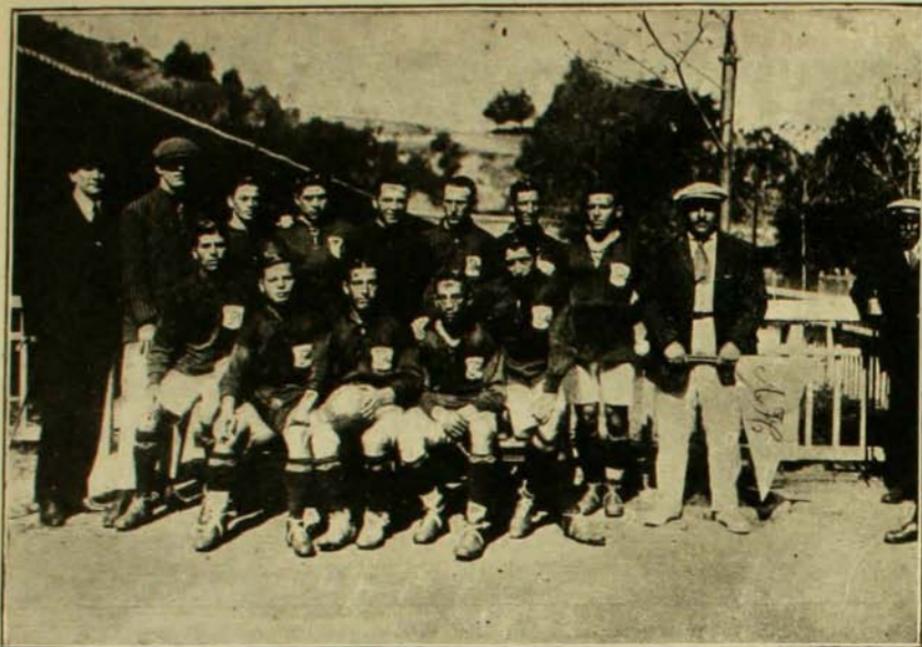
El primer encuentro se realizó el 2 de julio de 1916 entre uruguayos y chilenos, ob-

teniendo la victoria los primeros por cuatro goals. Los puntos fueron hechos 3 por Pendibeni y 1 por Gradin.

El segundo encuentro fué entre chilenos y argentinos, triunfaron los últimos por seis goals contra uno. Los goals fueron hechos: dos por Chaco, dos por Brow (de penales), dos por Marcovecchio, y el goal de los chilenos por Báez.

En este partido el primer tiempo terminó con un punto por lado. Después de diez minutos de juego, el jugador Gutiérrez (chileno) abandonaba la cancha a consecuencia de la fractura de la clavícula; se continuó jugando con diez hombres.

El tercer encuentro correspondió jugarlo



El equipo chileno



El equipo uruguayo



El equipo argentino



El equipo brasileño



El célebre guardavallas Kuntz, brasileño, durante la defensa de su arco

a Brasil contra Chile, terminando el último encuentro de los chilenos con un empate de un punto por lado. Los goals fueron hechos por Demosthenes (brasileño) y Salazar chileno).

Los otros tres partidos jugados en los cuales no intervinieron los chilenos, dieron el siguiente resultado:

a) Brasil versus Argentina, 1 por 1.

Los goals fueron colocados 1 por Alencar (brasileño) y el otro por Laguna (argentino).

b) Brasil v. Uruguay, 1 por 2. Colocados: 1 por Frenereich (brasileño), 1 por Romano y otro por Cognola (uruguayos).

c) Argentina versus Uruguay, 0 por 0.

El resultado final fué el siguiente:

1.º Uruguayos: 2 victorias y 1 empate.

2.º Argentinos: 1 victoria y 2 empates.

3.º Brasileños: 1 victoria y 2 empates.

4.º Chilenos: 1 empate y 2 derrotas.

El segundo campeonato se realizó en Montevideo en el mes de octubre de 1917.

Tócame a Chile jugar el primer encuentro con los campeones de Sud-América, los ura-

guayos, venciendo éstos por 4 goals contra 0.

Los puntos fueron colocados 2 por Romano y 2 por Scarone (1 de penal).

El segundo partido correspondió jugarlo a Brasil contra Argentina, triunfando éstos por 4 goals contra 2 de los brasileños. Los goals fueron hechos 1 por Neco, 1 por Lagreca (brasileño), y 1 por Colomino, 1 Blanco y 2 Ochoa (argentinos.)

El tercer partido del campeonato, o sea el 2.º de los chilenos, se jugó contra los argentinos correspondiéndoles el triunfo a éstos por 1 goal que fué colocado 10 minutos antes de terminar el partido por nuestro jugador García.

Se jugó en seguida el partido entre uruguayos y brasileños, correspondiéndole el triunfo a los orientales por 4 goals contra 0 los que fueron colocados 2 por Scarone y por Romano.

El penúltimo match se jugó entre brasileños y chilenos, siendo derrotados los últimos por 5 goals contra 0.

La final se jugó entre uruguayos y argen-

El campeonato Sudamericano de Foot-Ball

tinios. A los 50 minutos triunfó el team oriental por un goal contra 0. El goal fué colocado por H. Scarone.

El resultado final fué el siguiente:

- 1.o Uruguayos: 3 victorias.
- 2.o Argentinos: 2 victorias y 1 derrota.
- 3.o Brasileños: 1 victoria y 2 derrotas.
- 4.o Chilenos: 3 derrotas.

El tercer campeonato de football sudamericano tuvo lugar en Río Janeiro en 1919.

Por tercera vez tocó a Chile jugar el primer partido en contra del Brasil, perdiendo el primero por 6 goals contra 0.

Los goals fueron colocados: 3 por Friedreich, 2 por Neece y 1 por Haroldo.

El resultado final fué el siguiente:

- 1.o Brasileños. 3 victorias.
- 2.o Uruguayos: 2 victorias y 1 derrota.
- 3.o Argentinos: 1 victoria y 2 derrotas.
- 4.o Chilenos: 3 derrotas.

El primer encuentro del 4.o campeonato sudamericano realizado en Viña del Mar, fué entre brasileños y chilenos, triunfando los primeros por 1 goal contra 0.

El goal fué colocado por el jugador chileno Unzaga, quien, desgraciadamente, ni cabecear la pelota la introdujo dentro de la red que defendía.

Hizo de referée en este encuentro el sportman uruguayo señor Martín Apeitegui, quien demostró ser un profundo conocedor del reglamento del football.

En la segunda partida entre Argentina y Uruguay, hubo empate de 1 goal por lado.

Este encuentro se distinguió brillantemente por la pericia de los jugadores.

Actuó de referée el señor Francisco Jiménez (chileno).

El primer goal fué colocado por Pendebeni (uruguayo) y el segundo por Echeverría (argentino).

En el tercer match del certamen entre el equipo uruguayo y brasilero, triunfaron los primeros por 6 puntos contra 0. Actuó de árbitro el conocido sportman chileno señor Carlos Fanta.

El primer goal fué colocado por Romano; el segundo, por Urdenarán; el tercero por Pérez (uruguayos).

En el segundo tiempo el primer goal fué colocado por Martins; el 2.o por Pendebeni; y el 3.o, o sea el 6.o goal a favor de Uruguay es colocado por Pérez.

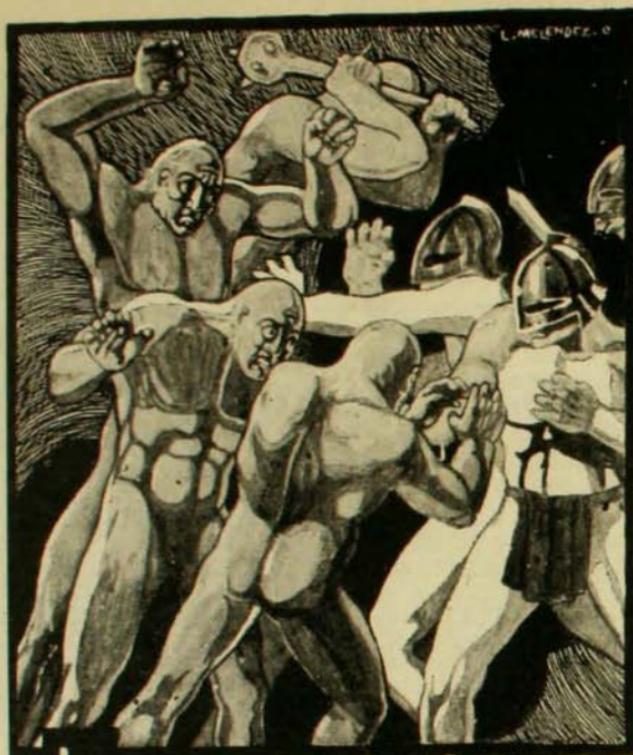
En el 4.o encuentro entre Argentina y Chile, los cuadros empataron a 1 punto. Actuó de referée el señor De María (brasileño).

En el último encuentro, que era el final del torneo, actuaron uruguayos contra chilenos, marcando el score final 2 goals para los visitantes y 1 para los de la casa.

A pedido del equipo uruguayo sirvió de referée el señor Carlos Fanta, quien, sicado chileno, actuó con tal imparcialidad que dejó ampliamente complacidos a los huéspedes vencedores y sirvió como ejemplo de justicia, equidad y energía, marcando una norma que ojalá imiten los futuros árbitros internacionales.

RESULTADO GENERAL DEL 4.o CAMPEONATO

PAIS	ARGENTINA	BRASIL	CHILE	PUNTOS
1.o Uruguay	12-IX-20, 1x1	18-IX-20, 6x0	26-IX-20, 2x1	5
2.o Argentina	25-IX-20, 2x0	20-IX-20, 1x1	3
3.o Brasil	11-IX-20, 1x0	2
4.o Chile	12-IX-20, 1x1	1



LA ESPERANZA EN LA LUCHA SOCIAL

Por N NOVOA VALDES

(Ilustraciones de L. Meléndez O.)

En el reino animal se observa que las bestias luchan por su alimento y por su abrigo. Las más fuertes se apoderan de éste y de aquél. Y concluyen a veces por devorar al propio contendor. La relativa igualdad que se obtiene entre los animales se consigue por el desaparecimiento de los débiles y por la lucha constante entre los fuertes.

El hombre ha poseído siempre un elemento psicológico que, sin quitarle en absoluto la brutalidad de su instinto, lo ha dulcificado disminuyendo en parte el combate atroz por la pitanza que lleva hasta la muerte del adversario. Este elemento, propio sólo del hombre, se llama la espe-

ranza. Creer en una vida posterior a la presente, y tomar ésta únicamente como jornada dolorosa anterior al premio o a una superior evolución, implica mirar con cierto desdén las cosas de este mundo y desarrollar en el espíritu los sentimientos de altruismo y de caridad.

Podría decirse que el hombre se ha encontrado siempre en medio de una batalla interior, en la cual campean furiosamente el instinto que avasalla y la esperanza con su cohorte de sentimientos altruistas. Cuando triunfa la segunda, la sociedad llama al hombre "virtuoso"; cuando triunfa el primero, la sociedad titula al individuo "cruel y malo".

Sería muy largo entrar en el análisis de las circunstancias que han producido la desaparición del factor esperanza. Cualesquiera que ellas sean, el único hecho que queda en pie es que la mayor parte del mundo civilizado ha vuelto las espaldas al horizonte futuro y mirado cara

a cara la vida terrestre como su solo abrigo y su solo fin. Si la derrota de la esperanza no ha traído inmediatamente, como consecuencia, el desaparecimiento del altruismo, ha sido porque la sociedad comprende intuitivamente que sin él no puede subsistir, y entonces ha creado lo que podríamos llamar un pseudo-esperanza, basada en una moral racional cuya sanción se encuentra en los hechos mismos. Esta moral podría tal vez ser tan útil como la otra, si los sentimientos elevados se hallaran ya formando parte, a virtud de la evolución, de los instintos mismos del hombre.

Desgraciadamente, la dicha evolución es

más lenta de lo que pudiéramos imaginar y son muy pocas las excepciones en que se observa al individuo naturalmente altruista. La gran mayoría del mundo es naturalmente salvaje y ello se ha demostrado hasta la evidencia en la última gran guerra. Es sensible tener que anotar que el hombre de la época cuaternaria se encuentra aún fuerte y vibrante bajo una pequeñísima capa de civilización.

Estos antecedentes demuestran que aún la fiera-hombre necesita de la esperanza para proceder como lo segundo y no como lo primero.

Si la sociedad hubiera comprendido el resultado que se iba a obtener de sus campañas en contra del sentimiento del más allá, tal vez no tendríamos hoy que deplorar un estado de cosas que parece no tener remedio.

Los pseudo-esperancistas, continuando en su lenguaje semi-positivo y semi-metafísico, han inventado un vocablo difícil de comprender, este es: "la justicia social". Con él han querido encerrar las aspiraciones de una parte de la humanidad hacia un mejoramiento que debe ser, según ellos dicen, justo. Fuera de que, dentro de las cosas positivas, no existe la justicia absoluta, podría decirse, además, que nadie podría llegar a puntualizar cuál es lo verdaderamente justo, pues aquello que lo será para uno no lo será para otro.

Tras esta ilusión corre media humanidad y en la carrera van desencadenándose rápidamente todos los instintos de la bestia. Ello es perfectamente natural y lógico, pues cuando nada se tiene se hallará justo poseer algo, y cuando ese algo se posee se encontrará equitativo obtener más, hasta llegar a arrebatar al prójimo todo cuanto exige nuestra codicia. De esta manera, se llega a la selva plena, donde el león arrebató su presa al lobo.

Esta marea ascendente de las humanas ambiciones se encuentra perfectamente coloreada en la historia de las legislaciones obreras, que no son en el fondo otra cosa que la serie de despojos que los que poseen vienen haciendo de sí mismos en favor de los que nada tienen a fin de que éstos, por medio de ese paliativo, no les arrebaten todo su haber.

Pero parece haberse llegado a la meta y la humanidad, ya en plena selva, se mira espantada, se muestra los dientes, extiende sus uñas felinas y se prepara al

combate. La esperanza ha muerto y la bestia ha triunfado.

En efecto, las primeras aspiraciones de los asalariados consistieron solamente en el reconocimiento del derecho de mutualidad, o sea, en la autorización para formar sociedades destinadas a auxiliarse mutuamente, como ser en los casos de muerte, enfermedades, etc. Más tarde, nació el derecho de huelga y con él surgieron las sociedades de resistencia, en una palabra, aquellas que se organizaban con el fin de allegar medios para mantener a los obreros que estaban de paro. Este sistema dió, al parecer, espléndidos resultados para los obreros, pues obtuvieron mayores salarios y ensancharon la esfera de su bienestar.

Constituidos en grandes federaciones que importaban una verdadera fuerza dentro del Estado, obtuvieron los avances que constan de la legislación social: ley sobre accidentes del trabajo, salario mínimo, leyes sobre seguro, determinación de la jornada de labor, reglamento de habitaciones para obreros, etc.

Todo este bello orden de cosas parecía significar una brillante marcha hacia un progreso honrado por los más nobles impulsos altruistas, pero en el fondo de esta situación comenzaba a desarrollarse una proyección para el futuro, que las gentes idólatras de la pseudo-esperanza e ignorantes de la verdadera situación que se crea en el ser humano cuando, sin haber evolucionado suficientemente, abandona la idea del más allá, desconocen.

La masa, desposeída de ideales y llevada sólo por el instinto de comer mejor y vestirse también mejor, solicitaba cada día nuevos aumentos en sus salarios. El miedo, la inconciencia, el fantasma de la justicia social, impulsaban a los industriales a conceder, más o menos regañosamente, todo aquello que les era pedido.

De esta manera llegó el momento en que las huelgas de los zapateros encarecieron el calzado y los obreros metalúrgicos que necesitaban comprar ese artículo se declararon también en huelga y encarecieron las maquinarias, y entonces los agricultores que necesitaban de ellas y que tenían que pagarlas a más alto precio, subieron el trigo, y esta vez los operarios de calzado, que debían comprar pan pararon de nuevo el trabajo para obtener el salario que correspondiera al mayor gasto de vida recientemente ocasionado. La bola de nieve

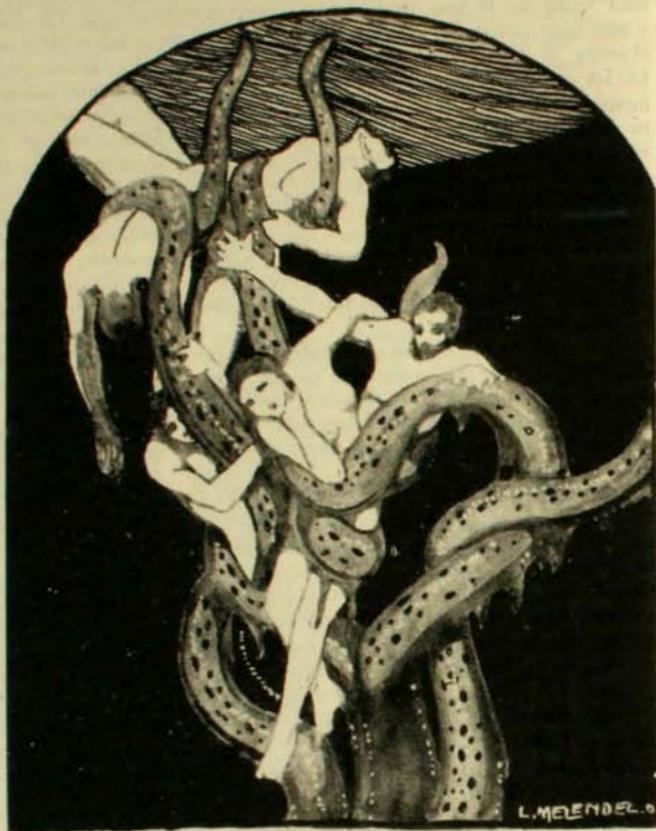
impulsada siempre por huelgas y nuevas huelgas llegó hasta hacer imposible la vida de los trabajadores y la competencia de las industrias, y vino la guerra y el mundo se desangró brutalmente.

La desgracia de media humanidad no fué suficiente para poner remedio a los males que había creado la muerte de la esperanza. Los obreros y las clases medias que sin fe en el alma habían tomado las armas, volvieron a sus lares creyéndose con mayores derechos que antes y avezados en el arte de matar. Las grandes capitales se vieron convulsionadas por los gritos estridentes de la fiera humana y puños crispados amenazaron todo el edificio de la civilización contemporánea.

Ahora, alcanzado el máximo de las concesiones hasta el punto de hacer imposible el abastecimiento de la vida, se solicitaba la participación de los obreros en las utilidades de las industrias, o sea, la socialización del capital. Luego después se pedía la intervención directa de los obreros en la dirección de los negocios de las fábricas.

Estas solicitudes, que significaban en un principio un aspecto de simple mejoramiento, encerraban en el fondo la conclusión del régimen capitalista y el traspaso de las industrias a las manos de los obreros.

La marea creciente de las imposiciones que se venía observando desde antaño era la clara advertencia de lo que había de acaecer en lo futuro. La pequeña participación en las utilidades que nada parecía en un principio era como aquellos modestos grupos que se organizaron con el fin de ayudarse entre sí y que más tarde fueron la alarma de la pública tran-



quilidad. De la misma manera el desarrollo creciente de las ambiciones había de transformar la inocente petición acordada con ánimo de altruismo y de justicia en la ruina del orden de cosas establecido y en la extracción de la fortuna de aquellos que inconscientemente comenzaban a dar.

Pero la humanidad, conocedora ya de sus antiguos errores, ha limitado el paso del avance peligroso que significaba el hundimiento de los intereses creados en el régimen de cosas actual. Y la lucha, violenta y sin cuartel, se ha iniciado.

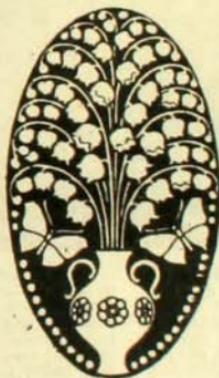
Perdida la esperanza y bajo el amparo sólo de la doble codicia, uno y otro bando están dispuestos a morir bajo el estandarte bien poco noble del dinero, de los intereses terrenales y de la falta absoluta del espíritu de perdón y de generosidad que son las únicas condiciones que nos diferencian de la bestia perfecta.

No podríamos abstenernos de decir que la legislación social ha significado un bien a la humanidad, pero tampoco podríamos callar el hecho, claro ante cualquiera luz, de que dicha legislación nacida sin el amparo de los sentimientos verdaderamente "evolucionados" ha sido el ara del altar donde se sacrificarán, la una en pos de la otra, la burguesía y la clase proletaria.

La humanidad sin esperanzas está enferma de la falta de ellas. El anarquismo, el amor a la humanidad, no son otra cosa que términos que reemplazan, las religiones que se fueron; es necesario, para vivir, crearse ideales, pero éstos recientemente fabricados se diferencian de los viejos en que aquellos encerraban el amor y el perdón de todos en el nombre de algo superior a las cosas terrestres y en que éstos son limitados y tal vez si comprenden

la aversión por ciertos elementos sociales.

Existe en el mundo, en el orden subconsciente, la desilusión general. La lucha comienza. ¿Alcanzará a terminar? ¿Se convecionará la humanidad de que su evolución no es suficiente como para vivir sin las sugerencias indispensables? ¿Bastará la nueva religión social? Tal vez si sangraremos, iguales a las bestias, en la luna ciega, o si reinará la diosa razón que ya otra vez cayó en el desprecio general. Cualquiera que sea el vaticinio que pudiera hacerse para el futuro, es necesario que la humanidad se convenza de que las ideas marchan más rápidas que la evolución sentimental y que ha menester, más de lo que imaginamos, del ideal, de la esperanza supraterrena, para detener el impulso instintivo de la lucha sin cuartel y sin perdón por el alimento cotidiano.



DON FRANCISCO DONOSO CARVALLO

SUB-SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES

FALLECIDO EL 28 DE AGOSTO ULTIMO

Cuando un hombre junta su rostro al de la madre tierra, el beso del silencio sella nuestros labios.

La palabra de una sola persona no tendría acaso la energía que ha menester para respetar a quien no debe volver más. Pero ella no interpreta esta vez un vibrar exclusivo, sino que es la expresión del dolor de muchos que en un sólo haz viene hasta nosotros en comunión íntima e intensa.

No era don Francisco Donoso Carvallo el hombre cuya alma se exterioriza ante las manifestaciones del mundo banal. No era el arroyo que se desgrana y chisporrotea con cristalino gorjeo. Era el agua tranquila, honda, que empapa lentamente la tierra ávida, hasta saciarla. Por eso, acaso, no se sabía apreciarle en todo su valor desde un comienzo. Era necesario que el tiempo corriera para que la dulce bondad de su alma penetrara en los espíritus. Y cuando al calor de su íntima honradez, de su infinita benevolencia, fructificó el agradecimiento entre aquellos que compartían con él las labores diarias, cuando de esos labios comenzaron a brotar con tono de dulzura y de confianza, los vocativos familiares en que se manifestaba la entrega de la amistad la muerte ha venido a detener los latidos de ese corazón que se había apoderado del corazón de los demás.

Los triunfos sobre los seres se obtienen por la fuerza de la audacia, por la sugestión de que es capaz el carácter, por el brillante oropel de las externas condiciones. Don Francisco Donoso vencía por su bondad y por su nobleza. Era como esos árboles que no tienen flores de vistoso engaño, que son severos en su follaje noble y a cuyo abrigo se duerme sueño de confiada paz, libre de las asechanzas del sol que abrasa y de la noche que hiere en la oscuridad.

El que hoy descansa, poseía en su carácter la línea constante de las almas rectas. Siempre afable, siempre sereno, ciego consciente de las miserias y parco en sus afectos. Daba a pocos, pero al dar situóse siempre más allá de todo egoísmo: abría los brazos para el sacrificio y luego después los cerraba con fuerzas, guardando el afecto aunque hubiera de herirse en el alma. Su vuelo era lento, amplio y tan alto como para que bajo sus alas no se cobijara otra cosa que el aire perfumado, hijo de las flores silvestres de la montaña que nunca planta humana holló.



Esa alma exquisitamente dotada no podía menos de guardar entre sus tesoros el perdón y la benevolencia. Y frente a su ataud, ninguno de sus compañeros, al recordar una falta excusada, una autorización casi paternal, una sonrisa de esas que lo absueven todo, habrá dejado de sentir que el ritmo de su corazón se acelera. Es ya tarde para agradecerle. El no podrá oír, pero al menos si no les es dado pagar la deuda, guardarán honrada, tiernamente, ese sentimiento de gratitud en sus almas como homenaje al que fué bueno y que no volverá.

No hay para qué hablar del funcionario. Su reputación en ese sentido es la más hermosa, porque está íntimamente unida a ese sentimiento llamado lealtad.

Oprimida el alma, nos inclinamos respetuosos y tiernamente doloridos ante los despojos mortales de quien fué noble, generoso y leal.

Su espíritu flotará siempre sobre sus compañeros, y como esas viejas melodías amables que encierran el perfume de los tiempos en que estábamos más cerca de la bondad y del perdón, su memoria les enseñará a ser mejores y a oír el verdadero y justo ritmo de la vida.

GENERAL MOTORS



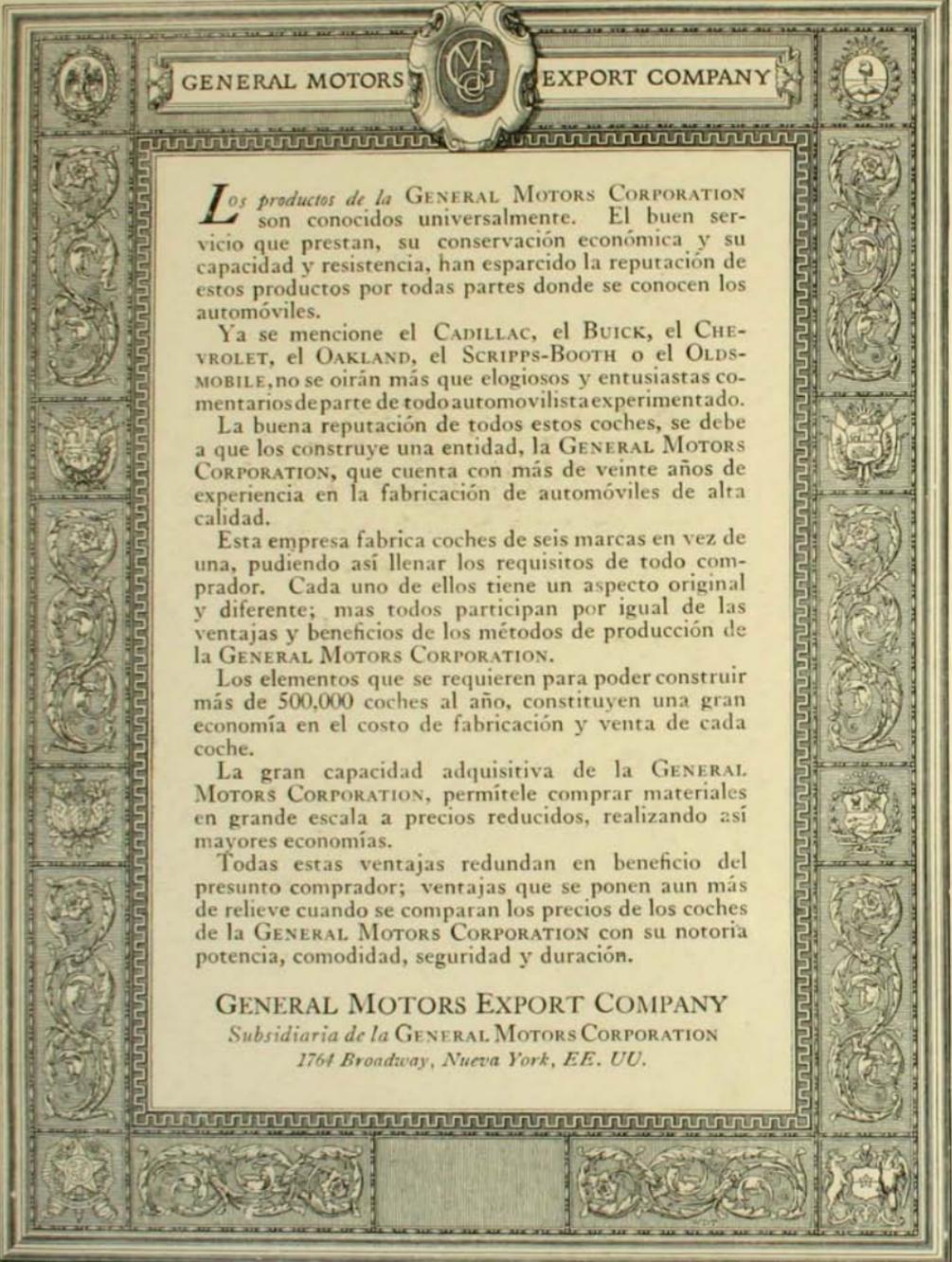
EXPORT COMPANY



Los automóviles CHEVROLET

están contruidos para prestar diariamente el servicio más eficaz a un costo reducido. Mejor que ningún otro coche, los Chevrolet satisfacen la demanda actual por automóviles bien contruidos y de bajo precio.





GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

Los productos de la GENERAL MOTORS CORPORATION son conocidos universalmente. El buen servicio que prestan, su conservación económica y su capacidad y resistencia, han esparcido la reputación de estos productos por todas partes donde se conocen los automóviles.

Ya se mencione el CADILLAC, el BUICK, el CHEVROLET, el OAKLAND, el SCRIPPS-BOOTH o el OLDSMOBILE, no se oirán más que elogios y entusiastas comentarios de parte de todo automovilista experimentado.

La buena reputación de todos estos coches, se debe a que los construye una entidad, la GENERAL MOTORS CORPORATION, que cuenta con más de veinte años de experiencia en la fabricación de automóviles de alta calidad.

Esta empresa fabrica coches de seis marcas en vez de una, pudiendo así llenar los requisitos de todo comprador. Cada uno de ellos tiene un aspecto original y diferente; mas todos participan por igual de las ventajas y beneficios de los métodos de producción de la GENERAL MOTORS CORPORATION.

Los elementos que se requieren para poder construir más de 500,000 coches al año, constituyen una gran economía en el costo de fabricación y venta de cada coche.

La gran capacidad adquisitiva de la GENERAL MOTORS CORPORATION, permítele comprar materiales en grande escala a precios reducidos, realizando así mayores economías.

Todas estas ventajas redundan en beneficio del presunto comprador; ventajas que se ponen aun más de relieve cuando se comparan los precios de los coches de la GENERAL MOTORS CORPORATION con su notoria potencia, comodidad, seguridad y duración.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, EE. UU.

CON LOS TAGORE

Por SIGFRIDO DEL ALBA.

Los recuerdo en la intimidad del Estudio, rodeados de sus nietos, niños de ojos largos como el capullo de loto. Aquel estudio indo siempre aparecía nuevo ante mí, con sus copias de frescos de Ayanta hechas por Nanda Lal Bose; con sus colecciones de pinturas de escuela mongólica; con sus magníficas figuras budistas de Tibet y Nepal, en bronce; con sus banderas religiosas; con su *papier maché* de Cachemira; esmaltes, libros e innumerables curiosidades preciosas.

Los recuerdo en las frescas mañanas de un enero tropical. Paseábamos en el río, en un pequeño vapor que traía empleados de oficinas de la ciudad. Nosotros nos posesionábamos de los bancos de proa. Llevábamos instrumentos de cuerda y tambores indos, y mis amigos cantaban acompañados de éstos. Eran cantos de amor y cantos religiosos en la melódica lengua bengalesa, muchos de ellos, de Gitanjali. ¡Oh música mística sobre las aguas del Ganges y cantos modulados por bocas inspiradas! ¡Oh armonía panteísta simbolizada en el sonido! Yo oía estático aquella comunión entre Dios y el Hombre, y entonces apreciaba la gracia del vivir.

Los recuerdo en el salón de las exhibiciones anuales de arte oriental. El gran Maestro de la nueva escuela de pintura de Calcuta, mi generoso amigo Abanindra

Nath Tagore, estaba siempre rodeado de sus discípulos: Nanda Lal Bose, Surendra Nath Gangouly, Kitindra Nath Mozoumdar, Rameswar, Prosad Ramesh Ch. Bosu Mojumdar, Bepin Ch. Dey, Chanchal Kumar Banerjee, Anil Prasad Sarvadhikari... Todos ellos lo miraban con respeto religioso.

Abanindra Nath Tagore es brahmán. Así es que une a la clarísima nobleza de su raza, su aristoeracia intelectual, que es don



Rabindranath Tagore.

asombroso de su familia. Más ¡qué sencillez, qué risa buena hay en el infantil Abanindra! El, tan sutil artista, de concepciones tan poéticas y espirituales que hacen par con el genio de su tío Rabindra Nath Tagore. Recuerdo al magnífico Maestro cuando entraba en el salón con hábito talar, cargado de espaldas, rasurada la cara morena, con un ligero estrabismo en los ojos; y envejecido a pesar de tener menos de cincuenta años.

Detrás venía su hermano Gógonendra Nath Tagore, de cara gruesa y monacal. Ambos avanzaban con pasos sacerdotales. Me saludaban con alegría y efusión. Se sentaban en mi mismo escaño. Hablábamos de mis proyectos de viajar por el interior de la India. Platicábamos de literatura, países, religión, arte y de mujeres. Abanindra me recitaba versos de Kalidasa y del poema eterno de Yayadeva; citaba cuentos, fábulas de los Puranas, del Mahabharata, del Ramayama, incidentalmente. Me explicaba su teoría sobre el erotismo de las esculturas de algunos templos indos. ¡Jamás olvidaré aquellos coloquios jugosos!

—Ya le gustarán a usted las muchachas de Cachemira, en una casa-barca, flotando en un lago... decíame a veces el bueno de Abanindra, con risa infantil. Y añadía: Tiene que viajar, para que sus experiencias sean completas, por el sur de la India. Hay un pueblo en donde lo primero que le presentan al extranjero ilustre es una bella virgen inda. Además lo atienden como a rey durante el tiempo que permanece en el pueblo, todo esto sin ninguna retribución.— ¿Qué pueblo es ese? le preguntaba yo irónicamente.—Ya se lo diré cuando usted se decida a visitarlo. Nunca me lo dijo.

Abanindra hablaba, dándose las de conocer y picaresco; me contaba misterios de los harenes; me descubría filtros que usan los Majayaras; uno de ellos: la mezcla de perla y oro molidos. Yo le escuchaba con silencio irónico. Bien sabía yo que estos brahmanes artistas están siempre en su casa, que tienen una esposa fiel como Sita, de ojos bellos; que ellos no salen a

la calle sino para ir a Ganges o a algún matrimonio indo; y que cuando salen lo hacen acompañados de sus hijos, nietos, hermanos...

Rabindra Nath Tagore, el Poeta laureado en Europa, que viene con el esplendor de sus imágenes orientales, es otra cosa. El místico cincelador de la **Ofrenda lírica** y **El jardinero**, el cuentista encantador e inimitable de **Las piedras hambrientas** y **Mashi**; el autor dramático, creador de bellezas como **Ciclo de primavera**, **El rey del salón obscuro**, **Chitra**, **Saniasi**, **Sacrificio**, **Malni**... y hasta actor en sus propias obras, como en el **Ciclo de Primavera**, cuyo encanto feérico aún me embelesa; ese Elegido ha viajado por América, Europa y Japón, dando conferencias y adquiriendo admiradores. Unos brahmanes murmuradores me han contado de él ciertas aventuras perversas con una cierta poetisa... No con Sorayini Naidu, esa alma-flama a cuyos libros de poesías, **El ala rota** y **Pájaros de tiempo**, tanta delectación debo. No es esa Sorayini ardiente cuyos grandes ojos místicos vi agrandarse cada vez más y hacerse siempre más tenebrosos un día que peroraba en un templo, **Brahma-Samaj**. Mas tornemos a Tagore, el Poeta místico y a veces de carnalidad, que se espiritualiza. Cuando él entraba en el salón de las exhibiciones anuales, se hacía el silencio y la inmovilidad profundos. Todos estábamos sentados en escaños y tarimas. Su sobrino Abanindra, al parecer tan viejo como él, me miraba con ojos suplicantes, temeroso de que yo fuera a cometer algún desafuero, es decir, hablar de criaturas del bello sexo delante del Poeta Tagore. Los discípulos y admiradores se extasiaban como si se les apareciera el dios Krishna, ya viejo. Yo le decía al oído a Abanindra:

—¡No se vaya usted a desmayar aquí por la diosa Kali!

El poeta entraba con pasos retardatarios. Alto, de aristocrática nariz aguilina de brahmán, su melenita y su barba gris, primorosamente cuidadas, vestido de hábito talar de seda, de fondo blanco con florecillas azules. Así, más que de indo, tenía de bíblico. Su limpidez era irreprocha-

ble. Caminaba, ya sonriendo, apostólicamente, o con aire de poeta, fuera del mundo de las apariencias. Se paraba con actitudes hieráticas. Todo, al parecer, estudiado, de delicadeza un poco femenina, hasta su voz, que sólo se dejaba oír por monosílabos, ah... sí... no... oh... ¡Cuán más divino era este Tagore cuando aparecía en **Ciclo de primavera** con su ideal figura de Poeta ciego, cantando y tañendo su vina! (1).

(1) Instrumento indo, de cuerdas.

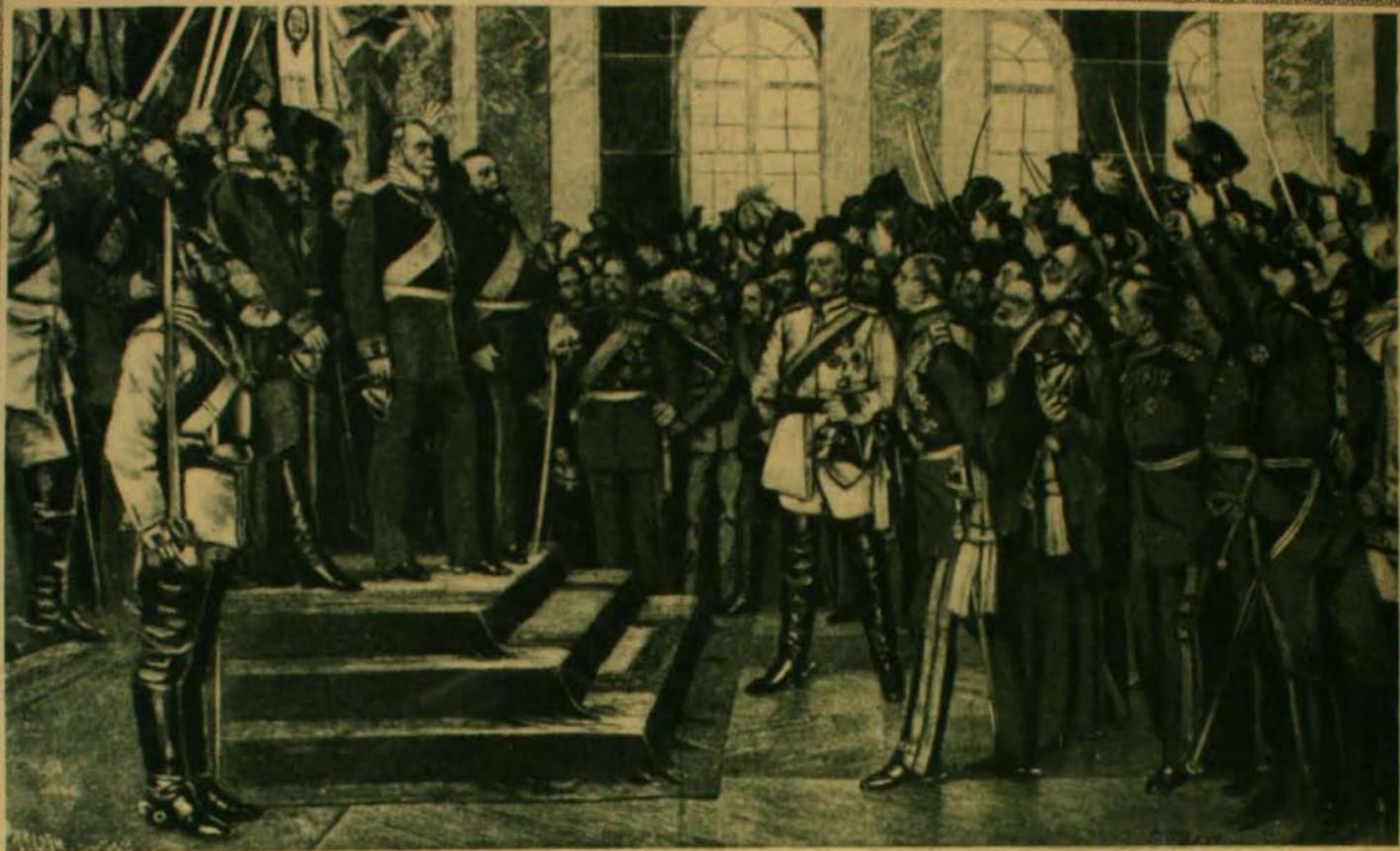
Un viejo autor dramático indo, fracasado, de nevada melena, de mejillas cóncavas, envidioso del Elegido, me dijo al oído:

—Yo conocí a Rabindranath en el colegio, de niño, cuando aún no se había endiosado... después sus admiradores con tanto mimo y tanta alabanza lo echaron a perder.

De repente yo alcé la voz, y dije:

—¡Poeta Tagore, aquí hay uno hablando mal de usted!





Proclamación del Imperio Germánico en la Galería de los Espejos en Versalles en 1871.

LO QUE CUENTAN LOS ESPEJOS DE VERSALLES

El 18 de enero de 1871, en Versalles, donde los alemanes habían establecido su centro de operaciones contra París, se proclamaba el Imperio de Alemania en el castillo, en la Galería de los Espejos.

Guillermo de Prusia, rodeado de todos los Príncipes, sus vasallos, teniendo a su lado a Bismarck y a Molke, reconstituía la unidad germánica.

La Galería de los Espejos forma un cuadro único en el mundo.

Como se sabe, no figuraba en el plan primitivo del castillo de Versalles, debido al arquitecto Le Vau.

En el primer piso del cuerpo central del castillo, único entonces que existía, se hallaba una vasta terraza a la italiana, adornada de una fuente.

Fué Mansart, sucesor de Le Vau, quien en 1678 suprimió la terraza y construyó en su lugar la gran Galería o Galería de los Espejos.

Detalle curioso y que muy pocas personas sospechan, es que se encuentra dentro de los muros de la Galería, la antigua fachada de Le Vau, intacta en parte, con sus ventanas y sus esculturas.

Los trabajos duraron hasta 1684.

La Galería de los Espejos mide 73 metros de largo, 10.50 metros de anchura y 13 metros en la mayor altura de la bóveda.

Está alumbrada por 17 grandes ventanas centrales, que se abren sobre el parque, sobre las fuentes, sobre toda la admirable perspectiva de los jardines.

Frente a la ventana, reflejando su luz, hállanse 17 ventanas falsas, cubiertas de espejos biselados, reunidos entre sí por cobres cincelados y dorados; cada una tiene 18 espejos, lo que da un total de 306 espejos.

Estos espejos y los cristales biselados

de las ventanas, fueron ejecutados en París, en la manufactura real de la calle Saint-Antoine.

Entre cada arcada de ventanas verdaderas y falsas, se levantan pilastras de mármol rojo, con capiteles extremadamente curiosos en metal cincelado y dorado, que pertenecen al orden francés, compuestos por Le Brun, a súplicas de Colbert.

El plafond forma el conjunto más importante que hay en Francia.

Le Brun dió la composición general, aun en sus menores detalles; ejecutó los bocetos y los dibujos, sobre los cuales sus discípulos pintaron después sobre tela.

Es una obra enorme, a la que se dió término en menos de cinco años.

Nos cuenta, en una mezcla maravillosamente hábil de la alegoría y de la realidad, la historia de Luis XIV, es decir, de Francia de 1661 a 1678, y comprende 12 motivos grandes principales, de los que 10 están en la bóveda, y 18 pequeños, intercalados entre los grandes.

La Gran Galería había recibido, bajo Luis XIV, dos mobiliarios diferentes sucesivamente.

El primero y más magnífico había sido ejecutado en los Gobelinos, bajo la dirección de Le Brun y del orfebre Ballin.

Era de plata cincelada y filigranada, natural y dorada; mesas, sillas, sillones, bancos, taburetes, canastillas para flores, pebeteros para quemar perfumes, cofrecillos, todo en fin.

Para el alumbrado, grandes candeleros y gruesos candelabros decorados de Cupidos y sátiros, dispuestos ante las arcadas de espejos, donde se reflejaban sus luces; en el plafond, doce arañas de cristal de roca y en las extremidades de la Galería dos de plata. El total de bujías era cerca de dos mil. Sobre el piso, dos enor-



Un aspecto exterior del Palacio de Versailles.

mes tapices bordados de soles de oro. En las ventanas, completando un conjunto de clara armonía, cortinajes de seda blanca, mareados con las cifras del Rey y que habían costado 1.050 libras cada uno (4,200 francos).

Este primer mobiliario no debía durar en su sitio más de cinco años. En 1686, la Liga de Augsburgo había agrupado contra Francia a Guillermo de Orange, al Imperio germánico y a España, a quienes vinieron a unirse Suecia y después Inglaterra. Francia necesita 450,000 hombres sobre las armas, enorme cifra para entonces.

Desde 1689, el Tesoro real se vió reducido a recurrir a expedientes, y Luis XIV decidía enviar, para fundirlo en monedas, el mobiliario de plata de la Galería de los Espejos y de los grandes departamentos de Versailles. Del doce de diciembre de 1689 al 19 de mayo de 1690, fueron

acuñados desde los más pequeños objetos y las más menudas filigranas, hasta los muebles más grandes, la vajilla, y aun las alhajas y lotones de las damas de la Corte, sin exceptuar las joyas de las Princesas de la sangre y las de la Delfina, todo, hasta el mismo trono real. Siendo el trabajo de estos objetos infinitamente más precioso que la materia misma, los millones que pudieron salir de ellos estaban en desproporción absoluta con su valor real. Pero el gesto del gran Rey había sido, sobre todo, simbólico. Era el del sacrificio ante la desgracia pública. Francia lo comprendió y, sola, hizo frente, sin ser aplastada, a un mundo de enemigos.

Era en la Galería de los Espejos donde tenían lugar las recepciones extraordinarias de Embajadores extranjeros.

El trono estaba entonces instalado en una de sus extremidades, sobre un estrado.

Luis XIV, revestido con un jubón negro y oro, bordado de diamantes, que representaba con los diversos adornos, botones, hebillas para los listones y los zapatos, jarretieras, etc., igualmente en brillantes, un valor de más de diez y seis millones de libras (sesenta y cuatro millones de francos, que presentaba como un verdadero Rey Sol).

Así fué recibido, el 15 de mayo de 1685, el Dux de Génova, que venía a presentar a Luis XIV las excusas de la Serenísima República, culpable de haber vendido municiones a los corsarios argelinos y construído galeras para España. Duquesne había bombardeado y medio destruído Génova. Firmada la paz, el Dux Lascaro fué enviado a Versailles. Acompañado de cuatro senadores, avanzó hacia el Rey, quitándose el bonete de terciopelo rojo y haciendo dos profundas reverencias, Luis XIV se levantó y se tocó ligeramente el

sombrero. Se sabe que una vez terminada la recepción, al preguntarle el Marqués de Seignelay a Lascaro lo que más asombroso encontraba en Versailles, éste respondió: "Es hallarme aquí".

La gran Galería, que acababa de ser inaugurada, tenía entonces aún su espléndido mobiliario de plata. Lo poseía todavía el año siguiente, cuando fueron recibidos los Embajadores de Siam. Venían espontáneamente, en nombre de su Gran Visir, griego de origen, a traer presentes a Luis XIV, a ofrecerle un Tratado de Comercio exclusivo y hacerle saber que su amo, por amor a él, no estaba lejos de hacerse cristiano.

Tras de haber entregado al Rey la carta de que eran portadores, se retiraron sin dar la espalda a Su Majestad, hasta la extremidad opuesta de la Galería. Tal era entonces el brillo de Francia.

La misma ceremonia tuvo lugar, por úl-



La Galería de los Espejos.

tima vez, el 19 de febrero de 1715, año en que murió Luis XIV, en honor de los Embajadores persas. El viejo Rey, cuya salud comenzaba a declinar, había querido usar una vez más su cintilante traje de parada; pero de tal manera se sintió agobiado por el peso de los diamantes, que fué preciso ayudarle para que pudiera caminar, y tuvo que cambiar de vestido. Cerca de él, su sobrino Felipe de Orleans hallábase vestido de terciopelo azul bordado de perlas y diamantes. Sobre el estrado, la Duquesa de Ventadour tenía al pequeño Luis XV, de cinco años de edad, cubierto también con traje blanco cuñado de pedrería. Los persas portaban su turbante y yatagán en la cintura.

Igualmente tuvieron lugar en la Galería de los Espejos desfiles simbólicos en ocasión de las victorias francesas. Existe una curiosa estampa de Sebastián Leclerc, que nos muestra una fortaleza de Motmeillan, arrastrada ante Luis XIV. Once hombres sólidos tiran de un carro, sobre el que se ve representando el famoso castillo sobre una roca al natural.

En las dos extremidades opuestas a la gran Galería sirven de entrada y de salida los dos salones céntricos de la Guerra y de la Paz.

El plafond del Salón de la Guerra, pintado por Le Brun, representa a la Francia victoriosa, con casco y coraza, aprisionando en la mano el rayo. Sobre la chimenea, un gran bajorrelieve oval en estuco, por Coysevox, es sostenido por dos cautivos, ligados por cadenas de flores y coronados de dos Famas aladas: figura a Luis XIV a caballo, coronado por la Victoria y pisando con su caballo a los enemigos vencidos.

El Salón de la Paz representa en su plafond a la Francia en la paz. Vese a Francia sobre un carro tirado por cuatro tortolas y precedidas de la Paz, que lleva un caduceo; los campesinos bailan al son de la música; los niños leen y oran al pie de un altar, otros juegan con armas y banderas.

El Salón de la Paz no quedó completamente terminado sino hasta Luis XV. Un

encantador cuadro de Francisco Lemoyne, colocado en su sitio en 1729, representa a Luis XV dando la paz a Europa. Acababa de firmarse una paz general que englobaba a Francia, España, Inglaterra, Holanda, el Imperio Germánico, Prusia y Rusia. Luis XV, de 17 años, lleva en la mano derecha una rama de oliva que ofrece a Europa; la Piedad presenta a ésta dos niños, que la Fecundidad tiene en sus brazos. ¿Es ya la sociedad de las naciones?

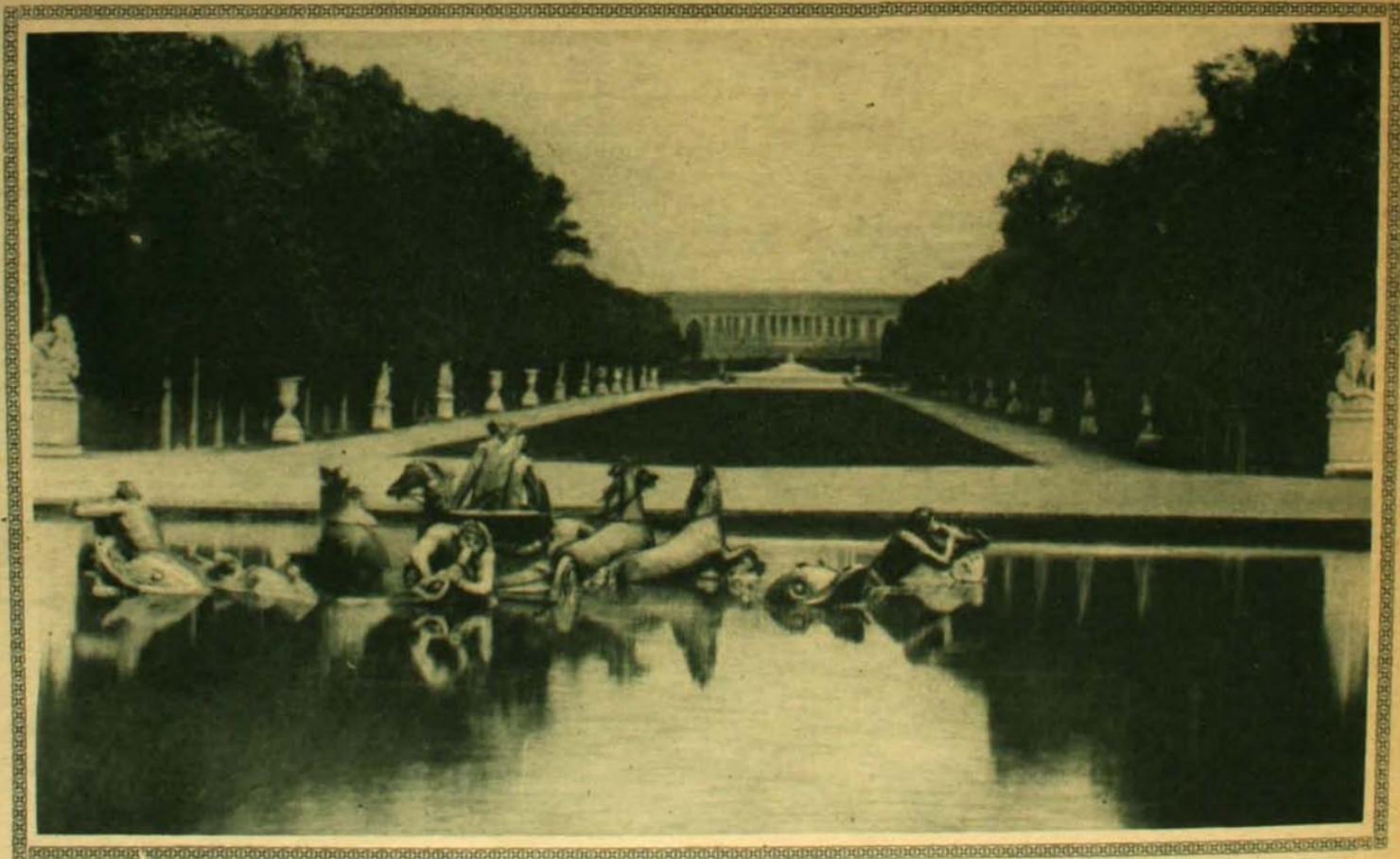
Además de las recepciones diplomáticas, la Gran Galería de los Espejos tenía que ser naturalmente empleada para los bailes y fiestas de la Corte. Entre las más bellas de estas fiestas pueden citarse, bajo Luis XIV, las que se dieron las noches del 11 y 14 de diciembre de 1697, para el matrimonio del Delfín, nieto de Luis XIV, y de María Adelaida de Saboya, Duquesa de Borgoña, unión de la que debía nacer Luis XV y en la que los dos esposos tenían, entre los dos, 27 años.

En tiempo de Luis XV, en ocasión del primer matrimonio de su hijo con la infanta de España María Teresa, se dió el 25 de febrero de 1745, un baile de máscaras en la Gran Galería. La fiesta comenzó a las seis de la tarde, a las nueve se sirvió la cena y todas las mesas fueron retiradas después. El baile se abrió a medianoche.

Esta famosa fiesta duró hasta las ocho de la mañana del día siguiente. Como era Cuaresma, únicamente se sirvieron pescados, vinos, frutas y pasteles. Si los vestidos de máscaras y disfraces han progresado desde el siglo precedente, debemos confesar que el asalto a las mesas ya era de reglamento entonces. Lo que no podía comerse era llevado en las bolsas y al día siguiente, en el mercado de Versalles, se vendían naranjas y pasteles provenientes de la fiesta del palacio.

Otras fiestas suntuosas se dieron en la Galería de los Espejos.

Vinieron después los episodios trágicos de la revolución. En la noche del 6 de octubre de 1789, los revolucionarios forzaron la entrada del castillo en busca de María Antonieta. Dos guardias de cuerpo



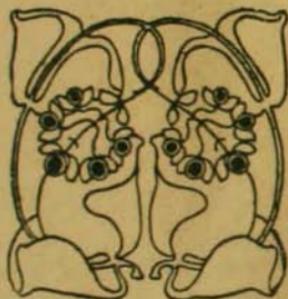
La fuente de Flora en los Jardines de Versalles.

se sacrifican para dar a la Reina tiempo de escapar. Las turbas entran en la Galería de los Espejos, disparando en todo sentido sus fusiles. Allí permanecieron en desenfrenada orgia hasta el día siguiente, en que fueron expulsadas por la guardia nacional a las órdenes de Lafayette.

Si la Galería de los Espejos fué, como el resto del castillo, vaciado por la revolución para ser vendidos todos sus objetos

en los remates, sufrió poco en su conjunto. Pinturas y dorados fueron restaurados y limpiados, tanto por Napoleón I como por Luis XVIII, y, posteriormente, por Luis Felipe. Hay que hacer notar en esta época la visita del Papa Pío VII, en 1804.

Numerosos han sido los soberanos que, en el curso del siglo XIX, fueron recibidos solemnemente en la Galería de los Espejos.



L O S F I G U R O N E S

La tierra prometida...—Una novela sin importancia.—¿Por qué no importa nada?—Porque es falsa.—Tener facilidad para escribir.—

Personajes que parecen títeres.—Falta constante de verdad.

—La frialdad del autor se comunica al lector—El señor

Gatica escribe por escribir; se le lee por leer.—Hacer “la grande...”

Por HERNAN DIAZ ARRIETA.

Joaquín Edwards Bello, que pertenece a la alta sociedad, se ha especializado en retratar la sociedad más baja; Tomás Gatica Martínez, que no pertenece a la clase alta (1), lleva escrito ya tres libros sobre el medio llamado aristoerático: Gran Mundo, La Cachetona, y ahora Los Figurones. Con razón dice Amiel: “La tierra prometida es aquella donde no se está”.

Desgraciadamente para el señor Gatica, mientras el señor Edwards ha podido descender con facilidad y estudiar a fondo los personajes de su predilección, él no ha querido o no ha podido subir y sus descripciones, diálogos y escenas se resienten de un gran desconocimiento, que tiene los más funestos resultados literarios.

A todas sus novelas, no exentas de cualidades apreciables, encuentro que les fal-

ta un elemento esencial: la importancia. En verdad, no sé bien cómo ni por qué sucede, pero es el hecho que ninguno de los sucesos cómicos, trágicos, emocionantes o curiosos que cuenta el señor Gatica Martínez, me hacen reír, ni me impresionan, ni me conmueven ni me producen el menor interés. En suma, no me importan nada. Para mí, lo mismo podía haber escrito esa o cualquier otra cosa, o podía no haber escrito. El resultado sería igual.

El personaje central de Los Figurones, el figurón mayor, es el senador González Chávez. Me dijeron quien era el modelo. Lo conozco y es un gran canalla. Pero González Chávez no se le parece en lo más mínimo, no se parece a él ni a nadie, a no ser a algún personaje ridículo de una pieza del género chico. Este senador González Chávez, millonario, influyente, respetabilísimo, persigue de una manera infame a una prima suya, una infeliz viuda tan honrada, que prefiere la miseria y el hambre a la opulencia deshonrosa. Es una conducta heroica, sin duda, un ejemplo de virtud sin par. Y sin embargo ¿por qué no la admiro, por qué ni siquiera la compadezco, por qué no me importa nada? La veo arrojar a la calle con sus hijitos hué-

(1) No se vea malevolencia en esta clasificación del señor Gatica Martínez. Al contrario. Tanto aquí como en Jaén, la clase alta es la clase rica y reconcelido está que la adquisición o conservación de la fortuna lejos de suponer excelencia moral, supone cualidades, si no malas, por lo menos dudosas y en todo caso muy antipáticas: egoísmo, orden estricto, mucha economía, suerte, sentido práctico, etc. etc. Ni los santos, ni los sabios ni los artistas se han contado de preferencia entre los millonarios. El hombre del Evangelio lo sabía perfectamente!



Tomás Gatica Martínez.

fanos, por mano de la policía, y mi corazón permanece de piedra. Una hija de González Chávez, sorprendida in fraganti por su marido, es llevada a la Preciosa Sangre y de ahí se fuga con un hombre. Tampoco me impresiona esta desgracia. La leo y sigo adelante. Asisto a fiestas, a la Exposición, a una kermesse en el Cerro, a una campaña electoral en Talca y a muchos otros espectáculos más, que deberían interesarme, porque están bien contados, por lo menos, están dichos con claridad y rapidez. No obstante, siempre me acompaña la misma glacial indiferencia. No es el aburrimiento: es la frialdad absoluta,

el sentimiento de la poca importancia, de la futilidad, de la insignificancia de todo aquello. La moral misma, la honradez y la desvergüenza, el robo y el sacrificio se me confunden, me parecen iguales; y en tal sentido, este libro de censura de las costumbres tiene un efecto completamente desquiciador. Uno sale desmoralizado de su lectura.

La explicación del fenómeno debe estar en la falta de verdad de la obra. El señor Gatica ha entrevisto solamente y no ha sentido lo que nos cuenta; y el arte, que es un gran medio de comunicación entre las almas, que es ante todo una fuerza de

amor y simpatía, un contacto eléctrico entre el autor y el lector. tiene el dón de descubrir el sentimiento íntimo de los corazones y de hacernos comulgar con él a través de los disfraces y las máscaras. A él no le han importado en realidad sus personajes y es por eso por lo que tampoco nos importan a nosotros. No ha visto sus descripciones, no ha sentido sus escenas, no ha escuchado sus diálogos, no ha vivido la vida de sus personajes y de ahí que cada detalle nos parezca insuficiente y el total nos deje la sensación vacía de lo artificial. El señor Gatica ha escrito por escribir, porque tiene facilidad para escribir, y nosotros lo leemos por leerlo... porque tenemos facilidad para leer.

He ahí todo.

Tener facilidad para escribir. ¡Qué gran peligro! El vulgo, las personas que sufren para escribir una carta, consideran un elogio supremo decir de un escritor: "Tiene mucha facilidad para escribir". Para los verdaderos artistas, conscientes de su misión y del misterio que encierra, la facilidad constituye el primer escollo y una de las grandes dificultades. La facilidad es el aflujo abundante de ideas, generalmente ajenas, que sobrevienen al que toma una pluma en la mano, y cierta encañonación más o menos lógica para ir disponiéndolas con orden. En estas circunstancias, **dejar correr la pluma** es no decir su propio pensamiento, sino el pensamiento de los demás, lo que se ha oído y leído, lo que se sospecha ser la verdad. La prosa sale muy fluida y causa buen efecto, a primera vista; si no se pone atención, nada más fácil que engañarse y creer que estamos en presencia de un verdadero artista. Pero si por temperamento o por educación pedimos algo más a los libros llamados artísticos, entonces, inmediatamente, sentiremos el hueco, el vacío, la falsedad y a través de las frases corrientes y sonoras experimentaremos la propia indiferencia o el hastío del que las hilvanó sin creer en ellas.

La facilidad para escribir embriaga y desorienta. El señor Gatica Martínez, que

no es un novicio en materia de lenguaje y sabe manejar su estilo, se deja arrastrar, sin embargo, a periodos como éste: (pág. 37). "Había que comprar alfombra nueva para el dormitorio y otra para reemplazar el legendario "bruselas", un tanto raído con sus borrosos medallones verdes y rojos en fondo crema, que don Melquisedec recibió como parte del patrimonio de su esposa, doña Carmen Otárola, hija de don Wenceslao, el más prestigioso hacendado de la provincia y cuya magna fortuna sólo pudo apreciarse después de su fallecimiento, pues fuera de las cuatro fincas extensas y propiedades urbanas que figuraban en el testamento, alcanzó don Wenceslao a declarar "in articulo mortis" que bajo el enladrillado de la bodega de su fundo El Roble dejaba un "entierrito" de oro y plata antigua, cuya prolija cuenta, hecha por el albacea, en presencia de los herederos, al día siguiente de la defunción, rindió más de setenta mil pesos de moneda muy legítima". Esto por la forma externa. Respecto a los detalles de fondo, en la pág. 77 encontramos que el autor, obsesionado por la idea de hacer una novela elegante y aristocrática, pone "un precioso anillo de oro y amatista y un espejo engastado en un óvalo de plata cincelada" en manos de la viuda Pacheco, pobre vergonzante... Más allá, comete el pecado inverso; en la pág. 103, una distinguida monja peruana, hablando con la hija de González Chávez, se ve a punto de revelar un secreto y exclama: "¡Ay, Dios mío! ¡Casi hago la grande!" ¡Oh! hermana! Diez páginas adelante, brusca elevación de tono. La misma monja sirve de intermediaria entre la reclusa y un hombre. Entonces "las citas nocturnas entre la bella dama prisionera y el galán apuesto, rendido y **valeroso** se realizaron, durante una semana, a la luz plateada de un plenilunio de estío. La señora Monardes, temperamento romántico por excelencia, sentía el encanto de estas citas; su sensibilidad se afinaba; su imaginación volandera galopaba sobre el blando arzón de las nubes." Frase que tiene su equivalen-



Alejandro Baeza, (Fray Apenta)

te (pág. 128) a propósito de una cortesana. También es preciso citarla: "Las mujeres—dice—cualesquiera que sean, que tienen su trono sentimental en el lecho, su confesionario en la almohada y su doble paño de lágrimas en la albura de las sábanas... etc."

Hay detalles en apariencia insignificantes, en realidad llenos de significación, que dan el tono de los personajes. Dicen que Balzac los escogía en los diarios, encontrando una virtud misteriosa en esa partícula de la verdad verdadera; son admirables y equivalentes a veces a un retrato

completo los que ponía Maupassant; el P. Coloma y Valle Inclán los tienen maravillosos de sugerencia. El señor Gatica Martínez revela en los suyos la misma falta de importancia característica de su manera. Entre sus figurones encontramos un joven Panialhue, un vizconde de Córcholis, otro llamado Piris y diez más por el estilo. Don Daniel Barros Grez tenía el mismo sistema ingenuo de caracterización; recordamos un jesuita de su Huérfano llamado el P. Hipocreitía. Todo esto contribuye a crear una atmósfera titiritesca e inconsistente, que mata no sólo la emoción,

sino hasta la risa, porque nadie se ríe de lo que no existe y seres así bautizados son demasiado visiblemente una mentira.

La construcción misma de la novela, su plan general, deja esa impresión de vacío artificioso e insuficiente que hemos anotado en los detalles. Todos sus capítulos parecen el comienzo de la obra, empiezan con una descripción general, a veces bastante buena; en seguida, se particularizan, se deshacen, terminan en punta, causando al volver la última página el efecto de una serie de fachadas monumentales detrás de cuyos pórticos y ventanas no hubiera sino un terreno baldío donde seres insignificantes representarían escenas sin importancia y hablarían de cosas que no tienen ningún interés.

Consideramos inútil citar las frases y los rasgos acertados, sentidos, verdaderos que se encuentran en Los Figurones; el lector los descubrirá fácilmente, porque son muy pocos y causan en el acto un efecto extraño.

No debemos sorprendernos de que el señor Gatica Martínez, desconocedor del medio aristocrático, haya fracasado en su descripción. La novela de salón, tan tentadora para los artistas, es una de las más difíciles empresas literarias. Examinando un libro que puede considerarse modelo acabado en este género, "Pequeñeces", por

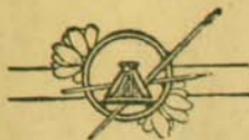
el P. Luis Coloma, la señora Pardo Bazán declaraba no conocer sino dos autores que pudieran compararse por la soltura y la elegancia: el Conde de Tolstoy, el gigantesco viejo creador de mundos, y Guy de Maupassant, perfecto en todas las esferas. En cambio, anotaba errores de literatos insignes, como Palacio Valdés, con su Espuma, y Pereda con su Montálvez, y de verdaderos genios como Daudet, Zola y Honorato de Balzac. Hay para consolarse con semejante compañía.

SERIE DE HISTORIAS. AÑO 1920, POR

FRAY APENTA

Don Alejandro Baeza, autor de "El Libro de los Pobres Viejos" y "Repiques", ha publicado un nuevo libro. Es un volumen diminuto, cuadrado, de cubierta blanca, con el título manuscrito, que tiene 72 páginas, se lee en media hora y cuesta \$ 2.60.

Se compone de varias historias muy cortas llamadas: La Historia Sucia, la Historia Vulgar, la Historia Fea, etc. Sutilezas de autor. Cualquiera de estos nombres habría convenido perfectamente a toda la serie.





Don Fernando Lazcano con algunos de sus nietos.

DON FERNANDO LAZCANO

Por GINES DE ALCANTARA

La pompa oficial se ha inclinado, solemne y respetuosa, ante los despojos de este esclarecido varón que entre otras preeminencias, honores y dignidades, supo señalarse como particularmente dotado para ejercer la presidencia—tan requerida de prestigio, ecuanimidad y tacto—del Senado de la República.

Un hombre como don Fernando Lazcano, que nunca aceptó puestos que fueran un gravamen para el Estado; que jamás puso a contribución sus altas vinculaciones e influencias para obtener ventajas, honores o sinecuras; que no acertó a prescindir nunca—ni aun en las circunstancias más difíciles de su vida pública—del sentimiento de la responsabilidad; que en todo momento hizo lema de su dilatada carrera cívica: “mis intereses después que el país, y no el país en seguida de mis intereses”; que abominó de la oratoria vacua y palabrera con que adulan a la multitud aquellos mismos que piensan traicionarla; que incansablemente prodigó favores, en la seguridad de que preparaba la ingratitud, de la que no puede obtenerse otro beneficio que el acreditar de gran caballero a quien la sufre sin represalias ni protestas; un hombre así—repetimos— no es sólo una gloria de la política. Es también una vindicación.

En estos ideales de deber, de sacrificio y de patria, consumió don Fernando Lazcano la vida que le quedaba. Ni aun los espíritus más suspicaces y desconfiados—aquellos que siempre buscan la causa positiva de una acción que tiene todas las apariencias de generosa—tuvieron derecho a desconocer el heroísmo silenciosos de este anciano de setenta y tres años, que, cuando el

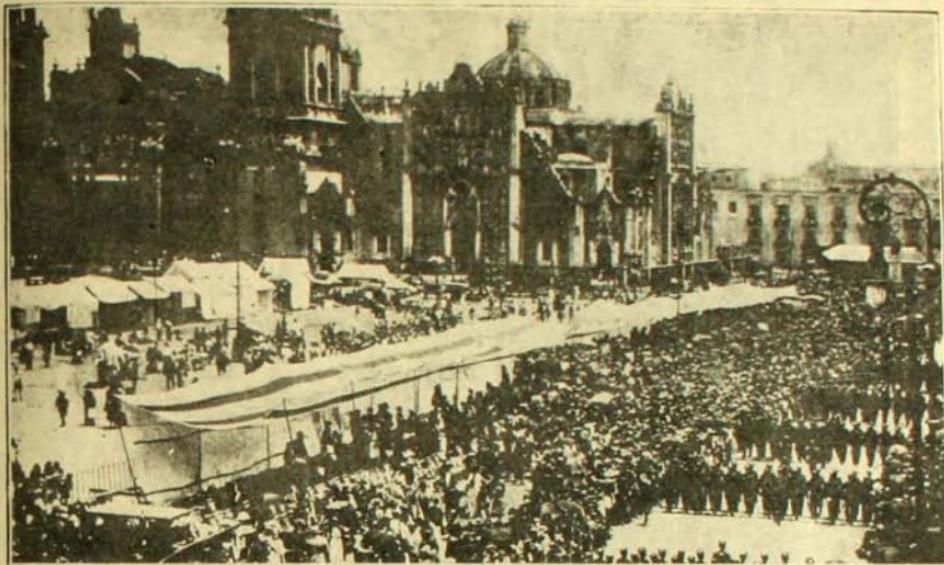
espíritu público adquiriría su tensión máxima, apareció en el fragor de la lucha, en lo más arduo del combate y en lo más reñido de la refriega, sin temor al esfuerzo ni a la fatiga, benévolo, ecuánime, justiciero y sereno; con una serenidad que era, tal vez, anticipación de la paz inmortal que lo acechaba.

Si alardeando de concreción o en un esfuerzo de síntesis quisiéramos vaciar "en una palabra" la vida entera de este gran Desaparecido, la que se impondría llevando tras de sí todas las confirmaciones, dominando el conjunto de tantos nombres de virtudes morales o ciudadanas que nos saldrían al paso, desafiando la revisión que de ella quisieran hacer todos los entendimientos, sería una palabra,alzada, por esta vez, del corazón de la justicia: "Deber". Y pronunciada junto al claro nombre del ilustre Ausente, todo el noble espíritu de don Fernando Lazcano parecería revivir en ella.



En la silente población de los que hablan por sugerencias pavorosas, duerme el noble caballero, cuyo rostro, después de recibido el mensaje de lo Absoluto, expresaba la felicidad de los que ya pueden amar en paz.





Una parada militar en las calles de Méjico durante el gobierno provisional del señor de la Huerta.

ANIVERSARIO DE MEJICO

16 DE SEPTIEMBRE 1810-1920.

La República hermana de Méjico ha conmemorado el 15 del presente mes el aniversario de su independencia nacional.

Elegido Presidente constitucional de la República el General Alvaro Obregón, la gran República del Norte entra por las vías de la normalidad.

El nuevo Gobierno mejicano ha designado su Ministro en Chile al eminente poeta y hombre de letras, Excmo. señor Enrique González Martínez. Para los chilenos es especialmente grato este nombramiento de unos de los más altos representantes de



General Alvaro Obregón, elegido Presidente de Méjico.

la intelectualidad sudamericana, que contaba ya entre nosotros con entusiasta admiradores. Y honra al nuevo Gobierno la designación de tan ilustre personalidad, capacitada como ninguna para continuar la obra de acercamiento intelectual y económico que había iniciado con tan favorable auspicios el antecesor del actual diplomático don Fernando Cuen, de grata recordación en la sociedad y el Gobierno chilenos. Como homenaje al nuevo Ministro de México, reproducimos en estas páginas algunas de sus celebradas producciones poéticas.



Excmo. señor Enrique González Martínez.
Ilustre poeta, nuevo ministro de Méjico en
Chile y su familia.

EL NUEVO SENTIDO

Monotonía triste
de atisbar el vaivén de lo que existe
y acariciar al vuelo con amarga
salutación reminiscente y larga...

Ver que las horas rectificadoras
no son a la conciencia sino las mismas horas
que miramos hundirse del tiempo en el abismo,
y el corazón... un plagio perenne de sí mismo.

Al claror de la luna
en las noches fantásticas, ninguna
para meditación o extraño tema...
¡La misma esfinge con igual problema!

Sentir que la emoción nada descubre...
Retorna mayo y se repite octubre.

Estas hojas de otoño
fueron ayer primaveral retoño
y han de surgir trocadas en renuevo;
y amarillas y mustias,
nos tocará de nuevo
verlas caer en un volar de angustias.

¡Ah, si un sentido más diera a las cosas
formas inesperadas y lumbres misteriosas
para borrar la triste,
monótona visión de lo que existe!

¡Si pudiéramos ir en cada huella
de luz, a la conquista de una estrella,
y desflorar en cada nota oída
la doncella intacta de la vida!

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ.

EL INFIEL

(Maurice Maeterlinck)

Por acaso, si vuelve un día,
¿qué le contaré?
—Contaríale que hasta la muerte
siempre le esperé.

—¿Y si no me conoce, y sigue
inquiriendo más...?
—Contestadle como una hermana:
él sufre quizás.

—Si pregunta por vos, ¿qué cosa
hay que contar!
—Le daréis un anillo de oro
sin decirle más.

—¿Si pregunta por qué se halla
la sala desierta!
—Enseñadle extinta la lámpara
y la puerta abierta.

—¿Si sobre el instante postrero
quiere preguntar!
—Respondedle que he sonreído...
¡No vaya a llorar!



El Presidente provisional de la Huerta entre
los generales Treviño (izquierda) y
Benjamín Hill en el Palacio de Gobierno de
Méjico.



Excmo. señor Enrique González Martínez.

SOBRE LA PLAYA

(Henri de Regnier)

Acuéstate en la playa y recoge en la mano
para dejar que escurra después, grano por grano,
la hermosa arena rubia que el sol hace de oro;
cierra luego los ojos, mas antes ve el sonoro
mar que la orilla besa, y el cielo transparente,
y cuando, poco a poco, sientas que dulcemente
no queda peso alguno en tu mano ligera,
abre otra vez los párpados; pero antes considera
que nuestra propia vida toma y devuelve activa
a las eternas playas su arena fugitiva.

EL ALMUERZO PREPARADO

(Albert Samain)

Hija mía, levántate, pues que el amo ya vino;
deja lana y aguja; en la mesa de encino
que recubren manteles de repliegues albeantes,
pon la clara vajilla y los vasos brillantes.
Sobre hojas de parra y en la redonda fuente
de asa en cuello de cisne, coloca diligente
los duraznos de virgen terciopelo forrados,
y racimos azules con racimos dorados.
De pan cortado hinche las canastillas; deja
la puerta bien cerrada; que no quede una abeja.

Afuera, el sol abrasa, y reverbera el muro;
entorna las ventanas, y todo quede obscuro
para que bajo el manto de la sombra la oliente
mesa llena de frutos embalsame el ambiente.
Baja por agua al patio, y cuida de la roja
cantarilla de barro que el agua fresca moja,
guarde por largo tiempo, lentamente fundido,
en sus helados flancos el vapor suspendido.

EL MIEDO

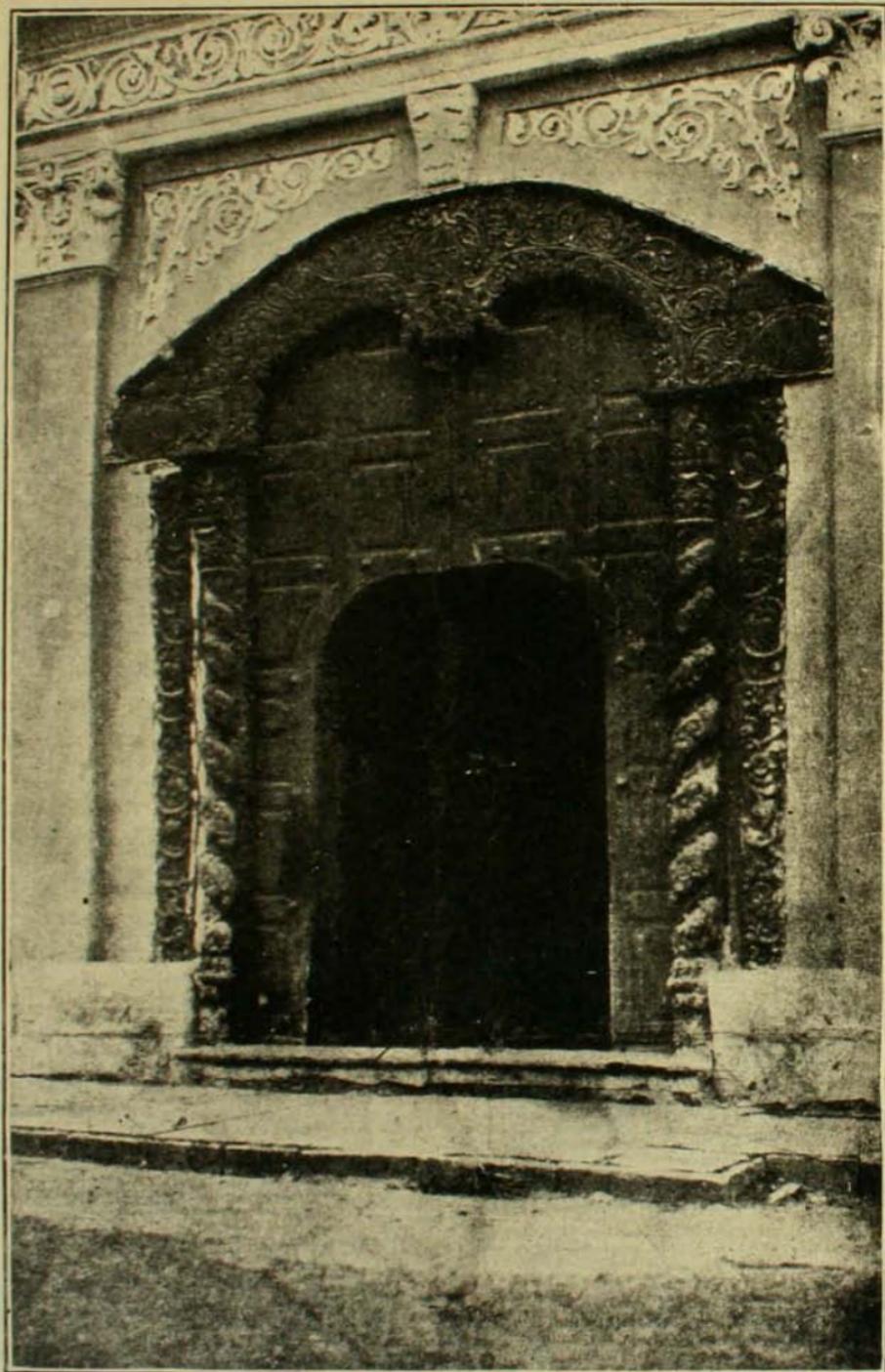
(Emile Verhaeren)

Por llanos de mi miedo que al norte se convierte,
viejo pastor de invierno en su boquilla toca,
de pie, cual la desgracia, y hacia el redil convoca
a los diseminados rebaños de la muerte.

Cimenté los estallos con mi remordimiento
en sitios donde susan las tristezas en torca,
y donde, circundado de menta y de viburno,
retuerce su camino arroyo macilento.

A golpes, con carneros de pieles leonadas,
entran ovejas negras de roja cruz marcadas
—lentas culpax—de mi alma trémula en el redil;
el viejo pastor lanza su toque de tormenta.
¡Qué relámpagos mira mi ser para que sienta
esta tarde mi vida tanto miedo de mí!

(Traducciones de González Martínez).



Un lujoso portón colonial

RECUERDOS DE ANTAÑO

"Todo tiempo pasado fué mejor"

Por ALFREDO ALDUNATE ECHEVERRIA

Un domingo, de aquellos en que los primeros soles de primavera comienzan a dorar la copa de los árboles, llegué impensadamente al Parque Forestal. Sentí, mirando hacia el Oriente, la evocación que trae el viejo Tajamar, de aquel Santiago de las leyendas coloniales; de aquel Santiago de noches oscuras y silenciosas, cuya paz sólo interrumpía la voz del sereno que anunciaba las horas o la luz fugitiva de una linterna, con que el esclavo guiaba los pasos de un señor de calidad, que sólo con licencia especial del Cabildo podía transitar por las calles, pasado el toque de queda.

Sumido en estas meditaciones, sentí un impulso irresistible de visitar el Museo Histórico, que se encuentra en el Palacio de Bellas Artes, y, me quedé un momento desorientado en medio de retratos de oidores, obispos y gobernadores de la colonia, en medio de trofeos gloriosos de los hechos heroicos de nuestra marina y de nuestro ejército. Hubiera deseado poseer un lenguaje especial para penetrarles sus misterios... Felizmente me encontré con el ilustrado Director del Museo, **amateur** profundo de las antigüedades y cuya charla vino a tranquilizar mi curiosidad.

—Perdone, señor, mi interrupción, le dije... quisiera saber si Ud. hubiera preferido vivir en el siglo XVIII o conservar su existencia en este siglo de tan profundas transformaciones económicas y sociales.

—El problema es complicado, — me respondió; — si contemplamos el caso desde un punto de vista egoísta y sentimental, puede que nos inclináramos a preferir la vida apasible y tranquila del si-

glo XVIII, aquella vida sin inquietudes, porque el hombre ni presentía sus derechos, ni tenía grandes aspiraciones; sin embargo, mi amigo, la humanidad ha alcanzado en nuestro siglo un grado tan alto de progreso que me inclino a creer que ninguno de mis contemporáneos quisiera, sinceramente, volver a la época colonial.

Recuerde que nuestros abuelos fueron educados para la obediencia ciega a las autoridades que gobernaban paternalmente, en representación del muy amado Rey de España, cuyo poder emanaba directamente de la Divinidad. Existía la censura más severa sobre los libros que llegaban al país y se perseguía como crimen de "lesa majestad", a todo el que conversara o escribiera sobre los sucesos ocurridos en España cuando la invadieron los franceses.

Precisamente al otro lado del río, estaba la chacra del Conde de Quinta Alegre (que es hoy de las Monjas de Purísima) y ahí se reunían Don Juan Antonio Ovalle, don José Antonio Rojas y don Bernardo Vera y Pintado para leer y comentar secretamente un ejemplar de la Enciclopedia Francesa que había traído de Buenos Aires don Juan Martínez de Rozas, el hombre de más talento que tuvimos entre los fundadores de la República.

Créame, que de los ochocientos y tantos vecinos, que asistieron al Cabildo Abierto, el 18 de Septiembre de 1810, había muy pocos que comprendieron la importancia trascendental de ese acto, que fué la iniciación del movimiento separatista que terminó con la proclamación de la independencia de Chile.

La mayoría de los asistentes pensaba, con toda buena fe, que la Junta de Gobierno se organizaba con el exclusivo objeto de liberar de su cautiverio al Rey Fernando VII y de expulsar de la Península Ibérica al intruso "Pepe Botella", como llamaban al hermano de Napoleón.

El tribuno de aquella Asamblea, Don Fernando Errázuriz, debió hacer prodigios de elocuencia para sacudir la timidez de los cabildantes que se inclinaban a solicitar la opinión del virrey del Perú antes que acoger ninguna innovación que pudiera estimarse subversiva.

Tan interesado me encontré el Director al escuchar su conferencia, que me fué explicando el significado de muchos documentos curiosísimos y antes de salir me agregó: "Lo que Ud. ha visto es poco todavía... La Comisión de Bellas Artes ha conseguido reunir, cerca de este Museo una colección de documentos vivos, de testimonios fehacientes para facilitar las investigaciones sobre la historia patria. En este sótano, que mira al Mapocho, se ha formado un pequeño asilo de veteranos que servirá de base para la fundación de Nuestro Palacio de los inválidos... Esta idea nació de una aventura original que me ocurrió el verano último..."

Como Ud. sabe, he tenido siempre mi débil por las investigaciones históricas y voy casi todos los años, con el Dr. Oyarzún, a recorrer los campos de la vieja Araucanía con el objeto de coleccionar para el Museo, los recuerdos que se encuentran entre las ruinas de los antiguos fuertes españoles que fueron teatro de las heroicas hazañas cantadas por Ercilla.

Este año llegué a Carahue, pueblo construido en el mismo sitio elegido por el Conquistador Valdivia para fundar la capital de Chile, el 20 de julio de 1651, porque encontró, según decía en carta dirigida al Rey "hechos en los techos de las chozas de los indios águilas con dos cabezas, que me recordaban el Imperial poderío de V. M."

En la plaza de Carahue se encuentran grandes trozos de piedra que señalan el

sitio de los cimientos y el piso de la catedral que se ordenó construir para el Obispado que debía tener su asiento en Imperial.

Esta ciudad vivió poco porque debieron abandonarla sus vecinos, a causa de la ferocidad de los indios, el 5 de abril de 1600. El Gobernador Don Francisco de Quiñones se condolió de sus habitantes, víctimas del hambre, porque no habían podido hacer siembras en el año anterior y por que le dirigieron una elocuente súplica en estos términos:

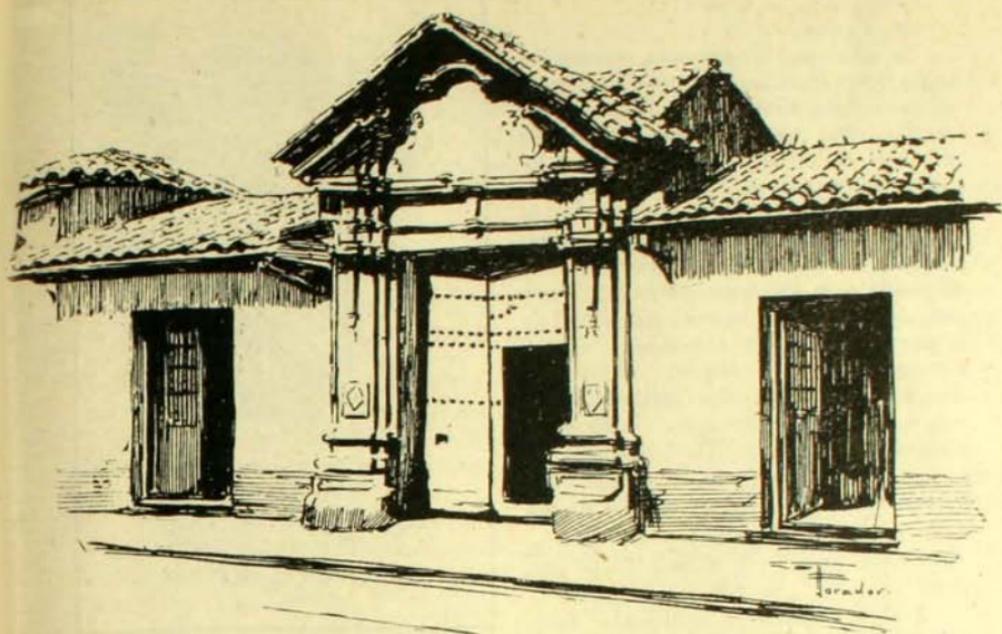
"Por amor de nuestro señor Jesucristo, de rodillas y vertiendo lágrimas y dando voces al cielo, le suplican (al Gobernador) se adolezca dellos y tantas viudas, huérfanos y doncellas pobres y niños inocentes, como en el dicho fuerte hay y los saque dél, sin dejar a nadie y lleve a su campo y compañía donde y para el efecto que tuviere a bien".

Cerca de Carahue se encuentra la estancia de Ranquileo que había elegido Valdivia para su "personal peculio" y aún se pueden ver los anchos fosos que para su defensa ordenó construir el Conquistador y que se aprovechan para el regadío.

Esta hacienda le pertenece a mi amigo Diego Suárez y me tocó elegirla como centro de mis expediciones, en este viaje.

Una tarde, después de almorzar con la copiosa abundancia propia de esa hospitalaria región, me dijo mi anfitrión: "Sabes que te has distraído varias semanas repitiendo la sensación de patinar el barco en Rucadueca y de atravesar el túnel de follaje que obscurece las aguas del Moncul y no te has preocupado de los estudios que preparabas cuando me anunciaste tu visita".

¿Cómo así? le contesté... me querrás invitar a un machitún en la ruca del Cacique Lincocleo. Estoy harto de ver estos tipos anaerónicos, que se consideran indios para el tinterillaje y la poligamia y que recorren los campos en automóvil, junto a las trilladoras, maquilando sus trigos a los auténticos descendientes de Lautaro y Colocolo!



La posada de Santo Domingo. (Dibujo de Forador).

—Nada de eso! Se trata de un veterano...

—¿Del 79...?

—Más antiguo.

—¿Del ejército de Urrutia?

—¡Más aún!

—De la conquista de Chile, ¿entonces!

—No te rías... te voy a poner en relaciones con un anciano que fué corneta de Freire en Chiloé, que asistió con Búlnes a la Batalla de Yungay, que se vino con Don Basilio Urrutia a la frontera y que ha conseguido hace tres años, una ley especial que le ha concedido su retiro con grado de Capitán...

—¡Otro Matusalén... que debe estar ciego, sordo y mudo!

—En absoluto... tiene ciento quince años y está al cabo de cuanto ha ocurrido y ocurre en el país.

—¿Y, por qué está aquí?

—Casi puedo decirte que forma parte de mi hacienda... que compré a los herederos de Urrutia, general que se dis-

tingió por su generosidad con los veteranos y le tenía agregado al fundo... Después, me encariñé con él y le he dejado esta posesión para que viva.

En el curso de esta conversación habíamos caminado más de una legua y entramos por una ancha y baja puerta a las bodegas de un abandonado molino.

Subimos una pequeña escalinata de tablas y vimos en el fondo de una alegre sala, con hermosa vista al valle del Cautín, a un hombre barbi-lampino, de tez bronceada que encontrábase sentado junto a una mesa de tejidas varillas. Al sentir nuestras pisadas, el anciano pestañó rápidamente e hizo ademán de moverse, cual si quisiera cuadrarse militarmente. Cubría su cabeza un galoneado y verde kepis y vestía la casaca de barriletes y charreteras a la usanza del antiguo ejército.

—Buenas tardes, Don Laureano, dijo Suárez... le presento al amigo Figueroa...

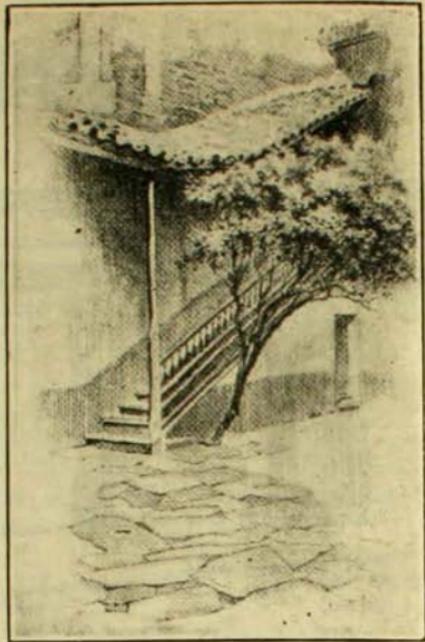
—¿Está bien, su merced?

—Para servirle...

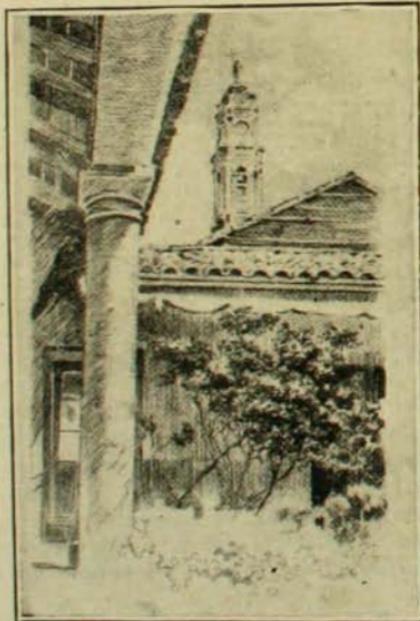
—A mis años... ya nada necesito... allá arriba (exclamó clavando su mirada en un tallado Crucifijo) imploraré perdón!... ¡Qué tiempos estos, niñitos! Ya se acerca el fin del mundo... Estaba leyendo el Tratado de la Liga de las Naciones y me acordé de Paucarpata... Ahí don Manuelito (Blanco Encalada) quería que se batieran dos paladines por cada bando para suspender la guerra y por poco no sucede que saca la cara por Chile don José Santiago Aldunate... el mismo que años antes, herido y prisionero, conservó su espada, bajo palabra de honor, en el campo de batalla y no quiso moverse, aun después de la victoria de los patriotas y con riesgo de su propia vida, hasta que un jefe español viniera a relevarle de su compromiso...

—¿Y tu padre, era chileno?— le pregunté.

—Nó, era español... se llamaba Antonio Hernández de la Rivera, fué alguacil



Patio de una casa colonial



Convento colonial

de la Real Audiencia y disparó los cañones de don Tomás de Figueroa, desde los Portales de la Plaza de Santiago en contra de los milicianos que mandaba don Juan de Dios Vial, el día de las primeras votaciones para elegir Diputados al Congreso Nacional...

—¿Cuándo murió?

—No recuerdo, debe haber sido cuando el terremoto de Rancagua, porque yo estaba **guaina**.

—¿Y qué hizo cuando triunfaron los patriotas?

—Al principio se escondió en el Convento de Chimbarongo, porque lo perseguían y le habían confiscado sus haberes, y después conseguí con Don Ramón Freire que le nombraran preceptor de la escuela de Rancagua.

—¿Y tu madre?

—Mi mamita era Doña Nicolasa Gallon de Celis y Traslaviña... sobrina de ese fraile de la Buena Muerte que tiene monumento en la Cañada...

—¿Cuándo murió?

—En 1870...

—¿La recuerdas?

—Mucho (dijo enjugando una lágrima que corrió por sus mejillas)... me contaba tantos hechos... decía que su taitita había sido duende y que la abuelita tuvo que irse a Chiloé para que no la echaran a las monjas...

—¿Duende?...

—Así se usaba... en el siglo XVIII, los padres eran muy estrictos con sus hijas y les indicaban el hombre que elegían para casarlas y la que se sublevaba era encerrada en un convento, a no ser que el novio se disfrazara de duende, la raptara y la llevara a un cura... Mamita Nicolsa lloraba tanto cuando se acordaba...

—¿Dónde vivía?

—En una casa que todavía existe en la capital y que conserva la cueva por donde entraba el duende... está en Huérfanos esquina de Claras...

Como Ud. comprenderá, me dijo el Director, visiblemente emocionado, la historia del duende me interesó sobremanera, porque ha tenido por teatro mi propia casa-habitación... en fin, continuaré mi relato...

—¿Y, en qué año ocurrió el suceso?... le interrogué...

—En 1789... oiga, su merecé, la gente de ese tiempo era muy religiosa, en casa de la abuelita, todos los días, a las seis de la tarde, se reunía la familia para rezar el Rosario, en el salón principal... Rezaban mucho por el Rey, por la Reina, por las infantas nacidas y por el infante que iba a nacer... para que "fuera varón y de feliz término"... Una tarde de agosto, llegó una china al salón gritando "el duende"... "el duende"... La dueña de casa, Doña Mercedes Quiñones de la Rúa y Lisperguer, se desmayó... las tías y tíos se dispersaron en todas direcciones, pero... mi abuela sintió que el corazón le anunciaba una sorpresa, corrió al último patio y se arrojó en brazos del duende, quien desapareció con ella en ancas de su caballo, dirigiéndose al Curato de San Lázaro...

Al día siguiente, la noticia se divulgó por la ciudad formándose grave escándalo... se reunió la Real Audiencia con asistencia del Gobernador y del Obispo para

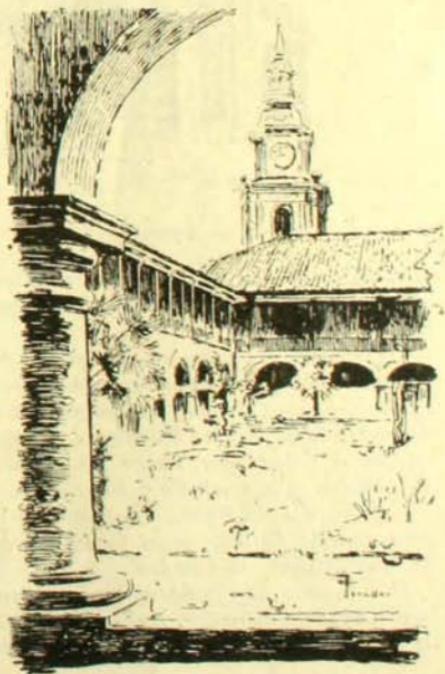
deliberar sobre el castigo que debía imponerse a los fugitivos. Hizo la defensa el abogado don Gaspar Marín y se acordó "ratificar el matrimonio para evitar daños mayores"... pero... la feliz pareja fué desterrada a Chiloé...

Cuando terminé esta relación temí que el veterano pudiera estar cansado por el esfuerzo que hacía para refrescar su memoria y le contemplé un momento, en respetuoso silencio... Suárez comprendió mi turbación y me reanimó:— Si le gusta mucho conversar, pregúntele sobre el Cabildo... la política es su tema favorito...

Entonces agregué, dirigiéndome al anciano:

—¿Te acuerdas algo del Cabildo?...

—Mucho, porque mi padre como alguacil de la Audiencia tenía que entenderse-las con el Corregidor Zañartu... Los regidores trabajaban por turno en la vigilancia de la policía de aseo, en perseguir a los borrachos y criminales y sobre todo, en castigar severamente a los mercaderes que



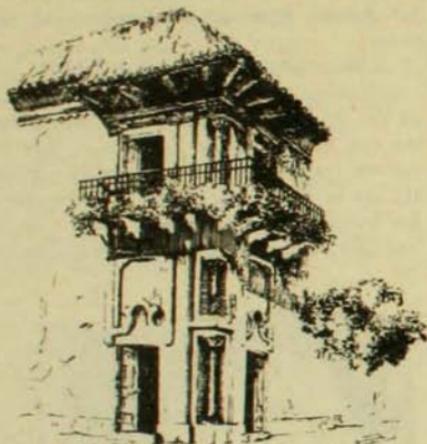
Claustro de San Francisco

cizaban las medidas o que vendían más caro que los precios fijados por el arancel.

Los criollos estimaban mucho estos cargos, que se los compraban al Tesoro Real en pública subasta. Tenían muchos privilegios, usaban sombrero puntado, traje bordado y una gran vara como insignia de su poderío.

—¿Y celebraban muchas sesiones?

—No, muy pocas... trabajaban más y hablaban menos que los congresales de ahora... Lo que más les importaba eran las cuestiones de etiqueta: dirigían extensos



Una esquina centenaria

memoriales al Rey cada vez que recibían algún desaire de las autoridades sarracenas.

Contaba mi padre que en el Archivo de la Real Audiencia existe un voluminoso expediente, con réplicas y contraréplicas, formado con la protesta del Ilustre Cabildo porque el Gobernador Manso de Velasco les obligó a salir a caballo y no en carruaje, en un día de lluvia, escoltando a la procesión de Corpus, desde la Iglesia de la Merced hasta la Catedral.

Otro asunto muy ruidoso en que tuvo que intervenir mi padre, como alguacil de la Real Audiencia, fué para cumplir un

decreto del Presidente Carrasco en que ordenaba recoger todas las armas que existieran en la ciudad, para enviarlas a Lima, porque tenía un terror pánico a los movimientos subversivos. El Cabildo se reunió e hizo una protesta que impidió el cumplimiento de esta orden y que permitió más tarde a los patriotas contar con elementos para atacar a los españoles.

—Mucho más hubiera hablado con el simpático viejito, pero no me atreví, me agregó el Director, pero ya que le interesan estas cosas, voy a darle un último dato histórico sobre las primeras elecciones que hubo en Santiago.

Como Ud. comprenderá, en 1811 no existían registros electorales, ni partidos políticos, en el sentido moderno de la palabra, pero sí, la familia chilena estaba dividida en tres corrientes: los avanzados, inspirados por don Juan Martínez de Rozas y don Bernardo O'Higgins, quienes pretendían que imperara en Santiago la "voz de las provincias"; los patriotas moderados, entre los cuales se contaban don José Miguel Infante, don Fernando Errázuriz, don José Gregorio Argomedo, don Gaspar Marín y la mayoría del Cabildo de Santiago; y, por último, los realistas aunque no se hubieran opuesto abiertamente al nuevo orden de cosas tenían su baluarte en el clero y en la Real Audiencia.

El 1.º de Abril, día fijado para las elecciones de Diputados, hubo en Santiago la contrarrevolución denominada "Motín de Figueroa" y debió suspenderse el acto electoral, mientras que en Concepción y otras provincias, se habían elegido Diputados que representaban la tendencia radical. El partido realista tenía un representante en el Congreso y la capital ninguno.

En el mes de Mayo hubo nueva elección en Santiago y triunfó el partido del Cabildo, de modo que éste consiguió tener mayoría parlamentaria.

Las elecciones se hicieron de acuerdo con un reglamento provisorio por el cual tenían derecho a voto las personas que recibirían una "esquila de invitación" enviada por el Cabildo.

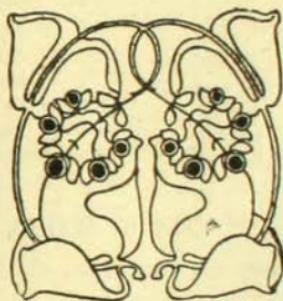
Ud. podrá comprender la extensión que

tendría la libertad electoral si recuerda que el Cabildo aprobó una indicación de don Bernardo Vera y Pintado y del Dr. don Carlos Correa para que "se privase de voto a los enemigos declarados del nuevo orden de cosas"...

Mucho más hubiera conversado con el

Director, sino hubiera venido a interrumpirme la campanilla estridente del portero que anunciaba la clausura del Palacio.

Salí y el sol ya no doraba las copas de los árboles... multitud de parejas arrullaban en los dispersos bancos del ya oscuro Parque Forestal...





La Argentinita.



Inés Berutti.

EL MES TEATRAL

Por K. MARIN

Todos los espectáculos del mes se han eclipsado ante el espléndido triunfo de Encarnación López, La Argentinita; artista múltiple en su trabajo, que declama monólogos con sorprendente sobriedad, canta tonadillas llenas de intención con una voz muy agradable, baila danzas regionales de España e interpreta música clásica como la Suite de Albéniz, hace zapateos americanos, parodias, imitaciones, etc. Raras veces se ve en el teatro un temperamento tan variado y tan completo como el de la Argentinita, que sabe desempeñarse con acierto en todo lo que hace. Con un repertorio variado y nuevo ha hecho una brillante temporada en el Teatro Comedia, con un éxito artístico insuperable. De sus tonadillas, anotamos las creaciones de "Y a mí, qué?", "Yaka Hula", acompañada de zapateo, "Por peteneras" y "Acañíz", donde baila una jota aragonesa

muy fina y original. El monólogo de Martínez Sierra, "Una señora sensible", que en sí tiene muy poco gracia, es realzado admirablemente por su talento de actriz, que necesita muy poco apoyo de letra o música para imponerse al público. Al mismo tiempo es de alegrarse que la gracia y el talento de esta artista no se hayan perdido ante una sala vacía, como ha ocurrido tantas veces, pues el público ha sabido corresponder a la bondad del espectáculo, mostrándose comprensivo y entusiasta para prodigarle sus aplausos. Muchas tonadilleras nos han visitado, y aún vendrán la Membrives, Raquel Meller, etc., pero creemos difícil encontrar otra artista que haga un trabajo tan variado y con tanto acierto.

Raquel Meller es una de las eminencias españolas en este liviano género de las tonadillas, consiguiendo hacerse en rápida ca-

rera, la favorita del público de Madrid que es bastante exigente. Entre su repertorio figura el Relicario, canción que fué popularizada por esta artista, "El sátiro del A. B. C.", La jota baturra, Casos y Cosas, Tropiezos, ¿A dónde va Ud?, y muchísimas otras. Prestigia la temporada de esta artista, la compañía de su esposo, el conocido escritor Gómez Carrillo.

—En el Santiago, Arturo Mario ha seguido en su plausible propósito de darnos a conocer obras chilenas, y ha estrenado tres durante el mes, reprisando las que habían alcanzado más éxito, como "Las Aguas Muertas" de Víctor D. Silva y "Pueblo chico, infierno grande" de Nicanor de la Sotta. Los estrenos han sido "Misericordia" de Armando Moock, "Mi mujer no miente nunca" de Juño Argain y "El Retrato de su Madre" de Jorge Berguño. "Misericordia" es una comedia dramática en dos actos, escrita con claro conocimiento de la técnica escénica; la obra no se mantuvo en el cartel por su argumento áspero e ingrato, llevado al teatro, eso sí, con todo tino y con talento. Es una obra interesante, de tipos muy bien pintados y con el diálogo muy fácil. Se distinguieron en la interpretación, Bührle, haciendo un gallego; Mario en un tipo de italiano; María Padín, en un corto papel apasionado; y Pedro Sienna, en el cura protagonista. El vode-



Carlos Barella.

por completo, y las óperas modernas de es una especie de refundición de otros vodevils, como "Lluvia de Hijos", "Préstame tu mujer" o "Casta Susana". La comedia de Berguño, es una adaptación al teatro de un cuento de Mark Twain, el célebre humorista yankee; es una obra en dos actos, con algunas escenas algo plácidas, pero que componen un total muy simpático, con despuntes sentimentales y livianas escenas de gracia fina.

Tiene Mario en ensayo "La máquina electoral", obra cómica en tres actos de Enrique Vigneaux Montt. René Hurtado Borne, el fecundo autor, ha terminado también un interesante drama social titulado "El Grillete".

—En el Municipal ha actuado con poquísimo público la compañía lírica, con el eterno e invariable repertorio. Sabido es que en este género no se puede variar, ya que está cayendo en desuso y los músicos más prestigiados de Europa lo han abandonado vil de Argain no tiene novedad ninguna; Strawinsky y otros, que tanto éxito han alcanzado en los teatros europeos, no se pue-



Raquel Meiler, creadora de la canción "Del Tirol".

den dar a conocer a nuestro público que, o no se interesa por estas innovaciones o no las comprende. En el conjunto de esta compañía han descolado Carmen Melis, nuestra conocida, Bocolina Zaconi, Ofelia Nieto, Rosalia Pancrazi, Parvis, Polverosi, Bettoni, Taccani, Persichetti Emmanuel Martínez, Manuel Núñez y Oliver. La orquesta del maestro Falconi bastante discreta y en algunas partituras sobresaliente. Las óperas de mejor acogida han sido Thais, Mefistófeles, Barbero de Sevilla, Rigoletto, Wally y Andrea Chenier.

—Se espera con interés la llegada de la compañía María Guerrero, en la que figuran Pepita Díaz de la Haza y Santiago Artigas. Esta compañía trae esta vez un buen repertorio, con más Benavente y Wilde que Eshegaray. Además pondrá en escena la obra nacional "El trovador paladín" del poeta Antonio Bórquez Soñar.

—A continuación de La Argentinita, vendrá al Comedia la buena compañía de comedias y sainetes que encabeza Lola Membrives, también tonadillera muy encomiable, y en la que figura como primer actor Antonio Isbert, artista que actuó mucho tiempo

en el Lara de Madrid con Catalina Bárcena. Este conjunto hará una temporada de un mes, dando a conocer las últimas obras de los Quintero, Linares Rivas, Martínez Sierra y Muñoz Seca.

—Damos el retrato de Inés Berutti, elegante tonadillera que ha actuado en diferentes teatros últimamente. De su repertorio, le aplaudimos especialmente "Maldito Tango", que interpreta con sentimiento.

—La compañía de Enrique Bágüena, después de una regular temporada en Va'paraíso, donde ha dado a conocer las últimas obras chilenas, ha partido en jira al Sur. Entre las obras que estrenó en el Puerto, anotamos "Un drama vulgar" del poeta Carlos Barella, obra que tuvo muy buena acogida, manteniéndose varios días en el cartel; menos afortunado fué "El Chaca" de Otero Bañados y "Bajo la garra" de Julio Walton, que la critica juzgó con bastante severidad.

Nos hacemos eco de la idea propiciada en la prensa diaria por algunos autores y críticos, respecto a la formación de una sola compañía chilena, o bien de dos bajo la misma empresa.





Mariano de Cavia, en la redacción de "Nuevo Mundo", de Madrid

MARIANO DE CÁVIA

No hace mucho falleció en Madrid el notable periodista español don Mariano de Cavia. Creador, puede decirse, del actual periodismo literario, ha sido acaso el que con mayor pertinacia escribió para el vulgo con ánimo de hacerlo menos vulgo. La Academia Española le acogió en su seno, el pueblo le admiró y le quiso y su cultura y su ingenio se repartieron a raudales por el mundo del habla castellana. Con motivo de su desaparecimiento, publicamos párrafos de la entrevista que "El Caballero Audaz" celebró no ha mucho con Mariano de Cavia, dándole a conocer con su bonhomía habitual simpatiquísima:

"...en el amplio portalón nos tropezamos con don Mariano de Cavia, que, acompañado por un mozalbeta rubio, se disponía a salir.

Cavia es regular de estatura y más bien grueso; tiene los ojos pequeños y agresivos y mira a través de unos lentes que cabalgan sobre su nariz, tñntada de vivos rojos. Las diminutas guías de su bigote gris se ensortijan como dos anchoas. Su boea, de labios gordos, hace una prominencia de carne en su cara. Cuando os habla, contrae el entrecejo, y sus ojos vivos se hundían entre el terror de mil arrugas. Cavia viste decente y limpio; pero descuidado. Este día llevaba un sombrero hongo muy recogido de alas; un gabán marrón, una

bufanda del mismo color, y unas botas de elástico, negras, de una longitud asombrosa. Su gesto habitual es de displicencia, expresión desdeñosa, que será la que emplee para leer este artículo. Sin embargo, lee todo y habla bruscamente; pero cada palabra suya es una idea luminosa, sazónada con las especies de una gracia espontánea, que hace reír y hace pensar. Y luego, cuando su charla se exalta para rebelarse contra algo, o quiere darle más expresión a sus palabras, las acompaña por acompañados movimientos de su diestra mano, que cierra empujando el dedo anular con el pulgar. Este es el movimiento más característico de Cavia.

—Contra Ud. venimos, maestro—exclamé estrechando su mano.

—¡Caramba! ¡Me alarman Uds.!—contestó ahuecando la voz y mirando fijamente. Yo voy a un recado; pero si les parece, subiremos a mi celda. ¿Hem...? Aunque a la visita que voy pueden Uds. acompañarme muy bien, porque no es de cumplido.

—¿De quién se trata?—inquirí interesado.

—Se trata de pagar una deuda que tengo pendiente con Camboamor. Y voy al Retiro a llevarle ésto—explicó, mostrándome una cajita cuadrada.

—Y en esa cajita, ¿le llevará Ud. flores?

—Se ha equivocado Ud., Caballero Audaz. Esta cajita es de la Mahonesa, y en ella le llevo a Campoamor ¡dulces!

—No le comprendo a Ud., don Mariano,—dije.

—Si me acompañan Uds. le explicaré por el camino este caso, que a la simple vista parece una rareza, y que es una deuda que tengo con el autor de "Los Pequeños Poemas".

—No deseamos otra cosa.

—Ahora bien: suplico a Uds. prescindan esta tarde del oficio. ¡Nada de fotografías ni demás engorros. ¡Hem...? Dejen Uds. eso para los estafermos que quieran lucirse; yo lo detesto. Además, lo más interesante de mi vida es que no fui nada, que no soy nadie, ni tengo nada, ni lo tendré, ni lo quiero. Yo jamás he percibido ninguna aldehala, sueldo, o gratificación del Estado. Me atengo a lo pagado por lo servido: artículo que escribo, artículo que cobro, y entrada por salida. ¡Hem...?

Ya en la calle, ofrecimos a Cavia nuestra destartalada berlina. Cuando nos hubimos acomodado, aplastándonos uno contra otro, dentro de ella, exclamó el ilustre polígrafo:

—Esto presenta todos los aspectos de un rapto... ¡Hem...? El rapto de la Sábina.

Dió unas órdenes al mozalbete rubio, y el coche partió ligero camino del Retiro.

—¡Ese es García, su antiguo escudero?



Mariano de Cavia, durante uno de sus paseos habituales por el Retiro

le pregunté refiriéndome al ordenanza.

—No, señor: García I..., mi inseparable escudero, está el pobre enfermo desde hace seis meses y no puede acompañarme, y he tenido que buscar este otro, que es García II.—Para mí es tan necesario García como para Don Quijote Sancho. Con él entablo mis coloquios, le hago discurrir y opinar, y casi siempre rectificar.

—¿Es Ud. casado o viudo, don Mariano?

—Ni lo uno ni lo otro. Soy soltero por precaución... ¡Hem...?

Reímos.

—¿Y qué edad tiene Ud?

—Nací en septiembre del 55. Es todo lo que me permite decirle mi pudor.

—¿Estudió Ud...?

—Con los jesuitas; pero esto no lo diga, porque me va a crear muchas enemistades. ¡Hem?

—¿A qué edad empezó Ud. a escribir?

—Cuando tenía 21 años. A los 25 o 26 entré en "El Liberal"; de allí salí para "El Imparcial".

—¿Cuántas crónicas llevará Ud. escritas?

—¡Horror! No me hable Ud. de eso porque se me amargan hasta los dulces de la caja. Son tantas, que ya hasta durmiendo las hago...

—Y en política, ¿no ha militado jamás en ningún partido...?

—En política he sido sistemáticamente de la oposición: molestando al que manda, y no obstante ha intentado a veces, arrastrarme la corriente... No es posible, ¿Hem?...

—Y del movimiento literario, ¿qué opina Ud?

—Del movimiento, o mejor si se quiere, del meneo literario, ¡ni una palabra...! Así y todo, les parecerá a muchos que he dicho demasiado...

—Por fin, ¿no presenta Ud. su candidatura para ingresar a la Academia?

—No, señor; yo no lo solicito porque no me lo permiten mi modestia y mi soberbia. Y no es paradoja. Mi modestia no me deja llegar a las puertas de la Academia, diciendo: ¿Qué les parezco a Uds.? Y para mi soberbia sería mortal el golpe de cerrar me la puerta. Así es que si me lo traen a casa, bien.

—Pero volvamos al raro motivo que le induce a llevarle a Campoamor esos dulces.

—Verá Ud. Cuando a Romero Robledo se le ocurrió, como homenaje a Campoamor su coronación oficial, yo no pude por me-

nos que protestar en "El Liberal" de tamaño dislate. No hay nada más cursi, más molesto y más ridículo que la coronación oficial de un poeta. Además, tratábase de Campoamor, que detestaba todas estas majaderías. Proponía yo en mi crónica que el homenaje fuera una sencilla visita o reunión de las mujeres de todas clases que sintieran admiración por el poeta. Y nada más. Vivía yo entonces en un cuartito principal de la calle de la Amnistía, y aquella tarde, estando leyendo, sentí detenerse un coche. Me estremecí porque supe que era alguna impertinente visita, de las mil que no me dejan vivir a gusto, cuando me encuentro con el inflado de Sallillas. Vengo—me dijo—porque don Ramón ha leído tu crónica de esta mañana y tiene imprescindible necesidad de hablarte. Bueno, pues, dile que ya iré yo a verle. No, si es que está abajo en el coche esperándote. ¡Pero, hombre, ¿por qué no ha subido? —¡Como está tan viejo! —Pues, nada, ¡vamos allá! Bajamos, y me encontré a mi buen Campoamor esperándome tranquilamente en el coche. Al verme, exclamó: —Pero, ¡por Dios, Mariano! ¿qué quieres hacer conmigo...? ¡Nada de homenajes! ¡Aparta de mí ese cáliz o porrón envenenado! ¿Quiéres ponerme en ridículo al final de mi vida...? ¿Quiéres presentarme como Periquito entre ellas...? ¡No! ¡No! No quiero homenajes. ¡No quiero mujeres...! Es necesario que rectificques, Mariano, y vengo con el decidido propósito de sobornarte. —A mí, don Ramón, usted me soborna siempre que quiera, y muy económicamente, sin un céntimo. —¡No! ¡No!, me contestó. Vengo dispuesto a sobornarte en toda regla con esta dádiva que te entrego. Y me dió el pobre don Ramón una cajita de dulces de la Mahonesa, idéntica a ésta. —¡Ah! ¿con que Ud. me compra con dulces?, le dije. —Pues en castigo, nos los tenemos que comer ahora juntos, y se tiene Ud. que atizar tantas lamparillas de manzanilla como yo. Se horrorizó. Bajé de casa una porrona de vino de manzanilla, y allí, en el mismo coche, consumimos los dulces y unas cuantas cañas... —Otro día pones tú los dulces y yo la manzanilla, me dijo al marchar don Ramón. —Convenidos. Pasó algún tiempo, y murió mi gran amigo... sin yo haber podido cumplir el compromiso. Y hoy, que después de varios días de cama salgo por primera vez desde el descubrimiento de su estatua, créome



Uno de los últimos retratos de Cavia

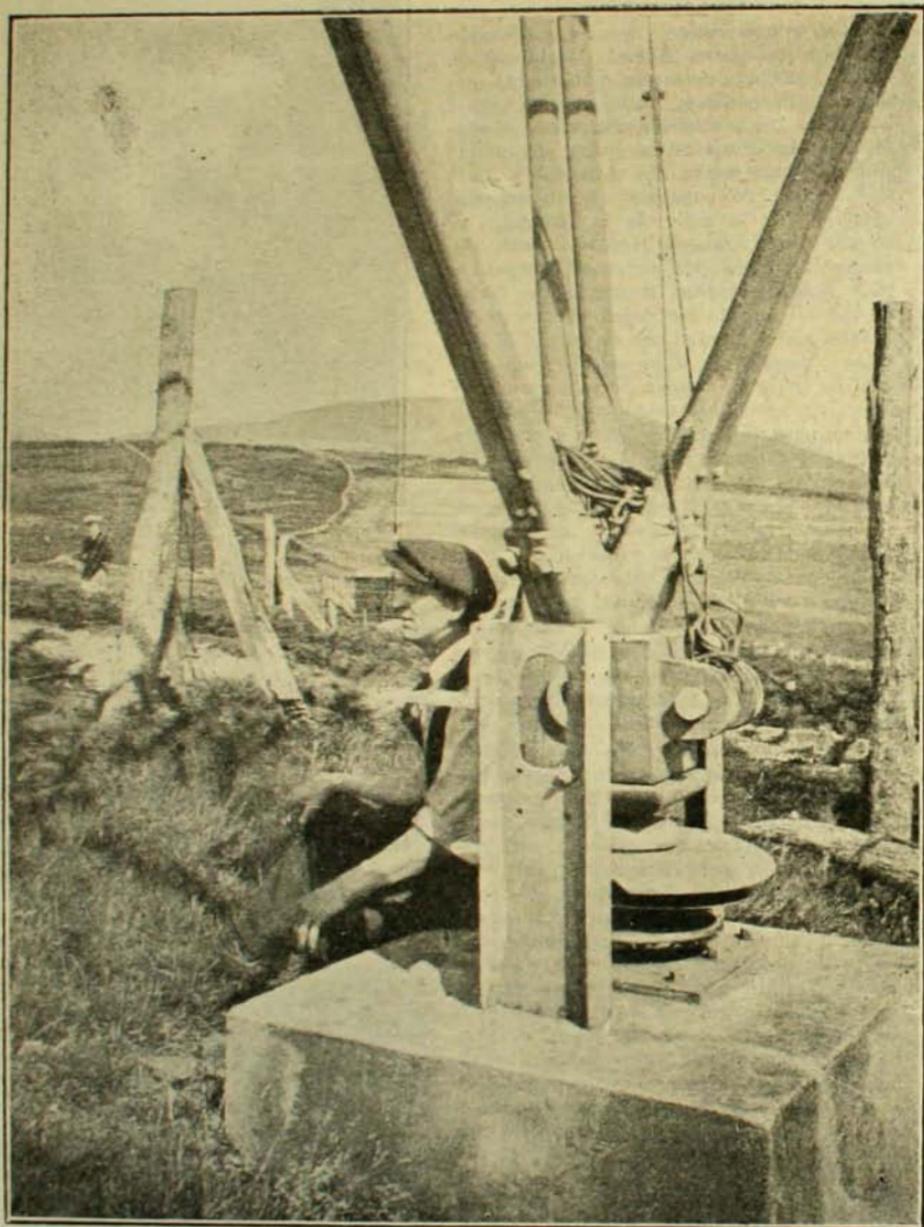
obligado a pagar la deuda. Le llevó aquí unos tocinos de cielo, porque le gustaban mucho. Ahora bien: como don Ramón, desgraciadamente, no puede comerlos, invito al Caballero Audaz a que me acompañe a comer el contenido de esta caja en presencia de Campoamor y brindando por su gloria, ¿Hem...?

—Conforme, don Mariano, acepto.

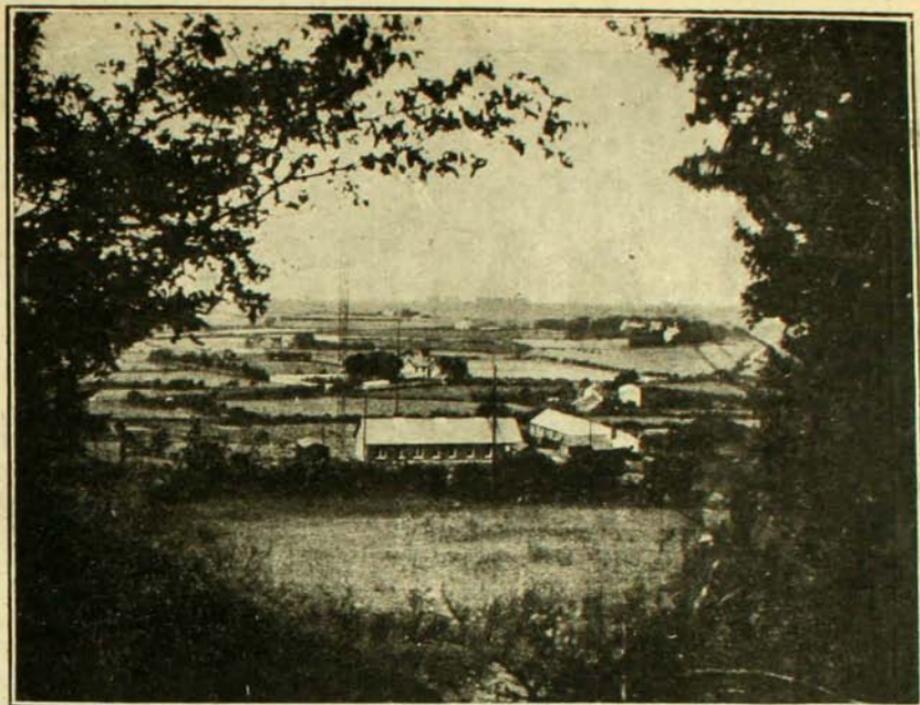
Paró el simón en el Retiro, al lado de la estatua del cantor de las mujeres. La tarde era diáfana, azul. Tarde de primavera.

—¡Pobre amigo!, exclamó Cavia ante el monumento. Tú que no querías mujeres te han colocado, para in eterna, tres que parece que te están convenciendo para que hagas alguna picardía de viejo verde. Además, ¡esos pantalones detestables, esa diabólica chistera, que así, a tu lado, en mármol, se asemeja a un útil de más necesidad...! ¿Hem...? Te conocía bien y sé que tu alma estará roja de bochorno e indignación: yo te acompaño.

Calló Cavia y comenzó a desenvolver la caja de dulces. Algunos curiosos pasaban indiferentes alrededor de nosotros... Nadie dijo "ese es Cavia". Todo el mundo le ha leído, todos admiran su nombre y voces le han podido contemplar ni personalmente ni en fotografía. Hay de la exhibición y del aplauso. ¡Este es Cavia!



Base de uno de los mástiles de la estación radiográfica de Towyn



Vista general de la estación de Towyn

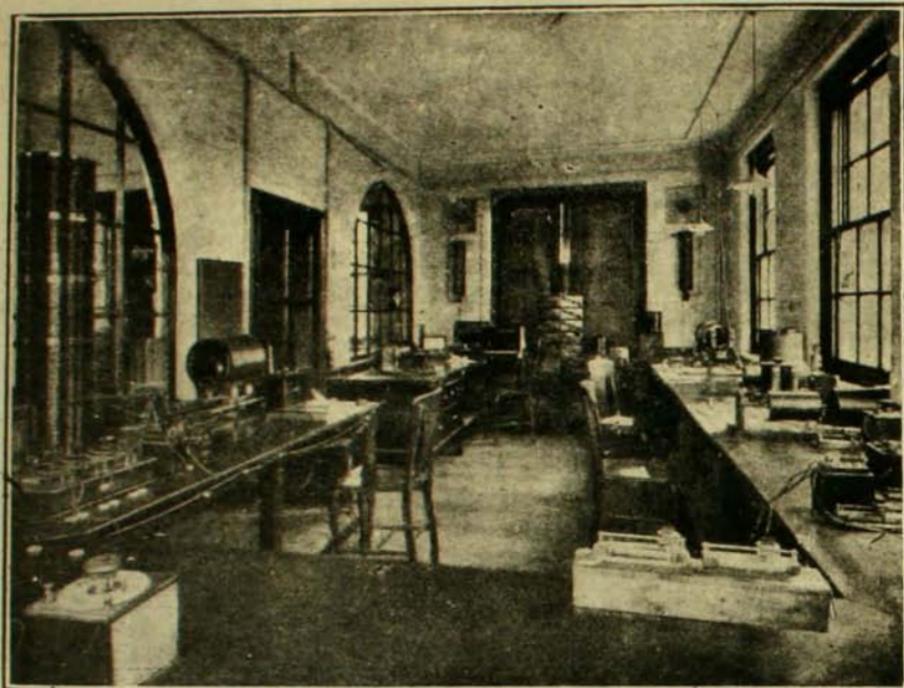
LAS GRANDES ESTACIONES RADIOTELEGRÁFICAS

T O W Y N

La estación radiotelegráfica de Carnarvon, con ser tan importante, no es más que la mitad del establecimiento europeo de ese servicio transatlántico de radiotelegrafía que con propiedad podría llamarse "Línea Etérea Gran Bretaña-América". Con objeto de conseguir un servicio duplex se ha abierto recientemente en Towyn, a 60 millas al sur de Carnarvon, otra estación destinada a la recepción de radiogra-

mas comerciales. Aunque esta estación está situada solamente a 100 pies sobre el nivel del mar, está rodeada por algunos de los más bellos paisajes montañoses de Gales, incluso el famoso Cader Idris.

La antena principal parte de la estación en dirección casi exacta hacia el Este y recorre un trayecto de tres kilómetros, subiendo por la empinada colina Escuan. Está sostenida por cinco mástiles de arma-



Sala de recepción

zón de hierro y un sostén más pequeño a poca distancia de la entrada.

Su altura es de casi 455 metros sobre el nivel del mar y desde esta posición se domina una hermosa vista que incluye el valle Dysynny y la bahía de Cardigan.

Paralela a ella corre la antena de reserva, también de tres kilómetros de longitud y sostenida por 36 mástiles de madera de 10 metros de altura cada uno. Ambas antenas son direccionales para la recepción desde la estación de New Brunswick, y se dice que la más baja es solo ligeramente inferior en valor a la principal por lo que a la potencia de las señales recibidas respecta, siendo mucho más útil que ésta en casos de perturbaciones atmosféricas.

Formando ángulos rectos con estas antenas están las de contrapeso o de equili-

brio, destinadas a eliminar la interferencia de Carnarvon.

El aparato receptor es muy complejo, completamente moderno, y construido de forma que su eficacia sea la mayor posible.

La instalación principal comprende una válvula amplificadora termiónica de alta frecuencia, con un aparato especial para impedir las interferencias.

Las señales amplificadas y rectificadas son de nuevo reforzadas por un amplificador de válvula de baja frecuencia de eficacia doble.

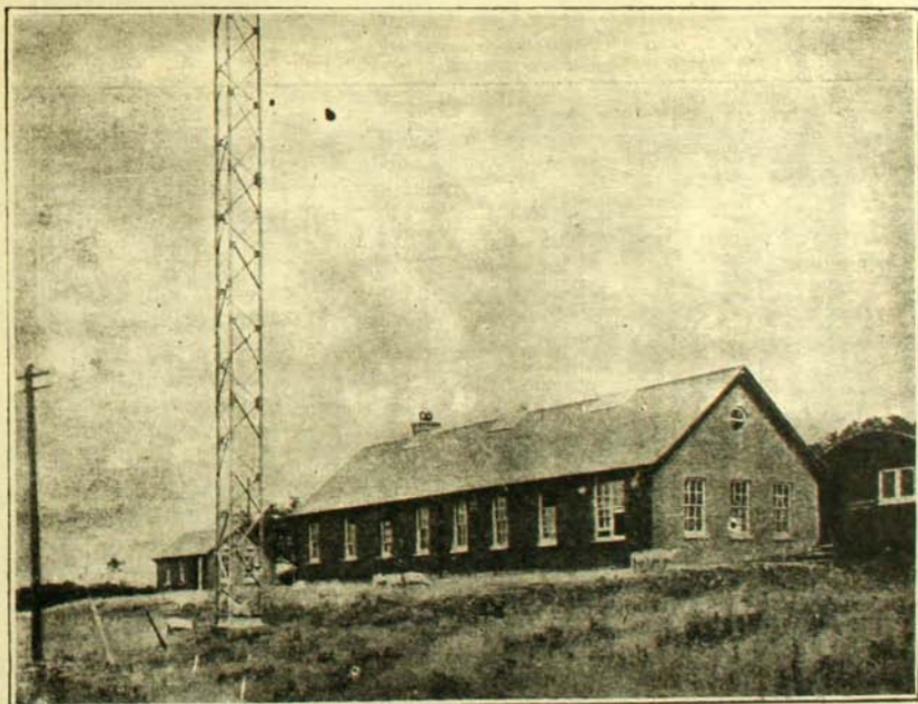
Para la recepción por pulsación va provisto el aparato de un circuito heterodinio separado. Las señales transmitidas automáticamente son registradas en cilindros de dictáfono que se llevan después a máquinas especiales, las cuales se pueden dis-

poner de modo que faciliten la recepción de la señales por medio del oído.

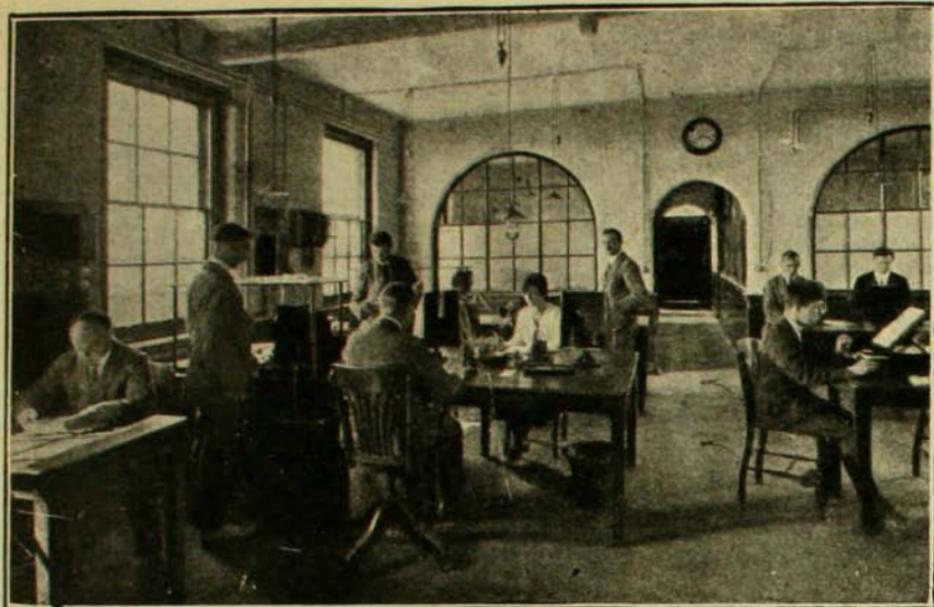
Aunque la instalación eléctrica está situada en Carnarvon, la transmisión de las señales se efectúa en Towyn. Imaginemos que un comerciante de Bradford desea comunicar con su agente en Nueva York y supongamos que quiere seguir la suerte de su mensaje. Este es entregado en la estación telegráfica más próxima, de donde es enviado a la oficina de la Compañía Marconi en Fenchurch Street. Aquí un operador hábil lo perfora, esto es, lo pasa en forma de agujeros a una cinta de papel, de donde por medio de un transmisor automático es enviado por una línea telegráfica especial a Towyn. Allí es vuelto a perforar de un modo automático y enviado en seguida a través de un transmisor radiotelegráfico automático unido por me-

dio de una línea terrestre al conmutador de señales de Carnarvon. De este modo, las señales de Morse correspondientes a la cinta perforada son transmitidas por la instalación de alta potencia de Carnarvon, a razón de 100 palabras por minuto. La estación receptora de la parte americana está situada en Belmar, cerca de Nueva York, y en dicho punto se reciben los mensajes y se transmiten, a través de una línea terrestre especial y nada larga, a las oficinas públicas de la Compañía Marconi Americana en Nueva York, para de allí ser enviados al destinatario.

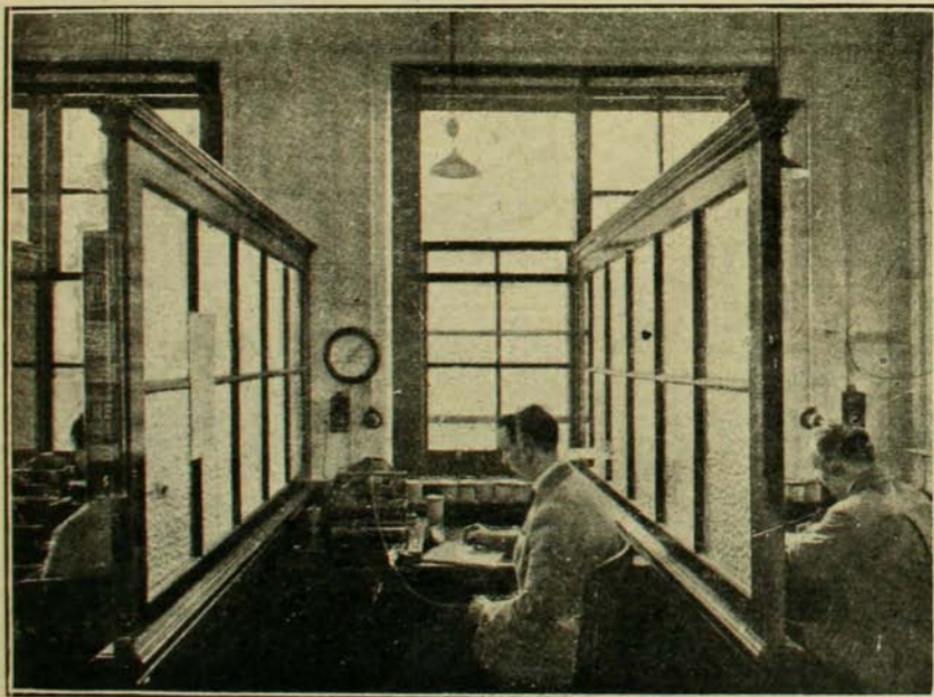
Los mensajes recibidos en Towyn desde América se leen en el dictáfono, como ya se ha dicho, y después se pasan, mediante la oportuna perforación, a una cinta de papel que es pasada por un aparato automático a la línea terrestre que va a Fen-



Edificio de la estación



Sala de transmisión



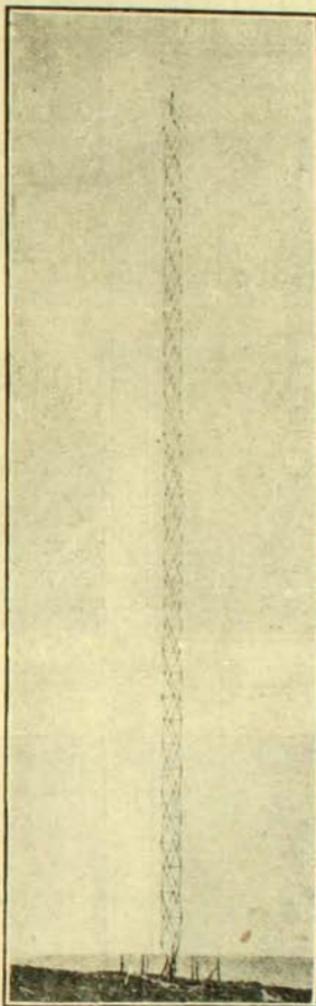
Sala de dictáfonos

church Street, donde es reproducida. Una máquina de escribir, automática, traduce el alfabeto Morse a caracteres romanos en otra tira de papel.

Esta cinta, que va engomada por un lado, es pegada después por un empleado sobre el formulario corriente de telegramas.

Finalmente se precisa dar los últimos toques al mensaje, toques que consisten en substituir la dirección cifrada por la verdadera del destinatario, indicar las instrucciones especiales si las hay y, por último, enviar el mensaje ya perfectamente en condiciones a alguna oficina de distribución, donde sea despachado por un mensajero, o bien a la Oficina Telegráfica Central para su transmisión a provincias.

Lo descrito da idea de lo que son esos sistemas duplex de radiotelegrafía que hacen posible las modernas comunicaciones transoceánicas.



Una antena

En vista de los buenos resultados obtenidos con las instalaciones descritas, es de desear que el número de ellas aumente más cada día hasta que el mundo entero esté ligado por esos lazos tan fuerte como invisibles.

Por los grabados que acompañan al artículo, el lector puede formarse una idea aproximada de las dimensiones de los edificios, etcétera, de la estación de Towny. Huelga decir que la estación fué construída en armonía con los últimos adelantos de la técnica, higiene y comodidad.

Los empleados disponen de hermosas salas de recreo, y para los diferentes deportes existen instalaciones que son la última palabra en construcciones de este género.

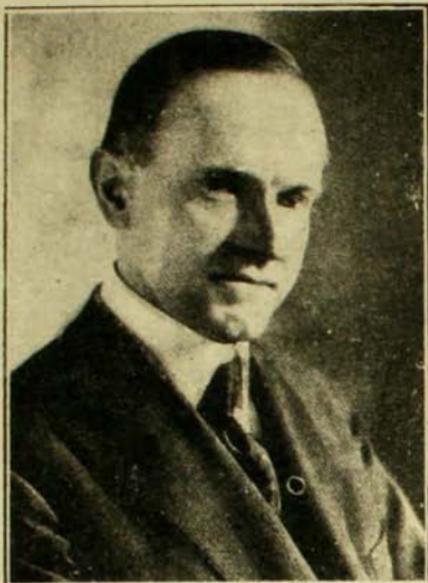
En la fotografía que representa la base de uno de sus mástiles, vale la pena llamar la atención sobre el aislador especial que va intercalado entre el bloque de cemento armado y la torre de sus.



LOS CANDIDATOS A LA PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS



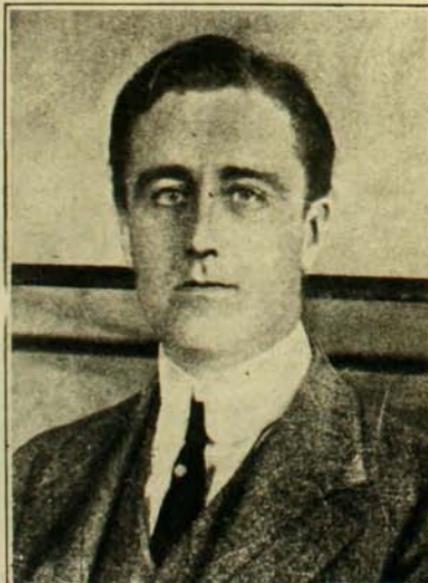
Senador Warren G. Harding, candidato republicano a la Presidencia.



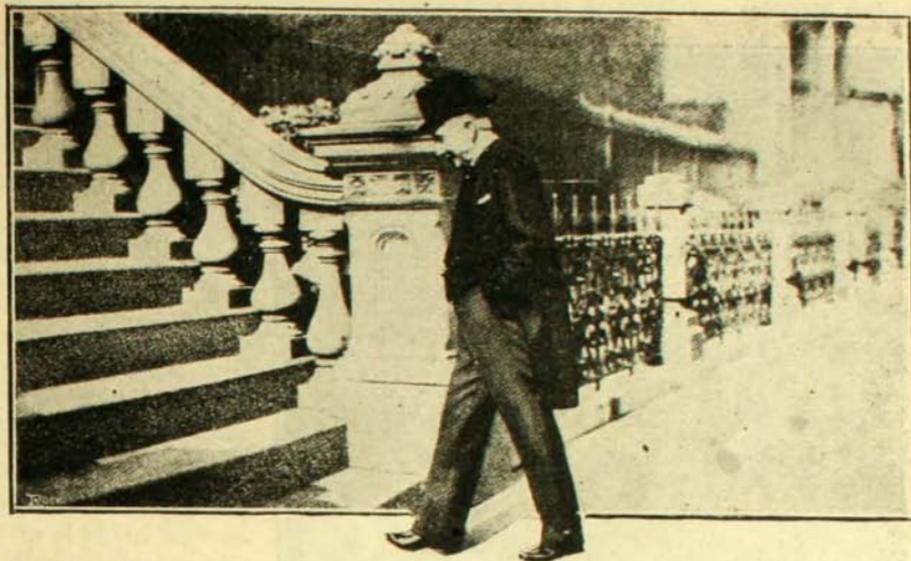
Gobernador Calvin C. Coolidge, de Massachusetts, candidato republicano a la Vice-Presidencia.



Gobernador James M. Cox, candidato demócrata a la Presidencia.



Franklin D. Roosevelt, subsecretario de Marina, candidato demócrata a la Vice-Presidencia.



Vestido de su eterno jaquet negro, el millonario entró a su palacio de Cleveland

ROCKEFELLER, EL HOMBRE MAS RICO DEL MUNDO

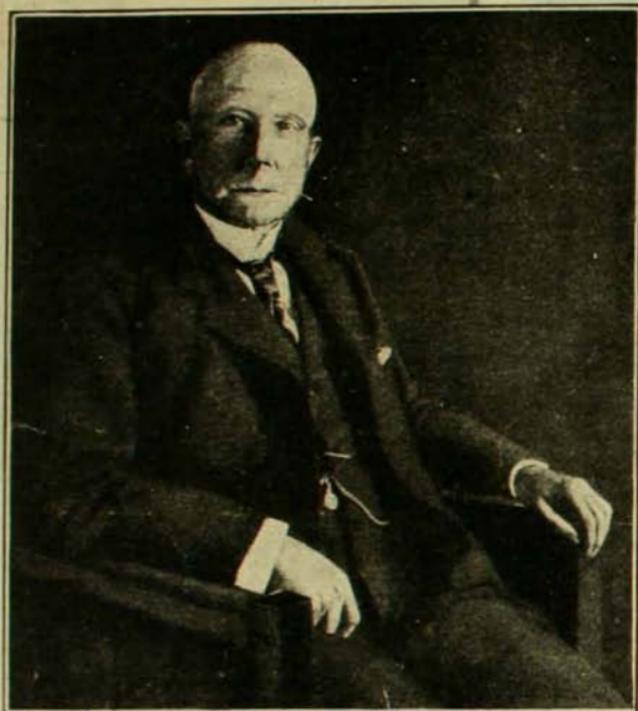
Origen de su familia.—Origen de su fortuna.—Inescrupulosidad.—Víctima de sus millones.—Su primer traje negro.— Sus únicas lágrimas verdaderas.

Si se calcula el precio de un hombre sin tomar en cuenta el precio de los servicios que presta, que ha prestado o que prestará, y sólo nos atenemos al monto de su fortuna, podemos decir que existe en el mundo uno que valía en el año 1900 dos billones de francos; en 1905, dos billones 750 millones; en junio de 1906, tres billones 76 millones de francos. Dentro de esta proporción, se puede bien imaginar lo que significará en este momento la fortuna colosal de ese hombre. Si llegara a ser centenario, como lo predicen sus médicos, valdrá en su hora postrera la suma de 128 billones 680 millones de francos, y

si la suerte se complace en permitirle pasar por un segundo más allá del siglo, ese segundo representará, al interés legal del dinero, la bagatela de 50 mil francos.

Este hombre es Mr. John Davidson Rockefeller, el ser más rico del mundo.

Mr. John D. Rockefeller, rey del petróleo, ha tenido a bien declarar que desciende de una vieja familia de hugonotes franceses que emigró a los Estados Unidos. Según esta versión, su origen se remontaría a la ilustre casa de los Rocquefeuille, que ha dejado en la historia de la Francia huellas imperecederas. Sin querer justificar las pretensiones del riquísimo



Mr. John Davidson Rockefeller, llamado el "Rey del Petróleo"

especulador que posee los medios de comprarse una línea entera de abuelos, debemos simplemente manifestar que el nombre de Rockefeller no tiene una etimología anglo-sajona y que su verdadera pronunciación se acerca más bien a la índole de la lengua francesa.

Su abuelo, Godofredo, emigró de una aldea de Massachussets para ir a establecerse en una estancia cercana a Richford. Eso es cuanto se sabe respecto de los primeros Rockefeller.

Existen mayores detalles sobre la vida del padre de nuestro héroe, a pesar de que se ha enudado de no hablarlos mucho. William A. Rockefeller era uno de esos tipos extraños que despistan a los psicólogos. Hércules, atlético, tan intrépido como ágil, sabía ser audaz, generoso y a veces, sin escrúpulos. ¿Cómo amasó la fortuna que sirvió de base a su hijo?

Adoptó en un principio el humilde ofi-

cio de buhonero, se dió a él mudo y sordo, pidiendo a sus clientes que escribieran sobre una pizarra, lo que tenían que decirle, procedimiento que le permitió sorprender secretos, ya que no procuraban ocultarlos ante el pobre enfermo. Abandonó bien pronto este oficio, poco lucrativo, para adoptar una profesión más pintoresca, la de componedor de buecos dislocados. Y es de creer que ella no le sirvió sino para obtener sus medios indispensables de existencia. Vestido siempre a la última moda, partía a lugares lejanos a vender un elixir de larga vida que fabricaba él mismo. Esa era por lo menos la versión con

que él explicaba sus frecuentes ausencias de Richford. Pero si hemos de creer a escritores serios, tales como Miss Ida M. Tarnbell, él era el jefe de una banda de ladrones de caballos y de desbalijadores de trenes que, seriamente organizada, aterrorizó a la región durante numerosos años. Tres miembros de esta banda fueron tomados y condenados en 1850.

Perseguido el diestro "Bill" poco después por "un crimen más grave", como hacen fe los archivos del condado de Cayuga, cambió el teatro de sus exploraciones y se refugió con su familia en Strongsville, Ohio, residencia que dejó luego para establecerse en Parma y después en Cleveland, en una hermosísima casa que se hizo construir.

Nadie ha sabido jamás cuándo y cómo murió este extraño personaje, nadie, salvo sus tres hijos, William, John y Frank. Hace algún tiempo, el corresponsal neoyor-

kino de "La Tribuna" de Londres señalaba la muerte de cierto doctor William Livingston, a los 96 años de edad, en una pequeña ciudad de Illinois. Según algunos diarios de Nueva York, este viejo de quien no se conocía el origen, se llamaba en realidad William Rockefeller y era el padre del rey del petróleo. Y se parecía realmente al antiguo buhonero: como él, era espléndido tirador de fusil y de revólver y, sobre todo, era personaje de moralidad dudosa.

Los tres hermanos Rockefeller han pretendido siempre que su padre había muerto hacía mucho tiempo, a pesar de que Miss Tarbell, en un famoso estudio publicado por el Mac Clure Magazine de julio de 1905, afirmaban que el viejo William vivía todavía.

La verdad es que en todo caso él dejó el recuerdo de un hombre desprovisto de escrúpulos, pero superiormente armado para la lucha, y que a falta de dólares, pues John Davidson Rockefeller persiste en afirmar que él debutó con sus propios recursos, sus hijos heredaron de él el más hermoso temperamento de hombre de negocios, de cazador de oro, puede decirse.

Se ha dicho que John fué guardador de pavos hasta los 14 años. En realidad, su existencia fué la de todos los niños de hacendados. Al regreso de la escuela, conducía los caballos al abrevadero, recogía leña o hacía cualquier oficio por el estilo. En 1855, dejó el colegio y entró en un almacén de Cleveland con un salario men-

sual de 70 francos. Así debutó el hombre más rico del mundo, incidencias que él mismo gusta de recordar, así, como agrega que encontraba medios para entretenerse y aún para ahorrar. Dos años más tarde, si hemos de creer a su autobiografía, poseía de cuatro a cinco mil francos de su propiedad.

Cansado de trabajar para los demás, pidió en préstamo a su padre unos diez mil francos y se asoció con un camarada de su edad. Abrieron un almacén que llegó a representarles un negocio pingüe. Y los que entonces lo frecuentaron recuerdan nitidamente que esta frase se oía en los labios de ambos:

—Es preciso que lleguemos a ser ricos.



Descendiendo de su automóvil. Gusta de los coches poderosos y de las velocidades vertiginosas



Rockefeller con la peluca que usa

Y una historia de Cleveland publicada en 1869 hablaba de J. D. Rockefeller, que tenía sólo 30 años, como del primer negociante de la localidad.

Cierta circunstancia fortuita vino a secundar sus proyectos ambiciosos. Se descubrió a los alrededores de Cleveland la existencia de yacimientos petrolíferos. Rockefeller dejó que los especuladores se arruinaran comprando concesiones, construyendo refinerías de petróleo y adivinó

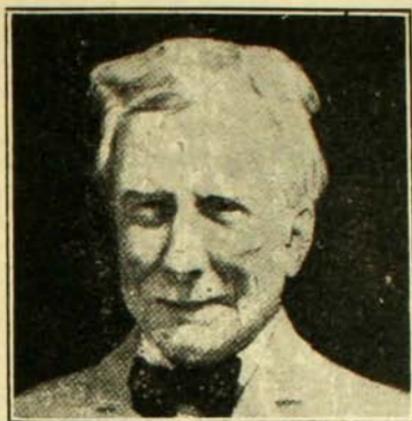
que algún cataclismo iba a surgir de un momento a otro. Hizo contratos secretos con las compañías ferrocarrileras, reservándose la exclusividad del transporte y obteniéndolo más bajo. Cuando fué necesario sacar el petróleo de la región, era dueño de la situación Rockefeller. Los refinadores no pudieron competir con él. Asustados ante el espectro de la bancarrota, vendieron los establecimientos al rival, quien les impuso condiciones. En menos de tres meses, veintiuna destilería de petróleo pasaron a ser de propiedad de Rockefeller. Esto pasó en marzo de 1872, fecha que coincide con la ruina de numerosos pequeños industriales, con el suicidio de muchas pobres gentes desposeídas de todo su haber, con la alza escandalosa y ficticia de un producto de primera necesidad, necesario todo para que Rockefeller comenzara su reinado del petróleo.

Al mismo tiempo que esta lucha implacable se verificaba en Cleveland, Rockefeller y sus asociados dirigieron sus baterías para realizar ataques más serios. La fiebre del petróleo estaba en auge gracias al descubrimiento de otros yacimientos en Pensylvania y se construían poderosos destiladeros en las grandes ciudades de Nueva-Inglaterra, Nueva York, Filadelfia, Pittsburg.

Empleados de confianza fueron enviados hacia estas casas con misión de introducirse en ellas a cualquier precio, ojalá como empleados de escritorio y en último caso como mandaderos. Los datos que recogieran, aun aquellos más anodinos en apariencia, eran transmitidos directamente a Rockefeller que se servía de ellos. Llegó a tomar a su servicio a los propios empleados de sus rivales. Así, estaba al corriente de su situación y aún de las cifras en los negocios. Todo esto se tramaba en la calma más absoluta. Rockefeller sabía que ese silencio reportaría millones.

—Penetrar los secretos de los rivales, decía,—no significaría nada si no se tuviera igual habilidad para ocultar los suyos.

Su desconfianza ha llegado a ser legendaria. Desde luego, ha extremado la división del trabajo y ha tendido siempre



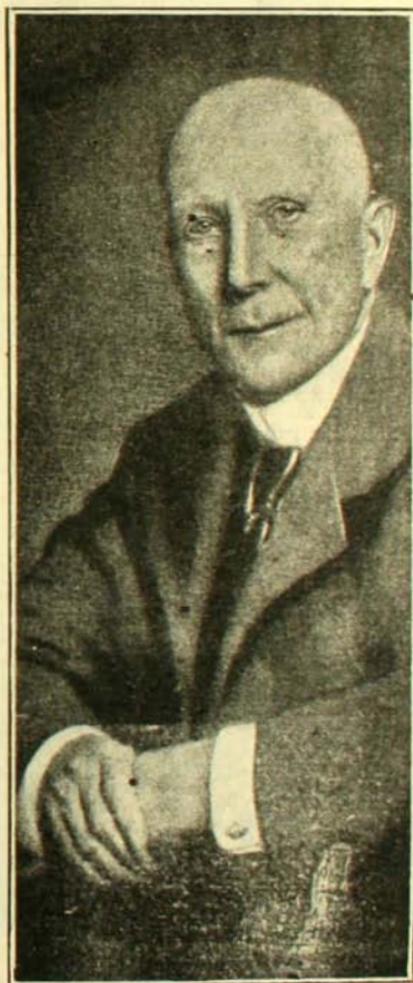
La sonrisa del millonario

a que sus empleados, por altamente situados que estén gerárquicamente, no conozcan de los negocios de la compañía sino aquello que les sea indispensable.

El asunto Corrigan, que debía coronar su obra, va a mostrarnos con qué precisión fría y cruel, con qué implacable voluntad y silencio terrorífico, este hombre sabe marchar a la victoria.

James Corrigan era amigo de la infancia de Rockefeller, habían crecido juntos en Cleveland. A ejemplo de su camarada, había sido uno de los primeros en montar una destilería desde el descubrimiento de los yacimientos petrolíferos. De rara inteligencia, era inventor de varios procedimientos para la destilación económica del producto. Su rápida prosperidad le señaló bien pronto para los golpes de la Standard Oil y se le rehusaron los vagones de los ferrocarriles. Cansado de luchar, arrendó su usina a la Compañía y en seguida, en 1883 se la cedió a cambio de 3 mil acciones. Se dedicó entonces a la industria del hierro y compró una mina en sociedad con M. Frank Rockefeller, hermano del millonario. La crisis de 1890 le sorprendió en plena prosperidad y hubo de recurrir al hermano de su socio, quien se apresuró a avanzarle 800 mil francos, suma garantida por el depósito de las 3 mil acciones de Mr. Corrigan. La crisis de la

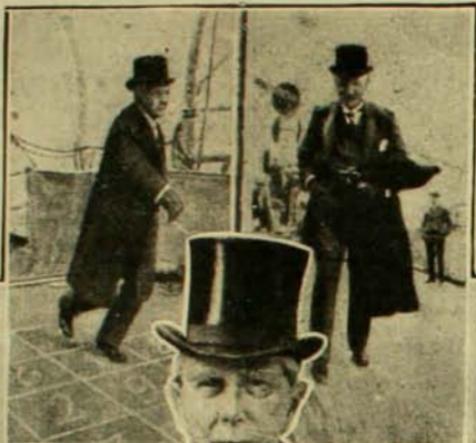
industria del hierro se acentuó. En 1893, en la imposibilidad aún de pagar, Corrigan se dirigió de nuevo a Rockefeller, quien preparaba uno de sus sabios pánicos financieros. Después de haber luchado dos años, Corrigan se vió obligado a hacer vender en la bolsa 2,500 de sus acciones al precio irrisorio de 168 dólares cada una. No había transcurrido una semana cuando ya las mismas acciones valían 185 dólares. El alza no tenía razón de cesar, si



Rockefeller sin peluca, tal como lo ve su ayuda de cámara

bien Rockefeller había comprado a bajo precio, durante el pánico, las 2,500.

Y con pocos esfuerzos más tenemos a Rockefeller convertido en el



do su sistema capilar, desapareció en pocas semanas. Y sus ojos—ojos de mirada vidrosa,—perdieron las pestañas y las cejas. La misteriosa enfermedad atacó.



rey del petróleo, cuyas acciones en 1900 le daban 60 millones de francos anuales como dividendo; más poderoso por su fortuna que los más poderosos monarcas, libre de satisfacer todo costoso capricho y aún de responder a quién quiso hacerle una interview, que un minuto de su tiempo representaba mil francos. Pero, ¿tenemos a pesar de todo en Rockefeller a un hombre feliz? Veamos.

Una extraña enfermedad le atacó luego. Su cabello, antes abundante, su barba, to-

luego el estómago que, durante años, sólo le ha resistido leche como alimento, y hoy mismo, el riquísimo enfermo ofrece millones al médico que le dé un estómago nuevo.

A los sufrimientos físicos hay que agregar el sufrimiento moral. Está atacado de delirio de persecución. Cuando va el domingo en la mañana a cumplir con su religión, al templo de la Avenida Euclide,

Varias "poses" del millonario

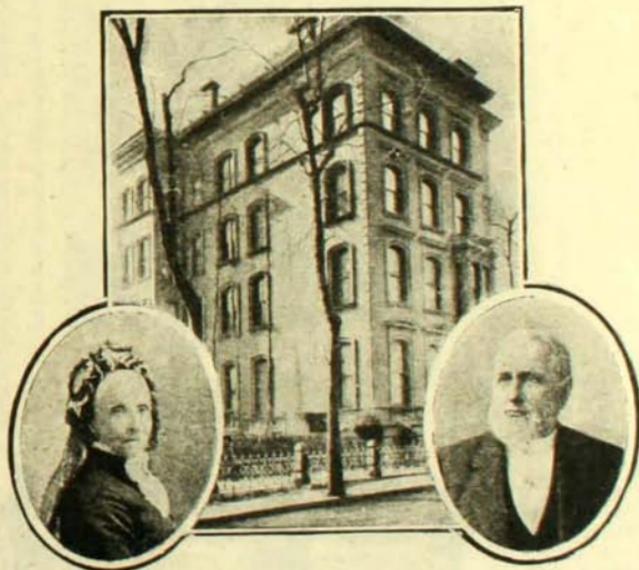
en Cleveland, se hace acompañar por varios agentes, su verdadera guardia de corps, y va temeroso de ser agredido por la espalda. No tiene amigos ni cree tenerlos. ¿Qué otra cosa puede suceder a quien arruinara a su más fiel camarada, a Corrigan?

Supo un día Rockefeller que un compañero suyo de infancia estaba en la miseria. ¿Le dirigió, acaso, un cheque que sólo le costaba una plúmada? imposible. Sus caridades son distribuidas por una administración especial. Entonces, cogido por un impulso caritativo, ordenó a su valet de chambre que preparara para ese desgraciado... un paquete de ropas viejas, vie-

jas y muy viejas, ya que el guardarropas del multimillonario no se aumenta cada año sino con un traje que encarga a un sastre algunos días antes de Pascua.

No pasea Rockefeller, no frecuenta los teatros, y se puso traje negro por vez primera hace pocos años para recibir una delegación de hombres de negocios de Cleveland, que fueron a saludarle para el aniversario de su nacimiento.

Ignora Rockefeller los grandes dolores así como también las grandes alegrías. Se cuenta con estupefacción que derramó 14 grimas verdaderas cuando nació su primenieto...



La madre de Rockefeller

Un rincón de Cleveland

El padre de Rockefeller



Monumento elevado en Guayaquil a los próceres del 9 de octubre de 1820. Última obra del gran escultor español Querol. El centenario de esta fecha será conmemorado próximamente con grandes fiestas en la República hermana del Ecuador

NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE

Con motivo de la condena a prisión sufrida por el escritor español don Miguel de Unamuno, por el delito de lesa majestad, se ha puesto de actualidad en el mundo su interesante personalidad literaria.

Aunque discutido el vigoroso literato, tiene títulos suficientes para ser considerado como una de las más altas mentalidades de la España nueva.

Reproducimos una de sus últimas obras, la novela corta que va a continuación y que es un specimen del estilo que caracteriza al fuerte escritor vasco.



Retrato de Unamuno, pintado por el notable artista Vázquez Díaz, que fué adquirido para el Museo de Bilbao por subscripción pública.

La fama de la hermosura de Julia estaba esparcida por toda la comarca que ceñía a la vieja ciudad de Renada; era Julia algo así como su belleza oficial, o como un monumento más, pero viviente y fresco, entre los tesoros arquitectónicos de la capital. "Voy a Renada,—decían algunos.—a ver la catedral y a ver a Julia Yáñez". Había en los ojos de la hermosa como un agujero de tragedia. Su porte inquietaba a cuantos la miraban. Los viejos se entristecían al verla pasar, arrastrando tras de sí las miradas de todos, y los mozos se dormían aquella no-

che más tarde. Y ella, consciente de su poder, sentía sobre sí la pesadumbre de un porvenir fatal. Una voz muy recóndita, escapada de lo más profundo de su conciencia, parecía decirle: ¡Tu hermosura te perderá! Y se distraía para no oírla.

El padre de la hermosura regional, don Victorino Yáñez, sujeto de muy brumosos antecedentes morales, tenía puestas en la hija todas sus últimas y definitivas esperanzas de redención económica. Era agente de negocios, y éstos le iban de mal en peor. Su último y supremo negocio, la última carta

que le quedaba por jugar era la hija. Tenía también un hijo, pero era cosa perdida, y hacía tiempo que ignoraba su paradero.

—Ya no nos queda más que Julia,—soñó decirle a su mujer:—Todo depende de cómo se nos case o de cómo la casemos. Si hace una tontería, y me temo que la haga, estamos perdidos.

—¿Y a qué llamas hacer una tontería?

—Ya saliste tú con otra. Cuando digo que apenas si tienes sentido común. Anaclata...

—¿Y qué le voy a hacer, Victorino! Hústrame tú, que eres aquí el único de algún talento.

—Pues lo que aquí hace falta, ya te lo he dicho cien veces, es que vigiles a Julia y le impidas que ande con esos noviazgos estúpidos, en que pierden el tiempo, las proporciones y hasta la salud las renatenses todas. No quiero nada de reja; nada de pelar la pava; nada de novios estudiantillos.

—¿Y qué le voy a hacer?

—¿Qué le vas a hacer? Hacerla comprender que el porvenir y el bienestar de todos nosotros, de ti y mío, y la honra, acaso, ¿lo entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—¡No, no lo entiendes! La honra, ¿lo oyes?, la honra de la familia depende de su casamiento. Es menester que se haga valer.

—¡Pobrecilla!

—¡Pobrecilla! Lo que hace falta es que no empiece a echarse novios absurdos, y que no lea esas novelas disparatadas que lee, y que no hacen sino levantarle los cascos y llenarle la cabeza de humo.

—¿Pero qué quieres que haga?...

—Pensar con juicio, y darse cuenta de lo que tiene con su hermosura, y saber aprovecharla.

—Pues yo, a su edad...

—¡Vamos, Anaclata, no digas más necesidades! No abras la boca más que para decir majaderías. Tú, a su edad... Tú, a su edad... Mira que te conocí entonces...

—Sí, por desgracia...

Y separábanse los padres de la hermosura para recomenzar al siguiente día una conversación parecida.

Y la pobre Julia sufría, comprendiendo toda la horrida hondura de los cálculos de su padre. "Me quiere vender,—se decía,—para salvar sus negocios comprometidos; para salvarse acaso del presidio." Y así era.

Y por instinto de rebelión, aceptó Julia al primer novio.

—Mira, por Dios, hija mía,—le dijo su madre,—que ya sé lo que hay, y le he visto rondando la casa, y hacerte señas, y sé que recibiste una carta suya, y que le contes-
taste...

—¿Y qué voy a hacer mamá? ¿Vivir como una esclava, prisionera, hasta que venga el sultán a quien papá me venda?

—No digas esas cosas, hija mía...

—¿No he de poder tener un novio, como le tienen las demás?

—Sí, pero un novio formal.

—¿Y cómo se va a saber si es formal o no? Lo primero es empezar. Para llegar a quererse, hay que tratarse antes.

—Quererse..., quererse...

—Vamos, sí, que debo esperar al comprador.

—Ni contigo ni con tu padre se puede. Así sois los Yáñez. ¡Ay, el día que me casó!

—Es lo que yo no quiero tener que decir un día.

Y la madre entonces la dejaba. Y ella, Julia, se atrevió, afrontándolo todo, a bajar a hablar con el primer novio a una ventana del piso bajo, en una especie de lonja. "Si mi padre nos sorprende así,—pensaba,—es capaz de cualquier barbaridad conmigo. Pero, mejor; así se sabrá que soy una víctima, que quiere especular con mi hermosura". Bajó a la ventana, y en aquella primera entrevista le contó a Enrique, un incipiente tenorio renatense, todas las lóbregas miserias morales de su hogar. Venía a salvarla, a redimirla. Y Enrique sintió, a pesar de su embobecimiento por la hermosa, que le abatían los grios. "A esta mocita,—se dijo él.—Le da por lo trágico; lee novelas sentimentales". Y una vez que logró que se supiera en toda Renada cómo se consagrada hermosura regional le había admitido a su ventana, buscó medio de desentenderse del compromiso.

Bien pronto lo encontró. Porque una mañana bajó Julia descompuesta, con los espléndidos ojos enrojecidos, y le dijo:

—Ay, Enrique; esto no se puede ya tolerar; esto no es casa ni familia; esto es un infierno. Mi padre se ha enterado de nuestras relaciones, y está furioso. ¡Figúrate que anoche, porque me defendí llegó a pegarme!

—¿Qué bárbaro!

—No lo sabes bien. Y dijo que te ibas a ver con él...

—¿A ver, que venga! Pues no faltaba más.

Mas, por lo bajo, se dijo: "Hay que acabar con esto, porque ese ogro es capaz de cualquier atrocidad. si ve que le van a quitar su tesoro; y como yo no puedo sacarle de trampas..."

—Di, Enrique, ¿tú me quieres?

—¡Vaya una pregunta ahora!...

—Contesta, ¿me quieres?

—¡Con toda el alma y con todo el cuerpo, nena!

—¿Pero de veras?

—¡Y tan de veras!
 —¿Estás dispuesto a todo por mí?
 —¡A todo, sí!
 —Pues bien, róbase, llévame. Tenemos que escaparnos; pero lejos, muy lejos, adonde no pueda llegar mi padre.
 —¡Repórtate, chiquilla!
 —¡No, no; róbase; si me quieres, róbase! ¡Róbase a mi padre su tesoro, y que no pueda venderlo! ¡No quiero ser vendida; quiero ser robada! ¡Róbase!

Y se pusieron a concertar la huida. Pero al siguiente día, el fijado para la fuga, y cuando Julia tenía preparado su habito de ropa, y hasta av-sado secretamente e coche, Enrique no apareció. “¡Cobarde, más que cobarde! ¡Vil, más que vil!—se decía la pobre Julia, echada sobre la cama y mordiéndose de rabia la almohada.—Y decía quererme! No, no me quería a mí; quería mi hermosa. ¡Y ni esto! Lo que quería es jactarse ante toda Renada de que yo, Julia Yáñez, ¡nada menos que yo!, le había aceptado por novio. Y ahora irá diciendo cómo la fuga. ¡Vil, vil, vil, vil! ¡Vil como mi padre; vil como hombre!” Y cayó en mayor desesperación.

—Ya veo, hija mía,—le dijo su madre que eso ha acabado; y doy gracias a Dios por ello. Pero mira, tiene razón tu padre; si sigues así, no harás más que desacreditarte.

—¿Si sigo cómo?
 —Así, admitiendo al primero que te solicite. Adquirirás fama de coqueta y...

—Y mejor, madre, mejor. Así acudirán más. Sobre todo, mientras no pierda lo que Dios me ha dado.

—¡Ay, ay! De la casta de tu padre, hija. Y, en efecto, poco después admitía a otro pretendiente a novio. Al cual le hizo las mismas confidencias, y le alarmó lo mismo que a Enrique. Sólo que Pedro era de más recio corazón. Y por los mismos pasos contados llegó a proponerle lo de la fuga.

—Mira, Julia,—le dijo Pedro,—yo no me opongo a que nos fuguemos; es más, estoy encantado con ello, ¡figúrate tú! Pero, y después que nos hayamos fugado. ¡adónde vamos qué hacemos?

—Eso se verá!
 —¡No; eso se verá, no! Hay que verlo ahora. Hoy por hoy, y durante algún tiempo, no tengo de qué mantenerte; en mi casa sé que no nos admitirían; ¡y en cuanto a tu padre!... De modo que, dime, ¿qué hacemos después de la fuga?

—¿Qué? ¿No vas a volverte atrás?
 —¿Qué hacemos?
 —¿No vas a acobardarte?
 —¿Qué hacemos, di?
 —Pues... ¡suicidarnos!
 —¿Tú estás loca, Julia!
 —Loca, sí; loca de desesperación, loca de

asco, loca de horror a este padre que me quiere vender... Y si tú estuvieses loco, loco de amor por mí, te suicidarías conmigo.

—Pero advierte, Julia, que tú quieres que esté loco de amor por ti para suicidarme contigo, y tú no dices que te suicidarás conmigo por estar loco de amor por mí, sino loca de asco a tu padre y a tu casa. ¡No es lo mismo!

—¡Ah! ¡Qué bien discurre! ¡El amor no discurre!

Y rompieron también sus relaciones. Y Julia se decía: “Tampoco éste me quería a mí, tampoco éste. Se enamoran de mi hermosura, no de mí. ¡Yo doy cartel!” Y lloraba amargamente.

—¡Ves, hija mía,—le dijo su madre,—no lo decía? ¡Ya va otro!

—E irán cien, mamá; ciento, sí, hasta que encuentre el mío, el que me liberte de vosotros. ¡Quiero venderme!

—Eso díselo a tu padre.
 Y se fué doña Anacleta a llorar a su cuarto, a solas.

—Mira, hija mía,—le dijo, al fin, a Julia su padre,—he dejado pasar eso de tus dos novios, y no he tomado las medidas que debiera; pero te advierto que no voy a tolerar más tonterías de esas. Conque ya lo sabes.

—¡Pues hay más!—exclamó la hija con amarga sorna y mirando a los ojos de su padre en son de desafío.

—¿Y qué hay?—preguntó ésta, amenazador.

—Hay... ¿que me ha salido otro novio!

—¿Otro? ¿Quién?
 —¿Quién? ¿A qué no aciertas quién?
 —Vamos, no te burles, y acaba, que me estás haciendo perder la paciencia.

—Pues nada menos que don Alberto Meléndez de Cabuérniga.

—¿Qué barbaridad!—exclamó la madre. Don Victoriano palideció, sin decir nada. Don Alberto Meléndez de Cabuérniga era un riquísimo hacendado, disoluto, caprichoso en punto a mujeres, de quien se decía que no reparaba en gastos para conseguirlas; casado, y separado de su mujer. Había casado ya a dos, dotándolas espléndidamente.

—¿Y qué me dices a eso padre? ¿Te callas?

—¿Qué estás loca!
 —No, no estoy loca ni veo visiones. Posea la calle, ronda la casa. ¡Le digo que se entienda contigo!

—Me voy, porque si no esto acaba mal. Y levantándose, el padre se fué de casa.

—¡Pero, hija mía, hija mía!
 —Te digo, madre, que esto ya no te parece mal; te digo que era capaz de venderme a don Alberto.

La voluntad de la pobre muchacha se iba

quebrando. Comprendía que hasta una venta sería una redención. Lo esencial era salir de casa, huir de ese padre. fuese como fuese.

Por entonces compró una dehesa en las cercanías de Renada— una de las más ricas y espaciosas dehesas,—un indiano, Alejandro Gómez. Nadie sabía bien de su origen, nadie de sus antecedentes; nadie le oyó hablar nunca ni de sus padres, ni de sus parientes, ni de su pueblo, ni de su niñez. Sabíase sólo que, siendo muy niño, había sido llevado por sus padres a Cuba primero, y a Méjico después, y que allí ignorábase cómo había fraguado una enorme fortuna, una fortuna fabulosa,—hablábase de varios miles de duros,—antes de cumplir los treinta y cuatro años, en que volvió a España, resuelto a afincarse en ella. Decíase que era viudo y sin hijos, y corrían respecto a él las más fantásticas leyendas. Los que le trataban teníanle por hombre ambicioso y de vastos proyectos, muy voluntario, y muy tozudo, y muy reconcentrado. Alardeaba de plebeyo.

—Con dinero se va a todas partes,—solía decir.

—No siempre, ni todos,—le replicaban.

—¡Todos, no; pero los que han sabido hacerlo, sí! Un señorito de esos que lo ha heredado, un condesito o duquesín de alfeñique no, no va a ninguna parte, por muchos millones que tenga; ¡pero yo! ¡Yo! ¡Yo, que he sabido hacerlo por mí mismo a puño! ¡Yo!

¡Y había que oír cómo pronunciaba "yo"! En esta afirmación personal se ponía el hombre todo.

—Nada que de veras me haya propuesto, he dejado de conseguir. ¡Y si quiero, llegaré a Ministro! Lo que hay es que yo no lo quiero.

A Alejandro le hablaron de Julia, la hermosura monumental de Renada. "¡Hay que ver eso!",—se dijo. Y luego que la vió: "¡Hay que conseguirla!"

—¡Sabes padre,—le dijo un día al suyo Julia,—que ese fabuloso Alejandro, ya sabes, no se habla más que de él hace un tiempo..., el que ha comprado Castañedo?...

—¡Sí, sí, sé quién es! ¡Y qué!

—¡Sabes que también ese me ronda!

—¡Es qué qu'eres burlarte de mí Julia?

—No, no me burlo, va en serio; me ronda.

—¡Te digo que no te burlas!...

—¡Ahí tienes su carta!

Y sacó del seno una, que echó a la cara de su padre.

—¡Y qué piensas hacer!—le dijo éste.

—¡Pues qué he de hacer!... Decirle que se vea contigo y que convengáis el precio!

Don Victorino atravesó con una mirada a su hija, y salió sin decirle palabra. Y hubo unos días de lóbrego silencio y de calladas cóleras en la casa. Julia había escrito a su nuevo pretendiente una carta-contestación henchida de sarcasmos y de desdenes, y poco después recibía otra con estas palabras, trazadas por mano ruda y en letras grandes, angulosas y claras: "Usted acabará siendo mía. Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone". Y al leerlo, se dijo Julia: "¡Este es un hombre! ¿Será mi redentor? ¿Seré yo su redentora?"

A los pocos días de esta segunda carta llamó don Victorino a su hija, se encerró con ella, y casi de rodillas y con lágrimas en los ojos, le dijo:

—Mira, hija mía, todo depende ahora de tu resolución: nuestro porvenir y mi honra. Si no aceptas a Alejandro, dentro de poco no podré ya encubrir mi ruina y mis trampas, y hasta mis...

—No lo digas.

—No, no podré encubrirlo. Se acaban los plazos. Y me echarán a presidio. Hasta hoy he logrado parar el golpe... ¡por tí! ¡Invocando tu nombre! Tu hermosura ha sido mi escudo. "¡Pobre chéca!", se decían.

—¡Y si le acepto!

—Pues bien; voy a decirte la verdad toda. Ha sabido mi situación, se ha enterado de todo, y ahora estoy ya libre y respiro, gracias a él. Ha pagado todas mis trampas; ha liberado mis...

—Sí, lo sé, no lo digas. ¡Y ahora!

—Que dependo de él, que dependemos de él, que vivo a sus expensas, que vives tú misma a sus expensas.

—Es decir, ¿qué me has vendido ya?

—No, nos ha comprado.

—¿De modo que, quieras que no, soy ya suya?

—¡No, no exige eso; no pide nada, no exige nada!

—¿Qué generoso!

—¡Julia!

—Sí, sí, lo he comprendido todo. Dile que, por mí, puede venir cuando quiera.

Y tembló después de decirlo. ¿Quién había dicho esto? ¿Era ella? No; era más bien otra que llevaba dentro y la tiranizaba.

—¡Gracias, hija mía, gracias!

El padre se levantó para ir a besar a su hija; pero ésta, rechazándole, exclamó:

—¡No, no me manches!

—Pero hija.

—¡Vete a besar tus papeles! O mejor las

cenizas de aquellos que te hubiesen echado a presidio.

—¿No le dije yo a usted, Julia, que Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone? ¿Venirme con aquellas cosas a mí? ¿A mí?

Tales fueron las primeras palabras con que el joven indiano potentado se presentó a la hija de don Victorino, en la casa de ésta. Y la muchacha tembló ante aquellas palabras, sintiéndose, por primera vez en su vida ante un hombre. Y el hombre se le ofreció más rendido y menos grosero que ella esperaba.

A la tercera visita, los padres les dejaron solos. Julia temblaba. Alejandro callaba. Remor y silencio se prolongaron un rato.

—Parece que está usted mala, Julia,—dijo él.

—¿No, no; estoy bien!

—Entonces, ¿por qué tiemb'a así?

—Algo de frío acaso...

—No, sino miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—¿Miedo... a mí!

—¿Y por qué he de tenerle miedo?

—¿Sí, me tiene miedo!

Y el miedo reventó, deshaciéndose en llanto. Julia lloraba desde lo más hondo de las entrañas, lloraba con el corazón. Los sollozos le agarraban, faltábale el respiro.

—¿Es que soy algún ogro?—susurró Alejandro.

—¿Me han vendido! ¿Me han vendido! ¿Han traficado con mi hermosura! ¿Me han vendido!

—¿Y quién dice eso?

—¿Yo, lo digo yo! ¿Pero no, no seré de usted... sino muerta!

—Serás mía, Julia, serás mía. ¡Y me quecrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¿Pues no faltaba más!

Y hubo en aquel "a mí" un acento tal, que se le cortó a Julia la fuente de las lágrimas, y como que se le paró el corazón. Miró entonces a aquel hombre, mientras una voz le decía: "¡Este es un hombre!"

—¿Puede usted hacer de mí lo que quiera! No sé lo que me digo...

—¿Qué es eso de que puedo hacer de ti lo que quiera?

—Sí, que puede...

—Pero es que lo que yo—y esto "yo"—resonaba triunfador y pleno,—quiero es hacerte mi mujer.

A Julia se le escapó un grito, y con los grandes ojos hermosísimos irradiando asombro, se quedó mirando al hombre, que sonreía y se decía: "¿Voy a tener la mujer más hermosa de España".

—¿Pues qué creías?...

—Yo creí... yo creí...

Y volvió a romper el pecho en lágrimas ahogantes. Sintió luego unos labios sobre sus labios y una voz que le decía:

—Sí, mi mujer, la mía... mía... mía...

¿Mi mujer legítima, claro está. ¡La ley sancionará mi voluntad! ¡O mi voluntad la ley!

—¿Sí... tuya!

Estaba vencida. Y se concertó la boda.

¿Que tenía aque hombre rudo y hermético que, a la vez que le daba miedo, se le imponía! Y, lo que era más terrible, le imponía una especie de extraño amor. Porque ella, Julia, no quería querer a aquel aventurero, que se había propuesto tener por mujer a una de las más hermosas, y hacer que luciera sus millones, pero, sin querer quererle, sentíase rendida a una sumisión que era una forma de enamoramiento. Era algo así como el amor que debe encenderse en el pecho de una cautiva para un arrogante conquistador. ¡No la había comprado, no! ¡Ha niala conquistado!

"Pero él,—se decía Julia,—¿me quiere de veras? ¿Me quiere a mí? ¿A mí?, como suele decir él. ¡Y cómo lo dice! ¿Cómo pronuncia "yo"! ¿Me quiere a mí, o es que no busca sino lucir mi hermosura? ¿Seré para él algo más que un mueble costosísimo y rarísimo? ¿Estará de veras enamorado de mí? ¿No se saciará pronto de mi encanto? De todos modos, va a ser mi marido, y voy a verme libre de este maldito hogar, libre de mi padre. ¡Porque no vivirá con nosotros, no! Le pasaremos una pensión, y que siga insultando a mi pobre madre, y que se enrede con las criadas. Evitaremos que vuelva a entramparse. ¡Y será rica, inmensamente rica!"

Mas esto no la satisfacía del todo. Sabíase envidiada por las renatenses, y que hablaban de su suerte loca, y de que su hermosura le había producido cuanto podía produciría. Pero, ¿la quería aquel hombre? ¿La quería de veras? "Yo he de conquistar su amor,—decíase.—Necesito que me quiera de veras; no puedo ser su mujer sin que me quiera, pues eso sería la peor forma de venderse. ¿Pero es que yo le quiero?" Y ante él sentíase sobrecogida, mientras una voz misteriosa, brotada de lo más hondo de sus entrañas, le decía: "Este es un hombre!" Cada vez que Alejandro decía "yo", ella temblaba. Y temblaba de amor, aunque creyese otra cosa o lo ignorase.

Se casaron, y fuéronse a vivir a la corte. Las relaciones y amistades de Alejandro eran,

merced a su fortuna, muchas, pero algo extrañas. Los más de los que frecuentaban su casa, aristócratas de blason no pocos, antojábasele a Julia que debían de ser deudores de su marido, que daba dinero a préstamos con sólidas hipotecas. Pero nada sabía de los negocios de él, ni éste le hablaba nunca de ellos. A ella no le faltaba nada; podía satisfacer hasta sus menores caprichos; pero le faltaba lo que más podía faltarle. No era el amor de aquel hombre a quien se sentía subyugada y como por él hechizado, sino la certidumbre de aquel amor. "¿Me quiere o no me quiere?"—se preguntaba. Me colma de atenciones, me trata con el mayor respeto, aunque algo como a una criatura voluntariosa; hasta me mimaba; ¿pero me quiere?" Y era inútil querer hablar de amor, de cariño con aquel hombre.

—Solamente los tontos hablan de esas cosas,—escía decir Alejandro.—"Encanto... rica... hermosa... querida..." ¿Yo? ¿Yo esas cosas? ¿Con esas cosas a mí? ¿A mí? Esas son cosas de novelas. Y ya sé que a ti te gustaba leerlas.

—Y me gusta todavía.

—Pues lee cuantas quieras. Mira, si te empeñas, hago construir en ese solar que hay ahí al lado, un gran pabellón para biblioteca y te la lleno de todas las novelas que se han escrito desde Adán acá.

—¿Qué cosas dices!...

Vestía Alejandro de la manera más humilde y más borrosa posible. No era tan sólo que buscarse pasar, por el traje, inadvertido: era que afectaba cierta ordinariéz plebeya. Le costaba cambiar de vestidos, encariñándose con los que llevaba. Diríase que el día mismo en que estrenaba un traje se frotaba con él en las paredes para que pareciera viejo. En cambio, insistía en que ella, su mujer, se vistiese con la mayor elegancia posible y del modo que más hiciese resaltar su natural hermosura. No era nada tacaño en pagar; pero lo que mejor y más a gusto pagaba eran las cuentas de modistos y modistas, eran los trapos para su Julia.

Complacíase en llevarla a su lado y que resaltara la diferencia de vestido y porte entre uno y otra. Recreábase en que las gentes se quedasen mirando a su mujer, y si ella a su vez, coquetando, provocaba esas miradas, o no lo advertía él, o más bien fingía no advertirlo. Parecía ir diciendo a aquellos que la miraban con codicia de la carne. "¿Os gusta, eh? Pues me alegro; pero es mía, y sólo mía; conque... ¡rabíad!" Y ella, adivinando este sentimiento, se decía. "¿Pero me quiere o no me quiere este hombre?" Porque siempre pensaba en él como en **este hombre**, como en **su hombre**. O mejor, el hombre de quien era ella, el amo. Y poco a poco se le iba formando alma de

esclava de harém, de esclava favorita, de única esclava, pero de esclava al fin.

Intimidación entre ellos, ninguna. No se preguntaba de qué era lo que pudiese interesar a su señor marido. Alguna vez se atrevió ella a preguntarle por su familia.

—¿Familia!—dijo Alejandro.—Yo no tengo más familia que tú, ni me importa. Mi familia soy yo, yo y tú, que eres mía.

—¿Pero y tus padres?

—Haz cuenta que no los he tenido. Mi familia empieza en mí. ¡Yo me he hecho solo!

—Otra cosa quería preguntarte, Alejandro, pero no me atrevo...

—¿Que no te atreves? ¿Es que te voy a comer? ¿Es que me he ofendido nunca de nada de lo que me hayas dicho?

—No, nunca, no tengo queja...

—¿Pues no faltaba más!

—No, no tengo queja, pero...

—Bueno, pregunta y acabemos.

—No, no te lo pregunto.

—¿Pregúntamelo!

Y de tal modo lo dijo, con tan redondo egoísmo, que ella, temblando de aquel modo, que era, a la vez que miedo, amor, amor rendido de esclava favorita, le dijo:

—Pues bueno, dime: ¿tú eres viudo?

Pasó como una sombra un leve fruncimiento de entrecejo por la frente de Alejandro, que respondió:

—Sí, soy viudo.

—¿Y tu primera mujer?

—A ti te han contado algo...

—No, pero...

—A ti te han contado algo, di.

—Pues sí, he oído algo...

—¿Y lo has creído?

—No... no lo he creído.

—Claro, no podías, no debías creerlo.

—No, no lo he creído.

—Es natural. Quien me quiere como me quieres tú, quien es tan mía como tú lo eres, no puede creer esas patrañas.

—Claro que te quiero...—y al decirlo esperaba provocar una confesión recíproca de cariño.

—Bueno, ya te he dicho que no me gustan frases de novelas sentimentales. Cuanto menos se diga que se le quiere a uno mejor...

Y, después de una breve pausa, continuó:

—A ti te han dicho que me casé en Méjico, siendo yo un mozo, con una mujer inmensamente rica y mucho mayor que yo, con una vieja millonaria, y que la obligué a que me hiciese su heredero y la maté luego. ¿No te han dicho eso?

—Sí, eso me han dicho.

—¿Y lo creíste?

—No, no lo creí. No pude creer que matases a tu mujer.

—Veo que tienes aún mejor juicio que yo creía. ¿Cómo iba a matar a mi mujer, a una cosa mía?

¿Qué es lo que hizo temblar a la pobre Julia al oír esto? Ella no se dió cuenta del origen de su temblor, pero fué la palabra cosa aplicada por su marido a su primera mujer.

—Habría sido una absoluta necesidad,—prosiguió Alejandro,—¿Para qué? ¿Para heredarla? ¿Pero si yo disfrutaba de su fortuna, lo mismo que disfruto hoy de ella! ¡Matar a la propia mujer! ¡No hay razón ninguna para matar a la propia mujer!

—Ha habido maridos, sin embargo, que han matado a sus mujeres—se atrevió a decir Julia.

—¿Por qué?

—Por celos, o porque les faltaron ellas...

—¡Bah! bah, bah! Los celos son cosas de estúpidos. Sólo los estúpidos pueden ser celosos, porque sólo a ellos les puede faltar su mujer. ¿Pero a mí? A mí no me puede faltar mi mujer. ¡No pudo faltarme aquella, no me puedes faltar tú!

—No digas esas cosas. Hablemos de otras.

—¿Por qué?

—Me duele oírte hablar así. ¡Como si me hubiese pasado por la imaginación, ni en sueños, faltarte!...

—Lo sé, lo sé sin que me lo digas; sé que no me faltarás nunca.

—¡Claro!

—Que no puedes faltarme. ¿A mí? ¿Mi mujer? ¡Imposible! Y en cuanto a la otra, a la primera, se murió ella sin que yo la matara.

Fué una de las veces en que Alejandro habló más a su mujer. Y ésta quedóse pensativa y temblorosa. ¿La quería, sí o no, aquel hombre?

¡Pobre Julia! Era terrible aquel su nuevo hogar, tan terrible como el de su padre. Era libre, absolutamente libre; podía hacer en él lo que se le antojase, salir y entrar, recibir, a las amigas y aun amigos que prefiriera. ¿Pero la quería o no su amo y señor? La incertidumbre del amor del hombre la tenía como presa en aquel dorado y espléndido calabozo de puerta abierta.

Un rayo de sol naciente entró en las tempestuosas tinieblas de su alma esclava, cuando se supo encinta de aquel su señor marido. “Ahora sabré si me quiere o no”, se dijo.

Cuando le anunció la buena nueva, exclamó aquél:

—Lo esperaba. Ya tengo un heredero y a quien hacer un hombre, otro hombre como yo. Le esperaba.

—¿Y si no hubiera venido?—preguntó ella.

—Imposible! Tenía que venir. ¡Tenía que tener un hijo yo, yo!

—Pues hay muchos que se casan y no lo tienen...

—Otros, sí. ¡Pero yo, no! Yo tenía que tener un hijo.

—¿Y por qué?

—Porque tú no podías no habérmelo dado.

Y vino el hijo; pero el padre continuó tan hermético. Sólo se opuso a que la madre criara al niño.

—No, yo no dudo de que tengas salud y fuerzas para ello, pero las madres que crían se estropean mucho, y yo no quiero que te estropees: yo quiero que te conserves joven el mayor tiempo posible.

Y sólo cedió cuando el médico le aseguró que, lejos de estropearse, ganaría Julia con criar al hijo, adquiriendo una mayor plenitud su hermosura.

El padre rehusaba besar al hijo. “Con eso de los besuquitos no se hace más que molestarlos”, decía. Alguna vez lo tomaba en brazos y se le quedaba mirando.

—¿No me preguntabas una vez por mi familia?—dijo un día Alejandro a su mujer.—Pues aquí la tienes. Ahora tengo ya familia, y quien me herede y continúe mi obra.

Julia pensó preguntar a su marido cuál era su obra, pero no se atrevió a ello. “¿Mi obra! ¿Cuál sería la obra de aquel hombre?” Ya otra vez le oyó la misma expresión.

De las personas que más frecuentaban la casa eran los condes de Bordaviella, sobre todo él, el conde, que tenía negocios con Alejandro, quien le había dado a préstamo usurario cuantiosos caudales. El conde solía ir a hacerle la partida de ajedrez a Julia, aficionada a ese juego, y a deshogar en el seno de la confianza de su amiga, la mujer de su prestamista, sus infortunios domésticos. Porque el hogar condal de los Bordaviella era un pequeño infierno, aunque de pocas llamas. El conde y la condesa ni se entendían ni se querían. Cada uno de ellos campaba por su cuenta, y ella, la condesa, daba cebo a la maledicencia escandalosa. Corría siempre una adivinanza a ella atañedora: “¿Cuál es el cirineo de tanda del conde de Bordaviella?”; y el pobre conde iba a casa de la hermosa Julia a hacerle partida de ajedrez y a consolarse de su desgracia buscando en la ajena.

—¿Qué, habrá estado también hoy el conde ese?—preguntaba Alejandro a su mujer.

—El conde ese... el conde ese..., ¿qué conde?

—¡Ese! ¡No hay más que un conde, y un marqués, y un duque... O para mí todos son iguales y como si fuera uno mismo.

—¿Pues si ha estado!

—Me alegro, si eso te divierte. Es para lo que sirve el pobre mentecato.

—Pues a mí me parece un hombre inteligente, y culto, y muy bien educado, y muy simpático...

—Sí, de los que leen novelas. Pero, en fin, si esto te distrae...

—Y muy desgraciado...

—¡Bah; él tiene la culpa!

—¿Y por qué?

—'or ser tan majadero. Es natural lo que le pasa. A un mequetrefe como el conde ese, es muy natural que le engañe su mujer. ¡Si eso no es un hombre! No sé cómo hubo quien se casó con semejante cosa. Por supuesto, que no se casó con él, sino con el título. ¡A mí me había de hacer una mujer lo que a ese desdichado le hace la suya...!

Julia se quedó mirando a su marido, y de pronto, sin darse apenas cuenta de lo que decía, exclamó:

—¿Y si te hiciese! Si te saliese tu mujer como a él le ha salido a la suya.

—Tonterías—y Alejandro se echó a reír.

—Te empeñas en sazonar nuestra vida con sal de libros. Y si es que quieres probarme dándome celos, te equivocas. ¡Yo no soy de esos! ¡A mí con esas! ¡A mí! Diviértete en embromar al majadero de Bordaviella.

—Pero será cierto que este hombre no siente celos? se decía Julia.— ¡Será cierto que le tiene sin cuidado que el conde venga y me ronde y me corteje como me está rondando y cortejando? ¿Es seguridad en mi fidelidad y cariño? ¿Es seguridad en su poder sobre mí? ¿Es indiferencia? ¿Me quiere o no me quiere? Y empezaba a exasperarse. Su amo y señor marido le estaba torturando el corazón.

La pobre mujer se obstinaba en provocar celos en su marido, como piedra de toque de su querer, más no lo conseguía.

—¿Quieres venir conmigo a casa del conde?

—¿A qué?

—¡Al té!

—¿Al té? No me duelen las tripas. Porque en mis tiempos y entre los míos no se tomaba esa agua sucia más que cuando le dolían a uno las tripas. ¡Buen provecho te haga! Y consuélale un poco al pobre conde. Allí estará también la condesa con su último amigo, el de turno. ¡Vaya una sociedad! ¡Pero, en fin, eso viste!

En tanto, el conde proseguía el cerco de Julia. Fingía estar acongojado por sus desventuras domésticas para así excitar la compasión de su amigo y por la compasión llevarla al amor, y al amor culpable.

—Sí, Julia es verdad; mi casa es un infierno, un verdadero infierno, y hace usted bien en compadecerme como me compadece.

¡Ah si nos hubiésemos conocido antes! Antes de yo haberme unido a mi desdicha! Y usted...

—Yo a la mía, ¿no es eso?

—¡No, no; no quería decir eso..., no!

—¿Pues qué es lo que usted quería decir, conde?

—Antes de haberse usted entregado a ese otro hombre, a su marido...

—¿Y usted sabe que me habría entonces entregado a usted?

—¡Oh, sin duda, sin duda!...

—¿Qué petulantes son ustedes los hombres!

—¿Petulantes?

—Sí, petulantes. Ya se supone usted irresistible.

—¿Yo... no!

—¿Pues quién?

—¿Me permite que se lo diga, Julia?

—¡Diga lo que quiera!

—¡Pues bien, se lo diré! Lo irresistible habría sido, no yo, sino mi amor. Sí, mi amor!

—¿Pero es una declaración en regla, señor conde? Y no olvide que soy una mujer casada, honrada, enamorada de su marido...

—Eso...

—¿Y se permite usted dudarlo? Enamorada, sí, como me lo oye, enamorada, sinceramente enamorada de mi marido.

—Pues lo que es él...

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dicho a usted que él no me quiere?

—¡Usted misma!

—¿Y? ¿Cuándo le he dicho yo a usted que Alejandro no me quiere? ¿Cuándo?

—Me lo ha dicho con los ojos, con el gesto, con el porte...

—¡Ahora me va a salir con que he sido yo quien le he estado provocando a que me haga el amor...! ¡Mire usted! señor conde, esta va a ser la última vez que venga a mi casa!

—¡Por Dios, Julia!

—¡La última vez, hé dicho!

—Por Dios, déjeme venir a verla, en silencio, a contemplarla, a enjugarme viendo-la, las lágrimas que lloro hacia adentro...

—¿Qué bonito!

—Y lo que le dije que tanto pareció ofenderle...

—¿Pareció? ¡Me ofendió!

—Lo que le dije, y que tanto la ofendió, fué tan sólo que si nos hubiésemos conocido antes de haberme yo entregado a mi mujer y usted a su marido yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero...

—¡Señor conde!...

—Déjeme desnudarme el corazón! Yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero, y habría conquistado su amor con el mío. No con mi valor, no; no con mi mé-

rito, sino sólo a fuerza de cariño. Que no soy yo, Julia de esos hombres que creen domineñar y conquistar a la mujer con su propio mérito, por ser quienes son; no soy de esos que exigen se les quiera, sin dar, en cambio, su cariño. En mí, pobre noble venido a menos, no cabe tal orgullo.

Julia absorbía lentamente y gota a gota el veneno.

—Porque hay hombres—prosiguió al conde—incapaces de querer, pero que exigen que se les quieran, y creen tener derecho al amor y a la fidelidad incondicionales de la pobre mujer que se les rinda. Hay quienes toman una mujer hermosa y famosa por su hermosura para envanecerse de ello, de llevarla al lado como podrían llevar una leona domesticada, y decir: “Mi leona; ¡véis cómo está rendida!” ¿Y por eso querría a su leona?

—Señor conde.... señor conde, que está usted entrando en un terreno...

Entonces el de Bordaviella se le acercó aun más, y casi al oído, haciéndola sentir en la oreja, hermosísima rosada concha de carne entre zarcillos de pelo castaño refulgente, el cosquilleo de su aliento entrecortado, le susurró:

—Donde estoy entrando es en tu conciencia, Julia.

El tú arreboló la oreja culpable. El pecho de Julia ondeaba como el mar al acercarse de la galerna.

—Sí, Julia, estoy entrando en tu conciencia.

—¡Déjeme, por Dios, señor conde, déjeme! ¡Si entrase él ahora!...

—No, él no entrará. A él no le importa nada de ti. El nos deja así, solos, porque no te quiere... ¡No, no te quiere! ¡No te quiere, Julia, no te quiere!

—Es que tiene absoluta confianza en mí...

—¡En tú, no! En sí mismo. ¡Tiene absoluta confianza, ciego, en sí mismo! Cree que a él, por ser él, Alejandro Gómez, el que ha fraguado una fortuna..., no quiero saber cómo..., cree que a él no es posible que le falte mujer alguna. A mí me desprecia, lo sé...

—Sí, le desprecia a usted...

—¡Lo sabía! Pero tanto como a mí te desprecia a ti...

—¡Por Dios, señor conde, por Dios, cállese, que me está matando!...

—Quién te matará es él, él, tu marido. ¡Y no serás la primera!

—¡Eso es una infamia, señor conde; eso es una infamia! ¡Mi marido no mató a su mujer! ¡Y váyase, váyase; váyase y no vuelva!...

—Me voy, pero... volveré. Me llamarás tú.

Y se fué dejándola malherida en el alma.

—¿Tendrá razón este hombre?—se decía—. ¿Será así? Porque él me ha revelado lo que yo no quería decirme ni a mí misma. ¿Será

verdad que me desprecia? ¿Será verdad que no me quiere?

Empezó a ser pasto de los cotarros de maledicencia de la corte de las relaciones entre Julia y el conde de Bordaviella. Y Alejandro, o no se enteraba de ello, o hacía como si no se enterase. A algún amigo que empezó a hacerle veladas insinuaciones le atajó diciéndole: “Ya sé lo que me va usted a decir, pero déjelo. Esas no son más que hablarías de las gentes. ¿A mí? ¿A mí con esas? ¡Hay que dejar que las mujeres románticas se hagan las interesantes!” ¿Sería un...? ¿Sería un cobarde?

Pero una vez que en el Casino se permitió uno, delante de él, una broma de ambiguo sentido respecto a cuernos, cogió una botella y se la arrojó a la cabeza, descalabrándole. El escándalo fué formidable.

—¿A mí? ¿A mí con bromitas de esas?—decía con su voz y su tono más contenidos.— Como si no le entendiese... Como si no supiera las necesidades que corren por ahí, entre los majaderos, a propósito de los caprichos novelescos de mi pobre mujer... Y estoy dispuesto a cortar de raíz esas habillitas.

—Pero no así, don Alejandro—se atrevió a decirle uno.

—¿Pues cómo? ¡Dígame cómo!

—¡Cortando la raíz y motivo de las tales habillitas!

—¡Ah, ya! ¿Qué prohíbe la entrada del conde en mi casa?

—Sería lo mejor...

—Eso sería dar la razón a los maldicientes. Y yo no soy un tirano. Si a mí pobre mujer le divierte el conde ese, que es un perfecto y absoluto mentecato, se lo juro a usted, es un mentecato inofensivo, que se las echa de tenorio...; si a mi pobre mujer le divierte ese fantoche, ¡voy a quitarle la diversión porque los demás mentecatos den en decir esto o lo otro? ¡Pues no faltaba más! Pero, ¡pegármela a mí? ¿A mí? ¡Ustedes no me conocen!

—Pero, don Alejandro; las apariencias...

—¡Yo no vivo de apariencias, sino de realidades!

Al día siguiente se presentaron en casa de Alejandro dos caballeros, muy graves, a pedirle una satisfacción en nombre del ofendido.

—Díganle ustedes—les contestó— que me pase la cuenta del médico o cirujano que le asista, y que la pagaré, así como los daños perjuicios a que haya lugar.

—Pero, don Alejandro...

—¿Pues qué es lo que ustedes quieren?

—¡Nosotros, no! El ofendido exige una

reparación... una satisfacción..., una explicación honrosa...

—No les entiendo a ustedes..., ¡o no quiero entenderles!

—¡Y si no, un duelo!

—¡Muy bien! Cuando quiera. Díganle que cuando quiera. Pero para eso no es menester que ustedes se molesten. No hacen falta padrinos. Díganle que en cuanto se cure de la cabeza..., quiero decir, del botellazo..., que me avise, que iremos donde él quiera, nos encerramos y la emprenderemos uno con otro a trompada y a patada limpia. No admito otras armas. Y ya verá quién es Alejandro Gómez.

—¡Pero, don Alejandro, usted se está burlando de nosotros!—exclamó uno de los padrinos.

—Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres, de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni tengo otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada, y no quiero entender esas andrónimas del Código de honor. ¡Conque ya lo saben ustedes!

Levantáronse los padrinos, y uno de ellos, poniéndose muy solemne, con cierta energía, más no sin respeto—que al cabo se trataba de un poderoso millonario y hombre de misteriosa procedencia—exclamó:

—Entonces, señor don Alejandro Gómez, permítame que se lo diga...

—Diga usted todo lo que quiera, pero midiendo sus palabras, que ahí tengo a la mano otra botella.

—¡Entonces—y levantó más la voz—, señor don Alejandro Gómez, usted no es un caballero!

—¡Y claro que no lo soy, hombre, claro que no lo soy! ¡Caballero yo? ¡Cuándo? ¡De dónde? Yo me crié hurrero y no caballero, hombre. Y ni en burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie y andando. ¡Claro que no soy un caballero! ¡Caballerías! ¡Caballerías a mí? ¡A mí! Vamos... vamos...

—Vámonos, sí—dijo un padrino al otro—que aquí no hacemos ya nada. Usted, señor don Alejandro, sufrirá las consecuencias de esta su ineficaz conducta.

—Entendido, y a ellas me atengo. Y en cuanto a ese..., a ese caballero de lengua desenfundada a quien descalabré la cabeza, díganle, se lo repito, que me pase la cuenta del médico, y que tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y ustedes, si alguna vez—que todo pudiera ser—necesitaran algo de este descalabrado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, pueden acudir a mí, que les serviré, como he servido y sirvo a otros caballeros.

—¡Esto no se puede tolerar, vámonos!—exclamó uno de los padrinos.

Y se fueron.

Aquel día noche contaba Alejandro a su mu-

jer la escena de la entrevista con los padrinos, después de haberle contado lo del botellazo, y se regodeaba en el relato de su hazaña. Ella le oía desfavorida.

—¡Caballero yo? ¡Yo caballero?—exclamaba él.— ¡Yo? ¡Alejandro Gómez? ¡Nunca! ¡Yo no soy más que un hombre, pero todo un hombre, nada menos que todo un hombre!

—¡Y yo?—dijo ella, por decir algo.

—¡Tú? ¡Toda una mujer! Y una mujer que lee novelas. ¡Y él, el condesito ese del ajedrez, un nadie, nada más que un nadie! ¡Por qué te he de privar el que te diviertas con él como te divertirías con un perro faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un gatito de Angora, o un titi, y le acaricies y hasta le besuques, ¿voy a coger el perrito, o el michino, o el titi, y voy a echarlos por el balcón a la calle? ¡Pues es... bueno! Mayormente, que podían caerle encima a uno que pasase. Pues lo mismo es el condesito ese, otro gozquecillo, o michino, o titi. ¡Diviértete con él cuanto te plazca!

—Pero, Alejandro, tienen razón en lo que te dicen... Tienes que negarle la entrada a ese hombre...

—¡Hombre!

—Bueno. Tienes que negarle la entrada al conde de Bordaviella.

—¡Niégasela tú! Cuando no se la niegas, es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón. Porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él, ya le habrías despatchado para defenderte del peligro.

—¡Y si estuviese interesada!...

—¡Bueno, bueno...! ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo de querer darme celos! ¡A mí? ¡Pero cuándo te convencerás, mujer, de que no soy como los demás?

Cada vez comprendía menos Julia a su marido, pero cada vez se encontraba más subyugada a él y más ansiosa de asegurarse de si le quería o no. Alejandro, por su parte, aunque seguro de la fidelidad de su mujer, o mejor de que a él, a Alejandro—nada menos que todo un hombre,—no podía faltarle su mujer—¡la suya!—diciéndose: "A esta pobre mujer le está trastornando la vida de la corte y la lectura de novelas", decidió llevarla al campo. Y se fueron a una de sus dehesas.

—Una temporadita de campo te vendrá muy bien—le dijo. Eso templará los nervios. Por supuesto, si es que piensas aburrirte sin tu michino, puedes invitarle al condezuelo ese a que nos acompañe. Porque sabes que yo no tengo celos, y estoy seguro de ti, de mi mujer.

Allí, en el campo, las cavilaciones de la

pobre Julia se exacerbaron. Aburriase grandemente. Su marido no la dejaba leer.

—Te he traído para eso, para apartarte de los libros y cortar de raíz tu neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor...

—¿Mi neurastenia?

—¿Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo ello la tienen los libros.

—¿Pues no volveré a leer más!

—No, yo no exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo? ¿Te he exigido nunca nada?

—No. ¿Ni siquiera exiges que te quiera!

—¡Naturalmente, como que eso no se puede exigir! Y, además, como sé que me quieres y no puedes querer a otro... Después de haberme conocido y de saber, gracias a mí, lo que es un hombre, no puedes ya querer a otro, aunque te lo propusieras. Te lo aseguro yo... Pero no habiemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelitas. Esas son bobadas para hablar con condositos al tomar el té.

Vino a aumentar la congoja de la pobre Julia el que llegó a descubrir que su marido andaba en torpes enredos con una criada zafia y nada bonita. Y una noche, después de cenar, encontrándose los dos solos, la mujer dijo de pronto:

—No creas, Alejandro, que no me he percatado del lío que traes con la Simona...

—Ni yo lo he ocultado mucho. Pero eso no tiene importancia. Siempre gallina, amarga la cocina.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres demasiado hermosa para diario.

La mujer tembló. Era la primera vez que su marido la llamaba así, a boca llena: hermosa. Pero, ¿la querría de veras?

—¿Pero con ese pingo!...—dijo Julia, por decir algo.

—Por lo mismo. Hasta su mismo desaseo me hace gracia. No olvides que yo casi me crié en un estercolero, y tengo algo de lo que un amigo mío llama la voluptuosidad del pringue. Y ahora, después de este entremés rústico, apreciaré mejor tu hermosura, tu elegancia y tu pulcritud.

—No sé si me estás adulando o insultando.

—¿Bueno! ¡La neurastenia! ¡Y yo que te creía en camino de curación!...

—Por supuesto, vosotros, los hombres, podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

—¿Quién te ha faltado?

—¿Tú!

—¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí me da un pitoche de la Simona, ni...

—¿Claro! ¡Ella es para ti como una perrita, o una gatita, o una mona!

—¿Una mona, exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has

dicho: una mona! ¡Pero he dejado por eso de ser tu marido!

—Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

—¿Claro, todo se pega!

—¿Pero de mí, por supuesto, y no del michino?

—¿Claro que de ti!

—Pues bueno, no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¡Mi mujer! ¡Y de esa mona! Y en cuanto a ella, ¡la dote, y encantada!

—Claro, en teniendo dinero...

—Y con esa dote se casa volando, y le aporta ya al marido, con la dote, un hijo. Y si el hijo sale a su padre, que es nada menos que todo un hombre, pues el novio sale con doble ganancia.

—¡Calla, calla, calla!

La pobre Julia se echó a llorar.

—Yo creí—concluyó Alejandro—que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar!

A los dos días de esto volvía a la corte.

Y Julia volvió a sus congojas, y el conde de Bordaviella a sus visitas, aunque con más cautela. Y ya fué ella, Julia, la que, exasperada, empezó a prestar oídos a las venenosas insinuaciones del amigo, pero sobre todo a hacer ostentación de la amistad ante su marido, que alguna vez se limitaba a decir: "Habrá que volver al campo y someterle a tratamiento".

Un día, en el colmo de la exasperación, asaltó Julia a su marido, diciéndole.

—Tú no eres un hombre, Alejandro, no, no eres un hombre!

—¿Quién, yo? ¿Y por qué?

—¿No, no eres un hombre, no lo eres!

—Expícame.

—Ya sé que no me quieres, que no te importa de mí nada, que no soy para ti ni la madre de tu hijo; que no te casaste conmigo nada más que por vanidad, por jactancia, por exhibirme, por envaneerte con mi hermosura, por...

—¿Bueno, bueno; esas son novelitas! ¿Por qué no soy hombre?

—Ya sé que no me quieres...

—Bueno, ¿y qué más...?

—Pero eso de que consentas que el conde, el michino, como tú le llamas, entre aquí a todas horas...

—¿Quién lo consiente eres tú!

—¿Pues no he de consentirlo, si es mi amante? Ya lo has oído, mi amante. ¡El michino es mi amante!

Alejandro permaneció impasible mirando a su mujer. Y ésta, que esperaba un estallido del hombre, exaltándose aún más gritó:

—¿Y qué? No me matas ahora, como a la otra?

—Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino sea tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y si sigues así, va acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

—¿Loca? ¿Loca yo?

—¿De remate! ¡Llegarse a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Cómo si mi mujer pudiera faltarme a mí! ¡A mí! Alejandro Gómez no es ningún michino; ¡es nada menos que todo un hombre! Y no, no conseguirás lo que buscas, no conseguirás que yo te regale los oídos con palabras de novelas y tés danzantes o conda'es. Mi casa no es un teatro.

—¿Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde!—gritó ya Julia, fuera de sí—¡Cobarde!

—Aquí va a haber que tomar medidas—dijo el marido.

Y se fué.

A los dos días de esta escena, y después de haberla tenido encerrada a su mujer durante ellos, Alejandro la llamó a su despacho. La pobre Julia iba aterrada. En el despacho la esperaban, con su marido, el conde de Bordaviella y otros dos señores.

—Mira, Julia—le dijo con terrible calma su marido.—Estos dos señores son dos médicos alienistas, que vienen, a petición mía, a informar sobre tu estado para que podamos ponerte en cura. Tú no estás bica de la cabeza, y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

—¿Y qué haces tú aquí, Juan?—preguntó Julia al conde, sin hacer caso a su marido.

—¿Lo ven ustedes?—dijo éste dirigiéndose a los médicos.—Persiste en su alucinación; se empeña en que este señor es...

—¿Sí, es mi amante!—le interrumpió ella. Y si no, que lo diga él.

El conde miraba al suelo.

—Ya ve usted, señor conde—dijo Alejandro al de Bordaviella—cómo persiste en su locura. Porque usted no ha tenido, no ha podido tener ningún género de esas relaciones con mi mujer...

—¿Claro que no!—exclamó el conde.

—¿Lo ven ustedes—añadió Alejandro volviéndose a los médicos.

—Pero, cómo—gritó Julia,—¿te atreves tú, tú, Juan, tú, mi michino a negar que he sido tuya?

El conde temblaba bajo la mirada fría de Alejandro, y dijo:

—Repórtese, señora, y vuelva en sí. Usted sabe que nada de eso es verdad. Usted sabe que si yo frecuentaba esta casa era como amigo de ella, tanto de su marido como de usted

misma, señora, y que yo, un conde de Bordaviella, jamás afrontaría así a un amigo como...

—Como yo—le interrumpió Alejandro.—¿A mí? ¿A mí? ¿A Alejandro Gómez? Ningún conde puede afrontarme, ni puede mi mujer faltarme. Ya ven ustedes, señores, que la pobre está loca...

—¿Pero también tú, Juan? ¿También tú, michino?—gritó ella.—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Mi marido te ha amenazado, y por miedo, por miedo, cobarde, cobarde, cobarde, no te atreves a decir la verdad y te prestas a esta farsa infame para declararme loca. ¡Cobarde, cobarde, villano! Y tú también, como mi marido...

—¿Lo ven ustedes, señores?—dijo Alejandro a los médicos.

La pobre Julia sufrió un ataque, y quedó como deshecha.

—Bueno; ahora, señor mío—dijo Alejandro, dirigiéndose al conde,—nosotros nos vamos, y dejemos que estos dos señores facultativos, a solas con mi pobre mujer, completen su reconocimiento.

El conde le siguió. Y ya fuera de la estancia, le dijo Alejandro.

—Conque ya lo sabe usted señor conde: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella las tapas de los sesos. Usted escogerá.

—Lo que tengo que hacer es pagarle lo que le debo, para no tener más cuentas con usted.

—No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Conque quedamos en que mi mujer está loca de remate, y usted es un tonto de capirote. ¡Y ojo con ésta!—y le enseñó una pistola.

Cuando, algo después, saían los médicos del despacho de Alejandro, decíanse:

—Esta es una tremenda tragedia. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer sino declararla loca? Porque, de otro modo, ese hombre la mata a ella y le mata a ese desdichado conde.

—Pero ¿y la conciencia profesional?

—La conciencia consiste en evitar un crimen mayor.

—¿No sería mejor declararle loco a él, a don Alejandro?

—No, él no es loco: es otra cosa.

—Nada menos que todo un hombre, como dice él.

—¡Pobre mujer! ¡Daba pena oírlo. Lo que yo me temo es que acabe por volverse de veras loca.

—Pues con declararla tal acaso la salvemos. Por lo menos, se la apartaría de esta casa.

Y, en efecto, la declararon loca. Y con esa declaración fué encerrada por su marido en un manicomio.

Toda una noche espesa, tenebrosa y fría,

sin estrellas, cayó sobre el alma de la pobre Julia al verse encerrada en el manicomio. El único consuelo que le dejaban es el de que se llevaran casi a diario a su hijito para que lo viera. Tomábalo en sus brazos y le bañaba la carita con sus lágrimas. Y el pobrecito niño lloraba sin saber por qué.

—¡Ay, hijo mío, hijo mío!—de decía.—¡Si pudiese sacarte toda la sangre de tu padre! ¡Porque es tu padre!

Y a solas se decía la pobre mujer, sintiéndose al borde de la locura: “¡Pero no acabaré por volverme de veras loca en esta casa, y creer que no fué sino sueño y alucinación lo de mi trato con ese infame conde? ¡Cobarde, sí, cobarde, villano! ¡Abandonarme así! ¡Dejar que me encerraran aquí! ¡El michino, sí, el michino! Tiene razón mi marido. Y él, Alejandro, ¿por qué no nos mató? ¡Ah, no! ¡Esta es más terrible venganza! ¡Matarle a ese villano michino!... No, humillarse, hacerle mentir y abandonarme. ¡Temblaba ante mi marido, sí, temblaba ante él! ¡Ah, es que mi marido es un hombre! ¡Y por qué no me mató? ¡Otelio me habría matado! Pero Alejandro no es Otelio, no es tan bruto como Otelio. Otelio era un moro impetuoso, pero poco inteligente. Y Alejandro... Alejandro tiene una poderosa inteligencia: al servicio de su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no necesitó matar a su primera mujer: la hizo morir. Se murió ella de miedo ante él. ¿Y a mí me quiere?”

Y allí, en el manicomio, dió otra vez en trillar su corazón y su mente con el triturador dilema. “¿Me quiere o no me quiere?” Y se decía luego: “¡Yo sí que le quiero! ¡Y ciegame!”

Y por temor a enloquecerse de veras, se fingió curada, asegurando que habían sido alucinaciones lo de su trato con el de Bordaviella. Avisáronse al marido.

Un día llamaron a Julia adonde su marido la esperaba, en un locutorio. Entró en él, y se arrojó a sus pies sollozando:

—¡Perdóname, Alejandro, perdóname!

—Levántate, mujer—y la levantó.

—¡Perdóname!

—¡Perdonarte? ¡Pero de qué? Si me habían dicho que estabas ya curada... que se te habían quitado las alucinaciones...

Julia miró a la mirada fría y penetrante de su marido con terror. Con terror y con un loco cariño. Era un amor ciego, fundido con un terror no menos ciego.

—Sí, tienes razón, Alejandro, tienes razón; ha estado loca, loca de remate. Y por darte celos, nada más que por darte celos, inventé aque las cosas. Todo fué mentira. ¿Cómo iba a faltarte yo? ¡Yo! ¿A ti? ¿A ti? ¿Me crees ahora?

—Una vez, Julia—le dijo con voz de hielo su marido,—me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer y,

por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Y qué me dijiste?

—¡Que no, que no lo creía, que no podía creerlo!

—Pues ahora yo te digo que no creí nunca, que no pude creer que tú te hubieses entregado al michino ese. ¿Te basta?

Julia temblaba, sintiéndose al borde de la locura; de la locura de terror y de amor fundidos.

—¡Y ahora—añadió la pobre mujer abrazando a su marido y hablándole al oído,—ahora, Alejandro, dime ¿me quieres?

Y entonces vió en Alejandro, su pobre mujer, por vez primera, algo que nunca antes en él viera; le descubrió un fondo del alma terrible y hermética que el hombre de la fortuna guardaba celosamente sellado. Fué como si un relámpago de luz, tempestuosa alumbrase por un momento el lago negro, tenebroso de aquella alma, haciendo relucir su sobrehaz. Y fué que vió asomar dos lágrimas en los ojos fríos y cortantes como navajas de aquel hombre. Y estalló.

—¡Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¡Con toda el alma, y con toda la sangre y con todas las entrañas; más que a mí mismo! Al principio cuando nos casamos, no. ¡Pero ahora! ¡Ahora sí! Ciegame, locamente. Soy yo tuyo más que tú mía.

Y besándola con furia animal, febril, encendido, como loco, balbuceaba: “¡Julia! ¡Julia! ¡Mi diosa! ¡Mi todo!”

Ella creyó volverse loca al ver desnuda el alma de su marido.

—Ahora quisiera morirme, Alejandro—le murmuró al oído, reclinando la cabeza sobre su hombro.

A estas palabras, el hombre pareció despertar y volver en sí como un sueño; y como si se hubiese tragado con los ojos, ahora otra vez fríos y cortantes, aquellas dos lágrimas, dijo:

—Esto no ha pasado, ¿eh Julia? Ya lo sabes, pero yo no he dicho lo que he dicho... ¡Olvidalo! ¡Olvidarlo!

—¡Buena, guárdatelo, y como si no lo hubieses oído!

—Lo callaré...

—¡Cállatelo a ti misma!

—Me lo callaré, pero...

—¡Basta!

—¡Pero, por Dios, Alejandro, déjame un momento, un momento siquiera... ¿Me quieres por mí, por mí, y aunque fuese de otro o por ser yo cosa tuya?

—Ya te he dicho que lo debes olvidar. Y no me insistas, porque si insistes, te dejo aquí. He venido a sacarte, pero has de salir curada.

—¡Y curada estoy!—afirmó la mujer con brío.

Y Alejandro se llevó su mujer a su casa.

Pocos días después de haber vuelto Julia del manicomio, recibía el conde de Bordaviella, no una invitación, sino un mandato de Alejandro para ir a comer a su casa.

—Como ya sabrá usted, señor conde—le decía en una carta,—mi mujer ha salido del manicomio completamente curada; y como la pobre, en la época triste de su delirio, le ofendió a usted gravemente, aunque sin intención ofensiva, suponiéndole capaz de infamias de que es usted, un perfecto caballero, absolutamente incapaz, le ruega, por mi conducto, que venga pasado mañana, jueves, a acompañarnos a comer, para darle las satisfacciones que a un caballero, como es usted, se le deben. Mi mujer se lo ruega y yo se lo ordeno. Porque si usted no viene ese día a recibir esas satisfacciones y explicaciones, sufrirá las consecuencias de ello. Y usted sabe bien de lo que es capaz

Alejandro Gómez.

El conde de Bordaviella llegó a la cita pálido, temeroso y desencajado. La comida transcurrió en la más lóbrega de las conversaciones. Se habló de todas las mayores frivolidades—los criados delante,—entre las bromas más espesas y feroces de Alejandro. Julia le acompañaba. Después de los postres, Alejandro, dirigiéndose al criado, le dijo: —“Trae el té”.

—¿Té?—se le escapó al conde.

—Sí, señor conde—le dijo el señor de la casa.—Y no es que me duelan las tripas, no; es para estar más a tono. El té va muy bien con las satisfacciones entre caballeros. Y volviéndose al criado: —“¡Retírate!”

Quedáronse los tres solos. El conde temblaba. No se atrevía a probar el té.

—Sírvenme a mí primero, Julia—dijo el marido.—Y yo lo tomaré antes para que vea usted, señor conde, que en mi casa se puede tomar todo con confianza.

—Pero si yo...

—No, señor conde; aunque yo no sea un caballero, ni mucho menos, no he llegado aún a eso. Y ahora mi mujer quiere darle a usted unas explicaciones.

Alejandro miró a Julia. Y ésta, lentamente, con voz fantasmática, empezó a hablar. Estaba espléndidamente hermosa. Los ojos le relucían con un brillo como de re-ampago. Sus palabras fluían frías y lentas, pero se adivinaba que por debajo de ellas ardía un fuego consumidor.

—He hecho que mi marido le llame, señor conde—dijo Julia,—porque tengo que darle una satisfacción por haberle ofendido gravemente.

—¿A mí, Julia?

—¡No me llame usted Julia! Sí, a usted. Cuando me puse loca, loca de amor por mi

marido, buscando a toda costa asegurarme de si me quería o no, quise tomarle a usted un instrumento para excitar sus celos, en mi locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido. Y esto fué un embuste, y habría sido una infamia de mi parte si yo no hubiese estado como estaba loca. ¿No es así, señor conde?

—Sí, así es, doña Julia...

—Señora de Gómez—corrigió Alejandro.

—Lo que le atribuí a usted cuando le llamábamos mi marido y yo el michino... ¡penémoslo usted!

—¡Por perdonado!

—Lo que le atribuí entonces fué una acción villana e infame, indigna de un caballero como usted...

—¡Muy bien—agregó Alejandro,— muy bien! Acción villana e infame, indigna de un caballero; ¡muy bien!

—Y aunque, como le repito, se me puede y debe excusar en atención a mi estado de entonces, yo quiero, sin embargo, que usted me perdone. ¿Me perdona?

—Sí, si, le perdono a usted todo; les perdono a ustedes todo—suspiró el conde más muerto que vivo y ansioso de escapar cuanto antes de aquella casa.

—¿A ustedes?—le interrumpió Alejandro. —A mí no me tiene usted nada que perdonar.

—Es verdad... es verdad!

—Vamos, cálmese—continuó el marido,— que le veo a usted agitado. Tome otra taza de té. Vamos, Julia sirvele otra taza al señor conde. ¿Quiere usted tita en ella?

—No... no...

—Pues bueno, ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted le ha perdonado su locura, a mí no me queda sino rogar le que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Después de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpiéramos nuestras relaciones. Y ahora que mi mujer está ya, gracias a mí, completamente curada, no corre usted ya peligro alguno con venir acá. Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, ahí les dejo a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreve a decirselo delante mío, o que yo, por deicadeza, no debo oír.

Y se salió Alejandro, dejándolos cara a cara y a cual de los dos más sorprendidos de aquella conducta. —“¡Qué hombre!” pensaba él, el conde, y Julia: —“¡Este es un hombre!”

Siguióse un abrumador silencio. Julia y el conde no se atrevían a mirarse. El de Bordaviella miraba a la puerta por donde saliera el marido.

—No—le dijo Julia,—no mire usted así; no conoce usted a mi marido, a Alejandro.

No está detrás de la puerta espiando lo que digamos.

— ¡Qué sé yo!... Hasta es capaz de traer testigos...

— ¡Por qué dice usted eso, señor conde?

— ¡Es que me acuerdo de cuando traje a los dos médicos en aquella horrible escena en que me humilló cuanto más se puede y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca!

— Y así era la verdad, porque si no hubiese estado yo entonces loca no habría dicho, como dije, que era usted mi amante...

— Pero...

— ¡Pero qué, señor conde?

— ¡Es que quieren ustedes declararme a mí loco o volverme tal? ¡Es que va usted a negarme, Julia?...

— ¡Doña Julia o señora de Gómez!

— ¡Es que va usted a negarme, señora de Gómez, que, fuese por lo que fuera, acabó usted, no ya sólo aceptando mis galanteos..., no; mi amor?

— Señor conde!...

— ¡Qué acabó, no sólo aceptándolos, sino que era usted la que provocaba y que aquello iba?...

— Ya le he dicho a usted, señor conde, que estaba entonces loca, y no necesito repetirselo.

— ¡Va usted a negarme que empezaba yo a ser su amante?

— Vuelvo a repetirle que estaba loca.

— No se puede estar ni un momento más en ésta. ¡Adiós!

El conde tendió la mano a Julia, temiendo que se la rechazaría. Pero ella se la tomó y le dijo:

— Conque ya sabes usted lo que ha dicho mi marido. Usted puede venir acá cuando quiera, y ahora que estoy yo gracias a Dios y a Alejandro, completamente curada, curada del todo, señor conde, sería de mal efecto que usted suspendiera sus visitas.

— Pero Julia...

— ¡Qué? ¡Vuelve usted a las andadas? ¡No le he dicho que estaba entonces loca?

— A quien le van a volver ustedes loco, entre su marido y usted, es a mí...

— ¡A usted? ¡Loco a usted? No me parece fácil...

— ¡Claro! ¡El michino!

Julia se echó a reír. Y el conde, corrido y abochornado, salió de aquella casa decidido a no volver más a ella.

Todas esas tormentas de su espíritu quebrantaron la vida de la pobre Julia, y se puso gravemente enferma, enferma de la mente. Ahora sí que parecía que de veras iba a enloquecer. Caía con frecuencia en de-

lirios, en los que llamaba a su marido con las más ardientes y apasionadas palabras. Y el hombre se entregaba a los transportes dolorosos de su mujer procurando calmarla. "¡Tuyo, tuyo, tuyo, sólo tuyo y nada más que tuyo!", le decía al oído, mientras ella, abrazada a su cuello, se lo apretaba casi a punto de ahogarlo.

La llevó a la dehesa a ver si el campo la curaba. Pero el mal la iba matando. Algo terrible le andaba por las entrañas.

Cuando el hombre de fortuna vió que la Muerte le iba a arrebatar su mujer, entró en un furor frío y persistente. Llamó a los mejores médicos. "Todo era inútil", le decían.

— ¡Sálvemela usted! — le decía al médico.

— ¡Imposible, don Alejandro, imposible!

— ¡Sálvemela usted, sea como sea! ¡Toda mi fortuna, todos mis millones por ella, por su vida!

— Imposible, don Alejandro, imposible.

— ¡Mi vida, mi vida por la suya! ¡No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre? Sáqueme toda la mía y désele a ella. Vamos, sáquemela.

— ¡Imposible, don Alejandro, imposible!

— ¡Cómo imposible? ¡Mi sangre, toda mi sangre por ella!

— ¡Sólo Dios puede salvarla!

— ¡Dios? ¡Dónde está Dios? Nunca pensé en Él.

Y luego a Julia, su mujer, pálida, pero cada vez más hermosa, hermosa con la hermosura de la inminente muerte, le decía:

— ¡Dónde está Dios, Julia?

Y ella, señalándose con la mirada hacia arriba, poniéndose con ellos los grandes ojos casi blancos, le dijo con una hebra de voz:

— ¡Ahí le tienes!

Alejandro miró al crucifijo, que estaba a la cabecera de la cama de su mujer, lo cogió y, apretándolo en el puño, le decía: "¡Sálvemela, sálvemela y pídemle todo, todo, mi fortuna toda, mi sangre toda, yo todo... todo yo!".

Julia sonreía. Aquel furor ciego de su marido le estaba llenando de una luz dulcísima el alma. ¡Qué feliz era al cabo! ¡Y dudó nunca de que aquel hombre la quisiese?

Y la pobre mujer iba perdiendo la vida gota a gota. Estaba marmórea y fría. Y entonces el marido se acostó con ella y la abrazó fuertemente, y quería darle todo su calor, el calor que se le escapaba a la pobre. Y la quiso dar su aliento. Estaba como loca. Y ella sonreía.

— Me muero, Alejandro, me muero.

— ¡No, no te mueres — le decía él, — no puedes morirte!

— ¡Es que no puede morirte tu mujer!

—No; mi mujer no puede morirse. Antes me moriré yo. A ver, que venga la Muerte, que venga. ¡A mí! ¡A mí la Muerte! ¡Que venga!

—¡Ay, Alejandro, ahora lo doy todo por bien padecido!... Y yo que dudé de que me quisieras!...

—¡Y no, no te quería, no! Eso de querer te lo he dicho mil veces, Julia, son tonterías de libros. ¡No te quería, no! ¡Amor..., amor! Y esos miserables, cobardes, que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres. No, no es querer... No te quiero....

—¿Pues qué?—preguntó con la más delgada hebra de su voz, volviendo a ser presa de su vieja congoja, Julia.

—No, no te quiero... ¡Te... te... te... no hay palabra!— y estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un extorcer, un extorcer de pena y de amor salvaje.

—¡Alejandro!

Y en esta débil llamada había todo el triste júbilo del triunfo.

—¡Y no, no te morirás; no te puedes morir; no quiero que te mueras! ¡Mátame, Julia, y vive! ¡Vamos mátame, mátame!

—Sí, me muero.

¡Y yo contigo!

—¿Y el niño, Alejandro?

—Que se muera también. ¿Para qué lo quiero sin tí?

—Por Dios, por Dios, Alejandro, que estás loco...

—Sí, yo, yo soy loco, yo el que estuve siempre loco... loco de tí, Julia, loco por tí... Yo, yo el loco. Y mátame, llévame contigo.

—Si pudiera...

—Pero no, mátame y vive, y sé tuya...

—¡Yo? ¡Si no puedo ser tuyo, de la Muerte!

Y la apretaba más y más, queriendo retenerla.

—Bueno, y al fin, dime, ¿quién eres, Alejandro?—le preguntó al oído Julia.

—¡Yo? ¡Nada más que tu hombre... el que tú me has hecho!

—¡Alejandro!

Este nombre sonó como un susurro de ultramuerte, como desde la ribera de la vida, cuando la barca parte por el lago tenebroso.

Poco después sintió Alejandro que no tenía entre sus brazos de atleta más que un despojo. En su alma era noche cerrada y arcedida. Se levantó y quedóse mirando a la yerta y exánime hermosura. Nunca la vio tan espléndida. Parecía bañada por la luz del alba eterna después de la última noche. Y por encima de aquel recuerdo en carne ya fría sintió pasar, como una nube de hielo, su vida toda, aquella vida que ocultó a todos, hasta a sí mismo. Y llegó a su niñez terrible y a cómo se estremecía bajo los despiadados golpes del que pasaba por su padre, y cómo maldecía de él, y cómo una tarde, exasperado, cerró el puño, blandiéndolo delante de un Cristo de la iglesia de su pueblo.

Salió al fin del cuarto, cerrando tras de sí la puerta. Y buscó al hijo. El pequeño lo tenía poco más de tres años. Lo cogió el padre y se encerró con él. Empezó a besarlo con frenesí. Y el niño, que no estaba hecho a los besos de su padre, que nunca recibiera uno de él, y que acaso adivinó la salvaje pasión que los llenaba, se echó a llorar.

—¡Calla, hijo mío, calla! ¿Me perdonas lo que voy a hacer? ¿Me perdona?

El niño callaba, mirando despavorido al padre, que buscaba en sus ojos, en su boca, en su pelo, los ojos, la boca, el pelo de Julia.

—¡Perdóname, hijo mío, perdóname!

Se encerró un rato a arreglar su última voluntad. Luego se encerró de nuevo con su mujer, con lo que fué su mujer.

—Mi sangre por la tuya—le dijo, como si le oyera, Alejandro.—La muerte te llevó. ¡Voy a buscarte!

Creyó un momento ver sonreír a su mujer y que movía los ojos empezó a besarla frenéticamente por sí así la resucitaba, a llamarla, a decirle ternezas terribles al oído. Estaba fría.

Cuando más tarde tuvieron que forzar la puerta de la alcoba mortuoria, encontráronle abrazado a su mujer y blanco del frío último. desangrado y ensangrentado.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.



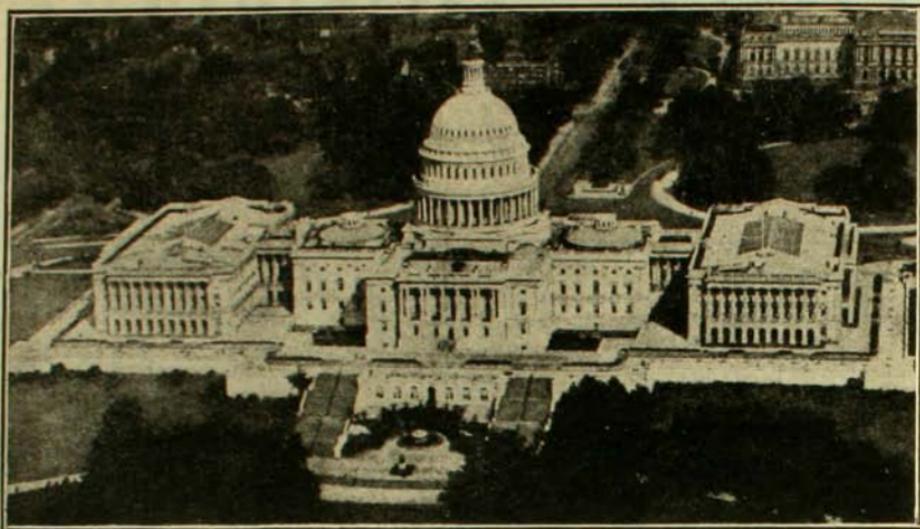
PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

CRONICA EXTRANJERA



Vista del Capitolio de Washington, tomada desde un aeroplano del servicio militar



El Arzobispo Daniel Mannix, al salir para Irlanda, a bordo del "Celtic", se despide de la multitud que le fué a dejar hasta el muelle



El senador Warren G. Harding, candidato republicano a la Presidencia de la República, dirigiendo la palabra en un mitin, durante su campaña electoral.

ATENDEMOS
GRATUITAMEN-
TE PEDIDOS DE
NUESTRO CA-
TALOGO

Fabricantes de ropa blanca



Fratelli Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

DE LA AMISTAD Y DEL DIALOGO

Hemos conocido espiritualidades altísimas, generosas, que tenían todas las bondades, todas las gracias, pero la gracia, el don de la amistad, no. Así veíamos a menudo a estos hombres replegarse esquivamente en la obscuridad de su familia. Y adivinábamos, en la uniforme amabilidad de sus acogidas, de sus cartas, un fondo trágico de sequedad para lo amistoso. En el otro extremo, en la camaradería vulgar de los círculos, de los cafés, de las aulas y pasillos universitarios, no encontraríamos más confianza verdadera ni más amor de hombre a hombre. Fijáos en este hecho: Cada vez que aquí muere una personalidad ilustre, un sabio, un escritor, un político, un artista, si nos preguntamos: "¿Quién podría ahora escribir de él una biografía, a la vez íntima e intelectual, una noticia que comprendiese juntos los detalles familiares, las fechas domésticas, los recuerdos de infancia, y la interpretación de la obra y del desenvolvimiento del espíritu, una biografía, en fin, como tarde o temprano vienen a tener, en todas las literaturas modernas, todos los muertos significativos?", hemos de darnos a nosotros mismos esta desolada respuesta: "Nadie..." Nadie puede dedicar a tales vidas el pío homenaje de un documentado recuerdo, porque ellas no se produjeron cálidamente en la intimidad de nadie, en la intimidad, digo, llena, verdadera, desentendida, en la amistad, en fin.

Si ni siquiera alcanzamos a hacer, Dios mío, los gestos de la amistad!... Yo sé de uno de los nuestros que se marchó a Italia y trabó conocimiento allí con un profesor se aficionase en seguida a la persona y a las dotes de nuestro compañero. También éste simpatizó pronto con el profesor y puede decirse que, a su manera, le quería. Era, además, el maestro hombre ya maduro y muy sabio, grandemente escuchado y bienquisto en su medio, socialmente poderoso, y de relación utilísima; y el nuestro, un estudiante, un muchacho. ¿Creeréis que, a pesar de todo, el nuestro cesaba de turbar, de descorazonar al otro con sus reservas, con sus arideces, con la falta general de confianza?... Era que el nuestro no sabía hacer los gestos de la amistad. Introducido súbitamente en ella, encontraba como adolescente tímido en aventura amorosa o como rústico recibido cordialmente en un palacio.

No digamos que tal sequedad es únicamente exterior, cuestión de rudeza. Ni tampoco tan honda, tan honda, que puede atribuirse a egoísmo esencial. Creo que egoísmo o altruismo, rudeza de manera o suavidad, poco tienen que ver con el fenómeno de que nos dolemos. Se trata, estrecha, propiamente, ya lo hemos dicho, de una incapacidad extraña para el ejercicio de la amistad; de una especie de estado morboso, de una impotencia, tal vez aparente, hay que esperarlo, tal vez debida más a falta de ejercicio, que a falta radical de disposición; pero tan grave, que ya de lo afectivo pasa claramente a lo intelectual. Y así una nueva manifestación de la enjutez española para la amistad, la encontramos en una suerte de trágica ineptitud para el diálogo.

Ineptitud para el diálogo: ¿queréis más terrible causa que ésta, de esterilidad intelectual? A mí me parece que sin diálogo, —sin diálogo interior, al menos,—jamás el pensamiento, el pensamiento propiamente dicho, puede nacer. Y aún, en general, me fio poco de que realmente piense el hombre solitario y poco amoroso que se encierra para pensar. Si alguien lleva más de un par de horas en una habitación, es decir, el tiempo de que los rastros de acción y de palabra se hayan en él extinguido, y si al cabo de aquel tiempo, le sorprendéis como le dejasteis, en la misma postura, sin leer ni escribir, y con la frente apoyada en la palma de la mano, creedme: podéis dar un margen piadoso a la posibilidad de que vuestro hombre medite aún... Pero lo más probable es que duerma.

Y, en el fondo lo que hacen es dormir, dormir, dormir, esos que encontraréis que os dicen que ellos piensan sin escribir, o que escriben sin publicar, o los que se guardan las cosas que saben o que dan a entender que saben... No, no. Pensamiento significa actividad. **No hay impresión verdadera, en la vida psíquica, sin expresión.** Pensamiento es siempre expresión, creación, poesía. Es siempre algo que sale a fuera, que inevitable, substancialmente se traduce, que desborda del pequeño círculo de la individualidad. Pensamiento, que es manera de amor, vive de palabra, de sociedad y compañía entre hombres; de colaboración y comunión; de presencia, en cada hombre pensante, de los vivos y de los muertos, de Cultura.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción
Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

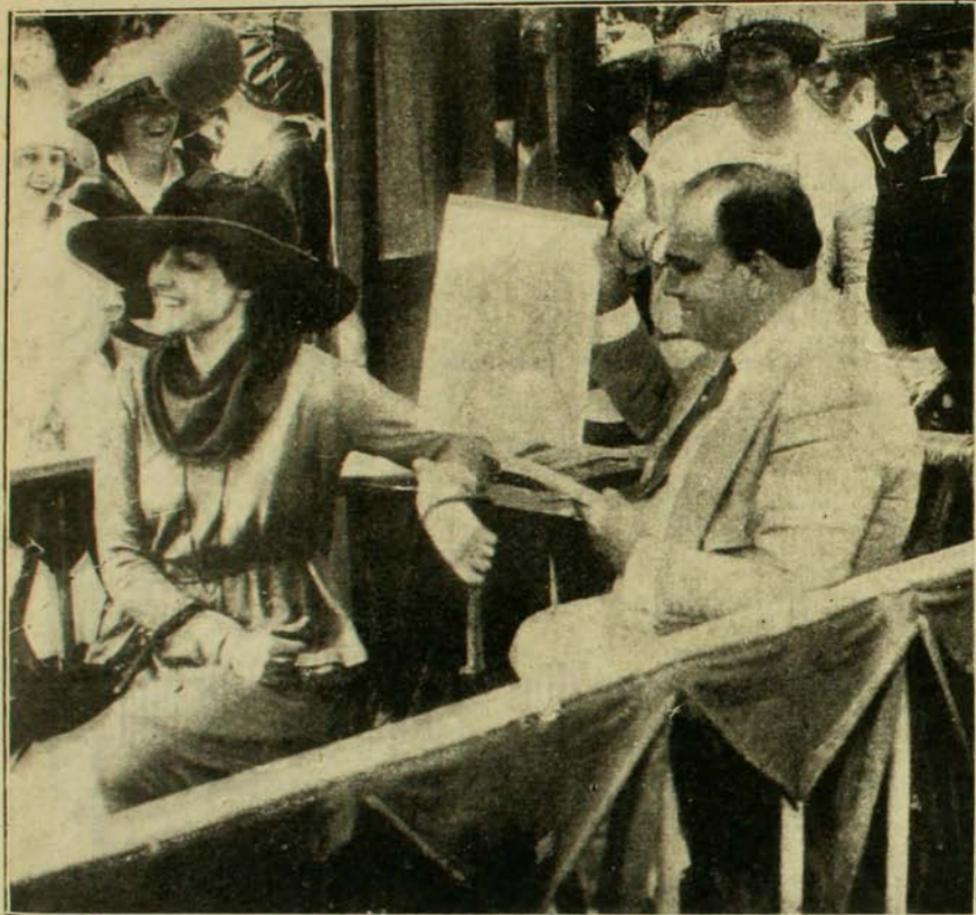
Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes
"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Articulos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de Hierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANJAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. E. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos



HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90'
ZUNCHOS para cajones 12" 5/8" y 3/4"



El gran cantante Caruso toma un apunte a Miss Oren Wood, de New York, en una fiesta de caridad, en Southampton.

APUNTES LITERARIOS

Compuso Bécquer un breve número de poemas cortos; trazó con mano febril unas cuantas páginas de prosa. Cuando leemos ahora a Bécquer, los que no lo hemos conocido tratamos de imaginárnoslo a través del espíritu de sus versos, a través de los recuerdos que a tales o cuales mujeres románticas y por nosotros secretamente amadas—cuando éramos adolescentes—han dejado en nuestro espíritu. El espíritu de Bécquer va en nosotros unido a

esta vaga y mórbida melancolía, a una triste canción en que se habla de unas golondrinas que ya no volverán, a la mirada lánguida, larga y melancólica de unos ojos femeninos; a un crepúsculo, a unas campanillas azules que han subido hasta los hierros de un balcón, a unas cartas con la escritura descolorida—y con una florecita seca entre los pliegos—que encontramos en el fondo de un cajón... La poesía de Bécquer era frágil, alada, fugitiva y sen-

Banco de Londres y Rio de la Plata Ltdo.

VALPARAISO: Calle Prat — **SANTIAGO:** Calle Huérfanos

Oficina Principal: 7, Princes Street, London

Agencia: Cross Street, Manchester

CAPITAL AUTORIZADO	£ 4.000.000
CAPITAL SUSCRITO	" 3.000.000
CAPITAL PAGADO	" 1.800.000
FONDO DE RESERVA	" 2.100.000

SUCURSALES:

FRANCIA.—París, 16 rue Ha-
levy.

BELGICA.— Amberes, 22 Place
de Meir.

PORTUGAL.— Lisboa, 32 Rue
Aurea.

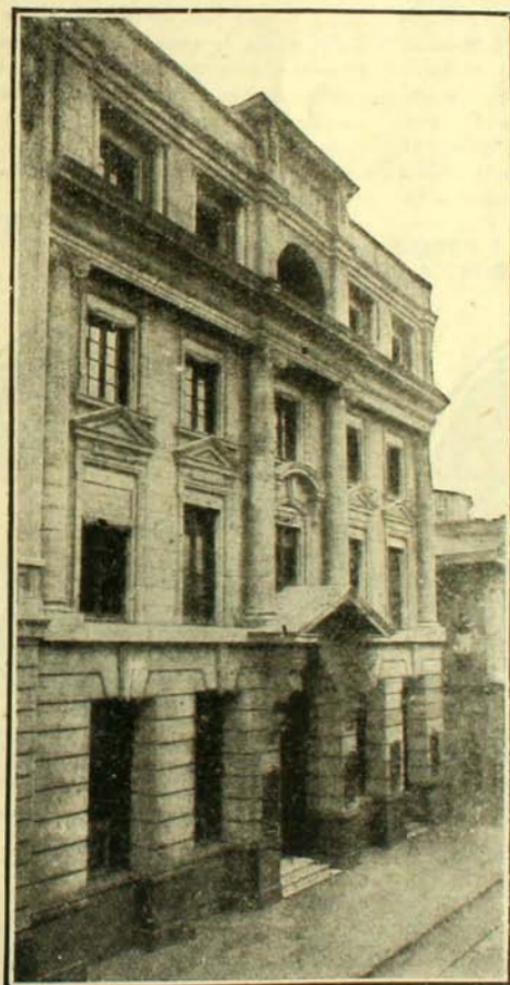
**ESTADOS UNIDOS DE NORTE
AMERICA.**—Agencia en New
York, 51 Wall Street.

ARGENTINA.— Buenos Aires,
Agencias en Buenos Aires: Bar-
racas al Norte, calle Bernar-
do Irigoyen 1138, calle Sar-
miento 2799, Once de Septiem-
bre, calle Santa Fe 2122, Bo-
ca de Riachuelo, calle Almi-
rante Brown 1159. Sucursales
en Rosario de Santa Fe, Men-
doza, Bahía Blanca, Tucumán,
Córdoba, Paraná y Concordia.

PARAGUAY.—Asunción.

URUGUAY.—Montevideo, Agen-
cias en Montevideo, calle Río
Negro, Salto y Paysandú.

BRASIL.—Río de Janeiro, Ma-
naos, Santos, Bahía, Sao Pau-
lo, Pará, Pernambuco, Curity-
ba, y Victoria, Porto Alegre.



Emite y atiende Cartas de Crédito,
vende y compra letras de cambio.—
Transferencias telegráficas. Compra y
venta de valores por cuenta de sus
clientes. Guarda valores y documen-
tos en custodia y se encarga al mis-
mo tiempo del cobro de sus dividen-
dos. Cobranzas de Letras. Recibe De-
pósitos a la vista y a plazo de tres,
seis y doce meses. Abre Cuentas Co-
rrientes en moneda corriente, oro, es-
terlinas y oro americano.

sitiva, es inseparable de las fotografía que Laurent hizo en 1868 y de un tipo de mujer pálido, rubio y con unos ricitos sedos sobre la frente.

El poeta no fué nada ni representó nada en su tiempo. Vivió pobre; murió casi desconocido. No le consideraron como un gran poeta sus coetáneos. Los grandes poetas eran amplificadores, oratorios, elocuentes, pomposos. Bécquer escribía poco; lo que escribía—en una época de desbordada grandí e locuencia—parecía cosa deleznable, linda, menuda, deliciosa. El poeta debió de sentir aquella inferioridad en que se le consideraba en la sociedad literaria de su país.

¿Por qué no escribía él grandes, extensos, robustos, vibrantes poemas? ¿Por qué de su estro no brotaban odas inflamadas de patriotismo, odas en que se cantaran los grandes ideales humanos? Y, sin embargo, este poeta triste, desconocido, ignorado; este poeta recogido sobre sí mismo, nervioso, sensitivo, modesto; este poeta que escribe breves poesías que parecen he-

chas de nada, ha ahondado más en el sentimiento que los robustos fabricantes de odas y ha contribuido más que ellos a afinar la sensibilidad. Al hacer esto, Bécquer ha trabajado como el más grande poeta, en favor de los ideales humanos. El ideal humano—la justicia, el derecho,—no es sino una cuestión de sensibilidad. Este arte, que no tiene por objeto más que la belleza, al darnos una visión honda, aguda y nueva de la vida y de las cosas, afina nuestra sensibilidad, hace que veamos, que comprendamos, que sintamos lo que antes no veíamos, no comprendíamos, ni sentíamos. Un paso más en la civilización se habrá logrado; en adelante la visión del mundo será otra y nuestro sentir no podrá tolerar sin contrariedad, sin dolor, sin protesta, lo que antes tolerábamos indiferentemente, y, por otro lado, ansiará fervientemente lo que antes no sentíamos necesidad de ansiar. El concepto ajeno, habéa sido modificado, agrandado, sublimado, al ser intensificada, y afinada la sensibilidad humana.

AZORIN.

CRONICA EXTRANJERA



El mariscal Hindenburg llegando a los funerales del ex-príncipe Joaquín de Prusia, que, como se sabe, se suicidó. Era hijo de Guillermo II.



E. C. Converse, del Greenwich Country Club, coloca la medalla de campeón metropolitano de golf, a Walter Hagen, en Estados Unidos.

CRONICA LITERARIA DEL MES

ERRATAS

En la Crónica Literaria del Mes se han deslizado un error tipográfico y otro de copia, que conviene corregir. El primero, página 231, consiste en la supresión de la frase: "Uno de ellos son los nombres propios" que debía ir a continuación de: "Hay detalles en apariencia insignificantes, etc." El otro, página 234, está en la penúltima fr. que debe decir: "literatos insignes, como Palacio Valdés y Pereda, novelistas de primer orden, como Daudet, Zola, Bourguet y verdaderos genios, como Honorato de Balzac."

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

UN PREMIO PARA LAS NOVIAS

Para estimular el deseo de formar nuevos hogares en el Uruguay, el Gobierno de este país ha decidido obsequiar doscientos pesos a toda niña de antecedentes honorables que contraiga matrimonio.

El Uruguay, con una superficie de setenta y dos mil millas cuadradas, casi toda fértil y valiosa, tiene una población de un millón cuatrocientos mil habitantes, o sea menos de veinte pobladores por milla cuadrada. La República ha hecho siempre esfuerzos por atraer inmigración europea, pero últimamente no ha logrado aumentar su población en forma considerable por este medio.

Que sepamos, este es el primer país de

la América Latina que da un premio a la mujer que decida contraer matrimonio. No sólo logrará el país estimular la formación de nuevos hogares, sino que logrará también reducir el gran número de uniones ilegales que hace que en la República haya un veintisiete por ciento de la población nacida fuera del matrimonio.

Como este mal es general en la América Latina—en algunos países esta población de nacimiento ilegítimo es de cincuenta y hasta de noventa por ciento— es probable que el Uruguay haya dado un paso que con venga sea imitado por las demás Repúblicas e la América Española.

LA PROCESION DE LOS SANTOS

Más de una vez me aconteció penetrar en la vieja catedral gótica a la caída de la tarde.

Allá en el fondo hay una obscura capilla solitaria, y en ella hay un Cristo solitario abre sus brazos doloridos entre dos cirios que chisporrotean lúgubramente.

En pie frente a El, le contemplo, le imploro y muchas veces también le interrogo: ¿Quién te ha enseñado esas dulces palabras que salieron de tus labios? ¿Por qué te has dejado matar? ¿Por qué has luchado, por qué no has herido y triunfado? ¿Eres Dios o eres un iluso? ¿Por qué no has sido egoísta y vano y cruel como yo lo he sido?

El me escucha y murmura palabras de consuelo, y algunas veces sus ojos se clavan en mí con severidad, y alguna vez me sonríe.

Una tarde, de rodillas, apoyé la frente sobre el pedestal de la cruz. Ignoro el tiempo que así estuve. Al cabo sentí que una mano se apoyaba sobre mi hombro. Alcé la cabeza, y vi la figura blanca y radiosa de un hombre por cuya frente corrían algunas gotas de sangre. El Cristo había desaparecido de la cruz.

—Sígueme—me dijo con voz que penetró hasta lo más profundo de mi corazón.

Al mismo tiempo, por detrás del altar surgieron otras figuras de hombres y mujeres, y en un momento se pobló la capilla. La capilla era pequeña, pero la muchedumbre era grande.

—Sígueme todos—dijo el Señor.

Y nos lanzamos a la puerta en pos de El los que allí estábamos.

—¡Vamos al cielo!, ¡vamos al cielo!—oía murmurar a los que tenía cerca.

Salimos al campo. La luna bañaba con su luz tibia los árboles, las raíces, las praderas. La figura blanca del Cristo se destacaba más pura y más bella que la de la luna. Marchaba delante, y sus pies parecía que no tocaban la tierra. Cercanos a El caminaban algunos hombres y mujeres cuyas figuras creía reconocer. "Ese es Agustín, ese es Bernardo, esa es Teresa" me decía. Pero tan cerca de El como éstos marchaban otros hombres y mujeres completamente desconocidos para el mundo.

La campiña era de plata; el cielo, de oro. Los árboles inclinaban sus penachos al paso del Señor, murmurando plegarias. El viento dormía. Nada se escuchaba: ni el ladrido de un perro ni el canto de un gallo, ni el rumor lejano de la mar. La procesión caminaba en silencio.

Trasponíamos las colinas, trasponíamos los valles. La campiña era cada vez más amena. Una brisa suave se alzaba del suelo cargada de aromas. Las rosas abrían sus cálices fragantes; las estrellas dejaban caer sobre ellos sus luces temblorosas.

Pero algunos íbamos quedando rezagados.

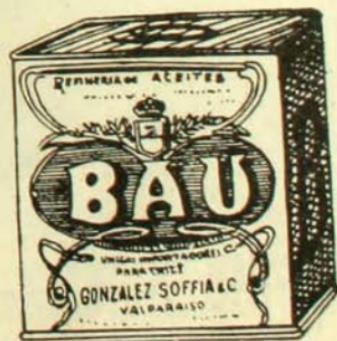
De vez en cuando, el señor se detenía, volvía su rostro hacia nosotros, y nos hacía señas para que nos diéramos prisa. Las demás cumplen sus órdenes, pero yo cada vez



El Aceite BAU

SIEMPRE ES EL PRIMERO

INSUPERABLE



voy quedando más atrás. El cansancio se apodera de mi cuerpo, y me place detenerme a menudo para contemplar la belleza de una flor, para escuchar el canto de un pájaro.

Voy escuchando solo. Entonces me salen al encuentro hombres guerreros, de labios blasfemos, de ojos sarcásticos que me cierran el camino. Luchó con ellos, logro vencerlos. La procesión se aleja, y pienso con horror que muy pronto la perderé de vista.

Pero el Señor no se olvida de mí. A me-

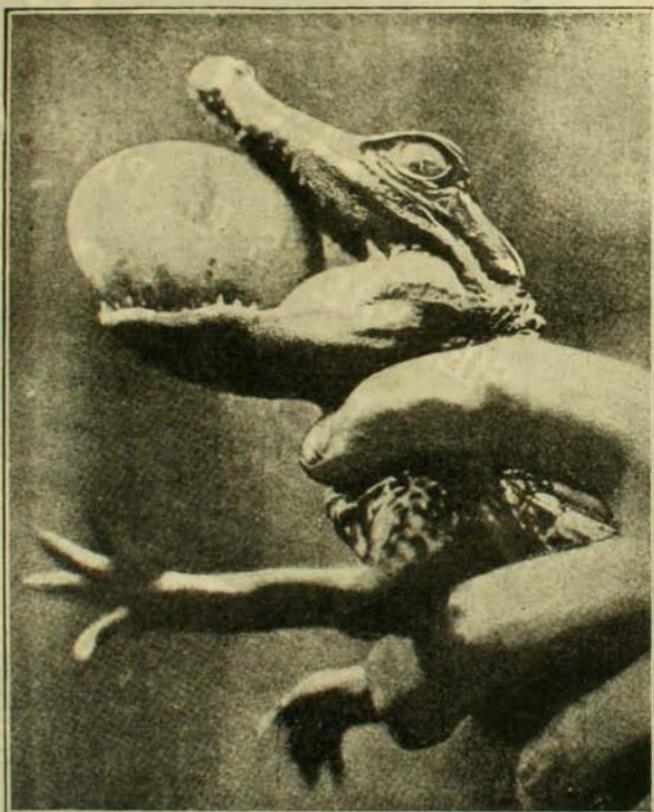
nudo se detiene, se empina sobre sus divinos pies para verme, y, por encima de las cabezas de la muchedumbre, me insta con la mano para que camine.

—¡Maestro—de grité—, te sigo de lejos, pero te sigo!

Entonces, una sonrisa bondadosa iluminó su rostro. El Señor sonreía de mi petulancia y me hizo con la cabeza un signo de aprobación, permitiéndome seguirle del modo que pudiera.

UN BEBÉ INTERESANTE

Uno de los muchos atractivos del Jardín Zoológico de Londres, consiste en que en él se procura fomentar la reproducción de los animales exhibidos, con lo cual se consigue, no solamente estudiar tan importante cuestión biológica, sino al mismo tiempo obtener un beneficio, vendiendo los ejemplares que nacen o sustituyendo con ellos los que van muriendo. En algunos casos se ha conseguido obtener allí crías de especies verdaderamente curiosas. Hace poco se ha logrado sacar crías de aligátor, y una de ellas se ha llegado a hacer popular entre el público del Jardín, que la conoce familiarmente con el nombre de "Peter". El animalito goza de excelente salud y es muy tragón, alimentándose especialmente de huevos. Nuestra fotografía lo representa, de tamaño natural, en el momento del desayuno. Aprovecharemos esta oportunidad para advertir que están en un error las personas que suponen que el aligátor y el caimán son un mismo animal. Aunque de la misma familia, ni siquiera pertenecen al mismo género. Los



El desayuno del pequeño aligátor "Peter".

aligátore tienen las fosas nasales separadas por un tabique óseo, mientras en los caimanes el tabique internasal es cartilaginoso, esto aparte de otras diferencias menos notables. Ambos difieren, por otra parte, de los cocodrilos.



SOC. IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO
SANTIAGO

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y GURANILAHUE**

FABRICA

DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANLERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853



Calzado
Artístico
para
DAMAS

LO MEJOR EN
MANUFACTURA NACIONAL

CASA NORTE-AMERICANA

246 — ESTADO — 246
De M. ARTIGAS Y Cia. — Casilla 2970



es

VIDA SALUD Y BELLEZA PARA EL PELO

VIDA, porque nutre el pericráneo y, por tanto, si el pelo está sano, mantiene su fuerza. si está débil, le devuelve su vigor, y si se ha caído, "resucita" las raíces y lo hace crecer de nuevo.

SALUD, porque cura la caspa con la más completa eficacia, puesto que penetra hasta las raíces del pelo, destruye los gérmenes y restablece el funcionamiento de las glándulas sebáceas

BELLEZA, porque es la única preparación que limpia la superficie del pelo instantáneamente y le da un exquisito brillo. una perfecta suavidad y un extraordinario aspecto de abundancia

DANDERINA tonifica, cura y embellece. Por eso es la loción completa y perfecta



PACIFICO

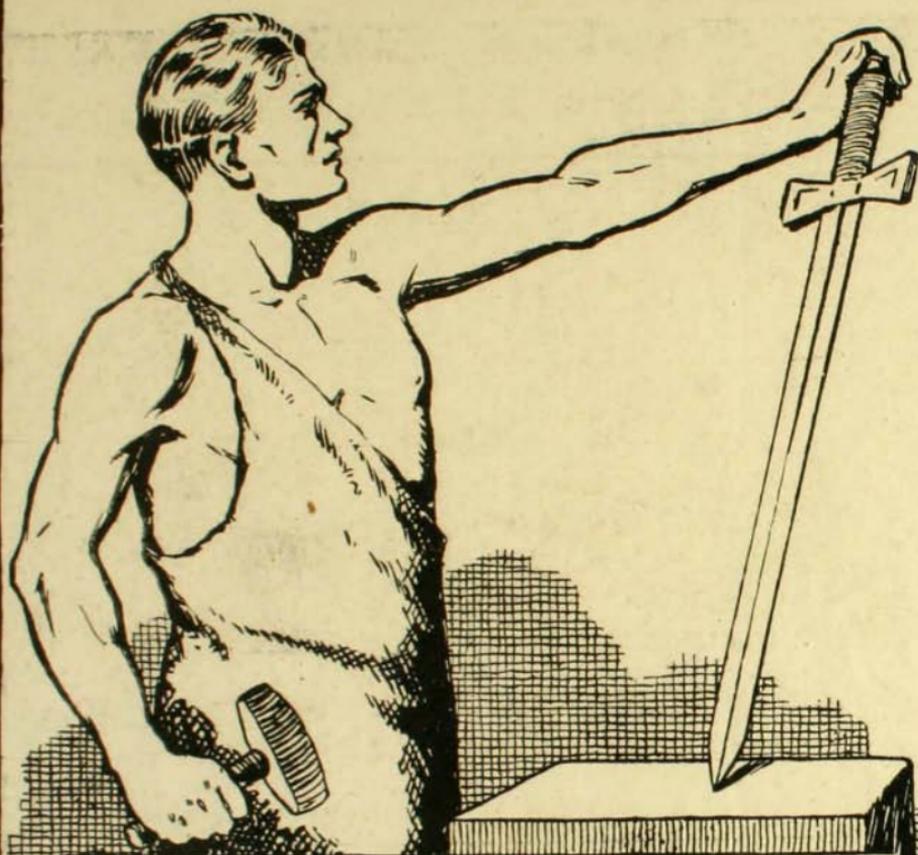
≡ MAGAZINE ≡

OCT.

de 1920

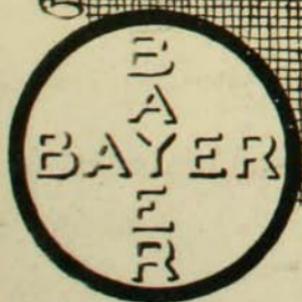
PRECIO:

2 PESOS



Entre una espada toledana y una de latón,
¿cual escoje Ud. para defenderse?

Entre una Tableta Bayer de Aspirina y un sustituto,
¿cual escoje Ud. para curarse?

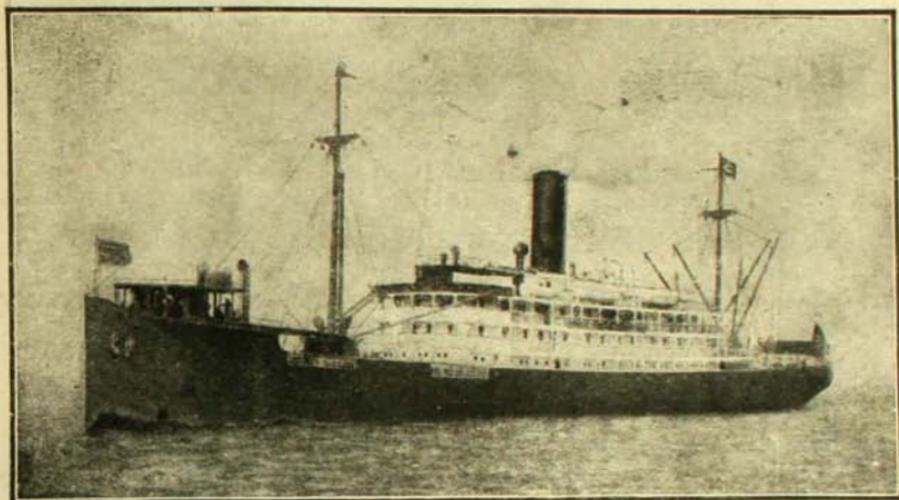


Exija siempre las Tabletas Bayer de Aspirina legítimas. Para identificarlas, fíjese en que tanto la caja de cartón que contiene el tubo, como el rótulo y la tapa de éste, lleven la Cruz Bayer.

“GRACE LINE”

SERVICIO DIRECTO DE PASAJEROS

Entre Chile, Perú y Nueva York



VIA CANAL DE PANAMA. - SIN TRAS BORDO
POR LOS NUEVOS VAPORES AMERICANOS DE 10,000 TONELADAS:

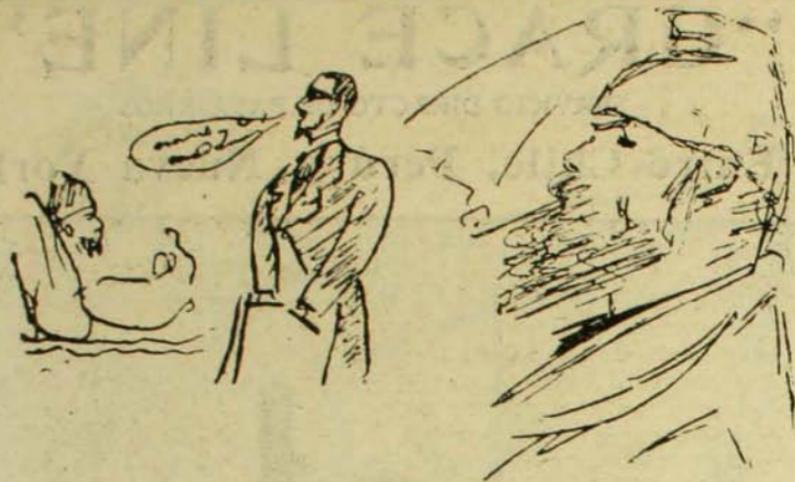
“Santa Ana”, “Santa Luisa”
“Santa Teresa” y “Santa Elisa”

Viajes rápidos de Valparaíso a Nueva York
en 17 días, únicamente para pasajeros de primera clase

ESCALAS EN LOS SIGUIENTES PUERTOS: Antofagasta, Iquique,
Arica, Callao, Colón y Nueva York

W. R. GRACE & Cía. Valparaíso
GRACE & Cía., Chile, (S. A.) - Santiago

OFICINAS EN TODOS LOS PUERTOS DE LA COSTA.



UNA VISITA A PAUL VERLAINE EN EL HOSPITAL

Una mañana de invierno leía en mi casa algún antiguo tomo descabalado de Bernardin de Saint-Pierre—en aquella época era mi lectura favorita!—cuando llegó un amigo que, conociendo íntimamente a Paul Verlaine, se ofrecía a conducirme a Bichat, donde por entonces moraba el poeta. Ese poeta, tan querido para nuestras almas de adolescentes, el etéreo y exquisito soñador que enloquecía entonces a los centros artísticos, el incomparable animador de los recién llegados de nuestra edad, de quien sabíamos se hallaba miserable y enfermo, obligado, como los pobres, a buscar refugio en lejanos hospitales, y aquella vida calamitosa aumentaba todavía, a nuestra vista, el santo prestigio que se desprende de su nombre... Durante aquel invierno se encontraba, pues, Verlaine en Bichat; decíase que ahí estaba cuidando su vieja gota, esa gota que de ordinario le hacía arrastrar una pierna, cuando se le encontraba, apoyándose en un bastón, como un pobre hombre miserable... Era domingo, día permitido para las visitas... Sólo teníamos que emprender el camino para el hospital.

Vuelvo a verme caminando por las calles de la Butte; había caído mucha nieve, y una

vez que bajamos hacia las llanuras de Saint-Ouen, íbamos a lo largo de palizadas tras de las cuales dormían construcciones horribles, en un paisaje blanco y negro, color de luto y de crápula. Debíamos almorzar cerca de Bichat; recuerdo todavía la taberna color rojo de sangre; a gentes que como nosotros aguardaban comiendo, a gentes que como nosotros tenían un enfermo y que, habiendo llegado demasiado pronto para la hora de la visita, aguardaban en el figón a que les llegase su turno. La mayor parte de aquellas gentes tenían un aspecto lamentable. Recuerdo a una mujer de rostro gris y arrugado que tenía sin duda un hijo en el hospital. No decía nada y miraba fijamente hacia adelante.

Han transcurrido para mí muchos años desde aquel día de noviembre, pero todavía por largo tiempo me acordaré de esa mujer.

Por lo demás, estábamos muy distantes, mi compañero y yo, de conceder la menor importancia a aquellas angustias de los desdichados con quienes nos hallábamos en la sala del vendedor de aguardiente. Íbamos a ver al maestro por el que sentíamos inmensa admiración. Experimentábamos turbación indes-



criptible. A los veinte años se forma un ideas convencionales sobre los seres. Un hombre a quien se admira se nos aparece como un Mesías: debe pronunciar palabras nunca oídas y en cada gesto revelar algo de lo divino... Pero en la realidad las cosas pasan de muy distinta manera.

Los hombres rara vez tienen apariencia sublime, y los más grandes se arrastran con aire de tristeza, los mejores tienen un humor de morosidad y aspecto de monomaniacos.

Para llegar a la celda donde la solicitud de los médicos del hospital habían por fortuna aislado a Verlaine, era preciso cruzar una sala interminable con su fila de lechos en los que agonizaban, estirándose, rostros dolorosos, desearnados y alucinantes. Todavía siento frío en los huesos al pensar en ello... Las familias que se agrupaban en torno de los enfermos, las familias oscuras que les llevaban naranjas doradas, se aparecen aún a la cabecera de los lechos. Era aquella una emoción capaz de despedazar los nervios, como al recibir un rudo golpe de arco. Pero una

vez llegados a la piececita del fondo, se levanta un hombre de entre sus blancas sábanas, un viejo con la máscara cubierta por la bruma del ensueño: era Verlaine que miraba venir a sus visitantes... Con él, inmediatamente cambiado la atmósfera... Un hombre lleva en sí el alma blanca de un niño y de él se desprende una verdadera luz.

A primera vista Verlaine desconcertaba. Para quien aguardaba de él lo que nuestra imaginación presta generalmente de ideal a un rostro de poeta, se aparecía como viejo prisionero en un fondo digno de lástima. De su fisonomía, recocida por los alcoholes, se ha dicho ya mucho de lo que tenía de extraño, sin que en suma medie exageración. También se ha hablado muchas ocasiones de sus modales de muchacho bromista, y hay que reconocer que Verlaine abominaba el aire grave, las conversaciones sobre la alta literatura, la solemnidad y la pedantería. Se burlaba de las gentes a quienes gustaba dejar desconcertadas con frases más o menos dudosas. Por lo demás, bajo las apariencias del bohemio desprecupado se adivinaba un corazón dulce y húngido y el espíritu más refinado y más peculiar. Todo aquel espectáculo ficticio de cinismo no provenía en Verlaine sino de una especie de decencia. En las más grandes extremidades a que se vio reducido, no quería parecer como llegado a menos. Los hombres son extraños, y nadie llega al fondo de sus almas.

A nuestra entrada nos saludó con la cabeza. Parecía doliente, con sueño, pero se irguió pronto, se puso de todos sobre la almohada y nos tendió una mano larga y amarillenta. Una gran congoja nos había invadido, y mi compañero, con timidez, hablaba y se informaba por la salud del recluso.

—No me siento nada bien, dijo Verlaine. Toso continuamente, y además tengo esta pierna incapaz de moverse...

Y se puso a gemir sobre la existencia, sobre las miserias infernales de la vida. Había tenido siempre mala suerte. No había nacido bajo una buena estrella. Sin embargo, ¿por qué le habían ocurrido todas aquellas tristezas? Su temperamento no ofrecía nada que fuera tan diabólico. No hubiera pedido otra cosa que vivir como un buen hombre, y además desearía informarse en torno a él, ahora que sus vecinos le cama le veían su-

GAS EN EL ESTOMAGO ES DE CONSECUENCIAS, NO LO DESCUIDE

Recomienda uso diario de magnesia para vencer la perturbación, causada por fermentación de alimentos e indigestión ácida.

Gas y viento en el estómago acompañados de esa sensación de sofocamiento o lleno, después de las comidas, son evidencias casi inequívocas de la presencia de excesivo ácido hidroclórico en el estómago, creando lo que se nombra "Indigestión Ácida".

Estómagos ácidos son peligrosos, porque ácido en demasía irrita las paredes delicadas del estómago y con frecuencia conduce a gastritis, acompañada de graves úlceras en el estómago. El alimento se fermenta y se agria creando el gas afeante que dilata el estómago y estorba a las funciones normales de los órganos vitales internos con frecuencia afectando al corazón.

Es el peor desatino desatender tan grave condición o tratarla con digestivos auxiliares, que no tienen efecto neutralizante en los ácidos del estómago. En lugar de esto, con cualquier droguista obtenga un frasquito de Magnesia Divina y después de las comidas tome dos pastillas disueltas en un cuarto de vaso de agua. Esto expulsará del cuerpo el gas, viento y envaramiento, purifica el estómago, neutraliza el ácido excesivo y evita su formación y no habrá agrura ni dolor. Magnesia Divina en pastillas (nunca en líquido o leche) es inofensiva al estómago, es muy barata y la mejor magnesia para el estómago. La usan miles de personas que saborean sus comidas sin preocuparse más por indigestión.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción
Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes
"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUAREAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBUO de calcio
CEMENTO "Volcanite" "Colton"
CLAVOS de fierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANELAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos



HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90'
ZUNCHOS para cajones 1/2" 5/8" y 3/4"

jeto a pruebas... Había en la tierra otros peores que él. Nos miraba con los ojos desahentados, con el rostro bajo, casi como un mendigo... Fuera, escuchábase el paso del Ferrocarril de Cintura con la larga queja del silbato de su máquina. En la ventana temblaba el sol sobre las cortinas blancas, y durante un segundo se hizo el silencio. Verlaine, ahora, tenía el aire molesto. Quizás lamentaba sus anteriores quejas. Por lo general, era un hombre verdaderamente alegre.

Le habíamos traído dulces, que aceptó con aspecto divertido y con palabras de niño. Ahora le había vuelto su buen humor. Una o dos frases extrañas y sibilinas emitidas por sus labios quemados por el ajenjo, bastaron para dar algo de grandeza a aquel rostro de enfermo. Luego, volvió a ser el viejo pilluelo de todos los días.

Su conversación era viva, y sobre todos los temas. Hablaba de los unos y de los otros sin maldad, ciertamente, pero no sin malicia. Se le escapó una frase sobre Stéphane Mallarmé, que era entonces su rival de gloria... Después, Moreas recibió también un zarzapelo... En general, Verlaine detestaba a los estetas, y, a pesar de haber trazado a uno, tenía por falsa y absurda toda especie de "arte poética". Tenía horror de los hombres de principios, de todos los que formulan códigos y hacen catálogos de reglas.

Por lo demás, nunca se encontraba también como cuando se le permitía entregarse a su candida charla. Bajo un rostro agradable e ingenuo, era un soñador sin igual que en un tiempo de soberano maquinismo había sabido encontrar la sencillez más sincera.

En suma, tan pronto como uno se acostumbraba a sus modales vagamente hirsutos de vagabundo, a sus actitudes afectadas e intermitentes de profeta de Bohemia, se encontraba de pronto en comunicación con el sér más fino y más decidido que era posible conocer. En cuanto a sus graciosas y picantes salidas de tono, parecían entonces provenir de un espíritu casi angelical.

Las cosas más sencillas son a veces signos extraños. Fue así como una frase que nos dirigió Paul Verlaine y que, de momento, nos pareció sin alcance, me ha preocupado después largo tiempo. Le hablémos de su

próxima publicación. Debía ser de poemas de amor, poemas sobre una mujer, sobre una mujer de hotel amueblado y de cabarets de último orden, a la que se veía vagar en su compañía por las cervecerías, y que se llamaba Filomena. Esa mujer, criatura que ya envejecía, y que le daba la más dura existencia cuando por casualidad ganaba algún dinero, venía hasta el hospital para quitarle los cuartos. Verlaine, a pesar de todo, le guardaba su ternura. Los desventurados se adhieren a cualquier cosa. "Tengo el furor de amar", ha escrito, refiriéndose a él mismo. El amor por lo demás, se burla de las apariencias y encuentra su fuente en fondos invisibles.

—Mirad, nos dijo, quisiera hacer este libro. Al efecto, tengo ya algunos poemas. Pero todavía ignoro el título que voy a darle...

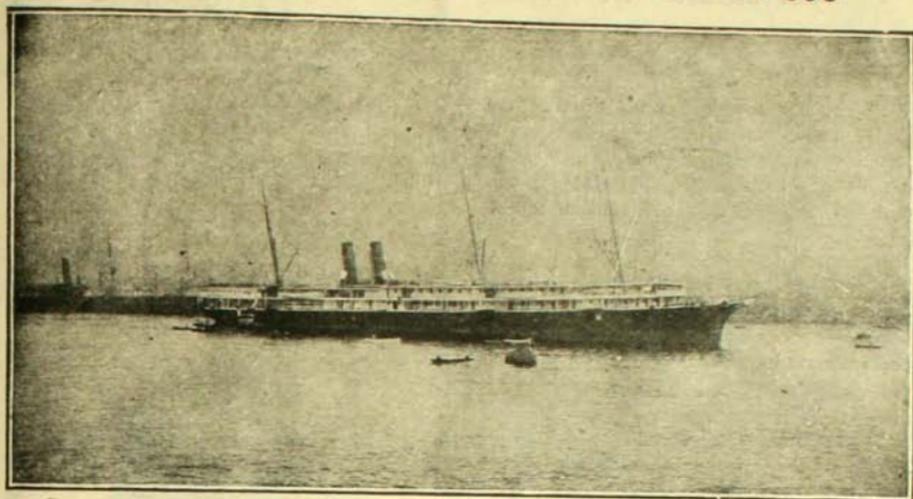
Ya desde entonces se presentaban dos a su espíritu. El uno era: "El Libro de Esther"; y el otro: "El Libro Póstumo". Y era este último título al que daba la preferencia. Le parecía descubrir en él algo macabro y burlón. Con las cejas arqueadas y los ojos sardónicos, volvía continuamente sobre aquel extraño título, pudiendo creerse que se divertía con nuestro inquieto asombro... Aquello ocurría aproximadamente un año antes de su muerte. Y todo el año, desprecupado y burlón, cuando se le preguntaba sobre su próximo libro, anunciaba así a "El Libro Póstumo..." Ahora bien, sucedió lo que tenía que suceder.

¿Es acaso que en secreto alguna vez le había prevenido?... ¿O bien, el demonio de alas tenebrosas se complacía, a guisa de irrisión, en hacerle predecir por sí mismo un fin en el que no creía y que, si le hubiera concebido, sin duda le habría espantado? ¿Somos juguete entre las manos de la suerte? ¿Se ríen de nosotros esas potencias oscuras, de las que tratamos de cortar el aliento y que, sin que nadie les haya visto, nos han va advertido muchas veces? Signos sutiles flotan en las menores cosas, y caminamos como ciegos, sin comprender nada del misterio que nos baña...

SAINT GEORGES ROUHELIER.

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

“HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aire:

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

SALIDAS DE VALPARAISO DURANTE EL MES DE OCTUBRE:

Vapor directo a New York: “Renai co”, el sábado 23 a las 4 P. M.—Vapores a Cristóbal (Canal de Panamá): “Aysen”, el miércoles 13 a las 4 P. M. “Huasco”, el miércoles 27 a las 4 P. M.—Vapores a Pimentel (Norte del Perú): “Maipo”, el sábado 2 a las 4 P. M. “Mapocho”, el sábado 16 a las 4 P. M. “Cachapoal”, el sábado 30 a las 4 P. M.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balearce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

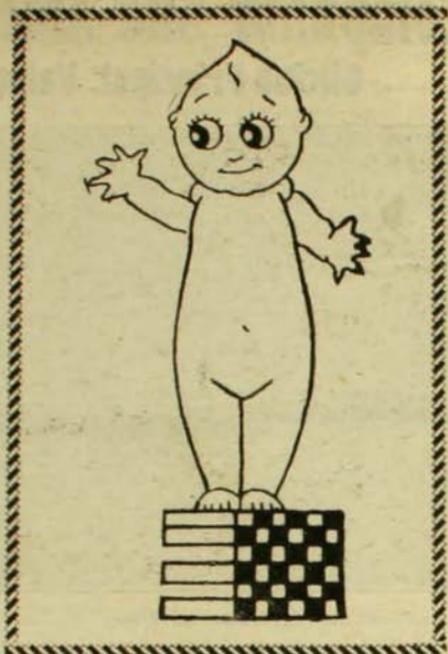
ONTRE PLAZA.
Director-Gerente.

El Kewpie, horrible caricatura del amor

El espíritu moderno tiene distinto modo de manifestarse hoy que en épocas lejanas sobreponiéndose una idea que no quisiéramos calificar de amoralidad y modernismo comparándola al sentimiento de antaño.

Más es lo cierto que la mente no puede hoy remontarse al infinito, soñar ni crear con la impalpable vida de la inspiración, porque las alas azules del ensueño no encuentran ya inmortal aliento, y a los suaves giros de la fantasía responden las risotadas de la turba, y la pedrea implacable de los que lo miran todo "con los ojos abiertos".

Para los que vivimos fuera de la hora actual con el corazón en alto; para los que nos ahogamos en esta enrarecida atmósfera de ambiciones, miserias, rencores; para los que no podemos aspirar el vaho de alcohol y lujuria que pasa en ráfagas brutales, para los que vemos a pesar de la brillante elávide que los envuelve, la corona que cubre los cuerpos de la desmedrada caballería andante moderna, pa-



El amor nuevo

ra nuestros ojos, que aún se detienen para mirar la ilusión que finge la nube, la hoja que mece la brisa, el cabrilleo de la luna en el mar, o el ramo de blancas campanillas que esmaltan la pradera, para nosotros es que surge asombrándonos el contraste existente en la época presente y la pasada, sobre sus ruinas silenciosas, cubiertas de yedras y de margaritas de oro, caminadores atónitos, volviendo los ojos asombrados del ayer al hoy. Y como una muestra de la degeneración actual, pasando por alto la desnudez del traje femenino, la apoteosis de las cortesanas y el río de alcohol que corre sin diques, como una muestra, fijemos nuestra atención en el muñeco de moda: el kewpie. La muchacha de ayer guardaba flores o mariposas entre las hojas de los Tres Mosqueteros y Oscar y Amanda; coleccionaba tacitas, llenaba los jugueteros de lindas figuritas de porcelana, e iba, cuatro viernes a la Iglesia a rezar a San Antonio, para encontrar novio, y colgaba de la lámpara de su cuarto a cupido representado en un lindo niño de biseuit con su blonda cabellera de oro, sus alitas azules, la blanca venda símbolo



El amor antiguo

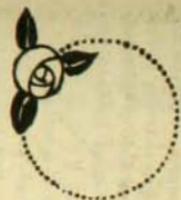
Novedades de Primavera-Verano
1920-1921

Corbatería y Sombrerería

Los Modelos de verano recibidos por estas Secciones superan en distinción y elegancia a cuantos se han ofrecido anteriormente.

Visite el primer piso de Gath & Chaves y elija su sombrero Canotier de paja y sus hermosas corbatas de estación.

Para conocimiento de nuestros clientes, avisamos con debida anticipación, que desde el 1.º DE NOVIEMBRE PROXIMO, junto con iniciar el horario de verano, nuestra Casa establece, para lo sucesivo, el cierre en los días sábados a las 12.30 P. M.



Gath
&
Chaves

de ilusión sobre los ojos, y el carraj portador de los dardos. La muchacha de hoy colecciona kewpies, llenando la casa de estas horribles caricaturas del amor. ¿Qué clase de amor representa este extraño y grotesco muñeco? La enorme cabeza calva, donde se alza a manera de cuerno de macho cabrío un mechoncito de pelo; los ojos abiertos, maliciosos, estrábicos, con una mirada lasciva; ojos que parecen mirar alguna escena de maliciosa galantería, la boca rasgada por una sonrisa cini-

ca e insolente, y aquella cabeza grotesca se sostiene sobre un cuerpo contrahecho, de un vientre adiposo que parece próximo a estallar saciado vaya Ud, a saber de qué glotonerías. ¡Y éste es el muñeco que representa el amor, y que lleva profanándolo, su nombre! Este es el horrible muñeco que acarician y miran las muchachas de hoy y que intrigadas nos preguntamos las viejas: ¿Qué clase de amor representará?

América BETANCOURT.

NOTICIAS DEL MUNDO CIENTIFICO

LA EFICENCIA DE LAS FACULTADES INTELECTUALES

Se ha observado que las condiciones cuantitativas del cerebro, es decir, su crecimiento, se verifican hasta los 13 y los 15 años en las niñas y los niños, respectivamente. Después de esta edad hasta los 35 años la masa encefálica realiza el desarrollo de sus condiciones cualitativas.

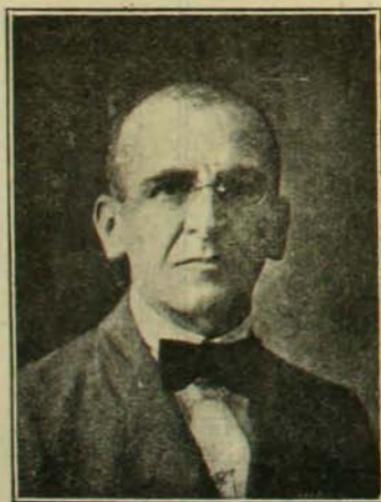
Esta edad puede considerarse por regla general, como el límite de las capacidades acumulativas intelectuales, y todo aquel, se-

gún la autorizada opinión del profesor de biología de la Universidad de Dallas, doctor Edward J. Menge, que no haya almacenado durante dicho lapso un acopio de conocimientos positivos, o que no haya recibido una influencia educativa, no podrá aprovecharse luego sino a costa de grandes esfuerzos y violentando su naturaleza.

Y del mismo modo que hoy se clasifican los retrasados y los idiotas, no por la edad del tiempo sino por la mental, diciendo, por ejemplo: este individuo representa un cerebro de diez años y este otro posee la capacidad mental que corresponde a un cerebro de doce, todas aquellas personas que se abandonan y dejan de estudiar en determinada edad, es muy probable que se queden intelectualmente estancadas en la correspondiente cerebral, o con más claridad, el que se abandona a los 15 años, seguirá viviendo con un cerebro de 15.

Es entendido que estudiar no quiere decir en este caso asistir a la escuela o al colegio, sino pensar e indagar sobre la verdad de las cosas. Hay hombres que estudian sin saber leer y tipos que leen sin estudiar.

Una de las grandes dificultades para formar la conciencia individual y social, depende indirectamente de ese abandono a que se entrega la mayoría de las gentes por no conocer el mecanismo del aparato nervioso y por la mucha ignorancia de los



Federico Calvo.

Tenemos siempre en existencia novedades en

DAMASCO DE SEDA PARA MUEBLES
CORTINAS INGLESAS.

"REPS" Y "POPLIN" PARA CORTINAS,
ETC.

Estos géneros se encuentran únicamente
en nuestro Almacén Principal.

MORRISON Y CIA

Calle C6chrane

Valparaiso



maestros y educadores sobre la naturaleza de los fenómenos intelectuales.

Si éstos supiesen que el índice craneano de los niños aumenta en razón directa de los conocimientos positivos que almacenan y que la moderación del ejercicio mental tiende a mejorar considerablemente la plasticidad del aparato nervioso, no seguirían atiborrándose de conocimientos innecesarios y falseados, ni mucho menos obligándoles a tareas forzadas.

La estupidez reinante se fabrica generalmente en las escuelas y colegios; en cambio, los analfabetos demuestran generalmente mejores aptitudes y un criterio menos desnaturalizado.

Dice el profesor Menge que hasta las cosas inanimadas reaccionan maravillosamente de acuerdo con los hábitos adquiridos. Un violín, por ejemplo, acostumbrado a las sonoridades que le imprime una mano maes-

tra, pierde todas sus cualidades instrumentales cuando cae en las de un chambón.

Las grandes sonoridades, del diapason nervioso pueden quedar completamente apagadas por la influencia de maestros incapaces y por el suministro de conocimientos falseados e inverosímiles.

Y si tales enseñanzas se han suministrado durante el tiempo en que las funciones cerebrales se limitan a la acumulación, es lógico que a la hora de las funciones de combinación y aplicación, la inteligencia tiene que producir muchos despropósitos.

Abstractar no es otra cosa que disociar ideas, y quien no las tiene bien formadas y bien adquiridas no puede permitirse estas labores intelectuales sino a riesgo de disparatar y de caer en toda clase de equívocos y sofismas.

La obra de los literatos y escritores hispanoamericanos, con excepciones muy contadas, comprueba a cada paso los inconvenientes de la mala acumulación cerebral. La literatura política es un verdadero muestrario de extravagancias y de hipérboles; el foro parece que fuera la escuela del sofisma, y las tareas legislativas son la expresión de graves desaciertos.

Todo esto debido a la falta de cuidado en la acumulación cerebral durante el tiempo de las tareas escolares y luego al abandono instructivo a que se entregan todos aquellos a quienes han perjudicado los regímenes lectivos privándoles para las complacencias de la legítima abstracción. A nadie le provea construir cuando carece de los materiales necesarios y en relativa abundancia, y las tareas del cerebro de los 35 años en adelante son esencialmente constructivas, cuando este órgano se ha desarrollado normalmente y al influjo de una sabia dirección.

Tanto es lo que los institutores y educadores han abusado de las facultades mentales, que ya los mismos estudiantes han principiado a notar los estragos de semejantes procedimientos, declarándose en huelga y obligando a los profesores y maestros incompetentes a tomar el olivo y buscarse la vida en quehaceres menos perjudiciales para los intereses individuales y sociales.

COMO ACABAR LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Consejo saludable a los que temen caer sordos

Aquellos que van oyendo con dificultad y que experimentan algo así como una presión molesta contra los tímpanos, acompañada de ruidos sordos y confusos en la cabeza, parecidos al fragor de una cascada lejana o al de un escape de vapor, deben tomar medidas prontas y eficaces que paren esto. Con zumbidos de éstos es como casi siempre empieza la sordera, parcial o total, y de ellos padecen constantemente la mayoría de los sordos. A veces estos ruidos se hacen tan insoportables y ofensivos al sistema nervioso, que casi enloquecen al paciente y pueden acarrearle hasta una ostración nerviosa.

Gracias a un notable medicamento, ya se puede mitigar la severidad de estos zumbidos y con frecuencia disiparlos por completo, y con esto mejorar muchísimo el oído y hasta restaurarlo del todo. El remedio se prepara fácilmente y es el tratamiento más eficaz que hay para esto. Comprar en la botica un pomito con una onza de *Parmenta* (Doble Fuerza), llevarlo a casa, añadirle 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar granulado, batirlo hasta que se disuelva y tomar una cucharada de las de postre cuatro veces al día. *Parmenta* se usa de este modo no sólo para reducir por acción tónica la inflamación en las trompas de Eustaquio, igualando así la presión del aire sobre los tímpanos, sino para corregir todo exceso de secreción en el oído medio, y sus resultados son generalmente prontos y efectivos.

Todo aquel que tenga catarro, en cualquier caso, debe probar esta preparación.

NUESTRA PORTADA

Arte Español, la
obra del pintor
Juan Cardona.

:: ::

SUMARIO

:: ::

	Págs.
DOÑA ROSA ESTER RODRIGUEZ DE ALESSANDRI	283
ORIGEN DE LA PROPIEDAD	285
ARTE ESPAÑOL, por Juan Ciervo	292
EL PREMIER ITALIANO GIOLITTI	301
LOS HUERFANOS DE LA GUERRA EN ALEMANIA, por M. White	305
CRONICA LITERARIA, por Hernán Díaz Arrieta	309
EL MES TEATRAL, por K. Marín	316
RESPECTUOSAS INDISCRECIONES, por Al- berto Echaverría	319
LA DANZA ENTRE NUESTROS NIÑOS	324
UN HOMENAJE A PALACIOS VALDES, por J. Ortega Munilla	326
PERSONAS CONOCIDAS LLEVADAS A LA NOVELA, por Eugenio Labarca	329
REDENCION, por Osvaldo Wildridge	333
LA TIERRA SANTA REDIMIDA PARA SUS HIJOS, por Luis Singer	343
LOS QUE NO VAN A LA FIESTA, por Juan Guzmán Cruchaga	349
UN ROMANTICO OLVIDADO, por Armando Donoso	351
LA PAZ, por Abel Hermant	351
EL MISTERIO DEL LIBRO GRIS, por A. E. W. Mason	359
FEMENINAS, por Vieille Amie	367



Doña Rosa Ester Rodríguez de Alessandri

SEMBLANZA POR EL CURIOSO IMPERTINENTE

Si por extraño accid en te pudiéramos mirar hacia Chile desde algún planeta lejano, y observáramos desde allá cuanto en el país sucede como a través de anteojos de teatro invertidos, es decir, todo chiquitito y embellecido por el misterio que crean las distancias; si fijáramos nuestra visual en el Palacio de la Moneda y aguardáramos hasta sorprender lo que en él acontecerá el 24 de diciembre; y si reacionáramos, por último, las incidencias ciudadanas nuestras, con la historia espiritual del mundo, creeríamos que Chile, como un niño grande ha-



Señora Rosa Ester Rodríguez de Alessandri

bía dejado su zapaticito a la puerta claveteada del Palacio, para que el viejo Noel depositara allí, al pasar con obsequios en la Noche de Pascua, una princesa hecha de milagro: toda ella ambarina, blanca de corazón, con ternura de madre y hasta con terauras de abuela no obstante su juventud, con energías férreas en caso de desgracia o de incertidumbre, y con dulzuras y oportunidades para el género humano, en medio del cual sue'le ocultarse un enemigo.

Y lo más halagador de todo esto que parece fantasía, es que, en realidad, al expirar

el año, entrará a la Moneda una mujer excepcional con rasgos que coinciden con esa princesa soñada: doña Rosa Ester Rodríguez de Alessandri será desde entonces la primera señora del país, es decir, pasarán a la evidencia general, adhiriéndose a la conciencia colectiva, sus virtudes, mantenidas hasta ayer ocultas, si así pudiera decirse, para deleite sólo de los suyos, y puestas hoy de relieve para ejemplo y enseñanza de las demás mujeres de Chile.

Y esto que a quien no la conozca pudiera parecerle exagerado, es fácil de constatarse a ojos vista con sólo contar que la esposa del Presidente Eleeto de la República ha ocupado lo que lleva vivido de su vida, exclusivamente, en ser toda ella afecto, apoyo, consejo y dulzura, junto al hombre de batalla que la ha conducido por la existencia y cerca de los hijos esforzados que han educado conjuntamente.

Y si la esposa y la madre han florecido en ella con caracteres excepcionales, bien merece esta señora por ello más que por nada, más aún que por compartir la situación de S. E., ocupar el primer sitio entre las mujeres del país. Felicitémonos, pues, de que pase ella al histórico palacio y de que en él continúe la tradicional serie rara vez interrumpida de Presidentas que sólo supieron de política para suavizarla, para hacerla menos candente, para aplacarla con mano de ángel; felicitémonos de que doña Rosa Ester Rodríguez de Alessandri traslade desde su residencia de las Delicias al Palacio de la Moneda su rico bagaje espiritual y vaya dispuesta a ofrecer al país el santo regazo con que ha hecho la felicidad de sus íntimos. Recuerde ella que de la noche a la mañana y como por milagro en miles de seres ha aumentado su familia, vea en cada uno de ellos un venerador y esté orgullosa—orgullosa dentro de lo que ella pueda estarlo.— de ser el espejo lim-

pido en que una nación se mira regocijada. Y si alguien no la quiere de veras, que no se afane: será aquel que si bien no le importa saberse feo, a la inversa de la vieja de la leyenda que disparó lejos la luna espantada del reflejo de sí misma, sentirá, en cambio, vergüenza, al comparar su propia miseria de hombre con la altura moral de una mujer: de una mujer que ha sido alma, brazo y perdón en horas crudas. Encarnará ella, pues, elevado ejemplo permanente, y cuando cinco años más tarde sea sensible la elevación espiritual ambiente de Chile, no será seguramente ajena doña Rosa Ester al ósculo regularizador y equitativo que refrecará las energías y las actividades nacionales.

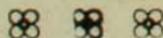
Y si no esperáramos hasta mañana y fuera hoy en día alguien al hogar de don Arturo Alessandri y sorprendido ante el conjunto que ofrecen un padre eminente e hijos que van en camino de serlo, preguntara a doña Rosa Ester después de mucho cavilar:

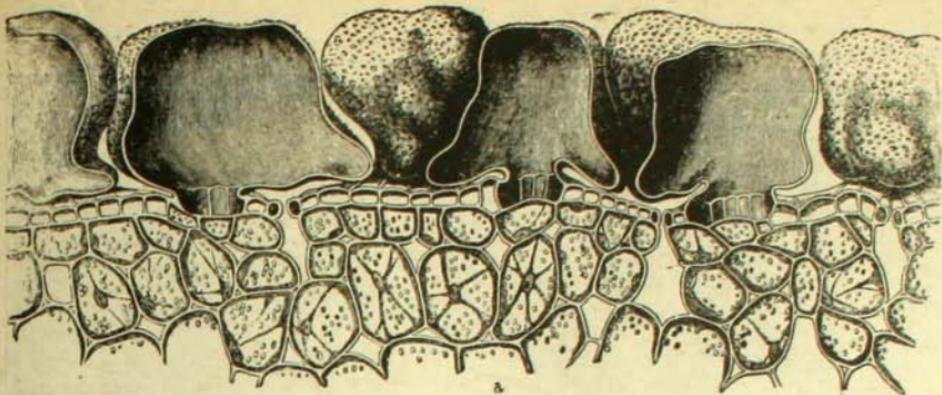
—Y usted, señora, ¿a qué dedica especialmente sus actividades, actividades que como las de todos los suyos, serán seguramente extraordinarias?

—Si alguien fuera, como digo, e hiciera tal pregunta, doña Rosa Ester podría contestar, como la esposa de Lombroso a aquel cronista que la sorprendió rodeada del marido genial y de los hijos ya sobresalientes, podría contestar, entre modesta y orgullosa:

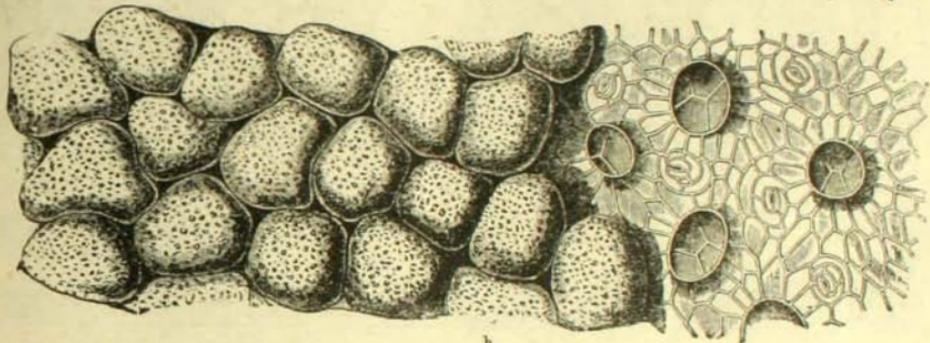
—Yo, señor, yo soy la madre...

Y hasta el propio don Arturo Alessandri sentiría seguramente en ese instante con mayor intensidad que nunca, la superioridad de la compañera de su vida, de la compañera que acaso ha sido para él también y no sólo para sus hijos, la madre que nunca desmaya en la conquista del porvenir de los suyos y que da sangre y vida sonriendo siempre.





a



b

Depósitos de agua de la *Rochera Falcata*.

ORIGEN DE LA PROPIEDAD

LAS PLANTAS, AVES, INSECTOS, MAMIFEROS, PROPIETARIOS NATURALES.—COMO ELLOS, EL HOMBRE

El criterio científico se ha abierto ya paso considerable en la marcha de la sociedad. Comienza a servir de base para la información de los criterios y llega hasta presidir la confección de las leyes. Sin embargo, la influencia de las opiniones metafísicas y juristas que durante tantos siglos ha moldado la mente humana, se conserva tan viva como para entorpecer aún las resultantes que nacen de los hechos mismos. Karl Marx negó el derecho de propiedad y como él muchos otros asintieron a esta doctrina. Los economistas

trataron de refutar las antedichas opiniones y formóse entre uno y otro bando una polémica tan casuística y arguciosa como aquellas en que ocupaban su tiempo los monjes de la Edad Media. Los hechos, la única razón de ser de las leyes, eran tomados bien poco en cuenta en esta curiosa discusión.

Leroy-Beaulieu y otros, supieron a veces divisar la única doctrina verdadera, aquella que hace desprender el derecho de propiedad de la naturaleza misma. Luego vinieron en ayuda de los ideólogos los na-



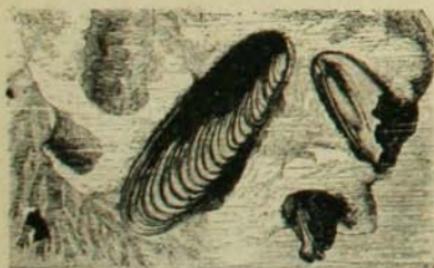
Higuera con sus raíces aéreas

turalistas y pusieron de relieve aquellas costumbres y peculiaridades de animales y plantas que acusan la tendencia a la propiedad en todo el conjunto de los seres que habitan el planeta. A pesar de todo, todavía hay gentes que desprecian la realidad misma y continúan planeando en su elevada esfera del jurismo y del raciocinio. Son algo así como el baturro que mordiendo un pedazo de jabón decía: "Tiene gusto a jabón, pero es queso".

El fenómeno natural que podríamos lla-

mar de propiedad se observa en la acción que desarrollan las plantas y los animales para obtener reservas nutritivas, en la explotación de un territorio determinado para entregarse a la caza y en la construcción de abrigos y viviendas. Estas formas de propiedad se manifiestan individual, familiar o colectivamente.

No entraremos en el detalle de los numerosísimos casos de propiedad que presentan las diversas especies de plantas y animales y nos limitaremos a citar aquellos tipos que reúnen mayor interés.

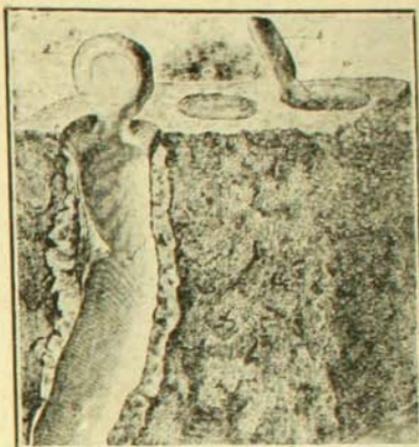


Moluscos guarnecidos en las rocas



Anispa terrestre y su nido.—A la izquierda los almacenes de provisión

Existen, y ello se observa especialmente en los bosques, árboles y plantas que tienen su ramaje en forma determinada para impedir que el sol vivificante llegue hasta aquellos otros arbustos que luchan por brotar en el mismo terreno. Ahogan de esta manera a los competidores de las materias alimenticias que contiene la tierra y establecen así una especie de propiedad en el sitio en que viven. La Plántula de Pens-témón posee filamentos que se extienden y que constituyen una considerable de-



Nido ed la araña Mygale con su tapa



Familias de camalen en su territorio de caza

fensa contra los rivales que puedan brotar a sus costados.

La higuera multiplicante lanza desde lo alto de su copa raíces que llegan hasta la tierra, se endurecen y apoyan el ramaje de manera que éste pueda extenderse en considerables extensiones. El árbol ocupa así un gran metraje e impide que el sol penetre para dar vida a cualquiera otra planta.

La especie llamada *Rochea Falcata* posee

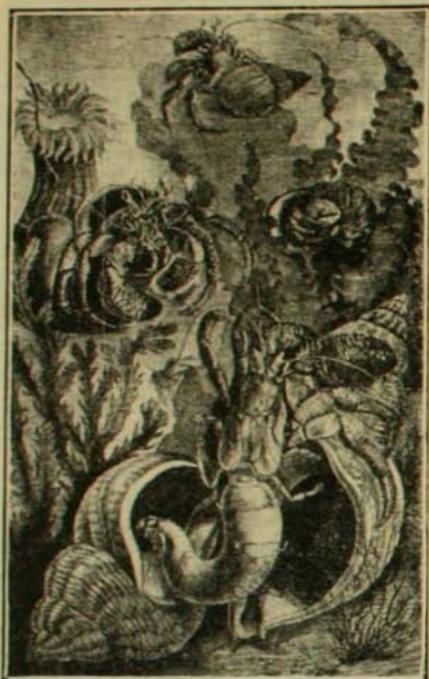
verdaderos depósitos de agua que le sirven para mantenerse en las épocas de sequía. Estas reservas nutritivas son de propiedad del vegetal.

Las orquídeas que viven adheridas a otros árboles forman por sí mismas el terreno nutritivo en que se basan.

Entre los moluscos puede observarse que oradan las rocas para introducirse en ellas y abrigarse de esa manera contra los peligros que puedan presentarse para la vida del animal. Los gusanos forman verdaderas galerías subterráneas donde habitan libres de toda sorpresa y de todo ataque.



Nidos de anguila común



Un Pagure cambiando de concha

Los insectos son probablemente los más interesantes creadores de la propiedad. Las avispas construyen en los árboles grandes nidos hechos de hojas secas, tierra y desperdicios y los cubren de púas que impiden a otros tipos del reino animal atacar esas viviendas.

Los moscardones aprovechan como almacenes de provisión los nidos rotos por las larvas que han iniciado la vida adulta.

De las abejas no vale casi la pena hablar ya que sus costumbres son tan conocidas y han llegado a ser la base de obras de mundial reputación como la Cuarta Geórgica de Virgilio, los estudios de Henri Fabre, la célebre producción de Maeterlinck, etc. Los antiguos cantaban a las abejas del Monte Ida, que alimentaron a Júpiter, y a las de los Montes Ibla e Himeto. Krishna se haya representado con una abeja azul sobre la frente. En la mitología védica las abejas representan también gran papel. En una palabra, el

desarrollo de la propiedad colectiva en estos insectos es tan considerable que ha ocupado la atención de los hombres desde los más remotos tiempos.

Las hormigas construyen viviendas tanto subterráneas como a flor de tierra. Estas últimas simulan inofensivos montones de hojas secas y desperdicios. Infeliz del caminante que, distraído, destruye al pasar una de tales construcciones. Inmediatamente brotan millares de millares de enormes hormigas que atacan furiosas el pie del ofensor, trepan por sus piernas y le producen molestas picaduras.

En el interior de estas viviendas se observan, en ciertas especies, hechos curiosísimos. La llamada hormiga de miel tiene un abdomen dilatado en el cual se almacena ese alimento para los días del invierno. Se las ve colgadas de las paredes de sus hormigueros con el cuerpo redondo como una bolita repleta del dulce líquido.

Las arañas peludas que conocemos en nuestros campos construyen cuevas que se cubren con una masa de hojas y basuras. La propietaria entra en su habitación, cierra su puerta y vive así libre de toda acechanza.

Las telarañas constituyen también un indicio de propiedad.

Entre los crustáceos, el más interesante en el orden que nos ocupa, es aquel que los franceses llaman Pagures. Este animal habita las conchas abandonadas, y cambia de domicilio a medida que crece y que sus necesidades son mayores. Durante su vida



Nido de amor de una chlamydera

tiene que luchar ardentemente para la conservación de su propiedad, pues posee un enemigo formidable, la esponja *Suberitis Domuncula*, que se fija sobre la concha que él habita; crece ahí y se desarrolla hasta obligar al crustáceo a deménager.

Entre los peces se cuenta la anguila común que construye hoyos en la arena. Existe un tipo de congrio que procede en la misma forma.

Se cuentan tipos de peces que hacen verdaderos nidos sobre las plantas marítimas.

Entre los batraquios figuran los camaleones que establecen campos de caza, que no abandonan durante largo tiempo.

Los reptiles cuentan entre los fundadores de la propiedad a los caimanes que la establecen sobre considerables extensiones de terreno donde reposan de las fatigas ocasionadas por la lucha diaria.

Probablemente los rasgos más curiosos en materia de propiedad natural se encuentran entre las aves. El pájaro carpintero fabrica numerosos huecos en los árboles y deposita en las galerías bellotas que le han de servir de alimento. El nido del Ortotomo es una maravilla de paciencia.

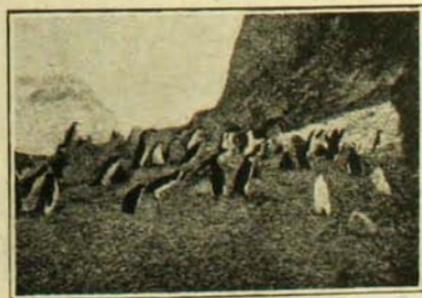
Hay aves que podrían denominarse artistas. Se encuentran algunas que embellecen el sitio de sus amores con toda clase de objetos: conchas, huesos, utensilios diversos, etc. Estos sitios de luna de miel son escogidos de antemano con extremo cuidado y luego después se les ornamenta con galana finura. Como ejemplo de esta propiedad colectiva podemos citar, a los



Nidos de Baltimore vulgar

pingüinos, que habitan extensiones de territorio en las cuales moran y viven como un verdadero pueblo.

Los mamíferos ofrecen ejemplos maravillosos de la idea de propiedad. El topo ejecuta verdaderas construcciones sumamente ingeniosas dentro de las cuales deja deslizar tranquilamente su vida como un burgués conciente de sus derechos. El topo explota cierto terreno para la caza y su habitación se encuentra a bastante distancia de ese campo de actividad. Ambos sitios están unidos por un corredor subterráneo muy estrecho. La morada del topo se encuentra siempre en un sitio escondido y de difícil acceso y se compone de galerías que se entrecruzan de mil maneras. En el momento de los amores el macho fabrica nuevos caminos oscuros para llegar hasta donde descansa el objeto de sus ternuras. El escritor Blasius describe el topesco palacio en la siguiente forma: "Del dormitorio parten tres conductos que se dirigen hacia la altura oblicuamente, se



Ciudad de pájaro-niños



Verdaderos nidos humanos entre los indios Papons de Nueva Guinea

aldren en el corredor circular interno; éste se une por el corredor circular externo por cinco o seis galerías descendientes que alternan con las primeras. De ahí parten ocho o diez caminos en forma de rayos que van en todas direcciones y siguen una curva que concluye en el corredor principal. Una galería de seguridad va hasta el dormitorio, se encorva más arriba y desemboca en el conducto de ventilación. En el dormitorio existe un lecho formado de hojas, de yerbas, de musgo, de paja y de pequeñas raíces. A veces el propietario tiene alojados contra su voluntad. Sapos, lagartijas, musarañas, descubren el regio palacio y resuelven albergarse en él. Todo va bien mientras el propietario no los descubre, pero la suerte de los intrusos es angustiosa si llegan a ser sorprendidos. Los topos cazan tres veces por día: en la mañana, en el mediodía y en la noche. Recorren, pues, seis veces su galería principal".

Las marmotas presentan caracteres muy interesantes bajo el punto de vista de la propiedad colectiva y de la vida social.

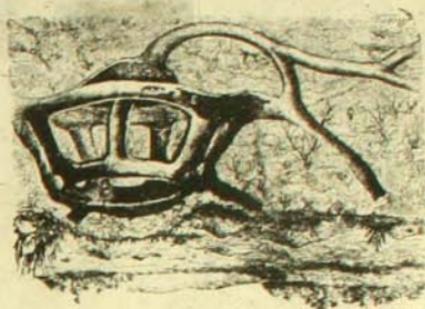
Oradan pequeños territorios en el verano y muy extendidos y profundos en el invierno. El verano, dice Tehudi, se desliza alegremente para ellas. Al nacer el día los ancianos salen de sus guaridas, asoman la cabeza con precaución y atisban por todos lados para asegurarse de que no pasa nada de extraordinario en la vecindad; al fin, osan dar algunos pasos y proceden a almorzar. Esta comida se hace ligeramente. La verde yerba y las hermosas flores de los Alpes hacen el gasto principal. Se les ve inmediatamente desaparecer hacia sus sitios de refugio. Mientras todo esto acaece, los ejemplares jóvenes siguen de cerca a sus padres. Si las circunstancias no ofrecen peligro, los pequeños se sitúan en el círculo sobre una piedra lisa, bien expuesta a los rayos del sol y lo más cercana posible a la vivienda. Es entonces de ver cómo se inician los juegos que consisten en peinarse, rascarse, hacerse el tocado, coquetear, apoyándose sobre las patas traseras. Mientras la juventud se entrega a su loca alegría, la ancianidad vigila y basta la presencia de cualquier figura sospechosa para que se deje oír una especie de "bido claro y fuerte... Las marmotas es-



Rua de indios del Congo sobre pilotes



Indígena Kabambaré (Congo)



Una topera

tablecen sus moradas de verano en los prados que rodean a las rocas. Las cabernas tienen comunmente tres a cuatro pies de profundidad, las galerías son estrechísimas y conducen a una habitación central que es amplia.

Hechos que significan el instinto de la propiedad se encuentran, puede decirse, en casi todos los mamíferos: los zorros, los conejos, los perros, los bisontes, los castores, los caballos salvajes, etc., etc., de

modo que casi no vale la pena insistir en ello.

Las primeras formas de la propiedad en el hombre son casi idénticas a aquellas que se observan en los animales: cabañas colgadas de los árboles, chozas que semejan nidos, campos de caza que se ocupan y desocupan por diversas tribus, graneros primitivos que se asemejan a las reservas alimenticias de seres inferiores.

La propiedad, después de estudiar las formas diversas que presenta, no significa un derecho abstracto, sino que es un hecho que acusa la naturaleza y que las leyes, si han de ser estables y científicas, no pueden dejar de contemplar.





Altar de Mayo.

ARTE ESPAÑOL

LA OBRA DEL PINTOR JUAN CARDONA

Por JOAQUIN CIERVO

En conjunto, la sensación que produce la pintura de este exquisito artista es la esplendidez y alegría de vivir, llegando a tal grado de identificación su arte con el sentir hispano que es imposible separarlos sin quebrar la unidad, el pensamiento inicial y su desarrollo en el lienzo.

Tal vez los cuadros de Cardona se-

ducen tanto por su legitimidad española, pues dondequiera que los veamos, siempre nos hablarán de una raza de pintores que está en posesión de una extensa y bien aprovechada cultura artística, amén de que sus exposiciones simbolizarán con toda verdad un trozo de España.

A través de tales composiciones per-

cíbese cristalina palabrería y aroma de flores, que el aire trae con el eco de las canciones, prestándoles poderoso encanto y atractivo dominador.

Pocos pintores hanse apropiado el feminismo castizo como el que nos ocupa; su pintura tiene la lozanía primaveral, apareciendo briosa por la seguridad que caracteriza la línea y magnífica de entonación en la indumentaria, colmada de delicadezas, de detalles primorosos que acusan singular fibra.

Ataviados con las típicas galas de cada región, presenta Cardona esos cuerpos de mujeres jóvenes, un tanto enigmáticas, valencianas y andaluzas, luciendo sus gráciles talles unas, otras envueltas en el pañolón de Manila cuajado de flores y orlado con amplio fleco, destacando las bellas cabezas entre alarde tanto de polieromía.



Naranjera andaluza



La Maja del Abanico

Impregnados estos bustos de un sabor popular esplendoroso y en ocasiones cándido, recatado, sobre la blancura del óvalo o bien sobre la tez morena destaca el calenturiento brillo de la mirada, armonizando con el pelo, que, cual fragmento de seda, despide fulgores en su tonalidad de azabache que contrasta con los dientes marfilinos.

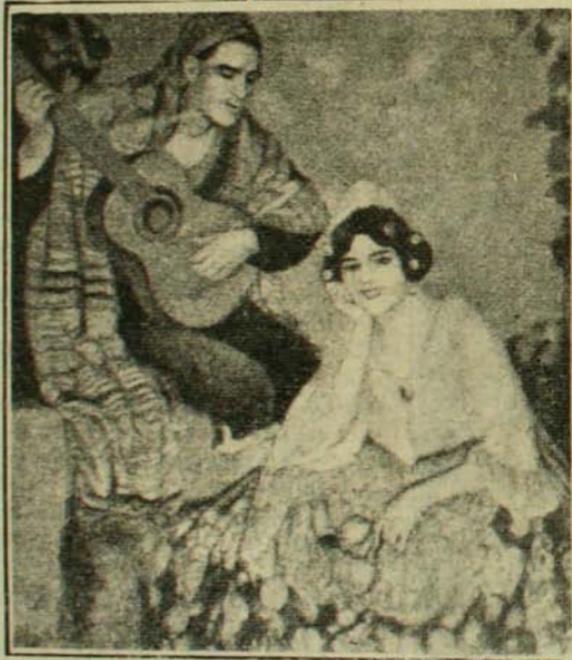
En su última exposición, celebrada en el Salón Parés de la ciudad condal durante la segunda quincena de marzo último, nos regaló Juan Cardona con la representación de una maja que por tocado ostenta airosa mantilla de tono claro, comprendio de la destreza de su pincel, y con una gitana que luce otra de madroños. **La Maja del Abanico** ofrece ya resuelto un problema de color marcadamente atrevido, pero que resulta armónico por la distinción de la gama, mien-

tras que la citada **Gitana de los madroños** es sobria y de unidad rara en la obra general del artista, siendo, a mi juicio, un notable lienzo.

También sobresalen en **La buenaventura** varios fragmentos, por ejemplo, el pañuelo que cubre los hombros de la gitana, mozueta encantadora, estupendamente pintada, como asimismo opino, respecto a técnica, del cuadro: **El chu-**



Frutas y flores



La copla

rumbel, quizás el más valiente y vigoroso, conciso y admirable; haciendo oposición por sus tenues matices, por su diafanidad, son dignos de todo elogio los titulados: **Primavera (Valencia)** y **Frutas y flores**, en los que la vista descansa complacida y preparada a la contemplación de la **Naranjera andaluza**, pintura de singular calidez y valentía en la expresión, produ-



Primavera (Valencia)

to de sagaz observación ante el modelo.

De las composiciones: **Altar de Mayo**, **Un piropo** y **La copla**, diré que ésta es altamente decorativa y bellamente compuesta; la misma opinión puede prevalecer con respecto al **Altar**, donde no se sabe qué encomiar más, si la disposición de las tres figuras, la relación de valores o los acertados efectos que tan brillante paleta

dejó plasmados en la tela con sello personal.

Singulares dotes, reveladores de claridad de entendimiento, vislúmbrense en: **Un piropo**, retonzona escena llena de vida, donde asoma, a modo de madrigal, la cuchufleta dedicada por la satisfacción rebosante en dos jayanes viejos a las coquetuelas mozas, adivinándose que lanzan al aire con su risa los ex-



La Rosa

temporáneos requiebros. Cardona pinta la mujer, pero no por ello son menos notables los tipos de hombres.

Los tipos de hombres interpretados por Cadorna son muy verídicos; el natural lo resume todo, pero el artista sabe imprimirles extraordinario carácter, sin desdeñar,—lo que constituye su peculiar **manera**,— el detalle modelado entre la amalgama del complejo colorido, dentro de una tónica de gran brillantez; tal ocurre en **Un piropo**, en **La Copla** y en la figura que denomina **El coplero**.

La obra general de Juan Cardona es depurada; venciendo dificultades, logra patentizar manifestaciones de belleza artística; más que pintor es un artista de la vida, y en totalidad, su pintura y invita a observar el lado plácido de la existencia, por lo que resulta su obra altamente educadora,

pues nos hace apetecer la belleza y apreciar una faceta más o menos curiosa del indumento femenino.

No menosprecia el dibujo ni abandona el estudio, viniéndose a definir en el análisis de su labor que está dotada de sólidos cimientos. Cardona tiene, a no dudar, muy presente que, por encima de todo, está el manantial de la expresión de la vida, que toma forma en virtud del colorido, hoy señor del arte e inspirador de todos sus cultivadores, por lo que el pintor actual ve en él su **desiderátum**.

Nuestro pintor es gran colorista por temperamento, y no de ahora; recordémosle en su magnífico cuadro: **Palco florido**; producción capaz por sí sola de patentizar tan codiciada cualidad; allí la graduación de color está sabiamente definida, modeladas con gran cariño las cinco atrayentes



Palco florido



Un piropo

figuras de muchacha, acusando el todo una mano sencillamente maestra al trazar tanta divergencia de tonos y tan bellamente unidos, que, relacionándose pasmosamente, revelan sólido tecnicismo.

Los fondos, casi compendiados en las rosáceas nubes preñadas de sutileza, semejantes a nimbos, no distraen en lo más mínimo y vienen a ser complemento del pensamiento del artista, que tiende hacia la nota decorativa.

Otro aspecto del arte de Cardona, diferente en su psicología de la masa de sus cuadros, es la interpretación de la mujer gitana macerada por la maternidad, envuelta y envolviendo a la vez en el mantón de alfombra, —ajustado al cuerpo con insuperable donaire,—al pequeñuelo, al **churumbel**; preocupa al autor el momento en que

devotamente, amorosa y casi extasiada, la madre contempla a su hijuelo. Cabecitas difícilísimas de suyo para la interpretación pictórica, y que en los cuadros: **El beso**, **El churumbel**, y el que en su estudio el pintor está terminando, ponen de manifiesto la solidez de la estructura y la seguridad al fijar en la tela esos niños de tez bronceada y de ojos de negra pupila.

Transeurría el año 1900 cuando Juan Cardona, animado por la fe que tenía en el logro de sus aspiraciones y acompañado únicamente de una colección de dibujos originales, ausentóse de Barcelona, su ciudad natal, para acercarse en París.

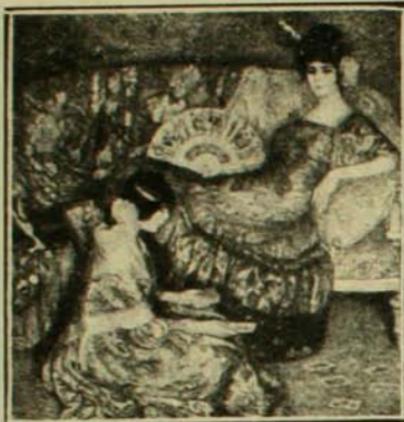
Halagüeña fué la acogida que la capital de Francia hubo de dispen-

sarle, y a poco franqueaba ya las redacciones de las más importantes publicaciones parisienses, en las que colaboró desde entonces asiduamente. **Le Rire, Sourire, La Vie Parisienne** y otras varias adquirieron sus dibujos; poco después, en otros países, las páginas de las mejores también ostentaron su firma, que pronto fraternizó con las más renombradas.

Simultáneamente, Cardona pintaba para él, para complementarse, y tomaba apuntes en puntos concurridos de la gran metrópoli, documentándose en aquel ambiente de riqueza y cosmopolitismo. Siempre a la zaga de tipos nómadas, estudiaba especialmente en sus mujeres las costumbres de los suburbios, tentación, imposible de vencer particularmente en los primeros tiempos de residir en París y muy conveniente, sin duda, para todo dibujante que quiere ser conocido. A los cuatro años de permanencia en la capital francesa el joven artista presentó en el **Salón d'Automne** con su obra: **Avant la fête**, que adquirió el Estado, destinándola al Museo del Luxemburgo.

Animado por tan franco y espontáneo éxito, decide emprender un viaje por España y en ella escoge entonces sus asuntos, con los que tantos lauros ha conseguido.

Es muy justo consignar ahora un hecho acontecido en ocasión de exponer Cardona, su primera obra en el salón, porque pone de manifiesto la



La buena ventura

valía de nuestro compatriota, reconocida por la nación hermana. Expuesto el cuadro: **Avant la fête**, el coleccionista M. Blanc compró en el Salón, pero el conservador del Luxemburgo, y a la sazón adjunto del Comité de compras para los museos del Estado, M. Benedite, solicitó de aquel inteligente aficionado

la transferencia de la pintura mentada y fué amablemente complacido, a condición de que el artista le pintara otro cuadro, como así lo hizo Cardona durante su breve estancia en España, enviando a M. Blanc, con destino a su galería: **La dama del chapín**.

Noble proceder por parte de M. Blanc, que para no dificultar en sus felices comienzos la carrera del artista, sacrificó su capricho y no se opuso a la demanda del Comité. Al afortunado pintor le eupo la satisfacción de escuchar de labios del propio señor Benedite estas palabras, dichas con honda sinceridad: "Felicito a usted, Cardona, por tener un cuadro en el Luxemburgo es un honor no asequible a todos, y, al mismo tiempo, me permito aconsejarle que prosiga por el buen camino que ha emprendido y del que debe estar satisfecho."

Pasando temporadas en su tierra nativa, trabajando siempre, y regresando a París, llega nuestro artista al 1913, en cuyo año fué nombrado jurado en el **Salón d'Automne**, a la vez que ingresaba en el mismo en calidad de **sociétaire**.

En el año indicado y el siguiente

su nombre adquiere resonancia y la cotización de los cuadros de Cardona aumenta paralelamente a su fama. Envía nuevas obras al Salón de la **Nacional**, a la Sociedad de Pastelistas de Londres, al Salón des peintres orientalistes; exhibe otras en la exposición internacional de Niza, en Berlín, Gante y Turín; en Londres le vemos representado en la exposición Brighton de arte español, como también en Madrid y Barcelona; más tarde figura en las manifestaciones artísticas de los Estados Unidos, en San Francisco y San Diego.

El cuadro que tituló: **Paquita** y que estuvo expuesto en un certamen de Niza, lo guarda desde entonces el Museo de esta hermosa población de la Costa Azul, merced a la cesión que le hizo el Estado francés, que lo adquirió al efecto, y **El vendedor de sorbetes** luce en el Círculo Artístico de la misma localidad.

Los italianos confirmando los éxitos del ya ilustre pintor español, le otorgaron en Turín un premio de honor.

Progresivamente sigue Juan Cardona con tenacidad el camino que se impuso, interpretando lo suyo a su manera y entrando en el grupo de los artistas admirados.

Aquí, en el suelo peninsular, logra también señaladas distinciones, y las numerosas reproducciones de sus lienzos que avarecen en revistas mundiales, nacionales y extranjeras, nos informan cumplidamente de la continuidad de su producción.

Este artista es harto modesto,

tanto que a pesar de su triunfal camino vive retraído, hasta el punto que se ha dejado absorber por su arte; pinta mucho, aprovechando todas las horas de luz diurna (hasta ahora no ha pintado con luz artificial), y cosa curiosa y bien observada es que, en las horas del atardecer, a la claridad de las lámparas, el colorido de sus cuadros,—al revés de la generalidad de las pinturas al óleo,—no adquiere mayor fuerza intensiva de la que emana de ellos durante el día, permitiendo la claridad solar exteriorizar su solidez, lo que redundo en beneficio y favorece el natural procedimiento de ejecución.

La misma naturalidad debe reconocerse tocante a su llaneza de carácter, que no abandona nunca al artista, permitiéndole amar intensamente al país que le vio nacer, con todo y haberse formado una familia tras los Pirineos, pues en París tiene casa y estudio.

Numerosas son las obras de Cardona que están diseminadas por la América del Norte y del Sur, por Francia, Bélgica, Inglaterra, Italia, España, etc., etc.; el multimillonario Mr. Mansfield, de Washington, conserva en su rica colección el cuadro: **Danza**

gitana, y en la imposibilidad de citar a todos los poseedores de pinturas de Cardona, queremos consignar aquí el nombre de algunos de ellos: Dr. Horace Field Parshall, duque de Montford, D. J. Bertrán, Mr. Harro Harsen, Dr. José M. Bartrina y Dr. Luis Escobet. (1)

La crítica ha



El pintor Juan Cardona

demostrado interesarse por la obra de Cardona, pregonando las eualidades más sobresalientes de nuestro artista, en particular la crítica francesa; **Figaro, Le Temps, Le Gaulois, Les Annales, Mercure de France, Gil Blas, L'Art et les Artistes, Revue des Beaux Arts, Le Journal, Comedie, Monde Artiste**, o lo que es lo mismo:

Alexandre, Thalasso, Habert y Mourey; éstas son, entre otras, las plu mas que más han cooperado a la divulgación de la obra general de Juan Cardona.

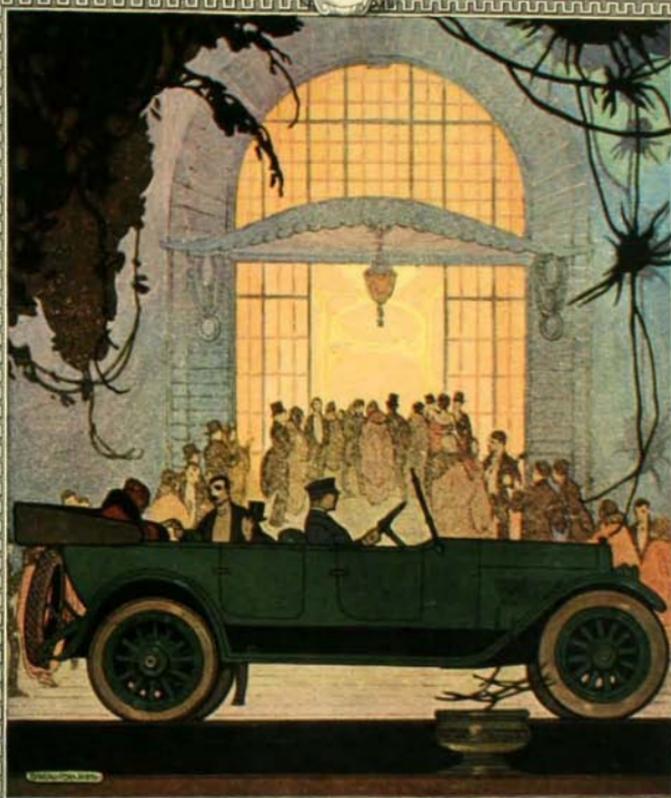
(1) La casa Eyzaguirre posee en Santiago telas de Juan Cardona, una de las cuales es la portada de este número de "Pacífico Magazine".



GENERAL MOTORS



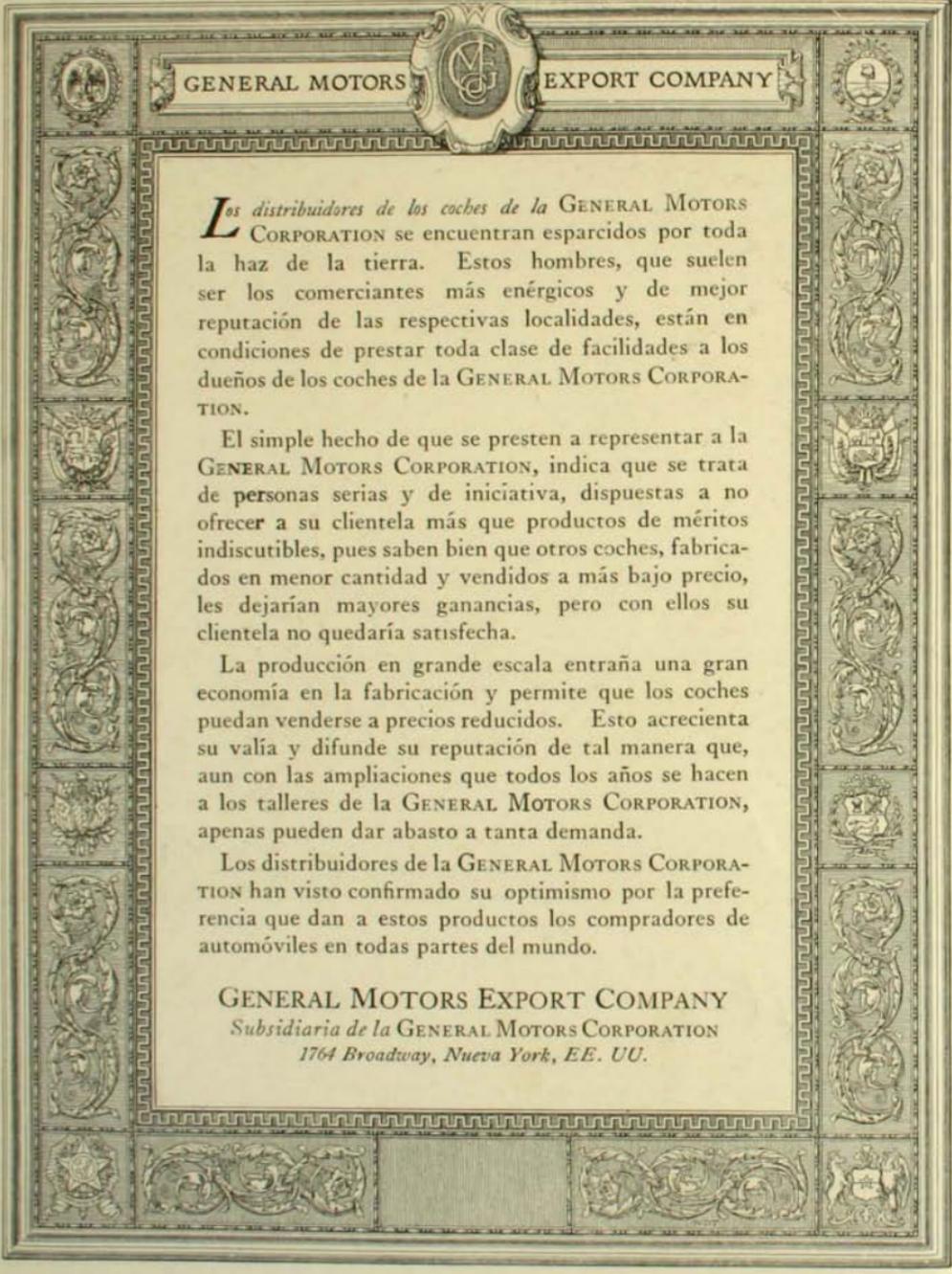
EXPORT COMPANY



El OLDSMOBILE

es el producto perfeccionado de una organización que cuenta con una práctica de veintidos años en la construcción de automóviles superiores. De aspecto aristocrático y esmerado acabado, el coche Oldsmobile llena perfectamente los requisitos de comodidad y buen servicio.

Oldsmobile



GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

*L*os distribuidores de los coches de la GENERAL MOTORS CORPORATION se encuentran esparcidos por toda la haz de la tierra. Estos hombres, que suelen ser los comerciantes más enérgicos y de mejor reputación de las respectivas localidades, están en condiciones de prestar toda clase de facilidades a los dueños de los coches de la GENERAL MOTORS CORPORATION.

El simple hecho de que se presten a representar a la GENERAL MOTORS CORPORATION, indica que se trata de personas serias y de iniciativa, dispuestas a no ofrecer a su clientela más que productos de méritos indiscutibles, pues saben bien que otros coches, fabricados en menor cantidad y vendidos a más bajo precio, les dejarían mayores ganancias, pero con ellos su clientela no quedaría satisfecha.

La producción en grande escala entraña una gran economía en la fabricación y permite que los coches puedan venderse a precios reducidos. Esto acrecienta su valía y difunde su reputación de tal manera que, aun con las ampliaciones que todos los años se hacen a los talleres de la GENERAL MOTORS CORPORATION, apenas pueden dar abasto a tanta demanda.

Los distribuidores de la GENERAL MOTORS CORPORATION han visto confirmado su optimismo por la preferencia que dan a estos productos los compradores de automóviles en todas partes del mundo.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, EE. UU.

EL PREMIER ITALIANO GIOLITTI

La prensa europea sigue comentando la vuelta al Gobierno de Italia del viejo y discutido político Giovanni Giolitti que en 1915, en los comienzos de la guerra, hubo de retirarse a la vida privada, presionado en forma hostil por la opinión pública por sus ideas contrarias a la intervención de Italia en el conflicto.

No deja de ser curioso que, después del triunfo y en la difícil situación política y obrera porque Italia ha atravesado, haya habido necesidad de ir a sacar a Giolitti de su apartado retiro para ponerlo al frente del Gobierno, y confiar en sus manos una labor de estadista esencialmente difícil.

Gran parte de la prensa italiana ha comentado con viveza la resurrección política del actual jefe de Gabinete. Así leemos en "La Ilustración Italiana:"

"Para decir verdad, Italia no parece abundar de hombres públicos. En los momentos más duros y difíciles para la patria, cuando había necesidad de la ágil y fresca energía de los hombres nuevos, hay que recurrir a la vieja reserva, afligida, por ley inexorable de la naturaleza, de la arterioesclerosis física y espiritual.

Sin embargo, el Honorable Giolitti, para ser justo, no tiene todavía la apariencia exterior de la senilidad. Encargado, a los 79 años de encabezar un gobierno que deberá normalizar un período delicado en la vida del país, se ha puesto a la obra tranquila y metódicamente, con serenidad socrática.

A cargo de la grave tarea de realizar por la undécima vez la concordia nacional, él se ha presentado llevando como símbolo la rama de olivo, ofrendándola generoso a todos y, más que a nadie, a sus adversarios de ayer."

Hasta aquí el comentario italiano. La prensa aliada no ha mirado tampoco con mucha simpatía la vuelta de Giolitti al Gobierno.

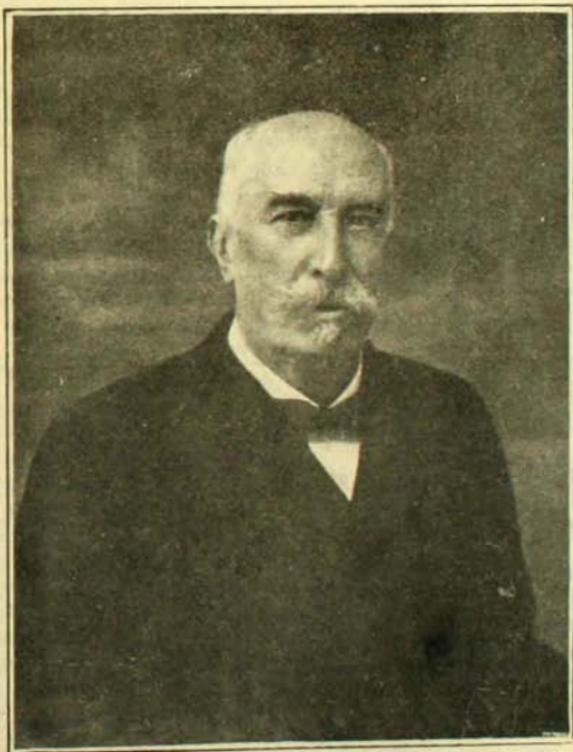
Véanse algunas opiniones de *Le Temps*:

"Con M. Giolitti en el poder, ¿sobre qué bases habrán de apoyarse las relaciones exteriores de Italia?"

"¿Sobre el Tratado de Versalles? El nombre de Giolitti grito de guerra para los enemigos del Tratado.

"¿Sobre el Tratado de Londres? M. Giolitti trató hasta el último momento de evitar que Italia entrara a la guerra al lado de los aliados.

"¿Sobre la Alianza Mediterránea que



La más reciente fotografía de Giolitti, por quinta vez presidente del Consejo de Ministros de Italia

establece el Tratado de Turquía, y que de hecho une a Inglaterra, a Francia y a Italia? M. Giolitti, es el autor de otra Alianza Mediterránea que tenía por fin dar Constantinopla a los alemanes.

"En nombre de sus muertos e inválidos, Italia debería levantar una voz de protesta".

Otra probable indicación del punto de vista del Ministerio Francés de Negocios Extranjeros, nos la da el publicista **Pertinax**, en el **Echo de París**: "M. Giolitti vuelve al poder a pesar de sus 79 años. Lo abandonó el 10 de marzo de 1914, después de firmar el 5 de diciembre de 1912 el quinto Tratado de la Triple Alianza, después de celebrar las convenciones navales de 23 de junio y de 2 de agosto de 1913, que estipulaban la unidad de acción y de mando entre las escuadras alemana, austriaca e italiana en el Mediterráneo, y después también de asegurar para su patria la conquista de Trípoli. Desde entonces sólo ha salido de su retiro en dos ocasiones: en 1915, en vísperas de la declaración de guerra, para aconsejar al gobierno de Salandra que aceptara las concesiones territoriales mediante las cuales las Potencias Centrales estaban tratando de comprar la pasividad de Italia en la gran convulsión europea y en octubre de 1919, para declarar que a pesar de Vittorio Veneto y de la reconquista de la Irredenta, una política de neutralidad habría servido más a la nación que el haber entrado a tomar parte en la lucha".

Por lo anterior, se ve que la Presidencia de Giolitti en el Gabinete italiano ha provocado inquietudes tanto dentro como fuera de su patria. Lo que no parece ponerse en duda es que la personalidad política del Premier italiano es la de un estadista de primera fila, de un gran conductor de pueblos. No se explica de otra manera que el mismo hombre público repudiado y vilipendiado por sus compatriotas durante la gran crisis internacional de Europa, haya recuperado de súbito la confianza de sus conciudadanos en momentos de crisis interna que necesita del concurso de los hombres realmente capaces de salvar a un país, y en que se posponen las pasiones políticas para no pensar más que en el interés común: en la patria.

Creemos oportuno, en estos momentos, en

que tan discutida es la figura política del Primer Ministro de Italia, transcribir un interesante estudio sobre su personalidad, publicado en "L'Opinion" de París, antes de la guerra:

"La dictadura de Giovanni Giolitti—escribía en 1911 el notable economista Scipio Sighele—tiene mucho de milagrosa". Esta observación es muy justa, pero al mismo tiempo es falsa, pues efectivamente, M. Giolitti no parece estar destinado a ser un dictador, y, sin embargo, nada tiene de extraordinario que haya llegado a serlo.

Cuenta en la actualidad 70 años; nació en la ciudad de Dronero, provincia de Cuneo, siendo diputado por su ciudad natal desde hace unos treinta años. Antes de entrar en Montecitorio había hecho una brillante carrera en el ramo de las finanzas. Comenzó su vida política como abogado y procurador del Rey, pasando a desempeñar el puesto de inspector general del Ministerio de las Finanzas y posteriormente el de secretario general de la Corte de las Cuentas.

A los treinta y ocho años llegó a ser diputado, gracias al apoyo de M. Depretis; desde aquel tiempo nadie dudaba del éxito que le esperaba en su brillante carrera política, por más que él mismo se hubiese asombrado si entonces se lo hubiese anunciado una profetisa.

La Naturaleza no ha dotado su físico con ninguno de los dones particulares que adornan a los hombres de Estado o a los oradores: La ciencia de la palabra le es tan extraña como la ciencia de la política. En lo moral, se puede decir que su espíritu es un espíritu preciso, aunque muy poco literario. Mas, a pesar de todos sus defectos, ha tenido la satisfacción, como pocos, de ocupar el primer lugar en la política italiana desde hace unos veinte años. De marzo de 1889 a julio del año siguiente, fué ministro del Tesoro en el primer Gabinete de Crispi; en 1892, después de la caída de Rudini, llegó a ser presidente del Consejo y Ministro del Interior, puesto en el que permaneció hasta el 24 de noviembre de 1893, fecha en que su estrella comenzó a oscurecerse y se eclipsó finalmente por espacio de diez años.

Su caída del Gobierno se debió en gran parte a los escándalos que por aquellos tiempos se suscitaban en la banca ro-

mana y en los cuales estaba mezclado este preclaro hombre de Estado, escándalos que contribuyeron a menoscabar su honorabilidad y el favor con que el pueblo italiano comenzaba a distinguirlo. Caído del Poder, dejó el bufete ministerial para ir a ocupar su puesto de ciudadano honrado en el seno de la sociedad romana. Así permaneció en la sombra hasta 1903; pero, como hombre de trabajo, durante todo ese tiempo no se mantuvo ocioso, sino que empleaba sus días en hacer detenidos estudios y observaciones de la sociedad y de la política de su país, por más que su intensa labor pasara inadvertida. Cuando juzgó que había llegado la hora; que el tiempo transcurrido era suficiente para borrar del ánimo de sus conciudadanos la mala impresión que habían dejado sus actos pasados; que lo necesitaba el país por quien había trabajado con amor, reapareció en el campo de la política, dispuesto luchar con más bríos y a trabajar con más ahínco en beneficio de su país que tanto ama. A la muerte de Zanardelli ocupó la presidencia del Consejo de Ministros hasta el año de 1904, fecha en que dejó ese alto puesto para volverlo a ocupar dos años más tarde, después de los dos ministerios de Fortis y de los "cien días sonninos"; allí permaneció hasta diciembre de 1909. Al dejar el palacio de Brachi (en donde están las oficinas del Ministerio, no abandonó la dirección intelectual de la política del Gobierno, y los señores Sonnino y Luzzatti, que le sucedieron temporalmente en el puesto, duraron en el Poder sólo por el tiempo que él mismo se los permitió.

Giovanni Giolitti no es un gran hombre de Estado; pero, en cambio, es un buen burgués que ha sabido hacerse popular. Es un hombre vigoroso, con el mostacho y los cabellos blancos, el sombrero hongo ligeramente ladeado, y cuando se pasea por las calles de Roma o en los alrededores de Cavour, acompañado de alguno de sus hijos o de algún amigo, se diría que es un coronel retirado que conserva en sus venas y en sus músculos la energía y el vigor de la juventud.

Uno de los mayores placeres de este gran montañés consiste en la marcha, aunque tiene también predilección por el "tarechi",



Giolitti sale de Montecitorio después de la caída Nitti, el Premier anterior

ejercicio que practica durante sus vacaciones. Entonces se dirige a la villa de Cavour o a la de Bardonecchia, donde guarda cuidadosamente sus archivos secretos, los documentos comprometedores que ha podido sustraer, cartas interminables de los alcaldes y de los curas italianos. Cuando sus colegas le reprochan su amistad con los miembros del clero, él se disculpa haciendo el elogio de los sacerdotes piemonteses: "Aquellas son muy buenas gentes y no son del todo antimonarquistas". Lo más curioso es que Giolitti tiene razón, pues, efectivamente, los sacerdotes del Piemonte son muy italianos.

M. Giolitti tiene un hijo que es un químico distinguido, y dos hijas que están democráticamente casadas con dos diputados liberales. Es muy afecto a las reuniones familiares y éstas son frecuentes en su casa de "bourgeois cossus", que ocupa la familia Giolitti en Roma, cerca de la Estación Central. El Presidente del Consejo casi no gusta de las fiestas mundanas ni del teatro, lo cual se traduce hasta en la modestia de sus vestidos.

M. Giolitti, sin ser espiritual, tiene, sin embargo, palabras que revelan la superioridad de su talento. Hace dos años, durante la gran huelga de automóviles de Turín, se paseaba por la Piazza di Castello cuando apareció, por el extremo opuesto, un imponente grupo de manifestantes, quienes, habiéndole reconocido, le rodearon y dirigieron algunas palabras de reproche; pero él, en vez de inmutarse, les contestó con cierto desdén: "Creí que después de cincuenta años de libertad sabrían hacer algo mejor que esta ruin manifestación..."

Durante una tormentosa sesión en la Cámara, un grupo del bloque socialista le hizo una interpelación por la política de conquisista que estaba desarrollando, como jefe del Gabinete, en la guerra de la Tripolitania; el aludido subió a la tribuna para decir a los socialistas adversarios de la conquisista, que, "habían dejado olvidado a Karl Marx en la bodega de su casa" (in soffitta), con lo que les dio a entender que Karl Marx no era hostil a la expansión

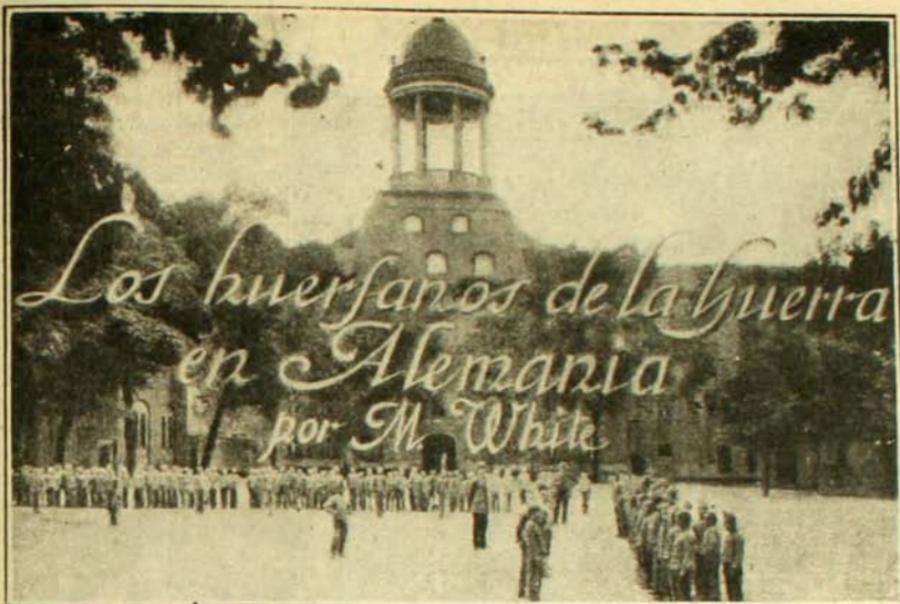
colonial, y en eso tenía mucha razón. Sus palabras fueron una dura lección para los partidarios del comunismo "a outrance".

En la práctica M. Giolitti es un hombre acomodaticio y de transacciones, y para demostrarlo, bastaría citar un ejemplo entre mil: después de los escándalos de la Banca romana, había logrado reunir muchos documentos que comprometían a varios miembros del Parlamento. Un día se decidió a denunciar las tricanas del diputado Nicotera; pero éste se presentó en Montecitorio y lo amenazó de muerte con un revólver que llevaba en el bolsillo del gabán. El ministro se calló, y no volvió a tratarse más del asunto.

Finalmente, cuando el viaje de M. Loubet a Roma y después de haber aparecido la encíclica "Coiui che deliene", que juzgaba injuriosa para la casa de Saboya, mandó llamar urgentemente al embajador de España y le hizo saber, con palabras terminantes, que si el documento pontificio se reproducía en España, sin demora ninguna pondría en la frontera a monseñor Merry del Val, secretario de Estado del Vaticano, y a quien sus enemigos llaman Verry del Mal.

Consecuente con sus ideas liberales, M. Giolitti fué quien, en unas elecciones, obligó al Vaticano a retirar las candidaturas de dos católicos, por el solo hecho de ser enemigos personales de los señores Vicini y Credaro, miembros radicales del Gabinete italiano en aquel entonces.





Hace muchos siglos, cuando Grecia tuvo el sublime arranque de oponerse al poder hasta entonces incontrastable del Imperio persa; cuando las infinitas legiones de guerreros, que obedecían al mandato despótico del Soberano de Irán, chocaron y cayeron vencidas en los epopéyicos combates de Maratón, de Salamina y de Platea; cuando el mundo tembló de entusiasmo ante la portentosa hazaña de las Termópilas, trescientos espartanos, los héroes acaudillados por Leonidas, quebrando el empuje de dos millones de soldados medos, entonces hubo un hombre sencillamente patriota que tuvo la grandeza de sentir y el acierto de enunciar esta frase: "Los huérfanos de la guerra son dos veces hijos de la Patria".

Y Grecia supo cumplir dignamente con el sagrado deber de amparar a los que se encontraron en orfandad triste porque

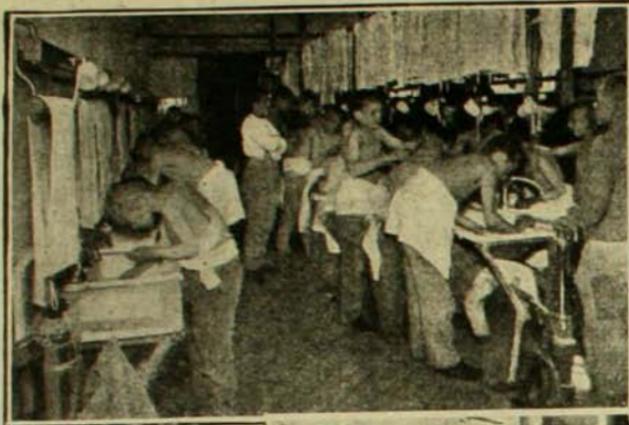
sus padres sucumbieron peleando por la libertad de la tierra en que nacieron. Y el ser huérfano de la guerra era un título de gloria y un privilegio que daba derecho a atenciones especiales. Dígalo Treceña, permitiendo que los hijos de los guerreros atenienses tuviesen absoluta libertad para entrar en los verjeles particulares y para coger a su antojo flores y frutas.

Ese concepto de la obligación que la Patria adquiere hacia los sucesores de los que perecieron por defenderla subsiste, aunque atenuado, en la Roma conquistadora, y después se eclipsa y desaparece en el transecurso de las edades.

Ayer, cuando el genio de la guerra, el vencedor de Jena, Marengo, Austerlitz, y las Pirámides, llega al cenit de su poderío, piensa en los hijos de sus granaderos, en los huérfanos de los soldados que "caen, pero no se



Lección de botánica



El cuarto de asco

rinden", formando la veterana Guardia Imperial, y surge de nuevo la idea de generosa y debida protección hacia la prole de los que mueren en el cumplimiento del deber militar.

Alemania, destrozada y descoyuntada al salir de la última guerra, se encuentra con todo un



Peluquero al aire libre

el ejercicio de su actividad intelectual.

No se ha dicho, tardará mucho en decirse, el número aterrador de criaturas que han quedado huérfanas en Alemania.

Pero, en honor de la verdad, es de justicia, reconocer que, aún hallándose conturbada, por las convulsiones del socialismo y extenuada por sacrificios y desembolsos, Alemania ha adoptado



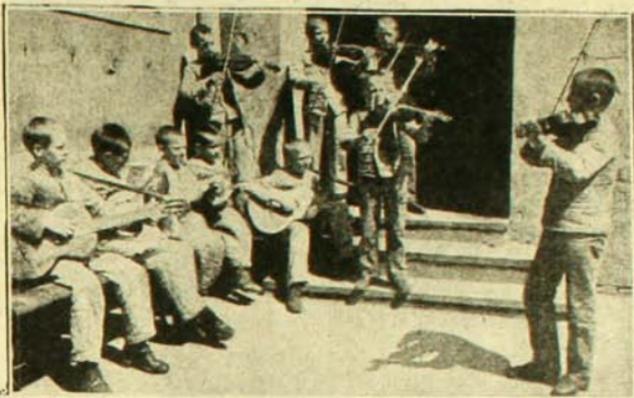
Clase de gimnasia en el parque

pueblo de huérfanos, muchos de ellos desprovistos de amparo y de medios para sub-

maternalmente a sus huérfanos. Los colegios-asilos destinados a esos niños son

modelos en su género, y están inspirados en el espíritu verdaderamente práctico del momento actual, en ese espíritu que puede sintetizarse diciendo que tiene por objeto capacitar en el más breve plazo posible a un muchacho para que pueda ganar sin auxilio ajeno el pan de cada día.

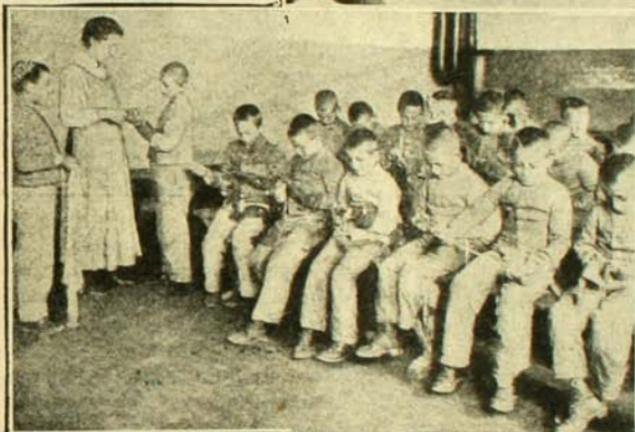
Dentro de un régimen



Violines y guitarras

ocupan lugar preferente los estudios de idiomas, contabilidad mercantil, dibujo y mecánica.

Luego, al manifestar los muchachos aptitudes o vocación para profesiones determinadas, pasan a talleres y adquieren conocimientos especiales, tras un aprendizaje concienzudo.



El remendado de los calcetines

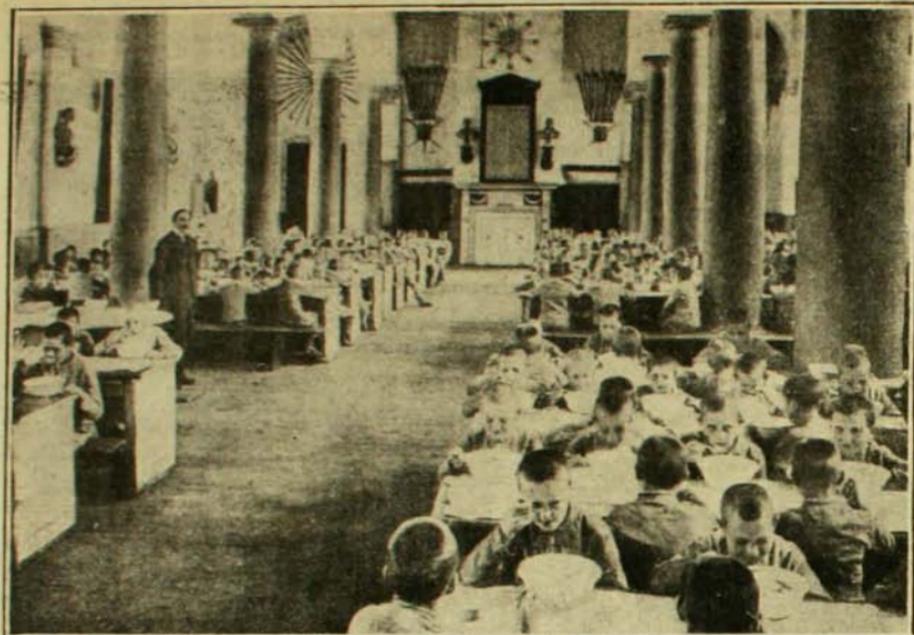
de disciplina inflexible, los colegios de huérfanos — dotados de profesores competentísimos, higienistas y pedagogos — son algo así como una mezcla de academias preparatorias y de escuelas de artes e industrias.

Hay una parte de educación física y de enseñanza hasta cierto punto elemental que tiene carácter obligatorio para todos los pensionistas. Es una especie de bachillerato abreviado, en el cual



Una clase

Así, por ejemplo, la clase de botánica es obligatoria, y todos los alumnos han de po-



El refectorio del orfanato

seer nociones de esta ciencia; los que se aficionan a ella pueden pasar al grupo inmediato superior, que estudia la botánica a la jardinería, a la horticultura, a la selvicultura, a la explotación de industrias rurales (obtención de resinas, fabricación de quesos, manteca, vinos, etc.)

No son, pues, los Colegios de huérfanos de la guerra viveros de futuros militares, y sí de hombrecitos que se adiestran en el ejercicio de las artes de la paz. Es digno de notarse, acaso por extremado, el criterio educativo de estos Colegios, que a todo trance buscan el que cada muchacho pueda bastarse a sí propio, sin necesidad de colaboración o auxilio ajeno.

Como si cada alumno estuviese destinado a convertirse en el Robinsón de una isla desierta, ha de aprender y de practicar un todo: obtención de alimentos, ar-

te culinario, corte y arreglo (zurcido y remiendos) de ropa interior y exterior, compostura de calzado, construcción rudimentaria de albergue, etc.

Luego podrán ser arquitectos, ingenieros, filósofos, histólogos o catedráticos. Pero antes han de ser hombres capaces de prescindir de lo superfluo y de proporcionarse lo necesario para subsistir.

En esta modernísima orientación, como en todas las tendencias exageradamente prácticas, se dibuja en lontananza un escollo: el de fomentar el egoísmo, el de desarrollar un espíritu abiertamente hostil a la idea de colaboración fraterna.

En ese escollo se estrelló miserablemente y para siempre, desde los comienzos de su vida, el que pudo ser y no fué amo y señor del mundo: el pueblo chino.



CRÓNICA LITERARIA

BOSQUEJO HISTORICO DE LA LITERATURA CHILENA DURANTE EL SIGLO XIX, POR DON DOMINGO AMUNATEGUI SOLAR

"El arte de escribir bien consiste en resignarse a decir, a lo sumo, la mitad de lo que se piensa y, por lo menos, una cuarta parte de lo que no se piensa.

RENAN.

Por HERNAN DIAZ ARRIETA

El cuadro de la historia literaria de Chile durante el siglo XIX reflejado en el espíritu de don Domingo Amunátegui Solar, Rector de la Universidad, no constituye precisamente un espectáculo pintoresco. Nuestra literatura es pobre y poco original y el señor Amunátegui carece casi de todas las condiciones que hacen el agrado y aun la facilidad de la lectura. Pero a un chileno la producción intelectual de su país tiene que interesarle y si el autor de este Bosquejo no hace ningún esfuerzo para entretener a sus lectores, posee en cambio excelentes cualidades y un método que suple muchas deficiencias; es absolutamente honrado y serio, juzga con un sentido común casi siempre seguro, analiza poco y cuenta, expone, cita en abundancia, nombres, hechos, fechas y párrafos permitiendo al lector formarse opiniones independientes de las suyas

Esto último tiene especial importancia.

Por ejemplo, al hablar de Bilbao, el señor Amunátegui lo llama "verdadero escritor" y ofrece como prueba este trozo:

"El sol se eclipsa y el frío de los polos se extiende sobre la tierra. Humanidad ¿en dónde estás? Veo el egoísmo entronizado; cada uno para sí y cada uno, sin Dios y sin alma, se envuelve en el negro sudario de la indiferencia. Sólo un alma solitaria vela sobre una roca, contemplando las victorias de la muerte que avanza y retrocede, ante aquel último baluarte, del que sale una voz que le dice: "Aquí no llegarás"; y he aquí que el sol vuelve a brillar para dejar ver el arco iris de la esperanza. Y el que hace

y lleva el calor vivificante de su palabra de uno a otro polo es el Cristo, inmortal centinela y bendición para todo el que lo invoca. Porque ¿qué seríamos sin Dios? Cosas sin nombre rodando, fatalmente, en las tinieblas. Creamos y speramos. El fin es nuestro".

Después de leerlo, no pensamos, por cierto, que Bilbao fuera un verdadero escritor (entre paréntesis, este epíteto de "verdadero" siempre se antepone a las afirmaciones inseguras); pero descubrimos que la literatura chilena ha dado un salto gigantesco en los últimos cincuenta años, porque ni el último principiante de nuestros días se atrevería a firmar estas huecas y sonoras declamaciones, eco de palabras del Lamennais de la mala época.

Y ésta es una enseñanza como cualquiera otra.

Un capítulo sumamente difícil para el señor Amunátegui era el relativo a la obra de sus inmediatos deudos don Miguel Luis y don Gregorio Víctor. El escollo queda salvado, en parte, gracias al método objetivo de su crítica: en lugar del propio autor, juzgan a los dos historiadores autoridades como Vicuña Mackenna, Barros Arana, Francisco Bilbao, Menéndez Pelayo, Manuel 2.º Sánchez y don Bartolomé Mitre. Ocioso y de mal gusto sería discutirlos.

Don Diego Barros Arana está de cuerpo entero en el capítulo siguiente y su apreciación nos satisface casi por completo. Debería divulgársele. Se desdeña demasiado en la juventud literaria de nuestro tiempo la obra

de ese viejo monumental, tipo de cierta mentalidad chilena que no goza de simpatías. Sin brillo, sin imaginación, sin agudeza ni ingenio, era enorme por el aliento continuado que sostiene su prosa pareja y lisa, potente en su tranquilidad, como ese inmenso y manso río del Sur capaz de transportar sobre sus espaldas a todo un pueblo. Por nuestra parte, sólo agregaríamos esto: fuera de su claridad, de su orden, de su interminable paciencia, don Diego Barros tenía un gran gusto, un austero, un implacable gusto literario, que si no le servía para calificar a los demás, le permitió conocerse a sí mismo como pocos lo consiguen. Convenido de que le faltaba la imaginación, desterró de su estilo hasta el menor adorno, ofreciendo el caso único en la historia literaria: una obra compuesta de más de cien volúmenes donde no se halla una sola metáfora.

A propósito de Vicuña Mackenna, el señor Amunátegui guarda una ecuanimidad difícil de conservar ante este reverso de don Diego Barros Arana. Y hace algo más: lo explica. Una página de Reclus sobre el carácter irlandés, oportunamente citada, le sirve para descubrir la "facultad esencial" de ese temperamento exótico en nuestra raza, con su imaginación vehemente, ardorosa y dispareja, su sensibilidad exaltada y un poco infantil y ese don de infundir la vida que hace perdonarle todos los extravíos de su gusto, su falta de organización mental y hasta la terrible facilidad que tenía para dejarse arrastrar por las palabras. Una vez conocido y juzgado así, se le quiere con más confianza y sin sorpresas.

En cambio, la personalidad de don Ramón Sotomayor Valdés no aparece en el puesto eminente que, a nuestro juicio, le corresponde como historiador y artista. Colocado en un punto de vista excesivamente bibliográfico, el señor Amunátegui olvida que Sotomayor Valdés puede considerarse casi el único escritor chileno que pasará a la posteridad, pues cuando las demás obras estén rehechas por otros que hayan aprovechado sus datos históricos, la suya permanecerá, porque el estilo y el verdadero talento no se reemplazan. A este propósito es revelador el contraste de la prosa del propio señor Amunátegui con la de su biografiado. Explican-

do su formación, con muy acertado criterio por lo demás, dice (pág. 188): "La distinguida progenie de un escritor como Sotomayor Valdés (descendiente del mayorazgo Valdés Huidobro, etc.) no constituye hecho aislado en la literatura chilena; y a la inversa, fácil es comprobar que en nuestro país las letras nacieron en nobles hogares, donde a veces reinaba modesta condición de fortuna, pero siempre aristocrático origen". Buena la observación y de alcance, en estos tiempos de miopía y anticientífica democracia; pero ¿cómo riñen de juntarse ese reino de una condición modesta y de un aristocrático origen! En cambio cita poco más adelante esta nitida y sobria imagen, tan viva, tan natural, del propio Sotomayor: "...ninguna forma política conviene mejor a las conquistadas de la Iglesia que la democracia tumultuosa, de cuyas tempestades la nave de San Pedro es la que mejor sabe escapar con todo lo que le place colocar a bordo." He ahí el toque justo, la figura precisa, con línea, movimiento e idea en perfecta consonancia. El señor Amunátegui, por sólo comentario, agrega: "Cualquier radical de nuestros días firmaría con satisfacción las frases transeñitas". Nosotros diríamos: "Y también cualquier escritor consciente de lo que vale una bella frase".

El método expositivo del señor Amunátegui produce efectos inesperados. ¡Es malicia, es intención oculta, es censura franca o simple coincidencia de hechos lo que torna en violento sarcasmo su paralelo del duque de Saint Simon con don Fanor Velasco! En uno de los más interesantes capítulos del Bosquejo, después de hablar bastante bien de don Vicente Pérez Rosales, espíritu exquisito, tan diverso de Sotomayor Valdés, pero comparable a él por el don de la prosa literaria, y de don Ramón Subercaseaux, otro memorialista, el autor se refiere al célebre Diario de la Revolución del 91, por Velasco y dice:

"Al Duque de Saint Simón le han llamado espía de su siglo".

Como el modelo francés, Velasco se manifestó infatigable para recoger noticias: durante más de un año, no perdía hora ni momento.

El Duque vivió siempre muy contrariado

en medio de las fiestas de la corte, y sentía necesidad de averiguar los vicios y debilidades de los personajes que, como él, hacían genuflexiones delante del Rey.

En Fanor Velasco, la curiosidad era de igual modo insaciable; pero no provenía de los golpes de la fortuna o de los desengaños de la vida. Era condición innata de su naturaleza".

O mucho erramos, o esto se llama ejecutar a un hombre en cuatro frases cortadas.

Creeríase que dado el temperamento seco e inflexible del señor Amunátegui, sus juicios sobre la literatura poética de Chile serían detestables, que elogiaría precisamente lo malo, es decir, que elogiaría mucho, y que dejaría pasar sin sentirlo lo poco que tenemos de bueno. Pero no es así. No sin sorpresa, encontramos que al hablar de don Guillermo Matta y sus ideas filosóficas, recuerda y transcribe una opinión de Emile Faguet sobre Víctor Hugo: "Frecuentemente— dice— sus ideas filosóficas son no solo un poco banales sino que, en verdad, encierran únicamente palabras. De igual modo que se cumplió en interminables nomenclaturas de hombres notables, goza amercionando en brillantes enumeraciones, títulos de ideas, sin escribir los capítulos en que esas ideas debieran aparecer desenvueltas. Dice: ¡Libertad! ¡Justicia! ¡Humanidad! ¡Progreso!, sin precisar con exactitud cuál es su progreso, cuál es su libertad, su justicia, sin duda la materia de mayor interés para nosotros".

Y respecto a las dotes poéticas del vate, por más comentarios que agregue, con estos solos versos que copia puede ahorrarse toda censura:

¡Bella es la vida cuando amor extiende
para envolverla, su flotante ropa;
y en éxtasis sin fin, que no se entiende,
las amarguras de este mundo arropa!

Su erudición y el método expositivo sirven aquí al señor Amunátegui, con penetrante eficacia.

No sabemos si en la última parte de su larga obra (664 páginas), aburrido de tantas cosas graves y doctorales como las enunciadas a propósito de nuestros historiadores, el señor Amunátegui ha querido entretenerse un poco

a costa de los poetas, los novelistas y los dramaturgos chilenos. Pero es el hecho que los capítulos consagrados a esos estudios presentan a cada paso rasgos evidentemente puestos "cum grano salis", "á fin qu'on sourit", como decía Renan.

De don Eusebio Lillo cuenta que, "como Irisarri, fué perseguido siempre por los álbums de las damas" y en seguida transcribe unas inspiradas estrofas que quedan bajo la guarda cariñosa de doña...

No sabemos qué gesto pondrá la se-



Don Domingo Amunátegui Solar, Rector de la Universidad de Chile.

ñora aludida al leer semejante introducción; pero la cosa tiene su gracia. Hablando de la poesía de don Carlos Morla Vicuña asegura que "uno de los defectos graves de nuestro compatriota era el desorden en que mantenía sus papeles; y otro su falta extraordinaria de constancia para realizar los proyectos que concebía; "lo cual constituye en realidad el más original reproche para un artista. Por nuestra parte, conocemos pocos efectos más cómicos que los de algunas observaciones y relatos de argumentos hechos por don Domingo Amunátegui al hablar de novelas amatorias. Aunque para sentirlos sería necesario colocarlos en el marco de su prosa seria, monótona y grave, donde las frases cortas y largas se alternan como en el rezo del Rosario, creemos de interés reproducir esta pequeña síntesis de una novela escrita por Blest Gana: "Un joven distin-

guido, llamado Alfredo, en la edad de las grandes pasiones, perdidamente se enamoró de Carolina, en quien creyó descubrir desde el principio motivos serios de desventura íntima. No se engañaba. Cuando ya estaba seguro de que ella le correspondía, el suicidio del presunto marido le permitió saber de boca de la víctima, toda la verdad. Carolina, cuya alma sensible había sufrido más de lo que su naturaleza soportaba, cayó gravemente enferma en los momentos en que Alfredo ofrecía hacer la felicidad de su vida. Murió al poco tiempo de haber quedado libre de su miserable seductor". El propio Sainte-Beuve no habría elegido con más acierto los detalles, las frases y hasta las palabras para dar idea a un mismo tiempo de la época a que pertenece esa obra de nuestro gran novelista, de su romanticismo, de su inverosimilitud fantástica y, al mismo tiempo, en justa medida, de la curiosidad y el agrado que debía inspirar a cierta clase de lectores. Esa simple exposición vale por un análisis completo.

Menos acertado nos parece cuando efectúa disecciones en forma directa, por cuenta propia, discutiendo los argumentos y proponiendo soluciones distintas.

"Lo que no tiene sanción,—dice, a propósito de don Antonio Espiñeira y Ortúzar, autor teatral—es el pomposo título de una pieza con pretensiones de drama. La fábula no justifica el nombre. El autor ha querido probar una tesis falsa. En su sentir, el joven que galantea a la vez a varias niñas, a riesgo de que se enamoren de él, merece ser castigado con severidad. Basta enunciar el tema para que salte a la vista el error en que ha incurrido Espiñeira. Las mismas niñas, en caso de ser consultadas, no aceptarían aquella opinión. Ellas prefieren tener galanes, aun cuando resulten engañosos".

Para un señor Rector de la Universidad de Chile esto nos parece, francamente, demasiado picarresco.

Los libros de crítica literaria se parecen extraordinariamente a los libros de viajes y tan inútil sería discutir las impresiones de los primeros como las observaciones de los segundos. Se les aprecia o desprecia, nada

más, en razón de su interés como agrado, de importancia como guías y de su exactitud como fuente de informaciones. Juzgado así, el Bosquejo Histórico del señor Amunátegui no causa casi ningún placer, dirige bastante bien, con orden, con método y sirve mucho para seguir investigando, para ahondar más en las materias que trata. Su bibliografía es de primer orden.

"El Demonio del Mediodía", de Paul Bourget. Traducción y edición de la Editorial Nascimento.

La Casa Editorial Nascimento de Santiago—¡qué raro y agradable suena juntar estas palabras!—ha publicado una traducción de la última obra de primer orden publicada por Bourget: El Demonio del Mediodía. Sea en buena hora. La excesiva celebridad ante el gran público ha perjudicado a Bourget, como a Loti y a Maupassant, delante de ciertos círculos que se llaman refinados. Hay artistas modernos que hacen un gesto desdeñoso cuando oyen nombrar al viejo maestro de la novela psicológica. Es un error. Claro que si se va a buscar en sus libros el esti o impecable de Anatole France o su delicada ironía, se sufrirá una decepción profunda, porque Bourget es uno de los pocos autores franceses eminentes que no pueden o no quieren cuidar su frase, que carecen casi en absoluto de plasticidad artística y que, manejando la lengua de Voltaire y de Renan, no sonríen nunca. Es serio, es grave, es apostólico. Pero a la vida como a los autores no hay que pedirles sino lo que pueden dar y Bourget puede ofrecernos dones demasiado preciosos para que le exijamos otra cosa. Puede darnos el interés de una trama perfectamente organizada, complicada sin ser inverosímil, sorprendente sin ser extraña; puede darnos caracteres reales, de una sola pieza dentro de su complejidad, que se mueven como en la vida misma y hacen su camino con absoluta lógica, y, sobre todo, puede darnos un tesoro de observaciones agudas sobre el corazón humano, sobre los nervios humanos, sobre la sensibilidad humana. En este sentido, como analista interior, Bourget quedará pura y simplemente como un maestro. Sus disecciones intelectuales

tua es y sentimentales nos hacen penetrar en el secreto del ser íntimo y presenciar sus movimientos precisos, concordantes, deducidos el uno del otro, con la fatalidad de un engranaje mecánico. Desde la primera página, el aparato se pone en marcha y sobrecogidos por la más punzante e irresistible curiosidad, lo sentimos avanzar, crecer, complicarse y triturar entre sus ruedecillas las almas sufriendas bastante envuelto en el misterio original y final para poder creer en un libre albedrío y en cierto viejo sistema de castigos y recompensas superiores...

(Claudio Arteaga Infante. *Los Problemas Internos de Chile*.—Observaciones sobre la cuestión social chilena.—Leyes Urgentes para el pueblo).

Clarín

Cuenta Rensu que el año 48 se reunía todas las noches con su amigo Berthelot para conversar sobre cuestiones sociales. Al llegar la hora de recogerse, uno iba a dejar al otro a su casa; pero como el tema estaba lejos de agotarse, desde la puerta el otro volvía a dejar a su vez al uno, y así, hasta altas horas, oscilaban los dos por las calles de París como un solo péndulo, sostenido por el más elevado interés... Agrega: "Esas cuestiones deben ser bien insolubles cuando no pudimos resolverlas entonces".

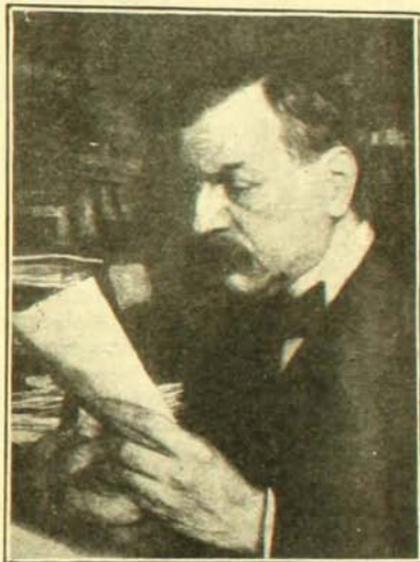
Hay ahora en Santiago otro joven a quien asimismo desvelan los problemas sociales. Es Clarín. Desde hace ya algunos años, escribe casi diariamente algún artículo diciendo cosas sensatas e inatacables a propósito del problema obrero y recomendando que se tomen las medidas más urgentes para solucionarlo. Cuando ha publicado bastantes artículos, los junta, los republica en un folleto y los vende a beneficio de alguna institución social.

Noble apostolado, elevada misión, prueba de carácter constante y generoso.

Solo que, yo no sé por qué causa, leyendo los artículos de Clarín, me ataca la más terrible misantropía. ¡Escribir cosas evidentes, cosas indisecables es para mí un sa-

crificio superior a mis fuerzas! Lo admiro en los demás; pero me confieso incapaz de imitarlos. Aun a riesgo de labrar mi descrédito, preferiría insinuar algunas proposiciones dudosas, algunas afirmaciones paradójales, que hicieran sorprenderse a la gente, que la hicieran pensar un poco y sonreír.

Por ejemplo, me gustaría decir a Clarín: —Yo creo que Ud. realiza una obra inútil y funesta. El problema social no debe ser resuelto; hay que moderar los impulsos de com-



Paul Bourget.

pasión a los pobres. La compasión retarda el progreso, fortifica a los enfermos y multiplica los malvados, deja caer un peso espantoso sobre las generaciones venideras. Hay que hacer la lucha vital lo más áspera posible, para que la selección sea rigurosa y el progreso rápido. El dolor es necesario, el sufrimiento es indispensable. La vida no existiría sin el dolor, porque no existiría el tiempo, que es el cambio, es decir, el paso de un dolor a un placer de un mal a un bien; lo cual supone la existencia del dolor y del mal, tanto como la del placer y del bien...

Pero ¿entendería alguien esto? ¿Lo aceptaría? ¿Comprendería que, en el fondo, encierra casi tanta verdad como la afirmación

contaría, es decir, como los artículos de Clarín?

En todo caso, la prosa clara, llana y directa de Clarín ganaría indudablemente si, inspirándose en esos maestros de amenidad que son los franceses, procurara hacerse más ondulante y diversa, subiera con mayor frecuencia a las ideas generales y encerrara dentro de su círculo uniforme la variedad convincente de los casos concretos. Sólo haciéndose seductora podría su obra, esencialmente propagandista, adquirir toda la eficacia que por su nobleza de inspiración merece.

Lo cual no significa, ciertamente, que con ello quedarían resueltos los problemas sociológicos. En semejante materia, creo lo más prudente atenerse por ahora a la opinión de Renan: esas cuestiones deben ser "bien insolubles".

"Incorporación del Proletariado a la Sociedad Moderna" por don Luis Lagarrigue.

La Religión de la Humanidad, con el amor por principio, el orden por base y el progreso por fin, tiene en Chile un apóstol ultraterrestre, alma sublime que vaga sobre la superficie del mundo dejándonos oír, de cuando en cuando, voces que apenas tienen algo de humano: don Juan Enrique Lagarrigue. Pero cuenta asimismo con un luchador de primera fuerza, lógico, científico, hombre de intensa vida práctica a la vez que ideal: su hermano, don Luis Lagarrigue. ¡Familia privilegiada y envidiable! En estos últimos días, hemos recibido un libro en que el segundo de los señores Lagarrigue expone y explica la doctrina positivista, relacionándola con nuestros problemas sociales de actualidad. Es un pequeño tomo compacto, apretado de una prosa clara y deslumbradora a fuerza de exactitud, henchido de ideas admirablemente encajonadas cuyo desfile produce algo así como una alegría a la cabeza. El cerebro se siente bien con ese alimento sano; piensa con tanta facilidad y coordinación, que por momentos un bienestar delicioso lo penetra y se dice: "¡Qué agradable es esto!" Esa maravillosa y secreta unidad que reúne las excelencias, convierte esta obra de sociología científica, desmu-

da de todo adorno, en una especie de poema semejante a la música equilibrada y perfecta de Mozart. Todas las afirmaciones fundamentales son viejas como el mundo: "La situación del proletariado en la sociedad actual es profundamente injusta y, sin duda, no puede ser definitiva. El pueblo es el agente principal de la formación de la riqueza material que permite organizar la sociedad y crear los tesoros de la verdad y la virtud. Sin embargo, el pueblo obrero permanece acosado por las angustias de la miseria, sumergido en la ignorancia y expuesto a las asechanzas del vicio". ¿Qué hay aquí de nuevo ná atrevido? Sin embargo, se avanza en su lectura y las más antiguas cuestiones, mil veces dilucidadas, aparecen nuevas por el ardor de sinceridad que las anima; uno se sorprende de verlas y página tras página se sigue su desarrollo como el de un drama cuyo héroe principal fuéramos nosotros mismos. No faltan notas de la más alta y legítima poesía. Por lo menos, a nosotros nos causan este efecto frases como la siguiente: "Cuando los obreros reciban una educación que corresponda a la existencia industrial y pacífica de las naciones, ellos acudirán al trabajo con el mismo entusiasmo con que iban al combate los hombres libres de las civilizaciones militares". En estas simples cuatro líneas están apasionados el pasado, el presente y el porvenir, se ve lo que la humanidad ha sido y por qué ha sido, se palpa el período de transición que atravesamos y a una inmensa distancia, toda la distancia que separa la exaltación pasajera del espíritu guerrero (lo hemos visto en Chile, en agosto último) del estado normal apático en que dormita ordinariamente el hombre, en esa perspectiva casi infinita, se divisa lo que podrá ser la humanidad cuando se haya educado, reformado, transformado, es decir, cuando ya no sea la humanidad. Creer en eso como en una realidad viviente me parece a mí que es la característica y el encanto de la gran poesía. Otras frases destruyen de un solo tajo burdos sofismas que el egoísmo establece como verdades corrientes: "Se pretende (pág. 41) justificar las producciones inútiles o superfluas con la necesidad de procurar alimento al pueblo, cuando sería sin duda más económico re-

“partir el alimento y demás provisiones sin exigir ningún trabajo al obrero, pues evitaría así la destrucción de materiales útiles, los elaborados por nuestros contemporáneos y por nuestros antepasados”. Como sarcasmo, esto es un sarcasmo y de los más finos. Me agrada en especial e intensamente el espíritu de autoridad que domina en todo el sistema. Conviene atacar alguna vez de frente ese absurdo del gobierno del pueblo por el pueblo y sustituirlo por el gobierno de un patriciado para el pueblo. He ahí lo que debería significar la palabra democracia; con esa sola innovación, el mundo moderno se evitaría el ir caminando, a sangre y fuego, por un camino que sólo conduce al caos. El señor Lagarrigue, de acuerdo con el Maestro, tiene una doctrina excelente e inatacable en este punto. El punto que, en otra esfera, me ofrece dudas, es el relativo a la preponderancia enciclopédica de la moral. Indudablemente, en la vida práctica, la moral importa más que la inteligencia, porque ésta no se mueve sin aquélla; lo mismo que la parte material debe preceder a la moral, porque sin la una no podría siquiera existir la otra. Pero en el orden de excelencia superior, total, enciclopédica, yo me quedo pensando que lo que contiene, ilumina y dirige supera a lo que es contenido, iluminado y dirigido. Pero esto ya sería demasiado largo disentirlo...

Digamos simplemente que “La Incorporación del Proletariado a la Sociedad Moderna”, en su brevedad, es uno de los libros más claros, sólidos, hermosos y completos que se han publicado en Chile sobre la cuestión social.

MEMORANDUM

2 de octubre.—Jenaro Prieto publica en el Ilustrado un artículo “La Toilette del León”, con más talento literario y alcance de pensamiento que muchas gruesas historias y aun que una Serie de Historias.

17 de octubre.—Aurelio Díaz Meza, con sus Crónicas de la Conquista de cada domingo, en “El Mercurio”, continúa conquistándose



Luis Lagarrigue.

el derecho de publicar dentro de poco un espléndido libro, en que la figura de doña Inés de Suárez resucitará en gloria y majestad.

18 de octubre.—Se anuncia una nueva conferencia de Eugenio Labarca, joven “causeur”, que cada día tiene más éxito. ¿Cuándo serán pagadas estas conferencias? El biógrafo, el teatro, el libro, el último periódico, todo reporta dinero, menos la palabra que sale de la boca del literato. Por eso tantos no la aprecian en lo que vale.

19 de octubre.—Julián Sorej (Domingo Meñi Demarco) clava su lanza en el costado de don Pedro Nolasco Cruz, crucificado por Iris. Declara que “El Roto” se bueno porque moraliza; don Pedro Nolasco decía que era malo porque desmoralizaba. Cualquiera creería que no se trata de una obra de arte.

20 de octubre.—Linda edición del Elogio de la Fiesta de la Primavera, por Roberto Meza Fuentes. Es increíble como se perfecciona este modernista revolucionario. Este prólogo supera al del año pasado, que era muy bello. Espero la obra madura.



Don Fernando Díaz de Mendoza



Doña María Guerrero

El mes teatral

Por K. MARIN

Dos buenas compañías de comedias y dos tonadilleras de mérito, han hecho el espectáculo del mes. El conjunto de doña María Guerrero, viene en mejores condiciones que nunca, descollando la dama joven Pepita Díaz de Artigas, nombre ya familiar entre nosotros por su actuación brillantísima durante las cinco o seis temporadas de la compañía de su padre, don Manuel Díaz de la Haza. Pepita Díaz, que entre nosotros fué desarrollando su exquisito temperamento artístico, a través de las ingenuas de Martínez Sierra, Linares Rivas y los Quintero, afrontando después papeles de más responsabilidad en obras de Benavente, viene ahora hecha una gran actriz, que sabe sacarse partido, llena de naturalidad y de gracia. Santiago Arti-

gas, ha ganado también considerablemente, y su profunda simpatía en escena se impone al público desde que sale al proscenio. Doña María y don Fernando, los antiguos conocidos y siempre aplaudidos, no necesitan comentarios; creemos, sin embargo, que ellos mismos se comprometen con ciertos repartos de papeles que no son precisamente de su cuerda, por razones de edad o de figura; nos parece que los papeles que podrían llamarse especial para ellos, son: para doña María, la Raimunda de "La Malquerida", y para don Fernando, el Aurelio de "La Propia Estimación". Naturalmente que en cualquier personaje, ellos saben defenderse a las mil maravillas, y se desenvuelven con la confianza que da el saberse aplaudido de an-

temano por un público que los quiere muchísimo y que les descuenta los años con todo cariño. El elemento femenino está sabiamente representado por dos espléndidas características, en especial la señora Torres que convence, y por varias muchachas muy decorativas y atrayentes, como María Hermoso, que, como diría un cronista cursi y vulgar, "hace honor a su apellido"; la chica María Guerrero, (no nos referimos a la eminencia), tiene asimismo condiciones innegables. Entre los actores, aplaudimos en ciertos papeles a Pepe Santiago, que aunque tiene un trabajo algo monótono, nos gusta por su sobriedad y su tranquilidad escénica; a Mariano Díaz de Mendoza, que se desempeña con entusiasmo, poniendo mucha alma en sus tipos; a Fernando chico, que ha progresado un poco, y que da menos idea de aficionado, y a los demás, ya conocidos, como Medrano, Guerrero, Cirera, Palanca y Juste. El repertorio nos parece el mejor de cuantos nos había traído esta compañía, anotando como legítimos éxitos, "Una pobre mujer" y "Y va de cuento", de Benavente; "Eccc Homo", de Tamayo;



Lola Membrives



Santiago Artigas

"Ehora", de Marquina; "El mundo es un pañuelo", muy graciosa y liviana comedia de los Quintero; "Espigas de un haz", de Rincón Lazcano, y especialmente "El abanico de Lady Windimore", alta comedia de Oscar Wilde, presentada con todo lujo. "La Calumniada", de los Quintero, la consideramos un fracaso: carece de interés, de humanidad y tiene un tercer acto que ya pasa los límites de la tolerancia. Cuando escribimos esta crónica, se anuncia el estreno de la obra chilena "El Trovador Paladín", en verso, de Antonio Bórquez Solar. Es sensible que la primera obra chilena que ingresa al repertorio de la primera compañía española, no sea una comedia moderna, sino un drama de época y en verso, obras por las cuales el público no se interesa por lo general.

—En el comedia, la compañía Lola Membrives-José Isbert, está haciendo una espléndida temporada, con un conjunto, si no sobresaliente, por lo menos muy discreto. La primera figura, Lola Membrives, es una actriz de verdad, de claro talento, y que tiene lo que para nosotros constituye la

cualidad primordial en el teatro: una voz agradable, cálida y rica en inflexiones; la Membrives, se emociona con naturalidad, y sabe poner ternura en el gesto y en la palabra; también su trabajo cómico nos gusta: es liviano y original, y da siempre la impresión de que ella tiene absoluta seguridad en lo que está haciendo: no vacila en ningún momento. Isbert es un actor sobrio y que tiene mucho teatro. Sus interpretaciones son muy ajustadas. Bien



José Isbert

la característica señora Mayor, las damas jóvenes señoritas Burgos, Muñoz, Cózar, Ochoa, Orozco y Ferrer, y los actores Mancha, Reforzo, Torné, Povedano, Muñoz y Alcáide. De estrenos cómicos, "El condado de Mairena", de Muñoz Seca, ha gustado: "Rosas de Otoño", la delicada comedia de Benavente, encontró una muy buena intérprete en la Membrives; "Como hormigas", de Linares Rivas, le dió lucimiento

a Isbert. La señora Membrives, es también una tonadillera eminente: en "La Chismosa", hace una creación muy afortunada.

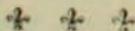
—Paquita Escribano volvió al Teatro Santiago, después de una corta estada en Valparaíso. Naturalmente, en tan corto tiempo, no ha podido variar repertorio, pero ella tiene su público, que estaría dispuesto a verla eternamente en "Agua que no has de beber" o "Quien a hierro mata".

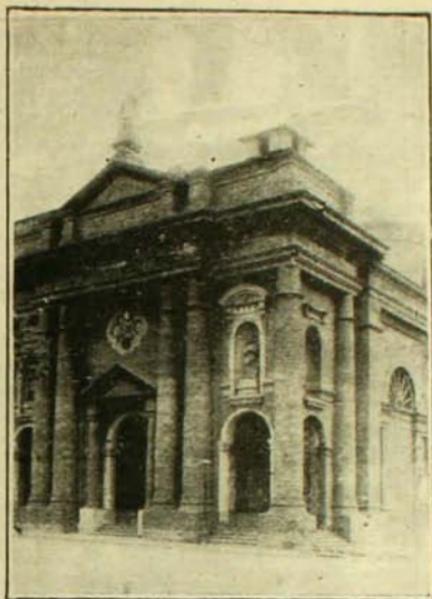
—Pedro Sienna, el actor poeta, se halla trabajando activamente en la confección de una película que tendrá por argumento el de la aplaudida comedia de Hugo Donoso, "Los Payasos se van". Tomarán parte en la interpretación conocidos artistas como Pepe Vila, Laura Palacios, Isidora Reyé y Sienna.

—La Compañía Mario hace la jira del norte dando a conocer los últimos estrenos chilenos de Yáñez Silva, Víctor Domingo Silva, Shanty, Cariola, Acevedo, Argain, Moock, De la Sotta, Hurtado Borneo e Ibarra. A su regreso de esta jira, Mario volverá a la cinematografía.

—Gran interés hay por el debut de la tonadillera Raquel Meller, popularísima en España, donde ha creado la mayoría de los couplets que nos han dado a conocer la Escribano, la Tubau, la Argentinita, etc. Raquel Meller es una artista ya consagrada por el entusiasta aplauso de la crítica parisiense; tiene un repertorio inmenso y le da importancia con su trabajo a este género de la tonadilla, tan entretenido y tan desojetivamente mirado por la gente grave del Teatro.

—De temporadas nacionales poco se habla, pues hasta mediados o fines de noviembre no volverá Báuena a Santiago. Mientras tanto, los autores laboran en silencio. Este año ha sido fecundo en estrenos, no todos plausibles, naturalmente, pero que por lo menos denotan un entusiasmo latente que no tardará en dar frutos. El repertorio chileno ha sido aumentado en este año con cincuenta obras, de las cuales se salvarán del olvido unas ocho: con este pequeño porcentaje basta para ir empujando en Teatro Chileno.





Fachada de la parroquia de San Isidro



Interior de la parroquia

RESPECTUOSAS INDISCRECIONES

UN CURA QUE HABLA Y QUE RECUERDA.—ANECDOTAS.
—SAN ISIDRO VENERADO DESDE 1694.—DON
BLAS REYES Y EL SEÑOR MARTINEZ GAR-
FIAS.—FEALDAD DE FE.

Por ALBERTO ECHEVERRIA

Está a obscuras la iglesia. Junto a una pila amarillosa de agua bautismal, ora de rodillas un sacerdote. La luz mortecina de la lamparilla del Santísimo incendia el pálido rostro y los ojos hondos.

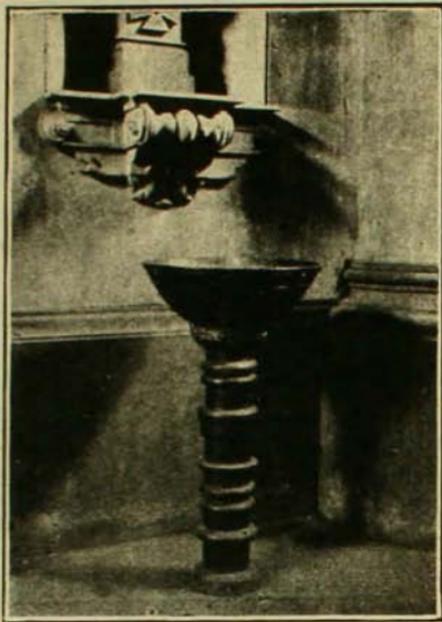
Yo avanzo en puntillas y con los hombros encogidos por una de las naves laterales de azuleca bóveda, iluminada por la livida luz del atardecer, que penetra por unos vitrales que dan a la calle sosegada.

Me detengo frente a un altar. Oprimido por dos columnas sencillas, quebradas por pequeñas hendiduras, aparece un santo barbudo, de cabeza era castaña aborrecada y de rostro encendido; tierno a pesar de un no sé qué de rudo y de primitivo.

Los ojos oscuros y dulces, inmóviles en la madera toscamente labrada. Lleva calzón de pana color de tierra húmeda y está arrebujado en una vieja capa de oro.



Antigua imagen de San Isidro (1694)



Una antiquísima fuente bautismal

Una inscripción dice: "Imagen de San Isidro venerada en esta parroquia desde el año 1694."

Desearo saber algo de este extraño santo con olor de siglos muertos, me acerco al sacerdote que todavía ora de rodillas.

— Quiero hablar con usted algunos momentos.

— Sí, dice, mirándome con sus pequeños ojos azules lameantes y acompañando a la palabra una leve inclinación de la cabeza, de pelos rulos y lacios.

Se levanta hacien-



Bancas salvadas del incendio de la Compañía

do la señal de la cruz. Las últimas devotas envueltas en sus mantos salen apresuradamente murmurando oraciones entre dientes.

Estamos en una pequeña salita.

Después de un rato:

— Desearo conocer recuerdos de esta parroquia, digo al amable sacerdote, y usted, naturalmente, debe tenerlos muy sabrosos de la vida de sus párrocos, austeros y dormidos en esos años remotos de fe menos viva de cultura, más floja y de más blanda disciplina del espíritu

Esos detalles pequeñitos, que no metieron ruido y donde quizás se fué en silencio el alma de una época.

—San Isidro es el patrono de los agricultores; le quieren muchísimo.

—Naturalmente le atribuirán milagros.

—Sí, responde cavilando.

Se encoge de hombros, pónese de pie y callado recorre de uno a otro extremo la pieza toda en sombras. Las manos de abad, largas y huesudas, acarician las mejillas amarillentas.

—Fué en los tiempos de don Blas Rey-

vo. El año seco amenazaba arruinar los sembrados. Atigidos los agricultores, se acordaron del santo olvidado en un rincón de la iglesia, cubierto de polvo y ennegrecido. Le pasearon e naadas por la ciudad con grande entusiasmo y a boroto Atra-

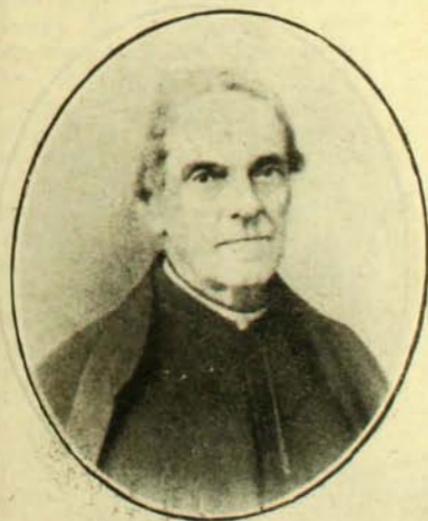


Don Antonio Basilio Escobar (1799-1817), Cura de San Isidro

vesó la suplicante muchedumbre por una de las calles centrales hacia la Catedral. Un grito jubiloso escapa de repente del grupo de los que cercan al santo. La multitud, llena de inquietud, se arremolina alrededor de la imagen que tiembla erguida en lo alto del anda, porfiando por acercársele. El vocerío se apaga; luego se escuchan gritos claros. ¡Milagro! ¡Milagro!, clama el gentío, enloquecido, que brinca de emoción en las calzadas y en las veredas pedregosas y que trepa en las bancas de la plaza para ver mejor el estupendo

prodigio. El anda se detiene, la gente, confundida, estorba el tránsito.

La imagen sigue balanceándose suavemente después de descansar en el suelo. Sus ropajes se mueven.



Don Blas Reyes, párroco (1839-1863)



Don Francisco Martínez Garfias (1864-1867)



Don Beldomero Grossi (1881-1893)

El movimiento que recorría todo el cuerpo ahora aparece revolviendo los anchos calzados de pana, color de fresas maduras. Alguien se acerca al santo. Con temblor en las manos y espanto en los ojos desabrocha los calzones que todavía se mueven. De entre las ropas saltan varios ratones acurrucados en un nido de pajas.

Un silencio abrasado de picardía gosa este recuerdo adorable y encantador.

A una romería que hubo años más tarde la sorprendió la lluvia en el centro de la ciudad. Los devotos escaparon dejando el santo abandonado al agua.

Manos piadosas le pusieron al abrigo de la lluvia en la Catedral.

Días después el santo que tan generosamente calmó el desasosiego de los afligidos hacendados, atravesaba la ciudad sin ruido, metido en un coche de alquiler.

Clava la mirada en una de los retratos de párrocos que cuelga de la muralla renegrida, simétricamente alineados.

La figura borrosa surge de su propia sombra vagamente alumbrada por la rojiza luz de un globo de gas de la calle.

—Es don Blas Reyes.

El rostro es enjuto y alargado, los ojos maliciosos, en donde asoma la picardía; ma-

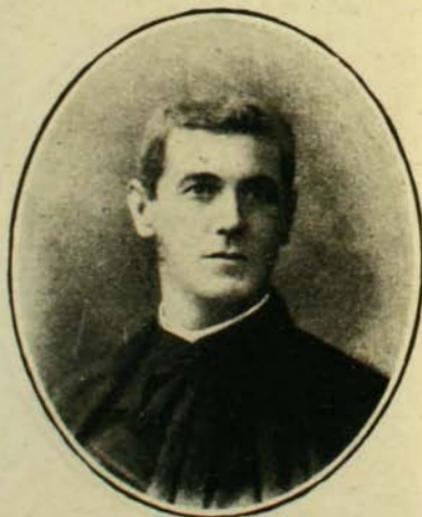
ligna y dura la sonrisa de los labios abultados y sensuales, los cabellos largos y caídos.

—Muy joven fué rector del Seminario y diputado de uno de los primeros Congresos

—Españoles. Espíritu sencillísimo y bueno. Todas las noches apenas comía, invariablemente se dirigía de las casas parroquiales, embozado hasta los ojos en una gran capa negra y tocado con sombrero de copa alta, a las de un caballero de la vecindad, en donde algunas personas se entretenían en las largas y aburridas noches de invierno en el juego de la malilla. Regresaba al amanecer. Celebraba misa antes de aclarar, después se recogía a sus habitaciones y no se le volvía a divisar en la parroquia en todo el resto del día, hasta la caída de la tarde.

El señor cura se levanta en silencio. Le sigue por un pasillo; torcemos a la izquierda. Vecina a un rincón que forman dos murallas viejas, lindantes con el patio embaldosado, aparece una puerta antiquísima que comunica con otra sombría y con fuerte olor de humedad.

—En el lugar de esta puerta existía antes una ventana. Ahí pasaba enterrado los días enteros el señor Reyes, tomando mate. Se le halló muerto ahí mismo, sentado en una silla, mirando al patio, y con el mate entre las manos.



Don Eduardo Gimpert (1896-1906)

Existe una coincidencia curiosa. La última partida de defunción firmada por el señor Reyes que aparece en los libros parroquiales lleva precisamente la misma fecha de su muerte.

—Otro recuerdo sugerente del espíritu de esos años:

“Noté una mañana que salía de misa, contaba una viejecita, que la gente después de abandonar la iglesia volvía apresurada a entrar en ella. Llena de curiosidad volví nuevamente.

El sacristán, un muchachón harapiento y de muy mala traza, hablaba a los fieles, encaramado en el púlpito, pidiendo oraciones para su mujer enferma”.

Al señor Reyes sucedió el señor Parreño, sacerdote bondadoso, tierno, empapado de vivo espíritu religioso. Dió gran magnificencia al culto, descuidado desde largos años. Durante la celebración de la misa le rodeaban ocho niños, vestidos de rojo, sentados en las gradillas del mármol del altar. El señor Parreño adquirió las bancas del templo de la Compañía, un mes antes del incendio.

—¿Conserva esas bancas?

—Dos solamente. Cuando me hice cargo de esta parroquia las hallé arrumbadas en la parte del templo en construcción; las lluvias pudrieron las maderas, de modo que casi todas estaban destruidas. En los corredores, afirmadas en la muralla blanquizca, aparecen las dos bancas. Son de rica madera, sencillas, sin talladuras, ni adornos, casi toscas; me parece que no tienen menos de cien años.

Un largo silencio; las campanas repican monótonamente, una bandada de palomas huye del campanario, y blanquea el cielo negro.

Continúa:

—El señor Martínez Garfias tiene también una vida curiosa.

Hombre de muchísimo talento, de agudo y picante ingenio y de cultura refinada.

Enseñó teología en el Seminario y años más tarde acompañó al Arzobispo Valdivieso en su viaje a Roma.



Don Ricardo Echeverría Montes, actual cura de San Isidro

Era el señor Martínez Garfias un hombre extraordinariamente feo como ustedes pueden observarlo en el retrato.

Años después, Pío IX preguntaba a un viajero chileno, de tránsito por Roma: “¿Vive todavía ese clérigo tan feo que acompañaba al Arzobispo Valdivieso?”

La divertidísima pregunta del Papa hizo decir a muchos que era de fe que el señor Martínez Garfias era feo.

Era tan grande la admiración de este sacerdote por el señor Valdivieso que cayó en la ridiculez de imitar sus movimientos.

El señor Arzobispo era muy nervioso, a veces durante la celebración de la misa tenía fuertes ataques de nervios, el cuerpo le temblaba, alargaba los brazos y apretaba rabiamente los puños. El señor Martínez exageró tanto estas conmociones, que cierta vez, diciendo misa, cayó de espaldas azotando la cabeza en las baldosas del piso.





La danza entre nuestros niños

Para quienes siguen paso a paso las manifestaciones de cultura que van surgiendo poco a poco en nuestras diversas esferas sociales, es halagador ver cómo va enseñoreándose de ellas la afición por la danza, es decir, por el arte del ritmo unido a los demás artes: porque quien presencie esa bandada de palomas que suele invadir a veces un escenario, o esa reunión de hadas que figuran por momentos, o esas flores maravillosas que parecen alzarse sobre sus tallos, que no otras evocaciones despiertan los niños que danzan,

estará de acuerdo conmigo en afirmar que la especialidad de la Pavlowa, de Tórtola Valencia, de la Verbist, de Niyinski, suma, puede decirse todos los artes para darnos uno nuevo con caracteres de prodigioso.

Pues bien, este nuevo aspecto del arte se cultiva ya entre nosotros con afición y hasta con maestría. Varias han sido las ocasiones en que tanto en los teatros de Santiago como en el escenario del Club de Señoras, han sido vitoreadas encantadoras figuras que tan presto son los niños hijos de nuestras amigas, co-



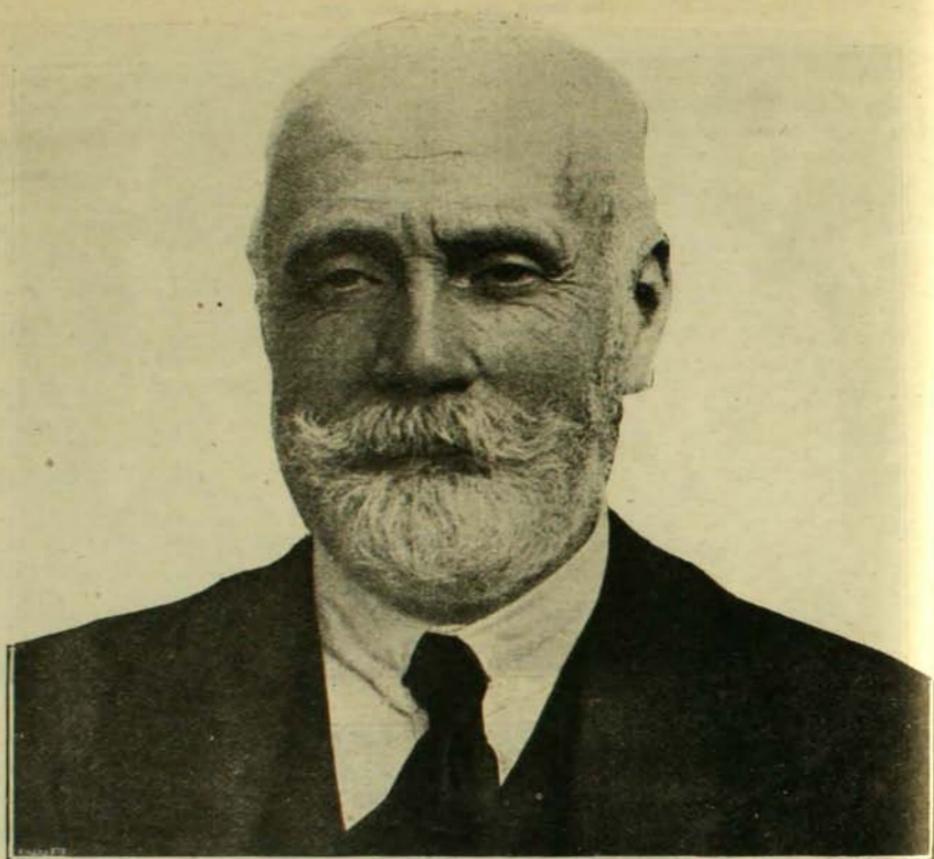
mo porcelanas animadas, escapadas de quizás qué vitrina portentsosa que por desuido, ha dejado que salgan criaturas que reúnen la belleza, la elegancia, lo leve, lo armónico. ¿Sus nombres verdaderos?... Cristina Baltra, las hermanitas Amenábar, Mercedes Vásquez, René Honorato y alguno otro. Cada uno de ellos merecería párrafo especial en elogio de su talento, de modo que lamentamos en verdad, dar sólo los retratos de Mercedes Vásquez y de René



Honorato, que nos han sido proporcionados y que ofrecemos y exponeste de este aspecto artístico para nosotros nuevo; aspecto que reúne también el beneficio de ser el más conveniente ejercicio físico, el que más desarrollo da a las formas haciéndolas bellas, y ejerciendo por último, sobre la salud, la mayor conveniencia. Honra y provecho.

Mercedes Vásquez y René Honorato en varias danzas.

(Foto. Conrads).



Magnífico retrato del eminente novelista D. Armando Palacio Valdés, obtenido últimamente en el Parque de Avilés por el célebre fotógrafo español Sr. Campaña, h.

UN HOMENAJE A PALACIOS VALDES

Por J. ORTEGA MUNILLA

Asturias ha pagado la deuda que tenía contraída con su eximio escritor don Armando Palacio Valdés. El novelista asturiano había hecho pasar el alma de su adorada región por las páginas admirables de *Marta y María*, de *El señorito Osvio*, de *El maestrante*, de *La a'dea perdida* y de tantos otros libros en que palpita el hondo amor que el corazón de Palacio Valdés siente ha-

cía Asturias. La hermosa región española ha tributado a su novelista un homenaje de admiración ferviente. En Avilés se ha inaugurado un elegante teatro que lleva el nombre inmortal del creador de *La hermana de San Sulpicio*; en el coliseo, materialmente lleno, lo mismo de hombres que de mujeres, de poderosos que de humildes, se celebró la fiesta con que Asturias quería rendir home-

naje de admiración a su novelista regional. Hablaron en dicho acto, entre varias personalidades locales, D. José Ortega Munilla, que tuvo frases de gran cariño para el festejado; Melquiades Alvarez, que pronunció un hermoso discurso, y, por último, el mismo don Armando, que, emocionadísimo, leyó unas cuartillas de gratitud que arrancaron al público ovaciones delirantes. Finalmente, el ministro de Instrucción Pública, Sr. Espada, impuso al eminente novelista las insignias de la gran cruz de Alfonso XII, en medio de grandes aplausos. El público no cesaba de ovacionar a su egregio paisano, que escuchaba estas muestras de admiración vivamente conmovido.

Damos el artículo que Ortega Munilla le dedicó al gran novelista asturiano, con motivo del homenaje de Avilés:

El homenaje que la iustre villa de Avilés ha dedicado al insigne novelista Palacio Valdés es un acontecimiento que enaltece igualmente a Asturias y a España, porque prueba cómo va siendo estimada la labor de los pocos que, sin intervenir en las contiendas políticas, ganan la prez en el culto de las artes. La figura del maestro destaca hoy en la admiración general.

Cumpliendo nuestra función de periodista, queremos consignar algún rasgo de la labor fecunda del literato, modo de que conste el carácter fundamental del gran psicólogo.

En el armónico conjunto de las distintas prendas de este ingenio, con la misma justeza y con igual perspicacia describe él las multitudes que los individuos. La magna psicología del pueblo reunido halla en Palacio descifrador diestro, con el propio cetero espíritu penetrante y avizor que el análisis de una crisis personal en la que un alma se consume y padece.

Releed en **Riverita** la corrida de toros. No creo que sea Palacio lo que se llama un "aficionado". Sin embargo, él adivinó la tormentosa conciencia popular en el trance de la lidia, y acertó con el grito, con la injusticia de los fallos, con su crueldad, con sus extortóreas manifestaciones.

Quien no haya estudiado la fiesta de los cosos no comprenderá bien el misterio de las agitaciones del Agora. Algunas de las revoluciones de mediados del siglo anterior comenzaron por el descontento de los espec-

tadores; entre un volapié fracasado y el excesivo rigor de un policía se desató la furia plebeya, resabio romano. Porque un tigre indio—soltado en el coliseo para atormentar a los cristianos—resultó manso, la muchedumbre se alborotó y la majestad de Comodoro se vió en riesgo; las hortalizas del Tiber rozaron el sacro rostro. Palacio Valdés traza en cortas líneas el cuadro...

“La arena está llena de aficionados. Una muchedumbre abigarrada, compuesta de estudiantes, paletos, ehulos, señoritos y soldados, elegantes unos, otros desarrapados, fraternizando todos y creyendo que por el mero hecho de hallarse allí, en el terreno del toro, como si dijéramos, participaban del arrojo y gallardía de los lidiadores. Los tendidos se iban poblando lentamente, y desde aquí al redondel mediaban saludos y gritos entre unos y otros que convertían la plaza en un mercado. La voz de los vendedores de naranjas salía entre todas las demás, y las naranjas, cuando alguno las demandaba, volaban, rápidas y corteras, de las manos de aquéllos a las del comprador por encima de las cabezas. En los tendidos de sombra los jóvenes lechuguinos charlaban en alta voz, le-



El nuevo teatro inaugurado en Avilés con motivo del homenaje a D. Armando Palacio Valdés, y que lleva el nombre del eximio novelista.

vantando la cabeza para mirar a las damas de los paleos. En los de sol los honrados menestrales se acomodaban en sus asientos, resueltos a dejarse tostar toda la tarde, y hablaban entre sí de tauromaquia, muy pagados de ser los verdaderos inteligentes de la plaza. El júbilo, la alegría nerviosa que comunica la esperanza del placer, brillaba en todos los ojos...

Nada más... Y basta... Cuatro pince-ladas a lo Fortuny, y el coso vibra y el tendido se anima... Bien distinto el procedimiento del que usaron los cultivadores de la nueva escuela francesa, que empleaban dos pliegos de lectura mazorra para pintar un paisaje o una escena, en los que estaba todo y faltaba lo esencial.

... Salen las cuadrillas; el público chileno. Un espectador se fija en el torero veterano zurcido a cicatrices, el amado de los rigurosos tañilos. Palacio sorprende la frase característica, el requiebro bárbaro del entusiasta: "...¡Miale, miale el viejo!... Ese es, el de la izquierda... ¡Miale qué cara tiene!... ¡Le zumba el alma a ese tío!... En España no queda ya quien reciba toros más que él..."

La historia de la fiesta llamada nacional, el entusiasmo de los antiguos, está en esas palabras... Y sigue la lucha y los espectadores intervienen, y a un diestro que está en vena le voceran: "¡Olé tu mare, saleroso!" y a otro que cayó en la desgracia le insultan: "¡Morra!, ladrón, cochino!"

Así halla el maestro la verdad del suceso que se repite tantas veces. Como Juvenal, que exclama ante el gladiador derrocado: "Ayer te aplaudieron. ¡Hoy mueres en el oprobio de la plebe!"

De suerte que con cinco líneas descriptivas y unas frases arrancadas a la greguería del populacho, se tiene el esquema de las españolas multitudes en su rebullicio festero. Prodigio de síntesis; prenda genial del narrador...

Pues ved, para que sirva de contraste, cómo analiza Palacio Valdés el trance horrendo en que se ve uno de sus personajes: el noble y triste don Germán Reynoso, el rico indiano, de vuelta a su tierra, donde casa con Elena, moza bella y aturdida. El adora a su esposa. Ella le ofende en su honor.

Cuando Reynoso lo sabe, se desespera. Nunca se le ocurre la idea de la sangrienta venganza. Retírase a una finca que poseía en El Escorial; enciérrase en sus habitaciones; ordena sus asuntos; escribe varias cartas, una al juez. Saca de un cajón su revólver. Dispónese a darse la muerte. Pasea en las postreras luchas de su ánimo, aguardando el momento del sacrificio... Escuchad a Palacio Valdés:

"Allá, en el fondo, entre las camas de los esposos, pendía un crucifijo. En uno de los pasos los ojos de don Germán tropezaron con él. Quedó inmóvil, clavado al suelo, los ojos fijos en aquella imagen sangrienta. ¿Cuánto tiempo [e]uvo así? ¿Una hora? ¿Un minuto? Jamás pudo él mismo saberlo. Al fin dejó escapar un suspiro, se tapó el rostro con las manos y cayó de rodillas sollozando... Cuando se puso en pie, había recobrado el sosiego, todo el sosiego del alma. Su resolución estaba tomada. Se dirigió con paso firme a su despacho; guardó de nuevo el revólver y se puso a escribir otras cartas... La última para su mujer... Y mientras se alejaba de su hogar para siempre, iba pensando: "... ¿Qué importa todo? ¿Qué vale cuanto existe en el mundo? Riqueza y miseria, grandeza y humillaciones, desgracia o ventura, todo cambia, todo se hunde, al fin, en los abismos de la noche eterna... ¿También se hundirá el amor? ¿Nada quedará de esta emoción incomprensible, que parece transformarnos por momentos, arrebatarnos de la tierra a otras esferas más altas? Don Germán contempló el cielo largo rato, escrutando con avidez sus abismos azules, sus millohes de luminarias maravillosas. Al fin, los bajó de nuevo, murmurando: "¡No, el amor no se hundirá, porque el amor es Dios!"... Tomó la maleta, que había dejado caer al suelo, y emprendió de nuevo la carrera. Los sollozos le rompían el pecho; las lágrimas le cegaban. Así marchaba aquel hombre, al través de la noche desierta, en busca de Dios.

Creo que estas páginas, de las que he entresacado lo fundamental, son lo mejor que ha dado de sí la novela española moderna en punto a expresión honda. Será modelo insuperable. Téngolo, a lo menos, por insuperado.



M. Alexandre Dumas.

PERSONAS CONOCIDAS LLEVADAS A LA NOVELA

LAS LLAMADAS "NOVELAS DE CLAVE" Y SUS EFECTOS.—EN SOCIEDADES POPULOSAS, EN SOCIEDADES PEQUEÑAS. — EPOCA RICA EN PRODUCCIONES DE TAL INDOLE.—EJEMPLOS.—LLAMADO A LOS QUE COMIENZAN

Por EUGENIO LABARCA

Cuando hemos leído una novela apasionante cuyas escenas saben a realidad, cuyos personajes parecen de carne y hueso, y cerramos un momento el volumen dejando que la imaginación vuele, no es raro presumir que los episodios narrados tengan relación estrecha con el autor. Y tal vez no nos equivocamos. Basta sentir afecciones literarias pa-

ra persuadirse de que por mucho que obren la observación, las facultades imaginativas y el poder creador nuestros, siempre habrá en nuestros escritos dosis mayor de experiencia, de auto-análisis de recuerdos extraídos de lo fondo, de palpitaciones que acaso nos ahogan aún o de ansias en que nuestra esperanza íntima se mece.

No es, pues, aventurado afirmar que cada novela marca algo así como una circunstancia no despreciable en la vida espiritual de su autor. Y si bien algunos dan paso a paso la clave de sus inquietudes en un primer volumen que sale gritando sinceridad cuando no candor, otros hay que sólo a través de veinte o más obras llegan a exponer íntegramente la amalgama de su espíritu. Los unos, asaz noveles o ingenuos todavía, no supieron mezclar los sueños a la verdad; y los otros partieron de la fantasía, dejando escapar como con pudor o por la fuerza, sus verdades de hombres, independientes de las del novelista.

Es a veces suficiente, por eso, leer del autor un solo libro para conocer definitivamente de su interior; en otras ocasiones forzoso es leer toda una biblioteca para obtener tal conocimiento, y, aún así, quizá si esa personalidad diluida se nos escapa en cada ocasión como el pez de la redcilla cuando ya se le estimaba cogido.

De todos modos, si las novelas son escabrosas, es preferible exhibir sus propias pasiones, en uno o en varios volúmenes, antes que dar a sospechar que trama y personajes tienen relación con nombres de la vida real, nombres que sueñen pronunciarse *sotto-voce* para desprestigiar de ellos mismos, para alzar antiguos comenariios, para renovar escándalos ya dormidos o para puntualizar meras



Henri Barbusse.

sospechas. Tal es el daño que trae si arrastran las llanadas "novelas de clave" daño que en sociedades pequeñas envuelve trascendencia suma, mientras puede ser leve apenas en los grandes centros. Cualquiera *affaire* de Londres, de París o de Petrograd puesto de actualidad o en evidencia por un escritor de allá, reseñada allí casi siempre sea con éxito literario; en cambio, tal o cual incidente de Santiago o Valparaíso puesto en novela entre nosotros, abre a dicha novela camino de triunfo, allá no sea un adefeccion estimado puramente como obra.

¿Por qué?... Por curiosidad, por esa maldita curiosidad ardiente siempre por saber cómo sucedió esto o aquello tan comentado en los diversos círculos, aquello cuyas circunstancias se sospechan apenas o han ido siendo alteradas a través de la interpretación de boca en boca. Así, pues, mientras en las sociedades populosas un gran amor, un crimen pasional, un poema de vida tronchada, repercuten en beneficio de las letras sin que nadie pare mientes en el hecho real mismo, en las sociedades pequeñas aspirase a veces a saber una verdad cuando la haya resacaado la pluma incscrupulosa que sin pensar en arte, en belleza, en nada alto, va destilando existencias sobre las cuartillas imposibilitadas para rebelarse.

Si bien un Dourget, un Barbusse, una Pardo Bazán, un Gorki, un Braco, un Ibsen,



La condesa de Pardo Bazán. Escritora eminente, para quien las damas españolas y la intelectualidad mundial solicita un sillón en la Real Academia Española.



Doña Inés Echeverría de Larraín. (Iris)

pueden anotar el elismo de su respectivo barrio sin que alma nacida se sonroje, un Orrego Lueo, un Díaz Arrieta, una Inés Echeverría, un Joaquín Edwards, una Teresa Wilms, un Santiván, no tienen derecho a desmenuzar en público espíritus que quisieran inhibirse, olvidarse de sí mismos, menos ser pasto de devoración para eriticos y leetores. Comiseración es ésta que no todos los autores nacionales han puesto en práctica en cada momento. ¿Que los nombre...? No. Sería agitar nuevamente en torno a ellos los vampiros de la maledicencia que, esta vez, confundirían a novelistas y personajes.

Prefiero, más bien, pasar a mundos lejanos o a antiguas figuras y recordar que currita Albornoz, la Dama de las Camelias, Pepita Jiménez, los personajes de "El Nabab", fueron cogidos de la realidad directamente por el Padre Coloma y Dumas, hijo, y don Juan Valera y Daudet. Esta se ha evidenciado, por cierto, pero sólo años más tarde de aparecidas las obras o de muertos autores y protagonistas. Y ello no significa que los nombrados sean los únicos que hayan auxiliado su imaginación en la verdad; no, por el contrario, son meros ejemplos extraídos de una legión, pues serán infinitos aquellos que de un acontecimiento hayan desprendido una

novela. Por lo mismo, no es fácil tener en la punta de la lengua docenas de nombres. Ni vale la pena tampoco. Epocas ha habido, sin embargo, ricas en casos de tal índole y de casos notorios: la de Alfredo de Musset, por ejemplo. En torno a los amores del poeta... una verdadera telenovela de realidad y de fantasía en que no sólo él y George Sand se declaraban en verso y prosa, respectivamente, sino a cuya variedad contribuyeron también personajes secundarios con hilos de diversos matices. De entre ellos, D'Alton Shée, quien frecuentaba el círculo de los llamados "amantes de Venecia", llegó aún a llevar al teatro dos piezas de clave: "Le Duc Pompée" e "Ivresse", en la primera de las cuales exhibía al Príncipe Belgiojoso, niño mimado de aquella camarilla venido desde la Italia artística y refinada; y a Alfredo de Musset en la segunda, más no por cierto el Alfredo seductor y talentoso, sino uno dado a la bebida en absoluto de condiciones nobles.

Lo peor es que el propio poeta se dejó seducir por este sistema ofensivo e hirió a George Sand, publicando "L'Enfant du Sié-



Hernán Díaz Arrieta.

de"; quien, a su vez, si bien tardamente, se vergó dando a leer "Elle et Lui", una de sus novelas más conocidas y de cuyas páginas sale mal parado el poeta.

No hay, realmente, qué celebrar al uno ni a la otra. Cegados por las pasiones, no darían tal vez la verdad de sí mismos y quizá si ante la posteridad sólo lograron perjudicar el interés indudable de sus caracteres extraordinarios.

¿O qué decir del actual Dannunzio, tan cruel como ha sido con la Duse, al calumniarla despiadadamente en "El Fuego"? Obra maravillosa que, sin embargo, repugna, desde el momento en que el lector advierte cómo

el tipo de la Foscarina no es más que la interpretación grosera dada por el autor neurasténico a la antigua amada, toda devoción.

Piensen, pues, los novelistas que comienzan y no se dejen seducir; piensen que si los milagros de arte se resbalan de las manos porque sabe uno que el ideal fué prostituido y rebajado con ponzoña, a qué distancia no serán lanzados aquellos libros en que sobre belleza o sobre enseñanza, domina el espíritu mezquino de quien suple sus deficiencias para crear con observaciones cuya agudeza consiste en levantar polvareda, y polvaredas que acaso cegarán ojos ya arrasados por el llanto de la evocación o del remordimiento.



Fernando Santlyán.

REDENCION

En el mes de diciembre del año pasado, la revista "The Strand Magazine", de Londres abrió un concurso de cuentos. Obtuvo el primer premio, consistente en 250 libras esterlinas (más o menos 5.000 pesetas moneda corriente), el que publicamos a continuación. Eran miembros del jurado, Sir Arthur Conan Doyle, Enrique Rider Haggard y Herbert C. Wells.

Por OSVALDO WILDRIDGE

Lo peor que puede decirse del capitán Cristóbal Swale se reduce a esto: en la hora del peligro, toda su tripulación abandonó el buque y a su capitán. Se llevaron el gato, pero dejaron al capitán en compañía de las baratas y de los ratones. Pero su actitud es comprensible y aún puede decirse, en favor de la tripulación que ignoraban la verdad de las cosas. Si lo hubieran sabido todo, de seguro que no abandonan el buque en esa forma. Además,—y ésto vale la pena tomarlo en cuenta,—no lo abandonaron por venganza ni con mal espíritu, sino que fué su fuga una concesión al temor que en ellos despertaba el propio capitán, quien se había rodeado de una atmósfera de odio y de terror, gracias a su sistema arbitrario y tiránico de manejar a los hombres. Toda su vida, Swale había sostenido que la fuerza hace el derecho, y esa fuerza la mantenía por medio de la violencia, que él llamaba simplemente disciplina. Poco a poco había ido conquistándose una reputación tan poco envidiable como la del más sanguinario pirata, y se decía que las vidas encomendadas a su cargo abordo de su buque le eran tan indiferentes y de tan poco valor, como el polvo que pisaba.

Pero, fuera de su buque, Swale era completamente distinto. Sus conocidos lo encontraban de mucho carácter; su esposa lo quería y sus hijos lo idolatraban, pero

sus compañeros en la marina habían a qué atenerse y más de uno anunciaba proféticamente que algún día sería el último.

—Se está pasando,—dijo en cierta ocasión el capitán Martín Topp, al referirsele el más reciente y brutal episodio que había tenido lugar a bordo del "Orión", al querer Swale imponer su autoridad. —Swale no sabe lo que está haciendo y se va a encontrar de pronto con un levantamiento. Será un motín abordo y se lo tendrá merecido. Claro está que un capitán debe ser obedecido abordo; pero hay modos y modos, sin necesidad de apelar a los rayos y truenos de que se vale Swale.

Pero como esto no sucedía, los profetas empezaron a pronosticar que Swale encontraría su castigo en otra forma. Sin duda, los navieros a cuya firma pertenecía el "Orión" concluiría por quitarle el mando. Ya su nombre estaba desacreditado en todos los puertos de alguna importancia y le era cada vez más difícil conseguir tripulantes para el barco.

—El "Orión"?—decían los hombres.

—Nó, gracias; no tengo para qué embarcarme en ese barco del demonio.

Y cada vez eran menos expertos y más inútiles los hombres que firmaban contrato para un viaje en el "Orión", con lo cual se resentía el buen servicio del barco y las entradas no eran en proporción con los deseos y las expectativas de los propieta-

rios. Pero nunca nadie se soñó la forma que tomaría la venganza de los marineros, aprovechando el furioso temporal que barría de la cubierta a los dos contramaestres y a cuatro tripulantes, y que dejó a Swale tendido sobre cubierta como muerto.

El Destino se mostró irónico con el infeliz capitán. No le bastaba con dar órdenes con voz de trueno; tenía, además, que apresurar su ejecución repartiendo palos sobre la cabeza de los hombres y éstos, huyendo de él, lo obligaron a saltar sobre el palo mayor que se había venido abajo, lo vieron tropezar y caer pesadamente, golpeándose la cabeza y quedando aturdimiento por largas horas sin que ninguno osara acercarsele. Por fin Swale se levantó y sin dirigir una mirada a la tripulación, se encerró en su cámara.

Aquel fué el golpe de gracia para el barco. Hombres había; pero faltaba quien los dirigiera, y los hombres se agruparon en la proa, esperando que alguno tomara la iniciativa. Pero ninguno de ellos pensó que sería Peli-Rojo, el más insolente, el más flojo y el que más había sufrido a manos del capitán, quien tomaría el mando. Empezó tan diplomáticamente, que ninguno se dió cuenta adónde iba a parar.

—El viento ha bajado,—fué su primer anuncio,—y el mar se está calmando.

Una hora más tarde trajo otra noticia, no tan agradable como la primera:

—El patrón está muy bien, durmiendo a pierna suelta. El muchacho había ido a darle una miradita y ya sabían a qué atenerse.

—Y más tarde, insidiosamente, les propuso:

—Estoy creyendo que la ocasión es propicia para que emprendamos la retirada.—Les dijo.—La tempestad va pasó y tenemos el bote grande y las Malvinas no están muy distantes, según le oí decir al piloto antes de que se fuera al agua. Y tenemos al contramaestre que sabrá dirigir el bote en debida forma. El patrón luego empezará a moverse y nos matará a todos o poco menos, si es que nosotros no acabamos por matarlo a él. Pero yo creo que será mejor salir de ésto.

Así, en tanto que el capitán Swale permanecía aturdido en su cámara, la tripulación resolvía lo que le convenía hacer. Al principio, como sucede siempre en iguales casos, los demás creyeron que Peli-Rojo hablaba por hablar, pero cuando Jeremías Hicks insinuó que aquello parecía un asesinato a sangre fría, Peli-Rojo le descargó un torrente de maldiciones.

—Al fin y al cabo ¿qué más daba? Si creían que era preferible matar al capitán, él estaba dispuesto a hacerlo y podían asegurar que se había ido al agua, como le había sucedido a los dos pilotos. Pero ésto no era asesinato. Dejarían el buque; el capitán se hallaría sólo; pero tendría alimentos suficientes y no había peligro de que el bareo hiciera agua. Tal vez estaría algunas semanas vagando sin poder manejarlo, pero al fin pasaría un buque o vapor a recojerlo y si sucedía que el capitán se moría allí y el "Orión" vagaba abandonado por los siglos de los siglos, se tendría su merecido por no haber sabido entenderse como gente con la gente. Sería pagarle una vieja cuenta y nada más.

Los hombres le contestaron con una especie de gruñido de asentimiento, pero el temor al mar, la posibilidad de que no alcanzaran a llegar a las Malvinas en el único bote que había respetado la tormenta, les hacía vacilar en aceptar la proposición de su compañero.

—Esto será un infierno peor que nunca cuando el patrón salga de su camarote,—les insistió Peli-Rojo.—Harto malas andaban las cosas cuando teníamos que entendernos con los pilotos, pero ahora tendremos al capitán encima de nosotros todo el tiempo y las circunstancias no habrán mejorado sus condiciones de carácter. Acabaremos por matarlo cuando ya haya caído más de uno de nosotros, y claro está que al resto nos colgarán.

No tenía ninguno argumentos que presentar en contra de ésto y una vez resueltos a fugarse, los hombres procedieron a hacer sus preparativos lo más rápidamente posible. Para empezar, aseguraron la puerta del camarote del capitán y una hora antes de la puesta del sol Peli-Rojo abrió



el camarote, y se deslizó con el gato en brazos a reunirse con sus compañeros que tenían ya el bote listo para partir.

—Si le dejamos el gato, el patrón lo matará de pura rabia con nosotros,—dijo el marinero, empuñando un remo.

Los demás se rieron y se alejaron rápidamente, cantando ahora a toda voz el único canto marino adecuado a las circunstancias:

El viaje es ya largo, pesado el trabajo;
déchala, Juanito, déchala.

El viento está cehando los mástiles abajo;
déchala, Juanito, déchala.

Las velas bajamos; no hay nada qué hacer;
déchala, Juanito, déchala.

En la mar salobre vas a perecer;
déchala, Juanito, déchala.

En tanto que se alejaban del "Orión", más alto cantaban los marinos, deseosos de que despertara el capitán y los viera, gozando con la sola idea de su rabia imponente al encontrarse sin tripulación. Pero ni una sombra se dejó ver sobre la cubier-

ta y pronto la noche oscura se tragó el bote, en tanto que mil y mil misteriosos rumores vagaban por el barco. El viento, amainado ya, silbaba entre el maderamen que había destrozado en su furia horas antes; el mar golpeaba suavemente los costados del buque y en el camarote se escuchaba el ronquido del capitán. Cuando salió el sol, Swale todavía se revoleaba inconsciente y una y dos veces más se fué el astro y regresó, sin que el capitán del "Orión" se diera cuenta del tiempo ni de nada de lo que lo rodeaba. Por fin, al cuarto día volvió en sí y sus ojos se clavaron en la densa oscuridad que lo rodeaba, buscando un punto de luz.

—¡Muehacho maldito!— dijo débilmente.—Claro está que no le puso parafina a la lámpara, o se le ha olvidado encenderla. Ya le enseñaré yo... He de encender... Le voy a torcer el cogote al...

Un suspiro terminó las palabras entrecortadas y volvió a quedar sin sentido. Dos y tres veces recuperó la razón y cada vez buscaba la luz sin hallarla, cada vez prestaba atención a las voces de los hombres, sin percibir lo uno ni lo otro.

—¡Qué noche tan larga! ¡Ojalá fuera de día ya! ¡Eh! esa lámpara debía estar encendida... ¡Qué hora será?—y con un acceso de rabia, Swale se incorporó. ¡Oye tú, demonio! ¡dónde diablo te has metido! Traeme luz y algo que beber. Aguardiente; oyes? Mira, si no te apuras... ¡Por qué diablo me duele tanto la cabeza?... ¡Caramba! Se están burlando de mí... ¡Ya sabrán lo que es bueno!

No conservaba el menor recuerdo de lo sucedido; la tempestad, el casi naufragio de su embarcación, la muerte de parte de la tripulación... todo ello había desaparecido y sólo se daba cuenta de qué era de noche, que estaba horriblemente oscuro, que lo rodeaba un silencio impenetrable. Pero poco a poco su mente recuperó algo de lo perdido y con un violento esfuerzo de voluntad, se echó al suelo y cayó rodando a cierta distancia. Su primer sentimiento fué uno de verdadero estupor; nunca antes habían rehusado sus piernas sostenerlo; pero tampoco nunca había pa-

sado tres o cuatro días de inconsciencia, sin alimento alguno y sufriendo..

—¿Qué diablos me pasa?—se preguntó furioso. — Ni que fuera gato recién nacido. ¡Y estos demonios que no se acercan por acá! Parece que no hubiera un alma a bordo y está tan obscuro que las sombras bien podrían cortarse con un cuchillo. Voy a subir a cubierta, y ya verán los perros...

Era el mismo capitán de antes, pero había una pequeñísima diferencia que él mismo notaba. Su voz no era tan resuelta, ni se sentía tan seguro de sí mismo, ni aún cuando pudo ponerse de pie y andar un poco. Ocho días antes no le habría sido difícil hallar la salida así en la oscuridad; pero ahora iba a encontrones, buscó fósforos a tientas, y viendo que no tenía a la mano se encaminó a la cubierta apoyándose contra todo lo que lo rodeaba. ¡Misterio sobre misterio! Sólo había pasado de las tinieblas a las tinieblas; de un mundo desierto a otro mundo silencioso y abandonado.

La brisa mecía sus cabellos y le refrescaba la frente acalorada, pero el cielo estaba negro, y ni a derecha ni a izquierda, mirara como mirara, lograba distinguir la menor sombra que le revelara la forma de lo que lo rodeaba. Un pensamiento lo asaltó: era un motín, sin duda alguna; un motín en el cual se encontraba enteramente solo contra quince hombres de la tripulación. Pero si bien era despótico y brutal, Swale no era cobarde.

—¡Arriba! ¡A cubierta! ¡La guardia! —gritó a toda voz.

En los vastos espacios retumbó su voz y se perdió...

—¡Aquí, perros! ¡Qué se piensan ocultándose! ¡Ya verán bueno! —gritó otra vez; pero el mismo impenetrable silencio siguió a sus gritos: y en lugar de dirigirse en busca de la tripulación, bajó nuevamente a su camarote.

—Mejor buscar una luz primero, y ver si hay algo que comer a la mano,— se dijo el capitán, y a tientas dió con una caja de fósforos en un cajón y raspó uno. Oyó el chisporroteo, pero por más

que raspó y raspó, el fósforo no encendió. Impaciente, lo arrojó al suelo y probó otro, y en seguida un tercero, e ¡cuál le alcanzó a quemar los dedos.

— ¡Maldición! — exclamó Swale, pero de pronto abrió la boca y el terror se pintó en su semblante. ¡El fósforo le había quemado los dedos, le estaba quemando todavía, pero no había visto la llama! Trémulo, raspó uno más y luego toda la caja, oyendo el chisporroteo del fuego, sintiendo que le abrasaba la mano, pero sin lograr ver la llama en una sola ocasión. Y entonces comprendió.

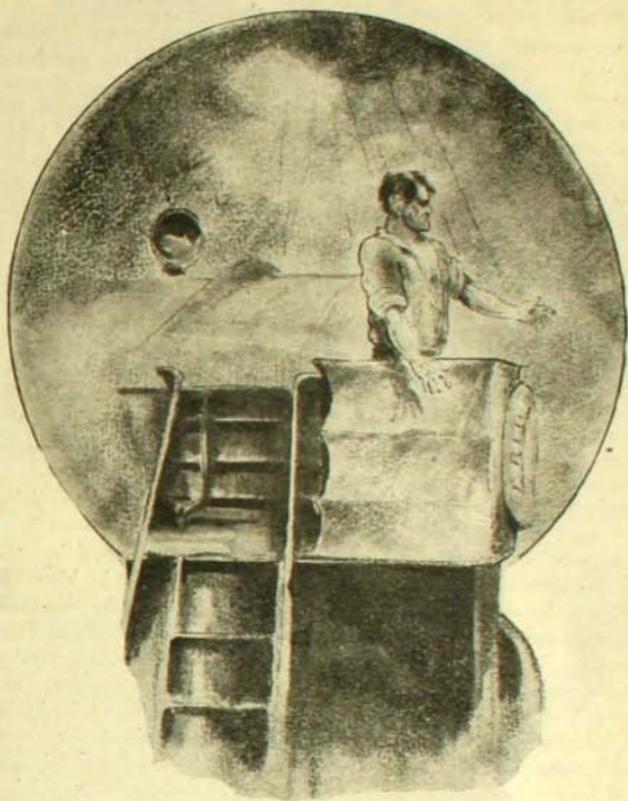
— ¡Dios! — murmuró aterrado. — Dios mío, he quedado ciego! ¡No puedo ver, no puedo ver!

Su rostro, de pálido que estaba, había tomado la dividez de la tiza no muy limpia. En medio de la luz del día, bañado por los rayos del sol, se encontraba en vueltos en finieblas, los labios convulsos, los ojos e si saltándose de las órbitas.

Le era imposible convencerse de la verdad de su desgracia, y convulso, implorando entre dientes que aquello no fuera más que una atroz pesadilla, buscó más fósforos y prendió todos los que pudo, con el oído atento a su ignición, quemándose los dedos, pero sin lograr ver la luz.

Y al darse cuenta de la magnitud de su desgracia, se dejó caer sobre un asiento y permaneció allí, encojido, estremecido de terror y de angustia, su cuerpo y su alma embargados de espanto. Una sola vez su mente vislumbró claramente lo sucedido; y entonces, con un resto de energía, se puso de pie gritando:

— ¡No es verdad, Dios mío! ¡No estoy



ciego; no estoy ciego! ¡Dios Santo, que no sea verdad!

Poco a poco el camarote se fué llenando de sombras; el oro de la luz solar palideció, luego se fué apagando y llegó la noche; pero en medio de todo aquel derroche de luz, como en medio de las tinieblas, Swale permanecía sin movimiento, sin ver. Fué aquello como una lenta y dolorosa transformación de todo su ser. Toda su personalidad se sumió en las sombras y surgió de allí un hombre distinto al que habían conocido los demás.

— El mundo había cambiado para mí en el espacio de un parpadeo, — decía Swale años más tarde, al referir sus impresiones de aquellos momentos. — Me dormí siendo un hombre, y desperté tan impotente y tan débil como un perrillo recién nacido.

Estaba sólo, ciego, en alta mar. ¡No sé cómo no me volví loco al darme cuenta de ello!

Pero en lugar de perder la razón, la naturaleza, compasiva, le envió un sueño pesado y reparador, que no supo cuanto tiempo duró. Para él, las horas eran ahora todas iguales; el día y la noche no tenían más diferencia que el calor del sol, su único consuelo. Pero cuando despertó de aquel sueño y la horrible realidad se presentó ante él, la razón volvió a vacilar; se arrojó al suelo, pateó, gritó desesperadamente, y esos gritos se perdieron en el espacio sin que nadie acudiera a socorrerlo. Cansado, mudo ya, y con la garganta dolorida de tanto gritar, se dejó caer sobre cubierta y rogó, imploró a la muerte que viniera en su auxilio, aunque allá en el fondo de su ser sentía que no quería morir, que su vitalidad era demasiado fuerte para ceder ante la desgracia, a pesar de ser ella tan espantosa como la suya. Fué la sed, fué el hambre lo que le hizo despertar a la verdadera realidad de lo que le sucedía, y comprendió que dependía únicamente de sí mismo para obtener alimentos. Y emprendió entonces el viaje más corto, pero a la vez el más largo y más espantoso que había hecho en su vida. Tres pasos y se hallaba desorientado, perdido en la propia cubierta de de su buque. Y de pronto su memoria le presentó esa cubierta tal como la había visto aquella tarde después del temporal, llena de desperdicios por un lado, sin baranda por acá, con los mástiles por tierra, como que su destino le hubiera preparado trampas a cada paso, cuando estaba imposibilitado para librarse de ellas. Con los pies y con los brazos empezó a tentar la cubierta, haciendo pases grotescos en el aire, sin encontrar en qué apoyarse, sin saber a qué lado tomar, pues ni siquiera el vaivén del buque se prestaba a ayudarlo en aquella calma chicha que había sucedido a la tempestad. Pero de pronto recordó que el ensamble de las tablas le podrían decir en qué dirección estaba el largo del buque, y se dejó caer de rodillas, atendiendo las tablas. A gatas, lentamente, fué

buscando el sitio en que se hallaba el agua fresca; pero a pesar de todo su cuidado se engañó, y hubo de emprender otro largo viaje hasta dar con la barrica. Y en seguida hubo de dirigirse a la bodega de provisiones, hallando que el pan y las galletas marineras eran más que suficiente para sostenerlo durante mucho tiempo.

Desde este momento puede decirse que Swale fué otro hombre. Era como un niño que se ha lanzado a una terrible pero singular aventura; una criatura con el cuerpo de un adulto, tan inútil, tan tímido y miedoso como un niño, pero con toda la mentalidad y con la astucia del hombre. Ello se demostró en su protesta contra la indignidad de tener que andar a gatas.

—“¿Es tu sirvo un perro para hacer esta cosa?” — se encontró preguntándose con las palabras bíblicas, y su hombría le hizo jurarse: “No seré perro; no he de andar en cuatro patas como un animal”. Para impedirlo, aguzó la memoria, sacó un rollo de cáñamo y pacientemente, — siempre de rodillas y a gatas, — fué corriendo cables desde la popa hasta su camarote; desde éste hasta la barrica del agua; de aquí hasta la bodega de provisiones, y poco a poco fué formando una verdadera red, gracias a la cual le fué posible ir de un lado al otro del barco sin peligro y con relativa facilidad.

Aunque parezca extraño, no había puesto mucha atención en la deserción de sus tripulantes; su repentina ceguera era algo tan horrible, que en su mente no cabía otro pensamiento. De vez en cuando, así de pasada, solía lanzarles una maldición.

—¡Brutos cobardes; diablos malditos, — se decía entre dientes; pero no se le ocurría pensar por qué habían abandonado el buque, y sólo en la décimaséptima noche vino a sentirse verdaderamente solo.

—Cómo quisiera que esos cobardes no hubieran desertado, — se dijo, apoyándose contra lo que quedaba del palo mayor. — Peli-Rojo sería mejor compa-



ña que la mía propia en este caso. ¿Por qué diablos se irían? El buque está bueno; no hay peligro alguno de naufragio, y por ahora ya habríamos estado en el puerto. ¿A qué le tuvieron miedo?

De pronto, tan inesperadamente como suele tropezarse con un gran descubrimiento o invento, Swale dió con la clave del enigma.

—¡A mí! ¡Me tenían miedo a mí, y prefirieron hacerse frente al mar en un bote antes que permanecer a bordo conmigo! Yo era más de temer que las tempestades y el mar embravecido.

Más tarde se dió cuenta de otra cosa: había sido necesaria una situación así,

había de quedar soio, inútil, a bordo de un buque poco menos que náufrago, para comprender el error de su conducta. Su destino lo había formado él; su suerte era trabajo suyo; la Fuerza sin la razón, por el hecho de ser la Fuerza, había sido su lema y la Fuerza de las circunstancias se había aliado en contra suya cuando más necesaria le era. De ahora en adelante, no se le conocería con el nombre de "Matón Swale", sino como "el hombre que fué abandonado por su tripulación en alta mar". Y nada podía hacer; un perro vivo vale más que un león muerto, y ni siquiera era perro, sino un hombre inútil para todo. Esta era la

herencia que dejaría a sus hijos; si se le salvaba, su nombre sería escarmentado, y su hijo se avergonzaría de andar con él por las calles de Liverpool, porque vería que todos sabían que su padre había sido abandonado por su tripulación en alta mar, en los momentos de peligro. Su mujer, aunque callara, le dejaría ver en las mil pequeñeces diarias, su menosprecio y su vergüenza. Abandonado en alta mar, arrumbado vergonzosamente en su hogar, náufrago como su buque...

¡Náufrago! ¡Su buque! Una vez más su mente encontró un tema que rumiar. ¡Náufrago! ¡Salvamento! ¡La ley marítima!

Las últimas palabras le dieron qué pensar y se las repitió varias veces. Eran palabras "que mandaban fuerza"; palabras que hacían latir su pulso y que llevaban un poco de sangre caliente a su corazón entumecido. Se puso de pie y empezó a recorrer la cubierta de su buque con mayor confianza, sintiéndose de nuevo el patrón, el piloto experto, seguro de llevar a su nave al puerto de destino.

Su impotencia, su ceguera, su vergüenza, fueron olvidadas, y con la cabeza erguida, las manos en los bolsillos, recapitulaba los artículos del Código Marítimo y su alma toda se elevó en una ferviente súplica.

—¡Dios mío, si pudiera hacerlo! ¡Per-

mite que me sea posible hacerlo y envía una embarcación por aquí!

Con sus dos manos hizo una especie de corneta, y a todo pulmón lanzó al espacio, una y otra vez, el grito:

—¡Ahó, ahó del barco!

Desde aquel día, todo su empeño fue avistar el buque salvador; día y noche permanecía pendiente de la embarcación que había de devolverle su honra y salvarlo de la muerte. Comprendiendo que el "Orión" desmantelado no sería lo bastante visible a la distancia, registró y sacó las banderolas más largas que le fué posible hallar y las clavó pacientemente en los pedazos de mástiles que quedaban. Aún pensó encender todas las linternas que hubiera a bordo; pero el temor de incendiar el buque lo contuvo; no podía permitirse jugar con fuego.

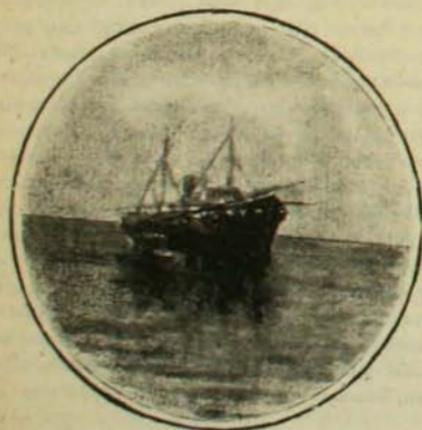
Estaba ya treinta días solo y ciego, cuando su Destino pareció cansarse de perseguirlo y toda la Naturaleza se puso de su parte. El mar estaba perfectamente en calma; no corría una brisa y la atmósfera estaba tan limpia que su grito acostumbrado alcanzó al vapor "Gaisguell", cuando aún se encontraba distante.

—¡Gente a bordo? — llamó el capitán Exequiel Wing.

—¡Ahó del buque! — replicó Swale, batiendo su chaqueta entusiastamente.

Y en seguida se plantó junto al resto de baranda y esperó, no a su salvador, sino al que había de ayudarle a librar su nombre del oprobio. Con el corazón palpitante escuchó el trepidar de las máquinas del vapor, luego la cascada de sus condensadores, el rechinar de las cadenas de sus anclas y la campana del cuarto de máquinas anunciando que el vapor se detenía. Pero la seguridad de que aquí cerca habían seres humanos era lo que menos le preocupaba a pesar de sus treinta días de absoluta soledad; esto lo dejaba tan indiferente como que en lugar de ser un hombre hubiera sido una roca. Su voz era pareja y tranquila, pero apretó los dientes después de contestar al llamado del vapor:

—¡Ahó! ¡Qué embarcación es esa?



—La barca "Orión", de Liverpool. de San Francisco al Támesis con trigo. ¿Quién es Ud.?

—Vapor "Gaisgull", de Newcastle. De Cardiff a Iquique con carbón. Capitán Exequiel Wing.

A la cortesía del nombre, Swale respondió con el suyo, pero nunca supo cómo fué recibido a bordo del "Gaisgull."

—¡Por Júpiter! ¡El matón Swale!

Sin vacilación alguna, Swale dió los datos necesarios. Había estado detenido cosa de un mes. Solo, puesto que su tripulación lo había abandonado después de una tempestad en que primer y segundo pilotos y cuatro de los tripulantes habían caído al mar. Y deseaba saber si el capitán Wing podía ayudarlo.

—¡Un mes! Así lo va pareciendo,— dijo el capitán Wing socarronamente.— No le estaría demás un buen descanso y una visita a la peluquería. Ya se me ocurre que se alegrará de verme y que deseará ir batinando. Echaremos unas amarras, iré a beber una copa con usted y luego marcharemos hasta las Malvinas. ¿Conviene?

Swale levantó la mano, agradeciendo, y en seguida preguntó:

—¿Cuánto le deberé por sus servicios, capitán Wing?

Entre sus conocidos, se aseguraba que a Wing nunca le faltaban palabras, pero ahora quedó mudo de sorpresa.

—¡Caramba! ¡Hase visto audacia! — dijo por fin, dirigiéndose a su piloto.— Un mes abandonado, sin poder moverse, y pide condiciones. ¡Qué, caramba! — dijo de pronto, dirigiéndose otra vez a Swale, — las condiciones las fijará la corte de salvatajes. ¿No es acaso un buque naufrago el suyo?

—De ninguna manera, — dijo Swale, jugando su mejor carta. — Las leyes del mar dicen otra cosa. Mi buque no está abandonado, puesto que quedo yo a bordo y he estado aquí un mes. Si me lleva a las Malvinas será por paga. ¿Entendido?

—Así parece, — el capitán Wing sabía que no había nada que replicar a eso, — ¿cuánto quiere pagar?



—Mil libras.

—¿Nada más? — la pregunta era amenazante.

—Ni un centavo más.

—Pues, ¡por todos los diablos! quéde-se donde está. Le mandaré provisiones y agua fresca y aguarde que venga otro a aceptar sus condiciones.

—Gracias, — replicó Swale sin trepidación alguna. Tengo provisiones y agua suficiente para un mes más; no se sacrifique por mí.

Por nada del mundo hubiera deseado que vinieran a bordo y se dieran cuenta de su ceguera, pues eso lo entregaría atado en manos de sus salvadores. Pero después de esa tan poco amable respuesta no había cuidado de que lo molestaran.

—Hasta la vista, entonces, — le dijo el capitán Wing, y acto seguido ordenó la partida.

Al "pasar junto al "Orión", los del "Gaisgull" vieron al solitario marino de pie, muy erguido, cerca de la baranda, pero no se le escapó un gesto ni una palabra, aunque todo su ser clamaba contra el abandono en que iba a quedar, quién sabe por cuánto tiempo. Habría querido gritarles, suplicarles, que no lo abandonaran, que lo llevaran hasta las Malvinas a cualquier precio; pero se dominó y el carbonero se alejó y se perdió de vista. El silencio más completo lo envolvió nuevamente.

¡Dios, Dios mío! — gimió Swale al darse cuenta de ello. Se han ido y me han dejado abandonado! ¡Se ha ido! ¡Se ha ido!

Una hora o más permaneció allí, sin moverse, aguardando sin saber qué. Inmóvil, rígido, esperaba y su espera fué recompensada. De pronto, el silencio fué interrumpido una vez más por el rumor de un vapor cercano y Swale aguzó el oído.

—Viene de vuelta, — dijo casi con un suspiro, y poco después lo repitió, seguro ya de que el carbonero regresaba.

Pronto se repitió la misma serie de ruidos que anunciaban la proximidad y la detención del vapor, y en seguida escuchó la voz del capitán Wing. La barea era un botín demasiado valioso para dejarlo abandonado a merced de otro, y ¡qué diablo! mil libras son mil libras.

—Oiga, compañero, se me hizo cargo de conciencia dejarlo aquí, sólo por unos pesos. El "Orión" no puede resistir mucho tiempo y quizás si ni pueda alcanzar hasta las Malvinas; pero haremos la prueba, si se resuelve a darme dos mil libras. Es exageradamente bajo el precio, pero qué hacerle.

—Tan bajo como fácil el bluff, ¿eh? —dijo Swale. Mil quinientas y ni un chico más.

Durante media hora Wing regateó y amenazó, pero concluyó por ceder, sin atinar a explicarse cierta actitud de Swale. Esta incertidumbre se convirtió en molestia cuando se presentó a bordo del "Orión" y notó que el capitán de éste no se adelantaba a recibirlo, ni hacía amago de estrechar la mano que se le tendía. También le llamaron la atención los numerosos cables que iban en todas direcciones.

—En lugar de "Orión", su maldita barea debería llamarse "Tela de araña", — dijo burlescamente, pero de pronto vió la mirada fija y sin vida de Swale y comprendió.

—¡El cielo me bendiga! ¡El hombre está ciego!

—Sí, — dijo Swale gravemente. — Recibí un golpe en la cabeza durante la tempestad y supongo que fué eso. Estuve enfermo. Dormí no sé cuanto tiempo y desperté... en las tinieblas. La tripulación se fué mientras estuve enfermo, pero no sabían que había perdido la vista.

—Tampoco lo sabía yo, — dijo Wing pausadamente. — Y me dejé partir, sabiendo que tal vez no regresaría, sin hácermelo saber. Ciego. Solo. En una barea despedazada. Mire, compañero, estreche estos cinco. He oído contar muchas cosas con Ud. de protagonista, pero nunca nada como esto. Es usted el hombre de más valor que he conocido jamás.

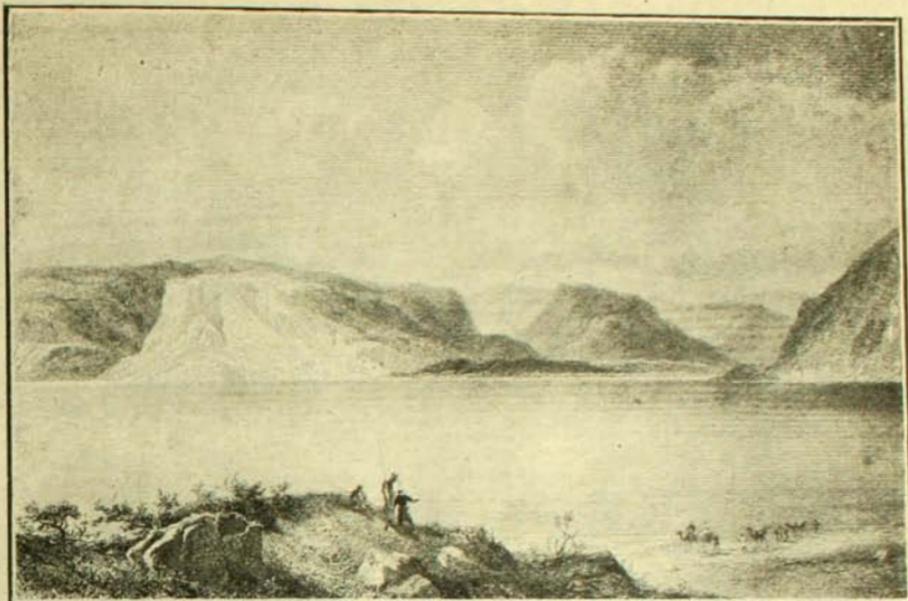
—¡De ninguna manera! — respondió Swale alegremente. — Me he concretado a cumplir con mi deber. Un capitán no debe abandonar su buque en alta mar.

Pero allá en el fondo de su alma, sentía un gran alborozo, una inmensa felicidad, pues sabía que había redimido su nombre. Fué el capitán Wing quien lo expresó en palabras.

—Sí, eso es. Un capitán no debe abandonar su buque. Y es lo que se dirá de usted en los registros y el tema de la conversación de los marinos; pero se me ocurre que se ha recuperado a un hombre al salvar al "Orión". No se me ocurre qué nombre podrán darle en el futuro, pero ¡por Cristo! ya no lo volverán a llamar el "Matón Swale."

(Traducción de L. J.)





El Mar de Galilea desde las alturas de Safed.

LA TIERRA SANTA REDIMIDA PARA SUS HIJOS

“Querido Lord Rothchild.—El Gobierno de Su Majestad mira con agrado el establecimiento en Palestina de una patria para el pueblo hebreo y hará todo lo conducente a facilitar la realización de ese objeto, siendo entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judaicas que existen en Palestina, ni los derechos y status políticos de que disfrutaban los políticos en ningún otro país.

“Quedaré a Ud. agradecido si lleva esta declaración al conocimiento de la Federación Sionista.

“De Ud. Atto. y S. S.—(Firmado).—Arthur James Balfour.”

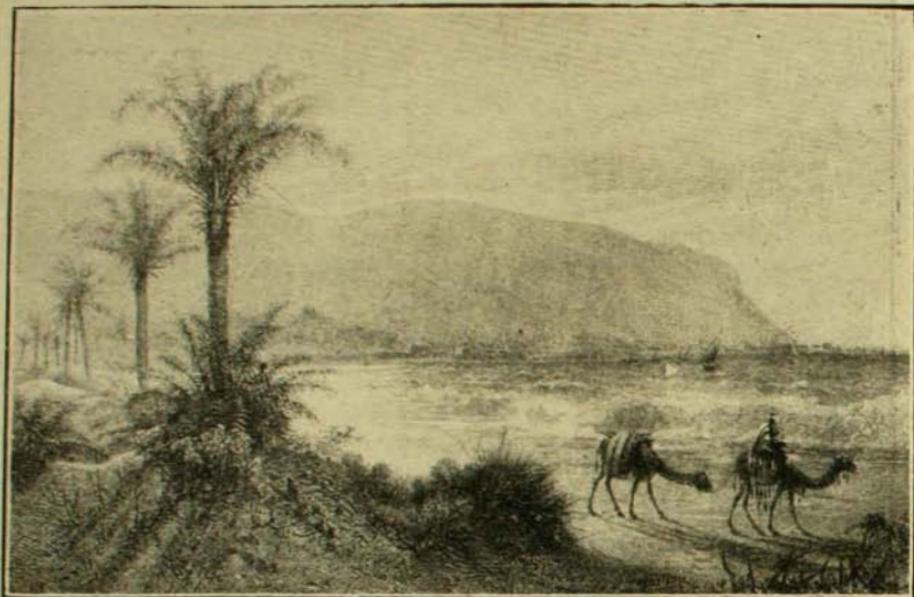
Por LUIS SINGER

Tales fueron las palabras con que el ilustre Canciller de la Gran Bretaña declaró incorporado al Pueblo Hebreo a la vida de los organismos nacionales.

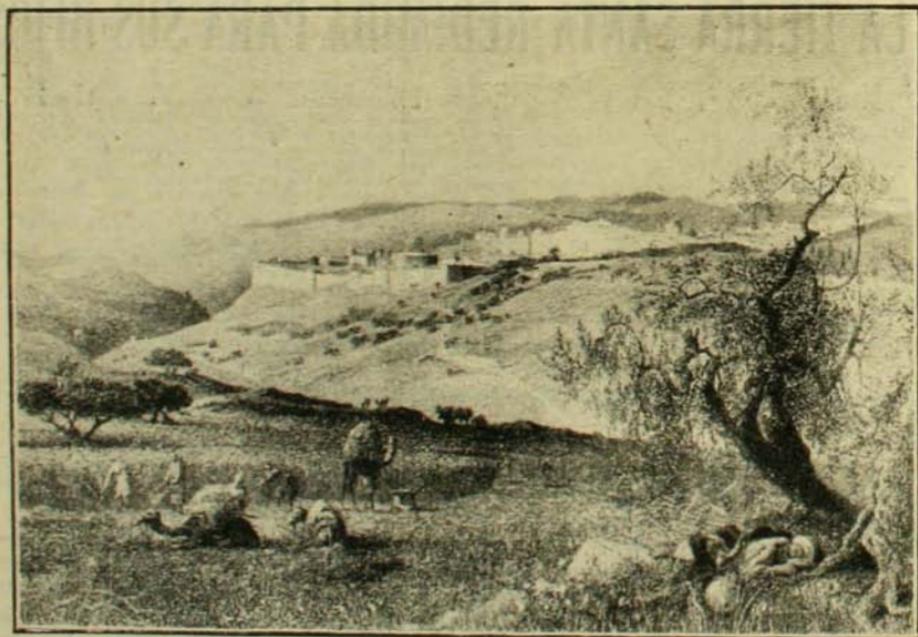
Fué el primer paso hacia la solución de un gran problema que venía preocupando la atención del mundo desde hacía mas de medio siglo; fué también la aurora de una nueva era para los oprimidos de dos mil

años; el destello magnífico del sol resplandeciente de la Libertad, tras la noche enorme de la opresión y el ostracismo.

Desde ese momento, Palestina podía considerarse reconquistada para la Raza Hebrea, toda vez que la iniciativa británica, nota vibrante en la sinfonía magnífica de la confraternidad humana, debía despertar ojos generosos, como torrentes de supremas



Monte Carmelo.



Jerusalén desde el Monte Scopus.



Sepulcro de Raquel.

armonías, en todos los pueblos libres del Universo.

De aquí que el 2 de noviembre, día inolvidable en que fué lanzado al globo la solemne declaración de Inglaterra, reconociendo la Patria Israelita, será considerado por los hebreos como la fecha mas grande no sólo de su propia historia sino de la historia de la Humanidad.

La Conferencia de San Remo, celebrada en 24 de abril de 1920, en la cual todos los países que forman la Liga de las Naciones confirmaron la reivindicación de la Tierra

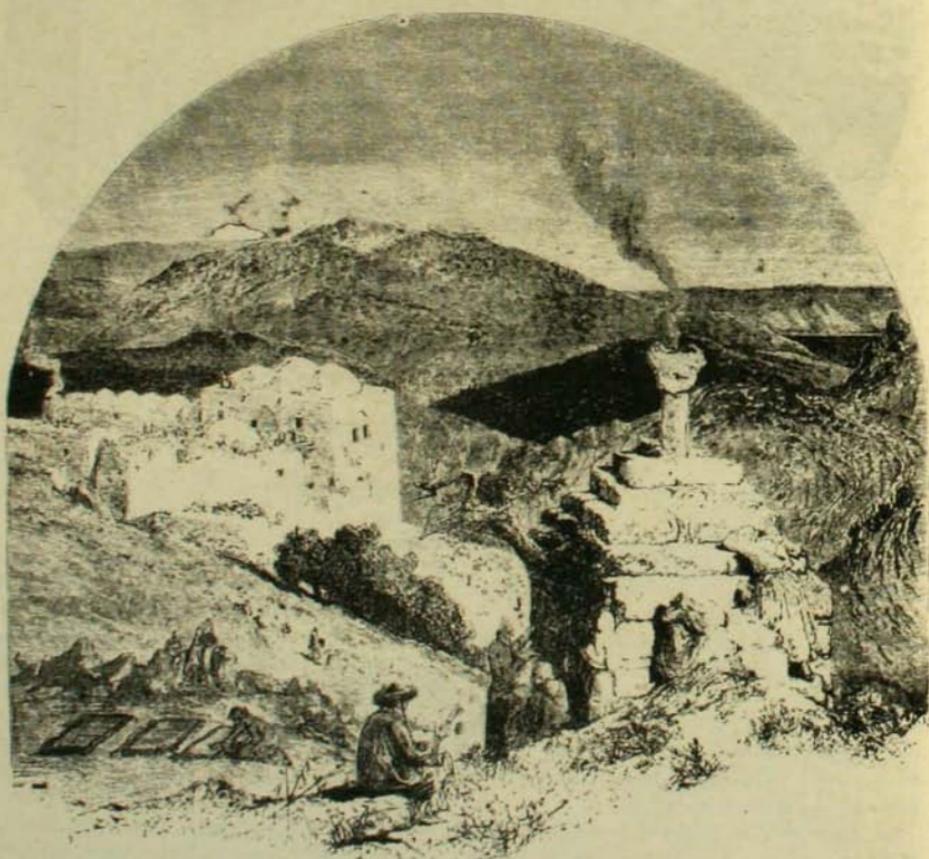
Santa para los hebreos, fué la realización del hermoso ensueño concebido por los apóstoles y precursores del Sionismo; y la firma del Tratado de Paz por Turquía, hecha en Sevres el 11 de Agosto del mismo año, vino a legalizar, a poner el sello ejecutivo al célebre Documento Internacional suscripto por el Ministro Británico; pero ninguno de estos actos solemnes tiene para los hebreos la importancia que este mismo Documento, que abrió ante los ojos de los oprimidos, ávidos de luz, los horizontes sublimes de la esperanza y que marcaba la primera etapa

trionfadora de un pueblo altivo, que, después de debatirse en las convulsiones espasmódicas del martirio cruento, sentía los dulces estremecimientos de la resurrección de la vida del amor, de la fé de la victoria.

Desde ese día, la cima augusta de Sion, hacia la que, durante su leyenda milenaria, habían dirigido sus miradas ansiosas los hebreos todos dispersos en el Universo, era la cumbre del pensamiento humano, reconquistada para los que habían ornado sus laderas con todos los ensueños de sus espíritus, con la poesía de sus mentes pensadoras, con todos los melodiosos himnos de sus más deleznadas ternuras; de todos los que habían elevado hasta ella el mágico incienso de sus

ideales impercederos, se erguía majestuosa y soberana, como la encarnación de una Divinidad, como el tabernáculo augusto de la suprema paz y el progreso eterno, señalando a las generaciones del porvenir la ruta áspera pero sublime del deber cumplido hasta el sacrificio, de la abnegación que sufre, pero que también vence, de la virtud altruista que se impone a las multitudes fanáticas, de la fe poderosa, que derriba montañas, traspasa los océanos, sube a los cielos y conquista los mundos infinitos del ideal y del amor.

La dulce Sion, señalada a una Raza pujante y laboriosa, como el premio de sus torturas, por la visión profética de Herzl, el grande entre los grandes, era ya el albergue



Santuario hebreo en Meiron, punto de peregrinación para los judíos de Safed.

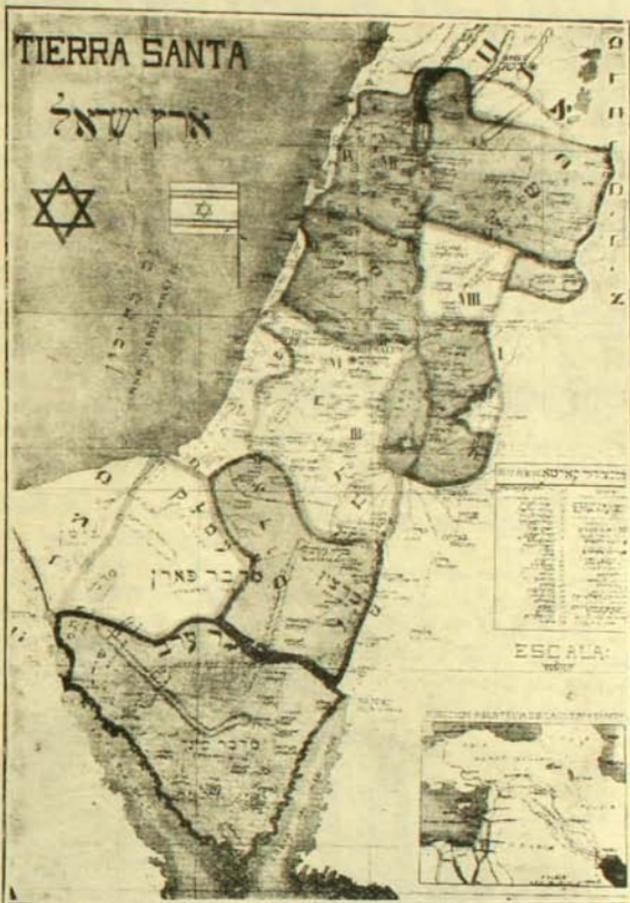
sagrado, el regazo maternal de los patrias que habían peregrinado al través del Mundo, cantando el romance caballeresco de su generosidad, ofrendando bienes en retorno de torturas, entregando a las sociedades la savia iracundable de sus mentalidades y el esfuerzo poderoso de sus músculos, en cambio de los leves golpes de su verdugos...

La cumbre de granito pasaba a convertirse en la cumbre moral de la Verdad y la Justicia históricas.

Sobre ella resplandece el Sol inextinguible de la Redención, cuyos rayos vivifican las almas y derraman oleadas de júbilo sobre una Raza que no ha manchado su blanca túnica con otra sangre que la propia, que ha vencido con las manos soberbias de la fe, la perseverancia y el genio.

Esta luz destellante señala a los hebreos la senda del trabajo y les impulsa al deber de reconstruir su vieja casa derruida, sobre el solar de sus antepasados, de asentar su poderío nacional, de labrar el pedestal magnífico de su porvenir grandioso como Nación soberana y libre, continuando la tradición de glorias de su pasado, que marcó una jornada de inmensas proyecciones, en las páginas de la Historia Universal.

Sus fulgores fascinantes atraerán a los israelitas de todas las naciones, que irán a prosternarse ante el ara santa de los recuerdos; de los recuerdos que flotan en el ambiente, como delicados perfumes de heroísmos sobrenaturales, de tiernos idilios, de genero-



Mapa de la Palestina evitado por una revista de propaganda hebrea.

sas exaltaciones de la fe, de creencias purísimas conservadas al través de los siglos, mantenidas incólumes por sobre todos los rigores de su eterna odisea!

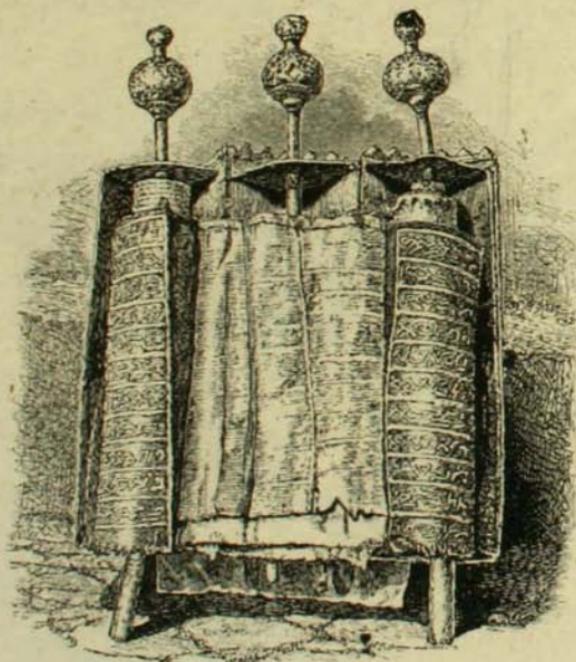
Allá irán a besar la tierra que guarda las cenizas de sus Patriarcas, de sus Legisladores, de sus héroes, de sus poetas, de sus Vírgenes, con la sagrada unción del amor perenne; y escucharán las voces de ultratumba que los saludarán con la blanda caricia de las almas hermanas y les infundirán alientos soberanos para la nueva lucha que empieza: la lucha que habrá de hacer de la Palestina el Pueblo más grande del porvenir, como lo era también en el pasado.

El soñado Edén surge a la vida real con potencia gigantesca; y allí, los ciclopes del pensamiento y de la acción, crearán un nuevo País, lleno de virtudes, purificado por el sufrimiento, anheloso de alcanzar las cimas del progreso humano!

Los campos inertes, asolados por el vandalismo, primero, esterilizados por el abandono, después, volverán a germinar; las ciudades surgirán al impulso del genio creador, los templos abrirán sus puertas para recibir las ofrendas de gratitud de los resucitados; los talleres marcarán el himno soberbio del yunque y el martillo; a las escuelas, los centros científicos, las academias afluirán los hombres de mañana, ávidos de luz intelectual: en todas partes se sentirán las notas sublimes del gran Hos-

sanna al Trabajo, a la libertad y al saber, y el tributo ferviente de millones de seres que se inclinarán ante el Poder Infinito que les ha devuelto la felicidad y la Patria!

Volverán los oprimidos retemplados por la experiencia del dolor—el gran maestro— a consagrar todas sus energías al resurgimiento de Israel; volverán las tiernas hebreas, en todo el apogeo de su belleza — acaso más grave y majestuosa, pero no por eso menos pura,— a crear las generaciones altivas del futuro; volverán los rnos y las rras, llevando consigo el espléndido bagaje de su fortaleza y sus virtudes, y con el inmenso orgullo legítimo de haber conservado intactos la pureza de la Raza, de las hábitos del culto y de la suprema aspiración a la Libertad!



Sépher Thoraha o la ley sagrada de los hebreos.

Los que no van a la fiesta

PROLOGO

(Como un recuerdo de la recientemente pasada Fiesta de los Estudiantes, insertamos esta página en que se reconocerán muchos mientras otros tantos evocarán gratamente su entretenimiento de entonces, verdadero y fresco, como lo piden la juventud y la primavera).

Por JUAN GUZMAN CRUCHAGA

Pierrot

Como es mi traje nevado una prolongación de la luna que cae de las ramas, son también mis ideas, albas y suaves. Llevo en el corazón un cascabel No ignoro que por los vastos caminos del mundo vaga enlutada la tristeza, pero yo no la he visto, es decir, no he querido mirarle la cara.

En esta fiesta son pocos los que ríen como yo. Tal vez ninguno. Disfrazados andan. El notario del pueblo lleva el traje del cura y va por las calles luciendo las piernas como una señorita y diciendo obscenidades. Todos lo han reconocido, unos por su afición a las palabras innobles y otros porque, en ciertos momentos, frunce amargamente el ceño, como cuando redacta en su sala de trabajo, alguna de sus complicadas escrituras.

El cura no lleva disfraz. ¿Para qué?

Los guardias, hastiados de su terna seriedad, visten haraposos pantalones y al cuello ciñen el pañuelo rojo. Los pilletes hacen de guardias.

Ríe todo el mundo; pero esa risa da miedo y hay entre todos muchos curiosos bailarines que danzan y llevan en los ojos una tristeza enorme. De aquellos personajes que ríen sin reír, que hablan sin hablar, que odian sin odio, que aman sin amor, que bailan sin ánimo, que besan

a las muchachas y que no conocen la alegría del beso, porque han visto en la pequeña arruga que tiene la novia sobre el labio superior la huella perenne que dejó el ensortijado bigote del primer amante, de aquellos personajes que corren y cantan y danzan y ríen y nunca pueden olvidar su dolor, de los que divirtiéndose no se divierten y estando en la fiesta lejos de ella están, quiero contaros una historia.

¿Que la vida es cruel? ¿Que el amor suele jugarnos una mala pasada? Todo lo he vivido y de mis antiguas banales inquietudes sólo guardo un generoso recuerdo. ¿Que la mujer que yo quise besó en mis labios al hombre a quien amaba y que mi beso fué una sombra de otro beso inmortal? Estas ideas me preocuparon. Mientras sienta en mis labios el calor de otros labios amados, nunca, indagaré lo que pie a la dorada cabeceita que tan alto placer me proporciona.

Hace muchos años amé ardientemente a una Colombina.

Ella no me amó nunca, pero sabía, con nobleza, ocultar sus engaños.

Una noche la sorprendí leyendo una carta. ¿De Arlequín? ¿De Arlequín?

Ella ocultó el papel con elegancia, y cuando la interrogué sobre su contenido, me entregó, exquisitamente, unos versos que acababa de componer en elogio de

este pobre Pierrot. Yo creí, naturalmente. Yo creí. ¿Que me engañaba? ¿Que no me engañaba? Siempre procuré hacer sombra alrededor de estos pensamientos como ciertos animales del mar que para defenderse de sus enemigos obscurecen el agua.

Es indudable que también conocía sus engaños; pero, al mismo tiempo, admiraba y agradecía su talento y su bondad para ocultármelos. Nunca la hubiera abandonado. Su sonrisa se volvía, a veces, irónica y desencantada. Llegué a creer que me odiaba y, sin embargo, mi corazón quería morir a la sombra de su sonrisa.

Una tarde desapareció de mi tienda. Sufrí. Sufrí varios días, hasta que por mi camino pasó otra mujer... que me la hizo olvidar.

Y ya que un poco sabéis de mi vida, me será permitido, hermosas damas y cultos caballeros que indague prudentemente en las vuestras.

Muchos habéis venido con el ánimo torcido. Acabáis, tal vez, de sufrir alguna fuerte contrariedad y no tenéis para escucharme interés. Habéis venido porque sí, pero os daría lo mismo estar en vuestra casa, sintiendo roncarse al gato y crepitar el fuego de la chimenea.

Otros, mis antiguos compañeros de farándula, esperarán ansiosos mis errores. Incurriré en algunos para alegrarlos. Yo no os diré palabras hostiles, y espero que no perteneceréis todos a los desgraciados personajes de que os hablaba, a los que no van a la fiesta, a los que no pueden ir a la fiesta y a los que estando en ella, lejos de ella están.

Buena y liviana filosofía os traigo. Escuchadla, limpios de pequeños rencores y olvidados de las menudas cosas de la vida.

Sabré corresponderos diciéndoos una historia fragante en la que cantaré desnudo mi corazón.



Comparsas de las fiestas estudiantiles

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

Por ARMANDO DONOSO

Quien, en el cotidiano ajeteo de la vía pública, pasó alguna vez a su lado, nunca dejó de voltear la cabeza para mirarle: era alto, muy alto, noblemente erguido, con toda la altiva virilidad de una energía al parecer eterna. No sólo impresionaba su proceridad como una apariencia de su salud y de su porte sino que fluía también de la frescura de su memoria, milagrosa facultad que el más leve entusiasmo excitaba como un verdadero constante de los recuerdos de un ya lejano ayer. ¡Aquel pasado constituía la mitad de su vida! Porque Rodríguez Velasco, a pesar de participar de las ideas del presente, no dejó entibiarse jamás las cenizas de su ayer interesante, que representa las tres cuartas partes de nuestra historia.

Escritor, periodista, amigo de políticos y de hombres de acción, no fué extraño a todas las inquietudes y a todos los triunfos de promedios de la pasada centuria: cerca de Lastarria y junto a los Arteaga Allemparte, a Guillermo Matta, a los Blest Gana y a Lillo, trocó más de una vez su pluma en estilete e hirió y fué herido por rudos y tenaces contendores. Hubo artículos suyos que levantaron fieros escozores y que, a vuelta de ardientes protestas, exaltaron su nombre en alas de una prematura notoriedad.

Su inexperta juventud le acarreó amargos sinsabores muy propios, por lo demás, de los tiempos en que le tocó vivir y de las pasiones políticas candentes de aquellos años. Y, como tantos chilenos de entonces que supieron del amargo pan del destierro, poco antes de estallar la guerra contra España le tuvo en su seno la sociedad de Lima, viéndole reñir ¡oh ironía en los tiempos que corren! la más entusiasta campaña en pro de la alianza continental de la América Latina, que Las-

tarria y Bilbao habían predicado en sus libros.

Más de una vez le oímos recordar aquellos sus días de saraos, de pobreza y de alegrías corridos ora en el seno de los cenáculos literarios, ya en los mentideros de enrucijadas, donde se preparaba el boato de una corrida de toros junto con una revolución política. El recuerdo de aquella Lima de entonces era para él el de la supervivencia amable del espíritu de sus virreyes galantes: mitad apacible de malicie y mitad socarrona de maliciosa galantería; algo de la tranquilidad castellana con mucha sal andaluza. Sin embargo, cada vez que el recuerdo de aquellos años encendía su imaginación, sentíase redivivo en él al gentil hombre aventurero y palpitante en su vivacidad el milagro de su juventud que, en el luengo errar, acaso bebió con el agua de alguna propicia fuente de Juvencio. Porque la figura de este poeta era el símbolo de una constante primavera: sus ochenta años no bastaron para rendir aquella su noble proceridad.

En la historia literaria de Chile de promedios de la pasada centuria hay cuatro nombres que vivirán unidos por la triple aureola que les ciñeron las circunstancias: Guillermo Matta, rimador tribunicio, cuya elocuencia fué un eco de los progresos del siglo; Eusebio Lillo, autor de tantos poemitas que pasaron con su mocedad; Guillermo Blest Gana, poeta delicado y tierno, y Rodríguez Velasco, el más popular de todos por sus versos patrióticos y sus estrofas de sa'ón. Otros hubo en torno de ellos y después de ellos, pero esos cuatro nombres representan lo más característico y sobresaliente de la poesía chilena de una época. José Antonio Soffía y don Eduardo de la Barra encarnan

valores artísticos acaso más perdurables, pero llegaron años más tarde a descollar con sus mejores poesías: ellos recogieron el patrimonio lírico de aquella generación.

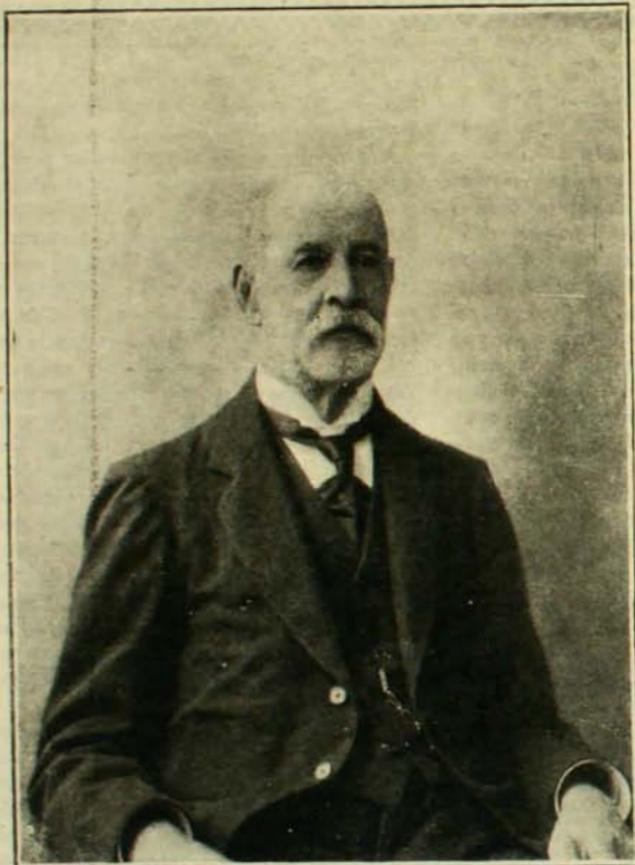
Los días inciertos de la Guerra del Pacífico fueron los más afortunados para la popularidad de Rodríguez Velasco: entonces,

recordar las palabras de Platón porque el tiempo que antes le coronó de rosas, cuando en la escena nacional su obra dramática "Por amor y por dinero" arrancaba ovaciones, devoró bien pronto a su ídolo de ayer, como un Minotauro justiciero y terrible. Y fué así como, siguiendo los ejemplos de

Lillo y de Matta, en sus últimos años, no quiso disputarle el cetro de la poesía a los jóvenes (y acaso de aceptar la lucha hubiera perdido la partida) desconfiando acaso del porvenir y de la gloria que le rindieron con generosidad todos sus halagos. Un día los lo dijo también:—El entusiasmo y la juventud son hermanos de los laureles. ¡ Y estos se marchitan con los años amigo!... Pero los suyos no estaban del todo marchitos porque cuando un eco del ajeno dolor o de la caridad pública llamó a su corazón no fué en vano, arrancándole un eco armonioso, un estremecimiento de su lira.

Rodríguez Velasco supo ser el poeta de su época, del instante propicio, de la hora precisa, cuando una melena bien puesta valía lo que un buen soneto, y un amplio chambergo lo que una estrofa sentimental. Los ecos de romanticismo francés estaban palpitantes aún: se era poe-

ta en la vida como en la estofa; cuadrada todo arresto byroniano en el urbe civil como en el alto salón y no fueron escasas las veces que la lira llegó a ser lo menos necesario para el poeta. Mientras el padre Hugo apostrofaba con sus metáforas encendidas en roja ira y Musset lloraba sus tristezas en los sollozos de Las Noches mientras los poetas peninsu-



Don Luis Rodríguez Velasco.

empapado aún su entusiasmo en las lecturas de Víctor Hugo, deseó erigirse en el vocero de la epopeya, en el eco sonoro de los triunfos militares y de la naciente gloria de Arturo Prat. Fué el momento en que sus versos estuvieron en todas las bocas y cuando el cantor triunfó ruidosa y gloriosamente.

Sin embargo, en sus últimos años no pudo

lares entonaban inacabables odas al 2 de Mayo o se perdían en la tumultuosa selva romántica, los apolonidas de las Américas decían sus cuitas a la libertad, a la belleza o al amor, imitando los arrestos de Zorrilla y las ternezas de los versos de Lamartine.

Si hubiéramos de establecer una relación de equivalencia entre los progresos de la civilización de los diversos países y la calidad de sus producciones artísticas no vacilaríamos en afirmar que el período del romanticismo en Chile no engendró un poeta que fuese capaz de encarnarle, perpetuando una modalidad característica. Así Rodríguez Velasco no dijo nada nuevo en sus versos, no hizo sentir el calorío que Hugo experimentó en las estrofas de Baudelaire; no fué un poeta *per se*, original, dueño de una manera o de una modalidad peculiares, que respondiesen a una honda desgarradura emotiva o una altísima efusión ideal. Escribió sus versos como un amable pasatiempo, que hacía propicio su facilidad de versificar, esa facilidad que sin esfuerzo le permitía expresarse en lenguaje armonioso, como aquel Mr. Tourdain que hablaba en prosa sin saberlo.

En vano buscaríamos en su poesía la expresión de una vida interior profunda o el florecimiento de un yo atormentado por las cotidianas tragedias de la conciencia. El poeta en él solo se contentó con ser un fácil y liviano rimador, elocuente en sus decirs y diestro siempre en sus exteriorizaciones superficiales. Escribía para hacer derroche de imágenes, con sencillez y sin ulteriores preocupaciones: para él la poesía fué siempre un juego de salón, que facilitaban sus lecturas de los escritores españoles y las reminiscencias de los románticos franceses. Sus mejores estrofas, aquellas que hasta hace algunos años andaban en todos los labios, hoy sólo constituyen un lejano y pintoresco recuerdo, que se confunde con los discursos rimados de Matta y con los desmayos sentimentales de Lillo. Fué Rodríguez Velasco la encarnación de una pasajera moda de su época: rápidamente pasó con ella, teniendo que soportar la tristeza de sobrevivirla. Sus versos son poco leídos hoy y confados quienes, de tarde en tarde, resucitan algunas de sus estrofas, que a otrora hicieron el encanto de

un momento, como aquella que tenían a flor de labio, nuestras madres:

Cumpliste los quince años, lindísima chiquilla,
Ya bajas el vestido y al mundo vas a entrar;
Y con fugaz sonrojo tu cándida mejilla,
Cuando te mira un joven se empieza a colorear.

Bien se acordaba la fácil verba de este poeta, esa su verba que le hacía decir a Justo Arteaga Alemparte que "los versos se escapan de su pluma", con la espontaneidad de que hacían gala todos los poetas románticos, a quienes leyó siempre e imitó sin reservas de justos reparos: ¿no tradujo y estrenó en Santiago la compañía de Rafael Calvo el "Ruy Blas" de Víctor Hugo? ¿No imitó a Lamartine, a Heine y a Musset, y no puso en versos castellanos *El lago* y fragmentos de *Rolla*? ¿No exaltó su byronismo exclamando como el poeta inglés y como Núñez de Arce en su "Última lamentación"?:

¡La sociedad! es cierto ¡y qué me importa!
¿Qué me importa el rugir del mundo necio?

¿No hizo alarde de un romántico pesimismo siguiendo muy de cerca al Espronceda de los treinta años, cuando recordaba las angustias del lírico peninsular y su prematuro escepticismo en los *Fragmentos de la leyenda Amor en el Hospital*, que tan de cerca recuerda *El diablo mundo* y *El estudiante de Salamanca*?

Abramos, sí, los brazos a la gloria
Que en los destellos del amor fugura.

decía el poeta recordando las estrofas de aquel *Canto a Teresa*, que tan profunda huella dejó en todos los poetas de su generación. En su memoria la tiranía de los versos de Musset y Byron imperó durante muchos años entonando los arrestos de su fácil estro y caldeando su imaginación siempre encendida en el fuego de la elocuencia y de la imagen. Cuanto vieron sus ojos y cuanto sentimiento rozó la epidermis de su sensibilidad encontró un eco en la música trivial de sus

versos, destinados a ser goce de salón y regocijo de damas, según él se deseaba:

Si labios de mujeres los recitan,
Si un alma de mujer hacen gozar.

Como romántico de hondo arraigo sentimental y como buen discípulo de Hugo cantó a la libertad, hizo el elogio de la democracia, fustigó a los tiranos y participó del sentir corriente en su época que veía en el hombre un fruto de perdición, ¡ah vivo recuerdo zorrillesco!, una determinación fatalista que le arrastra a la desgracia, idea que no era más que un eco de la teología católica que buscó en la caída del pecado original una explicación para las desgracias de la vida y que Chateaubriand había aceptado, fortificándola en sus lecturas de la Imitación y que en sus obras bebieron más tarde, como el hechizo de un nirvana, todos los poetas de su tiempo. ¡No cantó esta fatalidad el poeta chileno en la mejor de sus poesías, **El beso del paraíso?**

Rodríguez Velasco, que tuvo razón para sentirse satisfecho de su vida, que cantó al dinero provocando los líricos reproches amistosos de su amigo Guillermo Matta, que fué un hombre feliz hasta por los dones de su larga existencia, jamás dejó de lamentarse en sus versos porque la moda lo imponía y porque un ¡ay! era asunto más propicio que una sonrisa para una estrofa. El dolor hace cantar, pensaban los románticos, y como Musset, Espronceda, Byron, Lamartine y Heine era preciso renegar de la vida, del amor, de las mujeres: ¡la moda romántica lo exigía!

Rodríguez Velasco fué el último eslabón de la vieja cadena que unía un pasado literario ya muy lejano con este presente inquieto y movedizo. Fué uno de los primeros y el último lírico del romanticismo en Chile. Con él se fué el postrer soldado de la vieja guardia, el tambor mayor de la bohemia romántica. No murió joven, según lo deseaba literariamente: su ancianidad fué como un invierno totalmente florecido de rosas.





L A P A Z

SOCRATES

EN cuanto tuve conocimiento del feliz éxito de la guerra y de la próxima vuelta de los que estaban en el ejército, me agitaron, oh Cephale, dos pasiones que parecían opuestas a primera vista y que, sin embargo, concordaban en mi corazón en una forma extraña. Ansiaba y temblaba al pensar que iba a volver a ver a esos jóvenes. ¿Acaso podía, al contar los días transcurridos, las semanas, los meses y los años, acaso podría defendirme del temor de que hubieran, durante una campaña tan larga, perdido aquella flor de la juventud que me los hacía encontrar tan amables? Pero, ¿podía acaso excusarme de amarlos siempre, aun cuando sólo fuera por consideración a la belleza de sus almas, menos pasajera que la de sus cuerpos y de la cual acababan de dar tantas pruebas ilustres a Grecia? Mi deseo era más fuerte que mi temor; era tiránico, verdaderamente divino, y era también coloso; no quería mezclarme a la muchedumbre para ir al encuentro de nuestros guerreros; hubiese deseado que me fuera posible volverlos a ver primeramente uno por uno a solas. No fui a divisarlos sobre el camino donde los esperaba una compañía demasiado numerosa, sino que tomé colocación en los alrededores de la palestra de Taureas frente al templo del portico real; pues pensaba que uno de sus primeros cuidados sería volver a pasearse por ese sitio donde, adolescentes, se ejercitaban antes de la guerra en la lucha y en los juegos de la paz. ¿Lo creerás, ¡oh!, Cephale? Aquel demonio que jamás me ordena hacer, sino no hacer una cosa, me tuvo durante cuatro días alejado del santuario dedicado a Zeus libertador. Por fin, el quinto día desapareció la prohibición. Me dirigí desde el alba hacia el Hieron del Dios. El sitio estaba desierto y ya me arrepentía de mi viaje inútil cuando vi acercarse a Charmide. No lo encontré cambiado. Únicamente había crecido un poco. Su juventud resplandecía aún en tal forma y su mirada era tan ingenua que un momento dudé si sería él o uno de sus hermanos menores. Sin embargo, no había lugar a equivocación; pues, si ya no llevaba sus armas y solamente ostentaba una túnica muy corta, llevaba aún la corona de laurel blanco y de violetas que la República le otor-

gó por sus hazañas. Lo que me extrañó, oh Cephale, fué que después de saludarme humildemente, apresuró el paso como para evitarme. Le llamé, se detuvo y quedó ante mí en actitud respetuosa, con los ojos bajos.

—¿Oh, Charmide, le dije, no me reconoces? ¿Acaso no eres Charmide y yo no soy ya Sócrates? Tal vez has recibido una herida mortal en sangrienta batalla y sólo tu sombra es la que vuelve a vagar entre nosotros

—Oh, no, respondió, estoy muy vivo.

Y pude darme cuenta de que estaba feliz de estarlo, pues sonreía maliciosa-mente.

Luego continuó:

—¿Cómo no te voy a reconocer, oh Sócrates, cuando de todos los atenienses eres el que más deseaba volver a ver?

—Entonces, le dije. ¿Por qué huías de mí antes de buscarme? ¿Por qué, oh niño, no me cogiste del manto, ni me gritaste con tu encantadora malicia de antaño: "Te he cogido, oh Sócrates, y no te soltaré?"

—Es que, me respondió, desde esa época me he vuelto modesto, al aumentar en años.

—No se nota mucho ese aumento.

—No, dijo ruborizándose con placer; y todos mis camaradas están lo mismo. Parece que esos años de prueba, a pesar de haber sido tan penosos, no hubieran contado y que el curso del tiempo se ha detenido en favor nuestro.

—Es un favor muy raro que os han concedido los dioses y los que os aman de-oen apreciarlo, a mi juicio, tanto como vosotros y aún más. Por lo que a mí se refiere estoy feliz de volverte a encontrar, contra toda posibilidad, tal como te vi el primer día; ¿Te acuerdas? Era en este mismo sitio, yo llegaba de Potidea; era soldado yo también y mi ausencia había durado varios meses; pero los dioses no me habían concedido la gracia de detener en mi favor el curso de los años ni de conservarme la juventud. Es verdad que, hecho como lo estoy, bien puedo envejecer sin pesar.

—No eres tan feo, oh Sócrates, y aun eres hermoso, pues aquel que habla bien, es bueno y hermoso.

—Me admira que una práctica tan larga de la carrera militar no te haya hecho perder tu educación, oh hijo de Glaucon. Tus palabras me halagan y no sabría desmentirlas, tanto más cuanto que de mí las has tomado. Ese mismo día en que tu primo Crístias, te hizo sentar junto a mí, con el pretexto de que yo conocía un remedio para el mal que te aquejaba, como me alababa tu rostro y que ese loco de Cherephon exclamaba: "Si Charmide quisiera quitarse la ropa, te parecería que carece de rostro, ante lo hermoso de todo su cuerpo", les contesté: "Es su alma la primera que debe desnudarse". Te confesaré que a pesar de esa ambición primera, solamente pude apreciar la belleza de su alma después de cinco minutos de conversación, mientras que la de tu rostro me llamó la atención a primera vista. Hoy, cuando te conozco mejor no te haría ya semejante injuria. Si me parece que no tienes rostro, es que diviso distintamente tu sabiduría, tu temperancia, tu razón, todas tus beldades esenciales que no tienen formas y que no apreciamos con la vista. Por eso, oh niño, tengo ansias de saber por qué decías hace un momento: "Oh, Sócrates, eres de todos los atenienses el que más deseaba ver", pues lo sé, ¡oh caro amigo!, nunca pronuncias una palabra en vano. ¿Acaso puedo hacerte algún favor? Sería para mí lo más dulce y se lo agradecería a los dioses que se interesan por la amistad.

—Si puedes hacer un servicio al verdadero Charmide, es decir, a su alma:

—Pero, ¿cuál es ese servicio? Por Zeus dímelo.

—El que hacías antiguamente a nuestras almas cuando pretendías ejercer el mismo oficio que tu madre.

—¿Hablas acaso de dar a luz?

—Precisamente, ¡oh Sócrates!

—¿Está tu alma en trabajo?

—Está en penas y la librarías de ese fardo que pesa sobre ella si quisieras, como antes, interrogarme y obligarme a contestarte.

—Quiero hacerlo así, ¡oh Charmide!; pero para ello es preciso que me des algunas indicaciones acerca del mal que sufres.

—Es el mismo mal, ¡oh Sócrates!, que me aquejaba el día en que mis primos Cristias y Cerephon, me llamaron y me hicieron sentar a la vera. Tengo la cabeza extrañamente pesada. Te ruego, oh admirable, dame el remedio que tú conoces, y pronuncia la fórmula mágica.

—Esta pesadez, ¡oh hijo de Glaucon!; ¿no es acaso provocada por el cansancio? Has peleado largo tiempo.

—No lo creo.

—¿Acaso te atormenta una idea?

—Tal vez.

—No es tu sufrimiento de la naturaleza del de los amantes que han sufrido muchos rechazos y que ya no conocen al objeto de su amor cuando lo estrechan entre sus brazos?

—Eso mismo es, oh maravilloso Sócrates, ¿Cómo has adivinado tan bien?

—No sería yo el hijo de mi madre si necesitara explorar aún tu alma. Ese objeto de tu amor a la vez colmado y decepcionado, ¿no es acaso una diosa inmortal?

—Sí.

—¿Acaso no está coronada como tú, si bien con las hojas de los pálidos olivos y no por las de laurel?

—Sí, Sócrates, es la Divina Paz. Mientras duró la guerra, solamente en ella pensaba. Entonces me la imaginaba fácilmente. Debía haberlo conocido en una vida anterior, o quizás en esta tierra, durante mi infancia. Ha vuelto repentinamente cuando ya no creía en ella, y ahora no la reconozco. ¿Acaso ha cambiado realmente, o es únicamente mi memoria la que falla?

—Seguramente.

—Trata, pues, de despertar mis recuerdos y tal vez me devolverás esa paz que ha vuelto a reinar sobre la tierra; pero que se ha apartado de mí.

—Sea. Haz un ligero esfuerzo, ¡oh Charmide! v. de acuerdo con los buenos métodos, empecemos por el principio, por lo más sencillo. Dices que la conocías, que ahora la encuentras y no la reconoces. ¿Acaso tiene un rostro y miembros semejantes a los nuestros; una forma aparente y rasgos humanos?

—No sabría decir, oh Sócrates, si era así realmente, pero es verdad que los pintores y escultores le han dado figura humana. Tal vez se trata únicamente de un símbolo o de una alegoría.

—¿Cuál era la expresión de su rostro, real o simbólico?

—Era, oh Sócrates, la expresión de una gran serenidad. Y he ahí justamente lo que me desconcierta. La que hoy llaman la paz es inquieta; parece dudar de los demás y de sí misma; vela como Argos con sus cien ojos, aguza el oído, está en acecho. Las alarmas y las preocupaciones forman su triste cortejo.

—¿No es acaso ese el cortejo de una Diosa?

—¿Qué quieres decir? No te comprendo.

—Esto. Hace un momento, ¡oh Charmide! ¿No calificabas de Divinidad a la Paz?

—Sin duda alguna. Los poetas están de acuerdo en llamarle así.

—¿De quién dices que es hija?

—No recuerdo haber leído en parte alguna los nombres de su padre y de su madre.

—Sin embargo, nada nos autoriza a creer que no haya sido engendrada, pues Hesiodo solamente cita a tres Dioses que no han tenido padres y son: el Caos, el Amor y la Tierra, de ancho seno. A menos que tú confundas el Amor con la Paz, aun cuando yo lo confundiría más bien con la guerra.

—Sin embargo, oh Sócrates, los hombres han elevado templos a la Paz.

—Muchos templos, hijo mío, no dan albergue a ningún dios... Díme aún, los dioses, ¿son inmortales?

—Tienen que serlo.

—Entonces, ¿es inmortal la Paz?... ¿Por qué vacilas?... Contesta.

—Oh, Sócrates, es que, aun cuando soy joven, la he visto morir ya tres veces y volver a nacer. Ahora me doy cuenta de que se trata de una extraña inmortalidad.

—Prosigamos. ¿Cuáles son los atributos de la Paz?

—Un cuerno de abundancia... Mas, ahora, me pregunto si no se lo han colocado por burla entre las manos, pues por doquier sólo veo ruinas. Algunos, es verdad, han acumulado grandes cantidades de dinero; pero no es la Paz quien los ha enriquecido; es la guerra; es la guerra quien debería llevar un cuerno de abundancia.

—¿Acaso no tiene también varias espigas maduras una rama de olivo?

—Oh, Sócrates, acabo de recorrer nuestras campiñas: los enemigos, con acero sa-er-lego, han tronchado nuestros hermosos olivos cargados de frutas y, por última vez, antes de confesarse vencidos, han quemado nuestras cosechas en el momento en que iban a madurar.

—¿No se dice acaso, oh Charmide, que la Paz favorece el Amor y la Amistad?

—Regreso solo, oh Sócrates. Los más caros entre mis amigos han perecido a mi vista y yo mismo he llevado sus cuerpos hasta el sitio de su sepultura. A menudo me doblaba bajo el fardo. Mi esposa, pues soy casado, ha tenido durante las hostilidades una conducta ejemplar, al último momento huvó con un cortidor que suministró tantos cueros de bueyes para los escudos que helo ahora rico como el Gran Rey.

—Cuidado, oh Charmide, pues culpas a la Paz de los males de la guerra. No puede ser responsable de ellos. Eres ingrato e injusto.

—¿Cuáles son los beneficios de la Paz?

—No causa daños.

—Poco es.

—Si dura, nos permitirá reparar también los daños causados por la guerra. La herida que recibiste en la frente ha cicatrizado tiempo há; pero las heridas de tu alma sangran aún. Tan caro has pagado la gloria que llegas a dudar de si vale lo que te ha costado. Espera algunas semanas y descansa; juzgarás después con más calma. La Paz, oh hijo de Glauson, sólo reina sobre los hombres, desde hace cuatro días.

—Tal vez tengas razón, oh Sócrates.

—Solamente cuatro días. Y ya, por lo menos, nos ha devuelto el descanso. No es un beneficio escaso. ¿Acaso amas siempre los discursos, oh Charmide, como los amabas antes?

—Sí.

ABEL HERMANT.



El misterio del libro gris.



Por A. E. W. MASON

El doctor Murgatroyd había convidado a varios amigos a su mesa, y se había propuesto esta cuestión trascendental: "¿Hasta qué punto un médico debe decir la verdad?" En medio de la discusión, desde un extremo se dejó oír una voz reposada, y las miradas convergieron hacia un hombre de cierta edad y de una reputación europea, que jugaba maquinalmente con su copa.

—Sin duda,—decía Sir James Kelsey,—habría peligro en pretender fijar una regla; pero, créedme, si Uds. quieren guardar un secreto, digan sólo la mitad de la verdad.

Después de una breve pausa, continuó:

—Recuerdo, a este respecto, un terrible secreto que ha sido guardado así muchos años. Es toda una historia: la historia del Libro Bruno. Aquí no hay nadie que recuerde el nombre de John Rymer. La cirugía lo contaba entre sus maestros. Sin embargo, a la edad de treinta y siete años, una mañana de julio, a las once, después de tres operaciones tan felices como de costumbre, se retiró a su gabinete de consulta y se saltó la tapa de los sesos. Era un caso de fatiga cerebral ("surmenage"). Poseo a fondo los detalles de la investigación seguida, pues me casé con su sobrina. Se probó, por ejemplo, que durante la última semana de su vida había acertado sus operaciones y dado mayor tiempo a su toilette, lo que ya denotaba en él esa fatiga cerebral. Así lo juzgó el mundo. Con este motivo, se repitieron los clichés habituales sobre la tensión de la vida moderna. Y el público se quedó satisfecho. Pero la muerte de John

Rymer no dejaba de ocultar un secreto terrible.

De nuevo el narrador se detuvo y continuó:

—Nadie hoy haría uso de ese secreto, pues no existe otro testimonio que el mío, y yo no desmintiría. ¡John Rymer murió de fatiga cerebral, no lo olvidéis!

Y entonces refirió la historia del Libro Gris. Cuando hubo concluido, su cigarro humeaba aún, pues al hablar no cesaba de fumar; pero ningún otro cigarro se dejaba notar alrededor de la mesa.

—Acababa yo de cumplir los veinticinco años y acaba de comprar la clientela de un médico en Chailsey, y pequeño villorrio perdido entre altos arbolados, en el corazón mismo de las dumas de Berkshire. Dos "entraîneurs" tenían allí sus caballerizas y los machucos por las caídas me daban alguna tarea. Me gustó ese lugar. Y me agradó más todavía cuando supe que Bradley Rymer, hermano de John Rymer, venía a ocupar con su hija la gran casa levantada en pendiente contra la duna, por encima del poblado.

* *

Bradley Rymer era un hombre rechoncho, cuadrado, de una gruesa figura simpática. Se hablaba mucho de él. Se decía que había conocido la pobreza a tal extremo que su hija había debido, para vivir, desempeñar el oficio de dactilógrafa. Pero, en la actualidad, era aparentemente rico. "El Canadá—decía él—he ahí un país. Fué en el Canadá donde hice mi fortuna".

Su hija Violeta—que es, como muchos de

Uds. lo saben, mi esposa desde hace algun tiempo—no imitaba su carácter elástico. Era una joven bastante bonita, de diecinueve años, con ojos del color de su nombre. Por lo demás, ni su padre ni ella no recibían, por así decirlo, a nadie.

Hacia tres meses que Bradley Rymer estaba en Chaisey, cuando murió la reina Victoria. Todos los monarcas de Europa, grandes y pequeños, acudieron a los funerales. En Chaisey, como en el resto de la Gran Bretaña, resolvimos dedicar un monumento conmemorativo a la soberana, y se organizó un comité de cinco miembros para determinar la forma que debía dársele.

—Debería ser una fuente—dije yo.

—No, interrumpió el vicario, un vitraíl.

Grayly, el entraineur, se puso de mi lado; Holians, el pastelero, se colocó al otro. El quinto miembro del comité estaba ausente.

—Y bien—dije—esta tarde iré a ver a Mr. Bradley Rymer. Su voto decidirá.

—Como Ud. guste—replicó el vicario con cierta acritud, pues Bradley Rymer no frecuentaba la iglesia.

Acto continuo nos separamos. Yo sabía que Bradley Rymer comía tarde, y esperaba pillármele antes que se sentara a la mesa con Violeta.

Debí esperar un instante para que me abrieran la roja de fierro. Eso, por lo demás, ocurría siempre. Hacías sonar la gran campana, el extremo de una cortina se levantaba prudentemente en la ventana del pabellón de guardia, se os inspeccionaba, y al fin, se abría la roja.

—¿Puedo ver a Mr. Rymer?—pregunté.

—Está en la biblioteca, señor, según creo—respondió ella.

—Perfectamente. Conozco el camino.

Me quité el sombrero y subí la escalera. Empujé la puerta y entré en la biblioteca. La doméstica estaba en un error: la biblioteca se hallaba vacía. Esperé, y mientras esperaba, llamé mi atención un ruido venido de la pieza vecina. Era el seco tac-tac-tac de una máquina de escribir, con el pequeño timbre y el tiempo de parada marcando cada línea. Entonces, de golpe, recordé lo que decían los chismosos del pueblo. Violeta Rymer, en los días de pobreza de su padre, había ganado su vida como dactilógrafa en

una oficina. Si, ¿pero por qué continuaba ahora ese monótono ejercicio? No podía crear que fuera por entretenimiento o por adiestrar sus dedos. Se conoce, en el sólo ruido de una máquina de escribir, si el que la usa, se interesa o nó en su trabajo.

Y era precisamente esta nota de labor la que daba la máquina: se sentía el apresuramiento de concluir con una tarea fastidiosa. ¿Eso tac-tac explicaba que se viera tan poco en Chaisey a Violeta Rymer?

* *

Me hacía esta pregunta cuando se abrió y cerró violentamente una puerta en la pieza vecina. El tac-tac se detuvo inmediatamente. Se hizo un momento de silencio. En seguida se dejó oír una voz irritada. Era la voz de Bradley Rymer. Me costó un poco reconocerla.

—¿En esto todavía?—dijo con cierta amargura.—¿Es necesario que pases tu vida matándote por seis peniques la hora? Sin embargo, he comprado esta casa para ti. No he querido ser rico si no para ti.

Le interrumpió un grito de agonía.

—¡Oh! no digas eso, papá!

—Lo digo, sin embargo.

Y súbitamente la voz de Rymer se dulcificó.

—Es la verdad. Me era odioso pensar que consumieras en una atroz labor los bellos años de tu juventud. Y estás aún en la tarea... ¿por qué?

—Porque me parece... que mis vestidos mismos no me pertenecen.

La disputa se apagó súbitamente. Una tercera voz se dejó oír, tan baja que no distinguí las palabras, pero tuve la impresión de un movimiento de sorpresa en Bradley Rymer mientras que respondía:

—¿En la biblioteca?

Apenas tuve el tiempo de refugiarme cerca de la última ventana, antes que él entrase. Caía la noche. Lo vi buscándome con los ojos. Y yo avancé a su encuentro.

—¡Ah!, ¿es Ud, Kelsey?—dijo con dulzura. Voy a pedir luz. Se halla tan obscuro, que apenas distingo a Ud.

Oprimió un timbre. Trajeron una lámpara, que él tomó de mano del doméstico; en se-



guida se sentó en un extremo de su escritorio, frente a mí...

—¿Y... ¿hace mucho rato que Ud. está aquí?

Lo miré. Estaba en traje de tarde y sonreía con amabilidad; no obstante, por un fenómeno inesplicable, sentí bruscamente, con la fuerza de la certidumbre, que tenía ante mí a un individuo peligroso.

—Un minuto más o menos—respondí con toda la indiferencia posible.

Entonces, con un movimiento extrañamente rápido, atravesó de nuevo la pieza en dirección a la chimenea, y tocó.

—Haga el favor—dijo a la doncella, apenas apareció, de anunciar a Miss Violeta la visita del doctor Kelsey.

En seguida, lentamente, volvió hacia el escritorio.

—¿Qué es lo que Ud. lo trae?— preguntó.

* *

Le expuse nuestro proyecto de homenaje a la reina difunta. Me respondió a hurtadillas. Escuchaba, sin embargo, pero a quien él escuchaba no era a mí. Maquinalmente abrió un cajón del escritorio que se encontraba a la altura de su mano, lo volvió a cerrar, y se puso a renovar sin fin ese manejo.

No podría expresar la intolerable impresión de malestar que me invadía. Bradley Rymer se me presentaba súbitamente en un

aspecto nuevo. Se me mostraba con la fisionomía de un machecón perfectamente capaz de matar, y observé con inquietud ese cajón que no cesaba de abrirse y de cerrarse. Espere que deslizase la mano...

Pero, mientras yo esperaba, la puerta se abrió en la cámara vecina. Rymer y yo cesamos de conversar. O más bien, cesamos de hablar. Escuchamos, a oídos dos voces, que eran las de Violeta Rymer y la doméstica. Nada de lo que decían llegaba hasta nosotros, porque hablaban en el tono normal y nosotros nos hallábamos en el extremo opuesto de la biblioteca. Un inmenso aívio se mostró claramente en el rostro de Bradley Rymer.

—¿Ud. comerá con nosotros?—insinuó.

* *

Pero no me atreví. Invoqué un pretexto cualquiera y salí de la casa.

Había empezado a descender la colina, y habria recorrido una centena de yardas, cuando desgarró el aire a mi derecha un doble silbido. Apenas tuve el tiempo de detenerme: un hombre se erguía a mis pies, en la yerba, lanzando un grito gutural, como si yo lo hubiera despertado y sobresaltado; un paso más, y lo habria atropellado. En el mismo instante, la luz de una lamparilla eléctrica me hirió la vista. Retrocedí llevando la mano a mis ojos.

—¿Qué deseáis?— pregunté

—¡Nada!—se me respondió.

Podía haber pensado que se trataba de uno de esos bohemios que infestan las dunas en la buena estación; pero el hombre me había respondido con un fuerte acento alemán.

Continué mi camino sin apresurarme por el espacio de otras cien yardas; al cabo de las cuales descendí hasta el pueblo con toda la rapidez que me permitían mis piernas. No me detuve a razonar; cedía a un miedo loco. Violeta habitaba esa casa, y alrededor de esa casa montaban la guardia gentes extrañas. En el pueblo contábamos sólo con un pelicial, y ¡caramba! no era el más sutil de los hombres. Desfundé mi bicicleta, trepé varias colinas, descendí otras y devoré las quince millas que nos separaban de Read-

ing. Me fui directamente donde el jefe de policía, a quien casualmente conocía.

—¿El capitán Bowyer está en casa?—pregunte a la doméstica.

—No, señor; come en la ciudad esta noche.

Estaba yo lleno de polvo y cubierto de sudor. La joven me miró y dijo:

—Tengo orden de telegrafiarle si se le necesita.

—Y bien, es el caso—respondí.

Y ella corrió al teléfono.

Peró, poco a poco, mi excitación disminuía. Me parecía que daba un paso en falso. Esperé una hora la llegada de Bowyer. Era un hombre fornido, de aire enérgico, el mostacho rubio; inteligente, pero desprovisto de imaginación. Empecé mi relato sin mucha confianza. Pero a la primera palabra lo vi ponerse serio, lo que no impidió que me escuchara hasta el fin en un profundo silencio.

—¿La casa de Bradley Rymer?—dijo por fin. La conozco.

Pasó al corredor y oí su voz en el teléfono. Cuando volvió:

—Acabo de pedir—me informó— que me envíen un auto y varios hombres. Le ruego esperarme un momento, mientras cambio de traje.

—Perfectamente.

Desde el momento que él tomaba así el asunto, todos mis temores renacieron.

—¿A qué hora dejó Ud. la casa?— me preguntó.

—A las nueve—respondí.

—Y son las once. No hay tiempo que perder. Los tenemos, me parece.

Me dejó precipitadamente. Y no lo había visto aún reaparecer, cuando un auto de turismo resoplaba en la puerta. Cuando salimos, cuatro agentes, esperaban afuera, en la acera. Subimos todos al carruaje. En Streatley tomamos la ruta de Aldworth, y el viento fresco de las dunas nos azotó el rostro.

* *

—¿Entonces conoce Ud. a esos hombres?—preguntó el capitán Bowyer.

—Sí, los conozco —me respondió, inclinándose hacia mí. Sin duda, a causa de to-



dos esos reyes y de todos esos emperadores venidos a Londres para los funerales, se ha tomado en el continente rigurosas medidas de precaución; los anarquistas conocidos fueron señalados y a buen número de ellos se les aprehendió; con cualquier pretexto; pero tres se han deslizado a través de las mallas de la red y han pasado a Inglaterra.

—Deberían estar en Londres—insinué.

—Aparentemente. Precisamente hoy hemos sabido que se había encontrado sus huellas en el Berkshire, en donde, en seguida se les había perdido de vista.

Cien preguntas se me vinieron a los labios; pero no las formulé. ¿Para qué?

—He aquí—la casa—dije por fin. Y el capitán Bowyer tocó al chofer por la espalda.

* *

Tranquilamente, pusimos pie en tierra para subir la cuesta.

—¿Sabe Ud. qué pieza es esa?—me pre-

guntó Bowyer muy bajo, mostrándome una ventana brillantemente alumbrada, en la fachada sombría de la casa.

—La biblioteca.

Nuestra pequeña tropa se dividió y nosotros contorneamos el muro del jardín sin descubrir a uno solo de los acechadores.

—Habrán huido—dije a Bowyer.

—A menos que no estén en la casa...

Apenas había dicho estas palabras, sentimos un rozamiento en la yerba, y ante nosotros se irguió la figura de un agente.

—Por aquí señor, murmuró el hombre; ellos están en la casa.

Lo seguimos hasta la parte trasera del jardín. Contra el muro estaba afirmada una escalera. En frente, en el jardín, había un grupo de grandes árboles. Sin una palabra, el uno después del otro, trepamos por la escalera, y por medio de los árboles nos deslizamos hasta el suelo. Ni un ruido. Ningún signo de desorden. Volví a dudar si no había metido a Bowyer en una loca aventura. Se lo dije al oído.

—¡Pero la escala!—replicó. Mis hombres la han encontrado puesta.

Apenas había dicho esto, un desconocido se mostró súbitamente en una de las ventanas. C cogió el brazo de Bowyer con tanta violencia, que al fin de una semana podía aún mostrarme las marcas de mis dedos. Por lo demás, ni se movió.

—¿Es ese Rymer?—me preguntó.

—No. No he visto en mi vida a ese individuo.

Era un hombre moreno, de fisonomía extranjería, cuyos cabellos y bigotes empezaban a encanecer ligeramente. Permaneció un momento en la ventana. Después, sonriendo, se volvió hacia el interior; y luego, como si obedeciese a una orden, corrió cuidadosamente las cortinas.

Bowyer hizo un signo. Nos trasladamos entonces hacia la parte de atrás de la casa. Uno de los nuestros se deslizó a lo largo de un sendero enarenado y fué a inspeccionar la fachada; y cuando volvió:

—Sí, dijo a su jefe: hay una ventana abierta.

Seguimos a nuestro turno el sendero, y trepamos hacia esa ventana.

—En el vestíbulo—dije— debería haber un mastín.

—¿Entonces Ud. piensa— me interrogó Bowyer, deteniéndose— que Rymer esperaba a esos hombres?

Me quedé pensando. Seguramente el perro no había dado la alarma. Conocimos la razón desde la entrada. Lo vimos tendido, muerto, sobre las losas, al lado de un resto de alimento.

—¡Pronto!—murmuró Bowyer.

Pasé ante él, y todos a mi siga, se precipitaron en la gran escalera. Al fin, cuando llegamos al último tramo, oímos algunas voces.

En el murmullo general, pescamos algunas palabras, pronunciadas con acento extranjero:

—¿Dónde está? ¡Ud. no quiere decirlo!

Un estremecimiento ahogado respondió a estas palabras. Inmediatamente después, la voz se repitió:

—¡Espera, Adolfo!—El cede.

* *

La voz continuaba. Estaba claro que se interrogaba a alguien y que ése alguien respondía por gestos o por signos de cabeza.

—¿En uno de esos estantes? Sí. ¿Detrás de los libros? No. ¿A la derecha? Sí. ¿Sobre esa tabilla? Perfectamente. ¡Busca bien, Adolfo!

En este momento, Bowyer hizo irrupción en la sala. Empuñaba ante él su revólver.

—¡Al primero que se mueva lo mato!—gritó.

Ninguno de los hombres se movió. Tenían todo el aire de esas estatuas de cera, inmovilizadas para siempre en una actitud sobre el escabel de la biblioteca, a la altura de la última corrida, estaba encaramado uno de los tres extranjeros. Un segundo, el que yo había visto en la ventana, se erguía al lado de un sillón donde Bradley Rymer había estado amarrado. El tercero mantenía a Violeta. Mi primer impulso fué hacia ella. Sobre una de las tabillas, detrás de la fila de volúmenes, encontramos un elegante librito de marroquí gris, cerrado por una llave, pero no se había forzado la cerradura...

Era el registro de las operaciones del doctor John Rymer. Y esa era también la explicación de la fortuna que pretendía haber realizado en Canadá Bradley Rymer, su hermano.

• •

Hubo un movimiento alrededor de la mesa. Reinó un silencio inquietable. Al fin, uno de los asistentes expresó el pensamiento común.

—¡Bradley era un maestro de canto!

Ni más ni menos.

—¿Pero qué venía a hacer aquí vuestros revolucionarios extranjeros— preguntó Murgatroyd.

Kelsey recomenzó su relato.

—Cuando hubo puesto sus prisioneros en seguridad, Bowyer me acompañó a mi casa, donde examinamos juntos el registro. En la última página, encontramos una anotación bastante singular. Un cierto M. Johnson había entrado en la clínica del doctor Rymer el 17 de junio del año anterior, a las cinco de la mañana. Tres días más tarde, Mr. Johnson era operado de un cáncer a la garganta. La operación tenía un éxito

maravilloso, y el paciente dejaba la casa después de su curación completa, al cabo de tres semanas. Fué, me parece, la hora insólita de entrada donde el cirujano la que despertó mis sospechas. Dije a Bowyer:

—Espéreme Ud. arriba, guardo una colección del "Times".

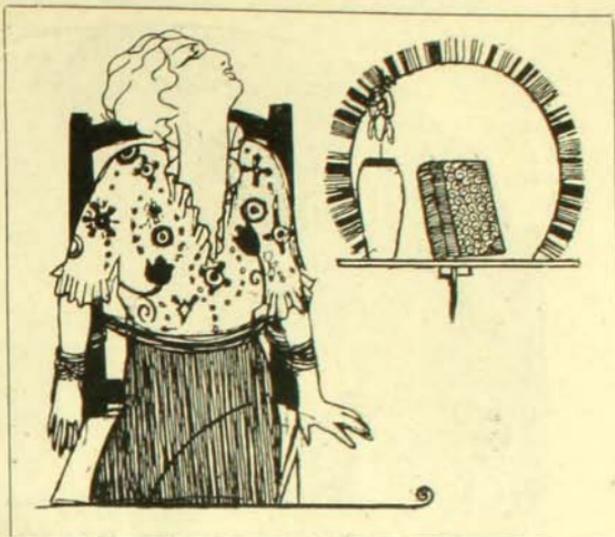
Traje los diarios. No tuve sino que hojearlos un poco para encontrar, en el N.º del 14, la nota oficial que buscaba. La puse bajo los ojos de Bowyer. El la leyó, y se levantó de un brinco, lanzando una exclamación. He aquí lo que decía esa nota. La recuerdo palabra por palabra. No cambio sino el nombre del país:

"El príncipe heredero de Galicia ha dejado ayer la capital, para entregarse, como todos los años, a los placeres de la caza en el Tirol, donde permanecerá un par de meses. Esta noticia reduce a la nada todos los rumores que han circulado respecto a una reciente indisposición que habría ocasionado a S. A. R. una afección maligna de la garganta".

A la nota en cuestión el diario añadía: "No es fácil de calcular la importancia que tiene la comunicación anterior. La constitución de Galicia prohíbe, en efecto, el acceso al trono a toda persona de la casa real atacada de una afección maligna".

Ahora, identifiquen Uds. al príncipe heredero de Galicia con el misterioso Mr. Johnson, operado por el Dr. Rymer, y tendrán explicada no solamente la fortuna de Bradley Rymer, sino el ataque a su casa por los revolucionarios: pues sea que ellos tuviesen la intención de utilizar, como él, el Libro Gris con fines de chantage, sea que quisieran trastornar la monarquía, tenía a sus ojos un valor inestimable.

—¿Qué debemos hacer?— Preguntó Bowyer.



—Lo que habrían hecho— respondí— los ejecutores testamentarios de John Rymer, si no se hubiese robado el libro.

Diciendo esto, lancé el registro al fuego.

Bowyer titubeó. Luego, de golpe, representándose el carácter formidable del secreto contenido en esas páginas, envió a paseo fórmulas y reglas.

—¡Sí, por el cielo — destruyámoslo — exclamó.

Y nos entretuvimos en verlo arder hasta que quedó reducido a cenizas.

—¿Y qué se hicieron los extranjeros? — preguntó uno de los oyentes, en el momento en que Sir James Kelsey terminaba su relato.

—Se les mantuvo a buen recaudo hasta después de los funerales. En seguida se les despachó.

—¿Y Mr. Jonson?

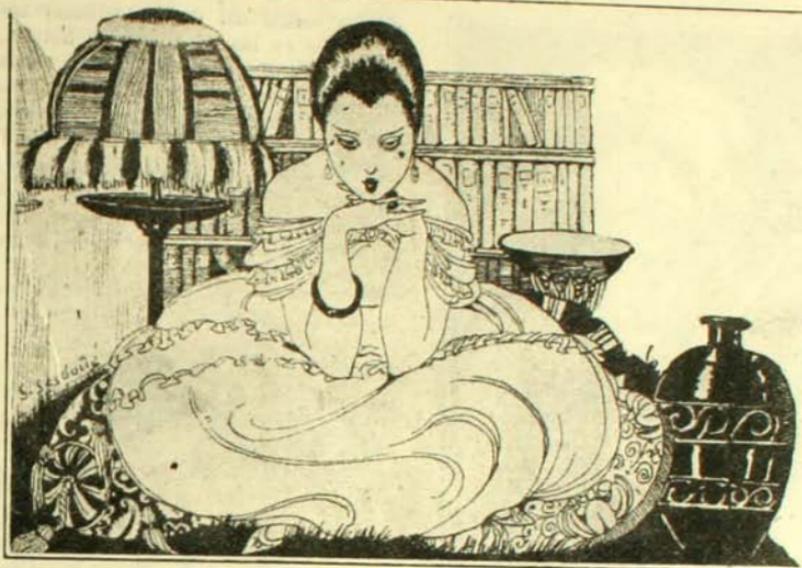
—Kelsey se echó a reír.

—Ya os he dicho que Rymer era un gran cirujano. Mr. Johnson reina desde hace diez años, en ese que hemos convenido en llamar el reino de Galicia.





LAS MUJERES Y SUS PINTURAS.—HISTORIA DE LOS AFEITES.
 —TENDENCIA HACIA EL TIPO 'CHINO.—QUITASOLES.—
 PLUMAS.—VESTIDOS Y QUITASOLES EN ARMONÍA



Las señoras están dando a sus fisonomías tendencia china

Dentro de las investigaciones a que están habituándonos los estudiosos se me ha ocurrido pensar cómo nadie ha hecho todavía la historia de las pinturas que usamos las mujeres desde que tenemos uso de razón. Y yo misma me he respondido que para hacerlo sería necesario dar con un sabio, pero con un sabio verdadero, de esos que reconstruyen un hombre primitivo con sólo algunos huesos encontrados en excavaciones. Y quizá si lograría su objeto aún este ser excepcional, pues estimo que han aparecido las pinturas desde el momento en que hubo mujeres sobre la tierra. Positivamente no sabemos que Eva las usara, lo que no nos impide imaginar que Lilith era tan pintada como una parisiense.

Y no crean que es mucha mi exageración. Tengo una amiga que ha viajado por medio mundo y que me contaba hace poco haber visto en Egipto desembalar momias anteriores al Cristianismo, de las cuales se distinguía en el acto si se trataba de hombre o de mujer por las cajas y frascos de pintura que se mezclaban a veces

a los depósitos en que las familias dejaban alimentos al difunto. Y me agregaba haber quedado sorprendida de la frescura y de la belleza de esos verdaderos bibelots de oro algunos, de tierra cocida los más que parecían salir en ese momento de las manos del cincelador o del fuego de la fragua. Llegó a mostrarme, entre otros varios objetos de la antigua Cartago, un resto de polvos rosa que sirvieron siglos atrás al embellecimiento del rostro de quizás qué cartaginesa coqueta como una mujer actual; cartaginesa, que ella a su vez estaba hecha polvo en la sepultura de donde cogieron sus afeites que habían resistido en colorido y en aroma al tiempo prolongadísimo.

Sin duda que el uso de las pinturas nos viene del Oriente. Estoy cierta de que esa civilización perfumada ha hecho tan encantador descubrimiento, antes que otros pueblos, menos soñadores y menos artistas. Porque sería imposible negar que el hecho de que una mujer se pinte bien, se hermosee con tintes y polvos, consti-



Se llevará la sombrilla bajo el brazo como lo hace aquí la encantadora actriz Ethel Hallor.

tuye un arte, y un arte seductor, difícil de realizar con éxito y con triunfo; arte que los suma todos y que es música y que es literatura y que es estatuaria, por cuanto evoca una bella mujer. Y, por último, este hábito femenino es acaso la forma más sensible de la no animalidad de nuestra especie.

Venga o no esta bella costumbre del Oriente, el hecho es que en París, donde hay lo que pudiéramos llamar el furor del decorado chino hoy en día, las señoras están dando a sus fisonomías, tendencia china a fuerza de pinturas apropiadas. Se hacen verdaderos dibujos en los ojos, en la comisura de los labios, en la raíz de los cabellos, procurando todas las elegantes, parecer esposas de mandarines. Menos mal: parecerán así mujeres nuevas y despertarán por algún tiempo el interés de la novedad, lo que, unido al interés perenne, las hará poderosas en atractivos y seductoras como nunca. Por lo demás, procuran así ellas aproximarse a la ten-

dencia actual del decorado, como he dicho, pues en las casas, en los hoteles, en la mise en scène de las piezas teatrales, reina de modo enfático la afición hacia el arte chino, tan complicado y vistoso como es. ¿Cuánto durará este furor?... Vaya uno a saberlo. Lo que duran todas las modas, es decir, meses, días, horas acaso.

Hablemos, mejor, de modas que, si bien transitorias en su forma, no lo son esti-



Los grandes modistos armonizan el vestido con el quitasol

madas estrictamente: de encajes, de plumas, de abanicos.

Parece que buscáramos todas las dificultades para ofrecernos mayor y mayor lujo cada día. No sólo vestidos y sombreros de verano revelan suma elegancia, sino todos los pequeños detalles que nos rodean y que cambian frecuentemente, detalles a que nos prestamos gustosas. Antes teníamos, por ejemplo, un sólo paraguas, el de invierno: ahora tenemos además el paraguas de verano. El primero, austero, sombrío, no ofrece otro interés que el mango más o menos rico. El de verano presenta variaciones: desde luego, en colores claros, gris, tabaco, azul; mango también de color. Estos mangos pueden ser de cuero con flores o arabescos pirograbados o pintados; o de madera tallado o con aplicaciones de cachemira.

En pleno verano se llevará un pequeño quitasol con todo traje tailleur. Será preferible de seda de color, de mango grueso en madera rústica y excesivamente corto. El chic para ostentarlos consiste en llevarlos bajo el brazo.

Quitasoles de lujo serán reservados para las carreras y grandes fiestas. Y serán muy variados: bordados, pintados a mano, incrustados. Adornados con plumas también veremos muchos, sobre todo en franjas alrededor. Las plumas hacen, realmente, un lindo efecto sobre tul, muselina o encaje. Bonito conjunto es llevar sombrero y quitasol con igual clase de adornos, que pueden ser, sobre todo en pleno verano, flores o frutas.

Los comerciantes en quitasoles se han quejado durante varios años de la poca prosperidad de su comercio. Y con razón. Aún ahora, las mujeres no gustan mucho de llevarlo. Ya que se han librado del vestido largo que antes necesitaban levantar, no es extraño verlas abandonar también el quitasol y reemplazarlo por el "en-tout-cas", que puede ser en negro como en color. En tal caso, es elegante si es de igual tono que el sombrero, el saco o los zapatos. Generalmente, su mayor valor está en

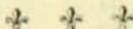


La predilección de los modistos por las combinaciones en blanco y negro, se manifiesta, con gracia peculiar, en este modelito de seda negra y blanco como la sombrilla.

el puño de carey o de marfil.

Si bien los grandes modistos armonizan el vestido de lujo con el quitasol y adornan unos y otros con las mismas cintas y flores, con los mismos bordados en cuentas, para el campo, en cambio, se confeccionan vistosos en shantung, forrados de colores vivos, o de gasas bordadas en tonalidades suaves.

VILILLE AMIE.



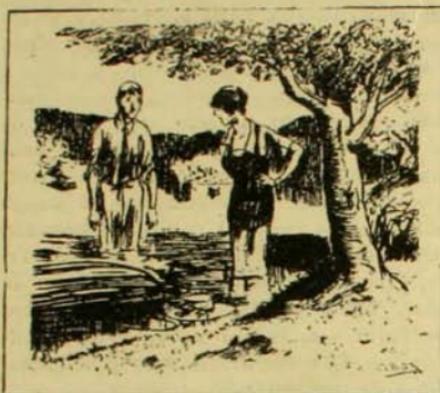
La Caricatura Extranjera

VERANEO



La mujer.—Fíjate: El trigo está por aquí mucho más alto que el año pasado.
El marido.—Claro. ¿No ves que tiene un año más?

UN ACCIDENTE



Ella (indignada).—Ya podías, al menos, haber elegido un sitio más profundo. Era preferible ahogarse que no quedar en ridículo.

PREPARATIVOS

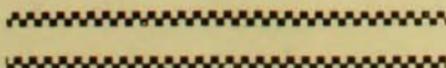


La mujer.—¿Con que te presentas en casa a las dos de la mañana, y completamente borracho?... Bueno. ¡Ahora verás! Por de pronto, ve al lavabo y tráeme mi dentadura.

REFRAN EN ACCION



“Quien mucho abarca...”



VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benitez y Cía.

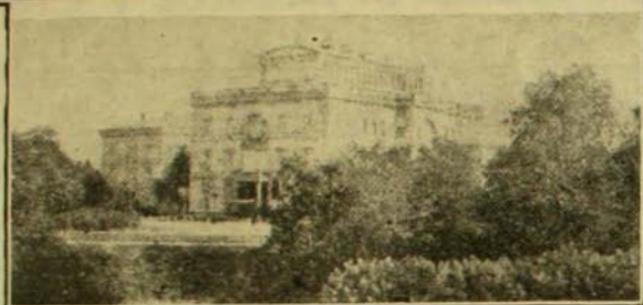


PINOT RESERVADO

Es y será siempre el preferido

33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



Vista del Palacio que habita la familia Krupp, cerca de las fábricas de Essen, junto a la casa en que vivió el fundador de la dinastía.

ESSEN Y LA LEYENDA DEL DRAGON

Por HENRI BAZIN

Todo el valle del Rhin está cuajado de leyendas, cuentos de hadas y un folk-lo-rismo especial. De esas leyendas, no es la última la del Gran Dragón de Drachenfels un monstruo espantable que arroja-ba fuego por la boca y de cuyas orejas se escapaba incesantemente una columna de humo. Las montañas, o por mejor decir, las alturas que dominan al Rhin cerca del Bohn, le dieron su nombre. Se decía que el monstruo devoraba a las criaturas y ejercía toda suerte de actos malvólos, entre los que se contaba su insana pasión de devorar a las doncellas hermosas. Todavía existe la leyenda entre los habitantes de Bohn que hace muchos años una desdicha-da doncella se arrojó a la corriente amarilla del Rhin para escapar a las furias del Dragón y que el espíritu del descon-

solado amante de la niña vaga todavía por Drachenfels, el aniversario de su muerte.

Pero el monstruo, según dicen los vie-jos habitantes de la comarca, ha desapare-cido hace mucho de las alturas que llevan su nombre. Dicen que se fué a las llanuras, a un valle distante treinta millas y se con-vertió en una gigantesca serpiente que arroja humo no por las orejas, sino a trav-és de las chimeneas de Essen. Y para demostrar la verdad de su aserto, llevan a los turistas a las alturas de Drachenfels y les enseñan las columnas de humo que forman una niebla en el horizonte. No es difícil entender cómo los crédulos y sencil-los labradores de Bohn se imaginan un milagro de magia en la edificación de Essen. En efecto, la historia de esa ciu-

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANLERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853

dad es una leyenda de hadas, o si se quiere de una fuerza de titanes, una fragua monstruosa una evolución casi ilógica de la vieja leyenda del dragón mortífero que arrojaba llamas por la boca.

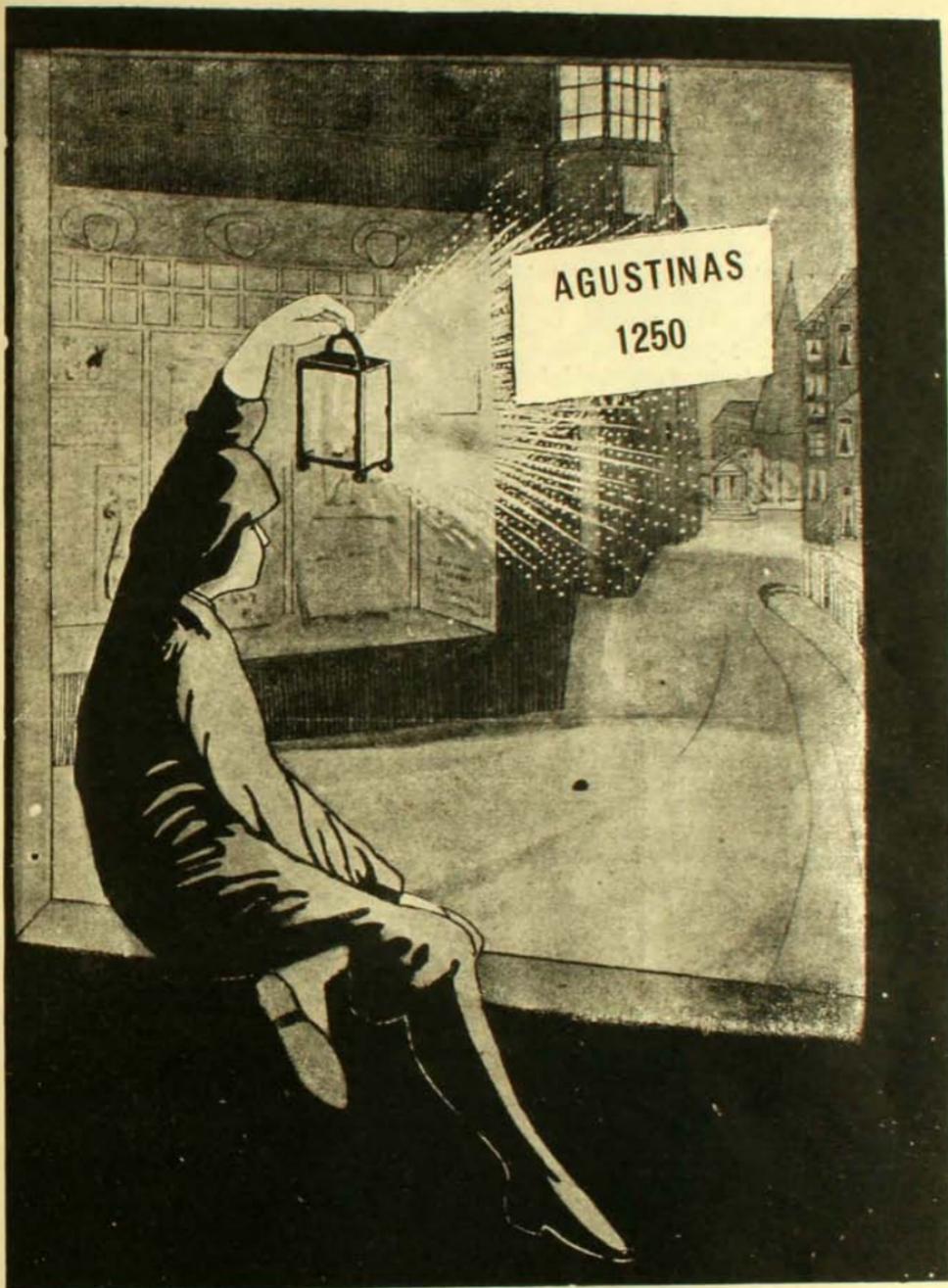
Hace 80 años, el viejo Federico Krupp vivía en la ciudad de Essen, que era entonces una aldea de 2.000 almas. Poseía una pequeña fragua y con ayuda de su hijo y un aprendiz, construía artefactos de cocina, cacerolas y algunos implementos de agricultura, como palas y rastrillos. La herrería era una casucha de dos cuartos, uno encima del otro, y servía también de hogar. La materia prima utilizada por el viejo Krupp, se componía de hierros viejos que recogía doquiera, viajando por las villas cercanas, acompañado de un caballo blanco en el que cargaba la herrumbre que recogía. Federico Krupp era económico estólido, silencioso y pensativo; un hábil trabajador de metales que soñaba con aleaciones en el metal con el cromo, el níquel y el manganeso. Tenía escasos recursos y murió pobre, sin realizar su sueño, después de gastar sus entradas en ensayos infructuosos. Su hijo Alfredo heredó su carácter tenaz y su habilidad mecánica. Por espacio de veinte años siguió experimentando los ensayos de su padre; ayudado por su anciana madre, una mujer enérgica y trabajadora, logró obtener una prosperidad relativa en la herrería.

El éxito no acudió al llamado de Alfredo, hasta que logró conseguir una máquina de 20 caballos de fuerza. Con su ayuda logró encontrar el secreto que buscaba su padre en vano. En la Exposición del Palacio de Cristal, en 1851, exhibió un bloque de acero de 1.000 libras de peso, el mayor forjado hasta entonces, y un modelo desconocido de cañón de montaña. En 1855, exhibió otro bloque de acero de 2.000 libras y otra pieza de artillería que causó sensación. Homogéneamente era perfecta dejando muy atrás todos los cañones construidos antes. En la guerra de 1864, cuando Prusia conquistó la península de Jutlandia, la victoria se debió al cañón Krupp, a causa de su alcance. También la batalla de Sadowa, en que perdió Austria la guerra, la debió Prusia a los cañones de las Fábricas Krupp.

En 1867, en la Exposición de París, el genial hijo de Federico Krupp exhibió el cañón más formidable que se conociera, con la notable innovación de ser cargado por la recámara. Era una terrible pieza de artillería con un alcance de siete millas y ganó medallas, diplomas y honores en la Exposición. En 1871 uno de esos cañones tomó parte en el bombardeo de París, desde la aldea de Garche, tras de Saint Cloud. Fué uno de los muchos que contribuyeron a la derrota francesa, una de las piezas que substituyeron la fuerza bruta al valor indomable de los nombres. Las Fábricas de Krupp habían revolucionado el arte de la guerra, suplantando la personalidad del combatiente, su valor, su caballerosidad, su energía, su generosidad por los vencidos, por la brutalidad insensible del explosivo gigante. La muerte en masa fué el beneficio compartido entre Prusia y las Fábricas de Krupp en Essen. El Dragón Monstruoso de Drachenfels había revivido en el valle bajo las alturas de Bohn, más terrible y amenazador, arrojando fuego, humo y muerte con más fuerza que el monstruo místico de la leyenda de siglos atrás.

Desde 1867 la familia Krupp ha ganado millones, suministrando cañones para todos los ejércitos del mundo. El procedimiento era sencillito. Se trataba sólo de entregar poderosa artillería a otras naciones, mientras Alemania retenía los modelos más formidables, para que en el caso de una guerra, Prusia pudiera obtener la ventaja de su parte, contra sus adversarios. De allí provino la capitulación de Lieja, la superioridad alemana en 1914-1915 sobre Bélgica, Francia e Inglaterra, las "Gordas Berthas" que bombardearon a París, el germen del super-cañón que debía bombardear a Londres desde Ostende. Desde 1868, la prosperidad de Essen fué milagrosa. De una aldea de 2.000 habitantes se convirtió en una ciudad de 450.000, en 1920., rodeada de vecindarios que juntamente con la ciudad mostraban airoas chimeneas arrojando torbellinos de humo al cielo.

En Essen no existían ciudadanos sino trabajadores de la Fábrica, siendo más de 175.000 los que construían cañones, mor-



SOC. IMPRENTA Y LITOGRAFIA UNIVERSO
SANTIAGO

teros de trincheras, proyectiles, tubos lanza-llamas, entre una actividad ensordecedora de máquinas, palancas, bielas que se mueven, pistones que suben y bajan, masas de metras transportadas en fusión, enormes grúas que levantan cañones como si fueran pajas, un ruido espantable que acompaña a visiones dantescas de fuego, llamas y calderas de metal en ebullición, mientras que en su Palacio de Postdam el Kaiser Guillermo II predicaba la paz y la fraternidad de todas las naciones de la tierra, confiando en su superioridad por la fuerza.

La ciudad de Essen, tal como la vió el autor de este artículo, es la misma que en 1910, una población enajada de chimeneas humeantes, un torbellino de locomotoras que marchan, una colmena activa y ruidosa. Sólo que ha vuelto a la producción original del viejo Federico Krupp, fabricando artículos de cocina, instrumentos de acero para la agricultura, maquinaria y otros productos del comercio pacífico. Pero el "modus operandi" de 1910 no ha sido alterado. Hasta el último tornillo está ajustado como se debe, el aceite engrasa las ruedas, los pistones, las bielas y los émbolos, listas para producir máquinas mortíferas de guerra.

Rodeada de un jardincillo lleno de flores se conserva la minúscula herrería original del viejo Federico el fundador y cetera de ella, el cañón, hoy muy anticuado, que se exhibió en la Exposición de París de 1867, y el que, según indica la lápida conmemorativa, tomó parte en el bombardeo de París en 1870. Las "Gordas Berhtas" y

otros grandes cañones han desaparecido y están, sin duda alguna, ocultos en otra parte de Alemania. Grandes masas de productos sin terminar se hallan por doquiera en las vastas fábricas y sus talleres que, aunque no terminadas, bastan para indicar que fueron hechas con otro objeto que la construcción de inocentes cacerolas. Otras maquinarias poderosas y espantables se dedican al parecer a producir un esfuerzo muy por debajo de su dignidad mortífera, fabricando utensilios de jardinería. Muchas enormes palancas se mueven como ofendidas de llevar pequeños lingotes de acero en fusión, en vez de acarrear los monstruosos bloques de hace dos lustros apenas. Y también es de notarse que son muy pocos los obreros que muestran el membrado torso; la mayoría están vestidos formando contraste con las ciclópeas figuras que sólo usaban pantalones, cuando Essen producía las formidables piezas de combate del Imperio Prusiano.

Encontré significativo que se me negara cortesmente la entrada a ciertos talleres que tienen las puertas cerradas y que sin duda trabajan, a juzgar por sus humeantes chimeneas. Sonreí también cortesmente y seguí a mi guía. No hay nada nuevo en mi vocabulario respecto al "terrible prusiano" y su amable camarada el pacífico alemán. Todas las leyendas tienen un feliz final; los genios malignos son implacablemente destruidos o subyugados. ¿Terminarán así los monstruos de Drachenfels y el Dragón Krupp? Depende de la continua vigilancia de Inglaterra, Francia y sus aliadas.



ATENDEMOS
GRATUITAMEN-
TE PEDIDOS DE
NUESTRO CA-
TÁLOGO

Fabricantes de ropa clásica



Fratelli Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

LOS PLAGIOS DE GABRIEL D'ANNUNZIO

En un reciente número de la revista "Mercurio de Francia", aparecieron algunas páginas sobre la genealogía d'Annunziana, en que se llama la atención sobre el autor del "Fuego" y un plagio hecho a Zolá, lo que nos trae a la palpitante cuestión de los plagios literarios y artísticos, colocados hoy de nuevo sobre el tapete, con motivo de la obra "La Atlántida".

Es una verdadera tarea la de buscar y descubrir en las obras, aun de los grandes es-

en 1887, después del desastre de Dagali, no es sino una transcripción de una poesía de Tommaseò, (La Superbía de gli amici.)

En tanto que sacaba el argumento de "L'Intrus" (El inocentè) de una obra de Maupassant, cuyo título no tenemos presente, pero que es fácil de encontrar, extraña perlas y piedras preciosas de la prosa magistral de Gustavo Flaubert, "La Tentación de San Antonio" se encuentra casi en cada uno de los versos del soneto de "Mir'nda":

"I nit di mercanti Alessandrini
profumari de cinnama e d'issopo,
Bevean sulla riviera di Canopo
Nei calici del loto, i rosei vini".

Leamos "La Tentación":

"Les marchands d'Alexandrie naviguent
les pours de fetes sur la riviere de Canope et
boivent du vin dans les calecas de lotus".

("Los mercaderes de Alejandría navegaban los días de fiesta por el Río de Canope y bebían el vino en el cáliz de los lotos".)

En "L'Asiático", (entre otros plagios), se lee lo siguiente:

"La perle della sua tiara
Sp'endeano vagamente come lune..."

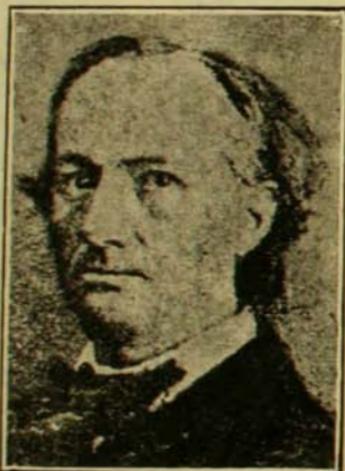
Y en Flaubert:

"Et les perles de sa tiare brillent
douceement comme des lunes".

("Y las perlas de su tiara brillan suavemente como lunas".)

Y así podemos señalar más plagios del mismo autor, en su poema "Pamphila".

Después de Flaubert, tocó su turno al autor de las Flores del Mal, Carlos Baudelaire. En la obra "Sangue delle Vergini", d'Annunzio traduce el "Calumet de la Paz". Todavía otro plagio en "L'Asiático":



Baudelaire a quien plagió D'Annunzio.

critores, la huella de un trabajo de marca. Michaut lo hizo de una manera magistral con Anatole France iniciando a los amantes a la literatura con una increíble precisión en los métodos de trabajo del "buen maestro" de Francia. ¿Ha sido emprendido semejante trabajo respecto a d'Annunzio? Se ignora, pero es curioso anotar todos los "empréstitos" que ha realizado el "Hijo de la voluptuosidad" en sus múltiples obras.

Dejando a un lado los plagios que ha hecho de sus compatriotas, basta con señalar que uno de sus primeros poemas, compuesto

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPAÑIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

“E sapi in quel che mangi e in quel che
trovar l'ambrosia e il nettare vermiglio,
[bevi]

Que no es otra cosa que una traducción de
“Et dans tout ce qu'il boit et dans tout ce
Retrouve l'ambrosie e le nectar vermeil”
[qu'il mange]

(Y en todo lo que bebo y en todo lo que
[come,
encuentra la ambrosía y el néctar bermejo),
(Baudelaire, Bendición.”)

A todos estos “préstamos”, agreguemos, señalándolos tan sólo, los que hizo a Verlaine (en “La Cantata” copia “Los unos y los otros”); a E. de Goun Gouncourt (Malette Salomon suministró algunas páginas de la Novella Magica): a Maeterlinck, a quien saquea de su obra La Campana al vuelo, para su libro “Tristezza ignote”, y a Shelley, en su “Elevazione”.

El autor de esta búsqueda sobre los plagios de d'Annunzio se muestra intransigente, pero basta con recordar que con los plagios que efectuó Victor Hugo para sus obras, se llenarían mucho volúmenes.

G A B R I E L A F E R R A R I

Entre los compositores más eminentes de Italia hoy figura en primera línea Gabriela Ferrari, cuya reputación ha rebasado los Alpes y extendiéndose por casi todas las otras naciones de Europa. La Ferrari es hija de un italiano, el coronel Colombari, y de una francesa, la señora Monténegre.

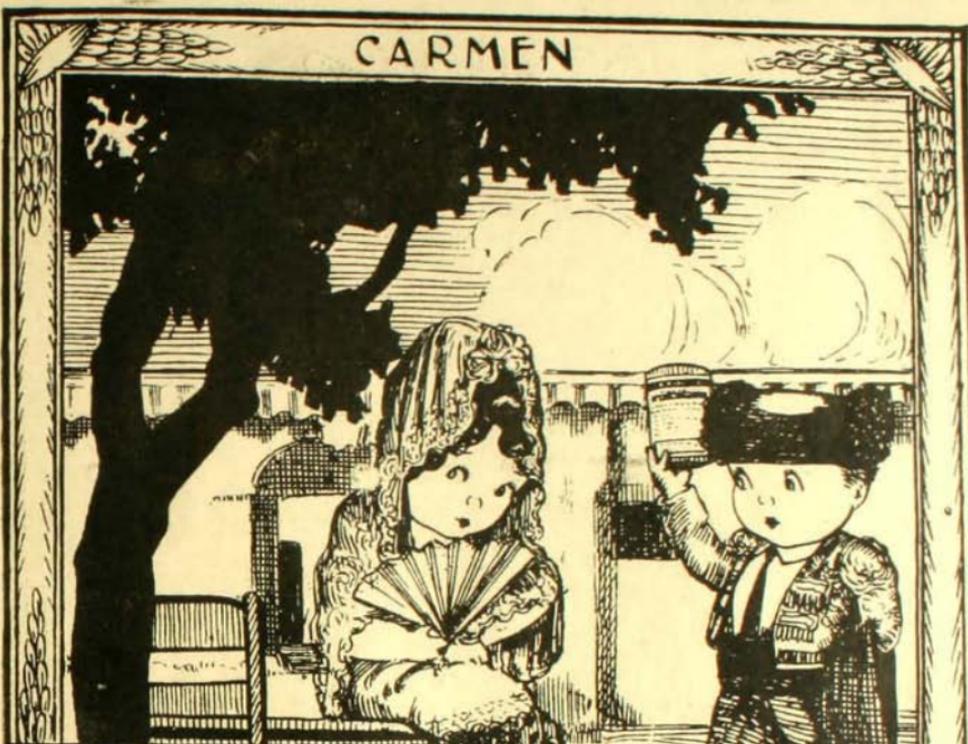
Sus primeras lecciones en el piano las recibió de Guiseppina Martin, una de las profesoras del Conservatorio de París, donde estudió composición con el profesor Enrico Keller. A la edad de doce años ya hab'ía escrito Gabriela varias canciones. Poco tiempo después se casó con uno de los directores de *Le Figaro*, Francisco Ferrari. Marchó con él a Italia, y en Nápoles continuó sus estudios musicales bajo la dirección de Pablo Serrao, que la instruyó en Contrapunto, y de Georgio Miele, en Composición. En esta ciudad fué donde ella presentó, con gran éxito, en el Teatro San Carlos, una cantata para coro y orquesta y poco después obtuvo la medalla de oro Bellini por su “Lontan dagli ocechi”.

A su regreso a Francia Gabriela Ferrari se hizo notar como una gran pianista, añadiendo a esta distinción la de figurar

entre los primeros músicos que dieron a conocer en Francia las obras de los maestros rusos. Como intérprete de Bach, Beethoven, Litz y Chopin, conquistó nuevos laureles. Desde 1895 en adelante se dedicó a la Composición. Fué ella uno de los pocos discípulos que recibieron lecciones de Gounod. Más tarde estudió con el profesor Alfredo Apel, del Conservatorio de Leipsig. Algunas de sus obras figuraban constantemente en el programa de los conciertos que se daban en toda Europa.

Entre sus obras más conocidas se destacan: “La rapsodia española”, para orquesta; “El tártaro” para cuatro voces, y muchas canciones, baladas y otras obras de esta índole. Para el teatro ella compuso “Bajo la careta”, ejecutada con gran éxito en Vichy en 1898; “Dernier Amour”, ópera cómica; “L'aime en peine”, producida por la *Opera Comique*, y “Cobzar”, ópera compuesta para un libreto de la Princesa Helena Vacaresco y representada en el Teatro de Monte Carlo en 1909, con la colaboración del actor ruso Schiappan, a quien se encargó del principal papel. La última de sus composiciones es “Le Captif”, ópera sobre un tema ruso.

CARMEN



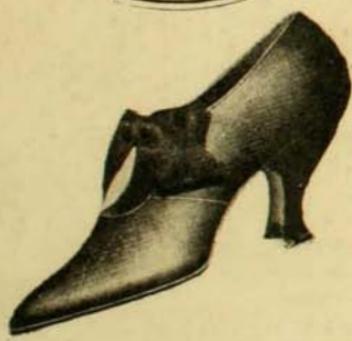
UNA NUEVA VALIOSA OPINION MEDICA

Dr. Alcibiades Santa Cruz.—Cirujano Jefe de la III División del Ejército.—Director del Museo.—Profesor de Clínica de la Universidad de Concepción.—Casill'a 137.—Concepción.

El **Alimento Meyer** es un preparado que puede ser recomendado con entera confianza. Su presentación siempre igual, deja la impresión de ser elaborado cuidadosamente, y los buenos resultados que se obtienen con su uso demuestran una acertada selección de componentes.

(Firmado).—A. SANTA CRUZ

ALIMENTO MEYER ES EL MEJOR



Calzado
Artístico
para
DAMAS

LO MEJOR EN
MANUFACTURA NACIONAL

CASA NORTE-AMERICANA

246 — ESTADO — 246
De M. ARTIGAS Y Cia. — Casilla 2979

NOVIEM.
DE 1926

PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

PRECIO:
2 PESOS





L SISTEMA NERVIOSO DE LA MUJER es tan sensible y su organismo tan delicado, que las diarias faenas domésticas y las exigencias sociales le causan constantes quebrantos de salud, tales como dolores de cabeza, jaquecas, irritabilidad nerviosa y malestar general. Si, desgraciadamente, cualquiera de estas dolencias coincide con los trastornos correspondientes al proceso fisiológico mensual, o con los cólicos que suelen presentarse durante tal periodo, el sufrimiento de la mujer se acrecienta hasta hacerse insupportable.

Por eso, ninguna dama cuidadosa que estime en lo que valen su bienestar y su salud, debe carecer nunca de las **TABLETAS BAYER DE ASPIRINA Y CAFEÍNA** (tubo de etiqueta roja con la Cruz Bayer). Dos de ellas tomadas en los casos dichos, alivian rápidamente los dolores de cabeza y los cólicos menstruales más agudos, regularizan la circulación, calman la irritabilidad nerviosa y devuelven las fuerzas físicas e intelectuales necesarias para atender con alegría a los quehaceres domésticos y a los compromisos de sociedad.

Idéntica eficacia tienen estas admirables Tabletetas tratándose de resfriados, influenza, excesos alcohólicos, reumatismo y gota.



- Gustav Schreyer -

La joven literatura nicaragüense

Gabriel Rivas, o Gabry como se hace llamar él, es un muchacho como de treinta años, que tiene una experiencia como de cincuenta y un alma buena como de veinte. Y digo buena porque con todo y su experiencia, es un alma sin amargura y sin veneno.

El mundo lo ha contagiado de escepticismo, igual que a tantos otros jóvenes de nuestro tiempo, pero no ha podido comunicarle malevolencias sutiles ni sórdidos rencores.

El escepticismo suele ser la prueba del fuego de los corazones buenos. Cuando se comienza a comprender que el egoísmo es la ley de la vida, que la mentira anda más de prisa que la verdad, que la intriga enredadora lleva más probabilidades de triunfo que el mérito auténtico, que la sinceridad resulta una costumbre tonta y la gratitud una palabra arcaica que pronto desaparecerá hasta de los diccionarios, que la traición y el



ALMANAQUE ZIG-ZAG

Ya está entregado a la venta el ALMANAQUE "ZIG-ZAG" para 1921. La edición de este año es un volumen magníficamente presentado, con un material literario, artístico y científico seleccionado especialmente.

Hermosos grabados, en negro y en colores, acusan el esfuerzo de su editor por ir mejorando anualmente la edición.

Por los conocimientos útiles de que viene nutrido el Almanaque Zig-Zag, constituye un libro de consulta que no debe faltar en ningún hogar

PRECIO: \$ 3

REMISION A PROVINCIAS: \$ 3.30

PEDIDOS UNICAMENTE A GUILLERMO BENAVIDES, TEATINOS
NUM. 666. SANTIAGO. — CASILLA 670.

insulto constituyen la moneda corriente con que se pagan los favores; cuando se contempla, en fin, a las gentes con la boca eternamente abierta para la calumnia y el pecho eternamente cerrado para la indulgencia, hay un gran peligro para el corazón de volverse áspero y duro como las piedras de los caminos. Se necesita cierta nobleza original, cierta bondad íntima y verdadera para resistir al desencanto absoluto de hombres y de cosas y soportar los apretujones del dolor que produce un mundo ruin y una humanidad miserable, sin que se le entre a uno la gana de ponerse a la altura de las circunstancias.

Gabry ha resistido la prueba victorioso. Ha visto caer los altares ingenuos y levantarse en su lugar al dios de la ironía y de la desconfianza, y ha seguido siendo bueno. Si sois su amigo, me daréis la razón de esto que acabo de decir, Gabry no tiene hiel para nadie. Combatido,—y a veces con gran saña por individuos que no tienen el mismo concepto de la vida que él—, ha podido decir tal vez, al calor de la disputa, frases ofensivas, pero jamás el odio ha destilado en su alma, con esta lentitud concienzuda con que va filtrándose el ajeno en elaboración paciente...

Estoy seguro de que sería capaz de prestar un servicio al enemigo que lo ha ofendido la víspera, tan capaz de esto como de hacer un epigrama en la tarde, del amigo que lo ha elogiado en la mañana. Sus enojos, sus inquietudes, sus ideas, todo en él pasa ligero, tal la cinta veloz de un cinematógrafo. Lo único que no le abandona nunca es su sonrisa, su eterna sonrisa; con ella escribe, habla, combate, se defiende. Despide a unos, recibe otros, halaga a éstos, satiriza a aque-

llos, Su sonrisa ¡he allí su fuerza, su lanza y su escudo!

¿Y cuál, diréis vosotros, es ese concepto que se ha hecho Gabry de la vida? Pues, el mismo, contesto yo, que tenía hace cuatro siglos el gran castellano de las letras francesas Miguel de Montaigne: "que a vida es un movimiento desigual, onduante y multiforme, y que quien quiere vivir de veras no puede menos que ondular un poco y cambiar de forma a veces.

Ya estoy oyendo las protestas de ciertos catones de tres al cuatro que caminan en línea recta por el mundo, lo mismo que los caballos de tiro, con dos tapaderas de cuero a un lado y otro de los ojos, y que se sienten con virtud bastante para anatematizar a los demás, moralistas de gabinete que no han tenido.—gracias a un destino favorable o a un papá millonario—, necesidad de luchar y de mortose valientemente en la humana batalla, declamadores sempiternos de los más bellos principios, pero incapaces del más pequeño sacrificio en favor de ninguno de sus prójimos.

Más qué importa. No he de hacer caso de sus falsos aspavientos; estos son los herederos directos de aquellos fariseos del Evangelio que reprochaban al Maestro de la bondad perfecta porque frecuentaba la casa de gentes de costumbre sospechosas, y se enfurecían porque una pecadora había derramado un frasco de unguento en los pies del Cristo.

¡Oh, estos eternos fariseos! si supieran en cuán poca estima tengo sus personas y cómo prefiero a sus virtudes desdosenas y arronantes, las caquezas sineiras, benignas, compasivas humedecidas de lanto o alivadas de sonrisas...

Si mi corazón, lo digo sin miedo de que se me tome por un cínico, está cerca, mil veces cerca de estas flaquezas que de aquellas hínógeritas censuras.

Pero veo que me he ido muy lejos, casi hasta perderme entre los famosos cerros de Ubeda. Volvamos a Gabry. Sólo quiero expresar ahora mi simpatía por el amigo y mi admiración por el literato. Del diputado, del periodista político, no he de decir nada. Siempre he sentido poco gusto por la política y el poco que tenía me lo dejó estragado una campaña eleccionaria de ingrato recuerdo. Gabry no tomará pues, a mal que no le ponga de peana a su personalidad, que he tratado aquí de esbozar, la curul del Congreso y la silla de redacción, ayer de "El Heraldo" y hoy de "El Hombre Libre". Casi me atrevo a sospechar que él mismo no cree mucho en sus discursos parlamentarios ni en sus tareas de ilustrador cotidiano de lugares comunes, democráticos, y que sobre su fidelidad a las ideas perfectas parecidos principios a éste de Montaigne: defenderlas hasta la horea, exclusiva. Su temperamento tornadizo y sonriente da margen a la sospecha. Figuraos, si podrá serle muy fiel a las tales ideas un muchacho que antes de llegar

ACIDOS EN EL ESTOMAGO CAUSAN INDIGESTION Crian gas, agrura y dolor de estómago Cómo curarlos

Autoridades médicas manifiestan que casi nueve décimas partes de los casos de indisposición del estómago, así como indigestión, acidez, agrura, gas, sofocamiento, náusea, etc., son debidos a un exceso de ácido hidroclórico en el estómago y no como algunos creen que son debidos a falta de jugos digestivos. Las membranas delicadas que forran el estómago se encuentran irritadas, la digestión se retrasa y los alimentos se agrían, causando los síntomas desagradables tan bien conocidos para todo paciente del estómago. En estos casos no se necesitan digestivos artificiales, los cuales, dicho sea de paso, pueden hacer un verdadero daño. Pruebe el hacer a un lado todos los auxiliares digestivos, y en lugar de éstos, en cualquier droguería, obtenga un frasquito de Magnesia Divina y precisamente después de las comidas tómese dos pastillas en un cuarto de vaso de agua. Esto purifica el estómago, previene la formación excesiva de ácido y no habrá acedia, gas o dolor de estómago. Magnesia Divina en pastillas—nunca en líquido o leche—es inofensiva al estómago, es muy barata y es la forma de magnesio más eficaz para el estómago. La usan miles de personas que saborean sus comidas, sin preocuparse más por la indigestión.



a la treintena ha cambiado hasta de nombre.

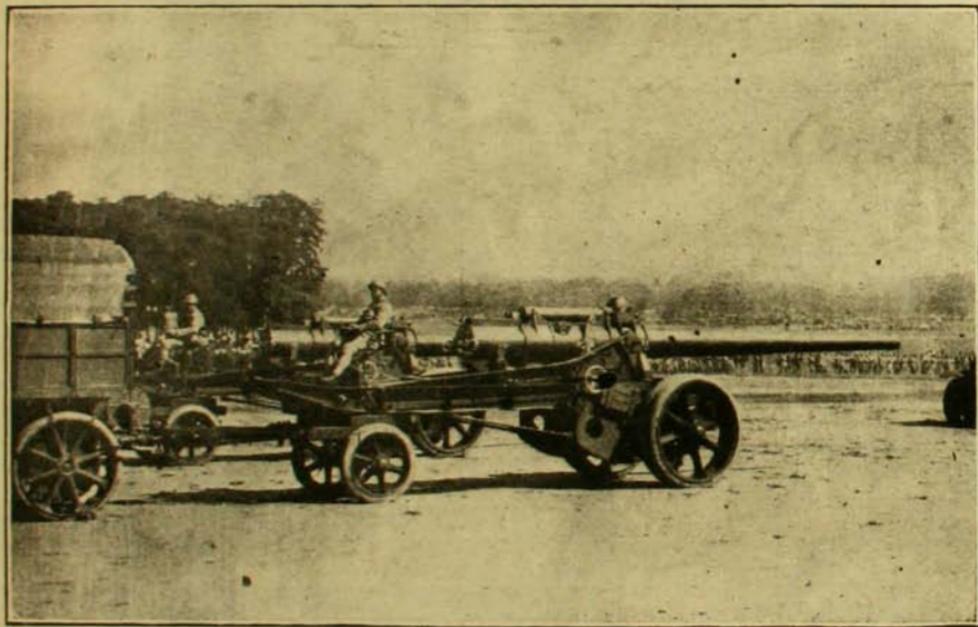
Como poeta Gabry ha conseguido magnífica fama en Chile y en Nicaragua. Su poesía se distingue por sus tonos delicados, suaves, amorosos y un poco tristes, de una tristeza un poco literaria (ya os he dicho que este escéptico no sufre gran cosa con el espectáculo del mundo y trata por el contrario de divertirse lo mejor posible).

“Es sutil como un encaje” para decirlo con palabras suyas, pero no “profunda como un abismo”. En ella se habla de amores sin fortuna que deshojó la Muerte, de dulces

novias pálidas y pensativas de jardines que doró el otoño y la luna vuelve de plata, de penas, de suaves penas de juventud, de tristezas voluptuosas, de nostalgias de amantes que perdieron la dicha y entretienen su dolor cincelando estas grietas “en el mármol ingrato”, bajo el cual duermen las muertas adoradas. Son filigramas hechas con sabia paciencia artística y que dejan en el espíritu la caricia sedante de una noche pasada bajo las estrellas numerosas, conversando con poetas y mujeres del tema inagotable: de amor.

MARIO SANCHO.

CRONICA EXTRANJERA



Una batería de 155 del Ejército francés.

REMEDIO PARA LA SORDERA CATARRAL Y LOS ZUMBIDOS DE CABEZA

Si usted sufre de sordera catarral o zumbidos de cabeza, vaya a su boticario y pídale un pomito con una onza de Parmenta (Doble Fuerza), añádale 1-5 litro de agua caliente y 116 gramos de azúcar y tómese una cucharadita de las de postre cuatro veces al día.

Esto suele traer pronto alivio a los molestos zumbidos de cabeza; franquear las narices tupidas, aligerar la respiración y hacer que no sigan cayéndole las flemas que el catarro le hace gotear al fondo de la garganta. Es fácil de preparar, barato de conseguir y agradable de tomar; y en suma, digno de que todo el que tenga sordera catarral o zumbidos de cabeza haga la prueba con esta receta.



ELLA.—Lo que demuestra que la mujer tiene un espíritu más sensible que el hombre, es su amor a los animales.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción

Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LINEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmon

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMAS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes

"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Mobiloil"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
AGUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CAREBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de fierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANERAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEROS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos

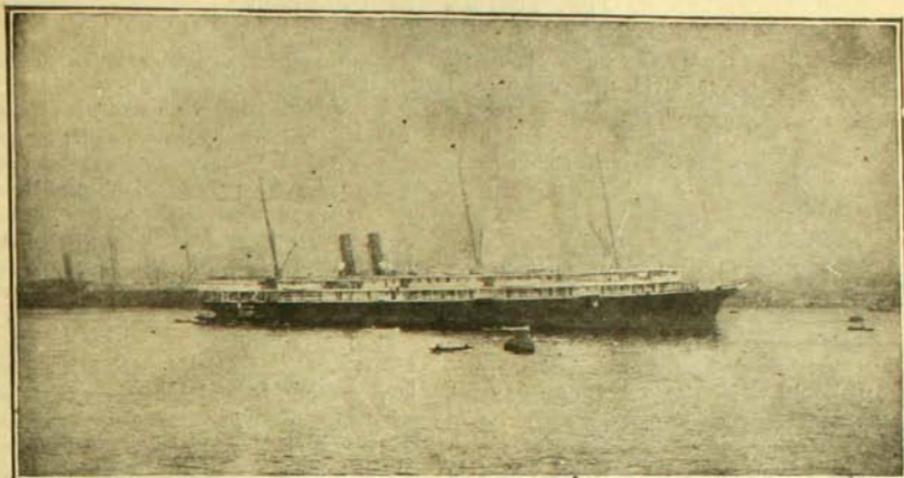
HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDRIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90"
ZUNCHOS para cajones 1 1/2" 5/8" y 3/4"



Giolitti y Lloyd George durante la entrevista que celebraron en Lucerna

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 895



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

“HUASCO”-“AYSEN”-“PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores.

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

SALIDAS DE VALPARAISO DURANTE

Vapor directo a New York: “Renai-co”, el sábado 23 a las 4 P. M.—Vapores a Cristóbal (Canal de Panamá): “Aysen”, el miércoles 13 a las 4 P. M. “Huasco”, el miércoles 27 a las 4 P. M.—Vapores a Pimentel (Norte del Perú): “Maipo”, el sábado 2 a las 4 P. M. “Mapocho”, el sábado 16 a las 4 P. M. “Cachapoal”, el sábado 30 a las 4 P. M.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balcarce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Weasel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

ONTERE PLAZA
Director-Gerente

El método de Brown Sequard

¿ES POSIBLE REJUVENECER?

“...La humanidad, pronto olvidadiza, descubre de nuevo muchas cosas viejas, de las que sólo había guardado una impresión latente...”

Tal es el pensamiento que Paul Carnot, estampa en su libro sobre opoterapia, y que es oportuno reproducir como iniciación de esta página.

Hace poco, el telégrafo nos comunicaba el resultado de nuevas experiencias, a propósito del viejo método de Brown Sequard, que tanto conmovió a los espíritus de su época, a raíz de una comunicación científica en la que anunciaba se había sentido rejuvenecer, después de aplicarse, a los 72 años de edad, inyecciones de jugos provenientes de ciertas glándulas animales.

Sus experiencias, notables por cierto, abrieron nuevos rumbos a la medicina contemporánea, y su método sobre la opoterapia constituye hoy, sin duda, después de los descubrimientos de Pasteur, el más brillante capítulo de la ciencia; pero justo es reconocer también que su fantástica ilusión de rejuvenecimiento fué tan pasajera que nombre y método habrían caído en el olvido si de éste no hubieran derivado otras consecuencias transcendentales.

A fin de coordinar algunas ideas sobre el alcance de las nuevas experiencias, y dentro de los estrechos límites de esta página de divulgación científica, daremos un resumen de esta cuestión que vuelve a impresionar a los profanos.

El término **opoterapia**, de **opos** (jugo) y **terapia** (tratamiento), ha sido ideado por el profesor Londouzy, para designar genéricamente el tratamiento de las enfermedades por los productos de origen animal.

Desde épocas remotas el hombre buscó a su alrededor remedios para aliviar sus males; carnívoro, se dirigió también a aquellos productos, y la alimentación cár-

nea fué en realidad su primera opoterapia.

La idea primitiva tuvo esta base simple: que las vísceras separadas del cuerpo conservan una parte de sus propiedades y que su ingestión suple la insuficiencia de los órganos similares. Esto determinó el uso de productos orgánicos, tales como la sangre, el hígado, la bilis, glándulas genésicas, etc., entre los chinos, indios, griegos, árabes y pueblos de la Edad Media.

Pero al mismo tiempo, como dice también Carnot, la atracción natural del hombre, y sobre todo del hombre enfermo, hacia lo fantástico y lo maravilloso, hizo emplear, al lado de aquellos medios, otros en que lo repugnante, raro y extraordinario chocaba violentamente al espíritu, impresionando por sugestión las imaginaciones enfermizas. “Y así los enfermos absorbían, con todo fervor, caldos de animales repulsivos, víboras y escorpiones.”

Los griegos usaron numerosos remedios animales. Homero refiere que Chiron el centauro fortaleció a Aquiles haciéndole comer médula de león, y en los templos de Esculapio se recomendaba a los leproso la carne de víbora.

En Roma los epilépticos descendían a la arena de los circos, para beber, caliente aún, la sangre de los gladiadores.

En la Edad Media, hasta el fin del siglo XVI, continuaron las tradiciones antiguas. Paracelso, famoso médico y charlatán, decía: “Mirad el esuezo; por venenoso y horrible que sea, encierra una gran virtud misteriosa, que es soberana para el tratamiento de la peste.”

En los siglos XVII y XVIII continúan los ensayos opoterápicos.

Duchesson recomendaba píldoras hechas con pulmón de zorro, azúcar y anís, para las enfermedades del pulmón; de zorro y de liebre, para los ricos, de vaca y de cordero, para los pobres.

Empleaba también el hígado de vaca, macerado en agua con achicoria y ruibarbo, para las enfermedades del hígado y las disenterías. ¿Quién hubiera predicho que esta práctica última hallaría en nuestros



“VOLNAY”

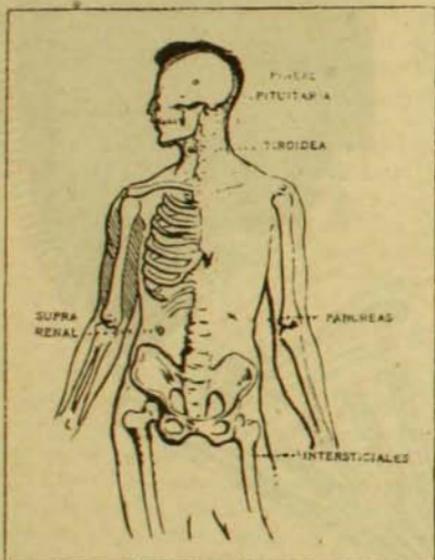
Es el producto más exquisito de perfumería parisiense, actualmente, de gran moda en la alta y refinada sociedad de la capital francesa.

Gath & Chaves, que ha adquirido la exclusividad de todos los productos de la perfumería “VOLNAY” de París, ofrece a su clientela este distinguido perfume.

Pruebe este artículo en nuestro departamento “PERFUMERIA” (1er. piso).

tiempos la brillante confirmación de la opoterapia hepática y biliar?

Pero, al lado de estas ideas precursoras, madame de Sevigné escribía a su hija: "Mlle. de Lafayette acaba de tomar caldo de víbora que le da fuerzas a vista de ojo". Y así continúa un empirismo caótico hasta el siglo XIX, en que surge Claudio Bernard, el genio de la fisiología con sus grandes descubrimientos experimentales. El reconoce que las glándulas del organismo producen secreciones, externas unas, internas otras, que se vierten al me-



dió orgánico interior, a la sangre, para ejercer sus acciones sobre los órganos y tejidos mismos.

Bajo la influencia del empirismo de las generaciones pasadas y los nuevos datos de la ciencia experimental iniciada por Bernard, Brown Sequard da principio a sus investigaciones, y en 1869 formulaba la proposición de que "extirpando las glándulas provistas o no de canales excretorios u observando los efectos de su destrucción por una enfermedad, éstos hacían sentir la ausencia de principios útiles al organismo". Veinte años después (1.º al 18 de junio de 1889), Brown Sequard llegaba a la conclusión, deducida de sus trabajos, de que las glándulas genésicas suministraban a la sangre, "sea por reabsor-

ción de productos que ellas segregan, sea por otro modo, substancias que dan energías al sistema nervioso y probablemente también a los músculos. De allí dedujo la idea de que una de las causas de la senilidad sería la ausencia de esta secreción interna, que podría reemplazarse introduciendo en el organismo jugo extraído de las glándulas similares de los animales. Y en apoyo de sus razonamientos presentaba su autoobservación, según la cual, mediante inyecciones de jugos glandulares, había obtenido un buen éxito en achaques propios de su edad, experimentando un verdadero rejuvenecimiento.

El entusiasmo por las investigaciones y el deseo de experimentar también sus efectos fué tal, que en Francia encañecieron pronto los cobayos (chanchitos de India) cuyas glándulas fueron utilizadas.

La desilusión no tardó en llegar, y si bien la opoterapia había iniciado su período científico, pronto hubiera caído de nuevo en el olvido, a no mediar las experiencias de Sorsley (1890), consistentes en injertos de glándulas tiroideas.

Estas experiencias y otras ulteriores derivadas de las doctrinas de Brown Sequard dieron resultados tan brillantes, sobre todo en las perturbaciones originadas de la glándula tiroidea, que convencieron por completo al mundo médico. Desde entonces la administración de productos glandulares y orgánicos en general, tiroideos, supra renales, ováricos, de hígado, sangre, suero, etc., ha venido ocupando la atención de fisiólogos y clínicos. Los éxitos de substancias ya conocidas, como la adrenalina, proveniente de las cápsulas supra renales, las preparaciones múltiples de sangre, jugos gástricos naturales, han hecho de la opoterapia una rama de vastas proyecciones para la química, la fisiología, la terapéutica y la clínica.

Se ha podido reconocer que en el organismo los múltiples sistemas glandulares tienen por objeto no sólo segregar substancias al exterior, como la saliva, leche, bilis, etc., y otras al interior, para neutralizar venenos circulantes y aun destruirlos, sino también que los principios de unas regulan los de otras, estimulando, complementando o neutralizándose recíprocamente.

A su acción se deben cambios que el or-



5 TECLAS, POR MEDIO DE
LAS CUALES SE PUEDE
ESCRIBIR MAS RAPIDAMENTE.

Con el uso de la máquina de escribir

“REMINGTON”

se consigue la mayor rapidéz en escribir cartas. Este mejoramiento, que se encuentra sólo en estas máquinas, da elegancia al trabajo, elimina toda manipulación superflua, y economiza grandemente el tiempo dedicado a la correspondencia diaria.

Para obtener ámplios detalles al respecto, puede avisarnos por teléfono o por correo, y tendremos el mayor gusto en proporcionárselos.

MORRISON Y CIA.

VALPARAISO

SANTIAGO

Importadores de toda clase de accesorios para máquinas de escribir, y de Útiles de Escritorio en general.

ganismo experimenta, ya en estado normal, como sucede en el crecimiento, en la transformación del paso de la niñez a la adolescencia, o también verdaderas perturbaciones, que constituyen enfermedades cuya patología es de reciente conocimiento. Tan vasto e interesante resulta hoy el capítulo de la opoterapia, que, a pesar de estar en una relativa iniciación, ha dado fecundos horizontes a la medicina.

Uno de los obstáculos que lógicamente se conciben en la opoterapia práctica, estriba en la dificultad de suministrar a los organismos, en cada caso, el producto similar derivado de otro organismo de la misma especie. Ello, sin embargo, es posible en la experimentación sobre los animales, muy difícil en el hombre. De aquí deriva la elección de glándulas de aquellos animales que habitualmente entran en la alimentación humana, como el carnero, toro, vaca, conejo, cobayo, etc.

En el caso particular de las experiencias que los periódicos han comunicado y que motivan esta encuesta, ha mediado la circunstancia de poderse utilizar directamente una de aquellas substancias provenientes de glándulas humanas.

Cabe creer que los efectos habrán resultado algo más evidentes que en los experimentos con órganos de animales de especie diferente; pero bueno es dejar cons-

tancia de que la opoterapia particular iniciada por Brown Sequard no llegó nunca en sus efectos más que a la producción de estímulos limitados y aún influenciados también por el psiquismo, y que su transcendencia estriba más que en otra cosa, en la iniciación de los rumbos que de ella han derivado.

Es, pues, el caso de repetir una vez más "que la humanidad olvidadiza descubre de nuevo muchas cosas viejas de las que solo había guardado una impresión latente", y que si la opoterapia ha dado extraordinarios resultados globales para la ciencia, dentro del concepto práctico del alargamiento de la vida o del retroceso hacia la juventud, que tanto interesa a los individuos y tan agradablemente chocea a los espíritus, las cosas no son tan simples.

Se podrá ahondar más sobre las múltiples causas del desgaste; nuevas investigaciones aclararán la correlación íntima de las funciones orgánicas, podremos perfeccionarlas, neutralizar efectos perniciosos, moderar desgastes, estimular y regularizar funciones pero todavía está muy lejos el hallazgo de aquel famoso **Elixir de larga vida**, que tanto dió que hacer a los alquimistas de la Edad Media y preocupa a los sabios de la contemporánea.

Dr. JOSE MORENO.
(argentino).



NUESTRA PORTADA,

Cabeza de italiana
:: por ::
William Laparra.

:: S U M A R I O ::

<i>FEMENINAS, por La Dama Duende</i>	371
<i>MAL OJO</i>	375
<i>WILLIAM LAPARRA</i>	385
<i>CRONICA LITERARIA, por Hernán Diaz Arrieta</i>	389
<i>EL MES TEATRAL, por K. Marin</i>	401
<i>CUESTIONES SOCIALES, por Luis Casanueva</i>	405
<i>CUANDO ESTEMOS MUERTOS, por E. Orrego Vicuña</i>	408
<i>INFLUENCIA DEL DOLOR EN EL ARTE, por Ariel</i>	411
<i>EL ANIVERSARIO DEL BRASIL</i>	414
<i>DON ELIAS DE LA CRUZ</i>	416
<i>CARTAS Y TARJETAS ESCRITAS DESDE ESPAÑA POR UN CHILENO</i>	417
<i>EL ONOMASTICO DEL REY DE ITALIA</i>	421
<i>EL CENTENARIO DE MAGALLANES</i>	424
<i>EL CREDO DE RODIN, por Eugenio Labarca</i>	427
<i>BECQUER, por Juan López Núñez</i>	431
<i>EL LAPIZ DE VICTOR HUGO</i>	443
<i>LA JORNADA IRLANDESA, por Frank W. Egan</i>	449
<i>¿CUAL ES MI OBRA PREDILECTA?</i>	453
<i>EN LA INTIMIDAD, por Vieille-Amie</i>	460
<i>EN UN RATO DE OCIO, por Miguel de Unamuno</i>	468

F E M E N I N A S

(ESBOZOS PSICOLOGICOS DEL NATURAL)

"La Dama Duende" inicia en este número una serie de bocetos psicológicos de algunas de nuestras señoras del gran mundo, y en los cuales, a los méritos del modelo súmanse los muy atrayentes de lo anónimo, de lo adivinado, de lo secreto.

Yo creo PACIFICO, por esto, interrumpir en galería de retratos femeninos. Por el contrario. Piensa que lo adorna con una nota muy original. Que siempre lo vislumbrado o presentido dió mayores horizontes a nuestra fantasía que lo visto, y casi siempre cambiaríamos muchas realidades por una sola sugestión... Como en los museos aprisionan nuestra atención y nuestras miradas antes que aquellos retratos que llevan al pie el nombre y los títulos del retratado, aquellos otros que llámándose: "La niña de las flores" o "La dama del abanico" se revelan únicamente por el lenguaje del mirar o de la sonrisa.

Ansias de secreto que avasallaron a Ticiano en su "Hombre del guante" y ante quienes se rindió Donatello en su "Bella desconocida".

Sobre el enigma del espíritu, al enigma, acaso más turbador, del misterio.

CONMINACION

Dice Hello: Pasad por la noche a orillas del mar, bajad los ojos: contad los granos de arena de la playa; alzad los ojos: contad las estrellas del cielo. Todo esto es poco. Pero si probáis de contar las acciones y las reacciones interiores y exteriores, las pasiones, las gracias y las tentaciones, las circunstancias, los golpes y los rechazos, los asaltos de dentro y los de fuera, los caprichos, los deseos, los éxitos, los fracasos, los dolores y los ataques: esa multitud inmensa de esfuerzos contradictorios que proviniendo de él, sobre él, por él o contra él, han producido al cabo de cuarenta o cincuenta años al hombre que tenéis en un momento dado ante vuestros ojos. Si intentáis ese cálculo infinito, buscáis un número que sólo Dios conoce, queréis levantar el velo que oculta la justicia eterna, y tal atentado parécese quizás al de aquel soldado de

Josué que puso sus manos sobre lo que estaba reservado, sobre el anatema.

TEMOR...

A semejanza de esencias preciosísimas simbólicamente estre-mecidas al ser guardadas en frascos delezna-bles, tiemblan los recuerdos—esencia de ciertas almas de mujer—el trasladarlos la memoria al vaso—tan definitivo en su fragilidad—de *un juicio* que fraccionado y todo, conservará en cada uno de sus pedazos el rastro nunca evaporado de ese aroma.

Unas cuantas líneas—ni misericordiosas ni benévolas—deben condensar mi visión de algunos espíritus femeninos—amables, sugestivos, interesantes espíritus de mujer—con quienes asídua o incidentalmente he estado en contacto.

Y si a estos apuntes los encabezan epígrafes que nada sugieren, o los encubren nombres supuestos, ello se debe a que siendo las mujeres que aquí aparecen, guardianas incorruptibles de su “yo profundo” las más, avaras gentilísimas de su realidad íntima, casi todas, injusticia fuera no presentarlas como exentas de toda complicidad de exhibición, de todo deseo de vanagloria, de aplauso o de renombre.

Además, en toda observación psicológica, en toda introspección anímica hay mucho de robo o de despojo. Haciéndose, generalmente, sin autorización y muchas veces, *a pesar* del observado, se imponen en el observador la discreción y el respeto.

LAS ALMAS

I.—*Adelaida*

Mujer que por instinto tiende a internarse a adentrarse, en cada corazón apenado y dolorido que encuentra, para—tomando el ritmo de ese dolor o penetrando en el sentido de las confidencias más amargas—hacer menos la soledad espiritual o disminuir en los hombros oprimidos, la inexorable, la abrumadora carga, que también inexorablemente va repartiendo la vida.

Y todo esto, en uno de esos estados espirituales de desgarramiento, en los cuales se perdonan—por no decir, de los cuales se desprenden—la sequedad, la acrimonia, la indiferencia, la dureza y el egoísmo... Y todo esto, poniéndose una mano sobre el pecho para ocultar la sangre caliente de la horrenda y propia herida, sonriendo con los mismos ojos en quienes la muerte abrió los rau-

dales del llanto, y que hoy, a través de las lágrimas, espían incansablemente el rastro invisible que, al trasponer las estrellas, dejó una criatura de ensueño... Y pronunciando frases benévolas, afectuosas, tiernas o sedantes—conmovedoras siempre en su misericordia—con los mismos labios maternales en quienes todavía tiembla un beso trágico, y que todavía se estremecen, con palabras que tienen mucho de sollozos contenidos, cuando se refieren a la horrenda tribulación, a la mortal aunque resignada congoja, a la eternamente actual angustia...

¡Bella, extraordinaria alma, de mujer que nunca se volverá de espaldas a la vida, y que en su generosidad hubiera sido capaz de hacer a Dios la petición de un Rey magnánimo: “¡Dame, Señor un corazón con la máxima capacidad para el sufrimiento!”

El dolor ha teñido de gravedad y de melancolía sus ojos azules que antes sólo expresaban credulidad y confianza, y ha ensombrecido un rostro que habiendo estado siempre orientado hacia la felicidad, siempre aparecía luminoso. Pero la luz que se ha retirado de las pupilas de esta mujer se le ha ido a refugiarse al corazón. Y si su vida entera deponen de los bellos sentimientos de su alma, su heroicamente armoniosa actitud en el dolor—que la ha presentado, en seguida, como un verdadero genio de la compasión, de la ternura y de la misericordia—la ha convertido en uno de esos corazones—focos que a lo más una vez encontramos alumbrando el camino de la vida: en uno de esos ejemplares espirituales selectos, balsámicos y rarísimos a quienes bien les podemos conceder el derecho de ser representativos de la entera capacidad de bondad de que sea susceptible toda una raza.

Dotada de unas disposiciones literarias muy dignas de tomarse en cuenta, escribe con fluidez y llaneza, en perfecto olvido de toda preocupación o vanidad de autor; siendo sus mayores aciertos cuando con palabras sencillas, limpias de todo enrevesamiento, con giros muchas veces profanales pero que bajo su pluma recobran toda su frescura, describe el paisaje o las inefables emociones que sugiere.

Naturaleza eminentemente dinámica señalada por una extraordinaria potencia de trabajo puesta siempre al servicio de los otros, el alma de esta mujer comparada con las almas de muchas de las mujeres de nuestra época—cuyos sentimientos evocan algo abocetado, transitorio, fugaz, perecedero; almas blandas, abúlicas, cambiantes, eternamente impresionadas por el último figurín espiritual de la penúltima *incomprise*—da la sensación de algo definitivo, seguro e inmovible.

Es que todo su laboreo espiritual se ha encaminado a convertir en hoguera las lumbres de caridad de su corazón y en llamarada los resplandores de su fe.

Un supremo escritor de nuestra época ha dicho que para el místico la verdad sólo tiene un nombre: Amor. ¿Y a qué decir, entonces, que es mística por excelencia el alma de esta mujer que creyendo y amando ha conseguido que en su espíritu, el mundo—las personas y los acontecimientos—tenga sólo interpretaciones de Fe y de Amor?

Muchas veces, observando detenidamente las raíces del alma de esta mujer, la generosidad—que llega hasta la inverosimilitud—de sus sentimientos, su amor a la acción, sus ansias místicas, su llaneza, su sereno y candoroso regocijo ante el bien de los otros, la frescura casi infantil de sus emociones, su lealtad y sinceridad que trasponen y rebasan, con mucho, la exigua medida de la lealtad y sinceridad—por llamarlas de algún modo—de la generalidad de los mortales, su credulidad portentosa en la bondad del corazón humano, su admiración demostrada y sostenida por el espíritu recio, altivo, que en fuer de apasionado llega a parecernos unilateral de los místicos españoles, llegué a pensar que tal existencia era un viviente anacronismo. Tal espíritu más me parecía el de un quinientista: perteneciente, por lo tanto, a aquella maravillosa centuria que dejó cristalizada su alma en la vida de Santa Teresa.

Supe después que la Santa Carmelitana le pertenece de derecho. Un hermano trota caminos de la Egregia Abulense, figura como ascendiente de esta mujer, que en nuestro país y en nuestros días aparece—por sus hechos y sus fundaciones de caridad—marchando sobre las maravillosas huellas de aquella divina monja de quien nos cuentan sus biógrafos “que entre todos los episodios del Nuevo Testamento, la cautivaron especialmente y volvió sobre ellos infinidad de veces, la conversión de la Magdalena, el conmovedor dualismo de Marta y María, y el encuentro con la Samaritana”.

Tal vez—y muy a mi pesar—he hecho declaraciones demasiado transparentes.

Pero, fatigada de la contemplación del desolado erial de tanto espíritu agostado, reseco y egoísta, hay hasta un placer que tiene mucho de inefable en descubrir esta alma—jardín que envía un violento y exaltador perfume de pasión de caridad, hacia las lejanas y románticas estrellas.

LA DAMA DUENDE

MALOTO

CUENTO POLICIAL

(Arturo Reeve ha creado un nuevo Sherlock Holmes, un policía científico, que nunca se deja llevar por impresiones, sino que trabaja en el laboratorio y estudia el hecho en sus diferentes fases, para en seguida dar con el criminal).

—¡Si conociera Ud. a la que es causa de todo! ¡Si le viera Ud. los ojos! Pero si mi padre,—¡Virgen Santa!—es completamente otro y a veces llevo a temer que pierda la razón!

Nuestra visitante hablaba el inglés con un acento español nada desagradable y era de ese tipo moreno muy hermoso que se encuentra entre las sudamericanas.

—Soy la señorita Inés de Mendoza,—continuó, hablando ligero y nerviosamente.—Hace poco que hemos llegado mi padre y yo y el señor Lockwood, que es socio de mi padre en ciertas empresas mineras en el Perú, y estamos pasando el verano en Playa Atlántica...

Se interrumpió un momento, como temerosa de ser imprudente y a la vez se veía que estaba ansiosa por encontrar alguien que la ayudara, en este país tan extraño y distinto al suyo.

—Tal vez debería consultar a un doctor,—continuó,—pero se me ocurre que no es casa para un doctor, sino para un buen detective...

Su voz era suplicante y melodiosa y confirmaba la fama de las limeñas como mujeres hermosas, de ojos oscuros y voces dulces y suaves. Ahora había una súplica en sus ojos y sus labios delgados y finos temblaban al hablar.

—Jamás he visto a mi padre en este estado. No hace más que hablar del Pez grande, sea eso lo que sea, y de la maldición de Mansiché. A veces parece estar afebrado: lo pasa excitado e irritable y dice tener sueños y visiones. Se está concubriendo con todo ésto, pero no lo pasa bien cuando está solo, sino cuando está en medio de una cantidad de gente. Y desde que llegó la señora

Moche,—agregó con rabia,—parece estar cada día peor.

—¿Quién es la señora Moche?—preguntó Craig Kennedy.

—Es una peruana de pura cepa; viene de Trujillo con su hijo Alfonso, el cual se ha matriculado en la Universidad aquí. Yo lo conocí en Lima, cuando estaba él estudiando en la Universidad de esa ciudad.

Un cierto cambio en su voz revelaba que el hijo no le era tan odioso como parecía serle la madre. Kennedy buscó el índice de alumnos de la Universidad y encontró matriculado en la Escuela de Ingeniería a Alfonso Moche, viendo además que el joven no asistía a ninguno de sus cursos.

—Ud. piensa,—le preguntó a la niña,—que esta señora tiene algo que ver con el estado de su padre?

—Yo no sé,—repuso ella, pero el tono de voz decía que sí lo creía, si bien no quería decirlo abiertamente.

—Playa Atlántica no está tan lejos,—dijo Kennedy,—pero hay ciertas cosas que debo terminar primero.

—¿Cree que podría ir esta noche?—preguntó ella.

—Me parece que sí,—respondió él, abriendo la puerta para que ella saliera.

—¿Y?—le dijo riendo, una vez solo con él.—¿Es crimen o es un romance?

—Las dos cosas creo,—respondió tomando nuevamente el trabajo que había interrumpido para atenderla.

—Me parece,—agregó poco más tarde,—que iré a revisar algunos libros sobre el Perú y sus tradiciones. Si no me equivoco, los peruanos dan el nombre de Pez Grande a una huaca en que se dice se ocultaron tesoros en tiempo de Pizarro. Y estoy muy olvidado

si es que no era Mansiché el cacique de toda una región; la del norte y la más rica. Creo que este cacique o lo que sea, maldijo a cualquier indio que revelara el sitio en que estaba esta huaca, e igualmente le dejó su maldición al primer español que la tocara.

Durante una hora o más, Kennedy se dedicó a leer libros que pudieran darle luz sobre el asunto del Pez Grande y después de haber tomado un refresco, nos fuimos a tomar el tren, llegando al anochecer a Playa Atlántica. El balneario recién estaba preparándose para sus entretenciones nocturnas, y daba gusto ver a esa alegre multitud, a la vez que el aire de mar refrescaba la sangre.

En lugar de tomar el auto del hotel, Kennedy y yo nos dirigimos por la playa y ya tomábamos el sendero que conducía al parque del hotel, cuando vimos venir hacia nosotros una silla de ruedas, en la cual estaba una señora que era llevada por un joven, la señora era bien conservada y de regular edad. Al parecer, habían estado gozando las brisas marinas y los ecos de la música en el hotel les atraía nuevamente hacia éste.

Entramos al hall del hotel y en tanto que nos buscaban el número de la pieza o departamento de los Mendozas, observamos a los veraneantes. No tardó en presentarse un muchacho, el cual nos condujo al gran vestíbulo, que poco después se vería transformado en salón de baile. Allí encontramos a la señorita Mendoza conversando animadamente con un norteamericano, cuya tez estaba tostada por soles más ardientes que los de la estación veraniega, y cuya apariencia lo revelaba uno de aquellos hombres de aventura y de empresas arriesgadas. Cerca de ellos se encontraba echado en un sillón un hombre grande y pesado, con ojos hundidos y cejas espesas. Daba la impresión de ser un hombre distinguido, una persona en buenas circunstancias.

Al vernos, la señorita Mendoza se puso de pie, y no pude menos que pensar que le sería difícil presentarnos. Pero salió del paso sin ninguna vacilación.

—Buenas tardes, ¡cuánto gusto en verlos por aquí!—El señor Kennedy, padre, se interesa mucho por las antigüedades y las ruinas peruanas. Me lo presentaron en la

recepción que dió la Sociedad Hispano-Americana.

Los ojos del señor Mendoza parecían querer saltárselos de las órbitas al saludarnos.

—Entonces Ud., debe saber algo acerca de las ruinas de Chan-Chan y de Chamú y habrá oído la leyenda del Pez Grande,—dijo con entusiasmo.—Tomen asiento y charlemos del Perú.

El caballero que estaba con ellos se había levantado también al aproximarnos nosotros, y la joven se adelantó a presentarlo.

—Señor Kennedy, permítame presentarle al señor Lockwood, que es socio de mi padre en algunas empresas mineras.

Al saludar al joven, sentí que había entre ellos algo más que cuestiones de negocios, pero tomamos asiento y a la sola palabra "mineras" el señor Mendoza pareció entusiasmarse sobre manera.

—Ustedes los cierto-americanos han tirado millones en las minas del Perú,—dijo,—pero nosotros vamos a hacer más que eso y sacaremos más millones que todos ustedes, juntos, porque hemos descubierto el metal ya sacado, el famoso tesoro de Trujillo.

Al hablar, sacó su cigarrera de oro con hermosos grabados y nos ofreció. Encendí el cigarrillo, pero el gusto no era de mi agrado y lo dejé apagar. En realidad, a los sudamericanos parecen gustarles ciertas combinaciones de tabaco que no agradan a nuestro paladar. Pronto noté que Kennedy tampoco había seguido fumando su cigarrillo.

—No hemos sido los únicos que hemos buscado este tesoro,—prosiguió el señor Mendoza,—y ya se ha descubierto el Pez Chico, pero nosotros vamos detrás del Pez Grande. Soy el único que ha obtenido la concesión del gobierno peruano para buscar en cierta parte, y no sé que lo encontraremos.

La hija nos dirigió una rápida mirada, como llamándonos la atención hacia las palabras de su padre. El caballero parecía estar casi fuera de sí mientras hablaba.

—¡Lo encontraremos, por supuesto! La cosa es saber hacerlo y a nosotros, qué se nos importa la maldición de Mansiché.

Me hizo la impresión de que hablaba así más por bravata que por otra cosa, parecía estar bajo el poder de una fuerza diabólica.



Playa Atlántica no está tan lejos, dijo Kennedy, pero hay ciertas cosas que debo terminar primero.

contra la cual estaba luchando inconscientemente.

Kennedy y yo seguimos su mirada, que se dirigía ahora fuera de la ventana y al lado afuera vimos la silla de ruedas y en ella se hallaba la señora que anteriormente habíamos visto, mirando fijamente hacia adentro. Era una mujer grande, con ojos y tez oscuros, cabellos negros y labios llenos y gruesos. El joven que la acompañaba nos daba la espalda en ese momento, pero nada en ella atraía tanto la atención como la expresión de sus ojos. No podría decir si eran los ojos en sí mismos o si era el modo especial de mirar, pero no hay duda que poseía verdadero poder hipnótico y que ella lo sabía. No puso la menor atención en el hecho de que nosotros la observábamos, ni dejó por un instante de mirar a don Luis en tal forma que, era ello evidente, parecía fascinarlo. Después de un momento, el caballero se puso de pie y

pensé que se iba a dirigir hacia ella, como atraído por lo que Pos llamó "el demonio de la perversidad", pero en lugar de eso, y dominándose con un verdadero esfuerzo, le dió la espalda y fué a reunirse con los demás pasajeros.

Levanté la cabeza a tiempo para notar la mirada ansiosa que la señorita Mendoza dirigía a su padre y que en seguida se volvió, con expresión casi de odio, hacia la dama que permanecía junto a la ventana. Y en ese momento el joven Moche se volvía también, siendo imposible dejar de ver que sus miradas eran ardientes cuando se dirigían hacia la joven peruana. Noté que su rostro perdía al instante su expresión de odio, y que su voz era suave al proseguir su casi interrumpida charla con Lockwood.

—Me disculparán ustedes—dijo en seguida.
—Mi padre ya está cansado y lo acompañaré un rato a la playa. ¿Tal vez podrían ustedes

acompañarnos esta tarde en nuestro departamento?—agregó, dando una significativa mirada a Kennedy.

Antes que éste pudiera responderle que tendríamos el mayor gusto en ello, se había retirado; parecía como que temía perder de vista a su padre.

—¿Qué significa aquello de la maldición de Mansiché?—preguntó Kennedy a Lockwood, el cual continuaba fumando en nuestra compañía.

—¡Disparates!—repuso éste, sacudiendo su cigarrillo con visible impaciencia.—Es una superstición india. Yo no sé mucho de la historia, pero sí sé que es efectivo que existe un tesoro en la huaca de Chimú, en Trujillo, y don Luis ha conseguido la concesión del gobierno para sacarlo, pero debemos reunir un pequeño capital para hacer las excavaciones en debida forma.

Kennedy no demostró interés alguno concerniente al cómo y cuándo de las excavaciones, y la conversación se hizo pesada.

—También a mí me disculparán,—dijo Lockwood, al fin,—pero debo despachar algunas cartas por este correo. Nos veremos esta tarde en el departamento de don Luis, ¿no es así?

Kennedy dijo que sí, y lo vimos alejarse sin pena, y sobre todo Kennedy parecía deseoso de recapacitar sobre lo que habíamos visto y oído. Por su parte, la señora Moche, —pues no me cabía duda de que era ésta la señora a quien se había referido la señorita Mendoza,—dejó de interesarse en nuestro grupo apenas se retiró don Luis y su hijo, por su parte, estaba manifiestamente impaciente. Era un simpático mozo, de frente alta, nariz aguilera y boca fina, pero tenía una expresión melancólica, aunque delicada e inteligente.

Caminamos hacia la gran terraza y al pasar ante ellos, sentí esa curiosa y no muy agradable sensación de ser objeto de curiosidad, y de ser observado por detrás. Kennedy se volvió repentinamente y al volver a pasar junto a la madre y el hijo, oí que éste la decía:

—Sí, lo he visto en la Universidad. Todo el mundo sabe que se dedica...

No alcancé a oír más. Bastaba, sin embar-

go, para saber que habíamos atraído su atención y que seguramente, comprendían que también ellos nos eran interesantes. Pero no tenía objeto el permanecer en guardia cerca de ellos, y al verlos tomar el ascensor, Kennedy se volvió y regresó a paso rápido al sitio en que habíamos estado fumando. Sobre la mesa de mimbre estaba el cigarrillo a medio fumar, y después de unos segundos en que permanecimos sentados para no llamar la atención, Kennedy recogió las varias colillas, las guardó en un sobre y pasó a la oficina a mirar las listas de pasajeros. Los Mendoza, padre e hija, ocupaban las piezas 810 y 812 del departamento del octavo piso; Lockwood ocupaba la pieza número 811 y Kennedy me llamó la atención al hecho de que la señora Moche y su hijo ocupaban los cuartos 839 y 841 del mismo piso.

Mi compañero miró su reloj y vió que disponíamos de tres cuartos de hora.

—Ellos saben muy bien quienes somos,—me dijo,—y es mejor ir al grano.

Sacando su tarjeta, la entregó a un mozo para que la llevara al departamento de la señora Moche y con gran sorpresa mía, contestó que nos aguardaba en su salita particular.

Alfonso había salido y la señora se encontraba sola.

—Ud. disculpará, señora,—dijo mi amigo con toda cortesía. Estoy interesado en un asunto en el Perú y me han dicho en la oficina que Ud. es peruana. He pensado que quizás Ud., tendría la bondad de darme ciertos detalles.

Su mirada era penetrante y se me ocurre que comprendió el subterfugio, pero contestó sin vacilar. Y de cerca era aún más evidente que sus ojos poseían una fuerza poco común, nacida de un gran carácter extraordinariamente apasionado, capaz de amar o de odiar con toda el alma.

—Se refiere Ud. al asunto del señor Mendoza y del señor Lockwood,—dijo ella.—Le diré lo que yo sepa sobre el particular. Los indios Chimu eran, en tiempo de la llegada de los españoles, la tribu más rica del Perú y tenían la costumbre de enterrar con sus muertos todo lo que a éstos pertenecía, sepultando a dos o tres en una misma sepultura.

ra. Esta huaca es, por consiguiente, una tumba de tesoros fabulosos.

En el siglo diecisiete,—continuó la señora,—un español abrió una huaca, la cual le había sido señalada por un indio. El indio le advirtió que le había dado el menor tesoro, el Pez Chico, pero prometió revelar algún día dónde se hallaba el Pez Grande, que era muy superior. El indio murió, envenenado por su tribu. Esa tribu es aquella a la cual yo pertenezco. El Pez Grande no ha sido descubierto aún —o mejor dicho, hasta hace poco, se había conservado el secreto acerca del sitio en que se encuentra, pero el secreto le fué arrancado a mi hermano. Lo trastornaron en tal forma, que se vió obligado a decirlo. Y cuando les dijo el secreto, se volvió loco y se arrojó al Titicaca.

Se detuvo la señora en su relato y sus ojos nos observaron nuevamente con curiosidad.

—Es poco más lo que puedo decirles,—agregó.—Udes. ya sabrán que la huaca se encuentra en una colina artificial,—creo que Udes. lo llamarían túmulo,—y que se alcanza a ver desde Trujillo. Muchos han tratado de abrirlo, pero la arena se corre y lo impide, así que se han desalentado. Ahora, el señor Mendoza piensa que sabe donde está el sitio preciso, y el señor Lockwood ha ideado un sistema para impedir que la arena sepulte a los trabajadores.

En su modo de decirlo se advertía algo como la seguridad de que era imposible descubrir y posesionarse del tesoro, que de nada servían los sistemas A o B y que estos profanadores de tumbas iban a pagar cara su imprudencia. Y se adivinaba, también, que ella atribuía a don Luis la trágica muerte de su hermano. Sus ojos tomaron una expresión vaga al continuar:

—Nosotros los peruanos nunca exploramos las ruinas para descubrir tesoros enterrados, aunque sepamos lo bastante para hacerlo sin peligro. (Parecía que su pensamiento se había dirigido a su hijo y podía aún advertirse cómo unía este pensamiento a la hermosa muchacha con la cual nos había visto.) Somos una raza aparte,—continuó.—No aceptamos muy a menudo matrimonios con gentes de otra raza, y tenemos orgullo en conservarnos de pura cepa india.

Los modales de la dama eran del todo distintos a los de don Luis, haciéndose imponente su dignidad, su altivez de alma así como en él se veía la nerviosidad y la agitación. Me fijé que Kennedy la observaba con gran atención y que esta mezcla de orgullo de raza, de avaricia y de superstición, formaban un enredo que él no atinaba a explicarse de buenas a primeras.

—Le estoy muy agradecido, señora,—dijo levantándose.—Con lo que Ud. me dice he resuelto pensarlo mejor antes de tomar parte en esta empresa.

La señora Moche sonrió de un modo enigmático y salimos del departamento.

—Es una mujer particularmente difícil de



Inés de Mendoza

explicar,—observó Kennedy al tomar el ascensor y apenas vimos a los Mendoza acercarse, Alfonso Moche pareció surgir de cualquiera parte, adelantándose a hablarles como que les hubiera estado aguardando también.

Observamos el drama con secreto interés. La niña parecía estar indecisa si hablarle o no. Se veía que el muchacho le agradaba, que deseaba estar con él y que a la vez lo deseaba lejos. Don Luis, en cambio, estaba impaciente y por su parte dejaba ver sus deseos de que les dejara en paz. En cuanto a Alfonso, no era difícil comprender que estaba enamorado de la señorita Mendoza y me pregunté si en el fondo de todo esto no se encontraría la negativa terminante del altivo

señor castellano, para tomar en cuenta a tal pretendiente. Con ese orgullo que recién nos había manifestado su madre, era fácil adivinar que no podía ella mirar con buenos ojos al hombre que menospreciaba a su hijo. Y no podía ser muy del agrado de Alfonso el ver a la mujer que amaba como prometida, o poco menos, de Lockwood.

Una hora más tarde nos reunimos todos en el departamento de los Mendoza.

La tarde estaba preciosa y conversamos de todo, tratando puntos tan distintos como la arqueología y las finanzas de Wall Street, olvidando voluntariamente la tensión nerviosa de que estábamos poseídos. Pero sobre todo ello pesaba la atmósfera de los tesoros ocultos y estábamos todos bajo el hechizo de las mágicas palabras "Pez chico" y "Pez grande". Kennedy y la señorita Inés se habían acercado a una ventana y conversaban calladamente, en tanto que don Luis y Lockwood me embromaban, con visible intención, acerca de los medios de publicidad con que podrían contar.

—¡Me temo tanto que sea en realidad mal de ojo, señor Kennedy!—la oí decir a media voz entre una y otra frase de mis compañeros.

No alcancé a oír la respuesta de Kennedy, pero lo vi mirar a don Luis una y otra vez, y me puse a observarlo yo también. El caballero estaba fumando con verdadera furia y sus ojos parecían querer saltárseles de las órbitas, en tanto que su mirada se hacía extraviada y las venas se hinchaban en sus sienes. A cada momento se veía más y más agitado; sus palabras salían casi a borbotones y aún Lockwood empezó a mirarlo con un ceño bastante pronunciado. Poco a poco me fui formando una idea y cada minuto parecía confirmarla, don Luis estaba loco, loco de remate.

—Es preciso que me vaya esta noche a la ciudad,—oí que decía Kennedy y los ojos de Inés Mendoza se nublaron al oírlo.

—Pero si pudiera arreglarse que comiéramos juntos aquí mañana, sería muy conveniente,—le agregó aún más bajo y alla contestó prontamente:

—Los esperaremos, sin falta, a comer mañana.

En tanto que el tren nos llevaba a la ciudad, me entretuve pensando cuál podría ser la causa del estado tan especial de don Luis. ¿Era un caso de auto-sugestión? Sabía que existe una enfermedad que llaman oftalmofobia y que consiste en una aversión profunda a ser mirado y que concluye por presentar terreno propicio a un sinnúmero de enfermedades mentales, desarrolladas únicamente por este temor o aversión. Y si no era un caso de auto-sugestión ¿podía creerse en uno de venganza o de robo como causa de esta enfermedad?

Una vez en su laboratorio, Kennedy sacó un curioso aparato que parecía estar compuesto por un prisma triangular cuyo borde estaba colocado verticalmente sobre una plataforma rígida sostenida por un maciso soporte. En seguida encendió una de las colillas de cigarrillo que había recogido y dejó que el humo penetrara entre una luz muy fuerte y este peculiar instrumento, observándolo él por medio de un poderoso lente. Me llamó a mirar también, pero sólo vi un sinnúmero de líneas sobre una especie de rejilla fina.

—Eso,—me dijo Kennedy,—es una de las aplicaciones más modernas del espectroscopio, conocido con el nombre de interferómetro, sobre cuyo delicado enrejado es posible determinar hasta el límite las líneas rectas y apretadas del espectro. Un reloj minúsculo es cosa delicada, pero no tiene comparación con este aparato.

Como sabe Ud. toda substancia que irradia luz, se halla caracterizada por líneas espectrales que parecen entremezclarse de cualquier modo, pero están, en realidad, regidas por leyes estrictamente matemáticas y si creemos que se mezclan caprichosamente, es porque no tenemos los medios y el saber para determinarlas claramente.

Kennedy continuó su trabajo y después de un rato me dijo riendo:

—Gualterio, ¿quiere hacerme el favor de traerme un gato?

—¿Un gato?—repetí con extrañeza.

—Uno de esos animalitos que llamamos *Felis domesticus*, si es que le suena mejor el nombre en latín. Un gato cualesquiera, mi amigo.

Cogí mi sombrero y salí a cumplir tan ridícula comisión.

Algunos trasnochadores y un policía me miraron con cara de pocos amigos y por mi parte, me sentía más o menos como un ladrón o un imbécil, pero afortunadamente no me fué difícil, gracias a mis cualidades persuasivas y a mi perseverancia, coger un espécimen más o menos decente de la raza gatuna y lo llevé al laboratorio con muy pocos rasguños a mi haber.

Praig Kennedy había sacado un nuevo aparato durante mi ausencia y estaba ahora destilando algo de las restantes colillas. Lo observé con curiosidad, después de haber depositado al gato dentro de un canasto, y al amanecer me mostró algunas gotas de un líquido incoloro y casi sin olor. Luego tomó al gato parpadeó un momento y luego vi que la tita de este líquido en el ojo del animal. El gato parpadeó un momento y luego vi que la pupila se agrandaba extraordinariamente.

¿Qué significaba todo ello? ¿Acaso existía en verdad el mal ojo y era esta la sustancia que causaba la enfermedad de don Luis?

—¿Qué es eso?—interrogué.

—Algo que se parece mucho a “la yerba loca”,—me contestó.

—¿Yerba loca?

—Sí, algo parecido al toloache mejicano y la datura de la India que ya debe conocer. ¿Nunca ha oído hablar de la yerba jimson o yerba de la ciudad de Jaime? Crece en casi todas partes del mundo, pero sobre todo en los trópicos y creo que todas estas yerbas son de la misma familia. La que crece en la costa del Pacífico tiene flores grandes y blancas, con un perfume muy pronunciado y casi repulsivo. Parece inofensiva, pues tiene grandes hojas y flores en forma de corneta. Pero es venenosa y el conocerla es una tentación demasiado poderosa para quien gusta jugar con los venenos. Estoy seguro que esos cigarrillos contienen algún narcótico, pero no es toloache lo que se ha usado y se me ocurre que se trata de una de las especies más mortíferas de la ‘yerba-jimson’. Las semillas del stramonio, que equivale a lo mismo, tienen más virulencia que las hojas o las flores, y tal vez se ha usado eso.

Tomó una gota del líquido y le dejó caer

una gota de ácido nítrico; evaporó esto a fuego lento y quedó un residuo ligeramente amarillo. Luego tomó una botella marcada “Solución alcohólica de hidrato de potasa” y le dejó caer una gota que hizo tomar al residuo un hermoso color púrpura, que luego se puso violeta, en seguida rojo subido y desapareció sin dejar señal.

—Stramonio, por supuesto,—dijo Kennedy.

—Esto se conoce con el nombre de la prueba de Vitali y se vé que había stramonio en esos cigarrillos y quizá una pequeña parte de hyoseyamin. Son todos parecidos a la atropina, alcaloides midriáticos, llamados así por el efecto que tienen sobre la pupila. Un centé-



El señor Mendoza.

simo de milésimo de gramo tiene sobre el gato el efecto que hemos visto y es aún más activo que la atropina. ¿Recuerda los ojos de don Luis?

—¿Y los de la señora Moche?

—Las pupilas de la señora son normales,—repuso Kennedy. ¿No se fijó en ellos? Este veneno concentrado en los cigarrillos de Mendoza no mata, pero envenena lentamente y obra sobre el cerebro. Entre todos los misterios que encierran los países tropicales, los concernientes a los alcaloides midriáticos son los más terribles. Se prestan para crímenes más diabólicos que los efectuados con la daga o el revólver, y tienen la ventaja de ser di-

ficiamente descubiertos. Estos venenos producen la locura.

Horrible como era la sola idea, no podía dudar de lo que Kennedy decía, ni menos habiendo visto a don Luis. Y a ello se unía la desagradable y peculiarísima sensación que yo había sentido con unas cuantas chupadas a aquellos cigarrillos, para convencerme de que se trataba de un veneno capaz de volver loco.

Amanecía cuando dejamos el laboratorio y estaba yo rendido, pero durante las horas de sueño tuve pesadillas durante las cuales parecía que ojos horriblos y amenazadores, me perseguían por todas partes. Dormí hasta muy tarde, pero no así mi amigo, el cual continuó sus investigaciones, sabiendo que, si llegaba el caso de pedirse un arresto, era preciso tener todas las pruebas listas para presentar a la justicia.

Antes del medio día, Kennedy hizo una visita a un cigarrero que comerciaba en cigarrillos sudamericanos y ordenó se le enviaran doscientos de la misma calidad que fumaba el señor Mendoza. Los cigarrillos llegaron en la tarde, y Kennedy los juntó a un paquete en que llevaba unos polvos y un frasquito con algunas gotas de líquido. Se metió al bolsillo una botellita pequeña y me avisó que podíamos ir a tomar el tren.

La comida se sirvió aquella noche en el departamento de don Luis y nos acompañó Lockwood. Kennedy se aprovechó de unos minutos para dar instrucciones o explicaciones a Inés Mendoza, y noté que la joven pareció aliviada; seguramente, hacía mucho tiempo que no estaba tan satisfecha como durante esta comida.

Sin saber cómo, me encontré de pronto con que la joven había logrado sacar a su padre y a Lockwood de la pieza y Kennedy aprovechó para cambiar rápidamente los cigarrillos de don Luis, por los que él había traído.

La comida trascurrió en medio de una charla familiar muy agradable, pues Kennedy, cuando quería agradar, podía hacerlo admirablemente. Todo marchó bien, hasta el momento en que Inés servía el café. Con la disculpa de que observáramos unos carboneros que pasaban por alta mar, Kennedy distrajo

nuestra atención, y apenas si alcancé a ver que la joven sacaba un frasquito y echaba su contenido a una de las tazas de café. La miré visiblemente extrañado, pero ella, sin inmurtarse, me hizo seña que callara y reconocí entonces el frasco que Kennedy había traído.

El café estaba en demanda y los cigarrillos se sucedían unos a otros, pero yo observaba curiosamente a don Luis. O mucho me equivocaba, o sus ojos no tenían ahora esa mirada extraviada, ni se hinchaban sus venas como el día anterior. Creo que su hija lo notaba también y estaba contenta.

Terminada la comida se propuso bajar a los salones y oír el concierto que daban en ellos. Kennedy, por primera vez, no aceptó la insinuación de Inés, pero se me ocurrió que estaban de acuerdo para ello.

—Nos disculparán ustedes,—dijo.—Mi amigo y yo hemos prometido hacer una visita a algunos amigos en el vecindario, pero nos veremos a nuestro regreso, en la alcoba del vestíbulo en que estuvimos anoche.

Los acompañamos hasta el ascensor, pero en lugar de salir del hotel, Kennedy me guió a un extremo desde donde podíamos observarlos; Inés ocupó el mismo sitio que había ocupado la tarde anterior, y un momento después creí ver a la ventana un rostro conocido. Efectivamente, la señora Moche y su hijo estaban al lado afuera de la ventana y noté, no sin sorpresa, que las miradas de la señora Moche no tenían el mismo efecto de la tarde anterior sobre don Luis. El caballero estaba tranquilo y sus acciones, así como su conversación, eran perfectamente normales.

—¿Qué fué lo que le hizo echar al café de don Luis?—le pregunté a mi compañero.

—¡Ah! se fijó en ello?—dijo Kennedy sonriendo.—Fué un poquito de pilocarpin, que se saca del jaborandi, una planta que crece en el Brasil y que es el antídoto para los envenenamientos con stramonio. No siempre surte efecto, pero parece haberlo hecho en don Luis; posiblemente la cafeína del café tiene algo que ver en ello, también.

Kennedy no quitaba la vista de los dos grupos, uno dentro, el otro fuera del vestíbulo.

—Me parece que he cogido otra pista.—dij-



La comida trascurrió en medio de una charla familiar muy agradable...

jo de pronto.—O mucho me equivoco, o el criminal tratará de poner más cigarrros envenenados en la caja, puesto que es patente el hecho o ningún resultado de la dosis de esta tarde.

Satisfecho con lo que hasta aquí veía, Kennedy se dirigió a hablar con el administrador del hotel, y momentos después entrábamnos a un cuarto vecino al departamento de los Mendoza, sin encontrar a nadie en nuestro camino por los vastos pasadizos.

Con gran cuidado abrió Kennedy la puerta de comunicación entre la pieza que ocupábamnos y las de los Mendoza, pero en lugar de encender la luz, se detuvo a escurdiñar bien los rincones, antes de entrar en ella, como temiendo alarmar a alguien. Luego cruzó la pieza una y otra vez, desparramando algo sobre la alfombra y en seguida empapó esto con el líquido que traía en el rociador.

—¿No necesita más luz?—pregunté, diri-

giéndome hacia una ventana, por la cual entraba la luz de la luna.

—No se mueva,—me contestó, deteniéndome por el brazo.—He echado al suelo un poco de yodo en polvo y lo he mojado con amoníaco, esta mezcla forma lo que yo llamo el polvo preventivo de ladrones.

El fuerte olor que se había notado al principio estaba desapareciendo, Kennedy dejó la puerta de comunicación abierta durante unos minutos, pero pronto la cerró, y nos sentamos a esperar en silencio, quien sabe por cuánto rato.

Dos o tres veces oímos detenerse al ascensor en el octavo piso y pusimos atención, pero nadie se acercaba a este corredor. Se me ocurrió que si el criminal tenía llave a este departamento, sería difícil oírlo abrir la puerta, y las gruesas alfombras del pasadizo no permitirían oír sus pasos.

—¿No sería conveniente abrir la puerta de

comunicación?—pregunté, tras largo rato de silencio.

—¡No!—replicó Kennedy.

Allí en la obscuridad, aguardando lo que había de suceder, me puse a pensar en lo que había pasado durante aquellos días, y aunque no soy cobarde ni supersticioso, se me figuraba que la pieza estaba llena de ojos, empezando con algunos de pupilas dilatadas, como los de don Luis, y terminando siempre con ojos de fuerza extrañamente magnética, cual eran los de la dama peruana.

De pronto se oyeron algo como pequeñas explosiones sucesivas, como que se estuviera pisando sobre fósforos...

—¡Los polvos anti-ladrones!—dijo Kennedy, abriendo la puerta de golpe.—¡La pisada

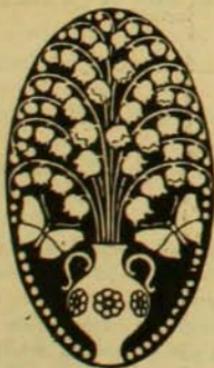
de una láucha basta para hacerlos reventar!

En medio de la obscuridad vi a una figura humana que trataba de escapar, pero ya le era imposible. A la luz de aquellas pequeñas explosiones se distinguió perfectamente el rostro del hombre que, una vez obtenida la concesión del gobierno del Perú para desenterrar el tesoro, y aprovechando las supersticiosas ideas de don Luis, había apelado a aquel terrible veneno para concluir con él y aprovechar así aquella fortuna.

El criminal no era otro que le aventurero Lockwood, el cual había contado con que se culpara del crimen a la señora Moche, cuyo hermano había muerto a manos de don Luis, y cuyo hijo era preferido por Inés Mendoza.

Traducción de L. E.

(Ilustraciones de Sergio Huneeus)





Serenata de la sorda

WILLIAM LAPARRA

Entre los artistas jóvenes que desde algún tiempo a esta parte se han impuesto a la atención del público, conviene situar en el primer rango a William Laparra. Nada más interesante ni más curioso que la obra de este pintor, alumno de L'Ecole des Beaux-Arts, premio de Roma en 1898 y que, sin embargo, se desprendió del engraje oficial para marchar hacia la libertad, es decir, hacia la vida. Tendría conocimiento tal vez de la frase de Ingóles que ha popularizado Amaury Duval: "No vayáis a la Escuela, porque es un sitio de perdición. Lo digo porque lo sé."

Las primeras producciones de Laparra demuestran ya preocupaciones no ordinarias en un pupilo de la enseñanza académica. Ahí están "La noche de verano en la Villa Médicis", de carácter tan personal; la figura en pie del "Fraile mendicante", pintado igualmente en Roma, y el "Retrato de mi madre", expuesto en el Salón de 1899. En 1901 exhibió "La comerciante de los humildes", que se halla hoy día en el Museo de Burdeos y realizado por el artista durante una excursión por el Aragón alto, en aquel su primer viaje por la España que desde entonces había de seguir frecuentando pa-

ra no olvidarla jamás. En 1903. brochó un "Retrato de hombre" y un "Tríptico", y "Job", que fué enviado al Museo de Nantes; en 1904, después de un segundo viaje por España, "La Silenciaria de Zaragoza", para el Museo de Amiens, y "Coplas", en que figura una calle de Madrid, en la cual un mutilado atrae la atención más que por piedad por su canto doloroso, y que todo el mundo ha admirado en el Luxemburgo. Al Salón de 1905. William Laparra envió el retrato de su padre y un nuevo tríptico, éste de dimensiones inusitadas y que llamó "Les Etapes de Jacques Bonhomme". A pesar del aspecto humanitarista y literario de esta vasta composición, el autor ha sabido evitar desenvolvimientos declamatorios. La tela ha sido brochada sin fatiga aparente, sin esfuerzo sensible; de dibujo firme, preciso, nervioso, ajustado; de factura varonil, franca, sólida, es obra de un pintor en plena posesión de su oficio, que ha estudiado a los maestros, sus procedimientos, su técnica, no

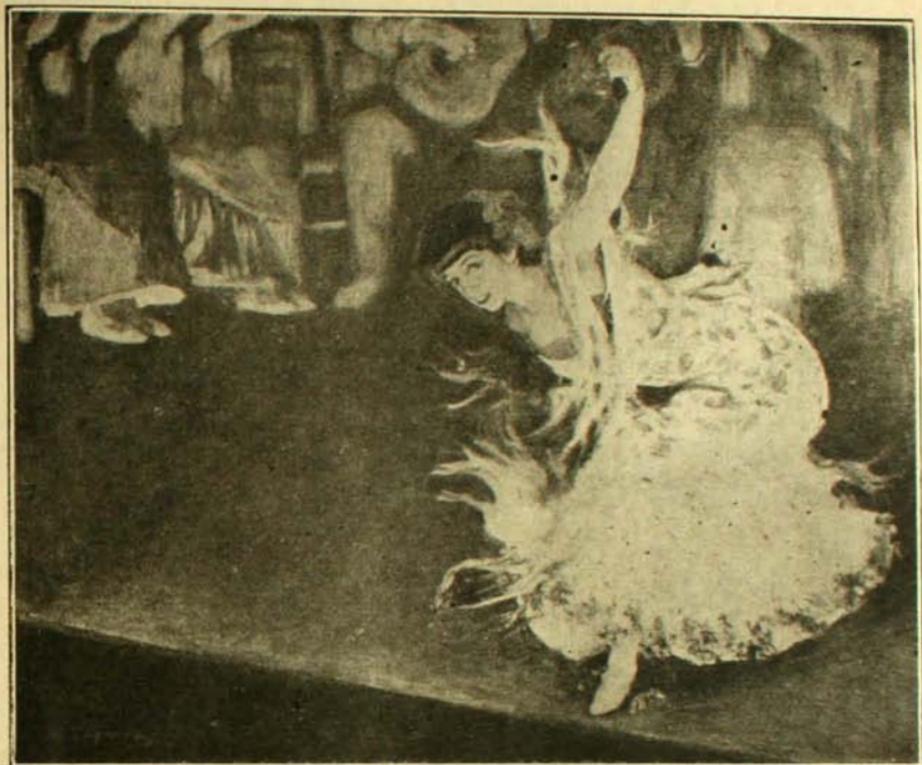
para imitarlos, sino para desprender originalidad, para obtener su propia emancipación.

Citemos todavía "La Ovación", de amargura concentrada, expuesta en el Salón de 1906, y que presenta al borde del proscenio a un actor en lujosos oropeles, lamado por los brazos del público que ya no lo ve mientras va descendiendo el telón.

Nieto de Italia por su madre, perteneciente ella a familia lombardo-piamontesa; de la España por su padre, cuyos abuelos habían venido a establecerse a Auvernia provenientes del sur de Andalucía, y emigrado más tarde a Burdeos, William Laparra no ha podido resistir a sus atavismos. Los encantos de la Umbria y del Adriático no le retuvieron más que un momento; apenas hubo franqueado los Pirineos fué conquistado por España, para la cual había de guardar sus preferencias. Recorrió la Grecia, admiró su atmósfera luminosa y transparente; la Holanda y la Inglaterra, a través de las cua-



Pequeña huérfana en el país vasco.



Danzarina flamenco.

les hizo numerosas excursiones; se dejó emocionar delicadamente por las cariñosas armonías de los canales neerlandeses, y por las riberas del Támesis; soñó en las tierras convulsas de Castilla, ante sus ciudades tostadas y sus habitantes primitivos. Sin embargo, no procuró resistirse al encanto de la España íntegra y viajó con deleite por Burgos, Segovia, Avila, Toledo, Madrid, de todo lo cual obtuvo copiosa cosecha. "La Gitana Dolores", "Manuej y su novia", "La Vieja de Ausonia", son trozos de vida castellana que prueban su sinceridad, su atención y su escrúpulo ante la naturaleza, su análisis apasionado de la fisonomía y del carácter etnográfico. ¡Cuán lejos están sus telas emocionadas, verdaderas, de los conceptos de estudio y de combinaciones razonadas y rebuscadas! El artista revela en ca-

da cual de ellas su alejamiento, por no decir su desprecio, hacia los moldes convenidos, hacia los alambicamientos, hacia las fórmulas a la moda o ya anticuadas. Así, Laparra ha pretendido darnos con caracteres reales, los espectáculos que le han emocionado, que le han herido en lo vivo. Su pasión por el estudio le ha llevado a la franqueza, sus personajes están bien dentro de su medio, las contingencias que les rodean explican sus actitudes y sus movimientos. Su obra de arte tiene los caracteres esenciales que exigía Taine.

Y el propio artista no ha buscado su visión: ella se le ha impuesto despóticamente y conquistado por ella, la ha seguido.

"Decididamente, escribiría Laparra desde Toledo a un amigo, decididamente yo estoy loco con España. Mientras más voy a ella,

siento más que es aquí donde debo vivir y producir. Y me las arreglaré para que así sea: imagino que nada ha de ser más doloroso que constatar a la vejez que hemos pasado al borde de lo que debió ser nuestra propia vida, y que hemos desoido la sangre, la herencia, esa suma de fuerzas misteriosas que parecen querer llevarnos hacia un fin determinado. ¡Qué amargura debe ser esa! Pueda ser que yo no la conozca jamás!"

Puede estar tranquilo respecto de ello William Laparra. Va por su verdadera vía, no marcha al azar. La época de las vacilaciones pasó para él. Su atavismo le ha hecho comprender de un golpe la aspereza de los paisajes castellanos, la tenacidad y la irreductibilidad de sus habitantes, los lazos que unen tan íntimamente el hombre al suelo, no haciendo de él sino la consecuencia de esas tierras convulsionadas y bravías.

Laparra es además un retratista de rara penetración. Sus obras en este género se diferencian de la mayor parte de las que ordinariamente conocemos por su carácter absolutamente personal, por su análisis apasionado de la personalidad y por la distinción natural que parece precedirlos. Tiene la preocupación de poner en relieve las condiciones morales del modelo, de situarlo en medio apropiado, haciendo así algo como biografías pintadas.

Sus mejores retratos son los de sus parientes y amigos; el de su padre, el de un hermano suyo violinista.

El espíritu de Laparra es de lo más literario y de lo más refinado. En sus viajes ha recogido impresiones, series de cuentos que no será raro veamos publicados algún día y que den al notable pintor nueva gloria en campo diferente.

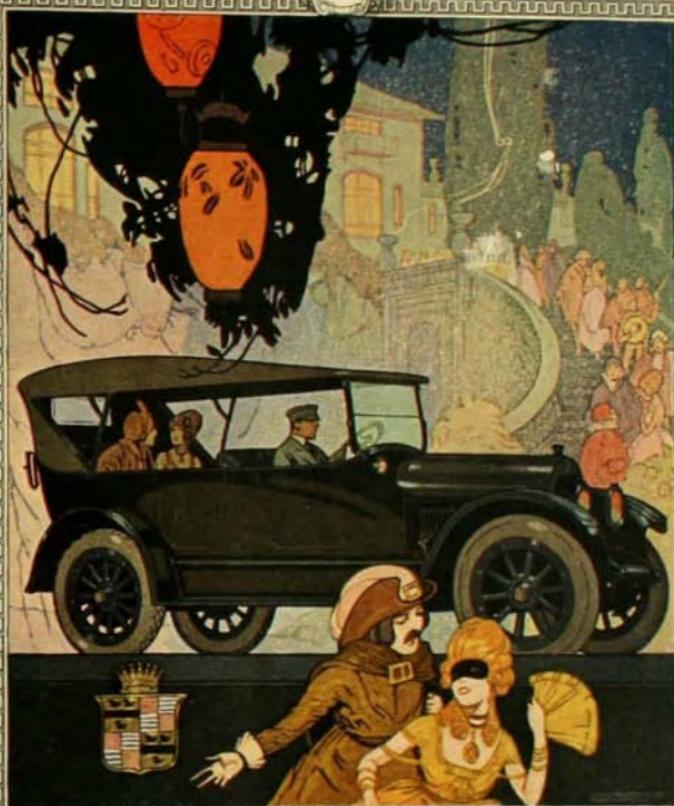


Coplas.

GENERAL MOTORS



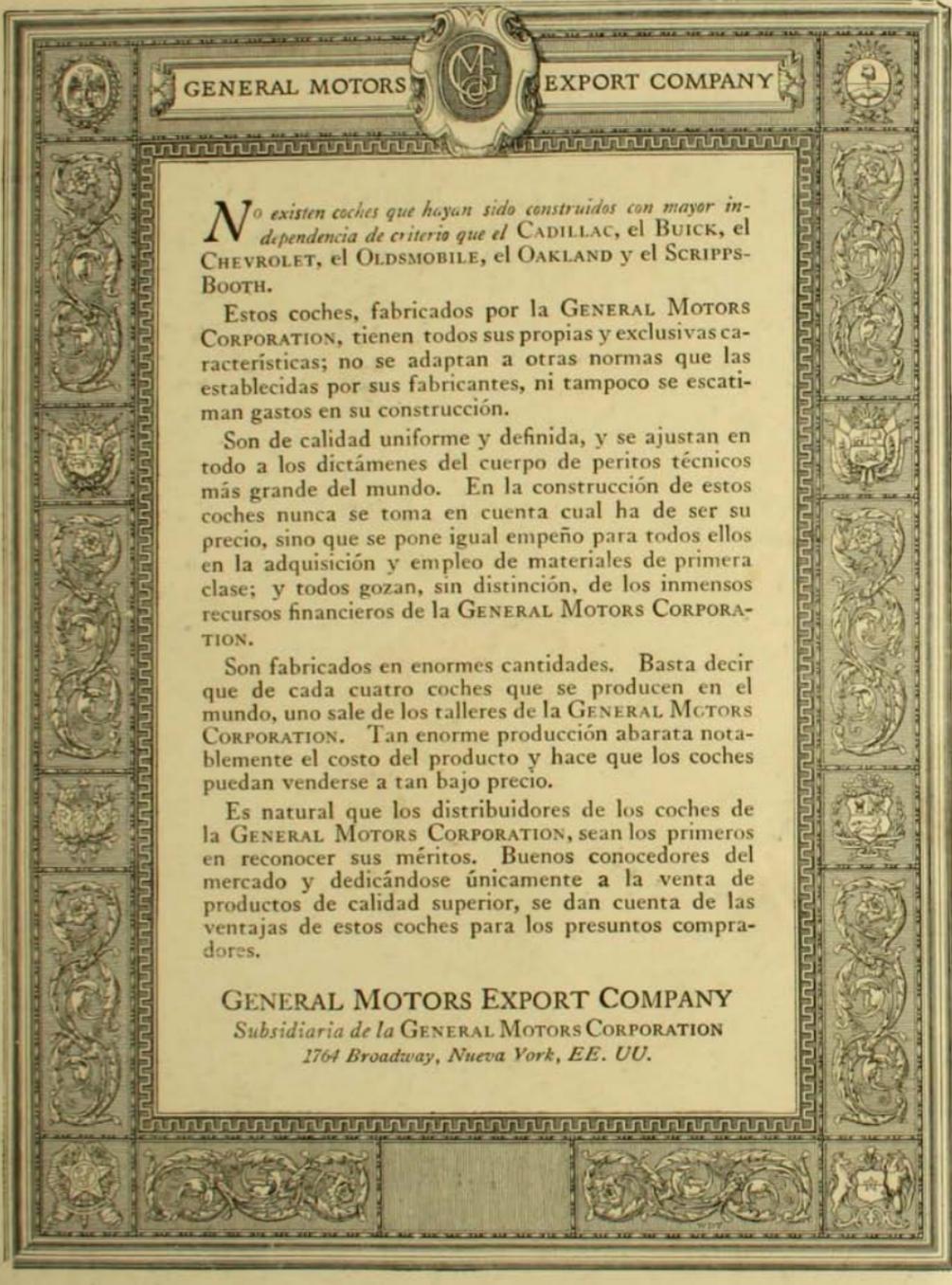
EXPORT COMPANY



El dueño de un CADILLAC

tiene la firme convicción de que posee el mejor automóvil del mundo, seguro de que si algún nuevo perfeccionamiento se hiciera en automóviles, procederá sin duda de la fábrica Cadillac.

Cadillac



GENERAL MOTORS

EXPORT COMPANY

No existen coches que hayan sido contruidos con mayor independencia de criterio que el CADILLAC, el BUICK, el CHEVROLET, el OLDSMOBILE, el OAKLAND y el SCRIPPS-BOOTH.

Estos coches, fabricados por la GENERAL MOTORS CORPORATION, tienen todos sus propias y exclusivas características; no se adaptan a otras normas que las establecidas por sus fabricantes, ni tampoco se escatiman gastos en su construcción.

Son de calidad uniforme y definida, y se ajustan en todo a los dictámenes del cuerpo de peritos técnicos más grande del mundo. En la construcción de estos coches nunca se toma en cuenta cual ha de ser su precio, sino que se pone igual empeño para todos ellos en la adquisición y empleo de materiales de primera clase; y todos gozan, sin distinción, de los inmensos recursos financieros de la GENERAL MOTORS CORPORATION.

Son fabricados en enormes cantidades. Basta decir que de cada cuatro coches que se producen en el mundo, uno sale de los talleres de la GENERAL MOTORS CORPORATION. Tan enorme producción abarata notablemente el costo del producto y hace que los coches puedan venderse a tan bajo precio.

Es natural que los distribuidores de los coches de la GENERAL MOTORS CORPORATION, sean los primeros en reconocer sus méritos. Buenos conocedores del mercado y dedicándose únicamente a la venta de productos de calidad superior, se dan cuenta de las ventajas de estos coches para los presuntos compradores.

GENERAL MOTORS EXPORT COMPANY

Subsidiaria de la GENERAL MOTORS CORPORATION

1764 Broadway, Nueva York, E.E. UU.

CRONICA LITERARIA

- I.—ALSINO, POR PEDRO PRADO.
II.—CRÓNICAS DE CÉSAR CASCABEL.
III.—PIEDRA AZUL, POR ACEVEDO HERNÁNDEZ.
IV.—EL RANCHO, POR JULIO T. RAMÍREZ.

El arte de escribir bien consiste en resignarse a decir, a lo sumo, la mitad de lo que se piensa y por lo menos una cuarta parte de lo que no se piensa.

RENAN.

Por HERNAN DIAZ ARRIETA.

Al principio, la escuela literaria nueva escandaliza y causa repulsión. Dejaría de serlo si no la provocara. El autor está verde y el público también está verde. El primero no alcanza aún a dominar su estilo; al segundo le falta preparación para juzgarlo. Todo se aprende en esta vida. Es el momento de las luchas, las burlas, los insultos y las incomprendiones. Pero con el transcurso del tiempo y el trabajo, el autor va suavizando su manera abrupta y el público poco a poco se habitúa a sus atrevimientos. Ambos se examinan, se tantean, se acercan, se acercan, se acercan. Por fin, de los dos lados se producen visibles movimientos de aproximación; uno se hace menos revolucionario y más tradicionalista, el otro menos tradicionalista y más revolucionario. Cansados éste y aquél de las novedades y las vejees respectivas. Entonces las dos líneas divergentes primero, paralelas después, convergentes por último, acaban por juntarse y en el punto de intersección es donde brota la obra maestra de la escuela y de la época, la

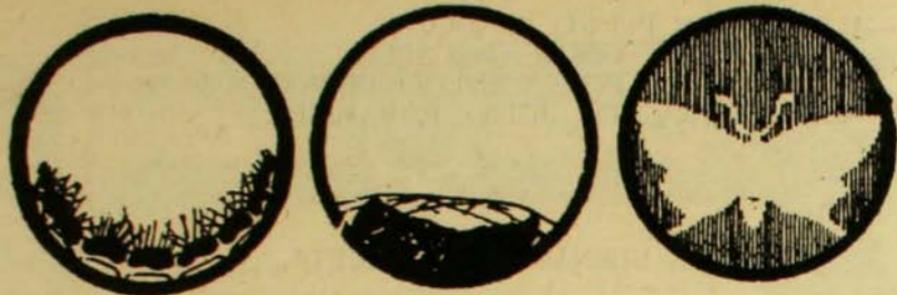
obra en que el artista, dueño de sí mismo, maduro por fin, da toda su flor de belleza, y en que el público, preparado, educado, refinado, capaz de gustarla plenamente, la saborea y le otorga su consagración.

Así ha sido en Chile la historia de Pedro Prado.

Cuando hace justamente doce años publicó su primer libro, sintieron o presintieron entre esas Flores de Cardo exquisitos matices de color y aromas ocultos; pero ¡aquellos versos largos y cortos, sin ritmo ni rima, con sus imágenes dislocadas, producían un efecto tan distinto y tan raro! Muchos se rieron, otros se enojaron, algunos se apartaron con disgustos. Fue en 1908. El autor descansó cuatro años y luego desde 1912, hasta 1916, dió a luz seis hijos más, cada vez menos parecidos a su padre; poemas, parábolas, ensayos, páginas breves, a veces muy intensas, en que parecía buscarse a sí mismo y buscar también, acaso inconscientemente, la opinión ajena. Esta se le entregó, sobre todo por boca extranjera. cimen-



Pedro Prado.



tándole un nombre sólido y aislado. Después del último libro, otro reposo de cuatro años (como se vé, su carrera no carece de regularidad cronológica) y una nueva obra, este "Alsino" que acaba de aparecer y que, o mucho nos engañamos, o está destinado arraigar para siempre y sobrevivir.

¿Qué cosa es Alsino? Pregunta difícil de contestar. Al aproximarse un poco al gusto público, a ese término medio de las escuelas que se llama la escuela clásica, Pedro Prado no ha perdido ninguna de sus originalidades anteriores y tal vez ha sucedido lo contrario. Sus parábolas, sus poemas, sus versos libres, sus ensayos, recordaban otras páginas análogas de autores extranjeros; este libro, en conjunto y en detalle, es hijo suyo propio e hijo de esta tierra. Tiene por una parte honda raigambre de realidad local y por otra el más alto vuelo ideal y lírico. Es un árbol perfecto.

Alsino se llama un muchacho, nieto de una médica bruja de Las Conchas, cerca de Llico. Hay que conocer a la vieja:

"Desde los maizales y viñedos que rodean la Huerta del Mataquito, por ambas feraces riberas del río, hasta Licantén; desde la miserable caleta de Iloca, a todo lo largo de esa costa escarpada, batida por un mar siempre solitario, hasta las salinas y lagunas de Boyeruca y Bucalemu; por las risueñas aldeas de Alcántara y Paredones, y otras más, de tierra adentro; en los caseríos que se extienden a orillas del estero de Las Garzas y de tantas otras aguas puras y tranquilas; desde

el Alto del Perdiguero hasta la Puntilla de Hidalgos, y más allá de la sombría quebrada de los Galaces; desbordándose por todos los caminos que cruzan la cuesta de La Lajuela, y las peligrosas sierras de Colhué, corre la fama de la vieja médica de Las Conchas."

Con arte natural y refinado, el autor ha elegido los más bellos nombres de pueblos, que son pueblos de verdad, sin embargo, y los ha engastado en esta página hermosísima, sabrosa, chilena y pura. Es una primera muestra de su talento para elegir los detalles que constituye por lo menos la mitad del mérito de su obra total.

El hijo de esta vieja sueña una noche. "La noche cubre los campos como un agua oscura y sutil. Después de haber penetrado hasta en las últimas concavidades de las dunas, eleva silenciosamente su nivel mil veces por encima de las más altas montañas". El muchacho "sueña que volar es una hazaña que no requiere esfuerzo alguno; sueña que volar es un hecho fácil para todo aquel que deje su peso en tierra". Un símbolo ¡cuán discreto! se insinúa en esta frase. No hay insistencia; el lector recibe solamente una invitación a pensar y el período sigue, lógico: "Se asombra de no haber tenido antes tal ocurrencia, y una y otra vez, sólo con la fuerza de su propia voluntad, se desprende suavemente del suelo; poco a poco se eleva y va y viene, con rapidez, por el aire. Pasa por encima de la choza y de la aldea, pasa por sobre los montes de arena y cruza el lago, a grande altura, sonriendo de los arroyos que, a la luz de la luna, vierten en él sus aguas. Desde allí se divisan tan pequeños y brillantes que sólo parecen rastros dejados por los

caracoles entre las hierbas." Todos hemos soñado otro tanto, alguna noche, y con este incidente lleno de graciosa naturalidad, se produce el accidente trágico que inicia el libro. Alsino quiere al otro día realizar su sueño, sabe cómo se hace para volar y sube con su hermano a la más alta rama de un roble solitario. Su hermano vacila, siente vértigos; el niño le grita:

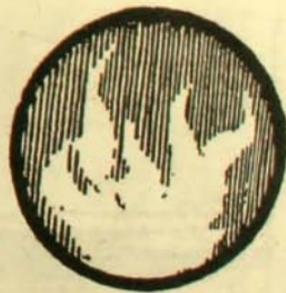
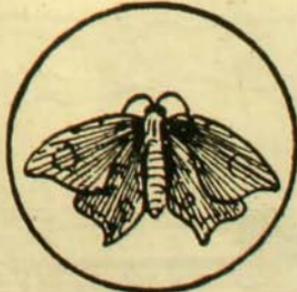
—¡No mires abajo! Mira lejos y no caerás.

En sus libros anteriores, Pedro Prado simbolizaba también; pero lo hacía pesadamente, señalándole al lector el significado de lo que había querido decir, explicándole con minuciosidad el lenguaje de las flores y de las cosas. Aburría e incomodaba. A nadie le gusta que lo traten como escolar poco inteligente. Y así se perdía todo el poético agrado de sus cuadros, algunos de ellos maravillosos. En Alsino el procedimiento varía por completo y el sentido ideal de los incidentes reales se ha'la insinuado apenas, dejándole al lector libre e ilimitado el campo de ensueño. Es el símbolo artístico, no la lección impuesta con espíritu pedagógico.

En uno de sus ensayos para volar, Alsino cae y se rompe la espalda. Queda jorobado. Los muchachos los persiguen y los supersticiosos se le aproximan a tocarle interesadamente la joroba. Pero de allí, por un proceso misterioso, que el buen gusto del autor se cuida de explicar demasiado, le nacen dos alas, al principio pequeñas, luego más y más fuertes, hasta que una vez, golpeado por un carretero, despojado de sus vestiduras, quedó "desnudo con sus alas vibrantes de ira. Espantados huyeron los muchachos. El carretero atónito, como quien ve al diablo, dejó caer la aijada y escapó veloz."

Desde entonces comienza la vida errante y aérea de Alsino, símbolo espiritual del alma superior que vaga por los espacios en comunión con la gran naturaleza y que sólo sabe de la tierra por los quebrantos que sufre entre los hombres cada vez que se encuentra obligado a bajar. Vuela y vuela más alto, se cierne sobre las montañas y los bosques, va del mar a la cordillera, se une a las bandadas de pájaros en sus emigraciones y contempla sobre las nubes el océano de claridad que vierten el alba o los plenilunios.

Es admirable la fuerza de fantasía que despliega Pedro Prado en esta parte de su obra, a nuestro juicio la mejor del libro. Las descripciones de la naturaleza tienen una poesía alta y nueva, un soplo primitivo que refresca y asombra el ánimo. ¿Se creería posible encontrar algo sobre la luna que no estuviera repetido mil veces? Ahí está esa primera página: "En torno de la luna se ven dos nacarados y enormes círculos concéntricos. Alguien ha tañido esa campana de plata: son dos ondas sonoras que se propagan por los dominios de la noche silenciosa. Alguien ha arrojado la luna como una moneda de oro contra las mansas aguas del infinito: su caída ha hecho nacer esos círculos crecientes y gigantes." Desde que el hombre existe, la luna ha sido el tema eterno de los poetas y los artistas; habría el derecho de creer que estaban agotadas todas las semejanzas, que se le habían entonado todos los cánticos posibles. Pero la esencia del poeta verdadero reside precisamente en eso, en traer una visión fresca, una sensibilidad intacta, un molde nuevo, una nota no oída. Ahí está. Y también aquí: Alsino vuela sobre el mar. ¡El





mar tan amado del arte, y tan profanado y tan traído sobre todas las bocas vulgares! Alsino lo ve con sus propios ojos y exclama:

“Desde aquí contemplo tus grandes y pequeños ríos, raíces de plata que hundes en la tierra, ¡oh bosque azul, ahora florido de espumas, flores más grandes, blancas, hermosas y efímeras del mundo! ¡Oh padre, ¡por dos débiles alas que yo poseo, en cada ola tu despliegas, curvadas por el ansia, alas gigantesas de inmensas aves desconocidas que naufragan.” Chateaubriand debió causar sobre sus lectores, que lo leían antes del Romanticismo, el efecto que estos apóstrofes nos producen a nosotros ahora.

Pero éste es sólo un aspecto de la obra de Prado, el aspecto superior, la cumbre lírica e ideal. Hay además todo otro aspecto, casi la mitad del libro, que se apoya sólidamente, a veces demasiado sólidamente, en tierra de realidad. Porque Alsino no es un personaje abstracto, sino un *sér vivo*, un hombre con alas, y uno de los milagros que el autor ha realizado, sin duda el más raro “*tour de force*” técnico es el haber sabido enlazar estas dos partes con tanta habilidad que las transiciones no se notan y el todo aparece

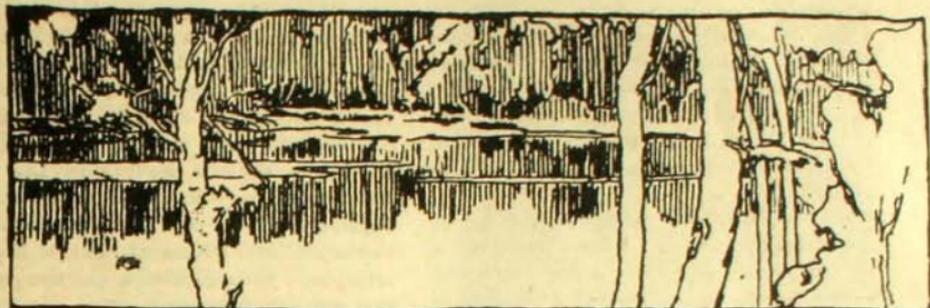
fundido íntimamente en un solo cuerpo.

Desde el primer capítulo, este doble carácter aparece.

Se trata del caserío de Llico y de las dunas de arena que sepultan las frágiles habitaciones de los pescadores. Con perfecta naturalidad, se produce un incidente cómico.

“Una vez, una vaca que vagaba extraviada en la noche por los arenales, llegó a ese caserío. Hambrienta y ciega por la obscuridad, bajando por el declive de la duna, dió con la engañosa techumbre de una choza medio sepultada. Cuando comía con ansia las hojas secas, dentro los habitantes de la choza se santiguaban al no descifrar los ruidos extraños de la techumbre. Y cuando al avanzar otro paso, cayó con estrépito en medio de la habitación, arrastrando consigo las ramas rotas, sus bramidos de angustia y su gran cabeza armada de enormes astas, que sacudía en su desesperación, hicieron creer a los aterrados moradores en la visita del Señor de los Infernos”. El lenguaje impecable de elegancia borra lo que el asunto podría tener de vulgar, realizando su sabor de legítimo humorismo. Es una escena vista y contada con sobriedad vigorosa de maestro. Más





adelante "la abuela se aleja refunfuñando. En voz alta profiere amenazas (contra los niños que ella comprende deben ser escuchadas)". Sin intención, con la sola exactitud del rasgo, el autor hace sonreír. "En su mal humor sacude con una varilla repetidos golpes en la cabeza de su viejo caballo, que se echa atrás y amussa las orejas con rabia". Solamente en autores franceses de los más refinados, hallamos esta clase de ingenio donde se confunden la verdad, con la ironía y la emoción, sin que se advenga cuál ha sido el propósito: "Esta noche (pág. 14) en cada choza también se oye un ruido. Es el chisporroteo fino y constante que hacen los granos de arena al chocar contra las hojas secas y coriáceas. Ni por un segundo el trémolo cesa; ya es casi imperceptible como débil llovizna; ya sube de tono más y más, hasta semejar el ruido de la grasa hirviendo; ya se atenúa y cesa, casi no se le oye; pero es preciso perder la esperanza de que alguna vez concluya, porque siempre hay un grano de arena que resbala."

El libro— será necesario decirlo también, aunque con pesar—no se sostiene entero en

esta elevación deliciosa. Hacia la mitad, decae. Unos hombres sorprenden a Alsino robando alimento, lo apresan y le cortan las alas. También se las cortan un poco al autor. Alsino no vuelve a volar. Caen en malas manos, va a la comisaría, recibe visita de periodistas curiosos, que lo creen farsante, está a punto de ser exhibido por un explotador, se enamora de una muchacha, se fuga una noche de fiesta, entre borrachos; después una moza, engañada por una bruja, le quema los ojos y termina sus días ciego en la montaña. Son fuertes y sólidas páginas de costumbrista y no se habría creído a Pedro Prado capaz de escribirlas; pero disuñan. Hay en ellas vigorosos toques de realidad, pintura de interiores hechas al agua fuerte, caracteres plantados en cuatro frases, perfiles inolvidables y cuadros movidos por un aliento de verdad. Prado se revela como un observador excelente, agudo, mordaz e intencionado, su lenguaje adquiere sobriedades clásicas; pero sobre esos capítulos flota el recuerdo de los vuelos, la nostalgia de los cánticos libres y vagabundos de Alsino y cuesta resignarse a pensar que ya



no ve verá a levantarse de la tierra. Sin embargo, no afirmaremos que esta caída de Alsino disminuya el valor artístico del libro; está demasiado bien hecho y no hay donde colocar el reparo; la coraza resplandeciente del estio borra las juntas y acaso, en el conjunto, sea necesaria esta sombra para destacar aquella luz.

El final, trágico y conmovedor, tiene doble alcance y termina las dos novelas que se funden en este solo libro: Alsino ciego, vuelta con un niño, que enloquece de espanto, le estorba las alas y lo obliga a caer, escapa en seguida y lo deja abandonado. Cuando se levanta de nuevo por los aires, en la inmensa obscuridad, cree que sueña, recuerda a su hermano, a su abuela bruja, le parece que ya va a despertar. Con estos pensamientos, que cierran el aspecto real del poema, continúa elevándose y entonces termina también el otro aspecto, el símbolo ideal, la aspiración impotente hacia el más allá, el tormento del alma ansiosa de infinito, sedienta de eternidad que se lanza hacia las más remotas estrellas.

—“A despertar, a despertar!”— exclama.

En el aire enrarecido no tienen eco sus palabras.

—¡Oh! despertar!

Y como quien desata sus ligaduras, extiende tembloroso sus manos y echando sus alas hacia adelante, y hacia abajo, en su desesperación las toma y aprieta entre sus brazos como en un círculo de hierro. Súbitamente cae con una velocidad espantosa, que se va acelerando al infinito. Antes de que él vuelva al sentido de la realidad, el roce de su cuerpo con la atmósfera, cada vez más densa, comienza por encender sus alas y, rápido como el vértigo, el fuego se apodera de él y lo consume. Era en el mes de mayo,

mes de estrellas fugaces. Confundido entre las que cayeron esa noche, nadie fuera capaz de distinguirlo. Una legua antes de llegar a tierra, de Alsino no quedaba sino una ceniza impalpable. Falta de peso para seguir cayendo, como un jiron de niebla, flotó sin rumbo hasta la madrugada. Las brisas del amanecer se encargaron de dispersarlas. Cayeron al fin, sí; pero el soplo más sutil las volvía a elevar. Deshechas hasta lo imponderable, hace ya largo tiempo que han quedado para siempre, fundidas en el aire invisible y vagabundo.”

Los dos nos parecen las características de Alsino: la novedad y la sencillez. Este cuento maravilloso no se parece a ningún otro cuento maravilloso. No es Aupleyo, ni Andersen, ni Poe, ni Hoffman, ni Nerval. Es Pedro Prado, es Alsino, es un nuevo sér que ha nacido al mando, un habitante más de este viejo planeta, incorporado desde ahora a la corte de los personajes inexistentes que viven ¡ay! más que sus mismos creadores. Por arte de supremo refinamiento, por madurez perfecta de una manera personal, despojada de todo amaneramiento, esta originalidad, este molde nuevo y único de una idea y de un sentimiento, no choca, no hiere, parece simplemente antigua, con muchos, si no todos, los caracteres de permanencia de la obra maestra.

Creemos que no sólo nuestro país puede alegrarse y enorgullecerse.

Las viñetas que ilustran esta crítica pertenecen al libro y son de Prado.



COSAS DE UN AÑO ATRAS

Cien Crónicas de César Cascabel

Eran verdaderamente agradables las crónicas de César Cascabel que se publicaban, a intervalos regulares, en las mismas columnas del mismo diario, firmadas con el mismo pseudónimo, escritas siempre en el mismo tono de broma y por donde pasaban, haciendo parecidas cabriolas, ideas, retruécanos y disparates muy semejantes.

Uno se acostumbraba a esa aparición breve y simpática, al campanilleo alocado de ese Cascabel que rompía la corriente monótona de los comentarios periodísticos; y causaba regocijo su irrespetuosa danza de arlequín sobre la actualidad política grave o la tontería eterna de los doctores, los maestros y los sabios.

Pero trascurrió un año y César Cascabel tuvo un éxito enorme. Consiguió en corto espacio lo que otros no alcanzan en largos lustros: conquistarse público especial suyo; tener lectores, admiradores, imitadores; formarse una personalidad propia tan inconfundible, que se la reconocía hasta entrevista de perfil y no necesitaba firmar. Como los éxitos muy completos tienen la virtud de crearse un pasado, se habría dicho que esta celebridad de ayer databa de mucho tiempo, aún, vagamente "desde siempre". ¿Era posible que alguna vez no hubiera existido César Cascabel?

Entonces, naturalmente, publicó un libro. Y pasó otro año y como el coro de aplausos continuaba, reunió sus nuevas crónicas y publicó otro libro.

Este y el anterior volumen se vendieron copiosamente; pero, según sucede a veces el autor no ha ganado con la consagración total.

En el diario, todas sus buenas cualidades, que las tiene ricas y en abundancia, aparecían de relieve. Claro, conciso, nervioso, agradaba conversar un instante con él sobre el tema interesante, ese día y el tintineo de sus palabras se quedaba en el oído como una música fresca. No se le exigía otra cosa. Se le agradecía, cuando, además, nos obligaba a pensar un poco o nos daba fórmulas cómodas y exactas para pensar co-



Raúl Simón. (César Cascabel)

sas muy repetidas. Por ejemplo, ese "trigo maromero", expresión creada por él y que sintetiza con ingenio y perfecto vigor una operación comercial característica de la época, vale por una síntesis de historia contemporánea. ¿Y qué importaba que hablara tan a menudo de las suegras, las solteronas, los médicos, los maestros y los pseudo-sabios? Todo eso forma parte del humorismo tradicional y basta un poco de novedad en la frase y en el espíritu para remozarlos. César Cascabel tenía esa novedad; su estilo, a decir verdad poco variado y algo uniforme, posee el don de una personalidad innegable y si sus elementos no son nuevos, lo es la reunión apretada y desordenada de todos ellos. Sabe, sobre todo, jugar con las palabras y las frases como un consumado malabarista y tal de sus retruécanos, aquel de la encomienda despachada en Concepción y recibida, nueve meses más tarde en Nacimiento, aunque local, puede considerarse clásico en

su género y el resultado administrativo que tuvo bastaría para consagrarlo.

En el libro, todo esto cambia.

Su claridad descubre simpleza, su concisión, mezquindad, su nervio, amaneramiento. Los temas del día han pasado y causa disgusto a veces remover esas cenizas sucias. Se busca más, un pensamiento central, una idea grande, algo definitivo que justifique la forma definitiva del libro y no se encuentra nada. La sucesión apretada de las páginas hace ver la monotonía de los procedimientos y la limitación de las reflexiones; con la costumbre del dislocamiento desaparece su agrado, que es la sorpresa, y con la repetición se esfuma la novedad, la frescura, el aire ingenuo y espontáneo. Por momentos se cree estar ante una máquina de contorsiones, movida por unos pocos resortes mecánicos; se prevén los gestos que hará, se adelanta uno a las enumeraciones grotescas y se aprenden de memoria las vueltas y revueltas de la ironía. Exasperan y cansan al fin las solteronas, las suegras, los empleados públicos, los políticos, los médicos y los sabios y no se querría oír nunca más un juego de palabras. ¿Para qué, por qué todo eso, Dios mío! La última página del libro, si es que, puede llegarse alguna vez a la última página de un libro semejante, se da vueltas con una impresión de hastío y de tristeza.

Y es que, los humoristas de profesión, los que solamente son eso, humoristas, hombres divertidos, no deben publicar libros. Son malos hasta los firmados por Mark Twain. El arteño pasa proyectado sobre la mole de la existencia y dibujando en ella un signo rápido, que valoriza el contraste. El libro existe por sí mismo, es un ser aparte, necesita vida completa, estructura organizada, toda una complejación de miembros diversos. Por fugaz que se presente, se le supone destinado a sobrevivir. El humorismo puro es una manera demasiado particular de mirar las cosas, una ventanilla excesivamente estrecha que sólo deja ver dos o tres movimientos del ser humano; semejante a la sal que diversifica el sabor de los manjares, sirve de condimento al paladar del hombre; pero irritaría, produciría náuseas como alimento solo.

No; la vida humana es demasiado honda, compleja y dramática para que un simple cascabel agitado por mano ligera sobre le superficie pueda despertar en ella resonancias durables. Al fin subleva. Faltan el aire, la luz, los grandes paisajes, las escapadas siquiera furtivas hacia el infinito misterioso que nos rodea. Diráse que es bien singular y hasta halagador reproche para un ironista el enrostrarle ausencia de melancolía trascendental. Y sin embargo, ahí está la debilidad de los que hacen profesión de ironía. "El que aspira a vivir en la voluptuosidad de los sentidos, acaba por perder la sensación voluptuosa" dice la Escritura. El que sólo aspira a hacer reír, concluye provocando indignación. ¿Hay algo más triste y desesperante que estas personas **divertidas** oficialmente? Los humoristas grandes—no Mark Twain ni Pérez Zúñiga—han sido grandes trágicos, seres de pensamiento y de dolor. El dolor es la base, la nobleza y el verdadero encanto de la existencia humana. Swift vivió un horrible drama, el peor de todos. Pasando frente a un olmo decapitado, dijo: —Yo seré como ese árbol: moriré primero por la cabeza. Y el obispo al que confesó su secreto, conservó hasta sus últimos días un gesto de horror al recordarlo y no se atrevió a revelarlo nunca. Voltaire, perseguido por todas las furias sociales de su época, hizo de su sátira un rayo para abatir las más viejas tradiciones humanas y desempeñó el papel de una fuerza de la Naturaleza. La sonrisa de Renan, la famosa, la inefable sonrisa del Apóstol de la duda, que nunca se consoló de no poder crear, indica la muerte de toda una civilización, cubre la desesperación completa del que lo ha estudiado todo sin encontrar nada y tiene siempre, en su gracia triste, un resplandor del abismo infinito.

Tanto es evidente la necesidad de la tristeza como fondo de la ironía verdadera, que don Eliodoro Yáñez, buscándosele inconscientemente a César Cascabel en el breve prólogo con que introduce su libro, cree hallarlo no en la obra, sino en la persona del autor y dice que tiene "cierto aspecto de presbiteriano estudioso y reflexivo".

Es poco.

PIEDRA AZUL

Novela por Acevedo Hernández

Son útiles los prólogos, aun los prólogos malos. Contribuyen a explicar la obra y a veces nos dan los elementos para encontrar su fórmula precisa.

Los editores del libro del señor Acevedo Hernández, entre muchas frases socialistas, vulgares, declamatorias, que nos desagradan profundamente, entre elogios que hacen buscar cualquier cosa para contradecirlos, traen dos noticias acerca del autor mediante las cuales podemos guiarnos con bastante seguridad en el análisis de su talento y conocer su naturaleza particular, sus excelencias, sus limitaciones.

Dicen que el señor Acevedo es, en primer lugar, un hombre del pueblo, no un hombre proveniente del pueblo, sino un antiguo trabajador al día que "vagó por haciendas y obras grandes, como ferrocarriles y minerales"; y en segundo lugar, que es un autor de teatro sumamente estimado, celebrado y consagrado.

Rara mezcla la que ha producido esta Piedra Azul.

Veámosla:

En síntesis, Piedra Azul es una muchacha de teatro que no se entrega como las otras y por eso sus compañeros la llaman con ese sobrenombre, significativo de avara dureza. En la primera parte, un autor que estrena la requiere inútilmente de amores; en la segunda, el autor, que habla en primera persona, cuenta la vida anterior de la heroína; en la tercera refiere cómo llegó a casarse con ella y pregunta si ha hecho bien.

Sugere y bien trazado el cuadro en que se desarrolla la conversación inicial: "Los muebles de la pieza, débilmente iluminada, parecían adquirir extrañas fisonomías, hablar... Mi viejo velador reproducía su sombra en la pared, y su sombra bailaba epilépticamente una danza rara. Mis libros, cerrados como labios de muerto, guardaban sus confidencias; mis retratos mis caricaturas, todo tenía el indefinible color que da la penumbra, color que es como una mancha acentuada por reflejos caprichosos."

Un gusto exigente podría poner reparos y hasta rechazar todo el trozo; pero es inne-



Antonio Acevedo Hernández.

gible que detrás de esas frases hay una sensación cierta y una buena intención artística. La charla de ese hombre y esa mujer encerrados en una habitación tiene la misma vaguedad ligeramente fantástica, sobre base real, del ambiente descrito; y la tienen también las confesiones y las vagancias desordenadas de él, por el suburbio donde habita. "Yo—dice por ahí—era un pobre diablo que presumía de psicólogo, de fuerte, que repetía historias de mujeres, que había corrido aventuras que escribía dramas, poesías... pero que estaba extraviado de mí mismo. Jamás había amado, ni creído que me amaran, siempre había tenido desconfianza de los demás. ¡Cuánta falta me hacía atenerme al credo religioso: la fe". Hasta aquí lo acompañamos, nos sentimos en terreno firme; este es un hombre sincero que habla la verdad y la sinceridad gusta siempre, venga como venga. Luego "el pobre diablo que presume de psicólogo", hace psicología: "Yo era desgraciado porque no tenía fe; porque mis egoísmos no me dejaban penetrar las proyecciones de los hechos. Yo era un egoísta malo, no un egoísta altruista. No me preocupaba nada, fuera de mi carrera literaria. Y estaba en el prólogo. ¿Llegaría a ser algo? Hé aquí una incógnita que destruye muchas fees." Si se conoce a sí mismo hasta ver que no es psicólogo, sino "pobre diablo" ¿por qué hace psicología? ¿Para qué, su- biendo de la psicología, hace frases genera-

les sobre problemas de moral? ¿No ve que eso tiene que resultarle pobre, débil, frío, vulgar y censorio?

Durante toda la novela encontraremos esta dualidad: un trozo bueno, a veces muy bueno, una observación exacta, una sensación poética, fina, y luego una prolongación inútil que lo echa a perder todo. El segundo capítulo cuenta un ensayo de su pieza teatral. "El ensayo es perezoso como un bostezo. El teatro vacío, sin farsas, sincero, es un edificio sin alma: el teatro tiene alma de ficción, vacío es como un cuerpo muerto." Lo pequisimo que hay aquí de comentar lo es lo mismo que hay de inferior, la duplicación del mismo pensamiento. Luego vienen la descripción del teatro y los actores hecha por quien los conoce de veras. Se siente eso y los personajes se mueven con soltura. De pronto: "Los actores marchan, señalando su ruta con la estela de humo de sus cigarrillos, que se mantiene después que ellos pasan, como un recuerdo. "Buen detalle, sobrio toque de color, con línea; idea... En seguida, la frase para destruirlo, la frase del pensador que recalca, que no se contiene, que quiere agotar el pensamiento, enseñarnos, como si no hubiéramos entendido ya: "Siempre esos seres dejan tras de sí una estela de humo que a veces es luminosa y otras negras como tragedia". No, señor, no dejan siempre esa estela, a veces no dejan ninguna, ni aun la del cigarrillo; y si la dejan, no tiene Ud. para que decirnoslo con ese tono grave que cae sobre su observación anterior y la ahoga. "Quién no sabe limitarse no sabe escribir."

El señor Acevedo Hernández no sabe escribir. Se percibe, se adivina que en el fondo de su libro hay algo interesante, un drama vivo y verdadero, un carácter noble que lucha con el ambiente bajo y logra vencer; cruzan por ahí rostros expresivos y se producen escenas de efecto teatral; preséntese también que el autor tiene temperamento de artista y vale la pena; pero todo flota en una especie de niebla confusa, en una semiexistencia balbuceada e insuficiente, como alguien que está despertando, y que todavía no alcanza a hablar. Junto a detalles precisos, luminosos, después de diálogos concordes y sintéticos, se extienden zonas en

penumbra, toques desacertados, divagaciones lejanas, pensamientos vulgares, consideraciones tontas sobre el problema social o sobre otros problemas. cosas inútiles, insultos. Hay un desenfocamiento continuo, como diría un fotógrafo. ¿Por qué no se ha limitado a contar clara, desnuda, crudamente hechos, escenas vistas, emociones sentidas, personas encontradas en la realidad? ¿Podría haber hecho un libro tan interesante! Con estar sinceramente convencido de que no puede ni debe pensar, con haberse resignado y haber cerrado los ojos a toda idea trascendente, a toda reflexión por cuenta propia, con dejar hablar a la vida su lenguaje...

Pero era imposible.

El señor Acevedo Hernández, como nos dicen los Editores, es un hombre del pueblo y lo primero que un hombre de pueblo hace es lo último que debiera hacer: filosofar.

Le seducen las teorías, le encantan las ideas generales y se arroja voluptuosamente en las complicaciones doctrinarias más abstractas. Claro que de todo aquello no sale sino lo que puede salir, un embrollamiento de protestas mezcladas con las más atroces vulgaridades, una nebulosa intelectual donde se sospecha que está envuelto y sofocado tal vez un hombre de verdadero talento. Palabras, palabras, palabras...

En Piedra Azul, el hombre del pueblo es además un autor teatral. Hé aquí algo nuevo y sorprendente. ¿Cómo ha saltado hasta allí? ¿Cómo ha podido llegar hasta ese arte que parece el supremo refinamiento, la última exquisitez, la mayor dificultad? Examinado el problema de cerca, los dos hechos se completan en vez de contradecirse. El teatro es una rama del arte que no hace pensar, que busca sobre todo la impresión, la sensación, el efecto fuerte, inmediato y violento. Por necesidad, tiene que ser el más accesible de todos. Y de hecho, muchos no leen nunca un libro, se aburren con las novelas, declaran no entender los versos y sonrien ante la filosofía; pero nadie deja de ir al teatro, donde las galerías altas suelen ser las más repletas, entusiastas y convencidas. Cierto que el procedimiento mecánico de las obras requieren una habilidad especial; pero, como todas las habilidades, no debe ser tan difícil después de

todo... En todo caso, el autor teatral, como el pintor, como el músico, se apoya esencialmente en la sensación y puede prescindir, hasta cierto punto, de la idea. Más todavía: una idea fina, nueva y complicada, un pensamiento verdaderamente filosófico, están por la fuerza excluidos del teatro; no creemos que a ninguna compañía se le ocurriera representar, por ejemplo, los Dramas Filosóficos de Renan, sin embargo lo más amable y fácil en la fácil y amable obra del Maestro.

Por eso un hombre del pueblo que tenga talento dramático no necesitará una cultura demasiado larga ni completa para triunfar en las tablas y comprendemos sin dificultad los éxitos del señor Acevedo Hernández.

Nos atreveríamos a aconsejarle que se contentara con ellos. El diálogo, el movimiento y la síntesis forzada la convienen. Ocultan sus defectos y vigorizan sus cualidades. Para la novela psicológica o sociológica le falta todavía demasiado tiempo; las potencias superiores de su cerebro no han madurado bastante, no siente el paisaje, las ideas generales se le deshilvanan y carece de resignación y de continencia para prescindir de ellas.

Por lo demás es un soberbio triunfo el suyo, en el teatro. Significa no sólo una prueba de talento especial, sino que constituye algo más: es un signo de la época, un progreso de los tiempos. ¡Hace cincuenta años no se habría concebido siquiera la posibilidad de que un hombre salido del pueblo pudiera elevarse hasta semejante altura!

EL RANCHO

Novelas de costumbres chilenas, por el

Presbítero don Julio T. Ramírez

También el señor presbítero don Julio T. Ramírez quiere redimir al pueblo. Ahora todo el mundo quiere redimir al pueblo, abrirle los ojos, sacarlo de la abyección en que yace sumergido.

Bien.

Para conseguir este objeto nobilísimo, el señor Ramírez ha escrito una novela que,

según su prologuista, demuestra "la utopía del socialismo" mediante la historia de "un corazón campesino que llega a las fábricas de nuestra gran ciudad en busca de la dicha y se le estruja ahí con las manos férreas del socialismo, convirtiendo su sangre generosa en sangre de odio hacia los de arriba."

Los prologuistas, cuya utilidad nos complacemos en reconocer, suelen tener terribles indiscreciones y cometen verdaderas imprudencias; no cuenta bastante con el atractivo de la curiosidad que nace de lo desconocido y revelan a veces a los lectores secretos que habría sido mejor ocultarles.

En el caso del Rancho ¿cuántos no se detendrán en la declaración citada ya por estar de acuerdo con ella lo que haría supérflua la lectura del libro, ya por estar convencidos de lo contrario, lo que la convertiría en una tarea inútil y molesta?

Por nuestra parte, sin pronunciarnos sobre esa cuestión compleja, declaramos que hemos sentido vehementes tentaciones de suspender ahí el examen de la obra y que no sin esfuerzo entramos a ver comprobarse la tesis del autor a lo largo de las doscientas y tantas largas y nutridas páginas de que la novela se compone.

Pero nuestro sacrificio fué compensado.

"El Rancho" es una novela eminentemente agradable. Más aún, creemos que "El Rancho" no puede disgustar sino a los espíritus bien descontentadizos. ¡Todo es allí tan hermoso, tan elevado, tan bien puesto, tan puro, tan agradable! No falta nada de lo que ha seducido siempre el corazón del hombre.

Allí están el campo con la luna y los árboles, el río claro, la familia campestre, el padre borracho, la madre sufriente, el hijo bueno y la hija débil con un novio malo. Todo marcha a compás. El hijo bueno tiene un pleito con el patrón, a quien naturalmente vence en la reyerta, y se escapa con el cuñado perverso camino de la ciudad, en busca de la dicha. Una bruja, otro elemento indispensable para el colorido local, le ha prometido, sugestionada por el ángel del mal, que allá encontrará la fortuna. Naturalmente, no encuentra la dicha en la ciudad, sino la miseria y... el socialismo. El corazón del buen campesino se corrompe y parti-

cipa en una huelga, a pesar de las doctas prédicas de un tío, carretelero y filósofo desengañado que le muestra la vanidad de las doctrinas igualitarias, Hiérenlo en la calle y regresa al campo, a morir delante del Rancho arruinado y abandonado.

Hé ahí la trama perfectamente lógica que prueba la maldad del socialismo.

El estilo y los incidentes que la desarrollan están en consonancia con el fondo. El lenguaje se aparta de los modernistas, hijos de la revolución, y con mucha soltura engasta en períodos de corte clásico diálogos notablemente chilenos pronunciados a lo eriollo, sin más allá ni más acá. "¡Aro! dijo ña Pancha Lecaros, onde me canso me paro!". Es la primera frase; inicia la descripción de "un día de santo" en el cual se oyen otras frases parecidas: "Tome más largo, no me venga con desadres, mire que yo me siento.— Siéntese no más, yo estoy muy recansá y casi suando". Se ve que el señor Ramírez no le teme al realismo crudo; pero el tono general de la obra no es éste; los diálogos aparecen más bien como incrustados, hechos de un metal distinto, que se diría sacado con ligeras modificaciones de esa cantera llamada el Fol-klore. El estilo personal del señor Ramírez pica mucho más alto. "Recontra!— exclama un mozo, viendo bailar la cueca—la pareja bien relinda; ni que fueran comprados hechos". Inmediatamente, el autor se eleva. "Vibra la guitarra con sus armonías, o alegres como los sonos de un clarín, o profundos como gemidos que nacen del fondo de las entrañas. Oh!, el magnífico instrumento en mano de nuestro pueblo! El traduce con fidelidad el alma de la raza en sus notas, a veces robustas y soberbias, como los gritos con que la indiada se lanzaba en torbellino al combate, a veces tan tenues como el soplo del viento perfumado que en la tarde desciende la montaña; siempre con un dejo de tristeza y melancolía, esa vaga melancolía que nadie se explica y que constituye el fondo del carácter eriollo"... Pero la afición del señor Ramírez, a la magnificencia desplégase sobre todo en sus descripciones de la naturaleza: "...la luna, en menguante, se levantó detrás de la mancha oscura de los cerros vecinos, su alba claridad se tendía so-

bre los campos como un manto de gasa; en el fondo luminoso de los cielos se encendían las estrellas y rodearon a la reina de la noche". La naturaleza lo seduce inmoderadamente y por cantar sus bellezas pone en el cerebro de los campesinos las percepciones más singulares; un mozo buscando los bueyes que se le han perdido en la cordillera, a la vista de los montes donde ha vivido siempre siéntese "como un átomo entre dos inmensidades" y al pasar el río, aunque "sin entrar en profundas cavilaciones, aquella masa líquida le pareció una imagen de su vida; como ella iba su vida al comienzo desliziándose sin cuidado, copiando las bellezas del cielo..."

Basta.

El señor Ramírez no carece de talento literario y ciertas páginas suyas especialmente humorísticas o descriptivas de costumbres populares, anuncia a un buen escritor; pero su falta de experiencia y de gusto lo extravía constantemente; sus personajes parecen tonos destinados a representar ideas abstractas y se ven demasiado los hilos con que el autor los mueve; los diálogos, muy naturales, disuenan del conjunto; sus paisajes son terriblemente oleográficos, del más puro y viejo clisé poético y la trama general, rigurosamente ajustada a su tesis doctrinaria, adolece de una ingenuidad pueril. Y luego: tanta elevación, tanta intención moral descubierta, tantas lecciones traídas a la fuerza y recitadas como desde un púlpito! ;Tanta fe, esperanza y caridad! El lector, que no gusta ser catequizado reacciona violentamente y echa de menos la vida dispareja y sin intenciones, suspira por la verdad verdadera; este chorro de nobleza y de miel que se le obliga a tragar sin descanso lo disgusta, lo hastía, lo hace volver la vista a otra parte, rechaza con la mano la copa henchida de remedios y tender los labios sedientos hacia otro brevaño, aunque fuera amargo o venenoso.

Parodiando la frase de Byron y para recordar, como el prologuista lo hace, con diversa intención, el polo opuesto de esta novela en literatura y en moral, podría decirse que después de leer el libro del señor presbítero don Julio T. Ramírez se siente una profunda estimación por Joaquín Edwards.



Fernando Díaz de Mendoza Guerrero.



Carlos Díaz de Mendoza Guerrero.

EL MES TEATRAL

La Compañía Guerrero.—Nuestro público.—“El Trovador Paladín”.—La familia Soler.—Compañía Membrives-Isbert.—Orfilia Rico.

Por K. MARIN

La Compañía Guerrero Díaz de Mendoza, que acaba de partir a Bogotá, ha hecho una muy brillante temporada en el Municipal, desde fines de octubre a mediados de noviembre. Del repertorio, más novedoso y variado que el de temporadas anteriores, gustaron “Una pobre mujer” de Benavente y las reprises del mismo autor “La propia estimación”, “La Malquerida” y “Campo de Armíño”; de Echegaray, subieron a escena con aplausos “El gran Galeoto” y “El loco Dios”; los Quintero dieron “El Mundo es un sueño”, con un liviano y agradable primer acto. Es una obrita sin pretensiones. Marquina fracasó con “Ehora” y Tamayo y

Baus no gustó en “Eccc Homo”, obra de recursos infantiles y de escenas melodramáticas. “El Caudal de los Hijos” de López Pinillos nos señaló una nueva firma de autor robusto y de aliento. Muñoz Seca, insoportable en su juguete cómico “La Plancha de la Marquesa”, de una vulgaridad asfixiante y sin la menor gracia. El público la encontró graciosísima; bueno, sabido es que nuestro público, que nunca ha aplaudido lo suficiente “El Nido Ajeno” y “La losa de los sueños”; nuestro público que en “La Intrusa”, se quedó al final sentado esperando que Tallaví hiciera “el segundo acto”; nuestro público, que cuando se enfermó una actriz de la Compañía

ña Francesa, accidente que obligó a bajar el telón en mitad del acto. aplaudió frenético la naturalidad del desmayo y el hermoso final de acto; nuestro público, siempre resfriado, que escoge los pasajes más conmovedores de los dramas para desatar todo su repertorio de toses y carrasperas; este nuestro público tan ingenuo, tan sin espíritu analítico, tan atrasado en arte, se rió a mandíbula batiente con "La Plancha", lo mismo que se ríe todavía cuando la característica sale a escena vestida con ridícula exageración, con plumas verdes, traje amarillo y sombrero rojo, lo mismo que se ríe todavía cuando Carlitos Díaz de Mendoza y Guerrero saca una boquilla de un metro de largo y una caja de fósforos del tamaño de un baúl.

Y ya que nos hemos entusiasmado hablando de nuestro público, aprovechemos la oportunidad para decir unas cuantas verdades más, porque es preciso que a esta concurrencia incomprensiva, (no referimos a la generalidad) se le aulse públicamente de sus aberraciones ante la opinión sensata y ante aque-



María Wilson.



Paquita Mas, artista de los Guerrero.

lla pequeña parte del público que comprende el arte.

En el segundo acto de "El Caudal de los Hijos", hay una escena muda de honda emoción: marido y mujer han pasado veinte años fingiendo cariño y felicidad ante los demás, mientras en la intimidad no cruzaban palabra.

Se han sacrificado manteniéndose unidos, solo por legarle honra al hijo único, honra aparente, pero que le servirá siquiera para edificar su porvenir.

La mujer, con veinte años de ternura y de pena, angustiosamente acumulados en su corazón, está mirando amorosamente en silencio a su marido, que vuelto de espaldas, lee indiferente un periódico: quiere hablarle del hijo, pedirle perdón, desahogar su pecho. "Agustín..." lo llama. El se vuelve con naturalidad: "¿Se te ha concluido el dinero?" le responde, y esta amarga frase lapidaria para su contenida ansia de afecto y de amor, consiguió hacer soltar una ruidosa carcajada al selecto público que llenaba la sala la

noche del beneficio de María Guerrero, que detallaba esa escena como ninguna, dolorosa y tristísima la voz, solemne y trágica la actitud, y este mismo selecto público veía noche antes con sinceras lágrimas en los ojos el tercer acto de "Ece Homo".

En fin, dejemos de mano este aspecto del teatro, y miremos un poco al escenario.

La prensa diaria, por lo general, ha elogiado desmesuradamente a esta Compañía sin hacerle reparos; todas las críticas han sido un canto lírico y apoteósico para la familia Díaz de Mendoza y Guerrero. Nosotros vamos a hacer la "pose" de decir cuatro verdades. Don Fernando Díaz de Mendoza no puede hacer ya ni "En Flandes se ha puesto el sol" ni "El Gran Galeoto". El Ernesto de esta obra debe ser un muchacho de veinte años. Doña María, creemos que ya no encuadra tampoco en estas dos obras, por razones de figura y de edad. Esto dicho con todo respeto. Los hijos, Fernando y Carlos, no nos parecen eminencias como ha dado en decirles la prensa diaria; son, probablemente, dos muchachos muy simpáticos, inteligentes, de buena voluntad, distinguidos y hasta guapos si se quiere, pero desde luego, desentonan notablemente: en ninguna obra saben poner la voz a tono, cualidad primordial en el teatro; gritan y gesticulan más de lo necesario; así, por ejemplo, la escena final de "La Enemiga", como la hace Fernando, resulta completamente inarmónica: por principios de estética, y guiándonos por escenas similares que les hemos visto a grandes artistas, podemos decir que toda esa escena final es "de brazos caídos"; la situación misma debe impedir el alzar la voz y el accionar, porque se pierde la emoción y la naturalidad. Los dos chicos tienen nervios y vocación, pero aún les falta mucho para ser siquiera discretos.

Nos dió a conocer esta Compañía el drama en 3 actos y en verso "El Trovador Paladín" del poeta chileno Antonio Bórquez Solar. Tiene la obra algunas encomiables bellezas literarias, pero nos abstendremos de hacerle crítica, porque no es una obra de teatro: carece de condiciones indispensables en el teatro, como ser: argumento interesante, acción, movimiento, pintura de personajes y acerta-



Santiago Artigas y Pepita Díaz.

da combinación de escenas de diversa índole que den amenidad a la oora. Al referirnos a la interpretación, en la que sólo le cupo actuación, (si así puede llamarse al recitado de sesenta páginas de versos) a Santiago Artigas, tan querido actor para nosotros, diremos que a este artista no le cuadran los papeles en verso, ya que los resabios de pronunciación catalana, le dan mucha aspereza a las declamaciones. El puso todo el fuego a intención de que es capaz, pero no logró, naturalmente, realzar el personaje de don Alonso de Ercilla, porque no tiene acción en toda la obra y se limita a recitar únicamente.

En el Teatro Santiago ha trabajado una Compañía Mejicana de Variedades, compuesta por seis hermanos: la Familia Soler. Artistas muy simpáticos y sobrios, hacen un trabajo ontretenido y variado, recitando parodias, cantando couplets y representando comedias. El público no correspondió a la bon-

dad de este espectáculo, que se presentó sin réclame aparatosa y que tenía gracia sencilla y liviana.

En el Comedia, la Compañía Membrives Isbert, con la intermitencia de una corta gira al sur, ha hecho una temporada fecunda en estrenos españoles, de Muñoz Seca, Arniches, Fernández del Villar y Pérez Fernández. Isbert, el actor cómico, ha tenido lucida actuación. Lola Membrives, como fin de fiesta, canta tonadillas con buena voz, (rara excepción en el género) y ajustada interpretación. Ha sido cariñosamente aplaudida en sus estilos argentinos principalmente. Del resto de la compañía no se destaca ninguno, pero cumplen todos, sacando aplausos, Povedano, Alcaide, Mancha, Reforzo, Muñiz, y señoras Ferrer, Muñiz, Ochoa y Blásquez. Este conjunto ha ofrecido interesantes veladas, como "La Caseta de la Feria", "El Reino

de Dios" de Martínez Sierra, "El Mal que nos hacen" de Benavente y "El Clima de Pamplona" de Muñoz Seca.

Para el próximo mes, se nos anuncia la venida de la famosa actriz argentina Orfilia Rico, que se ha especializado en los papeles de característica criolla. Se nos dice que esta Compañía pondrá en escena algunas obras chilenas y estrenará muchas del repertorio argentino.

Desde estas columnas enviamos nuestra despedida a la gentil y distinguida artista María Wilson, que ingresó al Conjunto Guerrero. Su belleza y su talento la llevarán muy alto en el teatro. Ha subido a las tablas llena de ilusión y vibrando de entusiasmo y de amor al arte. No trepidamos en afirmar que será la primera actriz chilena.



CUESTIONES SOCIALES

Medidas preventivas de accidentes del trabajo

Por LUIS CASANUEVA

La ley sobre accidentes del trabajo, promulgada en diciembre del año dieciséis, fué un esfuerzo generoso, aunque tardío, de justicia social. Siempre ha sido necesario encontrarse con la soga al cuello, y se ha esperado que los problemas comiencen a tener caracteres de insolubles, a fuerza de dejar su resolución al tiempo o a la Divina Providencia, para que lleguen a interesarse los poderes públicos. Nuestros problemas nacionales o sociales son siempre sistemas indeterminados de ecuaciones porque se ha permitido apáticamente su acumulación en vez de darles solución a medida que se producen.

Las cuestiones sociales, hasta no hace mucho, eran temas de Academia o tomaban colocación meramente honorífica entre las frases hechas y los lugares comunes con que los candidatos ornamentaban sus programas electorales.

No pretendo hacer la crítica de la ley vigente sobre accidentes del trabajo; deseo solamente llamar la atención sobre la ausencia que en ella se nota de medidas previsoras en orden a evitar o reducir los accidentes. No recordaron nuestros legisladores el tan viejo como sensato aforismo que inventó alguien que tenía sentido común: *"más vale prevenir que curar"*.

La Cámara de Diputados revisa actualmente la ley sobre accidentes del trabajo y el nuevo proyecto, con un buen sentido de que careció el primero, consulta disposiciones de carácter preventivo para procurar evitar o disminuir el número de accidentes dejando a un reglamento ulterior complementario el reducir a disposiciones técnicas las medidas de previsión generales que consultará la ley.

Una estadística prolija e inteligente de los accidentes que ocurran, permitirá al poco tiempo conocer la causa a que obedecen los más frecuentes, e indicará las medidas de orden reglamentario que deberán adoptarse para evitar su repetición.

Es indudable que tanto al patrón que debe pagar las indemnizaciones, cuanto al obrero que por mucho que sea indemnizado no lo será nunca tanto que le convenga inutilizarse, están interesados en procurar que el accidente no se produzca.

Mejor que largos reglamentos descriptivos, es tener un museo de aparatos previsores de accidentes: de dispositivos que deban agregarse a máquinas de manejo peligroso, de combinaciones para andamiajes de edificios, como también de las medidas para asegurar la ventilación en minas y talleres, y particularmente de los métodos especiales para contrarrestar los efectos de emanaciones venenosas en ciertas industrias.

En Charlotenburgo tuve ocasión de visitar un magnífico Museo Social que contiene gran variedad de combinaciones y aparatos protectores que puede hacerlos funcionar el público para darse cuenta de su eficacia y que corresponde cada uno a determinada exigencia del reglamento complementario a la ley de accidentes del trabajo.

Difícilmente podrá encontrarse un Museo Social de enseñanza objetiva más completa y que facilite y popularice más una serie de conocimientos útiles a patronos y obreros, capitalistas y proletarios.

Durante un tiempo fuí huésped de un sanatorio vecino a este Museo y me hice su asiduo visitante. Era familiar de porteros y guardianes y estas buenas gentes que parecían tener y darle su importancia verdadera a lo que tenían bajo su custodia procuraban darme explicaciones que mi ignorancia del alemán las hacía estériles cuando no eran cómicas. Sin embargo, llegué a familiarizarme con muchos aparatos y ensayé personalmente diversos mecanismos.

En una ocasión, uno de los guardianes se empeñó a toda costa en que apoyara la mano en la platina de un martillo estampador accionado por una prensa hidráulica para convencerme de cómo el martillo se detendría automática y piadosamente negándose a aplastar mi mano que representaba, en este ensayo, la de un obrero descuidado. La prueba, que lo fué más de mi sistema nervioso, demostró la eficacia del ingenioso mecanismo protector.

Este Museo contiene andamiajes, tipos para diversas obras, trajes y aparatos protectores para buzos y mineros, dispositivos para la ventilación de minas y talleres, material de salvataje y primeras curaciones, etc.

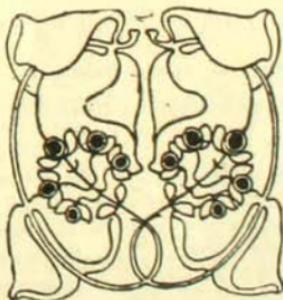
La campaña presidencial que acaba de pasar ha dejado el am-

biente saturado de discursos que son otras tantas promesas de bienestar social. Todavía los muros de la ciudad ostentan pingajos de proclamas electorales que ofrecen mejoras al proletariado. Ahora que la Cámara discute un nuevo proyecto de ley sobre accidentes del trabajo en el que se consultan disposiciones previsoras, podría completarse la obra incorporando en la ley la creación de un Museo Social al estilo del de Charlottenburgo, bajo la dirección de la Oficina del Trabajo.

En este Museo no sólo tendría cabida el reglamento técnico objetivo de medidas previsoras de accidentes sino cuanto se relaciona con los problemas sociales, como planos, maquettes de barrios y casas obreras, legislación nacional y extranjera, estadísticas, y tantas otras materias de interés social que servirán a la educación del pueblo, para hacerle conocer junto con sus derechos, sus deberes dentro de la sociedad.

Una sensata demostración objetiva vale por cien mil reglamentos; y, por lo demás, el fruto de una ley dictada con altos fines de solidaridad social, es poco práctico y se presta a que se esterilice, si las medidas de previsión de accidentes se reducen a explicaciones escritas de dudosa comprensión.

Santiago, 25 de octubre de 1920.





Cuando estemos muertos

Por EUGENIO ORREGO VICUÑA

(Dibujos de Sergio Huneeus).

Cuando tras nuestras últimas palabras balbucientes como quejidos de niño, nuestras bocas se hayan plegado en el rictus postrero— rictus de ironía amarga o de supremo desencanto;— cuando tras la mirada última que de vaga se tornará en extraña fijeza vítrea, nuestros parientes con piedades de afecto, hayan entornado nuestros ojos; cuando las últimas elasticidades de la agonía hayan dado paso en nuestro cuerpo a la rigidez helada de la muerte y ellos no sean ya sino receptáculos vacíos de almas que tendieron el vuelo; entonces únicamente empezaremos

a comprendernos y ello será para nosotros como un principio de amor.

Y la comprensión que nos negara la vida o que burlescamente quiso esquivarnos el azar, esa comprensión que de muchacho buscara afanoso en tus ojos grises y velados, con ansias de púber que ama por primera vez, y que tú, coqueta y esquivada, nunca quisiste aceptar y retornar, porque fueron los tuyos ventanas que a los llamados clamorosos de mi espíritu nunca se abrieron; esa comprensión que a través de la vida busqué sin hallarla en la desatada vorágine de mis incer-

tidumbres, habría de ofrecernos la sola igualadora, la que no engaña porque en su oficio no se mezclan la vanidad ni el interés, la que no se llama nunca porque siempre se la teme, la que llega sigilosamente, con blando andar de fantasma, para no sobresaltar con su figura inquietante a los que no la aguardan.

Quando ella llegue con su manto de sombra que es abrigo acogedor de muchos hielos nunca deshechos y con su sonrisa irónica, eortante como un filoso hierro de Córfova, hasta tu alcoba perfumada y tibia, tú estarás reclinada en tu lecho de seda reposando flojamente. ajena a preocupaciones y vacía de cariños, que nunca fueron tus ojos fríos propicios al afecto, de regreso tal vez de algún baile en que la armonía de tus formas divinales no se alteró al compás de la danza como tus labios no se agitaron ni el ritmo sereno de tu respiración al escuchar galanterías veladas, palabras de halago, cumplidos murmurados en voz baja... Tú no la sentirás llegar, y ella sin osar turbar tus frías cavilaciones de reina, leda, respetuosamente, temerosa de asustarte a ti tan poco asustadiza siempre; con delicadezas de artista, evitando el mover un cabello de tu peinado perfecto, cuidando de no agitar un pliegue de tu vestido impecable que en la fiesta deslumbrara tantos ojos femeninos, te besará en el cuello, en ese tu cuello níveo que tiene suavidades de seda; con beso largo que a la inversa de otros besos que agitan la sangre, paralizará la tuya. Y tú sentirás como un desprendimiento, tus ojos se cargarán de sueño, tus facciones se serenarán con paz de infinito; tus miembros, tus músculos, tu carne se distendrán en incomparables voluptuosidades de reposo. Y comprenderás...

Acaso ella venga cuando tú seas joven todavía y entonces su beso será el sello puesto a tu existencia de placeres frívolos, de banalidades exquisitas, de frialdades señoriales. Acaso también llegue en hora tardía, cuando tu insaciable sed de sensaciones renovadas haya agotado su caudal en el epílogo triste de tu decadencia; entonces ya los hombres no murmurarán a tu oído palabras cálidas ni las mujeres tornarán envidiosas

la mirada para contemplarte; ya estarás viejecita y no pudiendo gustar a los demás, puede que rememorando satisfacciones muertas y triunfos desvanecidos, quieras gustar el placer extraño de evocar tu ida belleza haciendo brillar ante el espejo de tres lunas tus galas triunfadoras de otro tiempo. Ella ya no temerá turbar tus meditaciones vagas cuya frivolidad habrán atenuado los años, y cogiéndote con sus manos descarnadas y huesosas por la cintura, todavía esbelta, te besará en el cuello antes de que retornes de la sorpresa, y sentirás con horror, con ese horror con que de niña escuchabas las historias temerosas de trazgos y duendes con que te adormecía la vieja nodriza, cómo tú, toda entera, cual si entraras en un túnel de sombras angustiosas, te sumes en la insondable negrura del misterio.

Y yo, joven, tal vez, cuando aún corra por mis venas sangre hirviente de esperanzas e deseos, de ambiciones y de ensueños, recibiré su visita. Y ella llegará silenciosa pero como mis ojos estarán habituados a escrutar, esperándola, la sentiré venir y como mi espíritu, aleccionado de la vida, estará vacío de temores, conversaremos juntos y me dirá como fué su visita a ti y de sus labios sabré cuáles fueron las palabras murmuradas a tu oído cuando tu boca estaba ya cerrada, y entonces yo me alzaré de la cibe en que meditaba haciendo el inventario de mis anhelos nunca cristalizados y endiéndole mi mano es-

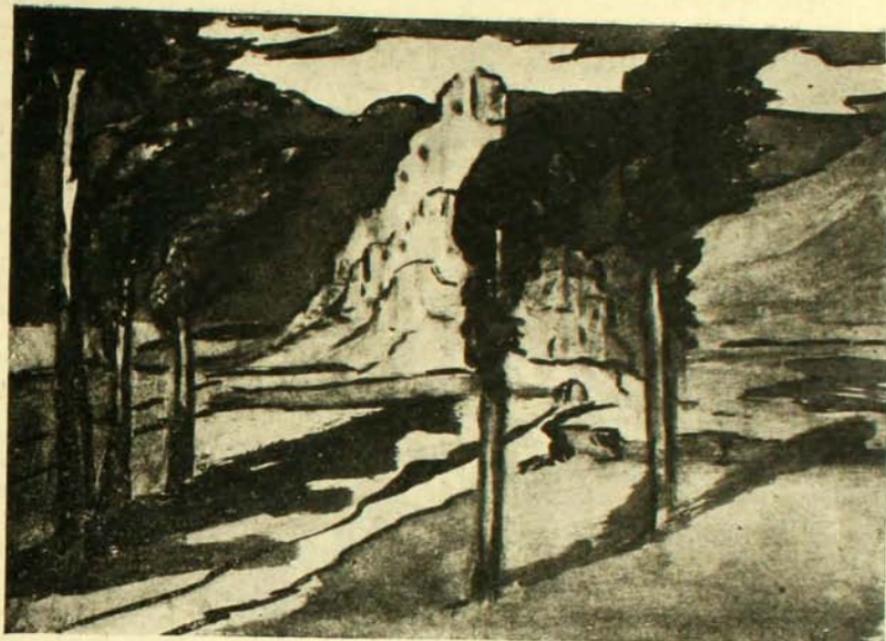


trecharé la suya y habrá luego un silencio en que me dirá cómo la atmósfera de ALLÁ en que no aletearán vanidades ni sentimientos frívolos será propicia a la compresión de nuestras almas. Y con infinita unción de iniciado, eastamente, con la mística renunciación con que los ascetas y los santos de la antigüedad le ofrecían el suyo, le tenderé yo mi cuello para recibir su beso.

Y cuando ya la carne se haya desprendido de nuestros huesos y estos desgados ya, al romperse los ligamentos, se amontonen en el fondo del cajón en una masa gris, precu-

sora de las cenizas definitivas; nuestras almas desprendidas de las preocupaciones y de los lazos terrenos, ajenas a las fuerzas destructoras de la vida después de haber pasado por las fuerzas regeneradoras de la muerte; comulgarán en una compenetración infinita de todo lo que largamente callaron o nunca comprendieron, compenetrándose en la hora definitiva que no cae bajo el control del tiempo, ni está sujeta a las alternativas de la vida, de compresión suma, de compresión honda, de compresión ilimitada...





INFLUENCIA DEL DOLOR EN EL ARTE

Por ARIEL

¡Dolor! No trataré de definir este sentimiento todopoderoso que transforma, purifica y crea; mal pretendería hacerlo, pues mientras el alma se encoge y se estremece a su impulso impenetrable y divino, ni la razón ni la palabra del hombre aciertan a definirlo.

Trataré solamente su influencia en las letras y en las artes.

Al márgen de la historia de la literatura, y fijo el pensamiento en muchas biografías de príncipes de la idea, he llegado a aceptar la conclusión de que la mayor parte de las cumbres intelectuales están sostenidas por el dolor como por una base de granito. La tradición, la historia y sobre

todo la vida misma, parecen confabularse para defender esta amarga verdad.

Volvamos, si no, la mirada a los luminosos campos en que el pensamiento humano ha florecido bellezas y ha cosechado laureles. ¿Quiénes son los que han llevado en su frente las coronas que ha tejido la Fama en las laderas del Monte Parnaso? Aquellos que habían sentido antes sobre sus sienes las sangrientas incisiones de una corona de espinas.

Comencemos por las letras: Si Homero, el divino vagabundo de las bellas islas, no hubiera sido ciego ¿hubiera podido llevar a cabo su obra gigantesca? La felicidad de ver, de observar la naturaleza, po-

niéndolo en contacto con las realidades de la vida, le hubiera quitado, acaso, mucho de la sutileza divina con que llegó al alma de los pueblos. Los ojos del viejo cantor hubieran quitado talvez muchos héroes a la mitología griega.

Sin el dolor ¿habría venido al mundo el famoso Hidalgo de la Mancha? Fueron necesarios el cansancio, el hambre y las heridas de una larga vida de aventuras crueles, y el recogimiento y la meditación de una cárcel injusta, para que el genio de Cervantes desplegara sus alas y redimiera con la espada de la ironía a su raza prisionera de miserias y vanidades seculares.

Y el Dante, sin el afán doloroso que exasperó sus sentidos hasta un refinamiento sobrehumano ¿hubiera peregrinado más allá de la vida, por los mundos infinitos?

Hubiéramos conocido las páginas profundas y sublimes de la Divina Comedia?

Miro la nómina de los desgraciados inmortales y la veo inacabable.

Ahí está Cicerón, confesando en pleno Foro Romano la rabiosa sed de gloria que lo tortura. Ahí está Milton dibujando con sus ojos sin luz las páginas eternas del Paraíso Perdido.

¡Oh, la larga caravana de los gloriosos ungidos del dolor!

Byron, caminando por las más altas cumbres de la poesía, con la garra de todos los tormentos clavada en el corazón.

Mariano José de Larra, suicidándose en plena juventud, sin fuerzas para seguir el calvario de un amor incontinente.

Maupassant, preguntando a gritos por su cerebro, en las puertas de un manicomio que le abrió la vida cruel.

Torcuato Tasso, muriendo en un convento donde fué a buscar la paz del alma.

Y Verlain y Edgar Poe, y tantos otros que caminaron por ásperos senderos bajo el espantoso peso del talento y del dolor. Unos con el estigma de una amargura heredada, otros con una extraña inquietud de brújula sin norte en el espíritu, y muchos martirizados por un amor imposible, como José Asunción Silva, ese predilecto de las Musas.

¿No parece que todos estos nombres gloriosos nos dijeran desde el fondo de sus

tumbas que el dolor es el pedernal de donde brotan al contacto del arte las más luminosas chispas del genio?

Miro hacia otro lado y una nueva legión de inmortales se presenta a mis tristes reflexiones. Ahí están los pintores y escultores que en el rudo palenque del arte escribieron sus nombres en la gloria. ¿Qué fueron, qué hicieron en sus primeros años? Pobres muchachos maltratados por la vida, que luchando con la miseria, con la envidia y el abandono, subieron tambaleándose, los estrechos escalones de la victoria, hasta llegar a fijar en el lienzo o en el mármol un jirón de su alma atormentada, un sueño, un ideal de los que amaron con lágrimas desde la infancia.

Si no hubieran sufrido, si no hubieran caminado en las sombras sin más esperanza de luz que la presentida luz de la meta, ¿hubieran luchado por alcanzarla con la fiebre, con el ansia infinita del que muriendo de sed daría la vida por una gota de agua? Yo creo que nó. Fidias, Praxiteles, Leonardo, Miguel Angel y tantos otros, no serían ciudadanos de todos los siglos si el dolor no hubiera marcado sus frentes con su signo de eternidad.

Los bosques del laurel sagrado son tristes. Bajo los viejos soles de la Grecia los cultivó la amargura. En sus frondas eternas no hay más cantares que las endechas del ruiñeñor a la media luz de las tardes melancólicas.

Y esto no es literatura. Ya hay quienes se han espantado ante estas observaciones y quienes razonándolo todo, confían en que la ciencia probará mañana que el cerebro más atormentado es el más apto para producir belleza.

Y si no, ahí está el oriental Soiza Relly, chispeante psicólogo de cerebrales, quién como un moderno médico de almas, musita esta cruel hipótesis de una tesis social más cruel todavía: "La neurastenia, noble hija del dolor, será con el correr de los años, la única fuerza y la sola inteligencia de la belleza."

De todo esto se desprende o al menos aparenta que el precio del genio es demasiado alto: o la felicidad o la razón.

Y nosotros, desde nuestra propia expe-

riencia, ¿nos atreveríamos a negarlo? ¿Cuál es la belleza que más nos impresiona? ¿Cuáles son aquellos versos alegres, luminosos, que después de leídos quedan en nuestra imaginación y siguen viviendo con nosotros en la soledad de la noche y en el santuario del alma? Yo no los encuentro en mi memoria. En cambio, llena está mi mente de páginas literarias que han despertado en mí, bellas emociones de tristeza, llena de poesías melancólicas o amargas cuyas notas dolorosas musicalizan recuerdos queridos... Y como yo, to-

dos los hombres. Seamos francos. ¿No es verdad que nuestra alma simpatiza instintivamente con todo lo que sufre, con todo lo que llora? ¿Cuándo es más bello el lagó? Cuando cantar sobre él las aves y ríen su oleaje los rayos del sol o cuando sus confines se confunden con el crepúsculo, las olas sollozan, y a lo lejos, sobre la mole del monte se destiñe la sonrisa del sol.

Hay que convenir en que el alma y la tristeza son fecundas fuentes de sentimientos bellos.





EXCMO. SEÑOR CARDOSO D'OLIVEIRA,
Ministro del Brasil en Chile, nombrado Embajador especial
a las fiestas del centenario de Magallanes.

EL ANIVERSARIO DEL BRASIL

Proclamación de la República
15 de noviembre de 1889-1920

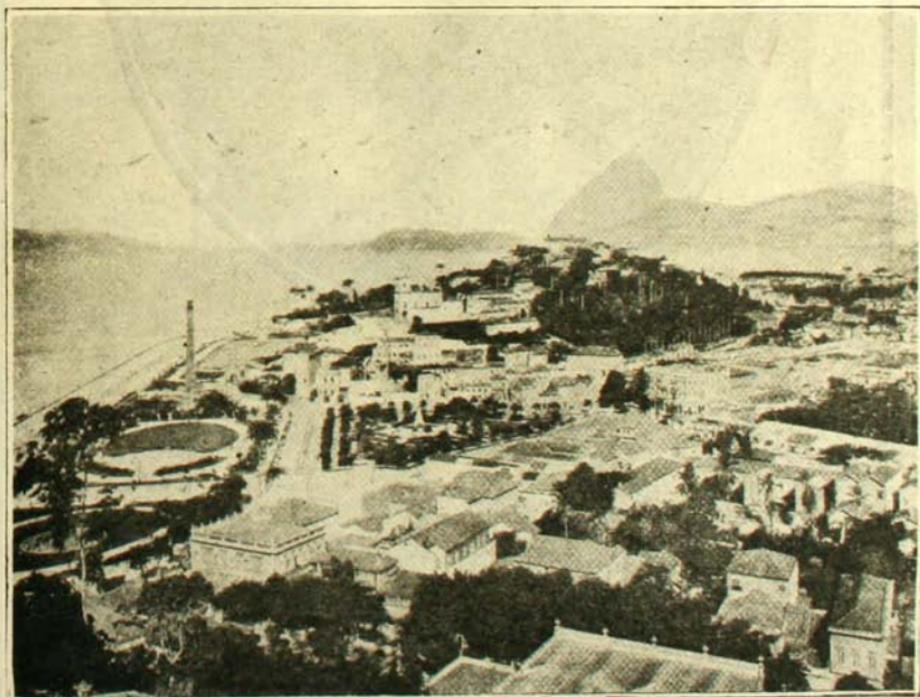
El 15 del presente mes ha cumplido treinta y un años, la proclamación de la República de los Estados Unidos del Brasil.

La gran nación de origen lusitano ha sido en América la constante y fiel amiga de Chile, tanto durante el régimen monárquico como en el republicano.

La gestión del A. B. C. que tiene su origen en la mente genial del Barón de Río Branco ha asegurado la paz del continente y ha logrado para las tres repúblicas signatarias la situación internacional que acaba de reconocerle la Liga de las Naciones.

Nuestros cariñosos saludos a los representantes del Brasil en Chile.

El Presidente del Brasil Excmo. Señor Dr. Epitácio Pessoa, su señora esposa y su hija señorita Laura Pessoa.



Vista de Río Janeiro.

DON ELIAS DE LA CRUZ

FALLECIDO EL 20 DE NOVIEMBRE EN ESTA CAPITAL.



En prensa ya nuestra revista, hemos sido sorprendidos radamente con la noticia del fallecimiento casi repentino del distinguido caballero, Ministro de la Corte Suprema de Justicia y Administrador de la Caja de Ahorros de Empleados Públicos, don Elias de la Cruz.

Muere el señor de la Cruz joven aún: a los 55 años de edad, no obstante, lo cual, por propio esfuerzo, por hábito estricto del cumplimiento del deber, por caballeroso y por bueno, escaló rápidamente y paso a paso la jornada, hasta llegar a la cima. Desde ella podía mirar satisfecho de sí mismo, a la vez que constatando el afecto y simpatía unánime de que era objeto; y el ejemplo que constituían tanto su vida pública como su vida privada.

En efecto, pocas veces se habrá dado

en otros casos la circunstancia muy especial de que llegue un hombre a lo más alto de su carrera sin haber atropellado ni pospuesto a nadie; pocas veces también el hecho de que, recibiendo de la vida los más crudos golpes, se camine por ella ilusionado y bueno, a pesar de todo; y menos, aún, el hecho de que no mueran en el alma los antiguos repuntes de artista, que, años atrás le hicieron escribir, pintar y comprender la existencia por cuanto tiene de más hondo y de más amable.

Todo eso estaba vivo en el señor de la Cruz. Por ello es más triste su desaparecimiento y son acaso todas las actividades ciudadanas las que se pierden de verdad ante su partida repentina y prematura.



Una vista de Madrid, tomada desde la casa de campo. (Al fondo el Palacio Real).

Cartas y tarjetas escritas desde España por un chileno

Barcelona

Hace una semana que estamos en esta enorme y hermosa ciudad. Su clima es muy curioso, porque se da el caso de que las cuatro estaciones se manifiesten en un mismo día. En pleno calor se oscurece el cielo y se deja caer la lluvia. Es original ver a las mujeres llevando el abanico en una mano, moviéndole continuamente para darse aire, y el paraguas en la otra, para protegerse contra la lluvia. Diariamente hemos ido en tranvía a algún punto distinto de la Montaña. La naturaleza es encantadora, purísimo el aire y está sembrada toda de poblaciones preciosas.

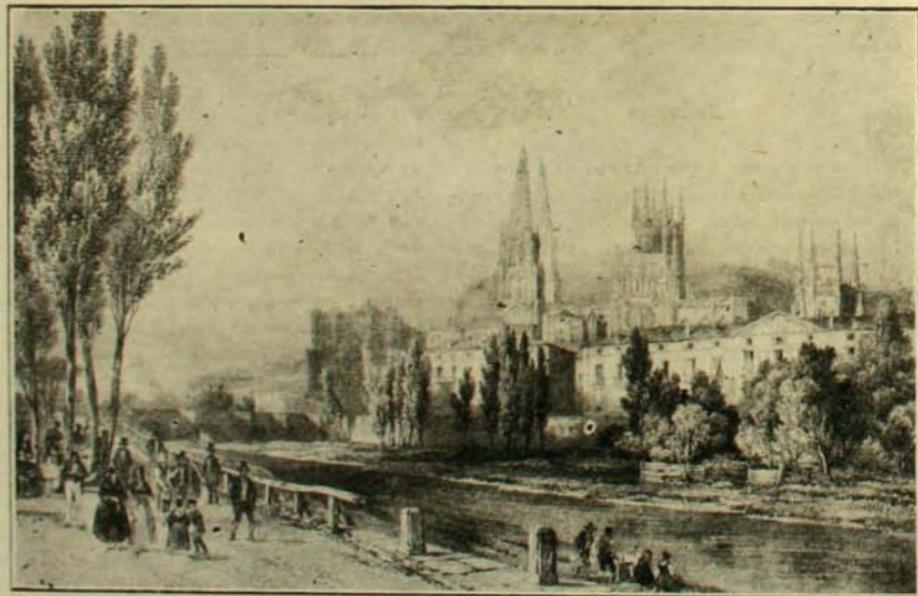
Ea tren hemos ido a Vich, ruina del catolicismo y del filósofo Balmes. Visitamos el panteón que guarda sus restos, situado en los claustros del Obispado. La ciudad es muy antigua y extremadamente tranquila. Sus ca-

lles son como las de todas las ciudades moriscas, estrechas, haciendo zig-zag y llenas de vericuetos. Hay una gran plaza ovalada, rodeada de portales, en la cual se celebra una feria los sábados, feria semejante en todo a la nuestra de Chillán: los mismos tolditos en las ventas y los mismos rimeros de frutas. Los edificios son aquí de piedra. Hemos visitado, entre ellos, un museo magnífico de antigüedades perteneciente al Obispado. Encierra objetos desde el siglo VIII. ¡Qué grandiosos me parecieron, sobre todo los gobelinos del siglo XV! A pesar de que están zurecidos, es fácil admirar el color y la interpretación de la escena que reproducen: siempre es un pasaje de la historia sagrada.

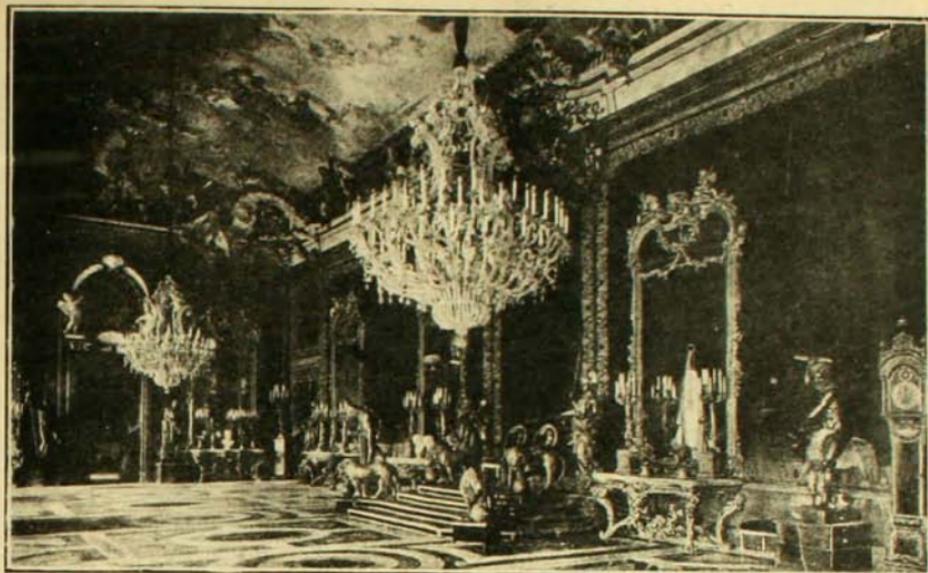
Esa colección de postales son copias de algunos cuadros de Juan Cardona. Pinta los mantones de Manila como nadie. Fíjate en cada reproducción y verás cuánta riqueza hay de detalles. Me encanta "La Vendedora



La calle de La Paz, y al fondo, la torre de Santa Catarina.



Una vista antigua de la ciudad de Burgos.



Sala del Trono en el Palacio Real de Madrid.

de Naranjas''. Hay en su expresión tanta vida como movimiento tiene su persona.

En Cataluña abundan los espléndidos pintores. Con la guerra no podían exponer en París y se habituaron a hacerlo en Barcelona. Hoy habrá diez salones abiertos, renovándose los artistas exponentes cada quince días.

Federico Beltrán, el célebre pintor, es nuestro amigo. Me ha ofrecido una fotografía de "La Maja Marquesa", su cuadro que tanto dió que hablar por no haber querido aceptarlo hace algún tiempo el jurado de la Exposición de Madrid, en virtud del título: "La Maja Marquesa". Esto lo hizo más célebre aún: Beltrán es joven, muy simpático, casado con una niña atractiva, también pintora, y que ha hecho a su vez, exposiciones...

Valencia

La tarjeta que te envío representa una muchacha, una de esas que aquí se llaman "huertanas" de Valencia. No hay campos más lindos que los de esta provincia. Tú caminas horas de horas por verdaderos jardines, que no otra cosa son los naranjales, olivares, viñedos, y los magníficos campos de

arroz. ¡Qué cultivo esmerado! La tierra no descansa. Tan pronto como termina una cosecha se preparan para sembrar una nueva legumbre o un nuevo grano. No se pierde un pedazo de terreno, y como tienen riego abundante, no están a merced de la naturaleza. Imagínate que al año se exportan hasta cien millones de naranjas.

De aquí nos iremos a San Hilario, aguas termales recomendadas como excelentes.

Madrid

Madrid es simpatiquísimo, sobre todo por la hermosura de sus jardines y la frondosidad de sus árboles. El innegable resurgimiento de España,—lo digo así por lo que dicen los demás, pues yo nunca la he supuesto dormida,—se manifiesta especialmente, como es natural, en la coronada villa, que va a la cabeza en bellezas y en progreso. Abrense en ella avenidas y más avenidas amplias; levántanse hoteles y teatros regios. El Palacio Real es suntuosísimo, el mejor de toda Europa, según dicen. Cada Museo es soberbio. En este momento venimos del Escorial. Cuando estábamos allá se desencadenó una tempestad recia que nos impidió mover-



La lonja de la seda, es lo más hermoso y puro que se conserva del estilo gótico.

nos del Monasterio. En él, como sabrás, está el Panteón de los Reyes y de todas sus familias. La iglesia es magnífica, revestida de cuadros y pinturas maravillosas. El lugar en que están emplazadas estas obras es sugestivo y pintoresco, comprendiéndose así bien la idea de su iniciador: es un lugar entre montañas, que respira poesía, paz y tranquilidad.

Burgos-San Sebastián

De Madrid seguimos a Burgos. Ahí no pudimos estar sino dos días, porque hacía un frío insoportable. Visitamos, naturalmente, la grandiosa Catedral y te aseguro que con ocho días que se dedicaran íntegros para visitar este monumento, sería apenas suficiente para apreciarlo en su magnificencia. Tiene detalles de detalles que hay que ir descubriendo poco a poco. Cada capilla de la Catedral es una joya arquitectónica, habiéndose comenzado su construcción en el siglo XIII continuada tres siglos más tarde y terminada en el XVII. El estilo de esta última época es feo, pesado. Ya no se vé en la ejecución ese espíritu idealista que el obrero ponía antes en su obra; ese espíritu de artista, cuya alma y cuya fé parecían querer legar a la posteridad en su obra, toda su creencia y su inmenso amor al Creador!

Visitamos también la Cartuja. Es un convento de frailes muy viejos, pues no es permitido entrar a él sino después de los cuarenta años, por ser la orden muy dura. Ellos

cuidan de la Iglesia que encierra la tumba de los padres de Isabel la Católica. Es una filigrana de mármol el sarcófago. No sé qué número fantástico de años se demoraron en su ejecución, ya que es íntegramente tallado a mano. Está algo deteriorado, desgraciadamente, a consecuencia de la invasión francesa.

Seguimos después a San Sebastián, Linda ciudad muy moderna y de estilo muy francés. Su playa es encantadora y toda la ciudad exquisitamente cuidada. Con razón los guipuzcoanos se sienten orgullosos de su joya, siendo ella obra de su municipalidad, que no descansa en la tarea de hermosarla, obligando a sí a españoles y franceses del sur a veranear en ella. Tiene mayores atractivos mundanos que Biarritz y como ambas playas están muy cerca, San Sebastián es el paseo obligado de los veraneantes franceses. Los domingos se ven en toda la frontera de dos a tres mil autos que pasan a las corridas de toros de San Sebastián. De aquí a Hendaya—la frontera francesa,— el trayecto se hace en ferrocarril o en tranvías eléctricos y sólo se demoran 35 minutos. De Hendaya a Biarritz, tres cuartos de hora.



Torre de El Micalet.

El onomástico del Rey de Italia



S. M. el Rey Viktor Manuel III de Italia que cumplió 51 años el 11 de noviembre.



S. M. la Reina Elena.



El príncipe Humberto, heredero de la corona.



La gentil princesa Yolanda.



El Rey en el campo de batalla durante la última guerra.



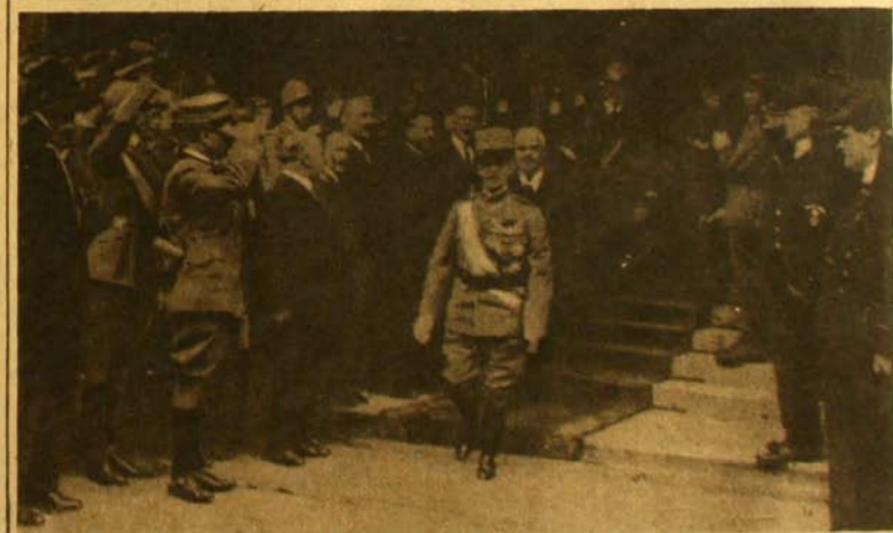
El Rey durante la visita a Roma del Presidente Wilson.

La nación italiana ha festejado el 11 del presente el onomástico del Rey Víctor Manuel III que ha cumplido cincuenta y un años de edad.

El monarca de la Casa de Saboya, a pesar de las nuevas tendencias sociales, conserva las simpatías de su pueblo, porque nunca ha sido obstáculo a las aspiraciones nacionales y, por el contrario, ha tomado generosas iniciativas en favor de ellas.

La implantación de una política de mayor acercamiento entre Italia y Chile, especialmente por medio de una línea de navegación directa, ha encontrado en el Rey como en los dirigentes de su Gobierno una decidida aceptación.

En el onomástico del Rey moderno y—podríamos decir democrático—nuestra revista presenta sus congratulaciones a la numerosa y progresista colonia italiana.



El Rey saliendo de Montecitorio, después de una ceremonia oficial.



Como un homenaje a la Madre Patria, en el Centenario de Magallanes, publicamos un retrato del Rey Alfonso XIII en su despacho.



Hernando de Magallanes.



Juan Sebastián de Elcano.

Uno de los acontecimientos de mayor significación hispano-americanista del último tiempo ha sido la solemne conmemoración del centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes.

La presencia en el país del infante don Fernando de Baviera, en representación de S. M. el Rey de España, y la concurrencia de diversas Embajadas especiales de las naciones amigas han prestado mayor brillo a las fiestas.

El navegante portugués Hernando de Magallanes, que renunció a su nacionalidad para acogerse a la de España, obtuvo la protección de Carlos V para la expedición que tan feliz suceso iba a tener.

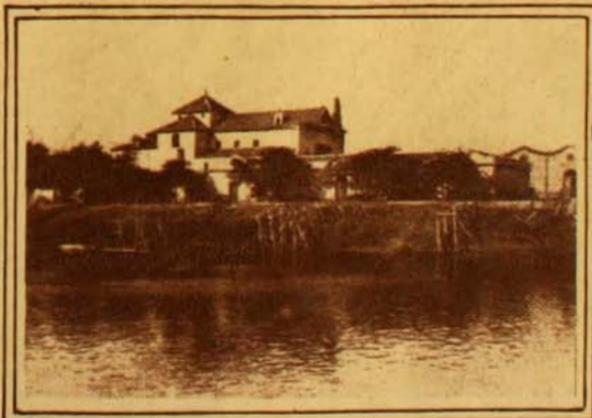


Su Alteza Real el infante don Fernando María de Baviera, que preside la misión especial que representará a España en el cuarto centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes

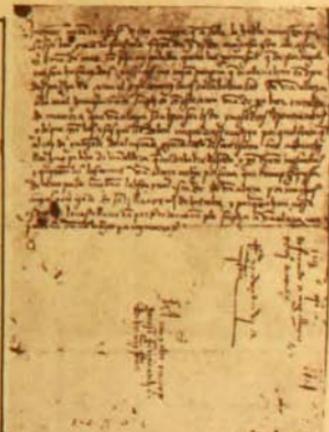
Magallanes salió el 10 de agosto de 1519 del puerto de Sevilla, al mando de cinco naves: la Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria y Santiago. El 1.º de noviembre de 1520 entró en el Estrecho, saliendo al Océano Pacífico 26 días después.

En marzo de 1521 después de cruentas penalidades Magallanes murió combatiendo con los indígenas en la isla de Mangua.

La expedición, reducida a una sola nave, la Victoria, y a 18 tripulantes, regresó a España por la ruta de Oriente después de tres años de su partida, al mando de Sebastián de Elcano, realizándose así el primer viaje alrededor del mundo.



Ex-convento de los Remedios, en Triana, en donde se hizo solemne función religiosa al salir la expedición, y sitio donde embarcó



Firma de Magallanes en carta dirigida al rey y fechada el 24 de octubre de 1519.



Rodin acompañado de su esposa, quien fue su modelo y su fiel compañera de toda la vida.

Auguste Rodin

EL CREDO DE RODIN

MEMORIAS DE RODIN RECOGIDAS POR PAUL GSELL.
—CONVERSACIONES VARIADAS.—OPINIONES DEL
GENIO.—CONCEPTO DE RELIGION.—QUE SON
ARTISTAS PARA EL.—DEFENSA DE LAS
VOCACIONES

Por EUGENIO LABARCA

Poco antes de que muriera Augusto Rodin, uno de los más conocidos críticos de arte de París, mantuvo con el genio conversaciones variadas que aparecieron luego en un volumen, estimado en seguida como las verdaderas memorias del creador del *Penseur*. El volumen se titula *L'Art*, su autor es Paul Gsell, está dividido en once capítulos de interés sumo, ilustrado con obras de Rodin, y constituye todo él la semblanza espiritual imponente de ese hombre extraordinario que manejaba los conceptos con la precisión, la maestría y la audacia con que usaba del cincel inmortalizador.

Ante la originalidad de algunos juicios de Rodin, ante la sorpresa que encarnan, ante la lección que más de alguno envuelve, ante los horizontes que abren y las dudas que entrafían, cabe recordar que las interrogaciones tenaces han prendido siempre en los artistas. Es por eso que cualquiera alteración social,—efecto no importa de qué causas,—ha despertado en músicos, pintores, escritores, estatuarios, sonora clarinada de antelación. Regístralo la historia de edad en edad, y acaso hayamos palpado nosotros el ejemplo más admirable: Leonardo de Vinci, que magnificó el Renacimiento en Italia habiendo sido precursor de ese mismo florecer espiritual, hinea cinco siglos adelante la videncia de su genio y lega a los hermanos Wright y a Santos Dumont manuscritos ilustrados de su puño excelso, manuscritos que proclaman su avidez por dominar el aire... Y, así, tanto otro caso de cuya cita hago merced para volver presto a Augusto Rodin,

quien creía, cual Dante a propósito de Virgilio, que el artista es en cuanto a sus contemporáneos "su guía, su señor y su maestro".

Ya que tuvo la gloria de experimentarlo, hizo bien en darse el lujo de repetirlo, porque quizás si la naturaleza, al confiar a Rodin la resurrección del pasado arte por medio de un soplo modernísimo y soplo tal vez precursor que asegura a ese su arte extensa proyección vital hacia el futuro, quizás si lo comisionó también para arraigar apreciaciones que aún bambolean. Y, obediente a la misión de que él estimaba premunidos a los artistas, habló:

Yo imagino que lo escucho: "Sus ojos soñadores, medio cerrados habitualmente, se abren grandes y descubren pupilas de un azul muy claro; se mueve gravemente, lentamente; su barba le hace parecer un profeta de Miguel Angel"... Habla. Primero con referencia a los artistas, quienes, según su concepto, son más numerosos de lo que pudiera esperarse de aquel que pudo ser tan exigente: "es artista,—dice,—el que hace con agrado lo que hace por haberse dedicado a ello voluntariamente". Piensa que si el hombre goza de las maravillas que a cada instante hallan sus ojos y su espíritu, marcha sobre la tierra como un Dios, porque ve claro en el universo y, al iluminarlo de conciencia, lo vuelve a crear. "Injertados sus ojos en su corazón,—agrega,—lee el artista en el seno de la naturaleza y todo le parece hermoso porque descubre la verdad doble, es decir: la verdad de adentro traducida por la de afuera. En el sufrimiento, en la



Eternal spring.

muerte de seres amados y hasta en la traición de un amigo, encuentra el artista la trágica voluptuosidad de la admiración, y coge claramente de cuanto ve las intenciones del destino; marcha sin cesar por la luz de la verdad espiritual, marcha sobre la tierra como un Dios".

Luego, ante una pregunta de Paul Gsell, el estatuario exclama:

—¿Dónde encontrar un hombre más religioso que un artista?

Y pasa a exponer qué entiende él por religión:

—Otra cosa que el balbuceo de un credo, —dice.—Es la adoración de la Fuerza ignorada que mantiene las leyes universales y que conserva los tipos de los seres; es la sospecha de cuanto en la Naturaleza no cae sobre nuestros sentidos, de todo el inmenso dominio de las cosas que no son capaces de ver los ojos de nuestro cuerpo ni los de nuestro espíritu; es el fervor de nuestra conciencia hacia el infinito, hacia la eternidad, la ciencia y el amor sin límites, promesas tal vez ilusorias, pero que en la vida hacen palpitar el pensamiento como si se sintiera con alas!"

Continuemos escuchándole, olvidados de que ha muerto, y creamos que la sagrada unción de que parece impregnar cuanto dice ha de transfigurarle: al "rostro vulgar de zapatero", que, irreverente, descubrió Soiza Reilly en Rodin, han de aso-

marse por sus "pupilas de un azul muy claro", Fidias, Miguel Angel, Houdon, que, avistando desde ellas y de nuevo la humanidad artística, hácenlo olvidar de que él es ellos mismos y le incitan a que hable ingenuamente del estatuario: "El escultor hace acto de adoración cuando de cada ser desprende el tipo eterno, cuando en el seno mismo de la divinidad parece discernir los modelos según cuya copia son forjados todos los seres, y provoca en nosotros la misma emoción religiosa, pues nos comunica el calofrío que experimentó ante las verdades inmortales."

Y pasa de ahí Rodin a personalizar, a evocar sus propias emociones. Rememora aquella su primera penetración, la que experimentó con el ideal helénico, cuando sugestionado por Fidias y comenzando a vivir, ignoraba que algo pudiera turbar el primitivo equilibrio cósmico, indispensable a la impecabilidad del ritmo y de la línea; sus oscilaciones de en seguida al sentirse subyugado por la grandeza austera de Miguel Angel; y su convencimiento de más tarde de que "el espíritu moderno trastorna y hiere todas las formas en que encarna", convencimiento de que



El hombre de la pariz rota. (Bronce).

arrancó la tortura de que el "Penseur" parece ser símbolo y suma.

Luego: la obra definitiva de Rodin, ¿iría a estar constituida sólo por crispaciones, desgarraduras, marchiteces, acaso máscaras viciosas o enfermizas? No, porque en el último tercio de su vida, dejando atrás, muy lejos en el huír del tiempo, los días dolorosos de lucha y de incomprensión, fué serenando reflexivamente su ansiedad cristiana ante el misterio y pasó a él como un viajero calmo. Alcanzó a dominar sus dudas y sus inquietudes; alcanzó a escuchar respuesta a sus interrogaciones de juventud. En sus charlas con Paul Gsell reconoció el glorioso artista este proceso evolutivo y varias figuras del mundo que creó nos lo comprueban a despecho del "Penseur". Ahí están, entre otras, "La Ilusión" y "Lirio Tronchado" que, no obstante ser hondas y filosóficas, son también exquisitas.

Muerto Rodin, ha querido echarse sobre él la sombra de la envidia. Y, en último caso, supongamos que sea verdad cuanto de él se ha dicho; supongámos que no esculpiera él sus estatuas sino que las comprara a genios desconocidos explotados por el ya glorioso; supongamos que Los Burgueses de Calais, el Balzac, La Hija de Icaro, han sido laboradas por un Monsieur



Balzac. (Mármol).



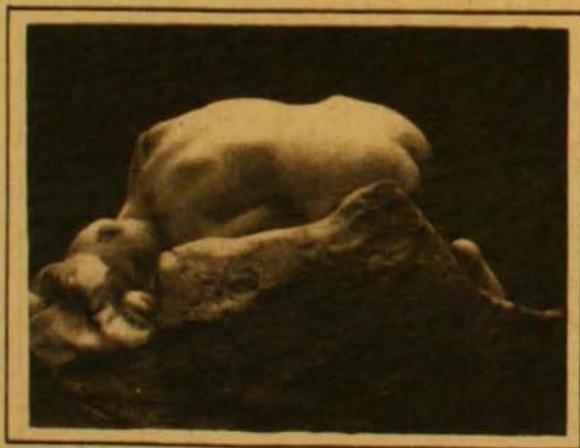
"La Idea".

X, cualquiera, supongámoslo. De todos modos, quedará para beneficio de la humanidad ese mundo salido de sus manos omnipotentes, esa serie de figuras que encarnan el arte y la vida de un siglo, acaso. Y en cuanto al Rodin mismo, quedarán de él, por lo menos, las sentencias sencillas y profundas, lógicas y enseñadoras, que ha reunido Paul Gsell; y, por fin, si tales sentencias fueran de Gsell y no de Rodin, nos beneficiarán igualmente. Y eso es lo esencial: trascurridos los siglos, inoculados los objetos o las ideas a la marcha del universo, nadie averigua casi quién fué autor de esto o aquello. Corremos la vista sobre todo, imaginamos que todo es nuestro, sentimos que esotro nos pertenece porque lo comprendemos y lo usamos, y rara vez tenemos, sí, un pensamiento de agradecimiento hacia los hombres del pasado. Mal hacemos; pero viene luego la ley del Tali3n a herir a unos y a redimir a otros, y mañana serán contados en saber que hubo quienes divulgaran a Rodin. ¿Qué importa?... Lo esencial es que se recuerde lo sano de sus enseñanzas, lo útil de sus consejos, lo sereno de su espíritu y, más que nada, el

valor con que defiende la vocación personal. Y recordemos que artista se puede ser dentro de la actividad que elijamos. Bastará para ello sentir que ponemos toda el alma en cuanto hacemos. Desarrollemos, pues, nuestro yo, como aconseja el maestro; cultivemos nuestro interior, cerremos un tanto los ojos para cruzar entre aquellos que bien no nos comprenden, y extendamos nuestros brazos hacia donde sintamos la atracción. ¿Detenernos?... Sí. Pero por valor, no por cobardía. Es decir, cuando la realización de nuestra ansia, perjudique a alguien; cuando para lograrla fuera menester herir o atropellar, amputemos nuestros tentáculos y apliquemos a las especulaciones espirituales la ley que juristas positivos han enunciado haciendo ver que el derecho personal de cada cual

termina ahí donde comienza el derecho de un tercero.

Como se comprende, Rodin no sólo habló para los artistas, pues es dentro de ellos, precisamente, donde menos falta hacen consejos de esta especie: el arte ennoblece, desarraiga malas pasiones, abre horizontes serenos. Y para culminar en él, como en otro cualquier orden de la vida, no hay más que escuchar clarito la voz interior, seguir el camino que nos llama, cruzarnos en él con los que de él desertan o por él pasan, y andarlo conjuntamente con quienes sientan igual atracción, sin hacerse sombra los unos a los otros, sin dejarse agriar por envidias ni emulaciones, y fieles sólo a su capacidad y a un buen sentido justo.



La Danaide. (Mármol).



BECQUER

Por JUAN LOPEZ NUÑEZ

Una mujer envenenó mi alma,
otra mujer envenenó mi cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme,
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rue-
(da:

si mañana, rodando, este veneno
envenena a su vez, ¿por qué acusarme,
¿Puedo dar más de lo que a mí me dieron?

En estos versos, no incluidos en la colección de sus obras, y que fueron escritos por Gustavo Adolfo Bécquer pocos días antes de morir, para "La Correspondencia Literaria", está la existencia de este poeta desgraciado y soñador. Amó y sufrió. He

aquí la ejecutoria de aquella noble sentimentalidad que en vida le acompañó, encaminando su espíritu por las sendas de la melancolía y de la tristeza. Por amor fué grande y por sufrimiento. Y en su obra ha dejado un tesoro de idealidad infinita para los que sufren y los que aman: para los hombres.

Nació Gustavo Adolfo Claudio Domínguez Bécquer en Sevilla, el día 17 de febrero de 1836 en la casa número 26 de la calle del Conde de Barajas, adquirida hace pocos años por el torero Antonio Fuentes. Fué su padre el célebre pintor de costumbres don José Domínguez Bécquer y su madre doña Joaquina Bastida. Pocos años

después del nacimiento del poeta murieron sus padres, dejando en la orfandad seis hijos varones: Eduardo, Estanislao, Valeriano, Gustavo Adolfo, Alfredo y José. Un tío anciano, pudiente y sin descendencia, llamado don Juan de Vargas, se encargó de ellos. A los diez años ingresó Gustavo Adolfo en el Colegio de San Telmo. Al suprimirse éste, Gustavo Adolfo, que contaba catorce años y había sido acogido amorosa y piadosamente por su madrina, doña Manuela Monahay, entró en calidad de discípulo en el estudio del pintor don Antonio Cabral Bejarano. Sus dos hermanos mayores emprendieron por aquellos entonces un viaje a América, no volviéndose a tener de ellos noticia alguna. Bécquer acabó de perfeccionarse en la pintura en el estudio de su tío don Joaquín Domínguez Bécquer.

Apenas cumplidos los dieciocho años, en el otoño de 1854, vino a Madrid, llena el alma de locas ansias de amor, gloria y fortuna. Emprendió el viaje con treinta duros que le dió su madrina, y después de los mil azares a que se exponía el que viajaba en aquella fecha, entró en la villa y corte con dieciocho. Poco le arredraba a él tan escaso e insignificante peculio; él, que creía que un poeta debía ganar por un libro de versos unos doscientos setenta mil reales, de los que en amores sólo emplearía veinte mil, en vestir sesenta mil, en viajar veinte mil y sesenta mil en obras de caridad (1) no podía turbarse abrigando la esperanza de que en breve sería rico. ¡Padre, ¿cómo han de servir dieciocho años! Insistióse, por recomendación de un paisano, en una casa de huéspedes de la calle de Hortaleza. Allí pagaba seis reales diarios. Un catre con un cochón, una mesa cubierta con un tapete muy deteriorado, una palanquilla de peltre sobre un pie de hierro, un jarro con agua al lado de un cubo y dos sillas de Vitoria, eran los enseres que componían el mobiliario de la habitación que ocupó, que no tenía más luz que la recibida por una ventana que daba a un obscuro patio. Esta debió ser una de las primeras decepciones experimentadas por

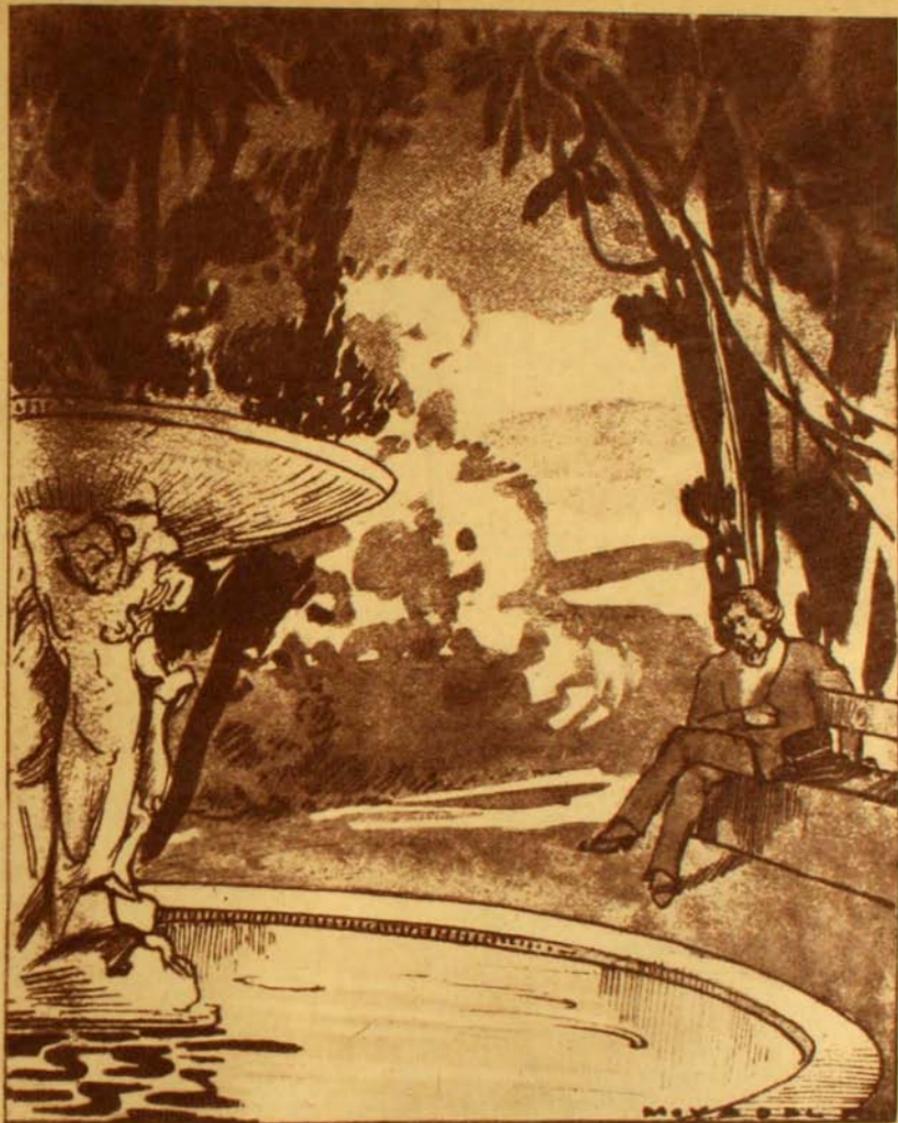
nuestro poeta, que acaso pensaría que país que hace de las casas, hediondos y sombríos albergues, y quita el cielo a nuestros ojos y el aire a nuestros pechos y el sol a nuestros cuerpos, no sería tan hospitalario, apacible y generoso como aquella tierra andaluza desolada y mísera, pero bondadosa y placentera.

Bécquer vino a Madrid con el proyecto de escribir una obra monumental sobre los templos de España. Bien pronto se le acabaron los dieciocho duros. ¡Quién sabe si antes, los dieciocho años de nuestro poeta, se trocarían en su corazón en provecha edad de desilusión y pena! Entonces, viéndose sin recursos, fuése a vivir a la calle de la Paz, a una casa que poseía una sevillana maternal que le dió asilo desinteresadamente. De esta buena mujer, que fué para Bécquer tan magnánima y desprendida, no ha quedado más que el nombre; ignoramos su apellido: sólo sabemos que se llamaba doña Soledad y que vivía ayudándose con su casa de pupilos, para soportar la estrechez a que una pensión insignificante la condenaba. Llegaron días de lágrimas y congojas. Bécquer iba comprendiendo, después de infinitas amarguras, que los poetas no viven de los versos, sino éstos de los poetas...

Por aquellos entonces residía en Madrid un almeriense vicioso y aventurero llamado Javier Márquez. Este almeriense, medio estafiante y medio poeta, simpático y emprendedor, en unión de otros amigos—él lo era de Bécquer—fundó un periódico titulado "El Mundo", del que sólo se publicaron dos o tres números. Ofrecieronle la dirección de aquel alarde infantil de periodismo, y Bécquer escribió el artículo programa. Suponemos que su labor en "El Mundo" no le produjo un céntimo.

Años después, al fundarse "El Porvenir", de don Juan Belza, ingresó en su redacción. Fueron compañeros suyos Navarro Rodrigo, Juan Antonio Viedma, García Luna y Julio Nombela. Allí estuvo encargado de la sección extranjera, traduciendo periódicos franceses, y de las críticas literarias y revistas de teatros. Periódico de vida efímera. "El Porvenir" arrastraba

(1) Anténtico.



una existencia precaria. Al finalizar el primer mes, el director pagó a los redactores la mitad de lo convenido, y Bécquer se retiró.

Con aquella pausa volvieron los agobios y penalidades. Bécquer, que ya no estaba en la casa de su paisana doña Soledad y vivía en la Plaza de Santo Domingo,

hallóse de nuevo en la miseria. Con otros amigos fundó un periódico titulado "La España Artística y Literaria", que tuvo poca duración. Muerto éste, escribió diversas biografías políticas por encargo de un francés que le pagaba un cuarto por cada línea de las semblanzas.

Pero esto duró poco, y otra vez llega-

ron las noches largas y los días febriles, aquellos días y aquellas noches a que se refería el poeta cuando exclamaba:

Llegó la noche y no encontré un asilo.
Y tuve sed!... Mis lágrimas bebí.
Y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
cerré para morir!
;Estaba en un desierto! Aunque a mi oído,
de las turbas llegaba el ronco hervir,
yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
desierto para mí!...

Solía emprender largos, extravagantes paseos. Algunos días iba al Retiro. Sentábase sobre un solitario banco, y allí, al pie de algún árbol corpulento y desnudo, soñaba o analizaba sus sufrimientos con despiadada curiosidad para condensarlos más tarde en la síntesis doliente de unos versos. Con las hojas secas hacía enfermizos cigarrillos que fumaba ávidamente: el papel con que los envolvía comprábalo por unos cuartos a los vendedores ambulantes. Y cuando no tenía dinero para adquirirlo, aprovechaba el de algún periódico.

Al café de Los Angeles, situado en la calle del Pez, esquina a la Corredera Baja, acudía con relativa frecuencia. Allí tenían una modesta tertulia algunos principiantes amigos suyos. Ninguno de ellos le oyó quejarse jamás. También es cierto que Bécquer no rió nunca. Consideraba sus desgracias como algo necesario y fatal consubstancial con su vida. A este concepto de su destino obedecieron aquellos versos suyos:

Es mi vida un erial;
flor que toco se deshoja,
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

En junio de 1858 cayó gravísimamente enfermo. Estuvo en cama más de dos meses. Convaleciente, por prescripción del médico, aventurábase por las afueras de Madrid con objeto de tonificar su cuerpo. Una de las veces en que pasó por la antigua calle del Perro, vió en un balaón una mujer que le impresionó tanto, que se enamoró de ella. Y ¡cosa extraña! aunque al-

guno de sus amigos quiso presentarle a la mujer en cuestión, no aceptó Bécquer este ofrecimiento, y quiso que reinase para siempre entre las brumas de una pasión melancólica sobre su corazón, que, creyéndola un sueño, la amaba más.

Con las dolencias de su cuerpo y las tormentas de su alma, agudizóse aquella compleja sensibilidad de Gustavo Adolfo que le hacía tan extraño y paradójico. En plena batalla con la adversidad vivía penosamente. Y entre sus amigos y conocidos se decía que había recogido un niño abandonado, y prohibiéndole, llevádole había a su casa, haciendo los imposibles porque tuviera su tierno huésped todas las noches apetitosos pasteles, cuando era muy problemático que él pudiera haber comido medianamente.

Cuando más grandes eran las penurias de Gustavo Adolfo, llegó a Madrid su hermano Valeriano. Era éste entusiasta, porfiado, activo y emprendedor. Gracias a su tío y maestro don Joaquín pudo traer algunos recursos económicos con que atender a sus necesidades más perentorias durante algún tiempo. Con la venida de Valeriano, pareció Gustavo renacer a una vida de acción y lucha. En unión de otros amigos, emprendió la tarea de transformar en drama la novela de Víctor Hugo "Nuestra Señora de París", entonces en su mayor apogeo, cosa que apenas dió resultado. Refugiado nuestro poeta en un estoicismo supremo, vivía de lo que ganaba su hermano, a quien ayudaba en sus trabajos. Por aquel tiempo quizás sería cuando pintó los frescos del palacio de los marqueses de Remisa.

Al fundarse "El Contemporáneo" ingresó en su redacción. Para el lector curioso que, amigo de las añejas lecturas, quiera reconstituir en su pensamiento la historia literaria de la última mitad del pasado siglo y busque con este objeto las colecciones de los periódicos, tan relacionados con ella, será una sorpresa ver que casi todos los artículos, trabajos y poesías, incluidos en "El Contemporáneo", se publicaron sin firma. Y esto sucedió con los de Gustavo Adolfo Bécquer.

El jueves 20 de diciembre de 1860, apareció el primer número de "El Contemporáneo". En él, sin firma, como hemos di-



cho, publicó Gustavo Adolfo Bécquer la primera de sus "Cartas literarias a una mujer". En el décimosexto insertóse la segunda, y en el número 88 insertóse la última. Antes, en el vigésimoséptimo, había aparecido una crítica—que luego le sirvió de prólogo—del libro de cantares de Augusto Ferrán, titulado "La Soledad". Hasta el 104 no se halla nada de nuestro poeta digno de tomarse en cuenta. Fugiti-

vas e insignificantes impresiones parlamentarias,—entonces era costumbre hacer crónicas de las Cortes, como las que con tanto éxito inserta "A B C" en nuestros días,—vanos escarceos político-satírico-murmuradores y agudas ingeniosidades, encontramos como efímeras obras de Gustavo Adolfo.

En el número 104, ya mencionado, en el sitio destinado en el periódico a "Las Ga-

cebillas de la Capital", con el título de "A Ella"; publicóse la poesía:

Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... ¡Yo no sé
qué te diera por un beso!

también sin firma.

"La Creación", artículo fantástico y sugestivo, vió la luz pública en el número 139. Tampoco iba firmado. A continuación fueron apareciendo los artículos y poesías más celebrados de nuestro poeta.

En el año 1864, vuelve al Monasterio de Veruela. Y desde allí escribió las "Cartas desde mi celda", que se publicaron, como sus anteriores trabajos, sin firma y sin iniciales. A nuestro juicio, son de lo mejor que ha salido de su pluma, sobre todo la carta tercera, inserta en el número correspondiente al 5 de Junio del citado año. Al frente de ella apareció una nota de redacción concebida en términos lisonjeros y laudatorios para Gustavo Adolfo Bécquer.

La estancia en el Monasterio fué para nuestro poeta pródiga en emociones de toda índole. Su alma desearió perspectivas antes no imaginadas ni vistas. Y un día que se perdió, como de costumbre, en un paseo sin rumbo, emprendido sin orientación, creyó estar sobre la pista de un gran tesoro. Su corazón se turbó, descendió a la realidad soñando con la riqueza salvadora que le emancipase de su miseria...

Tratábase de una bóveda secreta que conducía a un lugar subterráneo, donde existían objetos artísticos de incalculable valía... Pero, ¡oh dolor!, para transportar aquellos objetos necesitábase poner en movimiento una legión de obreros, y esto sólo podría lograrse por el mágico talismán del dinero.

Calló nuestro poeta, alentado por una esperanza suprema de que tal vez, andando el tiempo, lograrse adquirirlo, e hizo partícipe del secreto a Valeriano.

Los dos artistas vivieron soñando con aquel tesoro. Trabajaron con fe para adquirir lo suficiente con que comprar el terreno donde se ocultaba. Pero en España

el arte no dió nunca ni para comprar un huerto. Llegó la muerte y arrebató a Valeriano. Deseperanzado el poeta, viendo también la suya próxima, antes de morir comunicó la noticia del hallazgo al pintor Bernardo Rico, que, pobre también, al conocerla, limitóse a sonreír amargamente con triste y desalentada ironía...

Al mismo tiempo que en "El Contemporáneo", escribió en "El Museo Universal", revista inolvidable, de la que no se puede prescindir al estudiar el movimiento intelectual de aquella época.

En el almanaque para 1861, de la citada revista, con el título de "Melodías" y el lema de "Es muy triste morir joven y no contar con una sola lágrima de mujer", publicóse la siguiente notable y conocida composición:

Al ver mis horas de fiebre
e insomnios, lentas pasar;
a la orilla de mi lecho.

¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano
tienda, próximo a expirar,
buscando una mano amiga,

¿quién la estrechará?

Cuando la muerte vidrie
de mis ojos el cristal,
mis párpados aún abiertos,

¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene,
si suena en mi funeral,
una oración al oírla,

¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
oprima la tierra ya,
sobre la olvidada fosa,

¿quién vendrá a llorar?

Quién, en fin, al otro día,
cuando el Sol vuelva a brillar,
de que pasó por el mundo,

¿quién se acordará?

El 19 de mayo de aquel mismo año se casó... Sobre el matrimonio de nuestro poeta hay mucho que hablar, pues acerca de él no se ha dicho nada. Es un tema curioso. Plantea el problema de los sexos de la manera aterradora y brutal con que en España se presenta. Bécquer fué muy

desgraciado en su matrimonio.—¿Hasta qué punto estarán condenados a serlo los que se casan y valen algo?—Y ahora otra pregunta: ¿No sobrevendría en el matrimonio de nuestro poeta una de esas frecuentes inversiones sexuales que se observan y sería la mujer toda rudeza, acometividad y bravura y el hombre todo sensibilidad, melancolía y delicadeza? Esto es: ¿No ocurriría en el caso este lo que en sus análogos, y no se transformaría la mujer en elemento hostil de su esposo, a quien nunca comprendió?... ¿No llegaría a pagar con altiveces y menosprecios la nobleza y el desinterés de un hombre que al elevarla hizo tal esfuerzo que tuvo él que descender?... ¡La mujer!... Nada hay más santo ni tampoco más peligroso. Cuando sus instintos rudimentarios y primitivos no han sido dulcificados por una educación sentimental, entregada a la fuerza de sus pasiones, sólo vive consagrada a las mil y una pequeñeces que llenan el desván de su entendimiento; enemiga natural del hombre, le hace caminar de obstáculo en obstáculo, trocando su camino en un perpetuo infierno, para el que no hay salvación.

Y la horrible, la espantosa lucha de sexos, agudizada, toma caracteres de ferocidad sangrienta que la hacen pavorosa y execrable; tanto más execrable y pavorosa cuanto en ella siempre hay una víctima: el hombre, aunque parezca otra cosa...

En el Monasterio de Veruela, en ese rincón hospitalario y desolado en que Bécquer oyó la voz de los muertos que se quejaban de estar tan solos, parece que conoció a la que había de llenar su vida futura de hijos y de tristezas. Llamábase su esposa doña Casta Esteban y Navarro, y era hija de un modesto cirujano de un pueblo de aquella región. Con hambre infinita de cariño, el que caminaba solitario y errante acercóse a ella con sed inextinguible de amor nunca satisfecho. El que se educó sin madre y en el mundo vivió como en un vivac de guerra, prosternóse a los pies de ella, prorrumpiendo con alborozada salutación:

“Tu aliento es el aliento de las flores;
tu voz es de los cisnes la armonía;

es tu mirada el esplendor del día,
y el color de la rosa es tu color.
Tú prestas nueva vida y esperanza
a un corazón para el amor ya muerto;
tú eres de mi vida en el desierto
como crece en un páramo una flor”.

Tenía el poeta en esta fecha veinticinco años. Transcurridos los primeros meses, vino el despertar. Una palabra dudosa, una tardanza injustificada del marido, un capricho de la mujer no satisfecho, una contrariedad insignificante de cualquiera de los cónyuges abrieron sus corazones a la hostilidad. Y la mujer se fijaría en que el poeta era un hombre extravagante y fantástico, bueno para novio, pero insoportable para marido, y el hombre en que su mujer era frívola e irascible. Súbitamente percibiríase aquélla, de que los hombres de talento no lo tienen para las mujeres más que en la calle, y el poeta de que las mujeres cuyo aliento es el de las flores y crecen como en un páramo una flor, vistas de cerca desmerecen mucho. Callaría el hombre por timidez y educación soñando en un divorcio espiritual absoluto; pero la mujer, con agresiva franqueza, día tras día complaceríase en ir acumulando sobre el poeta todo género de inculpaciones... Vuelto a la tierra Gustavo Adolfo, atenuado por sus infortunios domésticos, buscó un desahogo. Y en una copla misteriosa derramó las tristezas de su alma. Cuatro versos, para algunos incomprensibles, encierran toda la tragedia íntima de su vida matrimonial. Helos aquí.

“No me admiró tu olvido! Aunque en un día
me admiró tu cariño mucho más;
porque lo que hay en mí que vale algo
eso... ¡ni lo pudiste sospechar!”

Todos cuantos le trataron hablan de la vida familiar de Gustavo Adolfo como de algo triste y sombrío. Eusebio Blasco la refiere, a través de muchos circunloquios, como se refiere una de esas vidas amargas constantemente por la inconsciencia de aquellos que la rodean...

Bécquer acogióse desesperadamente al

refugio de un amor ideal, quintaesenciado y no correspondido. Aquel amor de mozo que le servía de luz espiritual, tomaba más vida a costa de sus desgracias. Y viendo de lejos a la mujer que se lo inspiraba, creíala más excelsa y superior. Aquella mujer, casada con un político de cierta fama, era almeriense. Dicen los que la conocieron que era muy hermosa: una verdadera estatua. Como belleza estatuaría y marmórea, no se estremecía al influjo de ningún aire de fuera. Inspiró una pasión sin enterarse de ella. Despectiva y triunfal pasó por el mundo sin comoverse por las lisonjas que la dirigían: Fué virtuosa...

Tres hijos dióle a Bécquer su mujer. Y en los últimos años de su vida consagróse el poeta a la educación de aquellos tres niños. Veía su vida rota, dispersa, fugitiva como una pluma que llevase el viento. Y un dolor infinito atribulaba su alma, que de vez en cuando miraba al cielo. Dibujaba mucho, pero para sus hijos. Y con aquella pluma que trazó tantos prodigios, diseñaba soldados, grotescas niñerías, risueñas y absurdas payasadas para solaz de los pequeñuelos. La derrota presentida y esperada iba llegando. Todos sus antiguos compañeros, hermanos de bohemias en días lejanos, encumbrándose afanosamente ocupaban elevados cargos y ganaban mucho dinero: él no... A caso, con alguno de sus niños sobre las rodillas, abríase su corazón a la esperanza consoladora de que quizás sería más feliz que lo fué su padre. En los umbrales de la infancia, niño también su espíritu, tal vez riese... Trabajaba poco. Ya en el declive de su existencia traducía a Dante...

En los sucesivos años siguió colaborando en el Almanaque antes citado. Pero su labor se redujo a la inserción de poesías que todos conocen. Únicamente merece mencionarse el cuento humorístico "Un tesoro", no incluido en sus obras, y que era una caricatura ingeniosa y sugestiva de los arqueólogos y sus manías. Se publicó en el año de 1866.

Algo más que esta labor intermitente, ejecutada en su Almanaque, realizó Gustavo Adolfo en "El Museo", que le abrió sus columnas por completo en 1865. En el

número 27 de este año publicó un artículo crítico biográfico necrológico del duque de Rivas, no incluido en la colección de sus obras; en el 30, otro sobre costumbres aragonesas, titulado "Las Jugadoras", asimismo no incluido; en el 35 uno titulado "En el Retiro", que falta como los anteriores, y en los sucesivos "El tiro de la barra", "La salida de la escuela", "La noche de difuntos", "Memorias de un pavo", etc., etc., no insertos, en su mayoría, en la colección de sus trabajos.

El 31 de octubre de 1865 dejó de publicarse "El Contemporáneo". Entonces Bécquer dedicóse más de lleno a su colaboración en "El Museo Universal". Y pasó a ir soportando la penosa carga de la vida dedicóse además de esta labor al arreglo de óperetas extranjeras. Poco después nombróse González Bravo censor de novelas con el sueldo anual de treinta mil reales. Desempeñó este cargo hasta 1869.

Es muy doloroso y sensible para los verdaderos amantes de nuestro poeta y los espíritus sinceramente críticos, que los admiradores, idólatras y panegiristas de Gustavo Adolfo Bécquer hayan prescindido de tratar lo realizado por el poeta en el periódico que estudiamos. Y es todavía más lamentable tan injusto silencio, cuanto en él fué donde Bécquer dejó hecho lo más completo de su obra todavía no examinada. Desde Narciso Campillo a los hermanos Quintero, no se encuentra nadie que a ella se haya referido. Hagámoslo nosotros.

En el número primero del año 1866 de "El Museo Universal", correspondiente al 7 de enero del indicado año, encargóse Gustavo Adolfo de la confección del periódico y de la "Revista de la Semana", que siguió haciendo hasta el núm. 32, que se publicó el 12 de Agosto. En la primera de las indicadas revistas estudiaba Gustavo Adolfo la situación internacional. Y empezaba su crónica con estas palabras: **Se compara por algunos la vida a una larga cadena cuyos eslabones de diversos metales son los años. Admitida la exactitud de la comparación, natural es que nos preocupe la duda de si el que vamos a añadirle será de hierro o de oro.** A continuación entona un himno en honor del ingenio industrial de la época, perdiéndose después en

consideraciones atinadas y felices: El suicidio del general Pareja, el anuncio de la publicación de "Los trabajadores del mar", la representación de "La muerte de César", el combate del Callao, la guerra entre Austria y Prusia, etc., etc., cosas que no que movieron su pluma, agitaron su pensamiento y preocuparon su espíritu en aquellos días. Y como al escribir la "Revista de la Semana" tenía que hacer los comentarios de los retratos y grabados que en "El Museo" aparecían, llevó a cabo con aquella labor anónima una obra casi desconocida, pero que sirve para que veamos que la pasión de la envidia no entorpeció nunca el vuelo generoso de su alma. Romea, Rodríguez Rubí, Zorrilla, etc., etc., inspiráronle elogios sinceros y expresivos. Y como el que hace bien siembra con su conducta la ingratitud en los que favoreció, Bécquer fué siempre objeto del desdén de aquellos a quienes ensalzó, como sucedióle con Zorrilla, que, hablando de él, manifestó olímpico y rotundo que Bécquer no fué poeta nunca.

Y no se limitó su trabajo en aquellos días en este periódico a escribir estos comentarios y aquellas crónicas. Coincidiendo con ellos publicó artículos y poesías, que vieron la luz en casi todos los números. En el cuarto llevando como epígrafe tres modestos e inexpresivos asteriscos, apareció la poesía que empieza:

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea...

En el sexto publicóse un artículo titulado "El Carnaval", y a continuación, sin más título también que unos asteriscos, la poesía:

Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión,
de amor y fuego mi alma está llena.
—¿Soy a quien buseas?—No eres tú, no.
Mi frente es pálida, mis trenzas de oro
puedo brindarte goees sin fin.
Yo de ternura guardo un tesoro.
—¿A mí me llamas?—No es a ti.

Yo soy un sueño, un imposible,
vago fantasma de niebla y luz,
soy incorpórea, soy intangible,
no puedo amarte,—¡oh, ven! ¡Ven tú!

El noveno, bajo el epígrafe de "Tú y yo", insertóse aquella:

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cresta de blanca espuma,
rumor sonoro de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
eso eres tú...

En el undécimo, con el título conceptuoso de "Dos y uno", publicáronse los versos tan populares:

Dos rojas lenguas de fuego
que de una hoguera se alzan
y se buscan y al besarse
forman una sola llama.

Dos notas que del laúd
al par vibrando se lanzan,
y en el espacio se encuentran
y armoniosas se abrazan.

Dos olas que vienen juntas
a morir sobre una playa,
llegan, chocan, se deshacen
y en ligera espuma saltan.

Dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden,
eso son nuestras dos almas.

La poesía:

Si al mecer las campanillas
de tu balcón,
eres que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que oculto entre las verdes hojas
suspiro yo...

se publicó en el número décimonono, con el título de "Serenata".

Con el de "¡La vida es sueño!" apareció en el número vigésimo tercero aquella otra:

Al brotar un relámpago nacemos
y aún brilla su fulgor cuando morimos.
¡Tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos
sombras de un sueño son que perseguimos.
¡Despertar es morir!

En el 1867 redujose su labor en "El Museo Universal" a dos artículos,—no incluidos en la colección de sus obras—titulados: "Pastor y pastora de Villaciervos" y "Las segadoras". Ambos aparecieron como notas aclaratorias y descriptivas de dos dibujos de su hermano.

En el 1868, y en el número siete, ocupóse del último trabajo del malogrado pintor Federico Ruiz (1) en un artículo sentimental y conmovedor, que no fué recogido por los que hicieron la colección de sus escritos, y que constituye una doliente neerología escrita al conjuro de la pérdida de un ser doblemente querido por sus condiciones morales y su talento.

En el mismo año, y en el número once, escribió otro artículo comentando un dibujo de Valeriano, titulado "La corrida de toros" y en el cuarenta y cuatro, otro, cuyo título era: "El día de difuntos".

En el año 1869, aparte de algunos sin importancia, publicó "Los dos compadres", que se halla incluido en la colección de sus trabajos, y que vió la luz en el número 3.

Al finalizar este año, "El Museo Universal" se transformó en "La Ilustración Española y Americana", que con fortuna y gloria todavía vive, y Bécquer dejó de escribir en ella porque Gasset y Artime confié la dirección de "La Ilustración de Madrid", que vió la luz pública para competir con la citada revista.

En "La Ilustración Española y Americana" publicáronse algunos croquis inéditos de Valeriano Domínguez Bécquer y alguna que otra poesía de Gustavo Adolfo, ya conocidas.

Poco fué lo que en "La Ilustración de Madrid" pudo hacer Gustavo Adolfo, que murió recién aparecida la nueva revista. Pero siendo tan escasa su labor en ella, no

(1) Nació Federico Ruiz en Madrid, en 1837, y murió el 4 de Febrero de 1868. De carácter dulce y tímido, fué un predestinado. Y murió triste y lastimosamente, dejando a su familia en la miseria más espantosa. Los gastos de su entierro los sufragó generosamente el editor de "El Museo Universal", don José Gaspar.

lo fué tanto que no sirviera para dejarnos una serie de trabajos, no coleccionados tampoco en su mayoría, pero que son de una belleza soberana y por consiguiente dignos de ser incluidos entre los mejores que salieron de su pluma. He aquí una ligera enumeración de ellos: En el número primero, publicóse "El pordiosero" y otro sobre las "Antigüedades prehistóricas de España"; en el segundo "La picota de Ocaña", y en el cuarto "Enterramientos de Garcilaso de la Vega y de su padre en Toledo". En el quinto, bajo unos asteriscos y con la nota "De un libro inédito", aquella poesía.

"¡No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta enmudeció la lira!..."

En el octavo se publicó uno titulado: "Solar de la casa del Cid en Burgos"; en el duodécimo "Las dos olas", etc., etc.

Mediaba el mes de diciembre de 1870. Bécquer, que a la sazón vivía en la calle de Claudio Coello, núm. 7, para trasladarse a su domicilio tomó un ómnibus, instalándose en el imperial. La tarde era muy fría, el poeta se hallaba debilitado por un sentimiento de tristeza inconsolable, por la pérdida de su hermano. Conversando con un amigo que le acompañaba, hablaba de la muerte como de algo redentor y apetecible. Y refiriéndose a ella evocaba la fatalidad que gravitaba sobre todos los de su familia, condenados a morir antes de llegar a los cuarenta años: Su padre murió a los treinta y cinco, como Valeriano... El frío de la tarde invernal entumecía sus miembros. Una extraña sensación de angustia contraía sus labios... Cuando llegó a su domicilio, metióse en cama. A los pocos días se le declararon unas fiebres infecciosas. Llamado el médico a toda prisa, expuso un negro, desesperado diagnóstico. El día 21 se agravó considerablemente. En la madrugada del 22 empezó la agonía y a las diez de la mañana expiró. Contaba el poeta treinta y cuatro años.

No hubo necesidad de pagarle el entierro, que se verificó sin ostentación, revisitando una trágica e imponente solemnidad.

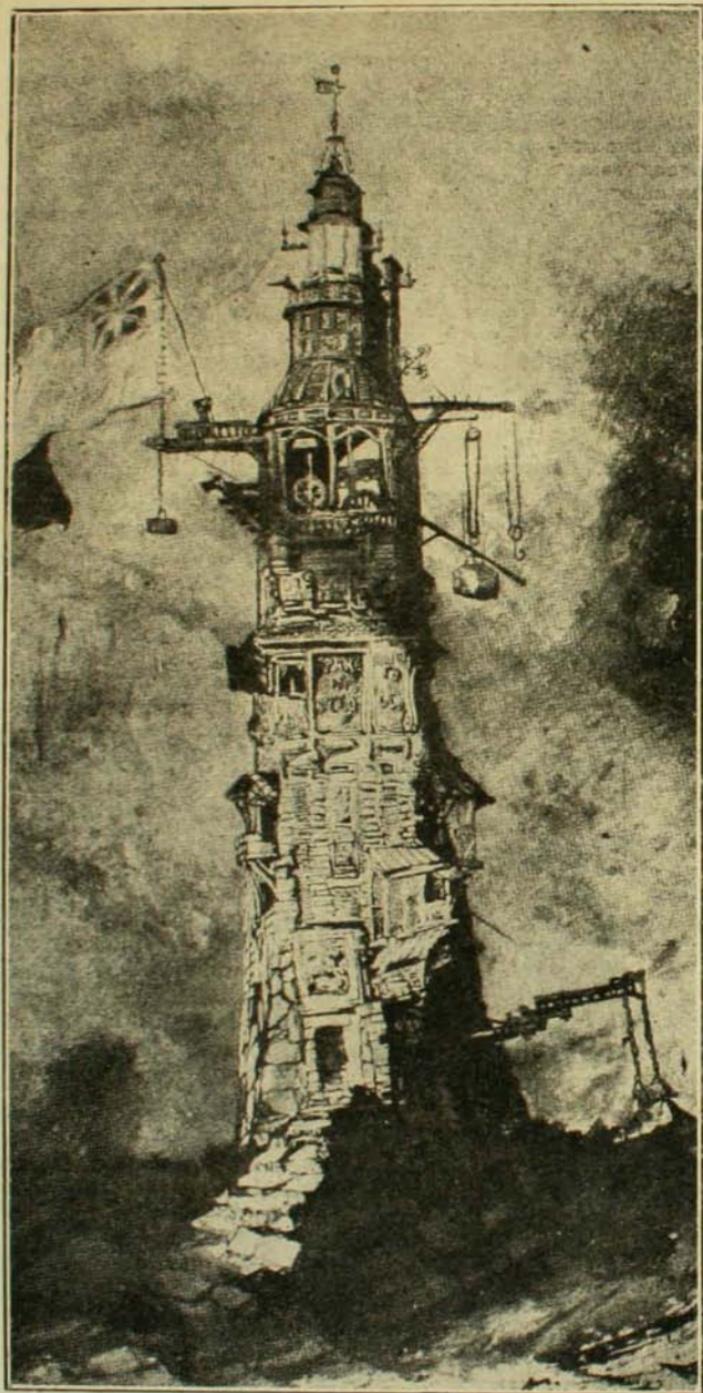
idad. En el Cementerio de San Lorenzo recibió su cadáver cristiana sepultura.

El día 24 reunieron en casa del pintor Casado del Alisal, situada en la plaza del Progreso, núm. 9, varios amigos y admiradores del poeta, para publicar los trabajos de Gustavo Adolfo. Cuando los reunidos cambiaban impresiones, llegó don Manuel Silvela, ministro de Estado a la sazón, para solicitar que se le contase entre el número de los admiradores del poeta y hacer suyos los acuerdos que allí se tomaron. Después de brevísima discusión, se convino en que cada uno de los reunidos contribuyese con tres mil reales al fin perseguido y que se abriera una suscripción en el domicilio del señor Casado y en la redacción de "El Museo Universal", con el indicado objeto. También decidieron los allí presentes que lo que sobrase después de pagar los gastos de la edición de las obras de Bécquer, se entregara a su viuda y a sus hijos.

A medida que fué pasando el tiempo, acrecentóse la fama de Gustavo Adolfo. Genio de nuestra poética, fué un innovador no comprendido en su época. Respeto a su familia, perdióse el rastro. De su viuda dicen algunos que se casó con un recaudador de contribuciones de la provincia de Soria, que fué asesinado en el umbral de su casa cuando iba dando el brazo a su señora. De sus hijos apenas se sabe algo...

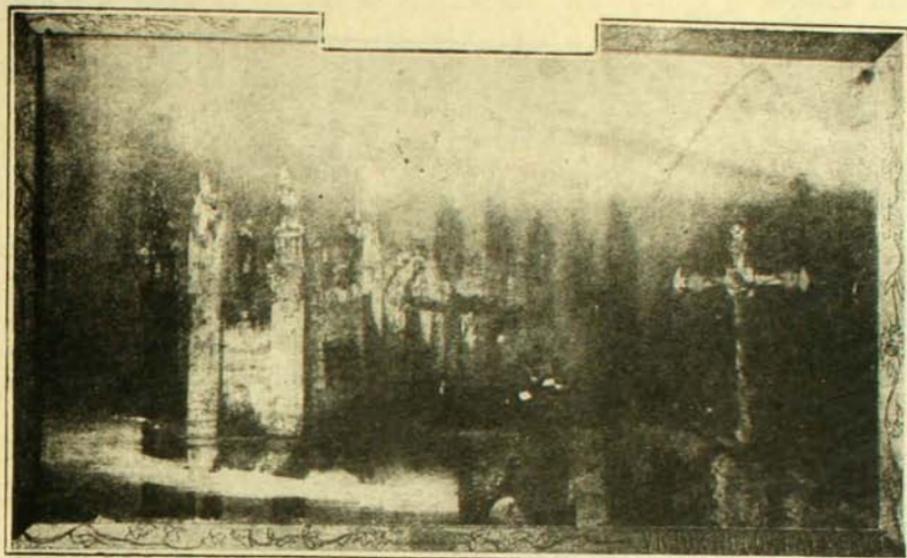
Sus obras han sido traducidas al francés, al inglés y al alemán. Fué un hombre triste y sombrío. La música le seducía. Constituyó una de sus pasiones favoritas. Sus contemporáneos le desdeñaron. Del Cementerio de San Lorenzo fueron trasladados sus restos a Sevilla, en unión de los de Valeriano, el día 8 del mes de marzo, para sepultarlos en el monumento que se erigió con este objeto en el Parque de Luisa Fernanda.





EL FARO DE EDDYSTONE

(Siglo XVII) del cual hace una bizarra descripción en "El hombre que río".



EL "BURG" DE LA CRUZ

Uno de los más hermosos y sugerentes dibujos de Víctor Hugo. Lo obsequió a Paul Meurice.

EL LAPIZ DE VICTOR HUGO

EL AUTOR DE "LOS MISERABLES", DIBUJANTE.—SUS PROCEDIMIENTOS.
—CARICATURISTA.—DECORADOR DE LA ALCALDIA DE THION-
VILLE.—APASIONAMIETO POR SU OBRA

Se cuenta que después de un viaje que hizo Víctor Hugo con Julieta Drouet, experimentó el poeta el deseo de fijar por el dibujo algunas de sus impresiones, y que su compañera de excursión le contestó sorprendida:

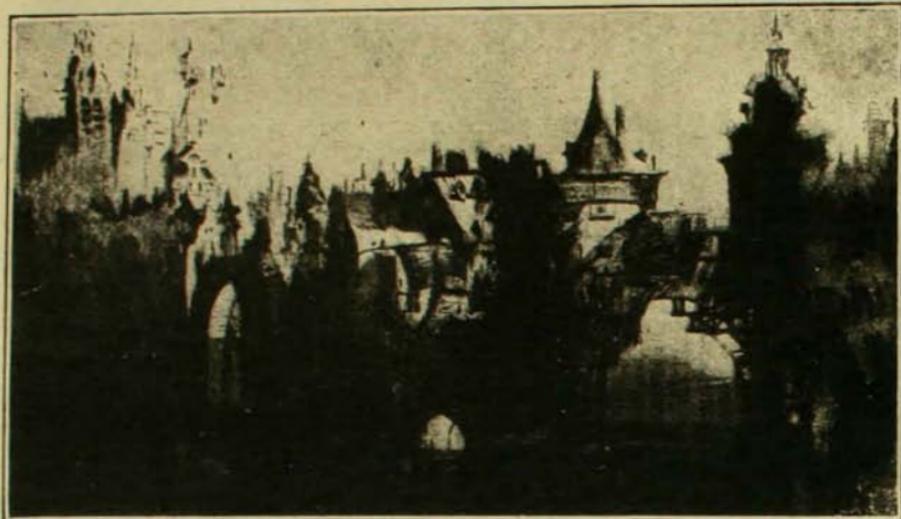
—Pero, amigo mío, usted no podrá llegar jamás a ser un buen dibujante y tiene, en cambio, tanta otra bella cosa que hacer. Perdería usted su tiempo.

—Yo creo que podré, estoy cierto de que podré. Cuando niño aprendí a dibujar bastante bien. Ahora, usted verá.

Y se empecinó en realizar su voluntad, tan poderosa siempre en él. Sus primeros

ensayos resultáronle, en verdad, infantiles; pero, rápidamente, alcanzó una maestría tal que uno de los principales pintores franceses actuales decía no hace mucho que si Víctor Hugo se hubiera empeñado en ello, hubiera podido conseguir como dibujante una gloria no inferior a la que disfrutó como poeta. Y Mr. Gustavo Simón ha contado en seguida la curiosa manera cómo han podido ser conocidos hoy un buen número de los trabajos al lápiz de que es autor el cantor de "Los Miserables".

Dice que Víctor Hugo los sembró a todos los vientos, distribuyéndolos a veces



EN EL CURSO DE UN VIAJE

Este dibujo mitad real e imaginativo forma parte de la serie ejecutada por Víctor Hugo en sus viajes por el Rhin.

entre los amigos y obsequiándolos aun al azar. Todo en él era pretexto para dibujar. Tomaba el primer trozo de papel a su alcance, un sobre de cartas, una invitación a comer, un borde de diario, un billete de teatro, una tarjeta de visita, y en cuatro rasgos trazaba un retrato, un perfil; esbozaba una caricatura de expresión singular, una figura viva, graciosa, burlesca, tierna; o hacía un ave, una flor, una barca, un castillo, aun el mar, o bien un niño, un académico o un bufón.

Desde luego, y además, Víctor Hugo fué inventor de una flor, de una flor bien suya y extraña, síntesis de variedad, mezcla de dalia, de pensamiento, de crisantemo, de margarita y de elemtide; la que pudiéramos llamar "flor de Víctor Hugo" y que se encuentra indispensablemente en sus paisajes, en sus motivos decorativos o en sus fantasías.

El dibujo había sido para él desde siempre un espareimiento, una diversión, como puede desprenderse de lo que el 29 de abril de 1860 escribía a Baudelaire: "Estoy contento y orgulloso del bien que piensa Ud.

de mis dibujos a pluma, y he terminado por mezclar lápiz, sepia, carbón, y toda suerte de misturas bizarras que llegan a producir próximamente lo que yo tengo ante los ojos y sobre todo en el espíritu. Eso me distrae entre dos estrofas".

Misturas bizarras, en efecto, ya que vertía sobre el lápiz o sobre el sepia, té o café, o mezclaba harina y hasta ceniza. ¡Cuántos de esos dibujos se deben al azar, a una mancha de tinta caída de su pluma, a una gota de café desparranada! Y tomaba, además, el primer instrumento que había a la mano: plumas, cabos de plumas, trozos de madera, mondadientes, y cuando no había qué emplear, manejaba ágilmente sus propios dedos.

Esta tarea, nacida sin método, era en sí un enigma. ¿Qué saldría de ella? El propio Hugo lo ignoraba.

Era a veces una vela de barco, vela que podía transformarse en árbol, el cual a su vez era susceptible de ir tomando un aspecto extraño que le hacía parecer torre. Y si agregaba todavía unas cuantas manchas de tinta, la torre pasaba a ser castillo con murallas gigantes y con todo el as-

pecto de una arquitectura grandiosa o terrorífica; a esto solía agregar cortes de cuchillo que situaban la construcción en lo alto de una montaña, cercada de abismos, por ejemplo, salvados por medio de puentes levadizos. Y daba en seguida al conjunto toques que fijaban la hora del espectáculo, si así pudiéramos decir, luz, oscuridad, tinieblas o aurora.

Arrancaba, pues, gracias a su fantasía, de una cosa insignificante construcciones extrañas, masas formidables pobladas de sueños, inventando cierta especie de arquitectura fenomenal más poderosa que la realidad misma.

Y cuando escribía una novela o un drama, trazaba conjuntamente al margen de sus manuscritos, la fisonomía de los personajes o hacía un esbozo del decorado o del medio dentro del cual debía desenvolverse la acción.

La historia en torno al mayor de los di-

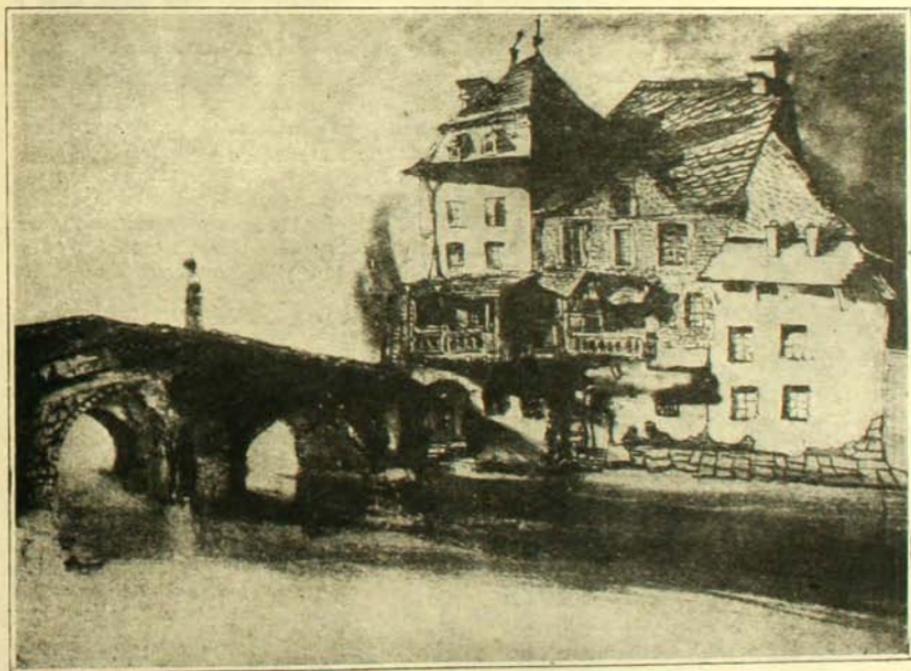
bujos de Víctor Hugo, "Le Burg a la Croix", es curiosa. Cierta día uno de sus amigos le dijo:

—Ud. hace dibujos muy curiosos y muy originales, pero demasiado pequeños. ¿Por qué no hace alguno más grande?

—No lo he pensado jamás. Y no es cosa tan fácil. Es preciso tener tiempo y condiciones, respondió el poeta.

—Ud. puede sí quiere.

Fué en 1848. Víctor Hugo vivía por entonces en la calle de la Tour-d'Anvergne. En el almacén de la esquina compró una gran hoja de papel. Tenía a la mano lo que él llamaba sus mixturas: tinta china, sepia, café; echó manchas de tinta al azar y sirviéndose en seguida de plumas, de los dedos, de cuchillos, dibujando, esculpiendo, cincelando, dando aire a las sombras, manchas blancas a lo oscuro, elevó ese monumento fantástico, turbador y terrible, dentro de un paisaje desolado.



UNA CASA HABITADA POR V. HUGO

V. Hugo escribió al pie del dibujo: "La casa que habito en el rincón del Puente 28 de Julio, Vian-den".



GAVROCHE A LOS 10 AÑOS

Caricatura hecha por V. Hugo para sus hijos Jorge y Juana.

Hugo consagró tres meses a este dibujo. Cuando tuvo que dejar la Francia por el Golpe de Estado, vendió su mobiliario y



GAVROCHE DE 11 AÑOS

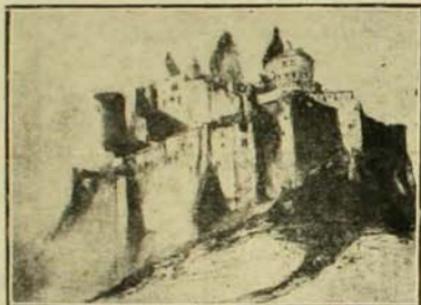
Caricatura que forma parte de una colección de dibujos satíricos hechos por el maestro

sus objetos de arte. Paul Meurice compró "Le Burg a la Croix" en 480 francos. Y se lo dijo al maestro.

—Sálvelo, le dijo entonces Víctor Hugo. Yo no quiero que Ud. lo pague. Le devuelvo su dinero, se lo obsequio. Además, le haré el marco.

En 1871, el poeta cumplió su promesa. Tomó cuatro tablas que iluminó con aves e insectos. En seguida escribió en caracteres gruesos: "Victor Hugo a Paul Meurice". Terminado el trabajo, el poeta mostraba sus dedos entintados y roídos por los ácidos:

—Miren mis pobres dedos, cómo están de maltratados! ¿Qué van a pensar de mí? Se dirá que Víctor Hugo no se lava jamás.



EL "BURG" DE VIANDEN

Croquis tomado en el Luxemburgo, en Vianden 1871, cuando Víctor Hugo fué expulsado por el Gobierno belga.

¡Qué reputación! No me atreveré a dar la mano a nadie.

Sin embargo, en vez de detenerse en lamentar el desecado de sus dedos, los artistas pasaban a celebrar sus dibujos. Teófilo Gautier, por ejemplo, escribía al respecto: "Victor Hugo posee ese ojo visionario de que se habla a propósito de Alberto Dürero; ve las cosas por su aspecto bizarro y la vida bajo las formas que revelan actividades misteriosas". En verdad, tales palabras no tienen aplicación sino en sus dibujos imaginativos, lo cual no quiere decir que sea ése el sólo género cultivado por Hugo. No, pues se sabe que copiando del natural dibujó la sala del Consejo Municipal de la Alcaldía de Thionville, después de la estada de los prusianos en 1871.

Y es sabido, además, que las caricaturas dibujadas por Víctor Hugo son numerosísimas. Son de un cómico impresionante y de una burla que recuerda a Honorato Daumier. La mayor parte de tales caricaturas estaban destinadas al entretenimiento de los nietos del poeta y eran hechas al descuido y de ocasión, todo lo cual, admirable de por sí, pasa a serlo más si se piensa cómo en una vida dada a labor literaria tan formidable, había tiempo todavía para crear una obra que haría por sí sola la reputación de un artista. Es ver-

dad que Hugo se apasionaba dibujando, tanto que en cierta ocasión le dijo el célebre grabador Lalanne:

—¿Cómo no hace Ud. agua-fuertes? Las haría admirables.

Y le explicó largamente el procedimiento.

El poeta movía la cabeza, resistiéndose.

—¿No quiere Ud., entonces?

—No.

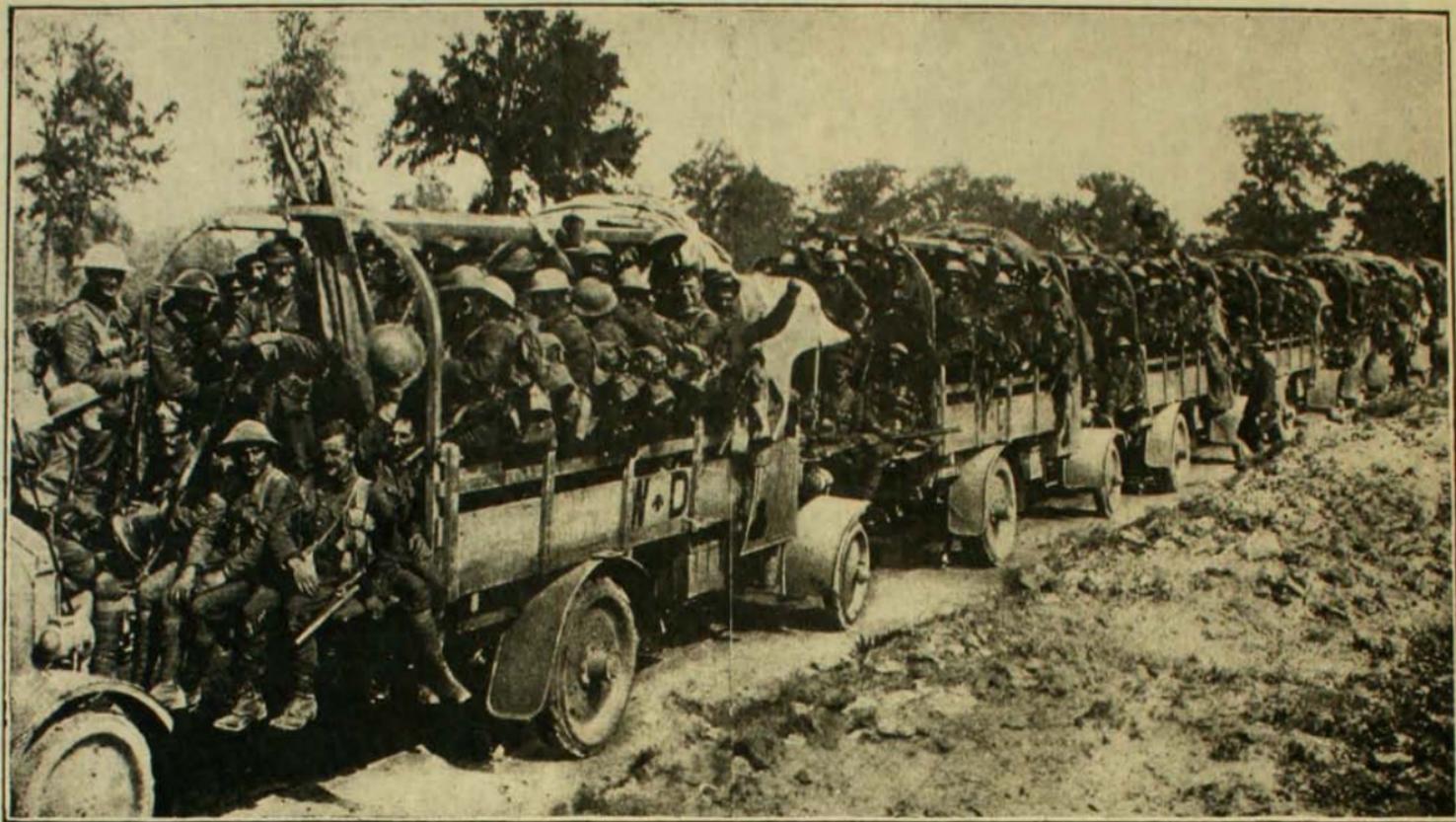
—¿Pero por qué?

—Porque no haría ya más otra cosa que agua-fuertes.



EL ENSUEÑO

Esta mano tendida simboliza el ensueño.



Después de la toma de Guillemont: La brigada irlandesa regresa a tomar un descenso.

La jornada irlandesa

Por FRANK W. EGAN

Los adversarios, de la causa irlandesa han esparcido por todo el mundo la especie de que los irlandeses fueron refractarios a la idea de prestar ayuda a los derechos de humanidad en la guerra europea, que fueron germanófilos, y que sólo un pequeño número de los habitantes de Ulster fué el que respondiendo al reclamo de las naciones aliadas.

Esto no es sino una calumnia. Los irlandeses fueron los primeros que se alistaron para ir en socorro de la valiente y heroica Bélgica. Como los hechos valen más que las palabras, darse aquí una pequeña historia de aquella época, publicado en Francia y traducido de este idioma. La verdad histórica, vale por todas las conversaciones tendenciosas encaminadas de desprestigiar la causa de Irlanda.

Estado mayor británico en Francia.

“Los regimientos irlandeses que tomaron parte en el ataque de Guillemont el día 3 de septiembre, han dado prueba del mayor entusiasmo y valentía, y han contribuido en mucho al éxito de la jornada.—Sir Douglas Haig.—8 de septiembre.”

“La hermosa conducta de las tropas irlandesas de Connaught Lienster y Munster, ya señaladas con ocasión de la toma de Guillemont, se renovó ayer en el ataque de Ginchy por las mismas tropas.—Sir Douglas Haig.—9 de septiembre.”

De como las tropas irlandesas de Lienster, y de Munster y los de Connaught se tomaron a Ginchy. Estos datos son tomados del reportaje hecho por el señor Philips Gibbs, corresponsal de guerra.

No es en sencillo estilo de periodista como debiera ser narrada la toma de Ginchy por las brigadas irlandesas, sino en estrofas

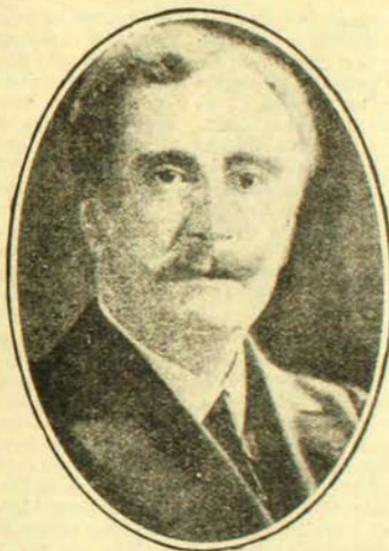
heroica. Ese hecho de armas hará caer muchas lágrimas en Irlanda, porque muchos de sus hijos necesitaron la muerte en él; pero el corazón del pueblo irlandés se henchirá de orgullo, porque esos hombres de Munster, de Dublin, de Connaught y de todas partes del Oeste y del Sur, han realizado tantas maravillas de valor y de resistencia que han agregado un hermoso y noble capítulo a la historia de la raza Céltica.

A su vuelta de la batalla, estaban rendidos, extenuados, y gran número de sus camaradas caído, pero el espíritu bórico los sostenía y marchaban con paso firme y alta la frente. Es una de las cosas más emocionantes que he visto en el curso de esta guerra.

Un gran pintor hubiese visto allí un objeto digno de enardecer su imaginación; esa larga fila de regimientos irlandeses, en las cuales había tantos vacíos, atravesando un aranal inculco cubierto de restos del bombardeo de dos años, y lleno de la confusión resultante del conflicto actual.

Detrás de ellos se levantaba una nube de humo negro cerniéndose sobre el campo de batalla, de donde venía el formidable rugir de un cañoneo continuo y alrededor de ellos, nuestras baterías, a disparos seguidos, arro-

jaban sus granadas sobre las líneas enemigas; pero caminaba delante de los regimientos un gaitero cuya música, recordándoles hogares lejanos, estaba impregnada de una nota lastimera que parece un recuerdo a los que cayeron y quedaron en el campo de batalla. Un general de brigada (cabe?) al atravesado la Banura, vino a su encuentro. No los había visto desde el alba en el momento en que todavía combatían en medio de las ruinas de Ginchy, de las cuales se habían apoderado por asalto.



El Mayor William Redmond, hermano menor del famoso jefe de los nacionalistas irlandeses, John E. Redmond.

Se detiene, al lado del camino, seguido por sus soldados, y con una expresión de profunda ternura sus ojos se fijan en ellos mientras defilan delante de él y les dirige palabras de agradecimiento y de estímulo; de vez en cuando, volviéndose a mí, me dice: cuán admirable la conducta de estos valientes. Los oficiales, a la cabeza de las compañías lanzan su voz de mando que repiten los suboficiales, y el general exclama: "¡Sigán!" y bien "¡Perfecto." "¡Han sido Uds. admirables." "¡Bravo por los Dublinenses!... Uds. se han conducido verdaderamente bien y Uds., los Munster!... son famosos muchachos de Cork.

Al oírlo, los hombres se enderezan, sus ojos relampaguean, aprietan las filas y sus rostros se **distienden** bajo sus gorras.
"¡Hola! ¡Alá, Greene!"—grita el general a un gran valiente que camina fuera de las filas,—"estoy contento de verte intacto, porque eres un hermoso blanco, estaba herido.

La banda de músicos, se lanza en el valle, y como los soldados desaparecían en el recodo del camino, la emoción me oprime el corazón. Temprano por la mañana, me había encontrado en medio de ellos y antes de su partida, había oído contar aventuras maravillosas y actos de valentía, a veces con ese humor irlandés que sabe encontrar la nota caprichosa en los momentos más angustiosos, y a veces con esa melancolía del hombre que llora a sus amigos, pero todo esto sin que la espantosa tensión pareciera afectarlos, y al contrario con una alegría feroz, inspirada por la victoria.

Entre ellos, se encontraban algunos que habían estado en Gallipoli, y un sargento de Munster me manifestó que la toma de Ginchy, había sido la más violenta acción a la cual había asistido desde el desembarco de tropas en Souvia el día 21 de agosto. Dos hombres del regimiento que habían combatido en Mons durante la retirada y que habían escapado al infierno de los Dardanelos, habían sido muertos viniendo de Guillemont. Como muchos soldados del ejército regular, ese hombre encomió la conducta de los regimientos del nuevo ejército que habían luchado en ese día cerca de él.

Han sido sencillamente soberbios. Los Fusileros irlandeses han voltado todo como si hubiesen sido un torbellino.

Nada se oponía a su paso. Los alemanes levantaban, a' huir tales nubes de polvo que ocultaban la vista.

La historia de las brigadas irlandesas, no principia sólo en Ginchy. Principia en Guillemont, donde una brigada tomó la parte Norte de la aldea en un solo asalto irresistible. Después de esto (como anteriormente), fué expuesta a un violento bombardeo sin poder tomar ni descanso ni alimento caliente, y casi sin agua hasta el momento del nuevo

ataque, donde se encontró en la extrema derecha.

La brigada que se hallaba a la izquierda, estaba abrigada en hueco de ruinas comunicados entre sí, porque en esa parte del frente no se encontraban ya de esas antiguas trincheras bien construidas con durmientes y abrigos confortables. Durante cinco días, se mantuvo con porfía bajo un bombardeo sin fin. Cuando vino la hora fijada para el ataque, los soldados, lejos de sentir disminuir su valor, como hubiese podido suceder con hombres de menos temple, después de semejante prueba, estaban impacientes para salir de las trincheras, ir adelante y tener "su turno".

Los alemanes que defendían a Ginchy, habrían sentido terror apoderarse de ellos si hubiesen sabido cuáles eran los hombres que iban a lanzarse contra su fortaleza.

Hubiesen suplicado al cielo que los preservase de los irlandeses. A pesar de todo, los alemanes no estaban muy confiados. Eran rechutas que acababan de llegar al frente y que tenían el presentimiento de un espantoso peligro. Pertenecían a la 185.ª división, a la 19.ª división de Bavaros y a una compañía de ametralladoras de la 88.ª división. Acurrucados en un laberinto de abrigos y de túneles practicados bajo las ruinas de la aldea, esperaban el asalto, resueltos como ya lo sabemos a vender cara su vidas. Eran guapos muchachos.

El ataque principió un poco antes de las cinco, después de un furioso bombardeo. Los irlandeses se lanzaron adelante gritando: "¡Adelante Munster!" "¡Adelante Dublin!" lanzando antiguos gritos de guerra célticos: "¡A Uds., los fusileros irlandeses!" La lluvia de nuestros obuses los precedían. Dispuestos en cuatro líneas, en orden disperso, a una distancia de cincuenta metros una de otra, cargaron y tomaron las primeras trincheras alemanas, a los ocho minutos después de haberse recibido la orden de atacar. La distancia recorrida era de 600 metros, lo que es un maravilloso **record**.

A la derecha, los irlandeses se encontraron detenidos por tres ametralladoras muy bien colocadas, que producían el más tremendo efecto y que cubrían el terreno de una granizada de balas. Un gran número de hombres cayeron; otros se tiraron al suelo, la cara contra la tierra, de modo que las balas pasaban por encima de ellos. Al mismo tiempo, oficiales y soldados estaban expuestos al fuego de los tiradores alemanes, los cuales habían salido de sus trincheras. La situación se iba a poner peligrosa si no se alcanzaba a silenciar las ametralladoras.

Las tropas de la derecha del ala izquierda ejecutaron entonces una brillante maniobra táctica, dando vuelta para atacar por el Oeste y por el Norte, la posición ocupada por

las ametralladoras en un movimiento envolvente. Esto obligó a los aeminas a retirarse con sus aparatos a 300 metros más atrás, para no ser cercados y volvieron a disparar hasta el momento en que fueron despedazados por los morteros de trincheras agregados a uno de los batallones irlandeses. El ala derecha pudo entonces avanzar y juntarse con el ala izquierda y las dos juntas penetraron en la aldea mientras los fusileros irlandeses quedaban atrás para guardar las posiciones conquistadas y mientras los Dublineses cargaban.

En el medio de la aldea, entre los abrigos levantados para proteger la tropa se encontraba una vieja granja en ruinas donde el enemigo tenía una ametralladora que lanzaba descarga sobre descarga. Los morteros otra vez salvaron la situación. Llegados con la infantería, los artilleros apuntaron sus piezas sobre la granja con tal precisión que la ametralladora enemiga fué inutilizada después de un corto cananeo.

Nuestros hombres estaban siempre expuestos al fuego de los tiradores y de la infantería atrincherada en la parte Norte de la aldea donde existía un sistema de abrigos de cemento, comunicados por ramales guarnecidos de troneras a nivel del suelo, en donde disparaban sobre nosotros. Sin dejarse atemorizar por ese peligro, los irlandeses se abalanzaron de un vigoroso esfuerzo sobre sus enemigos. En las trincheras, en los abrigos, en los hoyos de granadas hubo una tremenda lucha cuerpo a cuerpo; los bávaros lucharon con una energía salvaje, haciendo uso de sus rifles y de sus granadas y después de sus bayonetas, hasta que por fin cayeron bajo las bayonetas de los irlandeses. Esto duró muy poco. Un minuto después de haber alcanzado a la mitad de la aldea, los Dublineses alcanzaban la parte norte y mandaban algunos destacamentos a 200 metros adelante. Pero, un peligro les amenazaba y podía haber producido un desastre si ellos no hubiesen dado pruebas de una rápida comprensión y genio militar.

Los irlandeses confiaban en que su flanco izquierdo sería sostenido por otras tropas, atacando entre Ginchy y el bosque de Delville; pero, con motivo de las dificultades del terreno en ese lado y de la rapidez del movimiento de los irlandeses, esto no fué posible, y los vencedores de Ginchy se encontraron expuestos a un ataque de flanco al noroeste de la aldea. Un joven oficial ingeniero se dió cuenta de la situación y encabezando algunas tropas hizo establecer rápidamente un atrincheramiento y lo guarneció de puestos firmes a fin de repeler un contrataque. En la extrema derecha la situación fué durante algún tiempo igualmente peligrosa, porque las tropas

comprometidas de ese lado, no habían tenido tiempo de asegurar sus posiciones. Y lo que da a la admirable hazaña de la brigada irlandesa gran valor desde el punto de vista militar, es que ha alcanzado, cosa sorprendente, a apoderarse de un frente enemigo de 900 metros sobre una profundidad de un kilómetro y medio más o menos sin haber sido apoyada por otras tropas sobre ningún franco.

Desde el punto de vista militar, y fuera de toda consideración profesional, desde el punto de vista humano, en una palabra, lo que da un carácter de grandeza a la toma de Ginchy, es únicamente el valor de esos muchachos de Irlanda que sin amedrentarse por la proximidad de la muerte que los amenazaba por todos lados, corrieron derecho "a la meta" como caballos de carrera irlandeses. Los que recibieron la orden de quedarse en la aldea casi lloraron de rabia por no poder tomar parte en el asalto que siguió.

"Habríamos ido al otro lado del mundo" decía uno de ellos "sin esta maldita Diplomacia". **Diplomacia** es una expresión rara para expresar esta sencilla idea de que hay que asegurarse del terreno conquistado; pero se ve lo que querría decir y a qué concepto respondía su empleo. Fué así como animados del mismo espíritu, tres ordenanzas agregados a los oficiales del Estado Mayor desertaron momentáneamente sus puestos. Uno de ellos dejó sobre la mesa de su jefe una carta concebida como sigue: "Como no he podido estar en Guillemont, me voy a Ginchy. Espero volver. Así es que Ud. me disculpará".

¡Buena y admirable gente! Entre ellos, se encontraban **Sinn Feiners**, imbuidos de todo el ardor de sus convicciones políticas, pero soldados cumplidores, según dijo uno de sus oficiales, que era inglés, Nacionalista y católico, irlandeses hasta la médula, teniendo en la sangre y en el cerebro toda las tradiciones de su raza, esos hombres han guerreado sin acordarse de sus agravios, sin sospecha de odio sino hacia el enemigo, al cual llaman **Jerry** en lugar de llamarlo **Fritz**.

Durante los combates, fueron implacables, pero fueron humanitarios para con sus prisioneros. Nada de más curioso que ver en esos hombres como reemplazaba la bondad al odio. Uno de ellos me contó una cosa muy extraña, pero verdadera, porque su mirada franca y abierta me garantizaba la exactitud absoluta. En vísperas del ataque, tomó prisionero a un sajón gigante que había encontrado en un hoyo donde se abrigaba. Herido en la pierna y en la espalda, ese hombre tenía un revólver y no estaba inhabilitado para seguir batiéndose. Pero

no tenía ganas de pelear cuando el irlandés se le fué encima.

—¿Acaso va Ud. a matarme?— le dijo él en correcto inglés.

—De seguro que no—dijo el irlandés. Pero Ud. me dará el gusto de botar esa pistola ¿no es cierto? Después, el sargento irlandés desató sus vendas y curó la pierna y la espada de su prisionero—(esto sucedía mientras silbaban las granadas, hecho lo cual le dijo. "Ahora, huye a tus líneas, porque a fe mía, no tengo ninguna gana de hacerle ningún mal"). Y el alemán se volvió a Giachy, lo que tal vez sentiría más tarde, sin ninguna duda.

Un vigoroso irlandés de alta estatura, haciéndome la descripción de la carga principal, me dijo: "Los hombres de pequeña estatura y de poca corpulencia hicieron prueba de la más grande audacia, señor: daba gusto verlos. Y los Jeffries (alemanes) huían con tal velocidad y tenían la garganta llena de polvo. Es tal como se lo aseguro.

—¿Y cómo te has proporcionado esta gorra boche?— preguntó un irlandés a un compañero. ¿Acaso mataste a tu hombre?

—¿Si lo he muerto? He traído catorce prisioneros yo solo, y si deseas la prueba, aquí la tienes; es el recibo".

Sacó de su bolsillo y mostró un papel.

Efectivamente era el recibo del oficial por los catorce hombres.

* *

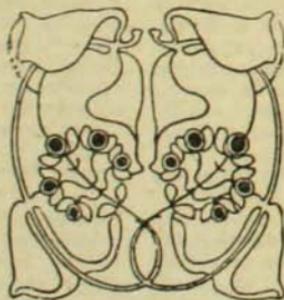
Estos sobrevivientes son los mismos que hoy luchan, en su propio país, por la realización de los hermosos ideales que los llevaron a Francia y Bélgica, los inalienables derechos de las naciones y de las razas.

¡Qué amargo desencanto el que han sufrido estos valientes que, al tornar a su patria, (después de soportar tantos horrores y sacrificios) se han encontrado con que eran vanas promesas las de los estadistas ingleses que aseguraban que, en adelante, cada nación debía dirigir sus propios destinos!

Y qué triste es pensar en tantos irlandeses que hoy duermen el sueño eterno en tierra extraña, rindiendo inútilmente su vida en pro de un ideal hasta ahora no alcanzado.

Infelices madres las de esos bravos muchachos que han visto infructuosa su abnegación y trocarse en llanto el goce efímero del triunfo comprado a costa de la sangre de sus hijos.

El mundo, después de tantos sacrificios, sigue siempre quemando incienso a ese militarismo contra el cual se levantó media humanidad y ese militarismo impera sobre toda ley y sobre todo derecho en la desgraciada Irlanda.



¿CUAL ES MI OBRA PREDILECTA?

(Hace algún tiempo, un hábil cronista interrogó a literatos, músicos, pintores, a los artistas de España, en general, sobre cuál era su obra predilecta de entre aquellos de que ellos mismos son autores, atendiendo ya a la perfección con que desarrollaron su pensamiento, ya a las circunstancias que presidieron su génesis, ya, en fin, al éxito que logró el trabajo al ser conocido por el público. De entre las respuestas dadas con este motivo, entresacamos algunas muy interesantes)

—Con toda sinceridad, debo decirle que entre mis obras no tengo predilección por ninguna. Apenas termino de escribirlas, les tomo aversión; la corrección de pruebas es para mí el mayor de los suplicios, y sufriría un ataque de nervios si me obligasen a leer una novela mía escrita hace tres o cuatro años... Tan por completo las olvido que cuando alguien me cuenta un episodio de ellas tengo que hacer un esfuerzo para recordarlo, y a duras penas lo consigo.

—Sin embargo,—insistimos— ¿no habrá alguna que merezca, en cierto modo, preeminencia, ¿Ni siquiera “La barraca”?

—Tampoco. ¿Por qué esa, y no otra? La mayor popularidad que haya adquirido en España no puede justificar mi preferencia; muy lejos de ello, encuentro mucho mayor mérito en otras, como “Cañas y barro”, por ejemplo, escrita cinco años más tarde que aquella; y si hubiera de atenerme al éxito logrado en el extranjero, “La Catedral” lo ha tenido muy superiores al de “La barraca”... Yo vivo todas mis novelas del modo más intenso posible, mientras las produzco; pe-

ro después de impresas las olvido. De aquí que no pueda señalar preferencia de ninguna clase entre ellas, pues sólo presto atención a la que está surgiendo y a las que han de seguirla.

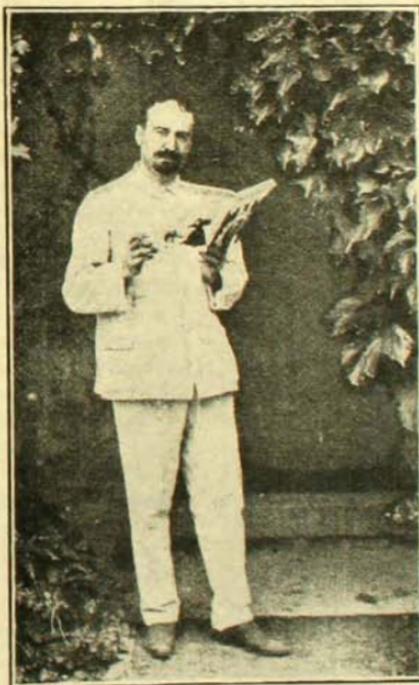
Mannuel Linares Rivas

El autor de “Bodas de plata”, “Añoranzas” y tantas otras obras teatrales, descansa trabajando. Recientes aún sus últimos

triumfos, no deja enmohecer su pluma y prepara, entre otras cosas, una pieza para el Teatro de Apolo, deseoso de dominar en absoluto el único género que se le ha resistido algún tanto.

Alzando la vista de las cuartillas en que escribe, la dirige a su interlocutor, que le hace la pregunta consabida.

—Sin vacilaciones pueda contestarle, —dice.—Si he de fijarme, para determinar mi predilección, en la obra que más influjo haya podido ejercer en mi vida, le citaré, sin dudarle, “Aires de fuera”. Es mi primera comedia grande, en la cual ví realizada la aspiración suprema de todo autor dramá-



Vicente Blasco Ibáñez.



Manuel Linares Rivas.

fico al conseguir que se estrenase en el Teatro Español bajo los buenos auspicios de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Además, contribuye a hacer memorable dicho estreno, decisivo en mi vida de autor, la tragedia familiar que, por extraño capricho del destino, tuvo lugar para mí, coincidiendo con aquel éxito...

Y, con efecto, recordamos la terrible coincidencia: mientras el público aclamaba con entusiasmo el nombre del autor de "Aires de fuera", viendo en él una legítima gloria de la dramática española, la Fatalidad, implacable ganadora de alegría, dispuso que dejase de existir el ex-ministro liberal padre del ilustre autor cuyo nombre encabeza estos renglones.

Miguel Blay

Con su largo blusón de trabajo, el gran escultor catalán prepara una de sus futuras obras, hermosa composición que habrá de embellecer la fachada del grandioso edificio que construye la Sociedad Coral de Barcelona. Sorprendido por la pregunta en cuestión, Blay no sabe qué contestar, y se pasa por la frente la mano manchada en yeso.

—No sé... no sé... Una respuesta categórica es muy difícil de dar...

Y rebusca en un cartapacio donde conserva reproducciones fotográficas de sus obras, sin decidirse por ninguna, hasta que, al fin, entresaca un fragmento del soberbio monumento a Chavarri, erigido en la plaza de Portugaleta. Sin embargo, hace protestas de no estar absolutamente decidido por esta obra, ni por otra alguna, para considerarla preferible a las demás.

Tomás Luceño

El ingenioso y culto escritor cuyo nombre antecede otorga su predilección al sainete titulado "Amén, o el ilustre enfermo".

—Conste,—dice en un arranque de modestia, en él característica—que no es que yo suponga mérito alguno en esa obra, ni en ninguna de las mías; es, sencillamente, el recuerdo de la manera como nació la que provoca semejante preferencia.

Y con su charla sencilla y bondadosa, evoca la génesis de su favorita.

—Allá por los años de ochenta y tantos nos reuníamos en una casa de la calle de la Victoria, que ostentaba el nombre de "Centro Artístico y Literario", todos o casi todos los que por aquella época rendían culto en Madrid a la literatura: allí concurrían, entre otros, Ramos Carrión, Vital Aza, Ricardo de la Vega, Sinesio Delgado, Pepe Estremera, Fernando Manzano, y muchos más. Y allí cierto día, entre bromas y veras, nos comprometimos solemnemente a escribir cada uno, en el plazo perentorio de un mes, una obra teatral en un acto, con el imprescindible requisito de adaptarla a un título forzado, que la suerte debía designar, a cuyo fin colocáronse en un sombrero varias papeletas con los nombres de los conjurados, y en otro igual número de frases o palabras, escritas a capricho, y que debían servir de títulos obligados para las futuras obras. La penalidad en que incurriría el que no saliese airoso del compromiso había de consistir en pagar amuerzo y cena durante ocho días consecutivos para todos los que tomábamos parte en el convenio, lo cual constituía seria amenaza de un más que regular desembolso,

sirviendo de acicate para que todos procurásemos no dormirnos y pusiéramos en prensa la imaginación.

“Claro está que no se llevó el asunto a punta de lanza: toleróse que el que no **Sintiera** el título que le cupo en suerte lo permudara con otro que se hallase en igual caso: asimismo consideramos como cosa lícita el acoplar algún asunto previamente concebido, y aun obras ya hilvanadas, siempre que se acomodasen a las exigencias del título que correspondió a cada cual.

“Todos trabajamos con ahínco durante los treinta días siguientes a la apuesta; y aparte de algún caso excepcional, como el de Estremera, a quien una desgracia de familia impidió cumplir lo pactado, al finalizar el mes nos reunimos de nuevo llevando cada cual su correspondiente manuscrito, completamente listo, terminado y en disposición de ir a manos del maestro que hubiera de ponerle música o a las del director de escena para ensayarlo. Entre ellos figuraban algunos de los grandes éxitos del género chico: “Las doce y media y sereno”, “La baraja francesa”, “Su Excelencia”, “El chaleco blanco”...

“Y entre ellos también se encontraba mi sainete “Amén o el ilustre enfermo”, que fué estrenado el 8 de abril de 1890 en el Teatro Lara, representándose cincuenta y tantas noches consecutivas, cifra exorbitante para aquella época, en que las obras no se hacían tan viejas como ahora en los carteles...

Salvador Rueda

¿Quién no concede al nombre de Salvador Rueda la importancia que merece? En España, nadie desconoce la personalidad de este poeta, quizás el único gran poeta que nos queda. En la América latina, menos que aquí es ignorado: han querido imitarle, y no lo han logrado, porque los dones del cielo no pueden imitarse, y Salvador Rueda posee como pocos el inestimable galardón de la Poesía: ante su pluma se rinde esta musa y a su pensamiento se muestra sumisa y obediente. Preguntado por el **repórter**, contesta:

“De mis obras, ¿mi predilecta? Para hablar con sinceridad, ninguna obra determi-

nada, y si el tumulto de voces d'versísimas que sale del total de ellas. Pero como usted me pide que concrete, que puntualice, le diré que tengo preferencia por una obra en cada género de los que cultivo: poesía, teatro, novela y, alguna vez, crítica. De esta, le tengo inclinación, no porque crea que vale nada, sino porque fué el libro-heraldo de este gran movimiento literario, a “El Ritmo”. En él pedía que se hiciese uso, en poesía, de **todo el ritmo en sus interminables combinaciones**, y no solamente se ha hecho uso, sino que se ha hecho **abuso**, llegándose al delirio de los delirios. ¿Tendría que escribir un **Contra ritmo!**...

“De las novelas, a pesar de los inmerecidos honores de las lenguas italiana y francesa, que se llevaron, vertidas en ellas, “El gusano de luz” y “La reja”, yo prefiero “La cúpula”. Es de no larga dimensiones, antes bien, recogida, y no le tengo inclinación porque crea que posee mérito ninguno, sino porque en ella se canta lo que yo creo tema más capital, sagrado e inmenso de la vida humana y de toda la vida universal, cual es el acto de reencarnarse y de transmitirse todos los organismos a la inmortalidad.

“De teatro, entre “La Musa” (cuya idea



Miguel Blay.

capita! la veo reflorcer en otras obras no mías), entre "La guitarra" y otras producciones que tengo inéditas, prefiero "La guitarra", no tampoco por suponerle mérito, sino por ser un trozo de España.

"Y en poesía, por último, no prefiero, como las distingue el público. "Fuente de salud" y "Trompetas de órgano", sino que prefiero mi colección de poesías titulada "El hombre"; la predilección no es tampoco por méritos, sino porque en ese libro se juntan y enlazan los términos y temas más distintos y el concierto más variado de voces humanas que hay en ninguna obra mía, conteniendo desde lo cómico hasta lo trágico y pasando por la más completa gama de mi expresión.

"Tenemos, pues: "El ritmo", "La copula", "La guitarra" y "El hombre" ¿Que de estas cuatro, cuál? Pues la última.

Los hermanos Quintero

Estos fecundos e insignes escritores, hoy en el apogeo de su legítima gloria, nos honran con las siguientes líneas, contestando a la pregunta objeto de nuestra información:

"Cuando la producción es grande y muy



Tomás Luceño.

frecuente, como la nuestra, y se vive en plena actividad creadora, es muy difícil señalar preferencias o predilecciones: lo producido se olvida, o poco menos; sólo se está atento a lo que se imagina y se va a escribir, entre lo cual, naturalmente, figura la obra ideal, perfecta, impecable, que nunca se escribe. Esa es, en rigor, nuestra obra predilecta; entre otras razones, porque ella es la que nos obliga a perfeccionarnos en nuestro arte, a estudiar, a aprender en la vida y en los libros, y a poner cada día la mira más alta.

"Pero, ateniéndonos a las ya escritas, que pasan de cincuenta, y que son de las que aquí se trata, repetimos que es punto menos que imposible determinar cuál o cuáles son las predilectas: porque, desde luego, no es una, sino varias... si no nos arojamos a decir que todas, ya que en cada una podría encontrarse un motivo particular de predilección, ajeno al mérito o al valor literario de la obra casi siempre. La explicación de esto no suele estribar sino en la historia íntima de cada una de ellas, en las circunstancias que presidieron a su concepción y alumbramiento, etc., etc.

"Así, por ejemplo, para citar algunos casos preferimos "Esgrima y amor", nuestro primer juguete, por ser la alegría más pura de nuestra vida de autores; "El ojito derecho", nuestro primer entremés, por ver en él algo así como el germen de todo nuestro futuro teatro; "Los Galeotes", nuestra primera comedia, en cuatro actos, por el esfuerzo y el trabajo que nos costó, aparte otras razones que nada tienen que ver con la literatura; "La buena sombra", porque fué el sainete que nos hizo populares y nos valió una carta de Clarín, que guardamos como un tesoro; "Las flores", porque fué escrita en plena sazón de juventud y entusiasmo; "El amor que pasa", por su asunto... y por otras cosas de corazón adentro; "La zagala..." Pero... ¿a qué seguir, si al cabo vendríamos a parar en que la una por esto, la otro por lo otro, todas nuestras obras, aun las más pobres e insignificantes tienen, por algo, derecho a nuestra predilección?... "

"Y así debe ser, y así tiene que ser, des-



Serañ y Joaquín Álvarez Quintero.

pués de todo; porque si bien se mira, los hijos del ingenio se parecen a los de la carne en que cada uno de ellos se lleva un pedazo de nuestro corazón, algo de nuestro espíritu y de nuestra vida; y en ellos vemos reflejarse, más o menos alterado, nuestro propio ser con todas sus alegrías, dolores y pasiones...''

Amadeo Vives

El ensayo ha concluido. Por la angosta puerta del escenario salen en tropel artistas, coros y figurantes, llenando el pasillo con sus cuerpos y el aire con su voicinglería. Entre la penumbra misteriosa en que yace la escena, se ven sombras fugitivas que desaparecen taconeando sobre las tablas. Apoyado en una de las cajas de bastidores, hay un hombre de rostro grueso, completamente rasurado, que viste largo gabán de obscuro colorido y se cubre con flexible hongo negro. Es Amadeo Vives.

Niégase en un principio a contestar a la pregunta sempiterna, sin que logren hacerle variar de criterio las insistentes palabras del recopilador de estas artísticas impresiones.

—No es por modestia, sino todo lo contrario,—dice el maestro compositor.—Aún he producido poco, y mi obra predilecta es la que está por hacer; ninguna de las que conoce el público reúne las condiciones necesarias para merecer mi predilección.

Algún día, tal vez sea más explícito: hoy, no puedo...

Sin embargo, apremiado, capitula.

No siente predilección por "Don Lucas del Carrat", obra primorosa, que le dió a conocer como una legítima esperanza del arte lírico; no por "Bohemios", esa delicadísima filigrana que el público español no se cansa de oír cien y cien veces; tampoco por las vibrantes notas de "La buenaventura", ni por la linda opereta "El húsar de la guardia", modelo en su género. En cambio, al hablar de "La balada de la luz" percíbese en sus frases la inequívoca prueba de una mal disimulada ternura.

—No lo puedo negar... La partitura de "La balada" es la más aceptable de todas las mías: la encuentro más completa, mejor acabada que ninguna otra.

Y es que ella fué la obra decisiva, la que sancionó la naciente fama del compositor, la consolidadora de su justo renombre, al estallar, en noche memorable, la ovación entusiástica del público reunido en la sala de la Zarzuela, en esta misma sala.

Eugenio Álvarez Dumont

El notable pintor cuyo nombre antecede nos favorece con la siguiente esquila:



Eugenio Álvarez Dumont.

“¿Cuál de mis obras prefiero? Si he de ser franco, ninguna: al soñarlas, tal vez llegué a entusiasmarme con ellas; después de realizadas, fueron una decepción. no eran nunca lo que había pensado.

“Pero debo dar una contestación categórica. Así pues, citaré a “Malasaña y su hijo, bat’éndose contra los franceses”. Esta obra es expresión viva de una época en que yo aún tenía fe en mi patria: hoy... hoy, **peor es meneallo**: todo ha desaparecido; se borró la leyenda, y yo no pinto ya más que impresiones de la realidad fugaces recuerdos de viajes, para mi propia satisfacción, sin preocuparme de los artistas ni del público.

“Esta clase de trabajos acaso parezca de menor cuantía; pero yo los prefiero a cuantos otros pudieran merecer mi atención, y de ellos estoy satisfechísimo, porque me **entretienen** en todos los sentidos que esta palabra alcanza.”

Ricardo León

El notable académico contestó con su naturalidad habitual:

“Mi producción más estimada por el público es “El Amor de los Amores”; pero yo prefiero “Comedia Sentimental”, más íntima y juvenil.



Amadeo Vives.



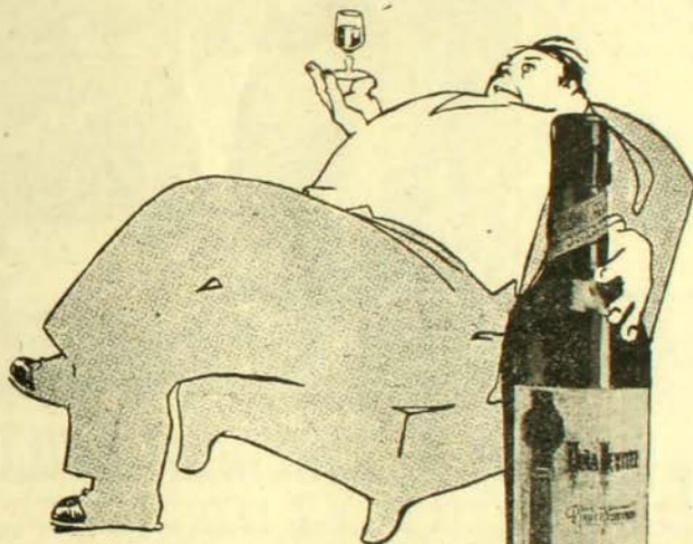
VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benítez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646

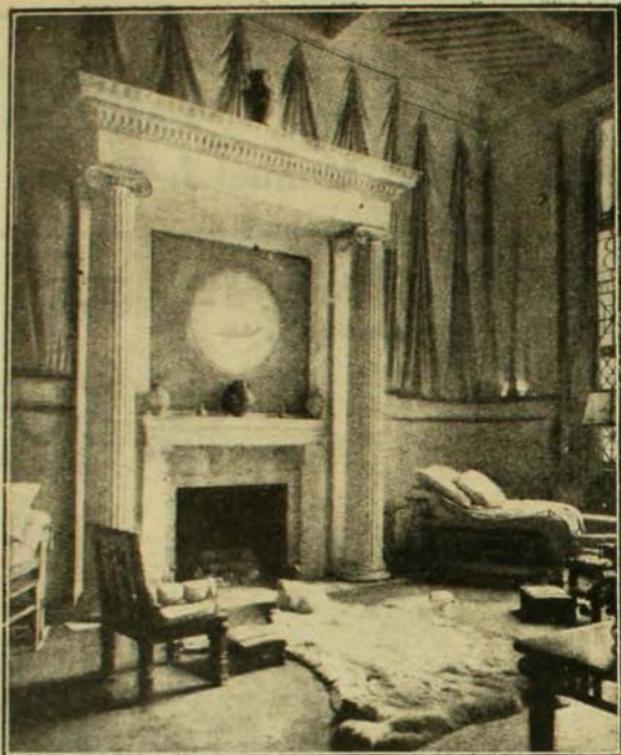


RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO

EN LA INTIMIDAD

¿Cómo amueblaré mi casa?—Respuesta a esta pregunta que se hacen siempre las señoras.—Carta de una señora a su marido, desde Europa.—Consejos de buen gusto.



Un rincón en que hay pieles y cojines en profusión.

Un caballero amigo mío cuya esposa está en Europa y que anuncia su próximo regreso, me ha facilitado la última carta de ella en la que le indica cómo le agradaría le amueblara la casa que acaba de construirle para esperarla. De ella se desprende la posibilidad de poner en Santiago una casa que una al refinamiento europeo actual las características americanas. Para beneficio de mis lectoras, voy a reproducir párrafos de esa carta, cierta de que dá ella muchas ideas y de que más de alguna de mis amigas aprovechará detalles que hagan más grato el "Home":

"Aunque la actual moda en los muebles es la española antigua, considero que para salón el estilo Luis XVI es siempre distinguido y elegante. Así para el que nosotros arreglaremos primero, sé bueno, ten paciencia, y búscame antes que nada un **lit de repos** de juncos dorado con asiento y cojines de brocato. El resto de los muebles,

procura que sean diferentes cada uno entre sí, guardando naturalmente el mismo estilo; algunas **bergéres**, por ejemplo, tapizadas de géneros distintos. Me gustaría que encontraras una gran mesa tallada en dorado y dos o tres mesitas pequeñas en las cuales colocar bibelots y chucherías, y aún algunas lámparas de pie con pantallas que ya tengo ideadas, de colores suaves, que den luz tenue, misteriosa. Ojalá adquirieras también una o dos cómodas de madera rosa, con marquetería y con incrustaciones de bronce. Del mismo estilo pudiera agregarse también una vitrina. En cuanto a la lámpara y a los ganehos para la pared, que sean de madera dorada. Alfombra no quiero, es decir, alfombra de centro; prefiero tapices y pieles, que quitan lo vulgar y dan aspecto lujoso más bien. Para las cortinas es indispensable encontrar un brocato de color fuerte, ya que los muebles serán de tonos diferentes;

COMPañIA
DE
LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y GURANILAHUE**

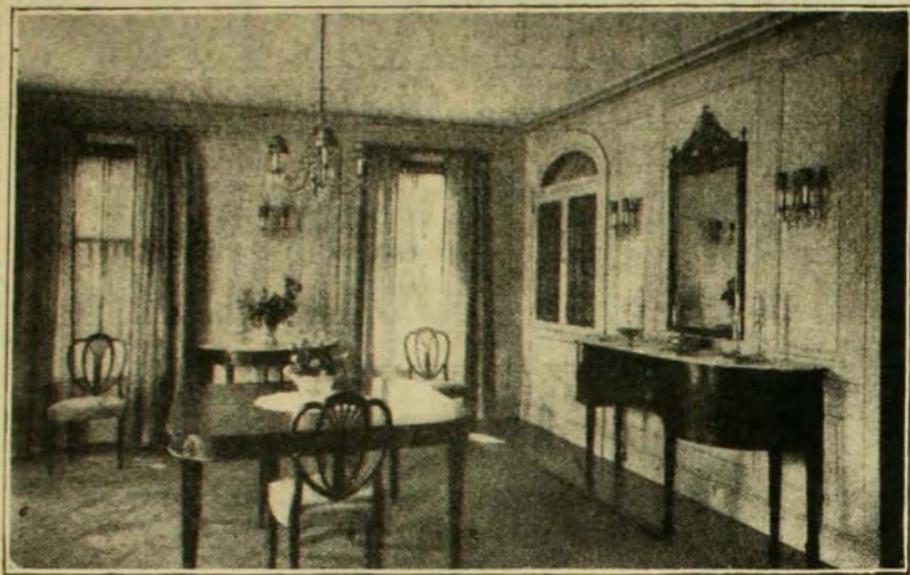
FABRICA
DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANQUERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853



Comedor de elegante sencillez

y en vez de transparentes, cortinas en tul liso muy recogidas y que caigan hasta abajo.

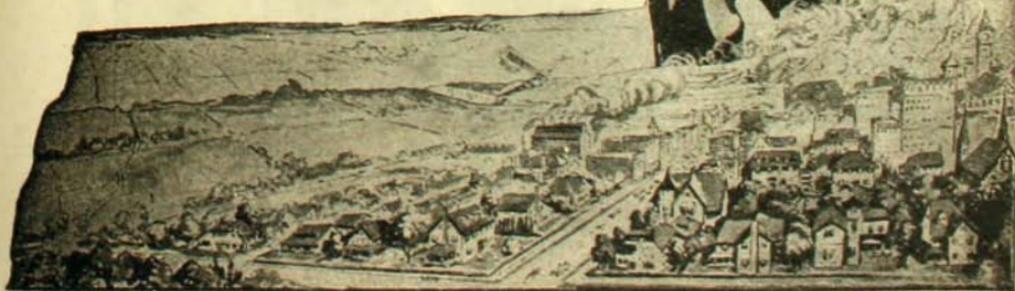
Respecto del comedor, puedo decirte que será mejor mientras más sencillo, casi sin muebles. Ojalá sea de estilo antiguo, con tallados. La mesa redonda, dos trinchas, o mejor, dos mesas angostas y largas sin otro mérito que el tallado del rededor. Las cubriré después con paños de encaje finos y ahí agruparé nuestra platería antigua, los candelabros, etc. Y en vez de la conocida vitrina, una **credence** con las puertas talladas. Sobre ella, pondré un solo **potiche** de otra época o del Japón. Como estos muebles serán tan severos o por lo menos muy sencillos, serán admisibles todos los adornos de pared, platos de porcelana, sobre todo, que colocaremos en una testera, procurando cubrirla íntegra. La lámpara debe ser del mismo estilo de los muebles.

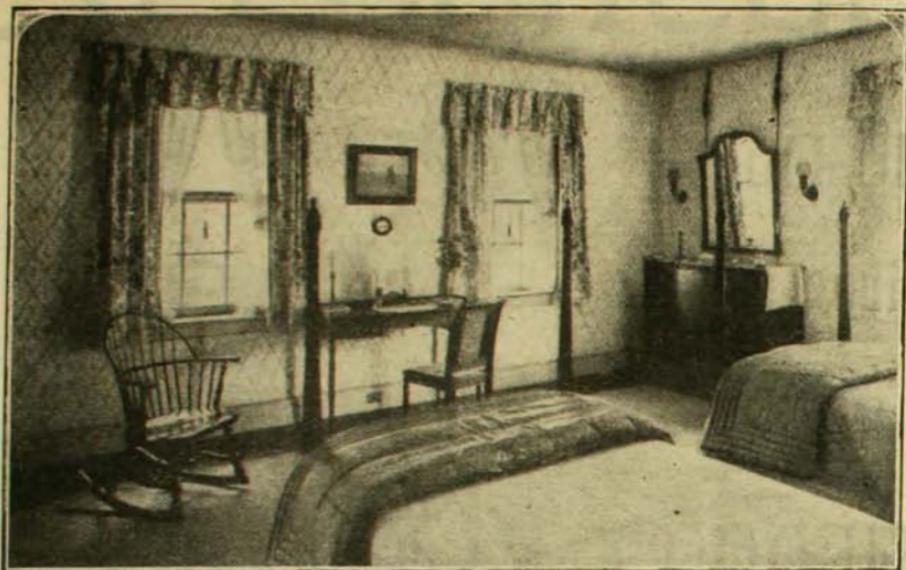
Hablemos ahora del dormitorio. Para él sí que quiero estilo español antiguo. La cama sin respaldos y con un sólo hermoso tallado, en la cabecera. Como pudiera tener así aspecto de túmulo mortuorio, habrá que procurar que las cortinas y la colcha sean de color muy vivo. Deseo que el

ropero sea el mueble de mayor mérito: de puertas talladas, desde luego, y con espejos en el interior de las puertas, de modo que al abrirlas resulte el indispensable espejo de tres cuerpos. Para mesa de toilette, basta una mesa sencilla, estrecha, larga, que cubriré de paño muy fino y de mis útiles de **toilette**, unos nuevos que tengo ahora, todos de plata. Haz colgar un espejo de marco tallado en el mismo estilo de los muebles, a ambos lados haz poner ganchos de madera para pantallitas. Si la cama es baja, en vez de veladores, pondremos mesitas ratonas junto a ella. Las cortinas y muebles de asiento deben ser del mismo brocado del dosel de la cama. No quiero muy femenino el dormitorio, para que tú te halles bien en él; pero guardo toda mi coquetería para el **boudoir**; que sea alegre, que cuadre bien con mi temperamento de mujer, que sea de ambiente cariñoso, simpático y que invite a que en él pasemos horas de descanso y de reposo. El estilo Trianón se presta para este mismo deseo. El color gris de la madera puede mezclarse bien con seda color turquesa o fresa fuerte. Haz que así tapien el diván y las **bergéres**. Yo llevaré cojines,

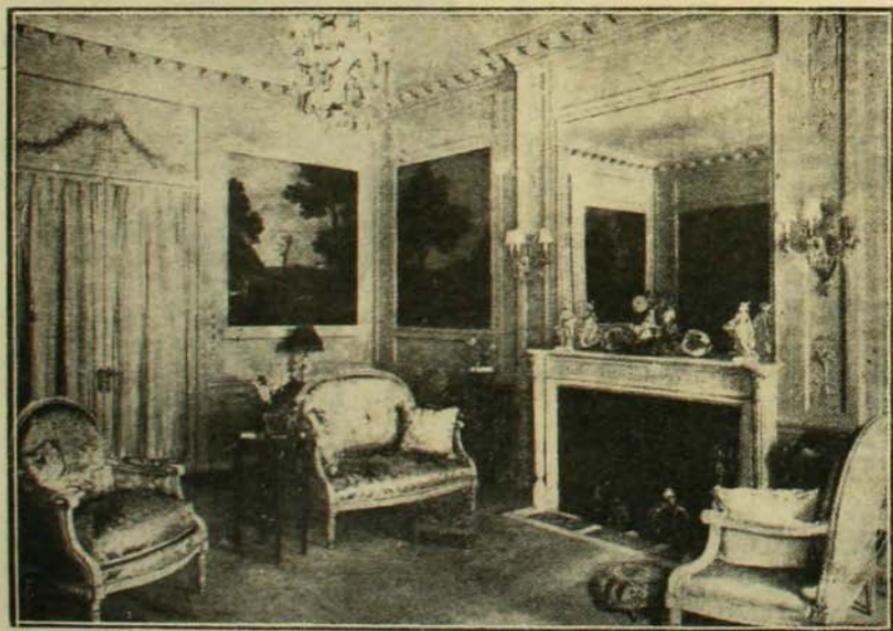
AGUSTINAS 1250

Es la Nueva
Dirección
de la
SOCIEDAD
IMPRESA Y
LITOGRAFIA
Universo
SANTIAGO





Dormitorio de estilo colonial.



Señalito y elegante salón Luis XVI.

ATENDEMOS
GRATUITAMEN-
TE PEDIDOS DE
NUESTRO CA-
TÁLOGO

Fabricantes de ropa blanca



Fratelli Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricaeión son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

muchos cojines, de diversos colores, de formas varias, que distribuir, hasta por el suelo, para arreglar un rincón cómodo. Ahí podremos leer... Ya me veo dando a todo los últimos toques, colocando la lámpara con pantalla de **filet** que estoy ideando; la mesita baja que necesitare para dejar mis cosas cuando esté recostada. No piensen en lámpara central para esta pieza; nos bastará la luz que den las varias lámparas que pondré por los rincones, por dónde me parezca discreto y grato. Para el suelo, pieles blancas. En las ventanas, además de las cortinas en gros, transparentes con encajes ricos y aplicaciones de **filet**.

Se me ocurre que para el **hall**, será conveniente procurarse el sofá y los sillones clásicos. Pero como son éstos tan tristes, habrá que tapizarlos con gruesos géneros floreados, vivos dentro de lo serio. Mesa central para revistas, tallada alrededor. La cubriremos de algún tapiz antiguo, oscuro. Si quieres, procúrate otras mesas del

mismo estilo o del de la chimenea. Junto a la pared, un estante bajo y largo, sobre el cual quedará muy elegante un gobelino o alguna otra tela de valor. Alfombras, lámparas de pie, diseminadas. Estas ojalá sean de hierro forjado, imitando el aluminado de velas que se usaba antiguamente.

De los dormitorios de los niños, pienso preocuparme yo misma. Puedo adelantarte, sí, que deben tener muebles claros, los muros empapelados con imitación de cretona. En fin, todo de aspecto ligero, liviano, fresco".

Estos son los acápites principales de la carta de mi amiga. No quiero nombrarla, porque ella misma no lo querría, pero sepan que se trata de una de las señoras más **chic** y más adineradas de Santiago, de esas que cuando llegan de Europa levantan polvareda, transforman hábitos y despiertan hablillas. Acojamos mientras estos sus consejos de buen gusto y agradezamos la oportunidad que nos ha permitido conocerlos.

VIEILLE-AMIE



EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%
	<hr/>
Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

**VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso**

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

EN UN RATO DE OCIO

INDOLENCIA? Sí, que no le duee a uno—indolencia—, y por eso no trabaja, porque el trabajo es pena. Pero ¿qué es trabajar y quién es el ocioso, ya que no el indolente? Se trabaja para no tener luego que trabajar, buscando el descanso; se corre para poder pararse. Hay quien va muy de prisa por ganas de acabar pronto y descansar, por ociosidad. El trago amargo del trabajo pasarlo cuanto antes.

Un boceto es, dicen, fruto de cierta ociosidad; su autor no quiso acabarlo, redondearlo. Y un boceto es, sin embargo, en los más de los casos, algo más intenso, más concentrado, más denso que la obra acabada o perfecta. Es como una semilla. ¿No es acaso una bellota que contiene en sí a una encina, más intensa que ésta? Y más simple. De las bellotas sale la encina, pero de la encina sale también la bellota. Y hay una simplicidad inicial, de nacimiento, y otra final, de muerte. Que acaso es una misma.

“He escrito esto en ratos de ocio...”, lees, y al punto se os tiene que ocurrir: ¿de ocio? pues si en esos ratos estaba escribiendo, no estaba ocioso, ni eran, por lo tanto, de ocio los ratos. Como no sea que escribieras sin pensar en lo que escribías, cosa que esbo. Y en los eruditos es frecuente. Otras veces el trabajo íntimo del pensamiento es tan intenso, que estorba al de la expresión. Y ésta es atropellada y queda en incipiente. Es como esas notas que uno escribe para sí mismo, en taquigrafía, casi en cifra, y en una lengua interior, informe; en una lengua protoplasmática, que ni es prosa ni es verso, con una sintaxis de lenguaje interior. Sintaxis dinámica no mecánica. Las expresiones no concluyen, pero es porque empiezan. Y todo va lleno de posibilidades y de promesas.

¿Ocio? La palabra escuela—scholá— significó primeramente ocio. Y muchos aún no piensan sino en ocio. Lo que vale decir que no piensan. Son incapaces de ocio. Pues qué, ¿es tan fácil ser ocioso, vaez? “¿Cómo trabaja Juan!”, le dijo José, admirado de lo que aquél trabajaba, a Pedro, y Pedro le replicó: “¡Claro! no tiene otra cosa que hacer!...” Y Pedro, que pasaba por un vago, trabajaba, dentro de sí, más, mucho más que Juan.

¿Vago? Vago es uno que anda de un lado a otro, un vagabundo. Y el vago trabaja, ¡vaya si trabaja! Trabaja en vagar. ¿Pues

poco trabajo que es vagar de una parte a otra! Tal vez en busca de trabajo. Y el más penoso trabajo es vagar en busca de él. Y hay luego la extravagancia y la intravagancia. A esto le llaman meditación. “¡Meditación!”, exclama con voz gangosa desde el púlpito el lector; apaga la vela y se quedan todos en silencio un rato. ¿Qué hacen? Intravagan, a'guno extravaga, y hay quien se duerme. Y el dormir, ¿no puede ser también trabajar? Sobre todo si se sueña.

Una araña en acecho, en el centro de su tela, parece dormir, acaso soñar; ¡tan inmóvil está! Pero apenas cae una mosca, ya está sobre ella. Es que estaba más activa que una ardilla dando vueltas en una jaula. Que esto sí que es ociosidad de la mala.

¿Activos? ¿Contemplativos? Y eso, ¿qué es? Que la contemplación es una acción, no cabe duda; lo que no es tan claro, es que la acción sea contemplación. No cabe pensar el movimiento sin moverse en algún modo, sin que a uno se le mueva algo dentro; pero cabe moverse sin pensar en ello. El pensamiento es movimiento, aunque la idea no lo sea. La idea es la curva que expresa la forma de un movimiento. Y la parábola no es un cañonazo.

Pensar de prisa. Si el arado corre, no ahonda o ara en arena. ¡Claro! pero no todo pensar es arar. Puede ser disparar, acometer con bala. Y en casos, mejor que proyectil pesado a poca velocidad, proyectil ligero a gran velocidad. El trabajo se mide por el producto de la masa, por la velocidad. Un pensamiento de pequeña masa, pero muy rápido, puede atravesar enigmas o problemas en que se embota un pensamiento maeizo, pero lento. Algo de esto es el ingenio. Una frase a tiempo, incisiva, rápida, atraviesa una doctrina mejor que veinte argumentos pesados armados de todas armas silogísticas.

Y luego hay lo de no acabar, lo de sugerir, lo de dejarle al lector u oyente que acabe él, o que cambie. No quiero los que me lo dicen todo, ni los que concluyen. Prefiero los que pasan por oscuros, porque me dejan que ilumine lo que dejaron en sombra.

Pensamientos se llama a los de Pascal. Y lo son porque no acaban, porque quedaron en semillas. Si hubiese podido acabarlos, redondearlos y sistematizarlos, serían ideas. Y lo dinámico es el pensamiento, no la idea.

Lo que se piensa en ratos de ocio... ¡Ni hay tiempo de hacer ideas!

MIGUEL DE UNAMUNO.



Los doctores **LUIS CALVO MACKENNA**, Profesor Extraordinario de Medicina Infantil, Médico del Patronato de la Infancia, etc., y **LUIS CRUCHAGA**, especialista en enfermedades de niños, han obtenido con su uso resultados plenamente satisfactorios:

DR. LUIS CALVO MACKENNA.
 —Prof. Extr. de Med. Infantil.—
 Amonátegui 51.—Teléfono 2112.—
 Santiago.—Santiago, 20 de Noviembre de 1915.—En respuesta a su atenta del 15 próximo pasado, tengo el agrado de decirle que he ensayado en la Clínica de Niños su alimento malteado (“MEYER”) y que los resultados obtenidos han sido plenamente satisfactorios en aquellos casos en que estaban indicadas las harinas malteadas.
 Lo saluda atentamente su afectísimo S. S.
 (Fdo.): Luis Calvo Mackenna.

Del Dr. **LUIS CRUCHAGA T.**—
 Especialista en enfermedades de niños.

Dr. LUIS CRUCHAGA T.—Enfermedades de Niños.—Moneda número 824.—Santiago, noviembre 22 de 1915.—El médico que suscribe, certifica que ha usado con muy buenos resultados el “ALIMENTO MEYER” en numerosos casos en que estaba indicada alguna harina en la alimentación.

Dr. LUIS CRUCHAGA.

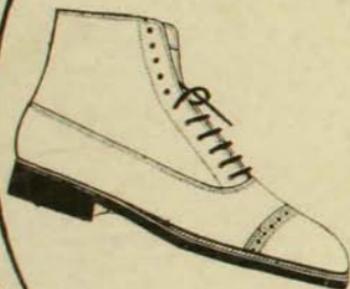
**ALIMENTO
 MEYER
 ES EL MEJOR**

Manufactura
Americana

THE *J&M*
JOHNSTON & MURPHY
TRADE
MARK
SHOE

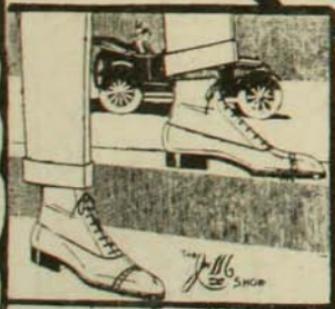
De fama
Mundial

BENCH MADE
SHOES
FOR MEN



Tenemos en exposi-
ción los últimos mo-
delos recién recibidos
para las estaciones de

PRIMAVERA
Y
VERANO



CASA NORTEAMERICANA

246 — ESTADO — 246

DE M. ARTIGAS Y Co.

Teléfono 83 :: — :: Casilla 2970



PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

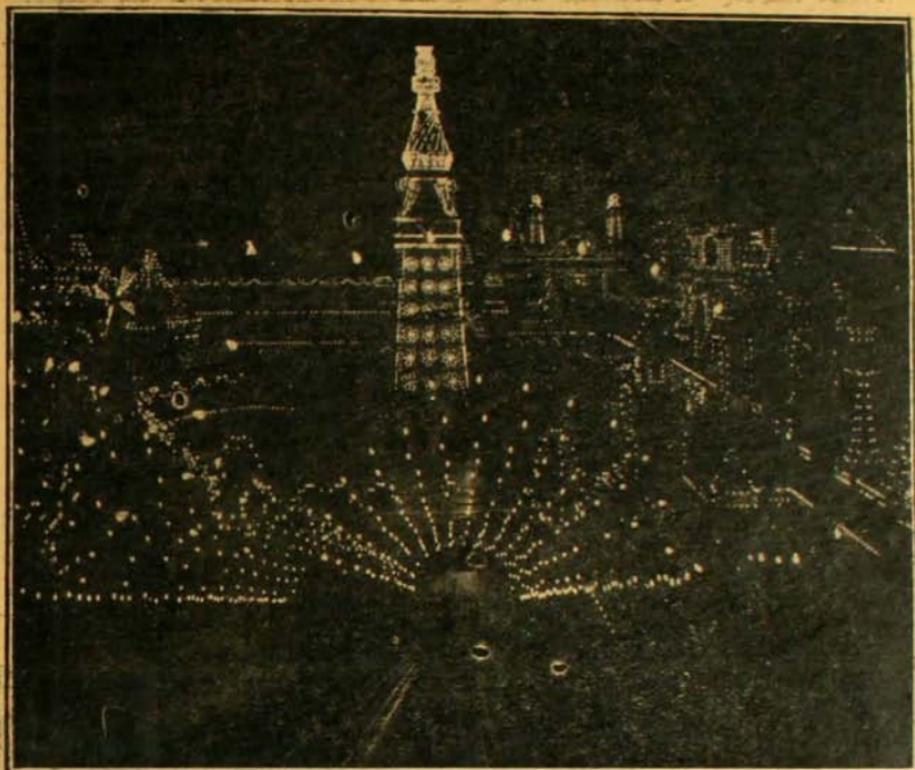




¡¡Feliz año nuevo!!
desea a sus consumido-
res y al público en
general

ALIMENTO
MEYER

ALIMENTO
MEYER
ES EL MEJOR



El Luna Park, de noche.

Por los ámbitos refinados de Nueva York

El Neighborhood Theatre

Por Alberto Ried

Yo creo que ningún chileno, fuera de los que pertenecemos al pequeño grupo de bohemios albergados como lechuzas entre las manzardas de la pensión Cantolla en la calle 64, ha tenido la curiosidad de descubrir y de explorar los rincones ultra-oficiales de la ciudad monstruo de Norte América.

Era un grupo abigarrado de muchachos. Los chilenos predominábamos involuntariamente, gracias a los ímpetus incontenibles de buen humor y de sana behemía que lleva en sus venas Acario Cotapos. Constituía-

mos su séquito, el escultor ruso Saul Bazerman, el violinista salvadoreño Bauer Avilés, el poeta hondureño Guillén Zelaya, el pintor guatemalteco, predilecto alumno de Anglada y bajo todo concepto insigne, Carlos Mérida, y tantos otros tipos cosmopolitas que iban llegando, atraídos por el secreto llamado y por el único comunismo concebible que es el arte.

El andaluz dueño del albergue nos quería y nos toleraba a todos. Entre los muros de la pensión Cantolla se fraguaban los

más estrafalarios programas, programas que la bohemia hacía realizables. Llegaban noticias de un estreno soberbio, y la alegre comparsa reunía los fondos necesarios y se aparecía en el teatro de los extramuros, donde los más grandes artistas del mundo habían querido dar una función en beneficio de los desheredados. Tal cosa ocurre en Nueva York, en un teatrillo perdido en medio del barrio de los judíos, algo así como quien dice el teatro del vecindario. Fue fundado por una pareja de señoritas ya mayores, artistas ellas mismas y acaudaladas, quienes lo mantienen y dedican al esparcimiento y deleite de las gentes pobres de aquel barrio, y a su propia satisfacción.

Una vez por semana, cada sábado en la noche, invitan a los magos de la escena, de la danza, del canto, de cualquier arte, para que gratuitamente representen para los pobres las cosas más estupendas.

Aquella noche, Eva Ganthier, nuestra amiga admirable y admirada cantante, la

única intérprete que tienen Strawinsky, Debussy y Leo Ornstein, nos dijo: "Vengan conmigo a ver un drama chino, una pantomima del año tres mil antes de Cristo." Y el pequeño grupo, precedido por ella, tras de cruzar miles de manzanas y centenares de calles desconocidas, llegó al Neighborhood Theatre, ubicado en el East, o sea en el corazón del barrio más modesto de Nueva York.

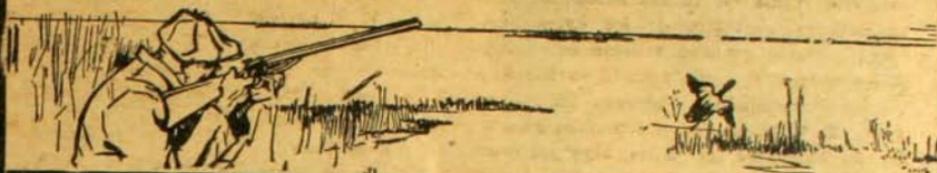
La sala es pulcra y bella dentro de su intachable sencillez. Al empezar la función, el teatro se torna oscuro y comienzan a insinuarse levemente en el escenario las siluetas de algunos ídolos chinos, en torno de un Buda. Todas estas figuras trajeadas en ricos recamados de oro y provistas de enormes mitras de laqué negro, se encuentran hieráticas y simulan ser las estatuas de un templo chino. Los actores son chinos de verdad, y nada menos que la troupe más refinada de la celeste república, que días antes había sido la admiración de los pú-

Tarifa de suscripciones para el año 1921 a las revistas QUE EDITA LA EMPRESA ZIG - ZAG

	EN EL PAIS		AL EXTRANJERO	
	Anual	Semestral	Anual	Semestral
ZIG-ZAG	\$ 40.00	\$ 21.00	\$ 53.00	\$ 27.00
SUCESOS	28.00	14.50	41.00	21.00
CORRE-VUELA	18.00	9.50	26.30	13.70
PENECA	9.00	5.00	17.30	9.20
FAMILIA	20.00	10.00	25.00	13.25
PACIFICO	20.00	10.00	25.00	13.25

Todo pedido, acompañado de su valor, debe ser dirigido al Director-Gerente de la Empresa Zig-Zag, Casilla 84-D - Teatinos, Núm. 666 - SANTIAGO

PÓLVORAS PARA CAZA



EXPLOSIVOS

DU PONT

Establecida en 1802

DINAMITA
GELIGNITA
GELATINA
PÓLVORAS PARA
VOLADURAS
EXPLOSIVOS
PARA MINAS
DE CARBÓN
EXPLOSIVOS
PARA
FERROCARRILES
FULMINANTES
Y DEMAS ACCE-
SORIOS PARA
VOLADURAS
PÓLVORA NEGRA
PARA CAZA
PÓLVORA SIN
HUMO PARA
USOS MILITARES,
ESCOPETAS Y
RIFLES

CIENTO diez y ocho años de experiencia fabril han conseguido dar a las Pólvoras Du Pont esa uniformidad que asegura la eficacia del tiro. La pólvora negra para caza que fabrica la Compañía Du Pont, se usa en cualquiera escopeta normal, no ahuma el cañón, y produce el esparcimiento uniforme de los perdigones. Los fabricantes más prominentes de municiones en los Estados Unidos emplean las pólvoras Du Pont para cargar sus cartuchos.

A los cazadores opuestos al humo, recomendamos las Pólvoras sin Humo Du Pont Bulk y Dense para armas de fuego. Estas pólvoras son modelos en su clase, y se consumen más que todas las otras marcas combinadas.

La pólvora negra Du Pont para la caza, marca "Indian Rifle", se suministra en cuñetes de metal de 11.35, 5.68 y 2.84 kilogramos y en frascos metálicos de 454, 230, 227, 145, 114, 65 y 57 gramos, pesos netos.

Pida nuestro catálogo a

W. R. GRACE y Cía.
MORANDE N.º 530, SANTIAGO

E. I. du Pont de Nemours Export Co., Inc.

Oficinas Principales: 120 Broadway

Nueva York, E. U. A.

Exportadores de los productos fabricados por
E. I. du Pont de Nemours & Co., Inc., y Compañías de su propiedad

Los mayores fabricantes de explosivos del mundo

OTROS PRODUCTOS DU PONT: Pinturas, Esmaltes, Barnices, Tinturas para la imitación y acabado de maderas, Albalde, Blanco de Zinc, Substitutos de cuero, Telas de hule impermeables, Productos químicos, Tintes intermediarios, Pyralin en láminas y tubos; Peis: y Piezas de Marfil Pyralin para el tocador.



blicos de París, de Londres y de otras capitales europeas. Instalados al fondo de la escena aparecen luego un hombre muy alto y uno muy pequeño, provistos cada cual de un "tamburo", o pequeño tambor, y de dos palillos.

Nuestra sorpresa va *in crescendo*. De los costados del escenario y en la semi obscuridad maravillosa, sale pronto un estudiante joven, que es el protagonista de la leyenda antigua, y quien se ha extraviado por los campos. Es nada menos que el gran Miho Itow, el primer actor trágico y el primer danzante que tiene hoy en día el Japón. Hace muecas, gira, da brineos, y, por fin, a los acordes de una música casi imperceptible (escrita ex-profeso por Strawinsky), se detiene espantado ante los dioses y despedido ante el gran Buda se pone a orar.

Un pastor viejo, que ha venido en busca de un manantial para abreviar sus ovejas, aparece por el costado contrario. Y ahora los pasos acompasados del viejo, son el toque rítmico y lento del tamburo mayor. Los pasos del estudiante joven, acelerados y nerviosos, van siendo interpretados por el tamburo pequeño y más alto el tono e inquieto en su ritmo. Los dos vagabundos van y vienen por la escena, y sus pisadas se entremezclan armoniosamente gracias a la maestría con que los músicos "su generis", que manejan los tambores, saben ejecutar correctamente. Oyense armonías no-

visimas y la marcha y la carrera humanas vense transformadas en una música nueva y sutil. Luego el viejo se prosterna ante el Buda y una voz muy lejana canta una letanía de aniquilamiento. Luego el muchacho se acerca y dialoga con el pastor y otra voz remota vibra en la sala en penumbra.

Un dragón, el espíritu del mal, interpretado por otro artista chino auténtico, aparece de súbito, y el viejo se desploma de espanto ante los dioses que han permanecido quietos como ídolos tallados en marfil. El estudiante, lucha y lo vence, y sólo entonces Buda mueve los labios y los párpados de sus ojos, y los vagabundos se entregan a la oración de agradecimiento.

Roshanara, la más excelsa de las bailarinas hindúes, hace con Ratan Devi, la más genial de las cantantes de la India, los números siguientes. Eva Gauthier desaparece de nuestro lado para aparecer muy luego en la escena transfigurada en una japonesa

EL PELIGRO DEL ESTOMAGO ACIDO

Serias úlceras gástricas, dispepsia e indigestión crónica, resultados del descuido, dice una autoridad. Declara que de diez estómagos, nueve contienen "demasiado ácido".

Enfermedades del estómago, dispepsia, indigestión, agruras, gas, acedia, fermentación de los alimentos, etc., en cada diez casos, nueve son causados por "Estómagos Ácidos crónicos", dice una autoridad bien conocida.

El abrasador ácido hidrocórico se desarrolla en el estómago de un modo alarmante. El ácido irrita e inflama las delicadas paredes del estómago y con frecuencia es conducente a gastritis acompañada por graves úlceras del estómago. No medicine un estómago ácido con pepsina, digestivos artificiales que solamente dan un alivio temporal al dolor, arrojando del estómago a los intestinos los alimentos ácidos y fermentados. El ácido causante de la disturbación se queda en su estómago, tan peligroso como siempre.

En lugar de hacer esto, neutralice o purifique su estómago ácido, después de las comidas, con una copa de agua caliente y Magnesia Divina, y no solamente se desvanecerá el dolor, sino que sus comidas serán digeridas naturalmente.

¡Nada hay mejor para purificar y arreglar un estómago ácido que un buen baño de magnesia. Esta absorbe el ácido perjudicial en exceso, como lo haría una esponja o papel secante y su estómago obrará y se sentirá perfectamente en unos cuantos minutos. Magnesia Divina es la magnesia especial que debería usarse para este fin y puede conseguirse en cualquier droguería buena, es segura, digna de confianza, fácil y agradable al paladar, no es purgante y es muy barata.

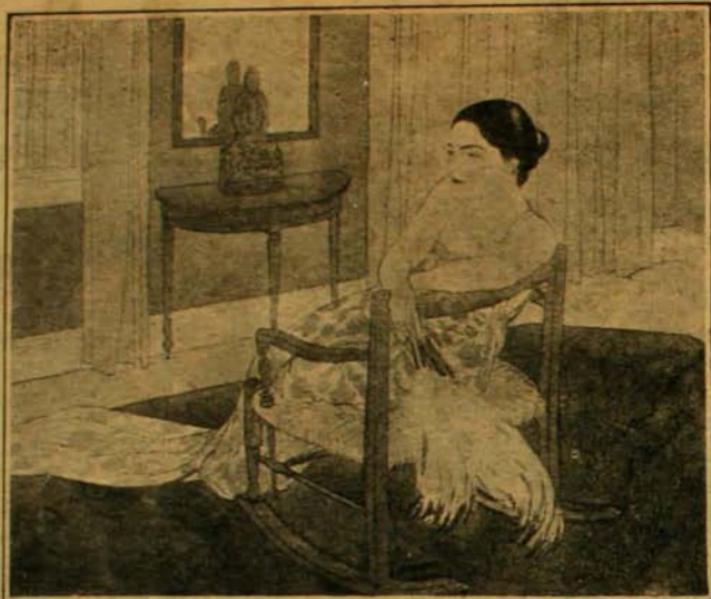


El Aceite BAU

SIEMPRE ES EL PRIMERO

INSUPERABLE





diminuta. Una pequeña orquesta de once instrumentos de cuerda, creada para ella por Igor Strawinsky, la acompaña en la interpretación de cinco viejísimos poemas japoneses, que al decir del autor en carta que hemos leído, nadie en el mundo sabe interpretar como ella. El suceso es enorme. Cosa rara, si se piensa que en esta ciudad del demonio amarillo, hace pocos días hemos visto ir a la bancarrota a la mejor compañía de drama francés, o sea a la de Francois Coppenau, que representaba a Dostoyewski, a Ibsen y a Shakespeare, en el Vieux Colombier, transportado íntegramente a París a la calle 45.

Pero es que ahora, el público que asiste con nosotros a este espectáculo en medio del barrio de los judíos pobres de Nueva York, lo constituyen los intelectuales cosmopolitas de la gran ciudad. Eva Gauthier nos los va mostrando entre la concurrencia. Están presentes hombres de la talla de Alberto Gléze, uno de los jefes de la pintura cubista de Francia; Carlos Muck, el eminente director de la Boston Symphony; Gabrielovich, la Galli Curci y otras gentes de este talante.

No escasean los grandes críticos cosmopolitas, ni los grandes escritores, ni los

poetas, ni la élite artística del mundo, refugiados todos en la ciudad del demonio amarillo; se da cifa aquí cada nuevo sábado pagando solamente cuarenta centavos por la entrada. Las localidades deben reservarse con semanas de anticipación. Los pobres del barrio venen usurpados en sus derechos, pese a los empeños y a la filantropía que gastan en favor de ellos, las abnegadas dueñas del Neighborhood Theatre, cuyo teatro es aborrecido sin consideraciones por los artistas de todo el mundo, agujeroneados por la belleza y refinamiento incomparables del espectáculo.

Allí se congregan, como hemos dicho, todas las celebridades artísticas. Allí, los grandes pintores buscan sus modelos, y en este ambiente se generan las obras de arte que más tarde han de ir a los salones de Europa y de los Estados Unidos a pugnar por las más altas recompensas. Fué allí donde yo conocí a John Sargent, a cuya mano se deben los dos retratos de Eva Gauthier, que reproducimos; porque el pequeño teatro del vecindario es, para los escogidos del arte, una especie de Capilla Sixtina, encajada en medio de la vertiginosa y prosaica urbe del comercio y de las industrias.

WESSEL, DUVAL & Co.

Santiago, Valparaíso, Concepción

Antofagasta, Valdivia, Talcahuano, Callao, Lima, New York

Agentes Generales de la "West Coast Line"

LÍNEA DIRECTA DE VAPORES ENTRE NEW-YORK Y LOS PUERTOS DEL PACIFICO

Representantes Exclusivos para Chile de la "BALDWIN
LOCOMOTIVE WORKS"

Representantes de la "HERCULES POWDER Co."

Unicos Importadores de los famosos Automóviles

Locomobile, Franklin, Paige y Marmor

Y DE TODA CLASE DE REPUESTOS PARA LOS MISMOS. CUENTA ADEMÁS CON UN
PERSONAL EXPERTO Y CON MECANICOS COMPETENTES

Unicos Concesionarios de los insuperables Aceites Lubricantes
"GARGOYLE MOBILOIL, de la VACUUM OIL Co.

Importadores de Artículos de Primera clase

ACEITES lubricantes "Moblilol"
ACEITES para máquinas de coser, "Campana"
ACEITE de semilla de algodón, "Campana"
ACUARRAS
ALAMBRE negro, galvanizado y Alambre de púas
CAJAS DE SEGURIDAD
CARBURO de calcio
CEMENTO "Vulcanite" "Colton"
CLAVOS de hierro cortado
COCHES para guaguas "Alwin"
ESCRITORIOS de roble americano "Roll-Top" y para máquinas de escribir
FRANJAS crudas "Campana" de X, XX, XXX y XXXX
GENEBOS blancos marcas G. B. y H.
GLUCOSA
GRASA de Pino "Campana"
HARINA de maíz Monte Blanco
HILO de algodón para coser sacos



HOJALATA
LONETA de algodón "Campana" de 7, 8, 9, 10 y 12 oz.
OSNABURGO "Campana"
PAPEL imprenta
PAPEL Sulfito
PAPEL Toilet "Tacoma"
PINTURA de cobre
RESINA "G"
ROMANAS "Fairbanks"
SODA cáustica
SALMON Rosado
TOCUYO liso "Cabota"
TOCUYO liso "Elefante"
TOCUYO asargado "Campana"
TOCUYO asargado "Pepperell"
TOCUYO asargado "Caballo Alado"
VIDEIOS Americanos de todas dimensiones, en cajones de 90"
ZUNCHOS para cajones 1 1/2" 5/8" y 3/4"



"Entrada del Emperador Carlos V en el monasterio de Yuste", cuadro de Joaquín Agrasot

ULTIMOS AÑOS DE CARLOS V

En una tarde triste llegó un viajero solitario a tocar la puerta del monasterio de Yuste.

Una campana de sonido débil anunció a los monjes que un nuevo hermano llegaba a aquel recinto apartado a buscar la paz que no encontrara en el mundo.

El sol medio oculto en el horizonte, teñía aquellos campos con luz rojiza, y fué en esta tarde melancólica y tranquila, en uno de los lugares más risueños de España, donde el monarca Carlos V llegó a buscar refugio para su alma turbada.

Este soberbio emperador, que tenía inquieto al mundo, que dictaba leyes a siete países, que disponía de los tesoros de América para comprar a Europa, que batalló cerca de medio siglo, que venció a Francisco I en los campos de Pavía y a Barbarroja en los mares de Túnez, que fué una de las glorias de su tiempo, llegó un día a sepultarse en Yuste.

Depositó su corona de España en la pábida frente de su hijo Felipe II, y el Imperio, en manos de Fernando, su hermano. Después de esta doble abdicación, inició su

vida de claustro, preparándose humildemente a bien morir.

Acompañó al César en su entrada a la vida monástica, Juan Tuniano, el más célebre mecánico de su siglo, y juntos, en las horas de solaz, entreteníanse en construir modelos de máquinas curiosas y relojes; que, alineados a lo largo de su celda, debían marchar con rara exactitud.

Campoamor decía:

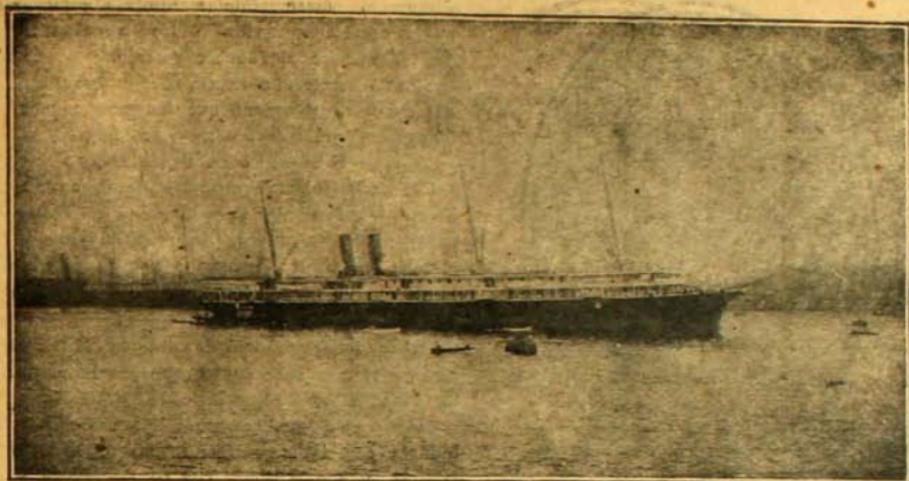
Carlos Quinto, el esforzado,
Se encuentra asaz divertido,
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detrás
Con ojos de encanto llenos,
Y los hace ir a compás;
Ni minutos más, ni menos,
Ni instantes menos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba

Compañía Sud-Americana de Vapores

Oficina Principal: Valparaíso, Calle Blanco 395



Mantiene las siguientes carreras:

SERVICIO DIRECTO entre Valparaíso y New York, SIN TRANSBORDO, atendido por el cómodo y elegante vapor.

“RENAICO”

de 10.000 toneladas de desplazamiento y doble hélice.

SERVICIO SEMANAL RAPIDO entre Valparaíso y Cristóbal (Zona del Canal de Panamá), en 14 días, atendido por los modernos vapores.

“HUASCO” - “AYSEN” - “PALENA” - “IMPERIAL”

Los vapores salen de Valparaíso los Miércoles a las 4 de la tarde, haciendo escala en Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Arica, Mollendo, CALLAO, Salaverry y Payta. En Cristóbal hacen espléndidas conexiones para y de Estados Unidos, Europa, etc., y en Antofagasta, Arica y Mollendo, combinan con los trenes para y de Bolivia. En Valparaíso también tienen conexión con el Ferrocarril Transandino a Buenos Aires.

SERVICIO CALETERO QUINCENAL entre Valparaíso y Pimentel (Norte del Perú), en 15 días, con escala en la mayoría de los puertos intermedios, atendido por los vapores:

“MAPOCHO” - “MAIPO” - “CACHAPOAL”

que salen de Valparaíso los Sábados, a las 4 de la tarde.

SALIDAS DE VALPARAISO DURANTE

Vapor directo a New York: “Renaico”, el sábado 23 a las 4 P. M.—Vapores a Cristóbal (Canal de Panamá) “Aysen”, el miércoles 13 a las 4 P. M. “Huasco”, el miércoles 27 a las 4 P. M.—Vapores a Pimentel (Norte del Perú): “Maipo”, el sábado 2 a las 4 P. M. “Mapocho”, el sábado 16 a las 4 P. M. “Cachapoal”, el sábado 30 a las 4 P. M.

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS DE CHILE Y PERU.—En SANTIAGO: Carlos Rogers, Bandera esq. Moneda; en BUENOS AIRES: Expreso Villalonga, Balearce esq. Moreno; en PARIS: Sucesión A. P. Dupont, 5 Avenue Bosquet; en NEW YORK: Wessel, Duval & Co., 25 al 33, Broad Street; en CRISTOBAL: United Fruit Co., en LA PAZ: Tomás Bradley, Avenida Montes 53.

ONTRE PLAZA
Director-Gerente



Don Carlos V

Y al retrasarlo, exclamaba:
Más despacio, ¡majadero!

Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coge, lo excita
Y, aligerando el volante,
Grita: —¡Adelante, adelante,
Majadero, más de prisa!

Poco tiempo antes de su muerte, la gota lo atacó violentamente, aniquilando su constitución robusta y debilitando su clara inteligencia. Su ánimo deprimido lo alejaba de toda distracción; entonces fué cuando

conció la idea extraña, que jamás haya discurrido mente alguna: resolvió celebrar sus funerales en vida; quiso ver desfilar por el claustro el fúnebre cortejo.

Mandó erigir un catafalco en la iglesia del convento y ordenó que los monjes acudieran en procesión, con cirios negros, siguiéndoles él envuelto en una mortaja.

Con toda solemnidad principiaron a celebrarse los funerales, presidiendo el Emperador desde su ataúd tan original ceremonia. Se celebraron plegarias por el descanso de su alma, que aún no había dejado la tierra.

Un orador pronunció la oración fúnebre, monje sagaz e inteligente, que sentía palpar la vida bajo el sudario imperial. Alabó el monje al César, comparándolo por su sabiduría con Salomón, con Augustó por la fortuna, y con Aníbal por su franqueza y buena fe.

A estas palabras, el fraile que en el mundo se había llamado Carlos V, se levantó pausadamente del ataúd, e incorporándose, altivo y soberano, envuelto en el sudario como en su regio manto, buscó con la vista al osado que se había atrevido a comparar con el recuerdo de Aníbal, el horror de su política imperial.

El fraile que con una palabra había hecho resucitar al Emperador, no se turbó, se aproximó al féretro, tomó un hisopo y roció con agua bendita el ataúd, diciendo: "A los muertos se les dice la verdad."

Corto tiempo sobrevivió Carlos V a tan fúnebre comedia; el 28 de septiembre de 1558 espiró, a la edad de 58 años.

TIL.



NUESTRA PORTADA

Oleo de Jaldón

S U M A R I O

DOÑA VICTORIA SUBERCASEAUX DE VICUÑA	
MACKENNA, <i>Semblanza, por el Curioso Impertinente</i>	469
LOS NUEVOS MORADORES DE LA MONEDA	475
CRONICA LITERARIA, <i>por Hernán Díaz Arrieta</i>	477
LA CRUZ ROJA DE LAS MUJERES DE CHILE, <i>por</i> <i>Anra</i>	484
CONFIDENCIA NOCTURNA, <i>por C. Silva Vildósola</i>	489
FLORILEGIO DE NAVIDAD, <i>por G. Martínez Sierra</i>	494
EL AÑO TEATRAL, <i>por K. Marín</i>	496
VISPERAS DE BODA <i>por Federico Gana</i>	505
LA HERALDICA EN LA COLONIA, <i>Juan Luis Espejo</i>	514
ŠALON DE 1920, <i>Ariel</i>	518
EL MATCH CARPENTIER-LEVINSKI	525
PUNTOS DE VERANEO, <i>A. Wider</i>	527
AVE MARIA, <i>Juan Valdés Cazotte</i>	531
EL TESORO, <i>Juan Guzmán Cruchaga</i>	534
FRAY GIL GONZALEZ DAVILA DE SAN NICOLAS, <i>A. Díaz Meza</i>	537
CONFIDENCIAS DE ARTISTAS	545
IMPRESIONES DE ALEMANIA, <i>Claude Reval</i>	549
POR LA SENDA DEL OLVIDO, UN ESCRITOR IG- NORADO, <i>Guillermo Feliú y Cruz</i>	554
TRANSMISION ELECTRICA DE LA ESCRITURA A DISTANCIA	557
LA PROLONGACION DE LA VIDA HUMANA, <i>Euge- ne Lyman Fisk</i>	560

Doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna

Semblanza, por el Curioso Impertinente

En su amable retiro de la calle Villavicencio, en donde hace varios lastros se refugia, vive las horas de su invierno cálido y primaveral la ilustre dama que fuera la compañera del príncipe de nuestros historiadores, doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna, mujer excepcional y fuerte, cuya vida ha sido una maravillosa novela, protagonizada por un hombre que llenó la suya de los encantos múltiples de su figura y de su genio. Vida que ha sabido de las horas más brillantes y fastuosas y de los instantes más amargos, vida que transcurriera en medio de vicisitudes diversas, llevadas con la nobleza de quien aprendió en la cuna, de labios maternos, la sonrisa que perdona y la plegaria que reconforta.

Alta, fina y ágil a pesar de sus años, la señora Subercaseaux conserva en un cuerpo fresco y erguido un alma rebotante de juventud, de esa juventud perenne que al andar en el

espíritu—como esencia de eternidad, echa brotes y renuevos en todas las edades de la vida. Espíritu inquieto y curioso, ha ido hurgando por todos los problemas de la intelectualidad hasta encontrar la cumbre definitiva en asuntos que nos acercan a Dios, en filosofías que desprenden de las preocupaciones humanas y de vulgar ajetreó de todos los instantes para remonarnos hacia las alturas serenas del espiritualismo en que tienen su asiento los más nobles ideales de la vida.

Casada muy joven con el hombre que fuera su compañero, fué la constante inspiración de su obra literaria y política, y en las horas de lucha y de prueba, como en los días gloriosos en que el nombre del eminente estadista era el portavoz de todos los anhelos de los de abajo y el estandarte que arrastrara las mayores popularidades de esta tierra se mantuvo siempre serena, alentando sus inspiraciones,



Don Benjamín Vicuña Mackenna, su esposa doña Victoria Subercaseaux y su hija Blanca, fotografía tomada en Europa en 1872.



Un hermoso retrato de la señora Subercaseaux en los días de su juventud.

empujando sus actividades que no habían menester de otros aguijones que el de su patriotismo para sobrepujarse.

Viuda muy joven, se retiró de los bullicios de la vida social para encastillarse en la torre de sus recuerdos, viviendo una vida interior dedicada al cariño de los suyos y a la evocación del pasado, que bastaba por completo para llenar las necesidades de su espíritu. Y allí vió desarrollarse los acontecimientos de la revolución de 1891, tomando en ellas una parte activa, no de apasionado partidario, sino de ayuda bondadosa y eficaz para los caídos, para los perseguidos, para los que de cualquier suerte y en cualquier bando sufrieran los rigores de persecuciones o de odios. Fué así como a raíz de la batalla de Conceón, que tuvo lugar en los campos de su hacienda de Santa Rosa de Colmo, hizo enterrar los cadáveres de los muertos de ambos bandos, erigiendo a la memoria de los caídos un monumento en que se grabara un recuerdo y una fecha. Ese piadoso homenaje motivó el saqueo de su

casa y el incendio de ella, perpetrado por manos sanguinarias y cobardes que, ajenas al triunfo del constitucionalismo y de su causa, operaron en la sombra. Y cuando la justicia iba a hacer luz, ella prefirió que se interrumpiera toda investigación, dejando en la penumbra de un olvido demasiado generoso a los culpables de la vispera.

Su casa — el palacio de la Avenida Vicuña Mackenna — tuvo un destino triste. Reconstruido solícitamente y transformado en una residencia suntuosa en que bronce, mármoles y piedras habían servido de base a una costosa construcción palaciega que recordaba por su solidez y elegancia los castillos del Renacimiento, se vió envuelta en un obscuro asunto bancario y judicial que privó a su dueña por manera arbitraria y violenta de su posesión, viendo disputada a sus hijos, por manos extrañas, la herencia de su esposo.

Pero los golpes económicos no podían turbar la serenidad de su espíritu, y para abatirlo con la rudeza de fuertes adversidades, era preciso que la muerte golpeara en el hogar de los suyos. Y la muerte golpeó. Y el hijo predilecto de la ilustre dama, el heredero del grande hombre que fuera su padre, escritor eminente como él, que iba en vías de alcanzar en plazo breve las alturas de que se enseñoreara su genio, vió llegar en hora demasiado prematura para su juventud el momento del reposo — ¡forzado y trágico reposo para los que soñaron mucho y la vida no les diera espacio para realizar esos sueños! — Una tarde de primavera, luminosa y fresca, el enfermo se alzó sobre las almohadas del lecho, a la entrada de su madre, y con la mano todavía firme, subrayando un gesto de sus ojos que en breve habrían de cerrarse a la luz de la vida, como esa mano que pronto se plegaría para siempre, le indicó un papel doblado en la cartera, encima de la mesilla de noche. En ese papel había escrito un pensamiento que la ternura materna hizo grabar sobre su tumba, pensamiento sencillo, como todo lo que nace de lo más íntimo del alma para tocar en lo más hondo de ella. “Las dos únicas verdades de la vida, decía en él, son el amor y la muerte.” “El amor, sí, pudo interpretarlo ella con justicia sobrada, el ilimitado amor de las madres que en su abnegación no recono-

ce barreras ni obstáculos, el único que sobrevive a los desencantos más rudos, el único que va más allá de los mayores sacrificios!

La herida permaneció largo tiempo intacta y sangrante en el corazón de la dama, y cuando la resignación triunfaba en su espíritu, un nuevo rudo golpe vino a renovar dolores que no se habían curado. La muerte, una vez más, iba a buscar su víctima—como siempre víctima de selección— entre los suyos. Esa vez, "Benjamín Orrego, el nieto soñador y poeta", el escritor prematuramente completo y pleno de los dones mejores de la vida, era el que debía sucumbir a su nuevo zarpazo. Todos se iban, partían los más buenos, los mejor dotados, ¡qué sabor de incomparable amargura debió sentir ella en su alma al considerar los seres queridos, viajeros sin retorno, que partieran dejando en su hogar la huella desolada de los vacíos que nunca se llenan!

Pero en su espíritu abatido por los dolores más crueles, por esos dolores que golpearan más de una vez en su corazón, hiriendo con rudeza en esa doble maternidad de las madres que se sienten revivir en sus hijos y en sus nietos, se hizo la claridad.

Del dolor brotaba la luz, y así, a la postre de ese parto espiritual doblemente doloroso, porque hería doblemente, sintió renacer una fe nueva y poderosa que colmó de todos los dones su espíritu abatido; fe que salvando las barreras de la vida y del espacio, la aproximaba a los que ya se habían ido, tomando antes, como dice Neruo, un tren que sólo precede al que un día habremos de tomar a nuestro turno.

Esposa, madre y abuela de escritores y de artistas, formó en su casa un hogar intelectual y político, del que fueron contertulios los hombres más ilustres de la época. Allí se reunían con frecuencia Domingo Santa María, el Presidente Balmaceda, don Crescente Errázuriz, actual Arzobispo de Santiago, don Enrique Mac-Iver, don Isidoro Errázuriz, don Eusebio Lillo, Barros Arana, los Amunátegui, los Matta, los Arteaga Alemparte, los Gallo, los Blest Gana, don Vicente Reyes y don Federico Errázuriz Echaurren, quienes en su casa

se encontraron por primera vez, después de la ruda batalla doctrinaria librada en las elecciones presidenciales de 1896; don Marcial Martínez, don Carlos Walker, don Toribio Medina, don Rafael Sanhueza, don Carlos Robinet, ese noble e infatigable apóstol de la instrucción pública en Chile, olvidado tan injustamente hoy día, y muchos cuyas campañas sociales se gestaron en sus salones; don Arturo Alessandri, que se iniciaba brillantemente en la carrera del foro; y tantos otros que sería fatigoso enumerar. Entre los extranjeros que



La señora Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackenna.



Benjamin Orrego Vicuña.

fueron sus amigos personales y a lo largo de la vida desfilaron por su hogar, valdría citar al Presidente Mitre, que fué en varias ocasiones su huésped, y que tan estrecha amistad tuviera con Vicuña Mackenna; a Claudio Gay, el sabio naturalista, y a Ignacio Dumeyko, a quienes conociera de joven, al Presidente peruano Manuel Pardo, que poco antes de la guerra del 79 estuvo en Chile, y conservó con ellos relaciones efusivas y estrechas; a don Waldo Graña, a Moreno, a Puyerrredón, a Manuel Ugarte, y tantos americanos notables como de paso en Chile fueron a buscar en los salones del palacio de la Avenida Vicuña Mackenna el calor reconfortante de su hospitalidad.

Su casa fué siempre el punto de reunión de cuanto de notable contó la sociabilidad nacional; si algún día hubiese de escribirse la historia de nuestros salones y la influencia que ellos tuvieron en los hombres y en los acontecimientos, seguramente se la habría de tener muy en cuenta, porque por el suyo desfiló la vida intelectual de medio siglo.

Espírita inquieto, vigoroso, dotado de un sprit extraordinario y de una vívida y fecunda fantasía, la señora Subercaseaux ha sido el alma de una época entera, desarrollando cerca de su esposo y de los hombres que formaron parte del núcleo de sus íntimos, una decisiva influencia que redundó siempre en obras de progreso nacional, de mejoramiento público o de caridad privada.

Las anécdotas suyas, interesantes y numerosas, llenarían muchas páginas, abarcando desde la indiscreta confianza de la intimidad, en que el ingenio se desata y corre desbocado, ajeno por completo a las trabas de circunspecciones y protocolos, hasta la intencionada y enérgica frase lanzada en público para subrayar un hecho o censurar una acción torcida; y ellas se podrían relacionar con cuanto de importante ha ocurrido en los últimos diez lustros de nuestra historia.

Sin embargo, desde la muerte de su marido, su esfera de acción ha sido casi exclusivamente privada. Ha vivido dedicando las mejores energías y ternuras de su alma al culto santo de un sagrado recuerdo. Si los romanos dedicaron preferente lugar al recuerdo de los antepasados, haciendo de él una religión que constituía el más hermoso de los símbolos y el más saludable de los ejemplos, ella hizo de la memoria de los suyos que habían salvado el grande rbitrismo, pasando a formar parte de los seres adorados y lejanos, un culto nobilísimo en que presidía la sombra del grande hombre, cuya huella palpable, a pesar de la distancia, de la materia y del tiempo, continúa hoy llenando, como en otros días, los rincones de su casa y el alma de sus descendientes.

Antes de arrojar la pluma en el esbozo de esta silueta, por tantos títulos ilustre, en la que hubiésemos querido imprimir el sello verdurable propio sólo de las páginas que debieron su vida al talento, se nos permitirá evocar una anécdota que tiene el sabor de su personalidad y la retrata en sus relaciones menos brillantes, pero más sólidas, en aquellas que no dejan en el alma la amargura ni el desencanto que suelen procurar las otras.

Cierta mañana de enero, como en otras

ocasiones diversas, repetidas con la constancia de las afecciones y los sentimientos sinceros, se despertó la noble dama en su retiro de Villavicencio al ruido de los acordes nacionales; el patio de naranjos de su casa estaba invadido por una multitud abigarrada de hombres que por todo lujo ostentaban en el pecho el brillo de sus condecoraciones. Eran los veteranos de la guerra del Pacífico que, después de su tradicional romería a la tumba de Vicuña Mackenna,

venían a ofrendarle sus respetos. Y cuando al estrechar entre las suyas, blandas y finas, las manos duras y encallecidas por el trabajo, de esos hombres heroicos y rudos, sintió correr el sudor que dignifica y ennoblece, se debió saber muy de cerca del coloso que fuera el compañero de su vida, que contó siempre, muy próximo al afecto de los suyos, ese otro afecto inmenso de los pequeños, de los humildes, de los desheredados...



Benjamín Vicuña Subercaseaux (Tatín).



El nuevo Presidente de la República y su familia. (Sentados), de izquierda a derecha: Mario y Marta Alessandri Rodríguez. La esposa de S. E.; el Excmo. señor Alessandri y señora Esther Alessandri de Matte, con su hijita.—(De pie): señores Fernando, Arturo, Jorge, Hernán, Eduardo Alessandri R. y Arturo Matte Larraín.

LOS NUEVOS MORADORES DE LA MONEDA

Si los edificios tuvieran un alma y quedarán impresas en ella, como en las gentes, las etapas trascendentales de la vida que les toca presenciar, sería, acaso, entre nosotros, el histórico Palacio de la Moneda, el que mayor variedad de hechos albergara alma adentro. I hechos de toda índole: la heroicidad y la abnegación y el jolgorio y la angustia y la esperanza y la desilusión, esos infinitos matices de que se colorea la vida diaria, han logrado, sin duda, en la Casa de Gobierno, la acentuación más profunda, la intensidad violenta. Para así imaginarlo, basta pensar qué de problemas se habrán agitado tras los muros pétreos, qué de expectativas habrán surgido y qué de golpes habrán sobresaltado las vastas salas, los amplios corredores alzados, las fuentes centenarias que más que cantar habrán dorado alguna vez... Si pudiera cogerse la palpitación permanente y variada del Palacio Presidencial, sabríamos, acaso, que no es precisamente que sus columnas no se conmuevan ni que sus rejas no crepiten; aprenderíamos, tal vez, a aüncharnos de cuerpo y a afeitarnos de rostro año tras año y cada vez más como viejas coquetas, en el ansia de disimular el temblor producido por los años y las respectivas hondas arrugas. Se lava y se pinta la cara, y queda la Moneda como si tal cosa, allá no haya vibrado en su interior y más de una vez la discusión acalorada, el problema insoluble, el error producido; nada la muda de aspecto.

Pero ¿y de interior?... ¿Si fueran los edificios como las gentes, y disimularan? ¿No habrá experimentado la Casa Presidencial alegrías y penas? ¿No habrá ido habituándose en cada período a sus moradores de cinco años? ¿No habrá sentido pesares, añoranzas, cuando se han alejado los unos para que otros vengan, extraños?... Quizá.



Excmo. señor don Arturo Alessandri

En todo caso, por habituada que haya estado en cada ocasión, por apesadumbrada que quede ante la partida de la familia que hoy la deja, podrá desde luego y sin esperar acostumbrarse sentirse feliz ante los que ahora llegan a ocuparla. Podrá recibir con los brazos abiertos no sólo al Primer Mandatario de la República, sino también al padre ejemplar que hay en él; y a una madre santa, y a una guagua que con su sola presencia renovará la vetustez del Palacio; y a los hijos, en fin que no han malgastado la rica herencia espiritual de los padres.

Alabar a los de arriba por el sólo predi-

camento de estar donde están situados, ofrece sus características: siéntese muy bajo a sí mismo quien lo hace y subraya la natural desconfianza de aquel a quien se incienza. No es el caso: públicos son los merecimientos de la familia del nuevo Presidente y quien una vez más los señala agradece tal vez algo que ya les debe, antes que imaginar siquiera abusar de tales méritos.

Nada significa, entonces, repetir que el Palacio de la Moneda debe estar de gloria por el hecho de albergar no sólo a la primera familia del país según las circunstancias públicas, sino a una de las primeras según altas leyes íntimas.



CRONICA LITERARIA

I "HOGAR", por "AL" (Alfredo Weber), novela.—II "LA SEÑORITA ANA", por Rafael Maluenda, (novela).—III "POR LAS DOS AMERICAS", por don Enrique Molina (viajes).—IV. "EL CONFESONARIO BAJO LAS ESTRELLAS", por Alberto Maurer Caamaño (poesías).— V. EL AÑO LITERARIO

Por Hernán Díaz Arrieta

El arte de escribir bien consiste en resignarse a decir, a lo sumo, la mitad de lo que se piensa, y, por lo menos, una cuarta parte de lo que no se piensa.—Renan.

"HOGAR",

Fragmentos de un diario de viaje, por "AL"
(Alfredo Weber)

En realidad, son tres libros con un solo título: un libro de viajes por Europa (Austria, Alemania, Inglaterra, Francia, España) después de la guerra grande; una novela de aventuras y de amor, tipo folletín truculento, y un tratado de moral.

El más seriamente interesante es el libro de viaje, en especial los primeros capítulos; tiene observaciones omadas de la realidad, que se imponen con fuerza y levantan antes nuestros ojos tipos, escenas y paisajes. El autor ha visto aquello y sabe dar su impresión. Recorremos en su compañía las cales de Viena, desorganizada por la derrota, a oscuras, con los personajes increíbles que las grandes conmociones sociales sacan a la superficie; penetramos en un antiguo restaurant de lujo, "de cuyas magníficas arañas de cristal cuelgan rústicas lamparillas de petróleo, que sirven exsoldados del Emperador, y donde un judío nos pide políticamente los restos de una ensalada dudosa para engullirla con avidez". Tras una rápida excursión por la Rusia imperial y bolchevique, Alemania desfila, avergonzada y dolorosa, sin orientarse aún después de su catástrofe, vacilando entre el odio, la burla y la compasión al recordar a su ex-Kaiser. Es sugerente en tal sentido

la pequeña comedia del "Hansa cabaret" (página 80) y los comentarios encontrados de la concurrencia. Luego un capítulo sobre Inglaterra, otro sobre Francia y al final, una de las páginas mejores del volumen, dedicada a contar el arribo a España. "¡España, España! Olé, tierra, y oímos a uno, agitando su boina fuera de la ventanilla del vagón. En efecto, estábamos en España".

Para trasladarse de "la muy ilustre, noble, leal y generosa Irún" a San Sebastián, trataron con don Manuel Solano y Pérez, dueño de una carretela para pasajeros y de dos robustas jacas. Solano y Pérez grita:

—¡Josefo! ¡Josefo! Trae las jacas pa llevá estos señoritos.

—¡Vamos, que no me muevo! — respondió una voz de adentro.

—¡Pues qué! — le replicó Solano y Pérez. — Si un horrico como tú da una coz, no por eso va a cortarse la pata.

"Con un velón en la mano alumbré a Solano y Pérez hasta que hubo terminado de atalar las bestias". Luego, durante el esmoino, Solano y Pérez conversa como buen español.

—"Vea usted, señorito, lo que es la justicia en España. Hace un mes escasamente mataron los gendarmes a un pobre contra-baudista que traía un poco de tabaco de Francia... Pues, durante la guerra, un grande de España pasó cuarenta mil mulas por la frontera sin que la gendarmería lo atajara... Y usted comprende, ¡enray!, que

cuarenta mil mulas no se pasan en el bolsillo del chaleco..."

Si todo el libro de viajes tuviera la frescura de esta página, y si la novela tuviera la realidad del libro de viajes, la obra de "Al" viviría sin duda largos años; pero, desgraciadamente, no es así. En el mismo diario del viajero hay demasiadas improvisaciones, demasiadas cosas puestas a la ligera sin madurez, sin selección.

¿Qué decir de la novela?

Medio de unir los viajes con el tratado de moral, resulta sacrificada a éste, y a aquellos, como una pobre Cenicienta. No puede, en verdad, imaginarse mayor descuido en la invención de la trama ni menos cuidado en la ejecución de los detalles. Tratemos de contar el argumento. Einar, el viajero, se encuentra con Ruth, mujer que se le ofrece por hambre, en un restaurant austriaco. La toma bajo su protección y la lleva consigo. ¿Como querida? No se ve claro, aunque se sospecha. Ella es una mujer dulce, paciente y misteriosa, que al fin cuenta su historia. Hija de un barón dinamarqués, su familia la usó por dinero con un conde ruso, un miserable explotador, borracho, inverso, perdido.

La gran duquesa Tatiana la tomó de dama de honor y logró librarla algún tiempo. Perseguida por Rasputín, asiste a una especie de misa negra, en un subterráneo, en medio de un círculo de hombres y mujeres que se desnudan. Al declararse la guerra, ingresa a la Cruz Roja, es violada, escapa y llegará a Viena donde encuentra a Einar. Paséala éste por Alemania, llegan a Londres, divisan al marido, el conde Alejo, y huyen por Francia a España. Ella se enamora de Einar; pero Einar no le corresponde, o por lo menos, resuelve separarse de ella pretextando su matrimonio y motivos morales un poco vagos. Ruth se suicida y la novela concluye. Como se ve, el elemento dominante en la intriga se parece mucho a un melodrama cualquiera. No falta ninguno de los elementos que han provocado siempre la curiosidad del grueso público y el estilo, el movimiento de los personajes, el análisis de los estados de ánimo, la explicación de las diversas resoluciones, todo está hecho a la ligera, sin verdad, sin naturalidad, sin sol-

tura, como para gentes que no entienden esas cosas o las consideran de segunda importancia. "Al" pudo hacer algo mucho mejor. Testimonios, el análisis de una ópera wagneriana (página 85) y pasajes como éste: "A trechos corría el camino bajo grandes y frondosos árboles. En una parte en que un arroyo cruzaba la carretera, vimos, reflejado en las aguas, un trozo de cielo y un millar de estrellas. Al pasar el vehículo por el charco, y ponerse las ruedas en movimiento, Ruth me dijo: — ¡Qué lástima, hemos roto el espejo y pisado las estrellas." Como otro acierto, aunque parcial, puede citarse el carácter sostenido de Ruth, buena, animosa y simpática mujer, aunque sin nada de dama de honor de la gran duquesa Tatiana ni de condesa rusa.

Pero tanto esta novela imperfecta como ese buen libro de viajes podrían formar un excelente volumen si no fuera por la inyección constante e inoportuna, a través de todas las páginas, de cierto tratado de moral.

Realmente, este último resulta insufrible. Echa a perder el viaje, compromete la novela y trae por tierra el conjunto de la obra.

Se comprende a primera vista que dos personas como Einar y Ruth, en una situación dudosa, no son las más llamadas a formular lecciones de ética trascendente. Luego, los principios mismos que se plantean, carecen de una base sólida o siquiera visible, y por último vienen tan a destiempo, en medio de las confidencias sentimentales, con su lenguaje altisonante y afectado, con su frialdad postiza, con su desproporción casi cómica! Delante de unas "pupis" — mujeres alegres, — charlando sobre una bacanal del príncipe Rodolfo, Ruth pregunta: — "¿Es verdad que el pecado está en la mente y no en el cuerpo?" — Sí, le repliqué; la mente es como el fuego de Satán, o la llama purificadora ante el altar de Dios. Cuando está supeditada a la conciencia, al amor y a la voluntad, es luz en la obscuridad, calor en el hogar, vida en el mundo y elemento de progreso..." Siguen muchas palabras más, hasta éstas, inverosímiles: — "¿Nunca pesará sobre tu espíritu la sombra de mi pasado?" — pregunta Ruth. — No, Ruth; lo que tu cuerpo haya hecho me es indiferente, siempre

que la intención puesta en tus actos resulte buena y noble..." Como declaración de amor, como excusa piadosa y circunstancial, podría aceptarse el axioma; pero, en realidad, y aunque toda esta parte de libro es muy nebulosa, parece que la moral de "Hogar" se funda en ese principio, por lo menos, discutible, y, sin duda alguna, peligroso.

Arranca del quietismo, propicio a las abstracciones de toda suerte con su desdén por la realidad, y lleva derecho a la frase atribuida a los Jesuitas: "El fin justifica los medios". ¡Parocería lógico que con semejante libertad de pensamiento, Elnar no hubiera tenido inconveniente alguno en llevarse a Ruth a otras tierras—son ambos grandes viajeros desarraigados,— y sin embargo, él da motivos morales, pretexta el matrimonio de ella para abandonarla a una muerte presentida. Si él tratado de moral perjudica a la novela, a su vez la novela le vuelve la mano y arruina al tratado de moral.

De todo este libro confuso, predicador, variado y raro, sólo queda en pie que "Al" tiene mucho talento, pero lo ha malgastado por apresurarse, por afán de mezclar elementos demasiado diversos, por carecer de experiencia literaria (esto se ve especialmente en sus diálogos, en sus cambios de escena, en sus movimientos de personajes) y por desdén a la obra de arte puro, de arte por la belleza, no por la moral ni por la instrucción.

"LA SEÑORITA ANA", por Rafael Maluenda

Esta novela de Maluenda deja una impresión indefinible, debido a circunstancias ajenas a sus méritos o defectos literarios. ¿Es buena? ¿Es mala? ¿Es mediocre? No sabríamos decirlo con seguridad, aunque si fuera la primera obra de un autor desconocido, nadie vacilaría en reconocerle grandes cualidades y propositarle el más brillante porvenir. Pero viniendo del autor de "Eloísa", esa pequeña obra maestra, y de tantos artículos en favor de don Arturo Alessandri...

Veamos.

Desde la primera página, "La Señorita Ana" conquista el interés por la admirable

claridad del estilo, por su abundancia de luz, por su vigoroso equilibrio, por cierta plenitud sana y plástica; es una prosa un poco para leída en voz alta, pero que no carece de matices y delicadezas de expresión. Los personajes entran inmediatamente en escena y el autor no pierde el tiempo en preliminares. El segundo capítulo parece casi un acto de teatro; se ve, se oye y presenta (página 42) una interpretación musical visiblemente onomatopéyica. Es la descripción del Poema Erótico, de Grieg: "Vibró el piano con un motivo musical agudo como un grito, que reforzó la secuencia y se deshizo en una cristalina apoyatura. Y cual si algo prestara vida al arpeggio moribundo se sostuvo en una semi-cadencia, se prolongó un instante, definiendo la primera frase del tema único." Es la señorita Ana Dey, que hace clase en el Liceo. "Se hubiera dicho que las manos que rozaban el teclado en lánguidas escalas iban trazando las palabras dolorosas con que un alma contaba su sufrir. Se elevaban las notas y tan dulcemente se apagaban en los ámbitos del salón, que las alumnas con inconsciente movimiento levantaron sus ojos como si les hubiera sido dado percibir en el aire la agnía de aquellas notas moribundas... Los últimos arpeggios se deshicieron sofocados, lentos, como un apagado sollozo. Las manos blancas descansaron. Y cuando ella se levantó y salió de la sala, las niñas la siguieron, caminando sin ruido, como si en el gimnasio desierto hubieran dejado un alma que sufría."

Esta insinuación nos entreabre el doloroso drama de la heroína, joven profesora dulce y secreta, muy amiga de la señora Pino de Saavedra, otra profesora, fea, ambiciosa e intelectual, y de su marido, el profesor Saavedra, en cuyo hogar, que frecuentaba mucho, hace amistad con el aristócrata Juan Bautista Bruce.

Y ya tenemos a los cuatro personajes principales de la novela.

La que más vive es la señora Pino de Saavedra; la vemos en dos o tres gestos mejor que en muchas explicaciones. "Presenta para salir (página 39), la señora Elvira recogió la prolongada falda de su traje: una bata princesa, exageradamente

larga, requirió en la diestra su sombrilla y ofreció sus mejillas a la boca amiga." Hela ahí saliendo del Liceo, ligera, garbosa, sin reparar en las demás profesoras que se apartaban para dejarle paso. Es una mujer de tipo moderno, clase media, perfectamente liberalizada; tiene un amigo y su marido tiene una amiga, joven alumna de ella que el hombre acaricia con mano falsamente paternal. No riñen por eso. La división entre los esposos proviene de que la señora tiene vehementes deseos de ir en comisión oficial a Europa, y el señor se deja estar con indolencia, frustrando las esperanzas que había dado al iniciarse en la carrera. Eso, ella no se lo perdona.

Ana Dey pasa como una sombra ligera, velada de melancolía sonriente. Tiene una historia triste en su origen familiar. Vive con mucha independencia. ¡Se enamora de Bruce! El autor se contenta con insinuaciones, con detalles gráficos, que van de la superficie al fondo, y al fin la entrega resueltamente al mozo, después de una cita en la Quinta Normal. Luego la hace suicidarse y escribir una carta con esta sola frase trunca como su vida, como su persona, como su pobre, pequeño corazón de abandonada: "Lo he hecho para que mi recuerdo sea..." Nada más.

La idea central es bella, sin duda: pintar sin análisis el drama íntimo y silencioso de una mujer; pero, a pesar de la excelencia del estilo y de muchos aciertos de detalle, el conjunto fracasa.

La emoción que se persigue no está conseguida, en primer lugar, porque Juan Bautista Bruce es un tenorio enteramente de cartón. Fuera de su sitio, en aquel hogar de clase media teñido de intelectualidad, carece aún del carácter general entre los hombres me-

diocres; habla mal, se mueve mal y procede como empujado por un mecanismo. Fastidia. La señora y el señor Pino Saavedra tienen su existencia; sólo que esta existencia no se mezcla a la de los otros personajes; parecen de una novela distinta o son como estudios aportes para otras obras. Intervienen a la fuerza en el desarrollo de los hechos. Tal vez todo esto habría podido enmendarse, fundirse y levantar la novela, si no existiera el principal defecto: la falta de extensión. Es un defecto curioso. Por lo general, las novelas chilenas dignas de leerse, pecan por excesivo desarrollo y se les podría quitar ventajosamente una buena porción de páginas y hasta de capítulos.

En "La Señorita Ana" se ceñan de menos partes enteras, casi otro tanto de lo escrito. El final sobreviene con brusquedad y deja frío al lector. Se necesitaría más amplitud para justificar ese suicidio y darle todo su valor emocional. El salón de la señora Saavedra Pino era un rico escenario. ¡Por qué lo abandonó el autor! El Liceo se presenta en el admirable capítulo se-



Rafael Maluenda.

gundo como un laboratorio de intrigas dignas de Dickens. Pero no reaparece más. Se necesitan, asimismo, mayores antecedentes sobre las relaciones sociales de estas personas, sobre el ambiente que las rodeaba, sobre su psicología íntima; habría que explicar más cómo pensaban, y por qué pensaban así.

Adivinase que la original situación del matrimonio Saavedra está enlazada a todo un estado social que ellos representan y que a su vez los haría entender a ellos. No se divisa. Privados del cuadro interesante y humano, debemos refugiarnos en el solo drama interno de la señorita Ana. Aquí mismo, encontramos sequedad, insuficiencia. La señorita vive poco en nuestra compañía, no

alcanzamos a acostumbrarnos a su presencia, a tomarle afecto; y cuando muere, es como si hubiera muerto una persona extraña, en-trevista apañada, y de cuya defunción sabemos por el diario, dedicándole una condolencia indiferente.

Recorriendo mentalmente la obra anterior de Maluenda, encontramos algo que tal vez constituya la clave de los méritos y los defectos de esta señorita Ana: Maluenda da muy bien la impresión plástica, coge con exactitud la superficie de la vida: sus diálogos y sus descripciones son excelentes. Pero yerra en cuanto analiza un poco, y no se conmueve, o, por lo menos, no sabe transmitir su emoción. Temperamento más intelectual que sentimental, conoce sus fallas y por eso ha adoptado esa manera de escribir, que va de afuera para adentro. La puso en práctica en "Eloísa" y en "Los Ciegos", temas que le venían admirablemente al sistema y acertó. En "La Señorita Ana" había otro género de dificultades y no supo verlos ni vencerlos. Se necesitaba más penetración que en "Los Ciegos", y no valía la sola sonrisa como en la despachera. Además, había un tipo de clase alta y lo trató mal.

Por lo demás, dejando a un lado rigores artísticos y olvidándose de lo que tendríamos derecho a esperar de un autor de su categoría, puede afirmarse que Maluenda ha escrito una novela sumamente agradable de leer y que gustará al público.

"POR LAS DOS AMERICAS",

Notas y reflexiones de don Enrique Molina

Hace tiempo que Estados Unidos atrae a los escritores chilenos; pero hasta ahora casi no han visitado ese país sino periodistas y pedagogos, es decir, personas que iban, no a observar y decir imparcialmente lo que vieran, sino a buscar lecciones de utilidad social para nosotros.

Esto será todo lo provechoso que se querrá, pero no puede negarse que tiene sus inconvenientes graves. Desde luego, da cierto aire de parentesco y una sensible falta de relieve a los diversos libros que tratan de la materia; en seguida, convierte a la Repú-

blica del Norte, maravilloso laboratorio de vida, en una especie de Gran Maestra gru-fona, decidora infatigable de apólogos democráticos para el uso de las escuelas; y, por último, fuera de quitarle interés y simpatía al tema del mismo viaje, inspira cierta desconfianza tanta unanimidad en el elogio, y hace por instinto buscar algún pequeño detalle, cualquier dato concreto para contradecir o controlar la tesis.

Es lo que nos ha sucedido con "Por las dos Américas", notas y reflexiones sobre un viaje a Estados Unidos del eminente autor de Filosofía Americana y Rector de la Universidad de Concepción, don Enrique Molina.

En estilo fácil, claro y ligero, el señor Molina nos cuenta su salida de Valparaíso, la vida abordo, un descenso al Perú, con ligeras apuntes sobre las antigüedades limeñas; luego, la llegada al Canal de Panamá, puerta verdadera de esa nación continente que es la república norteamericana, tal cual accidente característico en las aduanas, para entrar en los dos últimos tercios del volumen al examen atento de la psicología yanqui.

Es interesante este paseo de un hombre superior a través de cien pequeñas particularidades, en las cuales su espíritu de observación, su inteligencia sólida y su ciencia vasta, admirablemente ordenada, saben encontrar los elementos fundamentales y tocar el nervio de cada cuestión. Sin que ofrezca bellezas verdaderamente artísticas y con frecuentes deslices de gusto, su prosa agrada siempre por directa, nutrida y desprovista de toda pretensión, a veces no sin su graciosa movilidad. Algunas escenas logran fijarse en la memoria. Por ejemplo, aquella recepción de profesores, tan llana, tan sencilla, en que unos tras otros van concluyéndose los manjares y el anfitrión lo anuncia a su invitado sin mayor ceremonia, insinuándole que pida otra cosa. "No es raro — agrega más allá — que a las personas a quienes se ha invitado a tomar el lunch o a comer las conviden también los dueños de casa, después de los postres, a lavar junto con ellos los platos en la repostería o en la cocina. Es éste, sin duda, un caso de falta de ceremonias; pero es igual-

mente un resultado de la falta de servidumbre que proviene de la elevación creciente de las clases bajas..."

Citaríamos muchas páginas más de parecida índole; pero, como decíamos, adolecen un poco de excesivo espíritu docente y de falta de novedad. ¡Tancredo Pinochet y su Biblioteca Americana de Inspiración nos han servido con tanta insistencia el mismo plato! Casi nos sabemos de memoria las premisas invariables y la fatal conclusión.

Por eso, tal vez, nos hemos detenido con especial atención en una página (170) donde se estampa un dato estadístico. La estadística es la más sorprendente de las ciencias y los viajeros no deberían descuidarla. "Con anterioridad a la organización de los trusts y luego en combinación con ellos — dice el señor Molina — se ha operado una gran concentración de riquezas en las manos de unas pocas familias. De una estadística hecha sobre la propiedad rural y urbana en los Estados Unidos en 1890, se ha sacado en claro que el 91% de las familias del país no poseen más del 25% de la riqueza, y que el 9% de las familias tienen en sus manos el 75% de las riquezas." He aquí algo digno de meditación. La riqueza es la gran palanca del poder moderno, la heredera del ejército, de la religión, de todo; casi no hay ahora otra fuente de influencia social y todas las demás, por uno u otro lado, dependen de ella. ¿Dónde queda el dominio del gran número con ese 9% dueño del 75%? ¿Qué significa, ante esos dos %, el propio sufragio universal? ¿Qué las maneras democráticas, la instrucción obligatoria, la ascensión de los sirvientes y el lavar los platos del dueño de casa? Dudamos que el oligárquico Chile pueda presentar más formidable prueba de oligarquía. Mientras esas dos pequeñas cifras no se alteren, todas las demás observaciones deben quedar sometidas, para los espíritus independientes, a un estricto beneficio de inventario.

El señor Molina comenta atinadamente el fenómeno; pero, a nuestro juicio, dista de atribuirle la importancia debida.

Lo cual nada significa, por cierto, contra su obra, la más interesante, agradable y provechosa de leer, entre las ya numerosas

con que nuestra literatura cuenta sobre los Estados Unidos de Norte América.

"EL CONFESORIO BAJO LAS ESTRELLAS",

Por A. Mauret Caamaño

Despreciando las eclesiásticas maldiciones de Fray Apena, y con desdén de un principio formulado por d'Annunzio, don Alberto



Alberto Mauret Caamaño

Mauret Caamaño ha resuelto vivir sin renovarse. El primer verso de su último libro lo declara:

Yo no me cuido de renovar las galas
de mi literatura...

Francamente, yo admiro mucho todo lo que refleje, aunque sea de lejos, la imagen de la eternidad; creo que el deseo de permanencia en medio de la muerte cotidiana arraiga en el fondo mismo del corazón humano; que todas nuestras aspiraciones, todos nuestros ideales, hasta las más fugitivas

de nuestras esperanzas, en su lenguaje diverso repiten esta sola palabra: siempre.

Pero en este caso, por excepción que— como se dice de las excepciones—debe confirmar la regla, querría que el señor Mauret “renovara las galas de su literatura.”

¡Y es que estas galas son muy feas y están muertas! Tienen algo de duro y acartonado, carecen por completo de gracia, de novedad, de interés, causan el efecto de flores artificiales reunidas sin gusto en un ramo apretado a la fuerza.

Yo soy romántico y por seguir la huella de un fantasma de luz, el alma mía amó el amor; y floreció una estrella “en las entrañas de mi ideología.”

Al claro de la luna, en la armonía, que baja del confín desconocido, clavó mi escala en el balcón florido y of a la alondra saludar el día.

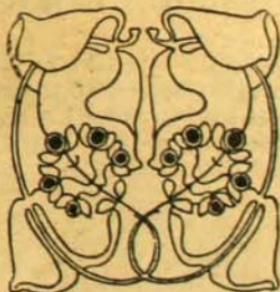
Del “impulso genésico” en el ansia perseguí más que el beso, la fragancia, loco de ensueños y espiritualismo;

y arrojé, presa de pasión traidora sobre la ardiente carne pecadora la capa azul de mi romanticismo...

Odiosas son las revoluciones, y las escuelas nuevas dicen disparates al principio; pero preferiría cualquier despropósito poético o antipóético a escuchar constantemente esta música correcta y mecánica. No. Aunque le cueste la vida, el señor Mauret Canaño debe “renovar las galas de su literatura.”

EL AÑO LITERARIO

Este año de 1920 ha visto aparecer en Chile un libro. Se llama “Alsino”, por Pedro Prado. Dichoso el año que pueda decir otro tanto.





La sala de espera

Las grandes instituciones de beneficencia

CRUZ ROJA DE LAS MUJERES DE CHILE

Una visita al Dispensario de la Cruz Roja.—Lo que puede hacer la buena voluntad.—Programa de estudios y trabajo de las enfermeras.—La lógica inconmovible de los números.—La Liga de Higiene Social y las Cruces Rojas mundiales.

“Cruzad esta puerta, hermanos:
hay un hogar que os acoja.
Lo construyeron las manos
fervientes de la Cruz Roja.”

La Cruz Roja de las Mujeres de Chile tiene instalado su dispensario en Santiago, en la Avenida Independencia 341.

Es un edificio modesto, que puede pasar desapercibido por el caminante; pero que es ya conocido por centenares de seres que sufren y que han encontrado allí la mitigación de sus dolencias, la curación de los males que les abrumaban. Es como la pe-

queña violeta de los campos, perdida entre la yerba y oculta por su espeso follaje, pero cuyo perfume embalsama el ambiente, y cuya presencia es saludada con cariño por el que logra dar con ella.

Desde el primer momento el Dispensario nos impresiona como un sitio sagrado. En la fachada, pintada de blanco, como lo están también sus pasadizos y salas, se lee el

cuarteto que encabeza estas líneas y los anchos corredores abiertos, la quietud y soledad de sus patios, las figuras que pasan de un lado al otro, vestidas de albo delantal y llevando la sencilla toca coronada por la roja insignia de la cruz, nos hace creer que estamos en un convento rural, en medio de mujeres apartadas del mundo y consagradas al servicio de Dios. Insensiblemente, bajamos la voz, suavizamos el paso e inclinamos la cabeza reverentes ante estas mujeres que bien merecen el nombre de hermanas. Hermanas son de la humanidad doliente; hermanas, con ternuras y abnegación maternales; hermanas de cuantos llegan a llamar a su puerta en demanda de una curación, de un lenitivo a sus dolores.

La Cruz Roja de las Mujeres de Chile se formó en los aciagos días de 1914, cuando parecía que todo el mundo iba a verse envuelto en las llamas de la conflagración europea. Fué un grupo de señoras y niñas entusiastas, que nunca soñaron que habría de tener tal acogida, ni menos que de aquel curso que empezó sus tareas bajo la hábil dirección de los doctores Ostornol y Torres Boonen, iba a brotar un numeroso grupo de

Castro, Sievers, Alessandrini, Matus, Prado Reyes, Lorea y Scroggie. Su dispensario funciona todos los días y atiende, por término medio, sesenta enfermos en cada sesión. No es de sorprenderse, por consiguiente, que en los ocho meses de trabajo del año 1919 se efectuaron 5,501 curaciones y se aplicaron 1,323 inyecciones.

Los primeros cursos de enfermeras recibieron su instrucción en los salones de la Federación de Obras Católicas, y muy pronto, debido al solo esfuerzo de sus socias, pudo abrir un pequeño dispensario en la Avenida Independencia, en uno de los barrios más populosos y desamparados de la ciudad. Su entusiasmo y su abnegación pronto halló imitadores, y a mediades del corriente año se inauguró el nuevo dispensario en un local propio, obsequiado a la institución por don Roberto Huneeus Gana y su esposa señora Sofía Eastman de Huneeus, la digna presidenta de la Cruz Roja de Mujeres de Chile en Santiago.

La casa es de un solo piso. Sus habitaciones son chicas, blanqueadas con cal, como las celdas conventuales, y sus dos grandes patios le dan el aire y la luz necesarios.

Fué en otros tiempos la casa habitación de la familia Cobo Espínola, y ha sido reformada para que preste las comodidades indispensables a los enfermos y enfermeras, hallándose dotada de espléndidos cuartos de toilette y de baños a la moderna.

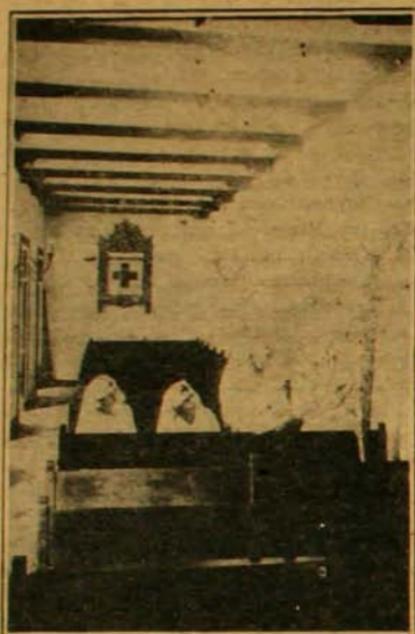
—Pero han hecho ustedes verdaderos prodigios, — observamos al entrar en la sala de operaciones y ver las camas operatorias y su instrumental.

—Hemos encontrado muy buena voluntad y mucha generosidad de parte del comercio, — se nos contesta. — No es cierto que la gente es mezquina y que se niega a ayudar a las buenas obras. Casi todo lo que ustedes ven se lo debemos al alto comercio de Santiago.



Curaciones de heridas.

enfermeras de la Cruz Roja, preparadas para cualquiera eventualidad. Hoy, únicamente en Santiago, cuenta la institución con más de dos mil socias, las que reciben instrucción teórica y práctica en los cursos dirigidos por los doctores Ostornol, Torres Boonen, Molinare, Opazo, Icaza, Muñoz Pal,



Nos detenemos un momento en la sala de curaciones y observamos cómo una joven enfermera desinfecta y cura una gran llaga. Hay dos o tres enfermos que precisan una curación parecida, y miramos con verdadera admiración esas blancas y finas manos de niña, que pasan delicadamente los algodones sobre la carne viva y que vendan con suavidad el miembro enfermo. Más allá, otras enfermeras aplican inyecciones, otras despachan las recetas y las vendas y otras atienden a los enfermos que aún esperan su turno. Son ya las cinco y media de la tarde y quedan como veinte enfermos a los cuales hay que atender.

—Este año, — nos dice nuestra distinguida informante, empezamos muy tarde la enseñanza práctica, debido a los arreglos que hubo que hacer en el local. Sin embargo, en el mes de septiembre hicimos 427 curaciones y aplicamos 221 inyecciones; en octubre, 491 curaciones y 492 inyecciones; y hasta el 7 de diciembre llevamos 977 curaciones y 1.791 inyecciones. Lo cual nos da un total de 3.399 servicios médicos en menos de cuatro meses.

—¿Se dedican a algún ramo en especial?
—interrogamos.

—El nuestro es únicamente un dispensario de cirugía. Atendemos a todos los que recurren a nosotros, ya sea por su voluntad o enviados por la Asistencia Pública o las Ambulancias de Policía. El médico de turno examina al enfermo y dice si debe ser enviado al hospital o si se le puede atender en nuestro dispensario. Esto último sucede en caso de ser heridas o contusiones sencillas, o enfermedades que sólo necesitan inyecciones. Entre éstas se encuentran la tuberculosis y las enfermedades sociales, y aquí es donde hemos venido a darnos cuenta de la enorme cifra a que alcanzan las víctimas de la una y de las otras.

Por regla general, el ambiente que se respira en un dispensario es pesado y desagradable, pero esto no sucede aquí. Hemos permanecido largo rato viendo curar heridas y retirar vendas, sin experimentar la menor molestia. Los algodones usados pasan directamente al horno crematorio y el fuego —el gran purificador— acaba con ellos en unos minutos.

—¿Admiten ustedes a quien quiera que solicite su admisión a la Cruz Roja?

—No. Se exige a la postulante que sea presentada por una socia, que haya cursado segundo año de humanidades y una cuota de incorporación de cinco pesos, además de la cuota mensual de dos pesos. Los estudios comprenden: nociones de anatomía, cirugía menor, higiene, curaciones e inyecciones. En algunos casos hay que apelar a la operación inmediata y las enfermeras de la Cruz Roja deberán estar prontas para ayudar al cirujano. Como usted sabe, todo el peligro de una operación reside en la infección, y las enfermeras están encargadas de la preparación del material operatorio, debiendo desinfectar todo el instrumental.

—Y en caso de guerra, ¿la Cruz Roja está en condiciones para ir a los hospitales de campaña?

—Sí; pero únicamente a los hospitales, a los cuales son traídos los heridos por los hombres de la Cruz Roja. Tenemos ya un numeroso grupo de enfermeras tituladas, y las Cruces Rojas de Valparaíso, Concepción, Viña del Mar, Rancagua, Osorno y Punta

Arenas cuentan también con varias. En caso de guerra, la Cruz Roja pasaría en el acto a depender del Ministerio de Guerra.

—¿Dependen todas las Cruces Rojas de la Cruz Roja de Santiago?

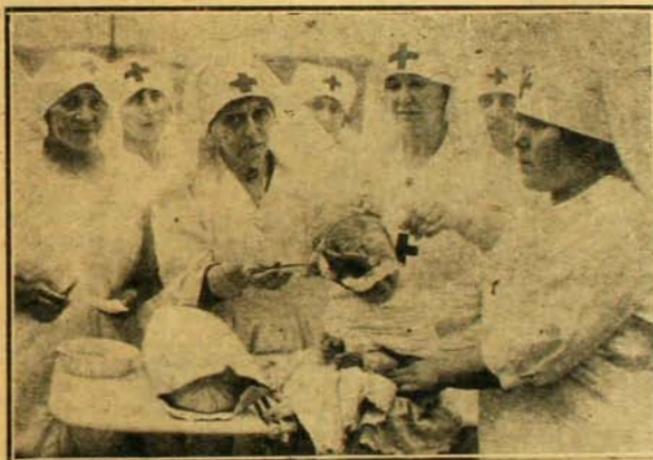
—Con la creación del Comité Central de la Cruz Roja Chilena, todas las instituciones de este género en Chile pasarán a depender directamente de él. Dicho comité es reconocido por la Liga Internacional de las Cruces Rojas mundiales, cuya sede es Ginebra. Este comité está compuesto por las siguientes personas:

Decano de la Facultad de Medicina, Director del Servicio Sanitario del Ejército, Director General de Sanidad, Director de la Asistencia Pública, Jefe de la Administración Sanitaria del Ministerio del Interior, cinco delegados de la zona y nueve miem-

breros generales de Ginebra, como acontece a todas las Cruces Rojas reconocidas por dicho Congreso. Los inapreciables servicios que durante la guerra prestaron las Cruces Rojas de todos los países han hecho comprender a los gobiernos que es preciso sostener y mantener en buen pie a cada una de sus Cruces Rojas, y se ha creído conveniente interesarlas a ellas en el gran movimiento pro Higiene Social que se ha iniciado casi simultáneamente en todos los países. La espantosa cifra de víctimas, directas e indirectas, de la guerra, obliga a pensar en la repoblación, la cual está siendo, a su vez, diezmada por la tuberculosis y las enfermedades de trascendencia social.

—¿La Cruz Roja está, entonces, obligada a tomar parte en la campaña de la Liga Chilena de Higiene Social?

—El Congreso Permanente de la Cruz Roja en Ginebra así lo ha establecido. La Cruz Roja se fundó con el objeto de salvar para la patria a los que han sido heridos en los campos de batalla; y si abnegada y hermosa es esta tarea, lo es aún más la que ahora se nos encomienda, salvar a la raza, protegiendo al niño desde antes que venga a la vida, por medio de la pureza y la higiene en el hogar. La Cruz Roja deberá coadyuvar por todos los medios a su alcance al éxito de la campaña iniciada por la Liga Chilena de Higiene Social, a la cual colaboran también la Asociación de Educación Nacional, la Liga contra el Alcoholismo y la Federación Obrera de Chile. El Congreso Permanente de la Cruz Roja en Ginebra proporciona los datos y las estadísticas, y aún los remedios apropiados para el caso, asegurando de este modo la pureza y eficacia de los específicos necesarios para combatir estos males.



bros elegidos por el Presidente de la República, por un período de tres años, habiéndose nombrado a los señores Vicealmirante don Jorge Montt, Manuel Foster Recabarren, Marcial Martínez de Ferrari, Miguel Urrutia, Germán Riesco, Armando Quezada Acharán, Roberto Huneeus, Enrique Zañartu y el doctor Lautaro Ferrer, secretario. Este comité deberá nombrar a su delegado ante el Congreso Permanente en Ginebra y a los representantes a que cite la Liga de las Sociedades de Cruces Rojas. La Cruz Roja deberá, por lo tanto, recibir instruc-

—¡Debe ser abrumador el trabajo de ustedes!

—Sí que lo es; pero el trabajo repartido no es tan pesado, y cuando se cuenta con colaboradoras conscientes de sus deberes y tan entusiastas como preparadas, la tarea se facilita mucho. Para atender a los nuevos cursos de enfermeras, hemos debido solicitar los servicios de los médicos ya nombrados y todo curso tiene sus directoras de curso, elegidas entre las numerosas directoras de la institución. El directorio actual de la Cruz Roja de Santiago está compuesto por las siguientes personas:

Director espiritual, Monseñor Rafael Edwards, Vicario Castrense.

Presidenta honoraria, señora Ana Echarreta de Sanfuentes.

Presidenta efectiva, señora Sofía Eastman de Huneeus.

Vicepresidenta, señora Celia Prieto de Urrutia.

Secretaria, señora Graciela Sotomayor de Concha.

Prosecretaria, señora Blanca Figueroa de Riesco.

Tesorera, señora Elisa Barros de Ripamonti.

Directoras, son las señoras y señoritas: Amelia Reyes de Valdés, Rosa Barceló de

Riesco, Beatriz Letelier de Reyes, Ana Zegers de Echenique, Flora Yáñez de Echeverría, Vitalia Heen de Valledor, Mercedes Lavuñeros de Avalos, Ana Fornés de Ostornoi, Amanda Bribea de Lorca, Carmela Prieto de Martínez, Clorinda Ibáñez de Martín, Rita de la Cruz de Torres, Lillian Elkin de Brownell, María Luisa Castro de Valenzuela, Gabriela Baeza de Echeverría, Luisa Iñona de Letelier, Atilia Villalón de Constantino, Eugenia Yávar de Berisso, Ester Vergara Guerrero, Laura y Blanca San Cristóbal, Teresa Hurtado Eyzaguirre, Amelia Charpin, Berta Urrutia, Julia Borgoño, Gabriela Bussey Puelma y Graciela Lara Palma.

En el vasto edificio apenas si se percibía el susurro de las voces de los enfermos y de las enfermeras. En todas partes reinaba la quietud y el silencio, y casi no podíamos dar crédito a la evidencia de nuestros ojos, que veían allí la miseria y el dolor atendidos por las solícitas manos de las señoras y jóvenes de la Cruz Roja de las Mujeres de Chile.

AURA.

(Fotografías tomadas en el edificio de la Cruz Roja).



Aplicación de una inyección.

CONFIDENCIA NOCTURNA

Por C. SILVA VILDOSOLA.

(Don Carlos Silva Vildósola, considerado en la actualidad como el maestro de nuestro periodismo está reuniendo en un volumen algunos de sus trabajos puramente literarios, concebidos durante andanzas por el extranjero. Redondeará, sin duda, ese volumen, la nombradía casi mundial del señor Silva Vildósola, llevándola más allá del periodismo mismo y entrando de lleno el autor entre los más altos artistas de la pluma, estimados como creadores.)

PACÍFICO MAGAZINE honra sus páginas con "Confidencia Nocturna", relato que formará parte del libro en preparación, y lo ofrece a sus lectores como escogida primicia.)

Me había detenido en ese Hotel Palace, gigantesco fanalsterio a orillas de un lago suizo, más que por la belleza del sitio y su clima delicioso, porque allí había encontrado, tras de varios años, a mi amiga de la juventud, la señora de H., la compañera de mis ya lejanas incursiones en la sociedad inglesa.

La señora de H., nacida en Chile, de padres ingleses, que volvieron a Inglaterra cuando ella tenía quince años, se había unido muy joven a aquel hombre de negocios, cuyas hábiles especulaciones llenaron un tiempo con su nombre y su fama las Bolsas de Sud América y el Stock Exchange de Londres.

La conocía desde la niñez, porque éramos vecinos y habíamos jugado a marido y mujer con una numerosa prole de muñecas.

Más tarde, cuando visité en Londres su casa de Mayfair, me acogió con el mismo afecto de antes, y fué mi guía en la vida complicada y agitada de la metrópoli.

¡Qué viejos estábamos ahora, en ese hotel junto a un lago suizo, donde el azar nos había vuelto a reunir! Teníamos cabellos grises; teníamos arrugas. Un leve misterio, una penumbra nos separaba. ¿Qué

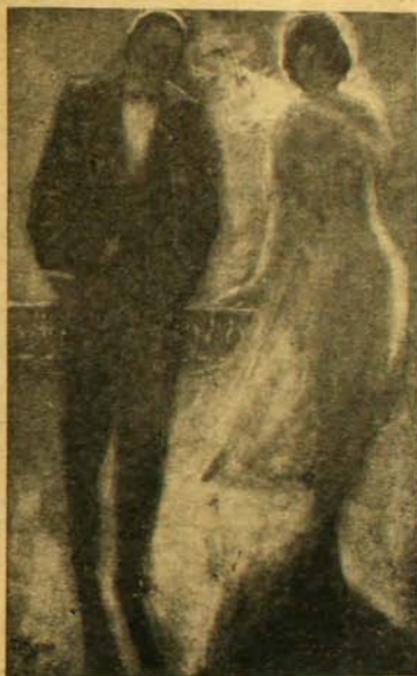
habíamos vivido en esos quince años? ¿Qué habíamos llegado a ser?

La conversación durante la comida había rodado fácil, chispeante, y habíamos evocado tantas memorias de aquellos días de Londres, de nuestra amistad, adormecida por la ausencia, se despertaba con la frescura de los puros y limpios sentimientos sobre que el tiempo no tiene acción.

Un nombre solo, pronunciado por mí entre otros muchos, turbó la placidez de este desfile de amables evocaciones: fué el nombre de un común amigo, aquel Jorge Mc... que me presentó en algunos círculos intelectuales y artísticos de Londres, algo filósofo y un poco anarquista, viajero incansable, que había partido para la India súbitamente, y era ya un olvidado, casi un muerto, en los centros estudiosos y elegantes en que Mrs. H. y yo lo habíamos conocido.

—¿Ha visto a Jorge?—me preguntó Mrs. H., mirándome con gran fijeza y con una velada ansiedad.

—No lo he visto; supe que había vuelto a Inglaterra, pero no lo he encontrado en



mis últimas visitas a Londres. Lo supongo más ensimismado que nunca y más excéntrico que antes, después de su vida oculta entre los fakires. Lo que no entiendo es por qué salió tan de improviso para la India, y por qué vuelve ahora a un país donde, según declaraba, todo le es hostil y no halla la paz que desea para sus estudios filosóficos. Me ha parecido siempre no sólo un original, sino, además, un desequilibrado.

—Pobre Jorge! — murmuró Mrs. H., con un acento de piedad.

—Por cierto que la visitaré a usted en Inglaterra, a su vuelta...

—Sí; me visitó... estuvo varias veces en casa. Como usted dice, está más extraño y más ajeno al mundo que antes.

—Tengo curiosidad de hablar con él, pero se me ocurre que no será fácil, porque ninguno de los amigos de aquel tiempo sabe dar indicaciones precisas de su paradero.

Y otras figuras pasaron por el lienzo de nuestra memoria, sin que ninguna despertara en Mrs. H. el interés melancólico que había suscitado la de aquel original.

Esa noche, como otras, bajamos de la terraza del hotel donde aún cenaban al aire tibio del verano las gentes bulliciosas. Atravesamos el parque sombrío y solitario, y salimos al camino de la ribera del lago.

Apenas algunas parejas arrebuajadas en la sombra de los plátanos se hablaban en voz muy baja o vivían el poema de su silencio.

Sobre el lago nadaban los cisnes, y los reflejos de las luces de la orilla temblaban en las aguas, transpasándolas como largas espadas de oro.

Al otro lado, en una lejanía que la noche abundaba, las montañas se envolvían en la bruma; y el lago, el cielo, los montes, los árboles, el aire todo, se fundían en un tono azul.

Mientras admirábamos la majestad de la noche y entrábamos en comunicación con el alma de las cosas, yo pensaba en el enigma angustioso que durante la comida

había pugnado por descifrar en el rostro de mi amiga.

No eran los años, no eran solamente los años, los que habían hecho aquel estrago. Canas y arrugas podían ser la obra del tiempo; pero algo más, que venía de adentro, había debido marcar esos dos surcos, estigma de dolores inconfesados, que partían de las comisuras de sus labios y daban una expresión amarga y fatigada a la fisonomía, algo que era como un fuego interno devorador había debido velar con una sombra gris los claros ojos que antes parecían dar perpetuamente una alegre bienvenida matinal.

Cuando estuvimos lejos del hotel, mi amiga cortó de improviso una disertación mía sobre el poder quietador de los lagos y montañas de la Suiza, y me dijo:

—¿Usted nunca supo que yo debí casarme con Jorge Me...?

—¿Con Jorge? Me dijeron que la cortejó un poco, mejor dicho, que descendió para usted dos o tres escalones del trono en que vivía perdido en las nubes de su orgullo. Pero tanto como matrimonio... no me lo hubiera imaginado.

—Y bien... sí... es mi secreto, el secreto de mi vida: yo debí casarme con Jorge, que me amaba con la pasión honda y silenciosa de los grandes orgullosos; pero tuve miedo, y nunca le di oportunidad para declararla. Me aterraba la fuerza enorme, dominadora, que veía acumularse en su alma solitaria; sabía que iba a ser en sus manos un juguete sin personalidad; veía su amor como un aniquilamiento, una negación de mí misma, y no me resignaba; huya de él, lo sabía amargado por mi desdén y me gritaba a mí misma que no lo quería, que no lo querría jamás, por miedo de confesarme un día que estaba a merced de aquel hombre nacido para mandarme.

Cuando apareció en mi vida el que ahora es mi marido, lo vi como un caballero libertador, que con su afecto sereno y apacible, me iba a defender contra aquel otro a quien me sentía atraída como a un abismo, en un vértigo de que tenía ya en-

tonces una vaga conciencia.

Me casé enamorada de mi marido, que me amaba y respetaba a la vez, y a cuyo lado encontraba estímulos para realizar ambiciones juveniles, como la de ser alguien en la sociedad, influir, mezclarse en las luchas.

La figura del dominador que había pasado junto a mí como una amenaza, se desvaneció poco a poco, y llegó a ser uno de esos recuerdos que no evocamos jamás voluntariamente, por miedo de que engendren un remordimiento.

Las gentes me han creído feliz. Usted mismo, que me conoce mejor que otros, ha solido protestar de mis accesos de vaga melancolía, llamándolos una injusticia contra la Providencia. Es cierto que mi marido, hombre leal, si los hay, en este mundo, me ha protegido con su cariño, me ha dado ternuras delicadas, me ha dejado ocupar el puesto que yo soñaba a su lado, como su colaboradora, y aun parece que pusiera en ello cierto orgullo. Es cierto que yo lo quiero, y lo he querido y admirado siempre. Es cierto que la maternidad me ha dado más goces que dolores, y miro a mis



hijos como una garantía contra los años que se acercan. Es cierto que hemos tenido siempre dinero, cada día más dinero, holgura, ausencia de las angustias materiales, éxitos sociales, ascensión continua en la larga escala. Pero yo no era ni seré nunca feliz. Sin conciencia cabal del drama en que había estado envuelta, drama sin palabras ni gestos, sentía una indefinible inquietud, una sombra que flotaba sobre mí cuando los demás, cuando usted, por ejemplo, me creían bañada en una luz bienhechora. Era una nostalgia infinita de otra cosa, de otra vida, que me asaltaba en las horas que hubieran debido ser más serenas, cuando sentía más seguros mis éxitos, cuando veía a mi marido más feliz y sus ternuras eran más asiduas, cuando nacía un hijo nuestro que debía ser una promesa de paz.

Así he vivido, agitada siempre, jamás satisfecha, sin ambiciones precisas, esterilizando mi espíritu en una sed insaciable de algo que yo misma no sabía lo que era, aturdiéndome en una actividad que había llegado a repugnarme.

Así han pasado los años, y hemos llegado usted y yo y todos a los cuarenta, a esta curva brusca en que el camino vuelve sobre sí mismo al alcanzar la cumbre y se deshace lo andado, y aunque no se quiera se mira hacia atrás.

Entonces le vino a Jorge la idea de volver a Inglaterra y nos vimos de nuevo, ambos trabajados más que por la vida exterior, que para ambos había sido blanda y fácil, por la labor interna, que nunca había cesado en nuestras almas.

Con la soledad, los estudios filosóficos, el refinamiento intelectual, Jorge se había hecho más orgulloso, más terriblemente fuerte en el castillo inexpugnable de su voluntad. Mientras yo me gastaba, mientras todos nos gastábamos en esta lucha diaria que avienta las partículas de nuestro ser íntima al huracán de la vida, él acumulaba fuerzas en una solitaria gimnasia de sus poderosas facultades.

Desde que lo vi, tuve la sensación de pavor que en otros tiempos, tuve el vértigo, pero ya no como antes, porque antes

mi juventud me daba alas para salvar riéndome el abismo; ahora era un sentimiento de la fatalidad que me empujaba hacia allá, hacia el peligro, hacia el aniquilamiento entre los brazos gigantescos que me habían buscado en las sombras durante tanto tiempo y de que venía huyendo en una carrera desesperada por los montes y valles de toda una existencia.

"Te he querido siempre, me dijo la primera vez que estuvimos solos; ha sido el supremo, el único amor de mi alma. Tú rompiste mi vida, me dejaste en la obscuridad, a mí que me sentía nacido para una gran luz; por tu abandono murió en mí la energía de obrar, y todas mis fuerzas se concentraron en tu recuerdo; lo he guardado como un avaro, lo he acariciado en mi soledad, lo he visto crecer, lo he sentido invadirme hasta las últimas fibras del alma y del cuerpo. Dame ahora, en este crepúsculo de nuestra vida afectiva, si quiera un último rayo, dame la única hora que habré vivido."

La dama calló un instante, y sentí que temblaba su brazo apoyado en el mío. Su voz se había hecho sorda, trágica, mientras repetía las palabras del amante. Después prosiguió:

—Un año ha durado esta lucha, un año que es un siglo, que me ha agotado, que me ha hecho vieja. Usted sabe que jamás he temido ni a la desventura, ni al dolor físico, ni a cosa alguna. He tenido siempre la conciencia de un destino ulterior en que la suprema justicia enderezará los desequilibrios de esta vida. Sólo este hombre me ha inspirado miedo, y sólo ante él he sentido que mi voluntad iba a doblarse como un caña y toda mi personalidad iba a desaparecer en el abismo de su pasión. Ha sido un combate atroz que debió costarme la vida, que me costará acaso años de mi vida: de un lado, el vértigo de este orgullo imperioso, que me gritaba como un domador a la pobre bestia amedrentada, que hacía zumbar su amor como un látigo, que me atraía como debe atraer el suicidio; del otro, mi marido, que me envolvía en su ternura, y que, sin conocer el fondo horrible del

drama que rugía dentro de mí, hallaba en medio de las luchas comerciales bastante libertad de espíritu para sentir en la delicadeza de su alma que algo impalpable amenazaba su felicidad.

Nunca un ser humano vivirá horas como las que he vivido; nunca nadie sentirá esta dualidad espantosa de dos atracciones: una fatal, oscura, temerosa, pero de un imperio feroz; la otra, blanda, amorosa, con las voces de la lealtad que todo lo da y nada solicita.

De nuevo guardó silencio un instante, y luego, dominando su angustia, dijo con un grito ahogado de doloroso triunfo:

—¡Y he resistido con quién sabe qué fuerzas que saqué del fondo de mi pobre alma estropeada! ¡He resistido el vértigo moral y las fuerzas físicas de ese hombre!... Un día me dejó en los brazos las huellas de sus dedos que cogían como garras de hierro... ¡Pero no fui suya!... Nada ha bastado para calmarlo, para hacerlo renunciar. Me busca, me llama... ¡Oh, no! No me llama: manda y yo siento que debo obedecer. Me atrae a sí magnéticamente, y yo pido al cielo que me dé energías para romper este maleficio, como me las ha dado para detenerme en el borde del abandono sensual... ¿Qué me ha salvado hasta hoy en ese borde? ¿Qué me ha detenido donde ya todo parecía empujarme hacia abajo? ¿Acaso lo sé yo?... Tal vez mi fe religiosa, la protección que siento en mí de seres infinitamente puros, que viven en otro mundo y con los cuales estoy unida. Pero no; eso no bastaría; quien me salva y me ampara es el hombre cuyo nombre llevo, el hombre leal y amante que cree en mí con fe tranquila, al cual toda una vida me ha ligado para siempre, y cuya tristeza me angustia y me sostiene a la vez cuando veo en sus ojos una vaga conciencia de la nube que va pasando entre nosotros.

Salimos a viajar. Fuimos a Italia, a Egipto, vinimos a Suiza, porque yo me sentía deshecha, y todo mi organismo se en los seres silenciosos una gran complicidad conoce tregua. ¿De qué sirve viajar? Ha varios meses que nada sé de Jorge, pero

lo adivino implacable. La fuerza con que me atrae es como un viento que sopla sin cesar en torno mío; a veces me suena como canto de amor, otras es voz de mando, casi siempre es un torbellino que me marea y me fatiga haciéndome el centro de una ronda.

La dolorosa confesión terminaba y la voz de Mrs. H. tenía como un acento de resignación al destino.

Ambos callamos. Si la triste confidencia, que parecía arrancada al alma dolorida de mi amiga, más que por nuestro antiguo afecto, por el misterio de la noche de verano, buscaba palabras de consuelo, no iba a oír las de mí.

¿Podía hablarle de obligaciones a quien por cumplirlas soportaba esa agonía pasional? ¿Podía predicar la negación de sí misma a la pobre creatura que hacía en cada instante la más cruel de las renunciaciones? ¿Podía aconsejarle que huyera de aquel hombre adorado y temido?

¡Oh!, aquella era una prueba a que la vida la sometía, era un último testimonio que la vida le daba de la excelsa estirpe de su alma.

¿Y quién sabe!... quién sabe si no había en el fondo una de esas voluptuosidades con que los refinados se gozan en su propio dolor y a las cuales jamás se tiene el valor de renunciar por completo. Tal vez la extraña dualidad en que se agitaba era una cumbre de pasión desde la cual su mente se complacía en descubrir mundos inexorables, sensoriales, que calmaban la sed de vida intensa que la había devorado en secreto desde la primera juventud.

Callamos largo rato, y ella dijo:

—Me alivia hablarle. El desahogo me calma y me equilibra.

Caminamos en silencio a orillas del lago, junto a unos prados floridos que exhalaban aromas enervantes. La luna había aparecido sobre los montes y el paisaje se bañaba en su luz.

Había un gran misterio en el espacio y en los seres silenciosos una gran complicidad con el amor y una blanda piedad para el dolor de los humanos.

FLORILEGIO DE NAVIDAD



I

Villancico del niño que quiere ser hombre

¡Señor Dios, te has hecho niño!
¡Yo ya no lo quiero ser!
¡Señor Dios, quiero ser hombre,
y quiero querer!

¡Quiero tener una espada!
¡Quiero ser rey!
¡Quiero marchar a la guerra
y hacer la ley!

¡Quiero descubrir un mundo
y lo quiero conquistar!
¡Quiero en un barco pirata
ser dueño del mar!

¡Señor Dios, dame tu cetro!
¿Qué te importa a ti?
Tu eras rey, te has hecho niño...
¡dame el reino a mí!

II

Villancico del que ha perdido la esperanza

¡Nace en mi corazón,
oh, esperanza perdida
que fuiste como el alma de mi vida!...
¡Vieja canción dormida,
sueña en mi corazón!

¡Surte en mi corazón,
fuente, la fuente aquella
que oíste el juramento y la querrela!
¡Oh, diamantina estrella,
luce en mi corazón!

¡Canta en mi corazón
alondra que solías,
despertarme ¡; amor aquellos días!...
¡Rosal que florecías,
brota en mi corazón!

Ya no recuerdo el nombre que te daba;
ya no sé si eras flor o eras lucero,
sé que este corazón que te guardaba
está vacío, y sé que no te espero...
Sé que ya nunca es pronto y nunca es tarde!

que ya no hay hora para mi porfía...
y, aunque te he dicho: ¡adiós!, soy tan cobarde
que quisiera esperarte todavía...
¡Alondra, fuente, estrella de otros días,
razón o sin razón!...
—¡ha nacido el Mesías!—
nace en mi corazón!

III

Villancico de las madres que tienen a sus hijos en brazos

¡Dulce Jesús, que estás dormido!
¡Por el santo pecho que te ha amamentado,
te pido
que este hijo mío no sea soldado!

Se lo llevarán
y era carne mía!
Me lo matarán
y era mi alegría!
Cuando esté muriendo,
dirá: ¡Madre mía!
y yo no sabré
la hora ni el día...

¡Dulce Jesús, que estás dormido!
¡Por el santo pecho que te ha amamentado,
te pido
que este hijo mío no sea soldado!





IV

Villancico de las novias abandonadas

Juraron que nos amaban...
y era mentira, Señor!
Su juramento olvidaron
cuando cortaron la flor...

Una mañana de gozo,
¡cuántas noches de dolor!

El clavel de nuestras bocas
ha perdido su color.
Ellos se fueron riendo...
¿Y esto era el amor?

¡Dulce Amador, tú no engañas,
y, si haces sufrir,
en la pasión acompañas,
fel hasta morir!

Tú prometes sufrimiento
cuando das tu amor.
Son tus favores tormento,
y tus regalos dolor.

Mas, ¡bendita tu promesa
porque es cierta y es así!
¡Señor, siéntame a tu mesa!
¡Señor, acércate a mí!

Que nunca pidió alegría
amor de mujer;
sino amante compañía
en que padecer.

V

Villancico del que lleva el peso de su culpa

Traigo los pies sangrando,
y el corazón rendido...
¡Qué larga la jornada
y qué áspero el camino!

Se me ha olvidado el nombre
de aquel pecado mío;
pero él de mí se acuerda,
y va siempre conmigo.

La fuente se ha secado
porque en ella he bebido,
y el arroyo se enturbia,
si en sus aguas me miro...

Reñían dos serpientes
a orilla del camino;
quiso reconciliarlas;
contra mí se han unido.

En la rama de un árbol,
cantaba un pajarillo;
detévenme a escucharle;
¡huyó despavorido!
Pide toda la tierra
venganza a mi delito.
¡Jesús, hijo del Hombre,
olvidale conmigo!
Con lágrimas de sangre
al portal he venido.
¡Laven mi vieja culpa
tus lágrimas de niño!

VI

Villancico y ofrenda del poeta

¡Señor, Señor, no tengo más consuelo
que estas palabras vanas
que en la torre insensata de mi anhelo
vibran como tañido de campanas!

El viento se las lleva hecha jirones,
¡Niebla que se desgarras en los peñones!

¡Cuán vanamente flotan,
cuán gárrulas rebotan
sobre el mar tan azul, en la falena
negra como mi pena...!

¡Esta pena insolente y mal nacida
que no tiene perfume ni medida!

¡Señor, Señor, no tengo más tesoro
que estas menguadas lágrimas que lloro;
los pobres versos, en que voy quemando
la mirra que el destino me va dando!

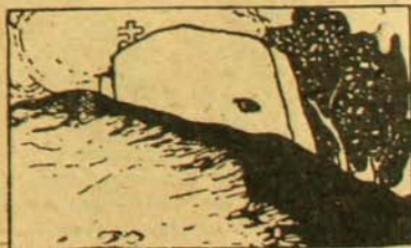
—Mirra me da el Rey Mago,
y yo le doy mi paraíso en pago!

¡Bendita sea, oh Dios recién nacido
la estrella que a tus plantas me ha traído!

¡Señora, tú por quien al mundo nace,
pídele que mi ofrenda no rechace!

Llévate de llanto en barro mal labrado,
espinas de las rosas de un cutizado
que por vergüenza de sus propias penas,
ha ido poniendo en verso las ajenas.

G. MARTINEZ SIELRA.





René Hurtado Borna.



Carlos Cariola.



Víctor Domingo Silva.

EL AÑO TEATRAL

OBRAS NACIONALES.—LOS AUTORES Y SUS DEFECTOS.—
COMPAÑÍAS DE COMEDIAS Y DRAMAS.—OPERETAS Y
OPERAS.—TONADILLERAS Y BAILARINAS.—VA-
RIEDADES.—CINEMATOGRAFIA CHILENA.—
CIRCOS.

Por K. MARIN

Movidito como pocos ha estado este año teatral de 1920; fecundo en estrenos de obras dramáticas chilenas; abundante en compañías buenas, regulares y pésimas; lleno de sorpresas y novedades, y nutrido en espectáculos de diferentes nacionalidades, y para todos los gustos, a excepción del género chico de zarzuela que no se ha cultivado.

Así hemos tenido compañía francesa con Huguenet y la Sergine; españolas, con Antonia Plana, Díaz-Perdiguero, Guerrero Díaz de Mendoza, Lola Membrives y otras; argentinas, con Orfilia Rico, Podestá-Ballerini, La Argentina y La Argentinita; inglesa, con Maud Allan, la bailarina clásica; italiana, con la lirica; mejicana, con la Familia Soler; chilenas, con la ópera nacional, Bágüena y Mario Padín, e internacional con la Valle Caillag, que tenía de todo un poco.

Luego diremos algo de las principales figuras de estos conjuntos, y mientras tanto, echemos una ojeada a los estrenos nacionales que han llegado a buen número: cerca de cincuenta. Los revisaremos por autores.

N. YANEZ SILVA.—Con Mario Padín estrenó "El Musgo", alta comedia, muy bien hecha y dialógada con soltura, de gran éxito; y "El Martirio del Silencio", de corte semejante a la primera, pero inferior en argumento y en técnica. Con Díaz Perdiguero, dió "El alma de la fuerza", de hermoso tema original, pero que no convence en su factura. Tiene en preparación "La Casa de Hielo", alta comedia, y "La vida errante", ambas en 3 actos. Defectos: todos los personajes vienen de Europa. Diálogos literarios.

VICTOR DOMINGO SILVA.—Con Díaz Perdiguero, "El hombre de la casa", boceto de comedia. Con Mario Padín, "Las aguas muertas", comedia dramática que gustó al público extraordinariamente, algo exuberante en su factura, y de escenas poco seleccionadas. Con la misma compañía dió "La divina farándula", comedia que se desarrollaba en un simpático ambiente de estudiantes y artistas, pero que no gustó por su falta de gracia. Ultimamente la com-



Mariano Latorre.



Lautaro García.



Rafael Maluenda.

pañía argentina Podestá-Ballerini puso en escena "Viento Negro", dramática de ambiente minero, que había sido ya dada con éxito en Buenos Aires y Montevideo; la valentía del tema que toca problemas sociales de actualidad, y las notas sentimentales, hicieron que el público la aplaudiera. Defectos: exceso de sentimentalismo, diálogos literarios.

CARLOS CARIOLA.—Con Díaz Perdiguerro dió "Pilar", sainete cómico, medio español y medio chileno. Con Bágüena, "La Olimpíada", juguete cómico, de buenas chistes. Con Mario Padín, estrenó "El Fallo de Salomón", astracanada que alcanzó más de veinte representaciones, pero que consideramos muy inferior a "Los Gallos". Ultimamente dió con Orfilia Rieo "Se habla francés", sainete de gran éxito. Tiene listas: "Dios que me voy llorando" y "El Juicio Final", para las compañías chilenas. Defectos: escribe sobre cualquier tema; recarga algo las situaciones cómicas.

RENE HURTADO BORNE.—Estrenó con Bágüena una adaptación de una obra belga, titulada "El matrimonio de Susana". Hacía

sonreír. Con Mario nos estrenó "La vida rota", de bonito argumento, malogrado por una factura mediocre y vulgar. Tiene terminada una comedia dramática, "El Grillete", bien escrita y con escenas bien cortadas, de ambiente semejante a "La Gerra", de Linares Rivas. Esta obra será un éxito. Defectos: frío y un poco literario menos que otros.

GUILLELMO BIANCHI.—Con Mario Padín dió "Los Precursores", obra de argumento noble y de escenas sentimentales emocionadas. Con Lola Membrives, "Aquella mujer era así", comedia mal hecha. Defectos: los parlamentos y los diálogos dan idea de artículos de diario, y se repiten bastante en el curso de sus obras.

ACEVEDO HERNANDEZ. — Estrenó con Bágüena "Por el atajo", ameno y dramático en sus episodios costumbristas; cursi en su tercer acto de la alta comedia; argumento vulgar. Gustó al público. Con Mario Padín, dió "Irredentos", drama recargado de amargura, demasiado pesimista, con hermosos parlamentos. Tema, muy parecido a "Los Precursores", siendo anterior "Irredentos."



Armando Mook.



N. Yáñez Silva.



Nicanor de la Sotta.



Juan Ibarra.



A. Acevedo Hernández.



Antonia Plana.

Tiene concluida "El Laberinto", comedia cómica. Defectos de este autor: ingenuo a veces en sus recursos, algo repetidor y literario. Sus obras son dolorosas, pero no llega al público su dolor.

RAPHAEL MALUENDA.—Con Díaz Perdiguero estrenó "La luz que no muere", comedia en un acto, muy poco amena y en exceso literaria. La misma compañía le puso "La Madeja del Pecado", 3 actos muy hermosos, con un final imperdonable; le faltan escenas episódicas. Defectos: alargado en los diálogos; estilo demasiado cuidado para que dé sensación de realidad.

NICANOR DE LA SOTTA.—Estrenó el mismo "Gato por liebre", astracana sin importancia; y con Mario, "Pueblo chico infierno grande", comedia costumbrista, muy entretenida, exagerada con sus episodios cómicos, estilo teatro argentino, pero bastante mejor que todo el teatro cómico argentino. Defectos: falta de originalidad.

JUAN IBARRA.—Se inició en el teatro con "Vidas inútiles", 3 actos, que dió Mario Padín. Escenas bien cortadas y ambiente arrabalero muy real. Defectos: recargo de

pesimismo y literario a ratos. Se deja estar un poco en las escenas crudas.

LAUTARO GARCIA.—Con Báguena dió "El Peuco", comedia de costumbres, escrita con soltura y en buen lenguaje campesino. Tipos acertados y eficaces para el público. Después dió "El rancho del estero", preciso argumento y tipos interesantes, malogrados por la mala factura. Tiene en preparación "La maestra rural". Defectos: demasiado episódico, abandona mucho el motivo central de sus obras.

ROXANE.—Con Antonia Plana, estrenó "La marcha fúnebre", obra interesante, de alto ambiente social. Su argumento no es cosa del otro mundo, pero el pelambre de ciertas prácticas sociales está hecho con vehemencia y la obra se deja ver. Defectos: sentimentalismo candoroso, recursos infantiles y parlamentos muy románticos.

ABMANDO MOOCK.—En Buenos Aires estrenó con la Quiroga "La serpiente," y "Cuando venga el amor", esta última fué estrenada en Santiago por Díaz Perdiguero. Muy teatral la primera y liviana la segunda. Mario Padín le hizo "Misericordia", de ar-



Margarita Díaz.



Stefí Callag.



José Isbert.



Emilio Díaz.



Mercedes Díaz.



Lola Membrives.

gumento trillado, pero llevado a escena con cierta originalidad; son dos cuadros escritos con soltura, de escenas rápidas y tipos sabiamente caracterizados. Por la aspereza del tema, no se sostuvo en cartel. Tiene listas "El hombre que Dios creó" y "El duelo de las barcas." Defectos: demasiado apasionado; no tiene medios tonos en sus obras. A nuestro juicio, es el mejor autor de teatro chileno.

BORQUEZ SOLAR.—Con María Guerrero nos dió a conocer "El Trovador Paladín", drama en verso, que ni conmueve ni interesa. Si no fuera porque la representaron, no sería obra de teatro.

JULIO ARGAIN.—Con Mario estrenó "Entre ponele y no ponele" y "Mi mujer no miente nunca", ambos vodeviles eriollos, que tienen un poco de todas las obras cómicas de astracán. Defectos: chocarrería e imitación.

MARIANO LATORRE.—"La Sombra del Caserón" dió a conocer Bágüena de este autor. Comedia bien escrita, de argumento muy chileno, sin ser eriollo, con algunos tipos bien pintados, pero que no logró llegar

al público por falta de malicia en el autor, que es más novelista que del oficio. Prepara: "El espejismo", en 3 actos.

JORGE DOWTON.—En Buenos Aires estrenó con la Quiroga, "La mujer del viejo", drama de ambiente cordillerano, que al decir de la crítica bonaerense, ha sido un éxito.

OTROS AUTORES.—Julio Molinare se inició con Díaz Perdiguero, estrenando "La Quimera", drama en un acto, de ambiente maeterlinckiano. Victor Barros Lynch dió en el San Martín una obrita sentimental, "Así nace el amor", sin trascendencia y con un poquillo de emoción. Urzúa Rozas, el antiguo luchador del teatro chileno, salió premiado en un concurso con "El juez campesino" sainete. Orlando Masón, estrenó en Temuco "El triunfo", con éxito. Carlos Barella, en Valparaíso, dió a conocer con Bágüena "Un drama vulgar", que gustó mucho. Julio Walton, fracasó con "Bajo la garra", también en el puerto. Gil y Mondría estrenaron en el San Martín una revista de actualidad: "Alessandri sí", que tuvo éxito y fué varias veces. Del malo



Huguenot.



Elena Puelma.



Arturo Bührie.



Vera Sergina.



María Padín.



Isaura Gutierrez.

grado autor Juan M. Rodríguez, dió a conocer Bágüena "Fatalismo criollo", 2 actos, bien hechitos y escritos con sentimiento. Enrique Vigneaux Montt debutó como autor con "La máquina electoral", obra cómica que hizo Bágüena. Fabio Castro Garín estrenó con Bágüena también, en Autofagasta, "Aves sin nido", comedia dramática de mérito. Hübauer y Videla fracasaron con "Como perros y gatos." Rafael Frontaura estrenó con Bágüena la comedia sentimental en 3 actos "La oveja negra"; y Jorge Berguño dió con Mario "El retrato de su madre", adaptación en parte de un cuento de Mark Twain.

Pasemos ahora revista a las compañías que nos han visitado. Rompió el fuego, a principios de 1920, la compañía de comedias española Antonia Plana, la mejor que nos ha visitado. La Plana, actriz inteligente y llena de simpatía, con Emilio Díaz, espléndido galán cómico; Bardem, galán y primer actor muy sobrio; Ransell, discreto caracte-

ristico; Rafael Requena, el malogrado actor, de gracia muy personal; Margarita Díaz, dama joven de agraciada y elegante figura; la Valls, Latorre, la Chico, Povedano, Alcaide y demás, formaban un conjunto muy encomiable, que se sabía las obras al dedillo y las presentaba regiamente, en cuanto a decorados y trajes. Del repertorio, recordamos los éxitos de "La Garra", "Cobardías", "La casa de la troya" y "Las zarzas del camino", de Linares Rivas; "El gran galeoto", "Don Juan buena persona", "La loca de la casa", "Amores y amorios", "Malvaloca" y "La Malquerida."

Al Comedia vino en seguida la compañía también española encabezada por Mercedes Díaz y Arsenio Perdiguero, la primera una actriz de muchísimo temperamento, inteligente como pocas, que también cantaba tonadillas con discreción; Perdiguero, un actor monótono, que trabajaba como con flojera, y de fea voz. El resto, deficiente.

La compañía de opereta Valle Csillag vino después, destacándose Enrique Valle, que solía estar gracioso, y Stef Csillag, que tra-



Evaristo Lillo.



Sofía del Campo de Aldunate.



Fernando Díaz de Mendoza.



Pepita Diaz.



Pilar Mata.



Italo Martinez.

bajaba con entusiasmo, procurando darles animación a las obras; cantaba muy mal: no sé si se haya corregido de este pequeño defecto. El conjunto, muy sin novedad. Hicieron de preferencia "La Duquesa", y "La Corsetera".

La Romo Viñas, de zarzuela y opereta, fué al fracaso, a pesar del interesante estreno de "Maruxa", del maestro Vives. Faltaban en la compañía caras bonitas, figuras atrayentes, voces agradables, en fin, la mar de cosas.

Lola Membrives, actriz de talento, estudiosa, y con mucha posesión escénica, trajo un conjunto nada homogéneo, causa principal del casi fracaso de su temporada; tenía figuras repetidas, como Reforzo, Mancha y Muñiz, que venían los tres haciendo galanes, y en cambio no tenía dama joven definitiva. Simpáticas las actrices Juanita Ferrer, Milagro Ochoa, María de Burgos, Margarita Muñoz. Sobresaliente la característica señora Mayor. Pusieron bien: "Rosas de otoño", "Toda una mujer" y las obras de Arniches y Muñoz Seca. Sobrio y gracioso el primer actor cómico José Isbert.

Lola Membrives completaba las funciones, cantando tonadillas, argentinas en su mayoría, y lo hacía con gracia muy personal. Apuntamos su creación de "La chismosa."

La compañía francesa que actuó en el Municipal nos mostró dos admirables artistas de comedia: M. Félix Huguenet y Vera Sergine, temperamentos exquisitos, que hacían arte honrado, interpretando sobria y deliandamente el repertorio moderno de comedia francesa.

Recordamos las veladas de "Le robe rouge", "Le voile déchirée", "L'eventail" y "Le souris d'hotel."

Las compañías chilena Enrique Bágüena y Mario Padín fueron bastante deficientes, a pesar del enorme esfuerzo gastado por sus directores Arturo Mario y Enrique Bágüena, que trabajaron entusiastamente por dar movimiento al teatro nacional. Entre el elemento femenino deseollaban María Padín, muy estudiosa y entusiasta en su trabajo, pero afectada; hubo veces que se le contaron en un acto 83 ¡Ay! Isaura Gutiérrez, de decorativa silneta, pero falta todavía de posesión escénica: Pilar Mata, de



María Guerrero.



Santiago Artigas.



Fernando Diaz Guerrero.



Rafael Arcos.



La Maravillita.



Ballerini.

buena figura; monótona de voz y fría de expresión; Elena Puelma característica que se ha acriollado mucho; siempre habla fuera de tono. Entre los actores, Báguena es el más sobrio; tiene mucha dificultad para hablar. Sienna no carece de temperamento, por cierto, pero falla por la voz hueca y sin entonación; De la Sotta ha pisado mucha tabla, pero es amanerado y tiene un pronunciado defecto nasal que le impide hablar con claridad. Viste bien. Bührie, muy gracioso; abusa de su gracia. No estudia sus papeles y es loco por salirse del texto. Evaristo Lillo, muy bien en ciertos tipos, pero no puede hacer más que ciertos tipos. Ibarra estudia y cumple. Aguirrebeña, que hace de todo y que no lo hace mal; Italo Martínez, que sería un buen galán si no se creyera gracioso; Pérez, Sigol, la Lastra, La Otero, Elsa Alarcón, Asunción Puente, María Martínez, Rosita Giné, María Quezada, Aurora Salas, Luis Rojas Gallardo y algunos otros elementos forman estos dos conjuntos nacionales, que unidos en uno solo y seleccionando el personal, constituirían una muy buena compañía chilena.

También el Teatro Nacional ha tenido otra manifestación en la formación de la Compañía de Ópera, que dirige el Maestro Voss, y que hizo una brillante temporada en el Santiago, destacándose Julia Giordano, Sofía del Campo, la Larini, Quiñero, Muzio, Puelma, Saxton, Lautaro García y Valencia.

En el Municipal, después de la Lírica Italiana que fué escuchada por poquísima gente, y que hizo una temporada muy escuchada desde el debut, lo que nos hace pensar que ya este género anticuado y pesado toca su fin, trabajó la compañía española María Guerrero-Fernando Díaz de Mendoza con mejor repertorio que otros años, y de eficiente en las interpretaciones, debido a que tenían preferencia en los repartos los miembros de la familia. Sobresalieron Pepita Díaz, Dora Vila y María Hermosa, Santiago Artigas, Carsi, Cirera, Capilla y Juste. El bonito conjunto de chiquillas, unas para comparsa y otras de partiquinas, en el que formaban Carola Fernández, Paquita Mas, Mariana y Carmen Larrabeyt, Dora Vila, María Hermosa y María Guerrero,



La Argentinilla.



María Tubau.



Paquita Escribano.

(sobrina) fué incrementado con el ingreso de la distinguida artista chilena, señora María Wilson, la que, sin duda, hará carrera llevada por su vehemente temperamento artístico. Del repertorio sobresalieron "La propia estimación", "Una pobre mujer", "El caudal de los hijos" y "El abanico de Lady Windimore."

Entre las tonadilleras, se ha llevado los mejores aplausos "La Argentinita", artista de corazón, muy sencilla en su trabajo, con mucha alegría y mucha tristeza en la voz, en el gesto y en la actitud. Hacía bailes regionales, tonadillas, parodias, monólogos y zapateos, todo muy bien, con simpatía, con gracia y con suprema distinción.

Un simpático éxito tuvo también el duetto Rafael Arcos, humorista, y María Tubau, tonadillera, ambos graciosos y de trabajo muy livianito y espiritual.

Paquita Escribano efectuó dos temporadas de éxito; esta artista tiene entre nosotros su público. Venía un poco desmejorada en cuanto a figura y en cuanto a afinación, pero sus atractivos físicos hacían perdonarle sus inofensivos desentonos.

La Maravillita, tonadillera de diez años, tuvo algunas triunfales veladas en el Santiago y Unión Central, cantando couplets con mucha intención y dominio de las tablas.

La familia Soler, compuesta de seis hermanos mejicanos, fué un espectáculo muy ameno que nuestro público no supo apreciar. Representaban comedias, cantaban couplets, recitaban, bailaban, tenían su murga, en fin, unos estuches de monerías.

El compositor Osmán Pérez Freire, chileno, hizo su temporada en el Santiago, con la tonadillera María Santa Cruz, dando a conocer el repertorio de estilos y canciones criollas argentinas.

La Argentina, Antonia Mercé, eminente danzarina, que maneja los palillos y el mantón con sumo donaire, actuó con la Sataela, apasionada intérprete de Albéniz, zapateadora y castañolera fina y delicada.

Ultimamente ha trabajado en el Santiago la tonadillera Sagra del Río, muy elegante y decorativa, de bonita silueta y rostro expresivo, pero de voz débil. La acompañan algunos elementos de variedades, sobresaliendo el contorsionista chino A. Ming. Y para cerrar el lucido año de esta sala, debuta a fines de diciembre el conjunto de variedades Eduardo de los Campos, espectáculo de positivo mérito y que ha tenido una muy buena aceptación.

Dos compañías argentinas nos visitan últimamente. La primera, encabezada por Orfilia Rico, célebre característica eriolla, en el Unión Central, y la otra de nuestros conocidos Blanca Podestá y Alberto Ballerini, dirigida por el primer actor José Gómez, actor que es de lo mejor que hemos visto en el teatro argentino: es casi el único sobrio. La señora Orfilia Rico no nos ha hecho la menor gracia. Todo ese conjunto exagera y grita más de lo necesario. Zurlo y Bastardi, que no serían malos actores haciendo otro género de obras, se botan al suelo, chillan y recurren a procedimientos de circo para hacer reír. Las chicas Parodi, Martínez, Nouvolone y Bastardi tienen bonitas figuras.



Silvia Parodi.



María Santa Cruz.



Argentina.



La Salsencia.



Eliseo Gutiérrez



Pedro Sienna

Eliseo Gutiérrez es un galán discreto. No comprendemos verdaderamente cómo el público de Buenos Aires ha hecho dar más de cien veces obras chocarreras, disparatadas, hasta groseras a veces, sin asomos de arte, con argumentos vulgarísimos, recursos trillados hasta el cansancio y plagadas de chistes desabridos y de situaciones grotescas, como "Misiá Pancha la Brava", "Mamá Clara" y tantas otras que desacreditan el teatro americano. La compañía Podestá Gómez Ballerini ha tenido menos público y ha hecho algunas obras entretenidas de Saldías, García Velloso e Iglesias Paz. Recordamos también el inconcebible centenario de "Con las alas rotas", de Berisso, folletín melodramático, cursillísimo y con una serie de figuras literarias que asusta. Es de hacer notar, que los autores dramáticos argentinos, así como los autores cómicos, pecan por lo exagerado y grotesco de las situaciones cómicas, se exceden siempre en la nota dramática y en la exuberancia de los parlamentos literarios y de las figuras rebuscadas y fuera de lugar.

La cinematografía nacional ha sido aumentada con tres nuevas films: "Manuel Rodríguez", película histórica que pinta las hazañas del popular guerrillero. Se distinguió Pedro Sienna haciendo el protagonista con naturalidad. "Uno de abajo", de la Minerva Film, nos dió a conocer a un grupo de adiestrados con muchas condiciones para el arte mudo, encabezando Edmundo Donar. Y por último, Pedro Sienna ha hecho la adaptación

al cinematógrafo de la sentida comedia de Hugo Donoso "Los payasos se van", cinta que se estrenará a principios del año próximo. Esta obra será una film netamente artística.

Para terminar, mencionaremos las Circos Australiano y Shipp y Feltus, que visitándonos nos han traído algunos números nuevos. El Shipp y Feltus, de elegante presentación, se ha distinguido por sus números de contorsiones, malabarismo, trapecios, barras y equitación.

Toda esta serie de espectáculos, completada con las artísticas danzas de Maud Allan, intérprete de Chopin y de músicos rusos, con los conciertos de Juan Reyes, Rosita Renard, Paquita Madriguera, Juan Casanova, Stefanai y otros números de variedades, como el profesor Richard e Inés Berutti y Estrella Irú, dan una idea de lo que se ha hecho sobre tablas en el año que pasa. Para el de 1921, las empresas Bouquet y Ansaldo se preparan a fin de traer compañías de mérito, tonadilleras nuevas, y atrayentes variedades; los autores, por su parte, tienen en proyecto estrenos sensacionales; ojalá que el público premie los buenos espectáculos con su asistencia y sus aplausos, y proteste enérgicamente de los atentados contra el buen gusto y contra el arte, sin dejarse engañar por réclames más o menos bien hechas, ni por nombres que ya hicieron su época y que deben ser archivados.

VISPERAS DE BODA

Por Federico Gana

I

Un mediodía del año 1887, don Pedro Sánchez, que dormitaba, como era su costumbre, en el interior de su acreditada droguería, situada en el barrio de la Cañadilla, vió entrar a ella a un joven pobremente vestido. Traía dos recetas, y al examinarlas don Pedro para su preparación, observó que ambas estaban destinadas a curar un alcoholismo inveterado. Dirigió con atención la mirada al rostro del recién venido y vió en él todos los signos del terrible mal. La nariz y las mejillas de un encendido color carbrizo, las venas de la frente extraordinariamente dilatadas y la cabeza con un ligero balanceo. Sin embargo, esa fisonomía desfigurada por los excesos conservaba cierto aire de indefinible distinción. Era, además, hombre como de treinta y ocho años, alto, bien constituido y en sus modales y apostura había una negligencia de buen tono, a pesar de la mísera vestimenta.

A don Pedro le interesó instintivamente el personaje, y como la ausencia del regente de la droguería le tuviese fatigado, dirigióle la palabra mientras preparaba las recetas:

—¿Usted vive aquí cerca?

—Sí, señor, en la calle de tal.

—¿Son para usted estos remedios?

—Sí; hace varias noches que no puedo dormir.

—Yo entiendo algo de estos males, porque

he sido interno de un hospital hace ya varios años.

Entonces el joven, con esa nerviosa ingenuidad característica de casi todos los alcohólicos, refirióle sus sufrimientos, las angustias de las noches sin sueño, las extrañas visiones, y entrando en más detalles, describió minuciosamente un ataque de "delirium tremens", en el que había visto llenarse la habitación y hasta su lecho de una muchedumbre de pequeños frailecitos vestidos de blanco, coronados de rosas, que llevaban velas encendidas y tocaban a todo vuelo campanillas, lo que le había causado un terror indecible.

La amistad estaba trabada. Presentáronse:

—Juan Marcoleta, servidor de usted.

Don Pedro dióle amistosos consejos, y cuando el cliente se despedía, le dijo afectuosamente que no ol-

vidase de pasar a verlo siempre, que estaba a su disposición para lo que se le ofreciese.

Don Pedro sentóse después en su cómoda poltrona y se adormeció de nuevo, pensando vagamente en su numerosa familia y sus placeres acostumbrados.

El apellido de su nuevo cliente perseguíale como una pesadilla: "Marcoleta, Marcoleta, pensaba, buen apellido, viejo apellido... Hay que averiguar esto", dijose levantándose y dirigiéndose a almorzar en compañía de su familia.

La casa que arrendaba don Pedro, donde tenía también establecida su droguería, era



una de esas antiguas construcciones coloniales, con gruesas columnas al frente, enorme peristilo que encuadraban la ancha puerta, claveteada de bronce, patios extensos y grandes habitaciones casi dismanteladas. Don Pedro era el más prestigioso droguista del populoso barrio de la Cañadilla, fama que se debía en gran parte a sus conocimientos médicos, adquiridos prácticamente en los hospitales, conocimientos que ejercitaba libremente y sin protestas de nadie, en todo el barrio. Tendría, a la fecha en que principia nuestro relato, cincuenta y ocho años, que tal vez llegaban a sesenta, era de elevada estatura, ligeramente obeso, y en su encendido rostro, picado ligeramente de viruelas, había una expresión risueña, vivaz y obsecuente, que le atraía a primera vista la buena voluntad de todos los que le trataban. Su mesa estaba siempre puesta para todo el que llegara a visitarle; apreciaba las largas charlas después de las comidas abundantes y no le desagradaba en absoluto el bello sexo.

Cuando llegó al comedor donde ya estaba reunida toda la familia, declaró la nueva amistad que acababa de hacer y una de las niñas, la menor, dijo:

—Don Juan Marcoleta, lo conozco mucho... pasa siempre por aquí, pero dicen que es muy borracho el pobre joven.

Don Pedro consideró un instante con gravedad a la que le hablaba, é inconscientemente, tal vez, en seguida clavó una risueña mirada en el rostro de su esposa que estaba sentada al frente.

La historia de don Pedro Sánchez era breve y sencilla, igual a la de tantos de nuestra clase media de la época que describimos. Hijo de quién sabe quién y de una madre pobre y desamparada, habíase criado a la sombra monacal de uno de nuestros grandes hospitales. Ahí, insensiblemente, habíase educado, llegando a ser con el tiempo el practicante de confianza del establecimiento. Sus relaciones con el monjío y las eminencias médicas que frecuentaban el hospital, dábanle poco a poco prestigio en el barrio de la Cañadilla. Sus modales eran corteses, agradables, con esa amabilidad jesuítica infiltrada en sus venas con la edu-

cación y la vida monjil de sus primeros años. Su carácter aparecía franco, generoso y lo era por conveniencia, lo que después le había atraído numerosos amigos y relaciones con toda clase de gentes. Su matrimonio había sido ventajoso y agradable. Se casó joven, con una niña que, sin ser hermosa, era simpática y poseía una pequeña fortuna que don Pedro recibió inmediatamente de celebrada la ceremonia nupcial.

Con este capital compró una pequeña botica; pero año a año su mujer le obsequiaba un hijo, ya un hombre, ya una mujer. Los apuros de dinero, las dificultades de la vida principiaron para don Pedro. Había noches que éste las pasaba de claro en claro, tratando de resolver sus dificultades. Amigos de confianza aconsejaronle que arreglara su situación en una forma fácil y corriente. Hizo entonces una cesión de bienes a varios acreedores imaginarios, salvando así a su familia de la miseria. Poco después, un incendio intencional de su negocio, del que resultara inocente, permitíale aumentar sus operaciones. El éxito feliz de ambas operaciones, atrájole el respeto y la consideración de todo el barrio. Su fortuna, al decir de sus amigos, era sólida, considerable. Cuando llegaban las elecciones, era la persona llamada por el Gobierno para obtener la victoria. Sin embargo, no era completamente feliz. Habría querido ser miembro del Club de la Unión y rozarse con la gente de valía, y estas aspiraciones las tenía también su familia.

Días después de esta amistad que don Pedro había hecho, tomó minuciosos informes sobre el joven Marcoleta, y supo que pertenecía a una aristocrática familia de Santiago, que era hijo de uno de los más famosos políticos que habían figurado en las pasadas administraciones, que a la muerte de su padre habíase dirigido a Europa, donde derrochaba íntegramente en poco tiempo la gran fortuna que había heredado, y que ahora vivía en la miseria, en un zaquizami de la Cañadilla, de una corta pensión que le pasaba uno de sus parientes millonarios. Estas noticias habíalas tomado don Pedro de los numerosos comensales y panaguados que venían a su casa y se sentaban a su mesa.

El prestigio del joven Marcoleta crecía de día en día en la familia Sánchez, y todos se imponían con interés, con cariño de estos descubrimientos. Considerábanle ya como a al guion con quien tuviesen deberes de familia que cumplir. Muchas veces, cuando todos estaban reunidos, solíase escuchar un suspiro leve de la señora Mercedes, que por una misteriosa sugestión parecía interpretar el sentimiento general con esta breve frase:

—¡Pobre joven!

La vida que se llevaba en el hogar de don Pedro Sánchez era cómoda, tranquila, agradable. Desde por la mañana doña Mercedes presidía a las sirvientas que hacían el arreglo de la casa; las hijas, que eran tres, Julia la mayor, Berta y Zoila, el resto del día ya se ocupaban de costuras y tejidos, ya en la atención intermitente de la botica, vendiendo las mil menudencias que una droguería contiene, ya vigilando la conducta del regente, para observar si introducía la mano en el cajón del dinero, ya atendiendo el despacho de las recetas que don Pedro enviaba desde los altos del establecimiento, donde recibía la numerosa clientela que diariamente le visitaba y que le dejaba muy buen dinero.

Entre once y media y doce del día, principiaban a llegar los comensales acostumbrados de aquella casa hospitalaria, y éstos eran aquellos que habían servido fielmente a don Pedro en sus complicadas operaciones comerciales: Eulogio Palma, borracho pacífico, silencioso y abúlico, que tanto servía para copiar con irreprochable forma de letra inglesa un escrito, como para declarar bajo juramento sobre cualquier asunto que a don Pedro conviniese; don Silvestre Angulo, tinterillo profesional, que así hacía un escrito como se sustrala un documento importante de un expediente o falsificaba una providencia; don Pedro Castro, alias "Cacho de Tinta", abogado venido a menos por la ebriedad profesional y que en casa de don Pedro Sánchez ejercía una especie de dictadura, por los efectivos y eficaces servicios que había prestado a su amigo en la cesión de bienes y en el incendio de marras. A estos invitados, que



así nunca faltaban, agregábanse dos jóvenes abogados, recientemente recibidos, que de cuando en cuando venían a la casa, y don Pedro presentaba siempre con gran agasajo, entre cariñoso y burlón, con esta breve frase:

—Don Luis Artigas y don Conrado Frías, miembros del foro...

Estos muchachos, que pertenecían a dos buenas familias de la sociedad, se ocupaban más de divertirse que de ejercer su profesión, pensaban vagamente en el porvenir y les atraía esa vida despreocupada que se llevaba entonces en ese curioso barrio de la Cañadilla.

Don Juan visitaba ahora a menudo a don Pedro, quien le colmaba de pequeños servicios de toda naturaleza. Un día que conversaba de su enfermedad y de la soledad de su vida, díjole don Pedro, bondadosamente:

—Mire, don Juan, ¿por qué no se deja de cumplimientos y se viene a vivir con nosotros? Mi familia y yo lo atenderemos en lo que podamos...

Pero don Juan rehusó y guardó silencio. Pasaron algunos días después de esta con-

versación, y como viese do: Pedro que su amigo no aparecía por la botica, fué a visitarlo a su cuartucho y lo encontró convaleciente de un nuevo y furioso ataque de "delirium tremens", que había tenido. Estaba flaco, extenuado, sin fuerzas casi para hablar. Entonces don Pedro le dijo así:

—Yo no puedo dejar que usted se muera; sería un crimen abandonarle en esta situación. ¿Usted se viene inmediatamente a mi casa!

Tales palabras las dijo con tal exaltación y autoridad, que don Juan no se atrevió a negarse. Ese mismo día trasladóse a casa de don Pedro, donde fué recibido como un antiguo miembro de la familia, largo tiempo ausente. Llamóse a una eminencia médica amigo de don Pedro, y éste, después de reconocerle detenidamente, declaró que el menor exceso alcohólico acarrearía una muerte inevitable.

Felices fueron para don Juan los días que pasó en casa de su bondadoso amigo. A su soledad y desamparo habían sucedido los cuidados, atenciones, los afectos de una familia numerosa. Y hasta el amor parecía principiar a florecer en aquella nueva casa.

Una de las hijas de don Pedro, Zoila, la menor, mostrábase con él turbada, ruborosa, en sus rápidas entrevistas.

Un día que estaban juntos, Marcoleta dijo:

—Señorita Zoila, estoy profundamente agradecido a don Pedro por todas las atenciones que él y ustedes han tenido para conmigo, y siento gran vergüenza en no poder corresponder luego, como es debido, tantos servicios. Mañana me iré a mi casa con este sentimiento.

La niña le miró a los ojos y le dijo sencillamente:

—¿Y por qué no se queda con nosotros siempre!...

Don Juan guardó silencio un largo rato. Estas palabras hicieron impresión en su corazón de gentilhomme.

En la noche, en un largo insomnio, pensaba en esa niña que no era hermosa, y se decía:

—¿Qué vale mi nombre sin dinero! Nada. Soy una sombra, un pingajo humano que

luego se desvanecerá. Fagaré mi doudú; me casaré con esa niña, si me acepta."

Al día siguiente, en medio de las protestas generales de don Pedro y de toda la familia, volvíase a su antiguo cuarto. Días después volvió a la botica. En un momento en que quedara solo con don Pedro, le dijo:

—Quiero hablarle de un asunto serio, delicado.

—Diga, — contestó don Pedro.

Entonces Marcoleta, gravemente, dijo:

—Estoy enamorado de su hija Zoila y deseo saber si usted me concede su mano.

Al escuchar estas palabras, el rostro de don Pedro congestionóse de una alegría ianensa; sin embargo, contestó con tono seco, grave y severo:

—Estas cosas, don Juan, hay que hablar las primero con la familia. Vuelva usted mañana, a tal hora.

Al día siguiente, esperábase don Pedro vestido cuidadosamente de levita en el pequeño salón de la casa. Al ver entrar a Marcoleta se levantó, lo abrazó con delicadeza y le dijo:

—Todo está hecho, don Juan; pero qué de lágrimas y suspiros las de todas estas mujeres. Al fin, es la menor la que se nos va, pero yo tengo también la satisfacción de tener un hijo más en mi vejez, — terminó con emoción, mientras sus ojos se humedecían y su encendido rostro se congestionaba aún más.

Después hablaron tranquilamente. Dábale don Pedro consejos sobre los cuidados que requería su enfermedad, entre los que entraba en primer lugar, la abstención absoluta del alcohol. Don Juan asentía en silencio, y una expresión de inmenso cansancio y de infinita tristeza reflejábanse en su rostro enflaquecido.

Fijóse la fecha de la ceremonia nupcial y acordóse, por disposición de don Pedro, dar un banquete en la víspera de ella.

Por fin llegó el día de aquel banquete extraordinario, ofrecido por la familia Sánchez como una manifestación de alegría y de agradecimiento hacia la suerte de casar a su primera hija con un miembro de la aristocracia más pura de la capital.

Desde el amanecer doña Mercedes, acom-

puñada de sus dos hijas y una sirvienta anciana, habíase preocupado de echar un vistazo general al arreglo de la casa, que la dejó henchida de satisfacción. La novia, en su pieza, desde hacía días, cosiendo con una modista, sólo de cuando en cuando aparecía en la puerta de su habitación para dar a gritos una orden, o recibir la rápida visita de alguna amiga íntima que venía a felicitarla.

A las cinco de la tarde principiaron a llegar los invitados, que eran los boticarios más conocidos de Santiago de esa época, personas sencillas, bonachonas, vestidos ellos y sus mujeres con trajes pasados de moda, inapropiados tal vez para la estación, y este descuido en la indumentaria contrastaba con el corte irreprochable del chaqué de Mareoleta y la larga levita azul y la corbata blanca de don Pedro. Además, la forzada abstinencia del aguardiente había hecho palidecer, como un cielo que se despeja, la mariposa alcohólica de las narices y mejillas del novio, devolviéndole algo de su perdida hermosura viril.

Y ahí estaban reunidos en el pequeño salón, bebiendo grandes tragos: ponche en agua con torrejitas de limón que serviría de aperitivo, al decir de don Pedro. La conversación rodaba pesada, lenta, entre todas aquellas personas que poco se conocían, con ese tono de inusitada socarronería que a veces tienen las charlas en esa clase de reuniones. Hablábbase a ratos de política y de negocios, y se repetía lo leído en los diarios de la vispera. Tal vez este encogimiento general de la concurrencia obedecía a la tristeza que se reflejaba en el semblante de Mareoleta, que era el único que no bebía, sino de unas aguas medicinales que su suegro le había preparado para substituir las excitaciones del alcohol. De pronto la reunión se animó, con la llegada de don Pedro Castro, o sea "Cacho de Tinta", quien, como de costumbre, venía achispado ya, alegre, dicharachero; de Angulo, Palma y los dos abogados, Frías y Artigas. La novia hizo también una aparición en la sala, para saludar a toda la concurrencia, y aquí de los afectados cumplimientos para celebrar su belleza, hermoso

traje de seda gualda, que hacía resaltar su rubor, el brillo de los ojos y su sonrisa.

Llegaban ya las primeras sombras de la noche, cuando alguien anunció:

—La comida está servida.

Y poniéndose de pie la concurrencia, celebraron todos el arreglo del patio, que a esa hora crepuscular brillaba como el día con la luz de infinitos farolillos chinoscos, que alumbraban la verdura de innumerables bambúes y toda suerte de plantas florecidas. Pero cuando el entusiasmo de los invitados llegó a su máximo, fué al entrar al comedor, iluminado profusamente con numerosas lámparas de parafina y de gas. La larga mesa aparecía repleta de viandas y de flores, y



la mirada se extendía por aquella confusión de grandes castillos de dulce, de pavos recién asados, de los famosos jamones de Valparaíso, de enanchitos en adobo, azafates con mayonesa, y en enormes redomas traídas de la botica, el ponche en agua, donde navegaban torrijas de naranja y de limón. Los señores de Balmaceda, de Arturo Prat, de Francisco Bilbao, contemplaban impasibles entre las grandes banderas chilenas y palmas que a sus plantas había colocado el patrioterismo ingenito de nuestra raza, aquel espléndido banquete.

Aquella comida principió alegremente, gracias al abundante aperitivo del ponche. Sentáronse los invitados aquí y allá, respetando si los asientos de don Pedro, que presidía acompañado de su esposa, la señora Mercedes, don Juan Marcoleta a su lado, y la novia al lado del dueño de casa. Frías y Artigas, al costado de Julia y Berta. Y don Pedro Castro, que con lo que bebiera antes de llegar y los numerosos tragos que tomara después, ya llegaba a los límites de la ebriedad, no lejos de la cabecera.

Escuchábase el ruido de cucharas, tenedores y cuchillos en medio de las alabanzas que se prodigaban a los que habían arreglado y hecho aquella espléndida manifestación; las señoras, sobre todo, hacían comentarios:

—Mira, hija. ¡Qué postre más lindo! ¡Qué pavos mejor adornados! ¡Qué flores más preciosas! ¡De dónde las traerían!

Y ante este coro de alabanzas que se dirigían a la dueña de casa, doña Mercedes declaraba modesta:

—Todo lo que ustedes ven, se debe a las niñas, — y señalaba a Berta y Julia, que inclinaban la cabeza ruborizándose.

El rostro de don Pedro resplandecía como un sol de estío, de alegría y de felicidad. A su lado don Juan parecía también participar del entusiasmo general, a pesar de que, no obstante las exigencias de sus vecinos, comía poco de aquellos sabrosos manjares. Las conversaciones que al principio eran en voz baja, como el zumbido de una colmena, fueron elevándose poco a poco. Los dos abogados, Frías y Artigas, habíanse dedicado a atender a las esposas de

los boticarios que no estaban lejos de ellos. Escuchábase grandes careajadas de éstas ante algunas confidencias picantes que les hacían. Angulo y Palma, sentados lejos de la cabecera, comían, bebían y se atracaban sin tasa, en silencio. Don Pedro Castro, como de costumbre, tenía monopolizada la palabra sobre asuntos que a nadie interesaban; hablaba de política y se dirigía en particular a don Pedro, quien le hacía distraído leves signos de aquiescencia. Pero el vigoroso vino de Chile principiaba a hacer sus efectos en la numerosa concurrencia, que perdía poco a poco aquella compostura afectada, llena de miramientos, que había cuando principiara la comida. Abandonados los tenedores y las cucharas, usábanse las manos; entre dos vecinos pasábanse una fineza en un tenedor tendido.

Angulo discutía en voz alta, con grosería, sobre cuestiones profesionales que nadie entendía, con Frías, y éste, oprimido por la discusión, le decía:

—Sí, señor; y antes de seguir adelante esta disputa, sería conveniente que averiguáramos primero la genealogía de esa levita que usted lleva,— aludiendo al color verdoso de la vestimenta que usaba el tinterillo.

De cuando en cuando escuchábase una aguda voz femenina que decía:

—¡No me pisen tanto el pie! ¡No me apriete, señor!...

Y así siguió aquella fiesta de familia en que se comía y se bebía a destajo, hasta el instante en que llegaron los brindis. Como de costumbre, don Pedro Castro, que no abandonaba la palabra, continuó con ella y pronunció un largo brindis sobre cuestiones profesionales. Habló de las dificultades terribles de la vida, que obligan a los hombres a defender su situación, la situación de la familia, que es la base de toda sociedad, de la actual sociedad. Pidió permiso para hablar de sí mismo, de todos los servicios que la familia Sánchez le debía. —Y esto lo decía con lágrimas en los ojos.— Y refería claramente los complicados asuntos de la quiebra y del incendio, y la participación que en el buen éxito de estas operaciones le cupiera. “Y aquí tenemos—

dijo terminando — a esta familia que ha llegado merced al cultivo de la flor preciosa de la amistad al pináculo del honor, aliándose con la más pura aristocracia de esta capital.”

Después tomó la palabra don Silvestre Angulo, e hizo presente también lo que había hecho en aquellos dos famosos pleitos; aludió también a la labor modesta de Palma, su compañero y amigo de corazón, quien inclinó en silencio la cabeza. “Y aquí tienen ustedes — dijo concluyendo — cómo las hormigas que nosotros somos, pudimos edificar un palacio, que es esta casa, y este espléndido matrimonio que se prepara.”

A los brindis siguió una larga serie de canciones, cantadas en la guitarra por doña Mercedes, porque en la casa no había piano.

Don Juan no había comido nada; había se puesto sombrero; su cuerpo débil y delicado se estremecía; sus ojos brillaban con los resplandores de la fiebre. Y cuando todos se retiraban de la mesa hacia el salón, don Pedro le dijo:

—Don Juan, ya es hora que usted se retire a dormir, para que esté bien para mañana, que es el gran día...

Don Juan obedeció en silencio.

Cuando don Juan salió a la calle, sintió la cabeza mareada por la ardiente algarabía de aquella fiesta; nacía en lo íntimo de su corazón una tristeza que parecía crecer por instantes como una ola inmensa. ¿Sería tal vez causada por su mal?

Esa noche de julio era fría, desagradable; en lo alto del cielo negrísimo a trechos, la luna en su menguante parecía perderse, confundirse entre las espesas nubes que corrían rápidas hacia el sur. Frente a él veía alzarse entre la penumbra que dejaba la parafina municipal, el gran bulto siniestro del puente de Cal y Canto, que tenía sus ventorrillos cerrados a esa hora. Se acodó en el parapeto mirando hacia abajo. Las aguas del río corrían lentas y silenciosas, y su reflejo de plata vieja parecía aumentar su creciente tristeza.

“¡A dónde he venido a parar! ¿Qué ha sido de mi vida! ¿Por qué he estado en esa fiesta! ¿Por qué?...” Cerró los ojos un

instante y recordó. Vefase joven, rico, libre, lleno de esperanzas en el porvenir; su imaginación reproducía con extraordinaria claridad una escena lejana de su vida: una noche de función de gala en nuestro Municipal, lleno de la élite de Santiago, representábase “Lucía de Lamermoor”, cantada por una de las más famosas artistas del mundo. Y él estaba en su butaca, cerca de la orquesta, y en un palco bajo, frente a él había una hermosa joven vestida de blanco y rosa; era su novia. Sus negros ojos no atendían a la representación, sino que estaban fijos en él, en una entrega absoluta. Todo el dolor de aquella música divina, de amor, del delirio de Lucía, parecía vivir en aquellas hermosas y brillantes pupilas que le miraban fijas y se entregaban. Luego, la salida entre sedas, luces y perfumes, de la muchedumbre elegante, y esa negra mirada purísima fija siempre en él, a la despedida...

Después. el viaje al extranjero, la ausencia, el olvido en medio de los vicios internacionales, la ruina, el alcohol, siempre el alcohol, y la perdición final. “¡Cómo he caído tan bajo, tan bajo!” — se dijo arañando con su mano crispada el parapeto. Trató de llorar para desahogar la angustia que le destrozaba el corazón como una garrá de fierro. No pudo. Un furioso deseo de destruirse le poseía. Miraba vagamente a todas partes, como alguien que se aboga en un mar sin fondo, y vió allá lejos, en la parte baja de los sordidos edificios que bordean el río, brillar una luz lejana, amarillenta. Era un restaurant clandestino donde tantas veces se detuviera a beber; y sonriendo siniestramente, impotente para lanzarse de lo alto del puente a esas aguas tranquilas del río, que corrían impasibles hacia el mar, murmuró empleando una frase cínica de borracho:

—¡Y más que me pongo a tomar ahora! Sería lo mejor...

Se alejó rápido, buscando en sus bolsillos unos billetes que don Pedro le había deslizado en la tarde. Llegó al restaurant, y dijo alegremente a la vieja que servía en el mesón:

—Unas tres botellas del de uva; del más



fuerte, — y agregó mientras le servían:—
¡son para hacer un ponche macizo, señora!

La vieja sonreía desganada ante la confianza de ese caballero elegante.

Don Juan se alejó estrechando febril, amorosamente, las botellas...

IV

Al día siguiente, la fiesta continuaba aún en casa de don Pedro Sánchez. Este y algunos amigos íntimos a quienes no venciera el sueño, entre los que contaban los jóvenes abogados Artigas y Frías, que querían sa-earle el jugo al banquete, permanecían en el patio bebiendo tal cual trago de ponche, haciéndose vagas confidencias y proyectos, esos que engendra siempre la nerviosidad de una noche de insomnio y de alcohol. Todos al igual de don Pedro sentíanse alegres y

ligeros, a pesar de la trasnochada que casi no les permitía abrir los ojos.

De pronto, don Pedro dijo, consultando su reloj:

—Vean amigos, ya son las diez; el novio no llega; debía estar aquí a las nueve; debe haberse quedado dormido el pobre joven... Vamos, vamos todos a despertarlo—dijo levantándose.

Conversando alegremente se dirigieron entonces en grupo a la pobre vivienda de Marcoleta. Vivía éste en el fondo de un miserable conventillo situado en esas callejuelas barrosas que se entrecruzan al final de la Cañadilla.

Don Pedro, entrando al amplio patio surcado de cordeles, á: los que pendía ropa tendida a secar, preguntó en voz alta a una vieja que lavaba afanada:

—Don Juan de Marcoleta, que vive aquí, ¿no se ha levantado, señora?

—Ni se le ha sentido; debe estar dur-

miendo; allá es su pieza — contestó la vieja, extendiendo su brazo hacia el fondo del patio.

Y se dirigieron allá tropezando en las aristas, en los tiestos con flores, sacando lazos a los charcos de agua del piso empedrado y desigual.

La puertecilla de la pieza de don Juan estaba cerrada herméticamente; Don Pedro golpeó con mesura; ni un rumor contestó al llamado. Se consultaban con la mirada, indecisos. Don Pedro dijo en voz baja:

—No le vaya a haber pasado algo; abramos la puerta.

Entonces Conrado Frías, que era vigoroso, aficionado a los sports, dijo:

—¡Quiere, don Pedro, que la eche abajo! Don Pedro hizo una señal afirmativa.

Al violento empujón que Frías diera, abrióse la puerta de par en par.

Don Juan Marcoleta, vestido tal como estaba el día antes, sentado ante una pequeña mesa, con la cabeza perdida en los brazos cruzados, parecía dormir profundamente. Tres botellas, de las que una y gran parte de otra estaban vacías y un vaso a medio llenar, sobre el que revoloteaba un enjam-

bro de moscas, había ante él. Don Pedro puso su mano sobre la inclinada cabeza de don Juan, y le dijo con voz fuerte: /

—Don Juan, don Juan, despierte.

Ante el helado silencio que siguió a estas palabras, don Pedro tocó la frente del dormido Marcoleta, e irguiéndose en toda su estatura, exclamó con voz entrecortada y anhelante:

—¡Está frío... parece que no respira!..

Entonces rodearon todos a aquel cuerpo inerte y mudo y lo palparon nerviosamente, y observaron que el corazón ya no latía, que los ojos estaban cerrados, fríos, sin lumbré de vida, y que un poco de espuma sanguiinolenta asomaba a los labios de aquel novio infeliz.

Al retirarse hacia la casa a dar cuenta de la catástrofe, todos marchaban silenciosos; del rostro de don Pedro parecía haberse borrado para siempre aquella sonrisa amable, simpática, sugestiva, que le caracterizaba. Iba pálido, con el ceño fruncido, preocupadísimo, y repetía a media voz, moviendo la cabeza a ambos lados:

—¡Mal negocio, mal negocio, señor!





Escudo del Real Despacho de Blasones de la familia Araoz, año 1749. (Museo Histórico Nacional).



Escudo de la puerta principal de la casa de la familia Cañas Trujillo, principios del siglo XVIII.

La heráldica en la colonia

Por JUAN LUIS ESPEJO

Junto con los animales domésticos y las semillas necesarias para el sustento de la vida, trajeron los conquistadores de América la simiente de los prejuicios nobiliarios, imperantes, por otra parte, en la Europa que recientemente despertaba de su largo sueño de feudalismo.

Debía encontrar aquella en el Nuevo Mundo una tierra generosa para su desarrollo.

El descubrimiento de minas y tesoros sin cuento, que en un día, transformó en rico potentado al atrevido aventurero, que saliera de su patria pobre y desconocido, hizo aspirar a estos hijos de la fortuna, tras siglos de obscuridad anónima, a todos los esplendores de la monarquía más brillante de Europa.

Con sólidos tejidos de oro, marcos pulidos

de plata virgen, piedras preciosas y cadenas relucientes, compraron los honores, para ellos más caros que el oro de América, no envilecido aún con el comercio humano.

Desde entonces los palacios de Carlos V y de los Felipes, se vieron asediados por ese enjambre de procuradores y pretendientes, que hacían eternas antecelas en los despachos de los secretarios, y alimentaban, día a día, la gula insaciable de los privados de la Corte.

Primeramente los conquistadores obtuvieron escudos de armas, trazados a su gusto, manera y fantasía, de modo que recordaran para siempre la acción más importante de su vida militar. La ciencia del blasón, hasta entonces invariable, se vió de repente invadida por signos exóticos y extraños que alteraron sus reglas: el escudo de Sebastián

del Cano, por ejemplo, más sazonado que un manjar del Oriente, tenía, entre otras cosas, clavo, canela y nuez moscada, en recuerdo de haber descubierto las soñadas tierras de la Especiería.

En la misma forma, las ciudades americanas solicitaron armas y tratamientos especiales, pagado todo a razón de arancel. En Chile consiguieron esta gracia Santiago, La Serena, Concepción, San Juan, Mendoza, Villarrica, Imperial, Castro y Valdivia, en el siglo XVI, y en el XVII, Valparaíso, Talca, Illapel y San Felipe.

Generalmente, los escudos eran usados por los ayuntamientos en la correspondencia oficial y en los estandartes y banderas de los regimientos de milicias provinciales. Los grabados que se acompañan muestran las armas de La Serena, en un estandarte colonial, que se conserva en el museo histórico, y las de Illapel, tomadas del despacho por el cual le fueron concedidas.

Eran también de uso frecuente en Chile esas Ejecutorias de Hidalguía con hermosos escudos y viñetas preciosas como filigranas.

Constituían entonces la prueba más significativa de nobleza, por ser, como eran, sentencias definitivas en el juicio seguido entre un particular que se creía noble y un



Escudo de la familia Izquierdo en un retrato de comienzos del siglo XIX.—(Museo Histórico Nacional).

ayuntamiento que intentaba cobrarle el impuesto de pechos que pagaban los plebeyos.

La Ejecutoria de la figura, no de las mejores, por no conservar las páginas más hermosas, tiene el mérito de haber pertenecido a uno de los compañeros de Pedro de Valdivia, en la conquista de Chile.

Sólo en los primeros años del descubrimiento de América concedió el Rey directamente los escudos heráldicos; con este objeto, había funcionarios especiales, llamados Reyes de Armas, que sin gran conocimiento de la historia, ni de la ciencia del Blasón, no hicieron otra cosa, durante los siglos XVII y XVIII, que fomentar la vanidad americana, haciendo fabulosos entroncamientos con los Reyes Magos o los Doce Pares de Francia.

Reales despachos certificatorios de blasones se llaman los documentos que aquellos expedían, dando autorización para usar el escudo de familia, según su propio sonoro lenguaje: "Haciéndolo grabar, esculpir, bordar y pintar en sus sellos, anillos, casas, palacios, capillas, oratorios, sepulcros, epitafios, cenotafios, coches, libreas, tapices, alfombras, cortinas, sillas, reposteros, plata



Retablo del siglo XVIII con escudo y retrato del dueño. (Museo Histórico Nacional).

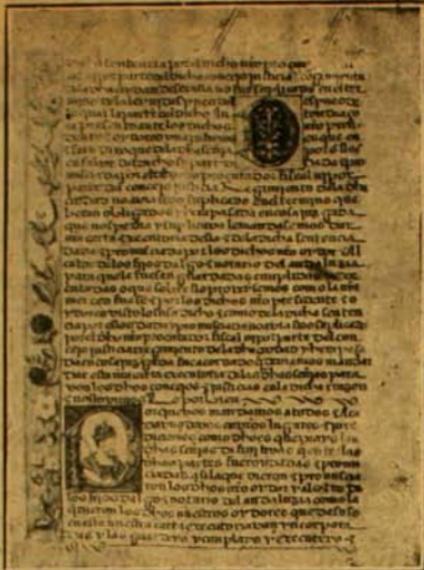
labrada, alhajas y demás parajes de costumbre, sin que se ponga impedimento alguno."

Los vecinos más acudados, en virtud de esos desechos, ponían sobre los muchos portones de sus casas solariegas grandes escudos tallados en granito, que O'Higgins, en un arrebatado democrático, mandó arrancar en los primeros años de la Independencia. Por esto en Chile es muy difícil encontrar vestigios de los antiguos blasones coloniales.

Fuera del escudo del Conde de la Conquista, que se encuentra en el patio principal de la histórica casa de la calle de la Merced, y de otro del Marqués de la Pica, puesto hace años en venta en un almacén de antigüedades, y que estará de seguro, pasando como propio en la colección de algún anticuario, se conserva aún el hermoso escudo de piedra de la familia Cañas Trujillo, desenterrado de la Galería San Carlos.

Si muy frecuente es ver retratos de la colonia adornados con insignias heráldicas, es difícil hallar losas sepulcrales con escudos de armas.

En el siglo XVI, los conquistadores, no sólo en Santiago, sino en todas las ciudades, construyeron a su costa, en las iglesias, suntuosas capillas, que, a imitación de las de España, servían para entierro de su



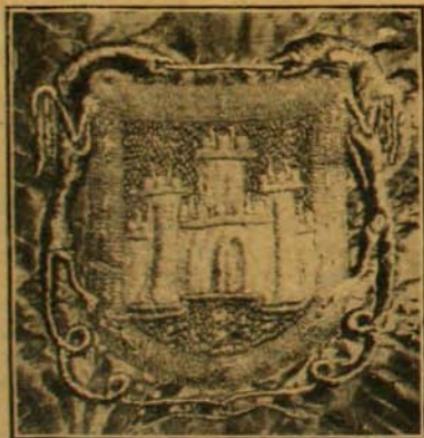
Ejecutoria de Santiago de Azócar, compañero de Pedro de Valdivia. Fecha: 15 de mayo de 1538. (Biblioteca Nacional)

descendencia. Aquellas eran ricamente dotadas de ornamentos e imágenes y en las losas y retablos los dueños pintaban o esculpían las armas de su linaje.

Desgraciadamente, por los frecuentes terremotos, la destrucción de las ciudades australes, a comienzos del siglo XVII y por el poco aprecio que de nuestras antigüedades han hecho las comunidades religiosas, quedan contadas muestras de estos monumentos arquitectónicos.

La lápida que se acompaña, de la segunda mitad del siglo antepasado, fué extraída del Monasterio de Santa Clara, y hoy se conserva en el Museo Histórico Nacional.

Si los particulares usaban el escudo en vajilla, sepuleros y puertas de calle, algunos funcionarios públicos lo hacían para sellar documentos de oficio. Y no eran muchos: el Gobernador lo utilizaba únicamente al otorgar nombramientos militares; los Veedores, al certificar hojas de servicios; el Maestro de Campo General, el Comisario de la Caballería y los Castellanos de las Casas Fuertes, al acreditar el tiempo que los subalternos sirvieron bajo sus órdenes.



Escudo de la ciudad de la Serena, sacado de un estandarte de milicias provinciales de la colonia. (Museo Histórico Nacional).



Loza sepulcral con epitafio, de don Juan Antonio Díaz de la Puente, antecesor de las familias Pinto, Gana y otras.

Con mucha frecuencia los Obispos y Comunidades estampaban sus armas en los documentos, sobre cera o sobre laere, y alguna que otra vez los Corregidores, para sellar informaciones secretas, levantadas dentro de su jurisdicción, y que debían ser enviadas con perfecta seguridad, a la Real Audiencia de Santiago.

Según los viejos cronistas, fué también costumbre en el siglo XVI, cuando se usaba

el escudo como arma defensiva, llevar en él pintada una divisa heráldica.

La expedición que a Chile trajo consigo don García de Mendoza, en 1557, compuesta en su mayor parte de hidalgos linajudos, lució arreos nunca usados por los viejos conquistadores.

Oña, en su célebre poema épico, nos pinta la revista de tropas que hizo aquel antes de entrar en los estados de Arauco, y en sus estrofas de ruda belleza, vemos desfilar a don García, a don Beltrán de la Cueva y muchos otros, alzada la visera de los yelmos y al brazo el escudo reluciente, con insignias heráldicas, y todos pasan a nuestra vista como una evocación medioeval en

Caballos ricamente encubertados,
Con símbolos, empresas y blasones,
Gentiles, fuertes, bravos y galanes.
En rostros, armas, cuerpos y ademanes.



Escudo de la ciudad de Illapel, tomado de la Real Cédula que se lo concedió a fines del siglo XVIII.





Emma Formas de Dávila. "Gitanas", La medalla.

SALON DE 1920

Por ARIEL

Esperábamos mucho de este Salón. Se nos había dicho que nuestros artistas habían trabajado con entusiasmo para darle todo el realce posible, y que los viejos maestros, sacudiendo la inercia que entre nosotros producen los laureles, habían consentido en consagrar con sus firmas el éxito ambicionado.

La causa de este movimiento eran las fiestas magallánicas. Se descaba, y con razón, que el arte chileno figurara en el programa de festejos como manifestación de la cultura nacional.

Tratando de verificar la realidad de tan amables augurios y luchando con el escepticismo que habían dejado en nuestro ánimo

la escasez y pobreza de los pasados Salones, nos dirigimos al Palacio de Bellas Artes.

Desde la entrada comenzaron nuestras sorpresas: estábamos acostumbrados a ver la escultura reclusa en la pequeña salita que está al fondo del gran salón, y esta vez nos encontramos con que un enorme grupo es eultórico, escoltado por dos hileras de bustos, esperaba a los visitantes en el hall.

Celebramos la innovación, y nos pusimos a contemplar el grupo que es un verdadero monumento: 11 o 12 figuras que representan a la humanidad, agrupadas en una escalinata, en actitud de bajar al sepulcro que está indicado con un letrero, que es el

nombre de la composición: "Hacia la tumba." El autor es Ailro Pereira, esforzado luchador que ha consagrado varios años a la ejecución de esta obra. Es tan grande y tan paciente el esfuerzo que ha tenido que hacer para llevarla a cabo, que pasaremos por alto sus muchos defectos, para concretarnos a celebrar sus buenas cualidades que no escasean en algunos trozos. La primera figura, por ejemplo, es de construcción sólida, su cráneo bien dibujado hace sentir que hay hueso bajo la piel modelada vigorosamente. Otras figuras tienen expresión, y hay algunas con gestos bastante bien estudiados. Con más homogeneidad, y sobre todo con más flexibilidad en los movimientos y blandura en la ejecución, habría conseguido un conjunto bastante bueno.

Formando fila en la hilera de bustos, hay un caballete con la última composición de Simón González. Es la maquette del bajo relieve que está en el Cementerio, adornando la tumba de la familia Errázuriz Letelier. Con verdadera emoción nos detuvimos delante de ella, tanto por la memoria del querido maestro, como por la belleza de su obra: hombre y mujer, que separados por la puerta de la tumba unen sobre ella sus manos en actitud dolorosa y resignada. No necesito hacer comentarios: Simón González no tiene aún entre nosotros ni émulos ni rivales.

—Muy sentida, muy llena de cualidades y de promesas para el porvenir es "Marcha Fúnebre", de Caroca.



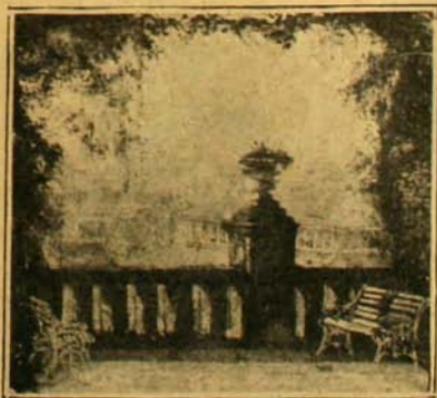
Alfredo Modge. Retrato, 2.a medalla.

—Laura Rodig presenta un busto (un esbozo casi), que titula "Impresiones de Gabriela Mistral." No conocemos a la genial poetisa, pero la fisonomía moral que sus versos han grabado en nuestra alma no corresponde a la que este busto nos sugiere. Emanan de él un conjunto de rasgos espirituales rígidos y fríos que contrastan con la dulce serenidad de la inspirada autora de "Sonetos de la muerte."

—Uno de los jóvenes escultores que más promete es José Rigol, que obtuvo una mención honrosa.

—David Soto nos deja verdaderamente desconcertados, dado su talento, puesto ya en evidencia; no sabemos a qué atribuir su estancamiento o más diríamos, su retroceso.

Continuamos nuestra visita hacia la sala de pintura. Antes de entrar, en el pasillo que rodea la escalinata de acceso a ella,



Pablo Burchard. En el Santa Lucía



Caroca. Marcha fúnebre

nos encontramos con otra parte de la presentación escultórica. Viendo esto, no pudimos dejar de hacernos esta reflexión: "Las que no están de guardia, están a la puerta."

¿Cuándo la Comisión de Bellas Artes dará a la escultura toda la importancia que tiene, dedicándole una sala propia, amplia y con la luz adecuada para poder apreciar debidamente el adelanto de los artistas?

—Entre los trabajos que allí encontramos, nos agradó otro busto de Laura Rodig: "Autorretrato". Está parecida, y, como el anterior, tiene esa potencia sugestiva que, haciéndonos pensar, nos retiene largo tiempo junto a él.

No comprendemos por qué en ese mismo pasillo, sin la distancia necesaria para apreciar un cuadro, han colocado uno de los trabajos mejores de la exposición: los dibujos de Carlos Dorlhine, obras con las cuales se enorgullece cualquier Salón. Ahí están en lugar secundario esas prodigiosas

filigranas de la pluma, vibrantes, plenas de emoción y sentimiento. Son verdaderos poemas de la naturaleza, a los cuales no les hace falta el color para vibrar con fuerza propia y hacer sentir toda la belleza que hay en ellos. Admirable "Monte de las Pataguas", tema ya explotado por el artista, pero que no pierde con la repetición, sino que resalta sus primitivos méritos. Lo que más nos agrada es "Perales en la loma." Viéndolo se siente pasar como una ráfaga de esa brisa fresca y perfumada que estremece sus arbustos y hace inclinar sus yerbas y sus ramas.

—Dignos de especial mención son los dibujos "Tipos nacionales", de Eduardo Videla. Chillanejo como Dorlhine, entra de lleno por el camino ya recorrido por aquel. Parece que la ciudad celebrada por la bravura de sus soldados será en breve conocida por el talento de sus artistas.

—Después de aplaudir sinceramente el dibujo "Estudio", de Florentino Garcia, que obtuvo tercera medalla, pasamos a la sala de pintura.

El golpe de vista fué una nueva sorpresa: vimos color, mucho color en su conjunto total. Visitando exposiciones anteriores, nos habíamos preguntado siempre: "¿Por qué si nuestro cielo es azul y nuestro sol ardiente y luminoso, no lo vemos figurar casi nunca en los cuadros de nuestros artistas? Parece que el distintivo de ellos habría sido hasta aquí (con raras excepciones) el colorido gris y nebuloso con que una especie de neurosis sentimental había uniformado todos los



A. Valenzuela. Llanos. Panneau decorativo.



Carlos Dorthiac. Perales en la Loma (dibujo)

temperamentos. Gausa verdadero regocijo constatar que el mal ha hecho crisis. Nos pusimos a recorrer la sala.

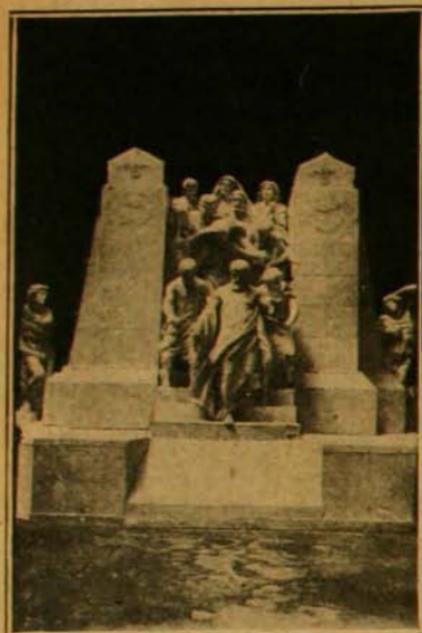
—Lo que a primera vista atrajo nuestra atención fué un cuadro que podríamos llamar luminoso: "Lucette", de Julio Fossa Calderón. Este artista, que recién regresa a la patria, nos trae en este cuadro (aceptado en el Salón de París) toda la experiencia adquirida en los grandes centros artísticos de Europa. Es un cuadro de profundo estudio: impresionista a primera vista, está laborado en conciencia, con gran penetración del sentido estético y absoluto conocimiento de los recursos pictóricos. Es una obra completa: armoniosa, fuerte y delicada a la vez; responde tanto a la sensibilidad como a la visión externa, y su conjunto pleno de gracia y de color, es una flecha de luz que rompe con nuestros viejos molés.

—Entre los maestros notamos, ante todo,

a Juan Francisco González. Ausente mucho tiempos de los Salones oficiales, nos recrea ahora con una telita bastante hermosa: "Iglesia de San Alfonso". Con delicia contemplamos esa luz de la tarde, que filtrándose suavemente en las agujas góticas del templo dan al total una gama amarillenta, armoniosa



Carlos Isamitt. Al caer la tarde



Alro Pereira. Hacia la tumba

y delicada. Muy fino de color su paisaje "Huerto viejo".

—Valenzuela Llanos se presenta una vez más con un gran paisaje, hermoso y tranquilo, como todos los suyos. Es un cuadro decorativo, lleno de esa poesía campestre y de esa serenidad majestuosa que tan bien sabe arrancar él a los atardeceres de Lo Contador.

—Uno de los artistas que más progresan es sin duda Carlos Isamitt. Su cuadro "Al caer la tarde" es una buena prueba de ello. Encontramos en él a más de las grandes cualidades de colorido, un dibujo firme y correcto. Tiene este cuadro un no sé qué de sugestivo que nos hace sentir la impresión de belleza que debió de subyugar al artista al ejecutar su obra. El asunto es: dos bueyes encidos, que arrastran un tronco, érvueltos en la luz del crepúsculo. Con verdadera maestría, con lujo de medias tintas y efectos de luz que acusan un conocimiento absoluto en los valores, nos da la sensación exacta de esa hora imprecisa y vaga en que la luz debilitada ya tintilea apenas,

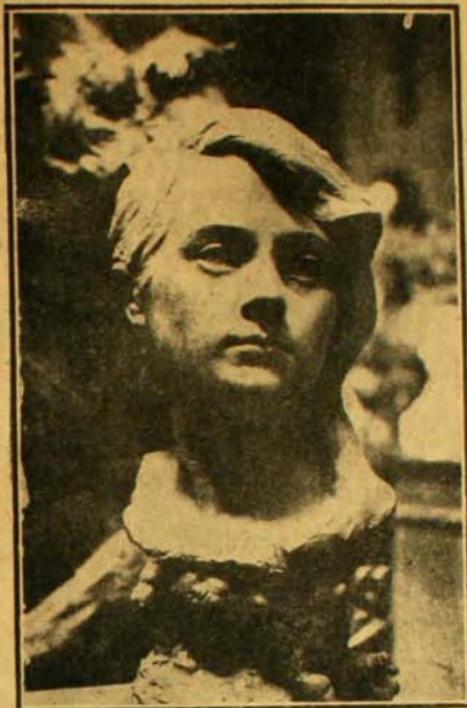
envolviendo como en bruma de oro los aeres y las cosas. Contemplando esa tela nos sentimos en pleno campo, a la hora inmaterial en que la vida pierde todas sus rudezas. Los bueyes mismos, emblemas dolorosos del trabajo forzado, no nos dan la sensación mortificante de los que vemos pasar a medio día bajo un sol ardiente, nos salvá de esa impresion la santa paz de la hora tan sabiamente pintada por el artista. Talento y profundo conocimiento de la natura, se necesita para abordar con éxito un tema tan difícil. Isamitt lo há conseguido plenamente.

—Delicioso el cuadrillo "En Santa Lucia", de Pablo Burchard. Tiene mucho ambiente, mucha perspectiva y tanta fineza de color en el fondo, como realidad y firmeza en el primer término. Se ve que Burchard pinta lo que ve, sin combinaciones ni alambicamientos. Le agradecemos la sensación de frescura que experimentamos al asomarnos a su balaustrada del "Cerro".

—Emma Formas de Dávila se presenta muy bien este año. Su envío revela gran adelanto. Esta trabajadora infatigable que ha luchado conquistando palmo a palmo sus recompensas, ha llegado por fin a la meta.



Laura Rodig. Gabriela Mistral



Simón González. Busto

Bien merecida su primera medalla. La obtuvo con el cuadro "Las gitanas". Son dos muchachas que contemplan las piedras de una sarta. El colorido es brillante y vigoroso; el dibujo firme y los trapos tratados con soltura. El tinte cobrizo de las figuras armoniza bien con el fondo, resultando un conjunto muy agradable.

—Muy acertado en su "Retrato" está Humberto Izquierdo. El efecto de luz y sombra lo ha tratado con valentía y el dibujo bien estudiado modela la figura con firmeza, dándole gran relieve. Sería de desear un poco de más blandura en los contornos.

—Brillante el conjunto de cuadros de Jorge Letelier. No es monótono su colorido, lo que acusa espontaneidad y penetración; los matices y tonalidades de sus paisajes parecen copiados estrictamente del natural, dándoles una expresión agradable y sentida

—Poco ha trabajado este Manuel Ma-

gallanes Moure; pero su manchita "Nubes bajas" revela que no ha decaído su sensibilidad artística. Es fina y justa de valores.

—Enorme el adelanto de Jorge Magde. Entre el retrato que presentó al Salón de otoño y éste, hay una distancia inmensa. Se acentúa su colorido fresco y limpio (cosa bien escasa entre nosotros). La composición es elegante y de gran finura estética. Lástima que el fondo, mal estudiado, no le haya dado todo el realce que merecía. Con gusto habríamos visto una segunda medalla en vez de la tercera, que ostenta el retrato.

—Con vigorosa y clara visión ha pintado Francisco Díaz su "Palucho en Constitución". Su pincelada gruesa y pastosa modela bien los contornos; ganaría con un poco de fineza en el fondo y más consistencia en el primer término.

—Después de largo batallar, ha obtenido por fin Oscar Saint Marie una segunda medalla. Bien merecida la tiene con su cuadro "Punta de Cachagua." Sin grandes recursos pictóricos ha conseguido dar a su cuadro un cariz austero y de profunda honradez profesional.

—Rafael Valdés, bastante bien en "Mi esposa"; no así en el retrato de Burchard



Fossin Calderón. Lucetta

y "Mi hija", que nos parecen duros y falsos de color.

—En cuanto a Jaime Torrents, a pesar del esfuerzo que revela presentando cuadros grandes y complicados, encontramos que no avanza. Sus figuras se resienten siempre de cierta rigidez, de cierta dureza de tonos que les quita movimiento y vida. Quizás sin su tendencia a la escuela española haría una obra más franca y personal.

—Patagua Vieja" de Strozzi está pintado en una gama azul muy desagradable. Sin embargo, tiene condiciones de luz y de ambiente que fueron, sin duda, los que decidieron al jurado darle la segunda medalla.

Dimos por terminada nuestra visita, aplaudiendo sinceramente a los luchadores del ideal, que en estos tiempos de prosa y servilismo no vacilan en seguir los solitarios senderos del Arte, bajo las banderas de la Belleza.



El match Carpentier-Levinsky

El cable nos ha transmitido hace poco la noticia del match Carpentier-Levinsky, en el cual triunfó el campeón francés al cuarto round, después de una hermosa lucha, que ha venido a agregar un nuevo laurel a su brillante carrera de pugilista.



Carpentier, desde el momento que entró en el ring, hizo sentir su superioridad sobre Levinsky. Al segundo round, el campeón norteamericano estaba aniquilado por los terribles golpes de su contendor y había caído dos veces al suelo. Al 4.º round Levinsky recibió el knock-out.

Si el árbitro no hubiera contado los segundos como si fueran minutos, habría sido Levinsky de-

rotado al segundo round. Este hecho es importante, porque Jack Dempsey, actual campeón del mundo, había triunfado en 1918 del mismo Battling Levinsky en tres rounds; pero es preciso declarar que no se puede hacer la comparación de los dos matches.

Dempsey no derribó a su contendor. Este, que había aceptado la revancha en seis rounds, no se había entrenado, creyendo que el combate sería leal; pero en el curso del match pudo comprobar que Dempsey trataba de batirlo lo más pronto posible y se retiró del ring. De este modo venció Jack Dempsey, aquel que fué perseguido por ocultarse durante la guerra.

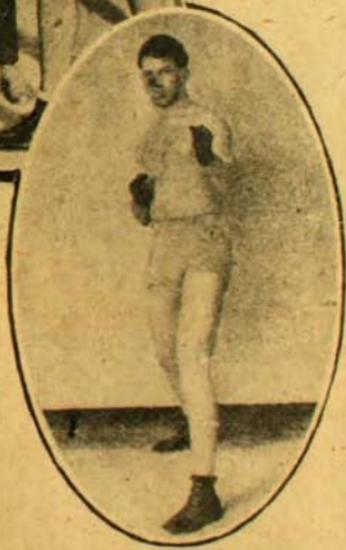
Como podemos ver, es imposible hacer una comparación entre la lucha Carpentier-Levinsky y Dempsey-Levinsky. En la primera, el campeón francés dió el knock-out a su rival, mientras que en la segunda Levinsky se retiró por su voluntad del ring.

Quando Carpentier luchó con el campeón norteamericano, estaba afectado por una fuerte bronquitis que lo había hecho perder cinco libras de peso. Pero Carpentier, protegido por su buena estrella, fué, vió y venció, y en seguida volvió a Francia a cuidarse de su dolencia.

Como es natural, la noticia del triunfo de un francés en Estados Unidos, no pudo ser acogida favorablemente.

Carpentier, con su última victoria, se ha engrandecido hasta el punto de ser actualmente el próximo contendor de Dempsey en 3 o 4 rounds. Se efectuará este encuentro entre el 15 de enero y el 4 de julio del año de 1921.

Los dos adversarios empezarán pronto una tournée de exhibiciones que les dará una buena suma de dinero, pues es sabido que los vencedores doblan su fortuna después de los combates.



1. Al comenzar el combate.—2. Levinsky vencido en el 4.º round.

Pero este hecho no debe enfatuar a los debutantes en el box, porque junto a un campeón de la talla de Carpentier, ¡cuántas nulidades se encuentran!

Recientemente el campeón de peso gallo Charles Ledoux, otro de los postulantes al título mundial, fué declarado vencido por puntos en 15 rounds por el norteamericano Sharkey. Esto no debe llamar la atención en Estados Unidos, porque para que triunfe

un extranjero es preciso que su contendor reciba el knock-out, y todavía tiene el peligro de ser descalificado.

Ledoux, si damos fe a testigos imparciales, había ganado en su encuentro.

Por ahora todos los amantes del box esperan con ansias la lucha de Carpentier con Jack Dempsey, y muchos son los que creen en la probable victoria del campeón francés.



Carpentier pesándose antes de su match con Levinsky.

Puntos de veraneo

POR EL IMPERIAL.—
PUERTO SAAVEDRA.—
ATRACTIVOS DEL PUE-
BLO.— HORIZONTES.—
EL LAGO BUDI.—EL RIO
MONCUL.— ALREDEDO-
RES INMEDIATOS DE
PUERTO SAAVEDRA.



Varios vapores que hacen el servicio de navegación en el río Imperial esperan en Carahue el tren que diariamente debe llegar de Temuco a las cinco y media de la tarde.

Los pasajeros que se dirigen a Puerto Saavedra o lugares intermedios deben embarcarse en estos vapores, uno de los cuales hace el viaje directo, sin detenerse en ninguno de los muchos atracaderos del camino, y emplea muy poco más de dos horas en recorrer la distancia que separa estos dos pueblos.

La navegación del hermoso río Imperial en las apacibles tardes de verano, tiene para las personas que aman la naturaleza, un encanto singular. La vista se viene recreando en la contemplación del variado paisaje, cuya tonalidad vigorosa va suavizándose a medida que el sol descende detrás de las colinas, hasta tomar un tinte de suave y dulce melancolía a la llegada a Puerto Saavedra, en la hora inefable del crepúsculo.

Poco después de haber salido de Carahue, y cerca de Ruca-Diuca se ve hacia la derecha un bosque todavía virgen, elevándose por el flanco de un cerro y cubriéndolo con su follaje, bosque que hasta hoy ha sido respetado por los dueños del suelo, y cuya existencia allí da una idea de lo que sería este río siglos atrás, cuando corría entre las frondosas y exuberantes selvas, de ambas riberas.

El panorama que durante la navegación se va desarrollando a la vista del viajero, ha perdido su carácter abrupto y bravo de otro tiempo, y ahora sólo produce la emo-

ción tranquila de una naturaleza fecunda y pródiga, sometida ya por completo al dominio del hombre. Es una naturaleza pujante y colorida que proporciona gratas impresiones de belleza a lo largo de la ruta.

Las casas de campo de algunos ricos propietarios, los ranchos de los labriegos, las rucas de indios araucanos, la gente que se ve pasar a pie o a caballo, las carretas que trafican por los caminos de la orilla, los ganados que pacer sossegadamente por los campos vecinos; todo esto, que puede observarse cómodamente desde abordó, comunica vida y animación al paisaje. Y en el estío, cuando las lomas y las vegas fecundas se ven cubiertas con el manto ondulante de las doradas mieses, la majestad triunfal de la tierra se agrega a su gracia y su belleza.

Después de las horas pasadas agradablemente sobre la ruta encantadora de Carahue hacia el mar, al través de una región exuberante de vegetación y vida, entre colinas de graciosos flancos con continuadas y cambiantes perspectivas, se debe llegar a Puerto Saavedra con el ánimo sereno y propicio a la indulgencia para soportar las incomodidades propias de un pueblo de escasos recursos.

El vapor directo atraea siempre al muelle más central, un muelle muy largo, que, buscando la profundidad necesaria a las embarcaciones, se ha internado más de doscientos metros en el ancho río.

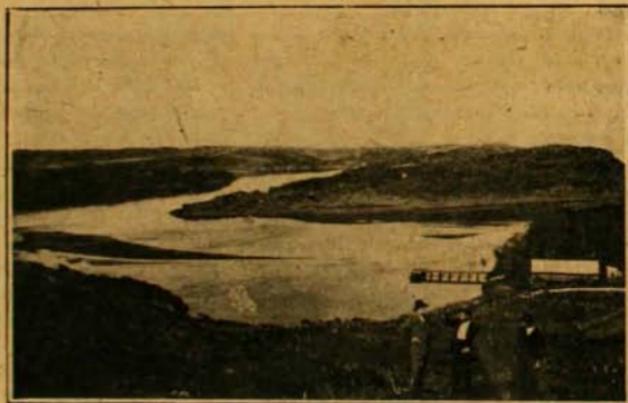
Puerto Saavedra queda situado a la orilla izquierda del río Imperial, y a más de medio kilómetro de su desembocadura en



Puerto Domínguez, situado a orillas del Budi.

el mar. Es un pueblo de unas trescientas casas, distribuidas en más de sesenta manzanas, ordenadas éstas en cuatro líneas quebradas, siguiendo la curva del río. Su población se calcula en dos mil quinientos habitantes, y es la cabecera de la extensa comuna de Bajo Imperial, que tiene una población diseminada de más de doce mil.

Las casas son todas de madera, con techos de fierro galvanizado, de cons-



Eoca Budi.



Laguna Budi.

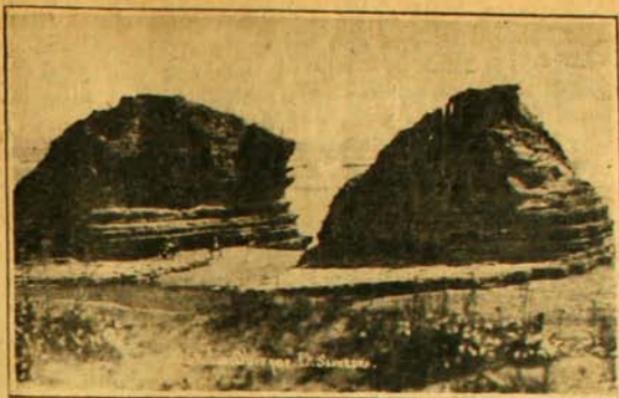
trucción sencilla y uniforme, con excepción de dos o tres que descuellan por su apariencia más vistosa. El aspecto general del pueblo es pobre, pero se presenta relativamente limpio e higiénico. Tiene un regular servicio de alumbrado eléctrico.

En los meses de enero a marzo aflué tal número de veraneantes que, para tener asegurado el alojamiento, conviene pedir piezas a los hoteles con algunos días de anticipación.

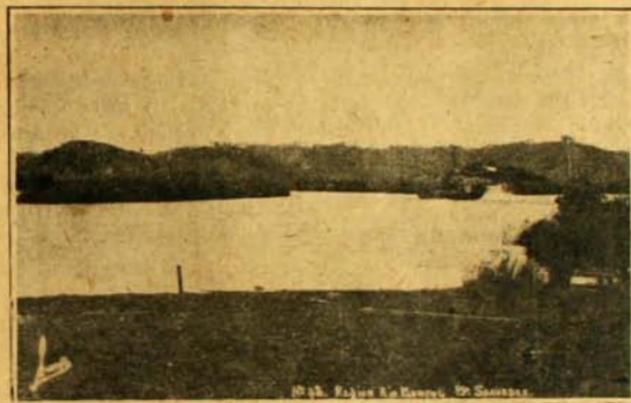
El clima de Puerto Saavedra es muy benigno y sano en todo tiempo, y las epidemias no encuentran ambiente propicio para desarrollarse en este pueblo ideal, que puede subsistir sin médico y casi sin botica. En invierno, aunque llueve mucho, el frío no es excesivo. Durante el verano se goza de una temperatura agradable, refrescada de cuando en cuando por oportunas y moderadas lluvias que evitan el polvo, tan

molesto en los días de fuerte viento, muy frecuentes en la región.

Para tomar baños de mar se va a la playa a pie o en carretas. Estas, con sus toldos, sirven de algún reparo haciendo las veces de casetas. Sin embargo, la falta de comodidades es compensada por la excelencia del baño de ola, que se puede tomar sin peligro en estas playas limpias, de fondo arenoso y uniforme de inclinación suave, sin



Costa al norte de Puerto Saavedra.



Río Moncul.

profundidades o bajos cor-
pes.

La vida en Puerto Saavedra, para las personas que llegan con la ilusión de gozar de un veraneo delicioso, resultará monótona y aburrida si no se buscan distracciones al aire libre, y si no se organizan excursiones a los alrededores. Los atractivos del pueblo no son muchos: el tranquilo y ancho río, que invita a los paseos en embarcaciones de remos; los

muelles, a donde acuden las familias a esperar la llegada de los vapores, siempre llenos de viajeros en estos días de verano; la Biblioteca Municipal, punto de reunión para las personas aficionadas a la lectura, las canchas de football y de tennis, la incipiente plaza del pueblo, y nada más.

Pero, por otra parte, Puerto Saavedra ocupa el centro de una de las regiones más ricamente dotadas de bellos panoramas



El cerro Maule en la desembocadura de El Imperial.

por la naturaleza. Basta subir al más próximo collado para gozar de un espectáculo grandioso e imponente: el mar, inmenso bajo el cielo que lo limita en el lejano horizonte; la playa, blanca de espumas hasta perderse de vista hacia el norte y hacia el sur; las dunas grises y aterciopeladas, que se extienden entre el río y el mar; los ríos Moncul e Imperial, que se juntan al pie de una colina; el pueblo, tan pintoresco, mirado desde la altura; las vegas verdeantes, divididas en cuadros de distintos matices; la cadena de suaves colinas por el lado oriente; y, por último, la lejana cordillera de Nahuelbuta que cierra el panorama hacia el norte.

No muy lejos de Puerto Saavedra, el lago Budi, poblado de cisnes, gualas y patos de variado plumaje; visitado, a veces, por flamencos y garzas reales, ofrece al turista inagotables tesoros de belleza agreste.

El bello río Moncul es remontado dos veces en la semana por los vapores que hacen la carrera hasta Trovolhue, puerto que sirve para la movilización de los productos de una extensa zona, donde aún quedan miles de hectáreas de bosque virgen. La na-

vegación del río Moncul está llena de encantos naturales y de agradables sorpresas.

El paisaje va cambiando a cada momento en las inesperadas vueltas del caprichoso río, hasta llegar a las lagunas de Trovolhue, donde el viajero que visita por primera vez estos parajes, queda bellamente desorientado, sin que pueda adivinar el rumbo que tomará la embarcación para salir del círculo cerrado que se presenta ante su vista. El vaporcito se dirige en línea recta hacia un bosque que parece impenetrable, donde está la salida, disimulada por juncas y helechos, para seguir por el angosto cauce del río que busca su camino trazando caprichosas curvas bajo los árboles de ambas orillas, árboles que a veces juntan sus ramajes en lo alto formándole un dosel de verdura.

Para las personas tranquilas, que no gustan de largas excursiones, Puerto Saavedra tiene sus alrededores inmediatos, donde no faltan hermosos y amenos sitios, con frescas vertientes, a la sombra de los árboles, para dar esparcimiento al espíritu.

A. WIDER.





DON JUAN VALDES CAZOTTE

autor de la "Ave María" que publicamos en el presente número y cuya primicia ha tenido la gentileza de ofrecer a nuestra revista.

AVE-MARIA.

Juan Valdes Carolle

Voz. *Andante Religioso* Ave-Ma-ri a Gra-ti-a ple-na Do-mi-nus

Piano u Organ

The first system of the musical score features a vocal line and piano/organ accompaniment. The vocal line begins with a fermata on a whole rest, followed by the lyrics 'Ave-Ma-ri a Gra-ti-a ple-na Do-mi-nus'. The tempo is marked 'Andante Religioso'. The piano accompaniment consists of a flowing sixteenth-note pattern in the right hand and a more rhythmic bass line in the left hand.

Et be-ne-dic-ta tu Et be-ne-dic-ta tu in mul-ti-tu-di-nis Et be-ne-

The second system continues the vocal and piano accompaniment. The vocal line has the lyrics 'Et be-ne-dic-ta tu Et be-ne-dic-ta tu in mul-tu-di-nis Et be-ne-'. The piano accompaniment maintains its characteristic sixteenth-note texture.

dic-tus Et be-ne-dic-tus fuit tu-um ven-tus Et be-ne-dic-tus fuit tu-um ven-tus tu-um Je-

mf *rit.* *dim.*

The third system continues the vocal and piano accompaniment. The vocal line has the lyrics 'dic-tus Et be-ne-dic-tus fuit tu-um ven-tus Et be-ne-dic-tus fuit tu-um ven-tus tu-um Je-'. The piano accompaniment includes dynamic markings 'mf' and 'rit.', and a 'dim.' instruction for the right hand.

Con anima *p* sus-cipe la Ma-ri-a Ma-ter De-i a-ra-pi-er-no-ri-um pec-ca-

The fourth system concludes the vocal and piano accompaniment. The vocal line has the lyrics 'sus-cipe la Ma-ri-a Ma-ter De-i a-ra-pi-er-no-ri-um pec-ca-'. The tempo is marked 'Con anima' and the dynamics include 'p' and 'f'. The piano accompaniment features a more complex rhythmic pattern in the right hand.

Ave Maria

lo - ri - bus *Nunc et in o - ra - tio - ni - bus nos - trae nam in o - ra - tio - ni - bus* *crese - ed. accel*

nos - trae mor - tis nos - trae a - men *Sancta Ma - ri - a Ma - ter Dei o - ra - pro* *ff* *p* *a tempo*

fe - ra - do *ff* *p* *a tempo*

no - bis pec - ca - to - ri - bus *Nunc et in o - ra - tio - ni - bus nos - trae i - a - ram*

a piacere *a tempo* *a tempo*

o - ra - tio - ni - bus nos - trae a - men *A - ve Ma - ri - a* *A - ve Ma*

ri - a *men*

crese - ed. accel *rall*

EL TESORO

(CUENTO DE NAVIDAD)

Por JUAN GUZMAN CRUCHAGA

Enanos viejos y barbudos vigilan el jardín en la paz de la noche.

Algunos duendes terminaron apresuradamente una rosa para que la encontrara abierta la luz azul del amanecer; otros, oprimidos los brazos diminutos contra los bordes de la fuente, sonríen enigmáticos junto a la vida oscura del agua, contemplando el reflejo de sus cabezas enormes.

De pronto un rumor metálico los inquieta y se ocultan adhiriéndose a la corteza de los árboles.

Uno de ellos explica en el silencio:

—Es la llave del Rey que abre las puertas del Tesoro.

—Es la llave del Rey, comentan los demás.

Con las manos blancas de luna suavizan la piel de los jazmines y adelgazan sus pétalos.

Dice una voz entristecida: "¡Qué penoso y vano es nuestro sacrificio! Sufrimos una vida entera para crear y embellecer una flor... y... a los hombres (tiene para decir "los hombres" el mismo tono con que nosotros decimos: "los animales"), y a los hombres les gusta llevarlas en la solapa...

—Hay "señoritas" que comen rosas...

—Es considerado elegante...

—¡Comer rosas!

Para vengarse de la idiotez humana decidieron hacer que pasara un mal rato el robusto hacendado, dueño absoluto del jar-

dín, que dormía a esas horas como un bendito, y que era para ellos la más completa síntesis de la humanidad.

Sigilosos abrieron las ventanas del cuarto en donde roncaba el miserable.

Entraron y se escurririeron debajo del ropero oloroso, de la cómoda y del peinador.

Luego hicieron crujir las tablas tan sonoramente que lograron turbar el sueño del infeliz.

—¡Cómo crujen los muebles!, pensó don Rafael. ¡Encendió la vela para tranquilizar su espíritu en la luz, y, después de mirar las ventanas y de cerciorarse de que estaban abiertas, continuó explicándose los rumores. "Es el viento frío de la madrugada que encoje la madera... ¡La encoje o la dilata?" Esta duda le produjo un sueño pro-

fundo. A don Rafael le ocurría lo mismo que a cierta golondrina de Wilde: siempre que pensaba se dormía.

Los duendes y los enanos comprendieron que peligrosaban si los sorprendía el alba azul y abandonaron el aposento.

—¡Buen susto le hemos dado!

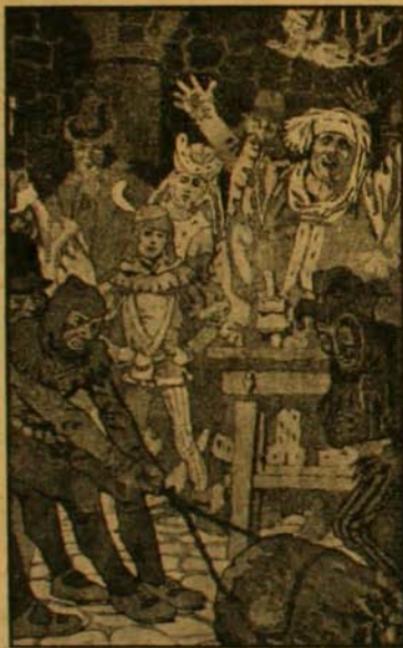
—Se lo merece.

—Mañana le pintaremos la nariz.

—Excelente idea...

—¡Maravillosa!

—Todo está muy bien, dijo una voz que no sonó armónicamente, dado el espíritu



jovial de la concurrencia, pero... sería mejor ocuparse de asuntos más serios. ¿Han notado ustedes la tristeza de nuestro Rey?

Por todos los pechos anchos y deformes pasó una ráfaga de angustia.

—Sí; la hemos notado.

—Hace ya mucho tiempo, desde el día en que sonrió por última vez.

—Mucho tiempo...

—Mucho tiempo...

—Trabaja demasiado...

—Demasiado.

Los gallos comienzan a cantar.

Los misteriosos habitantes del jardín nocturno desaparecen, unos bajo la tierra, otros se ocultan en las grietas de un árbol antiguo y los demás se lanzan de cabeza al pozo cercano.

II

A la noche siguiente salieron de sus escondites sigilosos y apesadumbrados.

El Rey vestía con elegancia su traje de seda azul. La capa airosa flotaba al viento. La Corte le seguía reverente.

Cuatro enanos robustos trasladaban fatigados una gran llave de oro.

Atravesaron el jardín y entre los matorrales del camino se perdió el cortejo.

Pero el historiador, hombre curioso, impetivamente y entrometido, como todos los del oficio, convirtiéndose, por arte de magia, en una pequeña mariposa oscura que, silenciosamente, se posó en el hombro derecho del Rey y pudo anotar y transmitir al mundo lo que en aquella noche y en las siguientes sucedió.

Con dificultad avanzaban por un sendero angosto.

Llegaron al bosque.

De pronto el monarca dió un traspie. El historiador, convertido en mariposa, estuvo a punto de resbalar.

Una piedra cubierta de musgo había ocasionado la graciosa imperfección en los armoniosos movimientos del rey.

Uno de los esclavos tocó un timbre que se ocultaba entre las hierbas.

La enorme piedra se levantó lentamente.

Los ojos de la mariposa pudieron ver entonces una bella escalinata de mármol.

Cuando estuvo abierta, formaron dos filas comitiva, cayó con lentitud la piedra cubierta de musgo.

Entraron a un patio vastísimo, rodeado de grandes columnas que sostenían albas estatuas de mirar misterioso.

Al fondo una puerta de bronce recibía los parpadeos de la luz. Hacia ella se dirigieron los esclavos que trasladaban la llave de oro.

Cuando hubo descendido el último de la por entre las cuales pasó el Rey, ceremonioso y digno.

Una inmensa montaña de rubíes decoraba el centro de la sala.

El Rey sonreía pensando en el hermoso esfuerzo de su juventud, que pudo crear un tesoro como no lo poseyó ningún monarca de la tierra.

Sonreía también con cierta malignidad.

El Príncipe enano de la comarca vecina era petulante y vanidoso.

Aquella misma noche se habían dado cita los monarcas en el palacio subterráneo, y el Rey de los Rubíes quería poner de manifiesto sus poderes y sus riquezas fabulosas.

Un silbato extraño y agudo anunció la llegada del petulante y vanidoso príncipe, que fué recibido con simpatía y cordialidad.

Cuando estuvieron en la sala del tesoro, y esperaban de sus labios una frase de admiración, escucharon sorprendidos las siguientes palabras:

—Habfanme comunicado que Su Majestad poseía una montaña de rubíes...

—¿Dónde está?

—¿Dónde está?

—Su Majestad se equivoca. Esos no son rubíes; son cristales. Pase a mi palacio y yo le enseñaré mis diamantes de nieve. Es un tesoro de verdad...

Riéndose, riéndose se alejó sin despedirse de nadie.

III

Con espíritu firme de venganza, se decidió el Rey de los Rubíes otra noche, a visitar al Príncipe de los Diamantes. Su asombro no tuvo límites cuando fué conducido a

la sala de las piedras preciosas, y en ella sólo vieron sus ojos menudos guijarros de río.

El Rey de los Rubíes meditó un momento: "¿Serán diamantes y yo no los veo? ¿Es mi molestia pasada la que me impide apreciarlos?"

—No puedo equivocarme así, dijo; éstos no son diamantes.

Riéndose, riéndose, se alejó sin despedirse de nadie.

IV

Ellos habían consagrado su vida a sus tesoros.

Por un rubí cavaba uno de los Señores del Misterio noches eternas y burgaba con sus dedos en las rocas hasta hacerse sangre; y el otro, por un diamante, descendía

al fondo de las minas oscuras y se martirizaba envenenándose con los vahos malignos que le oprimían y le agrietaban los pulmones.

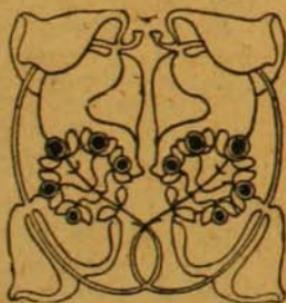
Una duda fatal los atormentaba: ¿Eran rubíes? ¿Eran diamantes? ¿Se habían sacrificado para amontonar cristales y piedras menudas?

Los monarcas sufrían la misma meditación cuando los servidores se acercaron para decirles, con la voz alarmada y las pupilas encendidas por la emoción del milagro:

—La sala del tesoro está llena de estrellas.

Fueron a ejercerse del prodigio, y, al abrir las puertas, cayó sobre los patios una oleada de luz.

Los monarcas sintieron una suave tibieza de mano clara junto al corazón.



Fray Gil González Dávila de San Nicolás

FUNDADOR DE LA ORDEN DOMINICANA EN CHILE

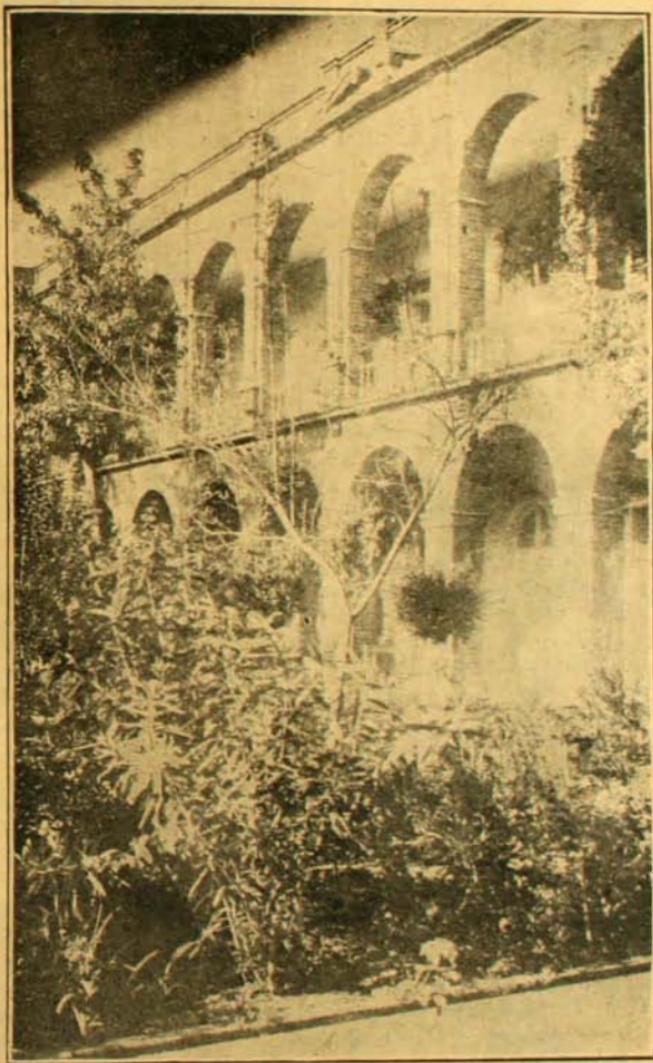
Crónica del Gobierno de don García Hurtado de Mendoza — 1557

Por A. DIAZ MEZA

Quando el virrey del Perú don Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete y Guarda Mayor de la ciudad de Cuenca, recién llegado a los Reyes de Lima, en 1556, resolvió enviar a su hijo don García, joven de veintidós años no cumplidos, por gobernador de Chile, lo hizo después de haber consultado el caso con su confesor, el franciscano fray Cristóbal de Mora, quien, atendiendo a los pocos años y experiencia del futuro mandatario, le aconsejó al virrey que pusiera al lado de don García una junta de letrados civiles y canónicos, para que lo asesoraran en los asuntos de gobierno que habría de resolver en su jurisdicción.

La rebeldía de los indios chilenos manifestada con caracteres de belicosidad inaudita en los últimos diez años, hasta el extremo de que el gobernador Valdivia, —cuya pericia militar y valentía eran famosas— había sido muerto en una batalla, la de Tucapel, junto con todos sus cincuenta y tantos compañeros, amén de las grandes derrotas que infligiera a los Villagra y a otros renombrados capitanes el caudillo Lautaro había

repercutido con asombro en la Corte española, pues en ningún punto de la América resistían los aborígenes más de los pri-



Interior del Convento de Santo Domingo

meros encuentros con sus bien armados conquistadores.

La noticia de esta guerra que habría de ser gloriosa, puesto que los enemigos eran valientes, y las expectativas que ofrecían las fabulosas riquezas del Perú, determinaron a muchos gentileshombres de la Corte a venir a las Indias, en busca de honra y provecho. Así vino al Perú, con Alderete primero y con el virrey marqués en seguida, una lucida corte de hidalgos, en florida juventud los más.

"Fallecido desta vida" a su paso por Panamá, el adelantado Alderete, nombrado gobernador de Chile por Felipe II, en reemplazo del malogrado don Pedro de Valdivia, correspondía al virrey del Perú la designación de un reemplazante, mientras Su Majestad proveía en definitiva.

El marqués, considerando atentamente, primero, la situación por que atravesaba el reino de Chile con la espantosa rebelión de los araucanos,—que habiendo destruido ya a Concepción, amenazaban a la ciudad de Santiago—y en segundo lugar, la enconada lucha intestina en que se encontraban estos españoles, con las pretensiones de los caudillos Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre al gobierno de la colonia chilena, pensó en que lo más acertado era nombrar por gobernador del reino a su propio hijo, pues, que, si bien podría tachársele su juventud, llevaba la ventaja de que, como recién llegado de la corte, era imparcial en cualquier cuestión lugareña de Chile, y además iba prestigiado de sobra con ser hijo del virrey.

Acordado, pues, el nombramiento de don García, su padre empezó activamente los preparativos de la lucida y numerosa expedición militar que le habría de acompañar a Chile.

Más de seis meses demoraron estos preparativos, sin omitir ni reparar en los gastos; se invirtió en ella "más de doscientos mil pesos de oro, de 450 maravedís", o sea casi más de la mitad de la suma que gastara Pedro de Valdivia en sustentar la conquista durante sus catorce años de gobierno.

Primero salieron por tierra unos 300 jinetes con más o menos 500 caballos, al mando

del coronel don Luis de Toledo y del capitán Pedro del Castillo, y quince días después, el 22 de febrero de 1557, se hizo a la vela en el Callao, una escuadra compuesta de ocho naves, cuatro de ellas artilladas, y cuyos nombres eran: "San Juan de los Reyes", "San Sebastián", "Todos Santos" y "La Brava".

En la primera de estas naves venía el gobernador don García Hurtado de Mendoza, su teniente general el Licenciado Hernando de Santillán, Oidor de la Real Audiencia de Lima; la Junta de Asesores, formada por el clérigo presbítero Licenciado Antonio de Vallejo, dignidad Maestre escuela de La Plata, Visitador eclesiástico de Chile, y confesor del gobernador; el franciscano Fray Juan de Gallegos, doctor en Teología de la Universidad de París, Maestro de la de Bolonia y Comisario de su Orden en Chile, y el dominico Fray Gil González Dávila de San Nicolás, nuestro protagonista, joven de treinta años, que habría de hacer un gran papel en este reino con sus avanzadas ideas y su carácter violento. Este Fray Gil es el fundador de los Dominicos en Chile.

El resto de la comitiva y tripulación, repartido en los navíos, estaba compuesto de jefes, oficiales y de unos cien hombres de tropa y escolta del gobernador, letrados, dieciséis frailes y clérigos, servidumbre alta y baja a cargo de los bagajes, etc. etc.

La despedida que el virrey tributó a su hijo, en el puerto del Callao, fué soberbia, como que el marqués tenía siempre en mira prestigiar a don García, para asegurarle éxito en su empresa. El virrey, la Audiencia, el Cabildo eclesiástico y el civil,—"ambos cabildos", como se decía en las relaciones,—amén de capitanes, coroneles, generales, nobleza, hidalguía y todo cuanto había de notable y de aduón en Lima concurrió no sólo a las playas de la bahía, sino también a bordo de la capitana, a besar la mano y "dejar los augurios" al joven gobernador.

Cuando, a media tarde, las trompetas y tambores anunciaron que las velas iban a desatarse y empezó la última corrida de abrazos, el Vicario General de los Franciscanos don Fray Antonio Lozano, despedido ya de don García, buscó por toda la cubier-

ta al dominico Gil González de San Nicolás para "darle la paz" como hermano en Jesucristo y recomendarle que marchara siempre unido con el franciscano fray Juan de Gallegos—así como lo estuvieron siempre Santo Domingo y San Francisco—en el difícil cargo de asesores que Dios y el virrey marqués le habían encomendado cerca del gobernador imberbe.

Pero Fray Gil no aparecía por ninguna parte; nadie daba cuenta de él, y el Vicario llegó a pensar que se hubiese marchado a otra de las naves. Por fin después de muchos trajines, alguien le dió la noticia de que Fray Gil estaba rezando el breviario detrás de un montón de jarcia.

—Fray Gil, díjole el Vicario; perdone su paternidad que le presente humildemente que no son momentos éstos para rezar. Ya podrá hacerlo vuestra reverencia durante la navegación, que es larga; pero ahora, vaya a cumplir con la buena crianza de despedirse de los buenos amigos que deja en Lima.

—Ya lo había pensado, reverendo padre Vicario, contestó Fray Gil y me aprestaba a ir hacia el puente.

—Ya tarda vuestra paternidad.

—Es verdad... pero dígame, padre vicario, ¿ha visto por dónde anda el licenciado Santillán...?

—Su señoría el Oidor y Teniente está por aquel lado...

—Pues vámonos por este otro lado, dijo resueltamente Fray Gil; no quiero encontrarme con él.

El padre Gil y el Licenciado Santillán tenían cuentas por arreglar desde algún tiempo atrás; y esas cuentas peruanas y profundamente limeñas, iban a originar serios disturbios en nuestro reino de Chile, que tan inocente estaba de rencillas cortesanas.

Cegado por su acendrada devoción religiosa, el marqués virrey no había dado importancia a los chismes que circulaban en Lima, alrededor de los caracterizados personajes a quienes había elegido para consejeros de su hijo el gobernador. Decíase, por ejemplo, del oidor Santillán, que, atenido a su alta investidura, era absorbente y no ad-

mitía que otra opinión predominara sobre la suya; este funcionario venía de teniente de gobernador y justicia Mayor, es decir, tenía en su mano todo el poder civil; del licenciado Vallejo afirmábase otro tanto y como venía proveído con el cargo de Visitador eclesiástico, o sea como Vicario del obispo de cuya jurisdicción dependía el reino de Chile, no toleraría contradicciones y consejos en lo referente a la administración eclesiástica; además, como confesor que era de don García, contaría en cualquier momento, con el apoyo del "brazo civil" para imponer sus decisiones; de fray Juan de Gallegos murmurábase que era un adulón de la autoridad y que debido a esta cualidad había conseguido su designación de asesor de don García, junto con el cargo de comisario de la Orden Franciscana en Chile, donde ya había dos conventos, uno en Concepción y otro en Santiago,—que es el mismo que hoy existe en la Alameda.—Este cargo de Comisario le daba a Fray Gallegos el carácter de Prelado con absoluta independencia del Ordinario Eclesiástico. Y por último, del dominico fray Gil González de San Nicolás se hablaba que no obstante su acendrada virtud, no embargante su abnegación evangélica ampliamente reconocida, así como su desinterés por todo lo terrenal—cosa no tan corriente en aquellos tiempos, aun entre los eclesiásticos—era de carácter intransigente, violento, atropellador y vengativo.

Era sabido en todo Lima un incidente ocurrido entre el Oidor Santillán y Fray Gil durante las fiestas de Santo Domingo; el incidente era de puro formulismo, insignificante, nimio, pero la intransigencia de uno y el orgullo del otro dieron al hecho tales proporciones que la noticia trascendió y hubo necesidad de gestiones y conferencias para que pudiera ser arreglado, y todavía a medias, porque ambos personajes cuando se encontraban, se saludaban entre dientes.

El día en que el marqués de Cañete propuso a Fray Gil que viniera a Chile como consejero de su hijo, el fraile se echó a los pies del virrey para darle las gracias por la merced que le concedía y la ocasión que le daba para servir a Dios y a Su Majestad en la evangelización y civilización de los in-

dios; pero cuando supo, al día siguiente, que también vendría a Chile el Oidor Santillán, y con el elevado carácter de Teniente y Justicia Mayor, el dominico se apresuró a manifestar al marqués su decisión de no pasar a Chile con tal compañero.

El interesantísimo documento que nos sirve de guía en esta "crónica", y que es una "carta de Fray Gil al Presidente y Oidores del Consejo de Indias de Sevilla"—documento que habremos de citar muchas veces—afirma perentoriamente la circunstancia que dejamos apuntada.

"Iba por teniente del Gobernador—dice la carta, el Licenciado Santillán, Oidor de Vuestra Real Audiencia que reside en esta ciudad de los Reyes de Lima, el cual estaba mal conmigo, porque quise no ir con don García porque iba él".

El virrey logró conseguir, empero, que el fraile cambiara de opinión y se resolviese a acompañar a don García; pero su actuación y sus consejos estaban destinados a fracasar, teniendo a su lado a tan poderoso y autoritario personaje como era el Oidor, a quien todos, desde don García hasta el último paje, reverenciaban y obedecían como el más alto y genuino representante de la autoridad real y de su justicia.

Desde que la escuadra salió de Callao, rumbo a Coquimbo empezó Fray Gil a desempeñar los deberes de su cargo en la forma como él los entendía.

Primeramente se apersonó a don García para manifestarle su opinión respecto de la manera cómo debía procederse a la pacificación de los indios araucanos rebeldes; estas predicaciones las hacía extensivas a la tropa y todos, "el gobernador y los soldados,—dice Fray Gil,—recebían con mucha voluntad mi doctrina y aceptaban que todo lo que les predicaba era menester."

Pero una vez en el puerto de Coquimbo y en cierta ocasión "en que estábamos juntos los tres que íbamos por letrados (asesores) comencé a entender que don García se desahabría del modo como yo lo aconsejaba en su empresa, pues yo le dije que no podía entrar inmediatamente en la tierra de los indios rebeldes, sino que primero fuese a la ciu-

dad de Santiago y desde allí pudiese en justicia a los indios de paz, y los relevase de la servidumbre en que estaban y enviase a persona capaz a tratar con los rebeldes prometiéndoles un tratamiento tal que se aficionaran a recibirnos, para lo cual me ofrecí—agrega Fray Gil—siempre que se me prometiera cumplir lo que yo asentase con los indios."

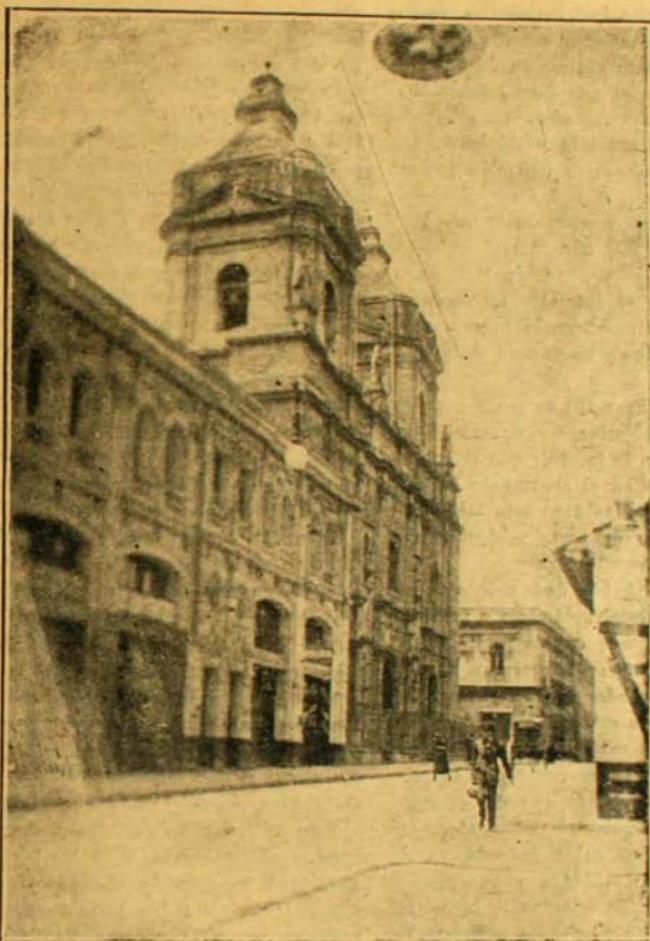
El motivo del "desabrimiento" de don García, no era otro que la opinión adversa a la propuesta del dominico que le manifestaran el Oidor Santillán y por encargo e influencia de éste, el Licenciado Valledo, su confesor, y Fray Juan Gallegos, el otro asesor. Pero como Fray Gil insistiera con aquella firmeza que le conoceremos, y como, además, la propaganda de este fraile estuviera haciendo mella en la tropa, hubo necesidad de encomendarle a Fray Gallego, que contrarrestara esa propaganda, en la única forma como era posible en esos tiempos: desde el púlpito.

Y el condescendiente franciscano, en el "primer día de Pentecostés, predicando, dijo que há tiempos se había de predicar el Evangelio con bocas de fuego, conviene a saber, con tiros y arcabuces, donde dió a entender la guerra contra los indios ser licita".

Nada de lo que proponía Fray Gil era aceptado por el gobernador ni por los otros asesores; tal vez el carácter violento del dominico, sus maneras poco atinadas y el escaso tacto con que procedía en sus insinuaciones y consejos, le rodearon de una perfecta antipatía a tal extremo que "hasta los soldados se me desvergonzaban" apunta con amargura el asesor.

Por cierto que el gobernador, contra el parecer de Fray Gil, no pasó a Santiago, y envió sus naves directamente a Concepción, desembarcando su gente en la isla de la Quiquina. Sabido es que esa ciudad había sido ubicada en las playas de la bahía de Talcahuano, y no donde está hoy.

A pesar de todos los desaires que recibía no renunció Fray Gil al cumplimiento de lo que creía su deber y estando el gobernador una tarde en su cámara, a bordo de la "San Juan de los Reyes", la capitana, presentó sele el dominico y dijo:



Aspecto exterior del antiguo Convento de Santo Domingo

—Señor Gobernador, vengo a repetir a vuestra señoría que ha hecho mal en venirse derecho a tierra de los indios rebeldes, pues sábelo bien vuestra señoría. Su Majestad y el excelentísimo señor marqués de Cañete han hecho instrucciones para semejantes entradas, por las cuales se ve que los gobernadores están obligados a hacer muchas cosas antes de dar guerra a los naturales...

—Su paternidad me perdone, pero, con el respeto que le debo, séame permitido decirle que el reverendo Fray Gallegos opina lo contrario y que a este parecer se allegan el

Licenciado Vallejo y mi teniente de gobernador el ilustre Oidor Santillán.

—Quisiera escucharlo de sus bocas, señor don García, replicó Fray Gil no por dudar de la palabra de vuestra señoría, sino porque, los libros y pragmáticas delante, me será muy fácil convencerlos del error en que están.

—Pues nada más fácil reverendo señor, contestó don García, pues que el padre Juan Gallegos está en la nave.

Y ambos frailes, en presencia del gobernador, se enredaron en la más famosa discu-

sión teológica que alguien pueda imaginarse, barajando las pragmáticas, las cédulas reales, las pandectas y la teología morales universu para llegar a la única conclusión de que Gallegos, apoyado en lo que decía Santo Tomás en el capítulo "De correctione fraterna" sostuvo que "era más provechoso para los indios sujetallos presto e darles guerra, antes de que pudiesen ellos juntarse y hacer-se fuertes, porque así morirían menos..."

Por cierto que Fray Gil, "los libros delante" le contradijo con furor: "Si pude convencerle,— dice el dominico en el documento citado,—vuestra alteza lo juzgue: acabóse la junta en voces y no se sacó della otro fruto."

La tenacidad de Fray Gil se ponía a prueba con estas contradicciones y no cejaba un punto en su empeño de impedir que el gobernador desembarcase en el continente en son de guerra. Cuarenta días duró esta lucha entre el dominico por una parte y el gobernador con su concejo por la otra.

La tropa, que ya se había dado cuenta de esa situación anormal, estaba dándose a partidos y si bien era verdad que casi la totalidad de ella deseosa como venía de guerrear, seguía la opinión del gobernador y sus letrados, había unos cuantos que estaban en la duda de si Fray Gil tenía la razón.

Don García quiso poner término a las cosas y ordenó el desembarco. Sabedor el fraile de la determinación del gobernador, esperó a que estuviera sobre la cubierta de la nave, rodeado de soldados, y encaramándose sobre un rollo de cuerdas le hizo una prédica y "aviséle que ofendía gravemente a Dios porque daba ocasión a que los indios viniesen sobre él y muriesen... y esto mismo dijo públicamente a todo el ejército, y pedí licencia para volverme a Santiago y no se me quiso dar".

Nuevamente surgió sobre otro rollo de cuerdas la figura del franciscano Gallegos para contradecir las palabras del dominico y contrarrestar los efectos que pudieran haber hecho sobre la tropa, diciendo en síntesis: "si el gobernador peca en pasar a tierra, Jesucristo pecó en hacerse hombre..."

Imagine el lector la situación que había llegado a producirse en ese grupo de con-

quistadores que pretendían pacificar la tierra.

Según parece, por la carta que nos guía y por los documentos de la época que tenemos a la vista, las actitudes de Fray Gil produjeron en ciertos momentos efectos contrarios a los que él perseguía; parece, por las palabras del franciscano Callegos que hemos transcrito, que la predicación y propaganda del testarudo dominico fueron tomadas por el lado cómico y dieron origen a burlas, pues no se explicarían de otra manera aquellas expresiones y otras como éstas, puestas en boca del mismo franciscano: dijo "que la guerra contra los indios era heita y que si él mentía, Santo Tomás mentía y que no solamente arcabuces, sino tiros que alcanzacen dieciocho leguas se habían de disparar contra los indios". Y alguien habría agregado que "era la más linda caza del mundo, tirarle a los indios con arcabuces."

Ante tal cúmulo de contrariedades Fray Gil tuvo que declararse en retirada, y pareciéndole que no se podía esperar nada más de gente que "se cebaba en el mal hacer", cierto día de fiesta en que hizo misa a la tropa predicó por última vez, "y traté de la ofensa que a Dios se había hecho y como llevaban mal camino y previne que los que siguieran en aquella jornada irían en pecado mortal y que sería, in solidum, cada uno obligado a pagar el daño que hiciese"...

Esto ya era el colmo; era predicar la subversión abiertamente, y en las barbas de la autoridad constituida. Eso tenía que terminar "y viendo don García que no podía prevalescer contra mí me dió licencia para que me viniese, lo cual yo aceté con toda voluntad".

Pero faltaba todavía la última escena de este drama cuyo protagonista era evidentemente un apóstol, un imitador de Las Casas y un precursor del jesuita Luis de Valdivia, un incomprendido, en fin, que por sus novísimas teorías era víctima de persecuciones, de burlas y vejámenes. Sus defectos, notables aún a la distancia de quinientos años, su ninguna ductilidad, su carácter empecinado en vez de enérgico, no disminuyen la actitud de sus sentimientos humanitarios, ni la grandeza de su apostolado.

A tiempo de partir de la Concepción a Santiago, a mediados de octubre de 1557, Fray Gil de San Nicolás tuvo que sufrir una última contrariedad, la más grave tal vez entre las que recibiera, o por lo menos la que más honda herida hizo en su alma de defensor de los indios.

Al despedirse del gobernador y de sus consejeros, el padre Gallegos tuvo la avilantez y el mal gusto de decir, ante la concurrencia de letrados, frailes y tropa reunidos, con el propósito sin duda de hacer un chiste, que tan lícita consideraba la guerra contra los araucanos, "que si no hubiese soldados él haría la guerra con frailes franciscos..."

Fray Gil rechazó la burla, que era cruel, en esos momentos, y amplazó a su contradictor a que firmara su parecer, así como él firmaría el suyo. Por cierto que no hubo caso y que la cuestión "concluyó en voces" con el aditamento de que "el Licenciado Santillán, —teniente de don García— me afrentó con palabras bien descomedidas ante el gobernador y ante los soldados, y con favor suyo se me desvergonzaron algunos".

Partió Fray Gil a Santiago en compañía de sus hermanos en religión, los dominicos Fray Luis y Fray Diego de Chávez y Fray Gabriel de la Cerda, abandonando por el momento a los orgullosos conquistadores que salieron por fin de Concepción, en son de guerra y ya completamente libres de censuras, al "allanamiento" de la heroica y nunca domada tierra de Arauco.



El propósito de Fray Gil era volverse al Perú junto con sus frailes; pero don García y sus consejeros abrigaban fundados temores de que el dominico, tesonero y vengativo como era, no se quedara tranquilo en Lima e iniciara acusaciones contra todos ellos y en especial contra Santillán, que era el letrado más directamente responsable de las ocurrencias de Concepción.

Se debe tener presente para comprender los temores de don García y de Santillán, que sus nombramientos de gobernador y de teniente habían dado lugar a generales censuras en Lima, porque fueron hechos autoritariamente por el marqués virrey, sin consul-

ta de la Real Audiencia y aun contra su parecer, según decían algunos. Precisamente, uno de los cargos graves que se le hicieron al marqués y a don García, en el juicio de residencia a que fueron sometidos al ser relevados de sus cargos por el Rey, fué el de "que vino a este Reino de Chile con título de gobernador, sin provisión de S. M. ni de sus oidores, e que solamente vino proveído por el marqués de Cañete su padre, contra lo que Su Majestad tiene mandado..."

Y respecto de Santillán, "se le hace cargo a don García que con el mucho poderío que trujo, mediante ser hijo del dicho marqués su padre, visorrey del Perú, hizo que viniese con él, sin acuerdo de los señores Presidente e Oidores de la Real Audiencia de Lima, el licenciado Santillán, oidor de la dicha Audiencia..."

Según se ve, la situación de estos mandatarios no era tan firme como para despreciar los ataques furibundos que habría de emprender el ofendido fraile ante la Audiencia, ante el propio virrey, ante las autoridades eclesiásticas y aun ante la Corona, según se comprueba con el documento que estamos comentando.

—¡Habéis pensado, Santillán, díjole cierto día el gobernador, en lo que puede hacer contra vos ese Fray Gil en Lima?

—Sí que lo he pensado, respondió Santillán, y a fe que me preocupa tanto por lo que puede decir y hacer en mi perjuicio como en el de vuestra señoría, señor gobernador.

—¿Creéis que se atreverá contra mí, es decir contra el mismo virrey mi padre?

—¡Ese fraile se atreve a todo, y ya lo hemos visto de sobra!, contestó el Licenciado.

—¡Y qué remedio, señor Teniente? insistió, a pesar de su orgullo, don García, después de unos momentos de duda. Aquí de vuestro consejo...

—Pues, que lo sujetemos en Santiago...

—¿Sujetarle? mal me parece poner mano sobre su sagrada persona, siendo, como es, prelado.

—No os digo tal, señor gobernador; le podemos sujetar sin recurrir al brazo civil... ¡No os parece que haríamos bien en fundarle un convento?

—Santillán, ¡sois un gran consejero! Escribid a mi lugarteniente en Santiago y ordenadle que proceda a ello inmediatamente, a medida del desseo de Fray Gil y que libre sobre los tesoreros reales lo que sea menester.

Y así se hizo.

Un mes más tarde, diciembre de 1557, el lugarteniente del gobernador don García Hurtado de Mendoza, en la ciudad de Santiago y sus términos, Comendador Pedro de Mesa del Hábito de San Juan, adquirió, por compra al conquistador Santiago de Azócar, un solar de un cuarto de cuadra ubicado en la manzana en que hoy está el convento de Santo Domingo.

El solar adquirido fué el que corresponde

a las calles del Puente esquina con Las Rosas y dos días después era cedido "por escritura" y entregado al muy reverendo Fray Gil González Dávila de San Nicolás, para que fundara, como lo hizo, el convento del Señor Santo Domingo de Guzmán.

Más le valiera al Licenciado Santillán y a don García, que el inflexible dominico se hubiera ido al Perú o a cualquiera otra parte; porque su permanencia en Santiago fué causa de muchas y mayores perturbaciones para el gobierno, como lo verán nuestros amables lectores en otra edición de "Pacífico Magazine".



CONFIDENCIAS DE ARTISTAS

(Con este título publicó la conocida escritora **Colombine**, hace algún tiempo, una serie de entrevistas con las mejores actrices españolas. De ellas hemos extractado nosotros, aquellos diálogos breves y variados en que cada cual de las interrogadas exponía francamente el género teatral, el autor o la obra predilectos.)

Con **María Guerrero**:

—¿Y qué papeles le gustan a usted más?
¡Los de reina!

—No sé, no puedo, no quiero contestar. Este que estoy haciendo. Siempre el último.



Rafaela Abadía



La eminente actriz Margarita Xirgú en "Don Juan Tenorio".

—En vez de pelearnos, añado yo, déme usted el retrato que más le gusta.

—Eso sí, y dedicado, y como usted lo quiera. Mis favoritos son los de doña María la Brava y Santa Teresa.

Con **Rosario Pino**:

—¿Qué género le gusta a usted más?

—La alta comedia.

—¿Qué obras prefiere?

—Las que más hago. Nuestros autores modernos y la comedia francesa, como "Divorcémonos."

Con **Catalina Bárcenas**:

—¿Y qué papeles la apasionan más?

—Tengo la pretensión de ser una actriz realista, y mi ideal sería llegar a la naturalidad absoluta. Los papeles que hago con más gusto son los que se ajustan a la verdad.



Margarita Xirgú en "La Razón de la Locura".

—¿Le gustan más los cómicos o los trágicos?

—Me da lo mismo que sean cómicos o trágicos, y prefiero los que tienen muchos y diversos matices; sólo hago a regañadientes los papeles de ingenua sentimental, quizá porque he abusado mucho de ellos. De los dramáticos, los que más he sentido son el de "La losa de los sueños" y el de "Con flores a María", una obra napolitana preciosa. En ambos personajes hay de por medio un dolor de madre.

—¿Y de caracteres cómicos?

—"Puebla de las Mujeres" y "Madame Pepita"... Los autores que más admiro y que mejor comprendo son los de mi tiempo; y creo que al público le ocurre lo mismo. En general, prefiero interpretar las obras modernas. Sin embargo, mi ideal sería tener el talento suficiente para llegar a hacer "Hamlet."

Con Margarita Xirgú:

—¿Y cuál es su ideal en el arte?

—Llegar a la naturalidad más absoluta. Abomino de los efectos teatrales y de los latiguillos. Yo hago siempre un trabajo honrado, sin pensar en el público, sin cuidarme de arrancar el aplauso. Es muy difícil la naturalidad en sentimientos que realmente no son nuestros, de modo que, para obtener el colmo de la realidad, es preciso llegar al colmo de la ficción, a la ficción de la naturalidad.

Con Mercedes Pérez de Vargas:

—Casi todos los dramas que he hecho me han conmovido profundamente — dice la Pérez de Vargas. — Siento más el drama que la comedia. Creo que el papel más sentido ha sido en "Dora", de Sardou. Los reyes don Alfonso y doña Victoria me hicieron el honor de llamarme a su palco para felicitarme... Sus Majestades habían visto esta obra en Inglaterra, y no encontraron inferior mi trabajo. Lo cómico lo siento menos intensamente. De comedias, prefiero "Lo Cursi."

Con Adela Carbone:

—¿Cuál sería la obra ideal de usted?

—Existe ya: "La Figlia di Jorio". Es



María F. Ladrón de Guevara.



Mercedes Pérez de Vargas.

de una poesía suprema y de un sentido dramático insuperable. Yo soy una enamorada espiritual de D'Annunzio.

Con Loreto Prado:

—¿Y qué papeles le gustan a usted más?

—Los más sencillos, los que más se acercan a la realidad; me da lo mismo que sean de mujer o de hombre. Los únicos que no puedo sufrir son los que tienen algo de coquetería o de sicalipsis; no estoy a gusto en

ellos, me avergüenzan... Tampoco puedo resistir esos papeles en que me tienen que llamar en escena bonita... preciosa... Me sacan de tino. A veces, cuando el autor lo pone, lo borro yo... Mi obra ideal sería aquella que mejor encarnara un tipo elástico español. Una encarnación del alma de nuestro pueblo.

Con Rafaela Abadía:

—No me gusta especializar en ningún género. Prefiero hacer papeles diversos, contradictorios. Eso da más flexibilidad a una actriz.

Con Conchita Ruiz:

—¿Qué papeles le gustan más?

—Los de víctima. Esas figuras a las que todo el mundo hace sufrir y padecer; por lo demás, me son igualmente fáciles los de ingenua sentimental que los de chulilla. Y como obra ideal, deseo una llena de pasión, de matices múltiples, variados, una obra

grande. No quisiera morirme sin tener ese placer supremo...

Con Carmen Cobaña:

—Yo quisiera una obra épica, capaz de presentar el conflicto que aflige a la humanidad y de resolverlo en una fórmula de paz y amor... Quisiera representar el papel de una heroína que se sacrificase por la humanidad. Un sacrificio fecundo...

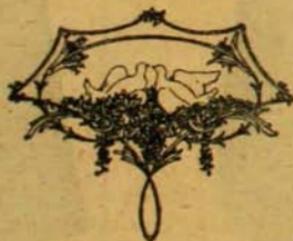
Con María Palou:

—¿Qué obra ideal querría usted representar?

—Una tragedia moderna, muy realista y muy humana, en la que hubiera mucha pasión, amor, celos... Una mujer muy mujer, como yo, necesita pasar alguna vez un gran delirio así.

Con Nieves Suárez:

—Yo prefiero la alta comedia, y dentro de ella los papeles más cómicos. Son los que hago mejor.





Matías Erzberger, ex-Secretario de Estado, Vice-Canciller alemán.



Herr Noske, ex-Ministro de Estado, alemán.

IMPRESIONES DE ALEMANIA

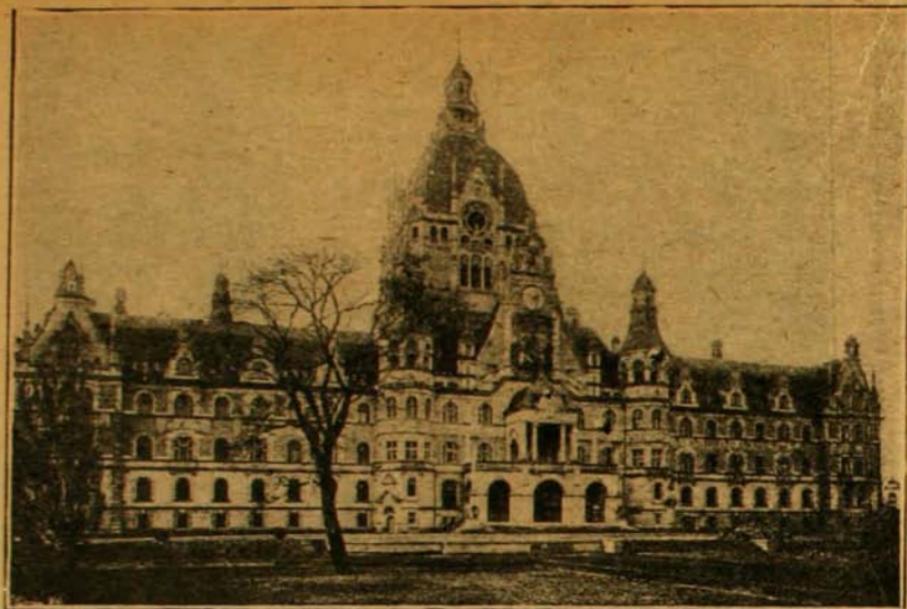
Por CLAUDE REVAL

Todas las naciones podían contemplar con envidia a Alemania el año 1913. En ese entonces era grande y poderosa y ella se daba cabal cuenta de tal superioridad.

El principal factor generador de su poder y grandeza, era indudablemente la gran organización de su Ejército; el poder de su Marina, el número de sus habitantes; pero era su pueblo, sobre todo, el que más influía en su prosperidad económica y en la elección de sus dirigentes en el Gobierno. Sin embargo, las cualidades exteriores le faltaban: su política y distinción parecían como tomadas, plagadas o remendadas; pero su manera de obrar era sabia y perseverante; "Grundlinch" siempre gustaba ir al fondo de las cosas. Parecía, a no dudarlo, poseer una disciplina moral rigurosa, en atención a que sus reglamentos, órdenes y prescripciones eran

verdaderos artículos de fe. Se sentía en cada individuo, así como en la autoridad del Gobierno y la obra del pueblo, la voluntad firme y tenaz de vencer a la naturaleza misma.

Alemania gozaba de gran prosperidad, económicamente hablando. Sus finanzas muy bien ordenadas, los impuestos no pesaban sobre cada uno más que para estimular su actividad. La agricultura, debido a los adelantos modernos, hacía rendir a sus ingratas y extenuadas tierras, buenas cosechas, que enriquecían al país y evitaban el alza de los consumos. Los industriales perfeccionaban sin cesar sus máquinas, encontrándose al corriente de cuanto innovación había, y tratando de satisfacer hasta los menores deseos de sus clientes; amenazaban con llegar a ser los acaparadores del mercado mundial.



Casa Ayuntamiento en Hannover.

El Gobierno, firme y sólido, apoyado por una burocracia concienzuda, gobernaba a plena satisfacción de todos. Sus paulatinas reformas sociales contentaban a los obreros. Cuando algún partido político lo incomodaba, un simple cartel podía hacerle perder toda su influencia. El pueblo lo ayudaba y lo defendía. Guillermo II era un monarca sumamente popular, porque encarnaba la más viva personificación "de la unión, la riqueza y la fuerza de Alemania". Todo se ha derrumbado como un castillo de naipes; nada de esto impera hoy día en aquel país. La guerra ha pesado más que en los otros países sobre el pueblo alemán, no tan sólo por las grandes privaciones y sufrimientos, sino también por los impuestos excesivos exigidos por el Tratado de Versalles.

El pueblo alemán no ha tenido otra idea, otro pensamiento, otro anhelo que la grandeza de su país; pero esto no ha llegado a ser hoy día sino una realidad pasada, un ideal por consumarse; y ha sido en nombre de este ideal por lo que Alemania ha luchado con denuedo durante los cuatro años de guerra, y todos sus esfuer-

zos no han tenido otro resultado que una extenuación lamentable, una humillación sin nombre. Ella tiene la conciencia de haber combatido con gran heroísmo, no escatimando los más grandes sacrificios, y no se conforma ahora con la derrota, la revolución interna y las exigencias de los aliados, que han concluido por sumirla en la mayor indigencia. Ha desaparecido la actividad y el gusto por el trabajo; en las ciudades en que todo era orden y limpieza, reina ahora la despreocupación y el abandono. Berlín está sucio. Las basuras y desperdicios se acumulan en las calles y plazas; toda moral y honestidad han desaparecido; los robos abundan, la severa disciplina que era su orgullo no es ahora más que una vana palabra: basta que el Gobierno dé una orden para que no se cumpla, que tome cualquiera decisión para que se la critique. Si en la calle la gente guarda compostura y respeto es únicamente por temor a la policía; el uniforme militar, tan sagrado antes, es hoy objeto de escarnio y burla. Los paisanos se niegan a observar las leyes y obedecer a las requisiciones.

La amenaza actualmente un peligro aún

mayor, el maximalismo, el que, según las palabras de Lloyd George, es hoy por hoy el mayor y más encarnizado enemigo de la civilización. Por otra parte, el general Ludendorff arguye que a pesar de que él repueba el maximalismo por encontrarlo utópico y desprovisto de sentido común, por ser estas teorías engendradas por la desesperación, no sería raro que en Alemania, a causa de su gran depresión moral, llegaran a imperar estas funestas doctrinas.

Debido a la incertidumbre del futuro, el alemán está embebido en la negativa y bamboleante seguridad del presente; acicateado por el terror, que le augura un mañana siniestro, no tiene otro deseo que el de divertirse: de banquete en banquete, de fiesta en fiesta, de baile en baile, en las mesas de juego, en los cabaret, se le ve compartir su tiempo, como quien busca en los placeres y libaciones, el medio de hacer olvidar momentáneamente los tormentos y sinsabores que ve venir. Obras teatrales cualesquiera, de autores desconocidos,

desprovistos casi siempre de mentalidad, ingenuas algunas, otras brutales y realistas hasta el escándalo, han logrado tener gran popularidad y aceptación, lo que viene a denotar la necesidad que sienten de sacudir el entorpecimiento y la modorra de una mentalidad enfermiza.

A todo el que visite la Alemania se le representará el espectáculo de un pueblo completamente decepcionado; la guerra y la derrota lo han llevado a una debilidad e inestabilidad nerviosas deplorables, presentándonos el espectáculo de la depravación y corrupción refinada. El Aguila alemana ha llegado a parecerse a esos pichones que privados de sus cerebros revolotean estúpidamente por todos lados, sin rumbo y sin vida.

Lo que retarda la rehabilitación moral del pueblo alemán es la difícil situación económica de Alemania. Todos los elementos parecen imitarse complotándose en contra de ella: La situación financiera, el costo de la vida, la inacción de la agricultura y la multiplicación de los impuestos



Edificios del Parlamento y Monumento de Bismarck, Berlín.

vienen a aumentar aún más el pavor y el descorazonamiento. La Alemania no puede comerciar con el extranjero, a causa de que carece de crédito. Los Estados vecinos, Dinamarca, Suecia, Suiza, se encargan de despojarla de los productos de primera necesidad indispensables a su existencia. La escasez de víveres es realmente inquietante. Es preciso haber frecuentado la mesa de las personas acaudaladas, para darse cuenta de la escasez y deficiencia alimenticia en que viven. Los mejores y exquisitos guisantes se componen de rarísimas combinaciones con mezclas singulares y extravagantes, que no se sabría cómo denominar; comúnmente, las rebanadas de pan con manteca, carnes sin sal y dulces, constituyen guisos de lujo y para ciertos días de la semana. Y se necesita haber visitado los hogares de los pequeños funcionarios y empleados subalternos para darse cuenta de la miseria en que viven y que tratan de ocultar con ardid. Antes, una familia comía desahogadamente con 70 a 80 marcos semanales. Hoy día no lo hace ni con doscientos. Como consecuencia lógica de este orden de cosas, el estado sanitario es desastroso. El año pasado se contaban alrededor de 80.000 defunciones por tuberculosis; en el presente año pasarán de 100.000. La industria también languidece; para surgir y reconstituirse le es preciso carbón, materias primas, capitales y obreros. Por falta de carbón muchas fábricas han cerrado sus puertas.

Por el Tratado de Paz ha perdido íntegramente los fosfatos de la alta Alsacia, que serán utilizados por los aliados. Además, la importación de materias primas dependerá en lo sucesivo de la buena voluntad de éstos, que llena de incertidumbre al pueblo y a los industriales; y lo que es más grave todavía, es que debido a la gran baja depreciativa del marco, resultaría sumamente onerosa su compra en esa moneda. La única esperanza es el volver sus miradas hacia la América para una eficiente ayuda financiera, efectiva, en las actuales circunstancias.

Pero la mayor preocupación de los industriales es que todos sus escasos beneficios tendrán que ser empleados para pagar los enormes e inflados salarios a los obre-

ros, que a pesar de todo, tendrán apenas, dados los altos precios, para no morir de hambre; y como consecuencia, los patronos no podrán ni mejorar sus maquinarias, ni atender debidamente sus vencimientos. Los estadistas recelan, y con mucha razón, de que como resultado de esta anómala situación, venga necesariamente para Alemania una despoblación sensible. De los que emigren, muchos se dirigirán a Holanda, donde encuentran más facilidades para el trabajo, mayores jornales y vida menos cara. Allí se les paga por término medio tres florines por día, equivalentes a sesenta marcos. Muchos otros se dirigirán a Estados Unidos y a la América del Sur, en especial a la República Argentina.

Este estado anormal es el que engendra en Alemania los grandes movimientos obreros y las huelgas, impulsadas más que todo por la vida cara; los trabajadores reclaman siempre aumento de salario, que, por lo general, se les acuerda. En Baviera los jornales han sido doblados, en Prusia también se les han hecho concesiones apreciables. Pero jamás llegan a saciarse, nunca se muestran satisfechos y siempre están prontos a prestar oído a los discursos subversivos de los leaders de los partidos, quienes están interesados en hacer de las huelgas verdaderas armas políticas que vengan a satisfacer sus anhelos y ambiciones.

Para hacer frente a estas dificultades y trastornos que se preparan, para reanimar las decaídas energías, en una palabra, para hacer revivir a Alemania, se impone hoy más que nunca un Gobierno sin debilidades, de buen sentido, prudente y capaz de asegurarle un futuro y seguro bienestar. Esta sería la tabla de salvación de Alemania, pues exceptos Erzberger y Molke, los actuales Gobiernos han sido formados por hombres que no poseen ni la capacidad administrativa, ni la práctica en los negocios, ni la seguridad de principios indispensables para dirigir una nación que atraviesa por tan difícil período; no son sino figurones salidos de la casualidad, personajes irresponsables que para la más elemental medida, para la menor observación, para dar un consejo, se encuentran cobijados; con razón sus subordinados los com-

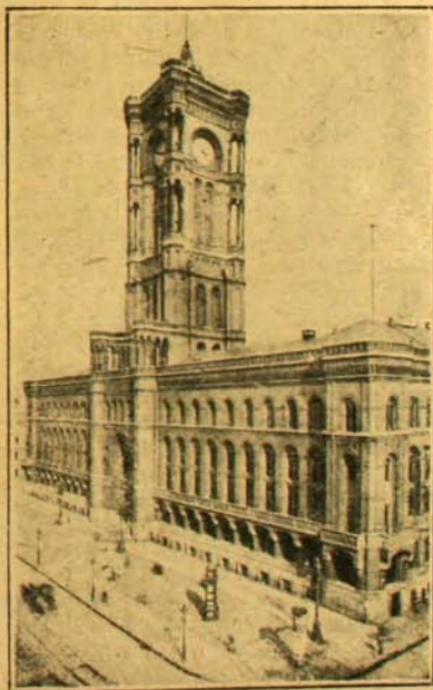
paran con mofa a los jefes rojos y autoridades de antaño.

Las zozobras son generales en los hombres sensatos; dejando a un lado los que son optimistas por posición y naturaleza, para los demás la angustia es grande; las privaciones, las dificultades económicas, el paulatino aumento en el costo de la vida, la escasez cada día mayor en los artículos alimenticios, las bruscas modificaciones originadas por el estado político, los característicos debates de la vida parlamentaria que ya van a comenzar, tendrán que ocasionar el caos y la anarquía entre el pueblo, que si está tranquilo, es porque espere de un abatimiento inconsciente.

En suma: esta guerra de barbarie ha repercutido en Alemania, influyendo directamente en su debilitamiento comercial y productivo; las mismas necesidades que afligen a la Europa entera, en mayor escala aún se dejan sentir en Alemania: falta de obreros, de materias primas, de carbón, reducción de las horas de trabajo, disminución de la producción. La situación del

mundo no mejorará si no nos persuadimos de que todos tenemos la apremiante necesidad de colaborar en la reivindicación y restregimiento de la industria alemana. Si tardamos mucho en hacerlo, otros lo harán; no esperemos a que sea demasiado tarde.

El que todos los países deseen ardientemente ayudarla a salir de su desastroso estado económico, deteniéndola así de caer en lo profundo del abismo en que se desliza, traerá como consecuencia su cumplimiento del Tratado de Paz, afianzando para el futuro la paz de la Europa. Ayudarla a levantarse es como si colaboráramos a la gloria y prosperidad de nosotros mismos; no interpongamos una barrera eterna y frágil entre los demás Estados y Alemania, sino por el contrario, que no haya fronteras para el libre comercio de intercambio de mercaderías. De estos nobles propósitos va a depender la pronta vuelta a la normalidad, prosperidad y engrandecimiento, única base real de solaridad y concordia entre las naciones de la tierra.



El Ayuntamiento. Berlín.



NOTILLAS DE UN ERUDITO

Por GUILLERMO FELIU Y CRUZ

En 1872—hace de esto casi un medio siglo—publicó José Zapiola sus **Recuerdos de Cincuenta Años**. El libro tuvo varias ediciones: la primera en 1872, la segunda en 1874, la tercera en 1878, la cuarta en 1881 y por último, la quinta, hecha por el buen editor Miranda, guardador de un mundo de recuerdos literarios, en 1902. Ningún libro tuvo en su tiempo un éxito de librería semejante; hoy, en el mundo profano, ya nadie se acuerda de él ni de su autor. Sin embargo, ese libro agrega algo, un valor, en la literatura chilena.

Zapiola era un peregrino del talento. Fué un hombre pobre, sin otro antecedente que la honorabilidad de sus progenitores, sin nada que pudiera facilitarle el paso por el puente de la vida. Había nacido en los albores del siglo XIX, en 1802, y vino a morir casi en las postrimerías de él, en 1885. Fué hombre de su siglo. En tan largo curso de existencia vió mucho, luchó más; probó miserias, sintió el dolor punzante del desprecio y la carejada feroz de la ironía. Siempre el burgués, el rico ensimismado... Las tragedias de la pobreza y los dramas amargos en un hombre como él, que tenía talento y ambicionaba ser algo, dejaron su frente sureada de arrugas, sus ojos medio velados e imprimieron a su barba un contorno duro, audaz, decidor, impertinente. El cotidiano vivir de su primera juventud le atormentó crudamente; estudió y muy pronto olvidó las teorías de las aulas; trabajó y no se avino con sus patrones. Con todos rompió;

tenía demasiada altivez, un selvático orgullo. Era un muchacho engrdeído que creía en el poder de las quimeras. Pero todo eso era porque Zapiola tenía el alma puesta en el arte; era artista. Su oído estaba poderosamente dotado para el manejo de las cuerdas. Una cosa le faltaba: dinero. ¡Oh el dinero, el sufrimiento de Zapiola! Un día, cuando la pobreza rebosaba en su cuarto, cuando la miseria descubría toda su desnudez, cuando tenía hambre y sus maos delicadas parecieron blancas, finas, menudas como las de un marqués oriental, en los momentos en que sentía irse sus ilusiones de grandeza en una melancólica ensoñación, tomó la herencia de su madre. Era un mate de plata, un matecito viejo que guardaba la historia de un poema, de un querer muy intenso.

En las noches lluviosas del gris invierno en una casita de pobres, con cuartos estrechos, en una buhardilla que tenía enladrillado el suelo y las vigas descubiertas y las paredes blanqueadas, arrullados por un ideal de amor, su madre con su progevitó—un varón adusto y severo—habían bebido juntitos, a la orilla del brasero, el agua azucarada y perfumada de yerba, que contenía el mate familiar. Su madre al morir se lo había legado; Zapiola lo cuidaba como un recuerdo sagrado de aquella buena mujer. Pero eran más fuertes sus pasiones artísticas. Empeñó el objeto y le dieron por él unos cuantos escasos pesos. ¿Qué hizo con el dinero? Compró un clarinete, y un clarinete viejo que guar-

daba también una tragedia de dolor. Su dueño había sido un tísico, un tísico artista. ¡Qué más! Estudió solo, de oído; perteneció a las bandas de músicos de Santiago, y sus maestros, cuando descubrieron sus aficiones y la exquisitez de su pasión, le enseñaron gratuitamente. Luego fué maestro de maestros. Viajó por Buenos Aires en 1825; tocó en los teatros; vivió, se divirtió y volvió pobre, muy pobre, pero con la esperanza de ser algo. Aquí, por haber viajado le miraron ahora con respeto... No cedió en su empeño y siguió estudiando y trabajando; fué a la Catedral, fué director de música de la Metropolitana, escribió piezas, compuso bailes, le dieron la dirección del Conservatorio y fundó una revista. Un día le declararon el padre del arte musical chileno, y su aspiración quedó cumplida.

Zapiola tuvo en la vejez un alma apacible. En la juventud fué un muchacho ardoroso, con pasiones anárquicas, tempestuosas. Fué un espíritu rebelde, emancipado. El tiempo le serenó. Pero nunca dejó su individualismo, ese su modo de ser esquivo, medio huraño, indomable. Su rica individualidad fué el gran hado de su suerte; rindió por ella a sus enemigos y se sobrepuso a su ambiente privado de finos dones aristocráticos. En los días de la adolescencia fué **pipiolo**; en su juventud, revolucionario, igualitario. Perteneció a la Sociedad de la Igualdad. Después fué municipal y terminó siendo venerado por aristócratas y plebeyos y querido por la juventud comunista...

Empero, este bohemio romántico, envuelto en la capa de su drama, conocía, sin embargo, las esplendideces del vivir. Era un simpático vividor. Había amado. Tuvo mujeres a quienes cortejó con la firmeza de un gran señor, a quienes deleitó con la historia de su vida, a quienes entretuvo con las armoniosas cuerdas de sus instrumentos y a quienes sedujo, por fin con el fuego de su temperamento. Bebió con hartura los placeres, y al cruzar los antros del ameno vivir, ni laceró su cuerpo ni apagó la frescura de su corazón. En esa atmósfera oscura, en ese complicado surgidero de emociones, en esa carrera áspera, se desarrolló su inteligencia. Zapiola era un

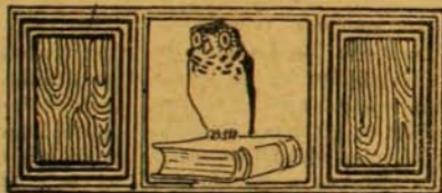
delicado observador, un delicioso marcadore de estados de alma. Su temperamento tuvo la flexibilidad de un estilete de acero toledano; sabía cambiar de clima conforme al torbellino de las circunstancias. Fácil, amable, cariñoso a veces, era hoso, huraño, maldiciente en otras ocasiones; los hombres y las cosas adquieren a su vista su justo valor, su exacta medida. Supo sentir la percepción neta, sin engañosas perspectivas. Así, esa alma curiosa, bohemía, atormentada, con brillos propios, impregnada de suaves matices, dejó en sus **Recuerdos**, una parte del corazón que tenía desparramado en todo el mundo. Pero le faltó educación literaria para transponer en las páginas de sus memorias, la clara visión de lo que vió, de lo que sintió y comprendió. Medioere fué su cultura; y, sin embargo, su sinceridad fué más fuerte que la educación y la cultura. Dotó a la literatura chilena de un libro amable; y superior al suyo fué el de Vicente Pérez Rosales. ¿Qué valor tiene su obra en último término? Un valor de dulce simpatía, de encantadora llaneza; un valor que no se pierde. Tiene el mérito de evocar con sencillez épocas pasadas y de retratar hombres que fueron. Treinta años: 1810-1840; todo un período de dramas; a través de sus páginas desfila García Carrasco ennoblecido y a quien, empero, los historiadores le han dado un color opaco y siniestro. La crónica menuda caracterizante de una edad, viva y fresca; la policía, los cafés, las fondas y chinganas, donde Zapiola acaso en un frenesí, con la espumante copa en la mano, besara más de una vez una moza criolla de ojazos centellantes y cutis marfileño; donde apretara una carne tibia, sonrosada, compacta y humedecida. El cuadro costumbrista de una época precaria es, sin duda, la facultad de este hombre que vivió en lo bajo para ascender a lo alto.

En el decaeso, al declinar la vida a los setenta y cinco años, escribió Zapiola su libro. Me lo imagino entonces. Con una memoria prodigiosa, con el pulso tiritando, encorvado, enjuto, trazando sobre el papel caprichosos caracteres. En una pieza encerrado, arrebujado en su silla, mientras el pleno sol baña la estancia dibujando co-

lores indecisos sobre los muebles y dando al aire, herido por la luz, un azul litúrgico de tristeza mística; afuera los muchachos, más allá, en la calle, la vida que desborda su entusiasmo, en su cuarto Zapio-la, quietecito, tranquilo, esbozando la época de sus días. Acaso en esa tarea había un placer—también una envidia—porque así él hacía vivir por un momento, por un instante, la vida que fué. Pero ahora, ¿quién le iba a dar la sensación dulce de la vida de su tiempo, cuando arrastraba el placer?...

Al fin cayó herido; no se levantó más.

Empeoró. Tornóse ronco el respirar y su frente amplia y serena inundóse de sudor y en uno de sus ojos apareció una lágrima. Vino una convulsión, luego otra. Quedó rendido. Lanzó en medio de la fúnebre quietud un largo suspiro que se fué apagando lentamente. Murió. Quedó el cadáver con el rictus amargo de la agonía; había empalidecido y en la boca dibujóse tenuemente una sonrisa. Era la ironía cruel de la muerte amenazando la vida. Después la nariz fué perfilándose y un claro transparente iluminó el rostro...

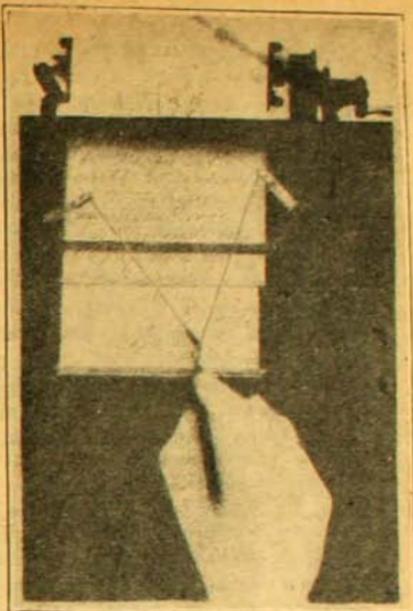


TRANSMISION ELECTRICA

DE LA

ESCRITURA A DISTANCIA

Una gran parte de las comunicaciones de comercio se hacen hoy por medio del teléfono. Este medio de comunicación adolece de defectos. Fácilmente puede incurrirse en las más variadas equivocaciones. A menudo se da el caso de que se interpreten mal, nombres, números o denominaciones de determinadas clases de mercaderías, etc. Fuera de esto, a la conversación telefónica le falta el distintivo de documentos. Sobre todo, le falta la firma. Si la voz de uno de los parlantes es desconocida y no se emplean palabras iniciales secretas, nunca uno sabe si habla realmente con aquella persona con quien cree hablar. Por esto se ha establecido la costumbre de confirmar a menudo las conversaciones comerciales telefónicas después, por escrito. Así queda rota en parte una de las ventajas primordiales de la comunicación telefónica: la rapidez de la inteligencia mutua de dos comerciantes, porque muchos esperarán, antes de dar cumplimiento a una orden, hasta tener en sus manos la confirmación por escrito. Tratándose de distancias grandes, ésta demoraría días. Por estas razones, desde hace bastante tiempo, los electrotécnicos alemanes han procurado crear nuevas instituciones que unan las ventajas del teléfono con las de la carta. Se ha logrado ahora convertir este propósito en realidad: Nuestros retratos muestran un aparato escritor a distancia, que sirve para remitir en vía telegráfica noticias escritas a mano, de tal manera, que en el mismo momento de ser escritas, aparecen en la estación receptora y con el mismo aire particular de la persona que las escribe. La carta que aparece en el lugar de recepción es un facsímil exacto de la compuesta en la estación remitente, de modo que perfectamente se pueden hacer comparaciones de escritura,



Aparato dador de transmisión eléctrica de la escritura.

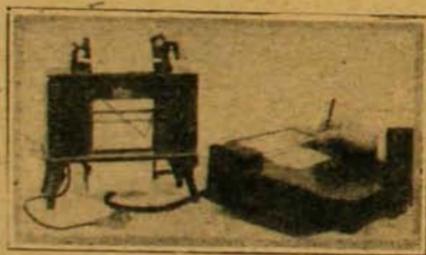
examinar la firma y registrarla, tal como se hace con una carta auténtica y además el remitente retiene como siempre una copia. Como el aparato transmisor de escritura servirá mucho en el futuro para auxiliar al teléfono, lo mejor es colocarle al lado del aparato telefónico, en donde hará posible la comunicación inmediata por escrito de particular a particular, tal como el teléfono mismo por medio de la voz. El aparato remitente de escritura tiene la forma de un pupitre para escribir, en el cual se desarrolla un trozo de papel sin término, puesto sobre un cilindro (o rodillo). Para escribir se emplea un lápiz, que en su punta está unido con dos alambres. Estos terminan en dos pequeñas palancas, las que están en comunicación con el interior del aparato. A cada movimiento del lápiz se mueven los alambres y por medio de ellos las palancas. Así también, a cada situación del lápiz corresponde una determinada situación de los alambres y de las palancas. Por medio de las últimas se producen asimismo determinadas impresiones (o modificaciones) de la corriente eléctrica, en el interior del aparato.

Estas impresiones se propagan a la distancia y se convierten a su vez en acciones de palancas en un aparato receptor. Por obra de estas modificaciones de la corriente se mueven en el aparato receptor dos palancas y dos alambres que corresponden exactamente a los del dador. Este movimiento se efectúa imitando precisamente las reacciones del aparato dador, (remitente) y es que los movimientos son simultáneos en los dos aparatos. Ajustado a los alambres del receptor está un lápiz o pluma especial, que inmediatamente escribe la noticia sobre un papel. Este papel se desarrolla de la misma manera debajo de la pluma especial, como lo hace en el aparato dador. Como se ve, la comunicación por escrito se efectúa con la misma sencillez que la verbal por teléfono. Cuando en una oficina hay sólo un dador y en la otra sólo un receptor, entonces únicamente pueden transmitirse noticias en una dirección. Esto bastará en muchos casos. Pero si se quiere instituir un correcto servicio recíproco, a manera de cambio de cartas, deberán emplearse aparatos combinados que se compongan de dador y receptor. Y estos aparatos combinados son tan chicos, cómodos y mane-

jables, que puede colocárselos en la mesa escritorio. Además, se puede combinar un solo aparato dador con una cantidad de receptores, lo que sería deseable, por ejemplo, en grandes casas de comercio, en fábricas, en oficinas de estado, etc., etc.

En éstas, muchas veces ocurrirá que el jefe o regente de un departamento quiera remitir a una cantidad de oficinas la misma noticia u orden, o cualesquiera bosquejos, dibujos, etc., etc. Y entonces se comprenderá la ventaja que con un aparato dador (o remitente, transmisor) pueden combinarse hasta 25 receptores. Asimismo, es de gran utilidad que el aparato sea capaz de transmitir aquellas noticias cuya comunicación por teléfono es completamente imposible por su especial naturaleza, como las relativas a los bosquejos, dibujos, y cálculos matemáticos que se relacionan con dibujos o están sobrepuestos dentro de las letras, etc., etc.

Al transmisor de escritura también puede empleárselo con fines de réclame, pues seguramente siempre llamará la atención cuando en las vidrieras de un negocio aparezcan noticias sobre un papel en movimiento, escritas por una mano realmente invisible.



Aparato receptor

Dador y receptor juntos uno al lado del otro

Aparato dador

Dador y receptor juntos uno al lado del otro



VIÑA BENITEZ

Soc. Manuel J. Benítez y Cía.



33 - RIQUELME - 33

TELEFONO Núm. 646



RECOMIENDA TODOS
SUS VINOS Y
ESPECIALMENTE EL

PINOT RESERVADO

LA PROLONGACION DE LA VIDA HUMANA

Por Eugene Lyman Fisk (1)

La vejez, ¿es por ventura una enfermedad? No; no es una enfermedad, pero es enfermedad. Ni la vejez ni la edad madura ni la juventud dependen del tiempo. Son estados físicos, la simple expresión de fuerzas incidentales definidas, con las cuales el tiempo no tiene que hacer como factor más de lo que se relaciona una cinta de medida con la altura de un hombre. Esto es elemental, obvio e inescusable; y la única excusa para establecerlo como principio es que se hace caso omiso de ello, no sólo en el pensamiento y el lenguaje popular, sino también en las discusiones filosóficas y científicas de los problemas relacionados con la existencia humana. Derrocando al tiempo como entidad en la física, Einstein no ha hecho otra cosa que lo que hicieron en la filosofía los pensadores primitivos; sin embargo es tan poderosa la influencia de la pura terminología y de la concepción alegórica del proceso natural que aún los patólogos, que tienen que luchar con los efectos visibles de la infección y el envenenamiento en los tejidos de los ancianos, hablan de "condiciones normales en esta época de la vida." La aserción de que son normales el endurecimiento de las arterias y otros cambios de los tejidos, que se presentan comúnmente, aunque no siempre en un período avanzado de la vida, equivale a asegurar que son debidos al tiempo, proposición realmente inconcebible, pues el tiempo es una abstracción matemática, tiene sólo existencia relativa y no puede ejercer influencia física sobre cosa alguna.

Eliminada esta noción paradójica de las causas de la vejez, llegamos a las raíces de la miseria, la futilidad y el descuido humanos. Nos encontramos al presente humillados por la fuerza bruta de la creación. ¿Qué podemos pretender haber iniciado, a fuer de organismos pensantes, en cuanto se

refiere a las selvas tropicales, en favor del cuidado del cuerpo y de la vida humana?

Hemos realizado, es verdad, ciertas cosas importantes. Hemos disminuído la mortalidad provocada por ciertas enfermedades, tanto en la guerra como en la paz, mientras aumentábamos al mismo tiempo la eficacia de nuestras máquinas de destrucción. Hemos reducido la mortalidad en lugares anteriormente malsanos, como Panamá y La Habana; pero el hecho de jactarnos tanto de estas hazañas pone lamentablemente de relieve el tiempo de ignorancia y descuido que hemos atravesado engañándonos a nosotros mismos con los trofeos mecánicos de la civilización.

A despecho de la ciencia, ilustración y talento del hombre, el *genus homo* soporta en la actualidad peso mayor de enfermedades, hambre y miseria que cualquier otro organismo animal. El ciclo de la vida humana no solamente es limitado sino que está plagado de un amontonamiento de patología física y mental debida a causas físicas definidas, y evitables por medios físicos y definidos.

Las nociones corrientes con respecto a la duración de la vida humana están basadas en su mayor parte en la tradición y en la observación superficial. A la verdad, contemplamos el hecho innegable de que la mitad de la gente muere antes de llegar a los sesenta años. Se considera generalmente que un período de sesenta años representa el ciclo de la vida humana, suponiéndose que está fijado por leyes biológicas, si no divinas. Esto es verdad hasta cierto punto. Es decir, el organismo humano se ha desarrollado a través de muchas fases hasta un tipo que resiste los factores desfavorables del medio ambiente y los defectos de su propia estructura durante este período. Los ataques del bacilo de la tuberculosis, de la tifoidea, de los *streptococci*, los insidio-

(1) Lyman Fisk es médico. Autor de varios libros notables. Nació en Nueva York en 1867.

COMPañIA

DE

LOTA Y CORONEL

GERENCIA EN VALPARAISO

Blanco 749 - 755, Casilla 945, Teléfono Inglés 41
Nacional 391

**MINAS DE CARBON DE PIEDRA
EN LOTA, CORONEL Y CURANILAHUE**

FABRICA

DELADRILLOS, BALDOSAS Y CAÑERIA DE GREDA

AGENTES PARA LA VENTA EN VALPARAISO:

COMPañIA MARITIMA Y COMERCIAL, BLANCO NUM. 1001
Teléfono Inglés 150.—Teléfono Nacional 224.—Casilla 594

AGENTE PARA LA VENTA EN SANTIAGO:

Don LUIS VIDELA HERRERA, BANQUERA 75 (Bolsa de Comercio)
CASILLA NUM. 1853

esos efectos de las toxinas que se forman en el cuerpo y de las que penetran en el cuerpo pueden considerarse gobernados por leyes naturales; pero es enteramente obvio que, a favor de conocimiento más amplio de la forma en que se desarrollan tales leyes, la inteligencia del hombre puede poner en acción ciertas influencias, acordes igualmente con las leyes naturales y capaces de modificar profundamente el período de la vida humana o de cualquier otro organismo. En los tiempos primitivos, se realizaban tentativas de esta clase en la esfera de lo sobrenatural más bien que en las líneas naturales. Buscábase algún elixir o hecho misterioso y maravilloso que otorgara a la humanidad el poder de resistir los llamados destrozos del tiempo, que sabemos ahora son producidos en su mayor parte por los destrozos de los microorganismos.

Pero los beneficios del progreso científico no han correspondido principalmente a los jóvenes, sin asegurarles, al parecer, condiciones más favorables en su edad madura que aquellas de que gozaron sus antecesores.

Evidentemente, puede hacerse mucho en este sentido, y éstos son los problemas que interesan más vivamente a las personas que se han reunido para fundar el Life Extension Institute (Instituto de prolongación de la vida). Los miembros de esta institución no abrigan ilusiones con respecto al valor de una simple prolongación de la vida. La defensa, cuidado y protección de un organismo defectuoso, con el objeto de arrastrar penosamente unos cuantos años adicionales de existencia más o menos miserable, no constituiría ventaja esencial para la humanidad, aunque el deber de la ciencia médica sea conservar la vida a todo trance, sin preocuparse del peso que ello aporte a la sociedad. La verdadera significación de la obra de la prolongación de la vida reside en el ideal que profesan los miembros del instituto de alcanzar esfera más elevada en la existencia, de obtener vida más amplia en sentido

físico y psíquico desarrollando los recursos latentes de la humanidad y educando al hombre en forma de sacar el mejor partido de sus dotes y del medio ambiente. Esto conduciría inevitablemente, según parece, a la prolongación de la vida, y una vida más larga mejoraría en general las condiciones sociales librando a la edad madura y a la ancianidad de muchas miserias y contratiempos.

¿Qué razones tenemos para asumir que este resultado sea posible? A mi entender, los testimonios que presenta el campo de la biología, donde se han efectuado profundos cambios en el período vital de otros organismos, encarnan una respuesta concluyente. El organismo humano no es diferente de los demás organismos vivientes. Si llega a demostrarse que el período vital no está preordinado o determinado de manera inmutable, podemos afrontar el problema de la prolongación de la vida humana, de la expansión del poder del organismo humano, exactamente como afrontamos los mismos problemas en el laboratorio cuando se trata del insecto de las frutas, del erizo del mar, de la asteria o del renacuajo. Hay ciertos organismos vivientes, como el pino rojo de California (*Sequoia sempervirens*), que tienen un período vital limitado únicamente en apariencia por la edad geológica en que se producen. Hay otros que solamente viven un día, a causa de su estructura visiblemente defectuosa. Estudiando el insecto de las frutas, Loed y otros han prolongado el período vital de este organismo en un novecientos por ciento, mediante el sencillo sistema de conservarlo en baja temperatura y protegerlo contra tales factores externos adversos, como la infección y el envenenamiento.

Numerosos experimentos análogos se registran en casos en que la supuesta influencia del tiempo se ha desafiado, obteniéndose una prolongación definida del período vital.

Loed insiste en la trascendencia de los resultados obtenidos con el insecto de los frutos como demostración de la llegada de la muerte natural; esto es, que la muerte ocu-



Bisagras!

¡Qué mundo más tie-
so sería sin ellas! La
inventiva humana no
ha encontrado un subs-

tituto. En forma sencilla ejecutan un servicio de la mayor eficiencia. En el campo de los negocios la imprenta es una bisagra importante sobre la cual la puerta de las oportunidades, abre hacia un campo de progreso, como diría uno de nuestros redactores.

Nosotros queremos decirle que cuando se proponga algún negocio o si está llevando adelante una empresa, venga a vernos. Por aquí pasan todos los buenos negocios, todos necesitan impresiones y nosotros sabemos hacerlas. No le preocupe el precio, somos el espíritu de la competencia.

SOCIEDAD IMPRENTA & LITOGRAFIA UNIVERSO

SANTIAGO

Agustinas 1250
Teléfono 1078

VALPARAISO

Prat 269
Teléfono 145

re, a pesar de que el organismo haya sido protegido contra las todas las formas externas de daño o de infección. Presumíase que la muerte ocurría al cabo, ya sea a consecuencia de la falta de las substancias peculiares formadas por los órganos de la eriatura y necesarias para mantener el mecanismo de su existencia, o de la acumulación de venenos que jamás se eliminaban completamente del cuerpo a causa de algún defecto orgánico. Es probable que esto sea la expresión de una ley fundamental de la vida. Eliminando accidentes y daños, todos los organismos perecen a consecuencia de defectos de estructura o de adaptación, porque están envenenados, infectados o privados de los factores esenciales que mantienen la vida. Estas causas definidas de enfermedades, vejez y muerte pueden agruparse con exactitud bajo categorías definidas que incluyan todos los factores posibles e ignorados al presente, capaces de ejercer influencia sobre el período de la vida humana. Estas categorías son las siguientes: herencia, infección, envenenamiento, deficiencia de alimentación, exceso de alimentación, deficiencia hormonal (se califica de hormonales o viageras ciertas substancias indispensables para mantener el equilibrio de la salud y la eficiencia funcional de los órganos: secreciones que se forman en ciertas glándulas y órganos, tales como las glándulas tiroideas, renales, pituitaria, sexuales, pancreática y posiblemente algunas otras), exceso hormonal (positivamente tóxico), daño desvaste físico, daño desvaste psíquico, abafia física y abafia psíquica.

A despecho de nuestra civilización, que calificamos complacientemente de compleja, aunque sólo es superficial, no hay prueba alguna de que el hombre moderno sobrepase en poder mental o en calidad intelectual a los sabios antiguos. Tenemos mayores conocimientos, hemos descubierto más acerca del mecanismo universal; pero la calidad del organismo humano da escasas muestras de mejoramiento, a pesar de la creencia corriente en la evolución hacia etapas "superiores."

El profesor Edward Grant Conklin, en una conferencia reciente en la Princeton University, disintió del concepto de evolución hacia etapas superiores en cuanto se refiere al hombre. Ve muy pocas probabilidades de la aparición del superhombre, y señala pruebas de degeneración física en el tipo humano moderno, comparado con los tipos primitivos. Estas pruebas se refieren, es verdad, a detalles relativamente insignificantes, tales como cambios del esqueleto, disminución de la agudeza de cierto sentido especial y cosas por el estilo; pero no hay indicio alguno en los anales biológicos de desenvolvimiento hacia etapas superiores durante el período histórico. No tengo opiniones dogmáticas en esta materia y no me aventuraría a afirmar que el hombre moderno es físicamente inferior al hombre antiguo; pero tengo opinión muy positiva acerca de la actual condición física del hombre, y es que se encuentra a nivel muy bajo en una razonable perfección animal. ¿Se encuentra por ventura entre los animales salvajes tantos individuos con dentadura séptica, visión defectuosa, amígdalas inflamadas, digestión deficiente, desproporciones físicas, pies chatos, cavidades nasales defectuosas y sépticas oído deficiente, piel enferma, órganos y tejidos en mal estado? No puede explicarse cómo ha llegado el hombre a este nivel patológico. Se pretende que los antiguos egipcios sufrían ya trastornos dentales.

Puede decirse que el profesor Conklin tiene razón, y que la evolución natural ha llegado a un estancamiento biológico en el hombre; más, debemos escuchar en esta materia la opinión de los clínicos, los fisiólogos y los higienistas, tanto como la de los biólogos. Admitiendo que la evolución sin apoyo no puede hacer gran cosa, nos encontramos en situación de meditar sobre el poder de la inteligencia para dominar a la naturaleza.

No puede ponerse en duda el campo inmenso que la inteligencia humana tiene ante sí. La tesis fundamental de este artículo es la posibilidad de una transformación del

Fabricantes
de ropa
blanca



Fratelli

Castagneto

Somos los más importantes fabricantes de artículos en blanco. Contamos con un personal práctico y experimentado, pudiendo nuestros artículos superar en ventajas y calidad a los similares importados de Europa.

ATENDEMOS
GRATUITAMENTE
PEDIDOS DE
NUESTRO CATALOGO

NUESTROS PRECIOS TIENEN UNA ENORME ventaja sobre los de cualquier otra casa; nuestras hechuras en fabricación son perfectas y esto lo atestigua la enorme aceptación que el público nos dispensa.

tipo humano con amplia facultad de poder, de visión y de capacidad para inclinar, de acuerdo con sus propósitos, los recursos de la naturaleza. Es posible que el hombre no sea sino un nuevo ensayo del "gran plan."

No menos de diez millones de especies han existido sobre la tierra, muchas de ellas por largos períodos de tiempo, extinguiéndose al cabo por completo. Quizá sea necesario que transcurra otro y otro período biológico antes de que aparezca el verdadero hombre; pero, con todo, nos encontramos en posesión de hechos definidos que eran denegados en las civilizaciones anteriores hasta donde tenemos noticia. Poseemos medios definidos de avanzar a una solución práctica de misterios que nuestros antepasados colocaban en la esfera de lo sobrenatural.

Mediante una cooperación razonable entre el individuo y la sociedad organizada, no tengo duda de que el período de la vida humana pueda extenderse fácilmente más allá de los cien años; y, lo que es aún más importante, extenderse eliminando gran parte de la sórdida miseria y de las humillantes limitaciones que lo acompañan. No puede esperarse demasiado en una década o en un siglo; y, sin embargo, los egipcios bajo la tercera y la cuarta dinastía, surgieron desde una barbarie relativa, desarrollando en menos de un siglo la cultura y la habilidad en ingeniería y arquitectura que produjeron las pirámides. Sin aventurarnos a hacer predicciones o a fijar un límite temporal, manifestaremos nuestras ideas y haremos nuestra parte de labor, dejando, para usar la antigua fraseología, que el "tiempo" haga lo demás.

En primer lugar, debemos contar con la eugenesia. Si la inteligencia humana no ondiera, con el transcurso del tiempo, reducir la corriente de enormes deficiencias mediante alguna forma de educación, el hombre verdadero tendrá que protegerse a sí mismo, dejando aquella labor a alguna otra raza de organismo superior que aún esté por aparecer. Evadiendo la dialéctica trivial que esta aserción provoque, consideremos al niño de la época presente. El cuidado prenatal ofrece esperanzas defini-

das de mejoramiento para el niño. Se hace mucho desde ahora en cuanto se refiere al niño y a la higiene de la infancia. Se estudian y se solucionan los problemas de nutrición. Se estudia el problema de los ejercicios físicos. La educación mental preocupa la mente de los sabios, y aparecen regularmente en las principales revistas clamores de agonía de institutores y filósofos deplorando nuestra deficiencia en tal sentido.

Pero, ¿qué hacemos por el joven adulto, arrojado en el gran océano de la vida y luchando por alcanzar alguna playa ignota? El examen de conscriptos nos ha revelado algo sobre la parte masculina de la población, y habría hecho conocer historia análoga acerca de "la más peligrosa de las especies", si la parte femenina hubiera sido llamada a las armas a pesar del cuidado que se dedica al niño en sus primeros años, los jóvenes en la flor de la edad viril revelaban deficiencias. Necesitaban precisamente el tratamiento físico que recibieron, pero que lo necesitaban más completo.

La conscripción reveló que aproximadamente la tercera parte de los examinados entre las edades de veintiuno y treinta y un años eran inaparentes para el servicio activo. La proporción de los rechazados aumentaba rápidamente con la edad y se habría llegado por lo menos al cincuenta por ciento como proporción general, si la conscripción hubiera incluido a individuos que llegaran a los cuarenta y cinco años. Hubo un exceso del treinta por ciento en la proporción del grupo total de edades, comparada con la edad de veintinueve años, entre los conscriptos de Estados Unidos; y en la Gran Bretaña, la proporción de rechazados, según el mayor Comrie, fué: edad de dieciocho años, veintitrés por ciento; edad de veintitrés años, cuarenta y ocho por ciento; edad de cuarenta y un años, sesenta y nueve por ciento.

Vemos el paralelo de esta proporción en la mortalidad de la población. A la edad de cuarenta años, la proporción de la mortalidad es casi tres veces mayor que a la edad de veinte. Mis predicciones no están basa-

EL MEJOR CARBON NACIONAL

ES PRODUCIDO POR LAS MINAS

PUCHOCO

EN CORONEL DE LA

COMPANIA CARBONIFERA Y DE FUNDICION SCHWAGER

(Sociedad Anónima Chilena)

Análises:

Agua higroscópica	2.35%
Materia volátil	39.25%
Carbón fijo	51.40%
Cenizas	7.00%
	<hr/>
	100.00%

Azufre	0.92%
Coke (aspecto sólido)	58.40%
CALORIAS, Unidad Termal Centígrado	7,500

VENTAS POR MAYOR: Calle Prat Núm. 178
Edificio Schwager, 4.º Piso

Teléfonos: Inglés 1314 y 1315.—Nacional 517.—Casilla 978

VENTAS POR MENOR: Avenida Brasil Núm. 733

Teléfono Inglés, número 1377

nas solamente en muchos años de observación de los riesgos del seguro de vida, sino en pruebas recientes derivadas del examen de millares de empleados industriales dedicados a labores activas, y de muchos otros en todos los senderos de la vida, llevado a cabo por el Life Extension Institute. Observóse que más de la mitad de estos individuos — que forman una parte especial de la población desde las altas esferas hasta las más bajas, incluyendo al trabajador activo en su clase, pero no al incapacitado, ni al que depende de otro para su subsistencia, ni al desocupado — necesitaban alguna forma de tratamiento médico, quirúrgico o dental, a causa de hallarse todos afectados por to menos de algún ligero defecto, cuya corrección habría mejorado sus expectativas en la vida, si no su condición inmediata. Además de estos defectos físicos, se encontró que más del ochenta por ciento cometía errores en su manera de vivir, que disminuían patentemente su salud. Los errores en alimentación, ejercicio e higiene personal eran tan comunes que revelaban con toda claridad la falta de adaptación del animal humano al medio ambiente.

En los registros de la conscripción en Inglaterra, pudo observarse que cuatro quintas partes de los examinados tenían defectos de consideración.

En el Life Extension Institute los informes de más de ciento cincuenta mil exámenes físicos no registran un solo individuo perfecto—hombre o mujer.— Siempre hay alguna discrepancia de la condición física ideal, siempre hay algo que podría hacerse en su beneficio. Desde aquellos que revelan alta proporción de vitalidad y defectos menores, los cuales constituyen una proporción muy pequeña, descendamos aho-

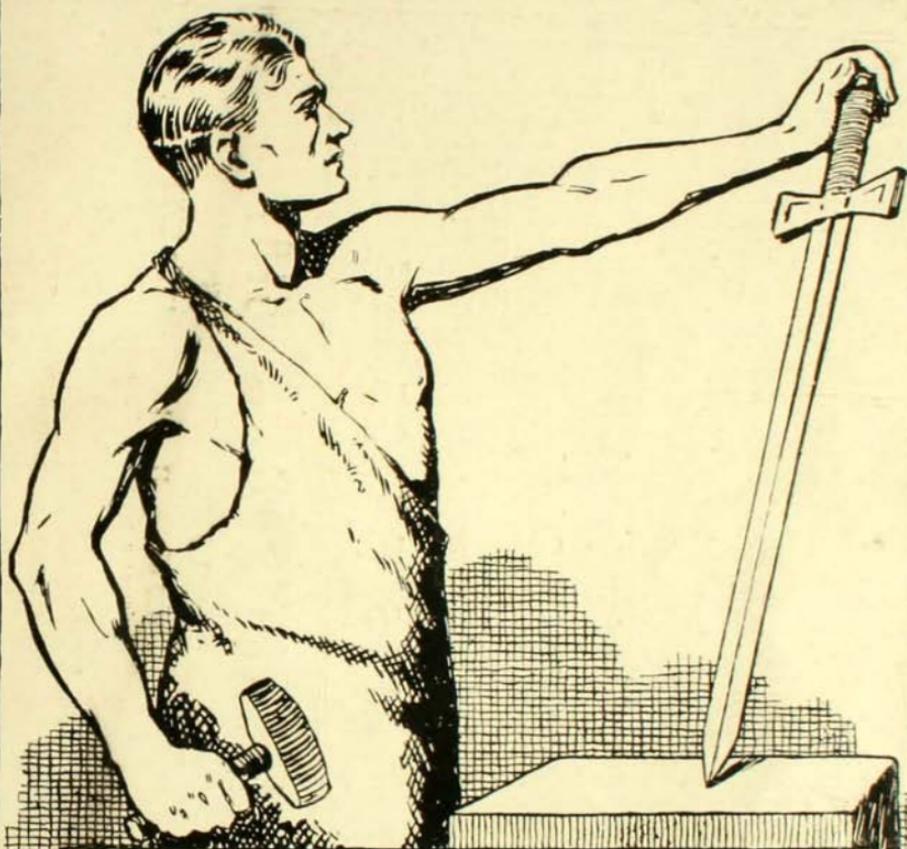
ra a los que padecen enfermedades reatmente serias y avanzadas: aproximadamente, del cinco al ocho por ciento en toda población obrera, gente trabajadora y que se supone gozar de buena salud.

El cuidado de la salud y la prevención de las enfermedades establecidos en una base práctica y llevados a efecto por prácticas vías industriales produce dividendos económicos tanto como psíquicos y morales.

Alcanzar la longevidad mediante la regulación de la vida, siguiendo las reglas de higiene personal y sometiendo el cuerpo a la voluntad del individuo, no causará probablemente ningún trastorno grave o dislocación social. Influencias de esta clase, puestas gradualmente en acción, darían origen a la adaptación de la sociedad a un periodo de vida más extenso. No nos inclinemos, en consecuencia, al optimismo, ni al pesimismo, sino seamos simplemente buenos ciudadanos, valerosos ante la verdad con respecto a nuestras flaquezas, y encaminemos el rumbo en el sentido de la enmienda. El examen físico periódico y la inteligente regulación de nuestra vida, de nuestras condiciones sociales e industriales, puede parecer una fórmula vulgar después de discutir un elixir de vida, pero induirá en mucho para aligerar el peso de los males y de los errores que ahora abrumba a todas las naciones del globo.

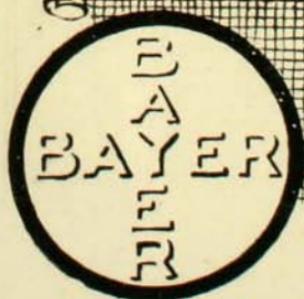
Es inconducente argüir que nadie desea vivir más tiempo que el actual término de la vida. Me aventuro a afirmar que si pudieran encontrarse medios sencillos para prolongar en gran escala la vida humana, es decir, sin afanarse en este sentido, habría muy pocos que no quisieran utilizarlos, e indudablemente las naciones se esforzarían por conseguirlo.





Entre una espada toledana y una de latón,
¿cual escoje Ud. para defenderse?

Entre una Tableta Bayer de Aspirina y un substituto,
¿cual escoje Ud. para curarse?



Exija siempre las Tabletas Bayer de Aspirina legítimas. Para identificarlas, fijese en que tanto la caja de cartón que contiene el tubo, como el rótulo y la tapa de éste, lleven la Cruz Bayer.

Artigas

Nuestros inmejorables Calzados



SATISFACEN EL GUSTO
MAS EXIGENTE



M. ARTIGAS & CIA.

AHUMADA 201, ESQ. AGUSTINAS

Teléfono 83 :: :: Casilla 2970

Enviamos a provincias Catálogos Ilustrados